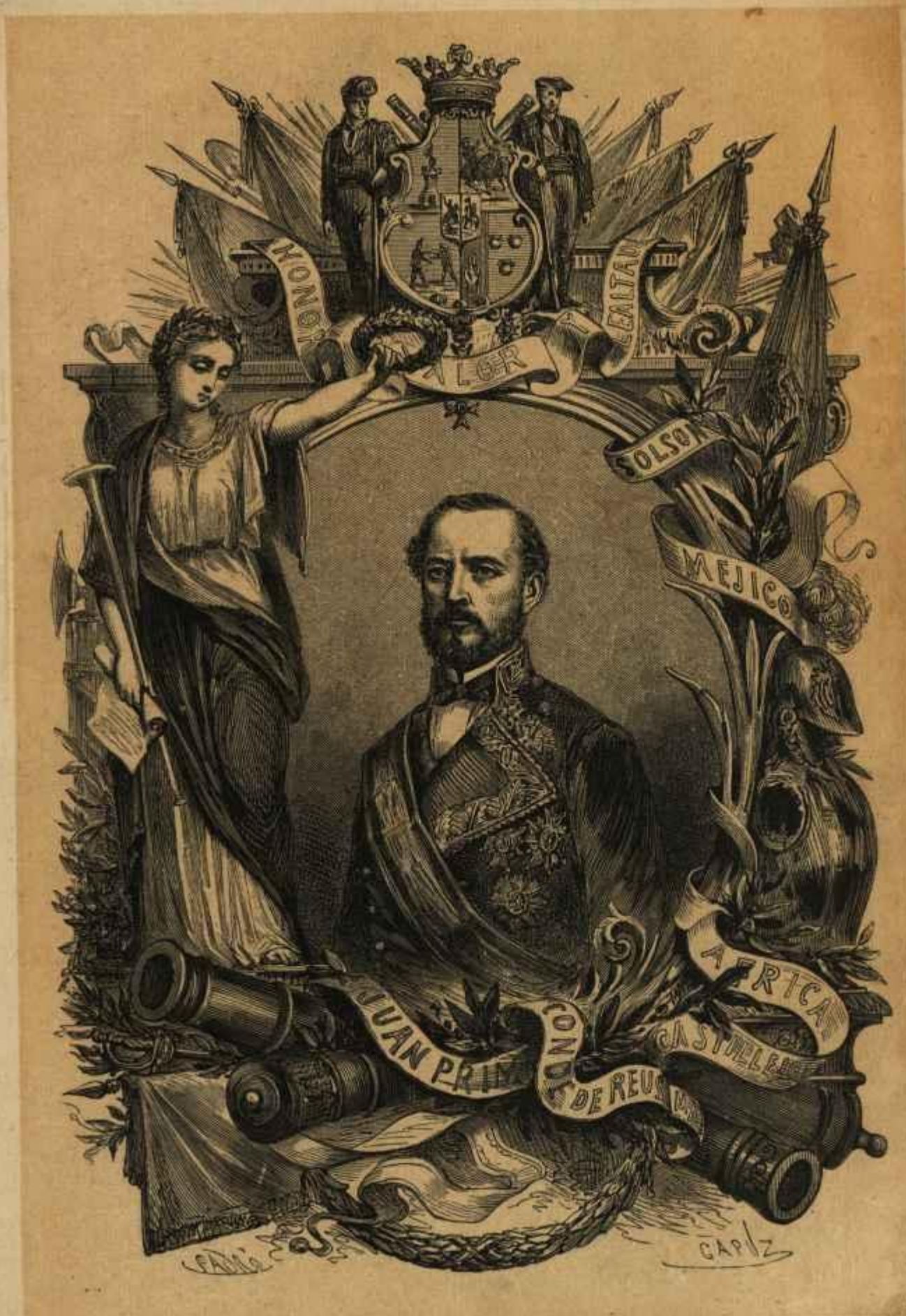
HISTORIA

DEL

GENERAL PRIM.

92 Prim y Juan


HONOR
VALOR
LEALTAD
DOLSO
MEJICO
AFRICA
JUAN PRIM
CONDE DE REUS
CAPUZ

XIV-4-14
923.2
P
XIX
2110

HISTORIA

DEL

GENERAL PRIM,

POR

DON FRANCISCO J. ORELLANA.

BARCELONA.
EMPRESA EDITORIAL LA ILUSTRACION.
CALLE DE MENDIZÁBAL, NÚMERO 4.
1871.

R°8.627

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

BARCELONA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME JEPÚS,
CALLE DEL CÁRMEN, 77, BAJOS.
1871.

INTRODUCCION.

«Las instituciones políticas pasan; las repúblicas y las dinastías pasan; las revoluciones pasan; las leyes, las costumbres, las sociedades se transforman. Solo una cosa permanece inalterable á través de los siglos y de las agitaciones humanas: el sentido moral, la ley moral, la eterna justicia.»

* * *

I.

El grito general de indignacion que, en todas partes, dentro y fuera de España, ha resonado, al tenerse noticia de la perpetracion de un horrendo crímen, es lo que me mueve á tomar la pluma para trazar una figura histórica en el cuadro de nuestras revueltas y agitaciones intestinas.

Ese grito denuncia una gran inmoralidad, y un gran peligro; ese grito es la voz de la conciencia pública que nos advierte y nos acusa; ese grito nos dice que hay dos progresos igualmente fatales: uno que conduce á la civilizacion, y otro á la barbarie; premio y castigo, que la Justicia eterna deja á la libre eleccion de los hombres y de los pueblos.

El asesinato de D. Juan Prim; ese crímen cometido á sangre fria, con premeditacion y cálculo; no por un indivíduo á quien arrastra la demencia, el furor ó el fanatismo, sino por una banda de asesinos y en medio de una ciudad populosa; ese

acto de ferocidad glacial, que ha sublevado en ambos hemisferios la conciencia de todos los hombres honrados, no puede considerarse como un mero accidente de los que cada dia nos presenta funestos ejemplos la raza maldecida de Cain. No; ese crímen revela un mal profundo; y sea cual fuere la mano que ha dado impulso al arma homicida, es un hecho que mancilla nuestra fama; una sombra que vela y oscurece los blasones de la Patria.

Cuando en el seno de una sociedad política se producen hechos de esa naturaleza; cuando no es el primero, aunque ninguno se haya cometido quizás con caractéres tan repugnantes; cuando esto sucede, no basta que los tribunales busquen al criminal y le castiguen; no basta que la justicia humana caiga sobre aquel que atropella los santos fueros de la naturaleza y de la ley: es necesario que la sociedad vuelva los ojos hácia sí misma, que mire á su pasado, que medite sobre su presente, y tiemble ó se avergüence por su porvenir.

El progreso de la humanidad es un hecho providencial é innegable; pero yo abro la Historia, y veo que ese progreso no se realiza sino en medio de la armonía; que el antagonismo de los principios sociales, como el antagonismo de las fuerzas físicas, es una ley necesaria, sí, pero destinada á producir un movimiento armónico, y no choques violentos; que la preponderancia exclusiva de un principio tiende á dar fuerzas á su contrario; más tarde, á la negacion de ambos, y por último, al aniquilamiento de la vida de las sociedades.

Abro la Historia, y veo que el progreso marcha; pero tambien veo pueblos y naciones que desaparecen, cual puñados de polvo arrebatados por el soplo del huracan. Pregunto por los famosos imperios de Asiria, de Nínive y de Babilonia, y los ecos del desierto me responden: "Un dia se recostaron con todos sus tesoros y riquezas sobre una pira, y llevando á sus labios la copa de los placeres, brindaron A LA NADA."

Pregunto por Tiro y Sidon, emporios de la industria y del comercio; por Atenas, cuna de las ciencias y de las artes; por Roma, la dominadora del mundo, el génio de la guerra; por Bizancio, por Venecia..... "Todas estas ciudades poderosas se recostaron sucesivamente un dia sobre la hoguera de Sardanápalo."

Vengo á los tiempos modernos, y veo repúblicas de nuestra raza, devoradas por la discordia y la anarquía, y esperando tal vez que un tirano extranjero vaya á ponerlas en paz consigo mismas; y veo no lejos de nosotros una gran nacion, no hace mucho lumbrera de las ciencias, rica en artes é industria, envidiada de todos,

temida por la fuerza de sus armas, caer de pronto á los pies de los caballos de un enemigo afortunado, que acertó á sorprenderla en la hinchazon de su soberbia, en la debilidad de sus disensiones políticas, en el perezoso despertar de sus orgías...

Registro los anales de nuestra patria, y la veo siempre grande como nacion guerrera; siempre celosa de su independencia *cual ninguna;* heróica en Zaragoza y en Gerona, como en Sagunto y Covadonga; pero siempre supeditada *por industria* al poder de naciones extranjeras, y siempre debilitada por los vicios de su organizacion interior.—En el transcurso de tres siglos, admiro la vitalidad de este pueblo: desde Cárlos I á Cárlos II; desde Felipe V á Fernando VII, un solo rey digno de ocupar el trono presidió á sus destinos. Perdidas sus antiguas libertades; llevado en alas del espíritu aventurero á conquistar un mundo; impelido por el quijotismo cesáreo á subyugar la Europa con pretexto de Religion, en todas partes se coronó de gloria, y en todas partes fué dejando á pedazos su existencia, mientras en el interior conspiraban á debilitarle el fanatismo y la ignorancia, el despotismo y la miseria, la inmoralidad y la torpeza de sus gobernantes.

Al terminar el siglo XVII, la España de los Reyes Católicos era poco menos que un cadáver en vias de descomposicion. La honradez y el patriotismo de Cárlos III, con el apoyo de unos cuantos hombres ilustrados, bastaron para demostrar que aquel aparente cadáver tenia vida vigorosa; pero pronto cayó bajo el dominio de un rey inepto y de una corte corrompida, y ¿qué era España en 1808?

Era una nacion semibárbara, pobre y devota por costumbre; sin gobierno ni administracion, sin ejército ni marina, sin industria ni comercio, sin carreteras ni recursos, escasa en poblacion y falta hasta de pan para alimentarla; pero conservaba indomable el fiero espíritu de independencia; conservaba el sentimiento de la honradez y el pundonor; estaba unida, y el pasajero y feliz reinado de Cárlos III, y las nuevas ideas que ya bullian en las cabezas ilustradas, habian despertado el recuerdo de las antiguas instituciones, destruidas en Villalar y en Zaragoza, tres siglos antes, por la mano del verdugo.

Eso bastó para que el pueblo español, abandonado á sí mismo por la traicion extranjera y por la debilidad de sus reyes, asombrase al mundo haciendo frente y derrotando los ejércitos, hasta entonces invencibles, de Napoleon.

Midamos la distancia que en sesenta años ha recorrido la nacion española: sus progresos, en todos sentidos, han sido grandes; pero ¡á cuánta costa alcanzados!...

"Se necesitan medios inmensos para someter á España: este país, este pueblo *no "se parece á ningun otro: no se encuentra* UN ESPÍA *ni un correo...*„

Esto escribia el rey intruso, José Bonaparte, á su hermano, cuando tomaba posesion de un pais inerme, con el apoyo de doscientas mil bayonetas.

Treinta años despues, cuando España, desangrada por una espantosa guerra civil, anhelaba restañar sus heridas por medio de la conciliacion y de la paz, entre los papeles secuestrados á un benemérito español, á Montes de Oca, una de las víctimas de nuestras discordias, se le encontró una carta en que decia:

"Aun podemos encender la guerra, si se nos facilitan armas y dinero con largue-"za. Con recursos se arma todo el país: con ellos *hay buenos confidentes y diez mil "medios de seduccion...*„

Pasan treinta años más, y este pueblo, *no parecido á ningun otro*, tiene sus semejantes en el Bajo imperio, en el reino moro de Granada y en las repúblicas hispano-americanas. La division de los partidos, profunda y enconada, llega hasta pervertir el sentido moral: en nuestras luchas políticas, los adversarios se tratan como enemigos, y emplean como buenas las armas de la seduccion, de la difamacion y la calumnia. En los comicios, en las manifestaciones populares, en los templos se sacrifican víctimas humanas á la diosa de la Discordia; y para cerrar el cuadro, una banda de desalmados acomete la hazaña de arcabucear dentro de un coche al hombre más valiente, al que mil veces habia expuesto su vida en los campos de batalla, peleando como un leon por la honra y la libertad de su patria.....

Yo no arrojo el feo borron de esa muerte alevosa sobre la frente de ningun partido: yo solo denuncio los síntomas fatales de un cáncer que devora las entrañas de nuestra sociedad. La sangre que se vierte injustamente cae gota á gota sobre la cabeza de los pueblos, y llega un dia en que los abrasa, como el fuego del cielo que devoró las ciudades de la Pentápolis.

Ante mis ojos se levanta un espectro ensangrentado, y me parece ver vagar en sus labios una amarga sonrisa de conmiseracion por los destinos de la pobre España.

En mis oidos resuenan las protestas, el grito de condenacion que todos los partidos políticos y todos los hombres de corazon han lanzado contra el crímen que nos desdora, y esto me alienta: esto dice que aun podemos tener confianza en el porvenir; que aun somos dignos de nuestros padres. No ha muerto, no, el sentimiento de la justicia, de la dignidad, de la honra: todavía puede la nacion espa-

ñola mostrar al mundo el mayor ejemplo de su virilidad y de su fuerza; el de reconocer sus faltas y vencerse á sí misma.

He aquí lo que me mueve á trazar este cuadro. No pretendo levantar un pedestal de gloria á la gran figura del General Prim. Mis facultades no alcanzan á tanto, y la gloria de los hombres solo puede ser el foco de luz que irradia de sus propios hechos.

No me propongo tampoco escribir una simple biografía, una relacion semejante á una hoja de servicios. Para esto no necesitaria tomar la pluma y robar las horas al descanso; que otras plumas lo han hecho y lo harán sin duda con mejor acierto.

Mucho menos aspiro á satisfacer ni halagar las afecciones apasionadas de ningun partido político. Desde el punto en que deseo colocarme, para mí todos son españoles: aprecio sus virtudes, y deploro sus extravíos. Si alguno hubiere que lleve sus rencores más allá del sepulcro, le compadezco.

Fija la vista en los males que aflijen á mi Patria, y anhelando su prosperidad y ventura, intento condensar en torno de la vida de un hombre célebre los acontecimientos más notables de nuestra Historia contemporánea; los que han contribuido á formar esa vida, los que son efectos de su propia actividad, y los que más lu- pueden arrojar sobre las causas determinantes de nuestra situacion presente. Así este trabajo no tendrá por objeto satisfacer una curiosidad frívola, sino elevar los ánimos á una esfera superior á las mezquinas preocupaciones del momento, y procurar que sirvan de provechosa enseñanza las lecciones de lo pasado.

Los que llamamos grandes hombres son el producto de la atmósfera moral en que se desarrollan sus facultades, su inteligencia y su carácter; al paso que esa atmósfera se forma del conjunto de las doctrinas y de los actos que proceden del libre uso de la razon. Ambas cosas van juntas, sucediéndose y sobreponiéndose; de ambas depende la marcha próspera ó adversa de las sociedades, que no es obra del acaso, es obra de los hombres; y no se puede separarlas sin romper el hilo de la Historia.

Es indudable que, á no haber acaecido en España el movimiento insurreccional de 1808 contra la dominacion francesa, seguido de la convocatoria de Córtes generales, que fué su consecuencia necesaria, ni la violenta reaccion de 1814, orígen de todas las calamidades que componen el funesto reinado de Fernando VII, y de las que posteriormente hemos sufrido, el nombre de D. Juan Prim figuraria, si acaso, en la lista de los buenos oficiales de nuestro ejército, y tal vez, abrazando otra carrera, no habria pasado su celebridad del rincon de una provincia; pero seguramente no

conoceríamos al hombre que, elevándose sobre el pavés de sus hazañas, desde la modesta posicion de voluntario distinguido de *Cuerpos francos*, llegó á ocupar el último escalon de la milicia, y á ser el árbitro de los destinos de la Nacion.

Empecemos, pues, por echar una ojeada á los acontecimientos de que fué teatro España, desde el año en que nació nuestro héroe, hasta aquel en que sus inclinaciones le llamaron á la vida azarosa de la guerra.

II.

El capitan general de Ejército, Vizconde del Bruch, Conde de Reus, Marqués de los Castillejos, Grande de España de primera clase, Ministro de la Guerra y presidente del Consejo de Ministros, Don Juan Prim, hijo del coronel graduado de infantería D. Pablo, y de la señora Doña Teresa Prats, nació en la ciudad de Reus, el dia 6 de Diciembre de 1814.

A la edad de diez y nueve años, en 21 de Febrero de 1834, el jóven Don Juan ingresaba como soldado distinguido en el batallon franco de *Tiradores de Isabel II*, bajo las órdenes del comandante D. Ramon Montero y Vigodet, y obtenia la plaza de cadete el 16 de Abril de aquel año; el mismo dia que el general Rodil entraba con su ejército en Portugal para apoyar á Doña María de la Gloria contra las pretensiones del infante Don Miguel, y el mismo en que se promulgaba en España el *Estatuto real*.

Entre estas fechas media un abismo, abierto por la ingratitud, la mala fé y los crueles instintos de un monarca, que, pudiendo haber sido rey de los españoles, y conciliar los incuestionables derechos de la Nacion con los respetos debidos á su autoridad, prefirió ser aclamado soberano absoluto de un partido [1], gobernar caprichosa y despóticamente, ahondar cada dia más la division entre sus súbditos, morir aborrecido de todos, y legar á su descendencia un trono carcomido y vacilante.

No es posible desconocer que los españoles, casi en su totalidad, eran monárquicos y adictos á la persona de Fernando, en quien veian simbolizadas la independencia

[1] «Fernando VII, que en aquella época valia para los españoles todo lo que les habia costado, se puso, no obligado, sino gustoso, al frente del partido intolerante por esencia, y por lo mismo intratable.» — Quintana: *Cartas á lord Holland, sobr los sucesos políticos de España.*

y la unidad nacional: por él habian luchado heróicamente durante seis años, y su nombre habia sido aclamado con entusiasmo, así en Madrid y en el Bruch, como en las llanuras de San Marcial y en las márgenes del Vidasoa. Pero tampoco puede negarse, que el pueblo español, al levantar del polvo la corona, indignamente arrojada por la familia real de España á los piés del vencedor de Europa, y al declarar su decision de ceñirla á las sienes del rey *Deseado,* habia ejercido el acto más ostensible y práctico de su soberanía, demostrando á la vez que la nacion era dueña de sí misma, y no queria consentir que se la entregase con vidas y haciendas en manos de un príncipe cualquiera, como si fuese un rebaño de carneros.

Fernando, que para todo tenia palabras, habia sostenido repetidas veces, y una de ellas desde Bayona, *que solo la nacion reunida en Córtes era árbitra de la corona.*

Los legisladores de Cádiz, representantes de todas las clases, clero, nobleza, milicia y pueblo, aclamaron por unanimidad el principio fundamental de todas las sociedades políticas, y entonces una verdad de hecho en España, invocado por un dignísimo sacerdote, el virtuoso Muñoz Torrero, de que *la soberania reside esencialmente en la nacion;* y aquellas Córtes hicieron una Constitucion, ciertamente defectuosa, pero acogida con general aplauso, en la que se reconocian „como bases inamovibles del edificio social la monarquia hereditaria en Fernando VII y su familia, y la religion católica como la religion del Estado.„ Fuera de esto, y en todo lo demás, se introducian trascendentalísimas reformas, quizá prematuras algunas, acaso no bien meditadas otras, pero evidentemente necesarias y dictadas por el más acendrado patriotismo.

„Suponer que los españoles trataron de arrostrar los males terribles y la desolacion espantosa de aquella guerra cruel (contra Napoleon) sin más objeto que el de asegurar su independencia y rescatar su Rey; creer que no habian de pensar en sacar alguna ventaja interior por tan prodigiosos esfuerzos, ni en remediar los abusos por donde habian venido á tamañas calamidades, es soñar absurdos, tan ajenos de la condicion humana, como del curso que llevan generalmente los negocios del mundo... El azote funesto que este desdichado país tenia sobre sí le enseñaba en lecciones de dolor y de sangre su deber para lo futuro. Así es que la idea de reformar nuestras instituciones políticas y civiles no fué ni podia ser efecto del acaloramiento de unas pocas cabezas exaltadas, ni tampoco conspiracion criminal de un partido de facciosos„ [1].

[1] Don Manuel José Quintana. Obra citada.

Ello es que las Córtes generales de Cádiz, reformadoras, como no podian menos de serlo, fueron las que, secundando y robusteciendo el espíritu público, restituyeron á Fernando y á su descendencia la corona abandonada por él y por sus padres, y no habia motivos suficientes para tratarlas despues con negra ingratitud, ni menos para perseguir como á criminales á sus más distinguidos miembros, y á cuantos hubiesen manifestado ó se sospechase que profesáran ideas reformadoras.

Con espíritu profético decia el presidente de aquellas Córtes, Gardoa, en su discurso de despedida, al tiempo de cerrarlas, el dia 14 de Setiembre de 1813: „Males y persecuciones son de ordinario sobre la tierra, la suerte de los que, desarraigando abusos, promueven el bien y la virtud.„

Sin duda presentia ya la reaccion desenfrenada é impolítica, próxima á desatarse, como en efecto sucedió tan luego como el Rey hubo pisado el territorio español, á su regreso de Francia. Síntomas de descontento, manifestados entre las clases más poderosas, justificaban esta prevision, y revelaban la existencia de dos partidos, difícilmente reconciliables: uno de los que querian un gobierno monárquico, pero templado y refrenado por las leyes; otro de los que, viendo mermados sus privilegios, cuya continuacion solo podia existir bajo un poder arbitrario, se oponian á toda innovacion que le moderase ó contuviese.

Pero toda la fuerza del partido absolutista se habria quebrantado, cediendo poco á poco á la razon y á la voluntad del Monarca, si este, aprovechando la gran popularidad de que entonces gozaba, hubiese aceptado las nuevas leyes, aun con la reserva de corregirlas y templarlas. Ningun rey se halló en situacion más favorable que Fernando para labrar la paz y la felicidad de sus súbditos, realizando sin sangre una revolucion que la experiencia y el tiempo reclamaban. Él, que no tenia resentimientos que satisfacer, ni ultrajes que vengar; que no habia sido expulsado de su trono, sino traido á poseerlo por la fidelidad de su pueblo, debió de haber tomado ejemplo de su vecino y pariente Luis XVIII, que al mismo tiempo regresaba á Francia de un destierro forzoso, y fresca la memoria de su predecesor guillotinado; y sin embargo, inauguraba la restauracion con el olvido de lo pasado, y otorgando una Carta constitucional [1].

[1] La Carta constitucional otorgada á Francia por Luis XVIII, en 4 de Junio de 1814, contenia, entre otros, estos principios: Monarquía hereditaria; dos cámaras, una electiva y otra de nombramiento de la Corona; votacion de las contribuciones; libertad pública é individual; libertad de imprenta y de cultos; inviolabilidad de las propiedades, sin excluir la de los bienes nacionales vendidos; responsabilidad ministerial; inamobilidad de los jueces; poder judicial independiente; aptitud de

Inclinóse el Rey del lado de los enemigos de toda reforma, y por el famoso decreto de 4 de Mayo de 1814, dado en Valencia, declaró nulo todo lo ejecutado por las Córtes. Verdad es que, pagando un tributo á la opinion, ó para mejor afianzar el éxito del golpe que preparaba, ofrecia en aquel documento de la manera más espontánea y solemne reunir Córtes. „Aborrezco y detesto el despotismo, decia; ni los usos y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni en España fueron déspotas jamás sus reyes, ni sus buenas leyes y Constitucion lo han autorizado„... "La libertad y la seguridad individual y real quedarán firmemente aseguradas„... "De esta justa libertad gozarán tambien todos para comunicar por medio de la imprenta sus ideas y pensamientos„... "Las leyes, concluia, que en lo sucesivo hayan de servir de norma para las acciones de mis súbditos *serán establecidas por las Córtes.* Por manera que estas bases pueden servir *de seguro anuncio de mis reales intenciones* en el gobierno de que me voy á encargar, y harán conocer á todos, no un déspota ni un tirano, sino un rey y un padre de sus vasallos.„

¿Cómo se cumplian estas promesas? El 5 de Mayo emprendió el Rey su viaje á Madrid, desde Valencia. En el camino, mandaba al Regente, cardenal de Borbon, que se retirase á su diócesis de Toledo, y al Ministro de Estado, don José Luyando que, en su calidad de oficial de Marina, se fuese al departamento de Cartagena; se niega á recibir una comision de las Córtes que se adelantaba á felicitarle, y en la noche del 10 al 11, antes de efectuar su entrada triunfal en la capital de la Monarquía, se dispone la prision arbitraria y tenebrosa de los regentes Agar y Ciscar; de los ministros Alvarez Guerra y García Herreros, y de los diputados más insignes, así de las Córtes extraordinarias, como de las ordinarias, que á la sazon se hallaban reunidas en Madrid, y de otras muchas personas distinguidas por su saber y sus talentos.

El general Eguia, nombrado capitan general de Madrid, fué el encargado secretamente de ejecutar aquellas prisiones, cuya descripcion debe dejarse á una de las ilustres víctimas de tan inauditos atropellos.

"Suena la hora, dice el célebre Quintana, dáse la señal, y el tropel de esbirros y soldados inunda las calles y empieza á golpear las casas. "*Ábrase á la justicia;*„ *preso por el Rey;* eran los ecos tristes que en medio del silencio y de las tinieblas pasmaba á las familias despavoridas, que por primera vez los escuchaban. Bien pronto las

todos los franceses para los empleos civiles y militares; que nadie pudiera ser perseguido por sus opiniones ni por sus votos, etc. Luis XVIII cayó, sin embargo, por sus tendencias al retroceso, que pronto se manifestaron de un modo sangriento.

manos no bastaron á prender, ni los calabozos á guardar. Regentes, diputados, ministros, empleados subalternos, escritores políticos, todo lo llevaba la avenida, sin que á los unos los defendiese su dignidad, la fé pública á los otros, á todos su inocencia y sus servicios..... Unos mismos hombres eran los que los acusaban, los que los prendian, los que los juzgaban; y estos hombres habian sido, ó tíbios defensores del trono, ó compañeros suyos en aquellas mismas opiniones que servian de pretexto á la persecucion [1].„

Asi preparaban los amantes del gobierno absoluto la entrada en Madrid del *padre de sus vasallos,* que se efectuó el dia 12, con gran aparato militar, y en medio de las aclamaciones de la muchedumbre ignorante, que daba entusiastas vivas al Rey, y y gritos de venganza y muerte contra los liberales. ¿Quién duda que de igual modo le habrian aclamado las turbas, pero sin los gritos de muerte, si Fernando hubiese aceptado y jurado la Constitucion?

Demos por sentado que la mayoría de los españoles fuesen adictos al régimen absolutista; no podian serlo al despotismo y á la tiranía, porque esto lo rechaza la naturaleza humana y nuestro propio carácter: demos por admitido que los promovedores de la reaccion tuviesen justas quejas y resentimientos contra los reformadores; el Rey no debia hacerse cómplice y principal actor de venganzas particulares, ni menos aceptar en holocausto la triste ofrenda de persecuciones y lágrimas con que se inauguraba su reinado. Pero no queda hoy duda de que Fernando se complacia en tales actos. El cruel decreto que expidió contra los *afrancesados* [2], precisamente el dia de su santo, en que solo debiera dispensar gracias y mercedes, lo probaria por sí solo.

¿Y quiénes eran los afrancesados? ¿Qué delito habian cometido? Declararse adictos á José I. Pues era necesario haber encabezado la lista de proscripcion con el nombre de Fernando VII, y continuarla con los de muchos grandes, prelados, magistrados y generales, que obedeciendo al Rey, se habian apresurado á reconocer y festejar al hermano de Napoleon.

[1] *Cartas á lord Holland.*

[2] Todos esperaban una amnistía el dia de San Fernando, aunque solo fuese en cumplimiento de la palabra real, empeñada por el tratado de Valencey, de restituir los bienes, empleos y honores á los que habian reconocido al rey José. Lejos de esto, se fulminó el decreto de proscripcion *contra doce mil* españoles, condenando á destierro perpétuo á las mujeres que se habian expatriado con sus maridos. Muchos de los comprendidos en este anatema eran cómplices en el golpe de Estado que acababa de dar Fernando, á quien ayudaron creyendo de buena fé en sus promesas de establecer una monarquía templada.

Esta proscripcion se recrudeció despues, en 1816, alcanzando á hombres tan ilustres como D. Nicolás Moratin, Melendez Valdés, Conde, D. Vicente Gonzalez Arnao, D. Alberto Lista, D. Félix José Reinoso y D. Francisco Javier de Burgos.

Fernando habia escrito al Emperador, dándole *muy sinceramente* la enhorabuena, en su nombre y en el de su hermano y tio, por la satisfaccion de ver instalado al rey José en el trono de España; y á este, de su puño y letra, felicitándole por su traslacion del reino de Nápoles al de España, y añadiendo que tomaba parte en las satisfacciones de José, *porque se consideraba miembro* (él) *de la familia de Napoleon* [1].

La servidumbre de Fernando, desde Valencey, habia jurado fidelidad *al rey de España José I.*

Los grandes de España que siguieron á la familia real, dirigieron desde Bayona una arenga al rey José, en la que decian: "Señor, los grandes de España en todos tiempos han sido distinguidos por su fidelidad para con su soberano: V. M. hallará en ellos esa misma fidelidad, y la afeccion á su real persona." Y en una proclama al país, aconsejaban que no se hiciese resistencia á los ejércitos del invasor. "No os lisonjeeis de conseguir la victoria en esta lucha, decian... Es cosa cierta que hemos llegado á una situacion bien desgraciada. Pero ¿quién nos ha conducido á ella sino un gobierno indolente é injusto, á quien hemos obedecido por espacio de veinte años? ¿y qué es lo que nos resta hacer? ¡Reprimir los esfuerzos de los sediciosos!" [2]—Los sediciosos eran los pueblos, que se levantaban á defender su independencia.

El Consejo de la Inquisicion, que llamaba al alzamiento del 2 de Mayo "*sublevacion escandalosa*" y "*desórdenes revolucionarios con máscara de patriotismo*" [3] dijo del rey José, que esperaba que elevase á España "al grado de prosperidad que en adelante podia esperarse con los auxilios del génio y del poder de Napoleon el grande, su augusto hermano."

Los Consejos de Castilla ponian sobre las estrellas la dinastía de Napoleon, "que el cielo habia criado para el trono."—Los generales se ofrecian á José para allanarle el paso, y las autoridades locales se apresuraban á recibirle con festejos, y en algunas partes con arcos de triunfo.

Claro está que este y los sucesivos decretos de proscripcion, de 30 de Mayo de 1814, no iban contra ninguna de estas clases ni personas, sino contra hombres tan sediciosos y perjudiciales como Llorente, Goya, Moratin, Melendez y otros.

Yo no defiendo á los afrancesados, porque no es disculpable nadie que, en dias de peligro, simpatice con los enemigos de su patria; pero he debido citar los ante-

[1] Cartas de 22 de junio de 1088, desde Valencey.

[2] Proclama de los grandes de España, del 8 de junio.

[3] Circular de 6 de Mayo de 1808.

riores documentos y hechos, que ya son del dominio de la Historia, para que se reconozca la injusticia con que procedia, y procede siempre, la pasion política.

Los tribunales no acertaban á condenar á los regentes, ministros y diputados presos: en el espacio de pocos meses se sucedieron tres comisiones de Estado para juzgarlos, sin que ninguna se atreviese á dictar sentencia contra unos hombres á quienes solo se perseguía por sus opiniones ó sus votos en las Córtes. Gemian aquellos, entre tanto, sumidos en los calabozos, hasta que Fernando VII, despreciando las atribuciones judiciales, y las leyes del reino, pronunció un fallo arbitrario, el 14 de diciembre de 1815, comprendiendo en él á unas treinta personas que no eran diputados.

Argüelles, Martinez de la Rosa, Calatrava, Garcia Herreros, don José Zorraquin, entre otros, fueron condenados por ocho años á los presidios de Africa; varios eclesiásticos ilustres, como D. Juan Nicasio Gallego, Muñoz Torrero, Villanueva, Lopez Cepero, el P. Canal, Larrazabal y otros fueron recluidos en conventos; militares, como D. Dionisio Capaz, y paisanos, como D. José Canga Argüelles, se vieron encerrados en castillos; penas de esta clase alcanzaron á literatos como Quintana, Carvajal y Ranz Romanillos. Muchos que pudieron escapar de la persecucion, se refugiaron en el extranjero. Para refinamiento de crueldad, disponia Fernando que á los confinados á quienes se hallase en Madrid ó fuera de sus destinos, se les condujera sin más averiguacion á presidio; y los condenados á el, si lo eludian, sufriesen la pena de muerte.

Los jueces, aleccionados en la escuela del Monarca, empezaron á mostrarse menos escrupulosos, imponiendo severas penas por delitos imaginarios. A Florez de Estrada se le condenó á muerte por haber sido nombrado presidente de la reunion del café de Apolo, en Cádiz, cargo que no admitió; *pero pudo admitirle,* y la eleccion probaba su liberalismo. "Se penaba, dice un distinguido publicista, [1] por haber hablado en los cafés, por haber escrito en los periódicos, por las palabras, por las opiniones y por el silencio." En efecto, se pidió la pena capital para el brigadier Moscoso por haberse callado cuando otros oficiales defendian la Constitucion.

Entretanto que en Madrid y en las provincias se desenvolvia este régimen de *terror blanco,* que no debia tardar en herir á los mismos absolutistas, se tomaban providencias para volver las cosas al ser y estado en que se encontraban en tiempo

[1] Don Angel Fernando de los Rios. *Estudio político y biográfico de Olózaga.*

de Cárlos IV y María Luisa. Se restablecia, con la cláusula de *por ahora,* el tribunal de la Inquisicion, el cual comenzaba sus funciones publicando una lista numerosa de libros prohibidos, entre los que, bajo pena de excomunion, figuraban la Constitucion, los *Diarios de Córtes,* los folletos y periódicos de la época constitucional. Fernando VII asistia á las juntas del Consejo del Santo oficio, y á la par con los inquisidores sentenciaba las causas formadas á los fracmasones: fundaba una órden de caballería para condecorar á los ministros de aquel tribunal, y daba al clero una intervencion desmedida en los negocios del gobierno, y principalmente en la provision de empleos y títulos. Se reinstalaba la Compañía de Jesús, llamando los pocos individuos que aun vivian en Italia de los que fueron expulsados por Cárlos III. —Se creaba un Ministerio de policía, nombrando para desempeñarlo á Don Pedro Echevarri, hombre cruel, que al poco tiempo recibia una órden de destierro: algunas horas antes habia estado hablando con el Rey, que le despidió con mucho cariño, y le regaló una porcion de cigarros habanos.

No habia terminado el año 14, cuando ya otro ministro, Don Pedro Macanaz, que lo era de Gracia y Justicia, caia en desgracia del Rey, siendo preso y confinado al castillo de San Anton de la Coruña. Más de treinta ministros tuvo Fernando en seis años, á muchos de ellos les sucedió lo que á Macanaz y Echevarri, y alguno fué enviado al presidio de Ceuta por diez años. Al canónigo Escoiquiz, antiguo preceptor de Fernando, y á otros personajes de su intimidad, se les desterró sin más delito que el de aconsejar la templanza en el gobierno, cuando ya el descontento público habia suscitado la tentativa de insurreccion de Mina en Pamplona, una enérgica representacion de D. Juan Martin el Empecinado, y el levantamiento del general Porlier en la Coruña.

Escoiquiz formaba parte del consejo privado del Monarca, que tenia su centro en el gabinete del infante D. Antonio, y que luego fué suplantado por la *Camarilla,* poder invisible y formidable, á cuyo arbitrio estaban los negocios públicos, y la vida y honra de los particulares. Componíanla el duque de Alagon, íntimo confidente de Fernando y procurador de sus gustos y placeres; Ostolaza, confesor del infante Don Cárlos, y varon de alegre historia; Ramirez de Arellano; un esportillero del Rastro, llamado Ugarte, ascendido al título de Antonio I, emperador de España, y un tal Collado, alias Chamorro, aguador de la fuente del Berro, que introducido en la servidumbre del príncipe de Asturias, le habia caido en gracia por su truanería.

Estos hombres hacian y deshacian ministros, aconsejaban decretos y providen-

cias, daban y quitaban crédito y favor en la corte, y disponian, en una palabra, de los destinos y de los tesoros de España.

La conducta desatentada de Fernando VII, entregado en manos de tales consejeros, que lejos de ilustrar, solo eran capaces de embrutecer á su señor, y de estorbar los mejores propósitos de los ministros; la falta absoluta de gobierno, donde solo imperaban el más abyecto favoritismo y la tiranía más estúpida, no podian menos de producir abatimiento y disgusto en el país, y descrédito en el exterior. "No eran pasados veinte meses desde la venida del Rey, dice Quintana, cuando ya el entusiasmo por su persona habia hecho lugar al desabrimiento y á la inquietud.„

A pesar de que todos los Borbones, al ser restablecidos en sus tronos, habian comenzado su reinado con procesos, con leyes rigorosas contra los rebeldes y sospechosos, y con tribunales extraordinarios, Luis XVIII, que bien pronto no fué á la zaga de sus parientes en materia de represion tiránica, llegó á tener recelos de que la conducta impolítica de Fernando levantase alguna conmocion popular, capaz de extenderse á Francia.

En el congreso de Viena, donde á la sazon se trataba de reconstruir el mapa político de Europa y de consolidar el porvenir de los tronos y de los pueblos, España, que tanto habia hecho para derrocar el imperio napoleónico, no solo carecia de representacion, sino que era mirada con desden, inspirando su rey el más profundo desprecio [1].

No eran infundados los recelos de Luis XVIII. Un pueblo que llega á adquirir la conciencia de sus derechos y de su poder, por muy sumiso y leal que sea para con sus reyes (y el español lo era mucho) no se resigna facilmente á vivir en esclavitud. Fernando VII habia suprimido todos los periódicos; habia sellado todos los labios; tenia el pié puesto sobre la nacion encadenada; y sin embargo, á despecho de la

[1] Predominaban entonces en aquel congreso ideas liberales, ó por lo menos conciliadoras y humanitarias. Así los reyes como los ministros proclamaron, que ni los príncipes ni los pueblos debian hacer la guerra sino impulsados por indispensables necesidades; declararon que debia abolirse la esclavitud y la servidumbre bajo cualquiera forma; que debian estrecharse los vínculos entre la religion, la política y la moral; que era necesario que los gobiernos se fundasen sobre leyes precisas y expresas; y por último, que los pueblos tenian derecho de participar en la legislacion, de determinar los impuestos, y de manifestar libremente sus pensamientos por medio de la imprenta.—CANTÚ. *Hist. universal. Epoca* XVIII.

Hablando del Emperador de Rusia, en sus *Memorias*, dice LAFAYETTE: «Nos gustó mucho la manera noble y sencilla de Alejandro al entrar en la escogida sociedad de Mad. Staël... En la conversacion general como en las particulares era político, amable, y sobre todo liberal... Se habló sin consideraciones de la conducta de Fernando VII, *acerca de la cual yo me expresé con indignacion y desprecio*, y él convino en todo, declarando que *el Rey de España, desde que habia vuelto á su pais, no habia hecho más que cometer necedades.*»

Inquisicion y de la policía, de las proscripciones en masa y de las comisiones militares, circulaban hojas y folletos impresos en el extranjero, se organizaban sociedades secretas y se conspiraba. Lo que durante muchos siglos no se habia pensado en España, estuvo á punto de ejecutarse entonces. A principios de 1816 se descubrió una vasta conspiracion, en cuyos planes entraba la idea de sorprender á Fernando en una de sus excursiones nocturnas por Madrid, con Chamorro y el duque de Alagon, y proclamar la Constitucion sobre su cadáver, si se negaba á jurarla. Encargado de dar el golpe el comisario de guerra D. Vicente Richard, y no estando conformes algunos de los conjurados con esta parte del proyecto, fué aquel delatado por dos sargentos de marina, y murió en la horca, despues de haber mostrado suma entereza en sus declaraciones.

Pero, ni este escarmiento, al que siguieron nuevas medidas de rigor, en particular contra los afrancesados, que eran generalmente mal vistos, ni los mayores brios que tomaba la reaccion, hasta el punto de restablecer en esta ocasion la bárbara prueba del tormento, pudieron impedir que se siguiese conspirando. Muy al contrario, apenas ahogada una conspiracion, brotaba otra, siempre en connivencia con el ejército y ganando cada vez más simpatías en el país.

Al poco tiempo, en Abril de 1817, debió estallar en Barcelona un movimiento, á cuyo frente estaban los generales D. Luis Lacy y D. Francisco Milans del Bosch, ambos, como Porlier y Mina, caudillos famosos de la pasada guerra de la independencia: tenian ganados algunos batallones de la guarnicion; pero solo se les incorporaron dos compañías el dia señalado para el alzamiento. Viendo el plan fracasado, Milans huyó á Francia; Lacy se negó á seguir su ejemplo, y habiendo caido en poder de las tropas destacadas en su persecucion por el Duque de Bailen, capitan general de Cataluña, fué fusilado, mandando él mismo el fuego, en el foso del castillo de Bellver, el 5 de Julio de aquel año.

Tres meses justos habian transcurrido desde el dia en que debió darse el grito de insurreccion hasta aquel en que se ejecutó la sentencia; circunstancia notable, que unida á las irregularidades del proceso y á las órdenes reservadas que mediaron, se presta á muchas consideraciones. No puede caber duda en que Castaños hizo cuanto estuvo de su parte para salvar la vida del infortunado Lacy, si bien concluyó por lavarse las manos como Pilatos, ni es dado asegurar que él mismo estuviese exento de complicidad en los preliminares de la conjura. Segun la sentencia, no resultaba del proceso que el teniente general D. Luis Lacy hubiese formado, ni pudiese consi-

derarse como cabeza de la conspiracion; pero hallándose con indicios vehementes de haber tenido parte en ella, merecia la pena de horca. Sin embargo, "considerando "sus distinguidos y notorios hechos... y siguiendo los paternales impulsos de nues- "tro benigno soberano, decia Castaños, es mi voto que... sufra la pena de ser pasado "por las armas, dejando al arbitrio el que la ejecucion sea pública ó privadamente, "*segun las ocurrencias que pudieran sobrevenir, y hacer recelar que se alterase la tranqui-* "*lidad pública.*„

Estas mismas palabras, estos recelos expresados en las órdenes reservadas de la corte; la traslacion del reo á Mallorca; las precauciones sigilosas tomadas para su embarque; las instrucciones dadas para los casos que pudieran ocurrir en alta mar, y para que Lacy fuese muerto si hubiese fundado temor de que se intentase violentamente salvarle; todo esto pinta al vivo el estado de zozobra de aquel gobierno, y forma el proceso de su política y su propia condenacion. Veia claramente el abismo abierto á sus pies, y se empeñaba en cegarlo con sangre; y derramándola á escondidas, se reconocia culpable, debil é injusto.

Las conspiraciones para derribar el régimen despótico y proclamar la Constitucion se sucedieron desde entonces con más rapidez, ramificándose por todas partes las sociedades secretas. Comenzó el año de 1819 con la conspiracion tramada en Valencia, y que debió estallar en 1.° de Enero, asesinando en el teatro al general Elio, primera espada de la reaccion de 1814, y su más firme y terrible apoyo durante aquellos tristes seis años [1]. Desconcertado el plan, á cuyo frente estaba el coronel D. Joaquin Vidal, este fué preso, no sin resistencia, por aquel general en persona, y habiendo recibido una herida en el pecho, se le condujo moribundo al patíbulo, y falleció al pié de la horca. Trece cómplices de Vidal murieron arcabuceados, y aquella misma tarde (22 de Enero) tuvo Elio la complacencia de pasearse en coche y con uniforme de gala por delante de los cadáveres, después de haber desterrado al

[1] Este general fué luego encarcelado en 1820. Acusado, al parecer injustamente, de haber promovido el alzamiento de los artilleros que guarnecian la ciudadela de Valencia, el 30 de Mayo de 1822, se le formó proceso, y después de muchas dilaciones, fué condenado á muerte y agarrotado, el 4 de Setiembre.

Hé aquí como le pinta el célebre Quintana: «Digno era sin duda de mejor destino, no considerándose en él más que las prendas que le adornaban como particular; porque era franco, generoso, hombre íntegro y recto, militar intrépido, buen amigo, buen marido, tierno y excelente padre. Es lástima que todo lo deslucíese con la arrogancia y la impetuosidad de su genio y con el espíritu de dominacion y despotismo que le poseia... El desdichado Elio, instrumento y cómplice de las injusticias de la tiranía, fué á su vez víctima de otra injusticia, y de las pasiones mismas á que él habia abierto la puerta con su ejemplo.» *Cartas á lord Holland.*

P. Perez, religioso franciscano, porque se negó resueltamente á revelar los secretos de la confesion del jefe de los conjurados.

Otro movimiento fué sofocado á principios de Julio, en el Puerto de Santa María, por el general O'Donnell, conde de Labisbal, jefe del ejército expedicionario, que desde mediados del año anterior se habia ido reuniendo en Cádiz y sus cercanias para marchar á combatir la insurreccion de las colonias americanas, sin que llegase á efectuarlo nunca, por falta de recursos y de buques. En aquel ejército ocioso y descontento cundió la idea de sublevarse para librar á su patria del vergonzoso yugo que la oprimia. O'Donnell, que estaba ó fingia estar de acuerdo con los conjurados, y dispuesto al parecer á ponerse á la cabeza del movimiento, aguardó que estallase; y reuniéndose con Sarsfield, igualmente comprometido, cayó de pronto sobre las pocas tropas pronunciadas, prendió á todos los jefes y oficiales complicados, y los envió á diferentes fortalezas.

Próximo estaba el alzamiento de D. Rafael del Riego en las Cabezas de San Juan, cuyo grito de libertad, secundado primero en Galicia, y luego en Zaragoza, y en Ocaña [1], pronto tuvo eco en Madrid, y en Cataluña, y en Navarra, extendiéndose á toda la Península.

III.

(1820 á 1823.)

El espíritu de partido ha desfigurado generalmente los hechos acaecidos en España durante la segunda época constitucional, ya exagerando los excesos y los desórdenes que perturbaron el país, ya procurando atenuarlos y oscurecerlos, ya desviando la atencion de sus verdaderas causas, ya en fin cubriendo con un diluvio de mútuas recriminaciones la obra comun, en que todos ó casi todos concurrieron para esterilizar la revolucion y producir un grande y vergonzoso desastre.

No cabe aquí la historia completa de aquel breve período; pero sí es necesario evocar algunos recuerdos, que parecen olvidados, segun la facilidad con que después

[1] Diólo el mismo conde de Labisbal, que ocho meses antes habia sofocado la insurreccion del Puerto de Santa María, por lo cual el Rey contó con su ayuda y le entregó algun dinero. Salió el general de Madrid á primeros de Marzo, y yendo á encontrar un regimiento que mandaba un hermano suyo, al frente de estas tropas proclamó la Constitucion.

se han repetido, en situaciones diferentes, errores y extravíos semejantes á los que entonces se cometieron.

Conviene ante todo rectificar la idea intencionalmente propagada por aquel tiempo, y todavía creida por muchos, de que el alzamiento de 1820 no fué más que una insurreccion militar. Militares eran, en efecto, los primeros que aclamaron en la Isla de Leon el código de Cádiz, y tambien lo eran Acevedo en la Coruña, Mina en Pamplona, y algunos más en otras partes; pero aquellos movimientos habrian sido fácilmente sofocados, á no tener un fuerte apoyo en el espíritu de la nacion. ¿Dónde estaban Riego y sus compañeros, cuando el Rey se vió obligado á jurar la Constitucion? Estaban en la frontera de Portugal á los 70 dias de su alzamiento, con su pequeña columna reducida á 45 hombres, después de haber recorrido multitud de pueblos de Andalucia y Extremadura. Desconfiábase del éxito en los primeros momentos, y los ánimos sobrecogidos por el terror no osaban secundar lo que les parecia una empresa temeraria. La masa del pueblo bajo era demasiado ignorante para interesarse desde luego en aquella contienda.

Pero bastó que en algun punto más de España se repitiese el grito de libertad, para que inmediatamente se propagase por todas las provincias. El 23 de Febrero se levantó la Coruña, y el 10 de Marzo estaba consumada la revolucion, con el asentimiento y el aplauso más ó menos sincero y entusiasta de todas las clases inteligentes de la sociedad.

Fernando VII lo reconoció así, á su pesar; y esta vez, por la fuerza de las circunstancias, eran verídicas sus palabras. Viendo el nublado que le venia encima, el 3 de Marzo expidió un decreto en el que daba satisfaccion *á la opinion pública*, manifestando que „las urgencias del ejército, el desconcierto de la Hacienda, los abusos introducidos en la administracion, las dilaciones de la justicia, la decadencia de la agricultura y las trabas del comercio y de la industria habian llamado su atencion,„ y ofreciendo poner pronto remedio á tantos males, para lo cual se creaba una Junta.—El 6 firmó otro decreto consultando al Consejo de Estado para la convocacion de Córtes por estamentos, á la usanza antigua, conforme á lo prometido en 1814; y el 7, cuando ya la muchedumbre hervia bajo los balcones de Palacio, se decidió por fin á jurar la Constitucion, *siendo esta la voluntad general del pueblo* [1].

[1] *Gacetas extraordinarias* del martes 7, y miércoles 8 de Marzo de 1820.—El último decreto decia:

«Para evitar las dilaciones que pudieran tener lugar por las dudas que al Consejo ocurrieren en la ejecucion de mi decreto de ayer, para la inmediata convocacion de Córtes, y siendo la voluntad general del pueblo, me he decidido á jurar la Contitucion promulgada por las Córtes generales y extraordinarias en el año de 1812.»

Dos meses antes, acaso la voluntad del Monarca habria bastado para reconciliarle con la opinion y salvar su propio decoro, convocando las Córtes en cualquiera forma, y dando una franca y generosa amnistía, como observa juiciosamente Quintana; pero la dignidad real estaba humillada desde el momento en que cedia por temor á lo que no habia querido otorgar en la plenitud de su poder. Rotos los diques del respeto, la muchedumbre se presentó exigente y desconfiada. El 9 de Marzo, el pueblo de Madrid se agolpó á las puertas de Palacio, y prorumpió en gritos de cólera y de amenaza, reclamando sólidas garantias, que asegurasen el cumplimiento de la palabra real, ya desacreditada. Fernando tuvo que salir al balcon principal, y desde allí sostener un diálogo con la multitud reunida en la plaza de Palacio. Aquel dia, el Rey accedió á todo cuanto se le pedia: decretó la libertad de los presos políticos y la abolicion de la Inquisicion, que ya nunca más se volvió á restablecer; repuso el Ayuntamiento de 1814, juró en sus manos la Constitucion, y consintió, por último, en el nombramiento de una Junta provisional consultiva, encargada realmente de gobernar hasta que se reuniesen las Córtes.

„Por una de las anomalías en que tanto abunda España, dice el Marqués de Miraflores, que presenció las escenas de la plaza de Palacio, este acto, que hubiera en otro país derribado el trono, como consecuencia de su envilecimiento, pasó como un suceso trivial y ordinario.„ [1]

Y esto prueba dos cosas: que ni Fernando VII era digno de ocupar el trono, ni el pueblo español, tomado en su acepcion más lata, estaba entonces á la altura de la revolucion que aclamaba. „Con Fernando VII solo era posible el absolutismo sin dignidad,„ ha dicho acertadamente un historiador contemporáneo [2]. ¿Lo comprendian así los revolucionarios de 1820?—No, puesto que le conservaban la autoridad suprema, dándole á guardar una Constitucion democrática, que ofrecia al Rey sobrados medios para barrenarla.

El hecho es, que en los principios del alzamiento, pocos sabian á fondo lo que significaba el cambio de sistema que por primera vez iba á ensayarse. Gritaba más alto el sentimiento que la razon, y no se pensó más que en salir de un estado de opresion, de esclavitud y de miseria, con la esperanza generosa de entrar en una era de paz, de felicidad y de concordia.

Todo contribuia á despertar estas gratas ilusiones: el movimiento se habia

[1] *Apuntes histórico-críticos para escribir la historia de la revolucion de España desde* 1820 *hasta* 1823.

[2] *D. Antonio Pirala.—Historia de la guerra civil, y de los partidos liberal y carlista.*

efectuado sin grandes trastornos; solo habia que lamentar por parte de los liberales la muerte del coronel Acevedo en Galicia, y el bárbaro atropello cometido con el pueblo de Cádiz; y en otro sentido, los desórdenes de Valencia, con la prision de Elio, y de Barcelona con el motin contra Castaños: los acontecimientos de Madrid podian considerarse como una nube pasajera, y mucho más cuando, al dia siguiente, dió el Rey aquel famoso manifiesto á la Nacion, que concluia diciendo: "*Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional.*„

Cuando se considera el entusiasmo que esta declaracion produjo en todo el reino, y lo que pronto sucedió, hay que pensar, ó que la nacion española era un conjunto de ilusos y traidores, ó que mediaron causas muy poderosas para torcer la opinion. Ilusos habia muchos, y el entusiasmo era sincero. Solo podia retenerlo el temor de una guerra civil, y ese temor lo disipó el Monarca declarándose adicto al nuevo régimen.

Ya entonces no se oyó más que un clamor general de alabanzas y adhesiones á la Constitucion. Desde el infante don Cárlos, como generalísimo del ejército, hasta el último comandante de canton; desde el Arzobispo y cabildo de Toledo hasta el más modesto cura de aldea, y lo mismo todos los empleados y funcionarios públicos, [1] no solo reconocieron y juraron fidelidad al régimen constitucional, sino que lo celebraron y aplaudieron [2].

[1] Los únicos funcionarios que se negaron á jurar la Constitucion fueron D. Antonio Vargas y Laguna, embajador en Roma y el cónsul de Marsella.

[2] Seria imposible dar noticia de todas las manifestaciones que se hicieron en este sentido.—Son notables las dos alocuciones que el infante D. Cárlos dirigió al *Ejército nacional*, y que se publicaron en *Gaceta extraordinaria* del miércoles 15 de Marzo de 1820.—La más corta decia:

«Soldados: Al prestar en vuestras banderas este juramento á la Constitucion de la monarquía, habeis contraido obligaciones inmensas: carrera de gloria se os está preparando. Amar y defender la patria, sostener el solio y la persona del Rey, respetar las leyes y enlazaros con el pueblo para consolidar el sistema constitucional, estas son vuestras obligaciones sagradas, y esto es cuanto el Rey espera de vosotros, y lo mismo cuyo ejemplo os prometo por mi parte.—Vuestro compañero.—CÁRLOS.»

La otra empezaba así:—«El acto solemne con que á la vista de vuestras banderas habeis declarado la más firme adhesion á la Constitucion política de la monarquía, os ha impuesto grandes obligaciones, al mismo tiempo que os ha abierto una brillante carrera donde alcanceis gloria inmortal.—El valor y la constancia que en todos tiempos fueron la noble divisa del guerrero español, me son garantes seguros de la inviolable fidelidad con que cumplireis vuestras promesas.....»

Y al final decia:—«Fernando VII, nuestro rey benéfico, *el fundador de la libertad de Espàña*, el padre de la patria, será el más feliz como el más poderoso de los reyes, pues que funda su alta autoridad sobre la base indestructible del amor y veneracion de los pueblos.»

«¡Militares de todas clases! que no haya más que una voz entre los españoles, *así como solo existe un sentimiento;* y que en cualquier peligro, en cualquiera circunstancia nos reuna al rededor del trono el generoso grito de *viva el Rey: viva la Nàcion: viva la Constitucion.*»

En carta al Rey, acompañándole una exposicion de la Brigada de carabineros, decia: «Junto mis anhelos con los de la

Nadie pensó que aquello pudiera ser el triunfo de un partido, ni menos un ataque contra la monarquía. El Rey, puesto á la cabeza de la nacion, y de acuerdo con las Córtes y el Gobierno, iba á entrar en una senda de reformas necesarias y beneficiosas para todos: tal era el pensamiento y el deseo general.

Bajo tan felices auspicios se nombró el nuevo ministerio, se convocaron las Córtes ordinarias, y se llevaron á cabo las elecciones de diputados con el mayor órden, y generalmente con acierto en la designacion de personas. Los liberales no pensaban en perseguir, sino en perdonar á sus perseguidores. El olvido de los ultrajes, la confianza mútua y la buena fé debian salvar á la nacion en aquella crísis, y las primeras resoluciones del Congreso, presidido por el arzobispo electo de Sevilla, fueron encaminadas á tan generosos fines. Al abrirse las sesiones, el Rey, seguido de su familia, de su corte y de sus guardias, acudió á revalidar el juramento, antes hecho, de guardar y hacer guardar la Constitucion. "Digno era aquel Congreso, dice Quintana, de autorizar esta obligacion sagrada, este nuevo pacto, que á la vista del cielo y de la tierra hacia Fernando con su pueblo; y á nadie en aquel gran dia le vino al pensamiento que semejante solemnidad fuese una farsa, el Monarca un perjuro, y la nacion española, allí representada, un rebaño vil, mofado y escarnecido [1]."

Sin embargo, ya antes de aquel dia estaba decretada la ruina del régimen constitucional. Ya el Gobierno habia descubierto la conspiracion tramada dentro de Palacio por los servidores del Rey, Baso y Erroz, y conocia el alboroto de los guardias de Corps en su cuartel, con el fin de impedir la reunion de las Córtes, procurar la fuga de la familia real y encender la guerra civil. Desconcertado el plan, el Gobierno hizo lo posible para ocultarlo. "Sin embargo, dice don Agustin Argüelles, ministro á la sazon, la causa formada en Burgos á varios de los complicados en la

brigada, congratulando á V. M. *con el entusiasmo más ardiente* por vuestra resolucion magnánima de restablecer el santuario de las leyes fundamentales que abarca la sabia Constitucion de la monarquia española, publicada en Cádiz el 19 de Marzo de 1812.»

—Las proclamas y alocuciones de generales, de jefes de guarnicion á las poblaciones, del ejército nacional al pueblo español, demostrando entusiasmo por el cambio político, son innumerables.

—Los obispos en sus pastorales recomendaban la constante adhesion á la Constitucion; el de Barbastro la llamó «baluarte de la religion y base política de la monarquía, que aseguraba la felicidad de la nacion;» algunos la celebraron con funciones de iglesia, y los párrocos hicieron su panegírico en infinitas pláticas y sermones. Aparte de esto, aparecieron multitud do folletos político-religiosos en defensa de nuevo régimen.

¿Podia ser todo esto una ficcion ó una intriga?

[1] Obra citada.

ejecucion del proyecto, divulgando las intenciones, dió un golpe mortal á la confianza pública, alteró los ánimos, y difundió por todas partes la agitacion y la zozobra [1].„

Otras conspiraciones absolutistas se tramaban simultáneamente en la Cartuja de Sevilla y por la parte de Galicia, obedeciendo todas á un mismo plan. Estos hechos prueban la falsedad de cuanto se ha dicho para justificar la reaccion, fundándola en supuestos excesos revolucionarios: tales excesos no existian cuando se descubrieron aquellas tenebrosas intrigas. La primera agresion partió de aquel, á quien su hermano Don Cárlos habia llamado enfáticamente *fundador de la libertad de España y padre de la patria* [2]. Pero el tiro venia de más lejos. Alarmados los autócratas de Europa, que componian la *Santa Alianza*, con el cambio repentino de instituciones en la Península, temieron que el ejemplo se propagase á otras naciones (como así sucedió), y que la conmocion hiciese vacilar sus tronos. De conformidad con sus pactos anteriores, inmediatamente resolvieron prepararse á intervenir en nuestros asuntos, y organizar la contrarevolucion [3].

Fernando VII y los corifeos del bando absolutista recibieron al momento instrucciones, consejos, direccion y toda clase de promesas de la *santa* liga, cuyos primeros esfuerzos se encaminaron á promover en nuestro pais la agitacion y la discordia. Se necesitaba producir un gran desórden, suscitar una guerra civil sangrienta y desastrosa, dar colorido de popularidad al movimiento reaccionario, introducir la anarquia, para cohonestar la intervencion armada que, en caso necesario, habia de venir á *tranquilizarnos*. — Desgraciadamente, no faltaban elementos para todo; y á esta

[1] *Apéndice á la sentencia pronunciada en 11 de Marzo de 1825 por la Audiencia de Sevilla contra 63 diputados de las Córtes de 1822 y 1823.*—Publicado en Lóndres, 1831.—Reimpreso en Madrid, por San Martin, 1864.

[2] *Proclama al ejército*, ya citada.

[3] No bien se comunicó á las potencias de Europa el cambio de sistema efectuado en España, se dejó conocer la intencion de los soberanos que componian la llamada Santa Alianza. Los gabinetes de Austria, Prusia y Francia contestaron al gobierno de Madrid con expresiones ambiguas y de urbanidad. El de San Petersburgo tardó en contestar, y lo hizo en términos que condenaban los errores cometidos desde 1814 y el movimiento de 1820, al que calificaba de *catástrofe*. Al mismo tiempo expidió una circular á los otros soberanos, en la que se leian estas frases: «La nacion española debe hoy el ejemplo de un acto expiatorio á los pueblos de los dos hemisferios...» «¿Hay alguna medida sábia y reparadora que pueda reconciliar á la España consigo misma, y con las demás potencias de Europa?»

La contestacion de la corte de Londres al gabinete de San Petersburgo, comunicada confidencialmente á los de Paris, Berlin y Viena, decia entre otras cosas:

«No hay motivo para temer que la Europa pueda verse de pronto en peligro por las armas españolas... ¿No es prudente á lo menos hacer pausa antes que tomemos una actitud que pareciera que nos obligábamos á los ojos de la Europa á algun paso decisivo?... Esta moderada y cauta política, tan propia del estado y crítica posicion en que se halla personalmente colocado el Rey, *de modo ninguno nos embargará la accion*, si llegase alguna vez el caso de obrar.»

obra de iniquidad, cuyas consecuencias estamos tocando todavía, se prestaron muchos españoles respetables y honrados, y en gran manera contribuyeron los mismos liberales, unos con sus imprudencias, otros con sus divisiones intestinas.

El clero y la magistratura, poderosos por su organizacion, por sus riquezas, por el talento y el saber de muchos de sus miembros, y el primero, por su influencia en la masa de la poblacion, se coligaron fácilmente contra el nuevo régimen, que no podia menos de cercenar sus privilegios, y poner coto á los abusos, á cuya sombra habian medrado durante siglos. Gran parte de la nobleza siguió este movimiento retroactivo, y muchos á quienes las Córtes acababan de abrir las puertas de la patria, los afrancesados, los *persas* [1], entraron en la conspiracion, ya por inclinacion, ya por venalidad, ya, en fin, como instrumentos ciegos.

Se restableció la *Camarilla*, que tanto daño habia hecho en la época anterior; pero esta vez con elementos más hábiles y entendidos.„ Con este tenebroso conciliábulo, dice Argüelles, tenian cabida y favor todos los que por cualquiera causa eran enemigos y contrarios del órden constitucional, especialmente si podian cooperar á destruirle con infidelidades, revelaciones y consejos. Para él no habia negocios reservados; secreto por importante que fuese; acuerdo de que no se enterase; resolucion que no viniese á sus manos, y en ellas pereciese si convenia. En él se decidia soberanamente contra lo que se deliberaba en las Córtes; contra lo que consultaba el Consejo de Estado; contra lo que proponian los ministros, y hasta se pretendia obligar á estos á salir responsables de lo mismo que habian resistido ó desaprobado. Jamás, en ninguna época, en ningunas circunstancias existió un estado de las cosas públicas más incongruente. De aquí tantos hombres de honor comprometidos; tantas virtudes ultrajadas; tanto saber desperdiciado; tanto celo, tanto afan, tantos esfuerzos en beneficio de la patria, oscurecido y malogrado todo para la edad presente; y lo que tal vez es más lamentable; de aquí tanta discordia, tanta sangre y tantas lágrimas derramadas á torrentes; tantos ódios, tanta desolacion como se transmitirá todavía á las generaciones venideras„ [2].

El Gobierno constitucional, conociendo las tramas de sus enemigos y el objeto

[1] Llamaban así á los 69 diputados de 1814, que representaron al Rey pidiéndole el restablecimiento del absolutismo. Se les dió ese nombre, porque en su exposicion comenzaban diciendo: «Era costumbre de los antiguos persas... etc.» Las Córtes de 1820 decretaron que á estos diputados se les relevase de formacion de causa, y dieron una amnistía en favor de los afrancesados.

[2] *Apéndice* citado. Esas palabras profundamente sentidas y proféticas las escribia Argüelles en la emigracion, el año de 1827.

inmediato que se proponian, trabajaba con celo incansable para quitar todo pretexto á las maquinaciones de la Santa Alianza. Respetuoso con el Monarca y fiel observador de las leyes, con una mano desbarataba los planes de evasion y de insurreccion, y con otra impedia la explosion del liberalismo exaltado.

Pero no podia evitar que aquellos planes transpirasen, ni la irritacion de los ánimos que era su consecuencia, ni la discordia que procuraban sembrar sus contrarios introducidos en las sociedades patrióticas, ni la mala fé del Rey que, con la sonrisa en los labios, les engañaba y les vendia.

La explosion vino al fin. El Ministerio, por razones de alta conveniencia política, acordó la disolucion del ejército de la Isla, medida repugnada por los jefes de la insurreccion, que la consideraron contraria á los intereses de la libertad. De aquí provino la division entre los constitucionales, la rivalidad de unos con otros, los desórdenes tan deseados de la camarilla absolutista. Y es doloroso decirlo: Riego, el generoso y desgraciado Riego fué entonces el instrumento más propicio á los fines de la reaccion.

Dejemos hablar aquí á un hombre nada sospechoso de parcialidad.

"Parte el general Riego de Andalucia, dice Quintana, [1] con pretexto de arreglar este asunto con el Gobierno, y apenas llega á Madrid, cuando los síntomas de descontento, de desorden y de sedicion empiezan, siguen y crecen de un modo que inquieta y atemoriza... Él, en vez de corresponder entonces al concepto que generalmente se tenia de su carácter y de sus talentos, en vez de manifestarse digno restaurador de la libertad, y como tal, apoyo y columna del gobierno que se acababa de establecer con ella, se le vé entrar en una vana contestacion de palabras y de política con el Ministerio, afectar una pueril emulacion de sabiduria y de elocuencia con Argüelles, intentar atraerse la popularidad y la atencion...; y sin ocultar sus miras de echar abajo el Ministerio, descender para lograrlo á los odiosos manejos y oscuras intrigas de un partidario agitador y revoltoso. La mina ya se cargaba y ya los indicios de ella traspiraban en las calles, en los cafés, en las sociedades políticas, en los periódicos y en los teatros. En uno de ellos la autoridad del jefe político fué desconocida, su persona ultrajada, y su casa después insultada con violencia y con descaro. Hablábase tambien de algunos cuerpos de la guarnicion ganados, y por momentos se aguardaba una explosion perjudicial y escandalosa. El Gobierno, sobresaltado con tan siniestras señales, después de haber defendido victoriosamente

[1] Obra citada.

sus procedimientos en las Córtes, se vió en la precision de desplegar la fuerza armada en la capital para contener los movimientos qne se preparaban y poner en respeto á los temerarios y mal intencionados. Creyó tambien necesario que saliesen de Madrid Riego y sus principales fautores... Aquel fué el primer dia que amaneció sereno á los partidarios del poder absoluto: ellos desde entonces debieron abrigar como seguras las esperanzas de su restauracion.„

Esto sucedia en Setiembre de 1820: un año después, vemos á dos franceses, uno residente en Barcelona, otro enviado expresamente de Francia á Zaragoza, conspirando para establecer la República, y todo induce á creer hoy que aquellos hombres eran agentes pagados de la reaccion. Sin embargo, Riego, que era entonces capitan general de Aragon, se dejó prender en las groseras redes de un aventurero; comprometió á la autoridad civil de Zaragoza y se comprometió él mismo, y obligó al Gobierno á deponerle de aquel mando, lo cual enardeció los ánimos de los exaltados, y ahondó la division entre los liberales, que incautos no veian el precipicio en que iban á ser todos arrojados.

En el intervalo de estos dos acontecimientos, las Córtes se habian visto obligadas á cerrar las sociedades patrióticas; se formaba la sociedad secreta de los *comuneros* por algunos jefes desairados de la de los *masones*, á instigacion de los extrangeros, segun se dijo, y con aprobacion del Rey: ambas hicieron más daño á la libertad, con sus rivalidades, sus publicaciones, sus intrigas y alborotos, que las bayonetas del hijo de San Luis. Era entonces más que nunca necesaria la circunspeccion; pues ya habian acaecido los levantamientos de Nápoles, Portugal y el Piamonte, aclamando la Constitucion española, y ya los ejércitos de los santos aliados habian suprimido en los dos pueblos de Italia, junto con la libertad, la autoridad de sus reyes. En España no se atrevian á tanto; pero hacian que se levantasen partidas en Navarra y en Castilla; alentaban con grandes promesas á los refugiados en Francia, y poco después, con el pretexto de la fiebre amarilla que se desarrolló en Barcelona, y con el nombre de *cordon sanitario*, acercaban un ejército á la frontera, para apoyar la guerra civil en Cataluña.

Entre tanto, las intrigas y las conspiraciones dentro de Palacio se sucedian unas á otras sin interrupcion. Al terminarse la primera legislatura, el Rey, pretextando una indisposicion no asistió á la última sesion del Congreso. Retirado en el Escorial, comenzó á mostrarse abiertamente hostil á los ministros, resistiéndose tenazmente á sancionar la ley de reforma de las órdenes religiosas y supresion de con-

ventos, y luego corrió la voz de que intentaba dar un golpe de Estado. Vino á confirmar este y otros rumores siniestros el nombramiento de un nuevo capitan general de Madrid por medio de una carta autógrafa. La poblacion de la capital se levantó en masa; la milicia ciudadana corrió á las armas; las sociedades se abrieron por sí mismas; y las autoridades, las corporaciones populares, la diputacion permanente de las Córtes se vieron asediadas por la muchedumbre ansiosa, y resuelta á sostener la libertad á todo trance. La efervescencia creció hasta un grado peligroso, tanto que el Rey tuvo miedo de volver á Madrid; pero al fin accedió á ello, acosado por la necesidad. „Su entrada en la capital, dice un autor citado, fué ostentosa y brillante, pero melancólica y triste. No hay regocijo ni alegria donde no hay confianza, y esta estaba perdida... La generalidad del concurso, que era inmenso, se portó cual correspondia á la gravedad nacional... Llegados á palacio, (el Rey y su familia) se asomaron al balcon, sitio en otros dias de adoraciones y aplausos, y entonces de confusion y de oprobio, puesto que, aun á los ojos de sus parciales mismos, era como mostrarse atados á la argolla pública de la vergüenza.„

Ni entonces, ni en adelante fué posible ya evitar que, al presentarse el Rey en público, se le hiciesen demostraciones desagradables: se le cantaba el *Trágala,* se victoreaba al *Rey constitucional* en son provocativo, y algun dia se arrojaron piedras á su coche, dando ocasion á que los guardias de corps arremetiesen contra la multitud, causando heridos. Pero ¿cuál era el orígen de aquellos desmanes? ¿Quién los habia provocado? Además, el que incitó á los apedreadores era un artesano, que después, en 1823, fué recompensado con una pension, *en premio de sus servicios prestados al Rey.* [1]

Descubrióse luego la conspiracion tramada por el capellan de honor D. Matias Vinuesa, [2] y la de Extremadura, y los conciertos que tenian varios obispos con los que en Francia trabajaban para fomentar la insurreccion realista, y todo esto echaba combustibles á la hoguera.

Ciegos, entre tanto, los constitucionales, no veian donde estaba la mayor forta-

[1] Fernandez de los Rios. Obra citada.

[2] «Hizóse agente primero y resorte principal de una conspiracion urdida para trastornar el Estado. La autoridad, al sorprenderle en su casa, sorprendió tambien con él, no solo las minutas y los paquetes de las proclamas, mal impresas y peor escritas, que á la sazon corrian por Madrid y las provincias excitando á la sublevacion, sino tambien los planes y miras de la conspiracion escritas de su propia mano. Ganar y corromper la tropa, sublevar el pueblo, sorprender á los principales diputados y á las primeras autoridades, sacrificarlos inmediatamente á la seguridad y á la venganza del partido conspirador, y alzar sobre la sangre de aquellas víctimas el pendon de la tiranía y de la intolerancia, eran los proyectos contenidos en aquellos papeles atroces.»—Quintana. Obra citada.

leza de sus contrarios y su propia debilidad. En el acto de abrirse la segunda legislatura, el Rey leyó el discurso de la corona, y con sorpresa general, cuando todos creian que habia concluido, continuó acusando á los ministros de no defender el decoro de su persona, y de una culpable indiferencia en la represion y castigo de los atentados cometidos contra él en las calles de Madrid. Al dia siguiente, sin aguardar lo que las Córtes pudieran deliberar, despidió al Ministerio con muestras de desagrado.

¿Cómo pudo atreverse Fernando á dar un paso tan audaz, que en cualquier país animado de verdadero espíritu revolucionario le habria costado á otro la corona y tal vez la vida? Tenia la conciencia de su fuerza: los ataques á su persona de ningun modo podian justificarse: nunca debieron cometerse; pero no eran más que un pretexto.

La corte necesitaba deshacerse ruidosamente de los ministros, y desacreditar el sistema constitucional; para ello habia venido preparando el terreno y aprovechando hábilmente las ocasiones que le daban las disidencias de los liberales. A la oposicion desembozada que declararon al Gobierno los exaltados partidarios de Riego, se agregó muy pronto la de los *afrancesados*, descontentos de la mala acogida que algunos encontraron en las juntas electorales, y del poco caso que se les hacia para la provision de empleos: estos se inclinaron á las opiniones é intereses de la corte, y como habia entre ellos hombres de talento y flexibilidad, sabian ser bullangueros y acomodarse á todos los tonos, con tal que sirviesen para desacreditar las instituciones y las personas que las sostenian.—Con menos odiosidad, pero con igual efecto, dice Quintana, concurrieron al descrédito del Gobierno otra casta de personas, que la malicia de entonces designaba con el apodo de los *importantes*. Eran estos los hombres acostumbrados á ocupar los primeros destinos por su nacimiento ó por su carrera: consejeros de Estado, oficiales de las secretarías, altos magistrados, generales, personages de varias clases, cuya ocupacion ordinaria era intrigar y menospreciar, no encontrando nada bueno, sino lo que se hacia por sus consejos ó su influencia.—En apoyo de todos estos, se formó una oposicion más formidable que las otras, por cuanto procedia de buena fé: tal era la de los *independientes*, puritanos cándidos, que sin pensarlo servian admirablemente al partido absolutista, y á las demás bandas de ambiciosos y descontentos.

Un solo grito discordante, pero unánime, llegó á salir de todas estas oposiciones abigarradas: la caida del Gobierno, que en medio de aquel clamoreo, no tenia una

voz amiga que le defendiese. Elevóse al Rey una peticion, cubierta de centenares de firmas, las más supuestas, solicitando que depusiese á los ministros por inhábiles para gobernar. El escándalo era mayor en las sociedades populares, llegando en algunas la agitacion y la efervescencia al extremo de prorumpir los concurrentes en gritos frenéticos de „¡Abajo el Ministerio! ¡Muera Argüelles!„ y arrojarse á la calle concitando á la sedicion.

Con tales elementos, con un terreno tan bien preparado, pudo el Rey dar un escándalo inaudito, y hasta gloriarse de que, procediendo así, respondia á los deseos de la opinion pública. El tiro fué certero; y desde entonces, aunque al pronto la corte misma se asustó de lo que habia hecho, en adelante ya no hubo ministerio seguro, ni gobierno posible.

Un acontecimiento deplorabilísimo, hijo natural del desbordamiento de las pasiones exacerbadas, vino á poco á nublar más y más el ya oscurecido cielo de la libertad. Todo el mundo creia que el desdichado D. Matias Vinuesa seria condenado á la pena capital: cuando se publicó la sentencia que le imponia diez años de presidio, alborotáronse los genios impacientes, y hubo algunos hombres desalmados que concibieron y ejecutaron el horrible proyecto de asesinar al preso en la cárcel. Esta accion tan villana, que no puede atribuirse á ningun partido, enagenó, sin embargo, muchas voluntades al régimen liberal.

No es posible seguir, paso á paso, el curso de los acontecimientos. Los que lógicamente se sucedieron después; los clamores de los liberales exaltados cuando Riego fué separado de la Capitanía general de Aragon; las escenas promovidas por los tribunos de café [1] en la Fontana de Oro, Lorencini y la Cruz de Malta; los alborotos y desórdenes en Madrid, Cadiz y Sevilla, mientras se paseaba en triunfo por las calles el retrato de aquel general; la repeticion de actos análogos en Valencia, la Coruña, Murcia y Cartagena; todo esto producia descontento y frialdad en la masa siempre numerosa de las gentes pacíficas y enemigas de disturbios, cuya fuerza de inercia es poderosa y muchas veces decisiva.

La division de los partidos constitucionales se hizo entonces más marcada; y el exaltado, que en la sociedad de los *comuneros* llegó á contar más de 40.000 miembros, no tardó en dominar la situacion, consiguiendo derribar el segundo Ministerio, llevar mayoría á las nuevas Córtes y nombrar presidente y secretarios suyos. El Rey, al parecer bien aconsejado, eligió esta vez un Ministerio, que por de pronto

[1] Allí figuraba en primera línea el Sr. Alcalá Galiano, después moderado á prueba.

satisfizo todas las aspiraciones, y á cuyo frente estaba D. Francisco Martinez de la Rosa.

No se descuidaban, entre tanto, los realistas. A imitacion de los liberales, creaban por consejo de Roma las sociedades secretas de la *Concepcion* y el *Angel esterminador;* á las predicaciones de los clubs oponian las no menos perniciosas del púlpito, convertido en muchos pueblos en cátedra de sedicion y en tribuna de guerra. Tambien habia entre ellos intransigentes y moderados. Estos, de acuerdo con Martinez de la Rosa y con Toreno, trabajaban en Paris para sustituir la Constitucion de Cádiz por otra á la antigua española ó semejante á la Carta francesa, en cuyo plan se interesaba el primer ministro de Luis XVIII. Los intransigentes, por el contrario, no querian más que el restablecimiento puro del absolutismo. Al frente de estos se distinguia el Marqués de Mataflorída, que sacrificó á tan mala causa toda su fortuna y su reposo; prueba de la sinceridad de sus convicciones.

El tumulto de Aranjuez del dia 30 de Mayo de 1822, al grito de ¡*Viva el Rey absoluto*! promovido por varios oficiales y algunos soldados ébrios de la Guardia real; el motin de los artilleros de Valencia el mismo dia, y la insurreccion de la expresada Guardia real en los dias 1.° á 7 de Julio, dieron á conocer claramente con quien estaba el Rey, si con los realistas reformadores ó con los *netos* [1]. Eternamente memorable será la jornada del 7 de Julio en Madrid. No hubo aquel dia partidos entre los liberales: juntos pelearon y juntos vencieron: el peligro era demasiado visible y comun á todos. Los ministros, el mismo Martinez de la Rosa, el Jefe político y otras personas importantes habian sido encerrados en Palacio la noche antes, y allí, considerados como víctimas destinadas al sacrificio, perma-

[1] Hé aquí lo que pasaba en Palacio los dias anteriores al 7 de Julio, segun Quintana:

«En medio de todo este aparato y disposiciones de rompimiento y de guerra, todo seguia el órden acostumbrado en Palacio. El Capitan general iba y venia, y recibia la órden del Rey segun la etiqueta; iba y venia el Jefe político; iban y venian los ministros, y despachaban ó aparentaban despachar. Hasta las secretarías continuaban sus trabajos á las horas acostumbradas; y así hubieran seguido hasta el desenlace de la crísis, si no fuera por el recelo que infundian los guardias, los cuales empezaron, no solo á mofarse y á escarnecer á los empleados,... sino á atropellarlos y perseguirlos hasta el sagrado de las secretarías. La insolencia de aquella soldadesca no conocia en aquellos dias ni límites ni freno. Necesarios al Monarca, consentidos de sus jefes, *regalados de toda la servidumbre*, usaron y abusaron de aquella situacion con toda la licencia y descaro de hombres groseros, sin vergüenza y sin crianza. Manjares delicados, conservas, vinos generosos, helados exquisitos, todo se les prodigaba; y ellos lo repartian todo alegremente con la chusma y las mujerzuelas, que á bandadas acudian á participar del real festin. Los corredores y escaleras de Palacio se veian convertidos en tabernas, los rincones en burdeles: allí se comia, se bebia, se cantaba y se gritaba: allí se cometian todos los desórdenes y torpezas que la borrachera y la licencia militar llevan consigo. Por manera que la majestad soberana del Monarca no se vió nunca más ultrajada ni envilecida que por aquellos mismos que afectaban quererla restaurar y defender.» *Cartas á lord Holland.*

necieron hasta que la faccion del Rey estuvo derrotada [1]. Entónces, al rayar el alba, cuando los batallones de la Guardia, perseguidos por la fuerza ciudadana y parte del ejército, corrian á refugiarse al amparo de la morada real, se acordó el Rey de que los ministros, como constitucionales, debian ser el escudo de su persona, y los mandó llamar para consultarles sobre lo que habria de hacerse en aquel trance apurado; pero ellos nada aconsejaron; y aunque, creciendo el terror y la congoja de la familia real con la derrota y fuga de sus pretorianos, se les instó de nuevo, rogándoles que salvasen al Rey, no fué posible sacarles de su actitud pasiva. ¿Qué podian hacer ya, como ministros, los que durante el combate habian sido anulados?

Fuéle forzoso al Rey entrar en tratos con los vencedores por medio del general Morillo, el cual envió á Palacio una comision de militares distinguidos: con ella discutió el Monarca mismo las condiciones de la capitulacion, y como se resistiese á consentir en alguno de los artículos, fué menester que uno de los comisionados le dijera: "Señor, las tropas de V. M. han sido vencidas, y es fuerza que se resignen á la ley que la nacion les imponga.„

El divorcio entre el trono y las instituciones fundamentales de la monarquía no podia ser ya más completo ni evidente. Desde aquel dia, nadie pudo poner en duda cual era el orígen de todos los desastres públicos, ni donde estaba el foco de la conspiracion permanente contra el régimen establecido. Y sin embargo, el pueblo armado y triunfante respetó el trono: las tropas y los milicianos vencedores custodiaron el palacio real con más decoro que los guardias, y mantuvieron en la capital el órden, tan violentamente alterado. Aquel dia, solo la corte y el Rey mismo hicieron algo que pudiera ser humillante para su dignidad [2], mientras que algunos embajadores cometian la imprudencia de pasar una nota á nuestros ministros, amenazando con el enojo de sus soberanos, si se atentaba lo más mínimo contra Fernando VII y su familia.

Muy ajenos estaban los vencedores, por el momento, de abrigar los instintos feroces que les atribuían aquellos extranjeros. Sin embargo, la serenidad y la templanza no podian ser duraderas despues del 7 de Julio: el rompimiento era un

[1] Don Luis Fernandez de Córdoba, el que más tarde mandó en jefe los ejércitos de la reina Isabel contra los carlistas, en una *Memoria* publicada el año 37, declaró que la conspiracion abortada el 7 de Julio, despues de haber sido aplazada muchas veces, su concepcion y su conducta hasta que estalló, todo fué obra suya, y solo suya.

[2] La servidumbre de Palacio repartió entre la tropa y los milicianos los restos del festin con que se habia regalado á los guardias sediciosos; y cuando estos, para no cumplir lo capitulado, huyeron por la cuesta de la Vega, el Rey desde un balcon gritaba á los milicianos que los perseguian y acuchillaban:—«Matad á esos pícaros, tunantes, que me han comprometido.»

hecho ; habia costado sangre , y pronto la furia de las pasiones puso en accion y dió la preponderancia á los partidos extremos. Pronto en Madrid dominó por completo la exaltacion liberal más intolerante , al paso que en los conciliábulos absolutistas prevalecian los intransigentes sobre los templados. La guerra civil tomaba cuerpo, acrecentándose las facciones en Cataluña y Navarra, en Aragon y Valencia, en Castilla y Extremadura. Instalábase la regencia de Urgel , y ponia bajo las órdenes del baron de Eroles diez y seis mil combatientes, que se llamaban á sí mismos defensores del Altar y el Trono.

El partido liberal exaltado pareció entónces decidido á justificar las calumniosas imputaciones que se dirigian de todas partes contra el régimen constitucional: poseido de furor , declaró guerra á muerte á los moderados , acusándoles , no sin fundamento , de connivencia con los enemigos de la Constitucion. Todo el Ministerio que habia en Julio , el general Morillo , el jefe político San Martin , otras muchas personas respetables fueron envueltas en las redes del proceso que se seguia á las cabezas de aquella insurreccion , y ya se hablaba de prender diputados y á varios indivíduos de la familia real.

Las Córtes , que , luego fueron convocadas con carácter de extraordinarias , se mostraron dignas de una nacion magnánima en medio de tanta demencia , y enfrenando las dos facciones anárquicas, la liberal y la realista , probaron al mundo que el órden constitucional solo podia ser vencido por la fuerza y la violencia.

Ya lo habian comprendido así los soberanos aliados de Europa, y otra de las consecuencias del 7 de Julio fué la reunion del congreso de Verona , en el que se concertó definitivamente el plan de intervencion armada en la Península. Francia fué la encargada de restablecer con las armas á Fernando VII en un trono, que nadie le habia disputado, y las demás potencias se comprometieron á ayudar con subsidios pecuniarios por todo el tiempo que durase la guerra.

Tomada esta resolucion , todavía esperaron los aliados que el partido realista venceria ; pero el anuncio de aquel congreso volvió á unir los partidos liberales , y Torrijos en Navarra , y Mina en Cataluña derrotaron en cuatro meses las bandas del absolutismo , arrojándolas al otro lado de la frontera francesa , juntamente con la regencia de Urgel. Un acto del valiente Mina, al comenzar aquella campaña , dice cual era el estado de irritacion de los ánimos: sobre las ruinas de un pueblo, tomado y arrasado por él , despues de una enérgica defensa , levantó una pirámide con esta inscripcion: *"¡Aquí existió Castell-Fullit!„*

Cuando llegaron á Madrid las notas, en que los congregados de Verona daban á conocer sus intenciones, ya estas se habian hecho públicas por medio del *Moniteur*. Procedimiento tan irregular, de que no hay ejemplo en las prácticas de la diplomacia, tenia por objeto sublevar las pasiones, y obligando al Gobierno español á dar cuenta á las Córtes, promover de este modo escenas tempestuosas. Los autores de las notas, dice Argüelles, "no dudaron que las Córtes, compuestas, á juicio suyo, de sediciosos y gente desalmada, se dejarian arrebatar de cólera hasta dar en todos los excesos de un tumulto popular, capitaneado por furiosos demagogos. A la verdad, aun suponiendo que los diputados fuesen las heces de la sociedad española, todavía era de creer, que como hombres, no podrian oir con impasibilidad estóica aquel torrente de injurias personales, sin justificar por merecido el vilipendio. Sin embargo, las Córtes tambien en este caso dejaron burladas las esperanzas de sus enemigos. Sin dejar de sostener la dignidad y decoro de su noble mision y su autoridad, se abstuvieron entónces de deliberar, no fuera que se atribuyese á impresiones del momento la resolucion que tomasen... Oida la comunicacion hecha por el Gobierno, la impresion en las Córtes fué uniforme y profunda. Todos los diputados, sin excepcion de uno solo, por un movimiento interior y simultáneo, se pusieron en pié... Así permanecieron hasta que, considerado suficiente tan justo desahogo, el presidente les persuadió á que se sentasen; habiéndose notado que ninguno queria ser el primero en obedecer, por no manifestar quizá menos interés que otro en una demostracion tan nacional y patriótica." [1]

Dos dias despues, el 11 de Enero de 1823, aquellas Córtes, en las que se hallaban representados los dos partidos, poco antes enemigos, votaban por unanimidad dirigir al Rey un mensaje, participándole que la representacion nacional estaba decidida á hacer todo género de sacrificios por mantener la independencia de España.—"Allí cesaron los partidos, los ódios se apagaron, las pasiones enmudecieron. No hubo más que una opinion, un voto uniforme, universal, para sostener y salvar á toda costa la libertad y la independencia, tan indignamente ultrajada." [2]

Aprestóse todo para la defensa de tan caros objetos, con el asentimiento del Rey, que al mensaje de las Córtes contestó "aplaudiendo su resolucion, llamando calumniosos los asertos de los reyes del Norte;" y diciendo que "si España era invadida, se sostendria firme al frente de ella, seguro de vencer por la más justa de las causas."

[1] *Apéndice* citado.

[2] QUINTANA, obra citada.

Cuatro ejércitos, al mando de los generales Mina en Cataluña, Ballesteros en Navarra y Aragon, Morillo en Galicia, y Labisbal en Castilla, debian cerrar el paso á los invasores; y el Rey, no sin haber opuesto resistencia, tuvo que consentir en trasladarse á Sevilla con las Córtes y el Gobierno.

Desde entonces los acontecimientos se precipitan: cien mil franceses al mando del duque de Angulema invaden la península el 7 de Abril; pero les preceden cincuenta mil realistas, y Ballesteros les franquea el paso, y capitula después en Granada; Labisbal les abre las puertas de Madrid; Morillo se entrega; solo el valiente Mina, con Milans y algunos otros jefes decididos, se mantiene fiel en Cataluña, y pocos más combaten con honor en Castilla, Extremadura y Andalucía. De Sevilla se trasladan las Córtes y el Gobierno con el Rey á Cádiz, que pronto se vió sitiada por las tropas francesas. Allí sucumbió la libertad junto con la dignidad española, y la nacion que habia hecho frente á los ejércitos mucho más aguerridos y numerosos del Aguila de Córcega, cayó sin gloria, entregada, no vencida, bajo el peso de su propia posicion insostenible.

De aquella intervencion armada en nuestros asuntos interiores, de su influencia en favor de los intereses monárquicos de Europa, de las miras y aspiraciones con que fué conducida, de las discordias interiores y de los esfuerzos que la hicieron posible, solo queda hoy un recuerdo odioso para los ejecutores, triste y vergonzoso para España.

Luis XVIII, restituyendo el poder absoluto á Fernando VII, no salvó su corona de derecho *divino:* solo vengó á Napoleon con ayuda de los mismos que le habian vencido. Y en cuanto á los demás soberanos aliados "para destruir con todas sus fuerzas el *gobierno representativo* en todos los paises de Europa en que pueda existir,„ por considerarlo "*incompatible con los principios monárquicos*, „ [1] han debido reconocer, y han reconocido al fin, que esta máxima suya, si es verdadera, conduce lógicamente á esta otra: "Los reyes son incompatibles con los intereses de las naciones.„ [2]

[1] Tratado secreto de Verona, Art. 1.°

[2] Tan lógica y natural es esta consecuencia, deducida ya por los republicanos, que los mismos firmantes del tratado de Verona la apuntan sin advertirlo en su 2.° artículo, al condenar *la libertad de la prensa*, diciendo que es el medio más poderosamente empleado por los defensores de *los derechos de las naciones en detrimento de los príncipes*. Semejante contraposicion, dada la incompatibilidad del gobierno representativo con la monarquía, coloca necesariamente á las naciones ante este dilema: O el rey, ó yo.

IV.

LA REACCION.

Al entrar en Madrid el duque de Angulema, nombró una regencia para que gobernase en nombre del Rey. Esta regencia se inauguró dando un manifiesto á la nacion, en el que prometia dirigir toda su atencion hácia el ejército, arreglar la administracion pública, y "emplear con la mayor eficacia los poderes que se le habian dado, para impedir las persecuciones y los excesos;„ y concluyó su mandato con otro manifiesto, lleno de alabanzas á Dios, al Rey, á los monarcas de Europa, que "habian acometido la gloriosa empresa de que no hay ejemplo en la historia de los siglos,„ y en el que se leían estas frases: "Cuando nuestro comun padre vuelve glorioso al seno de sus hijos, no se oigan en la casa paterna más que voces de júbilo, de reconciliacion y de paz: todos como hermanos, apiñados en derredor de su trono, sacrifiquen allí sus ódios y rencores, y ninguno sea osado á turbar esta fiesta triunfal con sañudas voces, con roncos y destemplados *mueras*, que aflijirian el corazon tiernísimo del bondadoso monarca...„ Los individuos de la Regencia declaraban que su gozo seria cumplido, si pudiesen presentar á Fernando "*el acta de reconciliacion universal,* rubricada y sellada con su misma sangre.„

Y entre estos dos documentos, se habia decretado la anulacion completa de todo lo hecho desde el 7 de Marzo de 1820; la destitucion de todos los que habian sido empleados, durante el régimen constitucional, fulminando la pena de muerte contra multitud de personas distinguidas y se habian creado juntas de purificacion, y estimulado y consentido escenas demagógicas del peor género entre el populacho de Madrid, embriagado á costa del dinero francés; y se habia obligado al mismo Duque de Angulema á publicar la ordenanza de Andújar contra las prisiones arbitrarias y las ejecuciones sangrientas, dictadas por los corifeos del partido realista.

El 30 de Setiembre, antes de salir de Cádiz Fernando VII para entregarse en brazos de los franceses, sus *libertadores,* firmaba un decreto, cuya minuta corrigió y enmendó de su puño y letra como mejor le plugo, en el que declaraba "de *su libre*

y espontánea voluntad, y prometia bajo la fé y seguridad de su real palabra, llevar y hacer llevar á efecto *un olvido general completo y absoluto de todo lo pasado,* sin excepcion alguna, para que de este modo se restableciesen entre todos los españoles la tranquilidad, la confianza y la union, tan necesarias para el bien comun.„ Prometia igualmente conservar sus grados, empleos, sueldos y honores á todos los militares y empleados civiles y eclesiásticos que habian seguido al gobierno constitucional. Aseguraba otras promesas, declarando que "solo su poderosa voz podia ahuyentar del reino las venganzas y las persecuciones„; y al dia siguiente, 1.° de Octubre, firmaba otro decreto confirmando todo lo hecho por la Regencia de Madrid y por la junta de Oyarzun, y anulando los actos del gobierno constitucional, de cualquiera clase y condicion que fuesen.

Casi al mismo tiempo, Fernando sentenciaba en secreto á la pena de horca á los miembros de la Regencia liberal, Valdés, Císcar y Vigodet, lo cual era un principio de confirmacion singularizada del decreto de 23 de Junio de aquel año expedido por la Regencia provisional de Madrid, que condenaba á muerte y confiscacion de bienes á todos los diputados que tomaron parte en la deliberacion de las Córtes, del 11 de Junio, en que se resolvió la traslacion del Rey á Cádiz, á los ministros que le acompañaron, á la mencionada Regencia, y á todos los oficiales del ejército y de la milicia que fueron escoltando á la corte y al Gobierno.

Para que la clemencia real no pudiese alcanzar á ninguno de estos indivíduos, cuando el Rey dispuso su viaje á Madrid, el ministro Don Víctor Saez previno que se alejase á cinco leguas de su camino todo el que durante el sistema constitucional hubiese sido diputado, oficial de la milicia nacional, ó hubiese ejercido algun cargo importante, prohibiendo á todos *para siempre* la entrada en la capital, y en los sitios reales, á los que no podrian acercarse en el contorno de quince leguas.

El furor de la reaccion iba seguramente mucho más lejos que la voluntad del soberano, adquiriendo un carácter sanguinario y vandálico. Han pasado á ser célebres los gritos con que algunos frailes y el populacho vitoreaban á Fernando, tales como: *¡Vivan las cadenas y muera la nacion! ¡Viva la religion y muera la patria! ¡Viva el rey absoluto y mueran las leyes!;* desahogos acompañados con frecuencia de atropellos y saqueos.

"Las prisiones, los asesinatos, las tropelías más inauditas se perpetraban por todas pártes en medio de aquel horroroso vandalismo. En Zaragoza eran llevadas á la cárcel 1,500 personas... En Navarra se entregaban el Trapense y sus partidarios

á excesos atroces, escandalosos é inmorales... En Roa eran inhumanamente sacrificados los infelices reducidos á prision. En Madrid se encarcelaba á centenares de personas, nada más que por sospechas... En la Mancha se robaba, se violaba á las mujeres, se saqueaban los pueblos al grito de *¡Viva el Rey y la Religion!*... En Córdoba se arrojaba dentro de un pilon de agua á multitud de personas, para insultarlas con ferocidad y barbarie.„ [1]

Las ejecuciones sangrientas comenzaron en la persona de Riego el 7 de Noviembre, con un lujo de crueldad propio de un pueblo de cafres. Aquella ilustre víctima fué conducida al patíbulo arrastrado en una estera, perseguida por los ahullidos del populacho, y abofeteada después de estar pendiente de la horca.—Seis dias después hacia el Rey su entrada triunfal en Madrid, y cuando le anunciaron la ejecucion, exclamó haciendo escarnio: "*¡Viva Riego!*„

No consintió Fernando VII el restablecimiento de la Inquisicion, quizá por no sufrir un poder superior al suyo; pero autorizó la organizacion de la Junta secreta de Estado, presidida por un ex-inquisidor, que formó un padron general en que constaban más de 80,000 personas calificadas de sospechosas, en virtud de delaciones secretas; exigió de los liberales que se delatasen á sí mismos *espontáneamente;* decretó los juicios de purificacion á que debian someterse los militares, los empleados, los catedráticos, los estudiantes y hasta las maestras de niños y los toreros; dejó establecer las comisiones militares, que juzgaban con arreglo á ordenanza los delitos de liberalismo y los robos en la corte, y daba por último un código especial á estos verdaderos *comités de salud pública,* en el que se imponia pena de la vida hasta á los que gritasen *¡mueran los tiranos!*

"Por todas partes se buscaban víctimas; la policía se derramaba por las calles y escuchaba las conversaciones del hogar: una cancion, una palabra conducia á presidio ó al cadalso... La rabia y la influencia de los *soldados de la fé* era tal, que acusaban de liberales á los franceses y los asesinaban en las calles de Madrid: solo en un dia resultaron en la de san Anton catorce heridos y un muerto.„ [2]

Natural era que esto sucediese: la hidra de la demagogia realista no podia menos de revolverse contra los mismos que la habian desencadenado, viéndoles interceder con el Rey para que adoptase una política más humana. Luis XVIII tuvo que escribir á Fernando diciéndole que "los príncipes no deben reinar por medio de

[1] *Historia pintoresca del reinado de Doña Isabel II.* Tomo 1.°

[2] Fernandez de los Rios, Obra citada.

proscripciones:„ el duque de Angulema le aconsejaba la templanza, y hasta el emperador de Rusia le envió un embajador para inclinarle á la clememencia, y en igual sentido hizo indicaciones el nuncio del Papa, considerando que una situacion tan violenta era un peligro constante para el sosiego público.

Prevaleciendo por un momento la política de moderacion, acordóse dar un decreto de amnistía en 1.° de Mayo de 1824; pero esta medida á nadie satisfizo, sirviendo solo para poner de manifiesto la lucha de influencias encontradas que dividian al partido realista, y para perseguir con más encono á las personas tachadas de liberalismo. Veinte dias tardó en publicarse aquel decreto, que contenia once artículos y quince excepciones; y entre tanto, expidiéronse órdenes á los intendentes de policía para que hiciesen averiguaciones y formasen listas de los exceptuados, á fin de prenderlos al mismo tiempo que se daba á luz la amnistía.

¡Horrible sarcasmo! Lo que debió ser muestra de la real clemencia, se convirtió en instrumento de meditada venganza: los que ya estaban presos permanecieron en los calabozos, ó salieron para los presidios ó para el patíbulo, mientras eran encarcelados los que la arbitrariedad designaba como principales autores de la revolucion.

Fernando VII estaba condenado por sus propias culpas y las ajenas, á no reinar jamás sobre los españoles; que no es reinar ser tirano, vivir siempre asediado de conspiradores, y no tener por súbditos más que enemigos, prontos á rebelarse á todas horas, ó esclavos embrutecidos. Él destronó á sus padres por medio de una intriga y de un motin, y el motin y la intriga le persiguieron hasta el sepulcro: traidor con los que quisieron darle un trono rodeado de gloria y de prestigio, un trono fundado en el amor y la felicidad de los pueblos, los persiguió de muerte, proscribiendo á un partido; y así abdicó la mitad de la corona, que la traicion hospedada en su palacio pugnó dia y noche para quitarle por entero. Quiso ser absoluto, apoyándose en el bando realista; para dominar solo, sembró la muerte y evocó la discordia; y la discordia entró en su casa, dividiendo aquel bando en dos fracciones que le adulaban y le aborrecian, y la intolerancia conspiró para derribarle, obligándole á ser sanguinario, cuando intentaba ensayar medidas de conciliacion y de clemencia. En su manifiesto de 1814, habia dicho que en "España nunca fueron déspotas los reyes„ y lo probó con su reinado, practicando el despotismo en toda su pureza, y enseñando á los españoles á conocerlo y odiarlo.

Pugnaban en la corte los dos bandos absolutistas, el templado y el furibundo, uno para establecer el régimen que ya desde el congreso de Viena se llamó *despo-*

tismo ilustrado, y otro para fundar el despotismo *puro*. A la cabeza del primero vino á ponerse Don Francisco Zea Bermudez, á quien apoyaban las potencias extrangeras, y particularmente la Rusia. Era jefe reconocido del segundo el infante Don Cárlos, presunto heredero de la corona, cuyo carácter personal, prescindiendo de sus ideas políticas, le colocaba en una altura muy superior á la de su hermano en el concepto público. Este partido era sin duda el más poderoso é influyente dentro de la comunion absolutista; contaba con las masas ignorantes, fáciles de inflamar en todo evento; recibia del alto clero la direccion y el impulso; tenia por este conducto inteligencias en todo el país, y no le faltaban adictos en la *Camarilla* de Rey, donde preponderaban siempre los famosos Ugarte y Chamorro.

Entre estos dos partidos fluctuaba el espíritu de Fernando VII, queriendo contentarlos, pero sin doblegar su voluntad á ninguno de ellos, ni conseguir satisfacer sus aspiraciones.

El partido absolutista templado influía y aconsejaba: el exaltado conspiraba contra la sociedad y contra el Rey, organizaba sociedades secretas y se amotinaba.

Cuando se dió la amnistía de 1.° de Mayo, el partido absolutista teocrático se puso furioso, y aquel mismo mes descubrió la policía en Aragon una conspiracion, ramificada en otras provincias, y próxima á estallar, cuyo objeto era proclamar á Don Cárlos y restablecer la Inquisicion.

No habia ya clubs de masones y comuneros; no habia desahogos patrióticos; no habia periódicos políticos, excepto el *Semanario político cristiano* y el *Restaurador*, redactados por frailes; no habia milicia nacional, ni ejército; pero habia la *Federacion de los realistas puros* y otras sociedades secretas, que llegaron á producir el formidable levantamiento teocrático-carlista de 1827 en Cataluña, y otras sublevaciones anteriores; pero hubo en Madrid la partida *del Trueno*, y en Córdoba la *de la Porra*, que eran asonadas permanentes; y los periódicos *cristianos*, que pedian "el exterminio de los liberales hasta la quinta generacion," llevaban el desenfreno de la licencia á tal extremo, que obligó al Rey á suprimirlos; y los voluntarios realistas, cuyo armamento y equipo costaba á la nacion más de 200 millones de reales al año, gozaban el privilegio de cometer á mansalva todo género de tropelías contra los *negros*,[1] el de ocupar los empleos públicos, y el de amotinarse impunemente contra los actos del Gobierno, si este pretendia reducirlos al órden.

[1] Llamaban negros á los liberales, y los insultaban por las calles, cuando no de otro modo, imitando un estornudo y

La publicacion del reglamento de los voluntarios realistas dió pié para escandalosos trastornos: los defensores del altar y el trono quemaron publicamente dicho reglamento y el retrato de su autor D. José de la Cruz, ministro de la guerra, imitando á los nacionales del año 22, que habian hecho lo mismo con el retrato de Moscoso; pero con la diferencia de que la conducta de aquellos mereció la aprobacion del Consejo de Castilla, [1] y su rebelion produjo la caida y prision del ministro Cruz, á quien sustituyó Don José Aymerich, simple coronel de realistas é íntimo confidente del infante Don Cárlos.

¿Qué habia ganado, pues, Fernando VII con el cambio de sistema? Pronto debió convencerse de que en España nadie más que él sabia la doctrina y la práctica del absolutismo. Los más ardientes partidarios de este régimen procedian como revolucionarios incorregibles é insaciables: Si eran realistas puros, ¿tocábales más que obedecer ciegamente al Rey? Si reconocian su autoridad emanada directamente de Dios, siendo católicos fervientes, ¿cómo se rebelaban contra ella? Si pedian mordazas y cadenas, ¿cuál era su obligacion sino enmudecer y humillarse?

Pero no: ellos no querian ni han querido nunca el absolutismo del monarca, sino ser cada uno un rey absoluto, un pequeño déspota, un tirano de los demás; en esto se parecen á los demagogos de todas las sectas: ellos pretendian encadenar á la nacion y al Rey á su voluntad exclusiva y soberana, y si hubiesen triunfado con Don Cárlos, ó se habrian rebelado contra él, ó le habrian convertido en maniquí de sus caprichos y ambiciones.

El partido *apostólico,* que así vino á llamarse el absolutista intransigente, acusaba de revolucionario á Fernando, porque no se prestaba á ser dócil instrumento de sus maquinaciones y planes: eran estos sobreponer á la autoridad real el poder teocrático; supeditarlo todo al imperio sin límites del alto clero, de la Inquisicion y los frailes; apagar toda luz, ahogar el pensamiento, no consentir siquiera la idea de reformas, y exterminar á los liberales ó reducirlos á la impotencia de moverse, haciendo de ellos y del pueblo español en general una raza de idiotas sumisos y obedientes, sin otra mision en la tierra que la de trabajar para sus señores.

diciendo: *¡guachis!*—La calificacion de *negros* vino de que en Francia se llamaba *blancos* á los parciales de los Borbones, cuya bandera es de este color.

[1] «La esencia del poder absoluto dimana de que todos los súbditos son pasivos; los vasallos no pueden discurrir si lo que manda un rey es justo, ni analizar si se engaña; porque un rey despótico no puede engañarse: lo que él resuelve, sea resultado de la razon, de la pasion ó del capricho, es ley segun la doctrina de la tiranía: ¿cuales serian los considerandos en que el Consejo fundase este dictámen?»—Fernandez de los Rios.—*Olózaga.*

Con estas condiciones, aquel partido habria dado al monarca la parte de poder que corresponde al *ejecutor de las altas obras;* pero Fernando no era el hombre de su confianza; le creian capaz de llamar á los liberales y jurar otra vez la Constitucion, ó de someterse á ello por debilidad de carácter; y además, Fernando daba gusto en todo á los apostólicos, menos en cederles la potestad ilimitada, que queria para él solo. En esto, ya lo hemos dicho, y debe hacérsele justicia, era el único absolutista consecuente y de buena fé.

De nada servia que se hubiesen restablecido los conventos de frailes, devolviéndoles los bienes enajenados, sin reintegrar á los compradores; que se eximiese á los franciscanos y capuchinos de pagar derechos de puertas en los artículos de consumo, y al clero, de la contribucion de frutos civiles; en vano se restablecia el diezmo por entero, y se daban á la Iglesia todos los medios de atesorar riquezas y perpetuar los abusos condenados por nuestras antiguas leyes, y contra los cuales habian clamado repetidamente las Córtes hasta en el reinado de Felipe II, por considerarlos como una de las causas principales del decaimiento y ruina de la nacion; [1] en vano se

[1] Véanse las peticiones ó capítulos de las Córtes de Valladolid, de 1523; de Segovia, 1532; de Madrid, 1534, repetidas y ampliadas con nuevos capítulos en las de Madrid de 1563 y 1566, y en las de Córdoba de 1570. — Diez capítulos nada menos contienen los cuadernos de las Córtes de 1563, enderezados todos á pedir, que se ponga tasa ó limitacion á las adquisiciones de bienes por el clero, y á que se le obligue á vender los que poseia, como tambien que se coartaran los abusos introducidos en la percepcion de diezmos y rediezmos. Para que se forme idea del espíritu de aquellas antiguas Córtes, véanse algunas de sus peticiones.

Las de Segovia, en la Peticion LXI, decian: «Porque por experiencia se ve que las yglesias y monesterios y personas eclesiásticas cada dia compran muchos heredamientos, de cuya causa el patrimonio de los legos se va disminuyendo; y se espera que si ansi va, muy brevemente será todo suyo; suplicamos á V. M. no permita lo susodicho, y se provea de manera no se les venda ni dé heredamiento alguno, y en caso que se les vendiere ó donare, se haga ley que los parientes... ú otras personas en su defecto, lo puedan sacar por el tanto dentro de cuatro años, y si fuere donacion, sea tasado el valor.»

Las de Madrid, 1534, Peticion IX, insisten en lo mismo, recordando «que se mande guardar la ley 7.ª que hizo el rey Don Juan, que es en el Ordenamiento, título de las donaciones y mercedes; y porque la pena contenida en la dicha ley es poca, suplican que la pena sea el 3.° en vez del 5.°, la mitad para el juez acusador, y cualquiera del pueblo lo pueda denunciar y pedir.»

La Peticion XVIII de dichas Córtes suplica «se mande proveer como los dotes de los monesterios sean moderados, y que se dén en dineros y no en bienes rayzes; que será otra manera de remediar el patrimonio seglar...»

El capítulo XXXIX de las Córtes de 1563 invoca lo proveido á las peticiones anteriores y no cumplido, añadiendo: «Y porque se ve e notablemente los muchos bienes rayzes que han entrado y cada dia entran en las yglesias y monesterios, así por donaciones y compras, como por herencias y subcessiones, y los pechos y servicios que sobre los dichos bienes se repartian, se han de cargar forzosamente á otros que los tienen vecinos pecheros... los cuales ya no pueden comportar ni sufrir tan grande carga... Pedimos y suplicamos que á lo menos esto se mande effetuar con brevedad en cuanto á las yglesias cathedrales y colegios y monesterios de frayles, mandando... que no compren bienes rayzes; y si en alguna manera los hubieren, los vendan dentro de un año, etc.»

El capítulo XL pide: «que se mande poner remedio para que los monesterios no hereden á los parientes de los frayles y monjas, y que se contenten con los dotes que reciban al tiempo de entrar frayles y monjas.»

halagaba la vanidad monacal nombrando grandes de España al general de los dominicos y al de los carmelitas calzados; en vano se restauraban los mayorazgos "sin decidir, decia el Consejo, si eran útiles ó perjudiciales;„ en vano se cerraban las puertas á toda manifestacion del pensamiento por medio de la imprenta, suprimiendo hasta *El Restaurador,* no consintiendo más periódicos que la *Gaceta* y el *Diario de avisos,* ni más publicaciones que las obras de teología, ó libros tan instructivos como los del P. Alvarado y el vicario de Burgos, en que se sostuviera que *la filosofia es la ciencia del mal;* en vano se prohibia la introduccion de libros extranjeros para evitar el pernicioso influjo de la impiedad que podia venir envuelta en sus páginas; en vano *la innata clemencia del Rey, violentando su natural sensibilidad,* se veia obligada á decretar, para uso de las comisiones militares, que sufriesen la pena de muerte todos los que, desde 1.° de Octubre de 1823, se declarasen ó hubiesen declarado con armas, ó por escrito, ó de palabra, ó con hechos de cualquiera clase, enemigos de los derechos del trono ó partidarios de la Constitucion; los masones y comuneros, excepto los indultados; los que aclamaran la libertad, etc., dejando al arbitrio y prudente criterio de aquellos tribunales la fuerza de las pruebas: [1] todo era inútil para tranquilizar al bando apostólico y sus fanatizados secuaces, más exigentes y descontentadizos cuanto más mimados, y para distraerlos de sus tenebrosos planes de conspiracion.

Los emigrados liberales hacian entre tanto locas tentativas para sublevar el país: su desesperacion les conducia á la muerte, y daba lugar á nuevas persecuciones en el interior, que se recrudecian con este y con cualquier otro pretexto. En Agosto de 1824 salió de Gibraltar el capitan D. Pedro Gonzalez Valdés, [2] y en union con algunos oficiales y un puñado de valientes temerarios se apoderó de Tarifa. El golpe era audaz, é hizo temblar á la corte, porque estando disuelto el ejército constitucional, era de temer que sus jefes y oficiales licenciados engrosasen las filas de los insurrectos, y no habia fuerzas que oponerles, como no fuesen las francesas, que aun continuaban en la Península. Acudieron estas en efecto, y venciendo á los sublevados cortos en número, hicieron prisioneros á Valdés y treinta más de los suyos, que fueron fusilados frente á las tapias de Almería.

Igual suerte sufrieron allí mismo otros seis infelices, pertenecientes á una partida que levantó en Jimena D. Cristóbal Lopez de Herrera.

[1] Real órden de 9 de Octubre de 1824, que se fijó en los sitios públicos y se insertó en el *Diario de avisos*, pero no en la *Gaceta*.

[2] Otros le llaman coronel D. Francisco Valdés.

Nuevas tentativas, no menos desgraciadas é inútiles, se hicieron en Granada y en algun otro punto. En febrero de 1826, los hermanos D. Antonio y D. Juan Fernandez Bazan, desembarcaron en las costas de Alicante, cerca de Guardamar, y al frente de 60 hombres dieron el grito de libertad. Nadie respondió á su generoso llamamiento, y acosados por los voluntarios realistas, despues de una heróica resistencia, cayeron prisioneros. Los dos hermanos intentaron suicidarse, y murieron fusilados en Orihuela: veintiocho de sus compañeros sucumbieron en Alicante, y algunos más en otros pueblos.

Los liberales no intentaron ya por entonces volver á luchar contra el destino. El campo de las insurrecciones quedaba libre á sus irreconciliables enemigos; pero cada vez que estos se agitaban, para convencerles de las buenas intenciones del Rey, caía el azote de la persecucion y de la venganza sobre los oprimidos liberales.

A principios de 1825 se esforzaba Zea Bermudez noblemente para hacer que prevaleciese la templanza, y logró la caida del famoso Ugarte; pero al punto fué introducido en la intimidad del Rey D. Francisco Tadeo Calomarde, y apareció un decreto [1], en que S. M. se declaraba *contrario á toda reforma y amante del despotismo puro.* Sin embargo, persiste Zea, y derriba al furibundo Aymerich; pero sucede á este Zambrano en el ministerio de la Guerra.—Se consigue la supresion de las comisiones militares, á consulta del Consejo de Castilla, que los consideró en discordancia con la legislacion española; pero el cuarto de Don Cárlos vé con satisfaccion incluidos en el Indice romano y condenados por el obispo de Jaen el *Tratado de regalía de Amortizacion*, de Campomanes, y el *Informe sobre la ley agraria* de Jovellanos, que habian circulado libremente en tiempos de la Inquisicion. El Consejo de Castilla se opone á la prohibicion de aquellos libros, que vuelven á tener curso á pesar del anatema de Roma, y entonces el bando apostólico apela á las armas.

La religion está en peligro; la monarquía vacila, y el rebelde Bessieres [2] sale á campaña para defenderlas, propalando que los masones mandan dentro de palacio.

[1] De 19 de Abril.

[2] El tintorero francés Don Jorge Bessieres, conspirador *republicano*, y por tal, condenado á muerte en Barcelona, el año de 1821, escapó del patíbulo por un escrúpulo del Auditor de guerra, que reclamó la causa, cuando aquel desgraciado llevaba 47 horas de capilla. Elevado el proceso á conocimiento del tribunal especial de Guerra y Marina, se conmutó al reo la pena capital por la de extrañamiento, con la cláusula de ser ejecutada aquella, si volvia á pisar el territorio español. Retirado á Francia, Bessieres continuó allí sus planes trastornadores, que no ignoraba la regencia de Urgel, y en 1823 se le vió entrar en España, mandando una banda realista, con el título de mariscal de campo, que le reconoció Fernando VII: desde entonces figuró Bessieres entre los más acérrimos absolutistas.

En Getafe se le unen el comandante, varios oficiales y algunos soldados del segundo escuadron de Santiago, con los que pasa á Guadalajara, engrosando su pequeña hueste los voluntarios realistas de los pueblos: intenta apoderarse de Sigüenza; pero le persiguen las tropas del Conde de España, y cae prisionero en Zafrilla con siete oficiales: pide hablar al Rey, antes que se decida de su destino; "pero estaba ordenada su muerte, sin darle tiempo más que para recibir los auxilios espirituales, y él y sus compañeros mueren en Molina de Aragon el 26 de Agosto„ [1].

Casi al mismo tiempo saltaron otras chispas ultra-realistas en Tortosa, Peñíscola y algunos puntos más, como indicando la existencia de un plan extenso; y todas ellas fueron apagadas en sangre.

Para contrapeso se necesitaba una víctima, y tocó la suerte á Don Juan Martin, conocido por el *Empecinado* [2], uno de los más intrépidos y heróicos defensores de nuestra nacionalidad y del Rey, terror de los franceses [3], que despues de haber luchado contra estos en 1823, vivia tranquilo en su pueblo: preso y encausado arbitrariamente, honró el patíbulo, dejando caer toda la afrenta de su muerte sobre sus verdugos.

Una muestra más del síncero absolutismo del Rey debieron ver entonces los realistas puros en el decreto de 6 de Setiembre, dirigido al ministro Zambrano, por el cual se declaraba delito de insubordinacion, conspiracion y sedicion toda clase de reuniones y comunicaciones; renovando y ampliando la prohibicion de que el pueblo ó una parte, multitud ó asociacion de él, ó cualquier cuerpo ó trozo de ejército, milicias ó voluntarios realistas, se reuniera ó entendiera entre sí ó con otros, por escrito ú otros signos, para hacer representaciones ó mensajes al Rey, ó á cualquiera autoridad, sobre materias de gobierno, contra las determinaciones de este, ni para pedir reparaciones de justicia, indultos, perdones, bajas de derechos reales ó municipales, ni bajo ningun pretexto por importante ó necesario que pareciese. Unicamente á las autoridades se reservaba el derecho de representar, y á los individuos con marcadas restricciones y por determinados conductos.

[1] Pirala, *Historia de la guerra civil.*

[2] F. de los Rios, obra citada.

[3] «Servia de ludibrio, lleno de gloria, á un populacho frenético, que le sacaba al mercado en una jaula, martirizándole horriblemente, y le condujo luego al patíbulo, donde murió de mil modos, rompiendo con sus hercúleas fuerzas los hierros que sujetaban su brazo, más temido que el del Cid, y poniendo en confusion á sus feroces enemigos, que acabaron con una de las glorias más puras de nuestro siglo. Este pueblo (el de Roa), que así demostraba su realismo, que así honró al hijo que no merecia, fué quemado despues por los carlistas. ¿Se encargó la Providencia de vengar al valiente Empecinado? No: la Providencia nunca se venga: pero mueve el corazon del hombre á actos de justicia reparadora.»—Pirala, obra citada.

Pero sin duda no bastaba esto para tranquilizar á los apostólicos, cuya exasperacion se hizo notoria con motivo de haberse creado á los pocos dias una junta consultiva de gobierno á fin de promover mejoras. ¿Cómo consentir una innovacion tan peligrosa? Era necesario anularla y derribar á su autor, el ministro Zea, que, en efecto, al mes de haber dado aquel paso atrevido, fué exonerado, reemplazándole uno de los más furiosos absolutistas, el Duque del Infantado, y desapareciendo á poco la junta reformadora.

La política europea en general, era entonces reaccionaria; pero no tanto que inspirase una aversion tan grande á las mejoras, como la que mostraban los absolutistas españoles. En Francia mismo, que debia ser para ellos el modelo, se hacian reformas en la Hacienda; se creaba la escuela forestal de Nancy; se fomentaban las artes, la industria y la marina, y se dejaba fundar periódicos, aunque sujetos á la censura. Muerto Luis XVIII, su hermano y sucesor Cárlos X se habia hecho consagrar en la catedral de Reims; pero en el mismo acto prestaba juramento á la Carta, procurando templar el despotismo tradicional de su familia, que prevaleciendo al cabo, le arrojó despues violentamente del trono. En España no se pensaba más que en oprimir, embrutecer y arruinar al pueblo, siguiendo quizás la máxima de Maquiavelo, que aconseja esos medios como los mejores para tenerlo sujeto [1].

El absolutismo teocrático se vió por fin triunfante y dueño de la situacion; y mucho más, cuando á poco, habiendo vacado el trono de Portugal por fallecimiento de Juan VI, su heredero D. Pedro, emperador del Brasil, abdicó la corona en favor de su hija Doña María de la Gloria, dando al mismo tiempo una Constitucion á los portugueses. Con este motivo, Fernando VII se apresuró á publicar un nuevo manifiesto en sentido radicalmente hostil á toda reforma; y enviando un ejército de observacion á la frontera de Portugal bajo las órdenes de Sarsfield, pareció entregarse enteramente en brazos del bando reaccionario.

A pesar de esto, los apostólicos no estaban satisfechos ni tranquilos: desconfiaban del Rey, siempre empeñado en tener voluntad propia, y no tardaron en promover una sublevacion más ruidosa que las anteriores, cuyo anuncio fué un Manifiesto de

[1] Quando quelli stati, che s' acquistano como e detto, sono consueti a vivere con loro leggi ed in libertá, á volergli tenere ci sono tre modi: il primo e roviniargli, etc. MACHIAVELI, *del Príncipe*, cap. V.

«Los tiranos puñan siempre que los del su señorío sean nescios é medrosos, porque cuando tales fuessen, non osarian levantarse contra ellos, ni contrastar sus voluntades: cuidan de los facer pobres, matar los sabidores, et vedaron siempre en sus tierras cofradías é ayuntamientos.»—*Ley X, Tit. I, Partida 2.ª*

la *Federacion de realistas puros sobre la necesidad de elevar al trono al serenísimo Señor infante don Cárlos.*

Las tendencias, las doctrinas y hasta el estilo pastoral de este escrito no permitian abrigar dudas acerca de su orígen: sin embargo, Calomarde lo atribuyó á los liberales, y hubo quien lo creyese, mientras seguia su curso la conspiracion de los realistas contra el Rey.

V.

LOS MALCONTENTOS.

"Al comenzar el año 1827, escribe el autor de la *Historia de la guerra civil*, puede decirse que no habia pueblo en España; tanto y de tal manera se le habia envilecido. No busquemos en él ese espíritu público, barómetro de las naciones modernas, de los pueblos civilizados: no vayamos á recojer sus quejas; porque las ahogaba en el fondo de su corazon; no esperemos ver sus lágrimas, porque las derramaba en lo más escondido de sus albergues: solo en sus padecimientos, en su abyeccion, en el letargo en que estaba sumido, hallamos su verdadera situacion."

Por sombrío que parezca este cuadro, admite algunos toques. En medio de tanta abyeccion, habia, sin embargo, una masa muy considerable de aquel pueblo, dispuesta á levantarse y arriesgar su vida en defensa de intereses que no eran los suyos; gentes fanatizadas, capaces de entregarse á todos los excesos y á todos los crímenes, creyendo servir de este modo á Dios, á la Patria y á la *santa causa* del absolutismo; muchedumbres armadas, convertidas en ciegos instrumentos del clero, y prontas á derramar sangre española en nombre de la religion de Jesucristo; y en fin, turbas salvajes, fáciles de seducir *con el aliciente del robo* [1].

Las autoridades con su ejemplo, y los malos ministros del altar con sus predicaciones sanguinarias, habian contribuido á desarrollar en esa parte de las masas populares los instintos feroces, cuyo gérmen se abriga por desgracia en el corazon del hombre, y que le harian mil veces más cruel y temible, que los mayores móns-

[1] Dictámen del fiscal de la Audiencia de Barcelona en la causa formada sobre la insurreccion de los *malcontentos*.

truos del desierto, si no concurriesen á contenerle y mejorar su condicion la educacion y la moral, la religion y las leyes.

Habia tambien muchos realistas honrados, y muchos oficiales sin empleo y sin pan que dar á sus familias, descontentos de todas clases, que no sabian ver las verdaderas causas de tanto malestar; pero cuyas conciencias se sublevaban en presencia de los abusos, de las arbitrariedades, de la ausencia completa de la equidad y de la justicia, y aspiraban á establecer un gobierno justo [1].

Con estos elementos se contaba para la insurreccion, llamada de los *malcontents* ó descontentos, que estalló en Cataluña el año de 1827; insurreccion que llegó á reunir treinta y tres batallones en el campo, y otros tantos de guarnicion en las poblaciones; que disponia de abundantes recursos, y de la proteccion de elevadas influencias; que tenia relaciones en el Mediodia de España, y fué secundada en el bajo Aragon y en las provincias Vascongadas, y cuyos principales promovedores, ocultos en la sombra de los claustros, ó bajo la dorada techumbre de los palacios, ni entonces dieron sus nombres, ni despues se han atrevido á declararse ante la Historia como jefes de tan vasta empresa.

La Historia, sin embargo, ha recogido bastantes datos para juzgar del carácter y tendencias de aquel movimiento, al que damos aquí gran importancia, porque encierra la clave de muchos acontecimientos posteriores. Allí comienza la guerra civil, que durante siete años ensangrentó luego el suelo patrio: allí vieron los liberales cara á cara al enemigo que habia jurado su exterminio. Allí tambien se decidió la inclinacion que habia de llevar al héroe de este libro á distinguirse en los campos de batalla, peleando por la *Reina constitucional*, y allí está el gérmen de los últimos actos de su vida.

[1] En la alocucion á los habitantes del campo de Tarragona, fechada en Reus el 13 de Setiembre por el teniente coronel D. Juan Rafí Vidal, uno de los más valientes adalides del alzamiento de los *malcontents*, y uno de los hombres más leales al Rey, que le pagó quitándole la vida, se anunciaba la formacion de una junta provisional del corregimiento, con la cual, decia, «esperó tratar y establecer el sistema de gobierno que por de pronto sea más conforme para desterrar, *si es posible, los «abusos y arbitrariedades de que tanto se lamentan los buenos españoles, y hacer renacer las dulces prendas de la equidad y «justicia, tanto tiempo há desconocidas en todo el vasto dominio* del más bondadoso é idolatrado monarca, el señor don Fer«nando VII.»—En este mismo documento daba aquel desgraciado jefe un testimonio de la obcecacion en que tenian al pueblo los directores de su conciencia, declarando, qne su alzamiento *no era para derramar sangre*, y añadiendo: «No, amados «compatricios; no ha sido este mi intento. Ha sido, sí, unirme con la mayor y más sana parte de toda la provincia, para «sostener y defender con la vida los dulces y sagrados nombres de *Religion, Rey é Inquisicion; arrollar y exterminar á cuan«tos masones, carbonarios, comuneros y demás* etc.» Hay motivos para creer, sin embargo, que no eran estos últimos los sentimientos de Rafí; que los expresaba obedeciendo á instrucciones superiores, y que él mismo era ó se creia instrumento del Rey, el cual contaba con su fidelidad para contraminar la insurreccion.

No fué posible conocer entonces los móviles secretos de aquel alzamiento, aunque algunos se traslucieron. El tristemente célebre Conde de España, estando en Vich un dia, después de vencida la insurreccion, metió en un saco toda la correspondencia, las delaciones, las pruebas de las causas formadas con aquel motivo, y lo arrojó todo al fuego, complaciéndose en haber salvado con este acto centenares de familias. "Las leyes, decia, los tribunales exigirán en vano los datos para perseguirlas... Mi conciencia me dice que he ahorrado muchas lágrimas, y hecho un bien á la humanidad, despues de prestar al Rey un gran servicio.„ [1]

La humanidad no habría perdido nada seguramente con la conservacion de unos papeles, que la clemencia real bastaba para hacer inofensivos, y cuyo contenido, derramando luz sobre ciertos hechos, arrancando más de una máscara, y derribando más de un ídolo, habria quizá evitado en adelante rios de sangre y lágrimas y millares de víctimas humanas. La quema de aquellos documentos, como la de otros muchos en que más tarde se empleó á la Milicia nacional, con el hábil pretexto de borrar recuerdos odiosos y de procurar la reconciliacion de todos los españoles, sirvió solo para encubrir maquinaciones inícuas y salvar responsabilidades, que nunca deben ocultarse al juicio de la posteridad.

No pudo el Conde, sin embargo, destruir todas las pruebas, ni evitar que de sus propios labios se escapasen revelaciones imprudentes, con las cuales el acto humanitario consumado en Vich se hace muy sospechoso, y viene á constituir una de las piezas importantes del proceso abierto ante el tribunal de la Historia.

En el claustro del convento de Santo Domingo de Manresa, desarmó el Conde un batallon de voluntarios realistas, que no esperaba encontrar allí, porque aquello era una celada. "¡Estos desgraciados, dijo, van á pagar culpas que no tienen!„ Y encarándose con los religiosos, á quienes luego reprendió agriamente á solas, les amenazó en estos términos: "Ustedes serán las primeras víctimas.„

Reconviniendo al Obispo de Vich en presencia de otras personas, le dijo, que "en su casa, y bajo sus auspicios se habian celebrado las juntas, y se habia nombrado un individuo de su clero para ir de vice-presidente á la de Manresa„... "¿Y recuerda V. S I., añadió, lo sucedido en el siglo XVI con el obispo de Zamora? Pues aquella escena puede repetirse ahora, si el Rey católico lo manda.„ [2]

Pero no era necesario que el Conde de España revelase la participacion del clero

[1] *Historia de la guerra civil* citada.

[2] Referíase al obispo Acuña, ahorcado en Simancas cuando fueron vencidos los comuneros.

en aquel alzamiento. Conocidas eran sus juntas secretas con otras clases de personas en Vich mismo, donde la predicacion de los frailes tomó el colorido de una cruzada revolucionaria; [1] en el castillo de Llinás, cerca de Mataró; en el monasterio de Ripoll, con asistencia de su abad y del de Camprodon, de los obispos de Vich y Gerona, y de un delegado del de Solsona; en Cervera, bajo la presidencia de una mujer célebre por su fanatismo y su intimidad más que divina con el Trapense; en una torre cerca de Sarriá, en Tortosa, Besalú y otras partes. Públicas fueron las proclamas y las órdenes de la Junta de Manresa, y públicos los nombres de los canónigos y demás eclesiásticos que las firmaron.

No fué posible ocultar de ningun modo la participacion más ó menos directa, que por diferentes medios, y algunos con distintos fines, tuvieron en aquella insurreccion el Rey mismo, acaso para contrarrestarla, jugando con los partidos; Calomarde, por combatir la política de Zea y de Ofalia; la mayor parte del clero, inclinado á entronizar el poder teocrático; la esposa de D. Cárlos, Doña María Francisca, por ambicion de reinar antes de tiempo; el primer ministro de Cárlos X, para preparar el camino al despotismo á que iba conduciendo á su soberano; y otras muchas personas de órden menos elevado, por alucinacion ó miras personales.

Diéronse los primeros gritos en Marzo, aclamando á *Cárlos V* y la *Inquisicion;* pero fueron ahogados, y se quiso acallarlos en adelante con una amnistía. "El levantamiento, aunque parecia de realistas contra realistas, dice el Sr. Fernandez de los Rios, [2] debia empezar por asesinar 600 oficiales indefinidos, de los cuales habian ya perecido 1,828 en los pueblos y caminos á manos de la más fria venganza;„ y añade que "así consta de los partes oficiales dados á la Audiencia de Barcelona.„

Quedó aplazada la insurreccion, sin que dejasen de mantenerse algunas partidas, que fueron engrosando por la parte del Ampurdan, mientras el plan se maduraba, y agentes activos recorrian las provincias de Lérida y Tarragona, hasta el mes de Agosto en que estalló aquella de un modo formidable, pero escondiendo alguno de los lemas de su bandera.

Constituyóse en Manresa una Junta superior de gobierno del Principado, la cual se arrogó todo el poder soberano, al mismo tiempo que aclamaba al Rey. Su pri-

[1] «El doctor D. Nicolás Fábregas, capellan de los realistas de Vich; el P. Puig, prior de los dominicos; los padres Giner, Palau y Solá, guardian el primero y religioso el segundo de los franciscanos, y el P. Francisco Mora, del Oratorio de San Felipe Neri, fueron de los que se distinguieron en su exaltada oratoria, creciendo su fervor, mejor dirémos, su furor, con la presencia del Obispo á estos actos religiosos.»—PIRALA, obra citada.

[2] Obra citada.

mera reunion se celebró en casa del coronel Don Agustin Saperes, alias Caragol, que se tituló comandante general de la vanguardia, el cual, en un manifiesto *á los españoles buenos,* decia que los llamaba á "una lucha en que iba á decidirse la suerte próspera ó adversa *del mundo católico,* y en particular de nuestra amada España;„ declaraba "tener hecho juramento de defender á toda costa los sagrados derechos de su amado monarca (sin nombrarlo) y la santa religion;„ y añadia luego: "Desengañemos de una vez á los *fanáticos, políticos y carbonarios,* de que sus esfuerzos no servirán sino para precipitar su ruina. „

En la correspondencia de este Caragol con Excelentísimas personas, se indicaba que Calomarde y otros sugetos de distincion se revolverian contra el Rey, luego que este saliese de Madrid, y se hablaba de un auxilio de 36,000 infantes y 6,000 caballos, que debia enviar el Emperador de Rusia.

La Junta suprema, en una de sus alocuciones, decia que "estaban hollados y combatidos de un modo vil y cobarde por los agentes de la rebelion del año 20 los soberanos derechos de su carísimo objeto Don Fernando VII;„ aseguraba que "mucho tiempo hacia, se hubiera levantado el grito, si no se hubiese contenido el santo ardor de un pueblo, que estaba resuelto á dar mil veces la vida, antes de permitir que quedasen menoscabadas en lo más mínimo sus *preciosas margaritas* de rey absoluto y religion;..„ que "habia comenzado la gloriosa empresa, que visiblemente protegia el Todopoderoso, de aterrar para siempre á los trastornadores de la corona;„ y despues de muchas sandeces, concluia llamándose á sí misma *excelentísima* Junta.

Nombró esta su presidente, y comandante general de las divisiones realistas del Principado de Cataluña, á Don José Busons, alias *Jep dels Estanys,* el cual dió tambien su proclama llamando á los manresanos y á los españoles todos á sostener el *patrimonio de gloria* aclamado por sus colegas; "á disipar la impiedad, abatir los negros, reponer los oficiales y demás empleados realistas que fueron separados de sus destinos, decia, con la más descarada arbitrariedad,... y *acabar con todos los liberales* del suelo español;„ añadiendo que, "despues de *esta virtuosa ocupacion,„* podian retirarse tranquilos á sus casas.

Otros manifiestos y proclamas, por el estilo de los indicados, emanaron de diferentes centros y jefes, todos animados del mismo fanatismo religioso; todos conformes en suponer al Rey sometido á los constitucionales, y en la unánime decision de acabar para siempre con los negros, masones y sectarios, es decir, con los libe-

rales, en cuyo anatema iban comprendidos no pocos realistas de elevada posicion.

Las formas literarias de estos documentos eran las más propias de la ilustracion de sus autores, y los hacian dignos de figurar al lado de la famosa exposicion de la Universidad de Cervera, en que aquellos sabios doctores decian al Rey: "Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir."

El Rey sorprendió algunos secretos de aquella trama, que tenia por objeto inmediato desposeerle de la corona, y cuyos hilos se extendian dentro de su mismo palacio, si bien los fines eran más vastos y transcendentales que el de operar un simple cambio de personas en el trono. Viendo el vuelo que tomaba la insurreccion, Fernando dictó varias providencias; ganó algunos de los jefes, como Romagosa; y se decidió por último á ir en persona á Cataluña, llevando consigo á Calomarde, al Conde de España y á otros personajes, no todos de su confianza, pero que por lo mismo le convenia tener bajo su mano.

Esta determinacion del Rey no desalentó á los caudillos del alzamiento, que concibieron el proyecto de apoderarse de su persona; pero desconcertó el plan de las influencias secretas, y llevó el pánico al elemento clerical. Los prelados abandonaron cobardemente á los que habian comprometido, y agregaron á la cobardía con sus adeptos, la iniquidad de acusar públicamente de todo á los liberales; á los liberales que, ó vivian en el ostracismo, ó arrastraban la cadena del presidario, ó gemian en silencio dentro de sus hogares, ó viendo el puñal homicida levantado sobre sus cabezas, se ponian al lado de las autoridades para ayudarles á combatir la insurreccion apostólico-carlista.

La defeccion de los obispos y demás dignidades eclesiásticas, que llenaban las columnas de la *Gaceta* con sus pastorales, anatematizando la rebelion, sublevó contra ellos la conciencia de algunos de sus más valientes caudillos, y uno de los más comprometidos se atrevió á contestarles con una importante proclama en que decia:

"*Catalanes:* Tiempo es ya de romper mi silencio para vindicarme con vosotros de la calumnia con que nos acusan todos los obispos del Principado en sus respectivas pastorales, atribuyendo nuestros heróicos hechos á ser obra de sectarios jacobinos; borron que estoy sintiendo, sin que pueda dejar de manifestarlo: nada de eso, muerte á estos es lo que hemos jurado. Algunos de estos mismos prelados saben bien que los que ahora nos llaman cabecillas desnaturalizados nos hicieron saber

palpablemente que el Rey se habia hecho sectario [1], y que si no queríamos ver la religion destruida, *debia elevarse al trono al infante don Cárlos*: que en esta empresa estaban comprometidos los confesores de Estado, fray Cirilo Alameda, el duque del Infantado, el Excmo señor Don Francisco Calomarde, ministro de Gracia y Justicia, el Inspector de voluntarios realistas don José María de Carvajal, y otros varios personajes de primera jerarquía, contando con cuantos recursos eran precisos, tanto nacionales como extranjeros. Después que se vió el espíritu del pueblo, prohibieron los primeros vivas para realizarlos cuando ya estaba formada la fuerza. Ya estamos hoy con ella: ¿y qué han hecho? Dejarnos en la estacada... porque vén el peligro, y no quieren exponerse á perder sus pingües prebendas y destinos...„ [2].

¡Qué preciosas revelaciones! El que las hacia, Don Narciso Abrés, por sobrenombre *Pixola*, era por ellas merecedor de la muerte; y en efecto, se la dió poco después el Conde de España en Tarragona, mandando fusilarle, y colgarle luego de la horca, *en debido cumplimiento de los decretos de S. M. el Rey.*

El desdichado Abrés no era capaz de comprender el sentido íntimo de las pastorales, y no vió que, desbaratado el plan, importaba alcanzar el triunfo sin necesidad de combatir; pues con tal que se hiciese el milagro, hiciéralo el diablo, y para el caso tanto valia Fernando como Cárlos. Además, ¿quién sabe si aquellas protestas de adhesion no habrian podido adormecer al Rey, hasta el punto de facilitar el temerario intento de apoderarse de el, intento que pasó á vias de hecho, cuando estuvo cerca de Reus?

No menos alarmados que los obispos de Cataluña, los que formaban el comité revolucionario de Madrid, escribieron en 26 de Setiembre unas instrucciones y una carta, que interceptó el coronel Don Manuel Breton, y cuyo contenido revelaba á un tiempo sus planes y su desconcierto [3].

[1] Segun esto, habian jurado tambien la muerte del Rey. ¡Oh lógica absolutista!

[2] Firmó este manifiesto *Pixola*, en Llagostera, el 22 de Setiembre de 1827.

[3] La carta decia así:

«Amigo: si los valientes sucumben sin que el Rey N. S. les cumpla esas condiciones, todos irán al palo unos tras de otros. Si fian en palabras, son perdidos. Si Calomarde logra engañarlos, desgraciados, y desgraciada España: se establecerán las cámaras, se reconocerá la independencia de las Américas y el imperio masónico se radicará. No fiarse, amigo mio: el Rey es masa; los masones le han hecho salir; todos los que van con él lo son: Merás, Albudeite, Castelló, Calomarde, y los que van de incógnito un dia despues que S. M.—Romagosa es traidor: vino aquí en dos sentidos: comió con el traidor Calomarde, y le dieron 40.000 duros para seducir, engañar y dividir á esos infelices.—Alerta y no fiarse.»

Las condiciones que querian imponer al Rey eran catorce, y entre ellas «la extincion de las sectas por cuantos medios estén al alcance; la extincion del ejército, y formacion de otro enteramente realista; la separacion y exclusion de todos los

A pesar de los muchos recursos con que contaba la rebelion, la presencia del Rey bastó para disipar aquel nublado en pocos dias; y un paseo militar del Conde de España, desde Tarragona hasta Vich, hizo caer las armas de las manos de los rebeldes y seducidos.

Fernando VII calificó perfectamente la conducta de los que, llamándose realistas y católicos, se habian levantado contra él. En un notable manifiesto á los catalanes, dado en Tarragona con fecha 28 de Setiembre, decia entre otras cosas lo siguiente:

"Cerrad los oidos á las pérfidas insinuaciones de los que, asalariados por los enemigos de vuestra prosperidad, y *aparentando celo por la Religion que profanan,* y *por el trono á quien insultan,* solo se proponen arruinar esta industriosa provincia...„ Desmentia luego los vanos y absurdos pretextos con que se habia querido cohonestar la rebelion, y continuaba diciendo: "Armarse con tales pretextos, hostilizar mis tropas y atropellar los magistrados, es rebelarse abiertamente contra mi persona, *desconocer mi autoridad,* y *burlarse de la Religion,* que manda obedecer á las autoridades legítimas; es imitar la conducta y hasta el lenguaje de los revolucionarios de 1820; es, en fin, destruir hasta los fundamentos las instituciones monárquicas; porque, *si pudiesen admitirse los absurdos principios que proclaman los sublevados, no habria ningun trono estable en el universo.*„

Boca de verdades fué Fernando VII en aquella ocasion; pero faltóle confesar que todo lo que condenaba era, en gran parte, obra suya; faltóle reconocer que aquellos *vasallos* rebeldes habian sido educados en su escuela, y convencerse de que, desde su advenimiento al trono de España, no habia hecho más que criar víboras y demoler las instituciones monárquicas.

El Señor Marqués de Miraflores ha juzgado tambien con mucho acierto el carácter de la insurreccion abortada en 1827, diciendo que, *era el desarrollo del plan profundo y arraigado de un partido poderoso, español y extranjero, que queria combatir al siglo, someter su accion á sus intereses y oprimir su fuerza poderosa.*„ [1]

oficiales y empleados conocidamente constitucionales, y de todo voluntario nacional, mason, comunero y sectario: *la anulacion de todas las corporaciones y establecimientos nuevamente creados y no conocidos en la nacion, como policía, instruccion pública,* junta reservada de Estado, y otras de esta clase; formacion de causa al ministerio actual; juntar un concilio nacional *para fijar las verdaderas máximas religiosas.* «(Esto les hacia realmente gran falta).» Establecer una junta con el solo objeto de velar sobre la observancia de las leyes y órdenes de S. M., ó informarle sobre las que de algun modo contrarían su real servicio...-Restablecimiento del Santo tribunal de la Inquisicion; pero con exclusion de los jansenistas... Extincion absoluta y perpétua del Consejo de ministros; reforma ó separacion de algunos individuos del Consejo de Estado, como Castaños. Peralta, Erro, etc.»—Estos curiosos documentos se hallan en la *Historia de la guerra civil,* antes citada.

[1] *Memoria para escribir la Historia contemporánea.*

No es otra, en efecto, la clave de aquel movimiento, que, vencido en el terreno de las armas, triunfó sin embargo en los tribunales de sangre, en los patíbulos, en los asesinatos jurídicos, y en los consejos íntimos de Fernando VII. Ese plan arraigado y profundo nos trajo luego la guerra de los siete años; ese plan existe todavia profundo y arraigado, y á él se debe que el espíritu reformista y civilizador del siglo se convierta en revolucionario y demagógico. Apoyándose en los tronos, los derriba: "aparentando celo por la Religion, la profana,„ y relaja la moral y las creencias; oponiéndose al progreso con intolerancia sistemática, le comprime y le obliga á marchar tumultuariamente, no como rio magestuoso y sereno, sino como torrente que salta y se desborda.

Los jefes militares más comprometidos en la insurreccion pagaron con la vida su imprudencia en servir de instrumentos á planes tenebrosos. A pesar de haber depuesto las armas y acogídose á indulto, fueron fusilados y colgados de la horca en Tarragona los cabecillas Castan, Vilella, Rafí Vidal y su segundo Don Alberto Olives, Ballester y otros. La muerte de Rafí pareció increible, aun despues de ejecutada; con ella "mucho perdió el prestigio del soberano, y un abismo insondable se abrió ante Calomarde.„[1]

Busons, el presidente de la junta de Manresa, y principal caudillo de las bandas absolutistas, que llegó á titularse duque de Berga, permaneció algun tiempo en las montañas, perseguido por Manso; huyó luego á Francia, donde halló proteccion en las autoridades; y cayó, por último, en un lazo que se le tendió para prenderle y conducirle á Olot, segun las órdenes del Conde de España, formósele causa y fué condenado á muerte. Puesto en capilla, se negó á confesarse, y dió un bofeton al primer sacerdote que se le presentó, acusando al clero de la situacion en que se hallaba; pero al fin se reconcilió con Dios, y murió como cristiano.

Poseia Busons papeles importantes, que le fueron ocupados: entregáronse al Rey, que los inutilizó, reputando la captura y muerte de aquel caudillo como un gran servicio.

Trescientos oficiales más habian caido prisioneros: Calomarde queria que todos fuesen fusilados; pero las autoridades militares de Cataluña se opusieron, y mediando influencias, hubo de contentarse con que se les enviara al presidio de Ceuta.

Entre tanto, Fernando VII visitó á Barcelona, donde (justo es decirlo) concibió el

[1] Pirala, obra citada.

generoso propósito de proteger la industria; propósito intentado con más celo que inteligencia y fortuna por las Córtes de 1812 y 1820 [1]; y comunicando sus órdenes en este sentido al ministro Ballesteros, hizo el único bien que puede atribuirse á su reinado, expresando además la terminante resolucion de *no conceder más privilegios* á empresas particulares para monopolizar el comercio, como hasta entónces se habia venido haciendo con desprecio de las leyes y gran perjuicio de la prosperidad general.

Despues de recorrer algunas provincias, volvió el Rey á Madrid, donde se le recibió con arcos triunfales, y la torpe adulacion le representó sobre alguno de ellos hollando á los catalanes con los piés de su caballo.

Quedó en Cataluña, como capitan general, el Conde de España; y el que habia vencido la insurreccion ultra-realista; el que habia amenazado con la horca al obispo de Vich, y quemado los papeles que podian comprometer á centenares de familias, se dió luego á desenterrar causas olvidadas, á inventar conspiraciones y delitos, á fomentar delaciones, á recoger listas de sospechosos, á perseguir, á fusilar, á exterminar liberales, convirtiéndose en ejecutor de las venganzas del bando apostólico, bajo las inspiraciones del canónigo Corrons, vicepresidente de la junta de Manresa, y uno de los más culpables agitadores de la rebelion [2].

La primera providencia que tomó Cárlos de España, despues de su entrada en

[1] La Constitucion de 1812, al enumerar las facultades de las Córtes en el art. 131, señaló expresamente (17.ª) la de «Establecer las aduanas y aranceles de derechos,» y (21.ª) «Promover y fomentar toda especie de industria, y remover los obstáculos que la entorpezcan.»—Uno de los primeros trabajos en que se ocuparon las Córtes de 1820 fué el *Sistema general de las aduanas de la Monarquía española*, sancionado por el Rey en 6 de Octubre de aquel año, y refrendado por D. José Canga Argüelles. Tenemos á la vista este código, que comprende las bases orgánicas y los decretos especiales sobre el comercio general y el de Filipinas; el desestanco del tabaco y de la sal; los Aranceles de importacion y exportacion; varias instrucciones de Aduanas y resguardos, etc.; un prontuario geográfico, y las *Contestaciones* dadas por los cónsules de España en varios puertos extranjeros á un interrogatorio que se les hizo en 10 de Junio de 1816 sobre nuestras relaciones mercantiles. El Arancel era monstruosamente *prohibitivo*, y no hubiera producido los buenos efectos que se proponian aquellas Córtes, cuyo excelente espíritu en esta parte traspasaba los límites de una proteccion bien entendida.—La reaccion de 1823 solo dejó en pié algunas disposiciones anteriores á la época constitucional, y la prohibicion de importar cereales, que favoreció mucho el desarrollo de la agricultura.

[2] «Tratado con una benignidad no usada con sus compañeros, presos como él, por la misma causa, y que terminaron sus dias en el suplicio, llegó Corrons á convertirse de preso en consejero, y á ejercer un notable ascendiente sobre uno de los principales jefes militares de Cataluña.—Tomando el clero como suya la causa de Corrons, le salvó del patíbulo. Mas no le bastó esto, y con profunda sagacidad empezó á minar sordamente el terreno donde habian de tener lugar los acontecimientos que más adelante se produjeron.»—PIRALA, obra citada.

Tambien se libró del suplicio, por la misma influencia, y fué puesto en libertad un cabecilla fanático, á quien llamaban el *Padre Puñal*.

Barcelona, fué mandar que se presentasen en las Casas consistoriales cuantos habian pertenecido á la Milicia nacional, con el pretexto de saber si alguno conservaba armas, municiones ó algun objeto militar. Todos obedecieron confiados. ¿Qué podian temer los que acababan de prestarse voluntariamente á restablecer el órden y á defender al Rey? Esto era quizá su mayor delito.

Con premeditacion y frialdad, que no cabe en el corazon de las hienas, se preparó desde luego la persecucion más inícua contra multitud de pacíficos ciudadanos, que debian ir á expiar su lealtad con la vida en los patíbulos y en las mazmorras de la Ciudadela, ó á sustituir á los rebeldes en los presidios de Africa. El conde de Villemur, gobernador de la plaza, y más tarde ministro de Don Cárlos; el subdelegado de policía Don José Víctor de Oñate; los fiscales militares Chamorro, Cuello y Cantillon, eran los principales actores, que auxiliados por miserables delatores, pagados ó seducidos, por viles mujerzuelas y hasta por infelices privados de razon, iban á representar un drama sangriento, inquisitorial, horrible, bajo los auspicios de la primera autoridad del Principado.

El *Angel esterminador* empuñaba por fin la espada; la justicia y la humanidad habian desaparecido; el espíritu de las tinieblas triunfaba sobre la tierra.

Pronto se hizo correr la voz por Barcelona, de que habia una conspiracion tenebrosa y horripilante para proclamar la Constitucion, y que todo estaba dispuesto para dar el golpe. No existian pruebas que acreditasen tales rumores, y así cundió el terror por la ciudad, comprendiendo los menos avisados, que aquello era un pretexto para vengar resentimientos políticos; pero nadie pudo imaginar, que la persecucion revistiese los caractéres más repugnantes de la arbitrariedad.

En el silencio de la noche comenzaron á ejecutarse innumerables prisiones; los calabozos de la Ciudadela no bastaron á contener las víctimas cargadas de hierro, privadas de toda comunicacion, de luz y aire, y fué necesario amontonar los presos en el castillo de Monjuich y en las cárceles de la ciudad.

Aquellos infelices no debian ser juzgados: una simple declaracion, sin más tramitaciones, sin confrontacion de testigos, sin defensa, era suficiente para considerarlos reos confesos y convictos de un supuesto crímen.

Al amanecer del dia 19 de Noviembre, los habitantes de Barcelona oyeron el estruendo del cañon de la Ciudadela, cuya bronca y rugiente voz, trece veces repetida, anunciaba otras tantas ejecuciones, cual si fuese la del ángel del exterminio, que celebrara su festin de sangre con infernales carcajadas. Aquel era el primer

pregon, aquella la primera señal con que se intimaba el castigo de un delito no consumado, ni siquiera concebido.

Centenares de familias debieron contar temblando los bramidos del bronce, aguardando con los corazones angustiados la hora en que se les anunciase, como una gracia, que sus padres, hijos ó hermanos vivian, aunque fuese entre cadenas.

El espectáculo que presentaba la explanada de la Ciudadela era horrible; una horca se levantaba en medio de ella, y encaramado en la escalera, el verdugo se ocupaba en colgar los sangrientos cadáveres de los fusilados, que eran conducidos en parihuelas por presidarios desde el interior de la fortaleza: los perros sin dueño husmeaban el suelo y lamian la sangre humana todavía caliente, y se disputaban los pedazos de cerebros deshechos, que caian de los cráneos rotos por el plomo...

En breve tiempo se repitieron una y otra vez estas escenas de horror, acompañadas de circunstancias tan repugnantes, que la pluma se resiste á describirlas: así fueron inmoladas treinta y tres víctimas inocentes, sin que las familias de los presos tuviesen prévio conocimiento de los que iban á ser ejecutados; pues sus nombres permanecian secretos hasta que el Conde anunciaba al público en una torpe alocucion, quienes eran los que acababan de ser *lanzados á la eternidad* [1].

Fallecian otros en los calabozos al rigor de los malos tratamientos, ó asfixiados por falta de respiracion, y llegaron á contarse más de diez y siete suicidios intentados ó consumados dentro de aquellas lóbregas prisiones. Felices eran los que tenian la suerte de ser enviados á los presidios africanos, para dejar espacio á nuevos cautivos.

Para no prolongar esta relacion de crímenes, concluiremos extractando algunos párrafos de una comunicacion, dirigida al superintendente general de policía por el coronel D. Manuel Breton, más adelante general y conde de la Riva, testigo presencial de aquellos hechos.

"El mando y permanencia del bárbaro Conde de *Espagne* en Cataluña, decia

[1] Para proclamar la inocencia de estas víctimas, basta el testimonio del mismo Conde de España. En la última alocucion que dió con motivo de aquellas ejecuciones, decia que habian sufrido la muerte los acusados inclusos en una relacion adjunta, «por haber *intentado conspirar* para renovar los lamentables escandalosos excesos de la impiedad y rebelion de 1820.»

De algunos de ellos puede asegurarse, que ni el *intento* de conspirar tuvieron. El profesor Fidalgo, que hizo derramar lágrimas amargas al religioso de S. José que le asistió en su última hora; el pintor Magin Porta, llevado al suplicio en sustitucion de otro; el infeliz enajenado Felix Soler, cuya locura producida por el terror le inducia á delatar á cuantos se le ocurrian, con la esperanza de salvar su vida, ¿qué delito habian intentado cometer?

entre otras cosas, insulta á la humanidad, ofende á la religion cristiana, cede en desprecio de la legislacion española, exaspera la más acendrada lealtad, aburre á la misma virtud, hiere el pundonor individual, excita el ódio provincial, y compromete la tranquilidad pública á todas horas... En Madrid mismo existen en el dia gran número de testigos de cuanto acabo de exponer; entre otros conozco al comisario de guerra Laroy, capitan Messina, médico Drumen, corredor Brugada, teniente coronel Quijano, y otros varios que podrán detallar aun mejor que yo las tropelías, malos tratamientos, ilegalidades, intrigas, calumnias, injusticias, atrocidades, robos, exacciones, inhumanidades, que han sufrido ó visto sufrir á otros muchos infelices.

"Entónces aparecerán muchísimos fusilados sin causa ni razon; hombres puestos como por diversion y aun por equivocacion en capilla; casas de fiscales adornadas con los muebles de los pobres presos; caballos de los mismos, montados y apropiados por generales; ricos, hombres de buena fama y responsabilidad, arrancados calumniosamente de sus talleres, rapadas á navaja sus cabezas, aherrojados como malhechores, estibados como sardinas en un barco y trasport dos á ultramar, tal vez sin habérseles recibido una corta declaracion... Verá entónces el público un capitan general con uniforme y faja bailando las *habas verdes* al frente de la tropa, mientras los ajusticiados exhalaban el último suspiro...„

¡Y todo esto se hacia en nombre del trono y de la religion!... No han hecho tanto en su descrédito los mayores impíos, ni los más encarnizados enemigos de las instituciones monárquicas.

Pero todo eso era necesario, y aun no bastaba, para ensanchar el hondo abismo en que deben sepultarse todas las tiranías, cualquiera que sea el manto con que se cubran. Todo eso era necesario para encender la sed de justicia en un pueblo aletargado, y para armar la cólera divina con el látigo de las iras populares, que á su vez, como instrumento de castigo, será arrojado al fuego.

Cuando las tropas francesas pisaron el territorio de Cataluña en 1823, se hallaba preso en Barcelona un obispo de Vich, á quien la opinion pública acusaba de ser uno de los más decididos agentes del absolutismo, y de haber contribuido á traernos la intervencion extranjera. Hervian en aquellos momentos las pasiones políticas; irritado el pueblo, pidió la cabeza del Obispo á las autoridades que deseaban salvarle; y aquel prelado, conducido desde la cárcel fuera de la ciudad, fué víctima lastimosa de un sacrílego atentado.

Los instigadores y consejeros de Cárlos de Espagne ó d'Espignac, ¿se propusieron acaso vengar la muerte del Obispo de Vich, y aplacar los manes de las otras víctimas llevadas por su fanatismo al patíbulo, cuando fueron vencidos los malcontentos?

Si esto se propusieron, la venganza se volvió contra ellos, y acrecentó el número de sus enemigos.

VI.

1830.—1833.

El 18 de Mayo de 1829 falleció la virtuosa reina Amalia, tercera esposa de Fernando VII, sin dejarle sucesion directa á la corona. Debia pasar esta naturalmente á las sienes del infante Don Cárlos, y como la salud achacosa del Rey no le auguraba una larga vida, el bando absolutista intransigente creyó ver asegurado su triunfo definitivo para un porvenir no lejano. Pero tres acontecimientos imprevistos debian muy luego cambiar la faz de las cosas.

Aconsejado por su cuñada Doña María Luisa Carlota, enemiga irreconciliable de la mujer de Don Cárlos, Fernando concertó nuevo matrimonio con la hermana de aquella, Doña María Cristina de Borbon, á quien trataron de infamar los partidarios del infante con la piadosa mira de impedir el proyectado enlace [1]. A pesar de esto, la ceremonia del desposorio se celebró en Aranjuez el 9 de Diciembre, y la jóven y simpática Reina hizo su entrada en Madrid á los dos dias.

El año de 1830 se abrió con públicos regocijos, y los festejos con que fué solemnizado el régio himeneo solo cesaron para empezar de nuevo con la explosion de alegría, que siguió al anuncio de que la Reina estaba en cinta.

Este acontecimiento reanimó las muertas esperanzas de los liberales, al paso que abatia las de los carlistas; pero si estos tenian motivos para temer un cambio de

[1] Cuéntase que el famoso canónigo Ostolaza, cumpliendo un deber de *conciencia*, intentó persuadir al Rey que su futura esposa habia sido madre, y tenia un hijo; pero, cuando esperaba que esta caritativa insinuacion pondria furioso á Fernando, vió con asombro que este le cogia las manos y exclamaba lleno de júbilo:—«¡Gracias, amigo mio, gracias! Ahora ya sé, que si no tengo hijos, no será por culpa de mi esposa...»

fortuna, no así aquellos para alegrarse, pues nada presagiaba todavía que se pensara introducir la menor novedad en la política.

La guerra de partidos se habia reconcentrado dentro de palacio. Por el *auto acordado* de Felipe V, de 1713 habíase introducido en España la ley sálica francesa, derogando la legislacion española, que durante ocho siglos reconoció el derecho de las hembras á suceder en el trono. Cárlos IV, con intervencion de las Córtes, abolió aquel acuerdo en 13 de Mayo de 1789, restableciendo el derecho antiguo; pero esta pragmática habia quedado sin publicar por motivos reservados.

Los partidarios de Don Cárlos no disimulaban su odio á la jóven Reina, cuya preñez podia arrebatarles todas sus esperanzas, y solo conservaban la de que pudiese dar á luz una princesa: pero Fernando, que amaba más á su esposa que á su hermano, y que no podia haber olvidado las intentonas de 1825 y 1827, les sorprendió en 29 de Marzo, promulgando la *pragmática sancion* de 1789, que derogaba la ley sálica, y mandando extender al mismo tiempo su testamento, por el cual conferia para despues de su muerte la regencia del reino á Cristina, y nombraba las personas que habian de componer su consejo.

Por secretos designios de la Providencia, Fernando VII, que habia iniciado la revolucion española; que á ella debia el haberse sentado en el trono; y que, pretendiendo ahogarla en sangre, la habia robustecido y exasperado, la llamaba ahora en auxilio de su descendencia, no creyendo hacer más que asegurar el porvenir de una esposa querida, y convertir en su beneficio la línea de sucesion á la corona, en el caso de que pudiera disputársele. Y estas providencias eran aconsejadas por el ministro Calomarde; por el hombre que, elevándose de la nada en hombros del bando apostólico, hasta llegar á ser más rey que el Rey, podia considerarse como la viva encarnacion del absolutismo teocrático. No era Calomarde amigo de Cristina; miraba con recelo el ascendiente que esta adquiria en el ánimo del monarca; pero su conducta pasada cuando la rebelion de los malcontentos le habia hecho odioso á los partidarios de Don Cárlos, que acaso no le perdonarian si llegaran á verse dueños del poder.

Grande fué la sensacion que produjo en el país la publicacion de la pragmática sancion, y profunda la alarma del bando absolutista; pero ni Don Cárlos, ni sus adeptos se atrevieron á protestar por de pronto contra un golpe tan imprevisto, y cuyas consecuencias se dejaron sentir al momento; pues las simpatías que habia inspirado Cristina desde su llegada á España se reavivaron y fortalecieron enton-

ces en todos los que la miraban como el astro precursor de favorables mudanzas.

El tercer acto de este drama, que rápidamente se iba desarrollando, comenzó, en Paris. La revolucion de Julio aportilló en tres dias la obra laboriosa de la Santa Alianza, arrojando del trono de San Luis á Cárlos X. No era aquello más que la explosion del pensamiento comprimido, y la consecuencia lógica del retroceso; pero la conmocion se sintió en toda Europa: en la corte de Madrid produjo grande alarma la noticia de aquel grave acontecimiento, y más cuando se supo que los numerosos proscritos españoles refugiados en Inglaterra y Francia se aprestaban á probar fortuna y á traspasar la frontera. Muchos de ellos acudian, en efecto á Bayona, donde se habia establecido una junta directora provisional, compuesta de D. Vicente Sancho, D. José María Vadillo, D. Javier Istúriz, D. José María Calatrava y D. Juan Alvarez y Mendizabal; el gobierno francés les alentaba y les facilitó socorros; pero luego los engañó y abandonó.

Prevenido el gobierno español, acercó tropas y realistas á la frontera, y expidió en 1.° de Octubre un decreto neroniano, en el que, renovando todas las disposiciones terribles dictadas en 1825, imponia pena de muerte hasta por tener correspondencia con los emigrados.

Llenos de patriotismo y confianza, pasaron la frontera por Navarra los coroneles Valdés y de Pablo (Chapalangarra), que se adelantaron al general Mina, jefe reconocido de la expedicion por casi todos los demás emigrados, al mismo tiempo que entraba Gurrea por la parte de Jaca, y se acercaban á la Junquera Milans del Bosch y Mateo Baiges. El coronel de Pablo no llegó á combatir con los realistas: al encontrarse con ellos, empezó á arengarles, ofreciéndoles la paz, y le contestaron con una descarga, que le dejó moribundo, ensañándose después con su cadáver.

Mina entró á los pocos dias por Navarra con el grueso de las fuerzas, en que iban otros generales, varios coroneles y oficiales, y no pocos paisanos. Dignas son de recuerdo las proclamas que aquel valiente caudillo dirigió á los españoles, á sus compañeros de armas, á los milicianos provinciales y voluntarios realistas: en todas resaltaban los más nobles y generosos sentimientos, resumidos en esta divisa: *Olvido de lo pasado; union, libertad y órden para el porvenir.*

El pais no respondió, sin embargo, al llamamiento de los patriotas: hubo demasiada precipitacion en aquella empresa, y eran tambien demasiados los jefes y generales para que existiese la union y buen concierto que se necesitaba [1]. Mina avan-

[1] Aparte de los que quisieron obrar con independencia, citaremos los generales Butron, Espinosa, Lopez Baños y Pla-

zó hasta las alturas de San Marcial; pero no encontrando en los pueblos el entusiasmo que esperaba, y perseguido activamente por fuerzas inmensamente superiores, al mando de Llauder, que era entonces capitan general de Aragon, pronto vió dispersadas sus pequeñas huestes, y él mismo con unos pocos valientes anduvo muchos dias fugitivo por aquellas montañas, salvándose milagrosamente de la encarnizada persecucion de su enemigo.

"¡Qué gloria para Llauder, dice un escritor contemporáneo, si hubiera podido añadir á su blason de moderna fecha la cabeza de Mina, al lado de la cabeza de Lacy, y encima el sombrero de la grandeza!„ [1]

Todos los demás jefes liberales, que llegaron á pisar el territorio español, fueron igualmente rechazados y vencidos, teniendo que internarse en Francia; y muchos infelices, que cayeron en poder de las fuerzas realistas, sufrieron la muerte, al mismo tiempo que triunfaba en Madrid la causa por que sucumbian; pues entre tanto, en 10 de Octubre, habia dado á luz la Reina una princesa, cuyos derechos al trono era imposible que prevalecieran sin el apoyo de la España liberal.

Todo el mundo vió esto, ménos Fernando y sus adláteres, que encontrándose entre dos enemigos igualmente poderosos, el partido constitucional y el apostólico, se inclinaron naturalmente al lado de este, no solo por afinidad de ideas, sino por el miedo comun á la revolucion, que alcanzaba á las dos parcialidades realistas. Una prueba de la fermentacion política, que conmovia el seno de la sociedad española, era la actitud en que se presentaban ya los escolares de las universidades, ostensiblemente divididos en dos campos: llevaban unos cintas *azules* en los sombreros, y otros cintas rojas, y disputaban acaloradamente, viniendo algunas veces á las manos, y presagiando la guerra de sucesion, ó por mejor decir, de principios, que pronto debia estallar.

Calomarde cortó estas manifestaciones juveniles, cerrando las universidades, to-

sencia, el brigadier Sancho, los coroneles Lasaña, San Clemente, O'donnell (D. Alejandro), Iriarte, Jáuregui, Corral, Amor, Zea, Aranza y Arbilea; los comandantes Ariño, Velarde, Oro, Lillo y Castaños; los tenientes coroneles Losada, Coloria y Alonso, y el intendente Marquina, que firmaron un acuerdo para marchar á las órdenes de Mina; adhiriéronse además San Miguel, Miranda y Grases, que residian en Perpiñan, y despues Roselló, Gurrea y Dominguez, que estaban en otros puntos de la frontera. El general Mendez Vigo, y los citados Valdés y Chapalangarra solo se comprometieron á ayudar á Mina operando por separado.

[1] Cárlos Didier, *La España desde Fernando VII, hasta Mendizábal.*—Llauder habia sido protegido de Lacy. El general Castaños, queriendo salvar á este, envió en su persecucion á Llauder, que le prendió. El cadáver de su generoso protector fué el primer escalon de su fortuna.—Luego veremos á este mismo Llauder convertido en liberal exaltado y en ministro constitucional.

dos los establecimientos públicos literarios, y las academias militares. Al mismo tiempo se creaba en Sevilla una escuela de tauromaquia, poniendo sobre la puerta las armas reales, rodeadas de los trofeos propios del *arte*, y una inscripcion que transmitiese á la posteridad el nombre del monarca *pío, feliz, restaurador*, en cuyo reinado se fundaba tan civilizadora institucion.

El descalabro de Mina y sus compañeros no aterró á los liberales: muy al contrario, los emigrados prepararon nuevas expediciones, mientras en el interior se propagaban las sociedades secretas, que, allegando recursos y prosélitos, mantenian una correspondencia activa entre los círculos de las provincias, y con los jefes del extranjero. Así es que todo el año de 1831 fueron contínuas las conspiraciones y las tentativas de insurreccion.

Ya en Febrero el general Torrijos, refugiado en Gibraltar, á pesar de haber sido descubiertos y fusilados los confidentes que habia enviado á Algeciras, se presentó cerca de esta ciudad con doscientos hombres; pero tuvo que retirarse precipitadamente á su refugio. Casi al mismo tiempo, el desgraciado Manzanares penetraba en las sierras de Andalucia, y al querer reunirse con los liberales pronunciados en los Barrios, era derrotado, cayendo á poco, por la traicion de un guia, en poder de los realistas, que le destrozaron, fusilando á los 61 fugitivos que le acompañaban.

Dos alzamientos militares, el de la brigada de Marina que guarnecia la Isla de San Fernando, y el de dos compañias de la guarnicion de Cádiz, aunque sofocados instantáneamente, revelaron que la conspiracion tenia ya ramificaciones en el ejército. Era aquella realmente muy vasta, y el gobierno la descubrió por las revelaciones de un delator infame, á quien se habia hecho partícipe de una inmerecida confianza.

Hiciéronse al punto numerosas prisiones, tanto en Madrid, como en provincias; creció la emigracion con el espanto de las medidas terroríficas que empezaron á desplegarse, y volvieron á funcionar con más rigor que antes las inexorables comisiones militares [1]. Decretóse la irresponsabilidad de los delatores [2]; una palabra, un indicio, una calumnia bastaron para privar á un hombre de la vida, ó tenerle meses

[1] Uno de los primeros presos en Madrid fué el ingeniero Sr. Marcoartú, á quien el delator, D. Maximino Gonzalez, llamaba *Malcuarto*. Entre los papeles que se le ocuparon estaba la lista de los corresponsales de provincias. Para prender á estos se valió el gobierno de un medio extraño: hizo poner sobres á pliegos en blanco, y los envió por el correo á las personas cuyos nombres figuraban en la lista, expidiendo al mismo tiempo órdenes reservadas para retrasar la entrega de toda la correspondencia que iba por aquel correo, hasta que fueran los interesados á buscarla, y una instruccion para ir prendiendo á los que se presentasen á reclamar los pliegos en blanco.

[2] «Los denunciadores de hechos ó indicios contra la seguridad pública no serán responsables ante ningun tribunal.» *Decreto* de 10 de Marzo de 1831.

enteros en un calabozo: se levantó el cadalso, y perecieron en él Miyar, Iglesias, Torrecilla, preso en rehenes de su hermano; La Chica, por haberle encontrado unas tarjetas *parecidas á otras* subversivas, que circulaban por Madrid... En Granada murió como verdadera heroina, de todos admirada, de todos sentida, llorada hasta por los endurecidos criminales que habia en la cárcel, la jóven y hermosa Doña Mariana Pineda [1], por haberse encargado de bordar una bandera, que no llegó á ser más que una tela verde, puesta en el bastidor.

Otra señora, Doña Maria Cristina de Borbon bordaba, entre tanto, varias banderas "con el deseo de dar á todo el ejército y voluntarios realistas del reino, en el primer cumpleaños de su augusta hija, un testimonio público de su aprecio por la lealtad con que sostenian los sagrados derechos del Rey„ [2].

Muchas víctimas causó la impaciencia de los liberales en aquel período de agonia del absolutismo. Algunos, como D. Salustiano Olózaga, Marcoartú, Sotomayor y otros, se salvaron milagrosamente del patíbulo, rompiendo sus prisiones y huyendo al extranjero.

Tantos contratiempos, tan obstinada persecucion paralizaron los planes revolucionarios en el interior, á la vez que en Francia eran fuertemente contrariados por el gobierno de Luis Felipe, á instancias del rey Fernando, los intentos de los emigrados españoles; y aunque estos volvian los ojos hacia Portugal, para donde preparaba su formidable expedicion el ex-emperador del Brasil D. Pedro, hallábanse momentáneamente incapacitados para acometer nuevas empresas.

En esta situacion, se concibió el proyecto más horrible, la iniquidad más infame que puede imaginarse. Porque se comprende y se explica, que un gobierno atacado se defienda, y castigue hasta con crueldad á sus contrarios, ó bien que les persiga encarnizadamente hasta reducirlos á la impotencia; pero no se comprende que los llame y los atraiga desde el extranjero con pérfidos engaños y mentidas esperanzas, para asesinarlos. Esto solo puede ser obra de criminales endurecidos y desalmados; y esto hizo el gobierno de Fernando con el general Torrijos y sus cincuenta y dos compañeros.

[1] No habria ido al patíbulo, si hubiese sido ménos virtuosa. El juez inícuo que la condenó, llamado Pedrosa, le ofreció con repetidas instancias la libertad, solicitando en cambio sus favores, y pretendiendo que delatase á otras personas. Mariana rechazó indignada las proposiciones de su verdugo, y no solo no descubrió á nadie, sino que facilitó la evasion de alguno de los que estaban presos con ella. Los granadinos han erigido un monumento á la memoria de esta heroina.

[2] *Proclama* de 10 de Octubre de 1831.

Tranquilo permanecia Torrijos en Gibraltar desde la frustrada intentona de Febrero, cuando un astuto emisario del comandante general de Málaga, Don Vicente Gonzalez Moreno, fué á recordarle que este habia sido su amigo en la juventud y conservaba simpatías hácia su persona, pasando luego á insinuarle que se hallaba dispuesto á sublevarse, y que contaba con los jefes y las tropas de la guarnicion.

No se dejó llevar Torrijos de estas indicaciones tentadoras; y aconsejándose con D. Manuel Florez Calderon, persona respetabilísima, que habia sido presidente de las Córtes que, en 1823, votaron la suspension de las régias prerogativas, y con el ex-diputado Sr. Golfin, rehuyó todo trato, hasta que el mismo general Moreno hiciese proposiciones. Llegaron estas, y se concertó el plan, enviando Moreno á los emigrados dinero y armas, y un conpromiso firmado por muchos jefes y oficiales, que se suponian iniciados en la conjuracion y dispuestos á levantarse á las órdenes de Torrijos. Aquellas firmas, y otras de sugetos pudientes de Málaga, habian sido sustraidas con engaño, haciéndolas poner al pié de felicitaciones al Rey, escritas con una tinta deleble.

Una vez y otra envió Moreno sus emisarios á conferenciar con los emigrados, para darles cuantas garantías y seguridades pudiesen apetecer; y acallado así todo recelo, convínose en el dia y en el punto del desembarco, en las señales con que desde el mar y desde la costa debian entenderse unos y otros, y en la oportunidad de que acompañasen á Torrijos algunos hombres políticos de merecido prestigio, para constituir una junta ó poder provisional.

Durante la noche del 30 de Noviembre, segun lo convenido, el general Moreno estuvo esperando á los emigrados, que debian presentarse al E. de Málaga; pero hasta el 2 de Diciembre por la mañana no recibió aviso de estar á la vista los buques. Perseguidos estos por los guarda-costas, que los seguian desde las aguas de Gibraltar, recalaron al O. de la ciudad, cerca de la Fuengirola; y habiendo desembarcado los proscriptos, avanzaron hasta una alquería llamada de Molina, donde luego se vieron cercados por numerosas tropas y voluntarios realistas.

Cuando se presentó Moreno en la alquería, tuvo una larga y reservada conferencia con Torrijos, en la cual es propable que aquel tratase de disculpar su alevosía, dando nuevas y mentidas esperanzas á su prisionero. Conducido este á Málaga con todos los demás, entre los cuales habia algunos infelices marineros, mandóse un extraordinario á Madrid para poner en conocimiento de S. M. tan importante captura.

Seis dias mortales aguardaron los míseros cautivos la resolucion del Rey que,

atribuyéndose todo el mérito de esta empresa, mandó fusilar á Torrijos, Florez Calderon, Golfin y sus cincuenta compañeros [1]. En premio de esta infamia fué ascendido Moreno á teniente general, y nombrado capitan general de Granada y Jaen: el cabildo de Málaga le felicitó; y al publicar la *Gaceta* aquellas ejecuciones sangrientas, ponderó la *clemencia* del Rey, ¡comparándole á Tito!

"Pronto empezó á decaer visiblemente la salud de Fernando, como si á la manera del IV de su nombre hubiera sido tambien emplazado por las últimas víctimas, que sin proceso alguno sacrificó su arbitrariedad [2].

En efecto, el valetudinario monarca no vivió ya más que para presenciar la lucha palaciega de los que se disputaban su herencia; para sufrir que, aun existiendo él, se diese á otro el tratamiento de Magestad y se le tributasen los honores reales, y para ser á un mismo tiempo juguete y burlador de la muerte.

Al comenzar el año de 1832, se afirmó la sucesion directa á la corona con el nacimiento de la infanta Doña Maria Luisa Fernanda. Los carlistas redoblaron sus esfuerzos para romper las leyes humanas, invocando el derecho divino; y los adictos á la descendencia del Rey tuvieron que salir de oficio á su defensa por medio de folletos y alegatos histórico-jurídicos, los cuales eran contestados por otros, impresos en el extranjero. Entre los cortesanos de ambos bandos, la discusion tomaba

[1] Emigrado Moreno poco después, y perseguido por la execracion pública de Europa, que en todas partes le llamaba el *Verdugo de Málaga*, comprendió la enormidad de su crímen y se atrevió á negarlo, publicando un manifiesto en el que pedia que se presentasen las pruebas de su culpa. Estas, como otras muchas, habian sido destruidas de órden superior; pero, como la justicia divina no consiente la impunidad material ni moral de los criminales, se salvó de la destruccion un documento, que basta por sí sólo para desvanecer toda duda. Es el parte dado al ministro Calomarde, y firmado por el mismo general Moreno, en Málaga, á 7 de Diciembre de 1831, que empieza diciendo:

«En mi oficio de 30 del próximo pasado manifestaba á V. E. que, en el estado que tenia *la combinacion simulada con el rebelde Torrijos para atraerlo á estas costas, marchaba yo á esperarlo al punto de desembarco convenido*, como lo ejecuté en la noche del mismo dia del citado mes anterior, en la que no se presentó aquel, ni en la siguiente, 1.° del actual, *en que tambien me dirigí al mismo sitio*, por cuya razon me restituí á esta ciudad; pero á las pocas horas de mi llegada recibí [aviso del comandante de la columna de hallarse á la vista buques sospechosos. Con este motivo partí inmediatamente, y con efecto, en todo el camino observé habia dos, que por su porte, movimientos, direccion y maniobras, *parecian ser los que se esperaban*, permaneciendo en las posiciones que ocupaban desde las 10 de la mañana del 2 hasta que cerró la noche. Teniéndolos por los conductores de los revolucionarios, *se hicieron en tierra las señas ajustadas, tanto de dia como de noche, á que no respondieron*, etc.»

Este documento, cuyo original conserva la familia de Florez Calderon, ha sido dado á luz por D. Salustiano Olózaga, en un interesante artículo, titulado: *Torrijos y Florez Calderon;* y por D. Antonio Pirala, en su conocida *Historia de la guerra civil.*

El General Moreno murió despues en Valencia de muerte desastrosa, como el Conde de España en Cataluña, á manos de sus mismos parciales.

[2] Olózaga, opúsculo citado.

un carácter más vivo y enconado: arrojando la máscara del disimulo, sin respeto á la morada real, ni consideracion á la persona de un rey que se moria, disputaban acaloradamente, llegando muchas veces á punto de sacar las espadas para remitir á la fuerza la decision de sus contiendas.

Hallábase la corte en el Sitio de San Ildefonso por el mes de Setiembre. Allí se le agravaron al Rey los dolores de la gota, que se le fijó en el pecho, poniendo en peligro su vida. Los momentos eran decisivos: arrecian las intrigas en el cuarto de Don Cárlos, cuyos partidarios inclinan á su favor el cuerpo diplomático, excepto los embajadores de Inglaterra y Francia. Llamado Calomarde á la cámara real, y preguntado acerca de las providencias que deberian adoptarse en el caso de que muriera el Rey de pronto, contesta que, "si tal desgracia sucediera, el reino se pronunciaria por Don Cárlos; porque los 200,000 realistas, que estaban con las armas en la mano, y aun el ejército, le eran adictos, y por lo tanto no seria posible sostener la sucesion directa sin el apoyo del infante, el cual acaso no se negaria á defenderla, si se le diese parte en el gobierno por medio de un acomodamiento„ [1].

Pero en vano el duque de Alcudia, ministro de Estado, intentó doblegar la entereza del infante, proponiéndole de órden del Rey ser el consejero de Cristina, ó regente en union con ella durante la menor edad de la niña Isabel: alentado por el obispo de Leon y por el prepósito de los jesuitas, Don Cárlos se niega tenazmente á toda avenencia, concluyendo por decir: "Si yo por cualquier motivo cediese esta corona en quien no tiene derecho á ella, me tomaria Dios estrechísima cuenta en el otro mundo, y mi confesor en este no me lo perdonaria.„

Era Don Cárlos hombre de conciencia, y sin duda creia obrar conforme á ella. Mas no por esto estaba el derecho de su parte, ni los medios empleados para hacerlo prevalecer podian ser aceptables á los ojos de Dios.

La intriga, la intimidacion, las amenazas de una gran catástrofe, todo era lícito en aquellos momentos supremos para ayudar al triunfo del supuesto derecho divino. De parte de este parecia estar la fuerza, y los cortesanos de Fernando abandonaban ya á su esposa y á sus hijas. "En la cámara del Rey, dice un escritor político [2], no quedaban más que un enfermo que agonizaba, una mujer y dos niñas desvalidas ya, y huérfanas muy pronto, y un confesor, que al propio tiempo que anunciaba grandes peligros para Cristina y para sus hijas, se esforzaba en

[1] *Historia del reinado de Doña Isabel II*, anónima.

[2] F. DE LOS RIOS, obra citada.

que el Rey pusiese por sus propias manos la corona en las sienes de su hermano.„

Tambien estaba allí un ex-agente de policía, el embajador de Nápoles, Antonini, que intimidando á la Reina con la perspectiva de una guerra civil, obtenia de ella la palabra de renunciar la corona en nombre de su hija, y alentando á Calomarde con la esperanza de recobrar el favor de los carlistas, le obligaba á deshacer su propia obra.

Redactóse á toda prisa un codicilo en forma de decreto, por el cual el Rey "derogaba la pragmática sancion de 29 de Marzo de 1830,... para restablecer la sucesion regular en la corona de España, y revocaba sus disposiciones testamentarias en la parte que hablaban de la regencia y gobierno del reino.„—Apenas firmó Fernando este documento, cayó en un profundo letargo [1]: sus consejeros le creyeron muerto, y quebrantando el sigilo que se les habia mandado guardar, dieron copias de aquel decreto á los parciales de Don Cárlos, que se apresuraron á comunicarlo al Consejo de Castilla y al ministro de la guerra, y negándose estos á darle publicidad, hicieron fijar algunos ejemplares manuscritos en las esquinas de Madrid.

La noticia de haber fallecido el rey Fernando vuela y se esparce por toda España, y hasta el embajador de Francia la comunica á su gobierno. Al dia siguiente, 19 de Setiembre, vuelve el Rey en su acuerdo, y se entera de lo sucedido. Su sorpresa no debió ser menor que la del reino todo. Rey de un dia pudo llamarse entonces al infante Don Cárlos, á quien sus partidarios felicitaron en su cámara, y aclamaron en varios puntos, y que indudablemente se habria sentado en el trono, y regido la monarquía, durante algun tiempo al ménos, si entonces hubiese muerto su hermano.

Mil veces se han descrito las escenas que luego se representaron en el Real sitio, al que llegaron en posta desde Sevilla el infante Don Francisco y su esposa

[1] He aquí cómo refiere este acto de coaccion el diplomático conde de Carvanon, en su obra titulada *Portugal y Galicia:*

«Estaba ya el Rey oleado, sin conocimiento y al parecer agonizando... cuando Peña y Gonzalez, sus confesores, se introdujeron hasta su alcoba, y aprovechando su completa postracion, le amenazaron con voces y ademanes fatídicos y vehementes con el castigo sempiterno, si no revocaba el decreto que llamaba su hija al trono. Cristina estaba presente, y le mandaron que se uniese á ellos para obtener del Rey lo único que podia salvar su alma y dejarle morir con la conciencia tranquila. Fernando, que ya se daba por muerto, y que no debia comprender muy bien lo que pasaba en torno suyo, abrió los ojos y fijó su extraviada mirada en su abatida esposa. Tristísimo debia ser el estado moral de la Reina en tan apurado trance, y así estrechada por una parte, y consultada por otra, concluyó por no negar aquella esperanza al Rey expirante. Dió la Reina su asentimiento, y el conde de Alcudia, que aguardaba en la puerta, entró á una seña del confesor, con el decreto preparado. La firma real, tal como podia extenderse en un trance como en el que el Rey se hallaba, se obtuvo lo mismo que la de la llorosa madre; y aquel documento, rebosando la injusticia personal, ha sido el manantial de las calamidades de España.»

Doña María Luisa Carlota. En la cámara misma donde yacia Fernando, esta señora reconvino á su hermana Doña María Cristina por su debilidad; acriminó cual merecia el acto indigno que acababa de cometerse; pidió el original del decreto, y lo hizo pedazos (en lo cual procedió con lijereza); y reprendiendo ágriamente á Calomarde, le dijo:—"*Tan negra infamia no ha de quedar sin el merecido castigo.*„ Mas como el ministro intentase disculparse, y no acertando á hacerlo, manifestase cólera ó despecho, la infanta descargó un bofeton en su mejilla. Calomarde reconcentró su ira, y diciendo:—"*Señora, manos blancas no infaman,*„ hizo una profunda reverencia, y salió de la cámara.

Esto sucedia el 22 de Setiembre: pocos dias después, el 28, estando el Rey fuera de peligro, exoneró al ministro á que daba nombre Calomarde, y este fué desterrado á la villa de Olba, lugar de su nacimiento. Llamóse á Zea Bermudez, ministro á la sazon en Lóndres, para formar parte del nuevo ministerio, y el 6 de Octubre se confió á la reina Cristina la direccion de los negocios del Estado, durante la convalecencia de su esposo.

Los primeros actos de la Reina gobernadora fueron los más propios para levantar en su favor el espíritu público, no solo del partido liberal, sino de todas las personas de rectos y generosos sentimientos, no fanatizadas por el absolutismo teocrático-carlista. Mandó abrir las universidades; dió un indulto general á todos los presos dignos de esta gracia; decretó la exoneracion de varios jefes militares notoriamente desafectos, entre ellos Eguia y Gonzalez Moreno, y dictó la célebre amnistía de 15 de Octubre, la más amplia y general de cuantas se habian dispensado hasta entonces, que abrió las puertas de la patria á casi todos los emigrados, "exceptuando, decia, de este rasgo benéfico, *bien á pesar mio*, á los que tuvieron la desgracia de votar la destitucion del Rey en Sevilla, y los que han acaudillado fuerzas contra su soberanía.„

Inmenso fué el alborozo de los liberales de España, y grande el entusiasmo con que la juventud de Madrid acogió á los reyes á su vuelta del Sitio en 19 de Octubre. Desgraciadamente, las disposiciones benéficas del nuevo gobierno no podian contentar ni alcanzar á todos los españoles. El partido carlista respondió á ellas con proclamas sanguinarias, altamente subversivas y apasionadamente exageradas, que circularon manuscritas entre sus adeptos. Hubo necesidad de licenciar más de 300 guardias de corps por adictos al infante Don Cárlos; al obispo de Leon, Don Joaquin Abarca se le mandó salir para su diócesis, de donde huyó poco des-



Un bofeton á Calomarde.

pués á consecuencia de haber sublevado á los realistas, y al fin fué necesario desterrar al mismo Don Cárlos, cuya presencia era un eterno motivo de agitacion y un foco inextinguible de intrigas y discordias, que si él no promovia, autorizaba con su silencio.

La llegada de Zea Bermudez imprimió una marcha torcida á la política. Este ministro inspiró á la reina Cristina un manifiesto inoportuno, absolutista puro, amenazador para "los que, *olvidados de la naturaleza de su ser*, osaren aclamar, ó seducir á los incautos, para que aclamasen otro linage de gobierno que no fuese la *monarquia sola y pura*, bajo la dulce égida de su legítimo soberano, el muy alto, muy excelso y muy poderoso rey Don Fernando VII.„

Esto era disgustar á los liberales, cuando ningun poder humano bastaba ya para atreerse los absolutistas, á quienes el Rey mismo tenia que tratar con la mayor dureza en otro documento. Revocando el codicilo de San Ildefonso, en 31 de Diciembre, decia Fernando:

"Sorprendido mi real ánimo en los momentos de agonía... firmé un decreto derogando la pragmática sancion de 29 de Marzo de 1830... *Hombres desleales é ilusos* cercaron mi lecho, y abusando de mi amor y del de mi muy cara esposa á los españoles, aumentaron su afliccion y la amargura de mi estado... *La perfidia consumó la horrible trama que habia principiado la seduccion...* Instruido ahora de la falsedad con que se calumnió la lealtad de mis amados españoles,.. declaro solemnemente de plena voluntad y propio movimiento, *que el decreto firmado en las angustias de mi enfermedad, fué arrancado de mí por sorpresa; que fué un efecto de los falsos terrores con que sobrecogieron mi ánimo; y que es nulo y de ningun valor, siendo opuesto á las leyes fundamentales de la monarquía*, etc.„

La conspiracion carlista se extendia ya por casi todo el reino al comenzar el año de 1833, y se manifestó públicamente en el Ferrol y en Santiago, en Leon y en Cataluña: en Valencia, un fraile y un comandante de realistas proyectaron un alzamiento contra la Reina, y en Madrid mismo salieron grupos gritando por las calles: *¡Muera el gobierno mason!*

El partido liberal tambien se agitaba, y la salida de Don Cárlos y su familia para Portugal coincidió con el desarme de los *cristinos* de Madrid, creados pocos meses antes. La ceguedad política del gobierno era grande, queriendo dominar en absoluto *sobre todos* y *contra todos*, ó lo que es lo mismo, en el vacío. A este fin nada más podian conducir las circulares que se mandaron á las autoridades de las provincias,

alejando hasta la esperanza de que se hiciesen innovaciones políticas, y anunciando el propósito de sostener *los derechos de la soberanía en su inmemorial plenitud.*

Sin embargo, el espíritu público estaba ya en accion, y era imposible paralizar su movimiento, gracias á lo cual pudo ocupar el trono su legítima heredera. Vióse esto claramente cuando, convocadas las antiguas Córtes, procedieron con gran solemnidad y ostentoso aparato á la jura de la princesa: los obispos, los grandes, los procuradores de algunas ciudades, reunidos el 20 de Junio en el convento de San Jerónimo del Prado, celebraron una inútil ceremonia [1]. La verdadera jura, la que habia de sellarse con sangre, fué prestada en las fiestas y regocijos populares.

Tres meses despues, el 29 de Setiembre de 1833, á las tres ménos cuarto de la tarde, falleció Fernando VII repentinamente de un ataque de apoplegía fulminante [2]. Los desórdenes de su vida privada le condujeron al sepulcro á la edad de 49 años no cumplidos. Su funesto reinado comenzó con una guerra sangrienta para recobrar y devolver la corona al mismo que la habia puesto á los piés del extranjero, y concluyó dejando por legado otra guerra peor que la primera y de igual duracion; guerra de hermanos contra hermanos. En un cuarto de siglo, la nacion no le debió más que vicisitudes y desastres. Abriendo la frontera á 500,000 soldados de Napoleon, cimentó su trono sobre los cadáveres de 250,000 españoles y 260,000 franceses, y facilitó la desmembracion del vasto imperio hispano-americano. Sembrando la discordia entre sus súbditos, tratándoles con crueldad y perfidia, hizo rebeldes, crueles y traidores á los más leales; introdujo en el país la más

[1] «Hombres de intereses antes que todo, dispuestos á prestar palabras y á faltar á ellas segun les conviniera en el instante, vióseles jurar á la princesa de Asturias, al mismo tiempo que estaban conspirando en su contra. Casi todos los que después levantaron y acaudillaron el ejército carlista, habian ofrecido su fé y lealtad á la hija de Fernando VII; algunos de ellos empeñaron á este su palabra por promesas especiales individuales. Y en el mismo momento en que concurrian á la jura, ó en que volvian de palacio de comprometer su ayuda á la princesa, estaban conspirando ya para asentar sobre el trono á su competidor.»—Pacheco, *Historia de la regencia de Doña María Cristina de Borbon.*

Fernando VII y su corte daban, sin embargo, tanta importancia á esta solemnidad legal, que tuvieron á gran dicha ver al infante D. Sebastian venir desde Portugal á prestar el juramento, que cumplió como los demás, yéndose á la faccion. Sólo D. Cárlos se portó dignamente, contestando á las instancias del Rey con una negativa y una protesta contra la jura de su sobrina. Su comportamiento pudo ser y fué rebelde; pero era franco.

[2] «Murió el Rey, y le enterraron:
¿De qué mal? De apoplegía.
¿Resucitará algun dia
Diciendo *que le engañaron?...*»

Así empezaba una decimilla, que circuló mucho cuando Fernando falleció realmente; y hay que convenir en la oportunidad del epígrama, tratándose de un rey tantas veces *engañado* en el transcurso de su vida.

honda inmoralidad [1]; vivió siempre rodeado de conspiraciones ó conspirando él mismo; llevó al patíbulo 6,000 personas aproximadamente por opiniones políticas, y á la proscripcion unas 15,000 en 1814, y 20,000 en 1823. Tirano por temperamento, y refractario á toda reforma, pervirtió y demolió el espíritu monárquico, y preparó el advenimiento de las revoluciones turbulentas.

VII.

Fernando VII dejó á su hija un reino desquiciado y dividido, y la tradicion de sus errores políticos, que debia ser fatal á toda su dinastía y á la nacion española [2]. Encargó á su viuda la regencia y el gobierno del reino, "para que *por sí sola* le gobernara y le rigiera,„ y fiel á este mandato, la Reina gobernadora habló luego á la Nacion, para decirle:

"Tengo la más íntima satisfaccion de que sea un deber para mí *conservar intacto el depósito de la autoridad real*, que se me ha confiado. *Yo mantendré religiosamente la forma y las leyes fundamentales de la monarquía, sin admitir innovaciones peligrosas, aunque halagüeñas en su principio, probadas ya sobradamente por nuestra desgracia...* Yo trasladaré el cetro de las Españas á manos de la Reina, á quien le ha dado el Rey, íntegro, sin menoscabo ni detrimento, como la ley misma se lo ha dado.„ [3]

Prometia, sin embargo, introducir reformas administrativas; procurar la disminucion de las cargas públicas; proveer á la pronta y recta administracion de justicia, á la seguridad de las personas y de los bienes, al fomento de todos los orígenes de la riqueza. Pero ¿era posible nada de esto bajo un régimen desacreditado por tres siglos de calamidades y miserias, y más que nada por los horrores del último reinado?

[1] La estadística criminal era espantosa. En 1826 se contaron 14,445 acusaciones de crímenes y delitos ordinarios, entre ellos 3,025 asesinatos y tentativas de asesinato con heridas graves, para una poblacion de 13 millones de habitantes. La comparacion con las demás naciones de Europa arroja diferencias enormes. No consistia en esto, sin embargo, la mayor inmoralidad.

[2] Dejó tambien 300 millones de déficit en la Hacienda, una gran deuda embrollada, y 500 millones suyos depositados en el Banco de Lóndres.

[3] Manifiesto de 4 de Octubre de 1833.

Aspiraba tambien á la union de todas las voluntades. "Todos son hijos de la patria,„ decia. "Ni el nombre de la Reina ni el mio son la divisa de una parcialidad, sino la bandera tutelar de la nacion; mi amor, mi proteccion y mi cuidado son todo de todos los españoles.„

Nobles y levantados propósitos, que habrían sido muy oportunos en boca de Fernando VII, el año 1814. A este lenguaje digno de un buen monarca, en tiempos normales, contestaban los carlistas, levantándose en Vitoria y en Bilbao, y diciendo á los *Alaveses:* "Vuestro legítimo soberano es quien en este dia os habla y os llama para defender la religion y salvar la patria... Católicos sois, y la causa de Dios os llama protectores del altar: sois leales y fieles vasallos, y el mejor y más deseado de los reyes espera vuestro auxilio *para exterminar á la canalla liberal*, y consolidar su trono.„ [1]

Zea Bermudez, el inspirador del manifiesto de 4 de Octubre, padeció un grave error. "Se empeñó, dice Cárlos Didier, en no ver más que una cuestion de sucesion, en donde no habia más que una cuestion de principios: creyó que Isabel, sentada en el trono, y apoyada en la legitimidad, tenia en sí sola su propia fuerza, y que no necesitaba ni del apoyo, ni del concurso de la España liberal; de aquí su obstinacion en negarse á transigir con ella... Pero eso era tener un concepto demasiado ventajoso de sí mismo. La nacion no participó de ese concepto, y Zea vino abajo con el *despotismo ilustrado* que queria entronizar, y que para ningun partido era bastante. Para los absolutistas sobraba lo *ilustrado;* para los liberales, sobraba el *despotismo.*„ [2]

El error de Zea, si tal puede llamarse la tenacidad funesta con que aquel ministro se propuso mantener el régimen absoluto, apelando para ello á las medidas de rigor, y hasta á los manejos subterráneos de la policía secreta, no lo padeció él solo. Cristina misma, el ídolo por aquel tiempo de los liberales, y muchos de sus defensores de primera línea, participaban de ese mismo error, cuyas inmediatas consecuencias fueron engrosar las facciones, y desencadenar la revolucion que se temia, trayendo sobre el país calamidades sin cuento, y engendrando *una serie de lamentables equivocaciones*, que nos han conducido hasta la situacion actual.

¿Con qué elementos, con qué auxilios se pensaba sostener en el trono á una niña de tres años? ¿Bastaba para ello su legitimidad? Esta era discutible y dudosa,

[1] Proclama de Verástegui.—Vitoria, 7 de Octubre.

[2] *La España desde Fernando VII hasta Mendizábal*, folleto atribuido á Larra.

reducida la cuestion á los estrechos límites de una querella entre dos miembros de la familia borbónica. Si lo que se disputaba no era más que la sucesion de un *mayorazgo*, Don Cárlos podia alegar como mejor derecho la expresa voluntad del fundador, y en esto apoyaba sus pretensiones personales. ¿Bastaba que aquella niña fuese hija de su padre? Mala recomendacion era esta para todos; y si habian de sostenerla durante una larga minoridad sin otro porvenir que el absolutismo, rey absoluto por rey absoluto, más valía Don Cárlos que Doña Isabel. ¿Se pretendia que la defendiesen los realistas? Estos tenian ya su rey natural. ¿Se contaba con los sentimientos hidalgos y generosos de los españoles, para inclinarlos en favor de una señora y de una tierna huérfana? Mucho valia y mucho influyó esta propension natural nuestra, que atrajo á las filas de los defensores de la Reina bastantes militares conocidamente realistas, y contribuyó á exaltar el entusiasmo público; pero con esto solo no se empeñaba á la mayoría de la nacion en una lucha, que exigia inmensos sacrificios. Con un tesoro exhausto; con un ejército de 50,000 hombres, que, deducidos los desafectos y las bajas naturales, podia bien reducirse á un efectivo de 30,000; con 160,000 voluntarios realistas armados, los más de ellos adictos á Don Cárlos; con mucha parte del país fanatizada por el clero, ¡se tenia la ridícula pretension de afirmar en el trono á la Reina por la sola virtud de un *yo lo mando*, y en nombre del *despotismo ilustrado*!

Ceguedad tan grande apénas se concibe, cuando nadie, ni aun el Gobierno mismo desconocia, que la contienda entre Don Cárlos y su sobrina significaba el rompimiento de las hostilidades entre el absolutismo y la libertad, cuyos respectivos campos venian ya deslindados desde 1812. Todos cuantos escritores se han ocupado en este asunto, Galiano, Miraflores, Martinez de la Rosa, Pacheco, Larra, San Miguel, Borrego, Rico y Amat, Pirala y otros muchos, así como los primeros oradores en el Parlamento, han convenido en que la guerra prevista, y desde mucho tiempo antes declarada, era una guerra de principios; y es un hecho reconocido que, sin la cooperacion, sin los auxilios y sacrificios del partido liberal, no hubiera podido sostenerse Isabel II en el trono.

Los carlistas habian levantado ya muy alto su bandera; en la que se veía claramente lo que aclamaban y defendian: "*Absolutismo puro con Cárlos V;* guerra á muerte á todo género de reformas en el régimen político y en la gobernacion del Estado; exterminio de los impíos é innovadores, enemigos del altar y el trono." ¿Era posible abatir aquella bandera, oponiéndole otra semejante, y reprimiendo á

los que querian innovaciones y reformas? ¿No era esto dar alas á la insurreccion?

Calientes todavía las cenizas de Fernando VII, los carlistas, poderosamente organizados, se apresuraban á empuñar las armas en Talavera de la Reina, en Guipúzcoa, en Alava y Navarra: vencidos eran en los primeros encuentros, y fusilados D. Manuel Gonzalez y D. Santos Ladron; pero el movimiento se propagaba rápidamente por la Rioja y Castilla; en pocos dias juntaba más de 11.000 hombres el cura Merino en las sierras de Búrgos; levantábanse partidas en Asturias, en el Maestrazgo, en Cataluña; y el Gobierno, impotente para resistir á 40,000 facciosos, dejaba las armas en manos de los voluntarios realistas, y ahogaba el entusiasmo de los liberales, que aclamaban á la Reina.

Sublevábanse en Madrid mismo los realistas el 27 de Octubre, á los tres dias de ser proclamada Doña Isabel II; eran desarmados por el paisanaje; y el Gobierno decretaba entonces su desarme, expidiendo órdenes reservadas para la adopcion de igual medida en todo el reino, y para la creacion de la milicia urbana; pero al dia siguiente, el Gobernador de Madrid prendia tres hombres "por haber dado el grito subversivo de *¡ Viva la Constitucion !*„ y la policía sobresaltada participaba al Ministerio que, si bien "se aumentaba por momentos el entusiasmo en favor de SS. MM. la Reina y la Gobernadora, se notaba al mismo tiempo cierta tendencia peligrosa á nuevas instituciones y órden de cosas nuevo, promovida por *unos pocos espíritus turbulentos* [1].„

Casi todos los tronos de Europa, conmovidos y temerosos desde la revolucion francesa de 1830, eran hostiles á Doña Isabel; acababa de sentarse en el de Portugal Doña María de la Gloria, con el apoyo del partido constitucional, contra las pretensiones de su tio D. Miguel, idénticas á las de D. Cárlos, y la guerra civil allí empeñada debia concluir muy pronto, como luego se vió, no solo por la fuerza de las armas, sino por efecto de las disposiciones enérgicamente radicales y prontas que tomó aquel gobierno; [2] y sin embargo, el nuestro, para dar á conocer á las demás potencias la política de la Reina gobernadora, decia en una circular á los representantes de España en el extranjero:

[1] Parte oficial del Superintendente de policía, fecha 29 de Octubre.

[2] Ayudaron á Don Pedro, Inglaterra y Francia, y posteriormente España; pero le ayudó sobre todo su conocimiento de la situacion. En Julio de 1833 fueron proclamadas á un tiempo Doña María y la Carta constitucional. En seguida entró D. Pedro en Lisboa, despidió al Nuncio y suprimió los conventos. El Papa le excomulgó; pero destruidos los principales focos de la insurreccion miguelista, la guerra quedó terminada en Mayo del año siguiente.

"Por lo tanto, S. M. la Reina... *se declara enemiga irreconciliable de toda innovacion* religiosa ó política, que se intente suscitar en el reino, ó introducir de fuera, para trastornar *el órden establecido*, cualquiera que sea la divisa ó pretexto con que el espíritu de partido pretenda cubrir *sus criminales intentos.*„

La situacion era tan clara, que solo un gobierno obcecado por una falsa idea de su propio valer podia desconocerla. Hombres de opiniones moderadas, realistas de la víspera, como Quesada, se habian acercado á Cristina, en 2 de Octubre, para decirle: "que en el estado en que la nacion se encontraba era imposible afianzar el trono de la Reina sobre otras bases que las establecidas *en las antiguas leyes de la monarquía, mejoradas con arreglo al progreso de las luces y á las exigencias de los tiempos; que solo una verdadera representacion nacional* era la que podia consolidar derechos que iban á ser disputados; y por último, que intentar que los españoles continuasen sometidos á un poder arbitrario, era *abrir la sima en que acaso se hundiria el trono*, después de devastar el país con los horrores de la guerra civil más encarnizada [1].„

"Situacion tan violenta, dice Martinez de la Rosa, [2] no podia ser duradera: la corriente de los sucesos, más fuerte que la voluntad de los hombres, habia de arrollar los obstáculos que se le opusieran, con tanto mayor ímpetu, cuanto mayor hubiese sido la resistencia.—El pendon del gobierno absoluto lo habia ya empuñado D. Cárlos con mano firme y poderosa... Contaba con hijos varones que le sucediesen... Su partido era muy numeroso, aunque no de tanta prez y valía como el que desde luego habia abrazado la causa de la reina Isabel; y no cabia esperar que este se acrecentase para emprender la lucha con esperanza de buen éxito, si no se desplegaba una bandera con colores distintos, que se percibieran desde lejos y no pudieran confundirse con otros...

"Un cambio en el régimen del Estado era necesario, indispensable, urgente, por grandes que fueran los peligros que se corriesen, y aun cuando una vez abierta la puerta á la reforma política, se empeñase en entrar por ella la revolucion.„

Esta era la verdad, y así hubo de comprenderlo Doña María Cristina, cuya natural perspicacia, unida á los sentimientos de madre, suplia la falta de experiencia

[1] *Exposicion del general D. Vicente Quesada á la Reina gobernadora*, fecha 8 de Enero de 1834.—Este mismo general habia hecho renuncia de varios cargos, y se quejaba de que se le perseguia con obstinacion por atribuirle vehemencia de carácter y exaltacion de ideas.

[2] *Bosquejo histórico de la política de España.*

propia de sus pocos años: así lo comprendieron casi todos los que la rodeaban, inclusos los miembros del Consejo de regencia, que veian precipitarse los acontecimientos, crecer la faccion, y amontonarse al pié del trono la tormenta revolucionaria. Los generales enviados contra los carlistas del Norte nada habian hecho, porque nada podian hacer: Sarsfield, Valdés y otros fueron acusados de inhábiles, porque, sin elementos materiales ni fuerza moral, dejaban de vencer á un enemigo que contaba con la superioridad del número, y con el auxilio poderoso del clero, de los frailes y de las mujeres para recibir toda clase de socorros, comunicaciones y confidencias.

El general Llauder, que habia reemplazado al Conde de España en el mando militar de Cataluña, puso de manifiesto los peligros de esta situacion, y de inteligencia, segun algunos creen, con la Reina gobernadora, elevó á esta, en 24 de Diciembre, una célebre exposicion, que contribuyó á precipitar la caida de Zea Bermudez. A Llauder siguió Quesada desde Valladolid, no tan explícito como su colega en cuanto á la necesidad urgente de un cambio político.

Recordaba Llauder á Cristina las promesas hechas por el Rey difunto en 1814, y las esperanzas que ella misma habia inspirado á la nacion, y decia:

"...Tanto yo, como la nacion, que nada nos arrojaríamos á pedir, que no fuese justo y prometido, recordamos con sombrio pesar el no ver todavía cumplidas las solemnes declaraciones hechas por nuestro Rey en el célebre momento de recibir de manos de esta nacion heróica la corona que salvaron los españoles, sacrificando un millon de víctimas en su defensa, guiados solamente por la lealtad, el patriotismo y el deseo de nivelarse con las monarquias de Europa, que por efecto de sus instituciones y sabiduría de sus leyes han llegado al colmo de prosperidad...

"Se dirá á V. M. que no tiene facultades de hacer innovaciones como regente, y que debe entregar el gobierno á su hija en el modo que lo ha recibido, siendo así que esto es solo un pretexto para conservar un poder arbitrario, y perpetuar los abusos los que tal suponen... La convocacion de Córtes, cuando la gravedad, urgencia y complicaciones de los negocios del Estado la reclaman imperiosamente, ¿puede calificarse, por ventura, de innovacion, sin olvidar las leyes más antiguas de la Monarquía, que la colocan en la categoría de un principio fundamental? Los que osaron dirigir á V. M. tan mentida reconvencion, ¿pueden cerrar los oidos á la réplica que hacen los pueblos, diciendo que, cuando se ha tratado aisladamente del interés de la augusta hija de V. M., la convocacion de Córtes ya no ha sido una

novedad, sino un acto enteramente conforme con la predicha ley fundamental? ¿Desconocen que á los pueblos no se les oculta que la teoría de aquellos hombres se reduce á *que solo valga la ley para la defensa de los derechos del trono, y queden sin proteccion alguna los de los mismos pueblos?*

"....Las mismas esperanzas, Señora, hicieron concebir los primeros decretos memorables de V. M., y que más que todo contribuyeron á afianzar los derechos de su augusta hija, conquistándole repentinamente todos los corazones, que á su vista se arrebataron; pero aquellos se han entibiado al ver que tampoco se cumplen... Si esta situacion se prolonga algunos meses más, crea V. M. valdrá más á los enemigos de los derechos de Isabel II, que todos los esfuerzos que ellos hagan... Además de esto, no son pocos los que se retraen de abrazar la causa de la Reina, por el natural temor que les infunde la posibilidad de que el pretendiente legalmente pueda suceder á la corona... Ya el trono de V. M. no puede darnos la seguridad ni las garantías á que somos acreedores; y sólo la nacion, legítimamente reunida en Córtes, puede asegurarlas. El ministro Zea ha marchado hasta el extremo de ofrecer una comparacion odiosa y peligrosa *entre lo que V. M. hace, y promete el pretendiente y los que obran en su nombre, que ofrecen dejar libre deliberacion á las Córtes, y otros beneficios y garantías...*„

"Los conatos y movimientos que suceden en la capital, resuenan de una manera digna de atencion, y... temo mucho, Señora,... que la contrariedad y la oposicion con que se quiere comprimir el anhelo del bien prometido, produzca mayor vigor en los espíritus, *dando lugar á exageraciones y demostraciones, que comprometerían de un modo espantoso la tranquilidad y el órden público...* En tan críticas circunstancias, el trono sin la patria amenaza desplomarse; y la patria sin el trono se hunde en la anarquía...„

Ya hemos copiado un párrafo de la exposicion del general Quesada, en el que recordaba este á la reina Cristina los consejos que le habia dado en la mañana del 2 de Octubre. Ahora se quejaba amargamente de la persecucion que sufrian los que pensaban como él, y de que se le hubiese alejado de Madrid en la noche de aquel mismo dia, quitándole el mando de la Guardia Real, y pretendiendo hacerle figurar como jefe de una faccion imaginaria, inventada "con el fin depravado de apoderarse del ánimo de la Gobernadora *por medio del terror y de la desconfianza.*„

"Yo sólo encuentro dos partidos en España, decía; el uno está compuesto de hombres que se han armado, *porque se ha querido que tengan armas*, á pesar de los

graves motivos que obligaban á quitárselas, y que están dirigidos y acaudillados por jefes, cuyos principios, destructores de la felicidad pública, *están en pugna con la sucesion directa*, y que, sin embargo, *eran protegidos y considerados, mientras que los defensores de V. M. de todas clases y gerarquías, sin exceptuar las más elevadas del Estado, se han visto desterrados, perseguidos y tratados como fautores de la anarquía.....* El otro partido es de los leales súbditos de la Reina, que lo son cuantos hombres habitan en nuestro suelo, sin estar extraviados por errores groseros ó por intereses mezquinos... ¿Dónde se halla esa faccion tan temible, que arrastra con tal fuerza á hombres *conocidos hasta ahora por su ódio á toda exaltacion*, y por la honradez de su conducta, y que los arrastra, no sólo á la traicion, sino tambien á la perfidia? ¿Cuál es el prestigio con que se les hace suponerse defensores del trono de Isabel, para destruirlo y fundar sobre sus ruinas el órden de cosas á que aspira su exaltada fantasía? Semejante inmoralidad no cabe en pechos españoles...„

"La verdad es, Señora, que todos los leales desean ver consolidado el trono de la Reina, y que para ello no divisan otro camino que el de la fiel observancia de nuestras antiguas leyes. *No de unas leyes dictadas por la arbitrariedad ó el capricho, sino de aquellas que, fijando los recíprocos deberes y derechos de los reyes y de los pueblos*, evitaron los abusos del poder... Esas leyes, *mejoradas cual ya lo exige el interés de todos*, son las únicas que pueden salvarnos de la deshecha borrasca que estamos corriendo: *ellas arrancarán de manos de los ministros no responsables el poder funesto de oprimir al pueblo, de vejarle y de consumar su ruina;* desaparecerán para siempre esas pasiones injustas, esos destierros arbitrarios, y solo el crímen tendrá que temblar delante de la autoridad.„

Nótese bien que estas representaciones, reflejos más ó ménos fieles de la opinion general, cualesquiera que fuesen por otra parte los móviles personales de sus autores, partian de hombres *conocidos por su ódio á toda exaltacion;* de Llauder, el perseguidor de Lacy y de Mina; de Quesada, colaborador de Eguia y de la regencia de Urgel en 1822, general en jefe del ejército realista de las Provincias Vascongadas en 1823, y capitan general de Andalucía desde 1825 á 32 [1].

Antes que los citados generales, habia representado en igual sentido el Marqués de Miraflores, conociendo los peligros que entreñaba aquella situacion anómala y

[1] Quesada era hombre de sentimientos generosos. En su mando de Andalucía tuvo que reprimir las tentativas de los clubs carlistas ó apostólicos en 1827, y empezó á modificar sus opiniones, no queriendo transigir con los excesos absolutistas. Sofocó varias intentonas de los liberales en 1831; pero se opuso á sacrificarlos, y salvó á muchos de ellos.

tirante, y otros muchos personages de la corte, á cuya cabeza estaban la infanta Doña Luisa Carlota y su esposo, hacian esfuerzos para derribar á Zea, que no podia soportar ya el peso de su impopularidad.

Un miembro de aquel ministerio, el más importante sin duda por su talento, por la entereza de carácter y sus grandes dotes administrativas, Don Javier de Búrgos, en quien la Reina gobernadora tenia la más ilimitada confianza, nos ha dejado un testimonio irrecusable, así de la necesidad que habia de hacer reformas políticas, como de la repugnancia con que al cabo se entró en ellas.

"Era necesario mudar de sistema, dice Búrgos. Desconocia Zea el estado de la opinion. La animadversion general, sostenida por una prensa, que ni la censura, ni el rigor contra los escritores turbulentos bastaban á contener; la falta de tropas para precaver ó reprimir un movimiento insurreccional, y la poca confianza que inspiraban aquellas de que hubiera podido disponerse en la ocasion; los sentimientos conocidos de los más de los jefes militares; la tendencia constante, en fin, del Consejo de gobierno, todo impedia que se continuase marchando como hasta entónces; *todo indicaba la necesidad de suplir con medios morales la falta de medios materiales, y de que el Gobierno dirigiese un movimiento que, contrariado por más tiempo, debia saltar por encima de todos los obstáculos, y arrastrar en su marcha al Gobierno mismo* [1]."

Desapareció, en consecuencia, el ministerio Zea; ó por mejor decir, fué modificado en el sentido ménos liberal posible. Búrgos, de quien Cristina no quiso desprenderse, y Zarco del Valle, ministros ya, formaron parte de la nueva situacion, en la que entraron, como elementos constitucionales, Martinez de la Rosa y Garelly, no sin repugnancia de la Regente respecto á este último. Los demás ministros carecian de significacion política.

Búrgos, á quien puede considerarse como el alma del nuevo gabinete, y que, segun todos los indicios, aspiraba á ser su jefe, no era el hombre á propósito para "dirigir el movimiento que, contrariado, *debia saltar por encima de todos los obstáculos.*" Su despego á los principios liberales, *para él de poco valer* [2], le incapacitaba moralmente para imprimir á la política la marcha entónces necesaria. Entrando á constituir una situacion constitucional, lo hacia con evidente repugnancia, y consintió en la reunion de las Córtes, porque "*no era posible oponerse á esta indicacion,*

[1] *Anales del reinado de Doña Isabel II.*

[2] Son sus palabras.

atendidas las exigencias de una opinion que se presentaba con las apariencias de unánime; y dado el caso que esta no fuese tal, *¿habia algun medio natural de reprimirla*, ni otro medio legal *de conocerla*, que el de reunir la nacion en Córtes? [1].„

En esta disposicion de ánimo, pensó Búrgos que "era indispensable formar *una especie de Constitucion*, y que de este modo se podria, ya acallar los clamores interesados *de una faccion*, ya debilitarla, separando á muchos que de buena fé se habian unido á ella, ya *neutralizar* ó *destruir* la influencia de sus pretensiones exageradas, oponiendo á ellas los testimonios de satisfaccion con que esperaba fuese recibida por las masas un nuevo régimen político, que fundase su reposo sobre las bases de una libertad prudente [2].„

Respecto á Martinez de la Rosa, ¿qué papel iba á representar en el ministerio, al que luego dió su nombre? Búrgos mismo nos lo dice: "En Martinez buscaba yo *el nombre, no el hombre;* el nombre para acallar las facciones interiores y los frenéticos clamores de la prensa extranjera, asociada al fanatismo liberal, que iba cundiendo en la Península, y que exaltaban prodigiosamente los sucesos coetáneos de las armas de Don Pedro en Portugal; no el hombre que, entregado exclusivamente á teorías políticas y á distracciones literarias, no conocia más que Zea el estado de la opinion general de su país.....„ Convenia en "asociarle al ministerio, como hombre de bien, bien intencionado y popular, pero no sin temer las vacilaciones de su carácter y la debilidad de su conducta como gobernante [3].„

Deploremos sinceramente la lamentable ceguedad de los políticos de gabinete. Búrgos, que creia conocer el estado del país mejor que Zea y Martinez, lo conocia ménos que ellos; y si lo conocia, pudiera acusársele de un maquiavelismo estéril, y de falta de prevision. Aquel hombre eminente, cuyos talentos y vastos conocimientos administrativos le colocan en nuestra historia á una altura incomparable; aquel hombre inteligente y laborioso, que en una simple Instruccion á los delegados de Fomento, desarrolló el plan más admirable de mejoras, y que por sí sólo habria labrado la prosperidad de España, en política, fué míope: no supo ver que, dando sólo *apariencias* de reformas, avivaba el deseo de obtenerlas positivas y completas, y debia exasperar aquella misma opinion exigente y clamorosa, que se proponia acallar, precipitándola en los mayores excesos. Los acontecimientos vinieron luego

[1] Búrgos, Obra citada.

[2] Búrgos, Obra citada.

[3] Búrgos, Obra citada.

á demostrarlo así; pero la misma ceguedad que indujo á querer contentar el sentimiento liberal con una farsa de sistema representativo, atribuyó después los excesos á las mismas concesiones hechas, y pretendió reprimirlas con la fuerza, retrocediendo hasta la negacion de un absolutismo simulado. Búrgos, en sus *Anales,* parece disculparse de lo poco que hizo, escudándose con las circunstancias y la necesidad, cuando su falta, y falta grave, consistió en no haber hecho lo bastante para anteponerse á la opinion, satisfaciendo los deseos y las necesidades generales, á fin de encauzar y dirigir el movimiento revolucionario, que amenazaba atropellarlo todo.

El nuevo ministerio fué bien acogido, porque significaba un cambio de sistema; y desde luego se dió á conocer por sus actos, introduciendo mejoras en todos los ramos de la Administracion: se publicó la nueva division civil del territorio; se crearon los subdelegados de Fomento, equivalentes, salvo el nombre, á los jefes políticos ó gobernadores de provincia; el infatigable Búrgos expidió multitud de órdenes é instrucciones importantísimas; se suprimieron los antiguos Consejos, y se creó el Tribunal Supremo de Justicia; se dió una ámplia amnistía sin excepcion de ninguna especie, y se prohibió la admision de novicios en las órdenes religiosas.

Todas estas disposiciones, en general, fueron recibidas con aplauso, aunque algunas no llenasen cumplidamente la medida de los deseos de los liberales, y dieron ensanche á la esperanza de más ámplias reformas. El país, que habia soportado ya una quinta de 25,000 hombres, aceptó sin murmurar otra de 20,000, siendo la guerra el interés más apremiante del momento. Pero no bastaba el ejército, poco numeroso todavía, para acudir al encuentro de las partidas carlistas en el campo, y atender á la seguridad de las poblaciones, y aquí empezó á flaquear la decision del Gobierno: con repugnancia se crearon los cuerpos francos, bajo la denominacion de *Tiradores de Isabel II,* y fué menester que el pueblo amotinado en varios puntos pidiese armas, para que se decidiese el Gobierno á dárselas de una manera tan meticulosa, que aumentó la irritacion de los ánimos.

La Milicia nacional, que ni este título quiso dársele, podia ser y fué, andando el tiempo, un elemento de perturbacion. Pero entónces era una necesidad, y más que esto, una institucion salvadora para el trono de la Reina, por quien aquellos voluntarios estaban prontos á derramar su sangre. Poner restricciones á su deseo era un acto impolítico, porque significaba desconfianza, y dejaba además al pueblo indefenso contra los ataques de sus enemigos. Sin embargo, pudo más que estas consideraciones el miedo á las expansiones de la libertad, y al crear formalmente la Milicia

urbana, en 7 de Febrero de 1834, dió el Ministerio una muestra de imprevision, de que muy luego tuvo que arrepentirse con mengua de su prestigio [1].

Aparte de los muchos requisitos que se exigian para ser miliciano, se limitó el alistamiento á una plaza por cada cien almas, y se prohibió que tuviesen milicia los pueblos menores de 700 vecinos. La prensa clamó al punto contra aquel absurdo reglamento, que llamó del 1 por 100, y demostró matemáticamente que sólo 619 pueblos tendrian milicia, miéntras que 17,828 quedarian sin ella; que en algunas provincias donde los habitantes se hallan aglomerados en pocas poblaciones, las compañías de unos y otros pueblos podrian darse las manos, mientras que en los países montañosos, donde más necesaria era la fuerza para evitar las sorpresas de los carlistas, habria espacios de veinte y más leguas sin encontrar un miliciano. Galicia, con millon y medio de habitantes no podia tener más que 700 urbanos; en la provincia de Leon, para sus 1351 pueblos, no llegarian á 150 las plazas, y en la de Murcia, con sólo setenta y seis poblaciones, se contarian 2115 milicianos. Habia provincias que solamente en dos ó tres puntos tendrian milicia urbana, y algunas, como las de Santander y Segovia, que únicamente podrian establecerla en la capital.

Estas y otras anomalías semejantes, palmariamente demostradas, eran efecto de aquel temor á la revolucion, que impidió siempre al trono entregarse confiadamente en brazos del pueblo, y que al cabo ha producido, como era natural, el desvío del pueblo hácia la dinastía que lo ocupaba, y hácia el trono mismo, bastardeando el espíritu y tendencias de la revolucion española, que nunca, en su principio, fué anti-monárquica ni anti-religiosa. Y era tanto más inconcebible aquel temor en un gobierno que debia fundarse sobre bases esencialmente populares, cuanto que los partidarios del absolutismo, esto es, los carlistas, no sólo reclutaban todas sus fuerzas entre gente voluntaria, sino que obligaban á muchos á tomar las armas, pudiendo considerarse el ejército de Don Cárlos como una verdadera milicia popular realista.

El Gobierno tuvo, al fin, que ceder á las vivas instancias de la opinion y de la

[1] «Temia el gobierno armar al pueblo, y ninguna medida, sin embargo, produjo más benéficos resultados á la causa de la Reina. Sustituyendo (los milicianos) á la tropa en las guarniciones, haciendo un servicio activo y penoso, no eran sólo los defensores de sus hogares, los que mantenian la tranquilidad; eran los soldados de la patria, que derramaban sin tasa su sangre en mil combates, eran los destinados á inmortalizar á Cenicero y Peralta, á Villafranca y Sampedor, á Zaragoza y á Bilbao.»—PIRALA. Obra citada.

prensa, reconociéndose vencido en una lucha que nunca debió provocar, y que necesariamente habia de quebrantar su autoridad; reformó el reglamento de la Milicia, y al punto ingresaron en ella más de 200,000 indivíduos; pero no fué posible armar sino la tercera parte, y sólo el patriotismo de los particulares, supliendo en muchos puntos la insuficiencia del Estado, hizo que se adquiriese el armamento necesario. Así se formaron aquellas huestes populares que, mientras no intervinieron en la marcha del Gobierno, prestaron grandes servicios á la causa de la libertad y al mantenimiento del órden.

Tres actos importantes del gabinete presidido por Martinez de la Rosa es necesario señalar aquí: la intervencion armada en los asuntos de Portugal; el tratado de la Cuádruple alianza, y la promulgacion del Estatuto real.

Hacia tiempo que teníamos un ejército de observacion en las fronteras de Portugal, al mando de Don José Ramon Rodil. Este general recibió órdenes del Gobierno, y en el mes de Abril invadió el vecino reino con diez mil hombres, dirigiendo el grueso de sus fuerzas á la plaza de Almeida, residencia de Don Cárlos, y adquiriendo á su paso repetidos triunfos en favor de Doña María de la Gloria.

Expulsado de Almeida, se refugió Don Cárlos en la Guarda, donde pudo haber caido en manos de la vanguardia española, mandada por el brigadier Sanjuanena, que se apoderó de los equipajes: el pretendiente escapó con su corte en el mayor desórden, y se retiró, primero á Santaren, y luego á Évora.

Vencido el infante Don Miguel con el auxilio de nuestras tropas; acorralados ambos pretendientes, y ocupadas por Rodil varias plazas importantes del reino lusitano, debió este general aprovecharse de sus victorias, exigiendo, como lo intentó, que se le entregase Don Cárlos, ó que se le invalidase para proseguir en sus pretensiones. Allí habria terminado la guerra civil española, que entónces comenzaba; pero Rodil carecia de instrucciones del Gobierno, que en momentos tan críticos le dejó abandonado, y le faltó resolucion para obrar con la energía conveniente. Intervino la diplomacia inglesa, con una oficiosidad funesta para España; se firmó la capitulacion de Evora-Monte, sin que, para mengua de nuestra dignidad, tuviésemos allí un agente diplomático; y el dia 1.° de Junio, Don Cárlos, con su familia y comitiva, se embarcó en el *Donegal*, para Inglaterra, de donde habia de fugarse al mes de su llegada, viniendo á reforzar con su presencia las huestes de sus defensores, ya vigorosamente organizadas por Zumalacárregui.

La intervencion y el comportamiento de los ingleses en este y otros asuntos

posteriores, no dejaron de parecer interesados en que se prolongase la guerra civil de la Península.

El tratado de la Cuádruple alianza, que se celebró al mismo tiempo, justificaba, sin embargo, la conducta de Inglaterra; pues el gobierno inglés no se habia comprometido más que á cooperar, empleando una fuerza naval, en ayuda de las operaciones emprendidas por las tropas de España y Portugal para obligar al infante Don Cárlos á retirarse de los dominios portugueses.

Tal era la obra magna del Sr. Marqués de Miraflores, nuestro representante en Lóndres, *idea exclusivamente suya*, que hizo aceptar á Lord Palmerston mediante ciertas proposiciones reservadas, cuyo contenido ignoramos. Francia entró tambien á formar parte de esta Cuádruple alianza, más por política de conveniencia propia, que por deseo de contribuir con sus esfuerzos al objeto que aquella se proponia.

Posteriormente se amplió el tratado con una adicion, que proporcionó auxilios materiales y fuerza moral á la causa de la Reina por parte de Inglaterra y Portugal; no así por la de Francia, cuyo gobierno faltó á todos sus compromisos, entendiéndose á la vez con la corte de Madrid y con el cuartel de Don Cárlos.

Mientras tenian lugar estos acontecimientos, habíase consumado el acto político más importante del nuevo gabinete; aquel para el cual habia sido llamado. Por medio de un Real decreto, en 16 de Abril publicó el Gobierno la *especie de Constitucion*, como la calificó Búrgos, ó carta otorgada á la manera de la que Luis XVIII habia dado á la Francia, que fué bautizada con el título de *Estatuto Real*.

No juzgarémos nosotros aquella Constitucion, que el honrado Martinez de la Rosa creyó de buena fé una obra perfecta é inmejorable. Con dos palabras expresó Argüelles, al acabar de leer el Estatuto, cual era el juicio público acerca de sus autores: *¡ Qué apostasia !*—Pero, si no con tanta dureza, con no ménos verdad manifestaron ellos mismos, en la *Gaceta* lo que políticamente valia su obra. "Las innovasiones *temibles é ilegales serian las que produjeran traslacion de poder*, decian, y el Estatuto no proclama ninguna. La autoridad soberana continúa residiendo en el trono por derecho de *iniciativa y veto absoluto en las cuestiones legislativas*. La nacion recobra el derecho que es de justicia universal de votar el impuesto... El poder se conserva, pues, en las mismas manos en que nuestras leyes lo han puesto y lo han conservado. *¿ A dónde estaria, pues, la innovacion ?*"

En efecto, el Estatuto era una antigualla de la Edad media, restaurada por un artífice moderno, y digna de figurar en un museo arqueológico. Pero, ¿ á quién se

proponia el gobierno convencer y tranquilizar con sus explicaciones? ¿Se daba acaso el Estatuto para contentar á los carlistas, y hacer que se les cayesen las armas de las manos? ¿Se pensaba satisfacer, ó al ménos acallar los clamores de las *facciones liberales*, como decia Búrgos, recalcándoles la idea de que no se hacia ninguna innovacion?„ [1]

Aquellos clamores habian llegado hasta las gradas del trono por conducto de los hombres ménos exaltados: hemos visto lo que pedian, y lo que presagiaban que sucederia, si no se operaba inmediatamente un cambio de sistema político: hemos consignado la opinion de los mismos que debian efectuar este cambio, acordes en cuanto á la necesidad de llevarlo á cabo, y en que era peligroso demorarlo. Si los peligros previstos se convirtieron en hechos deplorables; si la guerra se prolongó, adquiriendo un ensañamiento cruel y bárbaro; si la exaltacion política tomó vuelo, y á su sombra se cometieron excesos y crímenes; si la autoridad del Gobierno fué desconocida y atropellada, cúlpense á sí mismos los que, conociendo la situacion y previendo estos males, no supieron ó no quisieron prevenirlos y evitarlos.

El Estatuto Real fué festejado en todo el reino; pero los procuradores elegidos con arreglo á él, y muchos de los próceres, hereditarios unos, vitalicios otros, y todos de nombramiento real, probaron luego superabundantemente al Gobierno, que eran hombres del siglo XIX, y no del siglo XV, proclamando en ambas cámaras ó Estamentos los principios del derecho político moderno.

Apenas fué conocido el Estatuto, se formó una vasta conspiracion para anularlo, derribar al Gobierno, y someter á la deliberacion de las futuras Córtes un proyecto de constitucion más en armonía con las ideas y las necesidades de la época; y en aquella conspiracion habia liberales de todos matices, militares de alta graduacion, personages de la nobleza, y no pocos de los que fueron elegidos procuradores á Córtes.

Existia ya, entre otras, una sociedad secreta que, bajo el título de *Confederacion isabelina*, tenia por objeto combatir á Don Cárlos y los principios que representaba, y dar á España instituciones liberales: su fundador, Don Eugenio Aviraneta,

[1] «El Rey, decia el ministerio en la *Gaceta*, el 21 de Abril, el Rey tiene y debe tener un *dominio tan absoluto* sobre las personas y las cosas, en asuntos políticos, que no tenga más límites que los que tiene *la autoridad divina*, la justicia.»—¿Para esto se habia despedido á Zea? En horabuena que se le despidiese, pero debió llamarse para sucederle á Calomarde ó al Obispo de Leon, representantes de esas ideas.

hombre de grande ingenio y travesura, que despues trabajó mucho en comisiones reservadas de la reina Cristina, se hallaba entónces perseguido por el Gobierno; y oculto en Madrid, concertó con otros el plan de aquella sociedad, cuyos círculos se propagaron rápidamente por el país, llegando á reunir sólo en la capital diez mil afiliados entusiastas y resueltos. En Cataluña los tenia tambien muy numerosos, contándose entre ellos, segun parece, el capitan general Llauder, aunque no inspiraba mucha confianza, y un capitan Civat, que iba y venia de Madrid á Barcelona, titulándose edecan de Mina, y que, estando en todo el secreto de los confederados, lo comunicó al Gobierno.

Los directores de la Isabelina concibieron un plan de insurreccion, que debia empezar dentro del Estamento de procuradores, el mismo dia de la apertura de las Córtes (24 de Julio). No tenian maduros sus planes, cuando el 17 de aquel mes acaeció en Madrid el horrible motin en que perecieron vilmente asesinados setenta religiosos, empezando la matanza en el colegio imperial de Jesuitas, y siguiendo á los dominicos de Santo Tomás, y á los conventos de la Merced y de San Francisco el Grande [1]. No supo el Gobierno prevenir aquel desastre; ni tomó disposiciones para evitarlo, á pesar de que conocia el estado de los ánimos, y las voces que corrian entre las turbas ignorantes y preocupadas; ni en el momento del conflicto acudió con oportunidad á reprimir los excesos, ni después hizo nada para castigarlos.

Al ver la indolencia y torpeza de las autoridades, en aquel dia, el directorio isabelino cobró ánimos y activó sus planes: eran estos elevar á la Reina una exposicion manifestándole los males que iban á seguirse si se planteaba el Estatuto, y suplicándole que, para evitarlos, enviase á las Córtes el proyecto de Constitucion que le remitian. Oponiéndose la Reina á dar este paso, el dia mismo de la apertura de los Estamentos se haría una mocion por varios procuradores isabelinos para que

[1] «En cuanto al desastre de los frailes no pudo considerarse como un movimiento político: efecto de la exaltacion producida por la invasion del cólera, sólo se puede sacar de él una profunda é inesperada leccion, á saber: que las sospechas del pueblo y su ira recayeron sobre los frailes, y que estos fueron juzgados envenenadores; hecho importantísimo, que proyectó una luz nueva sobre el estado de las creencias populares de la Península, y probó por lo ménos que el antiguo prestigio habia cesado, así en la católica España como en los demás países.»—LARRA. *De 1831 á 1836.*

«Algunos han acusado á la Milicia urbana de complicidad. El que vivia en Madrid entónces, pudo haber visto los batallones formados, obedientes á la voz de sus jefes, que evitaron los desórdenes que se les previno... La mayor parte de los jefes y oficiales de la Milicia elevaron á la Reina enérgicas y sentidas exposiciones, manifestando su horror á tales crímenes, su deseo de que se castigaran breve y ejemplarmente, y se expulsara de las filas á los pocos que no acudieron á la formacion.—La opinion pública, la indignacion del pueblo de Madrid no fué acallada con ningun castigo.»—PIRALA, Obra citada.

el Congreso se declarase en Córtes presuntas: el público de las tribunas, compuesto de confederados, apoyaria á sus compañeros, y si se encontrase resistencia, se armaria un alboroto en el Estamento, que sería la señal del pronunciamiento general. Todo estaba dispuesto para apoderarse de los campanarios y tocar á rebato, fortificarse en los principales edificios y formar barricadas en las calles. El duque de Zaragoza debia ponerse al frente de las tropas, comprometidas con él en los trabajos militares, independientemente del paisanaje. Inmediatamente se nombraria un nuevo ministerio, estando ya designadas las personas que debian componerle [1].

El Gobierno, que no habia sabido precaver ni evitar el sangriento motin contra los frailes, avisado esta vez por sus agentes secretos, desbarató el plan de los conjurados, prendiendo al fundador de la *Isabelina,* al duque de Zaragoza y otras personas en Madrid y en las provincias. Cumplió con su deber, impidiendo un escándalo, cuyas consecuencias no nos atreverémos á decir que hubiesen sido perjudiciales, ya que la resistencia á entrar sinceramente en el régimen representativo, sostenida por espacio de treinta y cuatro años, produjo perturbaciones mucho peores que la que entónces se intentaba. Pero el Gobierno que conoció toda la gravedad de los peligros que rodeaban al órden público, y pudo medir toda la extension de los planes que trazaba el sentimiento liberal comprimido, debió luego apresurarse á satisfacer las justas aspiraciones del país, ó ceder el puesto á otros hombres que, libres de compromisos, acometiesen de frente las reformas necesarias, sin aguardar á que fuesen impuestas por medio de pronunciamientos y motines.

Verdad es que Martinez de la Rosa cayó más tarde, cediendo el puesto á su colega en el ministerio, el conde de Toreno; pero de este y otros acontecimientos habrémos de ocuparnos en lugar oportuno.

[1] Pirala. Obra citada.—Hé aquí los nombramientos preparados: Para *Estado*, D. Evaristo Perez de Castro: subsecretario, el marqués de Montevirgen.—*Guerra*, D. Jerónimo Valdés: subsecretario, el duque de Rivas.—*Gracia y Justicia*, D. Manuel García Herreros.—*Interior*, D. Alvaro Flórez Estrada.—*Hacienda*, D. Lorenzo Calvo de Rozas: subsecretario, don Juan Olavarría.—*Marina*, D. José María Chacon.—Capitan general de Madrid y general en jefe de la Guardia y de las operaciones, el capitan general D. José Palafox y Melci, duque de Zaragoza.—Gobernador de Madrid, D. Evaristo San Miguel.

Entre los más comprometidos figuraban D. Antonio Nogueras, secretario de la *Isabelina*, y los Sres. Bera, Romero Alpuente, conde de las Navas, etc.

Por estos nombres se vendrá en conocimiento de la importancia y significacion política de aquella confederacion, y de la unidad de miras que habia entónces en la mayoría de los liberales, no divididos aun en progresistas y moderados.

La exposicion á la Reina gobernadora la redactó el Sr. Flórez Estrada: el proyecto de Constitucion, (que como documento curioso, reproducirémos en su lugar con el n.° 1), fué obra del Sr. Olavarría, quien estando en relaciones con los liberales belgas, se lo remitió á peticion de ellos, y les pareció tan bien, que lo adoptaron para sí con lijeras enmiendas. Cuéntase que, cuando lo conoció Martinez de la Rosa, dijo, que si lo hubiese visto antes, habria modificado el Estatuto.

VIII.

El bosquejo que acabamos de trazar era indispensable para traer á la memoria los orígenes de la gran contienda política de que España ha sido teatro desde principios del presente siglo. Sin esta preparacion no seria posible darse cuenta de la violencia y exaltacion de las pasiones al comenzar la nueva época desde 1834, ni formar juicio exacto acerca de los hechos contemporáneos, más cercanos á nosotros, y en los que Don Juan Prim representa el papel más importante. No deben considerarse aislados tales acontecimientos: hay que mirarlos á la luz de la Historia, y enlazados con sus premisas, de las que proceden como el efecto de la causa.

Por esto hemos procurado condensar en breve espacio un largo período de veinte años; período estéril y calamitoso para la Nacion, pero fecundo en consecuencias, y grandemente instructivo, como lo son siempre las lecciones del infortunio para los indivíduos y los pueblos que quieren aprovecharlas.

Durante ese período, que comienza con la defeccion de un rey ingrato, y concluye con la apertura de los Estamentos, llamados á legislar en virtud de una Constitucion otorgada, hemos visto desarrollarse el prólogo de un drama, cuyo primer acto es una sangrienta guerra civil, sostenida por los heróicos sacrificios y el valor indomable de dos bandos poderosos, y acompañada de trágicos episodios, de horrendos crímenes y estragos.—Un sublime abrazo termina este acto; pero el absolutismo vencido en el campo, se disfraza y conspira dentro del régio alcázar; y la lucha renace, y continúa, sorda unas veces, violenta otras, enconada siempre, hasta llegar al desenlace natural y previsto.

El drama tiene perfecta unidad de accion: su argumento se halla indicado en el artículo 2.° de la Constitucion monárquica de 1812, que proclama un principio de derecho divino. "*La Nacion española*, dice, *es libre é independiente, y no es, ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona.*„

De aquí parte la accion: de aquí la lucha sostenida por espacio de sesenta años entre los derechos de la Nacion, escritos en la conciencia humana y en nuestras

antiguas leyes fueros y costumbres, y el absolutismo exótico, introducido en España por la casa de Austria, y reforzado por los abusos de todo género, nacidos á su sombra durante tres siglos.

Para desarraigar estos abusos; para restablecer el imperio de la razon y la justicia; para ordenar lo desordenado y reformar lo reformable; para reconstituir la Sociedad desquiciada y hecha presa de unas cuantas clases privilegiadas y usurpadoras, que la habian aniquilado y sumido en la abyeccion y la ignorancia; para marchar, en fin, con el siglo, era menester el concurso y la alianza de *la Nacion libre con el Trono libre;* y esto fué lo que proclamó la revolucion española, tan diferente de la francesa, como el dia de la noche. Monárquica, desde su orígen; respetuosa con el trono, afianzó la corona en las sienes de Fernando VII, y la guardó para su dinastía. Sinceramente religiosa y católica en sus principios y creencias, quiso imponerlos perpétuamente á la Nacion. [1] Se desvió de su primitivo cauce por los crímenes de la tiranía; por la resistencia sanguinaria y la mala fé del Monarca; por los consejos y la ambicion de los apostólicos y de los afrancesados; por las intrigas cortesanas; por los excesos de las turbas ignorantes y fanáticas; por las excitaciones del clero conspirador y guerrillero, y como tal, enemigo de Dios y de la Patria. [2]

[1] «Constitucion política de la Monarquía española, promulgada en Cádiz á 19 de Marzo de 1812.—En el nombre de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, autor y supremo legislador de la Sociedad.—Las Córtes generales y extraordinarias de la Nacion española, etc... decretan.»

«*Art.* 12. La religion de la Nacion española *es y será perpétuamente* la Católica, apostólica, romana, única verdadera. La Nacion la proteje por leyes sábias y justas, y prohibe el ejercicio de cualquiera otra.»

«*Art.* 14. El gobierno de la Nacion española es una *monarquía* moderada hereditaria.»

«*Art.* 15. La potestad de hacer las leyes reside en las Córtes *con el Rey.*»

Por los artículos 152 á 162, la sancion de las leyes corresponde al Rey, pudiendo negarla dos veces á una misma ley en el transcurso de dos años, y sin que las Córtes puedan reproducir el proyecto dentro de cada año en que la sancion haya sido negada.

«*Art.* 168. La persona del Rey *es sagrada é inviolable,* y no está sujeta á responsabilidad.»

El Rey nombra y separa libremente los ministros; goza de todas las prerogativas necesarias para ser amado y respetado; se le priva de las facultades arbitrarias para hacer mal á la Nacion, á su propia familia, y á las personas y bienes de los particulares... (Art. 171 y 172).

«*Art.* 179. El Rey de las Españas es el Señor D. Fernando VII de Borbon, que actualmente reina.»—El artículo siguiente establece la sucesion á la corona en sus descendientes legítimos, así varones, como hembras, y á falta de estos en las demás líneas de su familia.

De este modo hacia uso de su soberanía la Nacion española, dueña absoluta de sí misma. No hay en toda la Constitucion de Cádiz nada que se parezca al espíritu demoledor de la revolucion francesa, ni que justifique las acusaciones de impiedad, jacobinismo, etc. y ménos la guerra cruel y sangrienta con que los absolutistas han empujado á muchos liberales hácia la república y el ateismo.

[2] En 1834, habia en España 266,000 personas dedicadas á la Iglesia, entre ellas 95.878 frailes y monjas. Las rentas del

La revolucion, calumniada y perseguida, tomó el camino que le señalaban la persecucion y la calumnia. Martirizada, ensangrentada, hizo por cada mártir cien prosélitos; pero tambien acopió gran suma de ódio á sus perseguidores, y aclamó como un principio una falsedad: "La libertad, dijo, se conquista con sangre!„— Mentira insigne: La libertad se conquista á fuerza de instruccion, de trabajo y de virtudes.

Los malos sacerdotes, abdicando su dignidad, armaron el pueblo contra el pueblo en nombre de Dios; y el vulgo, que confunde la Religion con sus ministros, los midió á todos por un rasero, y se hizo ateo.

El Gobierno mismo tuvo que recurrir á medidas radicales para defender á la sociedad puesta en peligro por las maquinaciones del clero, y para salvar al clero mismo de las iras populares.

En España no hubo republicanos hasta que los *inventó* Fernando VII en Barcelona y en Zaragoza, el año 22.—La segunda vez que aparecieron, en 1842, trabajaban por cuenta de Doña María Cristina. La tercera vez nacieron de los desengaños, perdida la fé en el régimen constitucional, casi nunca observado. Pero en España no puede haber república, porque faltan virtudes republicanas. [1]

Durante el prólogo, la antigua monarquía se divorció del pueblo y abdicó: debia renacer regenerada, ó no podia existir. Los que permanecieron fieles á la

clero, por todos conceptos, se calculaban en 1,537 millones de reales, y el presupuesto de todas las clases del Estado ascendia por término medio á 650.000,000. Estos números dicen con cuanta razon se oponia el clero á toda innovacion y reforma; pero es el caso que la distribucion de esas rentas era monstruosa: el clero parroquial, escaso y pobre, estaba mal repartido, habiendo curas con más rentas que un canónigo, miéntras otros vivian en la mayor miseria. El Arzobispo de Toledo disfrutaba unos 12 millones anuales, ó 64 duros cada hora; y el clero catedral en conjunto, reunia más de 100 millones anuales.

Aquel mismo año, escribia D. Pascual Madoz: «Las bases de una buena reforma eclesiástica deben consistir: 1.° en respetar el estado actual de cada uno de los individuos del clero; es decir, que el fraile sea fraile, y el canónigo canónigo. 2.° en proceder á una division eclesiástica que redunde en provecho del mismo clero y de los pueblos. 3.° en aumentar á 35,000 el número de los párrocos (eran 16,000), evitándose de este modo el que los feligreses hayan de acudir á dos y más leguas de distancia para los actos religiosos, evitándose que los curas párrocos vayan de pueblo en pueblo para la celebracion del santo sacrificio de la misa, evitándose que en las poblaciones grandes los curas párrocos no conozcan á los feligreses, etc.—4.° Fijar una dotacion decorosa con una escala de ascenso, para el que deben servir exclusivamente de título las virtudes religiosas, morales y políticas, y la cooperacion á la felicidad espiritual y temporal de los pueblos.»—*Estadística de España*, cap. II, nota 22.

Sin la oposicion facciosa de una parte del clero, es muy probable que esta reforma se habria llevado á cabo pacíficamente, ganando mucho en ella la prosperidad del país, la moral, la religion y el mismo clero.

[1] Conocemos republicanos virtuosos é ilustrados; pero desgraciadamente la masa de este partido es ignorante, anarquista, comunista y hasta absolutista; todo, ménos republicana.—Montesquieu, dice que el régimen monárquico se funda en el honor; el republicano, en la virtud.

tradicion absolutista, se fueron con Don Cárlos, para renegar de él muy pronto, desengañados de que no podia ser rey en este siglo [1]. Pero entre tanto, la nacion entera se habia dividido en dos bandos claramente deslindados, llenos de fé, ardientemente entusiastas. En el uno habian ingresado muchos realistas de la víspera, muchos bullangueros tornadizos de 1820 á 23, y muchos de los conocidos entónces por *afrancesados* é *importantes*, que juntamente con la masa liberal del país, aclamaban á Isabel II, reina constitucional. En el otro estaban los partidarios de la monarquía pura, del absolutismo y de la Inquisicion, que defendian á Cárlos V.

En el primero de estos campos figuraba ya el jóven Prim, ántes de la muerte de Fernando, como figuraba en uno ú otro la mayor parte de la juventud; es decir, por el impulso natural de los sentimientos, sin premeditacion, sin darse cuenta de las teorías políticas, ni conocer á fondo sus diversos sistemas. Niño aun, segun relacion de sus amigos de la infancia, distinguíase entre ellos por la viveza de su espíritu, por su arrojo y serenidad; y en las batallas simuladas, propias de muchachos, todos le reconocian superioridad y le nombraban *su capitan;* pero si tomaba el mando, habia de ser contra franceses ó serviles.

Los acontecimientos de 1827 dejaron profunda huella en los ánimos de los habitantes de Reus y de todo el campo de Tarragona. Las ejecuciones ordenadas por el Conde de España en esta ciudad, y la tiranía inquisitorial del mismo durante su mando en Cataluña, contribuyeron poderosamente á enconar la llaga de las pasiones políticas, irritando el sentimiento de la dignidad en un país naturalmente enemigo de toda opresion, y ahondando más que en otras partes la línea divisoria de los partidos. Cuando rayó en España la aurora de la libertad, la vocacion de Prim se vió patente: los jóvenes de Reus, señalados por sus aficiones absolutistas, solian frecuentar ciertas iglesias con preferencia á otras, y en particular la del convento de San Francisco. Prim, que siempre tuvo ideas y sentimientos religiosos, vió un

[1] «Señor: *nosotros los brutos* hemos de llevar á V. M. á Madrid; los demás son traidores.» *Palabras del cabecilla Guergué.* —«Señor; la causa de V. M. es la de Dios; facciosamente ha principiado su defensa y facciosamente quiere que se consiga la victoria. Es necesario que V. M. se desengañe: *ningun hombre que sepa leer ni escribir*, ni esos generales de carta y compás quieren el triunfo de la religion y de V. M.»—*Consejos del obispo de Leon á D. Cárlos.*—«D. Cárlos ha sido el que ha suicidado su causa, y con ella á cuantos de buena fé se alistaron en esta... Todos pensaban (antes y después de los fusilamientos de Estella) *que su reinado*, aun en la hipótesis del triunfo, *seria imposible*, pues que el espíritu del siglo y la tendencia humana *rechazan el dominio absoluto y brutal* de un gobierno formado de lo más furioso del partido apostólico, sostenido por una camarilla que ejercia la misma influencia que en otro tiempo el Santo Oficio.»—*Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra*, por D. José Manuel de Arizaga, auditor general del ejército de D. Cárlos.

dia salir de San Francisco algunos amigos suyos, y pasó de largo sin saludarles. Corrieron ellos á detenerle, y entónces les dijo con severidad:

—Nada tengo que ver con vosotros: id con los vuestros.

Disculpáronse sus amigos, y satisfecho de sus explicaciones, añadió sonriéndose:

—Ya sé que sois buenos muchachos. Yo no entro ahí, porque deseo verle las barbas al *Padre Puñal*, y no quiero encontrarle en la iglesia.

Contaba Prim á la sazon diez y seis años, y era entónces peligroso hablar así, aun en el seno de la amistad. Pero él desafiaba ya todos los peligros; y haciendo alarde de sus ideas liberales, se complacia en salir de noche, con unos cuantos compañeros decididos, á espantar las rondas de voluntarios realistas, sorprendiéndolas y dispersándolas mas de una vez á pedradas y á palos. Al mismo tiempo soñaba con las proezas de los héroes populares de la guerra de la Independencia, en la que su padre habia luchado de los primeros; sentia encenderse su sangre al recuerdo de Lacy, de Alvarez, de Mina, de Milans, y de otros defensores de la patria, muertos ó perseguidos desde 1823; revolvia en su imaginacion las hazañas militares de tantos valientes contemporáneos, cuyo relato corria de boca en boca, y las tropelías de los malcontentos, y las crueldades de Cárlos de España, que, sólo referidas, debian impresionar á un alma jóven y ardiente; y todo esto, al paso que exaltaba su fantasía, prestaba una precoz virilidad á su carácter, infundiéndole aquella energía y resolucion, que más tarde habian de distinguir al hombre, y señalándole la carrera que otros muchos debian emprender al mismo tiempo con no ménos ardor, ya que no con tanta gloria.

La venida de Cristina; la promulgacion de la pragmática-sancion; el nacimiento de la princesa Isabel; los sucesos de la Granja y la amnistía de 1832; la aparicion instantánea de partidas carlistas en Cataluña, en cuanto murió el Rey; la efervescencia creciente entre los liberales que acababan de llegar de los presidios y de la emigracion; entre los que tenian profundos ultrages que vengar, y los que simpatizaban con ellos; el movimiento, en fin, la fermentacion de las ideas, enardecidas al calor de todos estos acontecimientos, fueron causas determinantes para señalar al jóven Prim un puesto entre los defensores de la libertad y de la Reina.

El prólogo de la revolucion habia terminado: el drama empieza.

LIBRO PRIMERO.

LA GUERRA CIVIL Y LOS PARTIDOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cataluña en 1834.

SUMARIO.—Estado general del pais.—Los carlistas en Cataluña.—Prontas y acertadas providencias del general Llauder.—Desaparicion y reaparicion de las partidas.—Los Tiradores de Isabel II y el voluntario PRIM.—Planes y desastres de los carlistas.—El infante D. Sebastian en Barcelona.—Romagosa, Caragol y sus compañeros.—PRIM entra en fuego.—Llauder ministro de la guerra.—Batida y dispersion de los carlistas.

I.

Borrascoso y sombrío se presentaba el horizonte político de España al comenzar el año 1834. Declarados en abierta rebelion contra la heredera del trono los partidarios del infante Don Cárlos, hacia tres meses que mantenian enhiesta su bandera en el país vasco-navarro, y con varia fortuna la tremolaban fieros en Castilla la Vieja, y en el bajo Aragon, y en Cataluña, mientras algunos se arrojaban al campo en la alta Mancha, y otros propagaban la insurreccion por los reinos de Valencia y Murcia.

Tristes presagios corrian por la península de que la lucha, apenas empezada, seria larga y terrible. A pesar de los triunfos alcanzados en contínuos encuentros por las valientes tropas de la Reina, sus esfuerzos eran estériles en resultados decisivos; pues cuando sus caudillos se creian vencedores, sólo eran dueños del ter-

reno que pisaban, y las dispersas huestes de sus tenaces enemigos reaparecian en actitud provocadora y ofensiva, sitiaban plazas y conseguian victorias.

El gobierno de Madrid, atribuyendo á falta de pericia ó energía de sus generales lo que era efecto de su imprevision, de sus torpezas y de su política vacilante, separaba del mando del ejército del Norte, primero á Sarsfield, luego á Valdés, y confiándolo á Quesada, pretendia someter con tratos y acomodamientos á unos hombres, que se aclamaban á sí mismos defensores del derecho contra la injusticia; de la legitimidad contra la usurpacion; del trono y el altar contra la rebelion y la impiedad; á unos partidarios que, llenos de fanático ardimiento, y teniendo por cuarteles sus propios hogares, creian seguro el triunfo de su causa.

Mientras Quesada escribia cartas amistosas á Zumalacárregui para obligarle á deponer las armas, el caudillo carlista organizaba el ejército de las Provincias, preparándose á declarar guerra á muerte á los defensores de Isabel II; y muy pronto caian sobre Estella las facciones reunidas de Navarra, Alava y Guipúzcoa, y seis mil vizcainos sitiaban en Guernica al brigadier Espartero.

Malgastaba el tiempo el Gobierno en contemplaciones, oponiendo á la legitimidad del pretendiente, la legitimidad de la Reina, y empleando para vencer á sus contrarios las armas del absolutismo; las intrigas y los fusilamientos; sin considerar que, entre tanto Don Cárlos, desde Portugal, expedia manifiestos y proclamas, llamando á *sus pueblos* á la defensa de *sus sagrados é indiscutibles derechos;* dictaba órdenes y decretos que debian llegar, y llegaban, *hasta los lugares más desiertos*, pidiendo subsidios, y conminando con severas penas, con la muerte y la confiscacion de bienes á cuantos tomasen "la más mínima parte, directa ó indirecta, en el sosten del *gobierno usurpador,*„ y encargaba el puntual cumplimiento de sus mandatos soberanos "á los muy reverendos arzobispos, reverendos obispos, grandes, títulos, generales, oficiales, autoridades, y en fin, *á todo el clero de sus pueblos.*„ [1]

Crecia el descontento, la agitacion y la zozobra entre los liberales á medida que se prolongaba la guerra y las facciones se extendian, viendo al Gobierno impotente para sofocarlas, un volcan á sus piés y la amenaza de exterminio suspendida sobre sus cabezas; y el temor á la revolucion, y acaso al choque violento de los dos partidos, amontonaba combustibles á la hoguera, cuya voracidad habia de ser tanto mayor, cuanto más tiempo transcurriese.

[1] Circular expedida desde Casella, á 2 de Enero de 1834, y dirigida al cabecilla Plandolit y otros partidarios de Cataluña.—Decreto del 24 de Enero, expedido en Villareal.

Los pueblos, colocados entre las dos corrientes opuestas, sentian llegar la tempestad, pero sin temerla, poseidos sus habitantes de ese fiero entusiasmo que acrecienta el valor, única riqueza inextinguible en nuestro suelo. Empobrecida la nacion, daba sus hombres y sus escasos recursos al mónstruo de la guerra, que blandiendo con una mano el arma fratricida, y con la otra la incendiaria tea, debia sembrar por todas partes el luto y la desolacion, mientras el cólera morbo asiático, calamidad hasta entonces desconocida en Europa, recorria la península, paseando en triunfo el carro silencioso de la muerte.

II.

Los primeros gritos de insurreccion dados en favor de Don Cárlos en las provincias vascongadas y Navarra, no podian menos de tener eco en las montañas de Cataluña. Existian allí vivos los recuerdos de la regencia de Urgel y de los malcontentos, y si era grande y justa la animosidad de los liberales contra sus implacables perseguidores, no era menor la impaciencia y la confianza con que estos aguardaban la señal del combate. Claramente se habia revelado esta impaciecia en la intentona de 1830, cuando el *Llarch de Copons* (Don Matias Ybañez) traspasó la frontera, y en la del cabecilla Tey, que pagó con la vida su prematuro atrevimiento, muriendo ahorcado en Barcelona.

Galcerán levantó el pendon carlista en Prats de Llusanés, por el mes de Octubre de 1833; y aunque, vencido al punto, buscó su salvacion huyendo á Francia, no le faltaron imitadores. El tristemente célebre canónigo de Gerona Mosen Benet Tristany, guerrillero de 1822, se presentó muy luego en Monistrol, y con el prestigio de su nombre y el favor de los pueblos, reunió alguna gente al abrigo de la fragosa montaña de Monserrat; Vilella y Llauger, de Piera, empezaron á formar partidas; Plandolit (a) *Targarona*, el *Llarch de Copons*, *Boquica*, el *Ros de Eroles*, Sobrevias (el *Muchacho)* y otros aparecian en puntos diferentes, guareciéndose unos en las sierras de Grau, en las alturas de San Llorens, ó en los mil abrigos que ofrecen el territorio de Berga hasta los Pirineos y la provincia de Gerona, y recorriendo el país los más audaces, pero sin alejarse mucho de sus naturales guaridas.

En la provincia de Tarragona se alzaban tambien algunos cabecillas, protegidos

por el alto y bajo clero, y entre ellos Don Antonio Vallés, que llegó á juntar doscientos hombres.

La guerra era inevitable; pero todos estos movimientos aislados no habrian bástado á organizarla en Cataluña, á pesar de que sobraban elementos para ello. El general Llauder, que hacia un año ejercia el mando superior en el Principado, más previsor que el Gobierno, habia tomado con tiempo acertadas providencias para sofocar en su orígen cualquier tentativa de insurreccion, relevando con oportunidad los ayuntamientos de los pueblos, desarmando á los voluntarios realistas, fortificando y guarneciendo algunos puntos, y distribuyendo las fuerzas del ejército en destacamentos y columnas bajo las órdenes de jefes de toda su confianza, y acreditados por su valor y capacidad; y estas disposiciones impidieron que desde luego la faccion tomase cuerpo y se ostentase imponente.

Sin embargo, Llauder tenia que luchar con otros enemigos invisibles, más difíciles de vencer que los facciosos armados. No ignoraba quienes eran los principales instigadores y auxiliares de la insurreccion; pero se veia obligado á guardarles consideraciones. Él sabia, y así lo comunicó al Gobierno, que el Arzobispo de Tarragona, el Obispo de Tortosa y otros prelados conspiraban; sabia que la diócesis de Urgel era un foco de rebelion, como lo habia sido en épocas anteriores: sabia que por la parte de Gerona, la faccion tenia su caja principal en el monasterio de Benitos de San Felio de Guixols, á donde se transmitian las órdenes superiores; que de allí pasaban estas á los curas de los pueblos, que con el nombre de *cabezas de conferencia* les estaban agregados, los cuales las comunicaban á otros eclesiásticos subalternos, que tenian sus agentes para la rápida circulacion de las comunicaciones: sabia que las cabezas de conferencia se reunian para deliberar, pero ignoraba donde, porque no lo hacian en sitio fijo, siendo imposible sorprenderles é interceptar los documentos que pudieran descubrirlos y revelar sus planes.

"Ninguna vigilancia, decia en una comunicacion al Gobierno, basta para impedir estas confabulaciones: solo una fuerza local puede neutralizar sus efectos y sofocar en su nacimiento las primeras tentativas, debiendo reconocerse que ya es esta una cuestion de fuerza, despues que *ninguna consideracion ha bastado* para calmar la resistencia de los desafectos á nuestra soberana."

Estas palabras de Llauder ponen más y más de manifiesto la errada política que seguia el Gobierno, tratando con rigor excesivo á los ilusos que tomaban las armas y exponian su vida por ceguedad de espíritu, y guardando consideraciones á sus

instigadores, que desde mucho tiempo atrás venian predicando públicamente la rebelion. Por desgracia, nadie ignoraba quienes eran los principales promovedores de la guerra; pues continuamente y de todas partes recibia el Gobierno denuncias de particulares revelándole los trabajos del clero y de las juntas carlistas, así como tambien de las conspiraciones que, en vasta escala, urdian los liberales para lanzarse por sí mismos á defender el trono de Isabel, y acudir á su propia defensa.

Conoció Llauder que la compresion de este legítimo deseo le haria estallar de un modo formidable, y se apresuró á organizar la fuerza local, activando el armamento de la Milicia urbana. Con ella pudo contener los pronunciamientos, mientras las columnas del ejército reducian á la impotencia las escasas partidas, que divagaban por las montañas; y en los primeros dias del año 1834, participó al Gobierno que, "habia concluido con los carlistas; que reinaba la tranquilidad en todo el distrito de su mando, y que descubriria las conspiraciones que en secreto se fraguaban. „

Si esto no era verdad, lo parecia. Mosen Benet se habia visto obligado á despedir su gente y á ocultarse. La partida más importante, que hasta entonces se presentara, compuesta de 200 hombres, y mandada por Vallés, habia sido batida y dispersada, el 5 de Enero, en el término de Horta, por el coronel Don Antonio Aspiroz. Poco antes, el bizarro brigadier Breton, Gobernador de Tortosa, habia llevado sus operaciones hasta fuera del distrito, y entrado en el Maestrazgo, recobrando á Morella, y obligando á su guarnicion á escaparse de noche, para ser luego destrozada y deshecha.

Simultáneamente caia en poder del teniente Fornet, cabo de las rondas volantes de Sabadell, la partida de 30 hombres que mandaba Don Francisco Paré (alias) *Bagarro*, quedando todos prisioneros, y siendo fusilados el cabecilla y cuatro de sus compañeros.

Vilella y Llauger, que habian llegado á reunir unos cien hombres, perseguidos por los cazadores de América, al mando del comandante Gandara, sufrian una batida, que les obligaba á refugiarse en una casa de campo, donde cercados por otro destacamento de tropas, habrian perecido víctimas de las llamas; pero lograron abrirse paso, dejando algunos muertos y heridos, y dispersándose la gente.

Plandolit, acosado por todas partes, tuvo que refugiarse en Francia, donde entró el 13 de Febrero, con su hermano y dos capitanes.

Boquica, el Muchacho, el Ros de Eroles, y demás cabecillas se eclipsaron igualmente, desapareciendo ellos y sus pequeñas partidas.

Para complemento, los planes de los carlistas catalanes parecian desbaratados con el apresamiento por el guarda costas *Pluton*, en 9 de Febrero, de la goleta toscana *Aurora*, que conducia á su bordo catorce cañones montados, doce barriles de pólvora, granadas, balas y fusiles, todo ello enviado por el general Romagosa, á quien se esperaba para ponerse al frente de la faccion.

A pesar de todos estos reveses, no se desalentaron los carlistas, y bien pronto conoció Llauder, que no debia lisonjearse de haber concluido con ellos.

III.

Mientras se llevaban á cabo las operaciones que hemos apuntado, meditaba el general Llauder la formacion de una fuerza activa que, organizada militarmente, supliese la escasez del ejército, y pudiese operar en combinacion con el mismo. Creóse al efecto, en Reus, el primer batallon de *Tiradores de Isabel II*, compuesto de voluntarios, y mandado por jefes y oficiales, procedentes del ejército, que se hallaban en situacion de indefinidos, y que, por lo tanto, debia suponérseles adictos á la causa de la Reina, y resueltamente contrarios al partido absolutista. El coronel Don Ramon Montero y Vigodet recibió el encargo de formar este batallon, y fué puesto á su cabeza. Don Pablo Prim, teniente coronel graduado, entró á mandar una compañia, y su hijo Don Juan ingresó como voluntario, en clase de soldado distinguido. [1]

A semejanza de este cuerpo, formáronse en todo Cataluña compañías sueltas de voluntarios, llamadas *de corregimiento,* que refundidas más tarde en batallones de cuerpos francos, prestaron grandes servicios durante la guerra civil. La institucion de los *Tiradores de Isabel II* se propagó muy pronto por Castilla y otras provincias, donde tomaron desde luego la denominacion de cuerpos francos, y de aquí la confusion que se nota en los diferentes autores que han escrito acerca de estas fuerzas.

El batallon en que empezó su carrera el voluntario Prim, más bien que de gente mercenaria, se componia de jóvenes resueltos y entusiastas, deseosos de distinguirse; sus oficiales eran, como hemos dicho, militares procedentes de las antiguas

[1] Hay alguna diferencia entre estas noticias, y las que hemos apuntado al principio de la *Introduccion*, tomándolas de varias historias y biografías, que andan impresas. Informes posteriores, que hemos adquirido, nos obligan á rectificarlas.

filas del ejército y reducidos á una situacion tristísima desde la reaccion de 1823.

No fué inútil la formacion de este y otros cuerpos auxiliares, ni la actividad con que se continuaba organizando la Milicia urbana; pues la tranquilidad anunciada por Llauder duró muy poco: el incendio, mal apagado en unos puntos, brotaba en otros; las disueltas partidas reaparecian, y nuevos cabecillas se presentaban á llenar los huecos y engrosar las filas del naciente ejército carlista.

Comenzóse á notar cierta febril agitacion por la provincia de Gerona, donde el Vicario de Oix se puso á la cabeza de una partida poco numerosa, y Vila con algunos compañeros, reuniendo doscientos hombres en San Salvador de Vianya, se lanzaron al campo: á las puertas mismas de aquella ciudad, en Madremaña, tambien se reclutaba gente; decíase que habia buen acopio de armas y municiones; y en confirmacion de que se tenian dispuestos grandes planes para aquella primavera, el fugitivo Plandolit no tardó en repasar la frontera á instancias de sus amigos.

En Morera y otros puntos de la provincia de Tarragona, procuraban igualmente los carlistas restablecer sus fuerzas: en la diócesis de Urgel se hallaba oculto el coronel Saperes (a) *Caragol*, famoso caudillo de la insurreccion de 1827, y protegido por el clero, aprestaba en secreto su gente para salir á campaña.

Varios cabecillas, que pronto habian de tener un fin desgraciado, aparecian por las partes de Cervera, Berga y el Valle de Aran; y en las inmediaciones de San Llorens dels Piteus reapareció Vilella capitaneando unos 50 hombres, y llevando al famoso Tristany en su compañia.

La actividad incansable con que operaban las columnas combinadas de tropas y urbanos, (que ya empezaban á prestar el servicio de campaña, con gran provecho por su conocimiento del país), no daba tiempo á las partidas carlistas para medrar. Vilella tuvo varios encuentros con la tropa y los urbanos, hasta que se trabó un encarnizado combate cuerpo á cuerpo, en el que resultaron una docena de muertos y muchos heridos, entre ellos el canónigo Tristany, obligando al carlista á retirarse en desórden.

Los principales conspiradores de Cataluña, reconvenidos por sus amigos de Navarra, en vista de los pocos progresos que hacia su causa en el Principado, trabajaban con ahinco á fin de promover un alzamiento en masa: dispuestos tenian ya los ánimos de sus adeptos, cuando enviaron una comision á Carnicer, que operaba en el bajo Aragon, para que, pasando el Ebro con una columna respetable y corriéndose hácia Tarragona, favoreciese el movimiento proyectado.

Carnicer, llevando por segundos á Cabrera, Miralles y Quilez, emprendió la marcha y pasó el rio, en la mañana del 7 de Abril, con unos 1400 infantes, y 110 caballos, y se dirigió hácia Falset. Apenas tuvo noticia de esta invasion el comandante general de Tarragona, D. José Carratalá, comprendió su objeto, y poniéndose de acuerdo con el brigadier Breton, que mandaba en Tortosa, marchó al encuentro del carlista con una columna compuesta de tropas y de los urbanos de Reus y de otros pueblos, que fué reuniendo á su paso.

No entraba en los planes de Carnicer aventurar una accion con la fuerzas de la Reina, y esquivaba su encuentro; pero habiéndole alcanzado Carratalá en Mayals, el 10 de Abril, el caudillo carlista situó su gente en las posiciones ventajosas de unas alturas inmediatas al pueblo, colocándose él en el centro, Quilez y Miralles en las alas derecha é izquierda, y Cabrera en la vanguardia.

Las fuerzas de ambas partes eran proximamente iguales en número y calidad. Habiendo ordenado las suyas el jefe de la Reina, empezó el combate, rompiendo el fuego los urbanos de Porrera, Falset y Flix, y los tiradores de Tortosa. Las valientes guerrillas de Cabrera les contestaron, y pronto la accion se hizo general, extendiéndose el fuego por todas partes, sin que ninguno de los combatientes avanzase ni perdiese terreno. Pero, reforzadas por Carratalá sus guerrillas, Cabrera tuvo que replegarse al centro, y la lucha se hizo entonces más empeñada. El brigadier Breton, enviado con 70 caballos del regimiento de Navarra contra el ala derecha de los carlistas, la acomete con ímpetu y arrojo, la rompe y dispersa, sin que pueda contenerla el valor denodado de Cabrera, que á culatazos peleaba contra la caballería. Carratalá hizo entonces el último esfuerzo, y su victoria fué completa. Los carlistas huyeron desbandados, dejando en el campo trescientos muertos, y setecientos prisioneros en poder de su enemigo. Parte de los fugitivos que intentaron salvarse volviendo á pasar el Ebro, encontraron retiradas las barcas y ocupados los vados entre Mora y Caspe, por las columnas del brigadier Foxá y del coronel Nogueras, que les aguardaban y les recibieron á balazos. Solo Carnicer pudo salvar unos 100 hombres de caballeria é infanteria, pasando el Segre por Cinco-Villas. Un destacamento, colocado en aquel punto por Carratalá, se habia retirado á Lérida, donde se temió que estallase una insurreccion. Cabrera pudo escapar á favor de su intrepidez y de la oscuridad de la noche.

Fué importantísima esta victoria, que costó á los cristinos la pérdida de unos cien hombres; pues desbarató por entonces los bien formados planes de los carlistas

en Cataluña, que contaban con el alzamiento de veinte mil partidarios, si Carnicer hubiese triunfado en Mayals; y aunque puede haber exageracion en este número, [1] no cabe duda que su causa habria ganado mucho en fuerzas y en prestigio, adquiriendo además la incalculable ventaja de poner en situacion de darse la mano y ayudarse mútuamente á las facciones del Principado con las de Aragon y Valencia.

Sucedió todo lo contrario, y la derrota de Mayals vino á ser como el grito de "sálvese quien pueda." Unos doscientos cincuenta dispersos de las tropas de Carnicer fueron á engrosar las partidas del Ros de Eroles y otras que recorrian entonces las provincias de Lérida y Tarragona; pero aquel cabecilla, perseguido por los urbanos de Igualada, Vendrell y Villafranca, escapó con vida milagrosamente, ocultándose en los montes. El brigadier Colubí batia, entre tanto, otras partidas, en Sierra Seca y Coll de Baix. Las columnas liberales combinadas penetraban en lo más fragoso de las montañas, y en las hoquedades y asperezas, sólo conocidas de los urbanos, y no daban á los acosados carlistas paz ni reposo. El mismo general Llauder recorria el pais, y en su marcha de Santa Coloma de Queralt á Igualada, disolvia con su sola presencia las pequeñas bandas, que se ocultaban sin oponer resistencia seria.

El Llarch de Copons tuvo que huir hácia Manresa. Tristany trató de hacerse fuerte en Camps, y fué ahuyentado. Boquica y el Muchacho, perdida su gente en las inmediaciones de Berga, corrieron llenos de pavor á refugiarse en territorio francés. El albeitar de Biosca y otros, se internaron en el valle de Andorra y en las asperezas de los Pirineos. Algunos, por su mala fortuna, perecieron peleando, ó fueron fusilados, contándose entre ellos Pujades, capturado por los urbanos cerca de Andorra; Guardiola, vencido y prisionero en las cercanías de Sanahuja; Sabaté, Antonio Más (a) Chavana y el Grabát de Llinás.

La primavera de 1834 fué desastrosa para los carlistas catalanes; efecto, en parte de la activa y acertada persecucion que sufrian, y tambien de su falta de cohesion y disciplina. Sus caudillos obraban con independencia unos de otros, acaso porque no habia ninguno superior á todos y capaz de dirigirlos. "Añádase á esto, dice el historiador de *la Guerra civil,* que muchos jefes atendian más á su particular interés

[1] Los partidos, sobre todo, estando en guerra, propenden naturalmente á la exageracion. En el primer manifiesto que dió Merino, cuando se levantó en Castilla, decia que mandaba *un ejército de* 90,000 *combatientes;* y aunque luego llegó á reunir 11,000 hombres, bien podia entonces haber suprimido tres ceros —Una persona curiosa, que llevó la cuenta de los muertos y heridos causados á la faccion por las tropas de la Reina, segun los partes oficiales, durante la guerra civil, encontró que su número excedia al de los dos ejércitos liberal y carlista reunidos.

que al de la causa. Obraban sin concierto y aisladamente. Así eran batidos de contínuo, y resistian con el temerario heroismo del valiente, no con el subordinado valor del soldado.„

Así era, en efecto, pudiendo decirse que algunos cabecillas procedian más bien como jefes de bandoleros, que como partidarios de un príncipe cristiano. Pero esa misma insubordinacion con que todos obraban hacia tambien más penosa y difícil la campaña para sus contrarios, y arriesgadísima la empresa de someterlos.

IV.

A fines de Julio fué honrada Barcelona con la inesperada visita del Infante Don Sebastian. Venia de la corte, donde no mucho antes habia jurado fidelidad á Doña Isabel; pero, no obstante, traia el encargo y el propósito de ponerse al frente del carlismo en Cataluña, para dar á su causa el prestigio y la autoridad que necesitaba. Con el mismo objeto, habia sido nombrado jefe del Principado, con el título de teniente general, Don Juan Romagosa, en quien de tiempo atrás tenian puestos los ojos los directores de la insurreccion catalana. Era Romagosa hombre duro de carácter; fiero y hasta brutal cuando daba rienda suelta á sus pasiones; pero habia demostrado valor, pericia y aptitud militar, ascendiendo de carbonero, en La Bisbal, á brigadier, durante la guerra civil de 1822 y 23. Era el hombre que convenia para disciplinar y organizar las insubordinadas huestes de los carlistas en Cataluña.

Llauder, que no ignoraba la existencia de estos planes, acogió al infante con la mayor cortesanía, hospedándole en su palacio, donde mejor que en ninguna otra parte podia vigilarle de cerca. Pero esta prevencion era excusada; pues la comitiva de S. A. guardaba tan poca reserva, que parecia hacer alarde de sus sentimientos, los cuales (dice un escritor) "producian una natural irritacion en el pueblo„.

El capitan general se apresuró á desengañar á su huesped, si acaso habia creido que el antiguo cortesano de Don Cárlos estaba todavía en disposicion de servir á dos amos [1]; y sin faltarle al respeto, le habló con energía, recordándole cuales eran sus

[1] Cuando Llauder volvió de Navarra á Madrid, algun tiempo despues de haber perseguido á Mina y los demás emigrados, cuéntase que hizo repetidas gestiones para ver á Don Cárlos, y no habiéndolo conseguido, por haberse negado el infante, la tercera vez que lo intentó dijo á Don Antonio Plazaola: «Diga V. á S. A. que ha querido hablarle el general Llauder, antes de marchar á Cataluña: que viene cubierto con los laureles que ha conseguido sobre los revolucionarios.»

deberes como autoridad constituida por la Reina en Cataluña, y lamentándose de que se le pusiera en el sensible caso de tener que cumplirlos.

En consecuencia, Don Sebastian consideró prudente salir de Barcelona, y se marchó á Navarra, donde la reciente llegada de *un faccioso más*, como dijo Martinez de la Rosa refiriéndose al pretendiente, y la enérgica iniciativa de Zumalacárregui, habian dado á la guerra en el Norte un impulso vigoroso.

Motivo era este para que los carlistas catalanes no desistieran de sus propósitos; pues alentados por la emulacion y la esperanza, debian proseguir firmes en su empeño, si bien procediendo con mayor cautela. Ningun cabecilla de nota se dejaba ver en aquellos momentos, y la tranquilidad aparente del pais sólo era turbada por algunas partidas de gente resuelta, difíciles de extirpar por su misma pequeñez, y su contínua movilidad.

Una de estas partidas, mandada por un tal Triaxet, se dejó ver hácia la parte de Reus, estando todavía en Barcelona el infante Don Sebastian. Destacóse en su persecucion, por via de ensayo, una compañia del batallon de Tiradores, que hasta entonces solo habia prestado el servicio de plaza, mientras se completaba su instruccion. Alegres marchaban aquellos voluntarios como quien va á una fiesta, abultando con su imaginacion los peligros, no por temor á ellos, sino por el deseo de arrostrarlos y vencerlos, y mientras departian entre sí, trepando cerros por sendas extraviadas, decian algunos señalando á un cadete, que iba delante á la descubierta:—"Veremos lo que hará *Juanet*„ [1]—¿Lo que hará? contestaba otro: no quemará mucha pólvora.„—"Lo creo, añadia un tercero; porque es capaz de cargar á la bayoneta sin que se lo manden.„—"Si no es que hace como Cabrera, que se echó al suelo al oir los primeros tiros,„ se atrevió á decir alguno.—"¡Quién! ¡*Juanet!*„ exclamaron varios á un tiempo...

Era el 7 de Agosto de 1834, á la caida de la tarde, cuando la compañía de Tiradores encontró á la partida de Triaxet, en lo más áspero de la montaña. El primero que la divisó fué el cadete, á quien los otros voluntarios llamaban Juanet.—"¡Aquí están! ¡A ellos!„ gritó echándose el fusil á la cara.

Inmediatamente se rompió el fuego por ambas partes; pero los facciosos no resistieron mucho tiempo al empuje de los Tiradores, que se batian como tropas veteranas, y que, acortando las distancias sin cesar el ataque, pronto les obligaron á dispersarse, sustrayéndose á su persecucion á favor de los bosques y de la proximi-

[1] Juanito.

dad de la noche. Aquel encuentro fué de poca importancia: sirvió, sin embargo, para confirmar el buen concepto de arrojado y valiente en que tenian al cadete PRIM sus compañeros de armas, que al designarle con el nombre de Juanet, demostraban el aprecio singular que le profesaban.

Ningun otro acontecimiento digno de mencion acaeció durante el mes de Agosto; pues los carlistas aguardaban el momento oportuno para dar á luz sus nuevos planes, ya muy adelantados. El 12 de Setiembre, por la noche, un bergantin sardo, procedente de Génova, burlando la vigilancia de los cruceros españoles y franceses, dejó en las playas de San Salvador y punta de Bará al general Romagosa; pero como Llauder estaba advertido de su próximo desembarco, y seguia la pista á la conspiracion que se fraguaba, no tardó en descubrir el paradero del caudillo carlista: supo que se hallaba oculto en casa del cura párroco de Selma, donde, en efecto, habia comenzado á dictar sus disposiciones; y á los cuatro dias de su arribo, el 16, logró sorprenderle, cogiéndole además el equipaje con unas 250 onzas de oro, restos del dinero que, para favorecer la insurreccion, le habia entregado el rey de Cerdeña, y muchos papeles y proclamas.

Romagosa y el rector Güell fueron conducidos á Igualada y fusilados, tres dias antes de aquel en que debia estallar la insurreccion proyectada, sufriendo igual suerte, en Lérida, el teniente coronel Don Ramon Aldama, que resultó gravemente comprometido en vista de los documentos ocupados al jefe principal.

Duros, terribles eran estos castigos, que venian imponiéndose desde el principio de la guerra, conforme á las órdenes vigentes del tiempo del absolutismo; pero léjos de intimidar, sirviendo de saludable escarmiento, este rigor no hacia más que exasperar los ánimos, disponiéndolos para la venganza que, con el nombre de represalias, suele ser una de las mayores iniquidades que acompañan á las contiendas civiles. La causa de la libertad no podia ganar nada en aquellas ejecuciones sangrientas, que sus enemigos consideraban como actos de crueldad y de barbárie, sin recordar las muchas víctimas que ellos tambien hacian, ni las que su partido habia sacrificado friamente durante muchos años, ni pararse á pensar que eran juzgados por sus propias leyes.

Así los antiguos ódios iban tomando cada dia mayor incremento; así la guerra en el Norte habia adquirido ya un carácter de ferocidad espantosa, no dándose cuartel á los vencidos; así debia desaparecer todo sentimiento de humanidad.

A la muerte de Romagosa y de sus cómplices, siguió un enérgico esfuerzo de los



El cadete Prim hiere al cabecilla Muchacho.

carlistas en las montañas de Cataluña. El coronel Saperes, titulándose mariscal de campo, apareció de pronto en la alta montaña; y ordenando un somaten general, y repartiendo el oro del rey Cárlos Alberto, que hacia pasar por monedas del pretendiente, puso en conmocion el pais. Reúnensele Tristany, el Ros de Eroles, Montaner, Llauger y el Muchacho, y juntando entre todos unos trescientos hombres, se dirigen al Prat de Llusanés, en la confianza de sublevar el pueblo á su favor; pero encuentran resistencia en los urbanos, que los arrojan de las calles, y se ven obligados á retirarse. Los gobernadores de Manresa y Vich, y el comandante de Sallent acuden con sus columnas, les persiguen y derrotan, llevándoles en retirada hácia Matamargó.

Al mismo tiempo reaparecia Targarona con 200 hombres, por la parte de Núria, y otros cabecillas se presentaban recorriendo la provincia de Tarragona y por las cercanías de Santa Coloma de Farnés.

La agitacion cundia y se propagaba sobre todo en las montañas de Berga, y obligó á Llauder á tomar enérgicas providencias, trasladándose él mismo á Manresa, donde fijó su centro de operaciones. Conoció que no podia batir á su enemigo en una accion y se propuso estrecharle hasta reducirle á rendirse ó pasar la frontera, estableciendo, al efecto, una línea de columnas desde Borredá, por San Jaime de Frontanyá, Bagá y la Pobla de Lillet, hasta Camprodon. Esta y otras disposiciones acertadas dieron los resultados que se esperaban, quedando en fines de Octubre y primeros de Noviembre disuelta la faccion por aquella parte.

Una de las columnas, mandada por el coronel Don Antonio Oliver, y compuesta de 80 carabineros, 20 mozos de la escuadra y de la compañía de voluntarios en que servia Prim, encontró al cabecilla *Muchacho* en el Raurell de Sagás, caserío situado á poca distancia de Berga. Los tiradores formaban la vanguardia, y extendiéndose en guerrillas, comenzaron el ataque: los carlistas contestaron en seguida al fuego, dispuestos á vender caras sus vidas; pero, á los primeros tiros, se lanza Prim sobre ellos con temerario arrojo, y todos sus compañeros, dando gritos de entusiasmo, se aprestan á imitarle: temen los carlistas ser copados, y el desórden se introduce en sus filas: en vano su caudillo les amenaza y los alienta, poniéndose al frente para darles ejemplo: solo consigue impedir la dispersion completa, y asegurar la retirada. En aquel momento, Prim le acomete, y le hiere de un bayonetazo en un muslo, cuando ya lo apurado de la situacion le obligaba á declararse en derrota.

El capitan Ochoa, que mandaba la compañía de Tiradores, recomendó al jóven

cadete por su brillante comportamiento, y le propuso para el grado de subteniente.

Cuéntase, y lo refiere Don Francisco Gimenez, uno de los biógrafos de nuestro héroe, que pocos dias despues de la accion de Sagás, encontró el *Muchacho* á un arriero conocido suyo, y le dijo: — "Toma esta media onza, y si puedes averiguar quien es *el valiente voluntario* que me hirió en el Raurell de Sagás, dásela de mi parte." — "Así lo haré, parece que contestó el arriero; pues me consta que el que hirió á V. es un cadete, que se llama Prim." — "En ese caso, no hay nada de lo dicho, repuso el cabecilla: venga la media onza, que ya se la darán cuando le hagan oficial."

De allí á poco, el Muchacho, estrechado en Castellar de Nuch, tuvo que salvarse arrojándose por un derrumbadero, y pasando la frontera.

Targarona, perseguido por las columnas, que operaban hácia Camprodon, se se internó en Francia, y otros cabecillas se ocultaron. Peor suerte cupo á Boadella y Fradera, cogidos y fusilados, el primero cerca de Santa Coloma de Farnés, y el segundo en el corregimiento de Tortosa.

V.

Por este mismo tiempo, es decir, en 2 de Noviembre, fué llamado el general Llauder á desempeñar el cargo de ministro de la Guerra, cuyo nombramiento recibió en Manresa por un correo extraordinario. Subia rápidamente la marea política con el creciente desarrollo de la faccion en Navarra, contra la cual iba á ponerse Mina al frente del ejército; con el estímulo de los debates habidos en los Estamentos, donde acababa de aprobarse la ley excluyendo para siempre á Don Cárlos y á su descendencia de la sucesion á la corona; y con la vivacidad de la prensa periódica, que, en su patriótico ardimiento, al paso que contribuia á levantar el espíritu público, aumentaba la general impaciencia. Existian además, en altas regiones, otras causas íntimas y reservadas, que complicaban la situacion [1].

[1] «El 9 de Noviembre de 1834, dió á luz la reina Cristina en el Pardo una robusta niña, primer fruto de su matrimonio con Don Fernando Muñoz, y á quien se puso el nombre de Victoria. Esta niña, confiada en su más tierna infancia á la solicitud y cuidado de la señora Castanedo, pasó en Segovia los dos primeros años de su vida.»—*Galería militar contemporánea*. Madrid, 1846.

A esta situacion, altamente comprometida para la Reina gobernadora, que no podia serlo, ni conservar la tutela de sus hi-

En pocos dias habian ocurrido varias crísis parciales y cambios de ministros, entrando en Hacienda el conde de Toreno para reforzar á Martinez de la Rosa; y en estas circunstancias se llamó á Llauder, como el hombre, al parecer, más apto para dar impulso á los negocios de la guerra, y tambien con otros fines.

Los catalanes dieron entonces muestras señaladas de sentimiento por la ausencia de su capitan general, y los procuradores á Cortes por Cataluña le manifestaron desde Madrid el pesar con que habian sabido su nombramiento, á causa de la falta que haria su presencia en el Principado, rogándole que no aceptase el ministerio. Pero no todos pensaban lo mismo acerca de Llauder: muchos dudaban de su consecuencia política, y le llamaban el *Metéoro,* significando así que su liberalismo no era más que una luz pasajera.

Llauder aceptó el Ministerio, por cuyas regiones habia de pasar como un verdadero metéoro, reservándose al mismo tiempo el mando de Cataluña. Quedó este interinamente á cargo del general Santocildes, que secundado por el excelente plantel de jefes y subalternos de que disponia, prosiguió las operaciones con actividad y éxito.

Los cabecillas Jaime Turi, José Camps é Isidro Prat fueron fusilados en Vich, el 7 de diciembre; Caragol, batido en la alta montaña, huyó teniendo que pasar la frontera. Entre tanto, el brigadier Colubi, comandante general de Tortosa, con los coroneles Churruca, Aspiroz y Martí, dispuso una batida contra la faccion capitaneada por Vallés, dando por resultado su completa derrota, con la pérdida de cuarenta muertos en el campo, entre ellos los cabecillas Paraceite y Guerrista, y veintiseis prisioneros, incluso el mismo Vallés, que con diez y seis más fué pasado por las armas.

"Así acababan aquellos partidarios, terror de los pueblos, porque algunos eran más bien bandoleros que carlistas, dice el Sr. Pirala en su *Historia de la Guerra civil.* Algunas de aquellas partidas no militaban; robaban y asesinaban. De esta manera tenian á los pueblos por sus mayores enemigos, y lo eran ellos mismos, que insubordinados siempre llevaban consigo el terror, la desolacion y el exterminio.

Si mal parados quedaban los carlistas en Cataluña, al terminar el año de 1834, no era mejor su fortuna en todo el Oriente de España; siendo probable que la ca-

jas del primer matrimonio, estando casada en segundas nupcias, pudieran atribuirse en parte los primeros conatos de transigir con Don Cárlos, que ya se susurraban.

lamidad de la guerra no hubiera podido prolongarse mucho tiempo, á no ser por los descuidos y faltas que cometió el Gobierno desde el principio, y la escasez de tropas y recursos, que impidió sofocar oportunamente la insurreccion de las provincias vascongadas. Así lo comprendió Mina desde el momento de su llegada á Navarra. "Desguarnézcanse, decia en 8 de Noviembre, por un corto tiempo aquellos puntos menos expuestos: cargue toda la fuerza al Norte, que, una vez ahogados aquí, lo demás se deshace como el humo.„—Y en otra comunicacion al Gobierno, añadia: "Cada dia, cada momento me veo más apurado: en estos almacenes no hay nada con que poder hacer el servicio; en la tesorería no hay dinero; en la plaza no hay tropas de servicio suficiente, aunque sí muchos oficiales y asistentes que comen el pan sin ganarlo. El ejército que está en movimiento se reduce á dos columnas, que no pueden atender á todos los puntos por donde circula y se señorea Zumalacárregui; y la tercera en la Ribera, acosada por este, y yo aquí sin poder moverme ni organizar fuerzas. Son precisas tropas de refresco, y no debe perderse tiempo en su envio.„

Mientras esto acontecia en el principal teatro de la guerra, en Madrid se fraguaban planes liberticidas, que debian ser precursores de grandes trastornos, y existian dentro y fuera de España otras maquinaciones, cuyo relato, aunque somero, podrá no ser inoportuno dejar consignado en las páginas sucesivas.

CAPÍTULO II.

Los seis primeros meses de 1835.

SUMARIO.—Nuestro propósito.—La corte y los partidos.—El teniente Cardero y el Ministro de la guerra.—Prim pelea, llora y se impacienta.—Una herida y una charretera.—El tratado de Elliot, sus antecedentes y consecuencias.—Auge de los carlistas.—Fermentacion revolucionaria.—Cambio de ministerio.—Muerte de Zumalacárregui.

I.

No cabe en nuestro plan la historia detallada de la guerra civil, ni tal es la tarea que nos hemos impuesto. Por lo tanto, no seguiremos paso á paso en su agitada y aventurera marcha á las facciones, ni relataremos uno por uno todos los encuentros, choques, sorpresas, combates, sitios y batallas, acaecidos durante aquella lucha asoladora. Procuraremos, sí, dar una idea de su fisonomia especial, de su ferocidad característica, de las penalidades y sacrificios que sufrieron unos y otros beligerantes, causando males incalculables á la patria comun de que todos eran hijos. Tenderemos la vista sobre ese panorama de sangre y de ruinas, y simultáneamente sobre el campo de los acontecimientos políticos, deteniéndonos para ello en los puntos culminantes, á la manera del viajero que observa desde las alturas el contorno de los paises que recorre, y sólo desciende á examinar de cerca los parages más importantes y dignos de una atencion escrupulosa.

De este modo, sin desviarnos del objeto principal, ni distraernos demasiado en digresiones episódicas, al paso que historiamos la vida de un hombre, cuya pérdida sentirán algun dia sus mayores enemigos, trazaremos el cuadro de nuestras discordias interiores, señalando las causas que las han originado, ajenas muchas veces á los intereses de la Nacion. Nuestro propósito es recordar la enormidad de los sacrificios hechos, de las calamidades sufridas en el transcurso de tantos

años, sin otro resultado práctico que despedazar la patria y amontonar ruinas, cuando la mitad de los esfuerzos empleados en luchas insensatas, ya para sostener legitimidades quiméricas [1], ya para satisfacer ambiciones personales, ya, en fin, para hacer triunfar ideas exóticas y exageraciones de partido, habrian sobrado para constituir dignamente á la Nacion, y labrar su prosperidad y su grandeza.

II.

Al empezar el año de 1835, por todas partes corria la voz de que la política del ministerio tendía á poner término á la guerra civil, mediante una transaccion con Don Cárlos. Este y otros rumores no carecian de fundamento; pero la causa y el orígen que las producia no estaba en el Ministerio, como entidad colectiva. Llauder habia ido á Madrid para algo más que dirigir el importante departamento de la Guerra: distinguíale la Reina gobernadora, y le dispensaba favores de que no eran partícipes los demás miembros del gabinete, los cuales comenzaron á mirarle con prevencion. No tardó el ministro preferido en mostrarse inclinado á un sistema más opresor que el que regia, y avanzando en sus propósitos reaccionarios á medida del favor que se le dispensaba, llegó á pensar en deshacerse de sus compañeros, y en formar, bajo su presidencia, un ministerio de represion.

Se concibe perfectamente que, sólo partiendo de esta base, pudiera llegarse á

[1] Aceptamos la forma de gobierno monárquica por su estabilidad, y por ser la más conforme con las tradiciones, los hábitos, el carácter y hasta los vicios y preocupaciones del pueblo español; por las garantías de paz y órden que pueda ofrecer, dadas estas condiciones. En cuanto á la *legitimidad* de los reyes, no reconocemos otra que la que emana de la ley, hecha ó consentida y aceptada por la nacion, y fielmente cumplida por el Magistrado supremo. La perpetuacion de las dinastías no se funda más que en un principio de conveniencia y de solidéz, y en el respeto *mútuo* de los pactos establecidos, ó que sucesivamente se establecen. El absolutismo es simplemente una usurpacion de poderes, y desde los primeros tiempos de la Historia se nos presenta, ó como causa de abyeccion y esclavitud, ó como orígen de trastornos y revoluciones sangrientas; y es porque toda usurpacion, toda tiranía, lleva en sí misma la abdicacion de la autoridad, que sólo reside en el ejercicio de la justicia. —El principio *legitimista* supone que las naciones pertenecen *por derecho propio* á tal ó cual persona ó familia; y esto es absurdo, siendo así que los reyes no han reinado nunca más que por la fuerza, por la conquista, que es lo mismo, ó por *derecho constitucional*, escrito ó no escrito. Cuando les ha faltado la fuerza, ó han infringido el derecho, las naciones, *en todos tiempos*, han negado su autoridad, expulsándoles del trono; y la Historia antigua nos habla de varios de estos casos, y de alguna reina asesinada, y arrojado su cadáver á ser pasto de los perros.

Siglos hace que dijo el orador romano: *Principes mortales; Respublica, vero, æterna est.*—En nuestros tiempos se ha creido que lo permanente é inalterable eran los príncipes; lo pasajero y efímero, la Nacion.

una transaccion con Don Cárlos; se concibe tambien que la corte creyese conveniente restablecer la paz á toda costa, sin reparar en los medios; la paz es, sin duda, el mayor de todos los beneficios; pero ¿era posible establecerla sobre el triunfo del absolutismo? ¿Estaban los ánimos en disposicion de transigir, no con Don Cárlos, sino con el régimen de gobierno que simbolizaba su nombre? ¿Con semejantes planes, se haria otra cosa que atizar más y más la tea de la discordia?

Esto fué lo que sucedió, no vacilando los ministros contrarios á Llauder en dar el grito de alarma, para salvarse á sí mismos y salvar al país. Un periódico ministerial, *La Abeja,* reveló al público las tendencias reaccionarias del secretario de la Guerra, obligándole á presentar su dimision, que por entonces no le fué admitida.

Pero continuó la excision en el seno del ministerio, y hé aquí lo que decia *La Abeja* el mismo dia que, á consecuencia de las cábalas atribuidas á Llauder, estallaba en Madrid la primera insurreccion militar.

"En vano la opinion pública se ha pronunciado contra la formacion de un nuevo gabinete: en vano los periódicos de las provincias en ecos acordes responden al grito de la capital de la monarquía; en vano las cartas del bizarro ejército del Norte renuevan la fé de los valientes que derraman su sangre *por la libertad y el trono; la ambicion no se satisface ni desiste de sus sordos manejos.....* La intervencion extranjera y la guerra de Navarra parecen haber sido los puntos donde ha estallado la excision, que de antemano se alimentaba de alejamientos y aun acaso de antipatías..... En cuanto á la guerra, suspiramos por verla terminada lo más pronto posible; pero creemos, que si en su direccion se han cometido desaciertos y ligerezas, *no es á la mayoría de los ministros á quien debe echarse la culpa,* puesto que no ha corrido á su cargo especial este ramo, ajeno á su profesion y conocimientos." Y despues de otras alusiones no menos intencionadas y transparentes, concluia diciendo: "Nosotros, anhelosos por la felicidad de la patria, veríamos con gusto una franca y cordial avenencia entre los miembros del actual gabinete; pero si este deseo no fuese realizable, faltaríamos cobardemente á nuestra conviccion (y aun á nuestro temple) si abrigásemos por un momento la duda *de que deben tener más peso moral cinco hombres de Estado, que uno, aunque arroje su espada en la balanza.* Ni creemos que entre los militares españoles falten sujetos capaces de llenar la pública espectacion, y tomar con igual actividad é inteligencia las disposiciones que en la próxima primavera deben poner término á la guerra de Navarra."

Ya por este tiempo se delineaban claramente los dos partidos en que se dividian los liberales; el moderado, que ocupaba el poder, y el exaltado. Este último deseaba con ansia reformas y garantías políticas; pero procediendo con patriotismo y sensatez, muchos de sus hombres preferian la union de todos los esfuerzos para terminar la guerra, aplazando para despues la peticion de una ley fundamental que garantizase la libertad y los derechos de los españoles. Los planes atribuidos á Llauder precipitaron los de los liberales avanzados, que resolvieron apelar á la insurreccion, al mismo tiempo que los moderados, con algunos ministros á la cabeza, conspiraban tambien para derribar al de la Guerra por medio de una asonada.

Los principales jefes de la conspiracion moderada, ó ministerial, eran el conde de Toreno y el general Quesada, cuyo descontento contra Llauder se manifestaba en público de mil maneras. Los exaltados contaban en sus filas á los generales Quiroga y Palarea, varios miembros importantes en los dos Estamentos y otras personas respetables que en el dia de la insurreccion deberian apoyar sus peticiones cerca de la Reina gobernadora: disponian de mucha parte del ejército; confiaban en poder arrastrar toda la Milicia urbana de Madrid, á cuyo frente habria de ponerse Palarea, y estaban en relaciones con las provincias.

Hubo un momento en que las dos conspiraciones llegaron á punto de entenderse y fusionarse para obrar de comun acuerdo, conviniendo en que los insurrectos solo pedirian la salida de Llauder, aunque haciendo graves cargos á los demás ministros, los cuales acudirian al lado de la Reina para persuadirla y aconsejarle que accediese á los deseos del pueblo. Pero los exaltados desconfiaban con algun fundamento de las promesas de los moderados; temian ser instrumentos de sus cábalas, y cuando estaban deliberando en junta sin acertar á resolver nada, la decision del jóven Don Cayetano Cardero, oficial del regimiento de Aragon, 2.° ligero, les sacó de su perplejidad: propuso un plan atrevido, en cuya ejecucion se reservó la parte de mayor peligro, comprometiéndose á sacar del cuartel su batallon y sorprender la guardia del Principal, situada en la casa de Correos. Simultáneamente y á la misma hora se sorprenderia en sus respectivas habitaciones á todos los ministros y al capitan general, poniéndolos presos; saldrian de sus cuarteles los demás cuerpos comprometidos; se tocaria generala para que acudiese la Milicia urbana, cuya principal mision habria de ser la de apoyar al pueblo, que se presentaria en grandes masas, y de este modo se llevaria á cabo el pronunciamiento, que Cardero consideraba realizable en una hora. La de las seis de la mañana del 18 de Enero fué la se-

ñalada; para la ejecucion de este plan, que aprobaron los congregados, aunque teniéndolo algunos por descabellado y de imposible realizacion.

No lo era, sin embargo, para el valiente Cardero, que impulsado por un patriotismo ardiente y desinteresado, contaba de antemano como segura la victoria, confiando en poder alcanzarla sin derramamiento de sangre, y reservándose por único premio el de marchar con sus soldados al teatro de la guerra.

La doble conspiracion no podia ser un secreto: Llauder tuvo aviso, el dia 17 de que se trataba de promover una bullanga á las seis de la tarde, no de la mañana, del siguiente dia, y llamó al capitan general Canterac, á quien dió sus instrucciones. Canterac supo aquella noche la hora verdadera designada para el movimiento, y tomó acertadas providencias para impedirlo, si bien ni él, ni las demás autoridades le daban importancia.

Durante aquella noche, Madrid se divertia en los teatros y en los bailes de máscaras; los ministros, incluso Llauder, invitado por Martinez de la Rosa, acompañaban á Cristina en el Conservatorio de su creacion; y los más de los conspiradores dormian. Solo Cardero, que estaba de ayudante de semana, velaba, desplegando una actividad, un valor y una inteligencia incomparables. Vió desbaratados sus planes por las providencias de Canterac, y recibiendo las órdenes de este y del coronel de su regimiento, supo aprovecharlas para llevar á cabo su temerario proyecto. Arrostrando mil riesgos con la vida pendiente de un cabello, logró al fin sacar del cuartel de San Mateo 730 hombres, que distribuyó en retenes y patrullas en varios puntos de la capital, reservándose una parte de la fuerza: dió las instrucciones convenientes, y previno á todos que, á la primera campanada de las seis en el reloj de la Puerta del Sol, cayesen sobre el Principal, donde ya estarian con sus patrullas él y el subteniente Rueda.

Todo fué ejecutado puntualmente, segun las órdenes de Cardero; el cual, momentos antes de las seis estaba ya en la Puerta del Sol. Rueda, que le precedia con su patrulla, rindió el santo y seña á la guardia del Principal, y se introdujo rápidamente en el edificio, al mismo tiempo que Cardero, acudiendo veloz con su gente, se interponia entre las armas y la tropa de la guardia, impidiéndole tomarlas.

Daban las seis, cuando ya estaba reunida, delante de Correos, toda la fuerza que sacó Cardero del cuartel. Desarmados los oficiales de la guardia, encerrados estos y la tropa que la componia, releváronse las centinelas, se situaron dos compañias en la puerta del edificio, y una en la lonja de San Felipe á la entrada de la calle Ma-

yor, se pusieron avanzadas, y la fuerza restante fué distribuida por el interior del edificio á fin de ocupar los balcones y ventanas. Antes de esto, Cardero hizo distribuir á los soldados una tercera parte de racion de pan y una copa de aguardiente, que fué lo único que pudo comprar con su dinero y el de los sargentos[1], y les arengó fervorosamente, recomendándoles el valor, la disciplina y el respeto á todo cuanto habia en la casa. Los soldados, enternecidos, ofrecieron morir por la patria al lado de su jefe, asomando á sus ojos las lágrimas del entusiasmo.

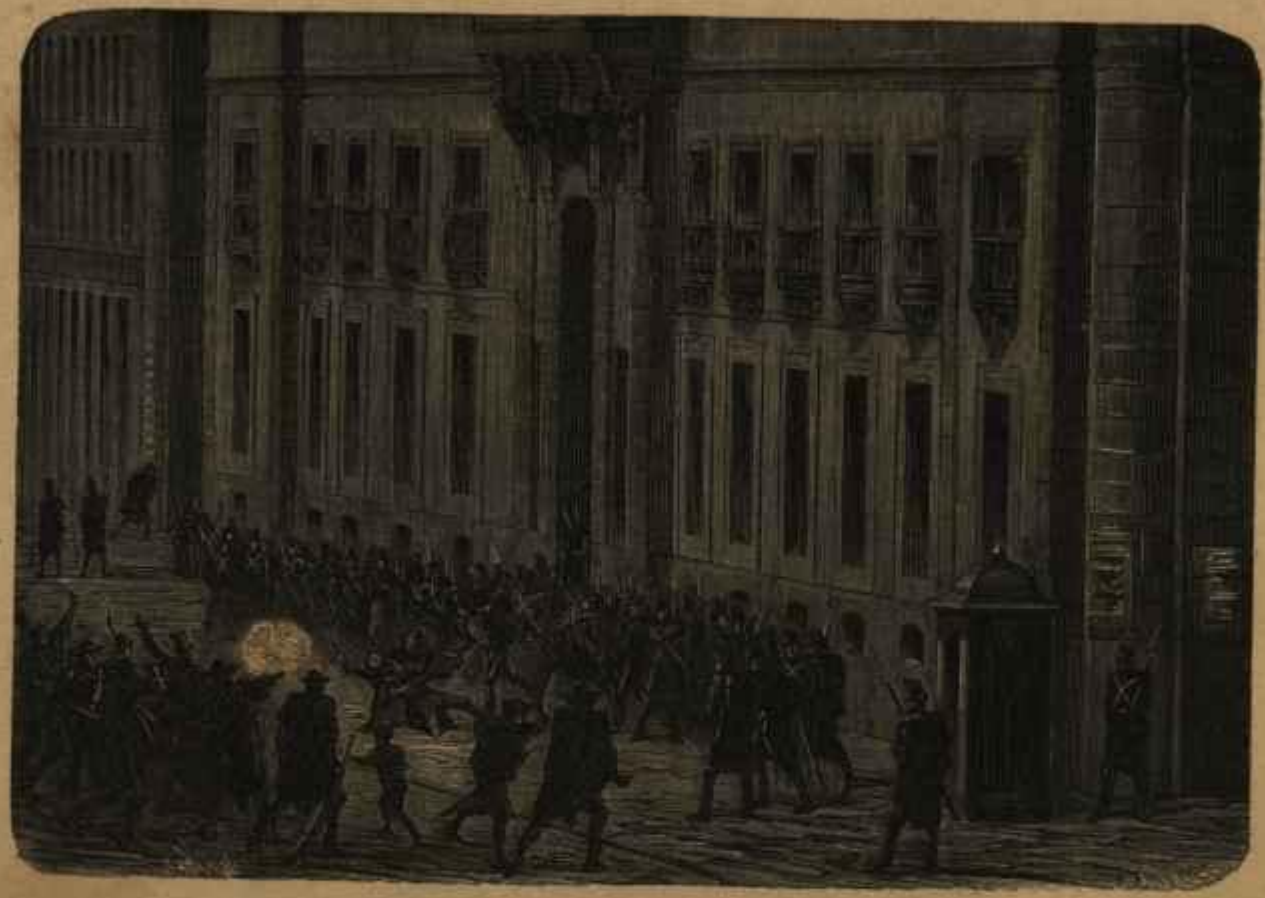
Un accidente deplorable vino á complicar la grave situacion de aquel puñado de valientes. Avisado de lo que pasaba el general Canterac, ó sorprendido por el toque de generala, se presentó á pié delante del Principal. Hablando con Cardero aquella madrugada, le habia dicho: "El próximo dia será de triunfo para las armas de la Reina, pues los anarquistas y revolucionarios recibirán una severa leccion, y el Gobierno podrá seguir su marcha sin obstáculos, acabando hasta con las esperanzas de los demócratas[2]." Viendo á Cardero, que salió á recibirle, acompañado de un teniente coronel, le reconvino agriamente, diciendo que le habia engañado, y hasta le dió un golpe con el puño del baston; y arrebatado de celo y de ira, se arrojó sobre él y le quitó el sable, sacándolo de la vaina. Cardero tuvo sin embargo, bastante dominio sobre sí mismo para contenerse, y solo dijo cruzándose de brazos:—"Mi general, esa accion no es propia de V. E."

Pero Canterac, sin escucharle, y despues de haber maltratado tambien al teniente coronel, se dirigió á la tropa que estaba formada, mandando á los soldados poner armas al hombro, pegándoles para que obedeciesen, y diciéndoles:—"Matad á esos oficiales."—Ciego de furor, empezó á gritar: *¡Viva el Estatuto!* Pero los soldados contestaron: *¡Viva la libertad!*—Sin saber ya lo que decia, gritó por dos veces: *¡Viva el Rey!* A la segunda, varios tiros de fusil y de pistola, que partieron de un grupo de milicianos y paisanos, le dejaron cadáver. Uno de los tiros arrancó á Cardero parte de la capona, y otro hirió gravemente á uno de sus soldados. Esto prueba que Cardero no tuvo culpa ninguna en la muerte del general: fué una desgracia inevitable.

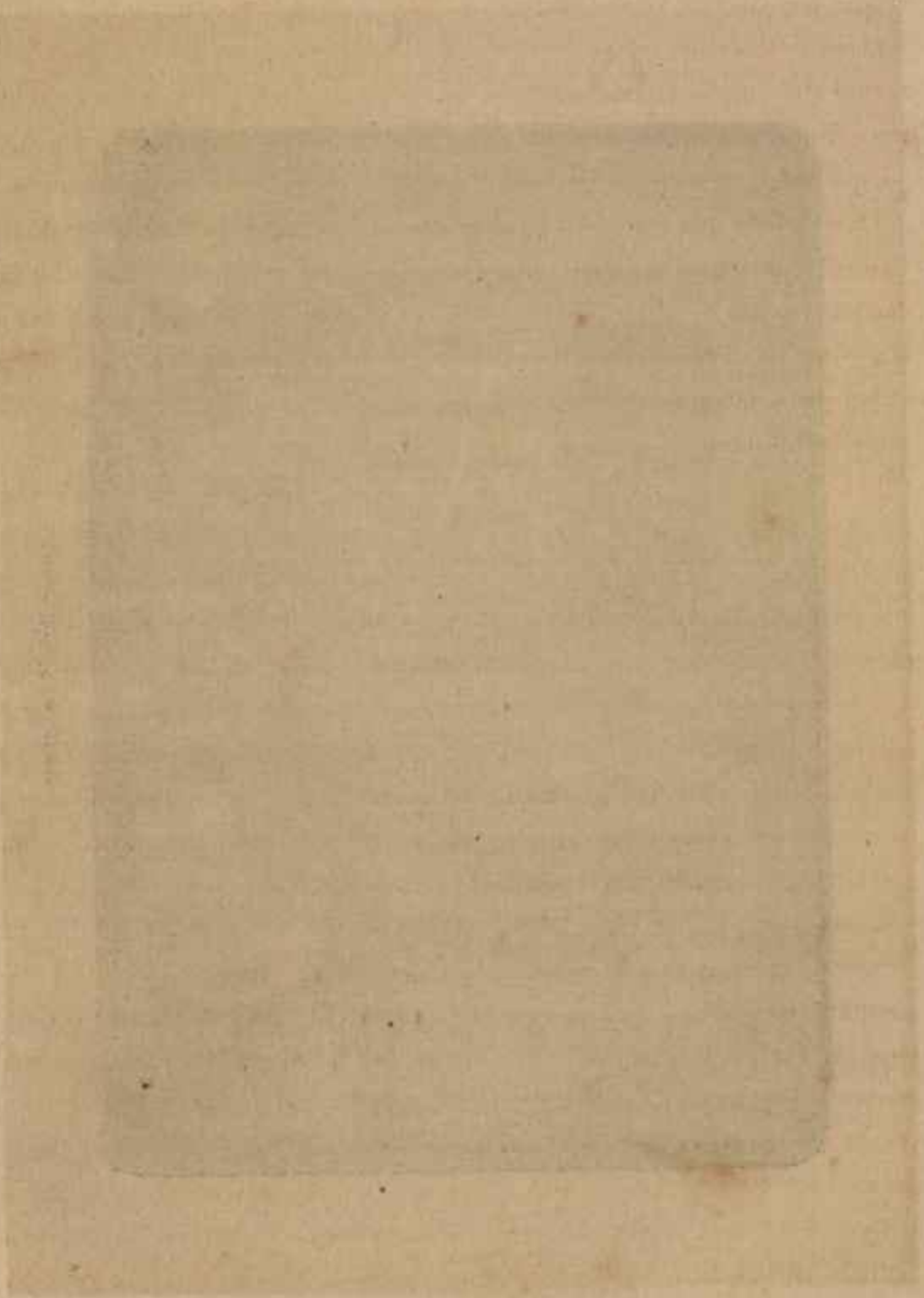
Canterac debió haber sido preso en su misma casa, como los ministros en las suyas, segun el plan concertado; pero los más comprometidos faltaron á su palabra; todos se acobardaron luego al saber la muerte del capitan general, y Cardero se vió

[1] No le acompañaba más oficial que Rueda: otros que estaban con él comprometidos, debian acudir aquella mañana al Principal, como en efecto lo hicieron algunos.

[2] Piala. Obra citada, de la cual tomamos estos apuntes.



Muerte del general Canterac.



solo con su gente, pero resuelto á morir ó vencer, salvando su honra. Pasaba el tiempo, y ni la milicia ni el pueblo secundaban el alzamiento: las tropas que debian acudir, permanecian en sus cuarteles. El Gobierno pudo prepararse á la resistencia, y Llauder en persona se presentó en la calle Mayor á combatir á los sublevados. Contra ellos acudieron cuatro columnas más por las otras calles; se tomaron los edificios fronteros á la casa de Correos, y á las nueve de la mañana se rompió el fuego, que fué vigorosamente sostenido por ambas partes durante algunas horas.

Llauder tuvo que retirarse contra su voluntad, llamado al Consejo de Ministros. Cardero, entre tanto, y sin que cesara la lucha, redactó una exposicion á las Córtes, dándoles cuenta de lo que deseaban los sublevados, sometiéndose á su decision, y ofreciendo rendirse á ellas; pero no se dió cuenta al Estamento de Procuradores, que se hallaba reunido; porque Argüelles, pensada ó impensadamente, vertió un tintero sobre la exposicion.

El Gobierno tenia contra sí el torcedor de su propia conciencia: conocia que aquella insurreccion era la protesta armada respondiendo á una provocacion imprudente y á una política rastrera, y no osaba tratar con rigor á unos hombres, que aclamaban con el corazon y con el alma á Isabel II y la libertad. Además sabia que la opinion le rechazaba; que la Milicia, si no se habia unido á los sublevados, tampoco les hostilizaba; temia que llegase la noche, y con ella un alzamiento general del pueblo; no contaba con la fidelidad de los demás cuerpos del ejército, que simpatizaban con los sitiados. En tal situacion, se dirigieron repetidas proposiciones de capitulacion á Cardero, que las rechazó todas, proponiendo él mismo las únicas condiciones que estaba dispuesto á aceptar.

Eran estas:

"Que se corriera un velo sobre los acontecimientos de aquel dia.—Que se conservase á todos sus respectivos empleos, sin que se les pusiera la menor nota en sus hojas de servicio ni filiaciones, ni menos se les hiciese ningun cargo por aquellos sucesos.—Que habia de salir al frente de sus soldados con tambor batiente y bayoneta armada hasta fuera de la poblacion.—Que allí, colocándose en el puesto que por su clase le correspondia, seguiria la marcha con sus compañeros de armas al Ejército del Norte, á batirse contra los enemigos de la libertad, para dar dias de gloria á la patria."

Estas valientes proposiciones fueron aceptadas por el Consejo de ministros, y aprobadas por la Gobernadora, cediendo á la fuerza de las circunstancias, y Car-

dero salió de Madrid aquella tarde, más como vencedor, que como vencido, aclamado por la muchedumbre, llevando su fuerza en correcta formacion y tocando la banda el himno de Riego.

Nos hemos detenido en este acontecimiento, calificado desdeñosamente por algunos con el nombre de *el motin de Correos;* porque segun el lector habrá observado, tiene en nuestra historia una gran significacion política. Deplorable en sí mismo, como ejemplo de insurreccion militar, y de ingerencia de la fuerza pública en la marcha de los negocios del Estado, fué sin embargo, un acto de heroismo, que revela cual era el espíritu del Ejército en oposicion con las tendencias del Gobierno. Este marchaba contra la corriente de la opinion, y sufrió una derrota moral y material; mientras que Cardero, representando á esa opinion, se convertia en el héroe del pueblo. El sentimiento liberal y reformista, comprimido y contrarrestado por el poder, acababa de dar el primer estallido, echando por el suelo el prestigio de la autoridad. ¿Qué fuerza bastaria para contenerle en adelante?

Las Córtes vieron las consecuencias de aquel hecho, y la oposicion al Ministerio se recrudeció en ambos Estamentos, culpándole por haber transigido con los rebeldes, y por haber dado causa y motivo para la rebelion. Llauder, en particular, vencido moralmente por Cardero, recibió de las cámaras el golpe de gracia.

Uno de los procuradores, García Carrasco, habló de los proyectos que la voz pública atribuia al Ministro de la guerra, diciendo "que causaba horror pensar quienes eran los sujetos designados por él para formar un nuevo ministerio; que se temia fuese sorprendido el ánimo de la Gobernadora para establecer un sistema duro y feroz; que se hablaba de una camarilla dispuesta, como los nuevos candidatos, á pedir la intervencion extranjera, y que alguno de ellos estaba en relaciones con personas de alta categoría de Paris, enemigos de la libertad española, y adictos al partido del deshonor y de la infamia..." "La variacion, añadia, que ha sufrido estos dias el gabinete inglés, sirve de apoyo, con otras cosas, *para creer que se trata de protocolizarnos.* Se dice más: que se trata de un matrimonio entre el hijo del desheredado Don Cárlos y la reina Isabel. Esto, que á primera vista, parece extraordinario, se verá que no es imposible... Despues que se está derramando tanta sangre, ¿qué extraño seria que en las relaciones diplomáticas, con el pretexto de evitar ese derramamiento de sangre, se tratase de protocolizarnos? Es preciso prevenirnos antes que se verifique esto..."

Don Joaquin María Lopez, el conde de las Navas, Alcalá Galiano, el mismo Pa-

larea, Caballero, Argüelles y otros atacaron duramente á Llauder y á todo el Ministerio. En el Estamento de próceres, lo hicieron el duque de Rivas y Gil de la Cuadra, y el Marqués de Moncayo pidió á la cámara que pronunciase la más explícita reprobacion contra los actos de uno de los ministros, y le exigiese por ellos la responsabilidad más severa. "Se cree, ó se dice, añadió, que hay en el gabinete una persona que ha conspirado contra las libertades pátrias que tienen por base el Estatuto Real; que ha querido empezar por derribar á sus dignos compañeros, para zapar despues el edificio social. En discursos pronunciados en el otro Estamento... ha ostentado dicha persona con jactancia, y aun con desvergüenza poco comun, varios servicios cuyo orígen habria sido fácil aclarar, como lo es deducir las causas que, para cambiar de parecer, ha tenido el que los exponia.„

Llauder hizo dimision del Ministerio [1], y se volvió á Cataluña.

III.

Mientras acontecian los sucesos que acabamos de reseñar, continuaba en Cataluña la activa persecucion emprendida contra las partidas carlistas. El batallon de Tiradores permanecia en operaciones por la parte de Vich, prestando los servicios de su instituto, entre esta poblacion y la de Berga, y dividiéndose su fuerza segun lo reclamaba la organizacian de las columnas.

Una de estas, mandaba por el brigadier Munt, alcanzó el 4 de Enero de 1835, á las facciones reunidas de Grau, Badia y Pelegrí, batiéndolas y obligándolas á replegarse hácia las asperezas del Monseny, donde tenia sus naturales guaridas el primero de los nombrados cabecillas. Iba Prim con su compañía en aquella columna, é iba triste, aunque su rostro no lo demostraba: solamente sus amigos, acostumbrados á verle siempre alegre y comunicativo, habrian podido notar en él cierta seriedad melancólica, indicio de un pesar interno, que de vez en cuando se manifestaba en la contraccion de las cejas y en el chispear de la mirada. En cuanto se empeñó la accion, el jóven cadete se arrojó con ardor á la pelea; y separado de sus

[1] Por mandado de la Reina gobernadora, extendió él mismo el decreto, y aquella misma noche fué nombrado gentil-hombre de cámara de la reina Isabel, *por un decreto autógrafo* en que decia Cristina, que le concedia la llave «*para darle una prueba de lo que aprecio sus servicios, y de la lealtad con que defiende el trono de mi querida hija.*»

compañeros, viósele á poco luchando cuerpo á cuerpo con un faccioso, que no menos valiente le salió al encuentro: la lucha fué tenaz y porfiada; pero venció el cadete, dejando allí sin vida á su enemigo,[1] y habiéndole costado la victoria el sacrificio de casi todas sus fuerzas.

De vuelta en Vich, celebraban los tiradorss el arrojo de PRIM y su fortuna, mientras este, retraido contra su costumbre, parecia buscar la soledad y el aislamiento. El 8 de Enero, le sorprendió un amigo leyendo una carta: en sus labios pálidos y contraidos se dibujaba una resolucion enérgica, y en sus párpados brillaba una lágrima.

—"¿Qué tienes, Juan? ¿Qué te pasa?„ le preguntó el amigo.—"Nada nuevo, contestó PRIM estrujando la carta y aparentando serenidad. Ya sabes que murió mi padre...„—"Sí, repuso el amigo: ya sé que ha muerto del cólera en Barcelona; pero no hay más que resignarse.„—"Resignado estoy, dijo PRIM con viveza. Entre tanto, mi madre queda con tres hijos; y yo, que debiera ser ahora el padre de la familia, me encuentro hecho un cadete, con muchas ilusiones, y sin poder seguir la carrera... Luego, esto vá largo: lo que aquí se hace no es guerra...: subir y bajar montañas... perseguir foragidos, que huyen y se esconden á los primeros encuentros... Ya puede uno matarse, ó hacer que le maten: aquí no hay gloria ni porvenir.„—"Te veo desanimado,„ replicó el amigo.—"Eso no: ya he tomado mi resolucion: déjame.„

Dichas estas palabras, desplegó PRIM la carta que estaba leyendo cuando llegó su amigo, (carta de su afligida madre), y al pié de ella escribió el borrador de una instancia solicitando el empleo efectivo de subteniente, "con destino al ejército del Norte, por ser allí donde existia el verdadero peligro, y donde mayores pruebas podia dar el recurrente de los sentimientos que le animaban en favor de la causa de S. M. la Reina.„ Exponia los servicios de su padre, y los que llevaba prestados él mismo, condoliéndose de que fuesen tan pocos, á pesar de sus deseos, y protestando de que nada pediría, si no le obligase á ello "la imposibilidad de sostenerse en su carrera, por haber quedado su madre viuda y con otros dos hijos.„

Esta instancia, hecha en nombre de Don *Antonio* JUAN PRIM, fué remitida con apoyo al Gobierno, en 14 de Enero, por el Capitan general interino de Cataluña; pero quedó olvidada en el Ministerio de la guerra. Los sentimientos que revela honran, sin embargo, á su autor, que á la sazon cumplia 20 años: noble ambicion de distinguirse; decision por la causa que habia abrazado; teson para vencer los

[1] Este faccioso se llamaba Pedro Sanmartí.

rigores de la suerte, y todo esto dominado por el amor filial, que imprimia el sello del desinterés á su demanda. No le fué concedida, quizá por efecto de las circunstancias políticas que, en aquellos momentos, no permitian atender á nadie, y menos á un humilde cadete; pero entonces iba á formalizarse la guerra en Cataluña, y el cadete supo abrirse camino por sí solo.

Diríase que los carlistas, derrotados en todo el distrito catalan, solo aguardaban el regreso de Llauder al antiguo Principado para ostentarse fuertes y tomar la ofensiva. El 3 de Febrero reasumió el mando del ejército de Cataluña aquel personaje, diciendo desde Lérida: "Vuelvo á este suelo, para mí tan grato, á continuar al frente de vosotros para *afirmar la paz y sosiego que disfrutais, conservando la pública tranquilidad;*" y el 9 luchaba el canónigo Tristany, á la cabeza de 350 hombres con la columna móvil de Sanahuja, sufriendo escasa pérdida, y retirándose en buen órden; el 10 eran atacados cerca de Valls, por 200 carlistas, 65 soldados de Saboya, que escoltaban un comboy de caudales, y supieron heroicamente defenderlo; y otras partidas más ó menos fuertes invadian el portazgo de Siraña; desarmaban á los urbanos de la Garriga; ponian en aprieto los pueblos de Oliana y de Figuerola; prendian alcaldes; hacian y fusilaban prisioneros.

A principios de Marzo, ya no se hablaba de partidas, sino de facciones: el Ros de Eroles, batido y dispersado por fuerzas combinadas superiores á las suyas, volvia muy pronto á presentarse y á medir sus armas con las tropas de la Reina. El Muchacho caia sobre el destacamento de la Abadía de Sin, haciéndolo prisionero, y derrotaba una partida cerca de Manresa, dando muerte desapiadada á catorce soldados de quince que se le rindieron. Al mismo tiempo se preparaba una emboscada cerca de Avinyó á otro destacamento de urbanos que pasaba de Sallent á Olot, pereciendo acuchillados casi todos, excepto algunos que, tenidos por muertos, quedaron en el campo.

Desde que llegó á Barcelona, conoció Llauder que habia perdido su prestigio entre los liberales, y que las disensiones de estos eran hábilmente fomentadas por los carlistas ó sus agentes. Sorprendióle á poco el ver aumentarse rápidamente las facciones, creciendo en número y osadía, y tomó providencias para combatirlas, marchando él mismo á la montaña. Pero sus disposiciones no llevaron esta vez el sello del acierto: su mayor preocupacion era quizás la actitud de los liberales, á quienes importaba mucho refrenar, siguiendo la política errónea, que inauguró Zea Bermudez, y que ya comenzaba á dar frutos amargos. El autor de la exposicion á

la Reina contra la política de aquel ministro; el que habia condenado, como peligrosa, la pretension de que "la ley valiese para la defensa de los derechos del trono, dejando sin proteccion alguna los de los pueblos,„ ahora exigia los sacrificios de estos como un simple deber de vasallaje.

Es cierto que Llauder desplegó una gran actividad militar, adoptando algunas providencias útiles, como el reclutamiento de migueletes, la organizacion de las partidas de guias y de las compañias de corregimiento; pero su sistema en general fué deplorable para la causa liberal y el más á propósito para dar incremento á las facciones. No pretendemos culparle de intencion; preferimos creer que se equivocó, desconociendo la índole de aquella guerra. Puso todo su conato en establecer líneas fortificadas, lo cual no seria en modo alguno censurable, si al concentrar las fuerzas en los puntos que aquellas abrazaban, no hubiesen quedado los más de los pueblos huérfanos de defensa, y expuestos á ser presa de las bandas carlistas, que impunemente los saqueaban á la vista muchas veces de la tropa, la cual tenia órden de no abandonar los fuertes. Así, las poblaciones desatendidas, ya fuese por temor ó por simpatía, prestaban auxilio á la faccion y engrosaban sus filas.

Por otra parte, la Milicia urbana era distraida de su principal objeto; y aunque se utilizaban sus servicios en campaña, siendo, como era, el agente más eficaz y decidido por la causa liberal, sin embargo, se la anulaba en gran manera, llevándola á guarnecer puntos distantes de su domicilio; sistema que, si acaso tendia á debilitar la fuerza de que pudiera disponer el elemento revolucionario, imponia por otro lado sacrificios tan gravosos como estériles. Los urbanos de Barcelona, por ejemplo, daban la guarnicion á Cervera y Manresa; los de San Andrés, á Viladrau; los de Mataró, á la Garriga; los de Reus, á Horta, que dista quince leguas, y así de los demás, exponiéndolos á caer en emboscadas, y á perecer acuchillados, como sucedió á los de Sallent, á los de Camarasa, Reus y otros puntos. De aquí el sangriento encono con que desde entonces se hizo la guerra; de aquí las atroces represálias y los actos de salvajismo que muy luego se cometieron; de aquí el desbordamiento de las iras populares.

Pero no anticipemos los hechos. A mediados de Marzo, las facciones se presentaban ya imponentes en el Principado. El cabecilla Caballería, que hasta entonces apenas habia figurado como partidario, apareció con fuerzas considerables á la izquierda del Ter. Salió á su encuentro una columna mandada por el brigadier Munt, y compuesta del batallon de Tiradores, dos compañias del regimiento de América y

la de granaderos de los urbanos de Vich, y la alcanzó en San Quirce de Besora.

Era el 14 de Marzo: por primera vez iba Prim á tomar parte en una accion formal y reñida; pues no bajaban de dos mil hombres entre ambos campos los que se hallaban frente á frente, y el enemigo, colocado en fuertes posiciones al otro lado del rio, se preparaba á disputar la victoria. Sin pérdida de tiempo, el jefe de la columna ordena su gente, manda desplegar las guerrillas y dispone el ataque. Porfiada y tenaz fué la lucha por una y otra parte: valientes y animosos peleaban los voluntarios carlistas; pero bizarramente y llenos de entusiasmo les combatian los urbanos de Vich, al grito de ¡Viva Isabel II!; y eficazmente apoyados por los Tiradores, consiguieron desalojar á sus contrarios de las primeras posiciones. Cargó la demás fuerza y el combate se hizo general. Los carlistas hubieron de ceder, al fin, abandonando el campo con pérdida de unos veinte hombres y varios bagajes, y apelando á su sistema de dispersion, que parecia derrota, y era la táctica que observaban para evitar la persecucion.

El triunfo quedó por las armas de la Reina: contentos lo celebraban aquel dia los valientes soldados que á él habian contribuido, y con ellos los vecinos del pueblo testigos de su bravura: todos habian cumplido con su deber, y sin embargo, todos se olvidaban de sí mismos y se deshacian en alabanzas de uno solo. ¿Quién era? Claramente lo dijeron los urbanos de Vich, que se habian portado como leones: al tratarse de recompensarles, llamaron al cadete Prim, y poniéndolo delante, clamaron á una voz: ¡Nada para nosotros!.. ¡Todo para este! ¡Viva el cadete Prim!

No era extraño que aquellos valientes dieran tan señalada muestra de distincion y aprecio al jóven héroe: habíanle visto arrostrar el peligro con una serenidad sin igual; proceder como un jefe experimentado, indicando con el gesto y con la mirada los momentos propicios de acometer, sin desviarse de sus filas, y trepar el primero las posiciones ocupadas por el enemigo, hasta cruzar con él la bayoneta; y tanto arrojo, tanto valor y bizarría en tan pocos años, unido á una figura simpática, delicada, flexible, más parecida á la de una dama, que á la de un soldado, eran motivos más que suficientes para despertar su admiracion. Pero este sentimiento irreflexivo no era lo único que les movia: pagaban un tributo de justicia, y así lo demostró el jefe de la columna consignando en el parte detallado de la accion de San Quirce, que "creia de su deber citar, entre los que más se habian distinguido en aquel reñido combate, al valiente cadete de Tiradores Don Juan Prim, á quien consideraba digno de ser recomendado especialmente."

Un mes más habia de transcurrir para que el jóven cadete consiguiese lo que tanto deseaba. Durante este tiempo, las facciones, algo retraidas, solo de vez en cuando se dejaban ver para dar algun atrevido golpe de mano, entrando por sorpresa en varios pueblos, como sucedió en Monistrol de Caldas y Llagostera, en Piera y en Santa María de Corcó. Grau, uno de los cabecillas más indómitos é independientes, favorecido por los pequeños pueblos que tienen su asiento en las faldas del Monseny, reclutaba gente, imponia tributos, y se preparaba á ser el terror de aquella comarca, pagando con ingratitud y con crueldades á sus mismos favorecedores. Tristany sufrió algunos encuentros por la parte de Cardona, y otros caudillos recorrian el pais con varía fortuna.

Entre tanto, Caballería, repuesto de su anterior descalabro, se presentó de nuevo en la alta montaña; y noticioso de sus movimientos y correrías, el brigadier Munt volvió á salir en su persecucion con cuatro compañías de Tiradores, tres de América y dos de urbanos de Vich. El 12 de Abril llegó la columna al paraje llamado Coll de Grat, cerca de Ribas, donde se hallaba la faccion descansando en el fondo de un valle. "¡Hoy es la mia!„ exclamó PRIM, corriendo á incorporarse á las guerrillas, mientras el grueso de la columna se disponia para el ataque bajando la montaña. Roto el fuego, y antes que los facciosos pudieran organizarse para la resistencia, ya el intrépido cadete, seguido de dos parejas decididas, estaba sobre ellos, y conseguia apoderarse del caballo del cabecilla y de cuatro mulas, llevándoselos como presa y trofeo de su temerario arrojo. Empeñada entre tanto la refriega, volvió PRIM al combate, del que fué necesario retirarle á poco, herido, aunque no de gravedad, en el costado izquierdo. Los carlistas no pudiendo sufrir esta vez el ímpetu de los *cristinos*, huyeron precipitadamente, y la columna volvió á Ripoll, donde quedó PRIM curándose su herida, y donde á los pocos dias se le comunicó la noticia de su nombramiento de subteniente de infantería.

Dos meses permaneció nuestro novel oficial en aquel pueblo, depues de los cuales se le destinó á continuar provisionalmente sus servicios en una de las compañías del corregimiento de Santa Coloma de Farnés, donde luego le encontraremos.

IV.

Hemos visto en el párrafo anterior el carácter de ferocidad que iba tomando la guerra en Cataluña, cuando todavía los carlistas no respiraban con mucho desahogo. En el Norte, donde contaban ya con un ejército disciplinado y valiente, los horribles excesos que desde un año ántes venian cometiéndose habian llamado la atencion de los extranjeros; y movido al Rey de Inglaterra á dirigir una carta á su ministro lord Palmerston, quejándose de que se cometiesen tales horrores.

Allí no habia cuartel: los infelices oficiales que caian prisioneros, de una y otra parte, eran desapiadadamente fusilados: conforme á los rigurosos bandos y órdenes de los generales isabelinos y carlistas, incurrian en la pena de muerte, no solamente los que eran cogidos con las armas en la mano, sino los que de cualquier modo servian, voluntaria ó forzosamente á la causa contraria. Fuera de esto, se habian dado repetidos ejemplos de vandalismo por parte de los carlistas, incendiado pueblos para rendir á sus defensores, y hasta las iglesias en que solian hacerse fuertes los Urbanos. Sobre todo, la ley de represalias, si ley puede llamarse la bárbara crueldad que se ensangrienta en los vencidos indefensos, era terrible y puntualmente observada, escepto en algunos casos muy particulares.

La opinion pública condenaba estos horrores; la prensa clamaba contra ellos, y los mismos generales se condolian de semejante situacion; y justo es decir que, durante los últimos meses, desde que Mina tomó el mando del Ejército, se habia suavizado en lo posible aquel rigor, siendo este general el primero que dió el ejemplo, de moderacion y templanza, y procediendo á veces con una generosidad magnánima, que no era imitada ni agradecida por sus contrarios [1].

[1] Mina se propuso seguir en el Norte una política de atraccion y de conciliacion, que habria dado los mejores resultados, al mismo tiempo que, á pesar de sus achaques, proseguia vigorosamente la guerra. Siempre, á todas horas estaba visible para cuantos solicitaban hablarle, y sin distinguir de opiniones, hacia pronta justicia y dispensaba gracia á sus mismos contrarios. Soltó á muchos que estaban presos; y á otros que se hallaban emigrados, les permitió volver al seno de sus familias. Dió la libertad á la hija y á la nodriza de Zumalacárregui, que no se lo agradeció, y á veinte y tantos prisioneros que hizo en Lumbier, los cuales se volvieron á las filas carlistas, y pagaron luego este mismo beneficio asesinando vilmente á los soldados de la Reina que tuvieron la desgracia de caer en sus manos, y jactándose de que tenian vivos deseos de acabar con todos los liberales.—Mina usó rara vez de represalias, y una de ellas fué con justo motivo. Habiendo preso Zumalacárregui á varias señoras de Baztan, cuyos maridos habian emigrado, despues de darles un trato inhumano, las multó en 21,000 duros,

No bastaba, sin embargo, la buena disposicion de Mina y del Gobierno mismo para dulcificar el modo de hacer la guerra, mientras no mediase un convenio, un pacto expreso y solemne, que obligase á las dos partes á respetar la vida de los prisioneros. Todos lo deseaban, y á todos convenia; pero ni estaba bien al Gobierno hacer proposiciones á los rebeldes, ni mucho menos estos las habrian iniciado por no humillarse ante el mismo poder que combatian. Tomóse de aquí pretexto para intervenir en nuestras querellas, y habiendo aceptado el Gobierno español la mediacion de Inglaterra, participó á Mina, en 4 de Abril, que iban á salir de Lóndres dos comisionados con el importante encargo de presentarse á Don Cárlos á fin de disuadirle de continuar la lucha en que estaba empeñado, manifestándole su inutilidad, "por las ningunas esperanzas que tenia de ser ayudado, no solamente por la Inglaterra, sino por ningun otro pais de Europa, y la imposibilidad, por consiguiente, de lograr su objeto en España, vista la decision de esta de permanecer fiel á su soberana." Decíasele además que esta era la mision reservada de los comisionados; pues la ostensible seria la de proponer, de acuerdo con nuestro Gobierno, un tratado para el canje de prisioneros entre ambas partes.

Si á esto solo se hubiese limitado la oficiosidad inglesa, digna de aplauso fuera su intervencion; pero traian además sus comisionados la mision secreta de proponer á Don Cárlos el matrimonio de su primogénito con la Reina, y tanto esto, como su modo de intervenir era muy peligroso; y no podia ocultarse á la penetracion de aquellos hábiles isleños, que obrando así daban fuerza moral á los carlistas, y hacían interminable la guerra. Bien lo comprendió Mina, sin tener conocimiento de la parte secreta de aquellas negociaciones; pues manifestó á Martinez de la Rosa el temor que abrigaba de que los carlistas se envalentonasen, al ver que se presentaban á su señor los comisionados del Gobierno inglés. Y no sin viva inquietud vió el anciano general la precipitacion con que se llevaba este asunto, presentándose inmediatamente en Bayona el negociador lord Elliot, y corriendo desde Madrid á recibirle en la frontera su compatriota Mister Wilde, para tener con él una entrevista antes que pasase al campamento de Don Cárlos.

Mina, que nunca vió con buenos ojos la ingerencia de los extranjeros en nuestros asuntos; Mina que, emigrado en Francia el año de 1815, y rodeado de la aureola

que á fuerza de súplicas redujo á 14,000.—Mina lo supo extraoficialmente; se hizo el desentendido, y dejó que se negociase aquel inícuo rescate; pero en cuanto las señoras estuvieron libres, mandó prender á la madre del alcalde de Baztan, á otras varias mujeres y algunos carlistas de nota, y les impuso una multa igual de 14,000 duros.

de gloria que adquirió durante la guerra de la Independencia, habia rechazado las proposiciones de Napoleon de poner á sus órdenes 25,000 hombres para restablecer la libertad en España [1], no podia menos de mirar con disgusto y con recelo aquella rápida intervencion de los ingleses en la guerra civil, y mucho más cuando recibió cartas de Lóndres y de Paris en que le decian, que "observando el duque de Wellington la eficacia con que el Ministro de la guerra español, Valdés, promovia el envío de grandes refuerzos al ejército de operaciones del Norte, y conociendo la travesura de Mina, llegó á temer que de un momento á otro pudiera verse el Pretendiente estrechado, y acaso malparado; y trató de sacarlo de sus apuros, enviando un comisario especial, que neutralizase con su presencia el ardor de los dos generales españoles Valdés y Mina." Y añadian, que "*lejos de llevar el enviado á D. Cárlos proposiciones de abandonar el campo, el objeto era, por el contrario, afirmarle en la esperanza de salir victorioso.*"

No siendo lícito á la Historia condenar sin pruebas, nos abstenemos de decir todo lo que pensamos acerca de este asunto, limitándonos á consignar los hechos. Antes de recibir las graves noticias que acabamos de transcribir, y sin aguardar la llegada del comisario inglés, Mina, el 8 de Abril, envió al Gobierno su dimision del mando del ejército del Norte, fundándola en el mal estado de su salud: debe notarse que, cuando aceptó el cargo, ya se hallaba enfermo; y aunque es verdad que despues se habian agravado sus dolencias, no parece probable que este solo motivo le obligase á obrar así en aquellas circunstancias, tanto más si se considera, que el mismo dia, es decir, antes que pudiese llegar á Madrid la dimision, disponia el Gobierno la salida del Ministro de la Guerra, encargándole el mando del ejército de operaciones y de la reserva, y de las tropas que hubiese en las capitanías generales de Castilla y Aragon.

En cuanto Mina recibió la órden aceptando su dimision, que le fué remitida, desde Logroño, por Valdés, sin esperar á este, resignó el mando en el general Benedicto,

[1] «¡Cómo! exclama el honrado Mina en sus *Memorias*, recordando estas proposiciones. ¿Yo habia de llevar extranjeros armados á mi patria, y sobre todo franceses, despues de lo que acababa de sucedernos con ellos? ¿Tan pocos trabajos habíamos pasado, tan pocos sacrificios nos habia costado, tan poca sangre teníamos derramada para lograr echarlos de nuestro suelo, que habian pisado con engaños, para que ahora fuéramos á buscarlos y pedirles como de gracia el auxilio de aquellas mismas armas que habíamos combatido con tanto teson? Este proceder podria tener lugar en hombres que repararan tan poco como Bonaparte en medios, cuando queria lograr un fin, no en un honrado español que se preciaba de tal. Mi corazon desecha enteramente figurar con semejante papel en la historia de mi patria.»

No pensaban lo mismo los españoles que trajeron á los franceses en 1823, ni los que despues llamaban á estos y á los ingleses para que les ayudasen á someter á liberales y carlistas.

segun se le prevenia. La doble intencion que recelaba en los procedimientos misteriosos de los ingleses; la falta de sinceridad por parte del Gobierno español respecto á él; su misma prevision, confirmada luego por los hechos, y el deseo de rehuir la responsabilidad que pudiera caberle mezclándose en un asunto que su conciencia reprobaba, debieron influir en aquella repentina resolucion, tanto ó más que la carencia de salud.

No se equivocó Mina, por lo menos, en cuanto á los efectos que produciria la mision de lord Elliot. El enviado inglés fué muy bien acogido en el cuartel general y en la residencia de Don Cárlos, que le recibió lleno de gozo, y accedió sin dificultad á sus deseos, bastando esto para que en todas partes hicieran los carlistas las mayores demostraciones de alegria, considerando la presencia de aquel personaje como de buen augurio para el triunfo de su causa, y como un paso dado hácia el reconocimiento de los derechos del Pretendiente por una potencia poderosa. Por de pronto, el influjo moral, si no otras causas, dió tal preponderancia á las fuerzas de los enemigos de la Reina, que desde luego puso en duda el éxito definitivo de la guerra.

El convenio para el cange de prisioneros, propuesto por lord Elliot, fué firmado en Logroño, el 27 de Abril, por D. Gerónimo Valdés, y en Eulate, el 28, por Zumalacárregui, habiendo intervenido en esta conferencia diplomática el general Córdoba. Por uno de sus artículos se estipulaba que, "si la guerra se extendia á otras provincias, se observasen las mismas condiciones que en las de Guipúzcoa, Alava, Vizcaya y el reino de Navarra [1]." Luego veremos cómo fueron observadas en Cataluña y en otras partes las estipulaciones de aquel convenio, cuyos resultados benéficos apenas se tocaron.

Pero, en cambio, los planes de Mina quedaron desconcertados, y en el momento en que llegaban los refuerzos necesarios para ejecutarlos, alcanzaban los carlistas ruidosos triunfos. Cuando aquel general se vió obligado á dejar el mando, los cuidados y los apuros de Zumalacárregui eran mucho mayores que al comenzar la guerra; pero inmediatamente hizo sufrir este caudillo al ejército de Valdés una derrota en las Amezcoas, pocos dias antes de firmar el famoso convenio, y pudo presentar á lord Elliot, medio desnudos y extenuados de hambre, los prisioneros hechos en la accion de Artaza, diciéndole que en obsequio suyo les daba la libertad y la vida [2].

[1] Véase el documento número 2, al final de este libro.

[2] Para apreciar en todo su valor la importancia de la separacion de Mina del mando del ejército del Norte, bastará leer los

A la derrota de Valdés, siguió el desastre de las valientes tropas que mandaba el brigadier Iriarte, quedando 553 cadáveres vistos en las calles y campos de Guernica, y 200 prisioneros en poder de los carlistas. ¿Y cómo cumplian estos el tratado de Elliot, cuya tinta no estaba seca todavía? Fusilando *nueve oficiales*, en represálias de la muerte dada por la columna de Iriarte á *dos soldados* hechos prisioneros en la accion de Arratia [1].

En celebridad de estas dos victorias, el 3 de Mayo se cantó un solemne *Te-Deum* en Oñate, residencia entonces de D. Cárlos.

V.

Durante los meses de Marzo y Abril habian ocurrido graves desórdenes en varios puntos. En Málaga los provocó la intolerancia de su comandante general D. Nicolás Isidro, tratando de oponerse á que la música de los urbanos tocase himnos patrióticos, en ocasion de acompañar el cadáver de un miliciano al cementerio. Los ánimos, ya exasperados, de los liberales se exaltaron, y una violenta conmocion popular obligó á Isidro á deponer el mando huyendo de la ciudad. Bastó para restablecer la tranquilidad la intervencion del Ayuntamiento, asociado de los jefes de la Milicia y de algunas personas influyentes.

siguientes párrafos de la proclama que con este motivo dió Zumalacárregui á sus tropas, y que hizo publicar en los periódicos extrangeros:

«Bravos soldados, decia, felicitémonos. El Dios de las batallas nos proteje. Jamás su proteccion se ha manifestado de una manera más patente que ahora. De débiles que éramos, nos hemos convertido en fuertes; de tímidos, en bravos. Él nos ha conducido por su mano protectora de victoria en victoria; él se ha servido de nuestras armas para abatir el orgullo de Sarsfield, del tránsfuga Quesada, de un Rodil, coronado de laureles en Portugal. Él ha querido además manifestar á la Europa, por un hecho singular, que los defensores de la legitimidad de nuestro buen amado D. Cárlos V de Castilla y VI de Navarra, son bien dignos de la victoria. ¡Él nos ha presentado por contrario á Mina!... Mina solo podia balancear nuestra victoria. Mina solo podia detener sobre los bordes del abismo el vacilante trono de la débil criatura, que la bajeza y el crímen quieren imponernos por reina; él, que á la energía, á la actividad y á su talento militar, reune una reputacion colosal, y por sus venas corre sangre navarra... Y sin embargo, él ha caido.»

[1] La accion y derrota de Guernica fué el 1.º de Mayo, tres dias despues de haberse concluido el tratado de Elliot. La de Arratia era anterior. El parte carlista decia: «Fueron fusilados, en represalia del asesinato cometido por la misma columna con dos soldados nuestros hechos prisioneros en la última accion de Arratia, el coronel comandante de Gerona; otro coronel, del Príncipe, D. Francisco Antonio Cornet; el teniente coronel de Córdoba D. Fernando Balboa; los capitanes D. Félix Quirós, del Príncipe, y D. Felipe Maldonado, de Córdoba; el teniente D. Antonio Castro, del Príncipe; los subtenientes D. Mariano Herrero. D. Braulio del Sar, D. Ramon Avesantile, de Gerona, Almansa y 3.º de línea, *despues de haber recibido los auxilios espirituales.*»

En Zaragoza estalló un motin contra el Arzobispo, que se mostraba opuesto á las reformas. Un fraile de la Victoria, llamado Crisóstomo Caspe, fué el instigador de aquel tumulto, y el que poniéndose á la cabeza de las turbas, las condujo á cometer excesos criminales, asesinando en la calle á un canónigo respetable por su saber y sus virtudes, y á cuatro religiosos en el convento mismo de la Victoria. La actitud imponente de los milicianos y del vecindario reprimió la asonada, impidiendo la perpetracion de nuevos crímenes, y salvando al Arzobispo.

En Murcia hubo desórdenes parecidos, siendo el blanco de las iras populares el Obispo y el Intendente, que debieron su salvacion á la fuga. Estos movimientos obedecian á instigaciones astutas y engañosas, y eran deplorados por los buenos liberales, que ningun bien podian prometerse para su causa de la repeticion de tales escándalos.

Nada de esto habria sucedido probablemente, á no ser por la agitacion que reinaba en los ánimos descontentos de la marcha que seguia el Gobierno, y del empeño con que procuraba resistir á las aspiraciones de la parte más liberal del país, enérgica y diariamente manifestadas por sus órganos naturales en la prensa y en la tribuna. La situacion era gravísima y muy ocasionada á trastornos; las sociedades secretas extendidas por todas partes, tenian soliviantadas las pasiones y estaban decididas á tomar por fuerza lo que de grado no se queria conceder. El Ministerio y sus delegados en algunas provincias veian que era inminente la proximidad de una explosion; así lo repetian en sus comunicaciones reservadas, en las cuales llamaban á los liberales impacientes con los nombres de turbulentos, anarquistas y demagogos; y careciendo de medios para contenerlos, pretendian imponerles con precauciones inútiles. El temor al desbordamiento de la anarquía la estaba provocando.

Se necesitaba en aquellas circunstancias hacer esfuerzos supremos para dominar los peligros que rodeaban á la causa liberal y al órden público: era menester quitar todo pretexto de justa queja, único modo de desarmar á la revolucion, y de robustecer el prestigio moral de la autoridad para reprimir los desórdenes: era preciso vigorizar el espíritu público, entrando resueltamente en el camino de las reformas administrativas y políticas, y confiar á la fuerza ciudadana, bien organizada, la defensa de los pueblos y el mantenimiento de la tranquilidad, á fin de disponer de todo el ejército para combatir la faccion.

Pero se tenia miedo á las reformas; la situacion era cada dia más crítica, y el peligro arreciaba. "Esta situacion, decia ya en Marzo el general Llauder, desde Man-

resa, se complica extraordinariamente por las maquinaciones que en sus sociedades proyectan los demagogos, produciendo la impunidad con que obran, la licencia con que imprimen sus doctrinas, y el tono amenazador con que se erigen en intérpretes de la opinion pública tal efecto en los ánimos, que la consecuencia es el descrédito, la falta de prestigio de una autoridad, que no tiene medios de destruir estos preliminares de desorganizacion.„

Y luego añadia: "Continúo trabajosamente superando los cuidados y atenciones que me cercan; y para desconcertar los designios anárquicos que se me anuncian... no solo envio al general Bassa á Barcelona, en la imposibilidad de abandonar yo ahora la montaña, sino que á los gobernadores civiles y delegados de policía hago el más estrecho encargo para la debida vigilancia, y que procedan con toda firmeza y energía contra los perturbadores si intentasen consumar su obra, aplicándoles instantáneamente todo el rigor de las leyes, que sabré hacer respetar en defensa de la conservacion del órden y del crédito del Gobierno, aun á costa de mi existencia.„

Vanos propósitos: así pensaba tambien el Gobierno, sin decidirse á reconocer su impotencia para hacer frente á la guerra y á la revolucion. Entre tanto, las deplorables noticias que llegaban de las provincias del Norte, así como tambien del incremento de las facciones en Cataluña y otras partes, sobrexcitaban los ánimos. El tratado de Elliot, sin ser conocido, era una de las causas de descontento; porque su sola existencia daba á los carlistas la importancia que hasta entonces se habia pretendido disimular, y esa importancia real era abultada en vista de los recientes descalabros sufridos por las tropas de la Reina.

El 11 de Mayo se temieron graves trastornos en Madrid; el Gobierno creyó necesario tomar sérias precauciones, y al efecto hizo colocar fuerzas en el Prado y delante del Estamento de procuradores, y llenó las tribunas de agentes de policía: esto, lejos de conjurar la tempestad, dió pábulo á la efervescencia de las pasiones, y motivo para una sesion borrascosa, que concluyó con un voto contrario al Ministerio, declarando la cámara que se estaba en el caso de "ocuparse legalmente en examinar la conducta de los secretarios del despacho respecto de las estipulaciones entre el general Valdés y el rebelde Zumalacárregui.„

Levantada la sesion, al salir á la calle y dirigirse á tomar su coche, Martinez de la Rosa fué rodeado por grupos amenazadores, que blandiendo armas, gritaban: "¡Muera el traidor!„ Salvóle afortunadamente su valor y serenidad, que bastaron para imponer respeto á los descontentos.

A los pocos dias reclamaba el Gobierno español de los de Inglaterra y Francia la cooperacion armada, teniendo que vencer Martinez de la Rosa su repugnancia á dar este paso, en vista de que el general Valdés "habia expuesto de la manera más terminante y perentoria, que no hallaba otro recurso más que el expresado para reanimar el espíritu del ejército y quebrantar el ánimo de los rebeldes." Temíase, lo que en efecto sucedió, que los carlistas obtuviéran algunas victorias ó lograsen extenderse fuera de las provincias del Norte; y en esta prevision decia el Ministro de Estado á nuestro Embajador en Paris: "Cualquiera suceso de esta clase podria producir simultáneamente dos efectos opuestos, y ambos de funestísimas consecuencias, á saber: insurreccionarse alguna otra provincia del reino por hallarse estas con muy escasas guarniciones, ó producir la misma gravedad del peligro, ó su temor abultado, un desencadenamiento de las pasiones populares, *á impulso de un partido que propende á los desórdenes y á la anarquía.*" Con el auxilio de los extranjeros, esperaba el Gobierno conjurar ambos peligros, "colocándose en una posicion bastante firme y elevada *para dominar así todos los partidos y enfrenar sus demasias.*"

El gabinete inglés fué de parecer que "no habia llegado todavía el momento de la cooperacion armada pedida por España;" y el de Francia creyó, con fundamento, que no debia por sí solo intervenir.

A pesar de la reserva con que se llevaron estas negociaciones, la prensa de Paris se ocupó de ellas, y divulgándose en Madrid, tanto la peticion como el desaire produjeron una gran exaltacion en los ánimos y una violenta oposicion contra el Ministerio. Ya este habia cerrado la legislatura en 29 de Mayo, estorbándole los Estamentos; pero el gabinete presidido por Martinez de la Rosa no pudo soportar el peso de su impopularidad, y cayó en 8 de Junio, encargándose de formar otro el Conde de Toreno, que desempeñaba en aquel la cartera de Hacienda: queria conservarla con la presidencia del Consejo de Ministros; pero tuvo que ceder á una exigencia del Duque de Ahumada, propuestó para el departamento de la Guerra, y se encargó del Ministerio de Estado, que entonces se consideraba el primero en importancia, nombrando para el de Hacienda á D. Juan Alvarez y Mendizábal[1], que, hallándose en Lóndres, no tomó por entonces posesion de su destino.

[1] «Viendo que Ahumada insistia en no ser presidido por el ministro de Hacienda, Toreno hubo de ceder, y pensó confiar este departamento á un testaferro, que fuese obediente al que, contra su primera intencion, tomaba la cartera de Estado. Alvarez Guerra propuso á Mendizábal, á la sazon residente en Lóndres, y que, con ser poco conocido de Toreno, le pareció, sin embargo, muy á propósito para tener sobre él el ascendiente que deseaba, y mantener su influencia en el ministerio de Hacienda, que acababa de dejar, disponiendo así de un subalterno, que habia demostrado viveza, diligencia, actividad y dotes

El nuevo Ministerio era un compuesto heterogéneo de hombres de diversas ideas y procedencias; pero que habria reanimado el espíritu público, si Toreno hubiese querido realmente variar de política: hizo algunas concesiones á la opinion; pero escatimadas unas, y otras tardías.

Entre tanto no podia ser más apurada y desastrosa la situacion de los defensores de la Reina en las provincias del Norte; perdidas por ellos las principales poblaciones, abandonadas otras, el grueso del ejército abatido y obligado á replegarse á Miranda de Ebro, despues de haber sufrido fuertes descalabros, quedaba casi todo el territorio vasco á la merced de los carlistas, que se decidieron á poner sitio á Bilbao, cuya heroica resistencia inmortalizó á sus defensores. Allí recibió Zumalacárregui, el 15 de Junio, una herida, que á los pocos dias le causó la muerte. Fué una pérdida irreparable para la causa de D. Cárlos, aunque este no lo creyera [1].

El mismo dia que falleció el caudillo carlista, (24 de Junio), hizo Valdés dimision del mando en jefe del ejército, que dejaba en un estado deplorable. La opinion pública, vivamente sobrexcitada con estos acontecimientos, designó á Córdoba para suceder en el mando á aquel benemérito general, más desgraciado que culpable.

útiles como auxiliar, reconocidas en el mismo decreto de nombramiento, más largo y razonado de lo que semejantes documentos suelen serlo, y en el cual, refiriéndose á Mendizábal, se hablaba de la importancia de manejar con saber el crédito, *especialmente en circunstancias difíciles*.»—FERDANDEZ DE LOS RIOS. Obra citada.

[1] La cláusula principal del testamento de Zumalacárregui decia así:

«*Dejo mi mujer y tres hijos, únicos bienes que poseo: nada más tengo que dejar.*»

Cuando anunciaron á D. Cárlos la muerte de su mejor caudillo, exclamó con aparente resignacion:

«*¡Son cosas que Dios hace!*»

Quizás, no le pesaba á D. Cárlos verse libre del hombre temido y sospechado, á quien ya no se creia necesario, segun relacion de un personaje carlista.

CAPÍTULO III.

Estalla la revolucion.

SUMARIO.—Las facciones en Cataluña.—Quema de los conventos y otros excesos: Zaragoza, Reus, Barcelona.—Lo que quiere el pueblo.—Propágase el movimiento y se organiza la revolucion.—Providencias del Gobierno: errores gravísimos.—Situacion desairada de PRIM: acciones en que toma parte.

I.

La inmensa gravedad de los acontecimientos que se amontonan en este período de nuestra Historia nos obliga á dedicarles una atencion particular, no pudiendo prescindir de referirlos; porque constituyen uno de los episodios más importantes del drama político de España. Casualmente, la situacion en que PRIM se encontraba durante este tiempo no le permitia distinguirse, ni dar aquellas muestras de su valor y decision que tanto anhelaba.

Ya vimos en el capítulo anterior el incremento que iban tomando las facciones carlistas en Cataluña. El sistema últimamente adoptado por Llauder para combatirlas estaba dando resultados contrapuestos. La concentracion de las tropas y de los urbanos en los fuertes habia dejado los más de los pueblos á la merced de los carlistas, que despues de llevar á todas partes el saqueo y el robo, se encontraron sin medios para subsistir; pero sus fuerzas no mermaban, á pesar de los frecuentes descalabros que sufrian y de pasar una vida angustiosa y miserable. Acosados por la necesidad, agrupaban entonces sus partidas, y se aproximaban á las grandes poblaciones y á los fuertes, no vacilando en atacarles para buscar la subsistencia ó los recursos que les faltaban, y oponiéndose audaces á las pocas columnas que recorrian el pais.

A fines de Mayo, una partida entró por sorpresa en el pueblo de Camarasa, que guarnecian cincuenta urbanos, los cuales se refugiaron en la iglesia para defenderse.

Incendiada esta por los facciosos, y obligados á rendirse los urbanos, su capitan, su teniente y el alcalde del pueblo fueron bárbaramente asesinados; y cual si aquella horda de salvages quisiese parodiar los famosos *casamientos republicanos,* pero con más fiereza, después de atar de dos en dos y espalda con espalda á los demás infelices prisioneros, los degollaron, arrojándolos luego con enormes piedras por el puente del Segre.

Un acto de increible audacia cometian al mismo tiempo otras bandas carlistas. Necesitaban pólvora, y fueron á buscarla en el depósito que tenian sus enemigos á las puertas de Manresa: durante la noche del 30 de aquel mes, horadaron las paredes del edificio, y extrajeron cuanta pólvora fué menester para cargar las acémilas que al efecto llevaban preparadas. No se concibe un hecho semejante, á no mediar una criminal connivencia. Tres dias despues, el coronel Novella, enviado con 800 hombres á rescatar aquellas municiones, alcanzaba á la faccion, y sufria una derrota cerca de Matamargó.

Entre tanto, el cabecilla Saurá, que con 200 hombres se hallaba en Vall de Vir, era batido por el comandante de Bañolas D. Pedro Font, siendo completamente destrozados los carlistas, y pereciendo ahogados en el Ter muchos de los que buscaban su salvacion en la fuga.

De este modo, con alternativas de suerte adversa ó favorable, continuaba la guerra en Cataluña, sin adelantar terreno la pacificacion del país, creciendo la faccion cuando se la creia derrotada y dispersa, y obligando á Llauder á reclamar contínuamente refuerzos, que no era posible mandarle. Sucumbian algunos cabecillas, y otros levantaban partidas, que osaban bloquear la Seo de Urgel; mientras el Ros de Eroles, Caballería y el Muchacho, reuniendo las suyas, atacaban al pueblo de Gósol, y arrollando á los urbanos que les salieron al encuentro, les ponia en duro aprieto, é incendiaban algunas casas para obligarles á rendirse, no retirándose sino despues de una obstinada lucha, y ante el temor de verse sorprendidos por fuerzas superiores que pudieran ser destacadas de la vecina villa de Berga.

Estos mismos cabecillas se presentaron á los pocos dias delante de la Pobla de Lillet, y acometiéndola y quemando varios edificios inmediatos al fuerte, intimaron la rendicion á los milicianos que le guarnecian; pero aquellos valientes se mantuvieron firmes, resistiendo el ataque, hasta que fueron socorridos por las tropas de Berga y de Solsona.

Por la parte de Montblanch se habia formado el núcleo de una faccion considera-

ble, compuesta de varias partidas, con las que el Llarch de Copons llegó á juntar unos 1500 hombres. Hízose encontradizo con ellos en Pasanant el coronel Niubó, marchando á la cabeza de 120 guias y 24 caballos: era plan combinado; y cuando los carlistas, cayendo sobre tan débil fuerza, creian asegurado su exterminio, viéronse acometidos por las columnas que los gobernadores de Tarragona y Lérida mandaban, sufriendo tal desastre, que despues de su completa dispersion, más de cuatrocientos se acogieron á indulto.

Pero inútiles eran estas y otras ventajas parciales para impedir el crecimiento de las facciones, cuanto menos para acabar con ellas. Los dispersos de Pasanant volvian á reunirse al poco tiempo en el mismo punto, sin que nadie les molestase, y allegaban en los pueblos indefensos gente y recursos: en el Urgel, en la alta montaña, en la provincia de Gerona, por todas partes crecia y se multiplicaba aquella plaga asoladora, que muy en breve, favorecida por los trastornos revolucionarios, y por las torpezas del Gobierno, llegó á contar más de veinte mil hombres en campaña solo en el Principado de Cataluña.

La revolucion, desde tanto tiempo prevista y provocada, rompió al fin los diques de la paciencia. Desocupados los puntos militares para acudir á sofocar aquel incendio, que ningun poder humano era bastante á dominar ya por la fuerza; paralizadas las operaciones, y fija la atencion de las autoridades en los grandes centros de poblacion, cuando más falta hacia en otras partes, no es de extrañar que los facciosos, aprovechándose de las circunstancias, adquiriesen, como en efecto adquirieron, un formidable desarrollo, que habria convertido á Cataluña en otra Navarra, si hubiese habido entre ellos más unidad y disciplina.

II.

Veinte meses de una lucha sangrienta y desastrosa, provocada por los fanáticos partidarios del absolutismo teocrático, tras de veinte años de ignominioso despotismo y de anarquía monárquica; veinte meses de sacrificios estériles é incalculables, para sostener en el trono á una niña, entonces inocente, con la esperanza siempre burlada de recobrar el bien perdido de una libertad racional y justa; los recuerdos crueles de los padecimientos sufridos y de las víctimas inmoladas al Moloc de la tira-

nía, contínuamente renovados por el espectáculo sañudo que ofrecia la guerra, y por la amenaza del exterminio y de nuevas persecuciones pendiente sobre todas las cabezas, ya triunfase Cárlos, ya triunfase Isabel; la necesidad absoluta de vencer ó morir, de ser libres ó de perecer, dada la actitud del partido carlista, sus antecedentes, su historia y sus aspiraciones ultrareaccionarias; la exaltacion creciente de los ánimos ante las miserias de la patria, y ante los triunfos de los facciosos, que los celebraban incendiando pueblos, degollando á sus defensores, azotando villanamente y encarcelando á las mujeres de los liberales; los instintos de ferocidad desarrollados y pidiendo venganza; tantos combustibles hacinados en veinte meses, y sobre ellos un gobierno refractario á la idea de reformas, sordo á los clamores de la opinion, y torpemente obcecado en desconocer las necesidades de su época, debian producir en el momento menos pensado una inmensa conflagracion, capaz de poner en peligro la existencia de la sociedad.

Bastaba para ello una sola chispa, una excitacion malévola, un accidente cualquiera. El conflicto, ya repetidas veces indicado por explosiones pasajeras, no tardó en presentarse acompañado de escenas repugnantes y crímenes horrendos, siempre odiosos y detestables. Pero, por mucho que merezcan tales actos la más explícita reprobacion de todos los pechos honrados, la Historia, al condenarlos con la más severa indignacion, no cumple su objeto deteniéndose solo en vanas lamentaciones. En el órden natural de las cosas, no podia menos de suceder lo que sucedió; y todavía es necesario reconocer que el desbordamiento de las pasiones no fué tan lejos como hubiera ido en cualquier otro pueblo que se hallara en idénticas circunstancias: ninguno habria hecho menos extragos que hizo el español, ni dado pruebas de una circunspeccion tan grande, conteniéndose á sí mismo y poniendo límites á su furor en medio de su desenfreno.

Las instituciones monásticas eran el blanco de la animadversion general: útiles en algun tiempo, como poderosos instrumentos de civilizacion y progreso, habian degenerado posteriormente hasta el punto de ser la mayor rémora para todo adelanto, y un peligro perenne para la sociedad. Ningun servicio prestaban ya á la religion ni á las ciencias; mucho influian en la decadencia de la moral pública y en la relajacion de las costumbres [1]; y la preponderancia excesiva que habian adquirido

[1] El autor de estas líneas alcanzó á conocer en su niñez algunos religiosos sabios y modelos de todas las virtudes, y en aquel tiempo sentia una vocacion decidida por el claustro. Un dia presenció en Granada cómo los novicios de cierto convento perseguian á las criadas de servicio que iban á la compra, abrazándolas en medio de la calle. Sublevada su conciencia por

en España, desde muy antiguo fué considerada como una de las causas más influyentes en la holgazanería, en el embrutecimiento y la miseria del pueblo español. Los conventos de frailes, puede bien decirse que habian hecho los pobres para luego socorrerles con la sopa. Ya las antiguas Córtes habian clamado contra su desenfrenada codicia; ya Isabel la Católica tuvo que poner coto á la sensualidad, á los vicios y desórdenes que engendraba la vida ociosa y regalona del claustro: ya más tarde Cárlos III habia intentado una reforma de las órdenes religiosas, que de larga fecha reclamaban de consuno poderosas razones políticas, económicas y sociales. En 1835, no bastaba ya reformarlas: debian desaparecer.

Era demasiado pública y notoria la participacion que habian tomado los frailes, si no todos, muchos de ellos, en nuestras discordias interiores. Nadie podia ignorar que, desde 1813 se habian hecho cómplices é instigadores de todas las reacciones, dando carácter religioso á la persecucion de los liberales en 1814; á la resistencia contra la Constitucion en 1820; á la sangrienta restauracion absolutista de 1823. En esta época y despues habíanse visto clérigos y frailes capitaneando turbas feroces en el campo; amotinando á la plebe contra las clases acomodadas; fanatizando al pueblo y excitándole al robo, al asesinato y al exterminio, con sermones, propagandas, falsos milagros, anatemas, y cuantos medios podia sugerir el abuso del sagrado ministerio sacerdotal.

En los conventos y monasterios se habian fraguado las conspiraciones apostólicas y carlistas; de ellos habia salido armada la guerra civil; en ellos encontraba la faccion apoyo, simpatías, refugio, armas y dinero. ¿Cómo era posible conciliar su existencia con la paz de la sociedad que los mantenia, y á la cual combatian con sus propios recursos? ¿Ni cómo impedir que el furor popular se desbordase contra ellos.

Reconozcamos, sin embargo, que no todos los conventos eran focos de rebelion, ni todos los frailes facciosos; pero desde el momento en que la voz pública, incapaz de distinguir los inocentes de los culpables, se levantó indignada contra la clase entera; desde el momento en que, perdido el prestigio y el respeto, se vió á las muchedumbres airadas invadir los claustros más de una y dos veces, y asesinar á

este escándalo, y por otros actos más reservados que pudo observar, perdió completamente la fé en los frailes á la edad de 12 años.

No cabe negar que habia frailes virtuosos y buenos; pero la institucion (que no fué puesta ni aconsejada por Jesucristo) estaba muy pervertida y desprestigiada en España, sobre todo desde principios de este siglo.

los religiosos indefensos, no ya solo el interés político y la conveniencia general, sino la más vulgar prevision y los deberes de humanidad exigian que el Gobierno se apresurase á suprimir los conventos, protegiendo á sus moradores contra los efectos de un rencor sobradamente fundado, por desgracia, y privándoles al mismo tiempo de los medios de hacer daño á la sociedad.

No se hizo esto, á pesar de haberlo pedido el Estamento de procuradores muchos meses antes: esa y otras peticiones justas y necesarias se hallaban desatendidas. El Gobierno creyó hacer bastante suprimiendo, en 4 de Julio, perpétuamente la Compañía de Jesús en todo el territorio de la monarquía: la revolucion, muy de antemano preparada, se cansó de esperar, y saltó por encima de las débiles barreras que la contenian.

III.

El dia 4 de Julio, á media noche, un oficial subalterno, de guarnicion en Zaragoza, reunió una compañía del regimiento del Infante, y dirigiéndose al centro de la ciudad, se declaró en insurreccion. La presencia del comandante del cuerpo bastó para sofocar inmediatamente aquel movimiento; pero, á la mañana siguiente, apenas se supo que el oficial estaba preso, comenzaron á formarse grupos de milicianos y paisanos, que recorriendo la poblacion y engrosando por momentos, daban vivas á la Constitucion. A estos gritos siguieron otros menos inofensivos, y aquella muchedumbre desordenada, sin jefes que la dirigiesen, corrió á los conventos, incendió dos de ellos, buscando con furor á los religiosos para matarlos, y asesinando algunos. Durante doce ó trece horas, ni los esfuerzos de la autoridad, ni la presencia de la fuerza armada pudieron reprimir estos desórdenes, que la mayoría de la Milicia y de la poblacion contemplaba con indiferencia.

En la mañana del 6, algunos grupos de gente desalmada se entregaron al pillaje en los conventos acometidos y en casas particulares. Inmediatamente se pronuncia contra ellos la mayor y más sana parte de la Milicia urbana y del paisanaje; corren á las armas, persiguen á los ladrones, los apresan y entregan á la autoridad, pidiendo á voces su castigo. Al dia siguiente, dos de los más culpables fueron agarrotados, y el órden quedó restablecido.

Digna de atencion es la conducta observada por el verdadero pueblo zaragozano en los dos dias: ella debió demostrar al Gobierno dónde estaba el peligro, y dónde la salvaguardia del órden y de la tranquilidad pública.

Pero el Gobierno veia un demagogo y un enemigo del trono en cada liberal: hasta creia que muchos de ellos estaban en connivencia con algunos fingidos partidarios de D. Cárlos y otros conspiradores extranjeros para producir un cataclismo y destruir la monarquía en todos los paises de Europa [1]. En consecuencia, trató de conjurar la tormenta, mandando expurgar las filas de la Milicia de los miembros sospechosos; prescribiendo á los capitanes generales la creacion de *comisiones militares* para juzgar á los que *intentasen* turbar el órden; imponiendo penas á los afiliados en las sociedades secretas, etc.; y más tarde, sobrado tarde, ordenó la supresion de los conventos y monasterios de religiosos que no tuviesen doce individuos profesos, y los que estuviesen cerrados por efecto de las circunstancias. Esta última disposicion lleva la fecha del 25 de Julio.

Entre tanto, habia volado por toda España la noticia de las ocurrencias de Zaragoza, y la fermentacion revolucionaria iba creciendo á medida que se conocian las intenciones del Gobierno, más inclinado á reprimir y castigar, que á precaver los desórdenes con providencias capaces de calmar la ansiedad y la irritacion de los ánimos.

Más que en otras partes, era inminente la explosion en Cataluña, donde habia grandes elementos preparados para la lucha, y un encono profundo en las heridas abiertas por la férrea mano del despotismo. Comparábase á Llauder con el Conde de España, de funesta memoria, y se le atribuian siniestros propósitos. Rugia sordamente la tempestad; rebosaba la cólera en los pechos, cuando vino á provocarla un acto de crueldad cometido por un fraile, ó al menos, atribuido á sus instigaciones.

Regresando de Arnés ó de Gandesa un destacamento de urbanos de Reus, el 22

[1] En varios documentos se hallan consignadas estas creencias del Gobierno, que no hablan muy alto en favor de su perspicacia. Existia ya, ciertamente, entre nosotros un exíguo grupo de revolucionarios á la francesa, gritadores, *convulsionarios*, de esos que no sirven ni servirán jamás para otra cosa que para trastornar las cabezas del populacho más ignorante, desquiciar la sociedad, é imponer la dictadura de la guillotina ó la del sable; hijos de los terroristas del 93, padres de los socialistas de 1848 y de los comuneros de Paris. Existia esa mala levadura; pero la masa del partido liberal no iba por tal camino; idolatraba á Isabel II, y solo pedia las reformas y garantías políticas que eran debidas á la nacion.—Tambien existian carlistas disfrazados de liberales y de demagogos, y algunos malvados extranjeros, que atizaban la tea de la discordia para introducir la anarquía en el país; pero que solo encontraban arrimo en los *convulsionarios*. La conspiracion contra la monarquía y contra la nacion, donde estaba realmente era en el Ministerio y más arriba; en la corte y en el campo de D. Cárlos y entre todos sus partidarios, que la desacreditaban con sus pretensiones y con sus actos.

de Julio, fué sorprendido y derrotado por una partida carlista, en la cual iba un fraile que habia pertenecido al convento de franciscanos de la misma villa. Obedeciendo sus órdenes, segun se dijo, los facciosos asesinaron bárbaramente al capitan Monserrat y á seis urbanos, uno de ellos padre de ocho hijos, á quien crucificaron y sacaron los ojos. Este horrible detalle pudo no ser verdad; pero se le dió crédito, y consta en todos los impresos de la época, sin que nadie, que sepamos, se haya cuidado de desmentirlo.

Apenas llegaron á Reus los restos del destacamento, y cundieron por la poblacion las noticias de lo que habia pasado, la multitud llenó las calles rugiendo de ira y gritando venganza; y en lugar de salir en persecucion de los asesinos, corrió frenética y sedienta de sangre al convento de San Francisco, le puso cerco, y le prendió fuego por sus cuatro costados, no separándose de allí hasta que el edificio estuvo reducido á pavesas. Otro convento fué igualmente incendiado, pereciendo en las llamas ó á impulsos del hierro homicida cuantos religiosos cayeron en manos de las turbas desenfrenadas.

Cuando Llauder, que estaba en Esparraguerra, tomando las aguas de la Puda, tuvo noticia de estos terribles acontecimientos, autorizó á Colubí, comandante general de Tarragona para obrar con toda la energía posible á fin de reprimir y castigar aquellos desórdenes. Al presentarse Colubí ante las puertas de Reus, las encontró cerradas; y habiendo anunciado que venia á restablecer el órden, le contestaron los reusenses: — "Puede V. volverse; que el órden ya está restablecido."

Pronto se supo en Barcelona lo que acababa de pasar en Reus, corriendo además la voz de que en alguno de sus conventos se habian encontrado armas y otros pertrechos militares para los carlistas. Los religiosos de Barcelona, justamente alarmados, habian acudido á Llauder pidiéndole proteccion, y manifestándole sus deseos de abandonar secretamente los conventos; pero el general no quiso consentirlo, y es fama que les contestó: — "Duerman tranquilos, buenos padres; que aquí estoy yo."

Inexplicable de todo punto es la conducta observada por Llauder en esta ocasion; porque ningun motivo podia justificar su ciega confianza: mejor que nadie sabia él que el distrito de su mando estaba sobre un volcan, y que la enormidad del peligro solo era comparable á su propia impotencia para conjurarlo. Durmieron los padres confiados en la seguridad que les prometiera el general, y amaneció el 25 de Julio: dia terrible, que no olvidarán nunca los barceloneses.

Habíanse dado varias corridas de toros en Barcelona durante aquel verano, y en celebridad de los dias de la reina Cristina, se anunció la séptima para la tarde del 25. La plaza estaba cuajada de gente, atraida por la fama de las funciones anteriores, que habian llamado la atencion del público; pero dió la casualidad de que los toros lidiados aquella tarde fuesen malos, y al terminar la corrida, el descontento que hasta entonces no habia cesado de manifestarse, adquirió proporciones imponentes. Dábanse gritos desaforados, y en medio del barullo y de la confusion, comenzaron los espectadores á tirar los abanicos á la plaza, y tras de los abanicos, los asientos, los bancos, las barandillas y las columnas de los palcos. Pronto la multitud invadió el circo, acabó á palos con el último toro, y álguien tuvo la idea de que debia ser arrastrado para escarnio por las calles de Barcelona. Celebróse la ocurrencia, y cortando un pedazo de cuerda de la contrabarrera, la ataron al cuello de la res, que á poco era arrastrada y seguida por una turba numerosa con alboroto y algazara.

Serian las siete y media cuando aquella muchedumbre comenzó á invadir la Rambla, infundiendo alarma entre la gente tranquila que por ella se paseaba; pues ya entonces habian sido arrojadas algunas piedras á las ventanas del convento de Agustinos descalzos, y á la confusa griteria de las turbas, estacionadas delante del de San Francisco, se mezclaban las voces fatídicas de *¡ Mueran los frailes !* Hubo además un amago de incendio, prendiéndose fuego á las puertas de este convento, *para asar el toro*, segun vociferaban los alborotadores; pero bastó la intervencion de los vecinos para alejar de allí la turba y apagar las llamas.

Entrada ya la noche, nuevos grupos, que iban engrosando por momentos, se formaron en la plaza del Teatro y en otros parages de la Rambla: en vano el piquete del Teatro y alguna caballería destacada de Atarazanas intentaron dispersarlos: se retiraban de un punto, y aparecian en otro; y los que se internaban por las calles, corrian como torrente desbordado, creciendo en número, dando gritos feroces, y distinguiéndose entre aquellas turbas algunas mujeres que, á la manera de vengativas furias, airado el rostro, suelta al aire la sucia cabellera y armado el brazo de la incendiaria tea, incitaban con sus ahullidos y ademanes la rabia de los hombres.

Ausentes de Barcelona el capitan general y el gobernador de la plaza, solo el teniente de rey D. Joaquin Ayerbe, con las escasas fuerzas de que disponia, iba de unas á otras partes procurando contener el tumulto. Inútiles afanes: ni era posible acudir á todos los puntos amenazados, ni el empleo de las armas habria servido más que para dar incremento á la cólera popular.

¡Fuego á los conventos! ¡Mueran los frailes! eran los gritos que por do quiera resonaban; y las llamas invadieron el convento de Carmelitas descalzos, llamado de San José [1], que en breve espacio ardió, presentando el aspecto de una hoguera inextinguible. Corrieron en seguida las turbas á la inmediata calle del Cármen, y deteniéndose ante las puertas del convento de Carmelitas calzados [2], pegaron fuego á la iglesia, mientras en otro extremo de la ciudad se levantaba una columna de humo sobre el magnífico edificio de Santa Catalina, que tambien era presa del voraz incendio [3].

Poco después ardian los conventos de Trinitarios descalzos [4], y el de Agustinos calzados [5]; y al mismo tiempo que las turbas celebraran con ruidosos clamores y carcajadas su bárbaro triunfo, los infelices religiosos huian despavoridos en todas direcciones buscando un asilo contra el fuego y el hierro, se escapaban algunos por las cloacas, y otros permanecian escondidos en los sótanos implorando la misericordia del cielo.

Noche horrible fué aquella, en que la saña popular convirtió en mártires á muchos que de nada eran culpables. Pero cosa digna de notarse: ni los rugidos de las turbas enfurecidas, ni el espectáculo de cinco edificios ardiendo, ni la amenaza del exterminio suspendida sobre la cabeza de todos los religiosos, ni el plañidero toque de las campanas pidiendo socorro bastaban á conmover los ánimos de la mayoría de la poblacion, que presenciaba estas escenas sin otro sentimiento que el de la caridad y conmiseracion hacia los fugitivos, á quienes acogian los vecinos en sus casas ó arrebataban de las manos de sus perseguidores. La mediacion del vecindario impidió el incendio de varios conventos por el peligro de que el fuego se propagase á otros edificios contíguos, ó por temor á la proximidad de alguno al parque de artillería.

El convento del Seminario, situado junto á las murallas, fué atacado por un grupo de pocas personas; pero los frailes se defendieron haciendo fuego desde las ventanas, hiriendo algunos de los agresores y ahuyentando á los demás [6].

[1] Se hallaba situado en la Rambla donde ahora existe el mercado de su nombre.

[2] En este convento se estableció después la Universidad literaria.

[3] En el solar de este convento se construyó una plaza mercado.

[4] Estaba en la Rambla, donde ahora existe el teatro del Liceo.

[5] A la entrada de la calle de San Pablo. Destinado á fábrica y fundicion de hierro, ha sido demolido últimamente, levantando casas en su terreno.

[6] Este convento fué destinado después á cárceles nacionales.

Los capuchinos de Santa Madrona, cuyo convento estaba en la montaña de Monjuich, al saber lo que sucedia en la ciudad, derribaron las escaleras, y haciéndose fuertes en lo alto del edificio, se aprestaron á defenderse á todo trance.

No deja de ser significativo que en estos dos conventos, notables por su respectiva situacion topográfica, hubiese armas.

A la madrugada fué cesando el tumulto, de igual modo que se extinguian por sí mismas las llamas entre los escombros humeantes. Casi todo lo que no devoró el incendio se encontró intacto en las iglesias y en las celdas de los conventos acometidos. Ni se atentó lo más mínimo contra las monjas, ni se insultó á los clérigos, ni se cometió ningun robo, á pesar de que muchas casas particulares permanecieron abiertas durante la noche. Solo diez y nueve ó veinte religiosos, segun cálculo prudencial, perecieron en el fuego, ó bajo los golpes de los asesinos: los demás, en gran número, fueron recogidos por la mañana en las casas ó en sus conventos; y escoltados por la tropa y milicianos, que los defendian de los insultos del populacho, se les condujo á los fuertes [1].

IV.

Las autoridades que nada habian hecho para evitar, ni menos para reprimir ó atenuar siquiera los terribles desórdenes de la noche de Santiago, el comandante general de las armas y el gobernador civil, de acuerdo seguramente con Llauder, publicaron el dia 27 una proclama, en la cual decian:

"Disposiciones fuertes, enérgicas, sin contemplacion ni miramiento de clases ni

[1] Segun Pi y Molist, en su continuacion de *Barcelona antigua y moderna*, con referencia á un manuscrito, los religiosos muertos fueron unos 73, ignorándose los que perecieron en las llamas. Hay sin duda exageracion en este número, que por otra parte no era difícil de averiguar con exactitud. Segun el mismo autor, el 26 de Julio fueron conducidos á Monjuich 282 frailes, y á la Ciudadela, 80 ó 90 de varias religiones, habiendo quedado en Atarazanas los priores y procuradores de las órdenes respectivas: en la noche del 26 al 27, se recogieron otros 70 en las casas particulares, donde se habian refugiado.

Los frailes del convento de San Francisco de Asís, se escaparon por una cloaca saliendo al mar; y trepando por las rocas que hay al pié de la muralla, se refugiaron en Atarazanas.

Era excesivo el número de conventos que habia en Barcelona, para una poblacion ahogada por las murallas, que reducian á estrechos límites su recinto. Solo en la Rambla se contaban 6 conventos de frailes, á saber; Agustinos descalzos; San Angel Mártir, de carmelitas calzados; Mercenarios, donde ahora está la fonda de Oriente; Capuchinos, que comprendia un extenso perímetro, entre la Rambla, calles de Fernando VII y Escudillers; San José, de Carmelitas descalzos, y el colegio de Jesuitas.

personas se seguirán en breve, y la terrible espada de la justicia caerá rápidamente sobre las cabezas de los conspiradores y sus satélites. Tal es la voz de la ley, *tal el empeño de la autoridad superior del Principado*, que lleno de saludable prevision y decidido anhelo por la felicidad de esta importante cuanto recomendable capital, anticipó ya sus órdenes y dictó medidas de visible prudencia para el caso del desgraciado acontecimiento..... Barceloneses todos, unios á vuestras autoridades para ahogar en su seno la furia liberticida. Pública os es su lealtad y patriotismo; nada debe retraeros cuando la Patria, el honor, una reina inocente, unas leyes venerandas os buscan por templado broquel donde se estrellen las maquinaciones de nuestros enemigos comunes. Si contra nuestras esperanzas desoís el sincero aviso de fieles consejeros; si por apatía, ó vergonzoso temor, acallais generosos sentimientos, entonces vuestras vidas, vuestros intereses se comprometen; mas no hará vacilar vuestra desercion de las filas del virtuoso ciudadano la conducta que las autoridades se han propuesto sostener á todo trance. Los malvados sucumbirán del mismo modo por el peso de la ley en un juicio ejecutivo, que fallará la comision militar, con arreglo á las órdenes vigentes. Al recordaros la existencia de aquel tribunal de excepcion, es justo advertiros que incurrireis en delito sujeto á su conocimiento, si á las insinuaciones de la autoridad competente no se despeja cualquier grupo que infunda recelo á la misma. El arresto seguirá á la infraccion, el fallo á la culpa, y las lágrimas del arrepentimiento serán una tardía expiacion del crímen.„

Nada es tan peligroso como las bravatas en boca de la autoridad; nada tan provocativo como las amenazas dirigidas á un pueblo entero, á quien se trata de sojuzgar y oprimir en castigo de culpas que la generalidad rechaza, y cuando ese pueblo ha tomado la resolucion de repeler la fuerza con la fuerza. Barcelona entera no era culpable de las atrocidades cometidas en la noche del 25, y en el fondo de su conciencia echaba toda la responsabilidad sobre el que no supo ni quiso evitarlas. ¿Cómo habia de resignarse á sufrir el yugo del despotismo que se le anunciaba, y para lo cual se pedia su cooperacion?

El mismo dia que se publicó la proclama, cuyos párrafos hemos transcrito, entró Llauder en Barcelona con 260 hombres; y la noticia de su llegada produjo una alarma y consternacion general. Corrió por todas partes la voz de que venia dispuesto á llevar á cabo las medidas de rigor anunciadas, y que al efecto habia mandado concentrar en la capital las fuerzas de la Montaña. Los gritos de *¡Muera Llauder! ¡Muera el tirano!* resonaron aquel dia en muchos puntos de la poblacion.

Llauder, entre tanto, reunia en Palacio los jefes de la guarnicion y de la Milicia, y adoptaba algunas disposiciones para reprimir cualquier tumulto, y para que se facilitase la evacuacion de los conventos de la provincia, solicitada por los religiosos, cuando ya las llamas devoraban el monasterio de Benedictinos de San Cucufate del Vallés, el convento de Recoletos de Riudoms y otros, y de Mataró le pedian auxilio para contener iguales desórdenes.

Pasó Llauder la noche en la Ciudadela, y al amanecer del 28 marchó á Mataró, dando órden para desalojar el palacio, del cual se sacó todo su equipaje; pero antes de partir de Barcelona, á la que no debia volver, dejó escrita una alocucion, que, lejos de tranquilizar los animos, fué un nuevo motivo de alarma; pues decia: "que, confiaba al ejército, á la milicia, á las autoridades y al vecindario la conservacion del órden; que los bandos y órdenes de la autoridad serian ejecutados instantanea é irremisiblemente; que marchaba con esta confianza, dejando reforzada la guarnicion, lo cual era ya un mal, porque disminuia sus recursos, y que seria todavía más sensible distraer las tropas del campo, donde defendian con gloria el trono y la libertad, para venir á reprimir y castigar á un puñado de asesinos, que seria mengua prolongase sus crímenes.„

La impresion que estas palabras produjeron se halla expresada en términos concretos por un testigo presencial de aquellos sucesos. "¿Qué podia prometerse Barcelona con tan funestos augurios? Los cadalsos de la fatal época del Conde, las húmedas mazmorras, los pesados grillos, la deportacion y el atroz despotismo [1].„

Por dimision de Saquetti, comandante general de las armas, se encargó del mando de la plaza el dia 29 de Julio D. Pedro María Pastors, el cual, después de haber reunido á las demás autoridades y á los prohombres de los gremios, que se mostraron indignados de los excesos cometidos, por indicacion de la Junta de comercio y de acuerdo con esta, hizo nombrar una junta permanente de tres de sus individuos, tres prohombres y tres concejales, para que velase constantemente por la tranquilidad pública. La primera providencia de esta junta fué pedir á Pastors 2000 fusiles para armar otros tantos individuos á fin de auxiliar á la autoridad: pero solo pudieron armarse 300 hombres, y otros ciento cincuenta de los matriculados de mar.

Adoptó Pastors otras providencias, en tanto que Llauder, vencedor de los sediciosos de Mataró, y habiéndolos disuelto en Granollers, daba instrucciones al gene-

[1] *Las Bullangas de Barcelona.*

ral D. Pedro Nolasco Bassa para que, reemplazándole en el mando, pasase á Barcelona con una division de tropas escogidas, á fin de imponer y castigar á los perturbadores del órden. Apenas se supo esto en Barcelona, creció la agitacion de los ánimos; por lo cual previno Pastors á Bassa que se situase con su division en el Bruch, y le remitiese toda la caballeria posible.

Antes de esto, la autoridad militar habia anunciado por medio de un bando, que á cualquier hora y por cualquier motivo que se perturbase la tranquilidad, un cañonazo disparado en Atarazanas y otro en la Ciudadela seria la señal de alarma, y que repetida un cuarto de hora después, todo individuo que se encontrase en la calle seria tratado como revoltoso.

V.

Una atmósfera de fuego pesaba sobre Barcelona, donde reinaba esa aparente calma que precede á las grandes tempestades. El movimiento iniciado con la quema de los conventos no era un accidente fortuito, como las causas inmediatas que lo precipitaron: era la consecuencia de veinte meses de guerra, y de veinte años de esperanzas defraudadas. A los preparativos de resistencia que hacian las autoridades de Cataluña, y á las voces alarmantes que se propalaban, contestó la revolucion con una hoja, que se repartió profusamente el 2 de Agosto en el teatro, y en las calles y plazas.„

Este papel, notable por más de un concepto, y que generalmente fué muy bien acogido, se titulaba: *¿Qué quiere el pueblo?* Decia en sustancia: "Que el pueblo tenia dos proyectos muy meditados: el de la noche del 25 se limitaba á dar una séria leccion al Gobierno de que no se debe abusar de la sensatez y probidad de una nacion: que se convierte la moderacion en desconfianza, y últimamente en desesperacion, siempre y cuando se ve que un gobierno habla mucho, y nada hace; promete, y jamás cumple, y que toda su política consiste en mantener al pueblo en cierto equilibrio entre el temor y la desconfianza, sin darle ninguna garantía, sin proporcionarle la decantada seguridad personal, y sin libertarle de tiranos provinciales que le oprimen: demostrar que el pueblo sabe hacer, y hace en pocas horas, lo que el Gobierno no ha querido hacer en muchos años por medio de leyes sabias y

conformes á las circunstancias del siglo: que en la ejecucion del proyecto no se traspasaron sus demarcados límites, y que á los gritos de libertad, el pueblo, lejos de codiciar lo ajeno, solo queria librar lo suyo propio de las clandestinas rapiñas de aquellas clases, que sin prestar favor alguno á la sociedad, quieren usurariamente ser recompensadas; que por todas partes respira en ellas grandeza, lo que debiera ser pobreza, y que lo tienen todo, cuando confiesan no tener nada..... El segundo punto (continuaba) era meramente personal: que el pueblo queria dar la leccion de que Cataluña no debe ser patrimonio de tiranos, y arredrar con un condigno castigo al tercero que tal vez bajo diferentes bases tratase de seguir la táctica de los primeros...„

Rechazaba el impreso con indignacion la especie vertida por el periódico *El Vapor,* que se suponia redactado bajo la inspiracion de Llauder, de que se tratase de incendiar las fábricas; á propósito de lo cual decia: "*Jamás al fiero bruto ha despedazado la teta que le da vida, ni el errante salvaje el bosque que le mantiene:* Barcelona no será menos agradecida que aquellos, ni nunca la industriosa capital llegará á desconocer sus verdaderos intereses [1]: se trata de la destruccion del periódico llamado *El Vapor,* cuyo nombre medio articulado, oido por la autoridad, la ha inducido á echar mano de la igualdad del nombre para desconceptuar á los reformistas...„

"El pueblo quiere (proseguia) y obtendrá, cualesquiera que sean los grados de resistencia, la libertad civil, cuya piedra angular sea una legislacion sabia, justa y benéfica, que asegurando los derechos de los ciudadanos, mande respetar su estado, y limite las prerogativas del poder; y que sentado el principio de que el hombre libre no es patrimonio de nadie, haga reconocer el otro de que *el Rey es para la Nacion, y no la Nacion para el Rey...* El pueblo no debe ni puede tolerar que se le diga que se ha instituido un gobierno civil para dirigirle, y que en el hecho solo vea los caprichos de un déspota... El pueblo no quiere que, cuando se le dice que estamos en el precioso siglo de la regeneracion, *suceda lo que siempre, de ser primero el castigo que la averiguacion del supuesto crímen,* y que la informacion de la ley que lo califique.„

"Ciudadanos y urbanos, *¡ Viva la libertad! ¡ Muera el traidor!* (concluia diciendo el impreso). Acordaos de vuestros juramentos, y perseverad en los mismos. ¡Valientes del ejército! recibid el sincero entusiasmo de un pueblo que os aprecia por

[1] Sin embargo, no faltaron entonces, ni han faltado despues fieros brutos, que despedacen la teta que les da vida.

vuestro valor, por vuestro patriotismo, por vuestra cordura, y por la armonía que con él conservais. Acordaos que sois españoles, que esta nacion no ha presentado jamás la degradante escena de pelear el ejército contra el pueblo, que sois dignos defensores de la libertad, y no viles instrumentos de un tirano. Confiad en el pueblo, como el pueblo confia en vosotros, y ambos en los patriotas que os dirigen la voz, aguardando preparados la señal del combate: la experiencia os ha enseñado que no es dudosa la lucha del hombre libre y del débil esclavo.„

Al mismo tiempo que el público leia el anterior escrito, simpatizando con sus ocultos autores, aparecian varios pasquines aclamando la Constitucion de 1812. Muchas personas que hasta entonces habian permanecido retraidas ó indiferentes se asociaron al movimiento; porque el interes era comun, justa la causa, general el peligro y necesaria la defensa.

El guante estaba arrojado: lo recogió el general Bassa, que con su columna, desentendiéndose de las prevenciones de Pastors, se vino para Barcelona. En la tarde del 4 circuló esta noticia; creció con ella la alarma, y aquella misma noche se celebró una junta secreta, compuesta de distinguidos patriotas, "en la que se acordó dar á la España y á la Europa entera un ejemplo de heroismo, y á los tiranos una dura leccion, que les hiciera conocer cuánto puede un pueblo que á todo trance quiere ser libre [1].„ En la mañana del 5, apareció fijada en las esquinas de las calles una enérgica proclama [2], que por sí sola habria bastado á sublevar los ánimos, ya sobradamente excitados, y en la cual se hacia un llamamiento al ejército, á la milicia, á todos los ciudadanos, para que acudiesen á resistir la tiranía y evitar la ruina de la patria. "Guerra á los tiranos que quieren oprimirnos, concluia diciendo este documento, y que se han quitado la máscara con que nos habian engañado: que el movimiento sea unánime, y sea nuestra divisa: *¡ Abajo los tiranos, viva Isabel II, viva la libertad!*„

Aquella misma mañana entró en Barcelona el general Bassa, que habia dejado en Sans su columna; y cual si quisiera desafiar la cólera del pueblo, atravesó las calles de la ciudad, acompañado de un ayudante. Noticioso Pastors de su llegada, le salió al encuentro, y juntos fueron á Palacio, en cuya plaza resonaron muy luego los gritos de la muchedumbre amotinada.

La ciudad entera estaba en conmocion: fórmanse numerosos grupos en la Ram-

[1] *Las Bullangas de Barcelona.*

[2] Véase el documento número 3.

bla; dánse atronadores vivas y mueras; las mujeres huyen; ciérranse las puertas de las casas; las fábricas suspenden sus trabajos y quedan instantáneamente abandonadas, y á punto de medio dia, el estampido del cañon anuncia desde Atarazanas que ha llegado la hora del conflicto. Suena otro cañonazo en la Ciudadela, y á sus ecos responde por todas partes un grito unánime: *¡A las armas!* La Milicia se reune en la plaza de San Jaime; y desplegadas las banderas, tambor batiente y con el Ayuntamiento á la cabeza, marchan los batallones á situarse en columna cerrada en la plaza de Palacio. Una inmensa muchedumbre se agita y ruje al pié de aquel edificio, mientras varias comisiones del Ayuntamiento y de la Milicia, y otras personas respetables suben á ver al general Bassa, y le suplican que se retire á la Ciudadela ó deponga el mando y ceda, si no quiere atraer sobre Barcelona un dia de luto y desolacion. Pastors une sus ruegos á los de los demás, diciéndole por último, que se decida pronto á ceder ó á resistir.

La situacion era crítica, violenta, y no daba espera: en la plaza, la multitud blandia las armas, dando gritos atronadores de: ¡Viva la libertad! ¡Mueran Llauder y Bassa! ¡Viva el pueblo! ¡Mueran los tiranos! La Milicia permanecia formada y silenciosa; y la tropa, que habia entrado de Sans y ocupaba el edificio de la Lonja, lejos de hostilizar al pueblo, simpatizaba con él.

A los ruegos de las comisiones, á las amenazas que llegaban á sus oidos, contestó Bassa resueltamente: "Vengo aquí para cumplir las órdenes de Llauder, y las cumpliré poniendo en ejecucion los castigos. Se me dice que el pueblo no quiere. Veremos quien puede más, *el pueblo ó yo.*„ — A las nuevas y repetidas instancias de las autoridades y demás personas allí reunidas, replicó el general con energía: "*Ó el pueblo ó yo antes de una hora.*„

Con la celeridad del rayo circuló entre el pueblo la última resolucion de Bassa; un grupo se desprende de la muchedumbre, corre á la iglesia de Santa María, invade la tribuna que por una galería cubierta se comunicaba con el palacio, y entra en este, cuyos salones encuentra desiertos. En aquel breve intervalo de tiempo, el general habia consentido en resignar el mando, y algunos de los comisionados, agitando los pañuelos desde el balcon principal del edificio, lo anunciaban al pueblo, que celebraba su triunfo con aclamaciones de alegría. Las bandas militares tocaban el himno Riego. Entre tanto, los amotinados que entraron en Palacio por la galería, llegaban al salon llamado de los Ayudantes, donde salió á contenerles el general Pastors, diciéndoles que ya todo estaba arreglado, y que Bassa se habia ido. En

efecto, este acababa de salir de su despacho por una escalera estrecha que conducia á las oficinas de Estado Mayor. ¿Por qué fatalidad cruel vino á presentarse en una de las puertas de aquel salon? Verle los invasores, y arrojarse sobre él, todo fué á un tiempo. Colócase Pastors delante de Bassa, y juntos rotroceden hasta un ángulo de la sala, donde el primero intenta cubrir al segundo con su cuerpo, abriendo los brazos y presentando el pecho á la muerte. Dos pistoletazos, disparados á quema-ropa, terminaron esta escena terrible: el uno quemó la sien izquierda de Pastors; el otro le pasó la faja y el uniforme, hiriendo mortalmente á Bassa, que cayó al suelo apretando la mano á su noble defensor y diciéndole: — *¡Gracias, compañero mio, mil gracias!* [1]. La turba se precipitó en seguida sobre él, y arrastrándole hasta el balcon, le arrojó á la plaza.

Un tropel de gente desalmada se apoderó entonces de aquel ensangrentado cadáver, y atándole una cuerda á los pies, le llevó arrastrando por las calles hasta la Rambla, donde otra turba de amotinados habia invadido la subdelegacion de policía, y arrojando los papeles por las ventanas, formaba con ellos una vasta hoguera. El cuerpo mutilado de Bassa fué colocado sobre aquella pira y consumido por las llamas.

¿Era esto lo que queria el pueblo? ¿Podian llamarse liberales los que así mostraban su aficion á los autos de fé?

Mientras se consumaba en la Rambla este horrendo crímen, otras turbas asaltaban las oficinas de los comisarios de policía, sacaban á la calle los papeles y muebles y les pegaban fuego, al mismo tiempo que era derribada en la plaza de Palacio la estátua colosal de Fernando VII, que habia mandado erigir Cárlos de España.

El desórden no cesó en toda la tarde, y al anochecer las llamas de un incendio enrojecieron la atmósfera: estaba ardiendo la fábrica de Bonaplata, Vilaregut, Rull

[1] Se ha referido de varios modos la muerte del general Bassa. Unos dicen que la turba le encontró sentado en su despacho, teniendo en la mano todavía la pluma con que acababa de firmar su dimision, y que allí fué acometido, habiendo sacado la espada para defenderse. Otros cuentan que le encontraron oculto detrás de una mampara, que cubria el general Pastors y algun otro militar. En lo esencial todos concuerdan, y por nuestra parte hemos seguido la version que nos parece más verosímil.

Respecto á los matadores no se sabe quienes fueron. En una nota diplomática pasada poco despues al Gobierno francés por nuestro Embajador en Paris, se afirma que *alguno de los prófugos del proceso formado en Francia con motivo de la insurreccion republicana de Abril de* 1834, *capitaneaba los grupos que asesinaron al general Bassa.* Sea de esto lo que quiera, es indudable que, en aquellos dias, encerraba Barcelona elementos extraños del peor género, algunos de ellos ajenos á la revolucion, y otros enemigos de ella, dispuestos á mancharla con los crímenes más feos y repugnantes. Por lo demás, el infortunado Bassa se buscó él mismo la muerte, y fué víctima de su pundonor militar.

y compañía, la primera de vapor que se habia establecido en Cataluña, con maquinaria moderna, y que apenas contaba dos años de existencia [1]. No eran, no podian ser otra cosa que malhechores y enemigos de España los que cometieron este acto de vandalismo. Jefes de la Milicia eran los dueños de aquella fábrica, y quince ó más urbanos perecieron ó fueron heridos en su defensa. El oro extraño movió á los incendiarios, entre los cuales habia sujetos conocidos por sus antecedentes absolutistas, mezclados con gitanos y gente perdida.

Estos mismos asaltaron la Aduana en la mañana del siguiente dia, con ánimo de entregarse al pillaje y al saqueo; pero acudiendo con prontitud la tropa y los milicianos, dispersaron á los salteadores, y prendieron algunos [2].

Por aclamacion del pueblo se habia encargado interinamente del mando, como capitan general, D. Pedro Pastors; el gobernador civil, D. Felipe Igual, dejó su puesto, reemplazándole su secretario D. José Melchor Prats; y al mismo tiempo se instaló una junta de autoridades, á la que se agregaron cinco delegados del pueblo, y cuyas acertadas y prontas providencias restablecieron el órden, librando á la ciudad de los malhechores que la infestaban, y que sólo descrédito y repulsion podian atraer sobre la causa liberal.

No satisfizo, sin embargo, esta junta los deseos de la generalidad, y por indicacion de la misma se nombró otra auxiliar consultiva, compuesta de doce miembros, libremente elegidos por los colegios de gremios, los fabricantes, los comerciantes, los nobles y hacendados y los cuerpos de la Milicia. Esta corporacion elevó á la Reina gobernadora una representacion pidiendo que se convocasen Córtes extraordinarias para ocuparse en la formacion de una ley fundamental, que asegurase la libertad de los españoles [3]. De este modo, el furioso motin se convirtió en revolucion ordenada.

El movimiento iniciado en Barcelona se propagó primero á todas las provincias que componian la antigua Corona de Aragon, y despues al resto de la Península, excepto el territorio dominado por los carlistas. En Tarragona fueron expulsa-

[1] Esta fábrica modelo habia sido fundada bajo los auspicios de Fernando VII, que convencido de la necesidad de dispensar á la industria una proteccion decidida, hizo á sus fundadores el donativo de 60,000 duros y de un extenso terreno.

[2] Juzgados por un consejo de guerra y condenados, al dia siguiente 7, sufrieron la última pena Mariano Garri y Narciso Pardinas, que habian tomado parte en el incendio de la fábrica de Bonaplata. Igual pena sufrieron pocos dias despues Blas Cornet, cabecilla carlista, uno de los asaltadores de la Aduana; Alejo Brell, José Prats y Juan Gualdo, como complicados en el incendio de la citada fábrica; y más adelante Miguel Arqués, conocido por el *Estudiant murri*, polizonte del tiempo de Cárlos de España, delator de muchos de los perseguidos por este general, y últimamente cómplice en los desórdenes que vamos refiriendo.

[3] Vease el documento número 4.

das las autoridades, se cometieron asesinatos y otros excesos. En Valencia estalló el movimiento el 5 de Agosto á media noche, pidiendo el castigo de los carlistas que allí habia presos; fusilando á siete, entre ellos el canónigo Ostolaza, y embarcando un centenar para el presidio de Ceuta. En Zaragoza se reunieron las personas de más prestigio y valía, y sin el menor desórden, se instaló el dia 9 una junta, que dictó inmediatamente las más acertadas providencias, y elevó al Trono una exposicion notabilísima, pidiendo la pronta convocacion de Córtes y otras medidas urgentes [1]. — En Alcañiz se prendió fuego al convento de Capuchinos: en Monzon, Tarazona, Barbastro, Mallen y otros puntos se proclamó la Constitucion de 1812.

Los desórdenes de Valencia cundieron á Murcia y su provincia, donde fueron incendiados varios conventos, á pesar de los esfuerzos con que los verdaderos liberales procuraban reprimir estos y otros excesos. Cometiéronse asesinatos y robos, hasta que los vecinos honrados, con las autoridades y la Milicia lograron dominar la anarquía.

Mientras la revolucion se propagaba, celebróse en Madrid, el 14 de Agosto, un gran consejo de todos los ministros, al que asistieron el de Regencia y otras autoridades, viniendo expresamente de la Granja á presidirlo la Reina Gobernadora. En esta reunion se acordó "resistir á las exigencias que se presentaban como necesidades públicas, en vez de estudiarlas para satisfacerlas en lo posible [2].„

Al dia siguiente hubo toros en Madrid, y al retirarse de la plaza la fuerza de la Milicia, dió vivas á la libertad y á la Reina. Llegado que hubo el piquete á su cuartel, que estaba en la plaza Mayor, salieron los tambores tocando generala, y no tardó en reunirse toda la Milicia. Pero allí no habia plan ni concierto; faltaba direccion [3]; nadie se entendia: los señores Olózaga (D. Salustiano) y Borrego, que

[1] Véase el documento número 5.

[2] Pirala, obra citada.

[3] Se habia contado con el famoso Aviraneta, director de la *Isabelina*, que estaba preso con otros muchos en la cárcel de Corte, donde á un tiempo conspiraba y descubria conspiraciones carlistas. Fueron á buscarle para que diese un plan de alzamiento, y sentándose á una mesa escribió lo siguiente: «Pasado mañana, 15 de Agosto, hay funcion de toros, y da el piquete en la plaza la Milicia. En vez de disolverse en la plaza Mayor, tocarán sus tambores generala, esparciéndose por la poblacion, y los de los demás batallones regresando á la plaza como punto de reunion. Se ocuparán las casas de la plaza, y se harán barricadas en las avenidas de los arcos. Tambien se ocupará el telégrafo para impedir que se avise al Gobierno. (Estaba en la Granja). Una compañía se posesionará de la Puerta de Hierro, é impedirá el paso al Sitio. Hecho esto, se pondrá inmediatamente en libertad á Aviraneta, que dirá lo demás que deba ejecutarse.»

Ni se hizo todo lo que prevenia el hábil conspirador, ni nadie se acordó de ponerle en libertad hasta las once del dia siguiente.

estaban de acuerdo con el general Quesada, y no creian oportuno el momento de que Madrid se pronunciase, hicieron como que redactaban una exposicion á la Reina, (que llevaban ya escrita), pidiendo más garantías políticas, y más decision contra los enemigos del trono. Pasó la noche y el dia siguiente; la milicia y la tropa sobre las armas, sin hacer nada y manteniendo la poblacion en zozobra. Cesó al fin la ansiedad, retirándose á sus casas los milicianos, y dejando abandonados 500 fusiles en la madrugada del 17.

Al dia siguiente hubo un motin carlista en los barrios bajos; y las turbas, incitadas por las más inmundas mujerzuelas, persiguieron de muerte á los nacionales.

VI.

A consecuencia de los anteriores sucesos, el Gobierno, cuya vista parecia no alcanzar mucho más allá del horizonte de Madrid, quiso proceder con rigor, poniendo la capital en *estado de sitio,* cosa nueva en España, é importada de allende los Pirineos; sorprendiendo en su cama y encerrando en la cárcel á varios representantes de la Nacion, lo cual ya era más conforme con nuestras tradiciones absolutistas; persiguiendo á otros procuradores, que lograron burlar las pesquisas de la policía; disolviendo algunos batallones de la Milicia urbana, y prohibiendo la publicacion del periódico *El Eco del Comercio,* francamente adicto al movimiento iniciado en las provincias. Por último, se creó la correspondiente comision militar, entrando así de lleno en las vias de represion, cuyo solo anuncio habia producido tan funestos resultados en Barcelona.

Málaga, Cádiz, Sevilla, Granada, Córdoba y Huelva se levantaron casi á un tiempo á los pocos dias. Como en Andalucía no habia facciones que combatir, la revolucion fué más pacífica que en el Oriente de España, y se resolvió enviar las tropas y la Milicia á Despeñaperros, para impedir el paso á las fuerzas que pudiera mandar el Gobierno.

Hasta en la reposada Castilla hubo movimientos análogos, y en todas partes se constituian juntas, cuyas peticiones, algo diversas entre sí, estaban animadas en el fondo de un comun espíritu, muy digno de notarse; porque forma contraste con los propósitos del Gobierno, y con las tendencias que este se empeñaba en atribuir

á la revolucion. Todas las juntas pedian, bajo una ú otra forma, el establecimiento de un régimen liberal verdadero, y todas aclamaban á la Reina con las más vivas muestras de adhesion y fidelidad. La de Málaga llegaba á decir: "Siempre amamos y respetamos á V. M.; siempre somos súbditos fieles de vuestra excelsa hija: en su defensa moriremos con nuestras mujeres y nuestros hijos; pero en cambio, declárense nuestros derechos en un código liberal bien redactado; afírmense con garantías materiales, para que no se nos arrebaten de nuevo, y se nos disputen por las mismas personas que otras veces los han proclamado [1]."

En esta situacion; cuando tales votos se elevaban á los piés del Trono desde todos los ángulos de la Península donde no dominaba D. Cárlos, apareció un manifiesto suscrito por la Reina gobernadora, y sin la firma de ningun ministro responsable, que, segun dice un historiador moderado, "tenia evidentemente por objeto comprometer al Trono en la contienda, haciéndolo hasta cierto punto incompatible con la causa de la revolucion [2]."

En efecto, aquel memorable documento ponia en boca, y bajo la responsabilidad exclusiva de la Reina Cristina, las siguientes palabras:

"He resuelto, en fin, reprobar altamente la desobediencia, los descarríos y los torpes y abominables hechos de algunos individuos, y *señalar de nuevo á la Nacion el camino que desde muy á los principios he trazado á mi Gobierno, y del que de manera alguna me desviaré,* como el medio más adecuado de llegar al término de asegurar la felicidad de España, conciliando los intereses y derechos del Trono con los de la Nacion. Este será el de las mejoras prudentes y sucesivas que consiente el estado del reino, sirviendo de base el Estatuto Real, y dando á uno y otro el detenido desarrollo y aplicacion que las circunstancias reclamen; mas siempre por el modo legal y único que indican las instituciones actuales, y es el de las Córtes divididas en Estamentos. Cualquiera otro llevaria á inevitable ruina, pudiendo comprometer hasta la independencia misma de la Nacion. Por tanto, he dispuesto que mis ministros, no apartándose de esta senda, repriman vigorosamente al que se quiera alejar de ella, adoptando providencias que, al paso que anuncien olvido y reconciliacion para aquellos que, no siendo incendiarios ni asesinos, se sometan en breve tiempo á mi Gobierno, indiquen tambien y manden aplicar castigos prontos y severos á los que insistan en sus extraviados y criminales intentos, resuelta yo á no perdonar medio

[1] Véase el documento número 6.

[2] *Historia pintoresca del reinado de Doña Isabel II.*

para alcanzar el fin importante y sagrado de restituir la tranquilidad al reino.„

El Gobierno, por su parte destituia capitanes generales, y nombraba otros, que las provincias anunciaban estar dispuestas á recibir á tiros; mostrábase débil otorgando algunas concesiones, que las juntas habian ya resuelto y planteado, y al mismo tiempo insultaba de mil maneras á los pronunciados, publicando artículos en *la Gaceta*, en los cuales llamaba á los autores de la frustrada insurreccion de Madrid, "hombres violentos, ignorantes, sin moralidad ni mérito alguno, cobardes que nunca han querido ni merecido cumplir con sus obligaciones.„ Ante la firmeza de las provincias, decia: "que habia pasado ya el tiempo de las consideraciones; que se acercaba la hora de la justicia; que desgraciado del que se pusiera bajo su inexorable segur; que el Gobierno estaba resuelto á no tolerar por más tiempo semejantes escándalos.„ Por último, quiso hacer alarde de su poder mandando disolver las juntas, declarándolas ilegales y usurpadoras, y á sus miembros responsables de los fondos públicos, etc. Todo esto no produjo otro efecto que el de embravecer la revolucion, que se extendió á Extremadura y Galicia, y trocó las súplicas en amenazas. Las tropas que el Gobierno enviaba para reprimirla se pasaban á los sublevados.

Las juntas, que se componian de las personas más respetables por su posicion y prestigio; que contaban en su seno grandes capitalistas, altos magistrados, generales, hombres de ciencia y de reputacion acrisolada, y que tenian el apoyo decidido del pueblo, vieron herida su dignidad, y contestaron á las provocaciones del Gobierno desafiando su poder. La de Zaragoza decia en un célebre manifiesto: "No más treguas, no más fantasmas, no más apatía, no más abusos, no más dictaduras, no más transacciones ominosas. Estos son nuestros votos generales y unánimes.„ — Y pocos dias despues añadia: "Hé aquí como el orgullo y petulancia de un ministerio revolucionario, que tiene sitiadas en el Pardo las personas reales con un cordon sanitario para impedir que el clamor nacional tenga acceso al trono, produce un efecto diametralmente opuesto al que creó su descarriada fantasía.„—Y aclamando el derecho de insurreccion, continuaba: "De hoy más, en lugar de reverentes exposiciones, solo presentaremos batallones, y los himnos de la victoria y de la libertad serán entonados por nuestros valientes sobre los alcázares y los palacios de los orgullosos sibaritas.„

En Barcelona se constituyó una junta gubernativa, decidida á resistir al Gobierno, que, en su concepto, tendia á la disolucion del Estado.—La de Valencia co-

menzó á obrar como poder independiente y soberano, y publicó el dia 4 de Setiembre una proclama en la que decia:—"El grito de justicia, de garantías y de guerra á los opresores que abusan del poder, ha resonado en todos los ángulos de la Península... Empuñemos las armas, y no las dejemos hasta haber obtenido el triunfo.„

En Granada se declaró á la Reina gobernadora en estado de opresion; en Badajoz se calificó á los ministros de anarquistas y enemigos de la patria y del trono, y se pidió la formacion de causa á todos los que lo habian sido desde Abril de 1834; en Cádiz se declaró reo de alta traicion al conde de Toreno; y en Sevilla se publicaron estas palabras: "El gran capitan del siglo no consiguió subyugarnos: ¿y lo conseguirian un poeta y un agitador? Los ministros quieren la guerra y la tendrán.„

Tal era la actitud imponente del país, cuando el Ministerio tuvo al fin que rendirse; pero no ante la voluntad de la mayoría de la Nacion, sino humillado ante la vergonzosa repulsa de un gabinete extranjero. En su impotencia para dominar el alzamiento nacional, nuestro Gobierno habia resuelto en Agosto pedir la intervencion armada de la Francia. El memorandum que, con este objeto, dirigió al Gobierno francés, el 8 de Setiembre, nuestro Embajador en Paris [1], es la prueba más convincente que puede darse de la ceguedad de los hombres que manejaban las riendas del Estado. En aquel documento se pretendia, que una fuerza militar francesa, ocupando las Provincias Vascongadas, "acudiese á sostener la corona en las sienes de S. M. C., y á facilitar con su auxilio que el ejército español se hallase libre para correr á los puntos ó provincias donde se habia entronizado la insurreccion.„ Decíase que la cuestion española *no era ya cuestion de sucesion, sino cuestion monárquica;* que era "para el trono de Isabel II cuestion de vida ó muerte, y *no para que sucediese á S. M. en la monarquía española este ó el otro príncipe,* sino para que el cetro español no se viese destrozado por una faccion revolucionaria europea, que ensayaba sus fuerzas en España..„ Insistíase mucho en que esta nacion era presa de "un partido, tan enemigo del trono de Isabel II, como de cuantos existen en el universo;„ y se suponia que, así muchos de los defensores de Don Cárlos, como los que proclamaban libertad, "todos ellos se hallaban muy de acuerdo para, después del triunfo, destruir la monarquía, cualquiera que fuese el monarca.„ Tratábase de intimidar á Luis Felipe, recordándole la insurreccion republicana de 1834, y el reciente atentado de Fieschi contra su persona, para obligarle á hacer causa comun con la Reina de España, y ofrecerle como una fortuna la ocasion de "poner á raya las faccio-

[1] Véase el documento n.° 7.

nes revolucionarías, que alzaban la cabeza en la Peninsula contra una menoría real, á favor de las pretensiones de la usurpacion, ó quizá de acuerdo con ella.„

Motivos más que suficientes eran estos para que el Gobierno de Luis Felipe no cometiese la imprudencia de acceder á las disparatadas pretensiones del gabinete presidido por el Conde de Toreno. Si este creyó que podia repetirse impunemente, y por los mismos medios, el escandaloso atentado de 1823, los argumentos *ad terrorem* de nuestro embajador bastarian para convencer al Gobierno francés de que no debia mezclarse en un asunto tan espinoso; porque, al pisar sus tropas el territorio español, era seguro el alzamiento en masa de liberales y carlistas contra sus enemigos comunes, y la consecuencia lógica de un paso tan desacertado seria la insurreccion republicana en Francia, y la anarquía en España.

La contestacion del duque de Broglie á nuestro Embajador fué tan sensata como terminante: "Hoy, menos que nunca, dijo, es la ocasion de una determinacion tan grave, tan fecunda para los dos paises en consecuencias casi incalculables, como seria el mandar un ejército francés al territorio español.„ Negaba que pudiera darse tanta latitud al tratado de la Cuádruple alianza, y añadia: "Los intereses de la política francesa, los de la nacion española, tan celosa por su independencia, y tan contraria á toda mezcla de extranjeros en sus asuntos, rechazan igualmente tal sistema.„

Entre tanto, la revolucion se ostentaba triunfante, y los carlistas aprovechaban tan buena coyuntura para engrosar sus filas, habiéndose decidido á enviar á Cataluña una division expedicionaria, que al mando del brigadier Guergué salió de Estella el 8 de Agosto, y llegó á Tremp el 25 del mismo mes [1].

En tales circunstancias llegó Mendizábal á Badajoz á principios de Setiembre; y la presencia de este hombre en Madrid, que luego fué encargado por la Reina gobernadora de formar un nuevo ministerio, deshizo el espantoso nublado que amenazaba sumir á la nacion en el caos de la anarquía.

[1] Don Juan Antonio Guergué, á quien varios historiadores titulan general, y suponen de nacion francés, era un señor solariego, natural de Navarra, y coronel carlista cuando se le nombró para mandar la expedicion á Cataluña, habiendo ganado todos sus grados en el ejército español. Su division expedicionaria, que se ha hecho ascender á unos 6000 hombres, solo se componia de 12 jefes, 119 oficiales, y 2433 individuos de tropa de infantería, y 1 jefe, 20 oficiales y 105 soldados de caballería. Cerca de Tremp se le incorporó el cabecilla Borges con 500 hombres, y en la misma noche de su llegada á dicha poblacion se le presentó D. Jacinto Orteu, coronel de voluntarios realistas, con 3500 más que se habian sublevado pocos dias antes.

VII.

Durante los ruidosos acontecimientos que acabamos de referir y algun tiempo después, permaneció PRIM en una situacion indefinible. Nombrado subteniente de infanteria con la antigüedad del 12 de Abril, á consecuencia de la accion de Ribas, quedó sin duda en espectacion de destino; pues siguió figurando en el cuadro del batallon de Tiradores hasta fin de Octubre de aquel año, segun vemos en su hoja de servicios, á pesar de haber sido disuelto en Agosto el expresado batallon.

Entre tanto, y luego que el novel oficial estuvo restablecido de su herida, se le agregó provisionalmente á una compañía de corregimiento, cuando ya se estaban organizando los cuerpos francos en Cataluña, y con la cual tomó parte, el 2 de Agosto, en la pequeña accion de Viladrau contra las facciones reunidas de *Camascruas* y el *Grabat de Guisona*, sin que tuviese ocasion de distinguirse; pues los carlistas, á poco de romper el fuego los defensores de la Reina, emprendieron la fuga, desapareciendo en las asperezas del Monseny.

Estos mismos cabecillas se encontraban, seis dias después, delante de Torá, más allá de Calaf, reunidos con las partidas de Samsó, Tristany, Ros de Eroles, Borges y el Muchacho, que componian entre todos una fuerza de dos mil hombres. Con solos ciento sesenta, entre soldados y urbanos de los pueblos inmediatos, se aprestó á defender la villa el capitan de Saboya D. Matías Chamorro, estando todos resueltos á morir antes que rendirse. Y habrian perecido, en efecto, víctimas de su heroismo, si á las treinta y ocho horas de una desesperada resistencia, cortadas las aguas, incendiados algunos pajares y casas, rodeados de llamas y oprimidos por un círculo de mortífero plomo, no los hubiese socorrido el coronel D. Manuel Sebastian, acudiendo desde Cardona con su columna, cayendo de improviso sobre los carlistas, y desalojándolos de todas sus posiciones. Los sitiados, cuyo animo esforzado no habia decaido un solo momento á pesar de la situacion horrorosa en que se encontraban, hicieron al mismo tiempo una salida, que contribuyó á la derrota de sus enemigos. Sufrieron estos una pérdida de 40 muertos y 120 heridos, ascendiendo á 30 de los primeros y 80 de los segundos las bajas de los liberales.

En la defensa de Torá vióse á la esposa del capitan Chamorro, Doña Concepcion

Preciado recorrer sable en mano los puestos de mayor peligro, alentando el valor de los combatientes y suministrándoles víveres.

Las facciones pululaban en aquellos dias por todo el territorio de Berga y de Manresa, operando al parecer un movimiento de concentracion hacia la provincia de Lérida. El 10 de Agosto, mientras Torá se defendia, los carlistas de Olost, pueblo fortificado, facilitaban la entrada á sus partidarios, que dieron muerte á 26 hombres, incluso el comandante de armas de aquel punto. El 12, tenia Calvet un reñido encuentro con los facciosos en Bacarizas; y el 13, acometian infructuosamente á Prats de Llusanés los cabecillas Boquica y Altimira. Por este mismo tiempo, el comandante Rovira, llamado Pep del Pó, atacó en Villavella con su batallon de francos á unos 1,500 carlistas, venciéndolos tras de un sangriento combate al arma blanca, que costó muchas vidas de ambas partes.

Prim continuaba, entre tanto, con su compañía en Hostalrich, ó recorriendo los pueblos de aquella montañosa comarca, en persecusion del cabecilla Grau y de otros partidarios, que ya comenzaban á ser el azote de sus mismos favorecedores [1]. Interesándose por la suerte del jóven y valiente oficial, lograron algunos de sus jefes y amigos que, al disolverse el batallon de Tiradores, en 24 de Agosto, le fuese conferido con esta fecha, el empleo de teniente de cuerpos francos, sin Real despacho, conservando el carácter de subteniente de infanteria.

En esta situacion, concurrió Prim á dos acciones de guerra poco importantes, pero en las cuales dió muestras de aquel arrojo que tanto le distinguia, y que necesitaba un teatro más vasto donde manifestarse. Acaeció la primera el 8 de Setiembre, en Juanet, villorio de la montaña, perteneciente al término municipal de Arbúcias. Allí, con una mitad de su compañía, cargó valientemente al enemigo, proponiéndose cortarle, como lo hubiera conseguido, á no estorbárselo la espesura del monte;

[1] Grau era uno de los cabecillas más insubordinados que habia en Cataluña: independiente, rebelde á toda autoridad, llegó á decir un dia en alta voz, brindando en un convite que dió á sus oficiales, en Viladrau, que «si Don Cárlos, terminada la lucha, no queria seguir sus consejos, él solo era capaz de hacer la guerra.»

Favorecido Grau por los payeses de las faldas de Monseny, en cuyas casas encontraban siempre la mesa puesta él y su partida, contaba con fieles auxiliares para eludir la persecucion de las tropas, y tenia constantemente quien le proporcionase asilos seguros, víveres y dinero, si lo necesitaba. Cuando pudo reunir unos 100 hombres, se convirtió en tirano de aquel país. —Un dia llamó á siete ú ocho propietarios de la comarca, y les exigió, al que menos, 100 duros de contribucion: á un pobre anciano de 72 años le impuso 700 duros, y no pudiendo pagarlos, mandó darle 700 palos: por fortuna del anciano, un colono suyo le libró de este bárbaro castigo, entregando á Grau el dinero que le pedia.— Poco despues impuso al pueblo de Tona una multa de 1,500 duros, y habiendo transcurrido el plazo de tres dias que señaló para entregarlos, llamó al ayuntamiento, y en la plaza de Viladrau hizo dar á cada uno de sus individuos tantos palos como duros les correspondian, reteniéndolos presos con la amenaza de repetir el castigo, si dentro de otros tres dias no se hacia efectivo el pago.

pero logró desalojarle de todas las posiciones que ocupaba, obligándole á retirarse en desordenada fuga.—La segunda se dió el 12 de Octubre por las tropas de la Reina contra la faccion del cura de Armentera, que se hallaba en Matagalls. Tampoco en esta accion pudo PRIM distinguirse de un modo notable; porque el enemigo huyó precipitadamente para no exponerse á una derrota.

Eran aquellos los momentos en que los carlistas, favorecidos por las revueltas políticas, se enseñoreaban de una gran parte de Cataluña. Tranquilizada Barcelona, el general Pastors habia salido á campaña, dirigiéndose al encuentro de Guergué, que, segun ya dijimos, habia entrado en Tremp con su division expedicionaria, y á quien perseguia desde Aragon el brigadier Gurrea. En los últimos dias de Agosto, Guergué, avanzó hasta Guisona, y dirigiéndose hácia la Seo de Urgel, se apoderó á su paso del fuerte de Oliana; pero tenia que luchar con dos enemigos formidables: los pueblos que, por do quiera le avisaban tocando á somaten y gritando *mueran los carlistas*, y sus propios soldados, hambrientos, desnudos y descalzos, que murmuraban y pedian volverse á Navarra.

Durante la primera quincena de Setiembre, llegó á ser muy crítica y apurada la situacion de los expedicionarios, á pesar de las muchas fuerzas catalanas que se les agregaron: acosados por todas partes, cortada la retirada, no les quedaba más recurso que rendirse procurando obtener una capitulacion honrosa, cuando la fortuna vino á cambiar en su favor la faz de los sucesos. La columna del coronel Sebastian, que debia pasar el Segre para obrar en combinacion con las fuerzas que tenia Pastors en la Seo, fué derrotada el dia 15 por los batallones navarros y voluntarios de Barbastro, que, al mando del coronel D. José Juan de Torres, la esperaban en las inmediaciones de Orgañá.

Este descalabro coincidió con la órden inoportuna y apremiante que recibió Gurrea de Madrid, mandándole marchar á Navarra; y aunque al mismo tiempo alcanzaban las tropas de la Reina un importante triunfo en Guimerá, donde Niubó, con un batallon de la legion extrangera [1], se apoderaba del pueblo y del fuerte, cuyos defensores en número de 500 tuvieron que rendirse á discrecion, sin embargo, los

[1] Las naciones signatarias del tratado de la Cuádruple Alianza habian enviado algunas fuerzas auxiliares: Francia envió una legion argelina y promovió el enganche de voluntarios, con lo que se libraba de gente levantisca, sin desprenderse de sus tropas regulares. Las legiones extrangeras prestaron, sin embargo, buenos servicios. —En la toma de Guimerá, Niubó se apoderó de 317 fusiles y otras armas y pertrechos. El cabecilla Roset y otros 35 prisioneros carlistas fueron fusilados en el mismo Guimerá; 12 más lo fueron despues en Verdú; 22 en Tárrega, y 3 en Igualada, siendo conducidos á Lérida los restantes.

carlistas pudieron tomar la ofensiva, y Pastors se vió obligado á retroceder hasta Cardona, mientras Guergué, avanzando triunfante, intimaba la rendicion á Solsona, y le ponia en la necesidad de retirarse á Cervera.

El coronel carlista D. Juan O'Donnell se apoderaba, entre tanto, de Sanahuja y Torá, cuyas guarniciones tuvieron que abandonar estos puntos. Tristany, á quien se habia juntado Ibañez con la gente del campo de Tarragona, ponia sitio á Calaf con 3,000 hombres, y despues de incendiar y saquear algunas casas, apresaba en la carretera de Manresa un comboy de mercancías, vestuario y dinero, custodiado por unos 150 hombres, matando 100; y cedia el campo á los pocos dias ante fuerzas liberales inferiores en número á las suyas, para ir á reunirse con la division de Guergué, que se encaminaba, por Olot, á los Pirineos, á fin de proteger la entrada del Conde de Latour (Cárlos de España), que debia venir á ponerse al frente de las facciones catalanas.

Sin encontrar obstáculos á su marcha, recorrió Guergué la mayór parte del Ampurdan, distribuyendo sus fuerzas convenientemente, tocando en Rosas y otros muchos puntos, hasta llegar á la Junquera, obligando á las guarniciones á retirarse, derribando las fortificaciones, y recogiendo abundancia de armamento, caballos y pertrechos; despues de lo cual, volviendo sobre Olot, á donde llegó el 6 de Octubre, puso sitio á esta villa con las fuerzas de Valls, Tristany, Samsó, Masgoret, Massana, Grau, y parte de los navarros, que juntos componian unos 8,000 hombres; y en la mañana del 7, intimó la rendicion á su gobernador D. Juan Fábregas. Este, dejó pasar aquel dia, tomándose tiempo para resolver, y contestó al siguiente: "que el Ayuntamiento y la guarnicion de la villa habian resuelto morir todos por sostener los legítimos derechos de Doña Isabel II.„

En seguida Olot enarboló bandera negra; pero siendo muy corta su guarnicion, habrian tenido que sucumbir ante la muchedumbre de los sitiadores, á no ser por la indecision de Guergué, que aquella misma noche se retiró con parte de las fuerzas hacia la montaña, dejando sin instrucciones delante de la villa al coronel O'Donnell. Los olotenses fueron además oportunamente socorridos por el gobernador de Vich, D. Juan Beccar, que con una columna fuerte de 3,500 hombres, de la cual formaban parte dos batallones de nacionales de Barcelona, uno de ellos llamado de *la Blusa*, cayó sobre la faccion y la derrotó completamente. Doscientos muertos y heridos dejaron los carlistas en el campo, y muchos prisioneros, entre ellos el segundo jefe de los navarros, D. Juan O'Donell, que fué trasladado al castillo de Fi-

gueras, y después á Barcelona, donde le aguardaba una muerte infausta y desastrosa.

Otras ventajas conseguian al mismo tiempo las fuerzas de la Reina. El comandante general de Tarragona derrotaba en Queralt una partida de 300 hombres; la Milicia de Masanet obligaba á repasar la frontera al Conde de España y su hijo, expulsando juntamente con ellos á Samsó, el Muchacho y Carbonell, once oficiales y unos 300 individuos de tropa; el Gobernador de Berga derrotaba las facciones de Caballeria, Boquica y Merlí, muriendo este último; Niubó alcanzaba otro triunfo bajo las tapias de Balaguer, y los voluntarios de Rovira entraban en el pueblo de San Quintin, que ocupaban 1,200 hombres, mandados por Pixot, Llarch de Copons y Masroix, y los arrojaban de él á la bayoneta, matando 100 y haciendo 29 prisioneros, que fueron fusilados.

A pesar de todos estos contratiempos, las fuerzas de los carlistas en Cataluña ascendian, en fin de Octubre, á 22,363 infantes, y 395 caballos, que Guergué distribuyó en cuatro divisiones, tituladas de Gerona, de Lérida, de Manresa y de Tarragona. Sin embargo, el espíritu de insubordinacion de los caudillos catalanes, y el descontento de las tropas navarras, que se sublevaron clamando por volver á su tierra, impidieron á Guergué sacar partido de fuerzas tan numerosas, y le obligaron á marcharse de Cataluña, dejando á Torres encargado del mando de tres mil catalanes, y regresando á las Provincias en un estado lastimoso [1].

VIII.

Antes de cerrar este capítulo, en el que la aglomeracion de acontecimientos simultáneos nos ha obligado á saltar de un punto á otro para seguir en lo posible el órden cronológico, vamos á referir cómo entró Prim á figurar en uno de los cuerpos francos, que por este tiempo se organizaban en Cataluña.

A mediados de Setiembre de 1835, se formó el 4.° batallon franco de *Voluntarios*

[1] Luego se supo que el mismo Torres era quien habia promovido la desercion de los navarros, ofreciéndoles dinero. Esta cabecilla elevó á Don Cárlos una enérgica exposicion contra Guergué, proponiéndose sucederle en el mando de Cataluña. El mismo dia que firmó dicha exposicion, sufrió una derrota entre la Pobla de Segur y Claverol, y á poco se le separó Borges con unos 500 hombres, cundiendo la indisciplina en las filas de la gente que mandaba.

de Cataluña, que poco despues se denominó 3.°, cuyo mando fué conferido al comandante D. José Rodriguez Soler. Este bizarro militar, natural de Valencia, era un probado liberal y buen patriota, que empezó su carrera entrando á servir de cadete en 8 de Febrero de 1808. Habiendo sido hecho prisionero al poco tiempo, en la accion de Margalaf, y conducido á Francia, se fugó del depósito, y salvando la frontera con riesgo de su vida, volvió á España, donde continuó prestando brillantes servicios durante toda la guerra de la Independencia. En 1823, se hallaba de comandante del resguardo en Málaga; y cuando las Córtes y el Gobierno se trasladaron á Cádiz, al acercarse á esta ciudad los franceses, pasó á ella Rodriguez, y se presentó al Ministro de la Guerra, que le destinó á mandar la línea del portazgo de la Isla de Leon. Pocos dias antes de rendirse Cádiz, destinósele de Real órden á servir á las de Mina en Cataluña. Llegó Rodriguez á Barcelona en Noviembre de aquel año: por consiguiente, solo pudo asistir á la capitulacion de esta plaza, y juntamente con Mina y otros defensores del sistema constitucional, emigró á Francia y de allí á Inglaterra, de donde no volvió hasta fines de 1833. Aunque ya era comandante, se encargó de mandar una compañía del batallon de Tiradores de Isabel II, en el cual conoció al jóven Prim, y le cobró cariño, no solo por sus prendas personales y carácter generoso, que le hacian simpático á todos sus compañeros de armas, sino tambien por el valor y arrojo de que habia dado repetidas muestras.

Disuelto en Agosto el batallon de Tiradores, fué Rodriguez agregado al Estado mayor general, hasta que, en 14 de Setiembre, se le dió á mandar, ó por mejor decir, á organizar el 4.° batallon de francos, en cuyo instituto se iban refundiendo las compañías de corregimiento.

Por este tiempo, fué destinado Prim, como subteniente de infanteria del Ejército, al regimiento de la Albuera, que se hallaba de guarnicion en Palma de Mallorca, destino que le desagradó sobremanera; porque su ingreso en aquel cuerpo le alejaba del teatro de la guerra, precisamente cuando esta comenzaba á ostentarse más vigorosa en Cataluña; lo cual paralizaba su carrera, contrariando asimismo sus inclinaciones. Hallándose Prim en esta disposicion de ánimo, y mientras se aprestaba para marchar á las Baleares, el comandante Rodriguez le hizo proposiciones para que sirviese á sus órdenes, ofreciéndose á remover cualquiera dificultad que se opusiese al logro de su deseo; pues nadie como aquel valiente jefe tenia interés en conseguir el pase á su batallon de un jóven oficial cuyas brillantes dotes militares conocia.

Gustoso aceptó PRIM los ofrecimientos de Rodriguez, y el 1.° de Noviembre, pasó revista en el 4.° batallon franco de Voluntarios de Cataluña, que comenzó á operar en el distrito de Granollers y pueblos comarcanos, donde muy luego se le presentaron ocasiones de corresponder á la confianza de su jefe, luchando con heroismo en defensa de la Reina y de la libertad.

CAPÍTULO IV.

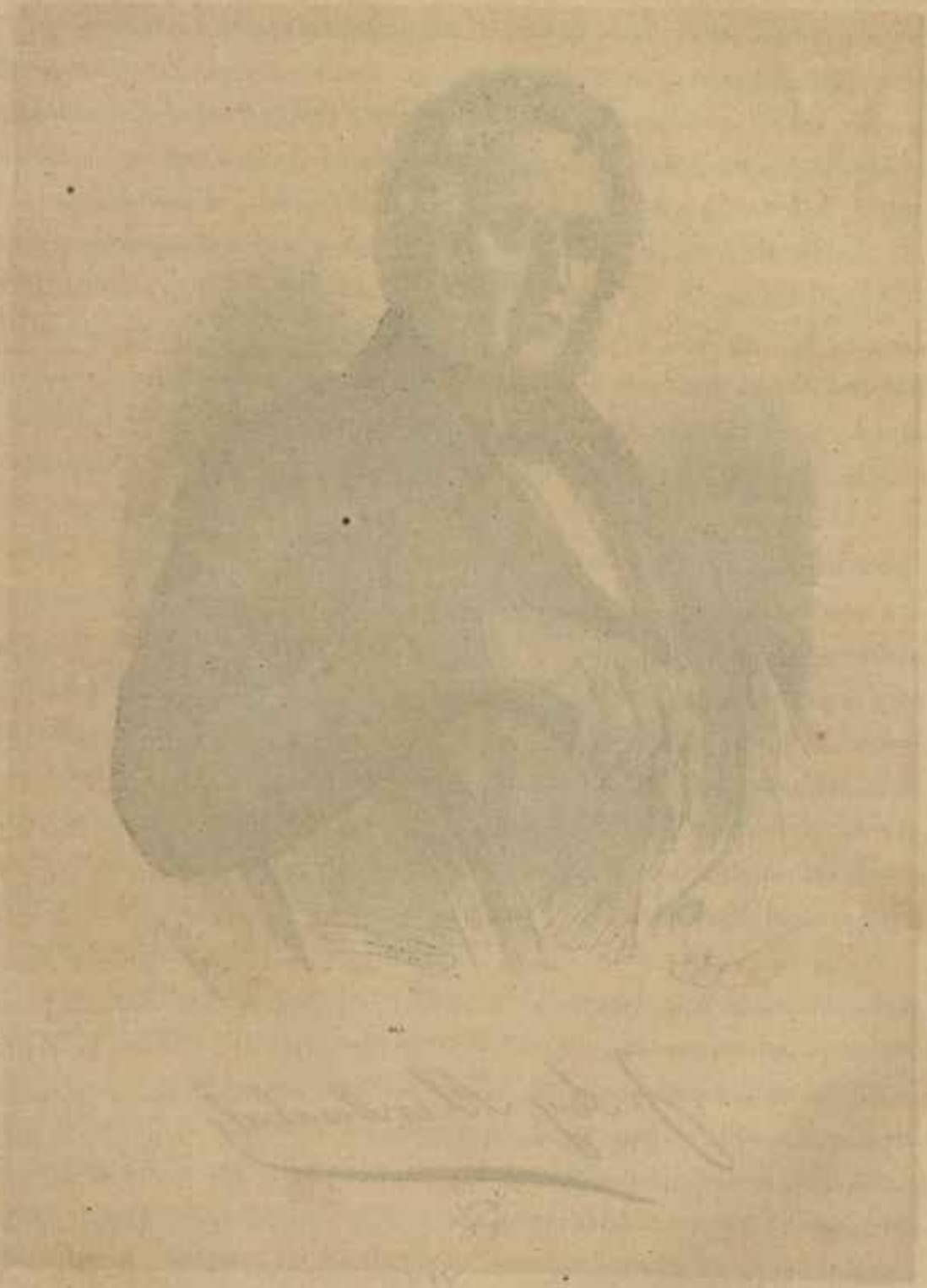
Período de transicion.

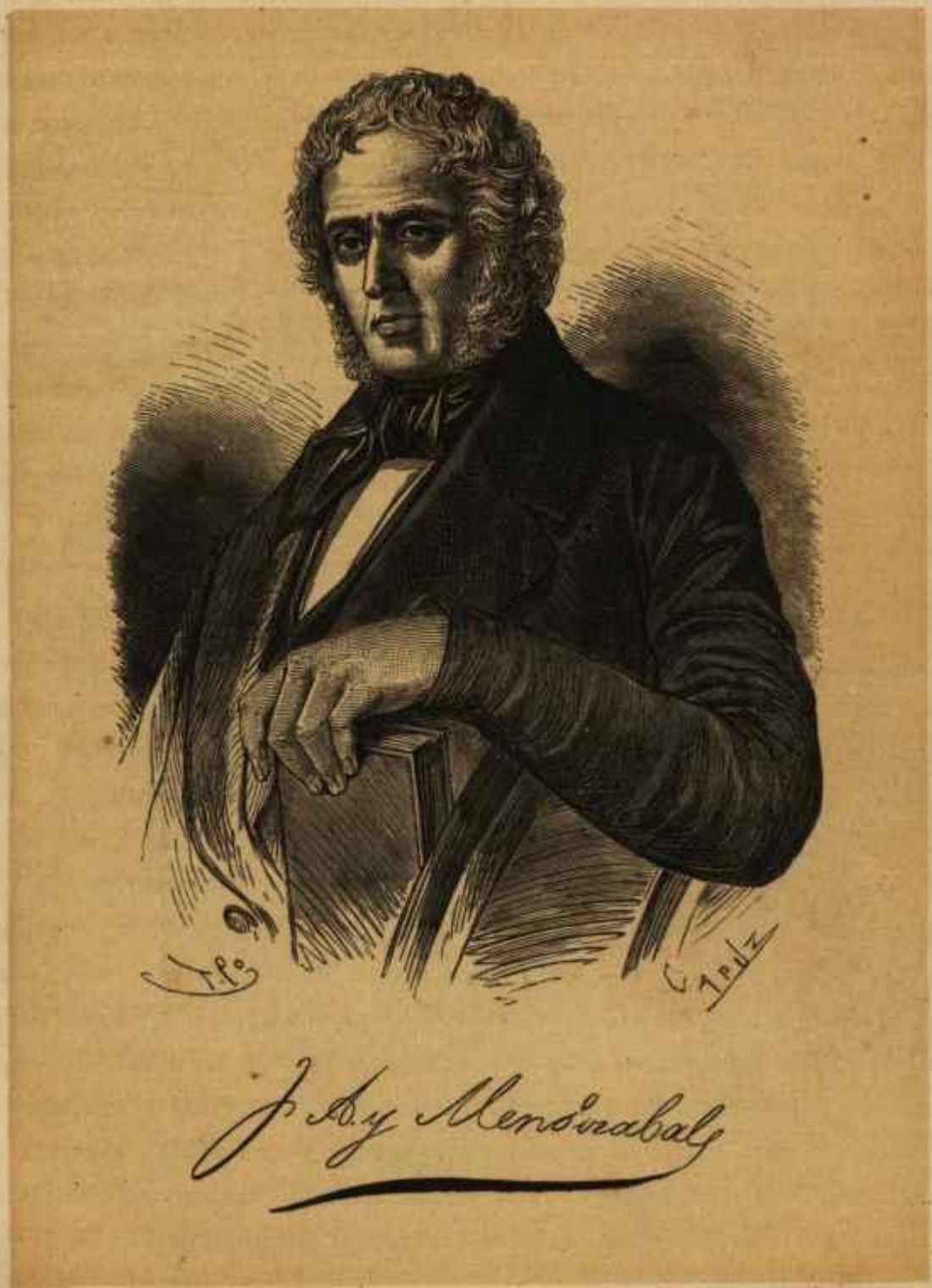
SUMARIO.—Mendizábal en el poder.—Mina en Cataluña.—Hechos de armas de Prim: San Celoni, Arbúcias. —Horrores de la guerra: el 4 de Enero de 1836: la madre de Cabrera.—Prim en San Hilario, y en Villamayor.—Las Córtes y los partidos.—Los polichinelas políticos.—Historia de un curandero y de una modista.—Cómo se barrena el principio de autoridad, y cómo viene la revolucion.

I.

En medio del crecimiento de las facciones, el estado general del país iba mejorando visiblemente desde la llegada á Madrid de D. Juan Alvarez y Mendizábal [1]. La fama envidiable de que ya gozaba este hombre distinguido; sus esfuerzos y sacrificios personales, prodigados en diferentes épocas para defender la independencia y la libertad de la nacion; los eminentes servicios que habia prestado á Doña María de la Gloria, contribuyendo acaso más que nadie á sentarla en el trono de Portugal, con su fortuna y sus relaciones, y con los recursos inagotables de su génio; las simpatías que habia sabido granjearse, tanto en España, como en las demás naciones adictas á Doña Isabel; la reputacion de entendido, activo y honrado, que le reconocian las más poderosas casas de banca de Inglaterra, donde habia pasado doce años, las cuales le ofrecian su crédito; el aplauso general con que los periódicos liberales de Lóndres, Paris y Lisboa celebraron su advenimiento al ministerio de Hacienda, considerándole como al regenerador de su patria, todo concurria en Mendizábal para inspirar una ilimitada confianza: y, en efecto, solo él podia dominar la situacion gravísima en que se encontraba el país, y devolver á los ánimos la serenidad y la calma.

[1] Su apellido era Mendez; lo trocó por el de Mendizábal para librarse de las persecusiones que desde muy jóven comenzó á sufrir por sus servicios á la causa de la independencia y de la libertad de España.




J. Ay Mendivabal

La cuestion de órden público era la más apremiante de todas las atenciones; pero en vano se habria intentado conjurar la tempestad revolucionaria permaneciendo en el poder el conde de Toreno. Conociólo así Mendizábal apenas llegó á Badajoz en 1.° de Setiembre, y más aun luego que hubo conferenciado en Madrid con sus antiguos amigos. No menos convencido estaba el Conde de su impopularidad; pero aguardaba contestacion de Paris á sus pretensiones de intervencion armada, y con el ascendiente que tenia sobre el ánimo de la Gobernadora, trabajó para sostenerse, ó por lo menos arrastrar á Mendizábal en su caida, y hacer que se nombrase un Ministerio compuesto de personas de su confianza. Resuelta estaba ya la Reina á seguir los consejos de Toreno, cuando el embajador inglés, Mr. Villiers, corrió al Pardo, y la convenció de la necesidad de poner á Mendizábal á la cabeza del gobierno.

La Reina llamó entonces al ministro de Hacienda, y le encargó la formacion del nuevo gabinete. No habia, en verdad tiempo que perder, pues en la mayor parte de las provincias no se reconocia ya más autoridad que la de las juntas, y el Gobierno estaba completamente aislado y sin prestigio.

El 14 de Setiembre anunció Mendizábal su advenimiento al poder por medio de un manifiesto ó programa, en forma de exposicion á la Reina gobernadora, que sin ser muy explícito, ni amenguar lo más mínimo las prerogativas de la corona, infundió desde luego gratas esperanzas de que serian afianzados los derechos y *los deberes* del pueblo. Cualquiera que fuese el juicio que los espíritus escépticos formasen de aquel documento, no se puede negar que produjo un efecto mágico, si no todo el que se proponia su autor, cuyo sincero patriotismo aspiraba en primer término "á calmar las pasiones, reunir y conciliar los ánimos, extinguir las discordias, y hacer que la voluntad de los españoles fuese una, y esta la de salvar y hacer feliz y poderosa á su patria.„

Inmensas eran las dificultades que rodeaban al Gobierno, y á todas hizo frente Mendizábal. Encontró el país en completa rebelion, y sin hacer concesiones indebidas, consiguió la sumision espontánea de las juntas, convirtiéndolas en diputaciones provinciales y en ausiliares eficacísimas del poder supremo. Hizo cesar aquel estado de verdadera anarquía; pues á pesar del patriotismo de que se hallaban animadas aquellas corporaciones, ni era posible con ellas la unidad de accion tan necesaria en el gobierno, ni remediable el desórden introducido en todos los ramos de la administracion [1]. Teniendo por base esencial de su política la union y

[1] Uno de los males que han traido siempre consigo todos los pronunciamientos en España, es la facilidad dada al contra-

la concordia de todos los liberales, decretó una ammistía, y puso en boca de la Reina gobernadora palabras que le devolvieron el afecto público, trocando en entusiasmo su menguado prestigio. Convocó los Estamentos en la forma establecida para hacer una ley electoral más amplia que la existente, á fin de que por ella viniesen otras Cortes á reformar el Estatuto. Declaró extinguidas las comunidades de religiosos, dejando subsistentes las que se dedicaban á la enseñanza de niños pobres y á la asistencia de los enfermos y desvalidos, y asignando á cada exclaustrado cinco reales diarios por toda su vida.

La guerra, aquel gran cáncer que devoraba á la nacion, exigia sacrificios inmensos de hombres y dinero, y el tesoro estaba exháusto. El presupuesto general de gastos se habia calculado en 895 millones de reales, y casi toda esta suma era absorbida por las atenciones de la guerra, que importaban unos 600 millones, y por los intereses de la Deuda, que ascendian á 224.—El mantenimiento de las legiones extranjeras costaba ocho millones mensuales, ó 96 millones al año; el Ejército 400 millones; la Milicia urbana movilizada y los cuerpos francos, 80 millones, sin contar los gastos extraordinarios, que elevaban considerablemente estas cifras.

En tan apurada situacion no fué posible atender como era debido al pago de las obligaciones contraidas con los exclaustrados, y muchos de estos fueron á engrosar las filas de la faccion. Sin embargo, Mendizábal improvisó recursos y soldados. Estimuló el patriotismo de la Milicia urbana, reformando su organizacion. La tituló *Guardia Nacional;* la dividió en movilizada y sedentaria, y fundó un colegio llamado de la *Union*, donde fueran educadas las huérfanas de los nacionales que hubiesen perecido ó pereciesen á manos de los facciosos. Señaló pensiones á las viudas y hermanas, á los padres é hijos de los militares que murieran durante la guerra, y un sobresueldo vitalicio de 180 reales á los soldados que se inutilizasen en campaña. Creó un establecimiento de inválidos, y adoptó otras disposiciones conducentes á reanimar el espíritu del ejército.

No bastaba esto, sin embargo, para hacer frente á la situacion; y Mendizábal, cuyo genio parecia crecerse en proporcion de los obstáculos que encontraba á su paso, concibió un pensamiento audaz, en el cual se refleja la confianza que le inspiraba el patriotismo de esta nacion generosa. Hizo un llamamiento á todos los españoles de 18 á 40 años, para aprontar desde luego 100,000 hombres; y com-

bando. En los meses de Agosto y Setiembre de 1835, se introdujeron por Andalucía géneros ingleses por valor de más de 50 millones de reales, y no escasa cantidad por la costa cantábrica.

prendiendo, sin embargo, que no seria posible obtener tan crecido número de soldados, para equipar el nuevo ejército y ponerle en pié de guerra, dió facilidades al rescate del servicio de las armas, fijándolo en 4,000 reales, ó en 1,000 y un caballo por cada hombre. A pesar de que, en varias provincias, los quintos se marcharon á la faccion, y en otras no se hizo efectivo el cupo, estas disposiciones produjeron en breve tiempo más de 50,000 hombres, 700 caballos y 25.000,000 de reales.

Ningun gobierno habria obtenido iguales resultados en aquellas circunstancias, y solo se concibe que Mendizábal los consiguiese, reconociendo el ascendiente que adquirió en breve tiempo, y que le daba una gran fuerza moral. Así se vió que de todas partes acudieron los particulares en su ayuda, facilitándole por donativos patrióticos otros 20 millones en metálico, y gran cantidad de camisas, paños, lienzos, zapatos y botas para el ejército.

Al mismo tiempo que Mendizábal desempeñaba las carteras de la Guerra y Estado, de Gobernacion y de Marina, por no haber admitido los nombrados para estos puestos ó por hallarse vacantes, preparaba un vasto plan de Hacienda y se proponia levantar el crédito de la nacion sin abrumarla con ruinosos empréstitos. Abrió uno, sin embargo, que las oposiciones calificaron de *forzoso*, con el objeto de facilitar la desamortizacion eclesiástica, destinando los bienes de las comunidades religiosas á la extincion de la Deuda.

Muchas ilusiones se formó Mendizábal; pero todas realizables, si, con tiempo y sosiego, en época más tranquila, hubiese podido desarollar sus planes. Sabia que era necesario hacer grandes sacrificios, y midiendo por su corazon el de todos, nada le arredraba, y creia en la posibilidad de acabar con la guerra en pocos meses, de modo que los sacrificios fuesen momentáneos, y ámpliamente retribuidos luego por el fomento de la prosperidad pública. El hombre que, dueño del poder, renunciaba generosamente á cobrar más de 20 millones que se le debian desde 1823, y de los cuales tenia derecho á reintegrarse inmediatamente [1], demostraba cuán grande

[1] La historia de estos 20 millones es una de las páginas más brillantes de la vida de Mendizábal. Cuando los franceses invadieron la Península, en 1823, la poblacion de Cádiz, el ejército, las Córtes, el Gobierno y el Rey encerrados en aquella ciudad, se encontraban reducidos á la mayor estrechez: apenas habia víveres y recursos para 15 dias. En esta situacion, el Gobierno, que habia contratado con Mendizábal las provisiones del Ejército de Andalucía, cuando se hallaba la corte en Sevilla, le llamó para que modificase el contrato como exigian las circunstancias de una guarnicion y una ciudad sitiadas. Mendizábal no quiso modificar las condiciones, diciendo que haria frente á todo, y que el Gobierno tendria despues en cuenta los sacrificios que hubiese de hacer: en 48 horas hizo que acudiesen á Cádiz víveres para cuatro meses; por lo cual se expidió una Real órden reconociendo este servicio, y dando ámplias facultades á Mendizábal para continuarlo «seguro, decia, de que no

era su confianza en el porvenir de la nacion, y en el desprendimiento de sus conciudadanos.

Por de pronto, Mendizábal consiguió dos grandes triunfos: reanimó el abatido espíritu público, y restableció el órden, condicion esencial para que pudiera realizarse el cumplimiento de sus promesas. Faltóle luego esta base, y no por culpa suya, como le faltó tambien el espíritu de concordia y de union que tanto procuró inculcar en el animo de todos los que de liberales blasonaban, y que fué acaso la mayor de sus ilusiones fallidas.

"El Gobierno español, decia la *Gaceta* por aquellos dias, está seguro de terminar pronto y gloriosamente la guerra de las Provincias Vascongadas con solo los recursos nacionales; pero impone por condicion que el órden público se restablezca; y restablecida la confianza, bastará el movimiento rápido y ascendente del crédito público para proporcionar medios; y para conseguir este resultado, no habrá necesidad de aumentar en un maravedí la Deuda pública: bastarán los recursos ordinarios y los del crédito, siempre bajo la condicion del restablecimiento del órden."

Al abrirse las Córtes, en 21 de Noviembre, puso Mendizábal en boca de la Reina gobernadora un notable discurso de apertura, el más propio para alentar la confianza y estrechar los vínculos de la Corona con el pueblo, y en el cual se descubrian las vastas y trascendentales miras de aquel ministro reformador. Decia entre otras cosas:

"Tres proyectos de los más importantes se presentarán á vuestra deliberacion: el de elecciones, base del gobierno representativo; el de libertad de imprenta, que es su alma, y el de la responsabilidad ministerial, que es su complemento, asegurando y al mismo tiempo haciendo compatibles la inviolabilidad del monarca y los derechos de la nacion."

Daba cuenta de todo lo que se habia hecho y se pensaba hacer en materias

«comprometerá en tan loable como tamaña empresa sus intereses, ni los de las demás casas que le han auxiliado y auxilien; «pues *el Gobierno de S. M. jamás olvidará* los quebrantos y sacrificios que está sufriendo.»

Se le dieron libranzas sobre las cajas de Ultramar y títulos de la deuda al 5 p. °/₀ para atender á los suplementos de la contrata y otros servicios. Nada de esto pudo cobrar Mendizábal, á quien se pagó, al caer el sistema constitucional, *condenándole á muerte en la horca y confiscando todos sus bienes.*

Emigrado Mendizábal en Lóndres hasta 1835, este asunto quedó muerto. Siendo ministro, se le presentaron los expedientes en que se reconocian los débitos por la mencionada contrata, que ascendian á 29.874,000 reales, y decretó: en cuanto á las libranzas, que se abstenia por entonces de toda gestion sobre dichas cantidades, sin menoscabo de su derecho; y en cuanto á los títulos de la deuda, que se convirtiesen, disponiendo el Gobierno de aquellos valores y quedando responsable á su reintegro. No sabemos si la familia de Mendizábal habrá cobrado ya esta deuda sagrada. En 1864 estaba todavía pendiente.

administrativas á favor de los pueblos, y se anunciaban otros importantes proyectos de ley sobre la enagenacion de los bienes nacionales y de propios, para subvenir á los gastos de un sistema general de caminos y canales y á la extincion de la Deuda; sobre libre circulacion interior; sobre la creacion de *bancos de provincia*, partiendo de la base de los pósitos, y sobre los medios de fijar de una manera decorosa la suerte de los regulares.

Pedíase autorizacion para introducir modificaciones en las rentas públicas á fin de proponer un plan completo de Hacienda, que seria presentado á las futuras Córtes, y terminaba aquel documento con estas notables palabras:

"El Gobierno representativo es el que más conviene á la civilizacion actual: mi intencion es que esta nacion, tan digna de ser libre y feliz, goce las libertades que emanan de aquel régimen, unidas al órden público, condicion necesaria de toda sociedad humana. Grandes sacrificios ha hecho y continua haciendo este pueblo magnánimo por sostener el trono de mi augusta hija. Mi nombre está asociado, quizá por una particular disposicion del cielo, á estos generosos esfuerzos, y yo no escasearé tampoco, mi desvelo, ni sacrificio alguno para que reciban los españoles la digna recompensa en la consolidacion de su libertad y de su ventura."

II.

Como garantía de que se deseaba cumplir tan lisonjeras promesas, el Gobierno se apresuró á nombrar para el mando de las provincias aquellas personas que podian inspirar mayor confianza; y como prenda de union, mantuvo al frente del ejército del Norte al general Córdoba, el vencedor de Mendigorría, desatendiendo las pretensiones del Ayuntamiento de Pamplona, que solicitaba fuese nombrado Mina para aquel importante cargo, al mismo tiempo que lo deseaban para sus respectivos distritos las juntas de Zaragoza y Barcelona. Encargóse á Palafox la capitanía general de Aragon, y á Mina la de Cataluña, cuyo nombramiento recibió este general en Pau el 2 de Octubre.

Antes de aceptar el mando militar del Principado, quiso Mina conocer á fondo las intenciones del Gobierno acerca de la marcha política que este se proponia seguir, y manifestó su desconfianza de que se calmase la efervescencia que existia,

mientras los jefes del movimiento tuviesen un pretesto para continuar su obra, "por ser su objeto, decia, la reunion de Córtes generales, elegidas libre y espontáneamente para arreglar las cuestiones que se agitan, y de las que depende la suerte futura de la nacion." Para el caso de marchar él á Cataluña, preguntaba si la junta de Barcelona se habia de disolver, y si para ello se contaba con la voluntad de aquel cuerpo, ó si habria que obligarle, bien fuese por la persuacion ó por la fuerza. Exigia una respuesta categórica á esta pregunta, y añadia: "Si recibiese mi nombramiento sin venir acompañado de algunas instrucciones, muy necesarias en el dia, aceptaré el cargo; pero antes de posesionarme de él, pediré alteraciones sobre la conducta que deberé observar, y si ellas no fuesen compatibles con los sentimientos que me han dominado en todo el curso de mi vida, renunciaré y dejaré que *otro menos escrupuloso que yo* vaya á ocupar aquel destino."

Es digna de notarse esta desconfianza de Mina, aun despues de la caida del ministerio Toreno; porque pone más de manifiesto las causas reservadas que habian promovido la agitacion del país, y confirma la apreciacion que hemos hecho de los motivos que tuvo aquel general para dejar el mando del Ejército del Norte.

La respuesta del Gobierno fué satisfactoria, y Mina se encargó de la capitanía general de Cataluña, donde su presencia era vivamente deseada; y en cuanto llegó á Barcelona, la junta revolucionaria se disolvió por sí misma, el 25 de octubre, estableciéndose la mejor armonía entre el pueblo catalan y su primera autoridad militar.

Gravísima era en aquellos momentos la situacion del Principado, por lo tocante á la guerra; y nada puede pintarla con tan vivos colores como la exposicion que dirigió á Mina la Junta de la Montaña, establecida en Cardona, la cual, despues de referir el estado precario y angustioso en que se habian hallado las facciones durante mucho tiempo, añadia lo siguiente:

..."Ahí tiene V. E. la época pasada: veamos la presente. Desocupados todos los puntos militares; las poblaciones abandonadas; Solsona y Berga bloqueadas, y sin que con fuerzas que no sean muy respetables se pueda salir de sus puertas. Samsó, teniendo fijado su asiento en San Lorenzo de Morunys, y recogiendo en aquel pueblo cuantos víveres y provisiones vienen destinados á nuestras poblaciones, dicta desde allí sus leyes con el mayor sosiego y seguridad; al propio tiempo que, estableciendo un hospital en el santuario de Nuestra Señora del Hort, nos acredita la prepotencia que han tomado las huestes rebeldes, cuando es sabido que en la pa-

sada época era la pena mayor que los afligia, teniendo que curar sus heridos en alguna cueva ó barraca, y á lo más fiándolos á la contingencia de alguna casa liberal, á la que se obligaba con terribles amenazas. Oliana, Orgañá, Torá, la incomparable Tuxent y otras ocupadas por el enemigo; extendido este por varios otros puntos del Principado, y lo que es más, con poder para obligar á nuestras tropas á una marcha retrógrada desde la Seo de Urgel hasta Agramunt, pasando por esta plaza y Calaf, despues que el infeliz y valiente comandante Sebastian, con su acreditada y meritoria columna, estuvo á punto de perderse entre los tres puentes de Orgañá... Solamente trasladándose á este desgraciado país es como de ello puede tenerse una idea.„

Necesario era el concurso de todos los hombres adictos á la Reina y á la libertad para hacer frente á esta situacion calamitosa; y al patriotismo de todos apeló Mina, encareciendo la union y la constancia en los sacrificios para asegurar la paz y el órden, declarando guerra á muerte á los carlistas que no se sometiesen, ofreciendo proteccion á los que depusieran las armas, y mostrándose decidido él mismo á combatirlos denodadamente hasta exhalar su último aliento. Creó una junta de armamento y recursos; encomendó á la Guardia nacional la defensa de los fuertes y la conservacion de la tranquilidad pública; formó un batallon de Guias, compuesto de los jóvenes emigrados; dictó las órdenes convenientes para la distribucion de las fuerzas, y envió al valle de Aran á D. Pascual Madoz para que, armando toda la gente de aquel país, cuyo espíritu se mostraba resueltamente liberal, impidiese la entrada de los auxilios que recibian los carlistas por aquella parte.

En aquellos dias, á principios de Noviembre, hizo su entrada en Barcelona, en medio de un gran entusiasmo, la columna que mandaba el coronel Luna, compuesta de dos batallones de *la Blusa*, varias rondas volantes y algunos mozos de la Escuadra, la cual acababa de derrotar las facciones reunidas de la Segarra, salvando un gran convoy de mercancias, y arrollando al enemigo, que la esperaba en las formidables posiciones de Puigfré, San Miguel del Grau y Puig-graciós.

No estaba ocioso por aquel tiempo el batallon de Voluntarios que mandaba el comandante Rodriguez. Hallándose este valiente jefe con solos 250 hombres en San Celoni, el 14 de Noviembre, fué atacado por 1,500 carlistas, que intentaron sorprenderle y apoderarse del pueblo: salióles al encuentro, y observando que se corrian hácia la derecha, dió al teniente Prim el encargo de flanquearles con parte de su compañía: no sin grave peligro y exposicion de su vida ejecutó el jóven oficial este

movimiento; pues, sorprendido por más de 200 hombres que habia emboscados entre espesos matorrales y al abrigo de dos casas de campo, sufrió una terrible descarga, que dejó muertos en el campo algunos de sus voluntarios. Solamente la serenidad de PRIM podia salvar á su gente de un desastre seguro: rehaciéndola al momento, y sin dar tiempo á los facciosos para aprovecharse de sus ventajas, se lanzó sobre ellos con tan denodado arrojo, que esparció entre sus grupos la confusion y el espanto; y obligándoles á desalojar las casas que ocupaban, les persiguió largo trecho, no sin ejecutar al mismo tiempo las instrucciones que le diera su jefe. Mucho contribuyó PRIM aquel dia al triunfo que alcanzaron las armas de la Reina, mereciendo por su bizarro comportamiento ser especialmente recomendado. Desconcertada la faccion, no pudo resistir el ataque de las restantes fuerzas que mandaba Rodriguez, y aquella multitud, poco antes agresora, huyó dispersa á esconder en los montes la vergüenza de su derrota.

Ya en estos dias se aprestaba el general Mina para salir á campaña; los liberales de Barcelona le rogaron que antes de marchar, declarase la ciudad y el distrito en estado de sitio, por temor de que durante su ausencia se repitiesen los anteriores desórdenes. Con repugnancia, y no sin consultar préviamente al Gobierno, cediendo al fin á las reiteradas instancias que se le hacian, en 29 de Noviembre dictó Mina un bando, por el cual adoptaba aquella medida, juntamente con varias disposiciones durísimas, que fueron censuradas por sus amigos de Madrid. Despues de conceder á los carlistas el término preciso de 15 dias para que depusiesen las armas, conminaba con la última pena á todos los que, en cualquier forma y manera, les prestasen auxilios de armas, municiones, víveres, dinero ú otros efectos; á los conductores de estos artículos; á los alcaldes, bailes, curas párrocos y principales personas de las familias que habitasen las ventas ó casas solares donde se refugiaran los facciosos, á menos que justificasen no haberse hallado con fuerzas para rechazarlos, y haber dado parte lo más pronto posible de la estancia de aquellos á las tropas, ó á los comandantes de los fuertes más próximos al pueblo. Hacia tambien responsables con sus personas y bienes á los padres, tutores ó cabezas de familia de los rebeldes, de los males que estos causasen á los patriotas.

Salió Mina de Barcelona á principios de Diciembre, con ánimo resuelto de no volver hasta haber castigado á los carlistas, y desde luego se propuso atacarles en San Lorenzo de Morunys, donde aquellos habian establecido sus hospitales y su centro de operaciones de la alta montaña.

Entre tanto, el 9 de aquel mes, alcanzaba un señalado triunfo el comandante Rodriguez, arrollando con 308 voluntarios de su batallon tres facciones reunidas de unos 2,000 hombres, capitaneadas por los cabecillas Buxó [1], Grau y Zorrilla, los cuales, confiados en la superioridad numérica de sus fuerzas, le atacaron en el pueblo de Arbúcias. Reñida y porfiada fué la lucha: rechazados los carlistas al primer choque, no por esto cedieron en su empeño; tanto menos, cuanto que los fuegos de sus avanzadas eran protegidos por grandes masas, que ocupaban ventajosas posiciones. Era necesario desalojarles de ellas á toda costa, y al efecto fué designada la compañía de cazadores, á la cual pertenecia el teniente PRIM. Del éxito de esta operacion dependia el resultado de tan desigual combate, y así lo comprendieron aquellos valientes, que arremetiendo briosos al enemigo, sin disparar un tiro, y cargándole á la bayoneta, le obligaron á pronunciarse en desordenada fuga. La oportunidad y el arrojo con que Rodriguez supo aprovechar la ventaja alcanzada por sus cazadores, completaron la derrota de los carlistas, que tuvieron en esta accion 29 muertos y 22 heridos, sin que sufriesen los voluntarios ninguna baja, y sí solo pérdidas insignificantes. PRIM se portó bizarramente, haciéndose acreedor aquel dia por su comportamiento á una segunda recomendacion especial, que le valió más tarde ser nombrado caballero de la Orden americana de Isabel la Católica, en 18 de Octubre del siguiente año.

III.

Las fuerzas que mandaba el general Mina ocuparon el pueblo de San Lorenzo de Morunys ó Piteus, el 23 de Diciembre de 1835, arrojando de él á Tristany, que lo guarnecia con unos seiscientos hombres. Otros doscientos carlistas de los más intrépidos, al mando de Miralles, se encerraron en el inmediato santuario de Santa María del Hort, punto fortificado y abastecido de víveres y municiones, cuya situacion en la cumbre de una montaña elevadísima y escabrosa le hacia casi inexpugnable.

Tenian los carlistas en aquel fuerte un crecido número de prisioneros liberales, y entre ellos el coronel Monfá, gobernador que habia sido de Guisona, y cinco ó

[1] Buxó, dice la hoja de servicios de Rodriguez, que hemos consultado. Tal vez sea error de pluma, y deba decir *Burjó*, cuyo nombre se confunde fácilmente con aquel oyéndolo pronunciar en catalan.

seis comandantes de nacionales de Tamarite y de Alcampel, á quienes conservaban como en rehenes, para conseguir que se les entregase el coronel D. Juan O'Donnell, preso en la ciudadela de Barcelona.

Desentendiéndose Mina de las proposiciones que se le habian hecho para el cange de estos prisioneros, y resuelto á tomar por la fuerza el santuario del Hort, estrechó el sitio, y rompió el fuego. Los sitiados le advirtieron que cada cañonazo que se disparase costaria la vida á un prisionero; y en efecto, el coronel Monfá y varios oficiales de milicianos fueron fusilados, y sus cadáveres, arrojados por las ventanas, cayeron en los precipicios que rodeaban el fuerte, destrozándose en las rocas á la vista de los sitiadores.

El dia 30 de Diciembre, apareció en un periódico de Barcelona un parte del general Mina, fechado el 26, y dirigido al segundo cabo D. Antonio María Alvarez, que decia:

"Ninguna novedad tengo que comunicar á V. E. en el dia de hoy. Los enemigos continúan defendiéndose en el Hort, y las tropas de S. M. los estrechan todo lo más que es dable. Uno de nuestros prisioneros se fugó de los enemigos en la noche anterior, tirándose por los derrumbaderos, y por su declaracion resulta, que aquellos, atropellando todas las leyes de la guerra, fusilaron á treinta y tres de los prisioneros que tenian en su poder, incluyendo en este número á todos los oficiales: de consiguiente, si esto es así, las medidas sucesivas que pienso dictar los contendrán en adelante."

La publicacion de este parte, si no fué premeditada, fué por lo menos imprudente. Con ella coincidió la noticia, que circuló por la ciudad, de la resolucion que habian tomado los defensores del Hort, de seguir fusilando prisioneros, y la no menos horrible de que una compañía del regimiento de Saboya y un destacamento de nacionales, sorprendidos y apresados por Tristany y Caballería cerca de Esparraguera, acababan de ser bárbaramente asesinados.

No se necesitaba tanto para irritar los ánimos de los exaltados barceloneses, que movidos por algunos agitadores, deseaban ya de antes apoderarse de O'Donnell y de los demás prisioneros carlistas, que habia en las cárceles militares de la ciudad, y sacrificarlos en venganza de las víctimas inmoladas por las facciones. Sabíalo el general Pastors, gobernador de la Ciudadela, y deseoso de prevenir la catástrofe que amenazaba particularmente á O'Donnell, con quien le unian vínculos de antigua amistad, se habia dirigido repetidas veces al segundo cabo manifestándole que era

necesario y urgente trasladar al jefe carlista á un buque inglés, ó á cualquier otro punto donde estuviera segura su persona. Pero Alvarez no quiso acceder á ello, y antes por el contrario increpó á Pastors diciéndole: "que no extrañaba sus contínuas reclamaciones sobre tal objeto, cuando habia sabido que, faltando al cumplimiento de la incomunicacion que se le tenia prevenida, no solo habia separado de su aposento al prisionero, sino que le habia tenido varias veces á comer con él,"

La verdad era que Pastors, sin traspasar los límites de su deber como militar, hacia todo lo posible para dulcificar la triste situacion de O'Donnell; pero esto mismo, y el trato humano que se daba en general á todos los prisioneros carlistas, se hacia servir de incentivo para inflamar las pasiones populares, cuya irritacion iba en aumento á medida que se recibian y comentaban las horribles noticias del Hort y de Esparraguerra: en la tarde del 4 de Enero de 1836, la exaltacion llegó á su colmo.

Un gentío inmenso iba llenando la plaza de Palacio; hablábase con calor, expresando todas las conversaciones ideas de venganza. "Los facciosos, decian, asesinan á nuestros hermanos, á nuestros parientes y amigos... ¿Y habremos de consentirlo impasibles? La sangre pide sangre. ¡Mueran los rebeldes y viles esclavos! ¡Muera O'Donnell! — ¡A la Ciudadela! ¡A la Ciudadela!"

Poco antes del anochecer, grandes masas con tambor batiente recorrian las calles, dirigiéndose al glasis de la Ciudadela, cuya guarnicion consistia en 150 hombres de Saboya, 81 milicianos y 8 artilleros, habiendo sido reforzada, aquella mañana, con medio batallon del regimiento número 20 de línea, recien formado, sin armas la mayor parte de su gente. A esto se hallaba reducida la defensa de una fortaleza de primer órden, dentro de la cual habia tres presidios conteniendo de seis á setecientos penados, vastos almacenes con más de 3,000 quintales de pólvora y gran cantidad de municiones, y 85 prisioneros carlistas.

Al ver la actitud de la muchedumbre aglomerada en el glasis delante de la puerta principial de la Ciudadela, mandó Pastors levantar el puente levadizo; pero los amotinados, atropellando por todo, pasaron el de piedra, y bajaron al foso hasta la escarpa, amenazando asaltar la muralla y pegar fuego á la puerta con las hachas de viento que al efecto llevaban encendidas.

Pastors, sin órdenes superiores y sin medios para resistir, andaba desesperado de una parte á otra, y mientras enviaba por la puerta del Socorro un ayudante al General segundo cabo, pidiéndole instrucciones y auxilio, se asomó repetidas veces al

parapeto de la muralla preguntando al pueblo qué era lo que queria. "Que se nos entreguen los presos facciosos, y principalmente O'Donnell. Queremos los presos,„ gritaban en todas partes.

El gentio aumentaba, y en medio de sus gritos y amenazas cada vez más terribles y exigentes, en vano pretendian hacerse oir el general Pastors y el coronel D. José Montero, que con él estaba. Tratóse de que este último, que gozaba de prestigio entre el pueblo, fuese con dos comisionados á Palacio, á fin de manifestar al segundo cabo lo que la muchedumbre pretendia. Sale Montero por la poterna y habla con algunos de los amotinados; pero vuelve á poco diciendo que le habia sido imposible atravesar aquellas masas compactas.

Entre tanto, el ayudante de Pastors, y un paisano enviado igualmente con un oficio reclamando de Alvarez auxilio exterior y órdenes terminantes, regresaban trayendo por toda contestacion: "que el gobernador cuidase mucho de contener á los de dentro, que durante el dia habian entrado en la Ciudadela para secundar el movimiento de los de fuera, entre tanto que él tomaba sus disposiciones con respecto á estos.„

Supieron los amotinados esta contestacion casi al mismo tiempo que Pastors la recibia; y seguros de que tenian dentro quien les ayudase, se precipitan agitando las hachas encendidas, y mientras unos pegan fuego á la puerta principal, corren otros á poner escalas contra la muralla y emprenden el asalto. En breves momentos coronó el baluarte del Rey un sinnúmero de gente armada: los soldados y los milicianos de la guarnicion daban las manos á los que trepaban por las escalas, resonando en medio del tumulto los frenéticos gritos de ¡Viva la libertad! ¡Viva Isabel II! ¡Viva Saboya! ¡Venguemos á sus compañeros sacrificados! ¡Mueran los asesinos de nuestros parientes y hermanos! ¡Mueran los facciosos!...

Todos rodeaban al gobernador, que pudo contenerlos durante algunos momentos, ofreciendo entregarles los presos, con tal que no atentasen contra sus vidas en el recinto de la fortaleza, y sí los presentasen al General para su determinacion: pero aumentándose la muchedumbre, crecieron los gritos y las exigencias. Piden unos las llaves de los calabozos, mientras otros más audaces é impacientes descerrajan á tiros la puerta de la torre de Santa Eulalia, y entran con hachas encendidas en la estancia de O'Donnell... Era un valiente, y no merecia la muerte horrible y alevosa que le dieron. Avalanzóse á coger las armas con que sus agresores le apuntaban, gritando desesperado: "Dénme una espada, y al menos no moriré vilmente asesina-

do.„ Disparáronle dos tiros, y cayó revolcándose en su sangre. Su cadáver, arrojado al foso, y desde allí arrastrado por las calles de la ciudad hasta la Rambla, fué consumido por las llamas de una hoguera...

Entre tanto, sucumbian todos los detenidos en las cárceles de la Ciudadela, inclusos un coronel y dos capitanes sardos, que pocos dias antes habian llegado á Barcelona, y á quienes se atribuia la mision de promover en esta ciudad una insurreccion carlista, mientras en Génova se proyectaba una expedicion miguelista contra Portugal.

"Muchos de los cadáveres hacinados, dice un testigo ocular de aquellos excesos, fueron tambien consumidos en la pira formada con la paja de los jergones. Consumado el horroroso acto, muertos ya todos los presos por opinion carlista, se dió principio al despejo del recinto, que quedó verificado á las diez y media de la noche, abriendo para el efecto la puerta principal de la Ciudadela y bajando el puente.„

¿Qué hacia, entre tanto, el general Alvarez? Permanecia tranquilo en su palacio, rodeado de otras autoridades, de militares y comandantes de la Guardia nacional, deliberando estérilmente sobre el medio de contener los excesos aun no terminados. Los batallones y escuadrones y la artillería de la Milicia llenaban la plaza de Palacio, en tanto que la muchedumbre amotinada invadia el fuerte de Atarazanas y el de Canaletas, repitiendo en ambos puntos las sangrientas escenas de la Ciudadela, y cometia por último el más inhumano atentado, sacando del Hospital militar tres infelices heridos, y fusilándolos en un callejon inmediato al edificio.

Ciento veintitres víctimas fueron de este modo sacrificadas aquella horrible noche; sacrificios inútiles, que pedian y obtuvieron otras víctimas. Las autoridades continuaban deliberando... Alvarez solo tuvo valor para preguntar con energía á los jefes de la Milicia que le rodeaban: "¿Están ustedes resueltos, sí, ó nó, á impedir la continuacion de estos desórdenes?„ Y levantándose todos, contestaron "que lo ofrecian y lo cumplirian, asegurándole que se contendrian los excesos, *menos el de ser fusilados los facciosos, pues esta era la voluntad general.*„

Culpable aparece ante la Historia el general Alvarez, no tanto por su falta de energía para impedir los atentados de la noche del 4 de Enero, pues nadie podia ya contener aquellas masas desbordadas, sino por haberlos provocado consintiendo la publicacion del parte de Mina, y por no haber hecho nada para evitar con tiempo la espantosa catástrofe que todo el mundo preveia.

Restablecida momentáneamente la tranquilidad, volvió á verse turbada al ano-

checer del dia 5. Algunos grupos de nacionales y paisanos, reunidos en la plaza del Teatro, enarbolaron una tabla en que habian escrito: *Viva la Constitucion;* y llevándola en triunfo por las calles, la colocaron alumbrada con hachas en la galeria principal de la casa Lonja, frente al palacio del General. El comandante del 6.° batallon de la Milicia, D. Antonio Gironella, se puso á la cabeza de sus voluntarios, y proclamando igualmente la Constitucion, marchó con ellos á la plaza de Palacio, donde aguardaba el escuadron de lanceros nacionales, dispuesto á contrariar el movimiento. Los demás cuerpos de la Milicia iban acudiendo al mismo punto; unos decididos á secundar el grito dado por Gironella; otros inclinados á rechazarlo por inoportuno; y los más, indecisos, sin saber qué partido tomar.

Describiendo el espectáculo que presentaba la plaza de Palacio, dice un testigo de aquellos sucesos:

"Diez mil bayonetas se descubrian al reflejo de millares de luces que iluminaron la plaza: todos se miraban; el pasmo y el terror se asomaba por los semblantes de aquellos ciudadanos: ni un eco, ni un fusil se oia: ni la noche más pacífica y serena de los desiertos es tan silenciosa, como la del 5 de Enero lo fué en la plaza de Palacio de la populosa Barcelona, ocupada por numerosas huestes de infantes, caballos, artilleros y sin fin de paisanos. Cada batallon en masa cerrada se presentaba en actitud imponente, sí; pero no atinaba á decir contra quien: la lápida, enseña de nuestra regeneracion, patente: batallones pronunciados; otros que deseaban lo mismo; alguno que indicaba oponerse; las autoridades *vilmente retractadas;* los que habian dado el grito altamente comprometidos... ¡Ah!... el disparo de un solo fusil en aquel terrible momento habria bastado para presentar á la faz del universo una noche de horrores, sangre y desolacion!..."

Y esto era lo que se queria: esto lo que se evitó milagrosamente, gracias á la actitud enérgica que, lleno de miedo, supo tomar el general Alvarez, y gracias á ese instinto maravilloso que suele mover á los pueblos en las crísis supremas que atraviesa la sociedad. Lo que pasaba entonces en Barcelona es inexplicable, y la Historia tiene que andar sobre ello pisando tinieblas. Cuanto se ha escrito acerca de aquellos acontecimientos es puramente hipotético: no hay pruebas de la verdad; los documentos mismos que se conservan la desfiguran ú oscurecen. Pero á través de los hechos y de las relaciones interesadas que han llegado hasta nosotros, se descubre un profundo abismo, en cuyo fondo nos parece ver rebullirse, oscura, impenetrable, una negra intriga, una trama inícua, de la cual eran juguete las autoridades,

algunos jefes de la Milicia y los más ardientes patriotas. Instrumentos de esta horrible trama, cuyo autor estaba quizás al lado del General, iban ellos mismos á destrozarse, bajo pretexto de proclamar la Constitucion de Cádiz. Divididos los liberales en constitucionales ó exaltados y estatutistas, se queria promover entre ellos una colision sangrienta, sin otro objeto que el de ahondar más la division, producir desórdenes y poner embarazos á la marcha política de Mendizábal, á quien luego se acusó injustamente de haber sido el instigador de aquellos tumultos, para tener un pretexto en que apoyar la falta de cumplimiento de sus promesas.

Alvarez consintió la matanza de los prisioneros carlistas, y se le suponia en inteligencia con los pronunciados el 5 de Enero. Sin duda tuvo una inspiracion feliz ó revelaciones oportunas, en el momento crítico de hallarse rodeado de algunos jefes de la Milicia, que habian subido á Palacio á manifestarle la inconveniencia de aquel movimiento y su *orígen impuro*. De repente aparece á caballo en medio de la plaza, y al mismo tiempo se rompe el silencio y se oyen gritos de *¡No conviene! ¡No es oportuno! ¡Abajo la lápida!* Esta voz es repetida instintivamente por la multitud. — El general invoca el órden y el imperio de las leyes; da un viva á Isabel II, y algunos comandantes de nacionales contestan: "¡Viva la union! ¡Vivan las autoridades!„

Por un momento creyeron muchos que iba á comenzar el combate; cunde la alarma y la confusion entre las filas de la fuerza ciudadana: en aquel crítico instante, un lancero se presenta en la azotea de la Lonja, apaga las hachas y derriba la lápida. "Si otro hombre hubiese habido tan osado para arrojarse entonces sobre el lancero que á tanto se atrevia, dice un historiador [1], la plaza de Palacio era teatro de una horrorosa catástrofe, que con espanto hubiera legado la historia á las generaciones futuras.„

Pero nadie se opuso y todos callaron. Alvarez invitó á los batallones á retirarse batiendo marcha para tranquilizar la poblacion alarmada, y él mismo recorrió una parte de la ciudad á la cabeza del 6.° batallon, despidiéndose de su comandante en la plaza del Pino. A los pocos momentos se presentó un ayudante del General á Gironella, y le entregó un pliego: era una órden mandándole permanecer arrestado en su casa. Gironella la leyó á la luz de un farol, y sin decir á nadie su contenido, envainó la espada, mandó romper filas, y se retiró, dando así una prueba de acrisolado patriotismo.

A la una de la madrugada fué preso Gironella y conducido á bordo del navío

[1] Balaguer, *Historia de Cataluña*.

inglés *Rodney*. Otros varios sugetos, muy conocidos por sus ideas avanzadas, y amigos de Mina, fueron igualmente aprisionados en el mismo buque, siendo luego confinados á Canarias sin formacion de causa. Entre ellos se contaban los Sres. Montero, Raull, Bertran Soler, Xaudaró, Balart, Degollada y otros, así como tambien el célebre D. Eugenio Aviraneta, que habia venido á Barcelona con la comision "de sostener y aumentar el espíritu liberal de algunas de sus autoridades y habitantes,„ y que hasta las once de aquella misma noche estuvo en Palacio y en amistosa conversacion con Alvarez [1].

Al saber los acontecimientos del dia 4, Mina corrió precipitadamente á Barcelona, donde entró el 6 por la tarde: aprobó las disposiciones dictadas por el segundo cabo, y publicó una proclama en la que decia: "Jamás hubiera creido que dentro del recinto de la liberal Barcelona se abrigasen hombres que, so color de promover la libertad é invocando su santo nombre, entronizáran la anarquía, hollando las leyes y arrastrando en pos de sus inícuos planes el trono de nuestra inocente Isabel y las libertades patrias... Isabel II, Libertad, Orden: ved aquí repetida mi profesion de fé. Los que profesaren otros principios, ó huyan á aumentar esas hordas de asesinos que invocan otro nombre, ó prepárense á que la ley use de su fuerza contra ellos.„

¿Qué significaba este lenguage en boca de Mina? ¿Qué su proceder arbitrario con los hombres más adictos á sus propias ideas, por el delito de haber intentado proclamar la Constitucion? ¿Por qué no se les formaba causa, y se les deportaba sin oirles? Mina tenia, sin duda, motivos poderosos para obrar así: la política y la prudencia lo exigian: á los que le hicieron cargos por esta conducta, dícese que les contestó: "Mi deber, si intervengo en este asunto, es sujetar los presos á un consejo de guerra. ¿Será mejor emplear este medio, por el cual habria que fusilarles, ó que, aunque ilegalmente, sean deportados á Canarias, de donde podrán volver pasados algunos meses?„

No decia Mina todo lo que pensaba. La formacion de un proceso habria obligado probablemente á condenar á muchos, que permanecian tranquilos en sus casas, y era imposible castigarlos en aquellas circunstancias, sin provocar mayores trastornos: las mismas autoridades podian resultar complicadas en el asunto, cuando menos, por haberse dejado sorprender. — Graves cargos les hicieron los deportados, acusándolas de arbitrariedad; de haber provocado el asesinato de los presos, y pre-

[1] Pirala. Obra citada.

parado los acontecimientos del 5 de Enero. El general Pastors, depuesto del mando de la Ciudadela, les acusó igualmente de lo primero, añadiendo que "los acontecimientos del 5 ninguna relacion tenian con los del 4, por más que así hubiese querido hacerse entender para fines muy particulares [1]."

No todas estas inculpaciones eran justas; y en cuanto á los deportados, si acaso alguno habia culpable, ningun antecedente apareció despues contra ellos en la Capitanía general.

El velo del misterio cubre las verdaderas causas de estos deplorables acontecimientos.

IV.

Bajo tristes auspicios comenzaba el año de 1836. Las represálias, tan violentamente tomadas en Barcelona, provocaron otras, y otras, no menos sangrientas. Un destacamento de nacionales de Mataró tuvo un encuentro con la faccion de Zorrilla, el dia 6 de Enero, en San Pedro de Torelló. Derrotados por el carlista, con pérdida de bastantes muertos, quedaron prisioneros cuarenta y ocho, que fueron conducidos á Alpens, donde estaba Burjó. Supiéronse allí el 7 los acontecimientos de Barcelona, é indignada la soldadesca, se amotinó pidiendo venganza; y asaltando la guardia de prevencion, se apoderó de los infelices prisioneros, que arrastrados fuera del pueblo, perecieron miserablemente á bayonetazos y á tiros.

Continuaba, entre tanto, el sitio del santuario del Hort, confiado á Iriarte y Niubó, por la ausencia de Mina, y sostenido con energía por ambas partes, en medio de un invierno riguroso, que cubria con cuatro y seis palmos de nieve aquellas montañas. En vano acudieron al socorro de los sitiados 5,000 hombres mandados por Tristany y otros cabecillas. El 20 de Enero atacaron los campamentos del Plá de Isobol, casas de Posadas, Roca Foradada, y el mismo San Lorenzo; pero á pesar de la superioridad numérica de sus fuerzas, fueron vencidos, y obligados á retirarse con pérdida. Miralles, careciendo ya de provisiones, y desvanecida toda esperanza de auxilio, decidió abrirse paso á través de las líneas enemigas: salió con su gente en la noche del 23; pero rechazados los carlistas hácia el fuerte, que ya ocupaban las tropas liberales, se encontraron entre dos fuegos, y perecieron casi todos incluso

[1] Reclamacion de Pastors al ministro de la Guerra, conde de Almodóvar, en 3 de Marzo de 1836.

el jefe. Los vencedores, que creian muertos por sus enemigos todos los prisioneros, al tomar posesion del Santuario, encontraron un centenar de ellos, cuyas vidas habian sido respetadas, acaso por temor á las represálias.

Un horrible acontecimiento vino á poner el colmo á la crueldad con que se seguia la guerra en la parte oriental de España. D. Agustin Nogueras, comandante general del Bajo Aragon, supo que el dia 6 de Febrero habian sido fusilados, de órden de Cabrera, los alcaldes de Torrecilla de Alcañiz y Valdealgorfa, bajo la acusacion de haber dado aviso á las tropas liberales de las operaciones de los carlistas. En consecuencia, ofició al gobernador de Tortosa, el 8, *rogándole que mandase fusilar á la madre del rebelde Cabrera*, detenida en aquella plaza, "dándole publicidad, decia, Nogueras, en todo el distrito de su mando, prendiendo además á sus hermanas para que sufran igual suerte, si es que siga asesinando inocentes.„

Consultado al general Mina por el gobernador de Tortosa, contestó que se cumpliesen los deseos de Nogueras, y la infeliz María Griñó, madre del caudillo carlista, fué fusilada el 16 de Febrero. La muerte de aquella anciana de 60 años provocó una tempestad: reprobáronla en España los mismos liberales, y la miraron con indignacion los extranjeros. Cabrera, que no necesitaba el estímulo de esta cruel herida en su corazon de hijo, para adquirir y merecer el título de *sanguinario* [1], dictó en seguida espantosas represálias, mandando fusilar á la señora del coronel D. Manuel Fontiveros, á otras tres infelices mujeres, "y hasta el número de treinta, decia, que señalaba para expiar el infame castigo que habia sufrido la mejor y más digna de las madres.„ Al mismo tiempo anunciaba que cada víctima que hiciesen los liberales seria vengada con veinte de sus familias.

Tomado el Santuario del Hort por las tropas de la Reina, los carlistas tenian

[1] Hacia ya tiempo que Cabrera, humano y generoso al principio de la guerra, habia dejado de serlo. Cinco meses antes del fusilamiento de su madre, á mediados de Setiembre de 1835, atacó al pueblo de Rubielos, que intentaron defender los nacionales y una compañía del provincial de Ciudad-Real. Encerrados estos en un pequeño fuerte, establecido en un convento, se resistieron heróicamente, hasta que, incendiado el edificio, envueltos por las llamas, y no pudiendo sufrir ya el hambre, la sed y la fatiga, pidieron capitulacion, que les fué otorgada, firmando Cabrera y Forcadell la condicion aceptada de conservarles la vida. «Fiados en este pacto, dice el historiador de la Guerra civil, se entregan, y son en seguida fusilados muchos de aquellos esforzados prisioneros al pié de la misma torre que habian defendido tan heróicamente. Conducidos los restantes al campo de la Dehesa, término de Nogueruelas, mandó Cabrera hacer alto, y comieron todos el rancho. Concluida esta operacion, *formó un cerco de infantes y caballos, dejó á los prisioneros en cueros, y les invitó á que se salvaran corriendo. Al ejecutarlo, murieron alanceados aquellos infelices, hallándose algun cadáver con veinte y seis heridas.*»—Eran SESENTA Y CINCO las víctimas, que recogió y sepultó el Ayuntamiento de Nogueruelas.—Ante esta horrible carnicería, la muerte dada á la pobre anciana María Griñó, es un hecho pálido; y aunque merezca la execracion universal, solo un hombre en el mundo no tenia derecho á condenarlo: D. Ramon Cabrera.

que subdividir sus fuerzas y variar su plan de campaña, faltándoles aquel punto de apoyo, que era la base de sus operaciones. Conociéndolo así el general Mina, desde el lecho en que le habian postrado las fatigas de la guerra y los disgustos ocasionados por las ocurrencias de Barcelona, se ocupaba con actividad en plantear un nuevo sistema de persecucion. Organizó y distribuyó el ejército en siete brigadas, señalando á cada una el terreno en que debia moverse, combinándolas de modo que unas á otras pudieran auxiliarse mútuamente en caso necesario; y dispuso que los cuerpos francos ocupasen los corregimientos y guarniciones interiores, dando instrucciones á todos los jefes para que ninguno permitiese al enemigo sosegar en el territorio de su demarcacion, pudiendo las diferentes fuerzas maniobrar sueltas en pequeñas columnas, ó reunidas, segun lo exigiesen las circunstancias.

A consecuencia de esta organizacion, el 24 de Febrero, se encontraba en San Hilario Sacalm una columna, compuesta del 4.° batallon franco, cinco compañías de América y algunas rondas volantes, cuando se presentaron á la vista del pueblo las facciones reunidas de Zorrilla, Grau y Mallorca [1], que se componian de unos 1,500 hombres. Tomaron estos posiciones en una altura, á la cual era necesario subir por terreno despejado; y estando ya dispuesta la columna para el ataque, resolvióse hacer una diversion con el objeto de conocer cual era el plan del enemigo, destinando á este fin una de las compañías de preferencia.—"Para esto, mis cazadores," dijo el comandante Rodriguez dirigiéndose á ellos; y dadas las órdenes convenientes, añadió con energía: — "Voluntarios, ved allí los fugitivos de Arbúcias y de San Celoni: sus espaldas conocen ya las puntas de vuestras bayonetas. Resolucion, y á ellos. ¡Viva la libertad! ¡Viva la Reina!"

La compañía de cazadores francos emprendió la marcha con ardimiento, á la vista de las demás fuerzas de la columna que, merced á la disposicion del terreno, podian observar todos sus movimientos; y pronto se la vió trepar á la altura, romper el fuego, y avanzar decidida, no obstante el vivo tiroteo con que sus enemigos la hostilizaban. En aquellos momentos, un grito de sorpresa y de admiracion se escapó de todos los labios, y todas las miradas se fijaron en un oficial que, vuelto el rostro hácia sus soldados, entusiasmándoles con el gesto y la palabra, vibrando la espada y tremolando una banderola, se lanzaba denodado hácia el grueso de las fuerzas carlistas.

[1] En algunos impresos dice: Ros de Eroles, Burgó y Zorrilla: pero los documentos que hemos consultado, y particularmente la hoja de servicios del general Rodriguez Soler, expresan los nombres que van en el texto.

—"¡Es él! ¡Es Prim! ¡Diablo de mozo!„ exclamó Rodriguez, dejándose llevar del entusiasmo general. "La victoria es nuestra.„ — Y poniéndose él mismo á la cabeza de la compañía de granaderos, marchó á reforzar á los cazadores, que luchaban ya cuerpo á cuerpo con las avanzadas carlistas, en tanto que otras tres compañías de la reserva se preparaban para atacar de flanco al enemigo.

El arrojo de Prim le llevó más léjos de lo que debia; por lo que habiéndose adelantado á sus compañeros, se encontró frente á frente con un faccioso, que le apuntó el fusil á quemaropa. En tan apurada situacion, no abandona á Prim su serenidad: rápido como el pensamiento, desvía con la espada el arma fatal en el instante que se escapa el tiro, y arrojándose sobre su contrario antes que pudiese hacer uso de la bayoneta, le enlaza con sus brazos y le da muerte despues de sostener los dos una lucha porfiada.

Entre tanto, llegaban los refuerzos destacados de la columna, y los carlistas, desconcertados por el ataque de flanco, emprendieron la fuga. El comandante Rodriguez, con sus dos compañías de preferencia los persiguió durante una hora; y cuando volvieron á incorporarse al grueso de la columna, oyó Prim de boca de sus jefes y compañeros las más fervientes felicitaciones.

Repetidos encuentros tenian por este tiempo las fuerzas liberales y carlistas en diferentes puntos del Principado de Cataluña, compartiéndose unos y otros los triunfos y las derrotas. A mediados de Febrero, los nacionales que guarnecian á Berga cayeron en una celada, que les preparó Castell en las casas de San Bartolomé, pereciendo 20 de ellos acuchillados por la caballería.—El 20, la brigada de Gurrea, que pocos dias antes habia dispersado la gente del Llarch de Copons en Monreal y Coll de Cabra, rescatando muchos hombres y mujeres que llevaban cautivos, dió alcance á las fuerzas del mismo cabecilla y á las de Masgoret, Degollat y otros, que ocupaban á Sarreal y Rocafort, batiéndolos y obligándolos á desbandarse. El mismo dia fué derrotado Prades (el Fraile), siendo preso y fusilado en la Pobla de Ciérvoles con otros cabecillas.

El 28 se apoderaron los carlistas de parte de un convoy cerca de Castellolí, salvándose el resto por haber acudido tropas de la parte de Igualada.

Este mismo dia sufrieron un desastre algunas compañías de Saboya y 1.° de Ligeros, en el camino que va de Pons á Oliana. El cabecilla Torres acababa de entrar en la Conca de Tremp, regresando de Aragon con cinco batallones y un escuadron de lanceros. Corrieron á su encuentro las columnas de Sebastian y Aspiroz, y es-

tando este último en Peramola destacó alguna fuerza en busca del enemigo. Prevenido el carlista, salió de Pons en la madrugada del 28, y fué á emboscarse en un desfiladero, formado por el rio Segre y una larga serie de montañas. Bajaban confiadas las tropas, cuando se vieron acometidas de frente y de flanco por batallones en masa, que haciéndoles un fuego horroroso, les causaron muchos muertos, obligando á rendirse á la mayor parte de la fuerza. Dos compañías de Saboya lograron apoderarse de una altura, en la que se defendieron heróicamente contra los batallones reunidos de Torres; pero al fin cayeron muertos ó heridos los más de los oficiales, y agotadas las fuerzas y las municiones, tuvieron que entregarse los que quedaron con vida.

Cuando Aspiroz tuvo noticia de esta sorpresa por un asistente que pudo escaparse con el caballo de su amo, corrió veloz al auxilio de los suyos; pero llegó tarde. Ardiendo en ira, siguió la pista al enemigo, que no atreviéndose á esperarle, dividió sus fuerzas para mejor evitar el encuentro. Torres, activamente perseguido por las columnas de Aspiroz, Alvarez y Sebastian, se internó en la Cerdaña, donde no pudo permanecer mucho tiempo.

Durante el mes de Marzo hubo en Cataluña varias acciones sangrientas, menudeando las tentativas de los carlistas á fin de apoderarse de alguna poblacion importante ó punto fortificado. Ripoll, Prat de Llusanés, Berga y otros pueblos se vieron sucesivamente atacados. Fortificábase por los liberales el Bruch, como llave del crucero de San Quintin á Monistrol, y centro de las comunicaciones entre Barcelona é Igualada y demás puntos del interior, y tenian los carlistas vivo interés en impedirlo. Aquellas alturas fueron teatro de frecuentes y encarnizados combates. Allí se presentó Tristany llevando los hombres de su descubierta disfrazados con el uniforme de cuerpos francos. Al darles el *quien vive* las avanzadas liberales, contestaron aquellos: *Isabel II;* pero apenas se aproximaron, fué conocido el engaño, y se trabó una lucha mortífera á la bayoneta, disparándose los fusiles á quemaropa. Los carlistas tuvieron que ceder, subdividiéndose para evitar una derrota, y marcharon á reunirse luego en un punto convenido, segun su táctica de costumbre.

Otro combate, que duró desde las dos de la tarde hasta la noche, se dió en aquel mismo punto el dia 15 por fuerzas numerosas de los carlistas pertenecientes á la division de Torres, que se habia corrido á la derecha del Llobregat. Sin el auxilio que llegó de Esparraguera, las tropas liberales encerradas en el Bruch habrian perecido. En Casa Masana hubo tambien porfiados y sangrientos encuentros.

Niubó y Gurrea batieron sucesivamente á unos 400 carlistas en el puente de Alentorn y en Vilanova de Meyá, los dias 20 y 22 de Marzo. La gente que mandaba Borges y el canónigo Mombiola fué literalmente destrozada, cayendo despeñados en profundos derrumbaderos los que se salvaron de las balas. En esta accion de Meyá pelearon con denuedo los nacionales de *la Blusa*.

Despues de recorrer mucha parte del país, Torres y el Ros, con unos 3,000 infantes y 200 caballos invadieron el Vallés, saqueando algunos pueblos, y llevándose en rehenes muchos paisanos indefensos para exigirles rescate.

Hallábase en Granollers el batallon de Rodriguez, 3.° de francos[1], el 26 de Marzo, cuando se supo allí que la division de Torres habia entrado en Vilamajor. En cuanto cerró la noche, que se presentaba oscura y tempestuosa, el bizarro jefe de los voluntarios mandó tocar llamada. Otro tanto hizo el comandante Brafin, del provincial de Málaga, que se hallaba igualmente en Granollers, y habiéndose reunido ambos batallones, emprendieron la marcha. Llegada la columna á las inmediaciones de Vilamajor, conferenciaron los dos jefes, y el batallon de Málaga desfiló en silencio hácia la parte de Occidente, perdiéndose á poco de vista entre las sombras de la noche. Rodriguez llamó entonces á sus oficiales, y les comunicó el proyecto que habia concebido de sorprender á la faccion; pues aunque bien sabia que las fuerzas enemigas eran cuatro veces superiores en número á las suyas, la honra del batallon, decia, estaba empeñada en no consentir que los rebeldes durmieran tranquilos en ningun punto de aquella comarca.

Los más de los oficiales quedaron perplejos, mirándose unos á otros, al oir esta proposicion, y alguno se atrevió á decir:—"No somos más que 700 hombres."—"¿Y Málaga?..." repuso Rodriguez interrumpiéndole.

Entonces el teniente Prim se acercó á su jefe, y le dijo:—"Mi comandante, no cabe duda en que la empresa es árdua; y ántes de aventurarse, vale la pena de intentar un amago. Si V. me lo permite, yo bajaré al pueblo con una mitad de mi compañía, y me parece que algo haremos."—"Muy bien: aceptado, señor *capitan*," contestó Rodriguez apretando la mano al jóven oficial, que no pudo menos de replicarle en voz baja:—"Teniente, querrá V. decir."—Pero el jefe repuso con prontitud:—"Yo me entiendo: capitan, mañana; y mañana es hoy."

Eran las tres de la madrugada. Rodriguez mandó al batallon esfilar con mucho

[1] Los batallones francos de *Voluntarios de Cataluña* habian quedado reducidos á muy escasa fuerza, por lo cual dispuso Mina que se refundiesen unos en otros. En consecuencia de esta disposicion, el batallon 4.° vino á ser 3.° desde 1.° de Marzo.

sigilo, y dando un rodeo, fué á situarse al Sud-este de la poblacion. En seguida se destacó la mitad de la compañía de cazadores al mando de PRIM, el cual, dando el ejemplo á sus soldados, emprendió la marcha paso á paso, y medio arrastrándose entre las breñas. De este modo llegaron hasta un tiro de pistola de la guardia carlista, que ocupaba el extremo de la calle Mayor. Soplaba el viento con furia, y esta circunstancia, unida á la oscuridad, favorecia el intento de los cazadores, que pudieron oir distintamente una voz que decia:—"Centinela, parece que suena ruido;„ y la del centinela, que contestó:—"Es el viento.„

Estas fueron las últimas palabras, que pronunció aquel infeliz: á los pocos segundos, caia muerto de una cuchillada sin poder chistar. Los cazadores invaden inmediatamente el cuerpo de guardia, cuyos indivíduos perecen antes que tuviesen tiempo de tomar las armas. Uno solo se escapa mal herido, y corre hácia una casa de aspecto principal, en cuya puerta habia un reten. Comprende PRIM que allí se alojan los jefes carlistas, como así era en efecto, y vuela con sus cazadores á aquel punto; arrolla el reten, y entra en la casa, lisonjeándole la idea de apoderarse de los cabecillas. Pero, al subir los primeros escalones, parte un tiro de lo alto de la escalera, y PRIM cae al suelo, con el muslo derecho atravesado de un balazo.

Ya en aquellos momentos cundia la alarma por la poblacion, y los carlistas salian apresuradamente, unos á la calle, otros á las ventanas, haciendo fuego á la ventura, y dando desaforados gritos; pero antes que pudiesen volver de su sorpresa, los cazadores tuvieron tiempo de retirar á su teniente. Al oirse los primeros tiros, acudió Rodriguez con el batallon, y entrando en el pueblo, rompió el fuego sobre las masas carlistas, que en su aturdimiento y en medio de la oscuridad se mataban unos con otros.

¿Qué pasó aquella noche? Un escritor muy imparcial, y generalmente bien informado, refiere que el batallon de Rodriguez, atravesando el pueblo de parte á parte, se encontró con el de Málaga, que se hallaba apostado en el otro extremo de la calle; y que este último, viendo venir aquella masa, la creyó carlista, y rompió contra los voluntarios un horroroso fuego, teniendo que huir al fin unos y otros, perseguidos por la faccion, y en el más completo desórden.

Permitido ha de sernos poner en duda, ya que no negar resueltamente, la veracidad del anterior relato, basado al parecer en las noticias de algun parte ó comunicacion de orígen carlista. Desde luego, no se concibe que el comandante del batallon franco, puesto de acuerdo como estaba con el de Málaga para coger entre dos fuegos

al enemigo, y perfectamente sabedor de la posicion que aquel ocupaba, cometiese la torpeza de ir á su encuentro atravesando el pueblo lleno de facciosos; y solo se comprende que, ó compelido por estos, ó bien arrollándolos, fuese á chocar con sus propios auxiliares. Para lo primero, era menester que avanzase desprevenido hasta dejarse atacar por retaguardia, lo cual es inverosímil, habiendo comenzado la alarma, y por consiguiente, la resistencia de los carlistas antes de su llegada á las puertas de la poblacion. Lo segundo tiene más visos de probabilidad; pero en tal caso, hay que admitir la expulsion de los facciosos, en lugar de su triunfo.

Por otra parte, puede probarse que el desastre atribuido á la columna de Granollers es imaginario. La relacion sucinta de este importante hecho de armas, inserta en la hoja de servicios del mariscal de campo D. José Rodriguez Soler, que tenemos á la vista, dice así: — "1836. — 26 de Marzo. — Habiendo invadido el Vallés 3,000 "hombres, mandados por Torres y Ros, los sorprendió en Vilamajor á las tres de "la madrugada, llevando solo 700 hombres; *en cuya sorpresa causó á los facciosos la "pérdida de 22 muertos y muchos heridos, cogiendo prisioneros 3 soldados con sus caba- "llos y monturas, librando á 24 soldados del ejército que llevaban como forzados, y un "sinnúmero de paisanos del Vallés, que tenian presos para sacarles rescate.*„

No se consignan hechos tan precisos, detallados y concretos en una hoja de servicios sin la debida comprobacion, ni es posible poner en concordancia con ellos la derrota del batallon franco, al que se supone huyendo, perseguido por sus contrarios, hasta encerrarse en Granollers. A ser esto verdad, ¿cuál habria sido la suerte de Prim, imposibilitado de moverse, y la de los pocos soldados que le acompañaban, hallándose solos á la otra parte del pueblo y separados de su batallon?

Lo que hay de cierto es que la sorpresa de Vilamajor no produjo todo el buen resultado que se prometieran sus autores; pero tambien lo es que, desde entonces, la faccion de Torres no tuvo un dia de sosiego, y la encontramos en los últimos de Marzo y primeros de Abril corriendo sin cesar á gran distancia de aquel punto, cometiendo de paso muchas tropelías, incendiando algun pueblo y robando en otros, internándose un momento en la Cerdaña, para huir inmediatamente hasta llegar á Ager, el 12 de Abril; que de aquí, divididos sus batallones para esquivar la activa persecucion de las columnas de Gurrea, Sebastian y Niubó, marchan desbandados hácia las riberas del Segre, y reunidos el 17 en Rialp, son alcanzados y sufren una derrota; que el 4 de Mayo les dá Gurrea otra dura leccion, causándoles muchas bajas, y cayendo en su poder todo el botin y los rehenes que llevaban; que después de arrastrar

una vida azarosa, y de cometer, otra vez en la Cerdaña, nuevos actos de vandalismo, hijos del despecho y la desesperacion, fueron completamente batidos en Bellver, y obligados á entrar en Aragon, donde á los pocos dias, el 2 de Junio, la columna de Oribe destrozó los 700 hombres á que estaban ya reducidos, haciéndoles 250 prisioneros, y cogiendo por último al fugitivo Torres, que murió fusilado en Jaca, juntamente con Orteu, Mombiola y Queralt, que le acompañaban.

La brillante hazaña de PRIM en Vilamajor, que nos recuerda las de los antiguos héroes de la guerra de Granada contra los moros, no quedó sin la debida recompensa. El jóven oficial, que acababa de cumplir 21 años, fué ascendido por aquella accion á capitan de cuerpos francos.

V.

Antes de trasladarnos á otro punto, digamos cual era el estado á que se halló reducida la faccion en Cataluña, por efecto de las acertadas disposiciones de Mina.

Ya vimos que, al tomar el mando del Principado aquel entendido general, en Octubre de 1835, ascendian las fuerzas carlistas á más de 22,000 hombres. Creció este número hasta llegar á 25,000 en Noviembre, segun consta en una nota oficial formada por ellos mismos con fecha 15 de Abril de 1836, en cuyo dia solo quedaban 13,367 infantes, y 218 caballos [1]. Como quiera que en estas cifras se hallan contenidos 3,380 hombres que componian la division de Torres, puede calcularse que el ejército carlista de Cataluña constaba en Junio de unos 10,000 hombres; habiendo sufrido, por consiguiente, una baja de 15,000 en poco más de seis meses.

No cabe duda que, á seguirse la guerra en las demás provincias con igual actividad y fortuna que en Cataluña, difícilmente habria podido prolongarse un año más. Pero, por desgracia de todos, no sucedia lo mismo en el Norte, donde las fuerzas de D. Cárlos dominaban casi por completo el país, bajo la inteligente direccion de su general Eguia. Cuando este jefe tomó el mando, despues de la derrota de Moreno en la batalla de Mendigorría, el ejército carlista del Norte se hallaba reducido á unos 25,000 hombres: diez meses despues, en Mayo de 1836, se componia de 34,000 infantes, 1,100 caballos y un poderoso tren de artillería.

[1] Documento número 8.

En Enero de aquel año eran dueños los carlistas de toda la costa de Guipúzcoa, hasta Francia; se apoderaban de Guetaria despues de un obstinado cerco, y ponian sitio á San Sebastian, persistiendo en él hasta el 5 de Mayo, en cuyo dia lo hizo levantar el general Lacy Evans, sin que en todo este tiempo fuese posible acudir á socorrerle, segun la opinion manifestada en consejo de jefes por todos los caudillos del ejército liberal.

Permanecia este, aunque más numeroso que el carlista, en una inaccion forzosa, reducido á guardar las líneas exteriores del territorio vasco-navarro para impedir que la faccion invadiese las provincias del interior. Semejante situacion era insostenible, y el general Córdoba, que tenia su cuartel en Vitoria, resolvió atacar las formidables posiciones que ocupaba el enemigo en las alturas de Arlaban. Allí se derramó mucha sangre inútilmente, peleando con heroismo sin igual durante dos dias unos y otros combatientes, hambrientos y medio desnudos los soldados, con un tiempo cruel de nieve, y sin más resultado que el de atribuirse ambos ejércitos la palma de la victoria.

Las tropas de la Reina volvian á sus cuarteles, mientras los carlistas se apoderaban por capitulacion de Valmaseda y Mercadillo, y ponian sitio á Plencia, que tambien se rendia, despues de resistir heroicamente sus defensores, compartiendo su gloria una compañía de mujeres denodadas.

La inmortal Bilbao sufria, entre tanto, un segundo sitio sin esperanza de socorro por la parte de tierra. Con razon pudo celebrar D. Cárlos por aquel tiempo los frecuentes triunfos de sus armas en un manifiesto á los españoles, en el cual decia á sus defensores: "El Dios de los ejércitos os ha conducido como por la mano á la victoria... El Señor poderoso en las batallas os ha hecho triunfar siempre que habeis peleado.„

Hasta el 5 de Marzo, ninguna accion fué decididamente favorable á los liberales. Aquel dia, el mariscal de campo D. Baldomero Espartero atacó á los carlistas en Orduña, y les derrotó completamente, arrojándoles del pueblo con unos cuantos húsares, que ganaron para el estandarte de su escuadron la corbata de San Fernando.

El mismo general dió un brillante combate cerca de Unzá, el dia 19, causando grandes pérdidas al enemigo, pero sin que pueda decirse que hubo en aquel encuentro vencidos ni vencedores.

Entre tanto, los carlistas sitiaban á Lequeitio, y le obligaban á rendirse, el 12 de Abril, haciendo 800 prisioneros, y apoderándose de muchas armas y municiones.

Los soldados, faltos de todo, reducidos á la miseria y sin el aliento de las victorias que hace soportar las mayores calamidades, se pasaban á la faccion.

No somos competentes para juzgar los planes del general en jefe del ejército liberal D. Luis Fernandez de Córdoba: nadie ha puesto en duda su valor ni sus talentos militares; acaso las circunstancias, la escasez de recursos ú otras causas eran superiores á su voluntad; pero cuando le vemos permanecer en la inaccion meses y meses, formar proyectos sobre proyectos, fatigar inutilmente las tropas en marchas y contramarchas, sacrificarlas en acciones sangrientas, muy gloriosas sin duda, como las de Arlaban, pero tambien muy estériles; y cuando al clamor general que de todas partes se levantaba le oimos contestar disculpándose con la penuria del ejército, con la crudeza del tiempo, y con la situacion interior del país vasco, "intransitable por la pérdida de veinte y tantos pueblos fortificados que le guarnecian [1],„ no sabemos qué pensar de su pericia [2].

En vista de las acusaciones de que era objeto por su inaccion, pidió Córdoba su reemplazo con urgencia, y que se le formase causa para ser juzgado en un consejo de guerra. Entonces se decidió á operar con actividad, poniendo en movimiento todas las fuerzas acantonadas al norte de Vitoria y dirigiéndose á Villalba. Resuelto á romper el centro de las líneas enemigas, marchó el 20 de Mayo á los puertos de Arlaban, teatro ya de sangrientos combates. Cinco dias de lucha heróica, en los que se cubrió de gloria el general Espartero, rehabilitaron el buen nombre de Córdoba, que se aclamó vencedor. Llamado entonces á Madrid, dejó confiado el mando á Espartero, dándole el singular encargo de que "no emprendiese ninguna operacion ofensiva durante su ausencia.„

[1] *Memorias del general Córdoba.*

[2] La opinion llegó á pronunciarse de una manera muy enérgica contra Córdoba, dando lugar á que este general pidiese repetidas veces su relevo. La prensa pretendia darle lecciones, que le incomodaban; llovian sobre él reclamaciones y quejas, y él se quejaba á su vez de la falta de recursos, que era grande. Su situacion llegó á ser poco envidiable, sobre todo, atendido su carácter, que se halla retratado en la siguiente nota, puesta por él mismo al márgen de una comunicacion del Ministro de la guerra, trasladándole otra del gobernador de Cinco Villas:

«No faltaba ya más, decia, que la opinion del gobernador de Cinco Villas sobre el modo de dirigir la guerra de Navarra y puntos que conviene ocupar. Con ella, la de los cónsules y vicecónsules de Francia, los escritores de diarios y todos los que dan voto, consejo y opinion sin que se les pida y con el mayor desinterés del mundo, la guerra no puede dejar de completar los grandes resultados que de tan competentes jueces é intervencion vamos recogiendo; pero aprovecharé el primer ócio que me dejen mis ocupaciones para corresponder al celo de estos empleados, dando mi dictámen sobre un buen sistema de guias y tornaguias, aranceles de comercio, medio de empedrar y alumbrar las calles de Cinco Villas, por cuyo medio todos nos iremos generalizando en todas las ciencias.»

Al menos no le faltaba orgullo ni buen humor.

En este tiempo habian acaecido en Madrid graves acontecimientos políticos, que debemos reseñar ligeramente.

VI.

El sincero deseo de conciliar todas las opiniones indujo á Mendizábal á cometer una falta política, al discutirse en el Estamento de procuradores el proyecto de ley electoral: en vez de apoyar incondicionalmente á sus amigos y á la comision, en el acto de votarse uno de los artículos, transigió con la oposicion moderada, la cual supo habilmente aprovecharse de la excision que esto produjo entre los miembros de la mayoría; y cuando le llegó el turno al artículo 17, que trataba de la eleccion por provincias, el Ministerio y la comision fueron derrotados por 71 votos contra 66, habiéndose abstenido de votar quince procuradores.

El Ministerio tenia, sin embargo, la confianza y el apoyo del país; tanto que, reconociéndolo así la misma oposicion, temió las consecuencias que podria traer la retirada de Mendizábal, y muchos de sus individuos acudieron á proponerle la disolucion de los Estamentos.

Por mucho que repugnase á Mendizábal esta medida, tuvo al fin que adoptarla, siguiendo el parecer del Consejo de Gobierno; y el 27 de Enero leyó el decreto de disolucion, mandando proceder á nuevas elecciones con arreglo á la ley vigente. No podia obrar de otra manera, so pena de abandonar las riendas del gobierno en unas circunstancias en que sus mismos adversarios le consideraban indispensable.

Durante el interregno parlamentario, desplegó Mendizábal toda su actividad para levantar el crédito de la nacion, harto abatido por desgracia. Usando del voto de confianza que le habian dado las Córtes, dispuso proceder inmediatamente á una liquidacion general de todos los créditos pendientes contra el Estado, decretando poco despues, la consolidacion sucesiva de la Deuda pública liquidada y reconocida; declaró bienes nacionales todos los pertenecientes á las comunidades ó corporaciones religiosas, y decretó su venta, así como tambien la redencion de todos los censos, imposiciones y cargas de la misma procedencia.

Estas últimas disposiciones, que tenian el triple objeto de proporcionar recursos para cubrir las urgentes necesidades del Estado, levantar el crédito público y des-

envolver la riqueza general, y cuya importancia y utilidad han sido reconocidas despues por todos los hombres que han tenido participacion en el Gobierno, fueron entonces muy combatidas por espíritu de partido y por interés particular. Pero esta misma oposicion dió más fuerza á Mendizábal en la opinion liberal del país, y hasta puede decirse que le condujo á prescindir de contemplaciones con los enemigos declarados ó encubiertos de su política reformadora. Claro está que, entrando en esta senda, la concordia y la union que él deseaba eran imposibles: buscó naturalmente el apoyo de sus amigos, y en este punto, solo puede culpársele de haber fiado los primeros puestos á muchos que, distinguiéndose por su exaltacion, aparentaban ser lo que no eran. Procedió en algunos casos dictatorialmente, mandando demoler varios conventos para convertirlos en plazas, lo cual, aunque fuese saludable y provechoso, no debió hacerse sino por una ley, y decretando el extrañamiento de los prelados que le hacian la guerra, lo cual quebrantó bastante su prestigio.

A pesar de todo, las elecciones de procuradores dieron un resultado excesivamente favorable al ministro reformador, demostrando que la inmensa mayoría del país aprobaba su política. Mendizábal fué elegido por siete provincias, al mismo tiempo que Toreno y Martinez de la Rosa quedaban excluidos de la representacion nacional, y el Estamento popular apareció casi unánime; grave inconveniente, que debia producir, y produjo, la division entre los mismos elementos de que se componia.

No eran, sin embargo, estos elementos tan homogéneos como pudiera creerse juzgando por las apariencias. Existia ya el núcleo de un tercer partido compuesto de hombres importantes, que debiendo, por patriotismo, asociarse á Mendizábal y ayudarle, trabajaban sordamente contra él y por su propia cuenta: le veian abrumado bajo el peso de varios ministerios, que tenia á su cargo, trabajando veintitres horas del dia, durmiendo una con los codos apoyados en su bufete, y empleando medios artificiales y violentos para que no le rindiese el sueño, y sin embargo, le dejaban solo. Istúriz, entre otros, repetidas veces instado para que entrase á formar parte del Ministerio, lo rehusó siempre: aquellos amigos no querian gobernar con Mendizábal, *por no asociarse á su responsabilidad,* y le obligaron á dimitir; pero se presentó á la Gobernadora una sentida exposicion con más de quinientas firmas de individuos de la grandeza, propietarios y comerciantes de Madrid, manifestando lo mucho que se debia á Mendizábal, diciendo *que se procuraba su caida,* y suplicándole que le conservase su confianza. La dimision no fué admitida.

Otros síntomas de desunion se observaban en el partido liberal. Cabalmente cuando estaban para abrirse las Córtes, á quienes competia reformar las leyes fundamentales, trabajábase en muchos puntos para proclamar la Constitucion de 1812. Las sociedades secretas, elemento perturbador y casi siempre nocivo, mantenian en agitacion los ánimos. Atribuyóse esta agitacion al Gobierno mismo, y nada prueba tanto la injusticia de este cargo, como la prontitud y energía con que las autoridades acudieron á sofocar los diferentes movimientos que se intentaron.

Abiertos los Estamentos el 22 de Marzo, desde luego se vió en el de Próceres clara y formidable la oposicion al Ministerio. En el de Procuradores se trató de elevar á la presidencia á D. Francisco Javier Istúriz, que lo deseaba para pasar desde ella á la del Consejo de Ministros. Mendizábal se opuso, y lo impidió: veia un rival en el que poco antes era su amigo, y no debia dejarse suplantar por él.

Iba á darse el triste espectáculo de que una fraccion desprendida del partido liberal avanzado escalase el poder, entrando por la puerta falsa de la intriga: esto, no solo era una defeccion, sino tambien un mal precedente, que seguido despues en repetidas ocasiones ha servido para falsear durante muchos años el régimen parlamentario, convirtiendo el teatro político de la nacion en un juego de polichinelas, y los cambios de ministerio en la obra del capricho y de los ocultos manejos. Pero ¿en nombre de qué principios y por qué causas se movia la fraccion desidente? Oigámoslo de boca de uno de los mismos hombres que entraron desde luego á formar parte de ella. Hé aquí cómo se expresa D. Antonio Alcalá Galiano:

"Con sinceridad, dice, estrechó (Mendizábal) á Istúriz á que con él se uniese aceptando el ministerio de Estado. No era ya tiempo. Istúriz creia á Mendizábal muy flaco en fuerzas, y no queria debilitar las propias cargando con la empresa de darle auxilio; y *por otro lado estaba en tratos con la Corte,* habiendo concebido osados proyectos, que buscaban la terminacion de la guerra civil por sendas harto diferentes de las hasta allí seguidas. Con él obraba acorde Alcalá Galiano, *á quien arrastraban afectos privados* de amistad, disgusto de la conducta de Mendizábal, y *cierta aficion á los pensamientos de órden,* siempre mezclados con sus violencias de semi-tribuno...„

"Al empezarse los debates sobre la respuesta al discurso del Trono, (continúa el mismo autor), Istúriz y Galiano, con algunos más, aparecieron opuestos al Gobierno, pero *en nombre de las ideas de moderacion,* de que se les suponia enemigos. La disputa fué seguida con acrimonía, *viéndose que personales resentimientos* la exacerbaban. Notábase la singularidad de que la gente bulliciosa, dueña del campo en las gale-

rías, donde concurre el auditorio de las Córtes, contra su costumbre, daba aplausos á los ministros y á sus servidores, y prorumpia en señales de desaprobacion contra quienes les hacian la guerra.„

No era solo la *gente bulliciosa* de las tribunas quien aplaudia á los ministros y reprobaba á sus opositores: era la inmensa mayoría del Congreso, que estaba al lado del Gobierno. Atacábase á este con una dureza impropia de los que poco antes militaban en sus propias filas, y ahora le combatian "en nombre de las ideas de moderacion,„ llegando Istúriz hasta el punto de injuriar á Mendizábal con reticencias ofensivas á su probidad, lo que provocó un duelo entre los dos. Hacíanse al Ministerio cargos injustos, como el de acusarle por la muerte de la madre de Cabrera, apostrofándole el mismo Istúriz con estas palabras: "¿Quién no vé que la sangre de esa víctima cae gota á gota sobre la cabeza de los ministros?„ Veíase claramente á donde iba la fraccion disidente, que *estaba en tratos con la corte* para suplantar á Mendizábal, y cuyo jefe obraba *por resentimientos personales*, habiendo concebido los osados proyectos de introducir un sistema de gobierno á la francesa, y acabar la guerra por medio de la intervencion extranjera; y como nada de esto, ni los medios que se ponian en juego eran del gusto de la mayoría, naturalmente habian de suscitar el descontento público.

La oposicion conservadora, impotente en el Estamento de procuradores, desplegó sus fuerzas en el de Próceres, donde el 6 de Mayo, por 45 votos contra 15, se aprobó una peticion solicitando que se suspendiese la ejecucion de los decretos sobre bienes nacionales. Era esta, si no la cuestion capital del momento, la que más alboroto promovia, sublevando las conciencias de muchos que, cuando la desamortizacion eclesiástica fué un hecho, no tuvieron escrúpulo ninguno en aprovecharse de ella para redondear sus fortunas. Fuerte con el apoyo del Estamento popular, Mendizábal se aprestó á resistir, como lo exigian su deber y su decoro, resolviéndose á gobernar exclusivamente con los hombres de su partido. Se ha dicho que cometió en esto una gran falta: nosotros creemos que obró conforme á la necesidad. ¿Podia conservar en los primeros puestos militares y en los cargos de más confianza á los moderados y á los disidentes, que le habian declarado cruda guerra? Semejante conducta habria sido una insensatez.

Sostenian á Mendizábal y á su partido los ingleses, mientras los moderados contaban con el apoyo de la Francia, siendo esto lo más deplorable de aquella crísis, que se venia elaborando en altas regiones, y para la cual se ponian en juego intrigas

subterráneas. Un italiano, llamado Ronchi, agente de la reina Cristina, que le habia hecho nombrar director de loterias, parece que era el instrumento de que se valian los contrarios de Mendizábal para llevar á cabo sus planes. "Su vida es una novela, decia un folleto publicado en Paris dos años antes.[1] Ex-médico empírico en Tanger, el Dey quiso hacerle empalar por haber roto un diente á su principal favorita. Se casó con la viuda del consul de España y vino con ella á Madrid, donde desempeñó el oficio de cambiante con mediana reputacion: este oficio le proporcionó ocasion de ingerirse en la corte algun tiempo despues de la llegada de la reina Cristina... Ronchi tuvo el honor de acompañar á la princesa de Nápoles (novia de D. Sebastian) hasta Madrid, y desde entonces creció la confianza de la Reina en él... Divide la confianza de que disfruta con una jóven modista, llamada Teresita S... Esta Teresita ha alcanzado tal grado de favor, que los mismos ministros solicitan su amistad... No es culpa mia, añade el autor del folleto, que la historia se asemeje á veces al libelo; es preciso seguirla por donde vá.„

El gobernador de Madrid, D. Salustiano de Olózaga, tuvo noticia exacta, segun refiere su biógrafo, de todos los pormenores de la intriga que se estaba fraguando, y de la participacion que Ronchi tenia en ella para enlazarla y madurarla. Enterado Mendizábal no quiso dar crédito á la trama, hasta que Olózaga le ofreció los medios de cerciorarse de la verdad, y le propuso un golpe de mano que cortara de una vez las negociaciones en que se andaba. Muchas noches, á las dos de la madrugada, pasaba por la Puerta de Hierro un coche conduciendo á los negociadores de la intriga: Olózaga propuso que, en el acto de pasar el carruaje por aquel punto, fuese detenido por la guardia que allí habia, para reconocer á los que iban dentro, y que al dia siguiente se citara por el *Diario de avisos* á los señores Istúriz y Ronchi á prestar declaracion como testigos de lo ocurrido al venir dicho carruaje del Pardo, residencia de la corte, á las altas horas de la noche anterior; con lo cual, los comentarios que se harian sobre semejante excursion nocturna, moviendo escándalo, bastarian para cortar las entrevistas.

No se llevó á cabo esta idea por haberla aplazado Mendizábal, quien prefirió conferenciar sobre el asunto con Argüelles, Calatrava y otros procuradores francamente liberales, siendo todos de parecer que era necesario abordarle de frente y despejar la situacion. Al efecto, habia que proponer á la Reina la separacion del mando de la Guardia Real de los generales Quesada y San Roman, la de Ezpeleta de la Ins-

[1] *La verité sur les evenements qui ont lieu en Espagne depuis la maladie du roi.*— Paris 1833.

peccion de infantería, y la de algunos otros jefes militares que no inspiraban confianza, reservándose para ocasion oportuna la remocion de Córdoba.

"Por impolíticas que fuesen estas destituciones, dice un escritor moderado [1], el Ministerio estaba indudablemente en su derecho al acordarlas, y no debia esperar la resistencia que encontró en la Corona para firmar los decretos; pues si, en buenos principios, la Corona puede nombrar y separar libremente sus ministros, la razon aconseja, y la índole de los gobiernos representativos exige, que una vez nombrados, no se les ponga obstáculos para gobernar con arreglo á los intereses y á las necesidades de su política, siempre que ella esté apoyada por una mayoria parlamentaria. —Sin embargo, la Reina gobernadora, separándose por primera vez de estos principios, se opuso decididamente á los deseos de sus ministros responsables."

En efecto, despues de haber insistido los ministros en este asunto durante cinco dias, el 14 de Mayo por la noche les admitió la Reina la dimision que habian presentado, y nombró á Istúriz para que formase el nuevo gabinete.

"Al dia siguiente, dice un escritor progresista [2], aparecieron en *Gaceta extraordinaria* los decretos de variacion del Ministerio, que eran el acta definitiva de nacimiento del partido moderado, la usurpacion de una pequeña minoría, que no tenia por disculpa victoria alguna parlamentaria, una violacion manifiesta de los principios constitucionales, un guante de desafio lanzado por el poder á la revolucion: el Parlamento le recogió á las veinticuatro horas; el país á los pocos dias."

Dignísimas eran las personas de los nuevos ministros; pero no llegaban al poder en buena ocasion ni por el camino debido, y su nombramiento se consideró como un golpe de Estado, siendo en realidad aquel cambio brusco de gabinete uno de los actos más impolíticos que pudiera cometer la Corona. Sus consecuencias se dejaron sentir al momento, y han llegado hasta nuestros dias. Así fué, que al abrirse la sesion del Estamento de procuradores, en la mañana del 16 de Mayo, y apenas entraron y tomaron asiento en el banco ministerial el presidente Istúriz y sus colegas Galiano y el duque de Rivas, resonaron en el salon gritos de: *¡ Fuera! ¡ Fuera!* Un procurador se levantó y dijo, que en el banco del Gobierno habia *miembros extraños*, refiriéndose al duque de Rivas, que no era diputado, y *miembros dislocados*, aludiendo á Galiano que ocupaba un asiento que no le correspondia [3]. Olózaga pre-

[1] *Historia del reinado de Isabel II*, atribuida á Búrgos.

[2] Fernandez de los Rios. Obra citada.

[3] Se habia comunicado á la Cámara el nombramiento de Istúriz, pero no el de sus colegas; y por lo tanto, la presencia del duque de Rivas en el salon, y la de Galiano en el banco negro eran contra el reglamento.

sentó una proposicion, que fué aprobada, pidiendo que los dos ministros fuesen lanzados del puesto que ocupaban: Galiano tuvo que volver á su asiento de costumbre, y el duque de Rivas se vió obligado á salir del salon.

Siguieron á estas otras manifestaciones hostiles al nuevo Ministerio. Presentóse una proposicion ó protesta, autorizada por cuarenta y seis firmas, para que se declarasen caducadas las facultades concedidas al Gobierno por el voto de confianza; que no se pudiera exigir contribucion alguna sin que la votasen las Córtes, y que se considerasen nulos todos los empréstitos que se contratáran sin autorizacion del Parlamento.—Con asombro general, Istúriz y Galiano unieron sus votos á los de la mayoría en favor de esta proposicion, que se abstuvieron de votar Mendizábal, Heros y Becerra.

Hiciéronse muchas interpelaciones al Ministerio en las sesiones siguientes; en la del 19 se pidió por gran número de procuradores el restablecimiento de las leyes votadas en las anteriores épocas constitucionales sobre diezmos, mayorazgos y señoríos, siendo esta peticion aprobada por el Estamento, aunque Istúriz la esquivaba; y por último, el 21 se presentó á la Cámara con 78 firmas la siguiente proposicion:

"Pedimos al Estamento declare que los individuos que componen actualmente el Ministerio no merecen la confianza de la nacion."

Este voto de censura fué admitido, discutido y aprobado el mismo dia. El Ministerio contestó á él con la disolucion de los Estamentos, y aconsejó á la Gobernadora un manifiesto, acerca del cual ha dicho un escritor moderado:

"Sobre ser siempre contrario á los principios de todo gobierno constitucional presentar al poder real como interesado en las cuestiones particulares y en la lucha de los partidos, era además altamente peligroso para la madre de Isabel II que su nombre apareciese acaudillando á los enemigos de la revolucion. El error, sin embargo, se habia cometido el dia 15 de Mayo con el nombramiento de los nuevos ministros. El manifiesto del 22 era una consecuencia natural de aquel paso precipitado. Con el manifiesto y sin él, la causa de la Reina gobernadora no podia ya separarse de la del partido conservador [1]."

No era esta la primera vez ni la segunda que se cometia la grave imprudencia

[1] *Historia del reinado de Isabel II*, ya citada.

«Cualquiera que fuese su inviolabilidad, debió aconsejarse más (Cristina), y no dejarse llevar de sentimientos que colocan á quien los tiene al nivel de un partido, cuando debe hacerse superior á todos. Erró, y le costó lágrimas; que siempre les cuestan á los monarcas sus yerros, á pesar de ser personas inviolables.»—PIRALA. Historia citada.

de presentar á la Reina como cabeza de un partido: no será tampoco la última que veamos á ese mismo partido convertir al trono en barricada. Su deber era defenderle como baluarte del órden y base del principio de autoridad; pero ni Cristina ni sus partidarios tenian justa idea de este principio, y lo barrenaban con sus propias manos.

CAPÍTULO V.

La guerra de los partidos.

SUMARIO.—Consecuencias de un mal paso.—La revolucion responde á la reaccion.—El llamado *motin* de la Granja.—Ministerio Calatrava.—Espartero sucede á Córdoba.—Expediciones y esperanzas de los carlistas.—Córtes constituyentes.—Los *jovellanistas* y el brigadier Narvaez.—«La moderacion es un verdadero suicidio político:» máxima de los moderados.—La guerra en Cataluña y en el Norte.—Luchana.—Muerte del general Mina.

I.

Breve y azarosa fué la vida del gabinete Istúriz: hijo de una oscura intriga, inspiró desde luego desconfianza y repulsion: creado por un abuso de la regia prerogativa, nació desautorizado, menguando al mismo tiempo el prestigio de la Corona: considerado como un poder intruso é ilegítimo por el Parlamento, empujó á este fuera de las vias legales, siendo inevitable desde aquel momento el choque de los dos poderes. El Ministerio disolvió las Córtes, acusándolas de promovedoras de conflictos que él habia provocado, y apeló al fallo de la nacion por boca de la Reina gobernadora: la cuestion quedó así plantéada, no ya entre dos fracciones de un mismo partido, sino entre la revolucion y el trono.

Los liberales de toda España debieron preguntarse con asombro, qué objeto traia al poder un ministerio salido de las filas de su propio partido, que derribaba á otro, depositario de toda su confianza y con inmensa mayoria en las Córtes, y que se presentaba al país con un programa semejante al que debia realizar su antecesor; y observando los actos de los nuevos ministros, no podia menos de sorprenderles que comenzasen planteando por un decreto la ley electoral pendiente de discusion en los disueltos Estamentos, convocando á nuevas elecciones con sugecion á ella, y

destituyendo empleados que eran procuradores, para enseñar á los que viniesen despues, que debian ser sumisos y obedientes servidores del Gobierno.

Al llegar á las provincias el decreto de disolucion de las Córtes, hubo desórdenes en algunos puntos. Málaga se pronunció el 28 de Mayo; pero sin otras consecuencias por de pronto que la de abrir carrera libre al contrabando. Cundió á Granada el movimiento, y en Cartagena duró algunos dias más la agitacion, sostenida por el deseo de vengar resentimientos personales.

Estos chispazos no eran más que preludios de la insurreccion que preparaba el partido avanzado, fuerte y poderoso entonces, mientras el Ministerio disponia las elecciones á su gusto.

El 25 de Julio estalló la revolucion en Málaga, manchándose con la sangre del gobernador militar Saint Just, que intentó reprimir el movimiento, y con la del gobernador civil conde de Donadio, que acababa de ser nombrado por el nuevo Ministerio, y á quien se consideró como tránsfuga del partido liberal. Sosegado el primer empuje revolucionario con el nombramiento de una junta, hé aquí de qué modo expresaba esta, en una exposicion á la Reina, las causas de la insurreccion:

"No llenó, es verdad, las esperanzas que hizo concebir el ministerio Mendizábal, decia. Quizá no estuvo en falta suya realizarlas con la celeridad que lo exigia la causa pública. Maniobras oscuras é impenetrables, obstáculos que no le fué dado superar, pudieron entorpecer su marcha y embarazarlo en sus operaciones... Mas llegó el momento en que el Ministerio pudiera apoyarse en la inmensa mayoria de unas Córtes, expresion verdadera de la voluntad nacional, y con tan poderoso auxilio arrostró los inconvenientes que hasta entonces detuvieron su carrera, lanzándose vigorosamente en el camino de las reformas. *No pudieron sufrirlo los interesados en impedirlas.* Cerraron de todo punto los oidos á la voz de la razon, de la justicia y de la conveniencia general, y cubriéndose con el nombre, siempre respetable de V. M., alejaron del mando á los que tenian la firme voluntad de emplearlo en defensa de la causa del pueblo. La España vió con mal reprimida indignacion los *tortuosos manejos y las vergonzosas transacciones* por cuyo medio ocuparon las sillas ministeriales hombres, cuyos gloriosos antecedentes les habian adquirido el aprecio y la consideracion de todos los buenos; pero al ver disuelta y ultrajada la representacion nacional; atacada la inviolabilidad de los procuradores del reino, despreciada la opinion pública, y separados de sus destinos multitud de patriotas que los desempeñaban dignamente, para ponerlos en manos de una faccion oligárquica, no hubo pecho

que no se sintiera conmovido; no hubo español amante de la libertad, que no estrechara sus armas, mirando en ellas el único recurso de salvacion que les quedaba.„

Concluia esta enérgica exposicion pidiendo "como el mejor medio de asegurar la union en toda la monarquía, el de *restablecer la Constitucion política de* 1812, *con la cualidad de que las Córtes pudieran reformarla y mejorarla* desde el momento en que se reuniesen.„

Rápidamente se propagó la insurreccion por toda la Andalucía, pronunciándose Cádiz el 29 de Julio; Granada y Sevilla, el 30; Córdoba, el 31, y poco despues Huelva. Del 1.° al 12 de Agosto, se extendió el movimiento por las provincias de Levante hasta Barcelona, por las de Poniente, Norte y centro de la Península, proclamándose en todas partes la Constitucion de 1812, con las reformas que acordasen las Córtes.

Zaragoza se pronunció con gran órden el dia 1.°, colocándose al frente de la insurreccion el capitan general del distrito D. Evaristo San Miguel: el grito de la capital fué instantaneamente repetido por todo Aragon y por el ejército, excepto la brigada de Teruel, que mandaba D. Ramon María Narvaez.

En Madrid hubo un conato de movimiento el dia 3, pero sin consecuencias, y sirvió de pretexto al general Quesada para declarar la provincia en estado de sitio, mandar desarmar la Milicia nacional, suspender todos los periódicos de oposicion, y dictar órdenes tan rigurosas y despóticas, que recordaron sus antecedentes absolutistas, y contribuyeron quizas á ocasionar su desgraciada muerte [1]. Badajoz se

[1] Decia así el bando publicado el 4 de Agosto por Quesada, Capitan general de Madrid:

«Hago saber al público las siguientes disposiciones:

«1.ª Las guardias y patrullas, rondas de policía y dependientes de la justicia prenderán y pondrán en manos de la Comision militar á cuantos encuentren por las calles con armas de cualquiera clase que sean, no teniendo facultad para usarlas.

«2.ª Las guardias y patrullas prenderán inmediatamente á las cuadrillas ó corros *que dén la menor sospecha* de motin ó rebeldía, y al que intentase resistirse ó *ponerse en salvo, se le hará fuego y se le acuchillará.*

«3.ª En caso de motin, se conceptuarán culpados cuantos se hallaren en el paraje del alboroto.

«4.ª Serán tambien reos *de pena capital* cuantos se prendieren en el motin, y principalmente los que hicieren tocar ó tocaren generala, los que llevaren armas vedadas, los que las usaren de cualquiera clase sin facultad, los que dieren gritos sediciosos, y los que impriman, fijen ó repartan escritos del mismo jaez.

«5.ª Prohibo todo grito de *viva* ó *muera* bajo cualquier pretexto que fuere, y los que resultaren reos, serán *castigados de muerte.*

«6.ª En caso de asonada, de rebeldía ó de alarma, se juntará la Comision militar, y estará permanente en el salon de sesiones. Sentenciará sumaria y ejecutivamente á los reos, conformándose con las disposiciones del decreto presente. Madrid 4 de Agosto de 1836.—El Marqués de Moncayo.»

sublevó el mismo dia; Valencia, el 8; Cartagena, Alicante, Murcia, y Castellon de la Plana, el 11. Barcelona, donde los ánimos andaban sobreexcitados é impacientes desde el principio, se contuvo por respetos á Mina hasta el 12, en cuyo dia, con anuencia de este general, se reunieron las autoridades y acordaron elevar una representacion á la Reina gobernadora, en la cual le decian: "que se dignase pesar el voto nacional en la balanza de la justicia, y separarse de su lado á sus consejeros; que considerase que, cuando los pueblos obran con madura deliberacion, comprueban su convencimiento, y la fuerza con que cuentan en apoyo de la justicia que los protege."

No llegó esta exposicion á su destino; porque, cuando se presentaron en Madrid los comisionados que la llevaban, ya habian acaecido los sucesos de la Granja, que obligaron á la reina Cristina á reconocer la Constitucion aclamada en todas partes.

Ignorábanse en Barcelona estos acontecimientos, cuando el dia 15, á consecuencia de haberse sublevado Tarragona, se presentaron grupos numerosos en la plaza de Palacio, victoreando la Constitucion. Mina, que estaba enfermo, saltó de la cama, y vistiéndose de paisano, acompañado de un ayudante, bajó á la plaza diciendo: — "Mientras yo exista, no habrá más desórdenes en Barcelona."

Ya en la puerta de Palacio, hizo Mina que la guardia dejase las armas, y dirigiéndose al grupo, que habia enmudecido al verle, preguntó:

—"¿Qué quieren ustedes? ¿A qué han venido aquí?"

Un jóven, vestido de artesano, pero cuyos modales desmentian su traje, le contestó con urbanidad:

—"Mi general: hemos sabido que se ha proclamado la Constitucion del año 12 en Tarragona, y deseamos que se haga lo mismo en Barcelona."

—¿Y para eso se necesita una asonada? replicó el general. ¿Tienen ustedes confianza en mí, ó no la tienen? Si la tienen, déjenme ustedes obrar; pues nunca he faltado á mis promesas."

A estas palabras, que todos oyeron distintamente, contestaron muchas voces aclamando al general Mina, al veterano de la libertad.

Pero los grupos no se marchaban: Mina se adelantó hasta el centro de la plaza, y mandando traer una silla, dijo que de allí no se moveria hasta que todos se retirasen. Así lo hicieron, y el general quedó solo, sentado con su ayudante Mateo; el cual, cuando poco despues volvió Mina á su cuarto para meterse en la cama, le felicitó diciéndole:—"Mi general, este es uno de los mayores triunfos que ha obtenido

V. en su gloriosa carrera.„ —"Mateo, le respondió el general con melancólica sonrisa: este es el último esfuerzo que hago por la libertad de mi patria y por la tranquilidad de Barcelona.„

Son dignas de notarse las circunstancias que precedieron y acompañaron al movimiento de Zaragoza. El general San Miguel, que asumía el mando militar de Aragon y el gobierno civil de la provincia, era amigo personal de los ministros, cuya popularidad deseaba, al mismo tiempo que el mantenimiento del órden á todo trance. Pero no tardó en conocer que ambas cosas eran incompatibles. "Yo no estaba en los secretos del nuevo Ministerio, dice el mismo General: no podia saber la naturaleza de sus compromisos, ni de sus nuevas alianzas... Las medidas de rigor seguian. Las destituciones anunciaban resentimientos contra los que no habian aplaudido su conducta... Muy luego conocí que *me iba á ver con dichos hombres en una posicion muy falsa, y que no podia ser agente de sus voluntades, si trataba de conservar mi opinion de hombre adicto á mis principios.*„

En consecuencia, hizo repetidas veces su dimision, que no le fué admitida. Una brigada procedente del ejército del Norte se hallaba en marcha por Aragon: el Gobierno dió órden para que se dirigiese á Zaragoza, y el jefe que la mandaba se obstinó en ir á dicha ciudad, á pesar de haber manifestado San Miguel que no convenia ni era necesario. "Entonces ví, dice, que el Ministerio no procedia conmigo con franqueza; mas no era esto lo que más importaba en aquellas circunstancias. La entrada de aquellas tropas en Zaragoza podia dar márgen á sospechas, excitar inquietudes, y alterar el mismo órden á cuya conservacion se destinaban. Demasiado conocia yo el espíritu que animaba á las tropas y clases inferiores del ejército. La presentacion de aquellas tropas haria acaso reventar la mina cargada desde muchos dias.„

El jefe de la brigada obedeció al fin las instrucciones de San Miguel, y este reiteró su dimision en términos muy enérgicos, mientras continuaba haciendo esfuerzos sobrehumanos para evitar una explosion turbulenta en Zaragoza. Llegaron en esto las noticias de los movimientos de Andalucía. La tranquilidad no podia conservarse por más tiempo. Era preciso optar entre uno de dos extremos: ó abandonar al pueblo á toda clase de tumultos y violencias, ó efectuar un pronunciamiento protector del órden y de los derechos de los ciudadanos. San Miguel se decidió instantáneamente por lo segundo. La resistencia solo podia producir derramamiento de sangre, sin ninguna probabilidad de triunfo para el Gobierno. Tomada esta re-

solucion, se presentó el general á la Diputacion provincial, que convino con él en lo exacto de sus observaciones, y acordó llamar á su seno todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, y cuantas personas pudieran dar peso y auxiliar con sus luces las deliberaciones que se tomasen.

Reunida esta junta, deliberó con calma durante tres horas, y resolvió por último adoptar por divisa la Constitucion del año 1812, con las enmiendas y reformas que acordasen las Córtes al efecto convocadas. A las cuatro de la tarde estaba todo concluido, sin el menor desórden, sin que se oyese ningun grito subversivo: echáronse á vuelo las campanas; colocóse en la plaza de San Fransisco la lápida de la Constitucion; la junta dió una proclama al público, y por la noche apareció iluminada toda la ciudad, mientras las músicas recorrian las calles, y el pueblo manifestaba su entusiasmo.

Esto sucedia el 1.° de Agosto: la Junta de Zaragoza acordó elevar á la Reina gobernadora una exposicion, en la que se leen estos notables párrafos:

"Hay épocas funestas, en que los pueblos pierden la confianza que debieran inspirarles sus gobiernos. Los tímidos están espantados: los más valientes pierden la energía y preven un porvenir desastroso. Tal es la situacion de la España desde mediados de Mayo. *La nacion conoce las circunstancias que han elevado á la cumbre del poder á esos ministros*, que hace dos meses tienen en sus manos las riendas del gobierno. El sentimiento de reprobacion con que fueron recibidos es bien notorio, y la franca manifestacion con que se quejó á V. M. el Estamento popular, fué casi unánime. La disolucion de las Córtes fué un acto de violencia y de venganza, y aumentó considerablemente la irritacion de los ánimos." — Sigue enumerando las quejas amontonadas contra el Ministerio; representando la inquietud del país y el desaliento de las tropas por los reveses militares y las excursiones de los facciosos, y concluye diciendo:

"Señora: esta provincia acaba de declararse independiente del Gobierno de V. M., bajo la égida de la Constitucion del año 12, y perseverará en la resolucion de gobernarse por sí misma, por no dejar su direccion en manos de un gobierno tan incapaz y tan inepto."

El 4 de aquel mes, firmaba la Gobernadora, en San Ildefonso, un manifiesto á la nacion, en que decia:

..."Una fraccion anárquica y desorganizadora intenta aprovecharse de las mismas calamidades de la patria, para sobreponerse á la voluntad de la nacion, arrogarse

derechos que solo competan á sus legítimos representantes, y ultrajar la magestad real, pagando con la más negra ingratitud tantos y tan recientes sacrificios.

"Como encargada por las leyes de su custodia y defensa; como Reina gobernadora del reino, y como tutora de mi augusta hija Doña Isabel II, por cuyos legítimos derechos estan derramando su sangre millares de valientes, sabré cumplir los deberes que me imponen á un tiempo la defensa de las prerogativas de la Corona y la de los derechos y bienestar de la nacion; y tan pronta como me he mostrado y mostraré siempre para atender los verdaderos votos de la nacion, expresados por sus órganos legítimos, tan firme y resuelta estoy á no consentir por ningun término, ni bajo ningun pretexto, que una minoría turbulenta, auxiliando de hecho al partido rebelde, usurpe falsamente la voz de la nacion, para someterla á su yugo y humillar la magestad real.

"Para llevar á cabo mi propósito... cuento con el apoyo de la Divina Providencia, etc.

Eco de estas palabras, tan imprudentemente arrojadas al viento, fueron las sublevaciones de las demás provincias que hasta entonces habian permanecido tranquilas. Para conjurar la tempestad que arreciaba por momentos, apeló Istúriz al recurso, ya gastado, de solicitar la intervencion francesa, y habiendo recibido una repulsa categórica, se pensó en retirar de las provincias vascongadas el ejército del Norte para llevarlo á combatir la insurreccion constitucional. Realmente no era allí necesario; pues habia renacido, ó por mejor decir, no se habia abandonado el proyecto de terminar la guerra civil enlazando, por medio de un matrimonio, los *derechos legítimos* de Doña Isabel II con los *derechos* tambien *legítimos* de D. Cárlos.

Pero el ejército era liberal, aclamaba la Constitucion, y no estaba por semejantes alianzas, siendo la noticia de aquel proyecto una de las principales causas que determinaron la insurreccion de la Guardia real en la Granja, cuando ya no alcanzaba la autoridad del Gobierno mucho más allá de los floridos jardines de San Ildefonso.

II.

Se ha pintado por algunos con los más negros colores el pronunciamiento militar de la Granja en 1836; se ha querido hacer creer que aquel *motin* fué la causa ó el

primer móvil de la agitacion general, y del cambio político que sobrevino; se han inventado irreverencias, desacatos al trono por una soldadesca indisciplinada; se ha calumniado, en fin, á los sargentos de la Guardia, suponiendo que faltaron á sus deberes y al respeto debido á la Reina, por instigaciones pérfidas y por dinero. Mentira parece que así se escriba la Historia, cuando los hechos han pasado á la vista de millones de personas, y cuando no es posible borrar las fechas ni los documentos que los declaran.

Casi toda España estaba en conmocion, cuando el 12 de Agosto por la noche se sublevaron en la Granja las ocho compañías de la Guardia real de infantería y provincial, dos escuadrones de Guardias de Corps, y dos de granaderos, que formaban su guarnicion.

Los sargentos de estas fuerzas, muchos de los cuales acababan de batirse con los carlistas, se reunian en el café del Teatro, donde leian los periódicos y comentaban las noticias políticas y militares, tan propias para exaltar los ánimos en aquellos momentos. El mismo dia 12, llegó al sitio un nacional de Madrid, el cual, hablando con los sargentos, les pintó con los más negros colores el estado alarmante de la villa por el desarme de la Milicia y demás medidas de rigor. Esto, los rumores que corrian de estar la corte en tratos con D. Cárlos; la órden general que se dió á mediodia, prohibiendo que se tocasen ni cantasen himnos patrióticos, todo contribuyó á provocar la insurreccion, para la cual sin duda estaban ya los ánimos preparados. Por la tarde hubo conatos de inobediencia, cantando los soldados, y tocando una de las músicas el himno de Riego.

Se anunciaba para aquella noche la comedia titulada: *A las diez de la noche, ó los síntomas de una conspiracion*, y esta hora fué la señalada para pronunciarse. Al sonar el redoble de silencio en el cuartel del Pajaron, la compañía de tiradores tomó las armas; otro tanto hicieron las demás, y con sus oficiales á la cabeza, salieron victoreando á la Constitucion y á la Reina constitucional.

Habiéndose dirigido á Palacio, los guardias acuartelados dentro de la poblacion se unieron á los pronunciados, adhiriéndose igualmente los Guardias de Corps y los granaderos. Reunidos en la plazuela de la Cacharrería, subieron á Palacio los jefes de aquellas fuerzas, y volvieron á poco los comandantes de Provinciales y Guardias diciendo que pasase una comision de sargentos á exponer á la Reina Gobernadora los motivos de la insurreccion. Los sargentos D. Alejandro Gomez y D. Juan Lucas, designados por sus compañeros, juntamente con un soldado, entraron en Palacio, y

acompañados por el conde de San Roman y el duque de Alagon, se presentaron á la Reina, que estaba rodeada del ministro Barrio Ayuso, del conde de Cerralvo, de los señores Arteaga, Izaga y Porras, los comandantes de toda la guarnicion, la servidumbre, la marquesa de Santa Cruz y otras señoras. Los sargentos, *de rodillas*, besaron la mano á la Reina, quien les preguntó cuál era el motivo porque se sublevaban; á lo cual contestó Gomez: "Señora; es por lo que nos hemos estado batiendo tres años en las Provincias Vascongadas, y pereciendo la mayor parte de nuestros compañeros."

Sonó muy mal esta contestacion en los oidos cortesanos, y la Reina dijo: — "Sí, por los derechos legítimos de mi hija." — "Efectivamente, Señora, repuso Gomez; pero creíamos haberlo hecho tambien por la libertad."

Entonces la Reina se apresuró á decir: — "Sí, hijos mios; por la libertad, por la libertad." Pero añadió luego: — "¿No sabes tú lo que es libertad? Libertad es que tengan fuerza las leyes, y que se respete y obedezca á las autoridades constituidas."

Gomez replicó que, en tal caso, no seria libertad oponerse á la voluntad nacional expresada en casi todas las provincias; ni el desarme de la Milicia; ni el destierro y persecucion de los liberales; ni el querer hacer un arreglo con los facciosos, para volver á los tiempos en que tanto se perseguia á los que despues fueron el mayor apoyo de S. M.; y concluyó, por último, enumerando las provincias pronunciadas; diciendo á la Reina que le ocultaban la verdad, y que para volver la tranquilidad al país y evitar efusion de sangre, era indispensable que S. M. mandase publicar la Constitucion de 1812, que era el motivo del alzamiento.

Mediaron otras contestaciones, terciando en la conversacion varias de las personas presentes, y al cabo de tres horas de conferencia, se creyó poder conjurar el conflicto expidiendo una órden, por la cual se disponia que en la próxima reunion de las Córtes presentase el Gobierno un proyecto de constitucion. Accedieron á esto los sargentos, no sin expresar la duda de que satisfaciese á sus compañeros, y se despidieron de la Reina volviendo á besarle respetuosamente la mano. Bajó con ellos el general San Roman á dar cuenta á la guarnicion de lo que acababa de resolverse; pero apenas comenzó á leer la órden, ahogaron su voz los gritos de *fuera* y algunos tiros al aire, obligándole á suspender la lectura y á regresar á Palacio. La Reina mandó llamar nuevamente á la comision, y accedió á firmar el decreto mandando publicar la Constitucion de 1812 [1].

[1] Decia así: «Como Reina gobernadora de España, ordeno y mando, que se publique la Constitucion política de 1812, en

Invitado el sargento Gomez á que él mismo escribiese este decreto, se negó considerándolo una irreverencia, y la Reina manifestó que lo firmaba por la persuasion y por su deseo del bien, de ningun modo violentada, con lo que al fin las tropas se tranquilizaron retirándose á sus cuarteles, y en la tarde del dia siguiente fué proclamada la Constitucion con toda solemnidad [1].

Entre tanto se habian pedido fuerzas á Madrid para sofocar la sublevacion de los batallones de la Granja. Isturiz convocó el Consejo de ministros y el de Regencia, y habiéndose dado cuenta de lo sucedido, convinieron todos en considerar á la Reina en estado de coaccion; pero habiéndose propuesto desobedecer sus órdenes y encargar la regencia al Consejo de gobierno, enviando fuerzas para reducir á los sublevados, dividiéronse los pareceres, y prevaleció el del duque de Ahumada, contrario á tales determinaciones. Fué seguramente lo más cuerdo, pues la revolucion no estaba en la Granja, sino en casi toda España.

El ministro de la Guerra D. Santiago Mendez Vigo fué llamado por telégrafo al Sitio, adonde llegó, el dia 14 por la mañana. Enterado de lo ocurrido, trató de ganar al sargento Gomez, ofreciéndole su proteccion y cuanto dinero quisiese para él y sus compañeros, de tres talegas de oro que le mostró abiertas, á fin de que hiciéran la contrarevolucion; pero Gomez rechazó estas ofertas, y declaró al Ministro que no se habian movido por interés ni por sugestion de nadie.

Sembráronse de este modo desconfianzas entre los insurrectos, que temiendo verse envueltos y comprometidos, resolvieron ser exigentes y no consentir la marcha de la familia real á Madrid, sin estar bien asegurados. Aconsejada la Gobernadora por los embajadores de Inglaterra y Francia, resolvió jurar la Constitucion, y mandar que se hiciese publicar y jurar en toda la monarquía, no pudiendo hacer otra cosa despues de haber puesto su firma en el decreto del 13. Mendez Vigo y Barrio Ayuso presentaron, en consecuencia, la dimision de sus respectivas carteras, y propusieron á la Reina para formar nuevo ministerio á D. José María Calatrava,

el ínterin que, reunida la nacion en Córtes, manifieste expresamente su voluntad, ó dé otra Constitucion conforme á las necesidades de la misma.—En San Ildefonso á 13 de Agosto de 1836.—*Yo la Reina gobernadora.*»

[1] El señor Pirala, que describe muy detalladamente la insurreccion de la Granja, despues de rechazar lo que algunos han dicho acerca de sobornos, irreverencias y otros actos punibles, añade lo siguiente: «Tiene, sin embargo, su historia secreta aquella revolucion, y consignada en pocas páginas, en un pliego de papel, donde constan unos treinta y ocho nombres de personas que eran entonces ardientes progresistas, y han sido despues sus mayores enemigos; de personajes que, á hallarse en lugar de los sargentos, hubieran sido quizás menos reverentes para con la augusta señora, y después se han arrastrado servilmente ante ella, y ocupado algunos en su inmediato servicio.»

con los señores Gil de la Cuadra, Ferraz, Ulloa y otros; á Seoane para capitan general de Madrid, y á Rodil para inspector de Milicias.

Acordados estos nombramientos, debió pasar Mendez Vigo á Madrid para disponer su ejecucion; pero los sublevados no consintieron su marcha, diciendo que "habian presentado á la Reina una peticion, y hasta que se dieran los decretos, no se fiaban de nadie, pues no querian que se hiciese un pastel."

Pedian: la deposicion de sus destinos de los señores conde de San Roman y marqués de Moncayo; que se decretase la devolucion de las armas á los nacionales de Madrid, ó al menos á las dos terceras partes de los desarmados; el nombramiento del nuevo Ministerio; y que en toda la tarde hasta las doce de la noche se expidiesen los decretos.

Hízose todo como lo deseaban, y á las dos y media de la madrugada del 15 salió para Madrid Mendez Vigo con una comision de los insurrectos, llevando una carta autógrafa de la Reina para que Istúriz diese cumplimiento á los decretos expedidos.

Entre tanto, se habia turbado la tranquilidad en Madrid, trabándose una mortífera lucha en las calles entre el paisanaje y las tropas, que permanecieron adictas á las autoridades. Los insurrectos fueron vencidos, y despues de rendirse cierto número de ellos, que se hicieron fuertes en el convento de los Basilios, habrian sido fusilados aquella noche, segun las órdenes del capitan general Quesada, si no se hubiese opuesto á ello Istúriz.

Quesada obraba así, engañado por las noticias y las órdenes que se le comunicaban desde la Granja. El 15 por la mañana, se presentó en su casa el duque de Veraguas y le dijo:—"General, está V. vendido. Levántese V., y hágame el obsequio de acompañarme á mi casa. S. M. ha jurado anteayer la Constitucion." — "Duque, respondió Quesada sin inmutarse ni dar señal alguna de turbacion; eso no es cierto, y á V. le han engañado seguramente: anoche mismo he recibido carta (de la Granja)... en que se me dice que me sostenga, que allí todo está tranquilo y sin novedad."—"Pues, sin embargo, le replicó su amigo, quien está engañado es V.: véngase V. conmigo, y en mi casa verá lo que me dicen."

A poco recibió Quesada un oficio en el que se le decia secamente que ya no era capitan general, y que la Reina habia jurado la Constitucion.— "Entonces, dice su biógrafo, se convenció de lo que no habia querido creer: de que habia sido engañado y vendido por los mismos que habia estado defendiendo con exposicion de haber sido asesinado á cada minuto de las veinticuatro horas del dia."

Entonces tomó la imprudente determinacion de huir fuera de Madrid. En el camino de Hortaleza fué conocido por un malvado, que corrió á dar parte al alcalde de aquel pueblo, el cual puso preso á Quesada. Una turba sedienta de sangre llegó á poco, y no satisfecha con asesinar á aquel valiente general, se complació en mutilar bárbaramente su cadáver.

Istúriz, Galiano, Miraflores y otros temieron por sus vidas, aunque no corrian tanto peligro, y huyeron á Francia, disfrazados de correos de gabinete ingleses.

La reina Cristina y sus hijas se trasladaron á Madrid, acompañadas de Calatrava, Rodil, Mendez Vigo y otras personas, y escoltadas por los mismos guardias sublevados; y al dia siguiente de su entrada en la capital, se celebró la proclamacion del nuevo código con fiestas, músicas y luminarias, quedando restablecida la tranquilidad.

III.

La revolucion vencedora no abusó de su fuerza. El primer ciudado del nuevo Ministerio, aun antes de quedar definitivamente constituido, fué convocar las Córtes y restaurar el prestigio del trono, bastante quebrantado por los esfuerzos hechos para resistir al movimiento liberal. Calatrava puso en boca de la Gobernadora un manifiesto á los españoles, adecuado á las circunstancias, procurando con la mayor delicadeza que no pareciese una triste palinodia. "El aspecto y carácter que al principio presentaban los últimos sucesos, decia, pudieron persuadirme que solo eran movimientos aislados, nacidos de intereses particulares, ó producidos por efervecencias efímeras y ficticias. Mientras esta persuasion duró, mi deber era mantener el órden establecido, y seguir observando para el complemento de nuestras reformas políticas el plan que me propuse, de conformidad á la que creia ser la opinion general entre vosotros. Así lo he hecho hasta ahora, y así hubiera continuado, si una manifestacion más expresa y general de vuestra parte no me hiciese al fin patente todo el lleno de vuestros deseos."

Puesta á salvo de este modo la dignidad de la Corona, justificada la resistencia, declaraba la Reina, que habiéndose convencido de cual era la voluntad nacional, y no queriendo ni debiendo dar ocasion á nuevos disturbios, habia jurado y mandado

publicar y jurar la Constitucion de 1812.„—Reconocia que esta ley política no era perfecta y necesitaba reforma; expresaba la seguridad de que, apoyado en ella el trono de su hija, léjos de perder un punto de su estabilidad y firmeza, ganaria sin duda en solidez lo que ganase en el amor de los españoles; y concluia manifestado el deseo de que la misma ley fuese una prenda de union y de concordia, la más firme y la más sagrada.

Este lenguaje ponia evidentemente al trono en mejor lugar, que el de los que se creian sus más adictos defensores: conforme con la verdad de los hechos, no le hacia pasar por la humillacion de suponerle vencido y supeditado por una minoría turbulenta con el débil esfuerzo de unos cuantos batallones de la Guardia.

Tal era, sin embargo, la creencia de la reina Cristina, que se sentia humillada, y con razon, pues la obligaban á seguir una política contraria á sus deseos y aspiraciones, y á cuyo logro habia dirigido todos sus esfuerzos, sin acabar de comprender lo que significaba la terrible lucha que se venia sosteniendo en España desde 1808, ni la verdadera causa por que se estaba derramando tanta sangre desde la muerte de Fernando VII.

Fué menester que lo dijese D. Cárlos en una alocucion que dirigió á los españoles, el 2 de Setiembre, con motivo de los acontecimientos que terminaron en la Granja. Creyó el Pretendiente, y creyeron sus adictos que aquella revolucion no podria menos de atraer á su partido la mayoría de los moderados, gran parte del ejército liberal y todos los elementos de órden, y copiando al pié de la letra las declaraciones diplomáticas hechas el año anterior por nuestro embajador en Paris, y recientemente por Isturiz, decia D. Cárlos en aquel documento:

"Españoles: el mundo ve realizadas las previsiones de vuestra lealtad, justificada vuestra causa, vengada hasta por nuestros mismos enemigos. *No era, no, simple cuestion de sucesion á la corona la que se ventilaba en España:* la revolucion lo ha dicho, y mis derechos no pudieran de buena fé ponerse en duda: era, sí, la causa del órden europeo contra la anarquía, que amenaza la disolucion de las sociedades, sea cual fuere la forma de sus gobiernos.„

Tenia razon D. Cárlos: desde el momento en que "no era simple cuestion de sucesion á la corona la que se ventilaba en España,„ cosa que él sabia y nadie debia ignorar desde muchos años antes, el derecho de Doña Isabel II no podia sostenerse sino por su estrecha alianza con los derechos de los españoles: rechazada esta alianza por el trono, obtenida á la fuerza, la cuestion de sucesion no valia la pena

de que se derramase una sola gota de sangre, porque Doña Isabel no podia reinar en paz con sus súbditos. ¿A qué fin habian de defenderla? ¿No era una terquedad injustificable la de sostener por ella una guerra desastrosa?

Si en el ánimo de Cristina y de los moderados, como en el de Don Cárlos, la revolucion española no significaba más que el desencadenamiento de la anarquía y la disolucion social, antes que transigir con ella un momento, su propia dignidad y el interés de todos exigian que se diese por terminada la contienda, prevaleciendo el derecho del más fuerte; y el más fuerte, en tal caso, era Don Cárlos.

El Ministerio, incompleto al principio, se reformó en 11 de Setiembre, entrando Mendizábal en Hacienda, y D. Joaquin María Lopez en Gobernacion. Iban á dirigir la nave del Estado en circunstancias harto difíciles y azarosas; el país desorganizado por efecto de la convulsion política que acababa de sufrir; las leyes existentes en contradiccion con el código fundamental; los ánimos profundamente divididos; las pasiones enconadas; la guerra en su apogeo; el tesoro exhausto, y con un déficit para las atenciones corrientes, calculado en más de 300 millones. Se necesitaba mucha energía, mucha actividad y mucha prudencia, y no todas las disposiciones que adoptó desde luego el Gobierno llevaron el sello del acierto.

Muchos de los personajes de la situacion caida y otros partidarios de sus ideas emigraron por temor á los vencedores; temor exagerado seguramente, que dió lugar por parte del Ministerio á una medida injusta; pues mandó secuestrar los bienes de los que habian marchado al extranjero sin licencia, pasaporte ni autorizacion, desde el 15 de Agosto. ¿A qué principios respondia una disposicion tan arbitraria y despótica? El espíritu ciego de partido y el despecho aconsejaban estas y otras determinaciones, tan impolíticas, como contrarias á la bandera de libertad, de union y concordia que se acababa de desplegar.

El ejemplo dado por el Ministerio anterior exigia la destitucion de las autoridades y de gran número de empleados puestos por él, para reemplazarlos por los que habian sido destituidos indebidamente; y así se hizo, comenzando desde entonces la guerra de destinos, que ha llegado á ser un verdadero cáncer para nuestra patria, y que á menudo ha hecho de la política un mercado de conciencias.

Para arbitrar recursos, en el estado desastroso de la Hacienda, y cuando tantas y tan grandes eran las necesidades públicas, fué preciso rebajar los sueldos de los empleados, y malbaratar gran parte de los bienes nacionales. Pusiéronse en venta los monasterios y conventos suprimidos, las alhajas, los muebles y enseres que con-

tenian, y se redujeron á metálico las campanas [1]. Así pudo reunirse algun dinero; mas no bastaban estos medios y otros de lenta realizacion para acudir á las grandes urgencias de la guerra, y hubo necesidad de pedir á la nacion un anticipo de 200,000,000, con interés de 5 por 100, reintegrables en cuatro años. Decretóse además una quinta de 50,000 hombres, y en tanto que este ejército se formaba, se mandó movilizar por seis meses todos los nacionales solteros y viudos sin hijos, de 18 á 40 años de edad, permitiendo, sin embargo, la redencion por dinero de este penoso servicio, lo cual era en verdad un privilegio á favor de los ricos.

El Gobierno se hallaba en una situacion violenta y rodeada de peligros, que no le permitia mantenerse á igual distancia de las clases superiores é inferiores, y que le obligaba unas veces á obrar con energía dictatorial, y otras á ser demasiado indulgente con los estravíos de la muchedumbre. Los exaltados, con sus exageraciones, ponian embarazos á su marcha; los moderados conspiraban y promovian rebeliones militares, que estallaron entre algunos cuerpos de la Guardia. Hizo frente á todo, sin embargo; pero sus disposiciones, si por un lado alentaban á los liberales, por otro suscitaban entre estos mismos y de parte de sus contrarios una oposicion violentísima, y con frecuencia injusta.

Sin razon se increpaba duramente al Ministerio por el incremento de las facciones, que derramándose por las provincias del interior, amenazaban invadir la Andalucía. Las expediciones carlistas de Gomez y de D. Basilio, que daban motivo á tan grande alarma en todo el país, se habian efectuado en Junio y Julio, esto es, en tiempo del Gobierno anterior, y mandando Córdoba el ejército del Norte. La máxima de este general de que "el mejor modo de hacer aquella guerra era no hacerla,„ quedaba desmentida por los hechos; y su sistema de líneas de bloqueo, el más costoso que pudiera imaginarse, defraudó todas sus esperanzas. Tenia por objeto reducir á los carlistas á un estrecho territorio, en sus estériles montañas, impidiéndoles la entrada de todo género de recursos, así por cualquier parte de España, como por la frontera francesa; y para esto era necesario cubrir una línea de 100 leguas y defender multitud de puntos. Pero los carlistas recibian de Francia cuanto necesitaban; eran dueños del territorio vasco, y salieron de él cuando quisieron, rompiendo D. Basilio la línea del Ebro hácia Aragon, y Gomez la de la izquierda para entrar en Castilla.

[1] Decia por esto un periódico moderado, increpando á Mendizábal en latin macarrónico:

«*Vestro de furore sunt nec campanæ librate.*»

Espartero salió inmediatamente en persecucion de Gomez; pero antes de que pudiese alcanzarle, batió este al general Tello, en Baranda, causándole una pérdida de 170 muertos, 700 heridos y más de 500 prisioneros, y prosiguió su marcha por Santander, Asturias y Galicia, hasta donde le siguió Espartero, no dándole un momento de reposo, pero sin conseguir darle alcance por la incuria y abandono de las autoridades, que en todas partes le dejaban libre el paso.[1] Impidió, sin embargo, el caudillo liberal que en Galicia tomase pié la insurrecion carlista, y tenaz en perseguir á Gomez, le obligó á retroceder á Asturias, no descansando hasta encontrarle y batirle en Escaro, el 8 de Agosto. Llamado Espartero por Córdoba á Navarra, desatendió su órden, llevado del anhelo de acabar con su enemigo, hasta que una enfermedad y su nombramiento para el mando del ejército del Norte le obligaron á desistir de aquel empeño.

Gomez pudo entonces rehacer sus quebrantadas fuerzas, y continuar su famosa expedicion hácia Castilla la Nueva y Andalucía, de donde volvió á Orduña, en Diciembre, despues de haber andado 945 leguas.

Tiempo hacía que Córdoba deseaba su relevo, cuando sobrevino el alzamiento constitucional, que fué secundado por algunos cuerpos del ejército del Norte. En cuanto recibió la noticia de los acontecimientos de la Granja, resuelto á no jurar la Constitucion, hizo verdadera dejacion del mando, que confirió interinamente al general Oráa, y sin aguardar su relevo, se marchó á Francia á llorar los males de la patria.

Esta conducta de Córdoba no puede disculparla la Historia en un militar tan valiente y pundonoroso. Cualesquiera que fuesen sus opiniones políticas y sus afecciones personales, la gravedad misma de las circunstancias exigia de él, como general de la nacion y defensor de la Reina, el sacrificio de permanecer en su puesto hasta

[1] Quejóse el general Espartero al Ministro de la Guerra, con fecha del 17 de Julio, desde Lugo, de este abandono, que habia esterilizado sus esfuerzos, permitiendo á Gomez invadir ciudades, sorprender destacamentos, apresar convoyes y caudales, etc., y concluia diciendo: —«Tales desastres, Excmo. Sr., si se agregan al fatal espíritu de los pueblos, hacen muy crítica nuestra posicion. Los rebeldes engreidos, aumentados y protegidos por una série de hechos y circunstancias de tal monta, pueden considerarse bastante fuertes para esperar el éxito de una accion. Antes creia seguro el triunfo, cierta su ruina si lograba el combate; ahora puede ser dudosa la victoria, y puede asegurarse que de ella depende la suerte de la nacion. Dudosa por los reveses ya sufridos, y porque estas tropas fatigadas y ansiando llegar á esta capital para comer pan, no han podido conseguir más que una racion hasta hoy por la mañana, y preveo que, al pisar otra vez los pueblos miserables, adonde el enemigo que nos precede ha chupado ya su escaso jugo, se repetirán las graves necesidades ya sufridas, que pueden producir el desaliento y exasperacion, mucho más, cuando habiendo pedido dinero al Capitan general para socorrer al soldado, no ha podido facilitármelo.»

ser relevado. Comprendió, sin duda, que tal era su deber, cuando, ya en camino de Francia, y considerándose libre de toda obligacion y responsabilidad, no pudo menos de acudir al socorro de Calahorra, atacada por los carlistas, que á poco fueron derrotados por la division de la Ribera, la misma que dias antes se habia sublevado aclamando la Constitucion.

IV.

Con amplia libertad se llevaron á cabo las elecciones de diputados, sin que el Gobierno influyese en ellas, y el 24 de Octubre se reunieron las Córtes constituyentes, leyendo la Reina gobernadora un discurso de apertura, en el que no se ocultaban los grandes males que pesaban sobre el país, ni los apuros de la situacion. Aquellas Córtes tenian por principal encargo reformar la Constitucion, acerca de lo cual decia el discurso de la Corona:

"Yo... nada propongo ni aconsejo como reina: nada pido como madre. No es posible imaginar en la generosidad española que sufra menoscabo ninguno la prerogativa del trono constitucional por la orfandad y niñez de la reina inocente que está llamada á ocuparle. La Europa os contempla: ella verá que, amaestrados por estos veinticuatro años de combates, de infortunios, de oscilaciones crueles, sabeis aprovechar las lecciones de la experiencia propia y las del ejemplo ajeno. Subidos á la altura de vuestra mision, *sin duda os sobrepondreis á todos los intereses parciales y pequeños, á todos los sistemas exclusivos.*„

En este sentido, no hay duda ninguna que aquel Congreso estuvo á la altura de su mision; y como queriendo dar una prueba inmediata de que nada podia ni debia temer el trono de las instituciones liberales, á los dos dias de reunido, presentaron 86 diputados una proposicion, que dos despues fué aprobada, declarando que, "las Córtes generales de la nacion confirmaban á S. M. la Reina gobernadora el título y autoridad de tal durante la menor edad de su augusta hija la reina Doña Isabel II.„

Importa consignar estos detalles, porque entramos en una época de inconcebibles aberraciones, muy semejante á la de 1822. Como entonces, las Córtes y el Gobierno liberal enderezaban todos sus esfuerzos á exaltar la dignidad real, armonizando las prerogativas de la Corona con los derechos de la nacion: como entonces, la Corona,

fingiendo aceptar el apoyo del partido constitucional, conspiraba para destruirle, y preferia entregarse en brazos de las facciones: como entonces, formábanse sociedades patrióticas por el estilo de los *masones* y *comuneros,* que no podian menos de promover escándalos y desórdenes, y dividir profundamente á los cándidos liberales de buena fé: como entonces, las exageraciones de los exaltados iban á provocar medidas de rigor de parte del Gobierno, constituido en custodio del órden, mientras que los moderados, procediendo cautelosamente como revolucionarios furiosos, preparaban una reaccion semi-absolutista.

El partido moderado, vencido en la Granja, organizó una sociedad secreta, que se tituló *de Jovellanos,* y cuyas ideas y tendencias merecen ser conocidas: se hallan expresadas en el preámbulo que precede á su reglamento, del cual extractamos los párrafos siguientes:

"Rotos y disueltos los vínculos que enlazan á los hombres en sociedad, hollados todos los respetos más sagrados de la conciencia pública y de la autoridad; desconocida y ultrajada impíamente hasta la magestad del solio; despedazado el Estado por el espíritu de proselitismo y de bandería; minado y socabado el Gobierno, impotente por las arterías de los gobiernos secretos; desmoralizados en consecuencia todos los ramos de la administracion pública; cómplice el mismo poder en sus dolos y dilapidaciones; sin disciplina ni subordinacion en el ejército; sin crédito en el extranjero; con la bancarrota en el interior; el Pretendiente á las puertas de la capital, y todos los elementos de disolucion y de muerte en el Estado, tiempo es ya de que... tratemos los verdaderos españoles de conjurar los males que nos amagan, y de arrojar para siempre del suelo español á esos nuevos Erostratos, que buscan la inmortalidad de sus nombres en las llamas de la patria."

El cuadro no podia ser más sombrío y terrorífico. ¡Lástima que fuese obra de la exageracion y la injusticia! Porque siendo evidentes los males de la patria, menester era no desfigurarlos ni desconocer sus causas, y proceder con entera calma y rectitud de espíritu, con moderacion y templanza, cuando para conseguir su remedio se proponia la alianza de la virtud, del saber y de la fortuna.

Cuatro eran las bases que formaban el objeto de la *Sociedad española de Jovellanos.*

"1.ª Combatir á muerte *el despotismo* representado por el Pretendiente y sus partidarios.—2.ª Combatir igualmente *la anarquía* representada por las sociedades secretas y los ministerios que estas engendran.—3.ª *Ilustrar al trono* sobre su crítica posicion, y el caos en que quisieran envolverle los ensayos intempestivos, impru-

dentes ó exagerados de hombres empíricos, hipócritas ó alevosos. — Finalmente, cuarta, acelerar *la cooperacion extranjera,* conciliando escrupulosamente la dignidad é independencia de España con las leyes de la gratitud y los intereses políticos del Mediodía de Europa.„

Noble empresa, en verdad, era la de combatir el despotismo y la anarquía, y empresa fácil vencerlos; pues, segun el documento que extractamos, "no llegaban todavía á *doscientos individuos*, diseminados en diez ó doce puntos diferentes, todos los elementos de destruccion con que contaban hasta entonces aquellos dos eternos enemigos de la libertad y el órden legal en España [1].„

Concluia este preámbulo con una excitacion de sus autores, concebida en estos términos:

"Tiempo es, pues, de obrar, y de obrar con verdadera decision y consecuencia, haciendo que los actos se conformen con las doctrinas y la espada con la pluma.

[1] Es decir, que no llegaban á *doscientos individuos* los que en España mantenian, por un lado, la guerra civil, sostenida con tanto encarnizamiento por D. Cárlos, representante del despotismo, y por otro, las repetidas sublevaciones de muchas provincias, reclamando en vano el planteamiento definitivo de un sistema constitucional *verdadero*, que asegurase la libertad y el órden. Si con tan pocos elementos contaban el despotismo y la anarquía, gran responsabilidad pesaba sobre los gobiernos moderados de Zea Bermudez, Martinez de la Rosa, Toreno é Istúriz, en cuyo tiempo sucedieron tantos y tan graves movimientos anárquicos, y tanto desarrollo adquirieron las facciones carlistas. Para combatir y anular los esfuerzos de 200 personas, ¿se necesitaba la cooperacion extranjera, no bastando los inmensos sacrificios del país? Así se engañaba á multitud de hombres honrados, amantes de su patria y deseosos de paz, órden y justicia, que en España han formado y forman la gran masa del partido moderado, los cuales, á no ser por las exageraciones, imprudencias y locuras del partido popular, habrian conocido que se les llevaba de reata á servir de escabel á cuatro ambiciosos, cuyos medios de accion estaban en desacuerdo con los fines que proclamaban.

Véanse algunos de los artículos de su reglamento:

«Art. 3.º—La sociedad será auxiliar de cualquiera administracion que sea independiente de las facciones y *banderías secretas*, que se proponga por blanco de su conducta la observancia de las leyes, el órden, la libertad y las mejoras para el bienestar del pueblo, y que asegure á todo trance la paz de la nacion, dando por garantes de su proceder la verdad y la justicia.

«Art. 5.º—El gobierno de la *Sociedad española de Jovellanos* se halla á cargo de un *Directorio secreto*, que se ha constituido en Madrid, de cuya existencia y personas que le componen solo tienen idea los asociados por las doctrinas que circula, objeto que se propone, y medidas que adopta para conseguirlo.

«Art. 6.º—La Sociedad está organizada en ramas formadas de triángulos sucesivos, que se van enlazando del modo que aparece en el cuadro sinóptico, hasta completar el número de *ciento veinte y siete* individuos, *si es posible*, del cual no podrá pasar sin conocimiento del Directorio secreto.

«Art. 11.—Aunque legítimo y legal el objeto conservador de su instituto, la Sociedad dirigirá por ahora sus tareas con el mayor sigilo y discrecion, en atencion á la gravedad de las circunstancias y al mejor éxito de la empresa.»

Los afiliados debian prometer por su honor y de la manera más solemne «no revelar ni ahora ni nunca la existencia de ningun individuo de la Sociedad».

¿A qué tanto secreto para defender la libertad, el órden y el trono de Isabel II, combatir á los carlistas, y obtener un gobierno representativo? ¿Pues no era esto mismo lo que deseaba el partido exaltado?

La moderacion es un verdadero suicidio político, cuando la salvacion de los estados depende exclusivamente de un momento de energía. Actividad, firmeza, sigilo y suma consecuencia entre las obras y las palabras, las medidas y las circunstancias: Hé aquí los medios que para llevar á breve y feliz término la grande obra de la regeneracion social, *monárquica,* y gradualmente progresiva de la España, ha adoptado la *Sociedad española de Jovellanos...*„

Un escritor moderado nos ha hecho algunas revelaciones acerca de esta sociedad secreta, sus móviles y principales directores. "Habíanle creado (al Ministerio Calatrava), dice D. Juan Rico y Amat [1], una oposicion vigorosa y atrevida *fuera de las Córtes,* que minaba *ocultamente* su pedestal *en el mismo Palacio,* y le hacia al mismo tiempo una guerra cruda y sin tregua en los periódicos moderados. Organizóse este partido *con los absolutistas ilustrados,* los partidarios del Estatuto, etc... Dirigíale contra el Ministerio una junta de sus magnates, corta en número, pero respetable por la calidad y posicion de sus individuos, quienes apellidándose *jovellanistas...* formaban el centro de aquella oposicion. Eco de su proyecto de derribar al Ministerio, la prensa moderada lanzaba contra los agobiados ministros los más duros epígramas, las diatribas más escandalosas, hasta las calumnias más graves.„

Derribar el Ministerio... hé aquí el objeto inmediato. Para ello, todos los medios eran buenos, partiendo del principio de que "la moderacion es un verdadero suicidio político.„

¡ Ah ! Los monárquico-liberales, los moderados, los hombres de órden, no saben cuánto daño han hecho á la monarquía y al órden con su falta de moderacion y de conciencia política.

El dia 3 de Noviembre, llegó á Madrid con su brigada, llamado por el Gobierno, el brigadier Narvaez. Este jefe venia precedido de una justa fama de valiente y leal: en la jornada de Arlaban habia derramado su sangre, *haciendo prodigios de valor,* segun expresaba el parte, ganando allí las banderas de su regimiento de la Princesa la corbata de San Fernando: restablecido de su herida, y destinado á Aragon, habia batido á Fortanet el 4 de Julio, y á Cabrera el 12 en la Pobleta de Morella: habia salvado á Molina, y perseguido á D. Basilio, forzándole á repasar el Ebro por Fitero, vigilando despues aquellas riberas para impedir el paso de otra nueva expedicion. Llamado al Norte, y habiendo asistido á otras dos acciones de guerra, se le confió el mando de la division de Vanguardia, con la que operó á las órdenes de Ro-

[1] *Historia política y parlamentaria de España.* Tomo III.

dil en ambas Castillas. Tales antecedentes hicieron que el Gobierno pusiese los ojos en aquel jóven y bizarro brigadier para confiarle la persecucion de Gomez, que acababa de apoderarse, de Almaden y era en aquellos momentos el terror de Andalucía.

Los partidos quisieron desde luego atraer á sus filas á Narvaez, y los jovellanistas se propusieron hacerle instrumento de sus planes, en los que se dijo que tomaba parte la Gobernadora, deseosa de reparar la humillacion que creia haber sufrido por los sucesos de la Granja. Cuando fué llamado Narvaez, teniendo que acercarse á Madrid su brigada, se proyectó que entrara y se apoderase de los ministros (no faltando quien quisiera fusilarlos), disolviese las Córtes é hiciese la contra-revolucion. [1]

Ignorando Narvaez tales planes, hizo venir desde Arganda su division, sin otro objeto que el de pasearla por la capital, á fin de que el público y la Reina viesen el estado brillante de aquellas tropas: y en efecto, así lo ejecutó, á pesar de que el capitan general Seoane, recelando las tramas jovellanistas, trató de impedirlo. La division atravesó todo Madrid, y se detuvo al llegar al arco de la Armería, mientras el jefe de E. M. Ros de Olano pasaba á suplicar á la Gobernadora que se asomase al balcon para verla desfilar. Tardó mucho Cristina en acceder á los deseos de Narvaez, por no mudarse de traje; hasta que á fuerza de instancias la decidieron los ministros, que habian acudido presurosamente á Palacio, al saber la entrada de las tropas, y en compañía de ellos presenció su desfile.

Gracias á este conjunto de circunstancias casuales, quedó frustrado un plan, que no honraba por cierto á sus autores, los cuales temieron por sus vidas, creyendo que el Gobierno estaba enterado de todo.

Narvaez conferenció con el ministro Lopez, que le mostró deseos de ganarle para su partido; pero el jóven brigadier se excusó diciendo que, aunque liberal, era y queria permanecer ajeno á la política. Sin embargo, al dia siguiente comió en casa del duque de Veraguas, donde se reunieron otros personajes moderados, enemigos del Gobierno; los cuales, adulándole, y ponderando la excelencia de sus ideas, consiguieron sin duda quebrantar su resolucion de no mezclarse en la lucha de los partidos.

Estas maniobras políticas dieron desde luego á Narvaez una importancia mucho mayor de la que él mismo reconocia corresponderle. El Gobierno puso á sus órdenes un cuerpo de ejército de cerca de diez mil hombres, para perseguir á Gomez, y

[1] Pirala. Obra citada. Tomo III.

depositó en él una confianza ilimitada, hasta el punto de someter á su criterio las operaciones de otros cuerpos mandados por generales. Así se fomentaba la ambicion del que pronto habia de ser jefe militar del partido moderado, precisamente cuando el general Rodil, ministro de la Guerra, tenia que retirarse de campaña, combatido por las oposiciones y rebajado su prestigio en el concepto público.

V.

La situacion de los carlistas en Cataluña no habia mejorado durante los acontecimientos políticos que hemos referido. Los diez mil hombres con que aproximadamente contaban eran suficientes para tener en contínua mobilidad á las tropas, y para ejecutar frecuentes sorpresas, robos y tropelías sin cuento en toda la extension del país; pero no para dar á su causa un dia de gloria. Se hallaban nominalmente distribuidos en cuatro divisiones, á saber: la de Gerona, compuesta de 2,200 hombres al mando de Burjó, de quien dependian Zorrilla y Grau; la de Lérida, de 1,300, á las órdenes de Porredon y Borges hijo; la del Centro, de unos 3,000 hombres, mandados por el canónigo Tristany, siendo sus segundos Caballería y Sobrevias (el Muchacho); y la de Tarragona, fuerte de ocho batallones sueltos (4,000 hombres), mandados por sus respectivos jefes, bajo la direccion de D. José Masgoret.

Pero ni estos jefes de division obraban de concierto, faltando una cabeza que les dirigiese, ni tenian autoridad bastante para hacerse obedecer de sus respectivos subalternos. Sin organizacion y sin recursos, se reunian ó se fraccionaban segun lo exigian las circunstancias y la necesidad de procurarse víveres y municiones, evitando los encuentros formales, acechando las ocasiones de sorprender y exterminar los pequeños destacamentos, recorriendo el país y saqueando los pueblos, contínuamente víctimas de aquellas bandas indisciplinadas y feroces, no menos que de los atropellos y exacciones de algunos jefes inconsiderados de las tropas de la Reina.

La corte de Oñate determinó por tercera vez enviar á Cataluña un jefe de prestigio para que diese organizacion á las fuerzas carlistas, y pusiese coto á la insubordinacion y á los excesos de aquellos partidarios. Al efecto fué nombrado el general D. Rafael Maroto, el cual, pasando por Francia desde las provincias Vascongadas, no sin sufrir grandes penalidades, traspasó el Pirineo y entró solo, á fines de Agos-

to, por uno de los puertos de las montañas de Nuria. Inmediatamente fueron á recibirle algunos partidarios, que ya le esperaban, por tener noticia de su venida, y entre ellos Burjó, que le presentó un estado de las fuerzas que operaban en el Principado.

Con unos 2,500 hombres que se le reunieron, marchó Maroto por Ribas, Campdebanol y otros pueblos, hasta San Quirse de Besora, desde donde, algun tanto engrosada su columna, se dirigió á Prats de Llusanés el 7 de Setiembre. Queria inaugurar la campaña con un golpe de mano, apoderándose de aquel pueblo, que solo contaba para su defensa con 200 hombres armados. Púsole sitio el 8, é intimó la rendicion al comandante de armas, que ni siquiera se dignó contestar á sus emisarios. Los carlistas rompieron el fuego con dos cañones de madera, y sin dificultad pudieron posesionarse de los arrabales del pueblo, desde donde continuaron hostilizándole hasta el 10, en cuyo dia supo Maroto que se acercaba en auxilio de los sitiados la brigada de Ayerbe, compuesta de unos tres mil hombres y trescientos caballos. Temiendo ser atacado por la espalda, el general carlista destacó algunas compañías de cazadores, y dispuso las demás fuerzas para salir al encuentro de su enemigo. Pero Ayerbe le esperaba ya en buenas posiciones: trabóse una lucha empeñada y sangrienta, en que jugó la infantería y la caballería, quedando completamente derrotados y en dispersion los carlistas, á pesar del valor con que pelearon.

Despues de este desastre, se retiró Maroto á Borredá, donde pudo recoger la mayor parte de los dispersos, y continuó recorriendo el país por las inmediaciones de Berga y Solsona, dirigiéndose luego á la Cerdaña.

Al mismo tiempo, el general Aldama, que desempeñaba interinamente la capitanía general, por la enfermedad de Mina, y habia salido á recorrer el corregimiento de Tortosa, encontró en el camino de Esparraguera á Villafranca al Llarch y á Pichot, batiéndolos y dispersándolos con su vanguardia. El infatigable Gurrea derrotaba igualmente, en la madrugada del 10, á Marcó y Masgoret, que estuvieron en inminente peligro de ser cogidos en el molino de Valdocera, como lo fueron sus caballos y las acémilas y ganados que llevaban, causándoles además cuarenta muertos.

La vanguardia de Gurrea alcanzó á la retaguardia de Maroto, el dia 29, en las cercanias de Alp: perseguido el carlista, se retiró á Castellar de Nuch, donde pernoctó, y el 30 marchó á Borredá, en donde dispersó su gente, y con solo un ayudante y una pequeña escolta, pasó la noche en una casa de campo. El 1.° de Octubre, se trasladó Maroto á Alpens, desde donde, con un batallon que allí habia, salió

el 4 á reunirse con el baron de Ortafá, su segundo, que se hallaba en San Quirse organizando algunos batallones, y á quien habia mandado que se replegase sobre Alpens, á fin de evitar el choque de las fuerzas liberales que se aproximaban á ambos puntos. Ortafá quiso probablemente esperar al enemigo, ó bien fué alcanzado por la brigada de Ayerbe, que le derrotó, quedando sin vida en el campo el mismo baron y su hijo.

Cuando Maroto encontró en el camino los fugitivos de aquella accion y supo la muerte de su jefe, se retiró hácia la frontera con la poca gente que llevaba; y llamando á los cabecillas que le seguian, les anunció su resolucion de volverse al lado de D. Cárlos, previniéndoles que procurasen mantenerse á la defensiva, sometiéndose á la autoridad del jefe á quien por su mayor graduacion correspondiese el mando. Al dia siguiente marchó hácia el santuario de Nuria, y habiendo dejado allí su escolta, intentó refugiarse en Francia; pero fué conocido por los gendarmes franceses, que le arrestaron y condujeron preso á Perpiñan. Internado á Tours, algun tiempo despues logró escaparse y volver al lado de D. Cárlos.

Tal fué el triste resultado de la comision confiada á Maroto en Cataluña: efecto del estado nada próspero en que se hallaban las facciones del Principado, cuyos jefes apetecian el desórden y repugnaban toda organizacion que pusiese freno á sus excesos y miras particulares.

Solo por el terror ó por la proteccion que se les dispensaba en algunos pueblos podian sostenerse los carlistas en Cataluña, faltos de todo recurso, fuera de los que se proporcionaban apelando á medios violentos. Bajo este concepto, su acumulacion en grandes masas no podia menos de perjudicarles, porque, asolado el país, no les era facil encontrar los medios necesarios para subsistir, y ya hemos visto, por otra parte, que cuantas veces se juntaban en número considerable, otras tantas sufrian inevitables derrotas, mientras que divididos en pequeños grupos se sustraian más facilmente á la persecucion, teniendo en jaque y en contínua mobilidad al ejército constitucional. Su sistema no iba en esto desacertado; pero les faltaba la unidad de accion para poder acometer empresas de importancia, y en tal estado causaban al país las mayores calamidades, sin provecho alguno para la causa que defendian.

Los jefes que mandaban las brigadas y columnas constitucionales se propusieron aprovecharse de la desorganizacion de los carlistas para reducirlas á la impotencia antes de que llegase el invierno; y animados de este propósito emprendieron sus operaciones con gran actividad y energía. En los meses de Octubre, Noviembre y

Diciembre fueron muchos y frecuentes los encuentros, y no pocas las ocasiones en que los partidarios de D. Cárlos consiguieron ventajas sobre sus contrarios.

Gurrea, persiguiendo al Llarch de Copons, el 7 de Octubre, se acercó á Pinós, avisando á sus habitantes que no abandonasen el pueblo, como acostumbraban, ni envenenasen los vinos, y amenazándoles de lo contrario con un ejemplar castigo; pero aquellos, lejos de obedecerle, salieron armados y hostilizaron á las tropas desde los bosques inmediatos. Gurrea, entonces, mandó incendiar el pueblo.

Este mismo jefe y Niubó alcanzaron señalados triunfos, el segundo en la Llacuna, el 20 de Octubre, y el primero en Aiguasvivas, el 24.

Por este tiempo se presentó Tristany delante de Cardona, y habiendo atraido hácia un llano al destacamento que salió de la poblacion, le destruyó matando unos setenta hombres y al capitan y al teniente que los mandaban; sorprendió las salinas, acuchilló á sus guardadores, y preparando luego una emboscada, se apoderó del correo que iba escoltado de Cervera á Tarragona por treinta y un hombres, los cuales sucumbieron ferozmente asesinados.

El 26 de Octubre se apoderaron de Esterri las facciones reunidas del Ros, Porredon, Borges y otros, incendiaron algunas casas é impusieron fuertes contribuciones de dinero: intentando invadir el valle de Aran, hízoles frente el gobernador militar de Viella; pero tuvo que retirarse al fuerte, donde le tuvieron sitiado por espacio de quince dias, sin que acudiese nadie á su socorro.

Arrostrando un furioso temporal, Iriarte cayó de noche sobre San Llorens, donde se refugiaban algunas partidas carlistas con el objeto de hacer sorpresas, y las arrojó de allí causándoles bastantes pérdidas y rescatando á muchos vecinos pudientes de Guimerá, que tenian cautivos.

De este modo se seguia la guerra en Cataluña, con encarnizamiento y crueldad por ambas partes, desordenadamente, y siendo los pueblos las principales víctimas de una lucha estéril que los arruinaba. Preciso es decir que muchos de ellos merecian las calamidades que estaban sufriendo por su connivencia con las facciones.

En todo el tiempo transcurrido desde que tuvo efecto la sorpresa de Vilamajor, esto es, de Marzo á fin de Octubre de 1836, ningun hecho de armas figura en la hoja de servicios del general Prim, lo que se explica, primeramente por la gravedad de la herida que recibió en aquel pueblo, y que le imposibilitó por mucho tiempo de continuar sus servicios, y despues por el alejamiento de las facciones de la

parte de Granollers, atraidas hácia la alta montaña por la llegada de Maroto. Indudablemente, la primera de estas causas le impidió tomar parte en la accion del 19 de Marzo, en que su batallon ahuyentó de Viladrau la faccion de Grau, desalojándola de varias posiciones y causándole nueve muertos y muchos heridos; así como tampoco pudo concurrir, á principios de Junio, á la defensa de San Hilario, en que el mismo batallon, sin víveres, dinero ni fortificaciones, resistió cinco dias el ataque de fuerzas considerables, hasta que auxiliado por una columna, salió del pueblo y persiguió á la faccion por espacio de dos horas.

El 2 de Noviembre, hallándose PRIM con su compañía destacado en Tona, recibió aviso de que los carlistas estaban en Taradell, y marchó inmediatamente á su encuentro. Informado por algunos labradores de que la faccion acababa de abandonar el pueblo, ignorándose hácia donde se dirigia, quiso entrar en él, sin embargo, á fin de hacer un reconocimiento; y al mirar por una de las salidas, vió á un lancero carlista que marchaba al galope. Sin duda pensó PRIM poder averiguar por aquel soldado el paradero de su gente, y metiendo espuelas á su caballo, no tardó en darle alcance intimándole la rendicion; pero el ginete carlista se revuelve, y su lanza pasa rozando el hombro del jóven capitan, al mismo tiempo que este le descargaba tan terrible cuchillada en la cabeza, que el sable quedó roto por la fuerza del golpe. No por esto se entregó el valiente lancero, antes bien continuó defendiéndose con bizarría; pero al cabo, fuertemente acosado por su contrario, y cegándole la sangre que brotaba de su herida, cedió el campo, dejándose caer por un barranco inmediato al camino. El caballo y las armas del vencido, quedaron en poder de PRIM, que volvió á reunirse con su compañía.

Durante aquel mes fueron insignificantes los encuentros de las tropas constitucionales con las carlistas. El 2 de Diciembre llegó el brigadier Sebastian á Mayals, forzando las marchas, y sorprendió de noche la columna de Arbons, que huyó en espantosa dispersion dejando abandonada la bandera, muchos caballos, armas y pertrechos, y cincuenta personas secuestradas, por cuyo rescate se exigian crecidas sumas. Perseguida esta misma columna por Gurrea, sufrió á los tres dias en la Juncosa una pérdida de 33 muertos, entre ellos varios oficiales. Sin embargo, al poco tiempo consiguió Arbons rehacer su gente, y pasó con 800 hombres á la derecha del Ebro, donde los carlistas sostenian la guerra con más vigor que en Cataluña, si no con mayor fortuna.

Iriarte alcanzaba en estos dias grandes ventajas sobre las facciones de Masgoret

y Griset, cogiendo á este en Esplugacalva, y causándoles una pérdida de más de 200 hombres entre muertos y heridos.

El 11 de Diciembre salió de Granollers la compañía de Prim en persecucion de una partida de *aduaneros,* especie de foragidos, encargados de recaudar en los pueblos las contribuciones que imponia la faccion; y habiéndose ocultado entre las casas de Calicans y la Den Mas, consiguió sorprenderlos á su paso, causándoles cinco muertos y cogiéndoles algunas armas y otros objetos, segun consta del parte dado al Ministerio de la Guerra por la Capitanía general del Principado.

VI.

En aquellos momentos el interés de la guerra civil se hallaba concentrado en Bilbao. Hacia dos meses que ante los débiles muros de la invicta villa se estaba disputando la vida ó la muerte de las dos causas enemigas. Por tercera vez se agolpaban las fuerzas del Pretendiente al rededor de aquella plaza, cuya toma era la condicion impuesta á sus agentes para la entrega de un cuantioso empréstito, y para el reconocimiento explícito de sus derechos por las potencias del Norte y por el reino de las Dos Sicilias. El 17 de Noviembre habian comenzado las operaciones para salvar á los sitiados, que á mediados de Diciembre se hallaban en una situacion angustiosa y desesperada. En la tarde del dia 24, en medio de un deshecho temporal acompañado de nieve y granizo, se consiguió restablecer el puente de Luchana para facilitar el paso del ejército al otro lado del Nervion. Espartero se hallaba enfermo, por lo cual habia tenido que resignar el mando en Oráa, siéndole imposible dirigir por sí mismo las operaciones. La batalla estaba empeñada; las tropas, ateridas de frio, azotadas por el huracan, horriblemente mermadas por las balas enemigas, sostenian con valor heróico aquella lucha espantosa contra los hombres y los elementos desencadenados. Continuamente llegaban al cuartel general tristes relaciones del espectáculo que presentaba aquel campo de desolacion. A las once de la noche arreció con tal furia la fuerza del temporal, que obligó á los combatientes á suspender la lucha y á guarecerse en las peñas y casas inmediatas; y aprovechando la momentánea tregua, Oráa corrió á tomar algun alimento y á dar cuenta al general en jefe del estado de las operaciones. Las tropas liberales habian ganado terreno, apoderándose

de varios puntos del monte de Cabras y del de San Pablo ; pero peleaban desde las cuatro de la tarde sin descanso, despues de cuarenta dias de fatigas y contínuos combates, y la blanca alfombra de nieve estaba cubierta en mil puntos de cadáveres y moribundos.

Postrado en un miserable jergon de paja, y sufriendo los agudos dolores de su enfermedad, escuchaba Espartero la relacion de Oráa, cuando el estruendo de la artillería y de las descargas cerradas le anunció que los carlistas renovaban el combate con denodado esfuerzo. Manda Espartero que inmediatamente marche la primera division al socorro de la segunda, y dicta otras disposiciones, mientras Oráa vuela al campo de batalla, y vuelve á poco manifestando la terrible situacion en que se hallaba el ejército : el general baron de Meer , y los jefes de brigada de la segunda division estaban heridos ; de los 28 oficiales de un regimiento de la Guardia real, 24 habian quedado fuera de combate ; las tropas, sin embargo, peleaban con valor, estrechando sus filas diezmadas, y resistiendo con abnegacion completa de la vida el empuje creciente de sus enemigos. A pesar de esto , la derrota era posible, acaso inminente.

No escucha más Espartero ; su espíritu se enardece al ruido del combate que no cesa ; y ante la idea del peligro que corre su ejército y la causa que defiende, reprime y domina los dolores físicos, salta del lecho, monta á caballo, y poniéndose á la cabeza de la brigada de Minuisir , pasa el puente de Luchana y sube al monte de San Pablo, donde más recia y empeñada era la batalla.

Serian las doce y media de la noche cuando Espartero se presentó en medio de las tropas que tan heróicamente peleaban, y que al verle prorumpieron en aclamaciones de entusiasmo : pero no pensaba el general en jefe prolongar los padecimientos de aquellos valientes. Disponíase á relevar la segunda division por la primera y por la brigada de Minuisir, y á este fin comunicó sus órdenes á Oráa, que mandó á un corneta adelantarse y dar el toque de alto ó cualquier otro. Fuese de intento ó por equivocacion, el corneta tocó ataque, y este incidente decidió la batalla. Los carlistas, al oir aquella corneta, se amedrentaron, retirándose con celeridad, y los liberales avanzaron arrollando cuantos obstáculos encontraban á su paso.

Espartero aprovechó al momento la oportunidad , y poniéndose él mismo á la cabeza de una columna , dirigió á las tropas estas memorables palabras : — "La Reina y la Patria necesitan que esta noche hagamos el último esfuerzo. Los soldados valientes como vosotros no necesitan más que un solo cartucho : ese solo se

disparará en caso necesario, y con las puntas de las bayonetas, tan acostumbradas á vencer, daremos fin á tan grandiosa empresa.„

Los sitiadores de Bilbao tenian su cuartel general en el empinado monte de Banderas, cuyas fortificaciones dominaban el país por una y otra parte. Conociendo la importancia decisiva de aquel punto, allí se dirigió Espartero resuelta y silenciosamente con su columna á las tres de la madrugada, mientras Oráa marchaba en otra direccion por la izquierda; y enviando delante un oficial con quince soldados para examinar el estado de defensa del fuerte de Banderas, continuó avanzando con sigilo sin encontrar resistencia por aquella parte. A la debil claridad de la luna cubierta por espesas nubes y reflejada en la nieve, percibió Espartero una gran masa de carlistas, que se movia de flanco por la montaña, y apresurando el paso, de repente rompió el silencio aclamando á Isabel II y la libertad; responden á su voz los gritos de la tropa y el estruendo marcial de los tambores y cornetas; cargan los liberales y cruzan sus armas con las de sus enemigos, los derrotan y dispersan en todas direcciones. Antes de amanecer, los pendones de la Reina ondeaban en aquellas alturas, de las que sucesiva y rápidamente fueron apoderándose los vencedores, quedando en su poder los parques de artillería y de ingenieros, veintiseis piezas de varios calibres, gran cantidad de municiones y pertrechos y 130 prisioneros.

"Bilbao se salvó (dice un escritor citado), y acaso se salvó tambien entonces el trono de Isabel II. Al temerario arrojo de Espartero se debió tan feliz victoria, que sembró el desaliento en las tropas de D. Cárlos, y que fué el prólogo de la historia de su decadencia, cuya última página se firmó despues en los campos de Vergara [1].„

El triunfo de Luchana y el levantamiento del sitio de Bilbao produjeron en toda España un entusiasmo indecible. Las Córtes dedicaron á este acontecimiento una sesion, en la que se pronunciaron brillantes discursos. El Gobierno premió tanto heroismo dando á la famosa villa el título de *invicta*, y á Espartero los de conde de Luchana y vizconde de Banderas.

[1] Rico y Amat. Obra citada.

Espartero no contribuyó solo personalmente á la salvacion de Bilbao. Cuando supo el sitio de esta plaza y quiso acudir á socorrerla, el ejército estaba desnudo y descalzo, y la Intendencia militar solo tenia en caja dos mil reales: las tropas no podian llevar con paciencia su espantosa miseria, y muchos soldados desertaban. Espartero pidió con grande insistencia recursos al Gobierno, que al fin se los proporcionó; pero tardando mucho en llegar, escribió á su señora diciéndole: «Empeña tu palabra, la mia, la de los amigos, hasta el piano, y envíame en oro el dinero que puedas reunir.» El correo portador de esta carta volvió á Vitoria con mil onzas de oro, que sirvieron para cubrir las primeras necesidades del momento, y restablecer la subordinacion en el ejército.—No fué esta la única vez que Espartero asistió al soldado con sus propios recursos.

El mismo dia 24 de Diciembre, falleció en Barcelona el general Mina: los grandes y penosos servicios que este hombre habia prestado á su patria desde la guerra de la Independencia, los padecimientos sufridos por su amor á la libertad, y últimamente los disgustos que le ocasionaron las turbulencias políticas acaecidas durante su mando en Cataluña, precipitaron su laboriosa vida, llevándole al sepulcro á la temprana edad de cincuenta y cinco años.

CAPÍTULO VI.

Primeros seis meses de 1837.

SUMARIO.—Bullangas en Barcelona.—Recrudecimiento de la guerra en Cataluña.—Varias hazañas de Prim.—El Baron de Meer.—Planes de campaña en el Norte y triunfos de Espartero.—Expedicion de Don Cárlos.—Constitucion de 1837.

I.

La situacion de fuerza en que se hallaba España exigia de parte del Gobierno y de sus delegados la mayor energia, no solo para sostener la guerra sin contemplaciones ni miramientos de ningun género, sino tambien para reprimir cualquier desórden, manteniendo á todos dentro de los límites del deber y de la más rígida disciplina. Las Córtes comprendieron esta necesidad, y aprobaron una ley concediendo al Gobierno facultades extraordinarias para proceder sumariamente contra los conspiradores y trastornadores del órden público. Pero esta ley estaba en pugna con los principios protectores de la libertad y seguridad individual consignados en la Constitucion, y con la política representada por el Ministerio; y aunque, indudablemente, su objeto era salvar esos mismos principios, tenazmente combatidos por los conspiradores moderados, y á todas horas comprometidos por la exageracion y la impaciencia de los exaltados, no pudo menos de ser considerada como un triunfo de la reaccion y como un atentado á los derechos de los ciudadanos. En efecto, la ley abria ancho campo á las arbitrariedades de los gobernantes, con menoscabo de las garantías constitucionales; y naturalmente causó profunda alarma y descontento entre los partidarios de la libertad.

En Barcelona se supo explotar esta disposicion de los ánimos para promover disturbios y provocar una política represiva. A principios de Enero de 1837 circuló un

papel incendiario, firmado por *Los hermanos de la grande union,* que algunos creyeron obra de los moderados, y otros de los republicanos, en el cual se llamaba al pueblo á las armas y se incitaba á la revolucion. Otros impresos sueltos aparecieron proclamando la *república universal* (una quimera) y la destruccion de los tronos; lo cual basta para comprender que tales escritos no podian ser inspirados por ningun hombre sinceramente constitucional. Los que se dejaban arrastrar por estas exageraciones absurdas carecian simplemente de sentido comun.

El 13 de Enero por la tarde se formaron grupos en la Rambla, y fueron deshechos por el escuadron de lanceros de la Milicia, tenido en el concepto de *moderado*. La agitacion creció desde aquel momento; los batallones de nacionales acudieron á sus respectivos puntos de reunion, concentrándose en el ex-convento de San Agustin el 1.° de línea y el de zapadores, y en la calle contigua al edificio el 12.° ligero, ó de *la Blusa,* que se distinguia por su exaltacion, no menos que por su decision para pelear en defensa de la libertad. Diéronse repetidos gritos de *¡ Viva la Constitucion! Viva la patria! ¡ Mueran los traidores, que nos venden,* y se pidió el desarme de los lanceros.

Un conflicto sangriento parecia inevitable. Las autoridades civiles y militares, reunidas en Atarazanas, juntamente con otras personas, acordaron publicar la ley marcial, como lo efectuó el primer alcalde constitucional, apoyado por una fuerte columna del Ejército y Milicia; pero no bastando esto para reducir á los sublevados, se dió órden al coronel Luna para que, al frente de otra columna y con cuatro cañones, fuese á desalojarlos de San Agustin. La prudencia de este coronel pudo más que la fuerza: con sus reflexiones hizo entrar en razon á los insurrectos, que á las diez de la noche se retiraron tranquilamente á sus casas.

Ninguna trascendencia habria tenido este hecho deplorable, si la autoridad militar no hubiese dado oidos á los enemigos de la situacion, que, prevaliéndose de las circunstancias, la impulsaron á proceder con extremado rigor. Al dia siguiente se mandó disolver los batallones de la *Blusa* y de zapadores; se dió de baja á los oficiales del 1.° de línea, y se dispuso expurgar los demás batallones de la Milicia de los individuos más conocidos por su *liberalismo exaltado;* prendióse á varias personas, y se formó, para juzgarlas, un consejo de guerra; y por último, fué disuelto el Ayuntamiento, y reemplazado por otro de nombramiento ilegal. Aunque todo esto pudiese hacerse dentro de la ley excepcional que habia servido de pretexto al motin, la autoridad debió tener presente la situacion en que se hallaban los partidos en

Barcelona, para no aparecer inclinada á ninguno de ellos. Sus disposiciones fueron tachadas de parcialidad, y se consideraron con fundamento como una satisfaccion dada á los moderados. La discordia entre los dos bandos tomó desde aquel dia formidable incremento, y la causa del órden se vió más que nunca compremetida en la capital del Principado.

La crudeza del invierno, y más aun la pérdida irreparable del general Mina, habian paralizado las operaciones militares; y los carlistas aprovechaban este respiro para acrecentar sus fuerzas á fin de abrir la campaña con mayores brios en la próxima primavera. No estaban ociosos, entre tanto, y en sus frecuentes correrías apresaban ganados y personas, invadian pueblos de importancia y cobraban crecidas contribuciones, sin reparar en que los saqueados fuesen amigos ó enemigos.

Perseguíanles con actividad, á pesar del mal tiempo, algunas de las columnas liberales; y el comandante general de Tarragona D. Martin José Iriarte, consiguió derrotarlos en la Riba, causándoles muchos muertos y 50 prisioneros, entre ellos nueve frailes, que mandó fusilar en el acto. Depuesto inmediatamente por Serrano, capitan general interino de Cataluña, creyóse ver en esta medida una venganza personal impulsada por influencias reaccionarias, y en consecuencia, la Milicia y la guarnicion de Reus se sublevaron; pero cedieron al momento á la voz de las autoridades locales, y se pidió al Gobierno la reposicion de Iriarte.

El tercer batallon de francos, agregado á la primera division, que mandaba el brigadier Ayerbe, estaba en Granollers, desde donde hacia frecuentes salidas por todo el corregimiento de Vich y otros puntos de aquella parte de la provincia de Barcelona. El 25 de Enero, salió Prim con una seccion de su compañía á recorrer el valle del Congost, país quebrado y muy á propósito para el abrigo de malhechores. Era necesario marchar con gran cautela por aquel terreno para no ser víctimas de una sorpresa, ó para sorprender á los contrarios; y habiéndose advertido á Prim que en el terrado de una casa de campo habia cinco ó seis aduaneros apostados para vigilar los movimientos de las tropas, emboscó su gente, y se dirigió solo á la casa, recatándose entre las malezas. Proponíase tal vez hacerles caer en la emboscada, y al efecto se valió de una estratagema, pasándoles aviso por medio de un mozo de labranza; pero no bajó más que uno de los aduaneros por la escalera exterior que conducia al terrado, y al verse acometido, lanzó un grito de alarma, que puso en fuga á los demás, y él mismo echó á correr á pesar de ir armado con un enorme trabuco. Disparóle Prim su pistola, pero no salió el tiro, y lanzándose veloz

sobre el fugitivo, no tardó en alcanzarle, trabándose entre ambos una lucha cuerpo á cuerpo. Abrazados y pugnando por rendir cada cual á su contrario, juntos cayeron rodando por un derrumbadero, donde más ágil y esforzado el jóven capitan de francos quedó al fin vencedor, apoderándose del trabuco cargado con treinta y cinco balines y del anteojo del *aduanero*, que al poco tiempo apareció colgado de una encina.

Los carlistas se mostraban envalentonados á principios de Febrero. Zorrilla, Mallorca y Galcerán se presentaron por la parte de Pineda y Malgrat con 800 hombres, proponiéndose sublevar los pueblos de la costa: favorecian sus intentos algunos recursos que acababa de traerles un buque extranjero, y en breves dias consiguieron engrosar considerablemente su columna. En San Pedro de Torelló cayeron de improviso sobre un destacamento de nacionales de Mataró, Premiá y Vilasar de Dalt, de los cuales perecieron 36 acuchillados; pero perseguidos de cerca los facciosos, fueron luego batidos en el Hostalet por un batallon de América, sufriendo unas 200 bajas y otras pérdidas materiales.

Tristany, con 600 hombres y multitud de acémilas, se acercó el dia 5 á Cardona, proponiéndose cargar de sal para venderla; pero los fuegos del castillo le obligaron á retirarse sin que pudiese conseguir su objeto.

Altimira merodeaba entre tanto por el corregimiento de Vich. Enviado Prim á esta ciudad con su compañía, para hacerse cargo de la cantidad de 4,000 duros, correspondientes al presupuesto de su batallon, apenas hubo cobrado el dinero, se dispuso para regresar á Granollers en la mañana del 6. Despidiéndose del Gobernador, este le dijo que no le parecia prudente su salida aquel dia; pues segun avisos que acababa de recibir, la faccion estaba en acecho para atacarle en el camino, y se exponia á verse envuelto por fuerzas muy superiores á las suyas. — "Señor Gobernador, contestó Prim: mi batallon no tiene fondos, por lo cual se me ha prevenido que vuelva con ellos inmediatamente. Para suspender mi marcha, seria necesario que V. S. me lo mandase de oficio; único modo de salvar mi responsabilidad." —Como era natural, el Gobernador no accedió á semejante pretension, y Prim salió en seguida para Granollers.

Cualquier otro oficial, en circunstancias semejantes, habria procurado evitar á todo trance el encuentro del enemigo, dándose por muy satisfecho con poder burlar sus asechanzas, á fin de poner en salvo los mencionados caudales, sustrayéndose al peligro de perderlos. Pero Prim no pensaba eludir el combate, y desde luego conci-

bió el audaz pensamiento de buscar á la facción y batirla, si conseguia dar con ella. Tomando informes de cuantos encontraba en el camino, supo que los carlistas se habian retirado de aquellas cercanías; y averiguada la direccion que llevaban, se desvió de la carretera, decidido á no parar hasta descubrir su paradero: á este fin marchó por los pueblos de Centellas, San Martí del Recó, Bartí y Serrat de la Ocata, donde le aseguraron que Altimira estaba en La Ametlla con 400 infantes y 30 caballos.

Temeraria empresa era la de provocar el choque de una compañía contra fuerzas tan desiguales; pero PRIM tenia gran confianza en sí mismo y en el arrojo de sus cazadores: una ojeada le bastó para conocer que estos participaban de su ardimiento y de su impaciencia; y aunque así no fuese, ya era imposible retroceder sin sufrir una derrota moral.—"Voluntarios, dijo á sus soldados: cuatrocientos facciosos no han tenido el valor de ponérsenos delante. Nos tocan cinco á cada uno, y yo sé donde se esconden. Vamos á buscarlos." — "¡A buscarlos!" gritaron á una voz los cazadores; y al momento emprendieron la marcha en direccion á La Ametlla.

Conocedor del terreno, al llegar PRIM delante de aquel pueblo, distribuyó su gente, colocando la mayor parte de ella en puntos estratégicos, y haciendo avanzar la restante, rompió el fuego de guerrillas y por el centro de las posiciones. Lo brusco del ataque sorprendió á los carlistas, que no pudiendo imaginar siquiera tanta audacia en un puñado de valientes, sin duda se creyeron envueltos por una poderosa columna; y esta idea influyó de tal manera en sus ánimos, que no les dejó alientos para prolongar la resistencia más tiempo del necesario para ponerse en salvo. Derrotados cuantos se opusieron á la vigorosa acometida de los cazadores, huyeron precipitadamente llevando el pánico á los demás, que se dispersaron en todas direcciones, sufriendo una pérdida de diez y seis hombres y varios bagajes, con los cuales se presentó PRIM al dia siguiente en Granollers.

Muy celebrada fué esta hazaña, y cuéntase que al tener noticia de ella el Gobernador de Vich exclamó: "Ya sabia yo que PRIM es un valiente, pero nunca le creí capaz de acometer tales empresas. Con oficiales como este, pronto nos veríamos libres de los enemigos de la Reina."

Altimira se vengó de su vergonzosa derrota sorprendiendo cerca de Caldas de Mombuy á unos indefensos paisanos que trabajaban en el campo, matando á seis, y llevándose á otros cautivos; á consecuencia de lo cual se levantaron en somaten varios pueblos del Vallés, y ahuyentaron á la faccion.

Al amanecer del dia 15 de Febrero intentó el canónigo Tristany apoderarse de Sanahuja, pero fué rechazado por la tropa y los nacionales; y retirándose hácia los montes de la Panadella, dió allí uno de los golpes más terribles que sufrieron por aquel tiempo los liberales. El coronel jefe de brigada D. Francisco Oliver, con su columna de tiradores de Málaga, francos y nacionales, custodiaba un convoy en el que iban seiscientos prisioneros. Bruscamente atacado por Tristany, se vió perdido, y apeándose de su caballo, espada en mano, exhortó á la tropa mandándole cargar á la bayoneta; pero no fué secundado, y en su desesperacion, prefirió la muerte á la deshonra [1]. Entonces, los que no huyeron se entregaron á discrecion bajo promesa de conservar la vida; pero al dia siguiente fueron vilmente fusilados 276 de aquellos infelices prisioneros, agonizando muchos arrojados á unas hogueras, y solo uno pudo salvarse ocultándose detrás de un altar, donde le buscaron, pero no le descubrieron. Este llegó á Calaf hambriento y desnudo, y refirió la noticia del horrible sacrificio de sus compañeros. Entre los trofeos de su sangrienta victoria, recogió Tristany ochocientos fusiles, que fueron un gran refuerzo para sus ulteriores operaciones.

Conduciendo otro convoy de Manresa á Berga, el coronel D. Antonio Aspiroz fué atacado el 25 por las fuerzas de Castells y Caballería; pero recibidos los carlistas á metralla y en las puntas de las bayonetas, hubieron de retirarse con bastante pérdida, continuando el convoy á su destino.

La traicion abrió á Tristany las puertas de Calaf, cuya ruina tenia jurada el feroz cabecilla; pero reunidos los nacionales y algunos vecinos, opusieron tan tenaz resistencia, que estando los carlistas en las calles, no les fué posible avanzar, y se vengaron incendiando unas setenta casas, y asesinando algunas mujeres. El general Serrano, con la columna de Aspiroz y otras fuerzas, corrió desde Igualada al socorro de Calaf, el 8 de Marzo, y llegó á tiempo de salvarle, batiendo al enemigo, que se retiró hácia la montaña.

Estos y otros hechos demuestran la pujanza que habian adquirido las facciones en Cataluña durante los primeros meses de 1837, y el abatimiento en que se hallaba la causa liberal, mal defendida en el campo, y despedazada en las ciudades por la discordia de los partidos.

Prim habia comprendido mejor que muchos jefes superiores la índole de aquella

[1] Varios escritores han dicho, repitiéndose unos á otros, que el desastre de la Panadella fué debido á la traicion de Oliver. Ninguna prueba hemos visto que justifique tal acusacion.

guerra ; y en su modesta posicion de capitan de francos, la hacia con éxito siempre que le era posible obrar independientemente. Hallándose con dos compañías de su batallon en el Más de Figaró, el 9 de Marzo, habia gastado ya su paga del mes en recompensar á varios confidentes fieles, que le servian con una decision completa [1]. Por ellos supo que acababan de llegar á La Ametlla unos 900 facciosos de infantería y 50 caballos, mandados por varios cabecillas. Proponiéndose sorprenderlos, aquella misma tarde marchó PRIM con sus dos compañías por sendas extraviadas, á fin de ocultar el objeto de su movimiento, y á las once de la noche se dejó caer sobre el pueblo, donde los carlistas dormian tranquilamente : ocupó todas las salidas, y á la cabeza de 120 hombres entró resueltamente hasta el centro de la poblacion. Arrollada la guardia del principal sin disparar un tiro, los individuos que escaparon de esta brusca acometida esparcieron la alarma ; y respondiendo á sus gritos los nutridos vivas á la libertad y á la Reina que daban los voluntarios francos, introdújose una confusion espantosa entre los facciosos, que al salir á las calles en pelotones, por do quiera sentian el estrago de los certeros fuegos. Si aquella noche hubiese tenido PRIM un batallon á sus órdenes, toda la columna enemiga habria caido en su poder : mucho hizo, sin embargo, dispersándola con la escasa fuerza que llevaba, causándole gran pérdida de gente, y apoderándose del caballo del cabecilla Ferré de Abella, y de nueve acémilas cargadas de municiones y pertrechos de guerra.

Ya hemos visto que los carlistas no se dejaban derrotar fácilmente; que eran duros y esforzados como buenos catalanes, y habian aprendido á batirse y á vencer en muchas ocasiones. A pesar de esto, un jóven de 22 años, con fuerzas muy inferiores á las suyas, les buscaba y les batia ; pero PRIM no ocupaba entonces el puesto correspondiente á sus dotes militares : oscurecido en un batallon de cuerpos francos, generalmente mal mirados en el ejército por las prevenciones de clase, ni eran debidamente apreciados sus servicios, ni se sacaba de él todo el provecho que podia dar. Operando por sí solo, como simple guerrillero, á la manera de Zurbano, indudablemente habria hecho más rápidos adelantos en su carrera y en su fama que sirviendo en el batallon de Rodriguez.

[1] El desprendimiento era quizás el rasgo más distintivo del carácter de PRIM ; tanto que rayaba en defecto, pues no tenia nada suyo. Sucedióle muchas veces, siendo simple oficial, pedir prestado para socorrer á sus amigos. Cuando alguno de estos se le acercaba reclamando el auxilio de su bolsa, y no tenia dinero, le decia : «Espérate.» Y dirigiéndose á la primera persona conocida que encontraba, le pedia la cantidad solicitada por el amigo, á quien la entregaba en el acto, constituyéndose deudor. Esta generosidad extremada era una de las causas del grande aprecio en que le tenian sus compañeros.

II.

El 12 de Marzo llegó á Barcelona el Baron de Meer, nombrado capitan general de Cataluña. Militar valiente y entendido, habia hecho la guerra en el Norte desde Octubre de 1833, desempeñando comisiones y cargos importantes, y habiendo ganado la faja en Mendigorría, y el segundo antorchado en la noche del 24 de Diciembre delante de Bilbao: precedíale, por consiguiente, una fama envidiable, y así por esto, como por su calidad de catalan [1], era vivamente deseada su presencia en la capital del Principado.

Al dia siguiente de su llegada, el Baron publicó una proclama, en la que decia: que no hubiera aceptado el difícil y delicado mando de aquella capitanía general, si no supiese que podia contar con la franca y leal cooperacion de todas las autoridades constituidas, y con la buena fé y amor al órden público de que creia animada la gran mayoría de los ciudadanos. Sin embargo de que su intencion era que todo se dispusiese por el órden legal en cuanto fuera posible, visto el incremento que habian tomado las facciones, y deseoso de cimentar sobre bases sólidas la seguridad pública y la tranquilidad de Barcelona, habia decidido que continuase por entonces *el estado excepcional,* reasumiendo él todas las facultades en el órden político, y reservándose extender igual medida á los demás puntos del Principado segun las circunstancias lo fuesen exigiendo; "pero esto no impedirá, añadia, que las demás autoridades continúen en el ejercicio de sus atribuciones en cuanto conduzca á la felicidad pública, único objeto á que se dirigen mis deseos." Aseguraba que estas disposiciones de ningun modo perjudicarian á los hombres de bien, á los liberales de buena fé; pero que no guardaria contemplacion con los díscolos, ni con los enemigos disfrazados del sistema representativo, cuyas maquinaciones sabria repeler, valiéndose de la autoridad que le daban las leyes y la energía de su carácter.

Conocia el general perfectamente la situacion: no así los hombres, que necesitaba estudiar, desentrañando las causas á que debian atribuirse los frecuentes sacudimientos políticos que se repetian en algunas poblaciones y especialmente en Barce-

[1] D. Ramon de Meer habia nacido en Barcelona el 11 de Enero de 1787.

lona, é inquiriendo la relacion que tenian con estos sucesos los reveses sufridos por las tropas constitucionales y el incremento de las fuerzas carlistas, á fin de excogitar los medios de cortar de raiz ó moderar al menos las calamidades que unos y otros producian. Con tales propósitos, y el de conocer y mejorar la organizacion del ejército, cuya disciplina se hallaba notablemente relajada, exponiendo á los pueblos de la montaña á grandes vejaciones y tropelías, que irritaban los ánimos y enajenaban las voluntades, detúvose el Baron en la capital más tiempo del que acaso conviniera; pues entre tanto las facciones se aprovechaban de la inaccion en que permanecian las operaciones militares.

Acusóse á Meer por esta detencion del desarrollo que tomó la guerra, y él echaba la culpa á la anarquía; pero ambas cosas tenian otro orígen: la verdad es que, tanto en Cataluña, como en las provincias Vascongadas, y en Madrid, y dentro del Palacio real habia muchos que, con nombre y capa de liberales, conspiraban á favor de Don Cárlos, como iremos viendo, y promovian la indisciplina y la traicion en el ejército, á la vez que utilizaban, si no encendian, la agitacion de las masas exaltadas, tan fáciles de sublevarse, como incapaces de conocer sus verdaderos intereses.

Los carlistas tenian fundadas esperanzas de que, antes de mediar el año de 1837, su rey se sentaria en el trono de España, ó por lo menos, se efectuaria una tran-transaccion favorable á su causa, y contaban para ello con la anarquía y con la cooperacion de la reina Cristina y su partido.

En Barcelona se comprendia algo de esto; y hé aquí el motivo del ódio profundo con que se miraban exaltados y moderados: la propension de los primeros al desórden afirmaban más y más á los segundos en su furor reaccionario, y unos y otros con sus discordias ayudaban á la causa del absolutismo.

El Baron de Meer se vió al fin obligado á salir á campaña. En la noche del 20 al 21 de Abril fué sorprendida Solsona por los secuaces de Tristany, á quienes dió entrada un centinela comprado por los familiares del Obispo, facilitándoles la ocasion de apoderarse del palacio episcopal, que servia de casa fuerte. Los individuos de la guardia que pudieron escaparse, difundieron la alarma por la ciudad, y reuniéndose al momento la escasa guarnicion que habia de tropa bisoña y nacionales, resolvieron los jefes atacar al palacio para recobrarlo. No era fácil empresa, y tanto menos, cuanto que por momentos iban llegando masas considerables de enemigos á los alrededores de la plaza, y secundados por los de dentro, se habian hecho dueños de una de sus puertas. En tal conflicto, los defensores de Solsona se apresuraron á for-

tificar un convento, proveyéndolo de víveres con ayuda de los ancianos, mujeres y niños de los liberales, resueltos á sostenerse en él hasta el último trance.

No tardó en presentarse el mismo Tristany á la cabeza de una hueste numerosa, y creyéndose ya en posesion de la ciudad, avanzó por las calles hasta llegar á las inmediaciones del convento que ocupaban los liberales. Trabóse al punto una obstinada lucha: intentan los carlistas el asalto del edificio; pero son rechazados con pérdida de 32 muertos y muchos heridos, viéndose obligados á retirarse, para volver despues con mayores brios á combatir el improvisado fuerte, contra el cual dispararon noventa cañonazos.

Cuando supo el Baron de Meer la situacion de Solsona, y que acudian sobre ella casi todas las fuerzas carlistas de Cataluña, corrió á su socorro, enviando desde Torá, en la mañana del 30, la vanguardia al mando del coronel Clemente, mientras aguardaba que se le reuniese la brigada de Niubó, y disponia que la de Aspiroz forzase marchas hácia Cardona. Clemente avanzó hasta cerca de Solsona combatiendo y arrollando á los carlistas, que le atacaron en varias posiciones, y particularmente en las alturas de Peracamps; pero Aspiroz no recibió la órden del general en jefe, y Niubó pereció en una celada el 1.° de Mayo, sufriendo su columna el más completo desastre. Habia sido vendido por el jefe de su plana mayor D. Ramon Salviá, que estaba en inteligencia con Tristany. Royo y Castells cogieron de sorpresa entre dos fuegos la brigada que mandaba aquel bravo coronel, matándole 26 oficiales y más de 300 hombres: solo un número igual al de los muertos pudo salvarse, rindiéndose los demás y quedando todo el tren de equipajes en poder de los carlistas [1].

Entre tanto, el baron de Meer habia avanzado hasta el puerto de Llobera con 2,400 hombres, arrostrando los contínuos ataques de sus enemigos, y aunque los contratiempos sufridos le colocaban en una situacion muy crítica, en la madrugada del 2 prosiguió su marcha, resuelto á abrirse paso á la bayoneta; y sin cesar de ser hostilizado de flanco y de retaguardia, llegó al frente de Solsona, cuyos heróicos defensores llevaban doce dias de sitio y de crueles privaciones. Allí se encontraron los dos ejércitos; jugó la artillería; el coronel Clemente, con los granaderos de Oporto, hizo prodigios de valor, y el coronel D. Manuel Pavía, ayudante del general, cargando bizarramente con la caballería, decidió la accion. Tristany evacuó entonces á

[1] El traidor Salviá se pasó á la faccion en el acto del combate; luego marchó á Francia, y más tarde fué cogido y fusilado en Barcelona. El parte de este triunfo fué dado por D. Blas Maria Royo, desde el campo del honor sobre Sanahuja, en 1.° de Mayo.

Solsona, y el Baron la ocupó á las siete de la mañana. Poco despues la recobraron los carlistas, estableciendo allí su junta de gobierno.

Solsona padeció horriblemente durante aquel sitio: más de cien casas fueron incendiadas por unos y otros combatientes. Las Córtes decretaron que sus defensores habian merecido bien de la patria, y que el Gobierno cuidase de indemnizarles los perjuicios que habian sufrido.

Mientras el Baron de Meer exponia su vida por la causa liberal, y se preparaba á limpiar de facciones el territorio comprendido entre Manresa, Cervera y Lérida, restituyendo á los pueblos la tranquilidad y la confianza, en Reus y Barcelona se perturbaba el órden público.

Lo de Barcelona fué muy grave. "Desde los acontecimientos de 13 y 14 de Enero, dice un escritor local, parecia que un velo sombrío estaba tendido sobre la ciudad. Vivian las familias en alarmante zozobra; el ódio político cegaba á los mismos que tenian alma generosa; individuos de una misma familia se miraban con saña y rencor por pertenecer á distintos bandos...„ "Apelando á toda clase de epítetos injuriosos para insultarse y deprimirse, los moderados llamaban á sus contrarios *exaltados, atolondrados, bullangueros, descamisados, miserables, republicanos y anarquistas;* y estos se vengaban apellidando á aquellos *estatutistas, aristócratas, justimedistas, retrógrados, cangrejos, maduros, podridos,* y *absolutistas* [1].„

En Marzo se habian manifestado síntomas de agitacion popular, con motivo del desarme de un batallon de la Milicia. En Abril, los mismos exaltados tuvieron que denunciar por medio de un aviso impreso cierto plan de alboroto, que debia estallar en el Teatro, y que, segun decian, era cosa preparada por los *estatutistas,* á fin de tener un pretexto para perseguir á los liberales.

"No cabe duda, dice el autor antes citado, que en Barcelona habia un club reaccionario, empeñado en poner trabas al progreso, y en desvirtuar á los constitucionales, haciendo ver que solo querian trastornos para entregarse al robo y al pillaje.„ Calumnia atroz, que nada ni nadie ha podido justificar en ninguna de las turbulencias políticas por que ha pasado dicha ciudad. Lo singular es que aquel club era el verdadero causante de los trastornos; y lo extraño es que, gobernando en España un ministerio progresista, Barcelona se hallaba en plena dominacion moderada, ó por mejor decir, absolutista; imperando el estado de sitio con todos los abusos á que da lugar; funcionando la policía secreta y el espionaje; rigiendo la ciudad el

[1] BALAGUER. *Historia de Cataluña.* Tomo V,

Ayuntamiento del tiempo del Estatuto por disposicion arbitraria de la autoridad militar, á quien, sin embargo, combatian y satirizaban los moderados por medio de sus periódicos, no perdiendo ocasion de insultar y provocar á los exaltados.

El Gobierno, queriendo poner término á la situacion anómala en que Barcelona se encontraba, habia dispuesto, que cesase el estado excepcional, y que se procediese á elegir un nuevo ayuntamiento y á la reorganizacion de los disueltos batallones de la Milicia; pero el partido retrógrado halló medios para demorar el cumplimiento de estas disposiciones, y cuando se anunció su inmediata realizacion, no siendo ya posible pasar por otro punto, entónces sobrevino el movimiento insurreccional del 4 de Mayo. No podia ser más inoportuno. El autor de *Las Bullangas de Barcelona* denomina equivocadamente *reaccionarios* á los insurgentes de aquel dia: no hay duda que, equivocándose, acertaba.

Serian las cuatro de la mañana cuando aparecieron en la plaza de San Jaime algunos grupos de hombres embozados en mantas, los cuales, sorprendiendo la guardia de las Casas Consistoriales, se apoderaron de este edificio y del palacio de la Diputacion. Engrosándose por momentos el número de los amotinados, tomaron todas las avenidas de la plaza, levantaron formidables barricadas en un extenso circuito, que al cabo de pocas horas, quedó transformado en una verdadera fortaleza. Iban acudiendo, entre tanto, los nacionales de los batallones desarmados; pero se encontraban sin jefes por haber faltado, al parecer, los que estaban comprometidos para ponerse al frente del movimiento; y en esta situacion tomó el mando de los sublevados D. Ramon Xaudaró, persona de poco prestigio entre ellos, y tenido por algunos en el concepto de aventurero sin principios. "Muchos se contaron perdidos, dice el autor de *Las Bullangas;* los que deseaban coadyuvar, tambien se resfriaron, porque imaginaban que aquel hombre puesto al frente iba á perderlos."

Xaudaró, sin embargo, se portó muy dignamente en aquellas circunstancias: sus primeras disposiciones fueron colocar una guardia en el aposento donde estaban los fondos del Comun para atender á la seguridad de los mismos, y hacer que saliese de la plaza una columna tocando generala, para recorrer los cuarteles de nacionales é incitar á estos á secundar el alzamiento. Habia entre los sublevados agentes de sus contrarios, que les hacian creer en la seguridad del triunfo; y uno de estos agentes, el que más gritaba en la plaza de San Jaime, y el que más se movia repartiendo proclamas, salió con la columna, y persuadió á su jefe que debian dirigirse á Atarazanas en la confianza de que la guarnicion de aquel fuerte estaba dispuesta á pronunciarse.

Marchó, en efecto, la columna por la Rambla, y pasó por entre las tropas y otros cuerpos de la Milicia en ella tendidos, y seguida de un numeroso gentío dando vivas y aclamaciones. Así llegó hasta cerca de Atarazanas, donde se hallaban las autoridades, y formó en batalla en la acera de la derecha, dando frente á otra columna compuesta de nacionales y mozos de la escuadra. Nadie temia lo que sucedió. Al adelantarse el gobernador de la plaza á preguntar á los sublevados lo que querian, el agente que con ellos iba disparó al aire una pistola. En seguida se oyó la voz de *¡fuego!* y dos descargas sucesivas de los mozos de escuadra sembraron la muerte en las filas de los pronunciados, siendo víctimas de aquella alevosía algunas mujeres y niños. Gracias al cuerpo de lanceros nacionales no hubo que deplorar mayores desastres; pues habiéndoseles mandado cargar, lo hicieron con moderacion y protegiendo á los fugitivos. Estos corrieron en dispersion á reunirse en la plaza de San Jaime, contra la cual avanzaron luego las tropas y la Milicia no pronunciada.

Rotas las hostilidades, no cesó el fuego en todo aquel dia de sangre y luto para Barcelona, resistiendo con gran valor el ataque los sublevados, que no fueron vencidos: por la noche se capituló con ellos, conviniendo en que al dia siguiente saldrian con armas por la puerta de San Antonio, para marchar á combatir á la faccion. Sin embargo, al amanecer, habian desaparecido. El infeliz Xaudaró fué preso, y fusilado á las 24 horas delante de Atarazanas, despues de una simple informacion verbal. Otros sujetos fueron deportados y conducidos al castillo de Bellver en Mallorca. Desde aquel dia se recrudecieron las medidas de rigor; quedó restablecido el estado de sitio; se hicieron muchas prisiones por una simple delacion ó mera sospecha; imperó, en una palabra, la ley de la fuerza. Sin embargo, no volvió á turbarse la tranquilidad en mucho tiempo, habiendo servido estos deplorables acontecimientos para abrir los ojos á los barceloneses. El general Parreño, en una proclama publicada el dia 5, decia estas notables palabras:

"Un corto número de hombres alucinados se prestaron incautos á ejecutar planes de sedicion, *que ha concebido el carlismo, y procurado ejecutar por medio de sus agentes en esta populosa ciudad.* Promoviendo la anarquía en las ciudades fieles á nuestra inocente Reina y á la causa de la libertad, intentan abrir un camino de sangre al feroz despotismo...„

Imposible habria sido, sin embargo, la realizacion de estos planes, á no existir los elementos de discordia que dejamos indicados, y otras causas generales, capaces de producir aquellos disturbios. En las proclamas que circularon entre los insurrec-

tos el 4 de Mayo, se descubre el propósito de exacerbar las pasiones, aumentando la division de los liberales barceloneses, y procurando concitar los ánimos contra el Baron de Meer; y al mismo tiempo se hacen varias indicaciones, que revelan un conocimiento profundo de las intrigas que á la sazon se cruzaban entre las Córtes de Madrid y de Oñate. Una de estas proclamas, dirigida *al pueblo catalan,* estaba impresa indudablemente muchos dias antes: en ella se leen estos párrafos significativos:

"Catalanes: de la sangre que riega vuestros campos, de los sacrificios que tiempo hace haceis, debió nacer la libertad y el triunfo de la Constitucion y de Isabel II; pero, si no os pronunciais con energía, los traidores hacen que el premio de vuestra lealtad sea la infame esclavitud y el cetro de hierro del rebelde Cárlos V. — Echad una mirada no solamente sobre este desgraciado suelo, sino sobre toda España: riquezas inmensas se han agotado; pero la faccion está más que nunca en auge: millones de valientes han perecido *víctimas de traiciones encubiertas* y *de direcciones palaciegas;* pero un ejército brillante y numeroso se halla reducido á la inaccion *por la misteriosa fortuna* de una fuerza rebelde que no llega en número á la cuarta parte de aquel [1]."

..."En la capital de Cataluña, tiempo hace que una reunion de traidores ha usurpado el poder: en nombre de la ley ha vendido la libertad: el despotismo más inquisitorial reina, el liberal gime, el inocente está preso, los más valientes desarmados, los periódicos indecentemente vendidos á los inquisidores que persiguen hasta los pensamientos, y el carlismo impune y triunfante. En Barcelona, tranquilo el general, diciendo que arregla la Hacienda [2], y entre tanto los facciosos no nos dejan ni hacienda ni vida."

..."Los pérfidos enemigos de nuestros derechos os calumnian que quereis robar, que quereis anarquía ó república ó haceros independientes. Ahora ha llegado la ocasion de convencer al mundo y arrancarles la máscara. *Constitucion con el proyecto de reforma de las Córtes. Isabel II constitucional. Soberanía nacional. Ni Estatuto, ni faccion, ni traidores.*"—Este ha de ser el grito de todo buen catalan... [3]"

[1] En Cataluña, al menos, no era esto verdad. Las fuerzas carlistas se habian aumentado hasta unos 14,000 hombres: las liberales solo ascendian á 28,000 entre tropas de línea, francos, nacionales y partidas sueltas, debiendo cubrir la guarnicion de numerosas plazas y poblaciones importantes, lo cual reducia á menos de la mitad la fuerza disponible para el servicio de campaña.

[2] El general estaba en campaña hacia ocho dias, y acababa de salvar á Solsona, como hemos visto. De este pasaje inferimos que la proclama estaba ya impresa mucho antes.

[3] Nada prueba tanto la anómala situacion de Barcelona, y lo improcedente del movimiento del 4 de Mayo, como este grito

"*Catalanes, á las armas*: Esto no es una revolucion, es un pronunciamiento para sostener la ley y el trono, y vencer la traicion... Cada provincia de España haga lo mismo, y unidos todos, *quítese de la corte la semilla de la traicion,* que pierde las provincias y la Reina.„

En otra proclama, dirigida á los *Barceloneses,* se atacaba resueltamente al Baron de Meer, llamándole *el deseado de los aristócratas,* y suponiendo que no habia hecho lo que debia para salvar á Solsona. "Con meses de constancia y rios de sangre, decia, no resarciremos aun las pérdidas que los traidores nos han causado : en Solsona han engrosado la faccion con un somaten general, y varios curas y canónigos han acudido á la llamada al frente de nuevas gavillas. Al aspecto de tanto peligro, al ver derrotas y desgracias por todas partes, y confirmarse la noticia *de que D. Sebastian va á entrar á abrirse paso para Madrid,* al ser tan manifiesta la crísis de la libertad de España, los pérfidos caudillos de la sociedad liberticida... callan y no se alteran: nada les importa el triunfo de Don Cárlos... Ni una voz se oye contra la faccion. *¿ Estarán entendidos con ella?...* ¿ Qué disposiciones se han tomado contra la faccion desde que en Enero último usurpó el poder la sociedad de serviles estatutistas ? ¿ Cuándo se han cometido más tropelías y excesos que durante el mando de los que tienen siempre en la boca la ley y el órden, y en sus hechos la tiranía.„

Ya hemos visto el fruto que dieron de sí estas proclamas alarmantes, en que con tanta habilidad se barajaban los ódios locales con las protestas de honradez y las más legítimas aspiraciones de liberalismo ; los desastres del ejército con las inculpaciones á la primera autoridad militar, y con los tiros encubiertos al Gobierno y al mismo trono. Por todo comentario á estos escritos, diremos que no podian saber los exaltados barceloneses el plan de expedicion de Don Cárlos para abrirse paso hasta Madrid ; plan cuyos detalles ignoraba en aquellos momentos el jefe del ejército del Norte, no habiendo empezado á realizarse hasta el 15 de aquel mes.

III.

Con gran actividad continuó el Baron de Meer las operaciones militares contra

de guerra contra el *Estatuto*. ¿ Dónde estaba ya el Estatuto ? En aquellos momentos discutian las Córtes el proyecto de Constitucion que debia armonizar los principios y aspiraciones de los partidos liberales.

los carlistas catalanes, que no menos activos acometian audaces empresas en distintos puntos del territorio de su mando. El 12 de Mayo sorprendió Ibañez á San Quintin; pero allí acudió Aspiroz y le obligó á retirarse. Royo, con Tristany y Caballería intentaron apoderarse de Tremp; mas lo impidió el Baron batiéndoles; y al saber que Porredon tenia en grande aprieto á Vilanova de Meyá, envió al socorro de los nacionales que la defendian al coronel Clemente, que abriéndose paso con las armas, el dia 20, libró aquella poblacion de un inminente desastre, cuando ya los facciosos habian comenzado á incendiarla.

El brigadier Ayerbe daba por este tiempo una batida por las montañas de su demarcacion, y despues de atacar al enemigo en Coll de Lilla, y de arrojarle sobre otra columna que le aguardaba, le hizo retroceder hasta encontrarse con el batallon franco de Rovira, que le dispersó completamente.

Cabrera ponia sitio por cuarta vez, el mismo dia 20, á la ciudad de Gandesa, que defendieron heróicamente 400 nacionales á las órdenes de su comandante D. Cayetano Arca. La plaza se sostuvo hasta fin de mes, resistiendo y rechazando cuantos ataques y asaltos dieron los carlistas, los cuales tuvieron por último que levantar el campo y retirarse ante la division del infatigable Nogueras. Gandesa mereció por su brillante defensa el título de *muy leal* y *muy heróica.*

Pero el gran acontecimiento que llamaba la atencion en aquellos dias era la expedicion llamada *real,* que acababa de salir de las Provincias Vascongadas. Don Cárlos, con un ejército de 12,000 infantes y 1,500 caballos, habia salido de Estella el 15 de Mayo, dirigiéndose á Cataluña por el alto Aragon. Antes de ocuparnos de este ruidoso acontecimiento, que tiene su historia secreta, debemos echar una rápida ojeada á los sucesos de la guerra en las provincias del Norte.

Cuando Espartero triunfó en Luchana, el general Sarsfield, que mandaba en Navarra, desde donde, á pesar de sus achaques, habia intentado acudir en ayuda de su compañero, propuso al Gobierno un plan de operaciones convergentes para caer sobre los carlistas y batirlos en el interior del país que dominaban, ocupar las plazas en que hasta entonces se habian considerado seguros, y dar así á la causa de Don Cárlos un golpe que la desacreditase en Europa, introduciendo el terror y el desconcierto en las filas de sus defensores. La ocasion era oportuna para tomar la ofensiva, y á nadie le parecia dudoso que el pensamiento de Sarsfield tendria un éxito completo; pues desalentados los carlistas con la pérdida de sus ilusiones en Bilbao, quebrantadas y bastante desorganizadas sus fuerzas, un ataque simul-

táneo y vigoroso, dirigido al centro de sus dominios en aquellos momentos, podia dar resultados decisivos para la terminacion de la guerra. Nada importaba que las huestes de Don Cárlos se viesen obligadas á penetrar en las provincias del interior de la Península; pues, en el concepto de Sarsfield, allí estaba su ruina, por faltarles las simpatías y los recursos que encontraban en el país vasco: así es que solia decir, tratándose de las expediciones carlistas. — "Puentes de plata en el Ebro, siempre que quieran pasar: luego, sobre ellos."

Aunque en Madrid no se pensaba así acerca de las expediciones, que infundian gran temor, el plan del virey de Navarra fué acogido con entusiasmo, y se comunicó á Espartero, que, sin aprobarlo en todas sus partes, lo aceptó, y secundó lealmente su ejecucion. Tardó mucho esta en realizarse por la falta de recursos, que eran muy escasos para invadir con grandes fuerzas el país enemigo; y hubo tiempo de que el proyecto se divulgase más de lo conveniente, y de que los carlistas se repusiesen de sus pasados descalabros.

En un momento convenido, Espartero debia marchar con su ejército desde Bilbao sobre Oñate; el general inglés Lacy-Evans caeria desde San Sebastian sobre las líneas de Hernani, al mismo que Sarsfield avanzase por Lecumberri con todas las fuerzas de Navarra.

Para cooperar á esta empresa, se mandó ir al Norte á las divisiones de Ribero y Narvaez, que habian estado persiguiendo á la faccion de Gomez en Andalucía; pero Narvaez, creyendo infundadamente que seria mal recibido por el conde de Luchana, y á causa de graves resentimientos que tenia con el general Alaix, no quiso continuar su marcha, pidió la licencia absoluta y se fué á Madrid [1].

[1] La política de partido hizo que el Gobierno incurriese en la grave falta de conferir á Narvaez facultades superiores á su categoría militar, cuando le confió la persecucion de Gomez, sujetando á sus órdenes otros brigadieres más antiguos y aun mariscales de campo: de aquí resultó que no hubiese unidad de accion en las operaciones, porque al mismo Narvaez le repugnaba imponerse á sus superiores, y estos no podian resignarse á ser mandados por un inferior. El Ministerio cometió nuevas faltas tratando inconsideradamente á Rodil y Alaix, y cuando este general tuvo que dejar el mando de su division, las tropas se insubordinaron, declarando resueltamente, y casi á la vista del enemigo, que no querian obedecer á Narvaez: algunas palabras duras de este irritaron á los oficiales, que le quisieron matar. De aquí la enemistad de los dos jefes. El jóven brigadier representó á la Reina contra Alaix y su division en términos inconvenientes, y como no se le diese al punto la satisfaccion que pedia, se negó á ir al Norte, y con pasaporte que le dió Ribero, marchó á Madrid.

«En la llegada de Narvaez á la capital, dice Burgos, vió el ministro de la Guerra la censura de sus contemporizaciones, y pensando que podria continuar en ellas con solo desarmar al jefe ofendido, le envió el diploma de la gran cruz de Isabel la Católica. Rehusóla él, é insistiendo sobre su licencia absoluta, el Ministro le mandó salir de Madrid en 24 horas; y como á ello se resistiera Narvaez, dando por motivo el mal estado de su salud, se le trasladó con escolta á Cuenca, para ser allí juz-

Vencidas, las dificultades, y concertado el plan de operaciones entre los tres generales, el 10 de Marzo se movió Evans sobre Hernani, sostuvo con vigor varios encuentros con el enemigo, llevando en ellos la mejor parte, hasta el 15, que, acudiendo con tropas de refresco el infante D. Sebastian, recien nombrado general en jefe del ejército carlista, derrotó al liberal en Oriamendi. Sarsfield salió de Pamplona el 11 con las fuerzas de su mando; pero combatido al dia siguiente por un furioso temporal, tuvo que retroceder. Espartero emprendió la marcha el 10 por la mañana, y el 12 por la noche entró en Durango, despues de sostener reñidos combates en que fué herido; fortificó y guarneció aquella plaza, y el 16 avanzó hasta Elorrío. Cuando supo la derrota de Evans, tuvo que volverse á Bilbao, ejecutando una de las retiradas más brillantes bajo los contínuos fuegos del enemigo y con un temporal deshecho.

El plan en que tantas esperanzas se fundaban habia fracasado; y los carlistas se envalentonaron, adquiriendo su general Zaratiegui gran preponderancia por la parte de Navarra.

Entre tanto, el Gobierno recibió avisos de que los carlistas proyectaban una incursion á Castilla con doce batallones y mil caballos al mando de Urbiztondo; y temiendo que, de realizarse, los resultados serian funestos, por hallarse desguarnecidas las provincias del interior, previno á Espartero que estuviese á la mira para impedir aquella expedicion.

Dejando en Bilbao las tropas necesarias para su defensa, dispuso el Conde de Luchana reforzar el ejército de Navarra con el objeto de emprender de nuevo las operaciones combinadas, á fin de cerrar á los carlistas la comunicacion con Francia, de donde recibian toda clase de recursos; dió las órdenes convenientes para que unos doce batallones con la legion portuguesa marchasen á impedir el paso de cualquier cuerpo expedicionario, y con las fuerzas restantes se trasladó por mar á San Sebastian á fines de Abril.

Este nuevo plan dió por resultado la ocupacion de las líneas de Hernani, de Oyarzun, Irun y Fuenterrabía por el ejército liberal, en los dias 14 á 18 de Mayo, á costa

gado por un consejo de guerra. Envió luego una circular á los periódicos, en la que, aludiendo á la manera con que en las Córtes se habia explicado sobre su conducta el Ministro, decia, dejándose llevar de la pasion:

«*Mintió S. E. baja y cobardemente, y condújose además como villano, queriendo deshonrar á un ausente y á un preso; pues sabria el Señor Rodriguez Vera, al saber algo propio de un caballero, que el honor del preso debe respetarse... Mintió en el Congreso nacional, y faltó á sus deberes como ministro y como caballero.*»

Estos eran los primeros amargos frutos que habia de dar la intrusion del militarismo en la política.

de serios combates. La necesidad de poner en buen estado de defensa estas plazas, detuvo á Espartero, que á fines del mes marchó con direccion á Navarra, proponiéndose estorbar la expedicion carlista: era ya tarde, y solo podia pensarse en perseguirla. En el puente de Andoain se trabó un sangriento y obstinado combate, donde perdió la vida el bizarro general D. Manuel Gurrea, que tanto se habia distinguido en Cataluña. Ocupado aquel pueblo á costa de mucha sangre, continuó el ejército su marcha, abriéndose paso, por decirlo así, á través de las bayonetas enemigas, y al cabo de cinco dias llegó á Pamplona, despues de haber sostenido cuatro acciones de guerra, y sufrido las mayores penalidades.

IV.

Mientras Espartero tomaba posesion de Hernani, el infante D. Sebastian, que habia concentrado sus fuerzas hácia aquel punto al verle amenazado, contramarchaba rápidamente dirigiéndose á Estella, donde le aguardaba D. Cárlos con toda su corte. Allí se habia decidido repentinamente la famosa expedicion, que hacia ya mucho tiempo se proyectaba, y que por fin salió el 15 de Mayo, segun hemos indicado.

No se concibe que D. Cárlos abandonase las provincias Vascongadas para lanzarse á correr aventuras por España, á no tener para ello motivos muy poderosos; tanto menos cuanto que entre sus mismos cortesanos y generales eran muy diversos los pareceres acerca de la conveniencia ó inconveniencia de estas correrías [1]. En

[1] Existian profundas desavenencias y rivalidades entre los carlistas, no menos que entre los liberales, hallándose divididos en absolutistas furibundos y templados, intransigentes y transaccionistas, que disentian en los principios, en los medios y en los fines, aparte de la guerra que se hacian unos á otros por motivos puramente personales. El cuartel real y el cuartel general estaban por lo comun en oposicion entre sí. «Las expediciones, dice el ilustrado jefe de E. M. carlista D. Manuel Lassala, continuaban siendo un manantial de proyectos, y tambien la causa de imponentes desavenencias: respetables generales las reprobaban, y la experiencia venia á justificar su opinion: proteger las fuerzas de Cataluña y Aragon, y romper las líneas que cerraban las Provincias, era el plan más acertado, y esto secundado por medidas políticas necesarias: pero los visionarios de la corte clamaban con encubierta y maliciosa intencion, que no se querian expediciones para eternizar así la guerra, para dar fin con las Provincias y para evitar el triunfo completo y absoluto de D. Cárlos, que se decia no era querido de algunos, y en lo que se suponia trabajaban siempre los masones, atribuyendo los malos resultados de las efectuadas expediciones, en unas á los errores de sus jefes, y en otras á la falta de sangre y exterminio, que era su único camino de victoria..... En el cuartel de D. Sebastian se manifestaban Villareal, Elío y otros cada vez más enemistados contra Moreno; y este, aunque aislado, les era superior por sus influencias con D. Cárlos: así de todas partes se iban robusteciendo la desunion y los partidos, que en más adelantados tiempos habian de influir en los destinos de la causa carlista.»

efecto, D. Cárlos no marchaba al acaso y á probar fortuna, por más que le cegase bastante la confianza en la adhesion de los españoles á su persona. Grandes eran, sin duda, las ilusiones que le habian hecho concebir sobre este particular, suponiendo que á su paso los pueblos se alzarian en masa para llevarle en triunfo hasta Madrid, punto objetivo de la expedicion; pero seguramente no la habria emprendido, á no creer que se le abririan las puertas de la capital en cuanto se presentase delante de sus muros.

Don Cárlos marchó de Estella en la conviccion de que no necesitaria volver á las Provincias para reinar; y esto mismo pensaban muchos de los que le seguian, aunque algunos, más avisados, y á quienes se tachaba de tíbios ó poco adictos, desconfiaban de semejante presuncion. Tan seguro se consideraba el triunfo inmediato de Don Cárlos, que se dió órden de acompañarle á los ministerios con todo su cargamento de papeles y engorros, asi como tambien á la muchedumbre de empleados, eclesiásticos y seglares, algunos viejos y achacosos; y espontáneamente se unió á la expedicion gran número de gente advenediza, hombres y mujeres, que probablemente creian ir á una nueva tierra de promision. "De este modo y con tales elementos, dice oportunamente un escritor, se puso en marcha aquella muchedumbre, esperando, cual el pueblo de Israel, el maná que los habia de sustentar y la nube que los habia de conducir, y sin pensar en los enfermos, en los heridos, en los rezagados y en las demás bajas que iban á tener."

El fundamento de tantas ilusiones y locas esperanzas era una intriga, cuyos hilos estaban principalmente en Madrid, Nápoles, París, y en la corte de D. Cárlos.

Mucho tiempo antes de los sucesos de la Granja de 1836, la reina Cristina, *que nunca pensó en dar á España un régimen liberal* [1], de acuerdo con sus ministros moderados, con algunos próceres y otros personages y militares de alta graduacion, habia hecho proposiciones de transaccion á Don Cárlos, sobre la base de que el primogénito de este se casase con la princesa Isabel. Estas proposiciones fueron reproducidas últimamente, por conducto de Córdoba, cuando este general estuvo en Madrid despues de las jornadas de Arlaban, y tuvieron conocimiento de ellas el conde de Alcudia, representante de Don Cárlos en Viena, el príncipe de Metternich, el Embajador de España en Paris, los Rotschild de ambas capitales, el conde de Montali-

[1] Lo prueban superabundantemente los muchos documentos emanados de esta Señora desde 1833, que hemos ido extractando, y en los que solo el optimismo de los liberales pudo ver otra cosa; pues muchas de las declaraciones hechas en ellos son demasiado explícitas y terminantes para desconocer su significacion.

vet, ministro de Luis Felipe, y otras personas. A consecuencia de esto, el general carlista Villareal habia intentado atacar y tomar á Zaragoza, obrando en combinacion con Cabrera, para que Don Cárlos fijase allí su residencia, y se llegó á proponer al citado banquero de Paris que, siguiendo el ejemplo de la Reina viuda, se entendiese con el Pretendiente y le ofreciese su caja [1].

Los acontecimientos de la Granja dieron un carácter más marcado á las negociaciones secretas. Ofendida la reina Cristina por los supuestos desacatos que ciertamente no se habian cometido contra su persona, y creyendo sin fundamento que peligraba el trono de su hija, antes que echarse de buena fe en los brazos de los liberales, que por ella estaban derramando su sangre, prefirió hacer alianza con Don Cárlos. Instigada, segun parece, por la infanta Doña Luisa Carlota, y por otras personas de su intimidad, cuando el marqués de Lagrua, que pasaba en Madrid como encargado del archivo de la legacion de Nápoles, se hizo sospechoso al Ministerio Calatrava y recibió sus pasaportes, Cristina *entregó secretamente* á dicho marqués *una carta autógrafa,* en la cual, por la mediacion de su hermano y de su madre, declaraba: "que se echaria en los brazos de Don Cárlos, solo con la condicion de que "el primogénito de este se casase con su hija, y que fuesen perdonadas las personas "que por ella se habian comprometido, para lo cual daria una lista.„

Llegado á Nápoles el marqués, combinóse brevemente *el plan de dirigir á Don Cárlos la proposicion de Cristina,* dice un biógrafo de esta [2]. Su madre y su hermano, cuyas ideas se plegaban fácilmente á estos planes, mirando como suya la causa que se ponia en sus manos por una persona tan allegada y querida, y *á la cual creian ellos víctima de los furores revolucionarios*, no tardaron en dar curso á estas gestiones. Al poco tiempo presentóse ya en el cuartel de Don Cárlos el baron de Milanges, caballerizo del duque de Burdeos, con el supuesto nombre de Mr. Neuillet, y acompañado de Mr. Meyer, cónsul de Nápoles en Burdeos y agente de Don Cárlos, con la comision del rey napolitano de hacer presente á aquel *las proposiciones de la madre de Isabel II.* Poco antes de esto, Mr. Meyer habia estado en Madrid, donde conferenció con Cristina, pasando de allí á hacerlo con su cuñado.

Durante estas negociaciones, era tal la creencia en las cortes extranjeras de que Cristina se retiraba de los liberales, que Luis Felipe envió un embajador á Madrid con el encargo de no separarse de la residencia de aquella, para protegerla y á sus

[1] Comunicaciones cifradas del Conde de Alcudia de 15 y 19 de Julio de 1836.

[2] *Biografía de Doña María Cristina de Borbon. Galería militar contemporánea.* Tomo I.

hijas en el caso probable de que cayeran en poder de los carlistas. A propósito de esto, Don Pedro Gomez Labrador, secretario de D. Sebastian, oficiaba desde Paris en 23 de Octubre, diciendo entre otras cosas: "Luis Felipe no ha dado á su agente en Madrid el carácter de embajador, sino con la mira de que sea más respetado, y que pueda proteger más eficazmente á la Reina viuda y ayudarle á salir de España y venir á Francia, que es el principal encargo y primera instruccion que ha llevado el embajador francés... Con relacion á la misma persona, puedo asegurar que Luis Felipe desea con vivas ansias que las tropas de S. M. (Don Cárlos) se pongan en fin en movimiento, lo que bastaria para acabar con el ridículo y caduco gobierno de Madrid, y Luis Felipe se hallaria desembarazado de la pesada carga de la Cuádruple-Alianza, del gasto de un numeroso cuerpo de tropas en la frontera de España, y del temor de que el ejército francés siga el mal ejemplo dado en la Granja."

En 2 de Diciembre, reunió D. Cárlos bajo su presidencia el Consejo de Estado, compuesto de los señores Obispo de Leon, Erro y Aznar, para tratar de las proposiciones presentadas por el enviado del rey de Nápoles; y eludiendo todo compromiso en lo del casamiento, se acordó contestar; "que S. M. olvidaba los pesares y disgustos que la Reina viuda le habia causado, para acordarse solo *de su situacion, de su arrepentimiento, etc.;* y que estaba *dispuesto á favorecer su evasion....* para lo cual daria las órdenes convenientes á los generales que operasen en las inmediaciones de Madrid, á fin de que la auxiliasen, acogiéndola con sus hijas y comitiva, y procurasen salvarla conduciéndola á la presencia del Rey."—Para enterar á la Reina de estas benévolas disposiciones, y saber asimismo cuales eran los medios que pudiera tener para llevar á cabo la empresa que meditaba, debia comisionarse una persona de toda confianza que fuese á Madrid, no solo á recibir instrucciones, sino tambien á comunicar las medidas que se tomasen para facilitar el proyecto [1].

A este fin fueron comisionados los señores Milanges y Meyer, los cuales, á principios de 1837, se dirigieron por Marsella á Valencia, á cuyo punto iban recomendados por el conde de Rotová á la baronesa de Andía, y pasando luego á Madrid, se presentaron á Doña María Cristina por la mediacion del marqués de Casa-Gaviria, que les proporcionó la entrevista [2].

Resultado de estas negociaciones fué la resolucion de D. Cárlos de marchar con su ejército á Madrid, contribuyendo á decidirle, por una parte, los deseos mucho an-

[1] Véase la parte del Acta correspondiente á este asunto en el documento n.° 9.

[2] *Biografía de Doña María Cristina,* ya citada.

tes manifestados por sus partidarios de tentar un movimiento general al centro de la monarquía, en la confianza de que las potencias del Norte le reconocerian en cuanto firmase un decreto dentro de la capital, y por otra, el riesgo de un desastre en que le ponia Espartero con su último plan de operaciones.

Conocidos estos precedentes, sigamos á la expedicion en su azarosa marcha.

V.

Sin rumbo fijo, sin dinero ni víveres, con escasas municiones emprendió su excursion el ejército expedicionario de D. Cárlos, que indudablemente lo esperaba todo de la Providencia y del amor de sus vasallos: á los dos dias pasaron el Arga las tropas y el numeroso acompañamiento de cortesanos, empleados, eclesiásticos y gente ordinaria; y contra el parecer del jefe de E. M. general Moreno y de otros caudillos, prevaleciendo el dictámen del bando clerical, se resolvió marchar por Aragon, Cataluña y Valencia, contando con el apoyo de las fuerzas carlistas que operaban en estas comarcas.

El dia 20 de Mayo pasó el ejército el rio Aragon, y D. Cárlos publicó en Gallipienzo sendas alocuciones dirigidas *á los fidelísimos habitantes de Navarra, de Alava, y de Vizcaya, y á los voluntarios,* presentándose como un vencedor, que iba á recoger el fruto de su victoria, y á libertar á España del yugo de la usurpacion y de la tiranía. En la primera decia, entre otras cosas, á los pueblos vascongados y navarros: "En este corto recinto, con tan débiles recursos, pero con el auxilio de Dios y de la "Vírgen, nuestra generalísima, habeis superado la gloria de vuestros abuelos.... "Aquí ha sucumbido la soberbia y altivez de la revolucion impía; aquí ha manifes- "tado su impotencia, y consumado su descrédito;.... aquí un escaso número de vo- "luntarios *ha hecho desaparecer, como el humo, ejércitos que contaban en sus filas la hez "de la Europa entera....* Pero la usurpacion, reducida hoy á ver encerradas cobarde- "mente sus hordas donde puedan evitar ser batidas, pugnando consigo misma entre "la confusion y las convulsiones de la muerte, desahoga su saña, multiplicando ex- "cesos y crímenes sobre los pueblos comprimidos por la violencia, y *que claman á "gritos por sus libertadores.* Mi paternal corazon no puede ser indiferente á sus la-

"mentos: salvar á la nacion es nuestro comun objeto en esta lucha: ha llegado la "hora, y marcho al frente de mi valiente ejército, con vosotros mismos, á reali- "zarlo."

A los voluntarios les decia, que "marchaba con ellos á terminar los males de la patria, porque habia llegado el momento de arrancarla de su esclavitud, del caos de horror y de ignominia en que la usurpacion la habia tenido..." — "El éxito no es "dudoso, añadia: un solo esfuerzo, y España es libre. Voluntarios: invoquemos el "divino auxilio de vuestra poderosa generalísima, cuyo estandarte sigo: confiad en "su proteccion, y en la *del glorioso patron que humilló la bárbara fuerza agarena, harto "más imponente, aunque menos impía que la de vuestros despreciables enemigos.*"

Don Sebastian, como general en jefe del ejército, dirigió tambien á este una alocucion en el mismo sentido que las otras, aunque no tan hiperbólica, pero más militar.

Pudo lisonjearse Don Cárlos, en los primeros dias de su expedicion, de que esta seria una contínua marcha triunfal. Las tropas, mal calzadas y peor mantenidas, le seguian contentas, y los pueblos le recibian con repiques de campanas, iluminaciones y fiestas. Sin encontrar oposicion en parte alguna, el dia 24 entró en Huesca, donde la recepcion no fué ya tan lisonjera: hubo, sin embargo, algunos vítores, y se cantó un *Te-Deum*. La corte ambulante se hospedó en el palacio episcopal, y — ¡cosa notable! — deseando el Obispo ver á Don Cárlos, queria que este pasase á su cuarto; pero el príncipe no accedió á ello, y en tres dias que allí estuvo alojado, no se vieron.

La marcha incierta de la expedicion desorientó á los jefes de las tropas destinadas por Espartero á vigilarla y perseguirla. Los generales Iribarren y D. José Clemente de Buerens, que tenian órdenes de estar á la mira, partieron inmediatamente á cubrir los pasos del Ebro. Despues de mucho andar, alcanzó Iribarren á la faccion en Huesca, á las dos de la tarde del 24, y atacándola con denuedo, le fué adversa la fortuna. En aquellos campos, regados el dia antes, la caballería liberal se atascó, hundiéndose los caballos hasta los pechos. El brigadier Leon, tio del célebre D. Diego, cargando al enemigo con temerario arrojo, al frente de un escuadron de coraceros de la Guardia, cayó muerto de un balazo, y el mismo Iribarren recibió una herida, de la que falleció al dia siguiente. Grandes pérdidas hubo de una y otra parte en aquella breve y sangrienta batalla, calculándose la de los liberales en cerca de dos mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros. La victoria fué de los

carlistas, que en vez de aprovecharla, persiguiendo á los fugitivos, descansaron sobre sus laureles, y el 27 marcharon á Barbastro, donde se hizo á D. Cárlos una recepcion entusiasta.

Entre tanto, el Gobierno habia prevenido al Baron de Meer y á D. Marcelino Oráa, que mandaba el ejército del Centro, para que acudiesen al encuentro de los expedicionarios. Sospechábase en Madrid que estos se proponian intentar un amago sobre las islas Baleares, con ayuda de alguna potencia extranjera. Oráa, desde Teruel, donde recibió el aviso, corrió en seguida á las márgenes del Cinca, donde se encontró con el Baron, y juntos acordaron los medios de hacer frente á los invasores.

El desastre de Huesca desconcertó los planes de Oráa, que contaba para atacar á los carlistas con las fuerzas destacadas del Norte, por ser escasas las que habia en Aragon y Cataluña. Sin embargo, interesado su honor, se decidió á dar un golpe atrevido. Con 12,400 infantes, organizados en tres divisiones, mandadas por el general Buerens y los brigadieres Conrad y Villapadierna, y 1,400 caballos á las órdenes del brigadier D. Diego Leon, se presentó Oráa, el 2 de Junio, delante de Barbastro. Las fuerzas de ambas partes se hallaban equilibradas: frente á frente unas de otras, á las doce del dia comenzó el movimiento de las líneas; la batalla, porfiada y sangrienta, duró hasta la noche, pereciendo en ella el brigadier Conrad por sostener la honra de la legion francesa, que algunas compañías comprometieran huyendo cobardemente. Los carlistas vencieron: sin embargo, el ejército liberal se retiró con órden, y Oráa pensó pasar la noche sobre el campo, aunque desistió de ello por la falta de agua y de municiones, y por evitar el peligro de un ataque nocturno.

La expedicion siguió su marcha, y en la noche del 4, se dispuso á pasar el Cinca por las barcas de Estada y Estadilla. Buerens corrió á impedirlo, llegando al amanecer del dia siguiente, cuando ya el grueso del ejército carlista pisaba la orilla izquierda del rio. Sin embargo, á pesar del vivísimo fuego que de aquella parte le hacian, atacó tan vigorosamente á la retaguardia, que le causó más de trescientas bajas: siete compañías carlistas se arrojaron al agua por no rendirse, y apoderándose los que pudieron de una barca, la hicieron zozobrar con su peso. Entonces acaeció un hecho más glorioso que todas las victorias teñidas en sangre. Al ver á los infelices náufragos, que luchaban con las olas; al oir sus lamentos y gritos pidiendo socorro, los soldados isabelinos dejaron las armas, y corrieron generosos á salvar á sus enemigos de una muerte segura, con exposicion de sus propias vidas.

El general, prendado de tan noble comportamiento, premió con la cruz de Isabel II á los que más se habian distinguido en esta humanitaria tarea [1].

Siguiendo siempre el consejo de los clérigos, contra el parecer de los generales, el ejército carlista continuó su peregrinacion por un país árido y miserable ; y pasando el Noguera Rivagorzana, entró en Cataluña el dia 7 ; descansó en Tartaren el 8, y el 10 se hallaba en Alós, donde hospedado D. Cárlos en casa del cura, no quiso probar el pan que le pusieron en la mesa, recordando que sus soldados no lo habian comido desde que salieron de Barbastro.

La hora de los desengaños habia sonado, en efecto, para aquellos valientes defensores del absolutismo teocrático : hambre á miseria, fatigas y privaciones , calamidades y desastres eran las glorias que les aguardaban en el territorio catalan. Su entusiasmo decaia visiblemente, y la insubordinacion cundia en sus filas á medida que avanzaban por aquel país, donde á un tiempo les acosaban la falta de víveres y la aproximacion del enemigo.

El dia 12 de Junio, este ejército hambriento y desesperado se encontró frente á frente con el del Baron de Meer en los campos de Grá. Eran los carlistas unos 15,000 hombres, comprendidos algunos batallones de catalanes que se les habian reunido. El Baron solo contaba con 11,500 combatientes de todas armas, incluso el refuerzo de dos divisiones del Norte y alguna caballería, que acababa de recibir. Apoyadas estas fuerzas en los puntos fortificados de Grá y Guisona, á las nueve de la mañana se rompió el fuego contra el centro de las posiciones carlistas, y por mucho tiempo estuvieron tiroteándose unos y otros inútilmente, hasta que el coronel D. Juan Zabala se decidió á tomar la ofensiva cargando con su caballería. Generalizada la accion, peleóse con furia por ambas partes : una valiente acometida de Van-Halen y Leon en toda la extension de la línea puso en derrota las ya diezmadas columnas carlistas, que en vano intentó rehacer el general Moreno. A las dos de la tarde, la suerte de las armas se declaraba por los liberales. Una hora despues, la derecha de sus contrarios era envuelta por la caballería , quedando casi todos prisioneros por aquella parte. La dispersion de los carlistas se hizo general, y aquellos voluntarios tan decididos y subordinados poco antes, huian gritando *¡ traicion !* y rebelándose contra sus jefes. Si el Baron de Meer hubiese querido perseguirlos, allí habria dado fin con la expedicion, y acaso cayera en su poder el mismo D. Cárlos.

[1] Memorias de Oráa.

Perdió este en Grá más de dos mil hombres: los restantes se le reunieron en Iborra y otros puntos, y con ellos se retiró á reparar en Solsona su desastre.

"La entrada en Solsona, dice un escritor, fué con toda ostentacion: llevóse á Don Cárlos bajo pálio, hubo *Te-Deum,* y concluido este, fué acompañado con D. Sebastian al palacio del Obispo, que le felicitó por su feliz llegada... Fué luego admitido á besar la mano el obispo de Lérida, las demás autoridades y corporaciones y varios particulares: salió D. Cárlos al balcon á presenciar el desfile de los batallones catalanes; hubo por la noche iluminacion, repique de campanas, y estuvieron los balcones con colgaduras [1]."

Entre tanto, las tropas carlistas, acampadas al raso, padecian la más espantosa miseria, y para no morirse de hambre, se entregaban al robo, al pillaje y á todos los excesos propios de tan cruel situacion.

El baron de Milanges, temeroso de un nuevo desastre acaso peor que el de Grá, y viendo el mal camino que llevaba la expedicion para ir á Madrid, tuvo que recordar á D. Cárlos, en Solsona, el famoso plan que traia entre manos; y se le contestó tranquilizándole con la seguridad de "que no habia sido posible hasta entonces poner en ejecucion la combinacion proyectada; pero que S. M. no por esto la habia abandonado, siendo este el fin de su salida de las Provincias."

El 19 de Junio se levantó el campamento de Solsona, decidido ya D. Cárlos á retirarse de Cataluña; y á fin de distraer al enemigo para que no embarazase la marcha de la expedicion, el general Moreno dispuso que Tristany, juntamente con la division castellana, intentasen un amago sobre Sampedor. Defendian este pueblo fortificado cien nacionales, que con un heroismo de que habrá pocos ejemplos, resistieron durante tres dias los frecuentes ataques y rechazaron el asalto de fuerzas inmensamente superiores. Los generales carlistas Villareal, Sanz y Urbiztondo se presentaron delante de Sampedor, y extrañando que este no fuese ya presa de los sitiadores, se encargó del mando el primero, y atacó resueltamente á los sitiados; pero

[1] El obispo de Solsona, en su felicitacion á D. Cárlos, le llamaba «el elegido por Dios para salvar á su pueblo, como otro David.» «Enseñadas y amaestradas sus manos para la guerra por el Dios de los ejércitos, decia, ha triunfado, con admiracion de la Europa, de las numerosas huestes de potencias, que parece haberse conjurado de consuno para hacer la guerra al mismo Dios.»

La junta de gobierno tambien felicitó á D. Cárlos en estos términos: — «Señor, el afecto de esta junta y el de todos los buenos catalanes habla mejor que las palabras. *Échese V. M. á desear*... propiedades, personas, vidas, todo, todo á V. M. lo presenta esta junta, identificada con los sentimientos del pueblo catalan... No nos arredrará, Señor, el más costoso sacrificio, siempre que se nos proporcione el alto honor de ofrecerlo al inmortal Cárlos V.»

tuvo que retroceder, habiendo sufrido la pérdida de más de setenta bajas, entre ellas las de un coronel, un capitan y un capellan muertos, y otro coronel herido.

Los carlistas se retiraron, pegando fuego antes á algunas casas, para reunirse con el grueso del ejército expedicionario, que emprendió su marcha el 22, en direccion al reino de Valencia. No se concibe cómo D. Cárlos pudo atravesar la mitad de Cataluña, hasta Cherta, donde le esperaba Cabrera para protejer su paso por el Ebro, sin que nadie se presentase á hostilizarle durante los seis dias que tardó en llegar á la fértil ribera de aquel rio. Cuéntase que el Baron de Meer, temiendo que los carlistas intentáran caer sobre Barcelona, concentró sus fuerzas hácia ella para protegerla, y entre tanto pasó la expedicion de noche por las faldas del Montserrat, descendió luego hasta Vallbona, y forzando marchas, dejando en el camino muchos rezagados, llegó el 27 á Margalef (distrito de Falset) donde concedió D. Cárlos á Urbiztondo el empleo de mariscal de campo, nombrándole jefe de las fuerzas del Pricipado.

El 28 de Junio avistaron por fin los expedicionarios las orillas del Ebro. Nogueras estaba en Mora, y debia obrar en combinacion con el brigadier Borso, que se hallaba en Tortosa para cerrar el paso á los carlistas; pero Cabrera, que en esta ocasion desplegó una actividad y un valor admirables, interceptó las comunicaciones entre los dos jefes liberales, batió á Borso, que se presentó solo en Cherta el 29, y mientras le perseguia hácia Tortosa, dejó libre el paso á la expedicion. Con justicia pudo Cabrera envanecerse de aquella jornada: loco de contento volvió á Cherta, y habiendo atravesado el rio, se presentó á D. Cárlos, que le aguardaba en la ribera de Tibenys, donde se embarcó en compañía de su jóven caudillo [1].

VI.

Durante los anteriores acontecimientos, las Córtes habian discutido y aprobado la nueva Constitucion política, de la cual solo debemos ocuparnos para recordar hasta qué punto llevó en ella el partido avanzado su espíritu de conciliacion, haciendo

[1] Segun relacion de un testigo ocular, citado por el Sr. Pirala, Cabrera se presentó á D. Cárlos vestido con una levita verde oscura desabrochada, pantalon blanco, pantuflas amarillas, una boina blanca en la cabeza, sin corbatin, y un látigo en la mano.

un supremo esfuerzo para lograr una avenencia patriótica, y cómo fué recibida por todas las fracciones más ó menos liberales. Nos apoyaremos simplemente en el testimonio de unos y otros, y en las declaraciones oficiales.

"En el trabajo de la comision, dice al biógrafo de Olózaga, dominó un principio y un sentimiento que honra mucho el carácter de los individuos que la componian: no trataron de hacer precisamente lo mejor, sino lo más aceptable á la generalidad, lo que pudiese reunir más simpatías á la causa liberal: corrigieron ó reformaron la Constitucion (de 1812), no tanto por los defectos que realmente tuviera, como por los que la prevencion, la antigua animosidad, el espíritu de escuela, tal vez la moda le achacaban. Ofendia la cámara única, y establecieron dos Cuerpos colegisladores; ofendia el veto limitado, y le hicieron absoluto; ofendia que las Córtes se reunieran en dia fijo sin convocatoria de la Corona, y que la duracion de las sesiones estuviese tambien fijada por la ley, y se dió al Trono la facultad de convocar, suspender y disolver; se habia procurado hacer caer el ridículo sobre la prohibicion de que el diputado recibiese gracia ni empleo alguno durante el tiempo de su encargo, y se contentaron con sujetarle á reeleccion, como se hacia en Inglaterra y Francia... Lo indudable es que, tanto los que propusieron, como el Congreso que aceptó, tuvieron la mira altamente patriótica de ensanchar cuanto fuese posible la familia liberal; quisieron que la revolucion triunfante respondiese á los que la calumniaban, olvidando veintitres años de injurias, y proclamando desde el poder la union de todos los que no fuesen absolutistas [1]."

Las declaraciones de los hombres del partido moderado confirman el juicio que acabamos de reproducir.

"Nacieron unas Córtes constituyentes (dice el Marqués de Miraflores, en sus *Memorias),* é hicieron la Constitucion de 1837... excitóse á jurarla y reconocerla á todos los que se hallaban fuera de España, presentándola *como enseña de reconciliacion,* y como punto de partida de una nueva era, cuya base se queria dar á entender, *habia de ser la terminacion de la revolucion política."*—Y en otro lugar añade: "Resolvíme, pues, á aceptar y jurar la Constitucion de 1837.... *Juréla por conviccion,* y jamás falté á mis juramentos, ni conspiré contra lo que habia jurado."

"Proseguida la obra de la nueva Constitucion (ha dicho Alcalá Galiano), llegando á ser aprobados sus artículos todos en las Córtes, dispúsose publicarla con solemnidad, *concurriendo á ello alegres los hombres de todos los partidos."*

[1] Fernandez de los Rios. Obra citada.

"Aquella Constitucion fué desde entonces la bandera del partido liberal, (escribe el autor de la *Historia del reinado de Doña Isabel II);* fué aceptada con sinceridad por todas las fracciones de este gran partido; *fué un vínculo de union y concordia entre vencedores y vencidos.*„

Así debió creerse al oir las solemnes manifestaciones y protestas hechas por la Reina gobernadora en el seno del Congreso nacional; pues aunque se las considerase inspiradas por los ministros, esto mismo realzaba la sinceridad y buena fé con que se queria poner término á las discordias políticas.

Señalado para la jura de la Constitucion el dia 18 de Junio, abrióse la sesion leyendo la aceptacion de la Reina, escrita de su puño y letra, que decia:

"Conforme con lo dispuesto en esta Constitucion, me adhiero á ella, y la acepto en nombre de mi augusta hija la reina Doña Isabel II.—*Maria Cristina, reina gobernadora.*„

Sentadas en el trono, la Reina niña á la derecha, y á la izquierda su madre, prestó esta sobre los Evangelios y en manos del Presidente de la Cámara el juramento de guardar y hacer guardar la Constitucion y las leyes, y concluido el de los diputados, leyó la Gobernadora un notable discurso que contenia estos períodos:

"Jurada esta por mí, y jurada tambien por vosotros, la nueva ley fundamental que dais á la monarquía.... Al proceder á la reforma de la ley política de Cádiz, ni habeis escuchado las sugestiones presuntuosas del espíritu de privilegio, ni atendido á las mal seguras ilusiones de una popularidad perniciosa.... En la sancion de las leyes y en la facultad de convocar y disolver las Córtes, *habeis dado á la prerogativa real cuanta fuerza necesita para mantener el órden.* Yo os dije, señores, al abrir estas Córtes, que nada os proponia ni aconsejaba como reina, nada os pedia como madre; porque confiaba en vuestra generosidad y sabiduría; todo lo esperaba de vosotros: *vuestra sabiduría y generosidad han ido más allá de mis más halagüeñas esperanzas, y han colmado todos mis deseos.*

"Fiel á este principio que me propuse entonces, mi primer cuidado ha sido que la reforma de la Constitucion lleve el sello exclusivo de la voluntad nacional. Así es que mi Gobierno se ha abstenido cuanto le ha sido posible de tomar parte en estos debates...

"He creido conveniente, sin embargo, manifestaros alguna vez la conformidad que en mí hallaban las disposiciones que íbais acordando, y esta manifestacion, hecha antes por medio de mis ministros, la he repetido, y la repito ahora por mí

misma con la mayor complacencia. *Aquí, entre vosotros, á la faz del cielo y de la tierra, declaro de nuevo mi espontánea adhesion y aceptacion libre y entera de las instituciones políticas que acabo de jurar á mi nombre y en presencia de mi augusta hija, que teneis delante, y cuyos sentimientos espero que no sean jamás diversos de los mios.*

"La Reina de las Españas, aunque en edad tan corta, debia asistir á este solemne acto... *Colocada en medio de la representacion nacional, amparada y defendida por la lealtad española, es como si estuviese en presencia de todo su pueblo, como si alzada fuera y proclamada en el antiguo escudo de los reyes sus antepasados.* Acostúmbrese desde ahora á vivir entre vosotros, á oir vuestros consejos, á penetrarse de vuestro bien, á procurarlo con todas las potencias de su alma. Ella es la heredera que el cielo concedió á los votos de los españoles: *ella es la alumna de la libertad,* educada á la sombra de sus leyes protectoras....

"Establecida así, *con el más perfecto acuerdo entre la Nacion y el Trono,* la ley fundamental de la monarquía, ningun motivo queda ya á la incertidumbre, ningun pretexto á la desunion. *Bandera de paz y de concordia,* sirva esta ley desde hoy en adelante á todos los españoles de insignia que les guie al bienestar á que aspiran y que tan justamente merecen; y viéndola tremolar sobre el solio de la Reina que defienden con tanto heroismo, *consideren este solio como el mejor cimiento de su libertad é independencia, como el pilar más firme de su gloria y prosperidad.*

....."Mientras subsista inalterable este concierto feliz entre las Córtes y la Corona, ni la agitacion de las pasiones, ni la alevosía de la intriga, ni la contraposicion de opiniones y de intereses, ni las vicisitudes mismas de la fortuna prevalecerán contra nosotros; y con la ayuda del Omnipotente, la legitimidad triunfa y España se salva.„

Poco tiempo despues, los jefes del partido moderado manifestaban su completa conformidad con el nuevo código político. Martinez de la Rosa declaró: "Que la Constitucion recien promulgada, no obstante ser obra de opiniones opuestas á las que él profesaba, contenia sus doctrinas en materia de gobierno;„ y Narvaez pronunció en pleno Parlamento estas palabras: "Abrese de una vez el camino á la Constitucion de 1837. *¡Traidor, cobarde sea quien no la respete, y resucite rencillas y rencores!*„

Los acontecimientos nos dirán el caso que debe hacerse en política de semejantes declaraciones y protestas. Con la Constitucion conciliadora de 1837 y sin ella, era imposible la paz y la armonía de los partidos, estando ya resuelta en la mente real la entrega del cetro á D. Cárlos antes que transigir con las instituciones liberales.

CAPÍTULO VII.

Anarquía militar

SUMARIO.—Triunfos de Urbiztondo en Cataluña.—Prim se distingue en San Miguel de Taradell, en San Felíu de Saserra y en Capsa-Costa. — Derrota de la expedicion *real* en Chiva. — Desastre de los cristinos en la Herrera, y ferocidad inaudita de los facciosos.—Expedicion de Zaratiegui.—Espartero en Madrid.—Motines militares.—Desagravio de la reina Cristina.—D. Cárlos á las puertas de Madrid.—De regreso á las Provincias, le derrota Espartero.

I.

Nombrado comandante general de las fuerzas carlistas en Cataluña D. Antonio de Urbiztondo, segun queda indicado en el capítulo anterior, apenas dejó á Don Cárlos próximo á pasar el Ebro, regresó hasta Solsona, recogiendo en el camino unos cuatrocientos rezagados de la famosa expedicion.

Proponíase Urbiztondo organizar y disciplinar las huestes catalanas, empresa en que se habian estrellado los esfuerzos de los demás jefes superiores, enviados al Principado con igual objeto; pero ante todo le convenia cimentar su reputacion entre los mismos carlistas, para hacerse respetar y obedecer; y contando con un ejército de 13,000 infantes y 300 caballos, aunque mal provistos de armas y municiones, formó en seguida su plan de campaña, que consistia en apoderarse de algunos puntos de la alta montaña, para establecer su línea de operaciones. El más importante de estos puntos era Berga, que hacia algun tiempo bloqueaba Castells con cuatro batallones. Acudió Urbiztondo en su ayuda con los rezagados de la expedicion y tres piezas de artillería, encargando á Tristany que se situase en Suria, y al Muchacho con cinco batallones en San Quirse de Besora, y previno á Zorrilla y al Ros de Eroles que observáran los movimientos del Baron de Meer.

El dia 11 de Julio se rompió el fuego de cañon contra la plaza: inutilizadas las piezas á los pocos tiros, se dió el asalto, que fué rechazado; y cuando pareciera que los defensores debian cobrar alientos para prolongar la resistencia, entraron en negociaciones y capitularon. Al dia siguiente salió la guarnicion escoltada para la frontera de Francia, y Urbiztondo tomó posesion de Berga, quedando en su poder cuatro piezas de artillería, seiscientos fusiles y veinte mil cartuchos. A nadie se molestó en aquella poblacion, lo cual no fué muy agradable á los carlistas catalanes, acostumbrados al saqueo y al desenfreno.

La guarnicion del pueblo de Gironella siguió el ejemplo de la de Berga, capitulando y entregándose con las mismas condiciones once oficiales, ciento ochenta soldados y sesenta y nueve nacionales, despues de un simulacro de combate, que bastó sin embargo para que los carlistas saciasen sus instintos sanguinarios. "Queriendo intimidar al enemigo, decia Urbiztondo en una exposicion á Don Cárlos, di la órden de romper su primera línea exterior, asaltando los puntos más parapetados: esto se verificó á los pocos minutos, en términos de haber excedido á mis esperanzas; pero ¡cuál no debió ser mi espanto cuando, al entrar en las casas de Gironella, tropecé con el cadáver de un anciano religioso, á cuyo lado, y sobre uno de sus brazos tendidos, estaba un niño de cuatro años, aun con las entrañas palpitantes; más allá una monja que apretaba con una de sus manos la efigie del que nos redimió; no lejos, una mujer desnuda y ennegrecida con su propia sangre, y á muy poca distancia un infeliz salpicado de heridas, que luego supe era un orate!... La sangre de nueve cadáveres, mezclada con la de algunos animales, me impidió el paso, que retiré sobrecogido sin saber á qué parte!... [1]"

Si acaso hay exageracion en esta pintura, será efecto de la irritacion producida por las acriminaciones que contra el jefe carlista lanzaron los partidarios catalanes, los cuales censuraban su moderacion con los vencidos: á ella se debió, no obstante, que varios pueblos le abriesen las puertas sin combatir.

En Gironella se apoderó Urbiztondo de 200 fusiles, 6,000 cartuchos y otros objetos, y se aumentaron las filas carlistas con dos compañías de América. De allí pasó el afortunado caudillo á sitiar á Prats de Llusanés, cuyos defensores, despreciando las proposiciones de capitulacion que se les hicieron, se mostraban resueltos á perecer antes que rendirse. Tomados á viva fuerza los arrabales en la tarde del 14, rompióse el fuego de cañon al dia siguiente contra el pueblo, cuya resistencia

[1] Exposicion de Urbiztondo á Don Cárlos, en 15 de Agosto de 1837.

impacientaba á Urbiztondo sobremanera; pues ya tenia noticia de que el Baron de Meer se aproximaba, y para detenerle, habia enviado cuatro batallones de refuerzo á Tristany, el cual con otros cabecillas se hallaba apostado en San Felíu de Saserra.

En efecto, el Baron, que en los primeros dias de Julio habia estado dirigiendo las fortificaciones de Mollerusa, Bellpuig y otros puntos, creyendo llegar á tiempo de socorrer á Berga, acudia con una division compuesta de seis mil infantes, trescientos caballos y cuatro piezas de montaña; y al saber la entrega de aquella plaza y la de Gironella, marchó resuelto á salvar á Prats de Llusanés. Formaba parte del ejército el tercer batallon franco de Cataluña, de cuya bravura tenia buenos informes el general, que por este motivo le habia destinado á la vanguardia, y no tardó en ver acreditada por los hechos la fama de los valientes voluntarios.

El 14 de Julio salió de Manresa el Baron de Meer con su ejército, y pernoctando en Sallent, marchó al dia siguiente hácia San Felíu de Saserra, para acudir al socorro de Prats: á una hora de camino, divisó al enemigo situado á su izquierda en la altura de casa Boatella, por lo cual varió de rumbo, tratando de desalojarle de la posicion que ocupaba; y haciendo subir todas las fuerzas á la casa llamada Cererola, dispuso el ataque, que fué dado vigorosamente, avanzando por la izquierda el coronel Clemente con la vanguardia; el brigadier D. Jaime Carbó por la derecha con el primer batallon de Zamora, y el mismo Baron por el centro con el 2.° batallon del 1.° Ligero y la caballería, quedando á su espalda el regimiento de Málaga, seguido del convoy y de la division de reserva.

Tomada la primera posicion, se vió que el enemigo se hallaba situado con fuerzas numerosas en la formidable altura que dominaba la casa de Cererola, y en otras no menos fuertes, sucesivamente ligadas hasta la casa de San Miguel de Terradell ó Taradell [1]. No era posible seguir á San Felíu sin tener siempre á la faccion sobre el flanco izquierdo y en posiciones sumamente ventajosas para hostilizar al ejército, y fué necesario continuar el ataque para desalojarla de todos los puntos que ocupaba. Hizo el Baron avanzar la vanguardia, situando al frente la artillería, sostenida por un batallon de Zamora; pero el enemigo defendió obstinadamente la posicion de Cererola, y atacando con su caballería las guerrillas que habia en el llano de la de-

[1] El nombre de esta casa se halla expresado de muchos modos en los diferentes documentos que hemos consultado. En un impreso se lee: San Miguel de *Taradellas:* en uno de los partes detallados del Baron de Meer, dice: *Taradells;* en otro, *Terradell:* en la hoja de servicios del general Rodriguez Soler, San Miguel de *Torrellas:* en la del general Prim, San Miguel de *Taradell.*

recha, las obligó á replegarse: cargó entonces toda la caballería liberal sostenida por dos batallones al mando de Carbó, y este ataque decidió la accion, permitiendo á la vanguardia trepar hasta la altura, que abandonaron los carlistas pronunciándose en retirada.

Pero no por esto cesaron las hostilidades; pues aprovechándose el enemigo de sus ventajosas posiciones, continuó sus ataques hasta la noche por espacio de tres horas de camino, siendo necesario desalojarle sucesivamente de toda aquella série de montañas. Preciso es decir que Tristany no las defendió como debia, ni sacó todo el partido que pudiera de las ventajas con que contaba y que reconoció el Baron de Meer. El canónigo pretendió disculpar su derrota con la falta de municiones y la morosidad de Ibañez, Borges y Castells, que no acudieron oportunamente en su ayuda.

Prim tomó parte en estos combates, siendo uno de los primeros que al frente de sus cazadores concurrieron á desalojar á Tristany de la formidable posicion de Cererola, cargando á la bayoneta y causando al enemigo muchas pérdidas. La total que sufrió aquel dia fué calculada en unos cien muertos y sobre trescientos heridos, que en su mayor parte fueron retirados y conducidos á Berga.

La distancia que separaba todavía al ejército de Prats de Llusanés obligó al Baron á acampar en las inmediaciones de la casa de San Miguel de Taradell, donde recogió los héridos, pasando el 16 sin obstáculos á aquel pueblo, cuyo sitio habia levantado Urbiztondo la tarde anterior, para correr en busca de las desbandadas huestes de Tristany.

No consideró conveniente el Baron conservar á Prats de Llusanés, y deteniéndose allí solo el tiempo preciso para dar descanso á las tropas, en la madrugada del 18 emprendió de nuevo la marcha hácia Manresa, por San Felíu de Saserra, llevándose consigo la guarnicion y todas las personas comprometidas que desearon seguirle, las cuales, con los heridos, bagajes y pertrechos, formaban un largo convoy, sumamente embarazoso para los movimientos del ejército.

No pasó desapercibida esta circunstancia al enemigo, que observaba al Baron por medio de fuertes avanzadas al rededor de Prats, y reuniendo todas sus fuerzas, se dispuso á dar un golpe, que pudo tener terribles consecuencias.

Las tropas liberales y el convoy desfilaban, más bien que marchaban, por un terreno escabroso, cortado y cubierto de espesos bosques, cuando á una hora de Prats, en la bajada de la Pedregosa, cayeron de repente sobre la retaguardia dos gruesas

columnas facciosas con alguna caballería, presentándose casi sin ser vistas sobre el flanco derecho, á favor de la espesura y de la oscuridad, pues aun no habia amanecido. Componian la retaguardia el tercer batallon de Zamora y cuatro compañías del 3.° Franco, entre ellas la de cazadores que mandaba el capitan PRIM.

El ataque fué decidido y vigoroso, y la reserva habria quedado allí envuelta y destrozada, y sériamente comprometida la suerte del ejército, y á no ser por la firmeza con que las compañías de cazadores de Zamora [1] y de francos, dirigida esta última por DON JUAN PRIM, y ambas á las órdenes del comandante Rodriguez, sostuvieron la cresta de la altura, resistiendo todo el empuje del enemigo. Esto dió lugar á que el resto de la reserva, replegándose y reuniéndose en la parte inferior, protegiese la marcha de dichas compañías, rechazase el ataque de la derecha y sostuviese el que por escalones efectuó la division del centro, que al efecto hizo avanzar el general en jefe.

Replegáronse todas las fuerzas al pueblo de San Felíu de Saserra, sin que los carlistas cesáran de hostilizarlas, reuniendo las suyas en número considerable en las alturas que dominaban su flanco derecho; y conociendo el Baron que intentaban oponerse á su salida, resolvió desembarazarse del convoy, enviándolo delante con una corta escolta en direccion al pueblo de Artés; y dirigiéndose con la vanguardia y la division del centro á ocupar las alturas de la Oliva, dejó la reserva en San Felíu para cubrir su marcha.

Entre tanto iba el enemigo reconcentrando sus fuerzas sobre el flanco derecho, y apenas el tercer batallon de Zamora, que cerraba la retaguardia, salió del pueblo, fué atacado y rodeado por todas partes por una gruesa columna que mandaba el cabecilla Castells, la cual introdujo la confusion en sus filas, obligándole á apoyarse en el tercero Franco, que habia tomado posicion en algunas casas. El enemigo continuó cargando sobre el batallon de Zamora, y logró que la confusion se propagase al de Rodriguez, hasta un punto que se creyó segura su derrota; pero por segunda vez se debió á PRIM la salvacion de la reserva: con media compañía se lanzó oportunamente á una pequeña altura sobre la derecha, y rompió un fuego tan vivo y sostenido contra los carlistas, que detuvo su ímpetu, dando lugar á que las demás tropas se rehiciesen en unas casas de campo inmediatas.

Aprovechando los momentos de la confusion producida por el ataque de Castells, bajó Zorrilla de las alturas con fuerzas numerosas, y se presentó á la derecha en

[1] La mandaba el capitan D. Francisco Gomez.

actitud de dividir la columna del centro liberal, que se hallaba en marcha. La situacion era crítica: la reserva, conmovida aun, no habia tenido tiempo de reorganizarse: la division del centro, escalonada á lo largo del camino, podia ser penetrada por Zorrilla, dando lugar á un desastre. Lo evitó Meer poniéndose á la cabeza del primero de Zamora, y retrocediendo con él, con la caballería y media batería de montaña en direccion á San Feliu. Una valiente carga á la bayoneta, secundada por el segundo batallon del mismo cuerpo al mando de Clemente, y apoyada por el centro, puso en derrota y dispersion á los carlistas, cuyo general Urbiztondo se vió en grave riesgo de perecer al filo de los sables del regimiento de Navarra.

Zorrilla siguió á su jefe, mientras que reorganizada la retaguardia liberal, tomaba la ofensiva, cargando vigorosamente á la bayoneta sobre la brigada Castells. Allí se distinguian por su denuedo los valientes cazadores francos; y allí PRIM, dejándose llevar del ardor bélico que le animaba, penetró entre las filas de sus enemigos, y logró asir con mano vigorosa la bandera carlista del batallon titulado *Cuarto de Cataluña*. En vano pugna el abanderado por defender su enseña: PRIM le acosa, le hostiga, le estrecha fuertemente, y al fin le rinde, arrancándole con la vida la disputada bandera. El Baron de Meer recompensó al jóven capitan, concediéndole la cruz de San Fernando de primera clase sobre el mismo campo de batalla.

Los carlistas perdieron aquel dia de 150 á 200 hombres: en la persecucion se les cogieron las cargas de municiones y las acémilas, y se presentaron veinte individuos de América, de los que habian seguido á la faccion en Gironella.

Interesando al Baron poner en salvo el convoy con los heridos y los fugitivos de Prats de Llusanés, continuó su marcha á Manresa; y libre de su persecucion Urbiztondo, se dirigió con cuatro mil hombres y tres piezas de artillería á sitiar á Ripoll. Despues de dos dias de bloqueo, en la tarde del 21 de Julio reconoció el jefe carlista las obras de defensa, y mandó romper el fuego de cañon que, á la verdad, hacia más ruido que daño. El 23 intimó la rendicion á los sitiados, ofreciendo tratarles con las ventajosas condiciones que lo habian sido los de Berga; pero el comandante de armas le contestó que aguardaba las órdenes del Baron de Meer. Reacio anduvo este en acudir al socorro de Ripoll; pues tuvo tiempo de sobra para salvarle. No creia Urbiztondo en la demora de su activo adversario, y afanoso de tomar la villa, se decidió á intentar el asalto. A las doce de aquella misma noche lo dieron, en efecto, los navarros del cuerpo expedicionario; pero recibidos con un fuego mortífero por los de dentro, fuéles forzoso retirarse, dejando tres oficiales



Accion de San Feliu de Saserra.

y varios soldados muertos, y saliendo gravemente heridos otros tres de los primeros.

Los dos dias siguientes continuó jugando la artillería; pero las piezas se inutilizaron, y creciendo la impaciencia de Urbiztondo con los avisos que recibia de que el Baron de Meer se aproximaba, estrechó más el cerco y proyectó un segundo asalto. Entonces los sitiados pidieron parlamento, que inmediatamente les fué acordado, haciendo á su vista belicosos aprestos y ostentacion de poder para intimidarles á fin de apresurar la capitulacion. Firmóse esta el 26, estipulándose condiciones sumamente honrosas para el vencedor; pues solo exigió la entrega del armamento y pertrechos de guerra, permitiendo á los oficiales conservar sus espadas, equipajes y caballos, y á todos trasladarse á donde quisiesen, ó permanecer en el pueblo sin temor de ser molestados por sus opiniones.

Ignoraban los defensores de Ripoll que aquella misma noche debia llegar á Olot el Baron de Meer, para acudir en su auxilio al amanecer del dia siguiente, hora en que Urbiztondo tomó posesion de la plaza, quedando dueño de 500 fusiles, 150 correajes y cananas, 30,000 cartuchos, otros pertrechos de guerra y víveres, y gran cantidad de metales con los que hizo fundir varias piezas. No merecen, sin embargo, disculpa los que con tales elementos se rindieron, despues de haber dado pruebas de su valor. El comandante de armas, cinco oficiales, ciento cincuenta soldados y ochenta guardias nacionales, que aceptaron la capitulacion, fueron conducidos á Francia con escolta.

Demolidas las fortificaciones de Ripoll, marchó Urbiztondo á sitiar á San Juan de las Abadesas, encargando á Zorrilla y Sobrevias el difícil cometido de impedir el paso á Meer, que, hallándose tan cerca, no podia menos de acudir á socorrer la villa sitiada. Envió á sus defensores un parlamentario con proposiciones ventajosas; pero no quisieron recibirlo, y enarbolando una bandera azul en la torre de la iglesia, y otra roja en el castillete, rompieron el fuego contra los carlistas. Entonces atacaron estos vigorosamente al pueblo, aunque sin éxito; y viendo Urbiztondo que la resistencia seria tenaz y porfiada, comprendió que el resultado de su empresa dependia de vencer antes al Baron; pero en lugar de partir él mismo á su encuentro, mandó refuerzos á Zorrilla, quedándose con un solo batallon. Los sitiados, que no perdian de vista al enemigo, al observar sus movimientos, hicieron una valiente salida, llegando hasta el alojamiento del general, que por milagro no quedó en poder de los liberales.

Sucedia esto la noche del 28 de Julio. En la madrugada del 29 salió de Olot el Baron de Meer, encaminándose hácia San Juan; y al llegar al pié de Capsa-Costa, vió á los facciosos que ocupaban las alturas intentando disputarle el paso: es aquel un país quebradísimo, erizado de rocas y escarpados riscos, por entre los cuales serpentea el único camino accesible, que dominan completamente las elevadas cumbres. Era, por consiguiente, arriesgadísimo el tránsito de las tropas, hallándose los enemigos posesionados de aquellas formidables posiciones. Sin embargo, el Baron, acostumbrado á no retroceder ante el peligro, solo vió en las dificultades que se le presentaban un estímulo para vencerlas; y dictando las órdenes oportunas á las divisiones del centro y de reserva, se puso á la cabeza de los granaderos de Oporto, mandó apoyarles á otro batallon del primero Ligero, y emprendió el ataque á paso de carga. Una tras otra fueron perdiendo sus posiciones los carlistas, que se replegaron á la más culminante, de la cual les desalojó el fuego de artillería, protegido en los flancos por el de fusilería. Dos valientes cargas á la bayoneta decidieron su derrota, que habiendo comenzado en retirada, concluyó en desordenada fuga. Una de estas cargas fué dada por el tercer batallon Franco, al mando de Rodriguez, que hallándose situado en la altura llamada *la Barreta,* descendió de ella sufriendo un horroroso fuego, para trepar á la posicion enemiga. Distinguióse Prim, como siempre, marchando de los primeros al frente de sus cazadores, acuchillando á los rezagados y haciendo por su mano algunos prisioneros, no sin haber corrido el grave riesgo de ser muerto á traicion por dos facciosos, que ocultos entre la maleza, le dispararon sus armas á quema-ropa.

La dispersion de los carlistas fué completa, y en ella cometieron tan punibles excesos, que aun los pueblos adictos á su causa se quejaron á Urbiztondo pidiendo un ejemplar castigo [1]. El Baron siguió triunfante hasta San Juan de las Abadesas, llevando consigo unos cien prisioneros, y óchenta presentados, procedentes del regimiento de América, que servian por fuerza en las filas enemigas.

Urbiztondo se habia retirado á Ripoll, donde acabó de convencerse de que serian perdidos sus esfuerzos, mientras no lograse organizar las desmoralizadas bandas catalanas, y hacerse obedecer de sus caudillos, más dados al robo, al saqueo y al

[1] Sobrevias fué depuesto del mando, y se le formó causa criminal por su conducta en la accion de Capsa-Costa; pues segun manifestó Zorrilla, habia dejado sacrificar un batallon, teniendo tres sin meterles en fuego. Pesaban sobre él otras muchas acusaciones, de las que habia querido librarse contentando con dinero al comandante general Royo, para lo cual pidió á Grau que le mandase quinientas onzas de oro.

exterminio, que atentos á la subordinacion y disciplina, y al honor de la causa en cuyo nombre peleaban. Resuelto á corregir tanto desórden, y creyendo contar con el apoyo de la junta carlista del Principado, marchó Urbiztondo á Berga, y puso manos á la obra que meditaba, creando algunos cuerpos escogidos que sirvieran de base para la transformacion del ejército. Pero se engañaba aquel pundonoroso jefe al presumir que sus planes serian secundados; pues eran muchos los que medraban á la sombra de los abusos, y no pocos los intolerantes que le tenian ya en mal concepto, porque no lo llevaba todo á sangre y fuego; y unos y otros, lejos de ayudarle, debian trabajar de consuno para entorpecer sus reformas y malquistarle con D. Cárlos, como al fin lo consiguieron.

Dominando el elemento teocrático en la Junta de Berga, el antagonismo entre ella y el general carlista no tardó en manifestarse, tomando pié de un incidente muy singular. Para evitar rivalidades de provincialismo, formó Urbiztondo un batallon modelo de catalanes, que denominó *del General,* y á fin de evitar que se malease con el contacto de los demás, lo acuarteló en un convento de franciscanos, donde solo habia catorce frailes. Quejáronse de esto, que pareció sacrílego atentado, los fanáticos de la Junta, interponiendo la autoridad del Obispo de Mondoñedo [1]: disputaron sobre el asunto el jefe militar y el prelado; y como este dijese que el mismo D. Cárlos se habia resistido á convertir los órganos de las iglesias en balas, de que carecia, mientras el Papa no le autorizase á ello, acaloróse Urbiztondo, y dejándose llevar de su celo, contestó: "que el triunfo de S. M. era el triunfo de la religion; y que, por consiguiente, si él se hubiese hallado en el caso de D. Cárlos, habria tomado sin autorizacion todo el metal de los templos, y hasta descalzara á Su Santidad, aunque se opusiera, si sus chinelas fueran de plomo."

El escándalo que estas palabras produjeron entre los intolerantes se deja presumir. Desde aquel dia fué considerado Urbiztondo como impío, mason y liberal, y no cesaron las intrigas para separarle del mando de Cataluña y hacerle caer en desgracia de su amo y señor; empresa nada difícil, predominando en los consejos de D. Cárlos las influencias clericales: por el pronto consiguieron truncar todos los planes del comandante general, impidiéndole continuar con éxito la campaña que tan brillantemente habia empezado.

A fines de Agosto puso Urbiztondo nuevo sitio á San Juan de las Abadesas, in-

[1] El Ilmo. Sr. D. Francisco Borricon, obispo de Mondoñedo, habia venido con la expedicion de D. Cárlos á Cataluña, donde se quedó en calidad de Vicario general castrense de las fuerzas realistas del Principado.

teresándole tomar aquel punto para caer luego sobre Camprodon y Puigcerdá, y cerrar de este modo la línea de fortificaciones en que hubieran de apoyarse sus columnas; pero carecia de recursos hasta el extremo de no poder alimentar á las hambrientas tropas, y en vano reclamaba los auxilios de la Junta. El Baron de Meer acudió, entre tanto, desde el campo de Tarragona, introduciendo de paso la confusion en las huestes carlistas con sus activas y acertadas operaciones, atacó á las fuerzas de Zorrilla delante de San Juan, y las batió y dispersó completamente.

Urbiztondo, que se hallaba en Ripoll, no tuvo más recurso para salir de su apurada situacion, que dar sueltas á los cabecillas para obrar cada uno por su cuenta y vivir sobre el país. Supo entonces que se conspiraba contra su vida, y la de los demás jefes llamados castellanos, excitando á los catalanes á la rebelion; con cuyo motivo dió dos alocuciones, que sirvieron para poner más de relieve las estrechas miras de la Junta [1]. Por otra parte, significábasele el soberano desagrado de D. Cárlos, reprobando severamente su política humana y tolerante respecto de los pueblos vencidos, y se le exigia con apremio que hiciese regresar al Norte los expedicionarios, que eran sus mejores auxiliares. Obedeció el caudillo carlista, acompañando él mismo aquellas tropas, á últimos de Setiembre, hasta las orillas del Ebro; y cansado de luchar con los junteros de Berga, varió de plan y se trasladó á operar en la provincia de Tarragona.

II.

Para seguir el curso de los acontecimientos, que en tanto número se acumularon durante el Estío de 1837, necesitamos retróceder al punto en que dejamos á la expedicion de D. Cárlos, cuando con el apoyo de Cabrera pasó el Ebro. Fué aquel un período fecundo en ilusiones y desengaños, en grandes intrigas y espantosos crímenes, que deberia servir de severa leccion y de escarmiento á los pueblos, víctimas de la guerra y de las banderías políticas. Ilusos los carlistas, creian fácil y cercano su

[1] Remitidas á la Junta para que las mandase imprimir y circular, cumplió aquella el encargo; pero corrigiéndolas, porque en ellas «*no se mentaba á Dios, ni á su adorable providencia*... y quitando al mismo tiempo las palabras *derechos sagrados y sociales*, porque además de ser muy ambiguas en sí mismas (decia), se han hecho odiosas por repetirlas hasta el fastidio los periódicos revolucionarios nacionales y extranjeros, y porque, afirmados el altar y el trono, sale arreglada la sociedad y los que se llaman sus derechos.»

triunfo ; y ya profundamente divididos en opiniones, lo estaban más sus jefes y corifeos por ambicion y sed de medro. Ilusos los liberales, creian en las palabras de Cristina, cuyos agentes minaban la disciplina del ejército, mientras seguian los ocultos tratos con el Pretendiente, y confiaban en que la nueva Constitucion bastaria para establecer la concordia y hacer á todos completamente felices. Nunca, sin embargo, se ostentó más pujante la discordia, royendo el corazon de los dos grandes partidos militantes; y en tanto que la nacion se desangraba y empobrecia, las disensiones iban en aumento, y el disgusto y el malestar eran hábilmente explotados para promover la anarquía en uno y otro campo. El pueblo, cansado y espectante, no se sublevaba; pero el espíritu de rebelion era agitado por la intriga entre la soldadesca miserable y hambrienta...

El ejército de D. Cárlos, reforzado con las tropas de Cabrera, emprendió su marcha triunfal desde Cherta por la orilla del Ebro, y torciendo á la derecha por Ulldecona y San Mateo, siguió hasta Villarreal de la Plana, intentando sitiar á Castellon; pero encontraron aquí los carlistas seria resistencia, y desistieron de su empeño. Los nacionales de Burriana se defendieron heróicamente; solo eran veintitres; tuvieron que rendirse, y conducidos á Cantavieja, padecieron horribles tormentos, hasta el 4 de Octubre, que fueron sacados con otros nacionales de Silla, y muertos á bayonetazos de órden de Cabrera, siendo arrojados en una sima, dentro de la cual, dos dias despues, se oyeron todavía los lamentos de algunos infelices moribundos.

Continuó la expedicion por la carretera de la costa hasta Almenara, internándose desde allí por Albalate, hácia Cheste y Chiva: en estos dos pueblos se alojaron las fuerzas carlistas, que ascendian á 15,000 infantes y 1,200 caballos.

Aquí los alcanzó, el 15 de Julio, el ejército de Oráa, compuesto de las divisiones mandadas por Borso, Iriarte y Nogueras, del primer batallon de Ceuta, y siete escuadrones á las órdenes del brigadier Amor, formando un total de 10,480 infantes y 634 caballos.

Los carlistas tenian además, en el pueblo de Buñol, á dos leguas del que fué campo de batalla, 2,000 infantes y 200 caballos. A pesar de la notable inferioridad de sus fuerzas, y de estar las tropas cansadas y sin comer, el jefe liberal no vaciló un momento en atacar al enemigo, que despues de una lucha porfiada, tuvo que abandonar el campo, retirándose vencido hácia las montañas. La noche puso término á esta brillante jornada, que fué un verdadero triunfo para las armas libera-

les, y en la que todos los cuerpos se portaron con admirable bizarria. Quedaron en poder del vencedor trescientos prisioneros, y mayor habria sido la pérdida de los carlistas á ser posible perseguirlos; pero el cansancio, el hambre y la sed habian agotado la energía del soldado, despues de muchas horas de combate bajo los rayos de un sol abrasador.

El ejército expedicionario marchó á Chelva, y á los tres dias entraba en Aragon por Mazanera, no deteniéndose hasta llegar al país áspero y quebrado en que se asienta Cantavieja. Durante muchos dias descansaron de sus fatigas los carlistas, en los pueblos de aquella comarca, dividiéndose en columnas para poder vivir á costa de ellos, y para mejor esquivar la persecucion de sus contrarios. El 17 de Agosto marcharon por Aliaga á Ejulve, y el 23 se hallaban entre Villar de los Navarros y Herrera.

La division de Buerens, moviéndose segun las órdenes de Oráa por aquella parte de Aragon, habia quedado separada del ejército del Centro; y al aproximarse las fuerzas expedicionarias, marchó á situarse en Azuara, desde Cariñena donde estaba acantonada. Esperaba Buerens tener tiempo de que Oráa se le reuniese; pero fueron interceptados los pliegos que le envió, y se encontró solo y en la necesidad de combatir. Pasó el dia 24 en observacion del enemigo, y habiendo visto desde una altura cerca de Herrera algunas fuerzas carlistas que marchaban hácia Villar, creyó que huian, y mandó reconocerlas; pero el oficial encargado de esta operacion se adelantó demasiado y rompió el fuego. Hicieron alto los carlistas, y reforzados por los que habia en Noguera y en Villar de los Navarros, empezóse la accion con terrible encarnizamiento por una y otra parte. No bastó allí el valor de los jefes ni el de las tropas liberales para vencer á un enemigo muy superior en fuerzas; antes bien su arrojo les condujo á un espantoso desastre, contribuyendo á ello lo quebrado del terreno, que no conocian. Destrozados el centro y la izquierza, quedó en la derecha el brigadier Solano con dos batallones sobre una meseta, donde cargado por masas considerables, mandó formar cuadros. Siete cargas sufrieron acompañadas de un horroroso fuego de metralla, resistiendo valientes hasta las nueve de la noche, en que fueron aquellos completamente deshechos. Las pérdidas de la division, ascendieron á noventa y dos oficiales y cerca de dos mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros; quedando además en poder del vencedor 5,000 fusiles, 50 cajas de municiones, la artillería, las cajas de los cuerpos, botiquines y equipajes.

El brigadier Solano, que recibió tres heridas y quedó en el campo debajo *de su*

caballo, fué recojido con otros oficiales por los vencedores, y enviado á Cantavieja con los demás prisioneros. A él debemos una relacion de los horribles padecimientos sufridos por estos desgraciados bajo el poder de los infames agentes de Cabrera: infames, sí; que no merecen otra calificacion los verdugos y los asesinos, cualquiera que sea la bandera que los cobije. La crueldad inaudita con que fueron tratados los prisioneros de la tercera division del Norte, cubre de oprobio eterno á sus feroces autores, y más al recordar que entre aquellos prisioneros habria muchos de los valientes soldados que, en el paso del Cinca, expusieron generosamente sus vidas para salvar á los carlistas que se ahogaban [1].

[1] Hé aquí un extracto de la relacion de Solano:

«Muchos, malos y crueles, dice, han sido los padecimientos sufridos por los jefes, oficiales y soldados que, procedentes de la desgraciada accion de Herrera (llamada de Noguera por los carlistas), fueron hechos prisioneros por la division del Pretendiente; la mayor parte de los oficiales heridos, puesto que de noventa y dos, habia ochenta y dos con más de cuatro heridas, tanto de bala, como de sable;... pero entre el mal trato de que se deja hecho mérito, fué el más horroroso el acaecido el dia 5 de Enero de 1838, cuya memoria no podrá jamás borrarse ni á los que desgraciadamente lo presenciamos, ni al pueblo de Beceite, donde ocurrió, cuyos vecinos estoy seguro no han podido arrojar de sus pechos el dolor y el quebranto que en aquel infausto dia sufrieron.

«Era tal el extremo de miseria, desnudez y hambre á que se hallaba reducido el ejército de prisioneros, que *habian fallecido ya sobre catorce oficiales, y ochocientos catorce sargentos y soldados de necesidad*, y á pesar de las contínuas reclamaciones oficiales dirigidas por mí, solo habia podido conseguir una pequeña porcion de patatas, tan menudas y tan malas, que casi era imposible comerlas. Los soldados estaban divididos por escuadras, y estas al mando de algunos cabos, los cuales, con el objeto de aumentar la miserable racion—cuando se daba,—reducida al número de cuatro ó seis patatas cuando más, no daban parte de la defuncion de sus compañeros. El horror llegó á su colmo, cuando dejó de recibirse la mezquina racion, pues la de pan hacia ya más de cuatro meses que no se recibia; y en esta penosa situacion, algunos de los que gemian en aquella espantosa miseria, *acudieron, para satisfacer su hambre, al repugnante y bárbaro alimento de la carne de sus difuntos compañeros.*

«En la noche del 5 al 6 de Enero, supo el comandante del depósito D. Juan Francisco Pellicer, que algunos soldados se hallaban sentados al mezquino fuego que habian logrado formar con pedazos de vigas de la destechada casa, y que se hallaban calentando algunos pucheros con agua y trozos de carne humana; y mandó á su segundo D. Manuel Gil, hombre cruel y sanguinario, á que los reconociese á la una de la madrugada del 6 de Enero. En efecto, *encontró en ellos pedazos de pies y manos, que se estaban cociendo, correspondientes á los soldados que en la tarde de aquel dia habian fallecido...* Despues de apaleados completamente, y formada su cruenta junta, á la que asistió como teólogo el capellan del cuarto batallon de Aragon, sin oir los descargos de los nueve acusados, ni mis enérgicas protestas, fueron sentenciados á ser pasados por las armas, cuya pena sufrieron á las once de la mañana del 6, del modo más horroroso que se puede concebir... Fueron conducidos á un pequeño campo, que se hallaba á la mitad de la distancia entre la casa que ocupaban los oficiales y la que contenia los soldados. No pudiendo resistir en pié el castigo impuesto, por su desfallecimiento anterior y el horror de su posicion, fueron sentados en el suelo, y como si se jugase con sus cabezas, principiaron á tirarlos tiros, resultando de este juego cruel, que á las dos de la tarde aun no habian concluido de expirar. Entonces un cabo, llamado Cayetano, acompañado de un tal Valero, subteniente de granaderos... marcharon sobre aquellas víctimas, y los acabaron á golpes de bayoneta y sable, dejándolos en medio del campo durante toda la tarde á la vista de sus compañeros y de sus oficiales...

«De estas resultas pasé comunicaciones fuertes á Cabrera, quien los hizo marchar el 16 de Enero á las dos de la madrugada al pueblo de Crétar para tener una conferencia y tratar del cange de prisioneros... los cuales habian llegado á tal extre-

El general Espartero, acatando las instrucciones del Gobierno, poco acertadas en aquellas circunstancias, habia salido entre tanto de las provincias del Norte, á principios de Julio, con ocho batallones de la division de la Guardia Real y dos escuadrones; y el 17 de aquel mes llegó á Trillo, desde donde procuró ponerse en comunicacion con Buerens y Oráa. Desavenencias acaecidas á la sazon entre este general y el Conde de Luchana fueron causa de que se paralizasen las operaciones militares combinadas para caer sobre D. Cárlos con los ejércitos del Norte y del Centro: perdióse un tiempo precioso, y cuando al fin los dos generales emprendieron sus movimientos convergentes, recibió Espartero en Daroca órdenes apremiantes de acudir á la defensa de Madrid.

mo de demacracion, que cangeados en la ciudad de Segorbe y trasladados al hospital militar, no pudieron sus estómagos admitir ni aun el caldo, y fallecieron la mayor parte antes de las seis horas de su entrada en aquel establecimiento...

«Los soldados que presenciaron aquel horroroso fusilamiento, se aterraron en tales términos que, valiéndose de sus manos, á falta de otros instrumentos, lograron abrir un agujero en la parte alta de la pared que miraba al campo, camino de Valderobles, y... se precipitaron por él, sin prudencia ni precaucion alguna, cayendo al campo que estaba bastante profundo... Al ruido de sus cuerpos que caian sobre las piedras y ladrillos que habian desprendido de la pared, así como al de los gemidos que daban los que, fracturados los brazos ó piernas, recibian sobre sus macerados cuerpos los de sus compañeros, llegaron los soldados de la guardia, y suponiendo que una accion bárbara y horrorosa seria meritoria á los ojos de Cabrera... asesinaron aquella madrugada —del 6 al 7 de Enero— cuantos encontraron tendidos en el campo y los que aun estaban próximos al agujero por donde creian recobrar su libertad. El número de estos desgraciados ascendió al de 32, encerrando el resto en una habitacion tan reducida, que no siendo suficiente á contener su número, se vieron precisados á ocupar, á pesar del frio de la estacion, un corredor descubierto, largo y estrecho, con un balcon de madera que amenazaba ruina; la cual se verificó, puesto que á las nueve de la mañana del 7 se desplomó completamente, pereciendo en la caida veintitres soldados, y quedando otros muchos heridos. Para ocultar esta desgracia, y pretextando que era para la mayor comodidad de los prisioneros, fueron trasladados aquel mismo dia 162 soldados al convento de Benifasat, donde haciéndoles trabajar incesantemente en la obra de fortificacion, *sin más alimento que las raices que encontraban*, sucumbieron la mayor parte de ellos antes de ocho dias...

«A los oficiales se les colocó en dos pisos tan pequeños y reducidos, que no cabiendo, se situaron hasta en los escalones que conducian á ellos... A las nueve de la noche se les obligaba á acostarse sin que pudieran tener conversacion alguna: cansados y fastidiados de este silencio sepulcral,... llegaban á dormirse: á las diez se efectuaba la primera requisa, y entraba una parte de la fuerza y descansaba sobre las armas, dejándolas caer con tanta violencia, que el más dormido se estremecia, creyendo que el edificio se habia desplomado. Despues se les obligaba á levantar á todos para reconocer si los ladrillos sobre que estaban acostados se habian levantado para fugarse, puesto que caian sobre un horno de cocer pan, el cual, aunque inútil para el efecto por no haber harina ni cosa alguna que cocer, lo tenian encendido, por si alguno lograba escaparse, que cayese en él y quedase abrasado. *Esta requisa se repetia de hora en hora;* de manera que no se descansaba en toda la noche...

«El tifus vino á completar el cuadro de desolacion y miseria, pues no habia medicamentos que aplicar á los que lo contraian; y aunque era incansable la vigilancia y esmero del cirujano del provincial de Avila, señor de Parejo, nada podia lograr para su salvacion.»

A pesar de tantos horrores, crueldades y miserias, segun repite por dos veces el Sr. Solano, Cabrera no pudo conseguir, ni con súplicas, ni ofertas, ni amenazas, que ingresara en sus filas uno solo de aquellos prisioneros. ¡Tal fué, exclama, la lealtad de los soldados de la tercera division del Norte!

El motivo de estas órdenes era la aproximacion á la capital de un cuerpo expedicionario carlista, que, al mando de D. Juan Antonio Zaratiegui, acababa de invadir las Castillas, habiendo entrado en Segovia el 4 de Agosto. Madrid carecia de elementos para resistir una invasion, mayormente si se realizaba el plan de Zaratiegui, de reunirse con el ejército de D. Cárlos á las puertas de la coronada villa, en cuyo caso tendria esta que sucumbir necesariamente. Conoció Espartero lo grave de la situacion en que se hallaba el Gobierno, y poniéndose en marcha inmediatamente, llegó el dia 11 por la tarde á Guadalajara con la caballería y la vanguardia, reuniéndosele aquella noche el resto de sus fuerzas. Al dia siguiente, adelantóse hasta Madrid con su escolta, y en el camino le salió al encuentro el general Seoane con el objeto de manifestarle los temores que abrigaba el Ministerio de que se insurreccionáran las tropas al entrar en la capital, y le insinuó la conveniencia de hacerles dar un rodeo y acantonarlas en los pueblos inmediatos.

Razones poderosas tenia Espartero para considerar fundados aquellos temores; sabía que los conspiradores de Madrid, los *jovellanistas* trabajaban con ahinco para sublevar el ejército de su mando y derrocar la situacion creada por la revolucion de 1836. Ya entre Daroca y Teruel se habian presentado emisarios encargados de preparar los ánimos, excitando el descontento de las tropas; persuadiéndolas que todas las penalidades que sufrian, la falta de paga y de vestuario, sus privaciones y miserias eran efecto de la ineptitud y malquerencia del Gobierno, y ganando á muchos de los oficiales de Estado Mayor y de la Guardia Real de infantería, que no se mostraron sordos á sus pérfidas insinuaciones. Enterado de las intrigas de aquellos emisarios, el conde de Luchana habia tenido que expulsarlos del cuartel general, no pudiendo desconocer el efecto deplorable que producian tales manejos. A pesar de estos antecedentes, confiaba en la lealtad y subordinacion del ejército, y procuró tranquilizar á Seoane, convenciéndole de que seria en todo caso mucho más peligroso el rodeo que el paso de las tropas por dentro de Madrid.

En cuanto llegó Espartero á la capital, fué á presentarse á la reina Cristina, que estaba al parecer muy abatida, pero cobró ánimos y se alegró de verle: figuraríase tal vez que el vencedor de Luchana venia á sacarla del *cautiverio* en que la tenian los liberales, en cuyo caso ya no seria menester que la amparase D. Cárlos. Entre tanto, los agentes de los moderados acudian en tropel al ejército sembrando zizaña, diciendo que los ministros desconfiaban de él, y se oponian á que pasase por Madrid; y cuando llegó la órden de entrar, dijeron que el Gobierno habia tenido que

ceder á las instancias de la Reina y del General en jefe. De tal modo prepararon el terreno, que la mayoría de los oficiales se hallaban dispuestos á hacer alto en la plaza de Palacio, dar allí mismo el grito de insurreccion, y no moverse hasta conseguir la caida del Ministerio y la disolucion de las Córtes. El ejército entró en Madrid el 14, guardando el mayor órden, y desfiló por delante de Palacio, yendo á acantonarse en los pueblos de Pozuelo de Alarcon, Aravaca y el Pardo, sin que aquel dia ocurriese novedad, por haberse dado seguridades á los oficiales de que se trabajaba en la formacion de un nuevo ministerio.

El cuartel general quedó en Madrid, donde los conspiradores desplegaron toda su habilidad y diligencia para ganar la voluntad de Espartero, con quien tuvo Cristina varias y largas conferencias. "Cuantos medios se pusieron en juego para conseguir de Espartero que hiciese traicion á sus sentimientos, fueron vanos (dice Pirala); y no pudiendo arrancarle un asentimiento que todo lo hubiera facilitado, se echó mano de los medios ya concertados de sublevar la tropa, á trueque de entregar la capital á D. Cárlos."

En efecto, á los dos dias, el 16 de Agosto, acaeció un hecho escandaloso. Espartero acababa de dar la órden de marcha, y se disponia á salir de Madrid para el canton de Aravaca, huyendo de las intrigas con que le asediaban en la corte, cuando recibió aviso de que los oficiales de la brigada de la Guardia Real acantonada en Pozuelo de Alarcon se negaban á obedecer, habiendo declarado por escrito que *estaban resueltos á no seguir á la division, si antes no se cambiaba el Ministerio.* No se redujo á esto el escándalo. Evidentemente seducidos y engañados aquellos oficiales, á las reconvenciones de su jefe el brigadier D. Antonio Van-Halen contestaron, que lo mismo hacian en aquel momento los demás batallones, *con la anuencia del Conde de Luchana.*

Noticioso éste de un acto tan reprensible por sí mismo, y todavía más criminal por el pretexto de la desobediencia y por la crítica ocasion en que se cometia, ordenó al comandante general de la division de la Guardia, Ribero, que marchase inmediatamente á sofocar en su orígen aquel principio de insurreccion y á prevenir sus consecuencias, y el Conde mismo corrió al pueblo de Aravaca. Firmes en su resolucion los oficiales, la confirmaron en presencia de Ribero y del General en jefe, resignándose á ser separados de las filas, y marchando solos al punto que se les señaló á esperar las órdenes del Gobierno. Afortunadamente, y gracias á la prudencia y energía de los generales, las tropas permanecieron fieles á la disciplina,

y habiéndolas reunido Espartero, les manifestó la confianza que tenia en ellas para batir al enemigo sin necesidad de los oficiales, seguro de que los soldados sabrian cumplir con su deber. "¿No es verdad, muchachos?„ les dijo.—A lo que todos contestaron con el mayor entusiasmo: — "Sí, mi general: hasta morir!„

En el acto promovió Espartero á subtenientes á los sargentos primeros, y á este empleo á los segundos, y pidió al Gobierno diez y seis cruces de Isabel II para distribuirlas entre los soldados de la brigada; y á fin de alejarse cuanto antes de aquel foco de intrigas y conspiraciones, se trasladó en seguida con su division á Torrelaguna. Las fuerzas expedicionarias de Zaratiegui acababan de abandonar á Segovia, dirigiéndose á Peñaranda, despues de haber tenido un encuentro en Las Rozas con las del general Mendez Vigo, que las obligó á retirarse.

Despues de los sucesos de Pozuelo y Aravaca, no dejaron tranquilo á Espartero los conspiradores de Madrid. Empeñados en comprometerle, atrayéndole á su partido, propusiéronle para ministro de la Guerra, cargo que el general habia renunciado antes, y renunció despues dos veces, no queriendo mezclarse en las luchas políticas. El Ministerio Calatrava se retiró, convencido de su impopularidad, que era grande, sobre todo en el ejército; pero descontentos los moderados de la nueva combinacion ministerial, insistieron en su propósito de insurreccionar las tropas, atraerlas á Madrid y llevar á cabo la deseada contrarevolucion; no faltando quien tuviese la audacia de proponerlo al Conde de Luchana en Torrelaguna, pidiéndole que fuese á concluir con las Córtes y con la libertad de imprenta. En presencia de los generales Ribero y Van-Halen, rechazó Espartero indignado semejantes proposiciones, y luego despidió de su E. M. al coronel Mazarredo y á otros tres oficiales, á pesar de que habia intercedido con el Gobierno en favor de los demás insubordinados en Pozuelo, que se mostraron pesarosos y arrepentidos de su falta.

¿Cuál era la causa de estos atentados contra la disciplina militar, contra el órden, contra la autoridad, y acaso la de otros hechos más graves con que en aquellos dias se deshonraba una parte del ejército?

Antes de las ocurrencias de Pozuelo y Aravaca, el 6 de Agosto, habia dicho D. Agustin Argüelles en el Congreso, aludiendo á los misterios de la situacion:

"Es menester que el gobierno que *ha de suceder* á los actuales ministros comience por decir, que *la Reina no está bajo influencias extrañas;* que gobierna como regente y con el consejo solo de sus ministros responsables, para que tenga su gobierno la fuerza que tanto se reclama hoy; en suma que S. M. *no se halla supeditada por cama-*

rillas, cuyos elementos son carlistas, influencias extranjeras, y los elementos que producen las revoluciones y las reformas. Yo tengo presente la época de 1823, y aunque las circunstancias han variado en la apariencia, no han variado en el fondo.„

¡Triste declaracion, por nadie desmentida entonces ni despues, y antes bien confirmada por muchos moderados! — "La corte, dice un escritor de estas ideas, que no podia olvidar los insultos de la Granja, ni perdonar la preponderancia del elemento popular en el recien promulgado código, protegia los planes de los *jovellanistas* [1].„

¿Y qué planes eran estos? Sin duda, juzgando por los hechos, no eran otros que los de desquiciar la sociedad, introduciendo la peor de las anarquías, para entronizar el despotismo sobre las ruinas de la patria.

III.

Todo era necesario para desagraviar á la reina Cristina; todo, empezando por el descrédito de esta señora; que no otra cosa, alcanzan los gobernantes, aunque sean reyes, cuando proceden con ingratitud y falsía.

Las insurrecciones militares fueron demasiado frecuentes aquel verano para que pueda considerárselas casuales, y no efectos de un plan concertado. Agentes carlistas y agentes cristinos bullian entre las mal atendidas tropas del ejército del Norte, suscitando unos y otros, aunque con distintos fines, conflictos y desórdenes. Comenzaron estos apenas partió de las Provincias la expedicion de D. Cárlos, y se desataron con sangrienta furia, escogiendo las víctimas, en cuanto faltó de allí el general Espartero.

El 21 de Junio, los flanqueadores que estaban en Pamplona, salieron por las calles alborotando y acuchillando á cuantas personas encontraban.

En la tarde del 24, despues de algunos choques habidos el dia anterior entre los soldados y el paisanaje, se sublevó en Logroño el segundo batallon de Castilla y

[1] Rico y Amat. Obra citada.

«Tal era el estado de las cosas á los dos meses, aun no cumplidos, de jurada aquella Constitucion, *bandera de paz y de concordia, que daba á la prerogativa real cuanta fuerza necesita para mantener el órden*, aceptada *á la faz del cielo y de la tierra*, despues de la cual no prevalecerian *ni la alevosía de la intriga, ni la contraposicion de opiniones y de intereses.*»—F. de los Rios.—*Olózaga.*

otras fuerzas que habia de guarnicion en aquella ciudad. El general Alaix, que estaba entonces procesado, accediendo á los ruegos del jefe político y de algunas personas influyentes en la poblacion, salió á contener á los amotinados, que comenzaban á entregarse al pillaje, y consiguió apaciguarlos. Pero recibió aviso por la noche de que la tropa *habia sido nuevamente instigada* para sublevarse, comenzando por atentar contra su vida. Entonces Alaix ejecutó una accion valiente y afortunada: se presentó á la puerta de los cuarteles; mando llamar una á una las compañías, y á medida que iban bajando, les hacia echar armas al hombro y las enviaba fuera de Logroño, donde las aguardaba el comandante general. De este modo, un hombre solo despidió toda la guarnicion: en seguida convocó la Guardia nacional, y cerrando las puertas de la ciudad, dispuso que desde las murallas se hiciese fuego contra cualquier fuerza que se acercase.

Los legionarios ingleses se insurreccionaron en Lezo, el 3 de Julio, pidiendo los atrasos que se les debian, y negándose á marchar los escoceses á Astigarraga. El conde de Mirasol, que mandaba la division liberal corrió á San Sebastian donde se le proporcionaron recursos para pagar á los extranjeros, y pidió auxilios al cónsul de España en Bayona para acudir á las necesidades de las tropas españolas, que se mostraban descontentas. En la tarde del 4 marchó á Hernani, en cuya plaza encontró formados los batallones de la Princesa y uno del Infante. Las compañías de granaderos y cazadores de la Princesa se habian sublevado aquel dia y maltratado á un oficial pidiendo que se les pagase. Era ya de noche cuando, enterado el Conde, intentó restablecer la disciplina; pero fué desobedecido: un cazador le pegó un culatazo, y otros le hicieron fuego, cayendo muerto su primer ayudante D. Francisco Crook, y siendo heridos el general Rendon, un capitan de artillería y varios soldados. Sucedió á esto un tumulto espantoso: entre el estruendo de los tiros, resonaban los gritos de ¡Viva Isabel II! ¡Viva la libertad! ¡Mueran los jefes traidores! — Mirasol echó mano de la artillería inglesa, y cercó la plaza, colocando las piezas en las bocacalles. En aquellos momentos se presentó el brigadier D. Leopoldo O'Donnell; su serenidad y sangre fria evitaron el horrible conflicto que amenazaba: se ofreció á reducir á los insurrectos, fué á ellos solo, consiguió hacerse oir, y le obedecieron [1]. Prestó un gran servicio, cuya importancia reconoció luego Espartero, pidiendo al Gobierno para el bizarro brigadier la faja de mariscal de campo.

[1] El conde de Mirasol dejó en el acto el mando, y aquella misma noche partió para Bayona, donde dió á luz un manifiesto, en el que hacia inculpaciones graves, algunas de las cuales alcanzaban á ciertos emisarios secretos de la corte. Por allí

El mismo dia que acaecieron los desórdenes de Hernani, debia jurarse la Constitucion en Bilbao ; pero el júbilo se trocó en alarma y sobresalto, quedando suspendida la fiesta, porque el regimiento de Trujillo se negó á hacer el servicio, arrastrando con su mal ejemplo á casi toda la guarnicion. En Portugalete y en Castrourdiales tambien se rebelaron las tropas á imitacion de las de Bilbao.

Por todas partes cundia el espíritu de insubordinacion en el ejército ; pero aun no era llegada la hora de las grandes iniquidades y de los asesinatos premeditados. El dia 15 de Agosto se acantonó en las inmediaciones de Miranda de Ebro el provincial de Segovia, procedente de Santander, donde habia dado muestras de indisciplina, y volvió á rebelarse cometiendo excesos. El general D. Rafael Ceballos Escalera, nombrado por Espartero para sustituirle durante su ausencia, tenia establecido en Miranda su cuartel general : resuelto á reprimir la sedicion, mandó arrestar á los que aparecieron más culpables entre los revoltosos ; pero habiéndose ejecutado la órden, al anochecer del 16 se amotinaron los cómplices de los presos, sublevaron el regimiento, y corrieron á ponerlos en libertad, paseándolos en triunfo por las calles y gritando : *"¡Mueran los traidores que nos roban lo nuestro!"* — En seguida se dirigen tumultuosamente al alojamiento del general, fuerzan las puertas, y allí, como dijo despues el Conde de Luchana, unos cuantos asesinos, vendidos á los agentes de D. Cárlos, clavaron el alevoso puñal en el corazon de un hijo predilecto de la patria... Muerto Escalera, las turbas registran y saquean su casa buscando los caudales que creian atesorados por el general, y encuentran *diez y seis* duros ; en vista de lo cual, y pretendiendo justificar su horrendo crímen, pasearon las calles ostentando en las puntas de las bayonetas unos periódicos de Madrid, segun los cuales se habian enviado á las tropas grandes remesas de dinero. — Nada hicieron los oficiales para impedir aquel criminal atentado : unos por cobardía, otros por complicidad. — Calmada la furia de los sediciosos, el baron de Carondelet se hizo obedecer de aquella gente y marchó con ella á la Puebla.

La noticia de lo ocurrido en Miranda llegó á Vitoria el 17, y causó profunda indignacion y alarma. Por la noche, algunos grupos de soldados y paisanos que les instigaban se lanzaron á las calles disparando tiros y dando gritos sediciosos. Era

andaba entonces el célebre Aviraneta, muy desviado ya de los exaltados, y en relaciones íntimas con D. Pío Pita Pizarro, á quien Cristina dispensaba su confianza en asuntos reservados. Aviraneta rechazó los cargos del Conde, con motivo de los sucesos de Hernani, los cuales deben atribuirse á instigaciones de los carlistas ; pero era desgracia de aquel sujeto encontrarse siempre donde habia conspiraciones y motines.

aquello una rebelion premeditada. El gobernador militar, D. Liborio Gonzalez, tomó al punto las debidas precauciones, pero no encontró apoyo en los demás jefes; y viendo crecer el tumulto, se refugió en casa de Zurbano, á quien aclamaban los insurrectos. Allí fueron á buscarle, y confundiendo con él á un ayudante suyo, cómplice en la conspiracion, le asesinaron: en seguida fué muerto el gobernador.

Pero esto no era más que el principio de la obra concebida en los tenebroros conciliábulos del crímen. Estaba meditado el plan y escogidas las víctimas: se habia formado una lista... y á la macilenta luz de la luna que daba á los asesinos ese color siniestro que hace más horrible su aspecto, se les veia leyendo en el sucio y ya ensangrentado papel los nombres de los que estaban condenados á morir como traidores, cuando no tenian otro delito que ser liberales honrados, habiendo algunos que toda su vida fué un contínuo martirio por la libertad [1].

El jefe de la plana mayor, Lopez; el presidente de la Diputacion, Arandia; el diputado Cano, anciano respetable y liberal consecuente; Aldama, redactor del *Boletin oficial* y otros fueron sucesiva y cruelmente asesinados y saqueadas sus casas en aquella fatídica noche, mientras que abandonadas las puertas de la plaza, se acercaban á acometerla los carlistas, que no podian ignorar lo que dentro pasaba.

Y estos atentados vandálicos se cometian á los gritos de "¡Viva Isabel II y la Constitucion!„ y mezclando á ellos los de ¡Viva Zurbano y Alaix, y mueran los traidores!„

¿Quiénes eran los traidores, sino los que movian á los asesinos y desorganizaban el ejército, sirviendo de instrumentos á los planes de los carlistas y de sus aliados?

Para contentar á la soldadesca, se impuso al dia siguiente á la ciudad una derrama de cuarenta mil duros, que al cabo de una hora fueron aprontados; y temiendo que en la noche siguiente se repitieran los excesos criminales de aquellas tropas, se hizo salir para Peñacerrada los batallones de Zurbano y de Almansa; pero quedaron impunes los delitos y subsistente el mal ejemplo.

Los sangrientos motines de Miranda y Vitoria coincidieron en fechas con la rebelion de los oficiales de la Guardia Real en Pozuelo de Alarcon. La coincidencia era casual; los pretextos diferentes; los móviles unos mismos en el fondo, aunque fuesen distintos los instrumentos y los fines.

Pocos dias despues, el 26 de Agosto, los cuerpos francos de Navarra, compuestos de individuos que, en su mayor parte, habian pertenecido á las filas carlistas, pa-

[1] PIRALA. Obra citada.

sando por delante de Pamplona, sorprendieron la guardia de la Puerta Nueva, relevaron las centinelas de la muralla, colocaron un piquete en casa del general Sarsfield, y en breve tiempo se hicieron dueños de la plaza sin encontrar el menor obstáculo.

Estos cuerpos, que consistian en dos batallones de tiradores y un escuadron de flanqueadores, hacia algun tiempo que se mostraban disgustados, porque no se les permitia entrar en Pamplona. Cuando llegaron á las puertas de la ciudad, venian ya en sedicion declarada, habiendo separado á los más de los oficiales, y siendo secundados por otros, entre ellos el coronel D. Leon Iriarte, que marchaba á la cabeza de la brigada. Este coronel habia firmado un documento en el que se comprometia con otros á llevar á cabo una conspiracion, que tenia por objeto proclamar la independencia de Navarra. Los jefes visibles del movimiento eran, sin embargo, los sargentos.

El golpe estaba preparado por la intriga, y se aprovechó para darlo la ocasion oportuna de hallarse ausente en operaciones D. Martin José Iriarte, que tenia á su cargo la capitanía general de la provincia, por estar enfermo el anciano conde de Sarsfield.

Enseñoreados de la plaza, los sediciosos nombraron una comision de sargentos, que instalándose en la Casa de la ciudad, mandó comparecer al Ayuntamiento, parte de la Diputacion y algunas personas pudientes, así como tambien al coronel jefe de la plana mayor D. Anastasio Mendivil y al desgraciado general Sarsfield. En aquella junta se quejaron los sargentos de la aversion con que, decian, se trataba á los cuerpos francos; pidieron que se les diesen las pagas vencidas y se les asegurasen las venideras; declararon que estaban resueltos á quedarse ellos de guarnicion, y á mandar é intervenir en los negocios públicos; y concluyeron por exigir desde luego una derrama de dinero. Nadie se atrevió á replicar á estas intimaciones insolentes, sostenidas en la calle por la soldadesca feroz y desenfrenada, excepto Mendivil, que contestó á los sediciosos reprobando enérgicamente su conducta.

Levantada la sesion, y mientras se procedia al reparto de la derrama, bajó Sarsfield de la Casa consistorial, y montó á caballo para retirarse á su domicilio: entonces las turbas comenzaron á insultarle de palabra, y le siguieron hostigando al caballo para que corriese, y gritando que el general queria escaparse. La Milicia nacional se habia puesto sobre las armas, y hacia lo posible para mantener el órden. Una patrulla de esta fuerza, al mando de un oficial, protegio á Sarsfield, lle-

vándole no sin dificultad hasta la plaza de la Constitucion, y haciéndole entrar en una casa particular. Pero entonces se agolparon á ella los perseguidores del anciano general, disparando algunos tiros; los nacionales defendieron la entrada; eran pocos y fueron arrollados: unos cuantos tiradores entraron á la casa, y siguiendo á Sarsfield hasta el cuarto piso, le alcanzaron y le cosieron á bayonetazos. El oficial de nacionales que le acompañaba pudo escaparse por los tejados.

Los asesinos bajaron arrastrando hasta el centro de la plaza el cadáver del general, y le dejaron allí completamente desnudo, expuesto á los indecentes ultrajes del populacho feroz, entre el que figuraban algunas impúdicas mujeres. Dos horas despues fué trasladado al hospital en una escalera de mano.

Las turbas corrieron, entre tanto, á casa del coronel Mendivil, á quien asesinaron de igual modo, sacando á la calle su cadáver, destruyendo los muebles y los papeles de sumarias, cuentas y documentos que habia en su oficina. La casa de Sarsfield fué saqueada. Varios sujetos particulares sucumbieron tambien aquella tarde y noche bajo el puñal de los sicarios; y durante más de un mes quedó la ciudad casi á disposicion de los cuerpos francos.

Tal es la relacion sucinta de las insurrecciones militares acaecidas durante los meses de Junio, Julio y Agosto de 1837: algunas otras menos importantes habian ocurrido en Mayo. Todas quedaron impunes por entonces; y sin embargo, cuando más quebrantada estaba la disciplina del ejército, cuando mayores eran sus apuros y necesidades, los motines cesaron de repente; lo cual, si otras pruebas faltáran, indicaria por sí solo que aquellas turbulencias criminales obedecian á extrañas sugestiones.

Habia, es verdad, en el ejército y en el país grandes motivos de descontento; siendo el principal de ellos esa calamidad endémica española, que despues se ha llamado *cuestion de Hacienda*, gravísima entónces, más que nunca, por el estado deplorable en que se hallaba la nacion y por las enormes cargas que imponia la guerra. ¿Cómo era posible cubrir las atenciones de un ejército de 220,000 hombres, con todo el material necesario en tiempo de campaña, estando el país pobre y continuamente devastado por las facciones? Porque es de advertir que estas pululaban en casi todas las provincias, metiéndose á carlistas todos los que tenian hambre y audacia para vivir del merodeo, ó lo que era peor, las recorrian en grandes masas, dejando en pos de sí la desolacion y la miseria.

En vano se esforzaba Mendizábal en plantear sus grandes planes de reforma, cu-

yo desarrollo solo con paz y tranquilidad podia realizarse. No existia la Hacienda propiamente hablando: toda su organizacion estaba en proyecto. El presupuesto de gastos de aquel año, hecha una reduccion de 400 millones, ascendia á 1,570, y los ingresos produjeron solamente 840, resultando un déficit de 730 millones. El haber de las obligaciones militares, desde 1.° de Octubre de 1836, á fin de Setiembre de 1837, importó 759.488,000 reales; y lo asignado por el Tesoro, en todo este tiempo, solo ascendió á 422.703.000. Se debian por consiguiente 336.785,000 reales.

De aquí las quejas de los militares, exacerbadas por la malignidad política; por el clamoreo de la prensa de oposicion, que maliciosamente suponia la existencia de grandes remesas de dinero, que nunca llegaban á su destino; y aun por la falta de tacto de algunos amigos del Gobierno y de los mismos ministros.

Argüelles, por ejemplo, decia un dia en el Congreso:

"El Gobierno reconoce... que en el dia tiene cien obligaciones que cumplir, y que solo puede satisfacer veinte. ¿Qué es, pues, lo que ha de hacer? Trampear... Salir del momento... Esto lo digo como exórdio, y para justificar los desatinos y disparates que conozco voy á decir.„

Pero no dijo tantos como Mendizábal en menos palabras. Acosado por los que intencionadamente ó de buena fé le hacian cargos por los atrasos de los militares, contestó en un arranque de irreflexion:

"No hay cuerpo ni oficial que pueda decir que se le deben más de cuatro meses: y siendo así, el oficial que no se entregue al juego ó á otros placeres, *¿no tendria un ciento de onzas que llevar consigo?*

Estas imprudentes palabras produjeron una tempestad en las tribunas; se apoderó de ellas la prensa, y acogió con fruicion las mil reclamaciones de los oficiales, que se consideraban ofendidos despues de mal pagados: hubo alguno que pidió satisfaccion al Ministro, y muchos se encontraron dispuestos, por esa y otras causas, á servir de instrumentos dóciles á los intrigantes políticos.

Cayó al fin el Ministerio Calatrava; le sucedió otro, y luego otros en brevísimo tiempo, sin que por esto mejorase, ni mucho menos, la situacion del ejército y del país: el mal tenia raices más profundas. Pero se calmaron algun tanto las pasiones, y poco despues quedó firmemente restablecida la disciplina militar, y satisfecha la vindicta pública, gracias á la energía del general Espartero, como veremos en su lugar.

IV.

La tragicomedia de la expedicion *real* llegaba, entre tanto, á su desenlace. Despues del terrible encuentro de Herrera, en que fué destruida la division Buerens, los carlistas continuaron su movimiento por Lagueruela y Calamocha hasta Monreal; pero en este punto se vieron obligados á retroceder hácia Albarracin para no encontrarse con el ejército del Conde de Luchana, que habiendo abandonado las cercanias de Madrid, se proponia efectuar su reunion con las fuerzas de Oráa, para caer juntos sobre los expedicionarios.

La persecucion activa que estos sufrian les llevó en precipitadas marchas, en cuatro dias, desde Orihuela del Tremedal hasta Cardenete y Buenache de Alarcon, al Sur de la provincia de Cuenca: no impidió, sin embargo, que en este punto se reuniese á la expedicion el incansable Cabrera con diez batallones y un regimiento de lanceros, que habia ido á recoger en Tortosa y otros puntos; con cuyo poderoso refuerzo continuó aquella su ruta hacia Madrid, llegando á Tarancon el 10 de Setiembre, y hospedándose D. Cárlos en casa de los padres de D. Fernando Muñoz, con quien estaba casada en secreto la Reina gobernadora.

El 11 pasaron el Tajo los expedicionarios, sirviéndoles de puente una balsa de pinos que bajaba casualmente por el rio, conducida por unos valencianos, y dirigiéndose por Belinchon y Fuentidueña á Arganda: en estos pueblos fueron muy festejados, particularmente en el último, donde hubo *Te-Deum,* repiques de campanas, colgaduras en los balcones y corrida de toros. Desde Tarancon se habia oficiado á Palillos, Orejita y otros cabecillas de la Mancha, para que acudiesen con sus fuerzas á engrosar el ejército carlista; pero fué interceptado el aviso, y quedó sin efecto aquella órden. Sin embargo, D. Cárlos contaba con 20 batallones y 12 escuadrones para acometer la grande empresa de apoderarse de la capital desguarnecida, y el infante D. Sebastian avanzó con la vanguardia, presentándose en Vallecas á las once y media de la noche.

Casi á la misma hora que los carlistas pasaban el Tajo, lo efectuaba Espartero por el puente de Auñon, con veintiun batallones, aunque escasos de hombres, y unos ochocientos caballos, despues de habérsele reunido la mermada division de Buerens

y la brigada de Iriarte, con cuyas fuerzas habia puesto á cubierto de un golpe de mano la ciudad de Cuenca. El ejército liberal entró aquella noche en Alcalá de Henares, y al anochecer del dia siguiente emprendió su marcha sobre Madrid.

Durante aquellas veinticuatro horas fué sumamente crítica la situacion de la capital: tres batallones y otros tantos escuadrones próximamente eran toda la fuerza del ejército que habia dentro de sus débiles tapias. Madrid, dividido en nueve distritos, á cargo de otros tantos generales, solo podia contar para su defensa con la Milicia nacional, que se aprestó llena de entusiasmo á resistir al enemigo.

El grito de alarma resonó en el Congreso, despues de terminada la sesion del 11, que se celebró con la mayor calma y serenidad: los diputados se armaron de fusiles y cananas, organizándose militarmente; cenaron en el mismo salon de sesiones [1], y un grupo de ellos salió á media noche á recorrer las avanzadas de la Milicia, haciendo el servicio de rondas. Olózaga tuvo la honra singular de mandar esta fuerza, que llegó al amanecer á los afueras de la puerta de Atocha, á la vista de los carlistas, que estaban en el portazgo del camino de Vallecas. Al *¿ quién vive?* de los puestos de la Milicia, daba Olózaga esta respuesta de un efecto mágico, por lo extraordinaria y solemne: *¡ Diputados de la nacion!* Los milicianos, al oirla, vitoreaban á las Córtes constituyentes, y los diputados contestaban aclamando á la Milicia y al ejército.

Por la mañana el infante D. Francisco recorrió á caballo toda la línea; y por la tarde lo hizo la Reina gobernadora, enardeciendo con su presencia el entusiasmo de los defensores de la capital.

"Aquel dia, por lo menos, la reina Cristina no debió quejarse de *la preponderancia del elemento popular en el recien promulgado código,* cuando recorrió las filas de los batallones de milicia nacional, cuya fuerza, engrosada con el elemento popular, se elevaba á más de 16,000 hombres. De no tratarse entonces más que de quién habia de ejercer la monarquía *sola y pura,* de no haber milicia nacional, la Reina solo hu-

[1] «Una sola particularidad allí ocurrida bastará para que se forme idea de la tranquilidad de ánimo y hasta del buen humor que reinaba en el Congreso. Tenia el señor García Blanco, dignísimo eclesiástico, erudito profesor y celoso miembro de aquellas Córtes, una facilidad portentosa para remedar la actitud, las maneras, la entonacion, el estilo y hasta la voz de los oradores: empezó á las altas horas de la noche por imitar los discursos de algunos de sus compañeros; y rogado por todos, mudando de bancos y de puestos, acabó por figurar una sesion, en que hizo tomar parte á todos los diputados más conocidos, con una propiedad que asombraba á los mismos que hablaban por los labios de su imitador... El asunto de aquel donoso debate de un solo orador era sobre la situacion por que se estaba pasando, y la intencion una graciosísima sátira contra los enemigos de la libertad.»—FERNANDEZ DE LOS RIOS. Obra citada.

biera podido reforzar la insignificante tropa que la rodeaba, con los jovellanistas, personajes que nadie vió aquellos dias, y que sin embargo, acaso iban y venian de la plaza de Oriente á Vallecas [1]„.

Impacientes los nacionales por cruzar sus armas con las de sus enemigos, muchos de ellos se unieron con unas compañías de cazadores del ejército, y apoyados por dos piezas y alguna caballería, salieron hasta el arroyo Abroñigal á tirotearse con las avanzadas de Cabrera.

Entre tanto, no con menor anhelo aguardaban los carlistas la órden de atacar á Madrid, y únicamente podia calmarlos algun tanto la presencia en el campamento de varios personages de la corte y el rumor de que se andaba en negociaciones. El baron de Milanges pasó, en efecto, dos veces desde el cuartel de D. Cárlos á conferenciar y acordar con Doña María Cristina; pero nada resultó de lo que, por lo visto, estaba convenido; "porque desagraviada esta señora de lo acaecido en la Granja con lo que sobrevino despues en Aravaca, y esperándolo ya todo del general Espartero, varió de pensamiento, contestando á Milanges, que... habiendo variado las circunstancias y tomado otro rumbo los negocios, nada habia ya de lo tratado; con lo que, chasqueado y burlado D. Cárlos, tuvo tambien él que variar su plan, viéndose precisado á huir de Castilla [2].„

La Reina, sin embargo, no se creia del todo segura: mientras andaba en contestaciones con los emisarios de su cuñado, llamó á San Miguel y le preguntó por uno de los generales que tenian á su cargo la defensa de una de las puertas de Madrid, y al manifestarle aquel dónde estaba, que era en la puerta más cercana á los carlistas, dijo que al instante se le destinara al centro de la poblacion. Recelando San Miguel que esto fuese por desconfianza, replicó Cristina. "No, no: es porque le quiero, y deseo que no esté en parage de tanto peligro.„—Aquel general estaba destinado á ser ministro de la Guerra de D. Cárlos.

Dentro de Madrid habia una llamada *Junta superior de Castilla la Nueva*, la cual hizo imprimir y circular furtivamente una proclama, en la que se leian estos períodos:

"Castellanos: las armas vencedoras del invicto Cárlos se preparan á venir sobre la capital del reino, para salvaros del ominoso yugo de un puñado de ambiciosos y cobardes, manchados con todos los crímenes más horrorosos. El general de nuestro

[1] P. de los Rios. Obra citada.

[2] *Biografía de Doña María Cristina de Borbon*, ya citada.

siglo, el vencedor de Morella (Cabrera), ocupará muy en breve esta corte, pero nada temais: todo está definitivamente arreglado por la mediacion de las potencias del Norte. El Príncipe de Asturias empuñará el cetro español, que su augusto padre le cede, conservando el gobierno de la monarquía: la hija de Fernando VII será su esposa, y la *augusta viuda* marchará á Italia á disfrutar lo que de derecho le corresponde...

"Una sola bandera tiene España: rey, religion, y patria: bajo ella pueden acogerse todos los hombres amantes de la prosperidad nacional. El Rey convocará las antiguas Córtes de España, y las necesidades políticas de la época serán satisfechas con el tino y circunspeccion que requieren las reformas sociales. Los tiempos de la Inquisicion y del despotismo pasaron ya... Una inmensa mayoría del partido cristino pelea por la misma causa; discordábamos en los medios, *pero ya nos entendemos;* ya cesarán nuestras sangrientas discordias, y de hoy más, todos seremos dignos del nombre español, ultrajado por unos pocos, que no escaparan de la justa venganza de las leyes...„

Defraudadas las esperanzas de D. Cárlos (que solo pudo conseguir de sus adictos en la corte algunos miles de duros), no habia otro medio para entrar en Madrid, que apelar á la fuerza de las armas, y á esto se mostraban decididos algunos de los jefes militares. Entre ellos se distinguia el cura Merino, cuyo entusiasmo rayó en locura á la vista de la capital y de su regio alcázar, en el que vió desde el campamento con un anteojo á Doña Isabel II y á su familia, asomadas á un balcon, fijando Merino en aquel instante toda su atencion en Cristina... "Siempre que le pidieron parecer sobre lo que convenia obrar en aquellas circunstancias, fué de opinion que deberia jugarse el todo por el todo, y que, *aunque hubiesen fallido las fundadas esperanzas de altas protecciones,* Madrid estaba desprovisto de guarnicion de tropa, y que la Milicia nacional que le defendia no podia ser comparada con los aguerridos soldados que ellos llevaban [1].„

Quizá tenia razon el famoso guerrillero; pero no contaba con el ejército del Conde de Luchana, que imprudentemente habia dejado D. Cárlos á su espalda, y cuya aproximacion obligó á este á retirarse hácia Mondéjar, en la madrugada del 13, con visible descontento de sus tropas.

Los dos ejércitos enemigos se cruzaron al amanecer sin encontrarse en el camino. El de Espartero acampó en Carabanchel de Arriba, dispuesto á marchar en cuanto

[1] *Movimiento de la guerra civil en Castilla la Vieja.—Galería militar contemporánea.*

se le proveyese de recursos para aliviar su penuria. El de D. Cárlos descansó dos dias en Mondéjar, donde se le reunieron unos mil mozos reclutados por los curas de aquellos pueblos y otras personas, y el 17, estando en Chiloeches, se divisaron á lo lejos las tropas liberales que venian en su seguimiento.

No desistia D. Cárlos de volver sobre Madrid, y se propuso sorprender á Espartero, contramarchando de noche hácia Alcalá de Henares, con gran contento de su gente, que veia renacer sus esperanzas de entrar en la coronada villa; pero el jefe liberal le penetró el intento, y fingiendo marchar á Guadalajara, de pronto hizo vanguardia de la retaguardia, y amaneció el 19 en Alcalá. El ejército carlista tuvo que retroceder, sin que los soldados ni los oficiales pudiesen darse cuenta de aquel movimiento retrógrado, cuya causa ignoraban, y que, disgustándoles sobremanera, hacia correr las voces de ineptitud y de traicion entre sus filas. Pronto conocieron á sus expensas el motivo de aquella retirada: Espartero que, sin pérdida de momento, salió de Alcalá, les alcanzó en Anchuelo, y cargando á su retaguardia, la puso en desórden y en espantosa dispersion. Los voluntarios que acababan de incorporarse á los carlistas, aumentaron con su temor el desconcierto, y todos huyeron precipitadamente á refugiarse en Aranzueque. Intentaron allí rehacerse tomando posiciones; pero tuvieron que abandonarlas con pérdida de doscientos prisioneros y doble número de presentados, prosiguiendo su fuga sin descanso hasta Brihuega, donde pernoctaron el 20. Fué aquello una verdadera batida, en la que el numeroso ejército carlista quedó casi aniquilado: sus fuerzas se hallaron reducidas á unos cuatro mil hombres, y estos desalentados y temerosos de no poder llegar á las provincias Vascongadas, que era ya su único anhelo: durante la noche del 19, divisiones enteras se habian separado de la expedicion; muchos iban dispersos sin saber á donde; otros quedaban rezagados en los pueblos, donde los sorprendía el enemigo rendidos por el sueño y el cansancio.

Un hecho basta para dar idea del pavor que dominaba á las escasas tropas que seguian acompañando á D. Cárlos. Al aproximarse Espartero á Brihuega, en la tarde del 21, escaparon los carlistas dejando abandonadas las raciones que habian reunido; y corriendo toda la noche, les amaneció en Fuentes: á las tres horas de su llegada, les arrojó de allí Espartero, obligándoles de nuevo á emprender la fuga, solo con sus guias de Luchana: las demás fuerzas que mandaba se habian dispersado por efecto de una espesa niebla.

De este modo, huyendo siempre, sin poder descansar ni comer, teniendo que

abandonar á cada paso las raciones en el momento de recogerlas, continuó su retirada desastrosa la mermada expedicion *real* hasta pasar el Duero por Gormaz, no sin haber sufrido una de sus divisiones un fuerte descalabro en Somolinos. Descendiendo por la ribera derecha del rio, logró reunirse en Aranda con el cuerpo de ejército de Zaratiegui. Este refuerzo, y el hallarse ya en país amigo, reanimaron algun tanto los perdidos alientos de los expedicionarios, que yendo á parar á Covarrubias, pudieron al fin disfrutar tres dias de descanso.

No tardó en alcanzarles el general Espartero, á cuya aproximacion abandonaron los carlistas aquel pueblo, replegándose á Retuerta. El conde de Luchana llevaba sus tropas descalzas y mal vestidas, pero animosas y sedientas de combates: habíase puesto en combinacion con el general Lorenzo, que operaba sobre el Duero, y acababa de reunírsele en Lerma una division del Norte mandada por Carondelet.

El 4 de Octubre se encontraron los dos ejércitos en Retuerta: el carlista ocupaba una série de montañas cubiertas de bosques; el liberal, aunque situado en buenas posiciones, tuvo que pelear á pecho descubierto. Cuatro horas duró el combate en una línea de media legua, luchando con gran valor unos y otros, y manteniéndose todo este tiempo indecisa la victoria. Llegó un momento en que Espartero creyó perdida la accion; pero la oportunidad con que envió la division de la Guardia real, mandada por Ribero, le aseguró el triunfo. Los carlistas abandonaron el campo, pronunciándose en retirada.

Espartero no suspendió la persecucion del enemigo más tiempo que el necesario para poner en salvo sus heridos, que pasaban de trescientos. En seguida se lanzó sobre las huellas de los expedicionarios, que iban en un estado lamentable, profundamente divididos los jefes, quejosos y casi en abierta rebelion los soldados, particularmente los navarros, que frecuentemente gritaban: *¡Hule! ¡hule! ¡A casa, á casa! ¡Mueran los traidores!* Parte de aquellas fuerzas marchó con el infante D. Sebastian por un lado á ganar los pasos del Ebro; la restante siguió acompañando á D. Cárlos, que huyendo de su afortunado perseguidor, anduvo muchos dias de un punto á otro, divagando por aquel escabroso país. El 14 de Octubre le destrozó Espartero la caballería en Huerta del Rey; el 18 le obligó á encerrarse en los pinares de Soria, que á los tres dias abandonó D. Cárlos, temiendo que su contrario los incendiase y le cortara la retirada.

Por fin, despues de mil vicisitudes y angustias, logró D. Cárlos pasar el Ebro con los tristes restos de su expedicion, y dirigiéndose á marchas forzadas por Villar-

cayo á Gayangos el 24, llegaron el 26 á Arciniega. Espartero se encaminó entonces á Miranda de Ebro, desde donde escribió á su señora, parientes y amigos de Logroño y Búrgos, para que le enviasen el dinero que pudiesen, habiendo antes reclamado auxilios del Gobierno, para socorrer á sus valientes y sufridas tropas, que se hallaban en el estado más aflictivo que puede imaginarse.

CAPÍTULO VIII.

Paz, órden y justicia

SUMARIO.—Alocuciones.—Los carlistas pintados por ellos mismos.—Severidad de Espartero.—Ojeada política: nuevas Córtes: los moderados en el poder.—Operaciones en Cataluña.—PRIM pelea en Dorri; concurre á levantar el sitio de Puigcerdá.—Opinion de Urbiztondo acerca de los carlistas catalanes.

I.

Terminada la expedicion de D. Cárlos, que tanta sangre y lágrimas costó á España, tanta devastacion á los pueblos por donde pasaron los ejércitos contendientes [1], y tantos trabajos, padecimientos y miserias á los mismos carlistas, sin otro resultado para ellos que el de empeorar su situacion, el Conde de Luchana dirigió á sus soldados una alocucion franca y enérgica, como todas las suyas, en la cual decia:

"La campaña de las provincias donde tuvo la audacia de penetrar el príncipe rebelde, ha sido terminada con gloria. Vosotros habeis excedido á mis deseos en valor, constancia y resignacion para batir al enemigo, arrostrar las fatigas y sufrir las privaciones. Tantas virtudes no podian menos de proporcionar un premio digno de tales soldados, cual es el triunfo sobre las hordas del Pretendiente; de ese caudillo de hombres que han manchado con mil crímenes el suelo que intentaron subyugar. Vosotros, tan intrépidos como sufridos, los habeis lanzado, librando á vuestros pueblos y familias de la tiranía y del oprobio; los habeis arrollado donde quiera que, á fuerza de marchas penosas, han sido obligados al combate; los habeis, en fin, hecho penetrar en el país rebelde del que salieron orgullosos. Allí ocultarán, si pueden, su vergüenza. Pero aun allí debe alcanzarles la justa maldicion de tanta

[1] Durante 164 dias anduvo la expedicion 538 leguas, pasando por 353 poblaciones grandes y pequeñas, é invadiendo las provincias del Alto y Bajo Aragon, Cataluña, Valencia, Cuenca, La Mancha, y las dos Castillas.

víctima, y el castigo de sus atrocidades. Ese país que los abriga os es bien conocido. En él os esperan nuevos laureles.„

Para conseguirlos, y dar la paz y la libertad á la patria, recomendaba el sufrimiento, y sobre todo la disciplina. "Ella da siempre la victoria, decia. ¿ Y habrá entre vosotros uno solo que, faltando al más sagrado de sus deberes, la ofrezca al enemigo ? Vuestro general no lo espera: mas si lo hubiese, indigno entonces de mi cariño, y mal camarada vuestro, seria entregado al rigor de las leyes militares.„

D. Cárlos, por su parte, dió el 29 de Octubre en Arciniega una alocucion famosa, obra maestra del despecho, del encono y de la rabia de sus malos consejeros, en la que, disfrazando la verdad histórica, se hacia recaer la responsabilidad de la derrota sobre muchos generales y jefes, á quienes se acusaba de traicion. Las rivalidades, los odios que existian entre los carlistas, léjos de calmarse, habian adquirido colosales proporciones, cuando la comun desgracia hacia más necesario el concierto de las voluntades; y predominando en los consejos del Príncipe los partidarios del absolutismo intolerante, no se hablaba más que de fusilamientos y venganzas, de sangre y exterminio contra los defensores de una misma causa. Los partidos extremos son así: tienen el instinto del suicidio.

A esta corriente de ideas, que arrastraba á una parte de la soldadesca y del pueblo, correspondia la alocucion de Arciniega; sobre la cual, y sobre el cáncer que debia devorar al partido carlista, dejaremos hablar á los mismos que en sus filas militaron.

"D. Cárlos, ya en Arciniega (dice Lassala), se habia entregado pública y completamente al partido extremado [1]; y este, lleno de fuerza, en completa victoria, elevado al poder, firme en no dejárselo arrebatar, y decidido á un triunfo de exterminio sobre sus odiados contrarios, empezó la ejecucion de sus proyectos, haciendo toda suerte de esfuerzos para preparar una opinion pública coadyuvadora de sus designios; y para conseguirlo, hizo que D. Cárlos dirigiese una proclama al ejército, y otra al país, en las que se amontonaron tremendas acusaciones sobre el partido opuesto, y en las que se descubrió el sistema de terror y de persecucion que contra él iba á regir: por esto, interesados en hacer creer á los infortunados pueblos y soldados, que la traicion, y solo la traicion habia detenido el triunfo carlista; y cuando columnas inmensas de infantería, con una formidable caballería y artille-

[1] Hizo bien: aquel era el partido representante de sus ideas; el único digno de tremolar su bandera; la bandera de 1814, de 1823, de 1827, que importaba mucho á España y á la humanidad ver desplegada sin hipocresía y en toda su desnudez.

ría, habian en todas partes arrollado á las tropas de D. Cárlos desde Alcalá; y cuando él mismo debia su salvacion á solo las más inesperadas casualidades, le hizo decir el espíritu de partido:—*Vencida y humillada la revolucion, y próxima á sucumbir á vuestros esfuerzos sobrehumanos, ha puesto sus últimas esperanzas en medios dignos de su perfidia, para prolongar algunos dias más su sangrienta existencia.*„

"Con el fin de preparar los ánimos contra los que se proponian sacrificar, se dijo en la misma proclama:—*Por fortuna han sido descubiertas sus tramas, y sabré frustrarlas.*—Y cuando vencido, desacreditado y perdido su prestigio, se habia refugiado en las Provincias, continuaba diciendo:—"Para tomar medidas que puedan "poner término á esta lucha de desolacion y de muerte, y para ejecutarlas, he "vuelto momentáneamente á estas fieles provincias; pero pronto me vereis, como "hoy me veis aquí, en los sitios donde me llaman mis deberes.„ Consecuentes en su encono á la expedicion de Zaratiegui por sus ventajas y sistema, se le acriminó de este modo: —"*Si la falta de municiones ó de cooperacion de algun cuerpo os ha obligado á veces á ceder terreno, lo habeis hecho pagar bien caro.*„ A unas tropas sacrificadas en la expedicion de D. Cárlos por el hambre y toda suerte de necesidades, que no habian pisado una sola capital, y apenas alguna poblacion crecida, y que en ninguna parte se habian podido establecer, se tuvo la insolencia de decirles:—"Ha- "beis hecho ver á la Europa entera que mis enemigos son los enemigos de mis "pueblos, cuya lealtad y decision no pueden ser mayores, cuyo afecto á mi perso- "na y entusiasmo por mi justa y sagrada causa han arrostrado la sangrienta ven- "ganza de sus opresores. [1]„

"Incansables en preparar más y más al ejército y á los pueblos para las escenas de persecucion que meditaban, y de cuya injusticia temblaban ellos mismos, hicieron repetir á D. Cárlos:—"Sí, voluntarios: no ha dependido de vosotros ni de mis "pueblos el dejar de exterminar la usurpacion en ese país desgraciado, teatro de "los crímenes más horrendos y de la anarquía que devora á sus habitantes, y aca- "bará por devorarse á sí misma..... Causas extrañas, causas conocidas, pero inde-

[1] Tambien les decia: «No bastaba la continuada série de hazañas y de prodigios que forman la historia de vuestras campañas: *los cinco últimos meses llevan vuestro mérito más allá de cuanto se habia visto, y el cuerpo expedicionario que me ha acompañado, ofrece un ejemplar sin modelo.*» (En efecto, ninguno habia corrido tan de prisa)... «*Habeis vencido al ejército revolucionario en los llanos como en las montañas, sin artillería como con ella*... y en las mismas retiradas, un corto número ha podido marchar *seguido, no hostilizado, por más de dobles fuerzas, que no han osado atacaros cuando les presentábais la batalla*, que ni un solo tiro han disparado contra vuestras masas.»

"pendientes de vosotros, han prolongado las desgracias de la patria; mas estas van "á desaparecer para siempre.....„

"Dada esta proclama á las tropas, y extendida en igual sentido la dirigida á los pueblos, las hicieron circular rápida y prodigiosamente, mandando que fuesen leidas los dias de fiesta en la misa mayor: el Real se estableció en Amurrio; numerosos agentes se extendieron por todas partes, repitiendo de mil modos que era orígen de las últimas desgracias la traicion de personas, que D. Cárlos habia ya conocido *con el auxilio del cielo*, y que iba á separar del ejército: no cesaron de propalar que la guerra se hubiera concluido, y que todo serian dias de dicha, á no haber existido semejantes hombres, vendidos á los masones;... que los tales traidores se sabia que aspiraban á una transaccion, para hacer triunfar las ideas irreligiosas, de que secretamente se hallaban poseidos, y porque veian que de otro modo no se podia salvar el partido de la Reina [1];... que tantos sacrificios y tanta sangre vertida se habian malogrado por solo estas causas, y que era necesario repetir de nuevo toda clase de esfuerzos, pero con seguridad del triunfo, puesto que ya se habian descubierto los malos, que pronto serian castigados...

"El ministerio (carlista) se organizó de nuevo, quedando Lavandero en el ramo de Hacienda, separado del de la Guerra el general Cabañas, y encargado de este interinamente, del de Gracia y Justicia por hallarse en Estella el obispo de Leon, y del de Estado por estar vacante, D. José Arias Tejeiro, que de hecho vino á ser el ministro universal, y el alma y direccion del partido dominante...„

Refiriéndose á esta misma época, en su *Memoria militar y política*, dice el auditor de guerra Arizaga:

"En el ejército se oyeron las voces de *¡muera Moreno!* El país se vió sorprendido en vista de sucesos tan lamentables, y los partidos (carlistas), desencadenados en sus pasiones rencorosas, no pensaban tanto en triunfar del enemigo como en destruirse y devorarse...

"El ministro de la Guerra D. Manuel Cabañas fué exonerado de su vital y vasta dependencia, agregando esta al ministerio de Estado, con desaprobacion general de todo el ejército; porque esta eleccion, que hizo D. Cárlos en Arias Tejeiro, manchó la reputacion de sus generales, jefes, oficiales y soldados; declaró la ineptitud de todos ellos; proclamó que no en la guerra, sino en los manejos é intrigas cifraba el triunfo de su causa... Desde este momento se abrió la última era de perdicion para

[1] Luego D. Cárlos, al acercarse á Madrid, llamado por Cristina, no pensaba en transigir con esta ni con su partido.

la causa de D. Cárlos; porque resumido el poder en un hombre avaro y desacreditado, se protegió un partido de personas resentidas y ambiciosas de mando, que desplegaron el furor que las dominaba contra todo lo que pudiese servír de oposicion á sus planes afrentosos. Tal ministro y semejantes apoyos hicieron concebir á D. Cárlos fuertes y recelosas prevenciones contra los hombres que habian dado públicas, repetidas y positivas pruebas de entusiasmo y desprendimiento, y una vil hipocresía, *que aun fuera criminal en el claustro,* formó el gobierno que vivia en el campamento. Bajo tales auspicios, la venganza y las malas pasiones se pusieron á la órden del dia, y desapareció todo lo grande, todo lo brillante, que debia ser la gala como la vida de la causa de D. Cárlos....

"El príncipe horrorizado, obcecado y lleno de recelo, se sujetó á la direccion de Arias Tejeiro y de los que formaban su parcialidad, permitiendo con toda amplitud á su ministro la ejecucion de cuantos proyectos y atentados tuvieron lugar contra los hombres que aborrecia.... y á pesar de los antecedentes de afrenta que se habia granjeado D. Juan Antonio Guergué en la expedicion sobre Cataluña, hizo que D. Cárlos le confiase el mando de sus tropas....

"El infante D. Sebastian fué altamente infamado; el general Villarreal, tan dignamente estimado en el ejército por sus eminentes servicios, fué desterrado á Guernica; D. Simon de la Torre, á Villaro; Zaratiegui, vencedor en muchos combates y altamemente reputado entre sus compañeros, fué preso en Zúñiga y conducido con escolta al fuerte de Arciniega; D. Joaquin Elío, tan ilustre por su nombre como por sus hechos, fué igualmente arrestado en el de Urquiola; D. Fernando Cabañas, en el castillo de Guevara; á D. Nazario Eguía se le estrechó en su prision de San Gregorio; y cuantos generales, jefes, oficiales y ayudantes de E. M. eran conocidos por su amistad á D. Sebastian y á los generales apresados, fueron separados de sus destinos, y desterrados á poblaciones próximas á las líneas enemigas, con el objeto sin duda de que sufriesen la suerte de prisioneros, ó de que alimentasen una vida tan agitada como violenta era la posicion arriesgada que ocupaban....

..."No pudiendo (Tejeiro) ganar la confianza, la amistad de los francos militares, que eran la esperanza de la causa carlista, se allegó y unió con los eclesiásticos y personas que rodeaban inmediatamente á D. Cárlos, y á quienes por su ardiente piedad ó ciega ignorancia era fácil hacer instrumentos de su ambicion, lisonjeando sus rencores„...

"Un descontento general en el Estado [1] trastornó muy luego el órden de cosas; y un campo guerrero y belicoso se convirtió en una curia de malos escribanos; porque, preso medio ejército, se nombró á la tercera parte del otro para custodiarlo, escoltar fiscales, y en nombramiento de secretarios: los caminos, hollados antes por beneméritos jefes y oficiales... se vieron cruzados entonces en todas direcciones por funcionarios y encargados de procedimientos y causas judiciales.

"El país modelo de fidelidad se vió agoviado y vigilado por una esquisita policía, y los lamentos de todos sus habitantes eran tan generales, como perniciosa creian la marcha que tocaban y observaban en el primer funcionario del gobierno, cuyo nombramiento todos censuraban [2]."

Nada de esto debia sorprender á los carlistas ilustrados: el dualismo de su partido era un hecho constante y manifiesto desde que comenzó la lucha entre los dos principios, liberal y absolutista: la guerra de los realistas *netos*, de los *apostólicos*, de los furibundos contra los templados existia ya, por lo menos, en tiempo de Fernando VII, y habia dado lugar á mil intrigas y á rebeliones armadas: aquel antagonismo, aunque permaneciese velado y latente más ó menos tiempo, no podia menos de manifestarse con cualquier motivo en los momentos de exaltacion, y siempre que se tratase de dirigir la marcha de los negocios; y si esto sucedia cuando estaba en disputa la corona, en el caso de triunfar D. Cárlos, la excision entre sus defensores habria estallado de un modo violento, feroz y sanguinario.

Los carlistas civilizados y tolerantes, si no por las lecciones de la experiencia, por el testimonio de su sentido íntimo, debieran haberse convencido de que estaban fuera de su centro defendiendo el absolutismo, como lo estaban los moderados en el campo constitucional; y siendo, como eran, hombres instruidos y conocedores de la Historia, facilmente se habrian penetrado, por poco que meditasen, de que nada nuevo ni extraordinario pasaba en la corte y en los dominios del Pretendiente: todo aquello, y cosas peores, se habian visto en diferentes reinados absolutos: no era más que un ensayo del sistema de gobierno, que ellos mismos procuraban restablecer, y en el cual Arias Tejeiro ocupaba el puesto de los Lermas, Calderones y Olivares; de los Nithard y Valenzuelas; de los Godoys y Calomardes.

[1] No habia por qué: el árbol del absolutismo, que los carlistas regaban con su sangre, daba sus frutos: y, aunque verdes, eran los que naturalmente debia dar.

[2] Por muy justas que fuesen las quejas y las censuras, nadie tenia derecho á manifestarlas, siendo aquel nombramiento y sus consecuencias del gusto del *monarca*, á quien los pueblos que aceptan el absolutismo deben obedecer ciegamente y sin murmurar.

Las privanzas, las intrigas cortesanas, el pandillaje, los ódios, las calumnias y persecuciones acompañan por lo comun á estas formas de gobierno, donde las influencias personales se sobreponen facilmente al mérito, á las leyes y á la justicia. Por esto las rivalidades en el campo carlista fueron terribles; las venganzas implacables, y las ejecuciones capitales el premio de largos servicios.

II.

Tambien el Conde de Luchana meditaba severos castigos; pero ¡cuán diferentes eran los móviles de su severidad! ¡Cuán recta y vigorosa fué su justicia! ¡cuán saludable su rigor!...

Las insurrecciones militares, los excesos y crímenes cometidos durante aquel verano, permanecian impunes; la disciplina del ejército quebrantada é insegura; la guerra en pié; la sociedad expuesta á los embates de la fuerza armada, endurecida y famélica; la libertad y la patria en inminente riesgo de perderse, cayendo en los abismos de la más desenfrenada anarquía, si con cualquier pretexto llegaban á reproducirse los pasados desórdenes.

Restablecer sólidamente la disciplina y subordinacion del ejército, no solo era cumplir un deber, necesario en todo tiempo, sino tambien restaurar los fueros de la justicia hollada, abrir nuevas sendas á la victoria, salvar la patria y la sociedad en peligro. Conseguirlo era más que ganar muchas batallas.

El dia 30 de Octubre de 1837 mandó Espartero formar en cuadro todas sus tropas á las puertas de Miranda de Ebro. Entre aquellas tropas estaba el regimiento provincial de Segovia, que acababa de incorporarse al ejército. En el acto de la formacion, solo tres hombres conocian el pensamiento del General en jefe: el de Estado mayor D. Antonio Van-Halen; el de la caballería, D. Juan Zabala, y Ponte, que mandaba la artillería. La caballería formó detrás de la infantería, teniendo órden de cargarla al menor amago de insurreccion: los cañones, cargados de metralla, fueron situados en lugar conveniente.

Las bandas militares anunciaron la llegada del General, que refrenando su caballo, mandó retirarse á todos sus ayudantes, y se quedó solo en medio del cuadro. Un silencio profundo reinó por algunos momentos entre aquellos miles de hombres,

que parecian como subyugados bajo la profunda y centelleante mirada de uno solo: todos contemplaban aquella figura erguida y magestuosa; aquel continente grave y severo, como nunca lo habian visto; aquel rostro lleno de dignidad y energía; y todos suspendieron la respiracion al observar que Espartero, vibrando la desnuda espada, se disponia á dirigirles la palabra.

"Soldados, exclamó el vencedor de Luchana: Os he reunido en este sitio para hablaros de un acontecimiento inaudito, de un hecho escandaloso que, empañando el honor del ejército español, eclipsa sus glorias, excita mi indignacion y atormenta mi alma de una manera inexplicable. Compañero vuestro en los infortunios, en las privaciones, y siempre el primero en los combates, prefiero mil géneros de muertes antes que consentir que vuestro honor se mancille; porque vuestro honor es el mio, así como mi sangre es vuestra sangre: ¡sangre preciosa, tantas veces prodigada en los campos de batalla! Vosotros me servireis de égida, de coraza: ¿no es verdad?„

Un grito general de asentimiento y de entusiasmo contestó á estas palabras.

"Ya lo sabia, prosiguió el general despues de una breve pausa. Esta union íntima entre el caudillo y sus valientes soldados nos hará invencibles: á ella debemos la serie de victorias que cubren de laurel inmarcesible vuestras tostadas frentes. Pero, escuchad: el dulce recuerdo de tantos infortunios, de acciones tan heroicas es acibarado por la horrible memoria de un crímen digno del mayor castigo; de un delito que no tiene igual en los fastos de la milicia...„

En seguida, con acento profundamente conmovido, con tétricos y vivos colores, trazó el cuadro de la feroz insurreccion de Miranda, y del asesinato del general Escalera; y despues de evocar ante los soldados el recuerdo de lo que aquel héroe habia hecho para conducirles á la victoria en la terrible noche de Luchana, exclamó con vigorosa energía:

"Los manes humeantes de la ilustre víctima claman venganza... ¡Sombra querida de mi valiente amigo!... La espada de la ley, sostenida por las invencibles bayonetas de mis camaradas, va á caer como el rayo sobre las culpables cabezas de tus cobardes asesinos. Sí, soldados: entre vosotros están los perpetradores de tan atroz delito, y su pestífero aliento emponzoña el aire que respiramos: vais á conocerlos, vais á presenciar su muerte... Los oculta este regimiento (señalando al de Segovia). Sí, en estas filas se ocultan los abominables asesinos que dieron muerte á su general: que los delaten inmediatamente sus mismos compañeros; y si por este medio no son descubiertos los criminales, que sea diezmado en el acto el provincial de Sego-

via.—General jefe de Estado mayor: disponed que se ejecute lo que acabo de prevenir.„

Sabian todos que, segun la Ordenanza, el regimiento entero podia ser diezmado: así es que la severa órden de Espartero fué considerada como un acto de justicia y de clemencia. Los diez asesinos del general Escalera fueron en el acto entregados por los inocentes á la accion de la ley militar, y en seguida pasados por las armas, previos los auxilios espirituales, en presencia de todas las tropas.

El provincial de Segovia fué disuelto inmediatamente, distribuyendo su fuerza entre los demás cuerpos. Treinta y seis indivíduos fueron á presidio; y al jefe, á los oficiales y sargentos se les dió la licencia absoluta por no haber cumplido sus deberes oponiéndose al motin aun á riesgo de perder la vida.

Pocos dias despues hacia Espartero conducir á su presencia á los autores de los crímenes cometidos en Hernani, Santander y otros puntos, y convictos de su delito, fueron enviados á presidio.

Desde Miranda pasó el conde á Pamplona, donde reunió un consejo de guerra de oficiales generales, presidido por él mismo, y condenó á ser pasados por las armas al coronel Iriarte, al comandante D. Pablo Barricart y á ocho sargentos, siendo diezmados los demás, é imponiéndose otras penas á los restantes sargentos y á los oficiales de los cuerpos francos.

De todas partes se dirigieron á Espartero fervientes felicitaciones por estos actos de energía, recibidos con satisfaccion y hasta con entusiasmo por muchos cuerpos del ejército. Desde entonces quedó firmemente asentada la disciplina, y con ella pudo contarse como segura la victoria.

III.

La marcha política que, entre tanto, se seguia en Madrid, pudiera calificarse de extravagante. Al ministerio Calatrava sucedió uno de transicion, compuesto de elementos heterogéneos, de modestas medianías la mayor parte, que á los cuatro dias sufrió una modificacion, seguida de otros cambios de ministros.

"Sin apoyo en las Córtes... sin prestigio en Palacio, *donde solo se pensaba en el triunfo de los moderados,* los nuevos ministros hallábanse imposibilitados para gober-

nar, y dejaban á la política que marchase á la ventura, abandonando las elecciones... sin que el Gobierno tomara la menor iniciativa en ellas...

"El partido moderado no creia llegada la ocasion de apoderarse francamente de las riendas del Estado, y llenaba el abismo de la política con ministros nulos é inofensivos, que le sirviesen al fin de pretexto para llegar al poder [1]."

Solo así puede explicarse aquella situacion anómala: dueños de ella los moderados, pero sin mayoría en las Córtes, aguardaban ocasion oportuna de tomar el mando; y entre tanto, ni gobernaban, ni dejaban gobernar.

Por esto decia una comision del Congreso con lenguaje demasiado rudo:

"Sepan los españoles quienes son los enemigos de la Constitucion y de todo sistema que emane de la soberanía nacional; sepan las rateras intrigas de propios y extraños para detener ó inutilizar las reformas que estas Córtes han dictado y preparan. Póngase de manifiesto el manejo antilegal de los que quieren mandar en secreto, ó la sombra de un gobierno responsable, que ellos procuran engañar, incapacitar ó destruir cuando les conviene... Absolutistas hay entre los defensores de Isabel II, que empezarian por mudar nuestra Constitucion en otra otorgada."

Las Córtes Constituyentes permanecian abiertas, mientras se reunian las ordinarias que estaban convocadas. Las elecciones se efectuaron en Setiembre por la nueva ley, que daba larga influencia á las clases acomodadas, y por consiguiente al partido moderado. Este supo aprovechar las circunstancias, y sus mismos contrarios les allanaron el triunfo en muchas provincias, cometiendo excesos, atropellando electores y hasta asesinando alguno, lo cual retrajo á las personas sensatas de sus mismas ideas de acudir á las urnas. Estos desórdenes contribuyeron á dar mayoría en las nuevas Córtes á los moderados; los cuales, no solo en el Senado contaron con el apoyo de muchos de los antiguos próceres, sino que llevaron otra vez al Congreso sus principales caudillos Martinez de la Rosa y Toreno, Istúriz y Galiano, reforzando su numerosa hueste con algunos hombres de indisputable valía. Pacheco, Donoso Cortés, Bravo Murillo, Benavides, Arrazola, entre otros, venian por primera vez al palenque parlamentario, y con ellos empezaban á figurar Mon, Olivan, Castro y Orozco en las mismas filas, donde tambien estaban los generales Córdoba y Narvaez.

El país, cansado de trastornos y de agitacion estéril, esperaba de aquellos hombres lo que no habia podido conseguir, ni era asequible, durante el período constituyente, y lo que más necesitaba; esto es: tranquilidad, gobierno y buena adminis-

[1] Rico y Amat. Obra citada.

tracion. Pero las esperanzas del país quedaron por entonces defraudadas; porque los moderados no traian el pensamiento de consolidar, sino el de deshacer punto por punto la obra de la revolucion.

Apenas hechas las elecciones de Setiembre, como si esto solo fuera su objeto, desapareció el Ministerio de Agosto, para ser reemplazado por otro tan nulo como su antecesor; y el 4 de Noviembre se declararon disueltas las Córtes Constituyentes.

Desprestigiadas aquellas Córtes en la opinion, por haber perdido mucho tiempo en discusiones frívolas, y aun desdeñado alguna vez ocuparse en materias de Hacienda, pocos de sus miembros fueron reelegidos. La posteridad debe, sin embargo, hacer justicia á los legisladores de 1837, que en medio de sus flaquezas y miserias políticas, llevaron á cabo trabajos de importancia suma; siendo algunos de ellos la causa y el punto objetivo de la guerra que se les hizo. Aparte de la Constitucion, cuyo espíritu conciliador y armónico es un gran título de gloria para sus autores, aquellas Córtes hicieron unas leyes orgánicas, la electoral y la de relaciones entre los cuerpos colegisladores, que solo podian ser repudiadas por el más ciego exclusivismo de partido; legislaron sobre el ejercicio de la libertad de imprenta; decretaron una amnistía por delitos políticos; fueron justas anulando el secuestro de bienes de los ausentes por desafectos, y disponiendo la devolucion á los compradores de las fincas de propios y comunes, vendidas por la nacion en los años de 1820 á 23; restablecieron los decretos de las Córtes de anteriores épocas mandando quitar y demoler todos los signos de vasallaje que hubiese en los pueblos; la ley de señoríos y la abolicion de privilegios exclusivos, privativos y prohibitivos; declararon bienes nacionales las propiedades del clero secular; suprimieron los diezmos y primicias; extinguieron todos los monasterios, conventos, congregaciones y casas religiosas con algunas excepciones; y como complemento necesario de estas reformas, acometieron la árdua empresa del arreglo del clero en la parte económica y administrativa.

Con poco acierto, aunque la intencion fuese buena, se introdujo el Congreso á dirigir y fiscalizar los asuntos de la guerra, siendo por ello justamente censurado y atrayéndose la animosidad de los militares; y en mal hora facultó al Gobierno, en 15 de Setiembre, para disponer de las alhajas de las iglesias, dando ocasion al escandaloso saqueo de cuadros magníficos y otros muebles de los conventos, que los particulares se apropiaron ó vendieron á vil precio. De estos desmanes, sin embargo, no eran culpables las Córtes.

En el decreto de disolucion de las constituyentes, se hizo decir á la Reina gobernadora:

"Aprovecho esta ocasion para manifestar á los señores diputados *mi profundo y sincero agradecimiento* por las muchas y relevantes pruebas que han dado de *lealtad y adhesion al trono de mi augusta hija,... á mí como reina gobernadora* durante su menor edad, y á la nacion, cuyos intereses han promovido con tal celo y tal perseverancia. Tampoco puedo menos de manifestar lo muy satisfecha que me hallo de la sabiduría con que han procedido en la formacion de la Constitucion, *que todos hemos jurado, y que yo observaré y haré que se observe inviolablemente.*„

Aquel mismo dia, por consejo del ministro de Gracia y Justicia, D. Pablo Mata Vigil, negaba la Reina la sancion á la ley de arreglo del clero.

Abriéronse las nuevas Córtes el 19 de Noviembre, solemnizando con este acto los dias de Doña Isabel II, y leyendo la Gobernadora un discurso tan falto de verdad en el fondo, como desaliñado en la forma, cuya contestacion dió orígen á empeñados y animadísimos debates en el Congreso de diputados. Ya en las juntas preparatorias habia podido conocerse que los moderados, aunque su mayoría era exígua en aquel cuerpo, venian poco dispuestos á mantener la concordia entre los dos partidos constitucionales. Trabada la batalla en la discusion del mensaje, se mostraron duros y agresivos con sus contrarios, acusándoles de trastornadores. "Con "la Constitucion en la mano, defendíanse los progresistas, presentándose como hom"bres de órden y legalidad en su sistema de reformas.—Vosotros habeis hecho esa "Constitucion, (les decian los conservadores), sobre nuestras bases y principios: de "vosotros son las palabras; de nosotros las ideas y doctrinas.—Pues gobernad con "ella (replicaban los progresistas), y nos tendreis á vuestro lado. — Para mandar "con ella (añadian los moderados) preciso es despojarla de esas leyes orgánicas que "contradicen su esencia [1].„

Durante aquellos debates desplegó Martinez de la Rosa la bandera del partido moderado, formulando su programa en tres palabras de un efecto mágico: *Paz, Orden* y *Justicia.* Pero estas palabras, por decir demasiado, nada decian, como no expresasen una terrible acusacion contra el partido opuesto, suponiéndole inclinado á la guerra, al desórden y á la injusticia; en cuyo caso llevaban en sí mismas la negacion del programa, porque constituian un ataque injusto y provocaban las iras de los adversarios. No las rechazaban estos, manifestando que tales palabras eran

[1] Rico y Amat. Obra citada.

la expresion del sentimiento de todos los españoles; mas, para que algo significasen, faltaba conocer los medios de conseguir la paz, de afianzar el órden y de asentar sobre sólidas bases el imperio de la justicia.

Un gran medio, el más eficaz, sin duda, para conseguir tan altos fines era la aceptacion franca y leal de la Constitucion política recientemente promulgada, que el mismo Martinez de la Rosa declaró haber sido hecha con los principios y doctrinas de su partido. Así quedaba cerrado el período constituyente de un modo natural y llano: así desaparecia uno de los más fecundos semilleros de discordias. Por desgracia, el mismo partido moderado andaba ya dividido en opiniones, sobre si habia ó no de abolirse la Constitucion de 1837 restableciendo el Estatuto, y estaba unánime en la idea de variar las leyes orgánicas por otras menos conciliadoras y conformes con el espíritu de la ley fundamental. Por desgracia, la lucha apasionada é intransigente comenzaba en el momento de proclamarse la concordia: "nunca se habia pronunciado la palabra *paz* en vísperas de más guerra; nunca se habia invocado el *órden* y la *justicia* más cerca de una era de injusticias y desórdenes."

Al chocar de las armas de los dos partidos contendientes en el palenque de las Córtes, brotó una chispa de verdad innegable, que hirió de muerte al Ministerio: se reconoció por todos que *no habia gobierno*. El gabinete formado en Octubre se hundió bajo el peso de su nulidad, viniendo á sucederle otro presidido por D. Narciso Heredia, conde de Ofalia, á quien se dió la cartera de Estado [1].

¡Tres cambios de ministerio, y veinte nombramientos de ministros en cuatro meses!...

Correspondia el poder á los moderados, puesto que tenian mayoría en ambas cámaras; y en efecto, el nuevo gabinete fué formado bajo la influencia del Conde de Toreno, que introdujo en él á D. Alejandro Mon, prometiéndose tenerle á sus órdenes en el departamento de Hacienda. Mon habia empezado su carrera cuatro años antes

[1] «Fué á buscarse (dice Galiano) para presidente del Consejo de ministros á un personaje instruido y hábil, tanto como diestro en los negocios; pero que, no obstante haber sido prócer y del Consejo de gobierno instituido por el difunto rey en su testamento para ayudar á la Regente, y ministro en 1833 á la época del fallecimiento del rey Fernando.... era ajeno á los partidos que dividian á los constitucionales, *siendo estimado parcial de la monarquía pura, y habiendo desempeñado el ministerio de Estado en 1824, época infausta, y para los liberales odiosa*, y servido despues varios destinos de la mayor importancia cuando regia á su patria el gobierno titulado absoluto.»

En el momento de entrar Ofalia en el salon del Congreso, dijo, aludiendo á él, D. Salustiano de Olózaga: que los que se sentáran en el banco del Ministerio, habian de poder mirar sin empacho las lápidas de los mártires de la libertad. Parece que Ofalia, siendo embajador en Paris, se habia servido de la traicion de un emigrado para descubrir á Fernando VII el plan que costó la vida á Torrijos.

por la secretaria de una subdelegacion subalterna de fomento. Los demás ministros eran, en Guerra, el Conde de Luchana; en Gracia y Justicia, D. Francisco Castro y Orozco, jóven granadino, recien salido de las aulas, y elevado desde los bancos de una junta revolucionaria á los del Congreso; en Gobernacion, el Marqués de Someruelos, y en Marina, D. Manuel Cañas.

"El nombramiento de Espartero (dice Pirala) fué un cebo para separarle indirectamente del mando de las tropas: era luego más fácil variar un ministro que un general en jefe. Pero no halagaba á Espartero el sillon ministerial, y aun cuando nunca quiso dejar el campamento por el gabinete, menos entonces por asociarse á un ministerio que no fué acogido con muchos aplausos por la opinion pública liberal, aun cuando se tuvieran esperanzas en algunos jóvenes que ascendian impensadamente á tan elevado puesto, y alguno por casualidad."

Mucho se instó al Conde de Luchana para que aceptase la cartera, y en último extremo para que designase la persona que hubiera de reemplazarle; pero se negó resueltamente á lo uno y á lo otro, manifestando que, para él, seria bueno cualquiera que, mereciendo la confianza de S. M., reuniese las cualidades necesarias en un cargo de tanta importancia.

Confirióse interinamente el ministerio de la Guerra al Baron del Solar Espinosa, quedando así completo un gabinete esencialmente moderado, que se presentó á las Córtes el 18 de Diciembre. Al pedir, cuatro dias despues, un señor diputado, que los ministros diesen cuenta del estado de la Hacienda y de la Guerra, contestó el jóven Mon: "que el ministro de la Guerra habia extendido una memoria; pero que él no presentaria ninguna; *porque la que formase no podia contener más que desastres...* Se discutirán los medios, dijo; se verán las necesidades de la guerra, y se pedirá á las Córtes lo que falte. Si hay órden, el Ministerio gobernará convenientemente, y si en el desenvolvimiento de la Constitucion no está conforme con el Congreso, se retirará."

Es decir, que el encargado del más importante de los departamentos ministeriales inauguraba su gestion declarando que no tenia plan ni pensamiento propio, al paso que su estudiado silencio sobre la situacion de la Hacienda revelaba de una manera elocuentísima la gravedad del mal y la impotencia del ministro para remediarlo. En verdad que, si los jefes y directores del partido moderado solo aguardaban, segun se ha creido, que se vencieran las dificultades y los apuros del Tesoro, para tomar ellos las riendas del Estado, procedian con poco acierto en la eleccion de personas. Mon podia llegar á ser un ministro de Hacienda aprovechado, luego

que adquiriese los conocimientos y la práctica de los negocios que requiere el desempeño de tan difícil cargo; pero entonces no era el hombre que se necesitaba, y durante el primer período de su administracion no hizo más que agravar la miseria pública, entregándose en manos de cuantos quisieron explotarla [1].

No faltó al nuevo Ministerio la confianza de las Córtes, tan inútiles como él mismo, á pesar de que figuraban en ellas muchos hombres de talento. Las tendencias reaccionarias de la mayoría encontraban una fuerte y vigorosa oposicion, y hacian perder el tiempo en discusiones infecundas. Durante la primera legislatura se aprobó un nuevo reglamento imitando el método francés en la division de secciones; se autorizó al Gobierno para seguir cobrando por aquel año los diezmos y primicias; se le autorizó igualmente para el cobro de las contribuciones, sin discutir los presupuestos; y se trató con insistencia la ociosa cuestion de procurar la cooperacion extranjera para poner término á la guerra civil [2]. No bastaban á los partidarios de esta idea los repetidos desaires recibidos, ni que el ministro francés M. Molé hubiese contestado en plena cámara de diputados con un terminante *jamás* á sus impertinentes demandas.

IV.

Volvamos la vista á Cataluña, donde quedó Urbiztondo separado de las huestes carlistas de la montaña y en aptitud de probar fortuna en la fértil provincia de Tarragona. Le habian asegurado que el Llarch de Copons y otros cabecillas que opera-

[1] Burgos. *Anales.*

[2] Todavía hoy no falta quien crea que, sin el auxilio de las armas extranjeras, difícilmente se habria vencido á los carlistas. Hé aquí el cuadro de las tropas auxiliares extranjeras que habia en España á fines de 1837, segun memoria presentada á las Córtes por el Baron del Solar, ministro interino de la Guerra:

	Hombres.	Caballos.
Legion francesa.	857	»
— inglesa.	1,452	222
Granaderos y cazadores de Oporto.	1,328	»
Total.	3,637	222

Comparadas estas cifras con las del Ejército español y fuerzas de la Milicia ciudadana, son como una gota de agua en el mar, sin que por esto se niegue que las legiones auxiliares prestaron buenos servicios.

ban en aquella comarca no carecian de recursos ni de buena organizacion, y contaba con ellos para emprender nuevas operaciones. Quiso averiguar ante todo en qué consistia el sistema administrativo que empleaba el Llarch para mantener sus batallones independientemente, sin necesitar apenas los auxilios de la Junta de la provincia; y no tardó en saber que un tal Pablo Mañé, hombre tosco y grosero, era el gran proveedor, el que hacia los repartos, recaudaba, distribuia, llevaba la contabilidad, sin más ayuda que la de catorce mozos de su confianza.

D. Eduardo Chao, á quien debemos estos detalles curiosos, refiere que Pau Mañé tenia una cueva de más de veinte varas de profundidad, á la cual era preciso bajar atado por una cuerda que iban soltando los mozos: esta cueva, cuyo secreto poseian pocos de los amigos de Pau, habia recibido de él el nombre de *Cárcel de Cárlos V.* Cuantas personas pudientes aprehendian los batallones del Llarch, y cuantas podian coger descuidadas los mozos, iban á parar á ella, y sufrian un trato tanto más duro y largo, cuanto más tardasen en aprontar la cantidad exigida por Mañé para su rescate. El mínimum estaba señalado en diez y seis onzas de oro. Cuando el prisionero, por imposibilidad ú otro motivo se resistia al pago, se le apremiaba de varios modos; bien fuese dejándole á pan y agua en aquel húmedo é inmundo calabozo, ó bien atormentándole á palos, y alguna vez con aceite hirviendo. Por el sufrimiento de las víctimas juzgaba el feroz Mañé de la posibilidad de su fortuna, y si debia ó no continuar su infernal procedimiento. Él mismo referia estas escenas como si fuesen actos meritorios, y hasta contaba con fanática imbecilidad que, si alguna vez se rompia la cuerda, y el infeliz atado á ella se estrellaba contra el suelo, sus destrozados miembros no eran recogidos, porque así servian de escarmiento á los demás.

Horrorizado Urbiztondo de estas crueldades, las prohibió absolutamente, y dió cuenta de ellas al cuartel de D. Cárlos, desconociendo el espíritu de rigorismo feroz que allí tambien dominaba.

Escasas y de poca importancia fueron ya las empresas que pudo acometer el caudillo carlista en Cataluña. Estando en San Quintin con algunos batallones, recibió aviso de la Junta de Berga para que acudiera al socorro de aquella plaza, amenazada por el Baron de Meer; pero Urbiztondo se excusó diciendo que no podia emprender ningun movimiento sin que las tropas fuesen socorridas al menos por ocho dias. Era el caso que la Junta, despues de haber depositado en Tristany toda su confianza, entregándole las fuerzas de la alta montaña, se vió momentáneamente privada

de su ayuda; porque el canónigo guerrillero acababa de sufrir una derrota: estando en Manlleu, con cinco mil hombres hizo frente á la division que mandaba el brigadier D. Jaime Carbó; el cual, aunque sus fuerzas eran muy inferiores en número, le forzó á retirarse á la sierra de Niubó, donde volvió á atacarle, poniendo en dispersion su gente, y causándole una pérdida de más de trescientos hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

Berga quedó libre del amago que sobre ella hizo el Baron, por haber tenido este que acudir á Barcelona, donde ocurrieron á la sazon algunos disturbios con motivo de las elecciones de que antes hemos hablado.

Entre tanto, Urbiztondo se apoderó de Piera, por connivencia con sus habitantes, y pasó el mes de Octubre ocupado en organizar la guerra en la provincia de Tarragona: presentóse á principios de Noviembre delante de Capellades; pero antes de romper el fuego contra esta villa, tuvo que levantar el campo huyendo de la brigada de Clemente. A los pocos dias, parte de sus fuerzas, acaudilladas por el Llarch de Copons, entraron en el pueblo de Rivas, merced á la traicion de algunos de sus vecinos, y entregándose al saqueo, cometieron los mayores excesos. Urbiztondo marchó entonces con aquellas hordas vandálicas á sitiar á Pont de Armentera: en el camino hubo de reprimir la insurreccion de uno de los batallones, que se sublevó contra su comandante, por haber querido este impedir la desercion de los soldados que, de acuerdo con los oficiales, se desbandaban para ir á vender el fruto de sus latrocinios.

Inútilmente atacaron los carlistas á Pont de Armentera: despues de haber hecho uso de un mal cañon que llevaban, en la noche del 16 de Noviembre se dispuso dar el asalto, que rechazaron vigorosamente los sitiados: íbase á repetir al dia siguiente; pero la aproximacion del Baron de Meer con fuerzas respetables obligó á Urbiztondo á retirar las suyas, ocultándose él mismo con sus ayudantes en un pajar, donde á la vez que descansaba, debia recibir nuevos avisos de los movimientos del enemigo. Allí fué sorprendido al poco rato por la vanguardia del Baron, y abandonado de los que le acompañaban, logró escaparse milagrosamente, dejándose con la precipitacion olvidado el capote y una cartera que contenia papeles del mayor interés para su dueño: habia entre ellos las minutas de dos enérgicas representaciones dirigidas á D. Cárlos, en las cuales se pintaba con vivísimos colores la criminal y desatentada conducta de los partidarios catalanes.

Aquella cartera fué á parar en manos del Baron de Meer, y en vano hizo Urbiztondo las más activas gestiones para recobrarla: solo consiguió que se le devolviesen

algunos recibos, cartas particulares y otros papeles poco importantes. Pesaroso el caudillo carlista con la pérdida de estos documentos, que podian comprometerle en sumo grado, marchó á reunirse con el coronel Tell de Mondedeu, que operaba por la parte de Falset, y acababa de ser vigorosamente rechazado de este pueblo y de Cornudella. La desgracia perseguia á Urbiztondo: las columnas del Baron no le dejaron punto de reposo, y encontrándose sin fuerzas bastantes para hacerles frente, pasó muchos dias en contínua movilidad, yendo á remanecer, al fin, en Berga, despues de sufrir mil azares y vicisitudes.

Distraidas en la provincia de Tarragona la mayor parte de las fuerzas constitucionales, pudo Tristany correrse al Ampurdan, donde sin duda se propuso vengar la vergonzosa derrota sufrida en Manlleu, cometiendo con su gente los más escandalosos atropellos: no bastaban el robo y el saqueo á aquellas bandas de foragidos; los asesinatos, las violaciones, los incendios señalaban su paso por aquel desventurado país, cuyos habitantes, aun los más afectos á la causa carlista, se armaron levantándose en masa para arrojar y perseguir, como á fieras, á los que se titulaban defensores del altar y el trono.

Tristany repartia su botin con la Junta, la cual le facilitó los auxilios indispensables para tomar á Puigcerdá. Contra esta villa se dirigió el ex-canónigo de Gerona, y habiendo formalizado el sitio, en la madrugada del 25 de Noviembre rompió contra la plaza el fuego de artillería. Despues de haber disparado unos noventa cañonazos, sin producir efecto alguno, á las diez de la noche se dió un asalto general con espantosa griteria; pero los defensores de Puigcerdá, que habian enarbolado bandera negra con una calavera, hicieron sentir á sus enemigos el peso de su valor, obligándoles á retirarse con pérdida de cien hombres.

Prosiguió el fuego los dos dias siguientes sin mejor resultado que el primero, y en la noche del 27 se retiraron los carlistas hácia Bagá, proponiéndose su jefe salir al encuentro de Carbó, que acudia con su division al socorro de Puigcerdá.

En las alturas de Dorri, dominando el camino, se situaron los batallones de Zorrilla, Boquica y el Muchacho, colocándose Tristany en el centro con las demás fuerzas: confiado en la superioridad numérica, no tomó todas las precauciones debidas, y cuando en la mañana del 28 creia obtener un triunfo seguro, sufrió una vergonzosa derrota. El jefe liberal, que á su gran valor reunia mucha pericia, y esa mirada perspicaz que decide las más veces el éxito de los combates, conoció al punto el flaco del enemigo, y sin detenerse un momento, le acometió brioso arrollando cuan-

to encontraba á su paso. En la distribucion de las fuerzas, tocó al capitan PRIM flanquear las elevadas posiciones que ocupaba el cabecilla Boquica: de todas ellas le desalojó PRIM con sus valientes cazadores, haciendo muchos prisioneros, y persiguiendo á los fugitivos con tanto empeño, que fué necesario tocar tres veces retirada para contener el ardor de los voluntarios francos: diríase que estos, presintiendo que peleaban por última vez á las órdenes de su bizarro capitan, se proponian dejarle una grata memoria de aquella jornada.

El brigadier Carbó no pudo menos de fijar su atencion en PRIM, cuyo nombre se citaba ya con elogio entre todos los oficiales que militaban en Cataluña; y entusiasmado en vista de su bizarro comportamiento, le dirigió frases muy lisonjeras en presencia de la division, y concluyó diciendo: "Desde luego queda V. propuesto para el grado de capitan del Ejército [1], por el mérito que acaba de contraer, y me reservo recomendarle muy especialmente al General en jefe, para que los hechos con que tanto se distingue sean debidamente recompensados."

La division de Carbó entró aquel mismo dia en Puigcerdá, cuyos valientes defensores le hicieron un recibimiento entusiasta.

Entre tanto Urbiztondo, aparentemente reconciliado con la Junta de Berga, solo deseaba marcharse cuanto antes de Cataluña; y al efecto habia enviado ya su dimision á D. Cárlos, temiendo que de un momento á otro se divulgara el contenido de su cartera. Molestábale además la posicion que ocupaban Carbó en Puigcerdá, y Vidart en la Seo de Urgel, pues dificultaban su evasion en caso necesario; y á fin de atraerles á otros puntos, envió á Tristany contra Cardona, uniéndose con él á los pocos dias, y retirándose á Solsona. En cuanto Carbó descendió de la Cerdaña, se aproximó Urbiztondo á la frontera, con pretexto de reconocer el estado en que se hallaba la division del Ros de Eroles; mandó á este reunírsele en Sort, y habiendo sabido que Vidart se dirigia á su encuentro, se decidió á presentarle la batalla en las formidables posiciones de Rialp. Allí se dió en efecto la accion, que no fué favorable á las armas liberales.

El 23 de Diciembre sucedió lo que Urbiztondo temia: el *Guardia Nacional*, periódico de Barcelona, publicó una de sus exposiciones á D. Cárlos; á consecuencia de lo cual, la Junta resolvió destituirle, despues de una sesion tumultuosa en la que se trató de prenderle. Sabedor de todo Urbiztondo, tuvo intencion de ir á Berga y fusilar á sus enemigos; pero le faltaban apoyos, y habiendo recibido al mismo tiem-

[1] Como capitan de francos, PRIM solo disfrutaba entonces la categoría de teniente de infantería.

po la noticia de que D. Cárlos aceptaba su dimision, escribió á la Junta diciéndole haber prevenido á los comandantes generales que se entendiesen con ella; marchó á Tor en seguida por el valle de Andorra, y pasó inmediatamente la frontera.

V.

Cuando Urbiztondo se presentó á D. Cárlos fué muy mal recibido, y se le mandó permanecer en Tolosa hasta ulterior determinacion. El motivo de su desgracia no era otro que el haber querido sostener dignamente la causa que defendia. Fuera de esto, su permanencia en Cataluña se hizo imposible desde el momento en que vieron la luz pública las exposiciones ya mencionadas; y como en ellas se pinta con vivísimos colores el comportamiento de los carlistas catalanes, cerraremos este capítulo extractando de dichos documentos los párrafos más notables.

"Cuando V. M. se dignó confiarme el mando militar de Cataluña (decia Urbiztondo en 15 de Agosto), pensé encontrar elementos que me ayudasen á abrir las sendas de la restauracion del Principado; mas me espanté, señor, cuando solo ví el crímen con el lema de Cárlos V, é hice las otras tristes observaciones que constan de mi manifiesto, elevado al ministerio de la Guerra en 10 de Agosto...

"Con nada es comparable la fiereza y sevícia de los llamados realistas catalanes: los pueblos son fincas de V. M. y los habitantes sus vasallos: estoy averiguando si es cierto que uno de estos caudillos ha quemado viva una mujer, para hacerlo morir tambien quemado, y resuelto á castigar crímenes espantosos, todo desórden público, y aun la agresion sobre opiniones en los hechos particulares; ó venderé mi vida á la justicia, ó daré los descargos á mi rey...„

En el manifiesto, ó comunicacion al ministro, que cita, decia Urbiztondo, "que los carlistas catalanes, hasta entonces, no conocian otro arte de la guerra que la rapiña y el vandalismo, ni otros jefes que aquellos que más se han distinguido por acciones indignas de un rey católico y de una causa justa, ni más derechos que obrar desenfrenadamente atropellando las leyes y los fueros, ni más subordinacion que su propia y libre voluntad, cuando no están satisfechas sus pasiones. V. E., al ver una descripcion tan poco conforme con las ideas generales (proseguia), no podrá menos de argüirme, cómo hombres tan destituidos de prendas militares y tan aban-

donados al delito, han podido reunir una fuerza respetable, consiguiendo las victorias que tanto han ocupado las prensas; y yo, si V. E. me lo permite, le contestaré francamente, que se ha aumentado el número de los criminales, al paso que disminuido el fervor realista; que sus victorias han sido figuradas en los teatros del engaño; que los decantados caudillos no han hecho otra cosa en general que enriquecerse, sin distinguir personas, á costa del que ha tenido, valiéndose de los medios de fuerza más inhumanos y crueles... que sus triunfos la mayor parte han sido el incendio, asesinatos y pillage; que sus violencias y rapiñas llegan á mí en queja á cada momento del dia, sin que pueda reprimirlas cual quisiera con la mano fuerte de la ley...„

Pero donde Urbiztondo rompió los diques de toda consideracion y miramiento, fué en la última de sus exposiciones á D. Cárlos, en la cual se leen los párrafos siguientes:

"Los que se han acercado á los piés de V. M. y los que han puesto sus firmas para hacerle creer que en Cataluña ardia la tea del realismo, iluminando en los pueblos y en los campos una gran parte de su territorio, han engañado á V. M. con la falsedad de una noticia fausta, que solo merece el nombre de funesta.„

Continuaba diciendo que las medidas de rigor tomadas por los generales Llauder y Mina habian hecho que sucumbieran los primeros que con lealtad y buena fé enarbolaron la bandera realista, hasta quedar este partido exánime "y su nombre vilipendiado y proscrito, siendo solo admitido con placer en los tribunales del tirano.„

"Tal era (proseguia) el estado triste y terrible del Principado de Cataluña, cuando salieron de sus casas hombres rústicos y miserables, de opinion desconocida, y de probidad muy dudosa, los cuales, reunidos en partidas, dieron principio á una clase de guerra irregular y tumultuaria, que por donde marchaba iba dejando los vestigios todos de la desolacion y del espanto: su número se fué aumentando progresivamente con los alicientes criminales, á que estimulaba el desórden anárquico, y tambien se fueron graduando los lamentos inconsolables, viendo los pacíficos habitantes una cuadrilla de agresores, sedientos principalmente de dinero, que disponian de sus vidas y haciendas con el puñal del foragido, teniendo la sacrílega osadía de proferir el nombre augusto de V. M. al tiempo de perpetrar los delitos más enormes y horrorosos que se sentencian en los tribunales...

"La instalacion de la junta y el penúltimo nombramiento de comandante general no proporcionaron otras ventajas que dar nombres á las cosas que pudieron existir:

en realidad poco ó nada adelantaron; porque cuando me encargué del mando, por solo obedecer á V. M., encontré el mal con los mismos síntomas del daño, y haciéndome estremecer la idea del terrible compromiso en que me veia metido, sin resquicio ni claro para salir de él sino á costa de mi honor ó de mi vida...

"Era preciso, señor, que yo esforzara mi pluma más de lo que permite mi delicadeza, para hacer presente á V. M. que los veintitres batallones que, segun los partes, existian en Cataluña antes de mi llegada, fueron soñados en el delirio del engaño; que el famoso tren de artillería solo estuvo en los parques de la imaginacion; que el espíritu público animado por nobles y heróicos estímulos en favor de V. R. M. lo amortiguó ó extinguió la ambicion desmedida ó el sistema ominoso del desórden; que los valientes caudillos de la restauracion, solo lo han sido de los crímenes; que los soldados aguerridos y subordinados, son hombres acostumbrados á vivir, cual verdaderos anarquistas, sin Dios, sin rey y sin patria; y por último, que las decantadas victorias y las grandes acciones, presentadas á los piés de la munificencia soberana, han sido siempre escritas con la pluma de oro del soborno. Dígnese perdonarme V. M. si dejo correr la mia más de lo que es permitido á un humilde vasallo... No puedo ocultar á V. M. que me entristece y abate cuanto veo á mi alrededor, y cuanto presumo que me cerca: *yo no estaba acostumbrado á vivir entre el crímen, ni á quitar á los criminales mi sombrero*, llevando el baston en mis manos...

"No se pasa dia sin que lleguen á mí quejas lamentables contra algun jefe de division, de brigada ó de cuerpo, de que hizo morir una mujer á palos, sin darle tiempo ni aun para confesar; que arrebató á otra de los brazos de su marido para sellar un crímen del que fué incentivo la indefension y el exclamar al cielo; que dió tormento á un hombre para sacarle tantas onzas; que ultrajó á los habitantes de un pueblo amigo al tiempo de hacerle pedidos escandalosos, cometiendo crueldades y coacciones espantosas; que despues de una capitulacion de cumplimiento religioso, pasó por las armas los sesenta y cuatro rendidos; que á un sacerdote lo tiene encerrado á pan y agua en un subterráneo, dándole de palos por la mañana y tarde hasta sacarle una gran cantidad de dinero, de la que ya dió parte: á este tenor, señor, no tengo tiempo para oir tan amarga clase de clamores, y sin embargo de no haber procedido á la prision de tantos y tan infames criminales, temeroso de los mayores é inevitables males que ya he indicado á V. M., he dispuesto la formacion de causa, faltándome fiscales que actuen en un número tan extraordinariamente crecido. Esta conducta me ha indispuesto para con ellos, y el haber separado del mando á los

odiosos Caballería y Muchacho, ha sido bastante para una conjuracion atrevida y descarada contra mi persona...„

Más adelante hacia estas curiosas revelaciones:

"Al paso que encuentro obstáculos muy difíciles de superar por parte de una fuerza armada, que antes, y sin los motivos que ahora, la he conceptuado inútil para una empresa de riesgo y de importancia, los realistas que viven en las guarniciones enemigas *(y aun algunos de los tenidos por liberales) me ofrecen hacer servicios interesantísimos á V. M.,* que no dudo realizarán, si me pongo en el caso de poder auxiliar sus proyectos; y *hasta en la misma ciudad de Barcelona hay mucho adelantado,* que persuade y casi consiente la pronta restauracion de esta provincia, si yo, con la ayuda del cielo, llegase á vencer los grandes obstáculos que se oponen á mis primeros pasos... La falta de subsistencias y de dinero es la que desconcierta mis planes, pasando por el dolor de ver sacrificados los pueblos, *sin que los resultados de esfuerzos tan costosos y violentos tengan entrada ni en los almacenes, ni en la tesorería...*

"Me lamento, señor, (proseguia) del mal arreglo de los ramos administrativos, y que el fraude, monopolio y agiotaje se miren del mismo modo que si fuesen especulaciones de admitido y lícito comercio... Como el lleno de las primeras facultades está reasumido en las atribuciones de la Junta superior, todo lo que de ella emana, sino presenta desaciertos en la sustancia, sí irregularidades en el modo: las subalternas solo se han propuesto sobrenadar en el torrente de las circunstancias; los recaudadores ó comisionados, labrar sus fortunas sobre las ruinas de los pueblos; y las justicias y ayuntamientos el defender sus bienes de los ataques de la contribucion, poniendo de parapeto los que pertenecen al vecino. No hay una idea, señor, de desórden tan escandaloso: en el mes de Julio último se han extraido cuarenta y ocho mil raciones de víveres y más de dos millones de reales, y en este mismo mes no han podido comer seis mil hombres, ni ser asistidos con un tercio de paga...

"De todo nace un fatal principio, que origina otros males positivos, que no son de inferior transcendencia: los jefes de las divisiones ó cuerpos, que ven la tropa falta de racion ó con otras privaciones esenciales, sacan á la bayoneta, de los pueblos, el socorro de estas urgencias, quedando exhaustos ó insolventes los mismos para cumplir con los pedidos de su cupo.„

Algo puede concederse en la relacion que antecede á la pasion de un jefe irritado: sin embargo, debe considerársela verídica en el fondo; y ella demuestra que los carlistas catalanes, sin ser mucho peores que los de otras provincias, como iremos

viendo, necesitaban para su direccion y gobierno un Conde de España: en efecto, así lo comprendió la Junta de Berga, y solicitó de D. Cárlos el nombramiento de aquel personaje para reemplazar á Urbiztondo, imitando esta vez á las ranas de la fábula.

Entre tanto se confirió el mando superior de las fuerzas carlistas del Principado al coronel D. José Segarra, consintiendo en ello gustosos los demás jefes de más alta graduacion, por no considerarse ninguno capaz de echar sobre sus hombros tan pesada carga.

CAPÍTULO IX.

1838.—Desgobierno.

SUMARIO.—Vario aspecto de la guerra.—Nuevas correrías de los carlistas.—Repetidos triunfos de los liberales en el Norte de España.—Pujanza de Cabrera.—Benicarló, Morella, Gandesa.—El 5 de Marzo en Zaragoza.—Los defensores de Gerri.—Prim asiste á la toma de Ripoll, á las acciones de San Quirse de Besora, y al sitio y toma de Solsona.—Espartero derrota al Conde de Negri; Pardiñas, á D. Basilio García.—Situacion apuradísima del ejército y del país.—Inepcia del Gobierno.

I.

En 1838, España ofrece al mundo un espectáculo quizá único en la historia de las naciones. Despues de cuatro años de guerra civil, la más voraz y desastrosa de todas las calamidades que pueden asolar á un país; despues de haber pasado por una larga serie de violentas conmociones; agotados casi enteramente sus pobres recursos; sin dinero, sin subsistencias, sin gobierno, pues tal nombre no merecia el que dejaba correr á la ventura la nave del Estado en medio de una tempestad deshecha, vése á esta nacion más que nunca empeñada en la feroz contienda; vése crecer la indomable energía de sus ejércitos, acometiendo empresas heróicas y temerarias, dándose batallas en lo más crudo del invierno, rivalizando en valor y en sufrimiento generales y soldados.

En las filas carlistas, á pesar de los pasados desastres; á pesar de la desunion y de las profundas rivalidades y discordias que dividian á sus jefes; á pesar de los amargos desengaños que iban tocando los defensores del absolutismo, conservábase la fé, y renacian, lejos de amenguarse, las ilusiones. Cuando estaban á la vista los tristes resultados de la expedicion de D. Cárlos, se organizaban otras; y casi á un mismo tiempo, á principios de Enero, entraba en Aragon una mandada por D. Basilio Antonio García, y partia de Chelva, para no volver, el cabecilla Tallada con dos

mil trescientos infantes, doscientos ochenta caballos, y cuatro piezas de artillería. Este último, al menos, llevaba un objeto importante en su expedicion: Cabrera necesitaba mucha caballería para desarrollar sus vastos planes de campaña; y á fin de procurársela, procediendo como un conquistador en país enemigo, mandó á Tallada recorrer las provincias de Murcia y Andalucía, encargándole que recogiese además telas, paños, dinero y todo cuanto pudiera ser de algun provecho para el abastecimiento de sus tropas. El enviado comenzó con fortuna su correría, sorprendiendo en Iniesta una partida de 250 hombres, y fusilando á los oficiales despues de rendidos por capitulacion; unióse al poco tiempo en Alcaraz con D. Basilio, separándose luego en Huescar, y derrotado por último y prisionero, fué pasado por las armas, en justa represalia de su alevoso proceder con los vencidos de Iniesta.

Los primeros meses del año fueron fecundos en acontecimientos militares. A la expedicion de D. Basilio debian seguir otras, ya preparadas en el Norte, siendo varios los móviles de estas descabelladas empresas: creíase favorecer así el alzamiento de muchos pueblos en defensa de D. Cárlos, y pretextábase además que era necesario aliviar de las cargas que imponia el sosten del ejército á las provincias Vascongadas; pero contribuïa bastante la vanidad y petulancia de algunos jefes, que se consideraban á sí mismos suficientes para subyugar á España entera, y el interés mezquino de otros personajes, que por tales medios procuraban alejar á los que podian adquirir influencia en el ánimo del Pretendiente. De cualquier modo, estas correrías, funestas para la causa carlista, llevaban una gran perturbacion al interior del país, y distraian las fuerzas del ejército constitucional; por cuyo motivo tenia Espartero empeño en impedirlas: importábale además concentrar la guerra en las Provincias, bien convencido de que aquellos pueblos llegarian á cansarse de sufrir las penalidades de tan estéril como sangrienta lucha.

No pudo evitar Espartero la salida de D. Basilio por Mendavia, estando á la sazon el Ebro vadeable por unos cien puntos entre Frias y Tudela; pero impidió la marcha de la expedicion á Castilla por las Encartaciones. Los carlistas llamaron su atencion por tres partes, aglomerando grandes masas hácia el valle de Mena con intento de atacar á Valmaseda; bloqueando á Pamplona, que falta de víveres y recursos, tenia que recibirlos por frecuentes convoyes desde Tudela y Calahorra, y amenazando en Guipúzcoa las líneas de San Sebastian y demás del litoral cantábrico.

Por la parte de Navarra hubo sangrientas acciones en los dias 2, 8 y 15 de Ene-

ro, dando por resultado introducirse los carlistas en Tafalla y Olite, y amenazar de cerca á Puente la Reina. Légarda, Belascoain y otros puntos estaban en su poder, lo cual hacia sumamente crítica la situacion de la capital. Cupo al general D. Diego Leon la gloria de restablecer las comunicaciones y arrojar de aquel país al enemigo, acometiendo una empresa que Alaix, el virey de Navarra, desaprobó por considerarla temeraria: tal era la toma de Belascoain.

Echando sobre sus hombres toda la responsabilidad de la empresa, marchó Leon al encuentro de los carlistas, que, en gran número y al abrigo de formidables fortificaciones, casi dominaban desde ellas toda la provincia: distrayéndolos por medio de un movimiento estratégico, les atacó en Légarda, y se hizo dueño de este pueblo y del monte Perdon. Al dia siguiente, 28 de Enero, avanzó sobre Belascoain, punto que parecia inexpugnable sin el auxilio de artillería gruesa. La lucha fué allí porfiada y terrible: para tomar el puente, que desde entonces se hizo famoso, era necesario atacar por la espalda el reducto que le defendia, vadeando el rio Arga. El coronel D. Manuel de la Concha se ofreció á ejecutar esta operacion arriesgadísima, y la emprendió con algunos batallones y dos escuadrones, teniendo que sufrir un fuego horroroso de cañon y de fusilería, y llegando el agua á la cintura de los soldados. Sin embargo, aquellos valientes pasaron á la orilla opuesta, y empezaron á desalojar á sus contrarios de los primeros atrincheramientos. Entónces Leon echó pié á tierra, y se lanzó al rio con su Estado mayor: á la vista de tanto arrojo se entusiasman todas las tropas, que siguen á sus jefes, decididas á conquistar la muerte ó la victoria.

La victoria coronó tan heróicos esfuerzos: Leon alcanzó un tríunfo de gran valía, y que se creyera imposible; pero al tomar posesion de Belascoain, se encontró sin un pedazo de pan, sin un mal rancho que dar á las sufridas tropas, que en dos dias consecutivos casi no habian cesado de combatir. Aquella situacion era cruel, insoportable. Pidió Leon al virey pólvora para destruir las fortificaciones conquistadas, y raciones para aliviar el hambre de sus soldados: se le envió lo primero, mas no lo segundo: entonces hubo que tomar una resolucion desesperada: los carlistas tenian víveres en el fuerte de Ziriza, distante media legua de Belascoain. Escalonó sus fuerzas el caudillo liberal; marchó sobre aquel punto, que los enemigos no se atrevieron á defender, y le ocupó encontrando en él raciones para cinco dias.

El general Espartero, que cubria la línea del Ebro, recibió apremiantes avisos de su segundo en jefe D. Manuel Latre, del aspecto amenazador que presentaban los

carlistas, acumulando sus fuerzas entre Villanueva de Mena y Valmaseda, cortando todos los caminos y puentes, y haciendo intransitables los pasos por la Peña de Orduña. Corrió allá el conde de Luchana, decidido á romper las líneas enemigas y proteger la evacuacion de Valmaseda, cuya posesion, más que ventajosa, era un embarazo constante para sus planes.

El 28 de Enero llegó el Conde á Villanueva ; el 29 hizo un reconocimiento desde las alturas que dominan á Mercadillo ; el 30 se empeñó el ataque general contra las fuertes posiciones que ocupaban los carlistas , cuyas dos primeras líneas , apoyadas en varios pueblos y cubiertas de formidables parapetos en toda la extension de la Peña de Orduña, fueron aquel dia tomadas por Espartero, hasta dominar el camino de Valmaseda. La tropas liberales se acantonaron en Viergol, Ventades, Montiano y Artieta. En la mañana del 31 avanzó el grueso del ejército por el desfiladero que conduce al Berron, marchando Espartero á la cabeza de todas las tropas. En Bortedo se trabó de nuevo la accion, que duró hasta la noche, terminando con la toma de Antuñano. Por una mala inteligencia, el general Iriarte se habia separado con su columna de las demás fuerzas , y fué á caer en medio de los carlistas; su situacion era terriblemente comprometida : salvóle de ella el general en jefe, con sus repetidas y vigorosas cargas, que dieron por resultado la retirada del enemigo.

La guarnicion de Valmaseda se habia salvado : faltaba la operacion acaso más difícil de evacuar aquella plaza , conduciendo todo su material por desfiladeros y malos caminos, para lo cual se necesitaba emplear más de cien carretas en repetidos viajes : llevóse á cabo, sin embargo, en los dias 1.° y 2 de Febrero, sacando la artillería y municiones, las camas y cuanto habia en el hospital, pertrechos, muebles de particulares, trasladándolo todo á Villanueva, y saliendo la guarnicion al dia siguiente, sin que los carlistas se atreviesen á molestar á sus vencedores.

Al mismo tiempo, en los dias 28, 29 y 30 de Enero, combatia valientemente el general O'Donnell en Guipúzcoa, con sus tropas hambrientas, desnudas y descalzas, como lo estaban casi todas, venciendo á los carlistas , y haciéndoles pasar á la izquierda del Oria, despues de apoderarse de Lasarte y Zubieta. Durante el mes de Febrero continuó aquel valiente jefe combatiendo al enemigo, al que batió en el monte Gárate y en Urnieta, sin desatender la defensa de las líneas fortificadas de San Sebastian, Hernani, Astigarraga, Oyarzun, Irun y Fuenterrabía.

Las miserias que pasaba el ejército de Guipúzcoa obligaban á O'Donnell á imponer gravámenes imprescindibles á los habitantes de aquel país. *¡ En seis meses,* desde

primero de Setiembre á fin de Febrero, *solo habian recibido aquellas tropas la paga de seis dias!...*

II.

Diferente aspecto que en el Norte presentaba la guerra para los carlistas en el Maestrazgo y en todo el vasto territorio escogido por Cabrera como base de sus operaciones. Con desgracia emprendió el terrible caudillo la conquista de Falset, á principios de Enero; pues obligado á retirarse, tuvo que repasar el Ebro: sin embargo, no tardó mucho en serle favorable la fortuna. Cabrera disponia ya entonces de un ejército tan numeroso como pudiera serlo su contrario, y si no tan bien instruido, no menos disciplinado, y más expedito y libre para obrar en campaña, por tener aquel que cubrir unos setenta fuertes y plazas importantes: no le faltaban víveres ni pertrechos, porque hacia suyo todo cuanto necesitaba y podia conseguir por el imperio de la fuerza, y tenia establecida una buena administracion: hasta contaba ya tambien con una flotilla, formada por su padrastro, que acababa de apresar tres barcos valencianos, en las aguas de los Alfaques, apoderándose de sus cargamentos.

Militarmente considerado, el plan de Cabrera era el único que debian haber seguido á todas partes los carlistas, prescindiendo de su conducta feroz y sanguinaria con los vencidos. Mantenerse en territorio amigo, procurando llegar á dominarlo por completo; ensanchar gradualmente sus límites, viviendo á costa de los paises y pueblos circunvecinos, sin aventurarse nunca en largas correrías; menudear las agresiones aprovechando las coyunturas favorables, y no detenerse en ningun punto sin tener antes asegurada la espalda: tal era el sistema con que Cabrera se proponia avanzar, de provincia en provincia, hasta Madrid.

El 22 de Enero se presentó Cabrera delante de la rica villa de Benicarló, cuya posesion codiciaba: intimó la rendicion en el término de dos horas á sus defensores, que resistieron cinco dias con valor heróico los contínuos ataques de sus enemigos: esperaban socorros, que nunca venian, y antes al contrario, vieron con dolor y sorpresa desviarse de la costa un buque inglés, que habia comenzado á cañonear á los sitiadores. Desmayó entónces el aliento de los sitiados, y en la noche del 27 se resignaron á

capitular, quedando prisioneros dos compañías del provincial de Leon, unos setenta nacionales, y otras varias personas, entre ellas cinco sacerdotes y algunas señoras. Muchos de aquellos prisioneros, trasladados á Morella y Benifasá, perecieron despues en los calabozos. El carlista se apoderó de todo el armamento y de un botin considerable; impuso al Ayuntamiento una contribucion de ocho mil duros; saqueó las casas de los nacionales, y hasta se llevó los toneles y cubas en que guardaban sus vinos y aguardientes los cosecheros de aquel pueblo, que quedaron arruinados.

Al dia siguiente de su entrada en Benicarló supo Cabrera que la importante plaza de Morella habia caido en poder de los suyos. Un jóven catalan, D. Pablo Alió, que militaba en las filas carlistas, fué quien concibió la idea de asaltar de noche el castillo inexpugnable que domina aquella poblacion, y llevó á cabo su temeraria empresa con solos setenta y cinco hombres, en la madrugada del 26, trepando las escarpadas rocas cubiertas de nieve, y aprovechándose de la lobreguez y del temporal que reinaba. Sin perder un hombre, se apoderó aquel valiente del castillo, y antes de rayar el alba pudo anunciar tan importante conquista, por medio de una hoguera, á sus jefes, que hacia ya tiempo bloqueaban inútilmente la plaza, y que al ver la señal acudieron presurosos con todas las fuerzas reunidas en los cantones inmediatos. El gobernador de Morella, D. Bruno Portillo, tuvo que retirarse con la guarnicion, despues de haber hecho vanos esfuerzos para recobrar el fuerte. Los carlistas ocuparon en seguida la ciudad, en la cual hizo Cabrera su entrada triunfal el 31 de Enero.

Estos triunfos envalentonaron á los absolutistas, disponiéndoles para acometer nuevas empresas, y esparcieron la alarma entre los liberales y el desaliento en los pueblos. Cabañero, uno de los jefes que servian á las órdenes de Cabrera, tuvo la audacia de presentarse, el 30 de Enero, á las puertas de Teruel, de donde salió una columna, con la cual se batió durante cuatro horas, sin vencer ni ser vencido.

Por quinta vez emprendieron los carlistas el sitio de Gandesa, despues de un año de bloqueo, llevando al efecto numerosa infantería y caballería, y cinco piezas de grueso calibre. Dos obuses colocados en el Calvario comenzaron á disparar granadas al amanecer del 10 de Febrero contra aquella ciudad infortunada: cuatro dias antes habia sido abastecida de víveres y municiones por el general D. Santos San Miguel.

Los indomables gandesanos, que tanto habian sufrido en los sitios anteriores, se aprestaron á la defensa, viéndose trabajar en el reparo de las fortificaciones á los ancianos, mujeres y niños, sin que les arredrase el fuego que se les hacia. Las bre-

chas abiertas durante el dia por el cañon enemigo, eran cerradas durante la noche, y aun sobraba tiempo y vigor á los valientes defensores de Gandesa para levantar parapetos, mejorar las obras, profundizar los fosos, hacer salidas y rechazar asaltos. Cuatrocientos treinta y nueve nacionales y cinco soldados eran toda la fuerza disponible para combatir con las armas á los sitiadores.

En el transcurso de veinte dias, que duró el sitio de Gandesa, cayeron sobre esta poblacion 435 granadas de siete pulgadas, y 1718 balas de cañon, la mayor parte de doce y diez y seis. Impaciente Cabrera por conseguir la rendicion de aquella plaza, se presentó á su vista el 22 de Febrero con refuerzos que habia sacado de Morella: entre tanto avanzaban dos columnas liberales al socorro de los sitiados. La una, mandada por Ayerbe, fué atacada con ímpetu en Cherta, el 27; pero la accion, en que unos y otros combatientes sufrieron pérdidas considerables, quedó indecisa, teniendo los carlistas que replegarse. La otra columna, que conducia el general San Miguel, no pudo ser detenida, y entró en Gandesa el 1.° de Marzo. Los sitiadores levantaron el campo.

No bastaba, empero, á los gandesanos haber hecho los mayores sacrificios en defensa de sus hogares y de la libertad: érales forzoso abandonar aquellos hogares casi arruinados, para no ser víctimas de un enemigo tenaz y rencoroso: la dificultad de prestarles el constante auxilio que necesitaban, les imponia esta heróica y terrible resolucion: debian emigrar, sin saber á donde ni por cuanto tiempo, teniendo que vivir los más de la caridad pública. No vacilaron, sin embargo: ellos mismos incendiaron sus casas y sus muebles, renovando el ejemplo de los antiguos numantinos, y abandonaron la ciudad, llevando cada cual consigo lo que podia, porque faltaban medios de transporte, y teniendo que cuidar los sanos de los enfermos y heridos, las mujeres de los niños, los fuertes de los débiles, en aquella dolorosa peregrinacion.

Escoltados por San Miguel, marcharon los 2000 gandesanos á Villalba, el 2 de Marzo, para dirigirse á Fabara. Cerca de Batea les aguardaba Cabrera, situado en ventajosas posiciones. Al avistarse ambos enemigos, trabóse la accion con gran empeño: rechazados los carlistas, dejaron libre el paso, pudiendo los gandesanos llegar á Caspe al dia siguiente, y poco despues á Zaragoza, donde se les dispensó una cordial hospitalidad [1].

[1] Hasta que Cabrera emigró á Francia, no volvieron los gandesanos á sus casas. El mismo dia que quisieron celebrar su vuelta, al cabo de tres años, cuando aun veian sus casas destruidas y sus campos arrasados, se presentó un comisionado de

Entre tanto meditaba Cabrera un plan atrevido: proponíase sorprender la ciudad de Zaragoza; y hallándose todavía en el sitio de Gandesa, mandó á Cabañero que marchase con dos mil doscientos infantes y trescientos caballos á realizar tan grande hazaña. Partió Cabañero el 3 de Marzo, y á la una de la madrugada del 5 acampaba su gente á corta distancia de la capital de Aragon. Envió un teniente con diez y seis hombres de confianza y un guia, dándole la comision arriesgada de abrir una de las puertas de la ciudad, y esperó.

Los enviados, en inteligencia con algunos paisanos de la torre de Ponte, se acercaron sigilosamente á la muralla, la escalaron, y apoderándose de la puerta del Cármen, la abrieron á hachazos y con ayuda de una reja de arar. Avisado Cabañero, acudió con toda su fuerza, y á las cinco de la mañana invadian sus batallones el barrio de San Pablo, y se internaban por varias calles, colocándose en las avenidas de la puerta Quemada, Mercado, Predicadores, Armas, Arco de San Roque, entre la Audiencia y casa del General, plaza de San Francisco y Piedras y del Coso, dando vivas á Cárlos V, y tocando generala, mientras la caballería se situaba en los paseos inmediatos.

La guardia del principal no pudo ser sorprendida, y á los tiros que allí se dispararon, y al ruido que metian los carlistas celebrando prematuramente su triunfo, despertaron los zaragozanos, y empuñando las armas, sin direccion, sin jefes, se aprestaron á castigar tanta osadía. En medio de la oscuridad iban saliendo los nacionales á la calle, donde se juntaban con cuatro, seis ó más compañeros, y hacian frente al enemigo; mientras otros, y hasta las mujeres y niños, le hostilizaban desde las ventanas y puertas y desde los tejados de las casas.

Al amanecer pudieron ya reunirse bastantes nacionales en varios puntos, y entonces se trabó formal batalla en el Mercado, en la plaza de la Constitucion y en el paseo de Santa Engracia, siendo en todas partes rechazados los carlistas, que se pronunciaron en retirada. Un batallon quedó cortado, y cayó prisionero con su comandante y toda la oficialidad. Los zaragozanos pudieron gloriarse de aquella magnifica jornada: obedeciendo al solo impulso de su valor indómito y de su patriotismo, pelearon briosos y alcanzaron una brillante victoria, causando al invasor de la ciudad heróica doscientos diez y siete muertos, setenta y ocho heridos abandonados en las calles, y haciendo prisioneros 29 jefes y oficiales y 700 soldados. La pérdida

apremio á reclamar las contribuciones atrasadas. No faltó una persona prudente que aconsejase al comisionado marcharse cuanto antes sin dar ningun paso, como lo hizo evitándose un disgusto.

de los liberales fué de 11 muertos, 50 heridos y 54 prisioneros, cogidos en las primeras horas de la sorpresa.

En los terribles momentos de la invasion, el Capitan general, D. Juan Bautista Esteller, permaneció encerrado en su palacio, sin querer salir, ni permitir á su guardia que hiciese fuego desde los balcones. ¿Cuál era la causa de esta conducta extraña? Parece indudable que, al choque de un acontecimiento tan grave é imprevisto, el desdichado general perdió el uso de su razon; pues se le veia correr de una parte á otra, pidiendo á gritos descompasados batallones y escuadrones que no habia; y cuando, retirados los carlistas, se le propuso hacer una salida para recobrar los prisioneros, preguntó con la mayor cándidez si el Ebro tenia puente. La opinion pública sobreexcitada en aquellos momentos acusó á Esteller de complicidad con Cabañero. Prendióse tumultuariamente al general, en la tarde del 6, y se le condujo al edificio de la Inquisicion, donde debia esperar el resultado de un proceso; pero al dia siguiente, una turba feroz le arrebató de su prision con pretexto de llevarle al Principal, y le asesinó en el camino, manchando así la gloria conquistada el dia 5 por el heróico pueblo zaragozano.

III.

Hasta principios de Marzo de 1838, pudo creerse que los dos partidos beligerantes en Cataluña habian convenido en una tregua; pues apenas ocurrió ningun hecho de armas digno de mencion especial: tanto el Baron de Meer, como Segarra, el nuevo jefe de los carlistas, se ocupaban en trabajos de organizacion.

Durante el mes de Febrero, el Baron abasteció de víveres y municiones á Manresa y Suria, fortificando este último punto, que le importaba conservar como base de operaciones, y organizó sus fuerzas en tres divisiones; la de vanguardia al mando de Clemente, y las otras dos á las órdenes de los brigadieres Salcedo y Carbó. Las recomendaciones de este jefe, calurosamente apoyadas por algunos oficiales de Estado mayor, inclinaron el ánimo del General en favor del jóven Prim, cuyas dotes militares no habian sido hasta entonces debidamente utilizadas. El Baron pensó desde luego destinarle á uno de los cuerpos de la division de vanguardia, y con este propósito le dió á mandar *en comision* la segunda compañía de cazadores del regi-

miento de Zamora, 8.° de línea. Era necesario no chocar con ciertas prevenciones, y aun contemporizando con ellas, PRIM fué mal mirado al principio por los demás oficiales de Zamora, que no podian resignarse á tener por compañero á un ex-capitan de francos.

Segarra, entre tanto, hacia levantar las fortificaciones de Ripoll, y conociendo que el Baron de Meer trataria de impedirlo apoderándose de aquel punto, procuró distraer su atencion hácia la Conca de Tremp, al mismo tiempo que guarnecia convenientemente la mencionada villa, encargando á su gobernador que la defendiese á todo trance, y á Tristany que estuviese á la mira para socorrerla.

El 25 de Febrero abrió Segarra la campaña, poniendo sitio á Gerri, poblacion de unos ciento cincuenta vecinos, defendida por débiles muros aspillerados, y dominada por altas montañas. A pesar de sus malas condiciones para la defensa y de ser muy corta la guarnicion, esta pequeña villa se sostuvo diez y seis dias contra el poder de ochocientos carlistas, que la combatieron obstinadamente con proyectiles huecos y balas rasas, y que no se atrevieron á dar el asalto, á pesar de haber abierto diferentes brechas. Destruidas algunas casas, y voladas otras por la explosion de una mina, Segarra intimó la rendicion á los sitiados, que le contestaron con fiereza espartana: *Gerri no se rendirá mientras respire uno solo de sus defensores.*—Continuando las hostilidades, los carlistas consiguieron apoderarse de un arrabal extramuros; pero sus valientes contrarios hicieron una salida y lo incendiaron, obligándoles á abandonarlo. Por fin, el 12 de Marzo, una columna liberal hizo levantar el sitio, y Gerri se vió libre de sus tenaces enemigos.

Entre tanto sufrian un desastre los nacionales de Reus cerca de la Pobla. Sorprendidos el 1.° de aquel mes por el Llarch de Copons, fueron derrotados, pereciendo unos ciento treinta hombres, entre ellos muchos jóvenes de las familias más distinguidas.

Al mismo tiempo batia el Baron de Meer á Tristany en Biosca, y desembarazado de este enemigo, marchó resueltamente contra Ripoll, cuyo gobernador no se atrevió á oponerle una seria resistencia por estar sin concluir las obras de defensa: retiróse prudentemente, y el Baron ocupó la villa el 16 de Marzo, acabó de fortificarla, y regresó despues hácia Manresa.

PRIM asistió á la toma de Ripoll con la division de Carbó, á quien quedó confiada su defensa y la de toda aquella parte del territorio, mientras el general en jefe recorria el resto de la provincia, guarnecia y fortificaba á Esparraguera, y sostenia

empeñados combates, el 5 y 6 de Abril, en las inmediaciones de Suria. Defraudadas las esperanzas que Tristany habia concebido de recobrar este punto fortificado, marchó hácia Ripoll reuniendo fuerzas considerables con la agregacion de las que mandaban Burjó y Zorrilla. Sin aguardarle, salió á su encuentro Carbó con más valor del que la prudencia exigia, y el 9 de Abril, le atacó brioso en los campos de San Quirse de Besora. La victoria quedó indecisa, retirándose los carlistas, y guareciéndose Carbó al abrigo del pueblo, que estaba fortificando. Al dia siguiente se repitió la accion con igual resultado que el anterior, aunque los carlistas pudieron considerarse vencedores, dada la necesidad en que se vió su contrario de mantenerse á la defensiva por la notable inferioridad numérica de sus fuerzas.

Carbó permaneció bloqueado en San Quirse durante los dias de la Semana santa: el 15, Domingo de Resurreccion, resolvió el jefe liberal hacer otra salida, y concluir de una vez con aquella situacion, que su pundonor militar le hacia considerar como vergonzosa: tomó acertadas disposiciones, atacó y venció, derrotando completamente al enemigo, que hubo de retirarse precipitadamente con pérdida de más de trescientos muertos, ciento noventa y cinco heridos, y doscientos catorce prisioneros.

A todas estas acciones asistió PRIM, y en todas ellas se distinguió notablemente, ganando más que el aprecio, ese entusiasmo y el respeto de sus nuevos compañeros: no admiraban tanto su arrojo, como la imponente serenidad con que arrostraba los mayores peligros, comunicando al soldado la confianza, que es el primer escalon de la victoria: muchos de aquellos oficiales que, algunos dias antes, le miraban con prevencion, ahora se congratulaban de que el regimiento hubiese de adquirir tan buena espada. En la accion del 15 de Abril dió PRIM señaladas muestras de sus condiciones de mando, combatiendo á la cabeza de dos compañías contra fuerzas triplicadas, y desalojando al enemigo de formidables posiciones: en el momento de replegarse sobre su flanco, obedeciendo las órdenes superiores, recibió una herida, que, aunque bastante grave, no le hizo desistir de continuar al frente de sus tropas.

PRIM fué ascendido á capitan de infantería por su bizarro comportamiento en aquellos combates: llevaba entonces cuatro años y dos meses de servicio, durante los cuales habia asistido á veintidos acciones y sostenido cuatro lances personales, siendo herido tres veces: no podia decirse que debia los ascensos al favor.

El 27 de Abril, mientras PRIM se hallaba en Vich curándose de su herida, emprendió el Baron de Meer el sitio de Oris, cuya guarnicion se rindió á los seis dias,

á pesar del aliento que debia infundirle la presencia en aquel punto de uno de los miembros de la Junta de Berga.

Las fuerzas carlistas del Principado quedaron muy quebrantadas con este y los anteriores descalabros: conociéndolo así su comandante general, consideró necesario mantenerse á la defensiva, y dar instruccion y mejor organizacion á su gente, procurando aumentar el número de la misma: para ello estableció en Borredá un colegio militar, y de acuerdo con la Junta, se decretó una quinta, ó por mejor decir, una leva; pues eran obligados al servicio de las armas todos los solteros y viudos sin hijos, desde la edad de 17 á 45 años, pudiendo eximirse de entrar en sorteo los que entregasen 1000 reales, ú ocho fusiles con sus bayonetas y cananas, y rescatándose los sorteados por 4000 reales, ó bien 32 fusiles, ó dos caballos con sus monturas. Segarra no hacia más que imitar el sistema de Mendizábal, que le dió excelentes resultados.

IV.

Al mismo tiempo que en Cataluña sucedia la calma á los combates, desplegábase gran actividad en Castilla, donde alcanzaban ruidosos triunfos las armas liberales. A mediados de Marzo habia salido de Orduña la expedicion del conde de Negri, realista de pura raza, que desde el 7 de Julio de 1822 no habia cesado de pelear, conspirar y sufrir persecuciones por la causa del absolutismo, habiendo estado últimamente preso dos años en Valladolid, y otros dos en el castillo de San Sebastian de Cádiz, de donde se fugó arrojándose al mar, y refugiándose en un buque de guerra francés, que le condujo á Tolon.

Este personaje, más cortesano que militar, pero cuya vida era una contínua série de sacrificios y padecimientos por su partido, acababa de llegar á Navarra y al lado de D. Cárlos, que le acogió en sus brazos, reponiéndole en el empleo de gentilhombre, que desempeñaba cuando aquel príncipe marchó á Portugal, y nombrándole mariscal de campo. Los demás cortesanos dispusieron confiar al Conde el mando de una expedicion compuesta de nueve batallones castellanos y seis escuadrones nominales, pues entre todos estos no juntaban cuatrocientos hombres montados, y acerca de la cual ha dicho un escritor carlista:

"Esta expedicion fué arrojada con la mayor alevosía, y abandonada á la merced de sus contrarios, siendo lanzada de las provincias del Norte, porque los consejeros de D. Cárlos temieron la influencia del Conde; y aprovechando los deseos que mostraba por acrisolar su reputacion con hechos de armas, allanaron los medios de alejarlo de la inmediacion del príncipe, que le habia recibido con privilegiado interés y privanza."

Con el conde Negri salió de Orduña el cura Merino, que al pasar el Ebro se le separó, de órden superior, llevándose dos batallones y lo mejor de la caballería, y yendo á internarse en las sierras y pinares de Soria. Negri, con las demás fuerzas, se corrió por el Norte de la provincia de Búrgos, pasó los puertos, y entró en la de Santander, dirigiéndose á Potes.

En cuanto salió la expedicion, marchó en su seguimiento el general Latre, y Espartero corrió á marchas forzadas, por Palencia, á situarse en Leon, punto estratégico bien elegido para proteger las Castillas, ó caer sobre Oviedo, si, como era de presumir, se encaminaban los expedicionarios á Asturias y Galicia.

Latre alcanzó á los carlistas en la Liébana; peleó con ellos todo un dia con gran derramamiento de sangre por ambas partes; pero no pudo vencerlos, y salió herido, teniendo que resignar el mando en Iriarte. Negri, sin embargo, se vió obligado á retroceder hácia Búrgos; y variando de plan acertadamente, pasó el Duero por San Estevan de Gormaz el 3 de Abril, y á los cuatro dias entraba en Segovia, cuya escasa guarnicion se encerró en el Alcázar.

En Segovia se proveyó la expedicion de ropa, calzado y dinero; que harto lo necesitaba; se mandó sacar los mozos de la última quinta y hacer una requisa de caballos: pero no fué posible detenerse mucho tiempo; pues concentrándose las fuerzas liberales sobre aquella ciudad, hubo de abandonarla Negri el dia 10, dirigiéndose por Olmedo y Mojados á Valladolid, sin entrar en ella, pasando luego por delante de Palencia, para ir á Sahagun, y de allí á Mayorga, donde iban á comenzar los desastres de su gente. Antes de llegar á este punto se avistaron las tropas de la Reina: quiso Negri contramarchar rápidamente á Saelices; pero ya era tarde. Atacados sus batallones por la caballería, resistieron con valor varias cargas, cediendo al fin, y retirándose en gran confusion y desórden. Los expedicionarios sufrieron pérdidas considerables en hombres y pertrechos. Su precipitada fuga les llevó en dos dias á refugiarse al abrigo de las montañas de Liébana; pero tambien allí les alcanzó la division de Iriarte, obligándoles á repasar los puertos en el estado

más lastimoso, con un horrible temporal de nieve, sin municiones, sin recursos de ninguna clase, y sin esperanzas de mejorar de fortuna.

La desdichada expedicion fué á encerrarse, despues de mil vicisitudes, en el mismo terreno donde siete meses antes habia sido derrotada la de D. Cárlos. Para no encontrarse con Espartero, que acababa de situarse en Búrgos, proyectó Negri buscar su salvacion en las montañas de Soria, y marchar á Aragon, vista la imposibilidad en que se hallaba de regresar á las Provincias ; pero le perseguia la desgracia: Espartero le cerró el paso; y acosado el carlista por tres columnas liberales, anduvo algunos dias de una parte á otra, como el toro agonizante hostigado por diestros lidiadores, para caer al fin en manos de su contrario, con solo unos mil hombres, míseros restos de su gente.

Rodeados por todas partes los expedicionarios en las inmediaciones del Fresno de Rodilla, difícilmente pudieron algunos encontrar su salvacion en la fuga : la expedicion quedó completamente destruida, y en poder del vencedor casi toda la infantería enemiga, más de doscientos oficiales, gran cantidad de armas, la artilleria, las municiones, oficinas, equipajes y otros objetos.

Para mayor realce de este triunfo, acaeció casualmente el 27 de Abril, dia del cumpleaños de la reina Cristina, como lo hizo notar Espartero en la proclama que dirigió á sus tropas.

El infortunado conde de Negri, con algunos jefes y pocos soldados, corrió á juntarse con Merino, pasando luego al reino de Aragon.

Pocos dias despues, el 3 de Mayo, era tambien desbaratado el cuerpo expedicionario de D. Basilio, que, segun recordará el lector, salió del Norte á principios de Enero. Llevaba aquel jefe el encargo de organizar la guerra en las provincias de Cuenca, Toledo y la Mancha, donde abundaban las partidas de latro-facciosos, y á este fin iba investido con el nombramiento de comandante general : pero no le bastaba eso á D. Basilio, que se creia ser un Alejandro ; y sin motivo ni razon plausible, llevó sus correrías á las provincias de Jaen y Granada, volvió luego sobre sus pasos, y despues de cometer horribles crueldades en la Calzada de Calatrava y Puertollano, se dirigió á Almaden, desde donde retrocedió para encaminarse torpemente á Valdepeñas, punto de concentracion de tres columnas liberales, que le hicieron sufrir una vergonzosa derrota. Continuó luego fantaseando por la Mancha y montes de Toledo, hasta el 28 de Abril, que se decidió á pasar el Tajo, entrando en Extremadura y tierra de Plasencia, vigilado de cerca por el general Pardiñas,

que le alcanzó y batió completamente en Béjar, antes de amanecer el citado 3 de Mayo.

Las tropas carlistas que habia en el castillo capitularon ; muchos jefes fueron apresados en sus mismos alojamientos ; cayeron prisioneros unos sesenta oficiales y nuevecientos individuos de tropa: muertos hubo pocos, y entre ellos lo fué el coronel Fulgosio. D. Basilio se escapó , y pudo recoger un corto número de fugitivos; pero no acometió ya empresa alguna de importancia, y el que habia salido de las Provincias con ínfulas de conquistador, regresó luego solo entre la comitiva del Conde de Negri, cuando volvió este de Aragon.

D. Basilio habia ido allegando en sus correrías muchas de aquellas gavillas de bandidos, que con el nombre de carlistas infestaban la Mancha y otras comarcas: ya vimos que se le agregó tambien al principio la division de Tallada. Hablando de todos ellos, decia el mismo jefe á D. Cárlos en una de sus comunicaciones:

"Las tropas de Aragon, cobardes é insubordinadas, huyen á la vista del enemigo, atropellan y roban cuanto encuentran. Las fuerzas de la Mancha son aun peores: sus jefes, oficiales y soldados no son más que unos facinerosos... Prefiero la muerte á tener á mis órdenes semejantes foragidos, que no conocen ni religion ni rey ; son ladrones y nada más.[1]."

[1] Tal era la opinion que le merecian sus subordinados. Hé aquí ahora la pintura que hace Maroto, en su *Vindicacion*, hablando de D. Basilio y de personajes más elevados: «Contra este sujeto, dice, se habian dirigido á Don Cárlos las más enérgicas reclamaciones sobre robos, asesinatos, incendios y violencias, que motivaron le negase el príncipe el permiso de presentarse en su cuartel. Fiado D. Basilio en su astucia y maña, hizo los mayores ofrecimientos, distribuyó oportunamente algunas dádivas, y al fin llegó á conseguir la gracia y perdon que deseaba; escandalizando algun tanto este proceder, creyéndole efecto del regalo particular que hizo á Don Cárlos de un excelente caballo tordo, para que lo montase la princesa de Beira; sin que sirviese de escrúpulo á su aceptacion el saber positivamente Don Cárlos su ilegal y deshonrosa procedencia; pues era fruto de una de las *hazañas* de que más altamente se le habian quejado á Don Cárlos las personas despojadas por Don Basilio, lo mismo que pudiera haberlo hecho el más famoso bandolero. La desfachatez de este sujeto llegó hasta el caso de entrar en Provincias ostentando las alhajas de casas particulares y de las iglesias que tan poco cumplida y devotamente habia visitado en sus correrías: no ignoraba esto D. Cárlos, porque muchos se lo indicaron; pero no fué suficiente para impedir la gracia... Hacíanse tales actos en obsequio y mayor gloria de Dios, la religion y el rey, y el católico hermano de Fernando perdonaba las obras por la buena intencion.»

Bien hemos dicho en otro lugar, que los carlistas catalanes, de quienes tanto se quejaba Urbiztondo, no eran mucho peores que los de otras provincias.

V.

Mal empezaba el año de 1838 para los carlistas: excepto en el Maestrazgo, en todas partes sufrian derrotas y desastres. En Cataluña no les fué más propicia la suerte con la llegada del Conde de España, que traido por el de Fonollar desde Lila, entró en la república de Andorra el 1.° de Julio, atravesando los precipicios de los Pirineos sobre la espalda de un contrabandista.

Los realistas catalanes tenian por fin un hombre de teson y de energía, un general indomable y organizador, un verdadero jefe, digno de ellos: así es que le hicieron en Berga un recibimiento entusiasta y magnífico. Un rey no hubiera sido más festejado que lo fué Cárlos de España el dia de su entrada en aquella poblacion. No fijó, sin embargo, allí su residencia: estableció su cuartel general en Caserras, y como presidente de la Junta, dispuso que esta se situase en un pueblecillo entre dicho punto y los cañones de Berga, prohibiendo á sus individuos alejarse de aquel lugar sin su permiso.

Debe hacerse al Conde la justicia de que no perdonó medio de establecer la más severa disciplina entre sus tropas, y el órden más escrupuloso en la administracion y en la hacienda, poniendo freno al vandalismo y al pillaje, lo cual no dejó de ser de algun alivio para los pueblos. Al momento de su llegada mandó que se le reuniesen todas las fuerzas carlistas de Cataluña, para enterarse por sí mismo del estado en que se hallaban, y proveer á su organizacion militar, equipo y armamento; y como dejasen de acudir los seis batallones que mandaba el Llarch de Copons en la provincia de Tarragona, marchó el Conde á buscarle, conociendo que aquel jefe le guardaba rencor á causa de antiguos resentimientos [1], y supo manejarse tan bien, que le convirtió en uno de sus mejores amigos.

Cuéntase que, habiendo llegado el Conde al amanecer á la vista de un pueblo situado en una llanura, en torno del cual vivaqueaban las tropas de Ibañez, picó espuelas á su caballo, y bajando á escape la colina, se presentó donde aquel estaba, en medio de sus oficiales. En seguida echó pié á tierra, y abrazándole, se volvió

[1] Ibañez, conocido por el *Llarch* (largo) *de Copons*, á causa de su descomunal estatura, habia sido condenado por el Conde de España á ocho años de presidio, en 1830, cuando intentó levantar la bandera carlista en Cataluña.

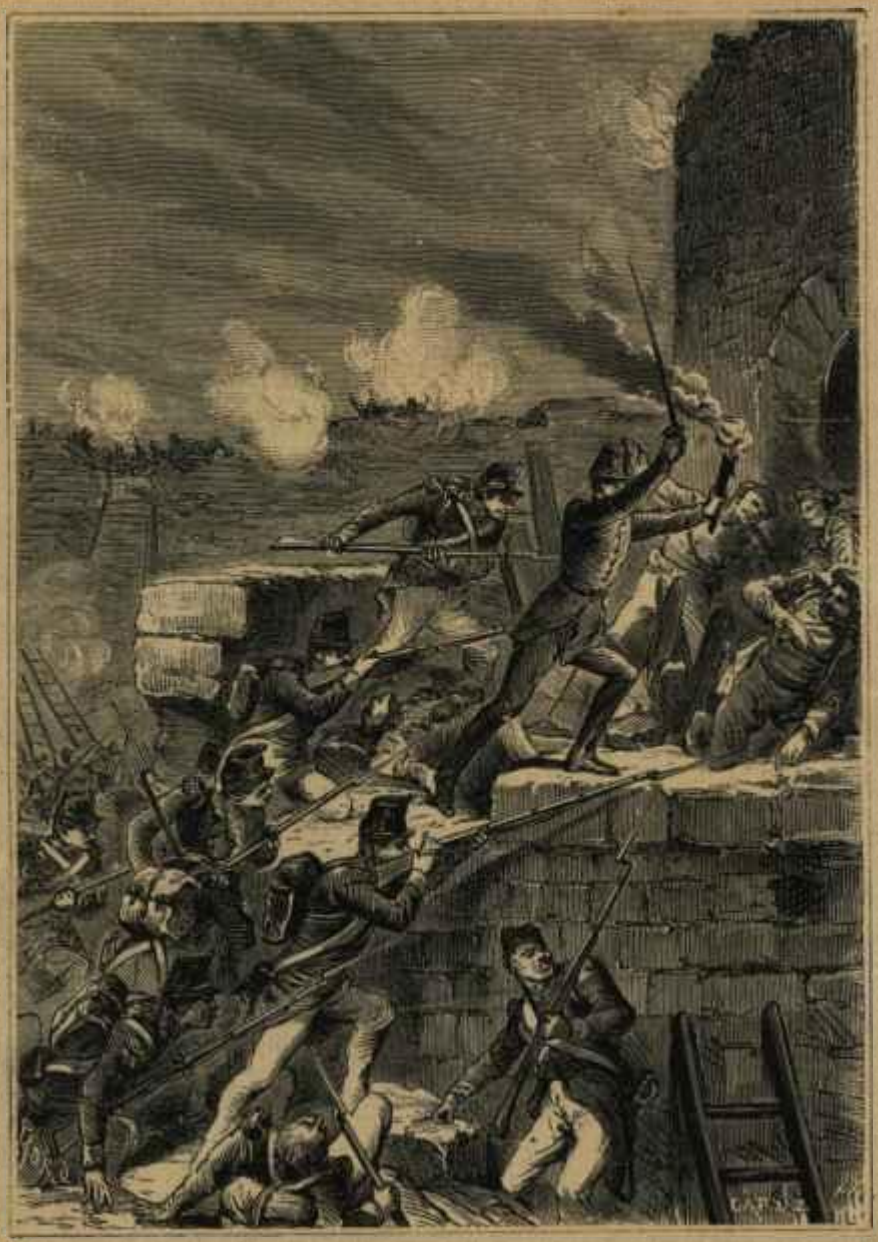
hácia las tropas y exclamó con voz estentórea y al parecer conmovida:—"Ved aquí el orgullo de Cataluña, el mejor servidor del Rey y mi mejor amigo. ¡Honor y gloria á D. Manuel Ibañez y á la division de Tarragona! Y á tí, hijo mio, añadió dirigiéndose á Ibañez, yo te nombro brigadier en nombre de S. M. — Y á vosotros, soldados, os concedo la gratificacion de una semana de paga, porque vosotros servís á Cárlos V, y no á Cárlos *con los cinco dedos.*„

La lisonja suena bien en todos los oidos: aquellas tropas, tan poco acostumbradas á oir este lenguaje, victorearon estrepitosamente á su general.

Entre tanto, el Baron de Meer, continuando su plan de ocupar y fortificar los puntos más estratégicos de la montaña, y reconociendo la importancia que habia adquirido la ciudad de Solsona en manos de los carlistas, se proponia recobrarla, y dar al mismo tiempo un golpe ruidoso que amenguase desde luego el prestigio de su contrario. Con fuerzas suficientes, artillería gruesa y todos los elementos necesarios para un sitio, emprendió el Baron su movimiento hácia Solsona el 19 de Julio; y aunque el Conde de España quiso embarazarlo, acudiendo con gran golpe de gente á tomar las formidables alturas de Biosca y de Peracamps, ganóle la delantera el caudillo liberal, y se presentó á la vista de la plaza en la tarde del 21. Los carlistas izaron en una torre el pendon negro, con el lema: "*Victoria ó muerte.*„

El Baron estableció su cuartel general en sitio conveniente, y destinó algunas compañías á circunvalar la plaza y molestar á sus defensores, haciendo fuego durante la noche: una de estas compañías era la 2.ª de cazadores de Zamora, mandada en comision por el capitan Prim, que formaba ya parte de la division de vanguardia.

Aquella noche ejecutó Prim uno de los actos á que tan inclinado se mostraba su espíritu audaz y caballeresco. Despues de algunas horas de fuego, se retiró á largo trecho, como para dar descanso á la tropa, y llamando aparte al sargento 1.º, le comunicó una órden. Marchó el sargento, y volvió al poco rato trayendo media docena de hachas de viento. Prim tomó una, y repartiendo las demás entre algunos hombres de su confianza, les dijo: "Seguidme, muchachos, y haced lo que me veais hacer.„—Mandó á la compañía marchar arma al brazo y con sigilo, y se dirigió hacia uno de los fuertes avanzados de la plaza. Llegado á este punto, encargó el mando de la compañía al teniente más antiguo, dándole instrucciones, y con los hombres que habia escogido, se lanzó á una puerta de la muralla, contigua al fuerte, á tiempo que la tropa distraia á sus defensores, rompiendo el fuego por distinta parte.



Asalto de Solsona.

Entre tanto encendió PRIM el hacha, y la aplicó á la puerta, pretendiendo incendiarla. En aquellos momentos, una línea de fuego brilló en las aspilleras del muro, y voces de alarma resonaron en el interior de la plaza y del fuerte: se habia frustrado el intento. Sin embargo, PRIM repitió su tentativa de incendio, y permaneció largo rato cerca de la puerta con el hacha encendida en la mano; hasta que, por último, viendo que de este modo solo conseguia hacerse blanco seguro á los tiros del enemigo, la metió airado por una tronera, y volvió á juntarse con su compañía.

El Baron de Meer tuvo noticia de este hecho; y al dia siguiente, en el acto de reconocer el recinto de la plaza, llevó consigo á PRIM, y le dirigió algunas preguntas acerca de lo que habia observado la noche anterior, no siendo desatendidas sus contestaciones para señalar el punto de ataque. Aquella misma tarde quedó construida una batería para piezas de á ocho y morteros, y habiéndose intimado la rendicion, y contestado los carlistas con desprecio, en seguida se rompió el fuego. Cesó este por la noche, durante la cual se estableció con celeridad y sigilo una batería de brecha á corta distancia del Hospital, que se hallaba convertido en fortaleza. Contra este punto comenzó á jugar la artillería á las tres de la tarde del 23, y á las seis habia ya dos brechas abiertas en un tambor ó corona exterior de aquel edificio. Inmediatamente se dispuso dar el asalto, siendo destinadas al efecto las dos compañías de vanguardia.

Apoyadas por el segundo batallon de Zamora, emprendieron el movimiento las compañías, al son de las músicas que tocaban himnos patrióticos: PRIM, que marchaba á la cabeza de una de ellas, fué el primero que trepó á la brecha, siguiéndole otros y otros valientes, cuyo empuje no pudieron resistir sus enemigos, que se retiraron á la plaza. Dueños los liberales del fuerte, viéronse detenidos en su marcha victoriosa por algunas obras interiores que les cerraban el paso. Para avanzar, era necesario asaltarlas, ó apoderarse de una casa, desde la cual hacian los carlistas un mortífero fuego. Un sargento de francos, que habia servido á las órdenes de PRIM, advirtió á este la posibilidad de penetrar en la casa por una ventana, y al punto lo intentaron, deslizándose la tropa arrimada á las paredes: formaron los soldados escalas con sus hombros, y el jóven capitan trepó sobre ellos; pero en el acto de alcanzar su objeto, recibió en el brazo izquierdo una herida, que le hizo vacilar algunos instantes: adelantósele entonces el sargento, y pasó el primero por la ventana: detrás de él entró PRIM.

Arrojados de la casa los carlistas, y allanadas las dificultades que impedian el

avance de las tropas liberales, continuó la lucha en las calles de la ciudad hasta las nueve de la noche, siendo arrollados los primeros en todas partes, á pesar de su valiente resistencia, y viéndose por último compelidos á refugiarse en la catedral y en el palacio del Obispo, que era el fuerte más importante, y en el cual quedaron sitiados.

Mientras duró el combate dentro de la plaza, permaneció PRIM al frente de su compañía, batiéndose como un leon, y dando ejemplo á todos de bravura, sin que por nadie se notara la gravedad de su herida, que era mucha; tanto, que un mes despues, en 14 de Agosto, solicitaba PRIM desde Manresa pasaporte, qué le fué expedido, para ir á curarse de ella en Barcelona. Reconoció el Baron de Meer el mérito contraido aquella noche por el jóven capitan, agraciándole sobre el campo con el grado de comandante, sin perjuicio de conferirle la cruz de distincion concedida por aquel sitio memorable, y disponiendo su ingreso definitivo en el regimiento de Zamora desde 1.° de Agosto.

Dueño el Baron de la plaza, faltábale rendir á su guarnicion, que encerrada en el fuerte, podia prolongar su resistencia y hacer que se malograse la empresa con tan buen éxito comenzada. Construyéronse baterías contra aquel punto; continuó estrechándose el sitio sin grandes resultados; y en tanto acudian fuerzas enemigas, cuyo amago tuvo que rechazar en persona el General en jefe con la segunda division y alguna artillería.

Tras de esto recibieron aviso los defensores del Palacio, de que el Conde de España marchaba á socorrerlos, y les prevenia que hicieran un esfuerzo para salir á unírsele cuando vieran dos hogueras encendidas: súpolo el Baron por un espía que cayó en su poder, y se aprestó para el combate, viendo al amanecer del 26 de Julio la señal anunciada. Pero hasta las ocho de la mañana no se presentaron los carlistas, y fué su ataque tan impetuoso, que parte de las fuerzas liberales huyeron desordenadas al primer encuentro: sin embargo, logróse contener al enemigo, enviando contra él refuerzos oportunos; y cayendo sobre su derecha y centro la division tercera, se le obligó á retirarse en mal estado. Si la guarnicion de la fortaleza hubiera hecho la salida que se le previno, en grave apuro se habrian encontrado los sitiadores; pero permaneció encerrada, y aunque trató de reparar su falta oponiendo una resistencia muy vigorosa, tuvo al fin que rendirse á discrecion. Abierta brecha en el Palacio por los certeros fuegos de la artillería, introdújose el desaliento en los sitiados, que pidieron capitular; mas no quiso el Baron aceptar condiciones, y fia-

dos solo en su generosidad salieron del fuerte unos setecientos hombres armados, que con su jefe, el coronel Mondedeu, quedaron prisioneros, y hasta quinientas personas más entre paisanos y mujeres. Cayeron en poder del vencedor gran número de armas y municiones, artillería, mulas y caballos; pero escaseaban los víveres, y hacia ya cinco dias que las tropas hambrientas solo se alimentaban de patatas y grano que cogian asolando los campos.

En esta situacion, dejó Meer guarnecida la plaza con la fuerza precisa, y marchó á Guisona llevándose los heridos, para volver con un convoy á fin de abastecer la ciudad conquistada. A su regreso, el 3 de Agosto, tuvo que sostener terribles combates en las tantas veces ensangrentadas posiciones de Biosca y de Peracamps. El Conde de España, que sentia la pérdida de Solsona como un golpe dado á su prestigio militar, hacia punto de honor la derrota de su contrario, y contando con las ventajas que le ofrecia el terreno, fué á esperarle en las crestas de aquellos formidables desfiladeros, proponiéndose llevarle á una emboscada. Pero el Baron era tan hábil como valiente, y no se dejó prender en las redes de su enemigo: dos dias de rudo pelear, ganando terreno palmo á palmo, y caminando á veces sobre cadáveres, costo la conduccion del convoy hasta Solsona, donde entró al anochecer del 4; y es fama que el Conde, observando desde una altura la destreza del jefe liberal, y haciéndole justicia, exclamó admirado: — "¡Ah, bravo piloto! ¡Qué bien conduces tu nave!„

Ocho dias permaneció Meer en Solsona completando sus fortificaciones, despues de lo cual marchó á Suria, sin que el enemigo, aunque lo intentó, se atreviese á molestarle en el camino. Siguió á estos acontecimientos una tregua de tres meses, que empleó el Baron en fortificar y abastecer de víveres y municiones varios puntos, y el Conde en disciplinar su gente, desplegando ya desde entonces una severidad y un rigor extraordinarios, muy conformes con su modo de entender la autoridad, y que atrajeron al fin sobre su cabeza funestas consecuencias. Las cárceles de Berga y de Caserras se llenaron de presos; la horca ignominiosa y el tajo empezaron á funcionar como auxiliares permanentes de un poder despótico, y aquellos pueblos presenciaron con horror y harta frecuencia las ejecuciones capitales á que asistia en persona el inexorable Conde, haciendo ostentacion de su frialdad estóica, y orando en el acto por las almas de las víctimas.

VI.

Al terminar este período, no es posible pasar en silencio uno de los más brillantes hechos de armas acaecidos durante el mismo: tal fué la toma de Peñacerrada por el ejército liberal del Norte.

Aniquilada la expedicion del conde de Negri, batidos y expulsados de las sierras de Burgos Merino y Balmaseda, el general Espartero, que acaba de ser ascendido al último grado de la milicia, se propuso atacar á los carlistas en una de sus más formidables fortalezas, atrayéndolos, si era posible á un combate decisivo; y participó al Gobierno su plan en estos términos breves y precisos:—"Reuno el ejército, bato á la faccion y tomo á Peñacerrada."—Lo prometió, y lo cumplió en tres dias, á despecho de los críticos y murmuradores, que reputaban irrealizable tan árdua empresa, llegando algunos á calificarla de jactancia y de locura.

Con diez y ocho batallones, cuatro escuadrones de húsares de la Princesa, tres compañías de ingenieros, artillería bastante, y la columna que mandaba el bravo guerrillero D. Martin Zurbano, emprendió Espartero su movimiento el 18 de Junio, llevando raciones solo para tres dias, por no permitir más los medios de transporte, y pernoctó en el pueblo de Treviana; el 19 se puso en marcha y ocupó la altura de Larrea, frente á Peñacerrada, sobre cuyo punto concentraba el enemigo sus fuerzas haciéndolas acudir de las cuatro provincias vasco-navarras. Durante la noche construyó Espartero las baterías de brecha en las alturas que ocupaban sus tropas, y al amanecer del 20 principió á batir el castillo de Ulizarra; pero se necesitaba mucho tiempo para abrir brecha en sus fuertes muros; por lo que el general, deseoso de apresurar la operacion, y aprovechando el ardor de los soldados, que pedian el asalto, lo ordenó por escalada: marcharon á él los dos batallones de Luchana y muchos voluntarios, cuyo arrojo fué tanto, que llenó de asombro á los sitiados. A las diez de aquella misma mañana se rendia el castillo, quedando en poder de los vencedores su gobernador, la guarnicion, dos piezas y abundantes repuestos de boca y guerra.

El 21 se adelantó el campo sitiador, se construyeron baterias para estrechar la plaza, y se rompió el fuego contra ella, sosteniendo los frecuentes ataques que el

ejército enemigo protector no cesaba de dirigir al abrigo de excelentes posiciones. El 22 amaneció cubierto de una espesa niebla: despejada la atmósfera á las diez de la mañana, vióse á los carlistas mover sus fuerzas de todas armas en actitud de provocar una formal batalla; peleóse con ardimiento, procurando unos y otros combatientes atraer á los contrarios bajo el fuego de sus respectivas masas, y á las cinco de la tarde, la situacion de los liberales iba siendo crítica y peligrosa por falta de municiones para la artillería. Conociendo Espartero ser de absoluta necesidad batir completamente al ejército enemigo, tomó una resolucion extrema: dejando al frente de la plaza las fuerzas necesarias, formó en batalla por masas seis batallones de la Guardia real y uno de la 3.ª division, cubriendo su frente á cuarenta pasos las respectivas compañías de cazadores; colocó dos baterías tras del centro de esta línea, y á retaguardia de los costados la caballería, y mandando á su voz armar la bayoneta, rompió la marcha con todas las bandas al paso de carga, colocándose con su Estado mayor á la cabeza de las columnas: animándolas con su ejemplo y sus palabras, atacó decididamente á los enemigos, que solo tuvieron tiempo de hacer una descarga á quemaropa, y á los doce minutos eran batidos y obligados á retirarse en precipitada fuga, dejando en poder del vencedor 800 prisioneros, dos cañones, dos obuses de á 16, todos sus armones, tiros y repuestos de ganados, botiquines y mucho armamento.

Derrotado el ejército protector de la plaza, los sitiados la abandonaron durante la noche de un modo que no fué conocido, habiendo quedado en ella varias piezas, montajes y repuestos: Espartero la ocupó en seguida.

En esta ocasion, el capitan general de Ejército, conde de Luchana, ganó el título de coronel de Húsares de la Princesa. Una brillante carga dada por este regimiento habia decidido la accion: su coronel, D. Juan Zabala, fué objeto de las más expresivas demostraciones de entusiasmo: Espartero le abrazó, diciéndole que el mayor honor para un general seria vestir el uniforme de húsar, cuanto más ser su coronel. Zabala que habia visto al Conde en aquella jornada marchar al combate delante de sus soldados, y estos que admiraban su heroismo, le aclamaron, diciendo: "¡Viva nuestro coronel, el general Espartero!„ Este solicitó como una distincion honorífica el título que acababan de conferirle aquellos valientes, y en consecuencia, le fué espedido el nombramiento en 3 de Julio inmediato.

La batalla y conquista de Peñacerrada, tras de los repetidos triunfos alcanzados por las armas liberales durante los seis primeros meses de aquel año, desconcer-

tando á los carlistas, harto mal parados ya por la mala direccion de sus negocios y por sus disensiones intestinas, habrian tenido una influencia decisiva para la pronta terminacion de la guerra, si á los titánicos esfuerzos del ejército y de sus valientes y entendidos jefes, hubiese coadyuvado el Gobierno con los auxilios necesarios, á fin de que no fuesen estériles tantos y tan heróicos sacrificios. Pero aquel ejército se hallaba en tal estado de miseria y de abandono, que pudiera considerarse fabulosa la relacion de sus privaciones, si no se hallase consignada en multitud de documentos oficiales; y esto hacia que se malográran las mejores combinaciones de los generales y las ventajas adquiridas; no sabiéndose qué admirar más, si el valor y decision de las tropas en los combates, ó el sufrimiento y la constancia con que iban al encuentro del enemigo desnudas y descalzas, hambrientas muchas veces y hásta careciendo de municiones en cantidad bastante para luchar con éxito.

Grandes habian sido las escaceses de los ejércitos liberales, desde el principio de la guerra; pero nunca fué tan apurada su situacion como en 1838. Incesantes eran las quejas y reclamaciones que de todas partes recibia Espartero pidiéndole recursos, cuando éste no cesaba de representar al Gobierno contra el abandono en que se le tenia. Reproduciendo sus instancias, en 12 de Febrero de este año, decia el Conde: "que reducidas á la mayor miseria todas las clases del ejército, eran ya muchos los oficiales que ni aun podian hacer el servicio por falta de pantalones y calzado, teniendo solo para subsistir la miserable racion de etapa." Dirigíase al mismo tiempo á la Reina gobernadora manifestándole: "que en seis meses de largas y penosas marchas, sin reponer nada del equipo, armamento, vestuario, etc., raro habia sido el mes en que el soldado habia tomado diez raciones de pan, habiéndose mantenido generalmente con un pedazo de carne, y esta cogida donde la encontraba, pues el Gobierno y la administracion militar poco le proporcionaban en ninguna parte."

"Cansado ya de representar al Gobierno, decia á fines de aquel mes, para que se atienda á este benemérito ejército con lo preciso, y viendo el desprecio con que se miran mis reclamaciones... no me quedará más arbitrio que mandar las fuerzas á donde se puedan adquirir los auxilios y recaudar lo necesario, antes que apurado el sufrimiento, y forzada la virtud del soldado, se rompan los diques de la subordinacion, dando un seguro triunfo á los rebeldes... Mi deber como español, y mi obligacion como general, será procurar los medios indispensables que el Gobierno me niega."

Envió copia de esta comunicacion á las Córtes, suplicándoles que pidiesen todas sus reclamaciones desde Octubre anterior, para que se penetrasen de la situacion crítica del ejército, y repitió sus quejas á la Gobernadora. Esta contestó muy afable al General, enviándole diez cajas de cigarros en lugar de los recursos que necesitaba. Los ministros creian, á pesar de todo, que Espartero se quejaba de vicio ó por serles contrario; pero él manifestó á la Reina que, "ni pertenecia ni queria pertenecer á ningun partido.„—"Yo, añadia, no conozco más enemigos que los de V. M... Cuiden los ministros de los intereses de V. M. y de la patria, sean hombres de bien, no se dejen llevar de intereses y afecciones particulares, trabajen con incesante afan por la union de los españoles, busquen recursos para terminar la guerra con gloria de V. M.; y con estas cualidades repito, señora, que para mí todos los ministros son buenos, porque yo nada quiero y nada necesito más que el aprecio de V. M.„

Disponíase entonces el Conde de Luchana para perseguir á Negri, y sus tropas no tenian zapatos. Cuál seria su situacion, cuando á principios de Marzo tuvo que atropellar toda clase de consideraciones, dando en Haro una alocucion al ejército, en la cual decia, que habiendo sido inútiles sus reclamaciones á fin de que se le remitiese dinero para proporcionar su haber á la tropa y las pagas á los jefes y oficiales; asi como tambien sus pedidos de calzado, ropa y víveres, se habia visto obligado á usar de la violencia y hasta comprometer su firma para que el soldado no careciese de la racion diaria. Manifestaba que, en último extremo, habia recurrido al Congreso nacional, exponiéndole las críticas circunstancias en qué aquel ejército se encontraba, y concluia diciendo:

"Interin que se proporcionan algunas otras cantidades, he mandado que se distribuyan proporcionalmente 160,000 reales, único auxilio que hasta ahora he recibido.„

Con honores y dignidades pretendió el Gobierno acallar las quejas de Espartero, que al obrar de este modo no hacia más que arrojar de sí una inmensa responsabilidad que no le correspondia; y á las comunicaciones del Ministro de la Guerra, contestó en 5 de Marzo entre otras cosas: "Hoy mismo estoy obligado á no moverme, porque no encontraria pan para las tropas en el punto donde deberia ir, y para que el soldado no acabe de destruir los malos zapatos que calza: en tal situacion se me ha puesto desde Octubre último. ¿Puede exigirse de mí una paciencia que me haria parecer criminal, consiguiendo con ella acabar con mi reputacion militar y la confianza de mis subordinados, cuyo favor y aprecio dedico todo al bien de mi patria?„

Contribuian á agravar de dia en dia esta deplorable situacion la pobreza del país, cada vez más aniquilado por la guerra, el desgobierno sobre todo en materia de Hacienda, y la rapacidad insaciable de los contratistas, entre cuyas manos quedaban el fruto del sudor de los pueblos y la sangre del soldado.

Si por un momento se aliviaba en parte la penuria del ejército á fuerza de reclamaciones enérgicas, conquistando los recursos del enemigo con las puntas de las bayonetas, ó por otros medios, no tardaban en reaparecer los apuros: y esto sucedia lo mismo en el Oriente que en el Norte y en todas partes, porque si se atendia á un punto era dejando otro en descubierto.

El general O'Donnell, representando á Espartero el triste estado á que se hallaba reducido el ejército de operaciones de la costa de Cantabria, le decia en 7 de Junio: "que en Mayo no se le habia librado un solo real, y hacia un año que era raro el mes que habia podido dar á los cuerpos más de un quinto de paga y algunos nada: que hacia dos meses que las tropas estaban descalzas, *recibiendo en vez de zapatos, reales órdenes,* en que se le decia haberse prevenido al Intendente general que remitiera calzado con premura: que todos los cuerpos estaban mal de vestuario, y algunos, como el segundo de ligeros, tenian soldados *que no podian hacer servicio por estar en cueros;* que la mitad de los soldados no tenian camisa; que si bien, á pesar de todo, se conservaba la disciplina, muchos desertaban á Francia ó se pasaban á los carlistas, y que no pudiendo hacer frente á tantas dificultades, ni responder de las consecuencias de tanta miseria, presentaba su dimision." No consintió Espartero en admitírsela, y antes bien le rogó con frases más de amigo, que de jefe, que continuara en su puesto, acompañándole en el sacrificio.

Despues de la toma de Peñacerrada, y cuando los carlistas se veian obligados á desocupar algunos puntos del condado de Treviño y de la Rioja alavesa, escribia Espartero desde Logroño: "que estaba imposibilitado de emprender operacion alguna; que tenia vacíos los parques, sin un real la pagaduría del ejército, y este sumido en la mayor miseria, lo cual era doblemente sensible, porque inutilizaba la decision de sus tropas, y daba tiempo para que un enemigo abatido y desalentado por los reveses, consiguiera rehacerse por la inaccion á que él se hallaba condenado."—Contestóle el ministro de la Guerra dándole esperanzas, y negándole la vuelta al ejército del Norte de algunos batallones que de él se habian separado, al mismo tiempo que le instaba para que emprendiese la ocupacion de Estella, y le prevenia que impidiera á los carlistas de las Provincias cualquier movimiento para reforzar

á Cabrera, mientras Oráa llevaba á cabo la proyectada reconquista de Morella, que fracasó tambien por falta de recursos.

Esta contínua penuria debia ser causa de que los triunfos conseguidos en la primera mitad del año, no solo fueran esterilizados, sino que se convirtieran luego en reveses. Para marchar contra Estella y proseguir los planes que meditaba, tuvo Espartero que empeñar sus bienes particulares, reuniendo en veinticuatro horas millon y medio de reales, con lo cual pudo disponer un respetable parque y todo lo necesario; pero á lo mejor tuvo que desistir de aquel proyecto, siendo preciso desmembrar las fuerzas del ejército del Norte para acudir á otros puntos del centro, invadidos por los carlistas, despues de sus triunfos en el Maestrazgo.

La causa de D. Cárlos habia ganado mucho, entre tanto, con el reemplazo del inepto general Guergué por D. Rafael Maroto.

VII.

El estado miserable en que se hallaba el ejército no era más que un reflejo de la situacion apurada del país, á consecuencia de una guerra sostenida necesariamente á costa de la sangre y del sudor de los pueblos en uno y otro bando, y por lo tanto, doblemente gravosa y destructora. El azote de la miseria se dejaba sentir principalmente en las provincias que eran teatro de aquella lucha fratricida: los campos quedaban yermos y asolados; los ganados destruidos; las casas desiertas ó arruinadas por el incendio; los caminos intransitables. Las contínuas exacciones de dinero y víveres habian aniquilado á los habitantes de comarcas enteras. Alava, Santander, la Rioja, Guipúzcoa y Navarra gemian bajo el peso insostenible de la guerra. La diputacion provincial de Logroño exponia que además de ascender á doce millones sus anticipos, aquel país estaba reducido á tal extremo de postracion, que hasta el soldado se lastimaba y horrorizaba, maldiciendo el tener que arrancar á su patron el pan que necesitaba para pasar el dia. No era mejor la suerte de otras provincias. Cataluña habia sido asolada por el vandalismo de los partidarios; lo mismo sucedia en la Mancha, y las ricas riveras de Castellon y Valencia veíanse agostadas por las frecuentes correrías de los facciosos del Maestrazgo.

El mal se extendia á todas las demás provincias, porque todas contribuian en

último resultado á sostener las cargas de la guerra; y entre tanto, el Gobierno se declaraba impotente, y lo era en efecto, para acudir al remedio de las necesidades públicas. Ni los ministros, ni las Córtes que le apoyaban podian considerarse á la altura de las circunstancias; y lejos de mejorar la situacion, la agravaban con imprudentes revelaciones. Convenian todos en que era preciso acabar con el mónstruo de la guerra, y cuando el diputado San Miguel reclamaba hombres y dinero, le contestaba el ministro de Hacienda:

"Quiere el señor San Miguel que vengamos á pedir otra quinta de cien mil hombres? Ya hemos visto las consecuencias de las anteriores: *á medida que se hacen, se van los quintos á los facciosos...* Se dice que se pidan recursos: ¿se ignora que la contribucion de doscientos millones se decretó en medio del entusiasmo? ¿Y qué ha producido? Aun están por ingresar setenta millones. Y ¿qué sacrificios no han hecho los pueblos? ¿qué injusticias no se han cometido? La extraordinaria de guerra está por ejecutar. *¿No hay más que pedir contribuciones sin medios de realizarlas?*„

Esto era manifestar que el Gobierno se hallaba en un callejon sin salida: no tenia más que dos, en su concepto: apelar á la intervencion extranjera, ó venir á un arreglo con los carlistas; pero ambas cosas eran irrealizables. "Si la guerra fuese solo de sucesion, dijo San Miguel con verdad, seria posible un arreglo; pero es de principios, y siendo estos incompatibles, no hay transaccion.„ La experiencia ha demostrado que San Miguel estaba en lo justo; pero añadió: "Es preciso guerra á muerte... que un partido venza al otro, de suerte que el vencido quede exterminado para siempre;„ y, como estas palabras suscitaron réplicas y protestas, rectificó diciendo, que solo pedia el exterminio del principio, no el de las personas que lo sostuviesen.

Pero aquí estaba el escollo: el gobierno moderado queria una transaccion de principios; y los exaltados no podian transigir, porque veian que esto no era más que la guerra civil perpetuamente aplazada.

Estrechado el Ministerio por la oposicion, creyó Perez de Castro defenderle, y solo demostró su incapacidad y falta de iniciativa "Digan los señores diputados (exclamó) qué es lo que se puede hacer para acabar con la guerra civil, y si el Gobierno no lo cumple, venga sobre sus individuos la execracion de la nacion entera.„ Oportunamente le contestó Olózaga, que al Ministerio le correspondia manifestar su sistema para que lo juzgase el país: seguro estaba de que no tenia ninguno.

Los apuros de la Hacienda eran tan grandes, que en ocho dias no pudo pagar la

tesorería de Madrid una libranza de quinientos reales: todas las clases del Estado se hallaban desatendidas. Habia corporaciones que dejaban de sacar la correspondencia por falta de dinero; y en algun tribunal, por no tener para costear la ejecucion de la justicia, se entregaron los reos condenados á muerte á una compañía de soldados para que los fusilase.

Patrocinada por diputados de la oposicion, se presentó una propuesta en nombre de Lafite, de Paris, para negociar un anticipo de 1,600 millones á cincuenta por 100, pagadero la mitad en títulos de la antigua deuda, y la otra mitad en dinero, debiendo quedar los productos de esta operacion en manos de la casa proponente, en pago de los suministros, que correrian á su cargo. El Gobierno tuvo esta vez el buen juicio de rechazar semejante proposicion; pero no habiendo más recurso que apelar al crédito, solicitó de las Córtes autorizacion para contratar un empréstito de 500 millones efectivos. La autorizacion fué concedida: sin embargo, al discutirla, el ministro de Hacienda y sus opositores hicieron lo posible para anular sus efectos; pues contestando á Mendizábal, declaró Mon que se debian 331 millones de Deuda flotante; 20 de atrasos á la legion inglesa; 32 de anticipaciones hechas por el Banco de San Fernando; 28 á la Casa real, y otras sumas que aumentaban en más de 500 millones el déficit calculado por Mendizábal. Añadia Mon, que á los tribunales se estaba debiendo un año; á los frailes y monjas 58 millones. "El clero, continuaba, apenas ha recibido la tercera parte de su asignacion. Muchas iglesias tendrán que cerrarse; la catedral de Sevilla está amenazada de ello... Las rentas de la isla de Cuba están gastadas; el ministro de la Guerra pide 40 millones para fortificaciones;„ y á este tenor siguió llorando lástimas, y revelando tales miserias, que bastaban por sí solas, sin la guerra de la oposicion, para retraer á los extranjeros que habian de interesarse en el empréstito. Y en efecto, quedó este sin realizarse; porque el marqués de las Marismas, con quien se contaba, rompió las negociaciones: para reanudarlas, envió el Gobierno á Paris nada menos que tres comisionados con el sueldo de cinco mil duros cada uno; pero no consiguió el objeto que se proponia.

Las Córtes suspendieron sus sesiones, dando por terminada la legislatura en 17 de Julio, despues de conceder al Ministerio varias autorizaciones, y acordar algunos arbitrios para allegar recursos, que en gran parte fueron ilusorios, como sucedió con la próroga del diezmo por un año, pues nadie quiso pagarlo; y á pesar de la insistencia con que Madoz y otros celosos diputados pedian que solo se tratase de

Hacienda y Guerra, quedaron sin discutirse los presupuestos de Guerra y Hacienda, junto con los de Gobernacion y Marina, por temor de que su exámen infundiera desaliento en el pais.

Pero el pais estaba ya desengañado, y habia perdido las ilusiones que le hizo concebir aquel Gobierno. Para colmo de desdichas, el partido avanzado alimentaba proyectos de nuevos trastornos, á los que daba pábulo el descontento y malestar de todas las clases. Despues de buscar inútilmente apoyo en elevadas regiones, los exaltados habian puesto sus miras en el infante D. Francisco para que hiciese frente á Cristina; propusiéronle para senador, pero no le nombró la Corona, y el Senado excluyó al infante, por un solo voto de mayoría, del artículo 20 de la Constitucton, que declaraba senadores natos á los hijos del rey.

"Los progresistas (dice Burgos en sus *Anales*), empeñados en oponer al gabinete toda clase de embarazos, lanzaron á la arena política nuevos adalides, que en un periódico intitulado *El Graduador*, se aplicaron á proclamar doctrinas disolventes, y á vomitar, ya calumnias, ya sarcasmos contra la Reina gobernadora, llegando á tal punto la audacia, que el Gobierno se vió luego en la necesidad de reprimirla. Presos sus redactores, temieron los que los protegian verse comprometidos, y en su miedo indujeron al infante D. Francisco á salirse de España.„

Marcharon, en efecto, á Francia el infante y su mujer é hijos con pretexto de baños. "Disensiones más importantes por sus resultados que por sus verdaderos fundamentos (dice Miraflores), habian alterado la armonía doméstica en el real alcázar.„ Cuestiones políticas, mezcladas á intereses de familia, habian motivado esta resolucion, "*despues de contestaciones entre los príncipes y la Gobernadora*, en las cuales intervino el conde de Latour Maubourg, embajador de Francia en Madrid.„

Tratábase ya, en familia, del futuro casamiento de la reina Isabel, y no era extraño Luis Felipe á las cábalas matrimoniales, que tan fuera de sazon se agitaban, arrojando á la arena política un nuevo elemento de discordia.

CAPÍTULO X.

Continúa el desgobierno.

SUMARIO.—Intrigas y miserias de los partidos.—Caida del ministerio Ofalia.—Desastres de las armas liberales.—Ferocidad de Cabrera: motines; represálias.—Proyecto de formar un ejército de reserva.—¿Conspira el Gobierno?—Conatos de trastornos en Madrid; sublevacion en Sevilla.—Continúan las operaciones en Cataluña: ¡Prim en Torregasa y Bergús; en la expedicion al Valle de Aran, y acciones de Sort, Rialp y Tírvia.—Otro ministerio moderado.

I.

La causa de D. Cárlos estaba moral y materialmente perdida en el Norte, cuando se encargó del mando de su ejército el general Maroto. Aunque aquel ejército constaba de veintiseis mil hombres, quedó tan desconcertado despues de la derrota de Peñacerrada, la insubordinacion ó indisciplina del soldado se acrecentó de tal modo, segun relacion de los historiógrafos carlistas, que "disperso todo él y en grupos de doscientos y trescientos hombres, vagaban por el país aniquilando los pueblos y robando á cuantos transitaban por los caminos... De los batallones navarros que se hallaban en la Solana, algunos se sublevaron en masa. Entraron en Estella gritando: *Muera la junta, mueran los ojalateros, abajo los castellanos y vengan nuestras pagas.* Mataron á un escribano que bajaba la escalera en que vivia aquella corporacion, creyéndole individuo de la misma; ofendieron á cuantos encontraron, sin respetar á los guardias que componian el escuadron que custodiaba el *estandarte de la generalísima,* y que llevaba siempre á su inmediacion D. Cárlos; prosiguieron disparando las armas sobre las ventanas y puertas de la gente principal, singularmente sobre las casas del Obispo de Leon y de la prima de Zaratiegui; pusieron á saco otras muchas y maltrataron á varias personas. En vano quiso oponer su autoridad D. Cárlos á tales excesos; fué desobedecido, atropellada su casa y golpeado su ayuda de cámara

D. José Sacanell, así como desairado el infante D. Sebastian, que por su ascendiente sobre la tropa debió creer seria respetado [1].„

Pero esta situacion verdaderamente desastrosa del ejército carlista no era solo efecto de la derrota material que habia sufrido: provenia principalmente del encono de las pasiones, de la irritacion y el desaliento producidos por la torpeza, las intrigas y tropelías de la camarilla intolerante y fanática que rodeaba á D. Cárlos, y del descrédito de este entre sus más adictos partidarios. "¿Podia sostenerse y defenderse más tiempo (dice el citado Arizaga) una causa que, combatida con ardor, entusiasmo y constancia por sus enemigos, *encerraba en sí los mayores y más terribles contrarios?* ¿Podia el gobierno de D. Cárlos marchar á un fin honroso, cuando el partido que dominaba el corazon del Príncipe, en vez de buscar la fuerza que da la union y la concordia, atizaba las pasiones, envenenando los sentimientos de todos, y á cada paso levantando un nuevo obstáculo á la reconciliacion y al triunfo de la restauracion por que se combatia? ¿Podia hacerse la guerra, cuando el mando estaba dividido, y los jefes militares sujetos á las caprichosas inspiraciones de un eclesiástico, de un favorito ignorante ó de un intrigante palaciego [2]?„

Más explícito D. Manuel Lassala, refiriéndose los atropellos de que eran víctimas los buenos carlistas por los partidarios del oscurantismo, pinta aquella situacion con estos vivos colores:

"Tanta desgracia, tanto sufrimiento, tanta persecucion, hicieron de los que se hallaban en este caso un numeroso y fuerte partido que, sin proyectos, sin reuniones y sin preparadas relaciones, *fueron unánimes en el ódio á D. Cárlos, á quien se consideró, si triunfaba, como el mayor de los infortunios para la desgraciada España;* y así públicamente se decia por la mayor parte de los generales y altos empleados, que todos deseaban un medio honroso por el que se les pudiese separar de la causa porque combatian. Los carlistas de buena fé *se horrorizaban al conocimiento del hombre á quien servian, y de los principios extremados que les queria forzar á sostener:* ellos

[1] Arizaga.

[2] Ó á las profecías de una monja famosa, que, segun declaraciones, en causa que se le formó con motivo de ciertas llagas que se suponian impresas milagrosamente, habia sabido por revelacion del diablo, que D. Cárlos triunfaria. Si Guergué, contra su parecer, aguardó y atacó á Espartero en Peñacerrada, fué «siguiendo las indicaciones de algunos eclesiásticos, que suponían estar la victoria en el ataque; pues así lo aseguraban las revelaciones que la monja habia comunicado en sus cartas á D. Cárlos.» Maroto, que así lo refiere, fué duramente acriminado más de una vez, porque no seguia las instrucciones de la monja. Pero, si la monja era inspirada por el diablo, ¿cómo le daban crédito los que tanto se preciaban de buenos católicos? ¿Podian creer que el diablo dijese verdad?

querian el gobierno fuerte y vigoroso, sí, de un rey; pero tambien le querian dulce, amante de los pueblos, y que conocedor de sus necesidades y de los actuales tiempos, los hiciese felices... pero un rey fanático, supersticioso y sangriento, nunca fueron sus votos: jamás pensaron en sacrificar sus vidas y sus bienes para dar á sus familias y amigos no alistados en el partido carlista un verdugo, á ellos mismos un perseguidor, y á la España entera los tiempos duros y atrasados de un Felipe II y de un Cárlos el doliente. . . . . „

"Las últimas clases del pueblo y del ejército (continúa Lassala), testigos de tantos trastornos, viendo á sus antiguos jefes en duras prisiones, no recibiendo mejoras de ninguna especie, y no dispensando su confianza á los que les mandaban, murmuraban y se quejaban ya abiertamente de D. Cárlos, de sus rezos, de sus oraciones y de su poca disposicion.„

Don Cárlos y su causa estaban, pues, juzgados y condenados por los mismos carlistas: el siglo milenario, el gobierno patriarcal, dulce y benéfico, que estos habian soñado bajo el cetro semidivino de un monarca absoluto, aparecia tal como era en realidad; y despojado de las galas poéticas con que lo revistiera su fantasia, el ídolo ante cuyas aras habian sacrificado vidas y haciendas les causaba horror y espanto. Pero no podian llamarse verdaderos carlistas los que ahora, viendo al ídolo desnudo y en su propia naturaleza, renegaban de él, despues de haberle ofrecido en holocausto diariamente, en vez de incienso, humo de pólvora y vapor de sangre. D. Cárlos no representaba ni debia representar otros principios que los del despotismo puro, con su séquito tradicional de favoritos y camarillas, supersticion é ignorancia, persecuciones y patíbulos. Precisamente contra esto se venia peleando durante tantos años, y los que así no lo comprendian estaban ciegos: pero planteada la cuestion en su verdadero terreno; despejada la incógnita, la causa del carlismo necesariamente habia de sublevar los ánimos de cuantos abrigaban sentimientos de dignidad personal y de amor patrio, y hundirse bajo el peso de su descrédito.

En tal situacion, un leve esfuerzo habria bastado para terminar la guerra, si en el campo liberal hubiese habido más union, más inteligencia, más patriotismo. D. Cárlos habia cambiado de general en jefe; pero no de ideas ni de inclinaciones: su cuartel continuó siendo un semillero de intrigas y discordias; los fanáticos, los ignorantes y ambiciosos continuaron mereciendo su privanza; y apenas tomó el mando Maroto, fué objeto de los tiros emponzoñados de aquellas gentes, que pretendian entender y arreglar por sí los asuntos de la guerra. "Tal fatalidad (dice

el mismo Maroto) perseguia á cuantos generales tuvo D. Cárlos, que en el ánimo de este príncipe prevalecian siempre los consejos de un fraile ó de un sirviente particular; y como á estos no se les diese pleno conocimiento de cuanto el general pensaba, ó no se hiciese lo que ellos indicasen, todo estaba mal hecho, y no veian sino torpeza, ignorancia, malicia ó traicion.„

Los demás jefes y generales carlistas, que, á falta de méritos, contaban con el apoyo y proteccion de la camarilla, se declararon enemigos descubiertos de Maroto, atacándole unos sin rebozo, y otros por medio de imputaciones calumniosas reservadas. Se hablaba contra él con el mayor descaro en el cuartel de D. Cárlos, porque no atacaba, cuando apenas habia podido reorganizar el desbandado ejército. Sin embargo, "en el corto tiempo que llevaba de mando, habia ya formado cinco batallones *de las tropas presentadas del ejército de la Reina, que diariamente desertaban á bandadas, huyendo de la miseria que las rodeaba y del mal trato que entonces sufrian.*„

Esta triste revelacion del mismo Maroto nos explica el sesgo que luego tomaron los acontecimientos. El gobierno de Madrid, atento á su propia conservacion, como gobierno de partido, tenia enfrente enemigos que conspiraban, y cuya actitud le hacía descuidar el supremo interés de la guerra. Eran frecuentes y alarmantes las noticias que recibia de varios puntos. En la provincia de Murcia particularmente se agitaban las sociedades, y amenazaban los conspiradores con violentos trastornos; háblase de asesinar á las autoridades, y algo de esto empezó á realizarse dando muerte al comandante de armas de Albanilla; no se podia fiar en la Milicia nacional, y se pedia otra clase de fuerzas para reprimir los desórdenes. En Cádiz trabajaban los clubs, y se decia al Gobierno que tenian inteligencias con el ejército del Norte para secundar en las Provincias el movimiento que proyectaban, empezando por separar al Conde de Luchana, y poner otro general de su confianza.

En medio de estas complicaciones, se lisonjeaba el Gobierno de dar un golpe mortal á los carlistas secundando el proyecto de un industrial y propietario de Vizcaya, llamado Muñagorri, que con algunos centenares de hombres, habia levantado el pendon de *Paz y fueros*. No habia recursos con que socorrer al Ejército; pero á Muñagorri se le enviaron dos millones y otros auxilios, que ningun resultado produjeron. La ineptitud del Ministerio llegó al punto de dar oidos á proyectistas y charlatanes. Un suizo anunció á Mon la existencia de un tesoro enterrado en Santiago en 1809. Provisto de fondos y recomendaciones que le proporcionó el crédulo Ministro, se presentó el suizo con gran séquito de operarios en el hospital de San

Roque de aquella ciudad, el 17 de Agosto, y mandó hacer excavaciones en las letrinas: cuando las pestilentes exhalaciones hubieron infestado la ciudad, declaró el impostor, que sin duda el tesoro habia sido sacado antes. Alborotóse el pueblo, conocido el engaño, y castigó al suizo apaleándole; pero esto solo sirvió para acrecentar el escándalo promovido por tan ridículo acontecimiento, que acabó de desprestigiar al Ministerio, rudamente combatido á la sazon por el mal resultado de las operaçiones militares.

Con esforzado aliento habia emprendido el general Oráa la reconquista de Morella, reconcentrando á este fin todas las divisiones del ejército de su mando. El 29 de Julio, la mayor parte de aquellas fuerzas ocupaban las alturas al frente de la plaza, estacionándose la reserva en algunos pueblos del camino de Aragon, para proteger la llegada al campamento del tren de batir y de los convoyes de víveres, pues las pocas raciones que habia sacado el ejército estaban ya casi agotadas. Desde aquel dia en adelante diéronse frecuentes y terribles combates, llevando en ellos por lo regular la mejor parte las tropas de la Reina, que consiguieron establecerse en buenas posiciones y conservarlas, obligando por fin al enemigo á encérrarse tras de las murallas.

Fué una de las acciones más empeñadas y sangrientas la del 2 de Agosto. Atacado el ejército sitiador en su campamento de la Moleta de la Pedrera, generalizóse el fuego por toda la línea, tomando parte en el combate, además de Cabrera, Forcadell, Merino, D. Basilio, Negri, Llagostera, el coronel Gracia y otros jefes carlistas, contra Oráa, Borso, Pardiñas, Aspiroz, Pezuela y Serrano, siendo aquellos rechazados con gran pérdida de gente. Cabrera dejó en poder de su enemigo la boina y la famosa capa blanca, que le arrebató de los hombros el comandante de infantería D. Ezequiel Amaya.

No habia llegado aun el tren de batir, y se esperaba con ansia un convoy, que avanzaban con lentitud suma por el mal estado de los caminos: cuando estaban ya cerca de Morella, se interpuso Cabrera, y al anochecer del dia 8 atacó impetuosamente á sus contrarios, poniéndoles en grande aprieto; duró la accion hasta las diez de la noche, y Oráa salvó el convoy á costa de heróicos sacrificios. El carlista hizo quemar entonces las mieses, recogió todo el trigo de las inmediaciones y se encerró en la plaza, no sin haber empeñado recios combates en los dias sucesivos hasta el 13, en que quedó formalizado el sitio, rompiéndose el fuego de cañon contra Morella al amanecer del 14.

A pesar de los repetidos triunfos alcanzados sobre las numerosas y aguerridas fuerzas carlistas, el ejército liberal se hallaba en una situacion muy crítica: el 15 solo habia raciones para dos dias y ninguna para los caballos, que hasta de forrage carecian por el incendio de las mieses, y en el campamento se contaban unos seiscientos heridos; lo cual puso á Oráa en la necesidad de ordenar el asalto de la plaza en cuanto se hubo abierto brecha por la artillería. Con grande arrojo lo intentaron las tropas aquella misma noche; pero el enemigo era poderoso, y tuvieron que retirarse, dejando el suelo cubierto de cadáveres al pié de las murallas. Continuó el fuego de cañon el dia siguiente, y al amanecer del 17 se dió un segundo asalto, combinándolo con una escalada por tres puntos distintos á la vez; pero el valor y la decision de los batallones, guiados por sus bizarros jefes, se estrellaron contra aquellos muros, defendidos por un enemigo tenaz y esforzado, que arrojaba sobre ellos un diluvio de balas, granadas y piedras.

Oráa tuvo que desistir de su empeño y levantar el sitio de Morella, despues de haber sostenido veintidos combates, saliendo victorioso en casi todos: la acumulacion de los heridos y la falta de subsistencias le ponian en el duro trance de retirarse, para no exponer el ejército á un desastre seguro, visto el resultado inútil y sangriento de los dos asaltos. La retirada fué penosísima y difícil por aquel país quebrado y montuoso, habiendo que vencer además al enemigo, que acudió á entorpecerla, y aun estuvo á punto de batir á las tropas liberales; pero se abrieron paso á la bayoneta, costando á unos y otros respectivamente más de 300 bajas la funesta refriega.

La pérdida sufrida por sitiados y sitiadores, durante estas infructuosas operaciones contra Morella, ascendieron á unos tres mil hombres, entre muertos y heridos, pereciendo allí varios jefes y oficiales muy distinguidos, entre ellos el coronel Portillo, ex-gobernador de aquella plaza, que sucumbió en el último asalto de la brecha.

El descontento que produjeron estos desgraciados acontecimientos precipitó la caida del ministerio presidido por el conde de Ofalia, que se retiró el 6 de Setiembre, siendo llamado á reemplazarle el Duque de Frias: el país no habia ganado gran cosa en el cambio de gabinete [1].

[1] «El duque de Frias (dice D. Javier de Búrgos), buen literato y cumplido caballero, pero tardo de oido, sujeto á distracciones habituales, dotado de fibra poco vigorosa, ignorando hasta la tecnologia de la Administracion y de la Hacienda, no conociendo por consiguiente medio ni camino para reparar ningun mal, para promover ningun bien, era poco á propósito para dirigir el timon del Estado en tan difíciles circunstancias. — El inexperto diputado por Leon, Vigil de Quiñones, denominado marqués de Monte-Virgen, que, de repente, y por recompensa del apoyo que en una ocasion importante prestara al conde de

II.

Continuaban en Setiembre las miserias y privaciones del ejército del Norte, de las cuales se aprovechaba Maroto para estimular la desercion de las tropas liberales, cuando los carlistas aragoneses, envalentonados con su triunfo de Morella, enviaron fuerzas á Castilla para extender la guerra á la espalda del Conde de Luchana, y darse la mano con sus correligionarios de las Provincias. Estos movimientos obligaron á Espartero á desistir de la conquista de Estella, para dirigir su atencion á los nuevos puntos amenazados, y replegarse sobre el Ebro.

Alaix, que acababa de ser nombrado ministro de la Guerra, quedó con pocas fuerzas en Navarra, y no pudo impedir que los carlistas pasáran el Arga el 19 de Setiembre, mas no por esto dejó de volar á su encuentro, y aunque superiores en número, les batió en Légarda, obligándoles á retirarse con gran pérdida hacia las cumbres del Perdon, donde se rehicieron ocupando magníficas posiciones. Empeñóse Alaix en arrojarles de ellas, trabándose allí reñidísima y desigual batalla: pónese el mismo Alaix á la cabeza del regimiento de Zaragoza, y avanza temerario sobre las masas enemigas, que le reciben con una descarga cerrada, y cae del caballo atravesado de tres balazos. El regimiento quedó destrozado y sin jefes; su coronel estaba tambien gravemente herido, y creyéndole muerto, huyeron los soldados llevando el desórden y el espanto á los demás cuerpos. La derrota de los liberales fué completa, y toda la division se habria perdido, á no ser por la serenidad de algu-

Toreno, habia sido encargado de una de las dependencias superiores de rentas, dejó en ella recuerdos que no permitian esperar que mejorase por su influencia la destruida Hacienda, cuya direccion suprema se le confiaba interinamente.—Valldich, ya por sí el marqués de Vallgornera, si antes de Torre Mejía por su mujer, habia servido como oficial en la secretaría de lo Interior, donde empezó á familiarizarse con las teorías administrativas; pero no con la ciencia, harto más difícil, de la aplicacion de ellas á las necesidades de una sociedad anómala, y entonces descuidada y disuelta.—Al ministerio de Marina estaba unido el de Comercio: y de los medios de favorecerlo, entendia tan poco Aldama, á quien se confió el despacho interino, como de Hacienda Monte-Virgen, y Vallgornera del mecanismo de la organizacion interior.—Ruiz de la Vega, que, durante su emigracion en Inglaterra, habia abjurado sus antiguas doctrinas revolucionarias, y completado sus estudios de jurisprudencia, nada podía hacer solo en la situacion complicada en que se hallaba el país. El ministerio Frias, pues, nació muerto, como sucedió antes á Bardají, y como despues habia de suceder á todos los que, al constituirse, no concibiesen el propósito de restablecer desde luego algunas condiciones de existencia social, sin las cuales todo gobierno era imposible.»

Tal es el retrato de aquel Ministerio, trazado de mano maestra por un escritor amigo de los moderados, pero más amigo de la verdad.

nos jefes, que contuvieron al enemigo sosteniendo la retirada [1]. Su pérdida ascendió á unos doscientos muertos, multitud de heridos y quinientos prisioneros, quedando además en poder de los carlistas ochocientos fusiles y gran número de caballos.

Espartero se encontró entónces en una situacion muy apurada: sus contrarios habian recobrado la fuerza moral de que poco antes carecian; y mientras que Merino, Carrion y Balmaseda se enseñoreaban de Castilla la Vieja, otros pasaban el Ebro invadiendo y saqueando varios pueblos de la Ribera, y Maroto se situaba en Durango acercando sus fuerzas á Bilbao. Para hacer frente á todo, solo contaba el Conde con catorce batallones disponibles, despues de haber reforzado su derecha destacando á Leon con la caballería y la artillería de la legion inglesa: hizo avanzar á Rivero con nueve batallones hacia Villarcayo, y se quedó con cinco; fuerza insuficiente para poder acudir á la persecucion de los facciosos que se extendian por las provincias de Búrgos y Soria, corriéndose hácia Valladolid y Avila.

En tan críticas circunstancias, pidió Espartero al Gobierno que le enviase rápidamente refuerzos del ejército de reserva que, bajo las órdenes del general Narvaez se habia formado, con este objeto, en la Mancha y Andalucía. El Consejo de Ministros acordó que Narvaez marchase inmediatamente, con las dos terceras partes de aquel cuerpo, á encargarse de le capitania general de Castilla la Vieja, confiando á Nogueras la pacificacion de la Mancha con el resto de la reserva y las tropas de Extremadura, y comisionando á Mendez Vigo para organizar en Córdoba y Jaen una nueva reserva. Estas y otras disposiciones demuestran la necesidad y la urgencia de acceder á los deseos del Conde de Luchana. Sin embargo, intrigas y miserias de partido, de que luego hablarémos, impidieron que Narvaez marchase á su destino, y que el ejército del Norte fuese reforzado. A pesar de esto, Espartero, abandonado del Gobierno, pero apoyado por sus valientes subordinados Ribero y Leon, batió á los carlistas en las orillas del Ebro, en las del Arga y en Valdivieso, conteniendo sus correrias y arrojándoles de las sierras y pinares de Soria.

Entre tanto Cabrera ostentaba su poder más pujante que nunca, llevando su osadía hasta presentarse, en una rápida excursion, á las puertas de Valencia. No habian terminado aun su penosa retirada de Morella las tropas de Oráa, cuando el carlista invadia las riveras del Júcar, imponiendo grandes exacciones á los pueblos,

[1] Son dignos de mencion el coronel Casero, que hizo prodigios de valor con el primer batallon de San Fernando, y el capitan D. Domingo Dulce, que con quince lanceros y un trompeta contuvo á un escuadron carlista, y le obligó á retroceder.

quemando algunas casas y reuniendo en ocho dias un cuantioso botin, con el que se retiró á sus guaridas; y seguro de no ser molestado, concedió á su gente una semana de descanso en el seno de sus familias.

Aunque Cabrera no permaneció inactivo, nadie le hostilizó durante el mes de Setiembre. Un valiente le buscaba, sin embargo, anheloso de medir con él sus armas, é iba á encontrar una muerte gloriosa en los campos de Maella. Pardiñas, jóven bizarro, ascendido en poco tiempo á general por sus heróicos hechos y no interrumpidos triunfos, deseaba vencer al más esforzado de los caudillos carlistas: no menos ambicionaba Cabrera verse frente á frente de su bravo adversario: supo, el 27 de Setiembre que aquel habia movido su division desde Alcañíz á Calaceite, y saliendo inmediatamente de Morella con sus ayudantes y ordenanzas, anduvo veintisiete horas sin detenerse hasta llegar á Gandesa.

Pardiñas se situó en Maella: Cabrera en Valdealgorfa. Uno y otro se disponian para el combate; uno y otro estaban decididos á no ceder sin alcanzar la muerte ó la victoria. Tranquilos y serenos se levantaron ambos generales al amanecerdel 1.° de Octubre, y colocaron sus tropas en posiciones convenientes, eligiendo por campo de batalla un terreno espacioso plantado de olivos, entre el rio Fabara y unas alturas. Las fuerzas de Cabrera ascendian á tresmil infantes y quinientos caballos; las de Pardiñas eran inferiores, sobre todo en caballería; pero suplia la calidad al número, siendo llamada aquella division del *Ramillete*, por considerarla como lo mejor del ejército del Centro.

Ya frente á frente ambos enemigos, mostraban su impaciencia por venir á las manos, y apenas dada la señal de ataque, lanzáronse con decision los liberales sobre el centro y los flancos carlistas arrollando su izquierda, y obligándoles á ceder terreno; pero se rehacen estos, y luchan con feroz encarnizamiento, siendo nuevamente repelidos. Impaciente Pardiñas por alcanzar un triunfo, que ya consideraba seguro, precipita los movimientos de los batallones de su izquierda, dejando el flanco descubierto: los carlistas eran arrollados en ambas alas; pero aprovechando Cabrera el descuido de su contrario, corta aquellos batallones por un cambio de frente, sin dar tiempo á que fuesen socorridos por los del centro, y les pone en la necesidad de rendirse, comprometiendo la suerte de los demás. Vuela en seguida á contener el desórden de sus tropas acosadas por la derecha enemiga; muestra á los soldados la sangre que corria de su brazo herido; les increpa duramente; les anima, y les vuelve al combate con nuevos brios. La victoria era suya.

Pardiñas no acertaba á comprender lo que le sucedia, pareciéndole imposible la derrota. Encendido en ira, brotando fuego de sus ojos, corria de una parte á otra procurando rehacer sus desbandados batallones; pero viendo lo inútil de sus esfuerzos, presa de la desesperacion, se decide á morir matando, y se arroja en medio de sus enemigos: muerto el caballo que montaba, se apodera del fúsil de un granadero, y apoyado en un árbol, dispara el arma contra un grupo de ginetes, que le hirieron mortalmente; pero aun saca la espada, y sigue peleando hasta exhalar el último aliento atravesado de una lanzada.

Seis horas duró aquel obstinado combate, quedando destruida la division de Pardiñas, de la cual apenas se salvaron dos batallones de los cinco que la componian; prisionera la mayor parte; muertos los más bizarros jefes y oficiales; sembrado el campo de multitud de heridos. Los carlistas perdieron cerca de 300 hombres entre muertos y heridos, y unos cien caballos.

El triunfo de Cabrera en Maella pudo ser completo: lo desvirtuó y mancilló con su crueldad innata. De su órden, los prisioneros de la caballería, en número de 161, fueron inhumanamente acuchillados [1]. Aquella misma tarde hizo fusilar Cabrera al capitan de Córdoba, D. Joaquin Urquiza, y á *veintiseis heridos* más, que sacó del hospital de Maella. No estaba satisfecha, sin embargo, la saña del *Tigre del Maestrazgo*, y todavía despues mandó fusilar *noventa y seis* sargentos prisioneros en Maella, por haberse negado á ingresar en las filas carlistas.

Profunda sensacion causaron estos hechos en todo el país; pero especialmente en las provincias de Aragon, Valencia, Cuenca y Sigüenza, inmediatamente amenazadas por las huestes vencedoras de Cabrera, que comenzaron á invadirlas, cometiendo excesos y depredaciones en los pueblos desguarnecidos. Llagostera entró á recorrer el valle del Jalon, hasta las inmediaciones de Zaragoza, y los carlistas que vivian en esta capital, se mostraban insolentes, insultando á los nacionales. Al ver estos desde sus casas el humo del incendio que devoraba algunos edificios del vecino pueblo de Urrea, no pudieron ya contener la ira que rebosaba en sus pechos, y se amotinaron empuñando las armas al grito de represálias. Pudo calmarlos el general San Miguel, prometiéndoles lo que pedian, tomando serias providencias contra los adictos á D. Cárlos, y haciendo saber á Cabrera por medio de una alocu-

[1] Sobre el campo de batalla aun, mandó Cabrera á D. Cristóbal Espinosa matar á unos cincuenta soldados de caballería del Rey que habia reunido. El comandante Espinosa contestó: «*que no tenia lanza despues de la accion*;» digna respuesta de un valiente y de un hombre honrado. Cabrera buscó á otro que obedeciera sus órdenes sanguinarias, y los soldados fueron acuchillados, despojándoles antes de cuanto llevaban.

cion á los zaragozanos, que si no retiraba sus fuerzas de aquel territorio, ni ponia coto á su barbarie, se hallaba decidido á detener en rehenes á las personas más calificadas de carlistas, usando de represálias, por más repugnantes que fueran á sus principios.

Despreció Cabrera estas amenazas, y mientras sus segundos Arnau y Forcadell invadian con mala fortuna las provincias de Cuenca y de Castellon, corrió á dar ayuda á Llagostera, que se habia apoderado de Caspe y sitiaba su fortaleza; pero tuvo que levantar el sitio y retirarse á la aproximacion de D. Juan Van-Halen, que acababa de suceder á Oráa en el mando del ejército del Centro. No llevaba este general más que tres mil hombres, y sin embargo, pudo con ellos salvar, no solo á Caspe, sino tambien á Híjar y Lécera, y socorrer luego á Lucena y Villafamés, ejecutando once largas marchas, y arrostrando grandes peligros á través de las líneas enemigas.

Intentó Cabrera apoderarse de Peñíscola, proponiendo una traicion á su gobernador D. Juan Vivas, á quien efreció un ascenso y 10,000 duros por la entrega de la plaza; pero Vivas le contestó indignado, que "su reputacion no tenia precio, y que un hombre no puede vivir infamado y con ignominia."

No faltaron traidores en el pueblo de Villamalefa, cuya guarnicion, compuesta de nacionales, era mandada por el cura párraco D. Mariano Renau. Tres de aquellos se entendieron con un capitan carlista, y le facilitaron la entrada en el castillo, el 26 de Octubre, mientras el cura decia misa. Los nacionales, sorprendidos en el pueblo, se refugiaron en un fuerte y en la casa Abadia, donde se defendieron valerosamente; pero su resistencia era inútil, y consintieron en capitular, prometiéndoles que serian canjeados á los quince dias; que no recibirian daño en sus personas y bienes, y que despues de canjeados, podrian quedarse en sus casas ó tomar parte con los carlistas.

Con estas condiciones, que firmaron Forcadell, La Coba, el capitan Gasque y el cura Renau, se entregaron los defensores de Villamalefa, y fueron conducidos á Villahermosa, donde al dia siguiente se les intimó la órden de confesarse para morir. Cincuenta y ocho perecieron á las once de la mañana, víctimas de su buena fé y de la más negra infamia. "Quedaban seis niños de diez á catorce años y un anciano de setenta, á cuyo favor representó el comandante de armas Cortés, diciendo que no tenia valor para matarlos. Su sentida exposicion arrancó simpatías y ruegos de algunos jefes; pero á los diez dias *decretó Cabrera, mandando que todos fuesen fu-*

silados sin excepcion de clases, sexos ni edades; y en efecto, los niños y el anciano lo fueron el 6 de Noviembre por el capitan portugués D. Jaime Pacheco, por no haberlo querido hacer Cortés.„

Quedaba el cura Renau, que fué conducido á Onda, donde estaba Cabrera, quien le prometió el indulto si denunciaba á sus confidentes. Rechazó la propuesta el digno sacerdote, y aceptó la muerte resignado. "Cabrera presenció la ejecucion, y al ruido de los tiros y en presencia del cadáver, prorumpió en gritos y risas descompasadas, y excitó á los espectadores á que se acercáran al cadáver ensangrentado [1].„

Estos crímenes repetidos hicieron que resonára en muchas partes el bárbaro grito de represálias dado antes en Zaragoza: horrible grito, que ningun exceso puede justificar; pero que el dolor y la desesperacion arrancan, y cuyos efectos serian justísimos y hasta necesarios, si fuera posible hacerlos caer únicamente sobre la cabeza de los culpables que los provocan, atropellando las santas leyes de la humanidad. Pues qué, hay derecho para llevar al patíbulo á un asesino vulgar, ¿y no lo habria para destruir á un mónstruo de profesion, que á sangre fria mata prisioneros y enfermos, ancianos y niños, mujeres y sacerdotes? Pero las represálias llevan consigo el castigo de los inocentes, acrecientan los ódios, multiplican las víctimas y hacen fieras de los hombres.

El fusilamiento de los 96 sargentos de Maella produjo una insurreccion en Valencia la noche del 23 de Octubre. El general Mendez Vigo disolvió los grupos y apaciguó, con su sola presencia, á los nacionales sublevados, que pedian el exterminio de los carlistas; y cuando ya se retiraba, un tiro salido de un grupo de paisanos, apostados en una esquina, le dejó cadáver. ¿Quién cometió este asesinato alevoso? No fueron los nacionales.

Acordóse en Valencia, como en Zaragoza, el uso de represálias, y para tranquilizar los ánimos, fueron sentenciados á muerte trece oficiales carlistas. Al ir á fusilarlos, dijo con verdad uno de estos infelices: "*No es la Milicia de Valencia quien me fusila, sino el infame Cabrera.*„

Las víctimas de Villamalefa clamaron venganza desde sus sepulcros; y esta vez, no ya el pueblo indignado, las autoridades y la junta de represálias de Valencia, creada más bien para templar que para ejercer el rigor de esta medida, se sublevaron con el feroz sistema de Cabrera, y mandaron fusilar ciento cincuenta y cinco prisioneros.

[1] *Historia de la guerra civil en el Oriente de España*, por los señores Cabello, Santa Cruz y Temprado.

En otras partes se repetian estos horrores, hasta el punto de que la opinion los reprobase, teniendo al fin que prohibirlos el Gobierno, despues de haberlos autorizado. Ensañándose más y mas el enemigo, el mismo Van-Halen, con lágrimas en los ojos, tuvo que fusilar más tarde, cerca de Murviedro, sesenta y seis prisioneros cogidos en Cheste, hallando medio de salvar á otros muchos con el pretexto de que eran muy jóvenes ó estaban heridos.

Indudablemente, Cabrera y los que le seguian eran los causantes de estas víctimas [1].

III.

El general Narvaez mandaba un ejército de catorce mil hombres, con los cuales, y empleando á veces un rigor semejante al de Cabrera, casi habia conseguido pacificar la Mancha, limpiándola en gran parte de facciosos y foragidos. Aquel ejército, destinado además á llenar los huecos que hacia la guerra en los del Norte y Centro, tenia la suerte de hallarse mejor atendido que los otros, y su bizarro jefe la de merecer á la vez el favor de los jovellanistas, que le contaban por suyo, y de los exaltados, que le creian de su partido.

Satisfecho de sus triunfos, y más aun envanecido con los halagos de los hombres políticos, el jóven general abrigaba pensamientos ambiciosos, cuando se le nombró capitan general de Castilla la Vieja, mandándole trasladarse á Búrgos con las dos terceras partes del ejército de reserva. Produjo descontentos esta medida, y—cosa extraña, aunque no para la Historia,—parte de la Milicia nacional de Madrid, sobreexcitada por algunos periódicos exaltados, que estaban por Narvaez, y en contra de Espartero, intentó hacer una manifestacion ruidosa para oponerse á lo dispuesto por el Gobierno. Hubo junta de autoridades y de jefes de la Milicia y de la guarnicion á fin de conjurar aquella tormenta: convinieron todos en que era necesario

[1] «*Ciento ochenta y dos* nacionales y soldados prisioneros de guerra (dice Pirala) habian sido fusilados por Cabrera antes que lo fuera su madre, y desde este dia al 1.° de Noviembre de 1838, *setecientos treinta;* y por sus subalternos, en igual tiempo, *trescientos setenta y uno*: total, 1,283. Habian quemado además á Caspe, Samper, Alcorisa, Montalban, Urrea de Jalon, Soneja, Chiva, Burriana y otros pueblos; secuestrado los bienes de 12,000 familias; y si es cierto que no regia, como en las provincias Vascongadas, el tratado de Elliot, tambien lo es que los depósitos de los liberales estaban atestados de prisioneros.»

socorrer á Espartero; mas á poco se presentó Narvaez en la corte, y quedó sin efecto lo acordado.

Entre tanto se recompuso el Ministerio, confiándose en propiedad la cartera de Hacienda á Monte-Vírgen, y la de Gobernacion á Vallgornera; entrando en Marina el señor Ponton, y en Guerra D. Isidro Alaix, que se estaba curando de sus heridas, por lo cual le reemplazó interinamente el anciano brigadier Hubert. El Gobierno así constituido, á nadie satisfacia, y hasta la convocacion que hizo de las Córtes para el 8 de Noviembre, fué objeto de las censuras de la oposicion.

Cuando tan graves eran las circunstancias en el teatro de la guerra, y tan envalentonados se mostraban los carlistas, el general Narvaez reunia sus tropas en las inmediaciones de Madrid, dejando abandonada la Mancha, y el 10 de Octubre las hacia desfilar por debajo de los balcones de Palacio, y revistar siete dias despues por la Reina gobernadora. Queríase hacer ostentacion del estado brillante de aquellas fuerzas, que valió á su jefe muchos plácemes y calurosos aplausos, por más que fuese debido en gran parte á la circunstancia de hallarse pagadas al corriente y bien provistas de vestuario y equipo, acusando una parcial distribucion de los recursos, que dejaba sumidos en la miseria otros cuerpos de ejército; pero además se proponia Narvaez apoyar con su presencia cerca de la corte la realizacion de vastos planes, que si él habia concebido solo bajo un punto de vista militar, pronto adquirieron un marcado carácter político.

"No contento ya (Narvaez) con mandar una buena division de todas armas, dice Burgos, quiso ponerse á la cabeza de un grande ejército... Arrastrado por este deseo, formó un plan, no solo para aumentar la reserva en Andalucía hasta el número de 40,000 hombres, sino para someter á su influencia, y aun á su autoridad, los ayuntamientos todos y aun los dos capitanes generales del territorio andaluz. Tratóse, en efecto de obligar á estos dos jefes á transigir con él las dudas y obstáculos que ofreciese la ejecucion del proyecto, *prevaleciendo, en el caso de divergencia de pareceres, el dictámen del general en jefe.* Este debia ser autorizado al mismo tiempo para tomar cuantas determinaciones juzgase conducentes á la organizacion, *en la inteligencia de que serian todas aprobadas por S. M.* En fin, los ayuntamientos debian, no solo contribuir con los quintos que se les señalasen, sino aprontar por cada uno 300 reales para su equipo [1]."

A más vastos horizontes se extendia el plan de Narvaez, que comunicado por

[1] *Anales*, tomo VI.

este á los ministros, mientras sus tropas permanecian acantonadas en los Carabancheles, pareció muy bien, y se trató al punto de llevarlo á cabo. Narvaez, impulsado por un sentimiento de ambicion desmedida, aunque noble, aspiraba á que se le debiese la pacificacion de España; y por consiguiente, pretendia la suprema direccion de la guerra, segun se desprende de su mismo proyecto, en el cual trazaba todo un sistema de operaciones sucesivas, dando á los ejércitos del Centro y del Norte el destino que le parecia conveniente, y colocando á Espartero en un lugar secundario. En cuanto á la reserva que se proponia crear, no era de 40, sino de 65,000 hombres; pues calculaba su distribucion en esta forma: 35,000 hombres para permanecer en las inmediaciones de la corte; 5,000 para defender las provincias meridionales, y 25,000 para reforzar el ejército del Centro, abriendo desde luego una campaña enérgica contra Cabrera.

Bien acogido por el Gobierno el plan de Narvaez, sin consultar á Espartero, como era debido, ni á ninguno de los demás jefes de los ejércitos de operaciones, y sin oir el dictámen de los directores de las armas, el anciano brigadier Hubert, ministro interino de la Guerra, "se apresuró (dice Burgos) á convertir en un Real decreto este proyecto, y á conferir así á su autor la más incalificable dictadura."

Este decreto llevaba la fecha del 23 de Octubre: el 31, representó Espartero enérgica y resueltamente, desde Logroño, contra aquella disposicion. En el intermedio de ambas fechas, es decir, antes que fuese conocido el pensamiento del Conde de Luchana, pasaron en Madrid cosas extrañas, acontecimientos misteriosos, á consecuencia de los cuales tuvieron que dimitir sus cargos el ministro Hubert y Narvaez, debiendo este marchar á Loja *con licencia para restablecer su salud*, y quedando sus planes destruidos desde aquel momento. Antes de referir los sucesos que ocasionaron tan imprevista peripecia, convendrá dar una idea de la representacion elevada por Espartero á la Reina Gobernadora.

"Ese plan (el de Narvaez), decia Espartero, envuelve miras que tienden á la ruina de la causa, y daria por resultado el triunfo al príncipe rebelde; es el vehículo por donde se conducen las intrigas de un partido contrario á V. M. y enemigo de nuestras instituciones, aunque sus autores estén poseidos de la mejor intencion; es la concepcion más perjudicial á los ejércitos de operaciones; es, en fin, el foco de la discordia, que en el dia, menos que nunca, debia atenuar el esfuerzo de los buenos españoles."

"Sensible es, pero necesario y urgente, descorrer el velo con que se encubren

reprobadas argucias. La Patria y la Reina necesitan de apoyo; y si alguna vez las armas dirigidas con fines siniestros han contribuido á satisfacer miras personales, á llenar la ambicion y á entronizar el despotismo, las armas tambien, conducidas por los nobles impulsos del honor, de la buena fé, de la lealtad y de la honradez, son un muro impenetrable en que se estrellarán todas las combinaciones opuestas.„

Recordaba en seguida Espartero los servicios que le habian elevado al más alto grado de la milicia, *no por la intriga, no por el favor;* los que estaba prestando, sin haber procurado "encomiadores de sus méritos, ni abusar de su posicion para engrandecer los acontecimientos.„ "Libre de miras ambiciosas, añadia, contento solo de ser útil á mi Reina y á mi Patria, he dejado que los hechos hablen... El mando puede ser halagüeño para otros; mas para mí (hablo con el corazon) no es otra cosa que un tormento continuado, que ha destruido mi salud.„—Justificaba plenamente con los sacrificios personales que venia haciendo para mantener el ejército disciplinado, imponente y respetable en medio de su miseria, que ninguna mira ambiciosa, y si solo el bien de la causa y el deseo de su triunfo, era lo que le movia á contrariar el funesto proyecto de la formacion del nuevo ejército de reserva: ese gigante ideal (continuaba), que no tiene de exacto más que el paralelo de quien lo ha concebido, *persuadido de estar ya con la pluma para volar por el espacio.„* Rechazaba igualmente la idea de que una enemiga personal tuviese la menor influencia en su resolucion, haciendo memoria de que cuando Narvaez fué separado del mando de su division por no haber querido seguir con ella á las Provincias, el mismo Espartero habia solicitado del Gobierno su colocacion, "en el concepto de que la salud de la patria reclamaba la asistencia de todos los que hubiesen acreditado bizarría en los combates y amor á la gloria;„ si bien reprobó despues que se le promoviese á mariscal de campo, "sin preceder accion de guerra ó mérito especial en que se apoyase el ascenso.„

"Si el general Narvaez (proseguia diciendo) no hubiese sido ofuscado por el partido que, si se quiere, desea el bien, engañado por teorias que no tiene derecho de emitir, habiendo principios establecidos, es bien seguro que su marcha no hubiera sido detenida, y que las tropas del ejército de reserva destinadas á Castilla estarian ya contrayendo servicios importantes á la causa, allí donde el peligro amenaza, donde hay enemigos que combatir, donde se gana positivamente la opinion, donde se adquieren con justicia los premios... El ejército del Norte, despues de tantas bajas como ha sufrido, no se veria obligado á mandar fuerzas al interior que persigan las

expediciones, que no pueden evitarse por la extension de la línea que tiene que cubrir, sin embargo de los contínuos movimientos, descalzo el soldado, desnudo, hambriento y sin socorro. ¿Y qué motivo justo, razonable y conveniente ha habido para que queden sin efecto las reales órdenes de V. M. que determinaron la venida de aquellas tropas? ¿Por qué se procuró, despues de haber desfilado delante de V. M., que hiciesen mansion sobre la capital, y que fuesen nuevamente revistadas? Porque estaba ya acordado, se habia ya convenido alucinar, fascinar con exterioridades, á fin de precipitar la adopcion del descabellado proyecto, que habia de anular aquellas meditadas reales órdenes, que habia de inutilizar á este ejército...„

Censuraba luego justamente la precipitacion con que se habia expedido el decreto para la formacion de la reserva, sin oir el parecer de las personas competentes; mostrábase vivamente resentido de los elogios exclusivos que se tributaban á Narvaez por la brillantez y el excelente pié de organizacion y disciplina de sus tropas, considerándolos como una ofensa hecha á los demás ejércitos que, por una parcial distribucion, estaban sumidos en la miseria, sin pagas ni vestuarios. "Porque no puedan ostentar la misma brillantez, decia, ¿serán menos beneméritos?... El órden, el método y la economía se encuentran en realidad donde se carece de todo, y se alambica lo más pequeño para ir conllevando las primeras atenciones. Vengan esos economistas á inspeccionar los ingresos y las públicas distribuciones, y si tienen pudor, se avergonzarán de haber insultado á la miseria y á la virtud...„

Exponia las privaciones de las sufridas tropas del Norte, y la necesidad de reforzar estas y las del Centro con las reservas ya creadas, y preguntaba con razon: —"¿Y podrá concebirse el arrojo de abrazar el plan monstruoso de una nueva creacion de fuerzas colosales, no estando completos los cuerpos existentes, faltándoles todo lo preciso para hacer la guerra? Recursos, señora, era lo que se habia de crear. Con ellos, este ejército no habria interrumpido los señalados triunfos que hicieron concebir lisonjeras esperanzas. Con ellos, las tropas tendrian accion y vida, para reparar los descalabros sufridos, y esta desgraciada nacion no seria el juguete de extrañas influencias, ni de aspiraciones de pandillas?„

Criticando el plan, hacia observar que, de llevarse á cabo, se verian desquiciados los ejércitos de operaciones, y la desmoralizacion seria su consecuencia inmediata: lo primero, porque se haria sacar de aquellos cuerpos los cuadros de jefes, oficiales y sargentos, sin perjuicio de otras reclamaciones que hiciera *el árbitro de los destinos:* lo segundo, "porque se necesitaria una virtud sublime, un ardiente

deseo de gloria y una delicadeza exquisita para preferir las penalidades, privaciones y peligros de los ejércitos de operaciones, al aliciente de los ascensos y pagas que se podrian adquirir en el de reserva sin tanto riesgo ni sacrificio...„

Fijándose en las vastas atribuciones que se conferian á Narvaez, decia:

"Cuando yo observo, señora, tan marcados extravios de razon y conveniencia pública, temo, y creo temer con fundamento, que *se procura hallar un hombre que las inteligencias atraigan á sus miras, y le hagan susceptible de aspirar á la dictadura.* La falta de experiencia, el amor propio halagado, las pasiones fomentadas y mil resortes puestos en movimiento, pueden, señora, alucinar de modo que, con las mejores intenciones, se deslice la persona elegida ó determinada. Yo se las concedo al general Narvaez, y no dudo de su amor á la libertad legal, por la que ha combatido, adquiriéndose reputacion como jefe; pero su carácter dominante no admite superior. Como brigadier, rehusó depender de generales; trabajó por mandar en jefe, y obtuvo facultades para que su dictámen prevaleciese en concurrencia. Como brigadier, huyó de servir á mis órdenes. Estando de cuartel, quise probarle mis sentimientos pidiéndole, con el fin de darle el mando de una division: tambien halló medio de excusarlo. Sin saber por qué, fué promovido á general y obtuvo un mando independiente. Los sucesos de la guerra reclamaron la venida de tropas sobre Búrgos: lo resolvió V. M.: se puso con este objeto en marcha; pero en vez de seguirla, sabe V. M. sus exigencias. Habiendo probado este carácter, nada más fácil, si se viese á la cabeza de un ejército de cuarenta mil hombres, creado con la ruina de los de operaciones, y cuando el enemigo hubiese alcanzado la superioridad, que admitir los sufragios y la investidura que ahora predispone un partido pandillaje....„

IV.

Cuando Espartero escribia la exposicion que acabamos de extractar, por considerarla de mucha importancia y transcendencia, estaba muy léjos de sospechar que el *pandillaje* le daba la razon en aquellos momentos, probando con hechos la exactitud de sus apreciaciones políticas. No cabe duda que se trataba de erigir un poder en oposicion á la influencia del Conde de Luchana, cuya rigidez de principios le

hacia incontrastable á las exigencias de los partidos: por esto unos y otros habian puesto los ojos en Narvaez, que aun antes de ver sus planes realizados, parecia ser el *árbitro de los destinos*. Los ministros no daban un paso sin consultarle. Por su consejo, desistió el Gobierno de declarar la capital en estado de sitio, segun se proponia hacerlo para reprimir á los exaltados, y tomó en cambio, el 26 de Octubre, la resolucion neroniana de mandar salir "en el término de ocho dias, de Madrid y de los pueblos situados en un radío de ocho leguas, á las mujeres é hijos menores de las personas que estuviesen al servicio de D. Cárlos; prohibiendo, bajo pena de la vida, toda correspondencia, aun la más familiar, con ellos, y juzgar y castigar por un consejo de guerra á los que les prestasen auxilio de ninguna especie.„

Necesitaba el Gobierno hacer alardes de fuerza, y se ensañaba persiguiendo á seres débiles: necesitaba justificar la detencion de las tropas de Narvaez en los Carabancheles, y se dió á inventar conspiraciones y á perturbar el órden: meditábase acaso un golpe de Estado para imponerse á la misma Gobernadora, y se afectó creer que los exaltados preparaban una revolucion contra el trono, al que solo Narvaez podia salvar de la inminente catástrofe. "La camarilla, donde se sentaban hombres más enredadores que entendidos, imaginó un plan infernal,„ que afortunadamente no llegó á tener cumplido efecto: por una parte se hizo correr la voz entre las tropas de la reserva de que iba á estallar una tremenda conspiracion contra el Gobierno, empezando por asesinar á Narvaez: por otra se excitaba á la Milicia nacional contra el ejército, diciendo que esta iba á entrar en Madrid para desarmarla.

Esparcida la alarma, y preparados así los ánimos para un choque sangriento, el 28 de Octubre se mandó de Real órden á Narvaez que concentrara sus fuerzas, y esperase instrucciones, teniéndolas dispuestas para caer sobre Madrid en cuanto recibiera aviso. Vallgornera le envió, en efecto, un correo diciéndole que peligraba el órden: á las ocho de la noche pasaron dos escuadrones por la Puerta del Sol; y á las diez, sin haber dado conocimiento de nada al Capitan general é Inspector de la Milicia, D. Antonio Quiroga, se presentaron cuatro columnas en las puertas de Segovia, Toledo, Atocha y San Vicente, avanzando dos de ellas dentro de la capital.

La prudencia de Quiroga y de los comandantes de la Milicia, que mandó aquel reunir precipitadamente, al tener aviso de lo que pasaba, evitó una catástrofe: no se quiso tocar generala, y se convino en que una comision fuese á ver á Narvaez, el cual se mostró sorprendido de aquel mensaje, manifestando que él nada sabia, sino que obraba en virtud de órdenes del Gobierno.

El resultado final de esta farsa, que pudo haber costado mucha sangre, fué retirarse las tropas á sus cantones, y volver Narvaez á Madrid mostrando enojo, porque se le hubiese querido hacer representar un papel contrario á sus sentimientos. Ello es que sus amigos querian proporcionarle una ocasion de imponerse, para hacerle potencia política y colocarle frente á frente de Espartero.

Quiroga presentó al dia siguiente la dimision razonada de sus cargos, en la cual decia:—"Pocos ejemplos podrán citarse de un caso como el presente: salir dos escuadrones de la capital; venir sobre ella con batallones y artillería; posesionarse de las puertas, dejándolas abiertas y á su custodia, y realizar todas estas operaciones sin el más mínimo conocimiento del Capitan general, es un suceso tan extraordinario en la milicia, como ofensivo á mi autoridad, la que pierde su prestigio y fuerza moral, quedando en consecuencia nula para el mando, cuando se la veja y falta á las prerogativas que le deben ser guardadas y marca la Ordenanza.„

No habiendo admitido la Reina la dimision de Quiroga, necesario fué que presentasen las suyas Narvaez y Hubert, saliendo este del Ministerio y yendo aquel á Loja medio desterrado.

Semejante desenlace no pudo agradar á los directores de la tramoya; los cuales, en la mañana del 3 de Noviembre, (dia señalado para marcharse Narvaez) hicieron circular una proclama incendiaria incitando á la rebelion contra el Gobierno: "Un ministerio inmoral (decian), ciego instrumento de viles y cobardes traidores, vendidos al oro extranjero, conduce nuestra patria á un abismo insondable de terribles desventuras. Entre nosotros viven... los monstruos que en sus negros conciliábulos concibieron el infernal proyecto que abortó en la noche del Domingo... ¿A qué esperamos, si ya los conocemos? A las armas, á las armas, y no las depongamos hasta que con su impía sangre hayan expiado sus espantosos crímenes los viles autores de nuestras terribles desgracias; hasta que la bandera nacional tremole vencedora sobre el alcázar de la traicion.„

Si lo que se buscaba era ver realizado el *infernal proyecto* de provocar un choque entre el ejército y la Milicia, los jovellanistas se llevaron chasco por segunda vez. La Milicia permaneció fiel á sus deberes, y reprimió ella misma el motin, que estalló aquel dia, intentando los perturbadores asaltar la casa de correos y las de algun ministro, y disparando tiros por las calles, á los gritos de *viva la libertad y mueran los tiranos.*

De todo esto no sacó el Gobierno más fruto que el de poder ostentarse tirano en

nombre del órden y de la autoridad : declaróse la capital en estado de sitio ; y atribuyendo el motin á los carlistas ó desafectos, se dieron órdenes arbitrarias para prender á personas inocentes. La muchedumbre indignada impidió, atropellando á los agentes de policía, la detencion de algunos vecinos pacíficos que iban á los toros. Sin embargo , por la noche se violó el domicilio de otros muchos , ricos los más , que fueron sacados de sus camas y conducidos al cuartel de Leganés, sin otro motivo que el de suponérseles carlistas, exigiendo luego á algunos de ellos crecidas sumas por su rescate. De este modo quedaba cubierta la responsabilidad de los verdaderos perturbadores del órden, y se creia satisfacer á la vindicta pública; pero al obrar así, las autoridades y sus agentes no solo atropellaban las leyes y la justicia, sino tambien su propio decoro, pues se rebajaban hasta el nivel de los facciosos y de los bandidos.

En tan deplorables circunstancias reanudaron las Córtes sus tareas el 8 de Noviembre: al mismo tiempo, Alaix tomaba posesion del ministerio de la Guerra, siendo una de sus primeras disposiciones la revocacion del decreto de 23 de Octubre. Los partidos moderado y exaltado se agitaban formando planes descabellados, y aspirando cada uno por su parte á la dominacion y á la dictadura: el primero pretendia imponerse á la regencia, comenzando por anular á Espartero; el segundo aspiraba á formar un ministerio que, investido de facultades omnímodas, disolviese las Córtes y las diputaciones provinciales, procediendo dictatorialmente. Ambos eran incapaces por sí solos para dominar aquella situacion, que pintó exactamente Seoane con estas palabras: "Si no se pone un remedio general á los desórdenes que hay en toda la nacion, lo mejor que tienen que hacer las Córtes es disolverse, y salir por esa puerta cantando un responso á la causa de Isabel II.„

Con la apertura de las sesiones del Parlamento coincidió un movimiento insurreccional en Sevilla, que tuvo en fermentacion aquella capital durante quince dias. ¿Qué querian los sevillanos? Ellos mismos lo ignoraban. Agentes enviados de Madrid fueron los promovedores de unos sucesos que el espíritu de partido interpretó de varios modos, sin que llegara á saberse la verdad en cuanto á su orígen y tendencias. Nombróse una junta de gobierno, á cuyo frente fué puesto, contra su voluntad, el general Córdoba (Don Luis), el cual hizo llamar á Narvaez, valiéndose para ello de Don Manuel Cortina, que salió á buscarle y le encontró en la Carlota.

No existe prueba ninguna de que estos dos generales fuesen los autores del motin de Sevilla, y antes bien parece demostrado que hicieron cuanto estuvo de su parte

para sofocarlo. Se les culpó, sin embargo, juzgando por los resultados. Córdoba, en su comunicacion llamando á Narvaez, reprueba la insurreccion aunque justifica su objeto, que aparentemente no era otro sino el de derribar al Gobierno y á las autoridades que mandaban en Andalucía; los insurrectos acogen á Narvaez con entusiasmo; y su presencia basta para tranquilizar los ánimos alterados: la Junta restablece el decreto que creaba el ejército de reserva, y ambos generales se ocupan activamente en llevarlo á cabo: el capitan general de Andalucía, conde de Cleonard, les acusa en un bando "de haber turbado la paz de aquellas provincias, faltando á "sus deberes como militares, y á sus juramentos como diputados;„ pero protesta Córdoba en el acto, llamando á Cleonard "imprudente calumniador;„ diciéndole que "mentia vil y cobardemente, que habia faltado al pudor y á la verdad como hombre, á la vigilancia y la prudencia como autoridad y al valor como militar,...„ y añadiendo que "al aceptar (él y Narvaez) la confianza de los sevillanos, se habian in- "molado en aras del bien público para salvar la ciudad.„

Formóse causa por aquellos acontecimientos, y se mandó remitir el tanto de culpa del proceso contra Córdoba y Narvaez á un consejo de guerra *establecido en un distrito militar del Norte;* á lo cual se opuso abiertamente Olózaga, que desempeñaba la fiscalía del Tribunal supremo de Guerra y Marina: esta prueba de rectitud y de entereza le valió á su autor la pérdida del destino; pero el dictámen fué aprobado; y por último, para que todo fuese anómalo en este desdichado asunto, se sobreseyó en la causa, y los dos generales acusados tuvieron que emigrar al extranjero.

Tales miserias constituian la política de España, huérfana de gobierno, despedazada por los partidos, ó mejor dicho, por los que tomaban su nombre para satisfacer ambiciones personales, agitada por misteriosas intrigas, cuando más necesario era el esfuerzo de todos para poner término á los desastres de la guerra y levantar al país de la postracion en que yacia.

V.

En todo este tiempo, es decir, desde principios de Agosto á fin de Octubre, solo pequeñas escaramuzas hubo en Cataluña entre liberales y carlistas. El baron de

Meer procuró abastecer de víveres y toda clase de recursos los puntos fortificados, en tanto que el Conde de España se ocupaba en organizar su gente, formando al mismo tiempo planes no desacertados para ponerse en contacto con Cabrera, y haciendo secuestrar personas ricas para exigirles dinero por su rescate [1]. Decia el Conde, que preferia robar él mismo para mantener sus tropas, á dejar que lo hiciesen los soldados; y que era más equitativo sacar de los ricos un empréstito forzoso, que desnudar á los pobres montañeses: aparte de esto tenia especial complacencia en perseguir y apresar á los curas que, viviendo al abrigo de los pueblos ocupados por los liberales, se desentendian de pagar el diezmo á los carlistas: se valia de mil ardides y estratagemas para cogerlos, y el que caia en sus manos no se escapaba hasta haber pagado su deuda y alguna cantidad más por via de gratificacion para los soldados. Así le sucedió, entre otros, al cura de Balsareny, que sorprendido fuera de su pueblo y llevado á Caserras, tuvo que satisfacer todos sus atrasos, y aprontar además doscientas camisas y otras tantas blusas, en el concepto de donativo gratuito al ejército real, segun decia el periódico carlista *Restaurador catalan.*

A mediados de Octubre habia llegado á las Provincias, procedente de Alemania, la princesa de Beira, con quien se casó Don Cárlos: este acontecimiento fué ocasion de muchos festejos y no pocas murmuraciones y censuras entre los carlistas: el Conde de España lo celebró con *Te-Deum* y revista, y poniendo en libertad todos los presos que llenaban las cárceles de Berga y Caserras; pero antes de dejarlos ir, reunió en la plaza los de este último punto, y sometiéndolos á un juicio sumarísimo, mandó apalear y fusilar en el acto los que le parecieron más culpables.

El 4 de Noviembre, aniversario del nacimiento de Don Cárlos, levantó el Conde su campamento, y se dirigió á Monclar, donde supo que el Baron de Meer salia de Manresa conduciendo un convoy para abastecer á Solsona. El Baron habia emprendido, en efecto, su movimiento aquel mismo dia por el camino de Suria y Cardona, destacando parte de sus fuerzas por el de Biosca para contener á las columnas carlistas que ocupaban los pueblos circunvecinos; y enterado el Conde de la direccion de su contrario, corrió á esperarle con numerosa infanteria, proponiéndose cerrarle el paso más allá de Clariana.

[1] Citanse, entre otros, dos sugetos poderosos, los Sres. Pitarco y Peralta, que fueron sacados de sus casas cerca de Zaragoza por mandado del Conde; y conducidos á la presencia de este, les recibió cortesmente y les obsequió con finura. Al preguntar ellos la causa de su prision, les manifestó el intendente con sentidas palabras las privaciones del ejército, declarándoles que por doscientos mil y pico de reales quedarian en libertad: no tuvieron más remedio que pagar y dar las gracias por lo bien que les habian tratado.

El dia 5 al amanecer aparecieron de repente los carlistas en las inmediaciones de la masía de Torregasa, término de Olíus, haciendo un nutrido fuego sobre la izquierda de la vanguardia liberal, compuesta de dos compañías de preferencia, y cuyo mando habia confiado el general en jefe al comandante graduado Prim. Iba este prevenido, y resistió valientemente el choque, demostrando en aquella ocasion que, si le sobraba arrojo, no le faltaba prudencia; pues el ataque del enemigo era una llamada para distraerle del grueso de las fuerzas del Conde, que se hallaban emboscadas algo más léjos sobre la derecha: hizo frente Prim á los carlistas, manteniendo sus compañías á pié firme en la carretera, y dando tiempo á que avanzase la division del centro: entonces marchó resueltamente á tomar las alturas que ocupaban aquellos, y les obligó á replegarse, quedando dueño de sus posiciones.

Entre tanto se empeñaba la accion sobre la derecha, pugnando los carlistas por apoderarse del convoy, y los liberales por defenderlo: tenaz y sangrienta fué la lucha, que duró casi todo el dia, sin dejar de avanzar las tropas del Baron, que apoyadas por la artillería, obligaban á sus contrarios á retroceder, cargándoles á la bayoneta. El convoy entró en Solsona, sin que los carlistas pudieran impedirlo.

Al dia siguiente regresó el Baron con sus tropas á Cardona; y no dudando que seria nuevamente atacado, colocó á Prim con sus compañías á retaguardia, dándole así una prueba más de la confianza que le inspiraba su valor; pues en efecto, el jóven héroe tuvo que combatir continuamente durante la marcha, conteniendo al enemigo que se venia encima, y escarmentándole con una atrevida carga á la bayoneta en los campos de Bergús.

En el duro pelear de estos dias sufrieron sensibles pérdidas unos y otros combatientes.

La posesion de Berga permitia á los carlistas dominar toda aquella parte de la montaña, y conociéndolo el Baron de Meer, ponia todo su empeño en abastecer de víveres y municiones los puntos comarcanos de que era dueño, acercando á ellos artilleria con el objeto de caer más tarde sobre dicha plaza: de aquí tambien que el Conde de España hiciese todos los esfuerzos imaginables para oponerse á los planes de su contrario; cuando uno y otro fueron atraidos hácia distinta parte á consecuencia de un incidente inesperado.

La guarnicion del castillo de Viella, en el valle de Aran, se sublevó el 19 de Noviembre, asesinando á su gobernador Galí: á sofocar la insurreccion acudieron algunas tropas de la provincia de Lérida, pero no pudieron entrar en el pueblo. Al

saberlo el Conde de España, mandó á Porredon adelantarse hácia aquel punto con dos mil quinientos hombres y alguna artillería, previniéndole que se apoderase de la poblacion y de su fuerte, mientras el mismo Conde con otro cuerpo de ejército marchaba á situarse en los desfiladeros del Noguera Pallaresa, entre Sort y Esterri, á fin de proteger la operacion. Dominando el valle de Aran, prometíase el caudillo carlista cuantiosos recursos, no solo por ser allí abundantes los ganados lanar y vacuno, sino tambien por las facilidades que dicho país ofrece para el tráfico de contrabando con Francia.

Los cabecillas Pons y Borges marcharon á incorporarse con Porredon, y juntos invadieron el valle, destacando algunas fuerzas con el objeto de recorrer los pueblos para saquearlos, y cayendo con las restantes sobre Viella, cuyos defensores, en número de doscientos hombres, recibieron á tiros al emisario encargado de intimarles la rendicion: débiles, sin embargo, para resistir á la muchedumbre de sus enemigos, cedieron pronto al ataque, refugiándose en el fuerte, que estaba bien artillado con ocho piezas de grueso calibre, y abandonando la poblacion: los que no pudieron hacerlo fueron pasados á cuchillo por los carlistas, que se entregaron al saqueo y á todos los excesos propios de una soldadesca desenfrenada; pero aun se mostraron generosos no incendiando á Viella por los cuatro costados, segun el Conde habia prevenido á Porredon para el caso de que se le opusiera resistencia.

Sitiado el fuerte, vióse desde luego que no era fácil tomarlo sin que costase mucha sangre; y no tentando esta empresa la codicia de los sitiadores, moviéronse disputas entre ellos acerca de lo que debian hacer; con lo cual se perdió bastante tiempo. Avanzaba entre tanto el Baron de Meer con dos divisiones, habiendo antes destacado la tercera, que acababa de penetrar en el valle; y temiendo el Conde verse comprometido en los puntos que ocupaba, mostróse sumamente irritado por la lentitud con que Porredon llevaba las operaciones, y le mandó activar la toma del fuerte, diciéndole que reuniese todas las escalas del valle, y diera inmediamente el asalto, haciéndolo pasar todo á la bayoneta sin consideracion alguna. En consecuencia, reunió Porredon á los demás jefes, y al participarles lo que el general ordenaba, contestaron Borges y Pep del Oli, que ellos no eran *saltinbanquis* para andar por escalas, ni sus soldados querrian seguirles, y que no entrarian en el fuerte si antes no se abria brecha.

Montáronse entonces dos baterías, cuyos fuegos derribaron parte de un paredon y de una torre; mas cuando se aprestaban los carlistas para dar el asalto, fuéles

preciso levantar el cerco, temiendo la aproximacion de una columna liberal, y obedeciendo al Conde que les mandaba replegarse á sus fuerzas, seriamente amenazadas por las del Baron de Meer.

Porredon aguardó que se le reuniesen los que habian ido á merodear por el valle, los cuales se presentaron con cuarenta y dos mulos cargados, veinte de ellos con campanas para la fundicion de cañones de Berga, unos doscientos bueyes y multitud de carneros: emprendida la marcha durante la noche, sobrevino una tempestad horrorosa, y casi todo aquel botin, ganados, acémilas, campanas, cayó despeñado por los precipicios de aquellas fragosas montañas, perdiéndose además toda la artillería y pereciendo unos sesenta hombres. Fué necesario hacer alto y encender hogueras en medio de la noche, para evitar el desastre completo de la division, que al fin llegó á Esterri en el estado más deplorable.

Indignado el Conde de España, y atribuyendo la desgracia de aquellas tropas á la impericia de su jefe, quiso sugetarle en el acto á un consejo de guerra; pero atendiendo á las observaciones que algunos le hicieron, se limitó á quitarle el mando de la division, entregándolo á Segarra. Porredon se vengó despues, siendo uno de los que intervinieron en el asesinato del Conde.

La situacion de este era crítica; pues aunque podia reunir bastantes fuerzas, no todas las que habia llamado acudieron á tiempo, y su contrario le cortaba ya la retirada por la Conca de Tremp. Apoyó el Conde su derecha en Sort, y escalonó sus tropas desde Rialp por Llavorsí hasta Tírvia, por una parte, y hasta Esterri por otra, manteniéndose en estas posiciones convenientemente atrincheradas. Al aproximarse Carbó con la tercera division liberal, dejó el Conde un destacamento de observacion en Esterri, y se replegó hácia Tírvia.

Las fuerzas del Baron de Meer avanzaban, entre tanto, en dos divisiones; una mandada por él mismo, y otra, la de vanguardia, á las órdenes del general Clemente. Avistó este al enemigo, al llegar á Sort, el 9 de Diciembre; las avanzadas, que guiaba el brigadier de E. M. Don Manuel Pavía, cargaron á la bayoneta, siendo el ataque tan rápido y bien secundado por los cazadores de Prim, y por los tiradores que mandaban Don Joaquin Bassols y Don Salvador Damato, que sin disparar un tiro arrojaron á los carlistas de sus posiciones, obligándoles á replegarse en desórden y con bastante pérdida hácia Rialp.

El dia 10 continuaron su movimiento las fuerzas liberales: pronto encontraron á sus enemigos atrincherados y dispuestos á resistir vigorosamente el ataque; duró la

lucha hasta la caida de la tarde, en que se separaron ambos combatientes; pero quedando en poder de las tropas de la Reina Rialp, donde tuvo PRIM nueva acasion de probar su valor, peleando contra fuerzas quintuplicadas, y ocupando á Llavorsí y otros puntos de la derecha enemiga.

Dispuso entonces el Conde un movimiento para tomar el puente de Escaló: marcha el Baron á impedirlo, y por tercera vez se cruzan las armas y corre abundante la sangre. Dudoso era el éxito del combate, cuando aparecieron en las alturas las columnas mandadas por los brigadieres Salcedo y Foxá, que se apoderaron de todas las posiciones. Los batallones de Borges se vieron cortados, y emprendieron la fuga, yendo á refugiarse en la república de Andorra.

Creyó España, sin embargo, poder tomar la ofensiva, atacando á su enemigo por la espalda, y al efecto, el 12 de Diciembre, situó una compañía de granaderos en observacion sobre una altura entre el Tírvia y el Noguera; pero esta avanzada, que debia impedir la entrada del Baron en el inmediato valle, huyó cobardemente al verse sorprendida por algunos cazadores de Zamora, que guiados por PRIM, treparon á dicha altura sin saber siquiera que estuviese ocupada. El capitan de aquella compañía fué degradado en el acto y convertido en soldado raso por el Conde, que privado del apoyo con que contaba, solo pudo ya desplegar algunas fuerzas para impedir el avance de los liberales, y emprender la retirada por un estrecho sendero, donde un poco de actividad habria bastado para cortar y destruir sus derrotadas huestes.

PRIM fué aquel dia objeto del más vivo entusiasmo de las tropas: los soldados decian bromeando, que los carlistas *le conocian por el olor*, pues bastaba que él se acercase á ellos para que echasen á correr: en la breve accion que siguió á la fuga de los granaderos carlistas, PRIM, agregado al Estado mayor de Pavía, fué el primero que acuchilló á los carlistas en una carga que se dió con la escolta, y los persiguió intrépido hasta que cayó muerto el caballo que montaba.

Esta incursion al valle de Aran produjo excelentes resultados en favor de la causa liberal, pues con la derrota del enemigo, que dejó en poder del vencedor cuatro piezas de artillería, gran cantidad de municiones, ganado, trigo y toda clase de pertrechos, se consiguió reanimar el espíritu público en aquella comarca. Sin embargo, el triunfo del Baron de Meer pudo haber sido más completo, atendida la marcha precipitada y azarosa que llevó su contrario por derrumbaderos y angostu-

ras, sin dar apenas descanso á las tropas, que á los cuatro dias llegaron rendidas y extenuadas á Oliana.

Mucho decayó el prestigio del Conde de España, que irritado y sombrio, atribuyendo su derrota á las faltas de sus subordinados, se retiró á su cuartel general, resuelto á imponer terribles castigos; y tantos impuso, y con tal aparato de crueldad supo revestirlos, que, aun siendo justos, parecieron odiosos, sublevando contra él todos los ánimos, poseidos de horror y espanto.

VI.

Antes de terminar el año desapareció de la escena política el ministerio Frias, desahuciado en consulta de los seis expresidentes del Consejo Martinez de la Rosa, Mendizábal, Istúriz, Calatrava, Bardají y Ofalia. Consultados por el mismo Frias sobre la conveniencia de la dimision, unánimes declararon que era inevitable. Con este se contaba en un año tres ministerios y ningun gobierno. Tratándose de reemplazarle, surgieron graves dificultades; porque ninguno de los dos partidos que se disputaban el poder era bastante fuerte para dominar la situacion. Pareció á muchos, y en este sentido se pronunció Istúriz, que lo mejor en aquellas circunstancias seria formar un ministerio de coalicion; "pero las pretensiones exclusivas y exhorbitantes de los dos partidos (dice Burgos), no permitieron que prevaleciese el dictámen del diputado gaditano; y los moderados, presumidos á par que impotentes, se lanzaron sobre la triste sucesion de Frias, con el mismo ardor que si se tratase de una rica herencia.„

Encargado Armendáriz de formar gabinete, presentó su lista proponiendo para la presidencia al duque de Gor, y entrando en la combinacion Govantes y Riva-Herrera; pero habiendo manifestado Istúriz en una junta de diputados de la mayoría, que aquello era faltar á la coalicion anunciada, exaltóse Riva-Herrera, y la combinacion fracasó de un modo estrepitoso.

"En este estado (añade Burgos), creyó conveniente la Reina gobernadora consultar al recien llegado de Alaix, y saber de su boca las intenciones y deseos de Espartero. Alaix contestó, que aquel jefe no queria entrar en cuestiones de personas, contentándose con que los designados fuesen intachables. La Reina, que veia por

una parte la nulidad y descrédito de los moderados, que sabia por otra parte la actividad con que trabajaban los círculos ó secciones de los clubs, y en quien, finalmente, habian hecho impresion las observaciones relativas á la necesidad de un gabinete de coalicion, encargó á Alaix que conferenciase sobre el asunto con Olózaga, añadiendo que veria con gusto que se contase con Pita.„ [1]

Olózaga rechazó al principio todas las proposiciones que se le hicieron, inclusa la presidencia del Consejo, pero reservándose consultar sobre el asunto á las personas importantes de su partido; y de acuerdo con ellas consintió, por último, en formar gabinete, á cuyo efecto presentó sus candidatos, designando para Hacienda al Sr. Aguirre Solarte, que parece tenia el proyecto de proporcionar dinero vendiendo las minas de Almaden. Aquí tropezó la combinacion; porque habiendo formulado Alaix el deseo que habia de que se confiase á Pita aquella cartera, bastó esto para que Olózaga declarase en el acto rota é imposible la inteligencia para formar ministerio. "Entonces fué (dice el biógrafo de Olózaga) cuando Pita, el ministro impuesto, aprovechó la ocasion de una crísis, sin solucion digna y formal, para organizar el que, con asombro suyo, compusieron hombres completamente oscuros hasta allí, como Arrazola y Hompanera de Cos [2]„.

El ministerio de Estado con la presidencia fué conferido á D. Evaristo Perez de Castro; Alaix quedó en Guerra, y la Hacienda pasó á manos de D. Pio Pita Pizarro, que la encontró con 800 millones de ingresos en el papel, y 1,546 de gastos efectivos. En situacion tan poco lisonjera, si Aguirre Solarte habia pensado en vender un pedazo del territorio español por un poco de oro, Pita pensó en regalar á los ingleses la camisa de los españoles á cambio de un empréstito.

Inglaterra seguia en España las tradiciones y prácticas diplomáticas que, durante los siglos XVI y XVII, tanto contribuyeron á consumar nuestra ruina y á engrandecer á otras naciones. Prevaliéndose de los ahogos en que constantemente se vió sumido el Tesoro español á causa de las guerras, los anseáticos, los holandeses y los mismos ingleses arrancaron á los monarcas de la casa de Austria escandalosas franquicias y privilegios comerciales, en remuneracion de servicios dudosos, de alianzas y de prestaciones pecuniarias. El resultado fué que los españoles quedaron desnudos, sin pan y sin medios para ganarlo, al paso que se enriquecian y prosperaban sus

[1] *Anales* citados. Tomo VI.

[2] FERNANDEZ DE LOS RIOS. Obra citada.

prestamistas y aliados, á quienes fueron á parar todo el fruto de nuestros sudores y todos los tesoros de América [1].

Fiel á estos recuerdos, hacia cuatro años que el señor Williers, embajador de Inglaterra en Madrid, venia trabajando para obtener del Gobierno español un tratado de comercio; y aprovechando el desconcierto que reinaba en la Hacienda y en la politica, procuró ganar la opinion; divulgó que la Gran Bretaña apoyaria una negociacion dirigida á proporcionar el casamiento de la reina Isabel con un príncipe austríaco; y siendo el ministro Pita un librecambista decidido y radical (aunque en lo demás poco aficionado al liberalismo), consideró el embajador que la ocasion era oportuna para realizar su plan; se entendió fácilmente con el ministro, y le ofreció dinero á cuenta de lo que produjeran los géneros de algodon, cuya introduccion por nuestras aduanas seria libre pagando módicos derechos. Afortunadamente, la Junta de aranceles se opuso á este proyecto; y aunque para hacerlo triunfar se agregaron á ella personas que podian favorecer los intentos del embajador y el ministro, venció al fin el celo ilustrado de los senadores y diputados catalanes, que lo destruyeron todo.

La industria algodonera, que, á pesar de la guerra, en pocos años habia hecho señalados progresos, se salvó entonces del golpe mortal que, por una aberracion del entendimiento, no han cesado de asestarle despues hombres que se dicen liberales, y pudo luego desarrollarse y crecer en proporciones asombrosas.

[1] Es hoy un hecho demostrado, contra el comun parecer de la mayoria de los economistas, que la abundancia de metales preciosos, traidos á Europa mucho despues del descubrimiento de América, no pudo influir en la decadencia y ruina de España. Lo que influyó fué el abandono de las artes y de la industria, efecto de muchas causas, y entre ellas la codicia de los que emigraban al Nuevo-mundo en pos de una mentida riqueza. Pero es completamente falso que aquellos metales viniesen á encarecer la produccion española; porque no vinieron á España, y lo poco que vino fué *de tránsito* para pagar empréstitos, suministros de tropas, lujo de la corte y mercancías, todo ello extranjero, proporcionado y manejado por extranjeros. Esta es la verdad, que salta á la vista en cada página de nuestra Historia, desde Cárlos I, hasta Fernando VI.

CAPÍTULO XI.

1839. — Preliminares de paz.

SUMARIO.—Aspecto general de la guerra al comenzar el año 1839.—Operaciones en Cataluña: Prim se distingue en el sitio y toma de Ager, y en las acciones de Biosca y Casa de Estany.—Vandalismo del Conde de España: incendios; destruccion de Ripoll.—Relevo del Baron de Meer.—Desconcierto y anarquía entre los carlistas del Norte: fusilamientos en Estella: energía de Maroto.—Plan de Espartero: sus repetidos triunfos. — Leon en Navarra: O'Donnell contra Cabrera. — Convenio de Vergara, y expulsion de D. Cárlos á Francia.

I.

El año de 1839, de feliz memoria por haberse echado en él los cimientos de la paz con el sublime abrazo de Vergara, nos legó, sin embargo, los más dolorosos recuerdos de mortandad y estragos, con que sació su furor el mónstruo agonizante de la guerra.

Presentíase ya, se deseaba el término de la fratricida contienda en las provincias del Norte al comenzar el año; y solo el pundonor, la consecuencia con la fé jurada, por una parte, y el fanatismo intransigente, por otra, mantenian las armas en manos de los carlistas, cuyas profundas discordias, habilmente atizadas por agentes cristinos, habian llegado al colmo de la irritacion. D. Cárlos no era ya el ídolo de aquellos pueblos, que viéndole supeditado á los malos consejos de hombres despóticos, rencorosos é ineptos, y reconociéndole incapaz de ejercer la autoridad real en bien de la nacion, comprendian la inutilidad de sus sacrificios. Hasta en la corte de aquel príncipe, los personajes más elevados y adictos al mismo se condolian de su conducta errónea y perniciosa, y culpando á los que le rodeaban, habian llegado á decir:

—"¿Cuándo viene Maroto con un par de batallones para cortar las cabezas á los pícaros que aquí tenemos?„

Pero aquellos *pícaros*, como los llamaban, y otros que ejercian mando en el ejército carlista, conspiraban de mil modos contra Maroto, procurando desacreditarle, indisponiéndole con D. Cárlos, acusándole de traicion, entorpeciendo sus operaciones, incitando á sus tropas á la rebelion, y maquinando asesinarle. Tan público era esto, se hacia con tanto descaro, que Maroto, avisado por muchos jefes, oficiales y paisanos, presentó varias veces su dimision; y no siéndole admitida, reiteró sus quejas á D. Cárlos para que tomara providencias, "antes que haciendo uso de la autoridad que él mismo le habia conferido, las tomase por sí, con mengua de la dignidad del príncipe.„

Maroto se sentia con fuerzas para hacer lo que decia, tanto más cuanto que la conspiracion de los apostólicos no era dirigida solo contra él, sino contra todos los que llamaban castellanos y suponian ser de su partido: contaba, pues, con el apoyo de muchos jefes, como él amenazados de muerte, y además con la fidelidad de sus tropas, que le querian y respetaban; y sin embargo, tan crítica llegó á ser su situacion, que se hallaba reducido á la impotencia de acometer operacion alguna por falta de confianza en sus principales subordinados.

Conociendo Espartero la discordia que devoraba á los carlistas, procuró fomentarla y agravar los males que les acarreaba la guerra, seguro de que por estos medios ellos mismos pedirian la paz: comenzó á internar con desusado rigor á los padres y hermanos de los que llevaban las armas, expulsándolos del territorio ocupado por las tropas liberales, y confiscando sus bienes; al mismo tiempo dejaba ir algunos jefes y oficiales prisioneros á esperar entre sus compañeros la ocasion de ser cangeados, encargándoles que inculcasen ideas de reconciliacion, y entre tanto se preparaba á emprender una campaña asoladora al interior del país enemigo, "llevando en una mano la oliva, y en la otra la tea, sin contemplacion ni debilidad,„ convencido de que este sistema, duro y cruel en apariencia, seria el que diese á menos costa resultados más prontos y positivos.

Mientras llegaba el momento de obrar, permanecia Espartero con su ejército en la Rioja, observando á Maroto, que se hallaba en Estella. Solo un rudo encuentro hubo, el 2 de Enero, en las alturas de Ampuero, entre las fuerzas mandadas por el general Castañeda y los carlistas que operaban en la provincia de Santander. A este combate, que costó mucha sangre y grandes pérdidas á los liberales, siguió una cal-

ma, precursora de terribles tempestades. Los carlistas vencedores en Ampuero se dividieron entre sí por la rivalidad de sus jefes.

Diferente aspecto que en el Norte presentaban en el Centro las cosas de las guerra. El poder de Cabrera llegaba á su apogeo: aunque tenaz y activamente combatido por jefes de gran valor y pericia, como Van-Halen, Azpiroz, Iriarte, Ayerve y Mir, aquel caudillo veia cercano el momento de realizar sus vastos planes, y se mantenia firme en el territorio que dominaba, extendiéndolo de dia en dia, y fortificando varios puntos estratégicos, que le permitiesen tomar en breve una ofensiva resuelta. Disponia, á principios del año, de unos diez y nueve mil hombres de todas armas, y calculaba tener veintidos mil para el próximo verano, en cuya época se proponia caer sobre Madrid. No le faltaban rivalidades en su campo, ni envidiosos que aspirasen á suplantarle en el mando; pero el genio domina siempre, y no se puede negar á Cabrera el genio de la guerra: con su carácter enérgico se sobreponia á todos, y allí no habia más voluntad que la suya. Querido y réspetado de sus tropas, temido en el país, bastaba el prestigio de su nombre para allanarle las mayores dificultades y proporcionarle recursos, que sabia multiplicar con su gran actividad. Cantavieja, Morella y Mirambell le proveian de municiones; las fértiles riberas de Valencia y de Castellon, los pueblos que baña el Júcar y el Jiloca, y otros más apartados le suministraban víveres y pertrechos: carecia de armas suficientes, y mandó por ellas á Inglaterra.

La casualidad hizo caer en manos del Gobierno de Madrid una correspondencia de Cabrera, dirigida al cuartel de D. Cárlos: por ella se enteró el Ministerio de los planes del jefe carlista, que le pusieron en gran cuidado, y pudo conocer que aquel le superaba mucho en recursos y en crédito.

Así era, en efecto: el Gobierno, que acababa de suspender las sesiones de las Córtes, para poder ocuparse con desembarazo en los asuntos de la guerra, se encontraba con todos los contratos concluidos, los parques y los almacenes vacíos, las fábricas de armas cerradas por falta de dinero; y habiéndose dirigido á Inglaterra en demanda de 12,000 fusiles, que habia pedido el anterior ministerio, le fueron negados. Entre tanto, nuestros aliados los ingleses se comprometian á entregar á Cabrera en un breve plazo 30,000 de aquellas armas, de las cuales unas ocho mil estaban ya embarcadas y en camino de los Alfaques.

A principios de Enero emprendió Cabrera sus operaciones, llamando sobre muchos puntos á la vez la atencion de las fuerzas liberales: bloqueaba á Lucena, como

punto avanzado de importancia para extender su dominacion á la Plana y huerta de Valencia; ponia sitio á Villafamés, que hizo levantar Azpiroz; presentábase de pronto en las llanuras de Murviedro, mientras en cumplimiento de sus órdenes, recorria Llagostera el bajo Aragon siguiendo el valle del Jiloca, Forcadell la provincia de Castellon, Polo la de Sigüenza, y Arnau la de Valencia, por Liria, Chelva y Requena.

La suerte no favoreció, sin embargo, á los carlistas durante los primeros meses del año: todo lo más que conseguian era fatigar á los liberales con su contínua movilidad. A principios de Febrero, el comandante general de la provincia de Cuenca, D. Martin José Iriarte, salió al encuentro de Arnau, y le batió completamente en los campos de Utiel, causándole pérdidas considerables. Casi al mismo tiempo era apresado por los faluchos guarda-costas, en las aguas de los Alfaques, el bergantin inglés que conducia los ocho mil fusiles para Cabrera, los cuales con el buque fueron llevados á Barcelona. Van-Halen hacia fortificar á Onda y Almenara, cortando por este medio la comunicacion que tenian establecida los carlistas para sacar del reino de Valencia el fruto de sus rapiñas.

Estas contrariedades y los refuerzos que el Gobierno empezó á enviar al ejército del Centro pusieron á Cabrera en situacion algo apurada; pero pronto salió de ella, trasladándose á las orillas del Ebro, entre Sástago y Escatron, y mandando dos columnas á recorrer las cercanias de Zaragoza y los pueblos de ambas riberas, en donde recogieron abundancia de granos y ganados y toda clase de recursos.

Los encuentros eran frecuentes en varios puntos, y la guerra del Maestrazgo continuaba haciéndose con tal ferocidad, que hubo de intervenir D. Cárlos para templarla, desaprobando la conducta de Cabrera, y mandándole decir por medio del Obispo de Leon, que moderase sus procedimientos, con los cuales *él habia dado lugar á las represalias* de los enemigos, que hacian desaparecer diariamente de la escena política infinidad de personas realistas, y se ocasionaban crueles padecimientos á los más fieles vasallos de aquel pais, *cuyas reclamaciones justas y aflictivas conmovian á lástima.*

A consecuencia de estas órdenes, que honran seguramente los sentimientos humanitarios de D. Cárlos, mediaron comunicaciones entre Cabrera y Van-Halen, y se ajustó un convenio para regularizar la guerra y establecer el cange de prisioneros.

Entre tanto que se llevaban á cabo las negociaciones, fortificaba Cabrera el pueblo de Segura, y necesitando para su defensa una guarnicion considerable, quiso

obligar á los habitantes á tomar las armas; pero se negaron, y entonces mandó arrasar la iglesia con otros edificios públicos y hasta trescientas cincuenta casas, viéndose sin abrigo unas mil seiscientas personas, que se refugiaron en otros pueblos y en las cuevas de los pinares.

Ayerve marchó contra Segura, y Cabrera se aprestó á resistirle con numerosas fuerzas: encontráronse en las alturas de la Fuen de Minuesa; peleóse ardorosamente por ambas partes, y los liberales quedaron victoriosos, aunque á costa de grandes sacrificios: las pérdidas de unos y otros combatientes ascendieron á trescientas bajas. Sin embargo, la guerra en aquel terreno era favorable á los carlistas, y á poco se estrellaron los planes de Van-Halen ante el castillo de Segura, que no pudo tomar, viéndose obligado á emprender una retirada, que amenguó su prestigio y le puso en el caso de dimitir el mando.

La situacion cambió completamente desde entonces, mostrándose la fortuna favorable á Cabrera, cuyos subalternos invadian impunemente á Brihuega, tenian en alarma á Teruel y Alcañiz, amenazaban á Valencia y otros puntos de la costa de Levante, sorprendian y atacaban destacamentos, y se apoderaban de algunos fuertes. Durante aquella primavera tomó tal incremento la faccion del Centro, que el Gobierno llegó á concebir serios temores, y creyó necesario que Espartero acudiese á levantar con su presencia el abatido espíritu del ejército y del país; pero aquel general no podia separarse del Norte, donde veia cercano el fin de la guerra, y solo con sentimiento consintió en desprenderse de O'Donnell y algunos otros jefes de su confianza.

En las provincias de ambas Castillas, en Extremadura, Asturias y Galicia existian partidas sueltas, más ó menos importantes, que no dejaban de molestar á las tropas de la Reina, dando que hacer al Gobierno y causando extorsiones á los pueblos.

II.

Muy diferente aspecto presentaba Cataluña al comenzar el año. Desde la desastrosa retirada del valle de Aran, el Conde de España no habia vuelto á dar señales de existencia, como no fuese para imponer terribles castigos á cuantos tenian la

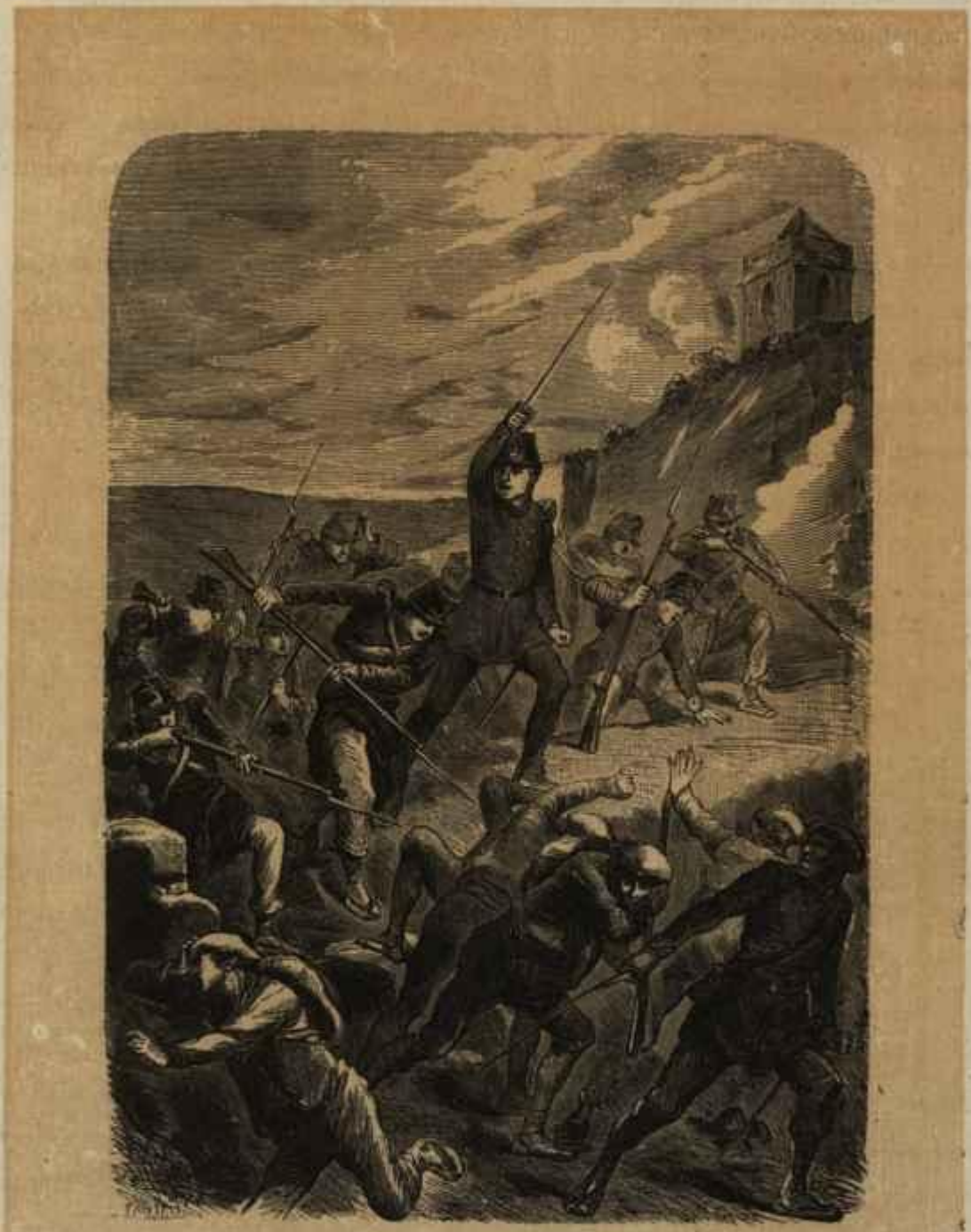
desgracia de cometer alguna falta ó de incurrir en su desagrado. Los carlistas murmuraban contra su inaccion, y aspiraban á sacudir el yugo del tirano, que invertia el tiempo en persecuciones y crueldades, en vez de conducirlos á la victoria.

El Baron de Meer, por su parte, se disponia para abrir la campaña, empleando al efecto algunos medios arbitrarios, que aunque nacidos de un buen celo é impuestos por la fuerza de las circunstancias, no dejaron de motivar fuertes censuras en las Córtes y la reprobacion del Gobierno. Procedia el Baron dictatorialmente, sin otras miras que las de llevar adelante la guerra y procurar el bien del país, y á fin de economizar gastos y cubrir con desahogo las necesidades del ejército, rescindió varias contratas y destinó á las atenciones de aquel todos los recursos del Principado. Combatido por estas y otras disposiciones semejantes, presentó su dimision, que no le fué admitida entonces, por considerarse difícil su reemplazo.

Las operaciones militares en Cataluña fueron, por consiguiente, nulas durante el mes de Enero, limitándose todo á preparar los medios para emprender la próxima campaña. Solo el dia 29 hubo un encuentro serio, cerca de Vacarisas, entre las fuerzas mandadas por el brigadier Villalonga y el coronel Ametller, que iban custodiando un convoy á Cervera, y las de Ibañez, Vilella, Marcó y otros, que con trescientos hombres intentaron oponerse á su paso. Aunque el ataque de los carlistas fué impetuoso y costó mucha sangre, viéronse aquellos rechazados, y el convoy siguió intacto á su destino.

El Baron de Meer se puso en movimiento á principios de Febrero, marchando rectamente por Cervera y Balaguer, hasta el confin de la provincia de Lérida: proponíase tomar la villa fuerte de Ager, poblacion importante por sus defensas naturales y por su posicion topográfica entre los dos Nogueras, siendo la clave de la cordillera que se extiende al Norte hasta las faldas de la Maladeta y valle de Aran, y punto de enlace para las operaciones de Cataluña con el Alto Aragon: teníanla, por consiguiente, los carlistas bien fortificada y provista de toda clase de recursos y pertrechos, y guarnecida con seiscientos hombres, número suficiente para poder resistir un largo sitio, atendidas las ventajas de la localidad.

Basaba el Baron en la toma de Ager el buen éxito de la campaña de la primavera, y asegurándole el triunfo la inaccion en que permanecia el Conde de España, se presentó el 8 de Febrero delante de aquella plaza, cuyos defensores se mostraron resueltos á sostener el ataque, fiados en la proximidad de algunas fuerzas que podian acudir á socorrerlos. Hasta el dia 11 no estuvo en posicion la artillería de



Asalto de un reducto en Ager.

sitio, y en seguida se rompió el fuego de cañon, que fué suspendido por la noche, durante la cual acaeció un lance digno de mencionarse, porque demuestra los sentimientos de PRIM hacia sus compañeros de armas. Ya hemos dicho que su batallon formaba parte de la division de vanguardia. Estando PRIM en las avanzadas, adelantóse á reconocer algunos reductos en compañía del teniente Don Antonio Molera: vistos ó sentidos por los sitiados, hicieron estos fuego, y Molera cayó herido de un balazo en una rodilla, quedando incapacitado para retirarse y expuesto á una muerte segura. PRIM se bajó hasta él, le cargó sobre sus espaldas, y de este modo le condujo hasta las primeras avanzadas. Tan noble rasgo fué correspondido despues por aquel oficial, que en ocasion bien crítica salvó la vida á su bienhechor, como veremos más adelante.

Al toque de diana del 12 volvió á tronar la artillería, resistiendo valientes los carlistas; y abierta brecha, aunque incompleta, fué designado PRIM para dirigir el ataque de los fuertes avanzados: á la cabeza de tres compañías emprendió el asalto siendo dos veces rechazado; pero la resistencia enardecia su valor y el de sus tropas, que por tercera vez lo acometieron con incontrastable denuedo: el principal reducto fué tomado á viva fuerza, siendo PRIM el primero que apareció sobre el fuerte acuchillando á sus defensores. Mas no bastándole haber tomado el reducto, corrió á la brecha abierta en las paredes de un convento inmediato, que servia tambien de fortaleza; y al embestirla, observó con desesperacion que aun no era posible penetrar por ella. Seis horas tuvo que permanecer en un pequeño foso, arrostrando el fuego mortífero del enemigo, y el contínuo riesgo de los trozos del edificio, que se desplomaban al poder de la artillería; pero sin que en todo este tiempo decayese su ánimo esforzado, ni le faltase para hostilizar al enemigo y velar por la vida de sus comprometidos soldados.

Entre tanto habia cerrado la noche, y el Baron de Meer, empeñado en que la poblacion cayera en su poder antes del nuevo dia, desplegaba todos los medios de ataque, preparando un asalto general, que infundió terror á los sitiados. Su gobernador, Castell, conociendo que seria inútil la resistencia, y aprovechando la oscuridad, resolvió abandonar la villa, y lo ejecutó salvando casi toda la guarnicion. Àger fué tomada entonces sin resistencia, entrando los sitiadores por las brechas, mientras parte de sus fuerzas se destacaban en persecucion de los fugitivos, que dejaron en poder del vencedor unos cuatrocientos fusiles y otros pertrechos de guerra, y sobre dos mil quinientas raciones de pan, aceite, vino, patatas y otros víveres en abundancia.

El general en jefe premió la bizarría de Prim, ascendiéndole sobre el campo al empleo de mayor de batallon.

Mientras Meer acometia la toma de Ager, el Conde de España, saliendo de su marasmo, se arrojaba con cuatro mil infantes y doscientos caballos sobre el pueblo de Balsareny, creyendo fácil apoderarse de él, pues solo habia cien hombres para su defensa; pero encontró en aquel puñado de valientes una resistencia indomable, que le obligó á retroceder y á formalizar el asedio, que duró nueve dias. Roto el fuego de cañon, cayó sobre el pueblo una lluvia de proyectiles, que en cuarenta y ocho horas destruyeron todos los tejados, desmoronaron casas y abrieron grandes brechas en las débiles fortificaciones; pero sobran estas donde se abrigan pechos varoniles, y en Balsareny, hasta las mujeres empuñaron las armas, ó acudian á cerrar las brechas sin que les arredrase la presencia del enemigo. Tan heróica resistencia exasperaba al Conde, que ordenó el asalto por la noche; pero fué rechazado: entonces mandó repetirlo bajo severas penas, autorizando el saqueo y degüello de los habitantes, que habrian sucumbido al fin irremisiblemente, á no haberles llegado un oportuno socorro.

El general Carbó, que estaba en Vich, apenas supo la situacion desesperada en que se hallaba Balsareny, salió inmediatamente, á pesar de la lluvia que caia, y por Calders, Artés y Sallent, llegó á la altura de Collsuspina, donde pensó dar algun descanso á los soldados; pero estos, oyendo el fuego de los carlistas, no pudieron contenerse, y gritaron: — "¡A ellos, mi general, á ellos! ¡Salvemos á nuestros hermanos!„

Era de noche: para avisar á los sitiados su llegada, mandó Carbó disparar dos cañonazos, que fueron comprendidos, y á los que contestaron inmensos gritos de alegría entre las humeantes ruinas de Balsareny. Al despuntar el alba, las tropas de Carbó caian á paso de carga sobre los carlistas, y les obligaban á levantar el campo: algunas compañías de preferencia, arrollando al enemigo, entraron en la poblacion, cuyos habitantes, locos de alegría y de entusiasmo, vitoreaban á su libertador. El mismo Conde de España tuvo que aplaudir la bizarría de aquellos soldados, diciendo á los suyos con mal contenido despecho: — "Mirad como atacan vuestros enemigos, y aprended.„

Los fugitivos de Ager, con su gobernador Castell y el cabecilla cura de Viacamps, tuvieron un encuentro con el comandante general de la tercera division liberal, que les sorprendió el 24 de Febrero en Figuerola de Meyá, causándoles una pérdida de

cuarenta hombres muertos y veinte prisioneros, y apoderándose de algunos caballos, armas y municiones, 1200 raciones de pan, 50 cargas de sal, camas, uniformes y 1,200 duros en oro.

El Conde de España volvió á encerrrarse en su cuartel inquisitorial de Caserras, permaneciendo en la inaccion, de que se quejaban sus subordinados. No más activo se mostraba el Baron de Meer, cuyo quietismo, despues de la toma de Áger, daba pábulo á las murmuraciones de sus contrarios, que amontonando cargos contra él, pedian su separacion del mando de Cataluña. Fué menester que el Ayuntamiento de Barcelona saliese á la defensa del Baron, diciendo en una exposicion á la Reina, que aquel general "iba guiando sus hijos á la victoria, siendo más cada dia el ídolo de los pueblos y el espanto de los enemigos... que aun hacia falta en Cataluña, pues *habia guerra que continuar con algunos auspicios, órden público que mantener, libertad que cimentar, contrabando que reprimir, y trabajo y subsistencia que proteger.*„

La poca actividad militar que desplegaba el Baron pudiera atribuirse en gran parte á los embarazos que le ponian los mismos que le censuraban, los enemigos encubiertos de la libertad, del órden y del trabajo; los especuladores de mala ley, á quienes no dejaba medrar, y que en todos los tiempos y lugares han sido y serán la carcoma de los pueblos que gimen bajo el azote de la guerra. Pero además ha de considerarse la posicion desventajosísima en que se hallaba aquel ilustre general respecto á los carlistas: con 23,000 hombres de todas armas é institutos, que componian el ejército de Cataluña, necesitaba el Baron guarnecer once plazas ó castillos fuertes y doscientos cuarenta y cinco pueblos mal fortificados, quedándole solo unos 8,000 combatientes disponibles para operar en un vasto territorio, mantener expeditas las comunicaciones en líneas muy dilatadas y escoltar convoyes; mientras que sus contrarios, concentrados en un reducido perímetro y en terreno inaccesible, podian aprovechar las ocasiones para lanzarse á la ofensiva por líneas sumamente cortas, avanzando masas respetables por cualquiera de los muchos puntos que quedaban en descubierto.

Sea por estas ó otras causas, es lo cierto que el Baron, sin haber sufrido personalmente ninguna derrota, veia palidecer su estrella, y pronto decayó enteramente su prestigio tras de una serie de contratiempos y desastres.

Fué el primero la pérdida de Pons, villa fortificada, que los carlistas sorprendieron en la mañana del 16 de Marzo, mediante la traicion del pregonero del pueblo, entregándose al saqueo é incendiando muchas casas, despues de haber expulsado á

la guarnicion, que se defendió con valor, batiéndose de calle en calle, pero inútilmente. A este golpe siguieron otros que el Baron no supo ó no pudo evitar.

A principios de Abril fué necesario reponer las provisiones de Castellvell y Solsona, empresa siempre árdua, que nunca se llevaba á cabo sin terribles combates y sangrientos sacrificios. Cada vez que se preparaba un convoy para abastecer á Solsona, liberales y carlistas ponian en accion todas sus fuerzas disponibles, como si se tratase de decidir la lucha en aquella simple operacion. Y así era de temer, atendidas las condiciones del terreno, favorables en sumo grado á los segundos para batir á sus contrarios. Sin una absoluta necesidad, no se concibe la eleccion del camino de Biosca y Peracamps, estando expedito el más corto de Manresa á Solsona; pero sin duda esa necesidad existia, puesto que á pesar de las inmensas dificultades que aquel presentaba para la marcha de los convoyes, era preferido siempre, con la seguridad completa de no atravesar la línea sino á viva fuerza, y con exposicion contínua de sufrir un gran desastre.

Sabíase ya por experiencia que, al llegar á las alturas de San Pedro de Padullers, el ejército liberal tenia que destacar dos tercios de su efectivo para combatir al enemigo, que aparecia situado sobre la izquierda en buenas posiciones, al abrigo de parapetos y atrincheramientos, y favorecido además por la escabrosidad del terreno; mientras el otro tercio, destinado á la custodia del convoy, quedaba expuesto á la eventualidad de bruscos y peligrosos ataques, fáciles de ejecutar arrojándose con rapidez por una marcha de flanco sobre las vertientes de la derecha. Sabíase igualmente que los carlistas no faltaban á la cita en aquel palenque, donde alguna vez llegaron á reunir diez y ocho batallones, colocados en dos líneas de á nueve cada una, ó en tres progresivas de á seis batallones, con los cuales, operando convenientemente, habrian podido alcanzar una victoria decisiva. La artillería y la caballería, únicas ventajas que tenian á su favor los liberales, eran casi anuladas por las zanjas y cortaduras que abrian sus contrarios en el tránsito, sin contar con las asperezas de un país montuoso, cubierto de bosques, barrancos y precipicios. Sin embargo, esta era la ruta elegida para llevar socorros á Solsona, y este el terreno empapado de sangre, donde la inteligencia y la táctica, más que el valor, triunfaron siempre de la fuerza y de las resistencias materiales: pero es sensible que tantos y tan heróicos sacrificios no fueran empleados en cosas de más provecho [1].

[1] «Inmensos, innumerables fueron los sacrificios que el ejército constitucional hizo por la causa de la libertad; pero en ningun punto como en los campos de Solsona fueron más grandes ni más estériles. Más estériles, porque por un triste mon-

Al disponer su marcha desde Cervera el Baron de Meer, dió á PRIM el mando de las compañías de cazadores que formaban la vanguardia del ejército, y distribuidas convenientemente las demás divisiones y brigadas, le previno que se adelantase para reconocer el campo, confiándole para su seguridad una corta fuerza de caballería. Emprendió PRIM su movimiento segun las instrucciones del general en jefe, y no tardó en dar á este una muestra de lo acertado de su eleccion; pues al hacer un reconocimiento sobre las alturas de Biosca, el 12 de Abril [1], tuvo que retirarse acometido por más de mil hombres, que habrian destrozado fácilmente la pequeña columna de vanguardia, á no ser por la serenidad del jóven héroe que la mandaba. Con un órden admirable fué sosteniendo PRIM la retirada; y trayendo al enemigo hasta un llano á propósito, mandó hacer alto, preparó su gente, y puesto él mismo á la cabeza de la caballería, cayó á su vez impetuosamente sobre los carlistas, cargándoles con tal denuedo, que no solo arrolló sus masas avanzadas obligándolas á retroceder en precipitada fuga, sino tambien contuvo la marcha de las demás fuerzas. Lo increible de aquel ataque inesperado hizo que los carlistas se replegasen á sus anteriores posiciones en la conviccion de que se acercaba ya el grueso del ejército liberal.

Satisfecho PRIM de este resultado, y no debiendo permanecer en aquellas alturas, continuó su retirada sin ser hostilizado, y siguió explorando el país á una y otra parte del camino en observacion de los enemigos, hasta el 15, que se incorporó al ejército. Segun sus informes, el Conde de España, al frente de unos ocho mil hombres, se hallaba situado en la masía de la Estany, á legua y media de Biosca [2], ocupando á lo largo la cordillera que va desde San Pedro á Peracamps.

Las fuerzas que llevaba el Baron no ascendian á cinco mil hombres, y una tercera parte de ellos tenia que emplearse exclusivamente en acompañar el convoy, no pudiendo considerarse ni aun como cuerpo de reserva. Sin embargo, todas aquellas

ton de ruinas, millares de valientes inmoláronse generosamente enardecidos de patriótico orgullo; y más grandes, porque precisado á pelear este mismo ejército con inmensas desventajas, tuvo siempre que vencerlas á fuerza de valentía y de sangre, corriendo de contínuo las contingencias de un gran desastre, bajo cuya consideracion malamente eran retribuidos sus esfuerzos con el efímero lauro de estériles vencimientos.»—PIRALA.

[1] En la hoja de servicios que tenemos á la vista dice el 2; pero consultando otros documentos, se ve que este 2 es un error de copia.

[2] Hay en el partido judicial de Solsona cinco masías ó casas de labor con este nombre de Estany, ó Estañ, que es como se pronuncia la *ny* en catalan: una, situada á 2'3 kilómetros de Solsona; otra, á 4 kil. de Pons; otra, á 3'4 kil. de Reiner, y otra, á 7 kil. de Pinell: todas estas se titulan *Masía de Estany*. La 5.ª es *Masía de la Estany*, y pertenece al distrito municipal de Biosca, distando 6 kilómetros de este pueblo.

tropas eran escogidas y bien disciplinadas, y contaban con el auxilio eficaz en ocasiones de la caballería y la artillería.

Sin novedad alguna llegó la expedicion el 17 hasta las inmediaciones de la casa de la Estany, donde se avistó al enemigo posesionado de las alturas, y formando una respetable línea de batalla, protegida por los bosques, parapetos y atrincheramientos. La division de vanguardia, mandada por el general Clemente, recibió una descarga sin conmoverse, y despues de formar en masa á corta distancia de los primeros parapetos ocupados por los carlistas, destacó las compañías de preferencia al mando de PRIM para ejecutar un movimiento de flanco, siguiéndole un batallon en columna de ataque.

Desde aquel momento comenzó una lucha horrorosa, que duró todo el dia: el nutrido fuego de los carlistas era contestado por las descargas de sus contrarios, que avanzaban temerarios hasta cruzar con ellos las bayonetas. De pronto apareció PRIM en una de las alturas de la izquierda, dominando la primera posicion que ocupaban numerosas fuerzas enemigas: grandes gritos de sorpresa resonaron en uno y otro campo; las compañías de cazadores cayeron sobre los carlistas, como un alud que se desprende de la cumbre de las montañas, y arrollándolo todo, en pocos minutos despejaron el terreno, que quedó sembrado de cadáveres. El enemigo se retiró en desórden al abrigo de las demás fuerzas, que presentaban un aspecto formidable en las cercanías de la casa de la Estany.

Para atacar aquellas posiciones, tuvo el Baron que dividir sus tropas en tres columnas, destacando una de ellas á proteger el convoy, que desfilaba entre tanto por el camino bajo de Peracamps. El combate fué obstinadísimo en aquel punto, siendo necesario poner en juego la artillería para vencer la resistencia de los carlistas, que al cabo fueron rechazados, quedando el paso libre á la caida de la tarde.

Las compañías de vanguardia pelearon aquel dia con un arrojo extraordinario, y sufrieron bajas considerables: enviado PRIM á socorrer al batallon de voluntarios de Málaga, que se hallaba en una situacion apurada, protegiendo el corte de leña, marchó al punto con su acostumbrado denuedo; y al cruzar la vertiente del barranco, le hicieron una descarga cerrada á quemaropa, que le mató muchos hombres é hirió á otros, introduciendo la confusion en las filas. El capitan Molera, que marchaba con su compañía en direccion paralela, corrió inmediatamente al lugar del peligro; pero ya PRIM habia rehecho sus tropas, y cargando á los carlistas emboscados, les arrojó de sus guaridas, causándoles más de cuarenta bajas y dispersándolos completamente.

Al anochecer del mismo dia entró el convoy en Solsona escoltado por parte de las tropas destinadas á relevar la guarnicion de aquella plaza: las demás fuerzas quedaron acampadas en observacion del enemigo, que concentrado en grandes masas permanecia á la vista; y habiendo atacado el 18 á la tercera division, situada en Peracamps, fué rechazado con pérdida. El 19 regresaron á Biosca los liberales: las tropas del Conde amagaron un ataque; pero no tuvo efecto por la indecision de aquel jefe, que mandó tocar retirada y la emprendió él mismo en el acto, siendo por ello muy censurado de los suyos, que le acusaron de traicion, y estuvieron á punto de sublevarse. Fué menester toda la energía de algunos subalternos para dominar el descontento de los soldados, que querian fusilar á *Talla-caps* [1], como llamaban al Conde.

No pasó desapercibido al Baron de Meer el bizarro comportamiento de Prim en las anteriores jornadas: además de haberle felicitado personalmente sobre el campo, y hecho mencion especial de alguno de sus actos, al serle presentada por el jefe de E. M. la relacion de recompensas, en que Prim iba propuesto para el grado inmediato, exclamó el general: — "¡No! A este no se le paga con grados: se le debe el empleo de primer comandante, y yo se lo doy en nombre de la Reina.„

Mientras el Conde se retiraba á Caserras, el Baron tuvo que acudir al campo de Tarragona, invadido por los batallones del Llarch de Copons, y seriamente amenazado por los carlistas del Maestrazgo, que pasaban el Ebro por varios puntos, y á poco intentaron apoderarse de Tortosa. El Conde aprovechó esta diversion de su contrario para caer sobre la rica villa de Manlleu. El 28 de Abril se presentó delante de este pueblo, que se hallaba fortificado con un recinto exterior débil, pero extenso, y otro interior, y aquella misma tarde hizo arrojar sobre él más de 300 granadas y balas rasas, á las cuales contestaban los sitiados con denuestos contra los sitiadores. Irritado el Conde, mandó dar el asalto durante la noche; pero los carlistas encontraron tan brava resistencia, que hubieron de retroceder, despues de sufrir horribles pérdidas. Continuando al dia siguiente el fuego de cañon, pronto cedieron en varios puntos los débiles muros exteriores, por lo cual los defensores de Manlleu creyeron necesario replegarse al recinto interior, invitando á retirarse igualmente á los que tenian sus casas entre la primera y segunda línea de fortificacion. Los que así lo hicieron se salvaron; los demás, que creian no tener nada que temer del enemigo, fueron víctimas de su confianza. Sin dificultad entraron los carlistas en el re-

[1] Corta-cabezas.

más comprometidas del pueblo, temiendo con razon el fin trágico de los habitantes de Manlleu. El Conde colocó ante la puerta un cañon de á doce, amenazando derribarla y entrar á degüello, si no se rendian inmediatamente á discrecion cuantos habia dentro; pero el gobernador oyó inflexible sus intimaciones, y solo accediendo á los ruegos de tantos infelices que iban á ser inútilmente sacrificados, aceptó una capitulacion honrosa, por la cual se entregaba la guarnicion prisionera, conservando los oficiales sus espadas; y hecho esto, se pegó un pistoletazo, prefiriendo la muerte á caer en manos de sus enemigos.

En la iglesia de San Eudaldo acaecia entre tanto un suceso imponente y sublime. No encontrando los carlistas en las casas el botin que deseaban, corrieron en tropel hácia aquel templo, á cuya entrada se presentó un sacerdote suplicándoles que se retirasen, y diciéndoles que allí no habia ningun enemigo. Pero ni sus exhortaciones, ni las de un jefe, cuyo auxilio impetró el sacerdote, pudieron contener á la muchedumbre frenética, que violentó las puertas y penetró en el sagrado recinto. Un espectáculo magnífico se presentó á su vista. El altar mayor estaba cuajado de luces que alumbraban al Señor manifiesto, y multitud de mujeres arrodilladas, levantando en alto sus pequeños hijos ó estrechándolos contra su seno, dirigian fervientes preces á Dios y á la Vírgen: mezclados con ellas, oraban silenciosos muchos respetables ancianos, algunos de los cuales se adelantaron á la entrada ofreciendo sus vidas, si eran necesarias, para rescatar con su sangre las de las mujeres y niños. Ante aquel cuadro se ablandaron los corazones más endurecidos: los carlistas retrocedieron, colocando á la puerta una guardia para que nadie atentase contra aquellos débiles seres.

Solo el Conde no se enterneció: despues de enviar á Berga unos cuatrocientos prisioneros que componian la guarnicion, hizo salir todo el vecindario, sin excepcion de edad ni clases, conduciéndolo escoltado á Camprodon y San Juan de las Abadesas; y desocupada la villa, la entregó al saqueo, la incendió y demolió completamente, haciendo levantar en el lugar que ocupaba la plaza una pequeña pirámide con esta inscripcion: *¡Aquí fué Ripoll!*

Faltaba añadir á la devastacion el sacrilegio, y el Conde lo cometió pretendiendo hacer á Dios cómplice de su vandalismo. Al dar parte á su gobierno del desastre de Ripoll, decia:

"La justicia de Dios, que algunas veces es lenta, pero segura siempre, se ha desplomado sobre la villa de Ripoll, llena de corrupcion, y que abrigaba una secta des-



Montañeses de las cercanías de Berga huyen de sus pueblos incendiados.

tructora de los altares y de los reyes, digna hija de la que hay en Barcelona, conocida bajo la denominacion de *Alibaud*. ¡Quiera Dios que este ejemplo aproveche á los que todavía son rebeldes á su rey!„

La destruccion de Ripoll, despues de los desastres de Manlleu, y la pérdida de Sarreal, Villanueva de Meyá y Pons, acaecida poco antes, aterraron á los demás pueblos guarnecidos por los liberales, que temian igual suerte, viéndose abandonados á la saña de un enemigo feroz y vengativo. De todas partes se levantó un clamor general contra el Baron de Meer, que á la verdad, no se mostraba en esta ocasion digno de sus antecedentes; y en consecuencia, decretó el Gobierno su separacion en 1.° de Junio, nombrando para reemplazarle á D. Jerónimo Valdés.

El nuevo Capitan general no llegó á Barcelona hasta mediados de aquel mes; y mientras se ocupaba en arreglar las subsistencias y haberes del ejército, los carlistas, obrando con independencia de su indolente jefe, recorrian el distrito de Vich saqueando los pueblos á mansalva; sitiaban por novena vez á Gerri, cuyos heróicos habitantes no se dejaron subyugar, y se ostentaban poderosos en el campo de Tarragona. Ibañez, que á fines del mes anterior habia sorprendido y destrozado al batallon franco de Reus, tuvo la audacia de llegar hasta las mismas faldas de Monjuich, amenazando á Martorell, de donde fué rechazado.

El 3 de Julio marchó Valdés á Esparraguera, donde se le reunieron las divisiones de vanguardia y segunda, y el 5 se le incorporaron en Cervera la tercera y cuarta. Con estas fuerzas condujo un convoy de víveres á Solsona, y continuó luego su movimiento por Balsareny, hasta situarse en la sierra de Buire, á tres leguas de Berga.

Permanecia, entre tanto, el Conde de España en vergonzosa inaccion, siendo la pesadilla de su aguerrida gente: cuando supo la proximidad de Valdés á Berga, creyó que este general iba á sitiarla, y una llamarada de actividad febril inflamó su ánimo: dispuso entonces que marchasen fuerzas en observacion del enemigo, hizo grandes preparativos de defensa, y mandó por último que las tropas situadas á la izquierda del Llobregat se replegasen á Olban y Gironella, y que en el caso de una retirada, incendiasen estos pueblos y cuantos caseríos y edificios encontrasen á su paso. Esta órden bárbara é injustificable se ejecutó al pié de la letra: Gironella y Olban, multitud de casas aisladas y hasta los molinos harineros que proveian á los carlistas fueron pasto de las llamas; y los infelices moradores de aquella comarca, mujeres, niños y ancianos, huian despavoridos lamentando su desgracia. El Conde se recreaba en su obra, contemplando el cuadro de desolacion que desde Berga se

presentaba á la vista por todas partes, y decretando nuevos incendios de iglesias y otros edificios.

Valdés, que no habia pensado en sitiar á Berga, regresó por Balsareny á Manresa, satisfecho del resultado de su expedicion, que pudo calificarse de *triunfo del miedo.*

En cuanto al Conde, acabó de perder el poco prestigio que le quedaba entre los carlistas, que desde entonces solo pensaron ya en deshacerse de él por cualquier medio.

III.

Durante el periodo que vamos reseñando, en las provincias del Norte se precipitaban los acontecimientos hácia un feliz desenlace, como guiados por una fuerza providencial. La situacion de los carlistas en aquel país, verdadero centro de su poder, asemejábase á la de los moros de Granada en la época de la reconquista: para completar el parecido entre ambas situaciones, solo faltaba á los carlistas un *Rey Chico;* y llegó el caso de que D. Cárlos desconfiase de su propio hijo, á quien trataron de proclamar algunos, imponiendo á su padre la abdicacion, mientras otros no querian nada sin D. Cárlos, rey absoluto é inquisitorial, y otros, en fin, de acuerdo con los jovellanistas, y creyendo tener apoyos en Paris, pretendian darle el triunfo mediante su aquiescencia en aceptar una especie de *despotismo ilustrado* para el régimen de la monarquía española.

Pero antes de llegar á estos extremos, que convirtieron el carlismo de las Provincias en otro campo de Agramante, habian ocurrido algunos acontecimientos de suma gravedad. Corria el mes de Febrero, y estando Maroto en Durango, supo que las maquinaciones de sus enemigos le ponian ya en la necesidad de obrar resueltamente: manifestó la intencion de trasladarse á Navarra, y solicitó de D. Cárlos el permiso de pasar por Azcoitia, donde aquel se hallaba, para que revistase las tropas. El cuartel real se trasladó en el acto á Vergara, con ánimo de seguir á Oñate; lo cual aumentó los recelos del jefe carlista, sabiendo que allí venian las principales cabezas de la conjuracion; pues los demás conspiradores eran solo instrumentos de la camarilla cortesana. Tratóse entonces de ir contra el cuartel real, y hacer un es-

carmiento en los autores de aquel desórden; pero prevalecieron los consejos de la prudencia, y Maroto marchó con su ejército á situarse en el camino Mondragon á Vergara, donde D. Cárlos, el Obispo de Leon y otros personajes de su comitiva lo revistaron sin hablar palabra.

Terminada la revista, se presentó Maroto á D. Cárlos en Vergara, y le declaró su resolucion de castigar á los sediciosos [1]. Pasó de allí á Tolosa, donde recibió nuevos avisos de los trabajos subversivos del general D. Francisco García y otros conjurados: se encontraba en el caso de fusilar ó ser fusilado. Mandó entonces hacer varias prisiones, y ejecutadas estas, llamó al brigadier Carmona que, segun Maroto, iba de espía en el cuartel general para noticiar á los conspiradores cuanto pudiese convenirles, y le dijo: "que bajase á Estella, y dijese á García y demás compañeros, que con el alba del siguiente dia marchaba á la ciudad; que podrian presentarse con las fuerzas que estaban sublevando y esperarle en el terreno que les pareciese, como prácticos y conocedores de él; pero que *estuviesen antes en la firme conviccion de que con sus mismas tropas habia de fusilarlos á todos;*„ previniendo al mismo Carmona "que se pusiese bien con Dios, si queria morir como cristiano.„

El mensajero cumplió su cometido, y marchó luego á solviantar los ánimos de los jefes de algunos batallones navarros, concitándolos contra Maroto. Cuando este entró en Estella, vió sus calles desiertas y el estupor de la sorpresa pintado en el rostro de los pocos que por ellas transitaban: al pasar por delante del alojamiento de García, este y algunos de su comitiva, que estaban en las ventanas, hicieron mofa de él. No tardó en presentarse á Maroto el gobernador de la plaza manifestándole cuanto sabia sobre planes de sedicion y el inminente riesgo en que se hallaba; pero transcurrió el dia sin novedad, hasta las ocho de la noche, en cuya hora se le dió parte de haber sido arrestado por la guardia de una de las puertas el general García en el acto de querer marcharse disfrazado de cura.

El general en jefe comprendió cuánto era su prestigio entre las tropas, pues aque-

[1] «Señor, le dijo: yo creo que V. M. no querrá fusilarme.

«—¡Hombre, no! le contestó D. Cárlos: ¿y por qué me dices eso?

«—Señor, porque V. M. me pone en el caso de tener que mandar fusilar una ó dos docenas de personas, y en la precision de tener que venir luego ante su real presencia, para que mande hacer lo mismo conmigo.

«—No, no, sosiégate, y ten confianza en mí, como yo debo tenerla en tí. Todo son intrigas de la revolucion, que yo conozco mejor que tú: no hagas caso de chismes, que yo te aseguro sabré cortar las desavenencias, y vé confiado: pero *asegúrame que yo tambien debo estarlo de tí.*

«Avistose luego con los padres Gil y Cirilo, quienes convinieron en volver á hablar á D. Cárlos, y decirle, que *Maroto estaba resuelto á hacer por su mano la justicia que tantas y tan repetidas veces habia inútilmente reclamado.*»—PIRALA.

lla prision se habia ejecutado sin orden de nadie: mandó subir el preso, con los demás, al castillo del Puig; llamó á Carmona, que fué bastante incauto para presentársele; reunió todos los jefes de los cuerpos, y oido su parecer conforme en cuanto á la culpabilidad de los detenidos, decretó la terrible resolucion que tanto habia procurado evitar. El 18 de Febrero, cinco de aquellos reos fueron fusilados, y Maroto dió cuenta de estas ejecuciones al ejército, por medio de una alocucion. A los dos dias, escribió á D. Cárlos una carta, en la que, despues de un breve preámbulo le decia:

"Es el caso, señor, que he mandado pasar por las armas á los generales Guergué, García, Sanz, al brigadier Carmona, al intendente Uriz, y estoy resuelto, por la comprobacion de un atentado sedicioso, para hacer lo mismo con otros varios, que procuraré su captura *sin miramiento á fueros ni distinciones*, penetrado de que con tal medida se asegura el triunfo de la causa que me comprometí á defender... sirviéndome en el dia para el apoyo de mis resoluciones la voluntad general, tanto del ejército, como de los pueblos, cansados ya de sufrir la marcha tortuosa y venal de cuantos han dirigido el timon de esta nave venturosa, cuando ya divisa el puerto de su salvacion... No desconoce V. M. el gérmen de discordia que se abriga y se sostiene por personajes en ese cuartel real: mándeles V. M. marchar inmediatamente para Francia, y la paz, la armonía y el contento reinará en todos sus vasallos...„

El guante estaba arrojado: lo recogieron los señores de la corte, y al dia siguiente hicieron á D. Cárlos contestar con un manifiesto declarando traidor á Maroto y á cuantos le prestasen auxilio y obediencia. "Los jefes y autoridades de todas clases, decia, cualquiera de vosotros, está autorizado para tratarle como tal, si no se presenta inmediatamente á responder ante la ley.„

Aunque se quiso dar gran publicidad á este documento, apenas tuvo circulacion. Enviáronse comisionados á notificarlo á Maroto; mandó este que se reuniesen los cuerpos que tenia á sus órdenes; obedecieron todos, y en presencia de las tropas, estando él á su frente, hizo leer el decreto que le ponia fuera de la ley: acto contínuo dijo á los soldados:

"Aquí me teneis: yo soy ese hombre que se os manda asesinar; haced todos y cada uno de vosotros lo que mejor os parezca: ¡Soldados! á nadie quiero comprometer en causa que me es personal: franco teneis el camino.„

Un viva unánime al general fué la respuesta. Maroto se contentó con decir: "He triunfado de la arbitrariedad, injusticia y obcecacion de un príncipe, y la Historia me juzgará algun dia.„

En seguida despachó á los comisionados, diciéndoles que refiriesen á D. Cárlos lo que habian visto, añadiendo que él iba á la corte á responder personalmente á los cargos del manifiesto.

Grande alarma causó en el cuartel real la resolucion de Maroto, á quien se trató de detener en su marcha; pero él siguió hasta Tolosa, desde donde dictó sus condiciones á D. Cárlos, enviándole una lista de treinta y siete personas, que debian ser expulsadas, entre las cuales se contaban el Obispo de Leon, el presbítero D. Juan Echevarría, Fray Ignacio Lárraga, los generales Mazarrasa, Uranga, Vivanco, D. Basilio García, Balmaseda, y otras personas, todos de marcada significacion.

Cuando llegaron los portadores de la lista de proscripcion á la residencia de Don Cárlos, se encontraron con que le habian abandonado los ministros, y el de la Guerra tenia presentada la dimision. El desdichado príncipe tuvo que hacer una solemne retractacion de cuanto habia dicho en el manifiesto del dia 20, declarando el 24, que "con nuevos antecedentes y leales informes habia visto y conocido que Maroto obró con la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tenia tan acreditados en favor de su justa causa,„ y aprobando las providencias adoptadas por dicho general, á quien daba las más cumplidas satisfacciones. Al mismo tiempo que aparecia este decreto, se admitian las renuncias de los ministros y se nombraban otros; todo lo cual produjo gran contento entre la mayoría de los carlistas de dentro y fuera de España, y hasta en Roma fué muy celebrado.

De los personajes proscriptos, catorce se fugaron: los demás fueron conducidos á Francia con escolta. Unos y otros siguieron conspirando, sin que decayesen por un momento de la gracia de D. Cárlos.

IV.

Los fusilamientos de Estella y sus inmediatas consecuencias pusieron de manifiesto la discordia que devoraba á los carlistas y la rápida descomposicion que se operaba en el seno de su partido, estimulando á Espartero á proseguir con actividad los preparativos para la vigorosa campaña que meditaba. Entre tanto, no ignorando este general la situacion en que se hallaba Maroto, le habia hecho ya indicaciones

verbales, por medio de discretos emisarios, á fin de disponerle á un arreglo que terminase honrosamente la guerra; indicaciones que desde luego fueron bien acogidas por aquel, aunque protestando siempre que no haria nada sin el beneplácito de D. Cárlos, y á poco mediaron comunicaciones reservadas en cifra entre los dos generales.

No por esto dejaba Espartero de la mano su plan de operaciones, por el cual, llevando la devastacion al país ocupado por el enemigo, se proponia bloquearle en sus estériles montañas, y obligarle á batirse en el terreno que él eligiese. Comunicado este plan al Gobierno en 23 de Marzo, fué aprobado, aunque no dejó de suscitar objeciones, quedando el general en jefe investido de las más amplias facultades para obrar como le pareciese conveniente.

Debilitado el ejército carlista durante la pasada época de disturbios, no se hallaba Maroto en disposicion de hacer frente á su poderoso contrario; por lo cual, despues de vacilar sobre el punto á donde dirigiría sus operaciones, se decidió á emprenderlas por la parte de Bilbao.

Espartero dejó cubierta la línea del Ebro; comunicó su plan de guerra á Leon, que comenzó á ejecutarlo vigorosamente en Navarra; y el 12 de Abril salió de Logroño con su ejército, dirigiéndose hácia Ramales y Guardamino, fuertes que obstruian las comunicaciones, y á cuyo abrigo se extendian los carlistas por la provincia de Santander. El 16 llegó Espartero á Villarcayo, y al dia siguiente, al emprender las operaciones sobre Ramales, encontró interceptado el camino de los Tornos por cuatro grandes cortaduras; dispuso su habilitacion y la construccion de un reducto, en cuyos trabajos se pasó algun tiempo, y el 24 continuó avanzando en direcion á Ramales. Los dos dias siguientes practicó varios reconocimientos sobre los fuertes, sin que Maroto, que estaba á la vista, se atreviese á aceptar la batalla. El 27 se trabó la accion en unas escarpadas eminencias, de donde fueron desalojados siete batallones carlistas que los defendian: ocupaban estos una cueva situada en una gran roca sobre el camino real, en la que tenian un cañon, que lo enfilaba por donde seguian las cortaduras y derrivos; y fué menester para tomarla colocar á su frente ocho piezas, que vomitaron fuego por espacio de siete horas, rindiéndose al fin á discrecion los defensores que sobrevivieron, casi todos heridos. Al amanecer del 30 intentaron los carlistas reconquistar la posicion perdida el 27, y atacaron vigorosamente con cinco batallones; pero les rechazó una brigada, causándoles pérdidas enormes.

Desde el 1.° de Mayo al 7 permaneció el ejército acampado, sin poder adelantar las operaciones, á causa de un temporal constante, que puso á prueba el sufrimiento de las tropas. Despejada la atmósfera, el 8 á las seis de la mañana se rompió el fuego contra el fuerte de Ramales, y á las dos y media de la tarde, hora en que se mandó dar el asalto, fué aquel abandonado por el enemigo; pero en seguida principió un encarnizado combate con los batallones que en posicion protegian la defensa, los cuales fueron igualmente derrotados.

Comenzóse á batir el fuerte de Guardamino; pero luego se vió el poco efecto que producian contra él las baterias; y el dia 11, decidió Espartero atacar al ejército enemigo en las posiciones atrincheradas que ocupaba. Esta operacion fué muy difícil y costosa. Despues de una lucha encarnizada, y de haber desalojado de sus puestos siete batallones que los defendian bizarramente, tuvo Espartero que resolverse á cargar con el cuartel general y su escolta los puntos más obstinados, habiendo de marchar á la desfilada, sufriendo el fuego de artillería y fusilería del fuerte por el costado y la espalda, y el encontrado de los parapetos y trincheras enemigas: sin embargo, con solo ocho batallones y la arrojadísima carga que dió, puesto á la cabeza de su escolta, arrolló todas las fuerzas contrarias, causandoles gran pérdida de muertos, heridos y prisioneros. El ejército liberal tuvo tambien considerables bajas; pero las compensaba el triunfo. Rodeado inmediatamente el fuerte de Guardamino, se rindió el 13 por capitulacion, que propuso á Espartero el mismo Maroto, para evitar más efusion de sangre: dió la órden escrita al efecto; pero el gobernador del fuerte no quiso cumplirla, hasta que se presentaron á confirmarla de palabra dos ayudantes del general carlista.

Mucho contribuyeron al éxito de estas brillantes jornadas, entre otros bizarros jefes, los generales O'Donnell y Castañeda, y el de artillería D. Joaquin de Ponte. La reputacion militar del conde de Luchana, siendo ya tan grande, creció considerablemente á los ojos de propios y extraños desde de la toma de Ramales y Guardamino, mayormente cuanto se tocaron las consecuencias de aquellas arriesgadísimas operaciones; pues coincidiendo con los triunfos obtenidos por Leon en Navarra, Zurbano en Álava, y otros, subordinados todos á un mismo plan, produjeron desde luego resultados maravillosos, tales como el abandono del valle de Carranza con su fuerte de Molinar y la fundicion de Gurriezo; la desercion de algunos batallones, y la disolucion completa de los cántabros, aparte de las grandes pérdidas de hombres y material de guerra sufridas por los carlistas en los dos puntos conquistados. Tras

de esto, para asegurar la nueva línea de comunicaciones y estrechar al enemigo, en breves dias ocupó Espartero á Orduña y Amurrio, Arciniega y Valmaseda, empujando á Maroto, que concentró sus fuerzas en Areta.

El duque de Wellington demostró á Espartero su admiracion por las operaciones de este campaña; todos los antiguos generales españoles le felicitaron, y la Reina le concedió la grandeza de primera clase con el título de Duque de la Victoria, por real decreto de 1.° de Junio, y por otro autógrafo del 4, la llave de gentil-hombre de cámara, relevándole por ambas gracias del pago de lanzas y medias anatas.

Mientras Espartero fortificaba su línea, seguian con actividad las operaciones en otros puntos, y particularmante en Navarra, donde el bravo general Leon triunfaba del enemigo en repetidos encuentros, incendiaba de paso las mieses que no podia llevarse, ó las hacia pasto de los caballos, y asolaba el país, á cuyos habitantes, segun él mismo decia, ya no les iban quedando más que ojos para llorar.

Este rigor, ejercido además por todos los comandantes generales de las Provincias, producian los resultados apetecidos, haciendo sentir la necesidad de la paz á los pueblos que ya la deseaban; y á fin de aumentar sus apuros, dictó Espartero en 9 de Julio un bando de bloqueo, por el cual, en toda la extension de las líneas, desde Pamplona por Lerin, Lodosa, Logroño, Peñacerrada y Vitoria, y continuando desde Miranda de Ebro, por Puente-Larrá, Orduña, etc., hasta Laredo, así como en toda la costa cantábrica, desde el cabo de Finisterre hasta el Bidasoa, se prohibia bajo severas penas la circulacion de personas y de toda clase de géneros y objetos con destino al país carlista. Ejecutábase á la vez la órden de expulsion de las familias cuyos parientes desertaban á la faccion, y los pueblos abandonados por sus moradores al acercarse las tropas liberales, eran entregados inexorablemente á las llamas.

Estas terribles disposiciones, impuestas por la dura ley de la guerra, levantaron inmensos clamores, pero no contra el que las dictaba, sino contra la guerra misma, y contribuyeron poderosamente á encender más y más la tea de la discordia en el campo carlista, donde á la par que crecian los apuros, se acumulaban diariamente tantas familias miserables, tantos afligidos, tantos menesterosos y descontentos, para cuyos males no habia remedio alguno fuera de la paz.

Por este tiempo, á principios de Julio, marchó al Bajo Aragon D. Leopoldo O'Donnell, que acababa de ser nombrado general en jefe del ejército del Centro [1]. Sin

[1] Cuéntase que Cabrera, al tener noticia de este nombramiento por sus confidentes de Madrid, dijo con mucha oportunidad á sus amigos: — «Ya tenemos otro toro en la plaza, y parece que es bravío, segun noticias. ¿No observan ustedes que

detenerse corrió á Teruel, dictó allí algunas órdenes, y siguió hasta Segorbe, donde se le reunieron las fuerzas que habia sacado de Valencia D. Facundo Infante: se dirigió en seguida á Castellon de la Plana, y habiendo reunido once batallones y ocho escuadrones, voló al socorro de Lucena, que se hallaba en una situacion desesperada, sin víveres, ni municiones, y á punto de rendirse á los carlistas.

Cerca de aquel punto estaba ya Cabrera con fuerzas numerosas, parapetado en las formidables alturas de la sierra de las Useras, y resuelto á impedir el paso á su contrario, lisonjeándole la idea de derrotarle. Una sangrienta batalla, que duró ocho horas, dió el triunfo á O'Donnell; triunfo costoso, pues entre muertos, ahogados por el calor y heridos, tuvo su ejército trescientas bajas; pero importante y de suma transcendencia. La pérdida de Lucena ponia en peligro los reinos de Aragon y Valencia, entregaba al enemigo la provincia de Cuenca, y habria hecho necesario desmembrar el ejército del Norte para cubrir á Madrid, que quedaba igualmente amenazado. La victoria alcanzada por O'Donnell el 17 de Julio quebrantó el orgullo de Cabrera y reanimó al país, al paso que alentó el espíritu abatido de las tropas liberales, disponiéndolas para alcanzar nuevos laureles.

En efecto, á los pocos dias volvió á triunfar O'Donnell, batiendo á Cabrera bajo los muros del castillo de Tales, cuyos fuertes se le rindieron á discrecion.

Estos triunfos tenian doble valor por su oportunidad; pues, quebrantando el poderío de Cabrera, facilitaban el éxito de los grandes planes de pacificacion que se iban desarrollando en el Norte. Y como estaba de Dios que la causa carlista hubiera de hundirse por obra de sus mismos mantenedores, en aquellos momentos críticos proporcionaba Cabrera involuntariamente á sus contrarios los medios de obtener además un triunfo moral importante.

Los enemigos de Maroto expulsados á Francia no habian cesado de conspirar contra él desde Bayona, usando el nombre de D. Cárlos, con quien mantenian correspondencia por medio de amigos que aun permanecian á su lado. Esparciendo proclamas alarmantes, incitando á la rebelion á los jefes de algunos batallones, agitándose de mil modos, exasperaban á Maroto, que contínuamente recibia avisos de sus maquinaciones, poniéndole en el caso de reclamar una providencia enérgica para "cortar de raiz *la anarquía* de que estaban amenazados, ó de lo contrario, que se le

siempre envian contra mí generales de apellido extranjero? Borso di Carminati, Oráa, Van-Halen, O'Donnell... Vaya una cosa particular: y á fé que no faltan generales de apellido español en la Guia de forasteros de Madrid. Pero, señores, es preciso tomar lo que nos dan.»

permitiese ausentarse de las Provincias y volver á vivir tranquilo en el seno de su familia.„

Procuró D. Cárlos tranquilizar á Maroto; pero como no cesaban los trabajos de los apostólicos, vino á complicar la situacion un folleto del capuchino Fr. Antonio Casares, que pretendia una sublevacion contra aquel jefe, contando con que Arias Teijeiro y otros expulsados estaban ya en Cataluña y Aragon de acuerdo con el Conde de España y con Cabrera para libertar á su rey de la cautividad en que, segun ellos, le tenia Maroto, á quien acusaban de traicion y de otros crímenes, tratándole con los epítetos más denigrantes.

En esto fueron interceptadas y publicadas por los liberales dos cartas dirigidas á D. Cárlos, una de Teijeiro, y otra de Cabrera, que parecian confirmar aquellas inteligencias, y en las cuales le daban grandes esperanzas de un próximo triunfo *contra toda clase de enemigos*. La publicacion de estas cartas fué un golpe terrible para la causa carlista, y su contenido exasperó á Maroto de tal modo, que le obligó á exponer á D. Cárlos, que se le ponia en el caso de no poder continuar á su servicio, ó en el de procurar defenderse por cuantos medios estaban á su alcance. "Ó V. M. está de acuerdo con Teijeiro, decia por último, como cabeza principal de los expulsados, y en este caso las personas de opinion contraria á este deben ser sacrificadas, ó V. M. debe, por un soberano decreto, manifestar el desagrado de tan extraño comportamiento...„

D. Cárlos satisfizo cumplidamente á Maroto, y mandó expedir órdenes severas contra *el revolucionario Arias Teijeiro* y los demás que desobedecian sus mandatos, quebrantando el destierro, y además le comprometian tomando falsamente su nombre para sembrar la discordia entre sus heróicos defensores, etc. Pero estas medidas no impidieron que se aumentase la discordia; pues además de haber quien procurase fomentarla, eran muchos y poderosos los motivos de recelo y desconfianza.

Los planes de transaccion no podian estár ocultos, y esto bastaba para enfurecer á los obcecados partidarios del absolutismo teocrático; es decir, á los verdaderos carlistas: Maroto mismo habia comunicado su pensamiento á varios generales y otras personas allegadas á D. Cárlos, proponiéndoles las bases que él creia convenientes para negociar la paz [1], y que fueron bien acogidas por aquellos personajes: además, con la esperanza de sacar el mejor partido posible, habia dado pasos

[1] Eran estas: el casamiento del primogénito de D. Cárlos con Doña Isabel II, abdicando aquel sus derechos; restablecimiento de las antíguas Córtes por estamentos; reconocimiento de los empleos y grados militares y civiles creados en los dos campos, y la integridad de los fueros de las provincias Vascongadas.

cerca del Gobierno francés, enviando á París comisionado un ayudante suyo, que obtuvo siete audiencias del Duque de Dalmacia, ministro de Negocios extranjeros, quien manifestó en su nombre y en el de Luis Felipe serles muy agradable *l' ouverture* que se les hacia verbalmente, y apuntó las condiciones bajo las cuales habria de llegarse al acuerdo definitivo: eran estas, la abdicacion y expatriacion de D. Cárlos y su esposa; el compromiso por parte de aquel Gobierno de *obligar* á Cristina á salir inmediatamente de España, y efectuar el casamiento del príncipe de Asturias con Doña Isabel para que gobernasen colectivamente como rey y reina; el reconocimiento de todos los grados adquiridos por ambas partes beligerantes, y la conservacion de los fueros á las provincias Vascongadas y Navarra. La fatuidad francesa llevó sus pretenciones hasta el punto de imponer como condicion precisa, que Espartero declarase "*que la Francia, queriendo irrevocablemente componer las cosas de España,* él contribuiria con ella y con Maroto á dicho resultado. — Tambien los jovellanistas trabajaban rabiosamente para desacreditar al Conde de Luchana, é impedir que hiciese por sí la paz; pues habiéndose declarado enemigos de la regencia de Cristina, que tenia en el Conde su más leal y poderoso apoyo, no podian sufrir que este adquiriese con la terminacion de la guerra una preponderancia invencible; y por lo tanto, hacian todos los esfuerzos imaginables para separarle de su puesto, *no siendo extraños á la conspiracion* (segun se dijo) *Luis Felipe y su embajador en la corte de España:* por otra parte circulaban á todas las cortes extranjeras su plan de pacificacion.

Todas estas negociaciones, más ó menos desfiguradas por la intriga y la pasion de partido, llegaban á conocimiento de los apostólicos, y encendian sus iras, exaltándoles hasta el frenesí. Naturalmente D. Cárlos llegó á enterarse de lo que se trataba sin su anuencia; pero no atreviéndose á chocar con Maroto, desconfió de su hijo y le redujo al mayor aislamiento: entonces los personajes que habian prometido su apoyo al general, viéndole en una falsa posicion, se desviaron de él por temor de ser descubiertos.

Para aumentar la confusion y el desconcierto, aparte de los varios agentes que sembraban desconfianzas y promovian la discordia en el campo carlista, estaba en Bayona D. Eugenio Aviraneta, inventando y dirigiendo desde allí los más diabólicos planes. Tenia confidentes que le instruian de cuanto pasaba en los clubs ó juntas secretas que los enemigos de Maroto habian establecido en Azcoitia, Tolosa y otros puntos; los tenia en el cuartel mismo de D. Cárlos, donde entraba una señora, que

trabó gran amistad con uno de los íntimos servidores de aquel; y en Bayona ganó la confianza de un personage carlista que nada le ocultaba. Con estos elementos y su fértil ingenio, Aviraneta desbarató un proyecto de empréstito carlista de 500 millones, operacion escandalosamente usuraria, y dirigida por ingleses y franceses, que se proponian dar en tierra con nuestra escasa industria; intentó por dos veces apoderarse de D. Cárlos, y lo habria conseguido á no impedirlo la casualidad; alentó á los navarros á sublevarse contra Maroto, al mismo tiempo que en las líneas de Irun y de Andoain excitaba el entusiasmo á favor de aquel jefe y de la paz: valíase para esto de las muchachas que tenian parientes ó amigos en la faccion, y que no trabajaron sin fruto. Por último, con el profundo conocimiento que llegó á adquirir en las cosas y personas del carlismo, ideó una vasta sociedad secreta, domiciliada en Madrid, con ramificaciones en Bayona, en la Provincias y otras partes de España, figurando Maroto y sus amigos como los principales corifeos de dicha sociedad; y trazó una correspondencia seguida entre el Directorio de Madrid y el agente de Bayona, en la cual aparecia demostrada una conjuracion para derrocar á D. Cárlos y proclamar principios moderados. Nada de esto existia; todo era invencion; pero tan verosímil y adecuado á la realidad de los hechos, que podia pasar y pasó por indudable y auténtico.

Aviraneta formó de todos aquellos papeles y artificios un gran paquete, que tituló *archivo,* y se llamó despues *el Simancas,* como pudiera haberse llamado *Caja de Pandora,* y con mil trabajos y precauciones, para que no se descubriese el enredo, hizo de modo que llegase á manos de D. Cárlos, vendiéndoselo como un gran servicio.

Precisamente cuando D. Cárlos daba las más cumplidas satisfacciones á su general en jefe con motivo de las famosas cartas de Arias y Cabrera, poseía ya un índice del *archivo,* y ardia en deseos de apoderarse del archivo mismo, para convencerse de la verdad por sus propios ojos, y resultando probada la traicion, confundir á Maroto y fusilarle. Quince dias pasó en esta cruel incertidumbre, hasta que al fin le presentaron aquel objeto de sus mortales ánsias: el confidente que lo llevaba llegó á Tolosa el 5 de Agosto, y lo entregó todo al ministro de Hacienda, Marcó del Pont. Aquel dia y el siguiente permaneció D. Cárlos encerrado en su cámara con el ministro, y en la noche del 6 salieron de la ciudad tres correos de gabinete; uno para Navarra, otro para Alava, y el tercero para Vizcaya: observóse un movimiento extraordinario de las personas notables del país, y el 7 se supo que algunos habian marchado en distintas direcciones.

A las cuarenta horas, el 8 de Agosto á media noche, se sublevaba en Etulain de Ulzama el 5.° batallon de Navarra, y abandonaba el pueblo dirigiéndose á Vera: los batallones 11.° y 12.°, que estaban respectivamente en el Baztan y en Urdax, se unieron al 5.°: los insurrectos gritaban: *¡ Viva el Rey! ¡ Muera Maroto, y mueran los traidores!*

¿Quién promovió aquel alzamiento? Importa poco averíguarlo: se ha dicho que lo prepararon los liberales: el hecho cierto é indudable es que inmediatamente aparecieron al frente de los sublevados algunos apostólicos furibundos, como el presbítero D. Juan Echevarría y D. Basilio. El primero lanzó proclamas incendiarias contra Maroto y los de su partido, llamando á los voluntarios y pueblos á defender la religion, la monarquía pura y los fueros. D. Cárlos marchó hácia Vera; trató de sosegar á los revoltosos; pero fué desobedecido, y mandó reducirlos por la fuerza, diciendo en una alocucion al ejército, que esperaba contribuyese con sus armas *al exterminio de aquel gérmen de insubordinacion, cobardía y vil traicion.*„

Sin embargo, no se dió crédito á las palabras de D. Cárlos, ni sus amenazas surtieron efecto alguno, y la insurreccion siguió adelante. A los pocos dias se sublevó la division guipuzcoana de la línea de Andoain, declarándose neutral entre las querellas *del cuartel real* y *del cuartel general*, y manifestando que mientras no marchasen acordes y en perfecta union, no permitiria que entrase en aquella plaza *persona alguna interesada próximamente en ambos cuarteles.*

Era aquello la crísis suprema del carlismo que agonizaba: el partido que durante seis años habia hecho cruenta la guerra á la revolucion, perecia revolucionariamente, demostrando una vez más al mundo, que la anarquía es condicion inevitable de todos los absolutismos.

V.

El mismo dia que se sublevaron los batallones navarros, emprendió Espartero un hábil movimiento de flanco desde la línea últimamente conquistada, y el 9 de Agosto llegó tranquilamente á la capital de Álava, con asombro de los carlistas, que vieron amenazada su espalda por la carretera de Durango, teniendo que replegarse á sus líneas atrincheradas de Villareal y Arlaban. Simultáneamente Castañeda, de

acuerdo con el comandante general de Vizcaya, quedaban encargados de oponerse á cualquier amago que intentase el enemigo desde las formidables posiciones de Areta, y Leon debia operar de frente por Navarra, para caer sobre Estella.

El dia 14 salió el Duque de la Victoria del pueblo de Urbina, y despues de salvar una cortadura hecha en el puente que hay en el camino, llegó al frente de Villareal, cuyas líneas de parapetos se hallaban defendidas por cinco batallones, teniendo Maroto las demás fuerzas en los puntos de la cordillera que creyó á propósito para su defensa, y á cierta distancia seis escuadrones amagando el flanco derecho del ejército liberal. Formó el Duque sus tropas en columnas paralelas, y atacando decididamente á los enemigos, en solo una hora de fuego les arrojó de la primera y segunda línea, persiguiéndoles hasta las escarpadas eminencias de Aramayona. Los carlistas se batieron débilmente en algunos puntos, y habiendo reprendido Maroto á un batallon porque se retiraba por sí mismo, le contestaron los soldados en alta voz: "que á él le defenderían hasta la muerte; pero *no querian pelear más, puesto que se trataba de acabar la guerra.*„

Espartero estableció su cuartel general en Urbina; y Maroto, dejando su ejército á cargo del conde de Negri, marchó al encuentro de D. Cárlos, que regresaba de hacer que reprimia la insurreccion de los navarros, á cuyos jefes se habia prevenido secretamente que se mantuvieran firmes, á la vez que se procuraba comprometer en el alzamiento á la division guipuzcoana. Inmediatamente se dieron órdenes muy reservadas á Urbiztondo para que, con un batallon castellano, corriese á situarse en Mondragon: esto se hacia sin conocimiento de Maroto, quien gracias á que llevaba consigo fuerzas respetables, y á la firmeza de los guipuzcoanos en mantenerse neutrales, pudo escapar con vida del lazo que se le tendia. D. Cárlos y su general se vieron en la cuesta de Descarga, el 19 de Agosto, y conferenciaron largamente, sin que de su entrevista resultase el necesario acuerdo, y sí solo la mayor confusion y perplejidad en el ánimo de entrambos. Convencido Maroto de que habia sido decretada su muerte, partió sin embargo á Elgueta y Elorrio, pretendiendo hacer frente á Espartero, que avanzaba resueltamente hácia Durango.

Para tomar esta villa, necesitaba el Duque apoderarse antes del fuerte de San Antonio de Urquiola, y lo efectuó el dia 20 tras de un ataque vigoroso de corta duracion; pues Negri, que mandaba en aquel punto, dispuso la retirada y huyó, dejando en poder de su contrario la artillería, 40,000 cartuchos y abundancia de víveres. Al mismo tiempo, Arechavala y Castañeda triunfaban sin gran trabajo en

Aracaldo y Areta, cediéndoles el campo el general La Torre; y no quedando apenas enemigos en Vizcaya, avanzaban hácia Guipúzcoa. Por su parte Leon sostenia recios y sangrientos combates en Navarra, llevando la devastacion á los pueblos de Allo y Dicastillo, y obligando á Elío á correr desde la frontera para protejer á Estella, cuya invasion era inminente. Al aproximarse Espartero á Durango, el 22 de Agosto, la abandonaron los carlistas yendo á reunirse con Maroto en Elorrío, y el ejército liberal ocupó la villa, siendo bien acogido por sus habitantes.

Al dia siguiente, dirigió el Duque á sus soldados una brillante alocucion, recordándoles los triunfos que habian obtenido desde la batalla de Luchana, y haciendo fiel historia de las últimas operaciones militares, cuyos resultados eran la consecuencia de un plan preconcebido y felizmente ejecutado. Manifestábales el firme convencimiento en que estaba de que el enemigo seria batido, "si no se acogia á su generosidad deponiendo las armas ó sosteniendo con ellas la Constitucion, el trono de Isabel II y la regencia de su augusta madre,„ y añadia:—"Vosotros, queridos compañeros de glorias y fatigas, habeis dado un ejemplo de virtud inimitable con el habitante que se somete y espera tranquilo, fiado en la generosidad y disciplina del ejército. Todos los que obren así serán protegidos en sus personas y propiedades; pero al mismo tiempo, la rebeldía será castigada como en Allo y Dicastillo...„

El mismo dia 23, daba Maroto en Elorrío una alocucion belicosa á sus soldados, que concluia diendo:—"Nada deben imponeros las fuerzas con que se ha presentado (el enemigo): yo os prometo que desaparecerán, si atendeis solo á vuestro deber y despreciais *habladurías de los mal intencionados.* Entre nosotros no debe haber más divisa que la religion, nuestro soberano y patria: *sofóquense para siempre esas voces de transaccion que nunca puede haber, y juremos nuevamente todos morir antes que sucumbir.*„

¡Terrible situacion de Maroto! Juguete de encontrados pensamientos, su espíritu fluctuaba en un mar de confusiones, como la nave desarbolada y combatida por furiosos huracanes. "Necesitaba imperiosamente (nos dice él mismo) la voluntad general del ejército que mandaba para decidir á D. Cárlos á la transaccion;„ deseaba que este concurriese á ella y la autorizase con su presencia; le habia comunicado ya las notas que acreditaban los pasos dados por él solicitando la intervencion de Francia y de Inglaterra, y con tal motivo le habia dicho [1]: "Repito á V. M. que la guerra no se termina por medio de la fuerza entre nosotros... Los españoles todos

[1] En 4 de Agosto.

ansian el fin de guerra tan desastrosa, y *solo algunos mónstruos*, por sus fines particulares, *quisieran perpetuarla* hasta el exterminio de sus adversarios;„ estaba en tratos con Espartero hacia seis meses para llegar á una paz honrosa; y sin embargo, cuando casi todo su ejército se hallaba comprometido y aguardando una sola palabra para deponer las armas, ¡pretendia sofocar para siempre las voces de transaccion, y que todos jurasen nuevamente morir antes que sucumbir! Era que su lealtad no le permitia someterse bajo condiciones desfavorables á la causa carlista, y viéndose acusado de traicion, preferia la muerte á la deshonra.

Sin duda pensó Maroto continuar á todo trance la guerra; pues en el mismo dia oficiaba á los comandantes generales y jefes de division para que sin demora le manifestase cada uno clara y terminantemente si estaban resueltos á secundarle, y si podia contarse con las tropas; y hasta escribió en términos conciliadores á su mortal enemigo, el presbítero Echevarria, proponiéndole la union para defender la causa comun; pero ya era tarde: muchos de los jefes se hallaban comprometidos por la paz, y conocian mejor que Maroto á qué extremos llegaba el ódio inextinguible de los apostólicos. Entre otros, el general La Torre tenia tomada su resolucion, y en la noche del 24 se presentó á Espartero, decidido á concluir con aquella situacion insostenible.

Mientras La Torre daba este paso, el brigadier D. Juan Zabala conferenciaba en Elgueta con Marato, y le decidia á visitar al duque de la Victoria: la entrevista se efectuó al amanecer del 26, en la ermita de San Antolin de Abadiano, cerca de Durango: abrazáronse los dos generales enemigos, y despues de animados debates, no pudieron avenirse en la cuestion de fueros: estando acordes en todo lo demás, negóse el Duque á conceder una suspension de hostilidades, y ambos jefes se despidieron resueltos á combatir de nuevo. Pero Maroto no era ya el árbitro de la paz ó de la guerra: ¿con qué bandera se presentaria en el campo de batalla? ¿Le seguirian sus soldados, á quienes, antes de asistir á la conferencia de Abadiano, habia ofrecido la paz creyéndola segura? Tambien habia comunicado á D. Cárlos el dia anterior unas proposiciones favorables, que decia haberle sido presentadas por el enemigo, y que distaban mucho de las que este se hallaba dispuesto á suscribir.

Un grito de indignacion fué la respuesta á la comunicacion de Maroto, sobre cuya cabeza se desencadenó la más deshecha tempestad. En una alocucion á *los Voluntarios*, fechada en Villafranca el 26 de Agosto, decia el ministro de la guerra de D. Cárlos: — "Son indignas de vuestro valor las proposiciones hechas al Rey

N. S., y no es de vosotros abandonarle en manos de sus enemigos... Desengañaos: esta es la traicion más infame que han visto los nacidos. Morir primeró que sucumbir. La causa de Dios peligra y la de un rey en cuya defensa está comprometida vuestra conciencia y vuestro honor. Sois leales por carácter; sois valientes; sois héroes; y nada más tengo que deciros. Voluntarios: ¡Viva la Religion! ¡Viva el Rey!„

Al momento se pusieron en juego todos los resortes de la intriga y de la seduccion para contrariar las corrientes pacíficas que arrastraban al pueblo y al ejército: mientras por una parte se circulaban impresos belicosos y voces de traicion, y recorrian las filas agentes de D. Cárlos haciendo magníficos ofrecimientos á los jefes y soldados, por otra se tendian lazos á los principales caudillos comprometidos para atraerlos al cuartel real y pasarlos por las armas.

De pronto llegó D. Cárlos á Elgueta con gran séquito de ministros, generales y guardias: en seguida se le presentó Maroto, á quien exigió le manifestase francamente cuanto hubiese pasado con Espartero y con los agentes de Inglaterra y Francia. Satisfizo á todo el general, añadiendo que era necesario tomar una pronta resolucion, pues ni el ejército ni los pueblos querian más guerra. D. Cárlos se sonrió, y mandó á Maroto aguardar en la antecámara; pero este, recelando en vista de las precauciones que observaba, salió á prevenir á sus amigos y á la escolta que habia venido acompañándole. Llamado luego por el Príncipe, le encontró presidiendo un gran consejo, al que asistian el infante D. Sebastian y los generales Eguía y Silvestre. Se leyeron las proposiciones comunicadas por Maroto; y conviniendo todos en la gravedad de su contenido y en la necesidad de medidas urgentes, resolvió D. Cárlos revistar inmediatamente el ejército para penetrarse del verdadero espíritu de las tropas. En seguida montó á caballo, y todos le acompañaron, menos Silvestre, que se quedó en Elgueta trabajando para sublevar contra Maroto las fuerzas que allí habia: otros emisarios partieron con el mismo fin á recorrer los batallones y escuadrones, que se hallaban tendidos en las cercanías de aquella poblacion y en el camino de Elorrío.

Al presentarse D. Cárlos de gran uniforme, con su brillante séquito y escolta de guardias de corps, algunos batallones castellanos le victorearon; pero las demás tropas guardaron silencio: dirigióles una arenga, diciéndoles si le reconocian por su soberano, y si le defenderian como siempre derramando su sangre en favor de su causa y de la religion. A estas palabras y á los vivas al Rey, contestaron gritos más nutridos de ¡Viva nuestro general! ¡Viva Maroto!

Disgustado D. Cárlos, reconvino á las tropas que habian dado estas voces, diciendo que, donde él estaba, á nadie más se victoreaba. Entonces los ginetes de su escolta blandieron las espadas para embestir á Maroto por la espalda; pero no paso esta accion de un amago, y el general se previno permaneciendo á cierta distancia de la comitiva durante la revista.

D. Cárlos, turbado y balbuciente, se dirigió á los batallones guipuzcoanos, y les repitió su arenga; pero nadie le respondió una palabra, á pesar de sus instancias.—"Hijos mios, ¿nada me decís? preguntó: ¿No me habeis entendido? ¿Quereis seguirme?„ ¡Nuevo desengaño!—"Señor, tal vez no entienden el castellano,„ le dijo Maroto: en esta inteligencia, previno D. Cárlos al brigadier Iturbe que se lo explicase en vascuence, y así lo hizo el jefe carlista, gritando: "*¿Paquia naidezute, muctillac?* (¿Quereis la paz, muchachos?)—*¡Bay, Jauna!* (¡Sí, señor!)„ respondieron á una voz las tropas.—"¡Estamos vendidos!„ exclamó D. Cárlos; y se retiró precipitadamente sin querer revistar ningun otro cuerpo: sus defensores acababan de despedirle en vascuence.

VI.

El atribulado príncipe se retiró á Vergara, y Maroto bajó á Elorrío, para estar más cerca de Espartero, que no cesaba de acosarle con mensajes, y permanecia en Durango esperando que el ejército carlista se pronunciaria por la paz de un momento á otro. Con el fin de acelerar este momento deseado, el jefe liberal habia expedido una nueva alocucion, en la cual estimulaba á sus soldados á combatir, anunciándoles políticamente que las negociaciones de paz estaban rotas por culpa de su enemigo; que, sacrificando la gloria de vencedor, habia escuchado las proposiciones de sus contrarios, y ofrecido todo cuanto podia en uso de sus atribuciones y de las facultades omnímodas que le concedió el Gobierno; pero que, exigiéndosele la concesion de privilegios opuestos á la Constitucion, se habia negado á tan extrañas pretensiones. "Responsable de mantener la dignidad nacional, decia, y satisfecho de no haber omitido medio alguno de los que pudieran hermanar las diferencias, estoy resuelto á que el poder de nuestras armas acabe de probar al enemigo su necia presuncion.„

Reiteró Espartero á Maroto sus proposiciones, haciendo que se le mostrase una comunicacion del ministro de la Guerra, Alaix, por la cual estaba facultado para gastar 25 millones, en pagar los atrasos de los oficiales y tropas carlistas que concurriesen al convenio. Tambien el comodoro inglés, lord Jonh Hay, con quien Maroto habia tratado del arreglo, le ofreció una cantidad considerable, que pudiera servir de auxilio á los que, no teniendo otro recurso, se vieran en la precision de emigrar. A uno y otro contestó con dignidad el jefe carlista, que estaba decidido á transigir por el bien general de los españoles, siendo este el único interés en que, tanto él, como sus adictos, habian fijado su consideracion.

Sin embargo, Maroto desechaba las proposiciones de Espartero: queria dar, al menos, la última batalla y sucumbir con gloria; pero habia visto el espíritu de sus tropas, y en medio de su perplejidad, tomo la resolucion de pedir perdon á D. Cárlos, poniéndose á sus piés, en nombre de todos los que le acompañaban [1]. Era su ánimo no continuar más al servicio de aquel príncipe, y dejar que otros combatiesen por él, ó llevasen á cabo el convenio, cuya realizacion ya le arredraba.

Este acto de debilidad puso en guardia á los otros jefes carlistas, comprometidos tanto ó más que Maroto; y fué correspondido por D. Cárlos, enviando á decir al general, que se le permitiria marcharse con los que quisiesen acompañarle, pero sin darle ninguna garantía, y nombrando para mandar al ejército al Conde de Negri. Maroto tomaba entre tanto sus disposiciones para proseguir la guerra, proponiéndose esperar al enemigo en las posiciones de Descarga.

Espartero no aguardó más: el mismo dia 28 salió de Durango con su ejército, y marchó por Elorrío á Elgueta, de cuya fuerte posicion se apoderó sin combatir, por haberse alejado el enemigo: de igual manera entró en Vergara; y al dia siguiente se dirigió con parte de sus tropas á la villa de Oñate. Allí recibió una comunicacion de Maroto, que compelido por La Torre y otros jefes y comandantes de los cuerpos que componian las divisiones castellana, vizcaina y guipuzcoana, le manifestaba haber resuelto ajustar el tratado de paz. Inmediatamente le contestó Espartero, mostrándose satisfecho y dispuesto á terminar el arreglo, á pesar de que no se mencionaban las divisiones alavesa y navarra. Llevaron la contestacion,

[1] Por medio de esta exposicion:—«Señor: Al ponerme á L. R. P. de V. M., como lo ejecuto á nombre de todos los que me acompañan, me atreveré á decir á V. M. que nunca es más grande un monarca, que cuando perdona las faltas de sus vasallos. D. Eustaquio Laso presentará á V. M. los sentimientos de mi corazon, para que se digne dirigirme las órdenes que fueren de su soberano agrado.—Dios guarde á V. M. muchos años.—Elgueta 27 de Agosto de 1839.—Señor: A L. R. P. de V. M.—*Rafael Maroto.*»

á media noche, los brigadieres D. Juan Zabala y D. Francisco Linage; y al recibirla Maroto, y enterarse de las bases que se le incluian, manifestó que eran de todo punto inadmisibles. No participaban de su opinion los demás jefes carlistas, y fraternizando con los dos emisarios liberales, resolvieron marchar juntos á Oñate, como á una romería, deseosos de poner término á aquella situacion calamitosa, manantial perenne de discordias, de íntrigas y sobresaltos. Alegres partieron de Villareal de Zumárraga los generales La Torre y Urbiztondo, el brigadier Iturbe, los coroneles Toledo y Linares, y el auditor de guerra Lafuente, que habian sido indicados para ajustar la paz por el mismo Maroto, en su comunicacion á Espartero; y cordialmente recibidos en el campo liberal, se les dispuso un almuerzo, durante el cual se discutieron y sentaron las bases del convenio, que se concluyó en Oñate, sin consignar el punto ni la fecha, y se llamó de Vergara por haber sido ratificado en esta villa el 31 de Agosto.

Maroto quedó solo en Villareal; solo y abismado en un profundo estupor: él habia preparado los acontecimientos que presenciaba, y al querer detenerlos, se veia atropellado por ellos, impotente para oponerse á un acto que reprobaba, y en el cual, á pesar suyo, la Historia no podria menos de consignar su nombre. Arrastrado por la fuerza de las circunstancias, tenia que consentir en lo que no habia pensado; y exigiendo el consentimiento de los demás jefes, como lo exigió por escrito, se consideró moralmente excluido del convenio: así es que no quiso firmarlo, y le sobraba razon para obrar así.

Lo que Maroto deseaba era una *transaccion;* y por más que se haya dicho y repetido esta palabra, el convenio de Vergara no fué una transaccion, sino una *capitulacion honrosa* [1], en la que depusieron las armas y los odios de partido, con el noble propósito de dar la paz á su patria, los que ya no tenian fé en D. Cárlos, ni menos en los principios que este representaba. La transaccion además era imposible, á no ser que se suponga la posibilidad de hermanar el absolutismo con la libertad; la monarquía de derecho divino, con la monarquía de derecho humano: entre ambos sistemas no cabe conciliacion ni avenencia. Por eso los verdaderos carlistas, los partidarios decididos del poder absoluto, ni capitularon, ni transigieron; y abandonando el país juntamente con D. Cárlos, ó permaneciendo en él fieles á su bandera, no han cesado de ser una protesta viva de aquel convenio, un elemento constante de perturbacion moral y un estorbo para la consolidacion de la paz pú-

[1] Véanse los artículos del Convenio, en el documento núm. 10.

blica. Intransigente por naturaleza, ese partido es hoy el mismo que era en 1839, en 1823 y en 1814, y como entonces, lleva en sí el fómes de la discordia, que en cada una de sus evoluciones periódicas, le agita vigorosamente y expele de su seno los miembros contaminados por el roce de la civilizacion moderna.

El absolutismo fué vencido en Vergara, triunfando en su lugar, sin restricciones, la causa de la monarquía constitucional: así lo declaran los manifiestos de Espartero, de Maroto y del mismo D. Cárlos, antes y despues del célebre convenio: para impedir su realizacion, decia el último, en 30 de Agosto desde Lecumberri, á los pueblos de Navarra y provincias Vascongadas:—"*Rey y señor vuestro por el derecho que Dios se dignó concederme con la vida*, acepté la guerra... y esta guerra, que empezásteis con una decision sin ejemplo,... *no es solamente una guerra de sucesion, sino de principios.* No solo sosteneis con ella mis derechos á la corona, sino tambien los vuestros á la inviolabilidad de la religion santa y de los fueros venerandos de vuestros padres...„ Recuerda la proclama dada por Espartero en Durango el 23 de aquel mes, en que amenazó batir al enemigo, si no se acogia á su generosidad, deponiendo las armas, *ó defendiendo con ellas la Constitucion*, y añade: "¿Es esta la paz con que os han halagado, y quereis que vuestros sacrificios heróicos de seis años rematen en la vergüenza de *rendiros sin combatir á discrecion del enemigo?*„

En efecto, así era: se rendian á discrecion, arrojándose en los brazos de un enemigo generoso, fiándose unos en la palabra de los otros, sin pacto alguno especial, sin ninguna garantía; y esto prueba que abandonaban para siempre la defensa de unos principios desechados por su conciencia.

Maroto, en medio de sus vacilaciones, decia en una proclama de la misma fecha:—"Nadie más entusiasta que yo para sostener los derechos al trono de las Españas en favor del señor D. Cárlos María Isidro de Borbon, cuando me pronuncié; pero *ninguno más convencido*, por la experiencia de multitud de acontecimientos, *de que jamás podria este príncipe hacer la felicidad de mi patria, único estímulo de mi corazon;* y por lo tanto, unido al sentimiento de los jefes militares de Vizcaya, Guipúzcoa, castellanos y de algunos otros, he convenido, para poner término á una guerra desoladora, que se haga la paz; la paz tan deseada por todos, segun pública y reservadamente se me ha hecho conocer...„

Grandes fueron los esfuerzos de D. Cárlos y sus allegados para impedir á última hora que acudiesen á Vergara los convenidos: algunos vacilaron, y otros, como Iturbe, á pesar de haber sido el primero que puso su firma en el convenio, quisie-

ron retroceder. Sin embargo, á las doce del dia 31 de Agosto estaban en Vergara cinco batallones, dos escuadrones y una batería de la division castellana; tres batallones y cuatro compañías con un escuadron de la guipuzcoana, y ocho batallones con cuatro piezas de la vizcaina. Tambien estaba allí Maroto, cabizbajo, receloso de todos y de todo, hasta el punto de haber dicho al coronel Wylde, que, "por lo que pudiera ocurrir, se acogia al pabellon inglés." Formadas aquellas fuerzas entre dos divisiones liberales, y en presencia de multitud de curiosos que coronaban las alturas, les arengó Espartero con el lenguaje del corazon, haciendo sentir á todos la grandeza de aquel acto: manifestóles que la Reina, la Patria, los españoles todos mirarian con aprecio y gratitud un suceso tan glorioso en su esencia, como fecundo en bienes; que un ósculo de paz y de fraternidad ponia fin á la sangrienta guerra, echando un velo impenetrable sobre lo pasado; que ya no habia más que hermanos; hermanos que se amaban, y debieron haber estado siempre unidos: no más muertes, no más sangre, no más resentimientos: cesen las lágrimas de las familias, y suceda al dolor el regocijo. *Yo tambien bailaré un zorzico con vosotros,* dijo á los vizcainos, y el sentimiento embargó su voz; y la efusion de su alma, comunicándose á aquellos hombres curtidos en las batallas, les hizo verter lágrimas de alegría. Profundamente conmovido, abrazó á Maroto; las tropas formaron pabellones, y todos, jefes y soldados se abrazaron. La muchedumbre de mujeres, ancianos y niños, que presenciaban aquella magnífica escena, corrió á mezclarse entre ambos ejércitos ya confundidos en uno, participando del comun contento, y ofreciendo á todos indistintamente viandas y bebidas.

España entera celebró á los pocos dias con delirante júbilo el abrazo de Vergara, y de todas partes recibió Espartero las más cordiales y fervientes felicitaciones por aquella gran victoria, que le hacia superior á todos los conquistadores de la tierra; pues triunfaba de sus enemigos, venciéndose á sí mismo, y renunciando á la gloria del vencedor en aras de la paz y de la felicidad de la patria. Los carlistas mismos participaban así de aquel triunfo, tanto más glorioso, cuanto que solo á españoles se debia, sin la intervencion de extranjeros.

Repartiéronse las pagas á los jefes y oficiales carlistas, y un duro á cada soldado. Para esto y otras atenciones del momento, habia pedido Espartero al Gobierno con urgencia seis millones de reales: ni los tenia el Gobierno, ni era fácil reunirlos con la perentoriedad que el caso reclamaba: presentóse Alaix con la carta de Espartero á la reina Cristina, y esta señora mandó en seguida á su tesorero Gaviria

entregar aquella cantidad, diciendo que para conseguir la paz y la union de los españoles, no seis millones, sino cuanto tenia, y *hasta su camisa* daria gustosa.

Espartero anunció la paz á los pueblos vascongados y navarros en una proclama notable que, entre otras cosas, decia:

..."Contemplad, vascongados y navarros, vuestra presente situacion: comparadla con la felicidad que disfrutábais en otros tiempos, y no podreis menos de confesar que el azote de tan sangrienta lucha cambió el bien por el mal, el sosiego por la zozobra, las costumbres pacíficas de vuestros mayores por un deseo de exterminio, la ventura por todas las desgracias. ¿Y contra quién y por quién se ha hecho la guerra? Contra españoles por españoles, contra hermanos por hermanos.

"Vosotros fuísteis sorprendidos. Se os hizo creer en un principio que los defensores de Isabel II atentaban contra la religion de nuestros padres; y los ministros del Altísimo que deberian haber cumplido la ley del Evangelio y su mision de proclamar la paz, cuidando de aunar las conciencias, fueron los primeros que trabajaron para encender esa guerra intestina, que ha desmoralizado los pueblos donde las virtudes tenian su asiento...

"Ya sé que los pueblos están desengañados; que en su corazon sienten estas verdades, y que aman y desean la paz á todo trance. La paz ha sido proclamada por mí en Álava, Vizcaya y Guipuzcoa, y esta palabra dulce y consoladora ha sido acogida con entusiasmo y victoreada con enardecimiento... Los campos de Vergara acaban de ser teatro de la fraternal union. Aquí se han reconciliado los españoles... Aquí el ósculo de paz y la incorporacion de las contrarias fuerzas, formando una sola masa y un solo sentimiento, han sido el principio que ha de asegurar para siempre *la union de todos los españoles bajo la bandera de Isabel II, de la Constitucion de la monarquía, y de la regencia de la madre del pueblo, la inmortal Cristina.* Aquí se ha ratificado un convenio... que abraza los intereses de todos, y que aleja el rencor, la animosidad y el vértigo de venganza por anteriores extravios. Todo por él debe olvidarse: todo por él debe ceder generosamente ante las aras de la Patria...„

Faltaban algunos batallones guipuzcoanos, que no habian querido aceptar el convenio; pero luego se acogieron á él, abandonando la línea de Andoain, y presentándose espontáneamente en Vergara el 4 de Setiembre.

Aguardó Espartero hasta el 7 la presentacion de los alaveses y navarros; y no habiéndolo efectuado ningun cuerpo en este tiempo, marchó el 8 á Tolosa, y de allí á Lecumberri, en persecucion de D. Cárlos, que, vagando sin sosiego por Navarra,

se retiró hácia Elizondo con las escasas fuerzas que pudo reunir. Combinó el Duque las suyas para penetrar con tres columnas en el Baztan, donde no quedaba á su contrario más alternativa que sucumbir ó refugiarse en Francia; y habiendo dado antes al general Piquero la órden de bloquear el castillo de Guevara con las tropas de Álava; á Castañeda la de entrar con su division en la Borunda, y á las fuerzas de Guipúzcoa la de operar por la parte de Lesaca, impidiendo á la vez que los carlistas pudieran correrse hácia Aragon, se dirigió á Santistéban, donde recibió aviso de que el Pretendiente se hallaba en Urdax. En este punto le alcanzó Espartero el dia 14, faltando poco para que se apoderase de su persona. Los batallones que acompañaban á D. Cárlos hicieron frente á su enemigo, dando tiempo á que aquel pasase la frontera; mas fueron derrotados, y habrian perecido, á no ser por la generosidad de Espartero, que al ver á los carlistas correr precipitadamente, atropellándose unos á otros para pasar el puente del Bidasoa, mandó cesar el fuego. Las tropas francesas, que al otro lado de la línea presenciaban la accion, quedaron admiradas de tanta nobleza, y el general que las mandaba no pudo menos de preguntar luego al español, cómo era que habia hecho parar el fuego en el momento más crítico.

—"Son españoles y huyen, le contestó Espartero: ¿qué habria ganado con matar algunos centenares?"

Con D. Cárlos, su familia y comitiva, entraron en Francia unos 3,500 hombres, que fueron desarmados por las autoridades francesas, entregándose á Espartero las armas y los caballos. La division de Guipúzcoa obligó á pasar la raya por Oleta á otros 2,000 carlistas, con los cuales iba el cura Echevarria, y que tambien fueron desarmados en San Juan de Luz.

Sucesivamente se rindieron los fuertes de las dos Hermanas, plaza de Estella, Borda de Iñigo y el castillo de Guevara, este último con catorce piezas de artillería, un parque abundante y víveres para alimentar más de tres meses á su guarnicion.

El 25 de Setiembre reinaba la paz más completa en las provincias Vascongadas y Navarra, y el 30 del mismo mes salia de Logroño, camino de Zaragoza, el Duque de la Victoria, resuelto á concluir la obra gloriosa de la pacificacion de España, bajo tan felices auspicios comenzada.

CAPÍTULO XII.

Fin de una guerra y principio de otra.

SUMARIO.—Breve ojeada política.—Incendio de Moyá.—Horrible asesinato del Conde de España.—Acciones de Biosca y Casa-Llovera, en las que gana Prim el grado de coronel.—Intrigas de los partidos.—Manifiesto de Espartero desde el Más de las Matas.—Dimision del general Valdés, á quien reemplaza D. Antonio Van-Halen.—Vuelve Prim á distinguirse en los campos de Peracamps.—Córtes moderadas: tendencias reaccionarias: importantes debates.—Brillante y decisiva campaña de Espartero en el Maestrazgo.—Ultimas operaciones en Cataluña y conclusion de la guerra civil.

I.

Mucho contribuyó con sus esfuerzos el ministerio Castro-Arrazola á facilitar la terminacion de la guerra en las provincias del Norte; y entre las medidas que necesitó adoptar para conseguir tan feliz resultado, no fué la menos eficaz la clausura de las Córtes, cuyos elementos discordes imposibilitaban su propia marcha y la del Gobierno. Constituido este, segun dijimos, bajo el principio de la conciliacion de los partidos liberales, pero sin que fuese posible realizar la alianza propuesta por Istúriz, fué acogido con frialdad por la mayoría de las Córtes, compuesta de moderados y absolutistas, y con desagrado por la minoría, igualmente dividida en exaltados y demócratas. Estas fracciones se hostilizaban entre sí, no dando treguas á sus estériles disputas sino para hostilizar al Ministerio, el cual, firme en su propósito de no inclinarse hácia ninguno de los extremos, y de ocuparse con preferencia á todo en impulsar la guerra hasta obtener la victoria y la paz por cuantos medios estuviesen á su alcance, resolvió desembarazarse de las tareas parlamentarias, que ningun bien producian á la nacion en aquellas circunstancias. Vióse entonces el espectáculo raro de suspender primero, y disolver luego (en 1.° de Junio) unas Córtes, en las cuales

tenia el Ministerio mayoría, produciéndose por esta causa una modificacion ministerial, que vino á reforzar el gabinete con elementos moderados.

Permaneció, sin embargo, en el poder Alaix, asociado á Perez de Castro y Arrazola, y el Ministerio reformado continuó observando la política de conciliacion anteriormente iniciada: convocó nuevas Córtes para el 1.° de Setiembre; procedió con extricta legalidad en las elecciones, y los moderados, no viéndose preferidos por el gabinete, tomaron poca parte en ellas: triunfó el partido contrario, eligiendo por primera vez á Cortina, Luzuriaga, general Serrano y otros, y se mostró intransigente eliminando del Congreso á casi todos los diputados de la minoría moderada, que quedó reducida á siete ú ocho individuos.

No se hallaba constituido el Congreso, cuando, el 3 de Setiembre, leyó el ministro de la Guerra, Alaix, el parte del Convenio de Vergara. Olózaga, tomó en seguida la palabra, y con elocuente é intencionada frase, manifestó que, aun cuando en aquella situacion no se podia proponer ni adoptar resolucion alguna, tampoco era posible á los electos diputados, como españoles, pasar en silencio el placer que les causaba *ver reconocido el gobierno constitucional* por los que hasta entonces tan tenazmente lo habian combatido; que en tales circunstancias, podrian proponerse acelerar el momento en que se constituyera el Congreso, y declarar desde luego, "que el primer acto del Congreso constituido será en honor de los que han contribuido á un resultado tan satisfactorio, *si se mantiene, como es debido, el gobierno constitucional en toda su pureza.*„

—"Si señor, en toda su pureza, en toda su pureza completa,„ contestó Alaix.

—"Bien, prosiguió Olózaga: Bien; yo no lo dudaba: *así es preciso,* y así sucederá sin duda. Señores, el primer acto del Congreso en cuanto se halle constituido, debe ser el de premiar á los que hayan contribuido á este resultado, tan feliz y tan verdaderamente glorioso, *obtenido por españoles;* lo cual será una prenda segura de nuestros sinceros deseos en favor de la paz, á que es tan acreedora la nacion española, *y á que contribuiremos todos, consolidando la Constitucion de 1837, el trono de Isabel II y la regencia de su augusta madre.*„

A pesar de la intencion que revelaban estas palabras, produjeron un efecto inmenso; el conde de las Navas gritó: *¡ Viva Isabel II y la Constitucion!* El Congreso entero y las tribunas repitieron aquellas aclamaciones; los diputados se abrazaron unos á otros, y hasta los ministros participaron de un entusiasmo que no podia menos de ser sincero en aquellos momentos.

Con mayor efusion se repitió esta escena el 7 de Octubre, pero ya no habia entre muchos de sus actores la misma sinceridad. El Gobierno habia presentado á las Córtes un proyecto de ley confirmando los fueros de las provincias Vascongadas y Navarra, sin perjuicio de proponer, tan pronto como la oportunidad lo permitiese, y oyendo antes á las provincias interesadas, aquella modificacion de los fueros que creyese indispensable para conciliar el interés de las mismas con el general de la nacion y con la Constitucion política de la monarquía.

Motivo de apasionados debates fué aquella proposicion de ley, por suponerse al Ministerio y particularmente al ministro de Gracia y Justicia, Arrazola, segundas intenciones, contrarias á la ley fundamental. Presentóse una enmienda que admitia el restablecimiento de los fueros, en cuanto no se opusiesen á la Constitucion y la unidad de la monarquía: esta enmienda era la expresion fiel del espíritu del Congreso: Arrazola, que en la sala de columnas habia dicho que la aceptaba, la rechazó en el salon. Acaloráronse entonces los ánimos hasta el punto de que se pensase en pedir la lectura del juramento prestado por la Gobernadora dos años antes; se condenó enérgicamente el modo antiparlamentario como estaba constituido el gabinete; se hicieron cargos por la suspension y disolucion de las anteriores Córtes y por los proyectos de ley sobre libertad de imprenta, ayuntamientos y otros, anunciados en el discurso de la Corona, con tendencias á mermar las libertades públicas; y cuando más arreciaba la tempestad, vino á calmarla Olózaga, dando al debate un giro inesperado. Habló de la grande obra de la pacificacion de España; dijo que se debia á Espartero, cabiéndole una parte al ministro de la Guerra, que con su incansable actividad le habia proporcionado armas, municiones y cuanto era necesario; y concluyó manifestando que, si para conseguir la paz era necesario que los ministros continuaran ocupando sus puestos, él no solo no les haria ningun cargo, sino que les prestaria su apoyo y estaria á su lado.

"Lo creo así," contestó el ministro de la Guerra.

"Puede el Gobierno creerme, replicó Olózaga: lo digo de buena fé."

"El ministro lo cree así: cree sinceramente á S. S.," repitió Alaix. Y llamado al órden, añadió: "Señores, yo no estoy muy diestro en estas prácticas: hay movimientos del corazon que no se pueden reprimir..."

Al pronunciar el Ministro estas palabras, se dirigió hácia Olózaga, que tambien saltó de su asiento, y encontrándose ambos junto al sillon del Presidente, se dieron las manos y se abrazaron con efusion, exclamando Alaix:—"¡Este es el abrazo de Vergara!"

Arrebatado el Congreso y el numeroso público de las tribunas por aquel espectáculo conmovedor, prorumpieron en estrepitosos aplausos y repetidos vivas á la union, á la Constitucion, al Congreso, etc.; y animados todos los diputados del espíritu de reconciliacion, imitaron el ejemplo, abrazándose mútuamente y derramando lágrimas de alegría, mientras el público continuaba expresando su entusiasmo. Solo Arrazola y Benavides, abrazados por sus más decididos adversarios, no abrazaron á nadie, porque sin duda consideraban aquellas manifestaciones como desahogos pasajeros de una expansion sin consecuencias.

Al cabo de un cuarto de hora que duró aquella escena, y cuando pudo restablecerse el silencio, dijo el Presidente, Calatrava, profundamente conmovido:

"Este dia me recompensa de treinta años de trabajos y padecimientos. Ahora es cuando me glorío de ser español: yo felicito al Congreso, yo felicito á la nacion por el grandioso espectáculo que acaban de dar sus representantes. Son españoles: españoles eran tambien los que en los campos de Vergara, despues de seis años de una lucha fratricida... depusieron las armas y se abrazaron... Españoles son tambien los que ahora, con sangre española, en el calor de uno de los debates más empeñados que he visto, en la mayor irritacion de los ánimos, deponen una cosa, que es acaso más que deponer las armas: deponen las pasiones, se calman, se sobreponen á su misma conviccion; y á los dulces nombres de union y paz, se abrazan y ponen de acuerdo. Señores, repito, este momento premia para mí cuanto he padecido. Este momento me hace envanecerme de ser español... y esto tambien será una leccion para los que en Europa nos creen no merecedores de la libertad, ó poco preparados á ella."

El Gobierno varió la redaccion del proyecto de ley, permitiendo que en él se fundiera la enmienda, y puesto á votacion, fué aprobado por unanimidad. Al publicarse el resultado de la votacion, hubo grandes aclamaciones: la multitud esperó á Olózaga á las puertas del Congreso, y le llevó en hombros á su casa, y el país entero felicitó á los diputados por la sesion del 7 de Octubre.

El país entero se engañó: la concordia entre moderados y exaltados (ó progresistas, como por este tiempo comenzó á llamárseles) no podia ser duradera: para que lo fuese, habria sido necesario que los primeros se resignasen á entregar el mando á los segundos, ó al menos estuviesen dispuestos á gobernar segun sus principios; ó bien que estos últimos, con una inmensa mayoría en las Córtes, renunciasen á ocupar el poder, que de derecho les correspondia. Pero ni unos ni otros, salvas excepciones, se hallaban en esta disposicion.

Querian los moderados perpetuarse en el gobierno, y aspiraban á él los progresistas: querian estos el desarrollo de los principios liberales, consignados en la Constitucion; proponíanse aquellos restringirlos. Habia exageracion en las fracciones extremas de ambos bandos, cuyas tendencias, diametralmente opuestas é igualmente subversivas, justificaban las mútuas desconfianzas. Iban los unos al restablecimiento del absolutismo: impulsados los otros por elementos extraños, de probidad política dudosa, parecian caminar á la anarquía.

Para los exagerados de los dos partidos era una rémora el Duque de la Victoria, campeon decidido de la Constitucion y de la Reina, de la legalidad y de la concordia: por esto querian deshacerse de él, no pudiendo subordinarle á sus respectivas miras. Ya hemos hablado de los jovellanistas: muchos progresistas, ó que así se llamaban, vieron con disgusto la reconciliacion del 7 de Octubre, recelando que fuese el principio de una apostasía por parte de la mayoría del Congreso; pero les tranquilizaron varios diputados, diciendo que no eran de temer las consecuencias de aquel acto; porque tan pronto como el general Espartero concluyese de sujetar á los carlistas, se presentaria en las Córtes una acusacion que ya tenian formulada contra él, *por el crímen de traicion*, en razon de haber permitido fugarse á D. Cárlos, habiendo podido cogerle (lo cual era falso); y que en desembarazándose de la influencia de Espartero, todo podria variarse á voluntad de las Córtes [1].„

Comenzaba á figurar por este tiempo en la política, y entre los mayores enemigos de Espartero, de la libertad y del órden, un hombre funesto, calamitoso para España y para todos los partidos en que sucesivamente ha militado; genio del mal, cuyo talento y capacidad vastísima corrian parejas con su descreimiento y su cinismo; dotado de fácil palabra, sin fé en ningun principio, elocuente y arrebatador en la defensa de cualquier tema, incisivo y procaz en el ataque; gran cabeza y corazon vacío: tal era D. Luis Gonzalez Brabo, que muy jóven aun, se habia dado á conocer, bajo el pseudónimo de *Ibrahin Clarete*, en un periódico de triste memoria, titulado *El Guirigay*. El Gobierno habia tenido que suspender la publicacion de este periódico por un artículo violento contra la Reina gobernadora, en el que se faltaba á todas las consideraciones sociales y hasta á las reglas de urbanidad; y Espartero felicitó al Gobierno, como lo hicieron casi todos los cuerpos del Ejército, por la

[1] Carta muy reservada, escrita á Espartero por un progresista de Zaragoza, en 21 de Octubre de 1839, y publicada por el señor Pirala en su *Historia de la guerra civil*, tomo V.

suspension de *El Guirigay*, que creia redactado por enemigos de la libertad, vista la complacencia con que los boletines carlistas reproducian sus artículos [1].

Gonzalez Brabo se hallaba afiliado en el partido revolucionario, y era miembro, si no el alma, de un club progresista, que se reunia frente á la iglesia de San Sebastian en Madrid: por su conducto, el club tenia relaciones reservadas con uno de los ministros, de quien pensaban servirse como instrumento para derrocar el gabinete y apoderarse del gobierno. A este fin, antes de la reunion de las Córtes, y en cuanto se supo el resultado de las elecciones, formáronse planes descabellados, que ningun liberal de buena fé debió prohijar, bastando el más mediano talento, no oscurecido por la pasion política, para conocer que tales planes eran inícuos y liberticidas. Tratábase de intimidar á la Reina gobernadora para imponerle una modificacion del ministerio, haciendo entrar en él á progresistas de opiniones templadas, como Gonzalez, Zumalacarregui, Olózaga, etc. Se conferiria á Calatrava la presidencia del Congreso, como en efecto sucedió, para que en seguida pasase á la del Consejo de ministros.—Si no caia el gabinete, apenas se abriesen las Córtes, se formaria "un plan de ataque contínuo contra el Ministerio, multiplicando las acusaciones, los votos de censura, y la poderosa arma de infraccion de la ley de imprenta con motivo de la supresion del *Guirigay*."

"Lograda la primera idea de modificar el Ministerio, se procederia á despedir á los que hubiesen quedado, y en seguida á deponer á Espartero. Para ello se le desconceptuaria para con el público por medio de la prensa; se le acriminaria en el Congreso y se declamaria contra su conducta; se le imputaria la expatriacion de dos generales patriotas (Córdoba y Narvaez), la caida del partido liberal cuando se cometió el atentado de Aravaca, la duracion de la guerra civil por su sistema sospechoso de inaccion; se hablaria de su oculto plan de dictadura, y al fin se decretaria su separacion, sujetándole á formacion de causa..." Derribado que fuese el *Dictador*, se confiaria el mando de las tropas á Rodil y otros generales patriotas, llamando al instante á Córdoba y á Narvaez, y atrayendo á todos los de la reserva

[1] Sirva de muestra un trozo de aquellos artículos ó *cencerradas*:

«La justicia de los pueblos no avisa, es como la de Dios: cae sobre los criminales, cuando menos lo piensan; es el rayo que abrasa, es el volcan que estalla, es el torrente que inunda, es la devastacion, el incendio, la ruina que pasa por Gomorra y Sodoma, y en vez de ciudades riquísimas, de palacios y jardines, deja lagos de betun hirviente y una nube pestífera que sirve de epitafio al vicio y de ejemplar eterno á los apóstatas.—Poesía y embuste.—Verdad eterna.—Pues yo á mis talegas me atengo.—Y yo á mi pluma y á mi fusil.—Hay cañones.—Esa es la última respuesta de los tiranos y la señal de su ruina, porque el pueblo tiene piedras en las calles.—El pueblo huye.—Y tambien triunfa.—Alguna vez; muy rara.—Esa vale por todas.»

quejosos de Espartero.—Tras de esto se procuraria desacreditar á Cristina por medio de la prensa, hablando de su debilidad característica, de la camarilla, de extravíos de alhajas, etc., para venir á parar en decir que S. M. necesitaba adjuntos á la regencia; "que esto ya lo hubiera pedido mucho tiempo antes, si no estuviese sojuzgada por las pandillas de Jovellanistas y *Ayacuchos*[1]. "Por último,„ se llevaria adelante el proyecto de anular la influencia del clero, *condenándolo á indigencia perpétua*, se perseguirian los restos de la nobleza, se suprimiria el Senado y se declararia el Congreso *Convencion nacional*, dando principio á una revolucion espantosa.„

En vista de estos antecedentes, que no ignoraba el Gobierno, júzguese si era posible la reconciliacion de moderados y progresistas, tan ruidosamente proclamada. Comenzaron las Córtes sus tareas, y comenzó desde luego á desplegar sus brios la oposicion de una manera violenta. La mayoría estaba, sin embargo, en su lugar: la contestacion al discurso de la Corona, objeto de aquellos destemplados debates, no contenia nada que no debiese ser aceptado por un ministerio sinceramente constitucional: si este la rechazaba, si era vencido, parlamentariamente le correspondia retirarse. La crísis estalló al fin en el seno mismo del gabinete; y en un consejo presidido por la Gobernadora, opinó Alaix por la retirada de los ministros, y Arrazola por la disolucion de las Córtes: todos hicieron dimision, y la Reina, mal aconsejada, solo aceptó la de Alaix, único representante de la mayoría. Esta recogió el guante que se le arrojaba á la cara, firmando todos sus miembros una proposicion, para que el Congreso declarase que los españoles no estaban obligados á pagar contribuciones, arbitrios ni otros impuestos, no votados ó autorizados por las Córtes, segun el artículo 73 de la Constitucion: el Congreso la aprobó por 75 votos contra tres.

Inmediatamente subió á la tribuna el general D. Francisco Narvaez, nuevo ministro de la Guerra, y leyó el decreto de suspension de las Córtes, que á los quince dias, el 18 de Noviembre, fueron disueltas. Entre tanto se reorganizó el gabinete, entrando en Gobernacion D. Saturnino Calderon Collantes, y en Marina D. Manuel Montes de Oca.

[1] Con esta denominacion se designaba á los militares que, sirviendo en América, asistieron á la capitulacion de Ayacucho, á consecuencia de la cual quedó el Perú por los insurgentes y perdido para España: entre estos militares se incluia á Espartero indebidamente. La batalla de Ayacucho se dió á fines de 1824 y la perdió el general Canterac. Espartero habia salido de Quilca, el 5 de Junio de aquel año, con una comision del Virey; llegó á Madrid el 12 de Octubre; regresó en Diciembre, y no arribó á las costas del Perú hasta el 4 de Mayo de 1825, en cuya fecha, dueños ya los insurgentes del país, fué hecho prisionero por las tropas de Bolívar. Era entonces brigadier y jefe de E. M. del ejército de operaciones del Sur del Perú.

El partido moderado estaba servido: por complacerle, ó siguiendo el impulso de sus propias inclinaciones, la reina Cristina faltaba á los deberes que le imponia el régimen constitucional, cometiendo un nuevo y flagrante abuso de la régia prerogativa. Es verdad que existian planes trastornadores: pero ¿se les conjuraba acaso provocando la revolucion? ¿Eran tampoco imputables á un partido que hasta entonces permanecia dentro de la esfera legal? ¿Se pretendia desarmarle poniendo de su parte toda la razon, arrojándolo á mano airada de las Córtes, donde representaba legalmente la voluntad del país?—Si esto se pretendia, los que aconsejaron la disolucion no previeron las graves consecuencias de aquel acto. Arrazola, creyendo servir bien á la Corona; Perez de Castro, siendo el cco de Viluma y Ofalia; todos los ministros, inspirados de unos mismos sentimientos, se aprestaron á plantear una política enérgica, decididos á "lanzar á toda costa de las avenidas del poder al partido progresista, procurando que quedase vencido en las futuras elecciones,„ para lo cual pensaban contar con el apoyo del general Espartero. Ya veremos despues lo que hizo el Duque de la Victoria.

Entre tanto, la mayoría del país, que veia desconocidas las prácticas parlamentarias, rotos los juramentos de cumplir y hacer cumplir la ley fundamental, y convertida la Corona en escudo de un partido, se preparó desde aquel momento á dar por nulo cuanto se emprendiese por vias tan tortuosas. Y era que nada sólido podia edificarse sobre el quebrantamiento de los pactos políticos, solemnemente jurados; pues en el tribunal de la conciencia pública, no hay apelacion que justifique tales infracciones, y todos los actos que de ellas emanan llevan consigo el vicio de nulidad.

Sedientos como estaban los españoles de paz y de concordia, de órden y de justicia, bastaba solo haber hecho públicos los planes de los sediciosos, para reducirlos á la impotencia y fortalecer el poder supremo. Desviándose este de la línea recta y apoyándose á todo trance en el exclusivismo de un partido, no hacia más que debilitarse, atizar la discordia, y conducir á la sociedad al borde de un precipicio.

Pero suspendamos aquí la relacion de los acontecimientos políticos, para referir lo que por este mismo tiempo sucedia en el ya reducido teatro de la guerra.

II.

La noticia del convenio de Vergara no desalentó á los carlistas de Cataluña; pero sí á su jefe, que con la experiencia de los años, comprendió desde luego cuán difícil, si no imposible, seria ya el triunfo de su causa. Claramente lo manifestó el Conde á sus colegas de la Junta de Berga, diciéndoles que, en cuanto Espartero les fuese á visitar, tendrian que andar ligeros; y que no sirviendo él por su edad y sus achaques para la guerra de montaña, entregaria el mando al de mayor graduacion, y se retiraria al valle de Andorra, hasta ver el final.

Otra cosa desalentaba más al Conde de España: el saber que era odiado, que se conspiraba contra su vida, y que en vista de su comportamiento desatentado y tiránico, se le creia traidor. Los incendios de Olban y de Gironella, y las mil tropelias ejecutadas por él en las personas y en los bienes de los carlistas, no eran títulos para que se le mirase como amigo; y habiendo mediado además avisos y confidencias, por los cuales se persuadió á la Junta que el Conde pensaba hacer lo que Maroto en las Provincias, se le tuvo ya en el concepto de enemigo, y se pidió su separacion del mando.

A mediados de Setiembre marchó Burjó con seis batallones contra Camprodon, sitió esta villa, la combatió con artillería, pero no pudo rendir á sus defensores. El general Valdés, que se hallaba en Vallfogona, corrió al encuentro de su enemigo, y le obligó á internarse en las montañas.

El campo de Tarragona, las orillas del Ebro y del Segre y otros muchos puntos eran teatro de las hazañas y correrías de varias partidas y columnas capitaneadas por Ibañez y demás jefes carlistas, que ponian en contínua consternacion á los pueblos con sus robos, incendios y atropellos, sin que las más de las veces fuera posible hacerles frente por la escasez de fuerzas y de recursos á que se hallaba reducido el general Valdés. El ejército liberal de operaciones en Cataluña no excedia mucho de nueve mil hombres; y siendo el presupuesto militar de ocho millones de reales, debia ser cubierto con las rentas del Principado, que solo ascendian á seis millones. Las fuerzas enemigas eran dobles en número, y se acrecentaban diariamente con el ingreso de no pocos navarros, que pasaban la frontera. En situacion tan apurada,

recurrió Valdés á la movilizacion de algunas compañías de milicia ciudadana, lo cual ocasionó un conflicto entre el general y el jefe político: díjose que este se hallaba complicado en una conspiracion contra Valdés y su segundo, y procediendo militarmente, le deportaron fuera de Cataluña. Para procurarse recursos, pidió el general un empréstito, y no correspondiendo á sus deseos los capitalistas catalanes, encerró á varios de ellos en la Ciudadela, y así pudo obtener lo que necesitaba para continuar las operaciones.

Medidas tan violentas no pueden justificarse; pero ellas prueban lo grave de la situacion en que Valdés se encontraba, y que habria sido en extremo comprometida, si no fuera por la inaccion y falta de iniciativa del Conde de España. El jefe liberal representó al Gobierno manifestándole cuál era el estado del país, y pidiéndole un refuerzo de seis batallones, que creia indispensables para poder mantenerse á la defensiva, mientras las circunstancias no permitiesen la reunion de fuerzas superiores para tomar la ofensiva, y haciendo presente que este aumento del ejército exigiria mayores gastos, á los cuales no era posible atender. Espartero le envió cuatro aguerridos batallones, un escuadron, una compañía de zapadores y una batería de á lomo, bajo las órdenes del general D. Antonio Azpiroz: pero estas fuerzas que solo daban á Valdés algun respiro no llegaron á Lérida hasta el 7 de Noviembre.

Entre tanto, el Conde de España, que no habia tenido la prevision de auxiliar á Burjó, intentó batir algunas fuerzas liberales que pasaban de Vich á Torá; y no habiéndolo conseguido, cayó en venganza sobre la villa de Moyá, el 8 de Octubre, intimó inútilmente la rendicion, y ordenó el asalto por la noche. La guarnicion y los nacionales tuvieron que refugiarse en la iglesia parroquial y en la de los Escolapios, donde nuevamente fueron intimados á rendirse, amenazándoles de lo contrario con el incendio de la poblacion. Trataron unos y otros de capitular saliendo libres, pero no se les concedió esta gracia: los refugiados en los Escolapios resistieron valientemente hasta el punto de apagar los fuegos de la artillería asestada al descubierto contra el edificio. Irritado el Conde, dispuso un segundo asalto; y logrando los sitiadores penetrar en la iglesia por los tejados, trabóse dentro de ella una horrible lucha cuerpo á cuerpo, cediendo al fin el terreno los defensores al creciente número de sus enemigos: abiertas las puertas de la iglesia, precipitáronse por ellas los carlistas, y comenzó un degüello general de cuantos hombres habia dentro. Los que estaban en la parroquial se entregaron prisioneros y se les conservó

la vida; mas fueron despojados de cuanto tenian, y el incendio devoró sus hogares: Moyá quedó convertida en un monton de ruinas.

Esta fué la última proeza del Conde de España. Cansados los individuos de la Junta de Berga de sufrir el *arbitrario despotismo* del Conde, habian obtenido de D. Cárlos su deposicion. Para comunicarle la órden, fué llamado á una sesion que debia celebrarse en Aviá el 26 de Octubre. Ignorante de lo que pasaba, marchó España de Berga en compañía del intendente Lavandero y de uno de sus ayudantes, llevando su acostumbrada escolta de mozos de escuadra y *cosacos* de caballería. Luego que hubo entrado en el edificio de la Rectoría, donde se celebraban las sesiones, el doctor D. Narciso Ferrer circunvaló de centinelas el local, y aprovechando un momento favorable, entró en la sala de Juntas con un primo suyo y otros hombres armados de carabinas, se arrojó sobre el Conde, le sujetó la mano derecha con su izquierda, y con la otra le tapó la boca: el primo le quitó el sable, y un hermano de Ferrer le cogió el brazo izquierdo, poniendo al mismo tiempo un agudo puñal ante sus ojos. En esta forma le fué comunicada por el doctor la órden de dejar el mando y de salir inmediamente de Cataluña.

El Conde no hacia más que mirar á Ferrer, mientras la Junta permanecia en profundo silencio. A instancias de Lavandero se permitió hablar al Conde, que mostrándose extrañado de aquella novedad, manifestó estar dispuesto á obedecer, como siempre, las órdenes superiores, y rogó que se retiraran los hombres armados, pues no era justo que se enterasen de lo que allí se tratara.

Hecho así, pidió el Conde un vaso de agua; se enjuagó la boca repetidas veces, y aparentando serenidad, dijo sonriéndose:—"Vamos, señores: ¿qué es esto? Me parece que para sainete basta lo pasado.„—"Aquí no se trata de comedias ni sainetes, contestó Ferrer (D. Narciso), sino de que V. E. obedezca las órdenes del Rey inmediatamente, saliendo esta misma noche para Andorra.„ Quiso entonces el Conde saber quién era su sucesor, y habiéndosele dicho que lo era el general Segarra, manifestó deseos de que se le aguardase para hacerle entrega del mando; pero le replicaron que esto no podia ser, porque diferia demasiado su salida, y estaban tomadas todas las disposiciones para que se ejecutase aquella misma noche; que importaba apresurar su marcha, antes que, publicándose la noticia de que ya no era comandante general, tuviese algun disgusto por efecto de los muchos resentimientos que habia contra él.

Resignado el Conde á obedecer, suplicó que no atentasen contra su persona, re-

cordando que era un padre de familia y un anciano; palabras que no dejaron de conmover á los más de los individuos de la Junta, y particularmente al eclesiástico Sampons, quien cogiéndole las manos, le dijo: — "No, mi general, no tenga V. E. ningun cuidado; que antes pasarán por encima de mi cadáver, que tocar nadie á la persona de V. E.„ El Conde, acompañado de Sampons y de otro eclesiástico llamado Villela, salió de la casa por una escalera que conducia á la iglesia, donde rezó un momento. Pocos dias despues, el 2 de Noviembre á media noche, perecia el Conde horriblemente asesinado. Ignorando los pormenores de este drama tenebroso, reproducimos por nota una de las relaciones que acerca de él se han publicado, y que parece verídica [1]. De ella se infiere que Porredon tuvo parte muy principal en

[1] Eran las nueve de la noche (del 26 de Octubre), cuando emprendió la marcha el Conde de España acompañado de don Narciso Ferrer, Torrabadella, Sampons, Villela, el estudiante Masiá y el hermano de Ferrer. Montó el Conde en la mula del vice-presidente Orteu, que ya estaba prevenida, haciéndole pasar por la humillacion de no dejarle un caballo, y se dirigieron todos á la rectoría de Sisguer, adonde llegaron á las cuatro de la mañana.

A la media hora de haber salido de Aviá, se volvió Torrabadella, y como vivia en la rectoría donde tenian preso á D. Luis Adell, ayudante del general, entró en su cuarto á cosa de media noche noticiándole á su modo la destitucion qne habian efectuado, dando seguridades á Adell para que nada temiese ni por él ni por el Conde. Cuatro dias continuó Adell preso en el mismo cuarto, estándolo tambien los cabos de mozos de la compañía del general, D. Miguel Serdá y D. Pablo Pallarés, un cosaco y un criado del general.

En la mañana del 27, salieron los vocales Sampons y Villela de la rectoría de Sisguer, dejando al Conde, bajo la custodia de D. Narciso Ferrer. Este habia mandado á su asistente Ramon Circuns por un vestido de paisano para que se lo pusiese el Conde, á fin de que no fuese conocido con el uniforme de general, y evitar alguna desgracia por la irritacion del pueblo, decía Ferrer. El traje consistia en una chaqueta, chaleco y pantalon de paño oscuro, pero tan viejo, que segun la cuenta que presentó el presbítero Ferrer á la junta, costó ciento veinte reales.

Negóse el Conde á vestir tan humillante traje, y el cirujano Ferrer mandó á varios mozos para que bajo pena de la vida le quitaran el uniforme. Cuando llegaron al cuarto en que estaba el Conde, le encontraron en pié con los calzones encarnados caidos, la casaca de general puesta y los brazos cruzados para evitar que se la quitasen. Díjoles España que no podian despojarle de una ropa que el rey le habia dado; pero viendo á Ferrer y á seis ú ocho mozos que estaban allí, dispuestos á quitársela por fuerza, cedió y le pusieron el vestido viejo de paisano.

Despojado el Conde de su uniforme y de cuanto tenia, salió de la rectoría de Sisguer al anochecer, cubriendo su cabeza el sombrero de tres picos desguarnecido de todos sus adornos. Tomaron el camino de la casa de campo Can Llauden, durante el cual fué diciendo el Conde á un mozo de escuadra (Salvador Coll), que le acompañase hasta Andorra, sin dejarle, y que cuando llegase escribiria al intendente para que le diese seis duros é igual cantidad á los demás. En la casa de Riu de Vall, se unió al Conde D. Narciso Ferrer, y continuaron marchando toda la noche.

Al amanecer del 28 llegaron todos á Can Llauden, donde se alojaron, y comió el Conde pésimamente. En cambio de este mal trato que le daban se mostró sumamente atento con su verdugo D. José Ferrer.

Al anochecer llegó el mozo Juan Capellas con un oficio que en Aviá le habia entregado Torrabadella para el presbítero Ferrer, con cien duros, una capa de paño, una bata, un cajon de cigarros, tres libras de chocolate y dos maletas con ropa. Acordó la junta remitir este equipaje y dinero al Conde, y se condujo en un mulo del mismo, que Torrabadella mandó entregara al citado mozo. Tambien dispuso la junta que se reforzara con quince mozos más la escolta de Ferrer. A las diez de la mañana del 29 llegaron estos á Can Llauden, é inmediatamente se bañó el Conde. A la una de la tarde se continuó la marcha, dirigiéndose España con el cirujano Ferrer y el cabo Llabot por la bajada de Cambrils á la casa de Pujol, término del Coll de Nargó, donde llegaron á las ocho de aquella noche. El presbítero Ferrer, con el estudiante Masiá, que era el que llevaba la es-

aquel crímen, probablemente en venganza de su separacion del mando cuando volvió del valle de Aran.

pada del Conde, y algunos mozos se dirigieron á la villa de Orgañá, á la cual llegaron á la caida de la tarde, alojándose Ferrer en casa del brigadier Porredon, que era entonces jefe del corregimiento de la Seo y Puigcerdá. A poco rato salió de la casa el subteniente D. Manuel Solana, conocido por ayudante de Porredon, y uno de los asesinos, para buscar al alcalde mayor D. Francisco Riu, vocal de la Junta correccional de Puigcerdá, con el que regresó á la casa de Porredon. Solana volvió á salir en busca de otro vocal, y todos se encerraron en el cuarto del brigadier.

El presbítero Ferrer cenó en casa de Porredon, y fué á dormir á la casa de Espar (a) Botafós, donde se hallaba alojado el comandante del cuarto batallon, D. Miguel Pons, (a) Pep del Oli, en cuyo cuarto durmió.

Al anochecer del 30 salió de la casa de Pujol el Conde, y lo llevaron á la casa de campo de Casellas, media hora de Orgañá, en cuyo punto pararon á las nueve de la noche, diciendo el Conde al apearse: *Ya baja el estudiante.* Entró uno de los mozos en la casa, encerró al patron y á un criado en la cocina, apagó la luz y la lumbre, habiendo sacado antes un candil encendido, y pusieron al Conde en un cuarto destinado á los huéspedes. Encerrado el Conde, abrieron la cocina, encendieron lumbre, hicieron levantar á las mujeres de la casa que estaban acostadas; las que ni en esta noche ni en los dias sucesivos supieron quien era el que estaba encerrado en el cuarto.

Dejemos asi al Conde, ya que ningun notable acontecimiento vino á turbarle en todo el tiempo que pasó en la casa de Casellas, y trasladémonos á donde se disponia su asesinato, para que nada ignoren nuestros lectores de las trágicas escenas que vamos refiriendo.

Al brigadier Prats, jefe de la compañía de oficiales, le dieron parte de que públicamente se habia hablado al tiempo de nombrar el servicio, que el Conde se hallaba en Casellas y querian asesinarle. Inmediatamente se dirigió á la casa de Porredon, y en la galería de la misma encontró varios oficiales: á poco salieron de la habitacion de Porredon, éste y el presbítero Ferrer, quedando dentro del cuarto el doctor Perles y el estudiante Masiá. Hablaron al momento del Conde; dió cuenta Ferrer del oficio de su destitucion; y todos convinieron en que era un *traidor, sanguinario é incendiario*, que queria entregar á los enemigos la provincia de Cataluña, despues de estar toda destruida, por lo cual merecia *ser asesinado*, y que aunque le quitaran mil vidas no pagaba el daño que habia hecho.

Buscaba el presbítero Ferrer quien asesinara al Conde, y habló al efecto al capitan D. Pedro Baltá, al subteniente D. Antonio Morera, á Masip y á D. Manuel Solana. Era ya una cosa pública el conato de asesinar al Conde, segun ya lo habia advertido el brigadier Prats al presbítero Ferrer, no pudiéndose concebir por qué se tuvo al Conde cuatro dias á media hora de este foco, sin ser necesarios para prevenir la seguridad de un viaje que no se trató de hacer hasta la tarde del dia 1.° de Noviembre, y para el que no se pidieron noticias ni auxilios á las autoridades, que lo eran Porredon, Serras, Prats y Riu.

El presbítero Ferrer salió de Orgañá el 2 por la mañana, acompañado del mozo Vidal, y llegando á Casellas, encargó la partida de mozos á José Canet, para que fuese con ellos al pueblo de Pons, cinco horas distante, ordenando: «que bajo pena de la vida no abandonase aquel punto en tres dias, aunque fuesen los cristinos, en cuyo caso se encerrasen é hicieran fuego hasta morir.»

Marchó la partida, y quedaron con el Conde el cabo D. Francisco Llabot, su asistente Sebastian Rivas, el cirujano Ferrer, el brigadero Domingo Sala y cinco mozos.

Mientras por última vez cenaba el Conde en Casellas, disponiéndose á marchar, sigamos los pasos á sus asesinos.

El capitan Baltá se encontró en una calle de Orgañá á las seis de la tarde con el presbítero Ferrer, el que le volvió á manifestar era preciso asesinar al Conde de España, por ser órden del general, y porque era traidor á la causa de D. Cárlos; que quisieran ó no, habian de hacerlo los tres; y en vista del papel impreso que por la mañana habia leido delante de todos, y de asegurarle nuevamente que era órden superior, le contestó que obedeceria. Dirigióse entonces á la casa de Ferrer, donde se reunieron Morera y Solana, acordando con el sacerdote, que saldrian á las ocho de aquella noche á los tres puentes del rio Segre, distantes tres cuartos de hora de Orgañá, en donde encontrarian al Conde de España, esperándole si no hubiese llegado; mandándoles que cuando se acercasen á él, *le despojasen de sus ropas, le atasen de cuello y piés y le arrojasen al rio.*

Al anochecer se halló Baltá con el cura D. José Rosell, á quien participó el asesinato que iba á ejecutar aquella noche.

Sucedió al Conde de España el general Segarra, que gozaba de gran popularidad entre los carlistas catalanes por su carácter apacible; pero la Junta era quien man-

contentándose el clérigo con decirle: «¡Qué lástima matar á un hombre sin confesion! si quieren, yo le confesaré, y que haga un escrito.» A las siete de la noche se reunieron Morera y Baltá, y poco despues, pasaron á decir á Ferrer *que marchaban, y que cómo habian de volver á entrar.* El brigadier Porredon y el presbítero Ferrer bajaron, y *éste dió á Baltá una soga muy gruesa*, que Baltá entregó á Morera para que la llevase. Advirtióles Porredon que, cuando volviesen, *dijeran á la guardia que venian de divertirse.* Esta guardia era de oficiales y no se ponia hasta de noche, cerrándose las puertas entre nueve y diez. Las llaves de las puertas las tenia el comandante de armas D. Antonio Serra; pero esta noche y la anterior se las pidió el brigadier Porredon.

Baltá y Morera salieron de Orgañá para el sitio combinado á donde habia de ser conducido el Conde por Solana.

El presbítero Ferrer mandó á Masiá fuese á Casellas, y salieran al anochecer para Andorra, que él iria detrás con los mozos. Visitó Masiá al Conde, que le habló de la carrera que tenia, y aun le recitó en latin algunos versos de Virgilio.

A las siete de la noche, el cabo D. Francisco Llabot, que se hallaba en cama enfermo, ordenó al mozo Mariano Piquer que, reuniendo toda la gente, de la casa se encerrase con ella en la cocina, como lo hizo. A los mozos Miguel Sala y Coll, les mandó se fueran á acostar á un pajar para que el Conde no les viese.

Entre ocho y nueve de la noche, salió el Conde de su cuarto acompañado de D. José Ferrer, que llevaba el puñal ó la cuchilla *interosia* con que amenazó á España en la junta, de D. Ramon Masiá, que tenia la espada del Conde como hemos dicho, del brigadero Domingo Sala, y del mozo Plá que bajaba alumbrando.

Montó el Conde dentro del portal en un macho aparejado con una silla de *paigés* (labrador), estribos de madera y una piel blanca, que pidieron al patron de Casellas. Extrañando el Conde la caballería, les dijo al montar:—«*Este no es el mulo en que he venido estos dias.*» Contestóle la causa Ferrer, y despues de ponerle la capa, echaron á andar, diciendo el Conde al brigadero: «*¡Qué noche tan oscura!*»

Y era así. Alumbrados puede decirse con el solo fuego del cigarro que fumaba España, caminaba éste al suplicio con aquel horrible acompañamiento, guiado luego por el subteniente Solana que se presentó á poco.

Masiá y Ferrer dijeron al brigadero Sala, que llevaba el mulo del ronzal, *que cuando el guia se lo pidiese, se lo diera y se parase, porque el guia solo habia de conducir al Sr. Conde á Andorra.* Al llegar al camino real que va á dará los tres puentes del rio Segre cerca de la bajada de una ermita, se efectuó este cambio. Unióse Sala al cirujano Ferrer y á Masiá, que iban tres ó cuatro pasos detrás del mulo. Se pararon y ya habian perdido de vista al Conde, cuando oyeron un poco de ruido. En su consecuencia, dispusieron volverse atrás y lo ejecutaron.

Baltá y Morera, cansados de esperar en el sitio convenido, ya no creian que pasase por allí el Conde, y se disponian á regresar á Orgañá, cuando vieron á Solana que llevaba del ronzal al mulo en que iba montado España. Al llegar la comitiva frente á ellos, se pararon por haberlo ordenado Baltá, y dando éste al Conde un palo en la cabeza, le hizo caer al suelo. Preguntóles el Conde quienes eran, y contestó Baltá:—«Soy Silvestre de la Seo (a).» Suplicóle el Conde que no le maltratasen; que era un comerciante francés, y que le llevaran á la Seo, pues conocia al gobernador. La contestacion fué atarle por los brazos con una cuerda, volviéndole á montar.

Cuando llegaron al puente del rio Segre, le desmontaron, y dijo Baltá al Conde: «Si Vd. es hombre de bien, el gobernador lo verá;» y andando cuatro ó seis pasos, le tiró al cuello un lazo que habia formado de la cuerda sobrante con que estaban atados los brazos, y dándole al Conde un puntapié en la espalda, cayó, y poniéndole un pié en la cabeza, tiró de la cuerda y le ahogó.

Le desnudaron, no encontrando al Conde un maravedí, y sí solo un poco de pan y unas uvas. Solana cortó la cuerda, y con la que tenia atados los brazos le ligaron los piés, y atándole una gran piedra, le tiraron al rio. Al tiempo de caer, dijo el capitan Baltá: «*Aigua au, nen, que á vall vá.*» (Hay agua, niño, que va para abajo.)

Tiraron al río la ropa del Conde, excepto la capa, que se apropió Solana diciendo que era suya, y Baltá tomó una bolsa de

(a) Llamábase así un cabecilla liberal, cuyo nombre tomó Baltá en aquella ocasion.

daba en absoluto, y no con mucho acierto. Preparábase en aquellos dias una de las expediciones periódicas para proveer á Solsona, y sabedora de ello la Junta de Berga, no quiso consentir que Segarra saliese á combatir al enemigo, temerosa de que siendo derrotado el ejército carlista, decayese el prestigio de su general en jefe, á quien, sin duda, querian conservar para las grandes ocasiones. En consecuencia, confióse el desempeño de aquella operacion, siempre difícil, al brigadier Burjó, poniendo á sus órdenes á los de igual clase Ibañez y Porredon y al coronel de E. M. D. José Pons, con quince batallones y unos seiscientos caballos que mandaba el brigadier Balmaseda, recien llegado de Castilla, de donde acababa de expulsarle el general Leon.

Al amanecer del dia 14 de Noviembre se hallaban estas fuerzas convenientemente situadas en las alturas y hondonadas que dominan el camino de Biosca á Peracamps: la caballería, apoyada por un batallon, fué á emboscarse á la derecha, entre las ventas del Boix y de las Birlotas, con órden de acechar cualquier descuido ú oportunidad para atacar al ejército liberal cayendo sobre su flanco, y ponerle de este modo en un conflicto que facilitase su derrota.

El general Valdés, con la mayor parte de las fuerzas de su mando, habia pernoctado en Biosca, llevando á sus órdenes, como jefes de division, á los generales Clemente de Buerens, Borso y Azpiroz (D. Antonio). Clemente dirigia la brigada de vanguardia, en la cual ocupaba un lugar preferente el comandante de Zamora D. Juan Prim, que mandaba en comision el *primer batallon franco provisional de Cataluña*, uno de los tres en que se habian refundido los siete que antes operaban en el Principado [1].

Serian las siete de la mañana, cuando los carlistas recibieron avisos confidenciales de haber comenzado á desfilar el convoy hácia Solsona: inmediatamente corrieron los jefes de un punto á otro renovando sus órdenes, reiterando las prevensiones y variando la disposicion de algunos puestos. Una densa niebla se extendia

seda encarnada que llevaba España al cuello, y dentro de ella dos medallas de plata, una Vírgen del Pilar de Zaragoza, dos ó tres cruces y un poco de pasta de Agnus; recogiendo tambien los tirantes que era lo mejor que llevaba el Conde.

Concluida la horrible comision, volvieron los ejecutores á Orgañá, llegando á la puerta de la villa á eso de las once de la noche, abriéndoseles en seguida.

El cadáver del Conde fué hallado en la playa de una isleta que formaba el Segre entre el puente del Espía y el inmediato de Oliana.

[1] Prim, tomó el mando de este batallon á mediados de Abril de 1839, inmediatamente despues de su ascenso á primer comandante. En 29 de aquel mes se hallaba ya al frente de dicho batallon, en Montblanch, desde donde solicitó licencia para tomar baños por estar enfermo de la vista.

sobre el país, ocultando á la vista el cielo y la tierra, los valles y las montañas; y en medio de aquel caos de vapores blanquecinos, millares de hombres aguardaban impacientes y silenciosos el momento cercano de dar y recibir la muerte. Avanzaba, entre tanto, el ejército liberal, envuelto en el pálido sudario de la niebla, y por consiguiente redoblando las precauciones para no ser sorprendido por el enemigo; pero la mayor cautela no bastaba á impedir que revelasen su presencia el relincho de algun caballo y el rumor inevitable de las masas en movimiento.

No tardaron en sentir su proximidad los dos ejércitos: las avanzadas liberales acababan de descubrir á sus enemigos parapetados: las órdenes de los jefes dadas á media voz, circulan rápidamente por las filas, y al ser ejecutadas, producen un profundo susurro, semejante á los ruidos misteriosos que preceden á las tempestades en la soledad del Océano. A este zumbido, sucede un momentáneo silencio, inmediatamente interrumpido por las descargas de fusilería. Las compañías de preferencia de la vanguardia liberal acababan de romper el fuego.

En aquel instante solemne acaeció un episodio, que pudo comprometer á la division de vanguardia, y acaso poner en peligro á todo el ejército. El batallon franco provisional mandado por PRIM habia formado en batalla, y estaba á punto de entrar en fuego, apoyando á las guerrillas de cazadores: un granadero, disputando con otro, le dió muerte, lo cual promovió en seguida una viva agitacion entre los compañeros de ambos. Aquel pequeño incidente podia tomar proporciones colosales. PRIM, á cuyos oidos llegó el rumor de la querella, mete espuelas á su caballo, corre á la cabeza del batallon, se entera de lo ocurrido, y arrojándose sobre el soldado agresor, le saca de las filas y manda fusilarle en el acto. Fué todo esto obra de momentos. Aquel rigor era necesario para mantener la disciplina, y PRIM no vaciló en imponer al matador la pena marcada por la Ordenanza, sacrificando un hombre á la seguridad de todos.

El batallon, dócil á la voz de su jefe, marchó al combate, buscando entre la niebla condensada por el humo de la polvora al enemigo parapetado, y arrojándose sobre él á la bayoneta; pero los carlistas peleaban á cubierto y se sostenian valientemente, y los cazadores y los francos se vieron obligados á retroceder para rehacerse. Arengó PRIM á sus soldados llevándoles por segunda vez á la refriega, en tanto que el general Clemente mandaba colocar dos piezas en batería, cuyos tiros, barriendo la niebla, despejaron algun tanto la atmósfera; entre los claros que aquella dejaba, pudo verse la multitud de carlistas que defendian el parapeto, y las masas

armadas que ocupaban las montañas inmediatas. PRIM vió el momento de atacar con éxito: las compañías de cazadores repetian las cargas, y secundando su movimiento el batallon franco, pronto arrollaron al enemigo, que abandonó la más importante de sus posiciones, huyendo á la desbandada.

Pero este triunfo no era más que el principio de una série de sangrientos combates, que debia durar tres dias. Las columnas liberales continuaron avanzando, sin encontrar notable resistencia; pues los carlistas, faltos de una direccion inteligente, abandonaban todas sus posiciones, despues de hacer débiles esfuerzos para conservarlas, replegándose luego en desórden sobre la izquierda de su línea. De este modo se hallaron concentrados hácia la aldea de San Climent más de tres mil hombres, á los cuales se reunió un batallon de refresco que acababa de llegar de Oliana.

Ocupada en proteger el avance del ejército, la vanguardia liberal quedó algun tanto retrasada, siendo sustituida por los batallones de Bailen y el 2.° de Zamora, que al llegar á la cumbre de una meseta, encontraron al enemigo posesionado de las alturas al otro lado del barranco que los separaba. La lucha en este punto fué terrible, sosteniéndose con obstinada porfía desde las cuatro de la tarde hasta el anochecer. El batallon de Zamora, formado en masa, cargó á la bayoneta, y arrojó de su puesto á los carlistas; pero apoyándose estos en sus reservas, pronto se rehicieron y lo recobraron. Por segunda vez treparon los liberales á las alturas, despreciando el fuego mortífero que se les hacia; pero no fueron por mucho tiempo dueños de la posicion reconquistada; pues acometidos nuevamente por fuerzas superiores, tuvieron que ceder, y su retirada se convirtió luego en desastrosa fuga. Más de dos mil carlistas, dando feroces alaridos, se lanzaron impetuosamente sobre los fugitivos, que en los campos de Peracamps, reblandecidos por las lluvias, quedaban atascados sin poder moverse, y en esta situacion eran hechos prisioneros ó muertos á bayonetazos. El comandante de Zamora, Sanchez, y el de igual clase de Bailen, Moncada, cayeron en poder del enemigo.

Al mismo tiempo que esto sucedia en la vanguardia, la caballería carlista emboscada cargaba de improviso á la retaguardia del ejército liberal, y se apoderaba de parte del convoy; pero mientras los vencedores se ocupaban en recoger el botin, vino sobre ellos el 7.° ligero de caballería, y atacándoles valerosamente, les batió y persiguió, rescatando muchos prisioneros y todo lo que aquellos no habian podido retirar del campo.

Era ya de noche, y parecia que entonces comenzaba la batalla. El general Val-

dés no queria ceder sin dejar bien puesto el honor de las armas: observando la decadencia de la vanguardia, envió refuerzos á protejer su retirada, siendo designado á este fin, entre otros, el batallon franco provisional. Marchó este al lugar del combate, y al hacer alto, aguardando la órden de acometer, una descarga cerrada á quema ropa desordenó sus filas: PRIM cayó herido, arrastrándole al suelo su caballo acribillado de balazos: creyéndole muerto, los soldados comenzaron á desbandarse poseidos de un terror pánico; pero de repente se alza su denodado comandante, les grita enfurecido, y á su voz acerada, que domina el tumulto y penetra en los corazones, todos se reaniman, forman en masa y acometen al enemigo con empuje irresistible. Los demás batallones de refuerzo hacian tambien prodigios de valor. Los combatientes de una y otra parte se buscaban en la oscuridad, y se conocian por sus gritos de guerra; las llamaradas de la fusilería, continuamente repetidas, eran la única luz que iluminaba aquella escena espantosa: las voces de *¡Viva la reina!* y *¡viva Cárlos V!*, seguidas de sendas descargas, y mezcladas con el redoble de las cajas, los toques de las cornetas, los ayes de dolor y las imprecaciones de ira, formaban un horrible conjunto, que la pluma se resiste á describir. Las tropas liberales ocuparon al fin los campos de Peracamps; y los carlistas rechazados, pero no vencidos, acamparon á corta distancia.

Los dos ejércitos pasaron el resto de la noche á la intemperie, sin más lecho que la helada tierra, ni más abrigo que la capa del cielo, privados de alimento para reparar sus fuerzas, de agua para saciar su sed, y obligados á no encender fuegos para no exponerse á ser los unos por los otros sorprendidos.

A la mañana siguiente, parte del ejército liberal siguió á Solsona escoltando el convoy; el resto se quedó protegiendo el corte de leña, que se ejecutó á la vista del enemigo. Este, despues de racionarse, destacó una brigada para hostilizar á sus contrarios; pero fué rechazada, contribuyendo PRIM con su batallon á este resultado, y desfilando aquella tarde con las demás fuerzas hacia Solsona.

El dia 16 amaneció cerrado de niebla: los carlistas, envueltos en ella, ocuparon la montaña de Peracamps, esperando la vuelta de sus enemigos para caer sobre ellos repentinamente. Por entre los claros que abria él viento en la niebla, divisaron aquellos el ejército de Valdés que desembocaba en el llano regresando de Solsona, é hicieron avanzar sus masas paralelamente á la direccion que llevaba. Terrible iba á ser el encuentro, y ya estaban á tiro unos de otros, cuando la misma niebla oscureció completamente el horizonte, interponiéndose entre ambos ejércitos. El liberal pasó

sin ser visto por delante de su contrario, y oblicuando á la izquierda, reapareció despues á lo lejos en direccion á Biosca.

El sol habia despejado la atmósfera: los carlistas corrieron en seguimiento de sus enemigos, y les alcanzaron hostigando gravemente á la retaguardia en las inmediaciones de Casa Llovera. El ejército liberal hizo alto, y al estruendo de las bandas que tocaban generala, marcharon varios batallones en columnas paralelas enfilando las alturas. Uno de estos batallones era el de PRIM: contenidos algun tiempo por el fuego de los carlistas que coronaban la cumbre de la cordillera, les cargaron á la bayoneta, y escalando la montaña, los rechazaron hasta las vertientes opuestas. Pero seguian á retaguardia otros batallones carlistas, que conteniendo el empuje de los vencedores, hicieron que se generalizase la accion hasta entrar en juego las tres armas.

Acercándose la noche, dispuso el general Valdés la retirada de su ejército; y siendo PRIM uno de los encargados de cubrir la retaguardia, tuvo que hacer frente repetidas veces á la muchedumbre de enemigos, que por momentos engrosaba: para contenerlos, se valió de una estratagema que produjo excelentes resultados: en uno de aquellos choques fingió retirarse precipitadamente, y fué á emboscarse con su batallon al lado del camino: de pronto se arrojó sobre los carlistas, que bajaban en tropel dando feroces alaridos, y los cortó haciendo en ellos mucho destrozo y poniéndoles en precipitada fuga. No por esto dejaron de rehacerse; pero manteniéndose desde entonces á respetuosa distancia, solamente hostilizaron á la retaguardia liberal con un débil tiroteo. El ejército de Valdés llegó á Biosca ya muy entrada la noche, y el carlista se retiró á Sanahuja.

Ora vez vertió PRIM su sangre en estos últimos combates, y su caballo recibió dos heridas. En recompensa de tanto heroismo y del mérito extraordinario que contrajo en aquellas jornadas, el jóven comandante fué premiado en el campo con el grado de coronel y con una segunda cruz de San Fernando de primera clase.

Aunque los carlistas no quedaron derrotados en la terrible lucha que acabamos de referir, bastaba que no hubiesen triunfado, estando de su parte todas las ventajas del terreno y del número, para producir el desaliento en sus filas y en los pueblos que les eran adictos: esto, unido á la poca actividad que demostraba Segarra, hizo que durante algun tiempo no se atreviesen aquellos á tomar la ofensiva, limitándose á emprender correrías en partidas de poca monta, que eran inmediatamente batidas por las tropas liberales. A fines de aquel año intentó el Llarch

de Copons sitiar á San Juan de las Abadesas, llevando unos dos mil hombres y tres piezas de montaña; mas parece que su objeto era distraer la atencion del enemigo, mientras el grueso de los suyos se reunia en San Boy de Llusanés para dirigirse á otro punto. El general Carbó desbarató estos planes, obligando á Ibañez á retirarse hacia las montañas de Berga.

III.

El Duque de la Victoria, que, como ya dijimos, emprendió la marcha para el Bajo Aragon en cuanto hubo terminado la guerra en las provincias del Norte, dedicó toda la actividad de su génio militar á disponer los medios para emprender á su debido tiempo una campaña breve y decisiva. Tenia que operar en un país quebradísimo, donde cada risco es un reducto y cada montaña una fortaleza; en un país pobre, agotado de recursos por seis años de guerra, y defendido por multitud de formidables fortificaciones, y necesitaba trasladar á él un inmenso parque, víveres, municiones, trenes de sitio y toda clase de pertrechos; abrir caminos; establecer almacenes y hospitales en puntos convenientes; preparar, en fin, los elementos indispensables para sostener desahogadamente, sin gravámen de los pueblos, tres cuerpos de ejército, y moverlos en combinacion segun las circunstancias exigiesen.

A todas estas atenciones proveyó Espartero durante los últimos meses de 1839; y proponiéndose circunvalar al enemigo, encerrándole en un círculo de hierro, desde luego se dirigió al corazon del país dominado por Cabrera, estableciendo una línea que abrazaba desde Alcañiz, por Castelserás, Calanda, Fozcalanda, Alcorisa, Los Olmos, La Mata, Gargallo, Estercuel y Cañizar hasta Cabra, para darse la mano con el cuerpo de ejército confiado al general O'Donnell, que apoyándose en Teruel y Daroca, cubria la línea de Calamocha y Monreal, cerrando las salidas de las sierras de Segura y el descenso á los puertos de Albarracin; y por último, dispuso que el general D. Francisco Javier Azpiroz operase en el reino de Valencia, permaneciendo sobre la línea de Segorbe, Murviedro y Castellon de la Plana.

Este plan quedó realizado en todo el mes de Octubre, demostrando Espartero en

su ejecucion una pericia y un tino admirables ; pues logró dominar así mucha parte de Aragon, contar con el apoyo de los pueblos, conocer prácticamente el terreno y fijar con acierto la marcha sucesiva de las operaciones que meditaba, para asegurarse del éxito economizando mucha sangre. Hizo fortificar á Calanda, Alcorisa y otros puntos, ocupó á Ginebrosa y Aguaviva, y á mediados de Noviembre, estableció su cuartel general en el Mas de las Matas á corta distancia de Castellote. Fortificó tambien aquel pueblo, y mandó construir un magnifíco puente sobre el Guadalope, para facilitar las comunicaciones ; y sorprendiéndole allí el invierno, crudo y riguroso, desplegó un celo infatigable en acopiar toda clase de recursos de boca y guerra, para que el ejército no careciese de nada durante aquella estacion, ni en el momento de emprender las operaciones de campaña.

En medio de tantas y tan graves tareas , cuyo mérito solo pudieran apreciar los hombres competentes en las cosas de guerra y los conocedores de aquel país, asediaban á Espartero desde la corte las intrigas y las miserias de la política. Los nuevos ministros querian granjearse su apoyo, ó por mejor decir, asociarle á su responsabilidad : dos de ellos, Narvaez y Montes de Oca, le escribieron en términos amistosos , el primero remitiendole una nota de las personas que acababan de ser removidas de sus destinos militares, y de las que se pensaba nombrar para sustituirlas, y haciendole varias indicaciones y preguntas impertinentes acerca de la significacion de los demás ministros y de si convendria ó no emplear á varios personajes, etc., como si Espartero fuese el árbritro y dispensador de todas las gracias y mercedes. Montes de Oca trató de interesar al Duque, halagando sus sentimientos de lealtad y adhesion á la Reina y á su madre, y exponiendole todo un programa de la política del Gobierno. — " La cuestion hoy consiste (le decia) en averiguar si han de mandar los que acatan á la Reina y á las leyes constitucionales, ó los que no han disimulado nunca su ódio á la legalidad y á los reyes. Es necesario que no nos hagamos ilusiones : el partido que representaba el Congreso de diputados, recientemente disuelto, está dividido en dos fracciones : la más pequeña, compuesta de hombres de buena fé, que creen posible asegurar el trono dando un ensanche ilimitado á la libertad... Estos hombres perderian el trono por ignorancia, y la época de su mando sería transitoria. La segunda fraccion es más numerosa, y se compone de gentes que aspiran sin rebozo á trastornar el Estado. „ — Añadia que en manos del Duque estaba asegurar para siempre la libertad, el órden y el trono, por lo que esperaba no negaria su poderoso auxilio al Ministerio : „ El sistema de

este consiste en lanzar al partido revolucionario de las avenidas del poder, á toda costa, procurando que quede vencido en las próximas elecciones; organizar los ayuntamientos, las diputaciones provinciales y la Milicia nacional de manera que estas corporaciones obedezcan, y no se sobrepongan á las leyes; organizar la prensa periódica, de modo que sea un instrumento de civilizacion, y no una cátedra de insurreccion contra las autoridades; y finalmente, castigar con dureza á todos los que quieran decidir las contiendas políticas... valiendose de la fuerza y del terror.„

Espartero contestó al ministro de la Guerra con mucha circunspeccion, desentendiéndose por completo de la cuestion de personas, como siempre lo habia hecho; "y sea cualquiera (decia) la resolucion que se adopte, no habrá razon para juzgar ni para que se crea que yo haya influido.„ —Al de Marina le manifestó su afecto como particular; pero le dijo que, "como miembro el uno del gabinete, y general del ejército el otro, ocupaban posiciones muy diversas, sin más afinidad que la que se inferia del superior que manda con la ley, y del inferior que obedece cumpliendo con ella; que el ejército defendería siempre lo que habia jurado, y siendo los consejeros de la corona, como debian serlo, justos y cumplidores de la ley, bastaria esto para enfrenar á los revoltosos y á cuantos se apandilláran por intereses particulares contra los sagrados de la nacion.„

Espartero desaprobaba en su conciencia la marcha política emprendida por el Gobierno y las destituciones de muchos funcionarios públicos, cuyas fundadas quejas llegaban hasta él por mil conductos. Sabia que él mismo no estaba seguro, y que se hacian esfuerzos á fin de esterilizar sus sacrificios, los del ejército y los de la nacion para afianzar la libertad de España, á costa de tanta sangre conquistada: conocia las maquinaciones que con este objeto traia entre manos el embajador francés en Madrid, tratando de que se enviase al Duque á Cataluña, durante el invierno, y ofreciendo ayudar con un cuerpo de tropas francesas á la reduccion de los carlistas catalanes, para separarle así del mando en jefe de los ejércitos reunidos, arrebatarle la gloria de la pacificacion general é imponer á España la política del gabinete de las Tullerías. Observaba con disgusto que la Constitucion era letra muerta; que en menos de un año se habian disuelto dos Congresos, que se preparaban unas elecciones fraudulentas, poniendo en juego las autoridades todos los medios de coaccion moral y material de que puede disponer un gobierno poco escrupuloso; y como se dijese públicamente en los periódicos, que él habia aconsejado las ilegalidades cometidas, y que se preparaba á sostenerlas con la fuerza, creyó necesario sa-

lir á su defensa y á la de las instituciones por las cuales derramara su sangre en cien combates, enviando á *El Eco de Aragon* y á *El Eco del Comercio*, que le habia atacado, una comunicacion firmada por su secretario D. Francisco Linage, que llenó de consternacion al Ministerio.

En aquel escrito se decia: "que el Duque lamentaba y sentia, como español, los extravíos de la razon, las animosidades de los partidos y el encono de las pasiones, cuando acontecimientos recientes hacian esperar que la reconciliacion hubiese sido general, franca y sincera, como lo creyó al leer la famosa sesion del 7 de Octubre; que despues de aquel suceso, confió en que, por una parte, se reconocería en los ministros la más sana intencion, mirando sus actos como consecuencia de las circunstancias, y por otra se retirarian ó modificarian los proyectos, que pudieran ser causa de discordia, discutiendo con calma su utilidad ó su perjuicio, y buscando en todo la mejor armonía.—"Conviene advertir, continuaba, que estos no son más que juicios de un buen deseo; una opinion aislada, que no envuelve la censura ni de los ministros, ni de los diputados; porque, extraño el Duque de la Victoria á todo lo que no es su principal mision, carece de los antecedentes necesarios para calificar los hechos, y solo quiere que el público se convenza de que toda voz que se esparza sobre su intervencion en los negocios del Estado carece de fundamento y de verdad: *que, por su opinion particular, no se hubiesen disuelto las Córtes*, pudiendo estas y los consejeros, segun su concepto, haber hermanado los extremos; *que menos ha influido en remociones, que tiene por perjudiciales*, mientras el funcionario no falte al cumplimiento de su deber; que tampoco ha ofrecido *sostener con la fuerza actos que sean contrarios á la Constitucion de 1837*, al trono de Isabel II y á la regencia de su augusta madre; y que, firme en sus principios, y tan amante *de la independencia nacional*, como celoso de que se acaten y respeten aquellos caros objetos, no espera que se atreva nadie á combatirlos, ni por lo tanto, que se quiera distraer al ejército de su principal atencion, que es la de destruir á los feroces armados enemigos, que todavía retrasan la pacificacion general, lo cual deberia haber sido un freno para las pasiones y parciales intereses, á fin de que no sirviesen de instrumento á la prolongacion de la guerra."

La publicacion de este comunicado fué un acto político de gran transcendencia; pues, aunque Espartero no necesitaba hacer pública profesion de los principios que mil veces habia proclamado, se ponia en una situacion despejada frente á frente de cuantos pretendiesen bastardear las instituciones constitucionales. El partido pro-

gresista acogió con júbilo aquella franca y leal manifestacion, y la exageró comentándola. En una reunion electoral, que se celebraba el 15 de Diciembre en el Ayuntamiento de Madrid, se leyó el comunicado de Linage, y Gonzalez Brabo declamó un artículo de *El Eco de Aragon* referente al mismo; y en medio del entusiasmo que produjo la lectura de ambos impresos, pidió D. José Nocedal que los periódicos progresistas lo publicasen con letras *muy gordas*, ofreciendo suscribiese por 500 ejemplares, así como tambien para que se diese una gran serenata á la Duquesa de la Victoria, que se hallaba entonces al lado de la Reina.

Los ministros hicieron de este asunto cuestion de gabinete, y representaron á la Reina gobernadora para que esta arrancase al Duque una declaracion de que el escrito del brigadier Linage se habia publicado sin su conocimiento, "dictando contra este las providencias á que se habia hecho acreedor, caso de reconocer su autenticidad."

La Reina escribió á Espartero remitiéndole la exposicion de los ministros, y en 19 de Diciembre contestó aquel desde el Más de las Matas, confirmando cuanto decia el comunicado de su ayudante [1]. No solo reconocia como suyas las apreciaciones políticas contenidas en dicho artículo, sino tambien explicaba los poderosos motivos qne le decidieron á romper el silencio, manifestando que, al escribirle dos de los nuevos ministros para someter *á su aprobacion algunos actos, cuando estaban*

[1] Hé aquí algunos párrafos de aquella notable contestacion:

«El que en seis años de guerra civil ha seguido constantemente una marcha, y despues de jurada la Constitucion no ha proclamado otra bandera que esta ley fundamental, el trono legítimo de vuestra excelsa hija, y la regencia de V. M., cumplirá los deberes que le imponen tan sagrados objetos, y su pecho, presentado siempre donde el peligro y el honor le llamaban, no se esconderá jamás mientras estén en riesgo, hasta sacrificar mi vida en su defensa. El que, subvertido el órden y relajada la disciplina, consiguió restablecerlo y afianzarla, conservando un ejército decidido, valiente y virtuoso, que tantos dias de gloria ha dado á su Reina y á su Patria, no debe temerse que se asocie nunca á pandillas enemigas, cada cual en su cuerda, de los principios justos y legales..... Siempre V. M. desea lo mejor; anhela el bien de los pueblos, y siempre ha propendido á la felicidad de la nacion; *pero no siempre ha recibido V. M. las inspiraciones de hombres imparciales, justos y sabios* que, guardando la necesaria armonía con sus sentimientos, dirijan los negocios con acierto, evitando cuerdamente reacciones funestas, que retrasan el triunfo de la causa. Ningun español podia presumir que peligrase despues del convenio de Vergara y de haber recibido el bando rebelde el golpe terrible con la expulsion del Pretendiente.....

«Los debates entre los consejeros de la Corona y los miembros del Congreso tuvieron, en la sesion del 7 de Octubre, el término apetecido; pero la fatalidad cambió aquella reconciliacion en lid más empeñada y enconosa. No aventuraré mi opinion para decidir quienes produjeron el rompimiento, y por qué razones de alta conveniencia pública pudieron cohonestarla; mas en mi humilde opinion graduaré que hubo falta de prudencia, y que al abrazar los consejeros de V. M. el extremo de disolver las Córtes, ni tuvieron en consideracion que se acababan de hacer las elecciones, ni consultaron la guerra de partidos que las nuevas iban á producir, cuando más elementos habia para consolidar la union que nos ha de dar una paz duradera.....»

ya acordados, y pedirle su apoyo en la marcha que habian trazado, debió sospechar que había un interés en hacer que apareciese mezclado en los asuntos del Gobierno; porque no se creyó bastante un correo de gabinete, y se llamó la atencion pública enviándole para esto un oficial de la secretaría de la Guerra; que no podia menos de serle sensible la remocion del comandante general de Búrgos, nombrado por él, así como lamentaba las muchas destituciones de cargos públicos, sin que, en su juicio, hubiese fundamento para hacerlas; y que habiéndosele atribuido, con referencia á voces propaladas por los ministeriales, el manejo de tales actos, y el propósito de sostenerlos con la fuerza, sin que nadie contradijese el aserto, no podia menos de rechazarlo, para que su reputacion no apareciera con un lunar que le desvirtuase ante la nacion, cuando algunos tenian formal empeño en hacer creer que él aspiraba á la dictadura. Por último, necesitaba emitir su opinion particular, á fin de que, por lo menos, los que habian sido privados de sus destinos no le tuviesen por autor de su desgracia.

El Gobierno hubo de contentarse con estas explicaciones, que envolvian una reprobacion explícita de su política y de sus actos; y no faltándole á pesar de todo la confianza de la Corona, continuó impasible la marcha que se habia propuesto, y con la cual inauguraba una era funesta de terribles luchas y de grandes convulsiones sociales. Decidido á ganar las elecciones de diputados á Córtes, con exclusion del partido progresista, dictó varias medidas arbitrarias, de conformidad con una circular expedida en 5 de Diciembre, haciendo intervenir en las operaciones electorales á las autoridades superiores y á los jueces de primera instancia; reprobando la indiferencia ó la apatía de los empleados; previniendo á los jefes políticos que designasen las cabezas de distrito en los puntos que fuesen más favorables al Gobierno, por no inspirar á este confianza muchos ayuntamientos; llamando en su ayuda á los alcaldes *celosos* y *de sanas opiniones*, y á *las personas de arraigo* y *probidad*; suspendiendo la renovacion de las diputaciones provinciales, acordada tiempo hacia por el mismo ministerio; valiéndose, en fin, de todos los medios que irritan y sublevan justamente á los partidos, pervierten las costumbres públicas, socaban las leyes, desmoralizan la administracion y corrompen á los pueblos.

Muchos funcionarios celosos, que no podian secundar los propósitos del Gobierno, hicieron dimision de sus cargos, contándose entre ellos el general Valdés, quien dió por pretexto el mal estado de su salud. Espartero le envió un ayudante, para rogarle como amigo, y por el bien de la patria, que hiciera el sacrificio de

permanecer en Cataluña; pero insistió Valdés en su renuncia, y se nombró para reemplazarle interinamente al general D. Antonio Van-Halen.

El mismo Espartero, acosado por las intrigas de moderados y pseudo-demócratas, que llegaron á aburrirle, mostró deseos de abandonar el puesto que ocupaba y retirarse á la vida privada; pero se hizo superior á las cábalas de los partidos extremos, y permaneció inmutable abrazado á su bandera, que simbolizaba la libertad y el órden, el cumplimiento exacto de las leyes, el esplendor del trono y la independencia de la nacion.

Terminó el año de 1839 con el horizonte político anubarrado, y amenazando tempestades, que estallaron en el siguiente.

IV.

Las operaciones militares seguian paralizadas en el Maestrazgo al empezar el año 1840, por efecto de la crudeza del invierno y de las grandes nevadas, que ponian intransitable aquel montañoso país. Por la parte de Valencia, no habia cesado de operar con éxito el general D. Javier Azpiroz, durante los meses de Noviembre y Diciembre últimos, ocupando y abasteciendo á Chelva, tomando el fuerte de Torres de Castro, emprendiendo el sitio y conquista de Chulilla, y activando las obras de fortificacion de muchos puntos estratégicos.

Los carlistas redoblaban sus esfuerzos para hacer frente á los males que les amenazaban, y mientras Cabrera caia enfermo á consecuencia de las grandes fatigas é inquietudes que su situacion y su ardiente celo le imponian, todos los demás jefes procuraban estar á la defensiva, y no sin fruto algunos de ellos tomaban la ofensiva, inquietando á las tropas constitucionales, y llamando hácia diversos puntos la atencion del Duque de la Victoria. Llagostera se apoderó en Molinos de 250 cargas de víveres y 193 prisioneros; atacó despues á la retaguardia de una division liberal en la cuesta de Aguaviva, y aunque fué rechazado, cayó luego sobre Estercuel y se hizo dueño de su fuerte.—Bosque apresaba por el mismo tiempo ganados y víveres, y Arévalo peleaba con fortuna en Casas de Ibañez.

A principios de Enero, hizo Arnau una excursion á Castilla con 1,700 infantes y 1,500 caballos; llegó hasta Albacete, y recogiendo un cuantioso botin, regresó por

Huete y Beteta al interior del Maestrazgo.—Palacios marchó á la provincia de Guadalajara; batió en Alcocer á la columna que mandaba el brigadier Quiñones, y en Peralejos venció á la de Rodriguez. El mal efecto que producian estas ventajas parciales era compensado por las que obtenia sobre la línea del Turia el general Azpiroz, apoderándose de muchos pueblos, y estableciendo una base de operaciones para penetrar con seguridad en el interior del país carlista y facilitar el ataque de sus fuertes.

En Cataluña hubo, durante el mes de Enero, algunos choques de importancia. Una fuerte division carlista invadió el Ampurdan con el objeto de sacar recursos de aquella fértil comarca: El general Carbó persiguió á los invasores, y alcanzándolos en las colinas de las Timbas, sostuvo con ellos un encarnizado combate, y les obligó á emprender la fuga á pesar de su obstinada resistencia.

El mando en jefe del ejército liberal de Cataluña era ejercido interinamente por el general Buerens, quien llevando á sus órdenes cuatro divisiones compuestas de 9,000 infantes, 1,000 caballos y algunas piezas de artillería, emprendió á fines de Enero la conduccion de un nuevo convoy para abastecer á Solsona. Concentradas sus fuerzas en Biosca y puntos inmediatos, salió de aquel pueblo el 1.º de Febrero, proponiéndose eludir el paso por Peracamps. En este punto aguardaban ya los carlistas, en número considerable, al mando de D. Ignacio Burjó, que habia sido ascendido á mariscal de campo por las acciones de Noviembre anterior, y á quien debian secundar los brigadieres Pons, Porredon é Ibañez y el coronel Castell. Segarra no se dignó comparecer en el campamento de Peracamps, ó acaso la Junta *suprema* no se lo permitió, reservando su valor y pericia para casos de mayor importancia.

Las columnas liberales emprendieron la marcha, con órden de separarse de la carretera, para dirigirse hácia la derecha por un camino poco transitado, que algunas veces habian seguido los convoyes, á fin de esquivar el encuentro del enemigo; pero noticiosos los jefes carlistas de esta determinacion, dejaron parte de sus fuerzas ocupando aparentemente los parapetos de la montaña, y dispuestas á caer por la izquierda sobre el centro y la vanguardia del ejército liberal en cuanto este pronunciase su movimiento en la direccion indicada, y situaron siete batallones, toda la caballería y algunas piezas de artillería en disposicion de arrojarse impetuosanente sobre la retaguardia y flanco derecho, tan luego como las demás divisiones hubiesen empeñado seriamente el ataque. De este modo se proponian coger entre

dos fuegos el centro liberal, oponiéndose á su avance y á su retroceso, y dejar aisladas la vanguardia y la retaguardia para batirlas más fácilmente.

El plan no estaba mal concebido; pero faltó la ejecucion, que á ser bien dirigida hubiera causado tal vez la derrota inmediata del ejército constitucional. Tenia este que bajar una larga cuesta antes de llegar á la altura de las Birlotas, y aquel descenso peligroso era el terreno elegido por los carlistas para dar la embestida; pero bajó la vanguardia; siguiéronla el centro y la caballería con el convoy; quedaba la retaguardia dominando las alturas, protegida por fuertes reservas de infantería, cuando sonaron las primeras descargas á media legua de distancia. La vanguardia liberal era atacada: el grueso del ejército marchó á paso redoblado á tomar parte en el combate, que se extendió por toda la línea, y solo entonces se decidieron á moverse algunos de los batallones carlistas emboscados sobre la derecha, mientras la caballería y la artillería permanecian inactivas. La retaguardia liberal, socorrida por algunas fuerzas del centro, se posesionó de las alturas, y no solo resistió valientemente el ataque, sino que se abrió paso á través del enemigo, que peleaba con tanto arrojo como desconcierto.

En el otro extremo no era menos empeñada la lucha; pero los carlistas, faltos de direccion inteligente, combatian en mal terreno, y tenian que habérselas con tropas disciplinadas y perfectamente conducidas. A la cabeza de la vanguardia iba el *Primero provisional,* que, mandado por PRIM, sostuvo á pié firme el choque de sus enemigos, y los rechazó por tres veces, avanzando en correcta formacion como si estuviese en una parada. Las demás fuerzas, subordinadas asimismo á la hábil direccion del general Clemente, maniobraban tambien con una precision admirable, dando tiempo á la reunion de todo el ejército, que adelantó, mejorando de terreno, sin dejar de ser hostilizado. Buerens mandó entonces desfilar el convoy por fuera del camino, marchando las tropas en línea paralela; y despues de una série de combates parciales y de algunas brillantes cargas de caballería, entró en Solsona al anochecer, en medio de un deshecho temporal de lluvia.

Parte del ejército liberal pernoctó en las inmediaciones del Hostal del Boix, quedando á su cuidado unos setenta heridos. Los carlistas se replegaron á sus antiguas posiciones.

Dos dias descansó Buerens en Solsona, y á pesar del mal tiempo, emprendió el 4 su regreso, conduciendo los heridos, que no bajaban de ciento cincuenta. Penosísima era la marcha de las tropas por aquel escabroso país: llovia y nevaba en abun-

dancia, y los arroyos y los rios, fuertemente crecidos, amenazaban arrastrar á los soldados entre sus turbulentas aguas. Al llegar cerca de Peracamps, fué necesario hacer alto, y prepararse para combatir al enemigo, que aguardaba en las alturas del Milagro y de San Pedro de Padullers. Diez y seis batallones carlistas se hallaban en posicion á lo largo de la cordillera, teniendo de reserva en segunda línea sobre 300 caballos y una batería de á lomo.

El primer encuentro fué terrible, y tan vivo y certero el fuego de los carlistas, que hicieron sufrir á sus contrarios una pérdida de cuarenta muertos y seiscientos heridos, contándose tres oficiales entre los primeros, y veinticuatro entre los segundos. Aunque la accion se extendió á toda la línea, el grueso de las fuerzas carlistas cargó principalmente sobre la retaguardia liberal, que hubo de hacer alto para rechazar el ataque. Los batallones encargados de cubrirla, entre ellos el *Primero provisional*, dieron media vuelta presentando su frente al enemigo, al mismo tiempo que los del centro se desplegaban rápidamente en batalla sobre su derecha. El choque fué violento y prolongado: por una y otra parte se hácia un fuego nutrido y horroroso, y repitiéndose á menudo las cargas á la bayoneta, la accion se convertia con frecuencia en espantosa refriega. Tambien tronaba el cañon, y en medio de aquel bregar y de los vaivenes de ambas líneas enemigas, carlistas y liberales parecian ser simultáneamente vencedores y vencidos; pero el ímpetu de los primeros se estrellaba en la firmeza y disciplina de los segundos, cuyas compactas filas permanecian impenetrables á los más rudos ataques.

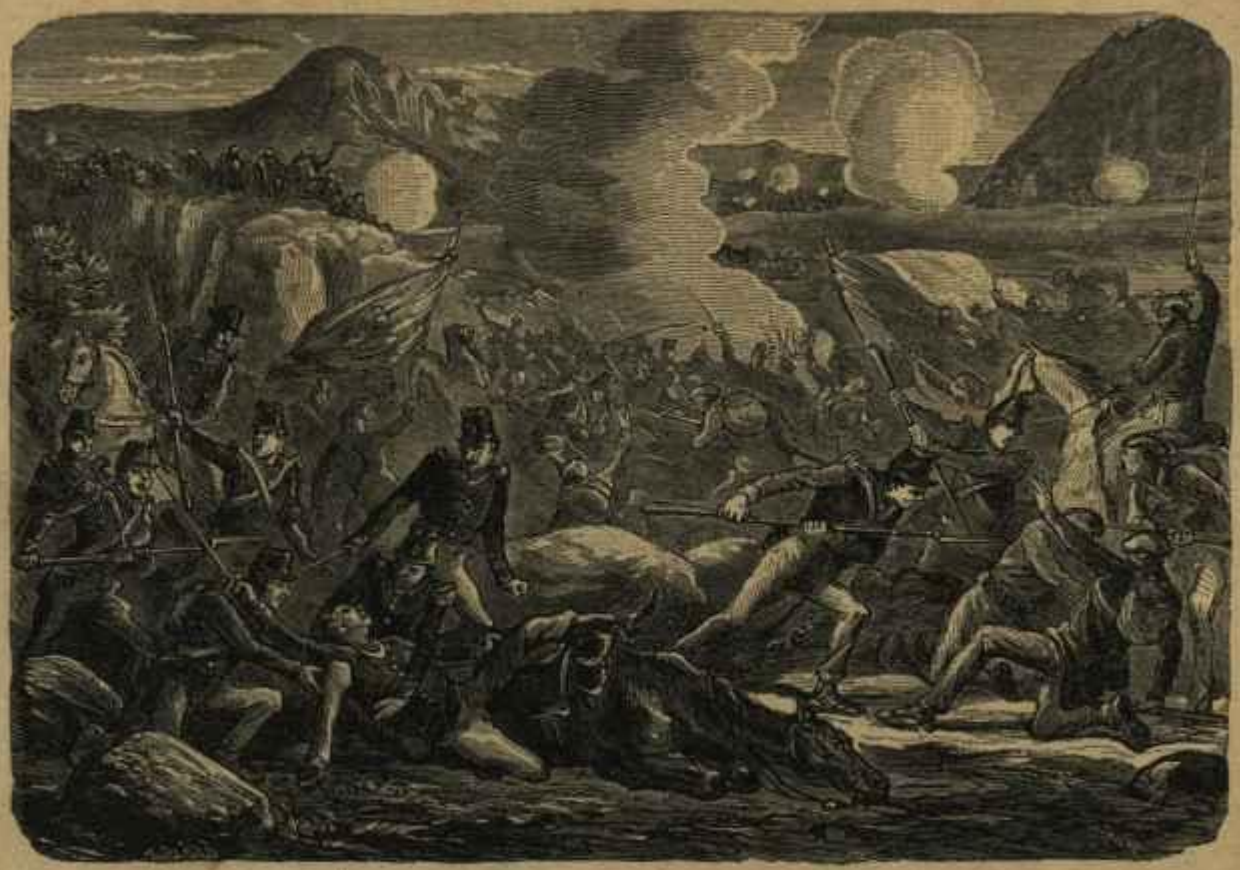
Allí se distinguia entre tantos valientes el valiente Prim, aguardando sereno las bruscas acometidas del enemigo, para cargarle con denuedo y arrollarle cuantas veces abandonaba sus ventajosas posiciones. En una de estas cargas, el *Primero provisional* se vió vigorosamente apoyado por otros dos batallones, y ayudando á la vez el costado derecho con un fuego certero, no quedó á los carlistas más recurso que retroceder, poniéndose en salvo á favor de las quebraduras del terreno.

El ejército constitucional prosiguió entonces su interrumpida marcha; pero pronto se rehicieron sus tenaces enemigos, y descendiendo de las alturas, se lanzaron en pós de la retaguardia, que acometida por numerosas turbas, hubo de sostener contínuos y terribles combates, en un trayecto de legua y media. Lo que bregó y padeció Prim en aquel penoso tránsito es indecible: obligado á marchar como en retirada, batiéndose siempre, resistiendo casi todo el peso de la faccion, sufria moralmente con el disgusto de no poder desviarse de su puesto para escarmentarla, y

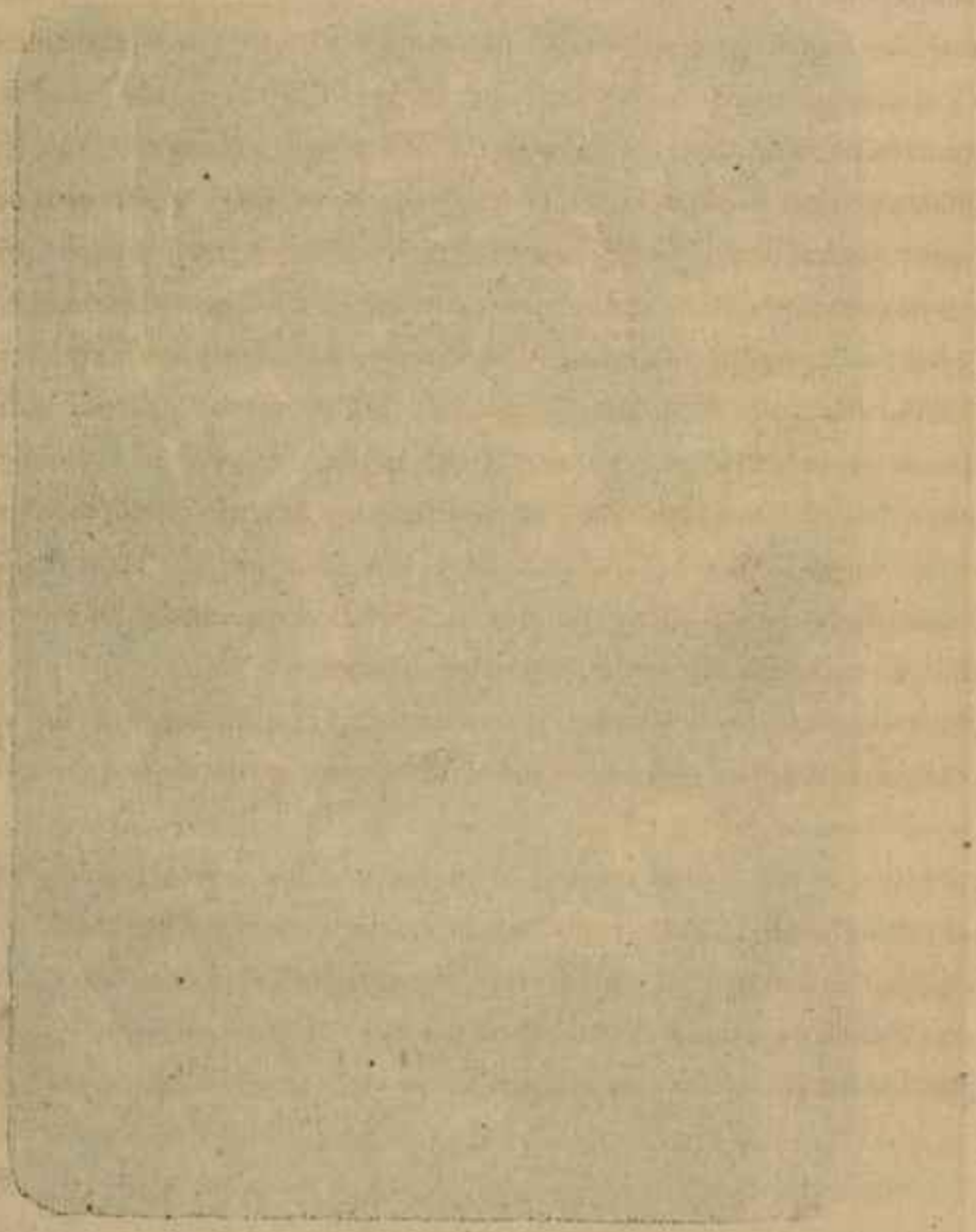
esto cuando hasta el cielo parecia conjurarse en su contra. Las nubes no cesaban de arrojar agua y nieve, que un viento helado lanzaba con violencia, azotando el rostro de las tropas cada vez que hacian frente á retaguardia, y cuya densa cortina oscurecia por completo el horizonte á la distancia de quinientos pasos: el suelo, reblandecido y encharcado, apenas permitia sentar las inseguras plantas, que resbalaban ó se hundian en aquel terreno trillado por el ejército, y convertido en turbio lodazal de cieno y sangre.

Necesitaba PRIM desembarazarse á todo trance de la obstinada persecucion de los carlistas, que, recibiendo el viento por la espalda y marchando entre bosques por la ladera de las montañas, le hostilizaban con extraordinaria ventaja: propúsose atraerlos á su terreno en campo despejado, y lo consiguió apostando su gente en una de las revueltas del camino: cuando los tuvo cerca y en paraje conveniente, mandó cargarles á la bayoneta, y puesto él mismo á la cabeza de algunos caballos, se arrojó intrépido en medio de las masas enemigas, que retrocedieron llenas de espanto. Sin embargo, un accidente desgraciado puso en grave peligro la vida del valiente jefe; pues en lo más ardoroso de la carga, recibió un balazo de fusil en la pierna izquierda; matáronle el caballo que montaba, y al caer este le cogió debajo. Vióse entonces á PRIM enderezar el cuerpo, y levantar en alto el brazo armado de la vibrante espada, cual si desafiase al enemigo, que en torno suyo y á muy corta distancia, pugnaba por abrirse paso á través de las bayonetas de sus contrarios: un momento de indecision, un revés de la suerte que obligase á cejar á las tropas liberales, habria hecho que PRIM sucumbiese de un modo desastroso, porque habria sido en vano pretender que se rindiera. Su actitud arrogante, á pesar de la crítica situacion en que se hallaba, le salvó del peligro; pues llamando así la atencion de algunos soldados y la de su amigo el capitan Molera, fué al punto socorrido, con grande abnegacion por parte de este, que no podia olvidar lo que PRIM habia hecho para salvarle á él ante los muros de Ager.

Los carlistas fueron rechazados con pérdidas considerables, y el ejército constitucional pudo seguir su penosa marcha hasta Biosca, sin ser ya hostilizado formalmente. El *Primero provisional* se cubrió de gloria en los combates de estos dias, rivalizando con él en valor y decision los batallones de Almansa, Valladolid, San Fernando, Jaen Toledo y el 1.° de Saboya. Las pérdidas de muertos y heridos por ambas partes pasaron de mil quinientos hombres. PRIM fué recompensado con una recomendacion especial y con el empleo de teniente coronel mayor por su bizarro



Alturas de Peracamps.—Accion del 4 de Febrero de 1840.



comportamiento en aquellas sangrientas acciones, las últimas de la guerra civil en que tomó parte.

La causa carlista se sostenia en Cataluña únicamente por la terquedad de sus fanáticos defensores de la montaña, que algunos explotaban en provecho propio, y por la falta de medios suficientes para combatirles, con que lucharon siempre los jefes de las armas constitucionales. Así se explica la irregularidad de aquella guerra, y el ningun resultado de tantos sacrificios, de tanto estrago, de tanta sangre derramada en siete años de combates. Al hacerse cargo el general Van-Halen de la Capitanía general del Principado, en 1.° de Marzo de 1840, se encontró desprovisto de todo; con los puntos fortificados de primera línea desguarnecidos; con más de trescientos que necesitaba cubrir una parte del ejército, consistiendo la restante en tres divisiones de escasa fuerza, que operaban en el distrito de Vich, en el campo de Tarragona y sobre el alto Aragon. El Estado mayor no pudo darle el de la fuerza de operaciones, ni de guarnicion, ni dato alguno de cuantos necesitaba conocer. Los recursos escaseaban de modo que era imposible atender á las más imperiosas necesidades; y Van-Halen tuvo que dedicarse con preferencia á todo á procurárselos, consiguiendo con mucha dificultad un anticipo de dos millones de reales, á cuyo pago hipotecó los derechos de puertas.

En situacion tan poco lisonjera, no es de extrañar que flaqueasen las operaciones de campaña. Solo dos hechos de importancia merecen citarse: la toma por sorpresa de los pueblos de Alpens y Vidrá, efectuada en 12 de Marzo, apoderándose el general Carbó de las oficinas civiles y militares que los carlistas tenian establecidas en el primer punto; y una reñida batalla, ganada por el general Van-Halen, á fines del siguiente mes, en los tantas veces ensangrentados campos de Peracamps. La guerra tocaba á su fin, y este dependia del éxito de las operaciones que en aquellos momentos llevaba á cabo con extraordinario vigor el general Espartero.

V.

Inútilmente se habia luchado en los campos y en los pueblos durante más de seis años; inútilmente se derramaba todavía sangre española para decidir por las armas la contienda empeñada sobre sucesion á la corona y forma de gobierno; el

absolutismo, infiltrado en el palacio real, se empeñaba en rodear el trono de la Reina niña, y en recobrar por la astucia el imperio que le arrebataba la fuerza; en tanto que algunos diplomáticos extranjeros formaban planes atentatorios á la independencia de la nacion, proponiéndose expulsar á aquella misma niña del trono, para darlo al hijo mayor de D. Cárlos, que se casaria con una hija de Luis Felipe, rey de los franceses.

Los autores de este plan, que apoyaban Austria, Prusia y Francia, proyectaban formar una regencia, presidida por Cabrera, á quien se autorizaba para convocar un simulacro de Córtes en Aragon y Cataluña; trataban de insurreccionar las provincias Vascongadas y Navarra, al grito de fueros netos y abajo la Constitucion; pensaban dar á España un Estatuto; y cuando meditaban estos grandes crímenes, (que otro nombre no puede darles una conciencia honrada), el mariscal Soult, á quien el Marqués de Miraflores, nuestro embajador en París, reclamaba la proteccion de la Francia, le contestaba: "que el gobierno francés no podia tomar parte en nuestros asuntos domésticos, miéntras no se amalgamasen con el interés de D. Cárlos, único caso en que podia intervenirse."

Como el general Espartero y su valiente ejército no podian consentir que la nacion de 1808 fuese juguete de cábalas extranjeras, ni menos que se atentase descaradamente contra la Reina y la Constitucion, tratóse de esto en París, y parece que dijo el representante de Prusia: — "La duracion de ese general la determinará el color de las nuevas Córtes."

La pandilla jovellanista seguia minando el trono de Isabel II y la regencia de Cristina, en tanto que afectaba prestarles el más leal y decidido apoyo: los más allegados á la gobernadora trastornaban su cabeza con fantasmas de república, de anarquía y trono amenazado por los progresistas; y todas estas miserables intrigas encontraban apoyo, por una parte, en la política tortuosa del Gobierno, y por otra, en la falta de prudencia y tino del partido liberal.

Abriéronse las nuevas Córtes el 18 de Febrero; aquellas Córtes amañadas por el Ministerio, no elegidas libremente por los que tenian de la Ley este derecho: las elecciones habian sido en muchos puntos un verdadero combate, una lucha violenta. El Gobierno habia triunfado, aunque á costa de su prestigio: la oposicion solo pudo llevar al Congreso setenta diputados, contra ciento setenta y uno de que constaba la mayoría; pero bastaba aquel número para levantar una tempestad, que estalló furiosa desde las primeras sesiones. La discusion de las actas dió márgen á

enérgicas protestas y á terribles cargos con motivo de las infracciones de ley, de los abusos del poder, de los atropellos y desórdenes acaecidos durante el período electoral.

La efervescencia política era grande en el público, pretendiendo algunos que las Córtes no llegáran á constituirse: desconocíase su autoridad, y en la sesion del 23 de Febrero, hiciéronse demostraciones insultantes y estrepitosas dentro del Congreso, mientras la muchedumbre irritada asediaba sus puertas. Los gritos y silbidos de los concurrentes á la tribuna pública ahogaron la voz de los oradores moderados. Con dificultad pudo aquella ser despejada; pero al dia siguiente se repitió la misma escena, y fué mayor el tumulto. Los alborotadores se lanzaron furiosos á la calle, donde habia un gentío inmenso en actitud imponente; disparáronse algunos tiros, y las autoridades, desobedecidas y hasta insultadas, no osaban hacer uso de la fuerza contra aquella multitud compacta.

Se acercaba la noche, y crecia la ansiedad de los diputados. —"*La representacion nacional está sitiada*, exclamó alguno; *¿y no truena el cañon contra los revoltosos?*"

El Gobierno habia reforzado las guardias del Congreso y apostado un batallon en sus inmediaciones; pero la muchedumbre á nadie respetaba, y solo era contenida por la Milicia nacional, que estableció un cordon al rededor del edificio. El Jefe político fué desarmado; el Capitan general escarnecido.

En aquel conflicto, el ministro Arrazola dió pruebas de un valor indomable: salió á la calle, y arrostrando el furor de las masas irritadas, se mostró decidido á dominarlas por la fuerza; mas como viese la indecision de las autoridades, mandó decir al Capitan general por medio de uno de sus ayudantes, que si no cargaba inmediatamente, le enviara el caballo, que él lo haria. Fué aquella una resolucion atrevida, propia de un corazon esforzado; pero solo justificable por la imperiosa necesidad de salvar el decoro del Gobierno á toda costa. Más valiera, sin embargo, no haber dado ocasion á un motin escandaloso, que en circunstancias diferentes de las que lo promovieron, habria merecido una represion severísima. Desgraciadamente, lo que el Gobierno llamaba "desacato punible y directo contra la sagrada institucion de las Córtes, y ataque á la libertad de la representacion nacional"[1], no era más que una protesta, brutal si se quiere, inconveniente siempre, pero protesta, al fin, contra el bastardeamiento de aquella misma institucion. ¿Dónde estaba la repre-

[1] Alocucion del Capitan general de Madrid, del 25 de Febrero de 1840.

sentacion nacional? El Congreso representaba unicamente la voluntad del Ministerio, y esta era la causa de tanto desórden.

El Capitan general cargó á los grupos con su escolta, causando algunas desgracias; publicó un bando declarando la capital en estado de sitio, y llamó á Madrid una brigada que habia en Guadalajara, con lo que por entonces quedó restablecido el órden material; pero estos hechos dejaron más enconadas las pasiones políticas.

La situacion en que se hallaba el país exigia seguramente que se diese *fuerza y vigor al Gobierno, para la conservacion del órden y de la pública tranquilidad;* pero tambien las mismas circunstancias exigian que nada de esto se tratase de conseguir por medios violentos, y sembrando desconfianzas acerca de la seguridad de las instituciones liberales. Faltaba esta seguridad, y los actos y los proyectos del Gobierno tendian visiblemente á debilitarla.

Diferentes proyectos de ley fueron presentados á aquellas Córtes, con el objeto de desvirtuar el espíritu democrático de la Constitucion, y con el de anular reformas ya existentes, que merecian la aprobacion general. Tratóse de restablecer el diezmo y la primicia, bajo el pretexto de asegurar la suerte del clero.

"Aun cuando se niegue (el diezmo), decia Mon contestando á un orador progresista, se pagará; pues es un impuesto que tiene hondas raíces, más poderoso que su señoría, más poderoso que el Congreso mismo.„

"Si se vota el diezmo este año, decia Sancho, para otra legislatura, la cuestion electoral será la del diezmo. ¿Y que sucederá? Lo peor que puede suceder; que el mandato será imperativo. Estoy persuadido de que el diezmo no se cobrará, aunque se vote.„

¿Quién de los dos tenia razon? El tiempo lo ha dicho.

Pretendíase reformar la ley electoral y la de imprenta en sentido restrictivo, y organizar el Consejo de Estado, "para que sirviese de luz y guia á la Corona,„ segun la expresion del Gobierno; en realidad, para constituir una regencia simulada é irresponsable, que en íntima conexion con los cuerpos colegisladores, influyese en el nombramiento de los ministros.

Pero el asunto más grave y transcendental de que se trató en aquellas Córtes, fué el proyecto de Ley de Ayuntamientos: la ley que regia en esta materia era tachada de excesivamente descentralizadora; la que presentaba el Gobierno era una exageracion en el sentido opuesto, y sobre todo, un atentado manifiesto contra la ley fundamental.

El artículo 70 de la Constitucion decia: "Para el gobierno interior de los pueblos habrá ayuntamientos *nombrados por los vecinos*, á quienes la ley concede este derecho.„ El proyecto establecia: "que los alcaldes y tenientes serian *nombrados por el Rey*, en las capitales de provincia, y *por los jefes políticos*, en los pueblos cabeza de partido.„ No podia ser más patente la violacion constitucional; y como si esto no bastase para sublevar el espíritu público, el Ministerio pedia autorizacion para plantear el proyecto sin discutirlo.

Todo era posible con unas Córtes en las que la pasion política y el número dominaban á la razon. Sin embargo, la oposicion halló medios de contrarrestar los propósitos del Gobierno. Si no era dable impedir que el proyecto se aprobase, podia evitarse que lo fuese en una sola votacion, y hacer que se prolongasen indefinidamente los debates. A este fin, propuso D. Salustiano de Olózaga una idea sencilla, que fué aceptada: presentar una enmienda á cada uno de los 113 artículos de que constaba el proyecto, en esta forma: "Se concede autorizacion, etc., entendiéndose que tal artículo dirá tal cosa.„ De este modo, la discusion de la ley era inevitable, y pudiendo tomar parte en ella todos los diputados de la minoría, se llamaba poderosamente la atencion del país hácia un asunto de tanta importancia. D. Pascual Madoz abordó la cuestion con más franqueza, y buscando términos conciliatorios para que no dejara de discutirse la parte esencial de la ley, presentó una proposicion, que aceptó la mayoría, declarando que se abriera discusion sobre los cuatro puntos siguientes: 1.° el censo que marcaba el derecho activo y pasivo; 2.° el nombramiento de los alcaldes; 3.° las atribuciones de los ayuntamientos; 4.° las facultades para suspender ó disolver las corporaciones municipales.

Por unos y otros medios, la oposicion logró su objeto de suscitar extensos y luminosos debates acerca de la famosa ley. No habian aquellos comenzado, cuando, el 8 de Abril, sobrevino una crísis ministerial fuera del Parlamento, como todas las que de mucho tiempo á esta parte se sucedian: la causa de ella fué una cuestion personalísima. Entre las promociones de Leon, Roncali, Zabala y otros á tenientes generales, habia propuesto el Duque de la Victoria las de los brigadieres D. Manuel de la Concha y D. Francisco Linage al empleo de mariscal de Campo, en recompensa de grandes méritos y distinguidos servicios: todas las propuestas fueron aprobadas, menos la última, por parecerles á los ministro que su decoro no les permitia conceder la faja al autor del comunicado del Mas de las Matas; pero negándola, el desaire se hacia directamente al general Espartero, y la Reina no quiso

consentirlo, en lo cual demostró mejor criterio y más elevacion de ánimo que sus consejeros. El conflicto no tenia otra solucion que la retirada de estos; mas como era peligrosa en aquellas circunstancias la disolucion del gabinete, dimitieron sus cargos los ministros Calderon Collantes, Montes de Oca y D. Francisco Narvaez, quedando solos Castro y Arrazola, que reorganizaron el Ministerio con otros hombres de su partido.

El *Correo nacional* y otros periódicos adictos al Gobierno atacaron en esta ocasion á Espartero y á Linage de un modo tan descarado como impolítico, siendo notorio que algunos de aquellos artículos salian redactados de los ministerios. Esto produjo un nuevo manifiesto de Linage, que justamente resentido, al volver por su reputacion militar vilipendiada, reveló la imposibilidad de que ni él, ni Espartero, entrasen nunca en las miras de los moderados [1].

La discusion sobre el proyecto de Ley de ayuntamientos, se prolongó durante el tiempo que tardó Espartero en pacificar las provincias de Aragon y Valencia: el Gobierno ganó todas las votaciones, haciendo triunfar su proyecto en el Congreso y en el Senado; pero realmente sufrió una completa derrota en la opinion pública. Los discursos de la oposicion eran leidos con avidez, y Linage mandó reimprimir

[1] Despues de justificar su ascenso con su brillante hoja de servicios, decia Linage en aquel notable documento:

«Cuando el hombre es atacado injustamente en lo más sensible; cuando el espíritu de partido no perdona medio para injuriar á los no afiliados en sus banderas, y cuando la calumnia se emplea con desenfreno, preciso es que quien es blanco de ataques terribles se sincere, y justifique que el Duque de la Victoria, *primer objeto, ó tal vez único de su traidor encono*, no propuso á su secretario de campaña por la soltura de su pluma, y sí por méritos de guerra.

«Que representa en el ejército y en el país el principio revolucionario, próximo á expirar, en la nacion, si un auxilio con «que no deberia contar no alentara sus esperanzas, etc.» ¿Y quién dice esto? *¿Será esa pandilla jovellánica, positivo principio de revolucion contra el sistema establecido*, club verdaderamente trastornador y egoista, que quiere someter á su pernicioso exclusivismo todos los intereses de la gran familia, todas las afecciones y hasta la libertad de pensar? El ser más morigerado, que difiera, que no sea un ciego instrumento, ó que ofrezca oposicion á sus planes, hasta para que lo comprendan en el número de los anarquistas. Así han dividido á la España liberal; así han prolongado la guerra; así han encendido las pasiones y abierto la caja de Pandora, extendiendo los males, que será difícil, si no imposible remediar...»

Y más adelante:

«Una opinion particular no es el tipo de un principio: la mia, aunque me hubiese ofuscado hasta el extremo de procurar robustecerla, nunca adoleceria de un vicio desorganizador. Quedese esto para esa hez inmunda y despreciable, que sin títulos, sin virtudes, sin convicciones ni interés por la salud de la patria, solo consultan el suyo y se apandillan para devorarla. Hay un partido nacional, que quiere la Constitucion de 1837, el trono de Isabel II y la regencia de su augusta madre. En este partido yo comprendo á todos los españoles honrados, por más exageradas ó pasivas que sean sus ideas, con tal que no ataquen ni perjudiquen aquellos caros objetos; con tal que justifiquen su liberalismo siendo justos y tolerantes, y con tal que amen la independencia de la nacion y trabajen por ella. *Esta es mi política*, y tengo sobrados datos para estar persuadido de que *el Duque de la Victoria no piensa de otro modo*. Pero esa pandilla, *que no ha podido conseguir enredarle en su trama*, y que ve en sus gloriosos hechos un fuerte muro que se opone al directo ataque contra su reputacion, quiere socavarla dando á entender con malicioso rebozo que auxilia el principio revolucionario.....»

uno de Olózaga, en el Más de las Matas, haciendo una tirada de 40,000 ejemplares, para que circulase en el ejército. Ningun otro asunto habia llamado tanto la atencion de los pueblos desde el principio de la nueva época parlamentaria : casi todas las poblaciones importantes de España representaron á la Reina en términos respetuosos, pero enérgicos, hasta el punto de anunciar algunos ayuntamientos, como el de Valencia, su decision á resistir el planteamiento de la futura ley.

El Gobierno puso coto á las manifestaciones de la opinion prohibiendo las exposiciones ; y habiéndose devuelto al Ayuntamiento de Madrid la que dirigia á la Reina gobernadora, y negádole la audiencia que solicitó para ponerla en sus manos, consideró aquella corporacion menoscabado el decoro de su autoridad, cerradas las vias legales para hacer llegar hasta el trono el clamor de los pueblos, cohibida la libertad y destruido el prestigio del municipio , al que se incapacitaba para desempeñar dignamente sus funciones ; por lo cual presentó aquel su dimision, que no le fué admitida por la Diputacion provincial.

Los que no tenian medios de elevar sus exposiciones á la Reina, las dirigieron entonces al Duque de la Victoria , felicitándole por sus triunfos , y atacando á los ministros con extraordinaria violencia. La cuestion , tal como la habia planteado el Gobierno, era cuestion de fuerza; y en la prevision de un conflicto inevitable, todas las miradas se volvian hácia el ilustre pacificador de España , que combatiendo por la libertad, no podia dejarla sucumbir en el momento de vencer á sus más tenaces enemigos.

VI.

Mientras los hombres políticos preparaban los elementos para una lucha , en cuyo fondo se agitaban los mismos intereses debatidos con tanto empeño en los campos de batalla, el Duque de la Victoria y los demás generales y jefes que secundaban sus planes , abrian la campaña más penosa quizás de toda aquella prolongada guerra, prosiguiéndola con admirable rapidez, y teniendo que combatir á un tiempo contra enemigos esforzados, contra las dificultades inmensas del terreno y contra las inclemencias del cielo.

El 17 de Febrero marchó el Duque á Muniesa , resuelto á emprender el sitio de

Segura, no obstante lo crudo de la estacion y lo intransitable de los caminos, dictando á la vez las órdenes oportunas para que se concluyesen con toda brevedad las fortificaciones de Alcorisa y Castelserás, y dedicando los mayores esfuerzos á proteger la conduccion de los convoyes y del tren de batir y el parque de ingenieros, que venian de Zaragoza, destinados á aquella operacion. El 23 se presentó Espartero delante de Segura, y á pesar del temporal de lluvia y nieve, hizo establecer cuatro baterías en parages convenientes, intimando desde luego la rendicion á los defensores del castillo. El 25 y 26 se montaron otras baterías de brecha, cuyos certeros fuegos obligaron á los sitiados á entrar en negociaciones por medio de un parlamento. Concedióseles toda la noche para capitular, previniéndoles que, si al amanecer del dia siguiente no se entregaban á discrecion, continuaria el fuego hasta que pereciesen entre las ruinas del castillo. El 27, dia de San Baldomero, al amanecer, manifestaron los sitiados su conformidad con lo propuesto, y á las diez de la mañana ocupó Espartero la fortaleza, colocando por su mano el pendon de Castilla en la torre del homenaje, y disponiendo al mismo tiempo que la artillería hiciese una salva general, para anunciar á las fuerzas acantonadas en las inmediaciones que el castillo de Segura se hallaba en poder de las armas nacionales. La guarnicion carlista, compuesta de 16 oficiales y 281 individuos de tropa fué hecha prisionera, quedando en poder del vencedor seis piezas, ochenta mil cartuchos y gran cantidad de pólvora, balerío y víveres; pero más que estas ventajas materiales valia el efecto moral; pues los carlistas vieron desmentida la inscripcion que habian puesto en las murallas de aquella fortaleza, y que decia: "*Segura siempre será segura, ó de Ramon Cabrera la sepultura.*„

La mucha nieve que cayó en estos dias y los siguientes puso intransitables los caminos, y fué necesario emplear á todos los paisanos de los pueblos inmediatos en limpiarlos y recomponerlos para poder mover la artillería y los convoyes que se hallaban detenidos. Exhausto el país de subsistencias, á consecuencia de las desordenadas exacciones de los carlistas, consideró Espartero que seria imprudente acabar de consumir los escasos recursos de unos pueblos, á quienes se procuraba atraer, presentándoles el contraste de un sistema ordenado y de la severa disciplina del ejército de su mando, con las depredaciones y excesos de sus contrarios: por esta razon procuraba superar todos los obstáculos que se oponian á la marcha de los convoyes, y que las tropas se mantuvieran de los víveres acopiados por contrata en Alcorisa, Andorra y otros puntos.

Los carlistas, desde el Guadalope, apoyados en Castellote, hacian incursiones en el territorio que estaba á su alcance. Contra aquel fuerte se propuso Espartero dirigir sus operaciones, al mismo tiempo que encomendaba la toma de Aliaga al ejército del Centro mandado por O'Donnell. Solo era posible conducir la artillería á Castellote por la única carretera de Andorra á Ejulve, dando un largo rodeo; por lo cual, hallándose ya el ejército establecido en la línea del rio de Calanda, el 12 de Marzo, determinó Espartero hacer un reconocimiento sobre su frente de operaciones, disponiendo en su consecuencia proseguir el avance en línea recta desde Ejulve por la cima de la cordillera, aunque nunca habian pasado carros por aquellos sitios. Así se ejecutó, empleándose inauditos esfuerzos en recomponer el camino, que las contínuas lluvias destrozaban, y teniendo la infantería que arrastrar á brazo las piezas de grueso calibre por espacio de algunas horas. Las tropas sufrieron mucho en aquellos dias por el fuerte viento y frio intenso que arrostraron en las marchas y campamentos.

Vencidas todas las dificultades, y cubiertas las líneas del Guadalope, las de Camarillas, Alcorisa y Caspe, avanzó el cuartel general con la vanguardia, la tercera division y los parques de artillería é ingenieros por la cumbre de la cordillera, y en la tarde del 22 de Marzo quedaron establecidos los campos delante de Castellote.

Grandes obstáculos presentaba la toma de aquel pueblo y su castillo: fundado este sobre una roca de mucha elevacion y escarpe en todos sentidos, era muy respetable por su posicion; la parte más fuerte parecia ser la occidental, terminada en un torreon de homenage de obra antigua, sobre el cual ondeaba una bandera negra: en otra altura al Oriente, se hallaba fortificada la ermita de San Cristóbal, y ligada al fuerte principal por una caponera aspillerada: al Mediodía, y á tiro de fusil, presentaba la colina del Calvario el mejor emplazamiento para las baterías de ataque; pero este cerro y la poblacion edificada entre él y la fortaleza estaban dispuestos para la defensa.

El dia 23 al amanecer mandó Espartero avanzar á vanguardia contra el Calvario y el pueblo. Los carlistas recibieron á sus contrarios con un nutrido fuego de fusilería, secundado por las granadas que arrojaba el castillo; pero cediendo al fin, limitaron su defensa al fuerte, al reducto de San Cristóbal y á la caponera, desde donde enfilaban las calles, sin que bastasen á impedirlo los espaldones construidos por una compañía de ingenieros. En el torreon se habia sustituido la bandera española á la negra que antes tremolaba. Llegada la noche, dispuso Espartero el asalto del

reducto de San Cristóbal; pero temiendo sus defensores la suerte que les aguardaba, se adelantaron á incendiarlo, encerrándose en el castillo. Al mismo tiempo, y á favor de la oscuridad, se trasladó al pueblo la artillería de sitio, y se la subió á brazo al Calvario, sufriendo los que efectuaban esta arriesgada operacion el fuego de fusil y de granada.

El 24 comenzó á jugar la artillería gruesa: los sitiados se defendian con obstinacion: la escarpada base del fuerte hacia considerar imposible un asalto á la brecha, no bastando abrir una, sino arruinar totalmente los primeros recintos, á lo que se dedicó la batería del Calvario: dos cañones de á 12 destruian por la parte de Occidente los parapetos de la torre de homenaje, y otras dos baterías y un fuerte cordon de tiradores hostilizaban á los sitiados por distintos puntos. El dia 25 era muy crítica la situacion de los carlistas; pero continuaban luchando con heróica resistencia: tras de los muros destrozados aparecian nuevos, aunque imperfectos, retrincheramientos. El torreon habia perdido su corona de almenas y garitas, mas todavía estaba en pié: los ingenieros comenzaron á abrir debajo de él una mina, arrostrando los peligros de la dificultad natural del acceso y la valiente oposicion de los asediados.

Por fin, lo que parecia imposible, se ejecutó en la mañana del 26: tres compañías del regimiento de la Princesa y cazadores de Luchana emprendieron el asalto de la fortaleza, teniendo los soldados que abrirse camino con zapapicos en la escarpada roca: de este modo, y trepando unos en pos de otros, lograron establecerse entre los escombros, donde se trabó con los sitiados el más encarnizado combate. Nuevas fuerzas marcharon en auxilio de las primeras; crecieron las voces que animaban la pelea, rivalizando en bravura unos y otros combatientes, hasta que al cabo de una hora se vieron obligados los carlistas á enarbolar bandera blanca, pidiendo la vida de los que no habian sucumbido. Espartero mandó en seguida cesar el fuego para evitar la efusion de sangre, y al tomar posesion de la fortaleza, los vencedores abrazaron á los vencidos, demostrándoles así el aprecio que hacian de su valor.

La toma de Castellote vino á ratificar la opinion de que, privados los carlistas de todos sus puntos fortificados, quedarian sus fuerzas faltas de apoyo, y en la imposibilidad de seguir dominando el país que durante tanto tiempo habian oprimido al abrigo de aquellas guaridas. Conforme á este plan, siguieron activamente las operaciones, que durante el mes de Abril dieron resultados asombrosos. Distri-

buidas convenientemente las tropas, y guiadas por los generales O'Donnell, Leon, Ayerbe, Zabala, Hoyos y Azpiroz, y por los brigadieres Durando, Zurbano y otros, todos bajo la direccion de Espartero, en veinte dias se apoderaron de los fuertes de Villarluengo, Peñarroya, Aliaga, Ares, Mora y Alcalá de la Selva; en el campo fueron aniquilados los batallones enemigos 1.°, 4.°, 6.° y 7.° titulados de Aragon; y á causa de la generosidad con que las tropas de la Reina trataban á los carlistas vencidos, sufrieron estos en sus filas considerables bajas; pues además de los que perecieron en diferentes encuentros y bajo las ruinas de los fuertes, y más de 1,200 prisioneros, fué extraordinario el número de los que depusieron las armas, retirándose á sus casas, ó presentándose á los jefes liberales. Por último, consiguió Espartero asegurar las comunicaciones en un extenso territorio, mientras que sus contrarios quedaron reducidos á un limitado espacio entre el Maestrazgo y el Ebro.

Todas estas importantes operaciones tenian por objeto la toma de Morella, cuya inmediata consecuencia debia ser la completa pacificacion de los reinos de Aragon y Valencia. Para conseguirlo, no cesaban los trabajos á fin de rehabilitar la carretera de Alcañiz á Monroyo, y los convoyes se sucedian unos tras otros para formar en aquel punto y en Ares, Aliaga y el Horcajo los grandes almacenes de víveres, que debian proveer á las divisiones: al mismo tiempo se reunia en Zaragoza un considerable tren de sitio de artillería é ingenieros, haciendo venir de Pamplona veinte piezas con toda la dotacion correspondiente á su servicio, y de Bilbao y Búrgos el material de parque, municiones y balerío.

Durante los primeros dias de Mayo se ejecutaron varios movimientos de tropas, á fin de mantener á raya á los carlistas y demoler los fuertes de Flix y Mora de Ebro; y el 8 de aquel mes, hallándose reunidos en Alcañiz los parques para el sitio de Morella, se dió principio á la colocacion de las fuerzas del modo más conveniente para realizar aquella operacion. El general O'Donnell se situó en Fortaneta, adonde iban llegando los aprestos destinados al sitio de Cantavieja, cuya aproximacion bastó para que el enemigo abandonase esta plaza.

En efecto, el 10 de Mayo estallaron grandes disensiones entre los carlistas que guarnecian á Cantavieja, por considerar muchos de ellos imposible la defensa; y en tal situacion, resolvieron los jefes abandonar el fuerte durante la noche; pero antes de hacerlo, clavaron toda la artillería é incendiaron la poblacion, llevando su barbárie hasta el extremo de prender fuego á su propio hospital con todos los en-

fermos y heridos que no se hallaban en estado de marchar. Inmediatamente acudieron las tropas liberales, y aunque se ocuparon con gran actividad en apagar el incendio, era tanta su voracidad, que no pudiéron extinguirlo hasta la media noche del 11.

Cabrera y Forcadell hacian, entre tanto, esfuerzos desesperados para resistir al poder incontrastable de sus contrarios, ya concentrando sus tropas hácia la Cenia y San Mateo para mantener expeditas las comunicaciones con Morella, ya embarazando el transporte de los parques y trenes de sitio; y como el enemigo no era despreciable, ni se mostraba abatido, á pesar de haber sufrido tantos reveses, no quiso Espartero aventurarse á dar un paso decisivo, sin tener antes cubierta la espalda, y asegurada su izquierda de toda agresion; conseguido lo cual, el 18 de Marzo mandó emprender el movimiento general de las tropas hácia la Pobleta, desde donde se rompió la marcha por la carretera de Morella. Pero fué necesario suspenderla; porque el dia amaneció lluvioso, y al poco rato se declaró un temporal de aguas tan fuerte, que puso intransitables los caminos. En consecuencia, las tropas tuvieron que vivaquear en las posiciones que médian entre la Pobleta y la ermita de San Márcos, quedándose la mayor parte de ellas al raso; y aunque tenian tiendas de campaña, padecieron mucho, pero más aun la caballería y el ganado de tiro; porque el temporal de aguas se convirtió por la noche en otro más furioso de nieve, de la cual apareció cubierto el terreno con una capa de media vara al amanecer el dia 20. A la nevada siguió un viento glacial y huracanado, que con intensidad creciente duró hasta la noche del 22, permaneciendo todo este tiempo las tropas acampadas en las mismas posiciones: solamente hubo de retirarse la caballería y el ganado de arrastre, para que no pereciesen los animales por la falta de abrigo: tanto era el rigor de aquel temporal, tan impropio de la estacion.

Por fin, el dia 23 amaneció despejada la atmósfera, y el ejército liberal continuó su movimiento hácia Morella. La toma de esta plaza, formidable por su posicion natural y por las defensas del arte, exigia la prévia rendicion de dos fuertes avanzados, el de San Pedro Mártir y el de la Querola. Bajo los fuegos del primero y á la distancia de 60 varas, se construyó una batería de brecha, haciendo uso de la zapa volante, la cual quedó concluida en la tarde del 24: durante aquel dia estuvieron jugando contra el fuerte otras baterías rodadas y una de cañones de á 16: algunos morteros introdujeron sus bombas en la plaza. Los cazadores de la tercera division se tiroteaban sin cesar con la guarnicion de San Pedro, relevándose por

compañías. Al amanecer del dia 25 fué atacada una de ellas por fuerzas que salieron del reducto de la Querola y de la plaza; pero, aunque al pronto la obligaron á ceder y replegarse, pronto recobró el terreno perdido, haciendo huir al enemigo, que se encerró dentro de los muros de Morella.

En seguida rompieron el fuego contra el fuerte todas las baterías á un tiempo, y el general en jefe dispuso que los cazadores de la tercera division, los de la Guardia Real provincial y dos compañías de las de vanguardia estrechasen la circunvalacion y se preparasen al asalto. Intimidados los defensores con el terrible estrago que sufrian las obras, pidieron la capitulacion, pero no fueron admitidas sus primeras proposiciones: continuó el fuego, y al poco rato enarbolaron bandera blanca los sitiados, entregándose á discrecion 3 jefes, 12 oficiales y 264 individuos de tropa. La guarnicion de la plaza hizo una salida con el fin de proteger la retirada de la fuerza que guarnecia el reducto de la Querola; pero cargada inmediatamente por tres batallones de la primera línea y dos mitades de la escolta de honor del general, tuvo que retroceder con bastante pérdida: las tropas liberales se apoderaron del reducto y de otro fuerte contiguo; y conseguidas estas ventajas, variaron sus campamentos para estrechar á Morella.

No nos detendremos en la descripcion de las terribles operaciones que decidieron en cuatro dias la titánica lucha contra aquella fortaleza: más que las palabras dirán algunos números. En la noche del 25 al 26 quedó concluida una batería de 11 morteros, los cuales empezaron á jugar desde el amanecer contra la plaza, consiguiendo incendiar algunos edificios. Entre tanto se trabajaba en otras dos baterías de brecha, para piezas de á 16 y de á 24, y adelantaban las divisiones 1.ª y 2.ª hasta completar la circunvalacion de la plaza. El brigadier Zurbano recibió la órden de destacar fuerzas para batir á los facciosos que recorrian el país desde Herveset, interponiéndose en la carretera.

Durante los dias 27 y 28 de Mayo, arrojaron las baterías de sitio contra la poblacion y el castillo de Morella 358 bombas de á 14 pulgadas, 273 de á 10, 1,652 balas de á 16 y 175 de á 24. Una batería de obuses de á 12 disparó ademas 252 granadas. El dia 29, todos los fuegos de las baterías, menos la de obuses de á 12, fueron dirigidos al segundo recinto del castillo, desmoronando en parte el revestimiento de los lienzos de las murallas, y destruyendo completamente dos de sus torres flanqueantes. A las ocho de la mañana sonó una fuerte detonacion, y una densa columna de humo envolvió el castillo por largo espacio de tiempo: se habia

volado un gran repuesto de municiones, causando la muerte de 50 hombres.

A pesar de tanto estrago y de lo apurado de su situacion, no pensaban los carlistas en rendirse: aguardaban la noche para fugarse á favor de la oscuridad, y en efecto, lo intentaron; pero á pesar de ejecutarse esta operacion con el mayor sigilo, fueron descubiertos por los puestos avanzados de los liberales, que se arrojaron sobre ellos, obligándoles á retroceder en el mayor desórden. Habian salido ya dos terceras partes de la guarnicion: en aquel momento una bomba ocasionó el hundimiento del puente levadizo de la plaza, y los que quedaban dentro creyeron que eran enemigos los que retrocedian: este incidente introdujo tal confusion entre ellos, que trabaron entre sí un reñido combate, de cuyas resultas quedaron muchos cadáveres en los fosos y al pié de las murallas.

El dia 30 se rindió la plaza á discrecion. La pérdida de los carlistas durante las operaciones del sitio ascendió á tres mil hombres, además de la artillería y los almacenes de víveres y pertrechos de guerra. Con la caida de Morella, no quedó más recurso á Cabrera, para salvar el resto de sus huestes, que conducirlas á Cataluña. Espartero resolvió trasladarse inmediatamente al Principado con la mayor parte del ejército expedicionario del Norte, dejando á cargo de D. Leopoldo O'Donnell concluir la pacificacion de Aragon y Valencia.

Los dispersos restos de las facciones, que pocos meses antes se enseñoreaban de casi todo el país comprendido entre el Turia, el Ebro y las sierras de Molina y Albarracin, quedaron en breve tiempo aniquilados. Mientras el general D. Isidro Hoyos daba con fruto enérgicas batidas en los puertos de Beceite, D. Javier Azpiroz limpiaba el Bajo Maestrazgo de carlistas, que se le presentaban á centenares; y marchando después á la provincia de Cuenca, les arrojaba de Cañete y les vencia en Beteta.

Restablecida la paz en todo aquel vasto territorio, las fuerzas de Azpiroz se reunieron en Molina con las de O'Donnell, y este general continuó operando con acierto en ambas orillas del Ebro, para impedir que se llevasen auxilos á Cabrera, y cerrar el paso por el Alto Aragon á Balmaseda. Este feroz caudillo acababa de invadir la provincia de Búrgos con 2,000 infantes y 600 caballos, pretendiendo reanimar la guerra en Castilla por medio del terror. Precedido de una turba de paisanos, verdaderos facinerosos, á quienes prometia como recompensa el robo y el pillage, iba por todas partes sembrando la consternacion, é intimidando á los pueblos con terribles amenazas. El 1.° de Junio, incendió el pueblo de La Nava, y acometiendo

á Roa el dia siguiente, la redujo tambien á cenizas, despues de sostener una lucha tenaz é infructuosa con sus escasos defensores.

Los generales Piquero y D. Manuel de la Concha persiguieron á Balmaseda, obligándole á internarse en Navarra, de donde le expulsó Rivero hasta hacerle atravesar los Pirineos.

En tanto que se llevaban á cabo estas operaciones, habia penetrado Cabrera en Cataluña. Perseguido por O'Donnell, Zurbano y Schelly, marchó por las inmediaciones de Tortosa, donde es fama que se despidió para siempre de su patria, dirigiéndose á Flix, en cuyo punto se hallaban Forcadell y Polo con algunos batallones: pasó el Ebro en la noche del 1.° al 2 de Junio, y antes de efectuarlo, quiso dejar memoria de sí, mandando fusilar parte de los nacionales que llevaba prisioneros, y arrojándolos al rio. Con unos diez mil hombres que pudo reunir, cruzó el Principado, y se presentó el dia 8 delante de Berga.

Corrian voces entre los principales carlistas catalanes de que Cabrera iba decidido á vengar la muerte del Conde de España, y á imponer severos castigos á sus autores y cómplices: existian además planes de transaccion, estando Segarra en tratos con Van-Halen para deponer las armas, por lo cual habia tenido aquel jefe que fugarse de Berga. Cuando Cabrera llegó á la vista de la villa, encontró sus puertas cerradas: los individuos de la Junta trataban de oponerse á su entrada en la plaza, y al efecto habian tomado medidas de precaucion y defensa, poniendo muchas piezas en batería, municionando los fuertes y teniendo la guarnicion sobre las armas; pero la generalidad de las tropas no estaban dispuestas á combatir, y se resistian á ello, aunque se les distribuyó aguardiente y se les arengó para entusiasmarlas.

A la una del dia se presentó el caudillo tortosino, acompañado de una gran escolta de caballería y de algunos batallones, reconoció la plaza á tiro de cañon, y situó piquetes de bloqueo; y habiendo tremolado su E. M. un pañuelo blanco en la punta de un sable, se le contestó tambien enarbolando bandera de paz en uno de los baluartes. Salieron algunos miembros de la Junta á conferenciar con Cabrera, y en vista de sus explicaciones, se le abrieron las puertas y entró en la villa, siendo recibido con salvas de artillería y repiques de campanas.

No eran infundados los temores de los corifeos carlistas de Berga. Lo primero que hizo Cabrera, al dia siguiente de su entrada en la villa, fué mandar que se formase un proceso en averiguacion de los autores del asesinato de España, y en su consecuencia encerró en el castillo de Queralt á Orteu, Torrabadella, Dalmau y D. Narciso

Ferrer, individuos de la Junta, y á otras personas. Varios jefes fueron fusilados por transaccionistas, y en una órden general manifestó el terrible caudillo su resolucion de castigar á cuantos se hallaran en el mismo caso, dando á entender que esta era *la verdadera* causa que le habia impulsado á pasar el Ebro con tanta urgencia, para destruir los manejos ocultos de la revolucion y de la intriga.

Segarra, completamente desengañado, acababa de dirigir desde Vich una alocucion á los catalanes, demostrándoles "que la causa de D. Cárlos era ya insostenible; que la guerra no podia tener ya otro objeto que satisfacer venganzas y miras particulares, y eternizar, si dable fuera, los males del desgraciado pueblo; y les invitaba á deponer las armas y acogerse todos al regazo de su madre comun Doña Isabel II, como él lo habia hecho. La causa que servís, decia, está perdida sin remedio. Desoid las sugestiones sangrientas de esa turba de hombres perdidos, que despues de asolar al país que les vió nacer, han entrado ahora en nuestro suelo á concluir de arruinarlo, á sacrificar más vidas, y á cubrir á Cataluña de desastres para saciar ódios y venganzas, y poner á salvo lo que acaben de esquilmar de vuestros bienes... Contribuid á la pacificacion general... Presentaos á las autoridades militares de S. M. Os esperan con los brazos abiertos, y sereis recibidos por ellas, por las tropas y por los pueblos con la cordialidad y buena acogida que me han dispensado á mí, y de que está recibiendo contínuos testimonios en esta ciudad de Vich vuestro paisano y compatriota—*José Segarra.*„

Esta manifestacion irritó á Cabrera tanto más, cuanto que no podia desmentir la realidad de la situacion desesperada en que se hallaba la causa carlista. Convencido estaba él de que no era humanamente posible continuar la guerra; pero queria luchar hasta el último extremo, y se esforzaba en sostener la subordinacion por el terror, y en avivar el entusiasmo por medios ficticios. Todo inútil: ni aun pan tenia para alimentar á las desorganizadas tropas. Solamente las que habia traido del Maestrazgo se le mantenian fieles, y con ellas aguardó la llegada de su contrario, que avanzaba al frente de cincuenta batallones.

VII.

El mismo dia que Cabrera pasó el Ebro por Flix, lo hizo por Mequinenza el general Leon, conde de Belascoáin, enviado por Espartero con un cuerpo de ejército, para que, situándose en Lérida, cubriese la carretera de Madrid á Barcelona, por donde habian de pasar la reina Cristina y sus dos hijas, la reina doña Isabel y la infanta doña Luisa Fernanda. Proponíase Espartero adelantarse hasta Zaragoza para recibir allí á las reales personas, y con este objeto marchó el dia 3 por Caspe con otro cuerpo de ejército; pero desistió luego de su primer intento y se dirigió á Cataluña, donde era más necesaria su presencia.

Mucho dió en que pensar el viaje de la familia real á Barcelona, emprendido el 11 de Junio contra la voluntad de los ministros y de otros personajes moderados, que pusieron el mayor empeño en impedirlo; pues aunque aparentemente solo se trataba de que la reina Isabel tomase baños de mar combinados con los termales de Caldas, por consejo de los médicos, la situacion política del país hacia que se atribuyesen á aquel viaje otros motivos de muchísima importancia.

La Ley de ayuntamientos, votada ya en el Congreso, acababa de pasar al Senado: se acercaba el momento en que seria llevada á la sancion de la Corona, y con este motivo era cada dia más alarmante el estado de los ánimos, sobreexcitados por las tendencias reaccionarias del Gobierno. Espartero veia graves peligros para el órden, para la libertad y acaso para el trono mismo de la Reina en aquellas tendencias: con criterio distinto, no dejaba de conocer Doña María Cristina lo azaroso de las circunstancias: ambos deseaban tener una entrevista con el propósito de conjurar los males que amenazaban, y aprovecharon la ocasion (si no fué buscada por aquella Señora) de acercarse el uno al otro: no era fácil, sin embargo, que llegáran á ponerse de acuerdo, á no ser que el Duque de la Victoria se entregase en brazos de un partido cuyos actos le parecian desacertados, y lo sacrificase todo á las miras políticas de la Gobernadora ó de su consejeros.

Temian los ministros el viaje á Cataluña, conociendo el ascendiente de Espartero en el ánimo de la reina Cristina, y habian aconsejado que aquel se hiciese á las provincias Vascongadas; al paso que los contrarios del Gobierno atribuian á este el

propósito de obtener la sancion y promulgacion de la ley de ayuntamientos con el apoyo del ejército. En aquellas circunstancias, todas las miradas se fijaron naturalmente en el Duque de la Victoria, cuya preponderancia política iba á ser decisiva.

Resuelto y emprendido el viaje, marcharon con las personas reales los ministros de Estado, Guerra y Marina, quedándose en Madrid Arrazola con los demás ministros, que careciendo de tropas, confiaron á la Milicia nacional la conservacion de la tranquilidad pública, y deseando desembarazarse de las Córtes, en cuanto estuviese aprobada la ley de ayuntamientos, pidieron su clausura en 20 de Junio.

Entre tanto, las reinas eran recibidas en todos los pueblos de su tránsito con vivas demostraciones de entusiasmo; pero al mismo tiempo se procuraba dar á conocer el espíritu de hostilidad contra el Gobierno. El Ayuntamiento del Fresno presentó á Cristina una exposicion para que no sancionase la ley municipal; lo mismo hicieron el de Zaragoza y la Diputacion provincial, aunque se trató de impedirlo, negando á estas corporaciones la audiencia particular que con tal objeto pidieron á S. M.

Llegó la corte á Lérida, donde la reina Cristina y Espartero tuvieron su primera entrevista; pero en ella no se trató nada de importancia; y habiendo continuado la marcha, el dia 26 de Junio, se presentó el ejército en órden de parada, en el camino de Tárrega á Cervera. Media legua antes de llegar á este punto se adelantó el Duque á la regia comitiva, revistó rápidamente las divisiones, que estaban formadas en columnas paralelas, y volviendo al encuentro de la Gobernadora, que iba con sus hijas en carretela descubierta, le arengó en estos términos:

"Señora: Los ejércitos, que por la voluntad de V. M. tengo el honor de mandar, se hallan poseidos de un entusiasmo difícil de expresar, al ver entre sus filas á V. M. y á sus excelsas hijas. Todas las clases, todos mis compañeros de gloria, de privaciones y peligros han trabajado con incesante afan para sostener el trono de vuestra excelsa hija, mi Reina adorada, la regencia de su augusta madre, la madre de los españoles, la Constitucion que hemos jurado y la independencia nacional. Para el logro de tan grandiosa empresa no resta ya más que la última campaña. Ella será rapida, gloriosa y feliz, y lo será mucho más dirigiendo V. M. las operaciones como generala en jefe. Si V. M. nos concede esta honra, entonces, Señora, nada nos quedará que desear."

Estas palabras no habian sido pensadas: eran hijas de la inspiracion del momento. La Reina las oyó con placer, y dando á Espartero vivas muestras de bene-

volencia y gratitud, le contestó, que solo él era digno de mandar el ejército, y que no queria privarle de la gloria de acabar la total pacificacion. El Duque se dirigió entonces á las tropas diciendo: "Soldados, ¡viva la Reina, viva la Reina gobernadora, viva la Constitucion!„; aclamaciones que fueron repetidas por todos con entusiasmo, en medio del estruendo de las bandas militares, que tocaban la marcha real, mientras SS. MM. recorrian lentamente la línea.

Consideróse aquella revista como una manifestacion de los sentimientos del Ejército y de su jefe, el cual siguió acompañando á la regia comitiva hasta Esparraguera. En este punto conferenció Espartero largamente con la Reina gobernadora, y le manifestó cuanto sabia y pensaba acerca de la situacion política de España; los temores que abrigaba con sobradísimo fundamento de que la marcha emprendida por el Gobierno condujese á una revolucion, tanto más temible, cuanto que alzaria por bandera la fé de los juramentos prestados por la misma Gobernadora de cumplir y hacer cumplir la Constitucion del Estado. Inspirándose en su lealtad y en el amor al país, declaró por último á la Reina, que era necesario variar el Ministerio y negar ó suspender al menos la sancion de la Ley de ayuntamientos. La Reina pareció convencida por las razones de su leal caudillo, y le exigió que se comprometiese á ser presidente sin cartera del nuevo ministerio que se formase; á lo cual se resistió Espartero, por no considerarse con fuerzas suficientes para desempeñar tan grave cargo; pero al fin accedió, por complacer á la Reina y demostrarle que no esquivaba ningun género de sacrificios tratándose del bien del país. Aceptó el compromiso para cuando estuviese terminada la guerra, y desde luego quedó acordado quiénes habian de ser los ministros, habiendo el Duque insinuado personas dignísimas, escogidas entre los liberales templados. Convínose igualmente en que no seria sancionada la Ley de ayuntamientos, y en esta confianza, el 29 de Junio marchó Espartero á Manresa, y la familia real continuó su viaje, entrando aquella tarde en Barcelona.

El Ayuntamiento de esta ciudad habia preparado á las augustas viajeras una recepcion magnífica, y los barceloneses las acogieron con entusiasmo; pero no dejaron de manifestar sus sentimientos acerca de la política del Gobierno, colocando en los faroles de la Rambla unos tarjetones con el artículo 70 de la Constitucion, y otro grande en la fachada del Teatro, en el que se leia el juramento prestado á aquella ley por la Reina Gobernadora.

Llegaba, entre tanto, el término de la guerra civil. El 1.º de Julio se puso en mo-

vimiento hacia Berga el ejército liberal, y el 3 tomó posesion de Caserras, abandonado por el enemigo. Desde aquel punto dictó Espartero sus disposiciones para atacar á Berga, donde Cabrera habia concentrado todas sus fuerzas, y fueron aquellas tan acertadas que á pesar, de las formidables fortificaciones que defendian la plaza, el dia 4 entraban en ella vencedoras las tropas de la Reina. El general Leon fué el primero que avanzó con su division contra los reductos ocupados por los carlistas, arrojándolos de las primeras líneas: replegados á las segundas, pelearon allí con la furia de la desesperacion, estimulándoles la presencia de Cabrera, que despreciando el peligro, más parecia provocar á la muerte, que disputar el triunfo. El fuego de ambas partes era horroroso; el combate encarnizado y sangriento. El Duque de la Victoria tuvo que cargar con su escolta, vió caer á su lado á muchos de los que le seguian, y necesitó por dos veces mudar de caballos por haberle muerto los que montaba. Pero, á pesar de todo, no pudieron los carlistas resistir al ímpetu de sus contrarios, y hubieron de ceder los terceros reductos de la derecha, á donde treparon victoriosos los soldados conducidos por el intrépido Leon. Otras columnas liberales ocupaban al mismo tiempo los fuertes de la izquierda, y en menos de una hora quedó Berga en poder de Espartero.

Favorecido por las condiciones del terreno, emprendió Cabrera la retirada salvando toda la guarnicion de Berga, y llevando consigo las familias que quisieron seguirle y los presos que tenia en el castillo de Queralt. Todavía intentaron los carlistas probar fortuna, guareciéndose en el Santuario del Hort, que se hallaba fortificado con artillería de grueso calibre; pero los alcanzó Leon y los arrojó de aquel punto.

Activamente perseguidos por las tropas de la Reina, continuaron los carlistas su azarosa marcha, dirigiendose por la Pobla de Lillet á Castellar de Nuch, donde no les quedó ya más recurso que trepar á las alturas de los Pirineos para refugiarse en Francia. Entonces se apoderó de muchos de ellos la desesperacion; increpábanse mutuamente; deciánse engañados; unos maldecian, otros lloraban, y algunos ponian fin con el suicidio á su vida mal empleada. Cabrera más afligido que todos, y viéndose blanco de injustas acusaciones, reunió á la oficialidad, y expuso los motivos que le obligaban á renunciar á la prolongacion de la guerra buscando un asilo en Francia. "Pero aunque tal sea mi opinion (añadió), si alguno de ustedes cree posible continuar la guerra con ventaja, estoy pronto á entregarle el mando de las tropas. Yo creo haber cumplido siempre con mi deber: si cualquiera de ustedes

quiere hacerme cargos, este es el momento. Aun pisamos el suelo español, y no quiero que se me juzgue como á general, sino como á simple voluntario; pues antes prefiero sufrir la muerte que emigrar con ignominia.„

Nadie le contestó: lloraron todos, y lloró el mismo Cabrera. Justo era que llorasen, tanto su desgracia, como los males que habian causado á su patria.

Durante la noche del 5 al 6 de Julio entró Cabrera en Francia, donde su gente fué indignamente tratada por los habitantes de los pueblos de aquel país: le acompañaron solamente diez mil hombres, procedentes del ejército formado por él en el Bajo Aragon, los cuales fueron desarmados por las autoridades francesas: de los jefes catalanes, solo Burjó le acompañó, segun declaracion del mismo Cabrera. Sin embargo, casi todos los demás tuvieron que seguir el camino de la emigracion, y á mediados de Julio ascendian á más de 20,000 los carlistas que habian pasado la frontera.

Tristany, con los que quisieron seguirle, se sostuvo algun tiempo en las montañas; pero tanto él, como Masgoret, que merodeaba imponiendo contribuciones en el Campo de Tarragona, pronto se vieron obligados á desistir de su loco empeño, teniendo igualmente que emigrar para salvar la vida. El famoso Llarch de Copons abia sido muerto poco antes de un pistoletazo, disparado por uno de los suyos.

En Berga dirigió el Duque de la Victoria una elocuente proclama al ejército, anunciando la terminacion de la guerra civil; de aquella lucha impia de españoles contra españoles, que por espacio de siete años cubrió de sangre y luto, de ruinas y desolacion el suelo de la patria. En el cielo de España brillaba por fin el iris de la paz, tan necesaria para restaurar las perdidas fuerzas de la nacion, y dar comienzo, bajo su benéfico influjo, á una era de prosperidad y bienandanza; pero, desgraciadamente, solo habia concluido el primer acto del drama de nuestras discordias políticas, y cambiada la decoracion y algunos papeles, iba á comenzar una segunda guerra.

DOCUMENTOS.

Núm. 1.—Pág. 91.

Proyecto de Constitucion.

DERECHO PÚBLICO DE LOS ESPAÑOLES.

Artículo 1.º Los gobiernos se han instituido para afianzar el libre ejercicio de las facultades naturales. Estas facultades son:

El derecho de poder hacer todo cuanto no esté prohibido expresamente por la ley ó la costumbre;

El derecho de no poder ser preso ni juzgado sino en los casos y del modo previsto por las leyes anteriores al delito;

El derecho de poder aspirar á todos los honores, poderes y dignidades del Estado sin necesidad de ningun requisito ni informacion nobiliaria;

El derecho de no poder ser turbado en el goce y posesion de su propiedad, excepto en los casos de conocida utilidad pública, y prévio el buen cambio, á bien vista de hombres buenos;

El derecho de expresar sus pensamientos, de palabra ó por escrito, sin necesidad de licencia ni censura, sobre todo lo que no sea contrario á las leyes fundamentales, á las buenas costumbres, y al honor de las familias.

2.º Ninguna autoridad humana puede mandar cosa alguna contraria á estos derechos; no puede, de consiguiente, penetrar en el fuero interno del hombre, suspender las leyes protectoras de las prerogativas naturales, ni dispensar á nadie del cumplimiento de las leyes bajo ningun pretexto.

DE LA FORMA DE GOBIERNO.

3.º El poder legislativo se ejerce colectivamente por el Rey, el Estamento de próceres y el Estamento de procuradores.

4.º El Rey y los dos Estamentos tienen la iniciativa de las leyes.

5.º El Rey puede negar la sancion á un proyecto de ley durante dos legislaturas. No puede negarla más veces, siempre que el proyecto haya pasado en cada uno de los Estamentos, por una mayoría de votos de los miembros presentes.

6.º Todo proyecto de ley una vez desechado, no puede repetirse en la misma legislatura.

7.º El Estamento de próceres y el de procuradores no pueden reunirse sino simultáneamente, so pena de nulidad de cuanto en contrario hicieren.

8.º Las sesiones son públicas; mas pueden declararse secretas á solicitud de cinco miembros.

9.º Tanto los próceres como los procuradores son inviolables por sus opiniones manifestadas en el desempeño de sus funciones.

10. Todos los españoles pueden dirigir á las Córtes peticiones escritas.

11. Una ley orgánica restablecerá la diputacion permanente de Córtes.

DEL REY.

12. El Rey mantiene la ponderacion y el equilibrio entre los diversos poderes del Estado, y ejerce su poder neutro, disolviendo las Córtes, y usando de la sancion suspensiva; exonerando á los ministros, y nombrando otros; conmutando penas ó haciendo gracias en las providencias de los juzgados criminales; disolviendo las juntas y corporaciones municipales, ó revocando sus actas.

13. La persona del Rey es, de consiguiente, sagrada é inviolable.

14. El Rey promulga las leyes.

15. La dotacion civil se fijará para todo el reinado.

16. Una ley arreglará la sucesion á la corona y la regencia, para los casos de minoridad y de incapacidad física ó moral, segun lo exija la conveniencia pública.

17. El Rey, á su advenimienlo al trono, jurará observar las leyes del reino, y respetar los derechos inviolables.

DEL ESTAMENTO DE PRÓCERES.

18. El Estamento de próceres es esencialmente conservador.

19. Los próceres son nombrados por el Rey sobre el conjunto de ternas presentadas por las diputaciones provinciales.

20. Los próceres son vitalicios.

21. El número de los próceres será á razon de un individuo por cada cien mil almas.

22. Para ser nombrado prócer es menester tener treinta años cumplidos, hallarse en el pleno ejercicio de los derechos civiles, y haberse distinguido por su consideracion social, ó una gran celebridad en la carrera de las letras, de las artes ó de las armas.

23. Los príncipes de la familia real son miembros natos á veinte años, con voto á los veinticinco cumplidos, y toman asiento al lado derecho del presidente.

24. El Estamento de los próceres juzga á los ministros, entiende en todas las causas de lesa majestad, y reasume en estos casos un poder discrecional para calificar el delito y aplicar la pena.

25. Los próceres no pueden ser perseguidos en causas civiles sin la autorizacion del Estamento, ni juzgados en materias criminales sino ante el mismo Estamento.

26. El Estamento de próceres se reune fuera de sus funciones legislativas, para desempeñar sus atribuciones judiciales.

27. El Rey nombra el presidente y vice-presidente del Estamento de próceres.

DEL ESTAMENTO DE PROCURADORES.

28. El Estamento de los procuradores es esencialmente progresivo, y abraza todas las mejoras del Estado de una manera general.

Vota el primero las leyes sobre impuestos y reemplazos del ejército.

29. Los procuradores son nombrados por cinco años: mas podrán ser reelegidos indefinidamente.

30. Pueden ser elegidos procuradores los que, teniendo treinta años cumplidos, estén en pleno ejercicio de sus derechos, y paguen por el alquiler de la habitacion ó hacienda, bien sea rural ó urbana, 4,000 reales vellon al año, en las poblaciones que escediesen de cincuenta mil almas, y dos mil en las que bajasen de este número.

31. Son electores todos los que, habiendo cumplido veinticinco años de edad, están en goce de sus derechos cívicos y pagan por el alquiler de la habitacion ó hacienda, rural ó urbana, 1.000 reales vellon al año en las poblaciones que excediesen de cincuenta mil almas, y quinientos en las que no llegasen á este número.

32. Ningun pensionado ni asalariado del Gobierno puede ser elector ni elegible.

33. El número de los procuradores será á razon de uno por cada cincuenta mil almas.

34. La mitad de los procuradores deben estar domiciliados en las provincias en que fueren nombrados.

35. El Estamento de los procuradores acusa á los ministros ante el Estamento de los próceres.

36. El Rey nombra un presidente y dos vice-presidentes para el Estamento de los procuradores sobre una lista de cinco miembros presentada por el mismo Estamento.

37. Los impuestos se votan anualmente, y no se podrá exigir ninguno que no haya sido votado por los dos Estamentos, y sancionado por el Rey.

38. El Rey puede disolver el Estamento de los procuradores, mas convocará otro en el perentorio término de noventa dias.

39. Ningun procurador puede ser perseguido durante la reunion de las Córtes, ni cincuenta dias antes ni despues de las sesiones.

No puede tampoco serlo en causa criminal sin prévio permiso de su Estamento, ó en fragante delito.

DE LOS MINISTROS Y SUS AGENTES

40. El poder ejecutivo reside en los ministros y sus subalternos.

41. Los ministros hacen decretos y reglamentos para el cumplimiento literal de las leyes.

42. Los ministros son responsables ante el Estamento de los próceres en cuanto al fondo de las órdenes que dieren.

Son igualmente responsables sus subalternos ante los tribunales ordinarios en cuanto al modo de ejecutarlas.

43. Los ministros pueden ser miembros de los dos Estamentos; serán oidos siempre que lo pidan, y podrán hacer sus propuestas.

DEL PODER JUDICIAL.

44. La aplicacion de las leyes á los casos particulares pertenece exclusivamente al poder judicial.

45. El poder judicial es esencialmente independiente.

46. Los jueces son inamovibles, é iguales en consideracion y gerarquía.

47. Un juez una vez nombrado no puede ser depuesto sino á virtud de un juicio contradictorio pronunciado por el Estamento de próceres.

48. Una ley orgánica restablecerá los juzgados de primera instancia y de apelacion.

DEL PODER ADMINISTRATIVO.

49. La administracion local pertenece á los pueblos, y es esencialmente independiente de gobierno central.

50. Los vecinos que paguen corrientemente 10 duros anuales de renta por el alquiler de sus habitaciones ó haciendas, urbanas ó rurales, se reunirán todos los años en junta municipal para tratar de los negocios peculiares á los pueblos, nombrando sus ayuntamientos, y elegir sus apoderados para las juntas provinciales.

Se reunirán además en juntas extraordinarias, siempre que lo exijan las circunstancias ó llamamiento de los ayuntamientos.

51. Los ayuntamientos de una provincia, por medio de sus apoderados, se reunirán en juntas provinciales para tratar de los negocios comunes á la provincia, nombrar la diputacion provincial, proponer próceres, y elegir procuradores.

52. Las diferencias entre los ayuntamientos se decidirán interinamente por la diputacion provincial y definitivamente por la junta de provincia.

53. Las diferencias entre las diputaciones provinciales se decidirán interinamente por el Rey y definitivamente por las Córtes.

54. Los ayuntamientos, las diputaciones provinciales, las juntas municipales, y las de provincia no pueden, bajo de ningun pretexto, ocuparse sino de negocios puramente locales y administrativos.

55. Las autoridades subalternas no podrán de ningun modo eludir el cumplimiento de las órdenes superiores, reservándose el derecho de reclamacion.

DISPOSICIONES GENERALES Y TRANSITORIAS.

56. Se reducirán las deudas del Estado á una sola denominacion.

57. Las órdenes monacales quedan abolidas absolutamente.

Se suspenden las órdenes seculares hasta la colocacion de los regulares.

58. Quedan igualmente abolidos los votos perpétuos.

59. Se suprimen los mayorazgos, señoríos, votos y otras obvenciones feudales.

60. Las confiscaciones quedan abolidas.

61. No habrá más acumulaciones de empleos y dotaciones.

62. Los bienes pertenecientes y afectos al Estado se distribuirán gratuitamente una tercera parte en recompensas nacionales y las otras dos entre los individuos y familias menesterosas.

63. Ninguna dotacion civil, eclesiástica ni militar escederá de 60,000 rs. vn.

Los secretarios del despacho y agentes diplomáticos quedan exceptuados de esta disposicion.

64. Se restablecerán las antiguas libertades de la Iglesia española con absoluta independencia de la curia romana.

65. La presente acta constitucional es el libro sagrado de los españoles, que la libertad y la seguridad depositan en las luces y la energía de la milicia urbana, del ejército, y de todos los ciudadanos amantes del engrandecimiento de la patria y del esplendor del trono.—Madrid 24 de Julio de 1834.

Núm. 2.—Pág. 130.

Convenio para el cange de prisioneros, propuesto por lord Elliot, comisionado al efecto por S. M. británica, que ha de servir de regla á los generales en jefe de los ejércitos beligerantes en las provincias de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya, y en el reino de Navarra.

Artículo 1.° «Los generales en jefe de los dos ejércitos actualmente en guerra en las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, y en el reino de Navarra, convienen en conservar la vida á los prisioneros que se hagan de una y otra parte, y en cangearlos del modo siguiente:

Art. 2.° «El cange de los prisioneros será periódico dos ó tres veces al mes, y más frecuente si las circunstancias lo exigen ó lo permiten.

Art. 3.° «El cange se hará en justa é igual proporcion del número de prisioneros que presente cada parte, y los excedentes permanecerán en el partido que se hallen hasta nueva ocasion de cange.

Art. 4.° «En cuanto á los oficiales, el cange se hará de grado á grado, *entre los oficiales de todas categorías, empleos, clases y dependencias que sean cangeados por ambas partes, segun el rango respectivo de cada uno.*

Art. 5.º «Si terminado un cange entre los dos partidos beligerantes, uno de ellos tuviese necesidad de un sitio seguro para guardar en él los prisioneros excedentes que no hubiesen sido cangeados, para seguridad, buen tratamiento y honor de estos mismos prisioneros, se ha convenido que sean guardados en un depósito por el partido en cuyo poder se hallasen en uno ó más pueblos, que serán respetados por el partido contrario: en caso de que este pudiese penetrar allí no podrá perjudicarlos en manera alguna durante el tiempo que permanezcan en dicho depósito: bien entendido que, en las ciudades ó pueblos donde estén los prisioneros no se podrán fabricar armas, municiones, ni efectos militares.

«*Las plazas serán designadas con anticipacion por los dos partidos beligerantes.*

Art. 6.º «Durante esta lucha no se quitará la vida á persona alguna civil ó militar por sus opiniones, sin que haya sido juzgada y condenada conforme á los reglamentos y ordenanzas militares que rigen en España.

«Esta condicion debe entenderse únicamente para aquellos que realmente no son prisioneros de guerra; con respecto á estos, se observará lo estipulado en los artículos precedentes.

Art. 7.º «Cada partido beligerante respetará religiosamente y dejará en plena libertad á los heridos y enfermos que hallasen en los hospitales, pueblos y ciudades, cuarteles ó en cualquier otro paraje, *con tal que estén provistos de un certificado de uno de los cirujanos de su ejército.*

Art. 8.º «Si la guerra se estiende á otras provincias, se observarán las mismas condiciones que en las de Guipúzcoa, Alava, Vizcaya y el reino de Navarra.

Art. 9.º «Estas condiciones se observarán religiosa y rigurosamente por todos los comandantes que puedan sucederse en ambos partidos.

«Habiendo sido firmado este tratado por duplicado, se ha cambiado el puesto de las firmas de los dos generales, á fin de que hubiese paridad perfecta entre los dos partidos.—Cuartel general de Logroño, á 27 de Abril de 1835.—El general en jefe del ejército de operaciones del Norte, Gerónimo Valdés.—Cuartel general de Eulate, 28 de Abril de 1835.—Tomás Zumalacárregui.—Firmado.—Elliot.»

Nota.—Las palabras puestas en letra bastardilla son adiciones hechas por el general Valdés, y aceptadas por Zumalacárregui.

Núm. 3.—Pag. 151.

Proclama á los catalanes, al Ejército y á la Milicia de Cataluña.

5 de Agosto de 1835.

La expulsion de los frailes la consintieron y aprobaron todos los amantes de la libertad: el voto de Barcelona está pronunciado: que no vuelvan los frailes, pero que no haya desórdenes; que siga la tranquilidad y el sosiego.

Que para atender al servicio de la plaza se hubiese reforzado la corta guarnicion con cuatrocientos ó quinientos hombres, que se organizase un armamento en cada barrio, esto estaba en el órden. Pero que los pérfidos Llauder y Bassa, renovando sus acostumbradas traiciones, entreguen la provincia á los facciosos, agolpando todo el ejército en Barcelona para vengar resentimientos personales y desarmar la milicia con la capa de castigar los hechos del 25, hechos que toda la poblacion consintió, este es un crímen atroz, que la muerte no es bastante á expiar.

Todas las columnas del Principado están en movimiento sobre Barcelona; las mejores líneas de operaciones militares están abandonadas; varios pueblos, que trás de débiles fortificaciones con sus valientes urbanos, bajo el amparo de las tropas, se defendian contra las incursiones de los facciosos, quedan ahora á merced de los carlistas: en una palabra, el Principado se pierde. ¿Cuál es el pretexto de este alevoso crímen? ¿Les interesa más á Llauder y Bassa combatir por los frailes que por Isabel II y la justa libertad? ¿Cuál es el estado de Barcelona? ¿Qué desórdenes hay? ¿A qué propiedades se atenta? Los incansables Pastors y Ayerve responden con razon y con sobrada seguridad de la tranquilidad pública. Si cualquiera intentase robos ó incendios, el mismo pueblo haria ejemplar justicia. Los robos é incendios están en las fantásticas cabezas de unos cuantos faroleros y viles asalariados de Llauder, que propalan temores y amagos, que mal pueden existir cuando ellos insultan tan impunemente con su presencia la sensatez de los barceloneses.

El mal es manifiesto y debemos todos conocerlo.

Quitados los conventos y monasterios que pagaban la faccion con las enormes sobras de sus rentas, los facciosos de Cataluña hubieran hecho por quince dias excesos de rabia; pero acosados luego de la miseria, faltándoles el socorro, se hubieran desbandado; ocupados por tropas los mejores puntos y redoblando sus esfuerzos los pueblos y milicia, la faccion sucumbia. Llauder cambia los sucesos y trueca en ruina la salvacion de nuestra patria: abandonando poblaciones ricas al saqueo, dará á los facciosos los recursos que solo sacaban de los frailes; viendo que las tropas se retiran, la faccion se engruesa; los milicianos, sin apoyos de tropas, se verán agobiados por fuerzas superiores; los liberales tendrán que huir; Cataluña será otra Navarra, y Llauder dirá «que lo han causado los liberales con los hechos del 25 de julio.» ¡Alevosía atroz!

No pára en esto la infamia del nuevo tigre de Cataluña; ha llegado á la vileza de reclamar auxilio de bayonetas extranjeras para consumar sus inícuos planes, por la desconfianza que le inspira el patriotismo del ejército.

En tan crítica situacion, sin la franca decision de todos los buenos, los daños serán irreparables. Los momentos son críticos: los ayuntamientos, las corporaciones, los jefes de toda Cataluña, si no quieren que se les tenga por cómplices de Llauder, deben al instante tomar prontas medidas para nuestra salvacion, y exponer al Gobierno el inícuo modo con que se vende nuestra patria.

Catalanes, Ejército, Milicia, conoced vuestra posicion, todavía es tiempo. Trás de Llauder y Bassa vienen los cadalsos, la esclavitud, Cárlos V y la Inquisicion. Bassa... la cacareada espada de Llauder, que ningun faccioso ha visto, sirve solo contra españoles mismos; á la campaña de Lacy y Vera piensa añadir la de Barcelona: su rábia y su ambicion se han de saciar con sangre de sus compatricios: reuníos y evitad la ruina de la patria.

Bravos soldados del ejército, del pueblo habeis salido; entre el pueblo teneis á vuestros padres y hermanos; vosotros sois los primeros interesados en la libertad de nuestra patria: las armas que con tanto honor empuñais, no se mancharán sin duda con la sangre de vuestros hermanos, pues se os han confiado, no, para servir á traidores, asesinos y tiranos, sino para defender la libertad, bajo la égida del trono de la inocente Isabel.

Ciudadanos todos, corred á las armas; guerra á los tiranos que quieren oprimirnos, y que se han quitado por fin la máscara con que nos habian engañado: que el movimiento sea unánime, y sea nuestra divisa: ¡Abajo los tiranos, viva Isabel II, viva la libertad!

Núm. 4.—Pág. 154.

Exposicion de la Junta de Barcelona.

SEÑORA:

La Junta auxiliar consultiva creada por el voto electoral de esta poblacion á virtud del acuerdo de la compuesta el dia 5 por el Ayuntamiento y todas las autoridades, con la confianza que inspiran la lealtad y el patriotismo, y con el profundo respeto debido á una madre generosa, se dirige á V. M., no ya para renovarle dolores pasados, pero sí para implorar de V. M. que se digne acudir con pronto y eficaz remedio á prevenir la reproduccion de otros por que se vieran frustradas esperanzas de un porvenir venturoso.

El trono augusto de nuestra reina y excelsa hija de V. M.; los destinos sagrados de la patria, y los más caros intereses de la sociedad se vieron amenazados y altamente comprometidos en este Principado; y tanto, señora, que el capitan general que V. M. habia enviado para conservarlos, no pudo ya ocultar el peligro á V. M., pidiendo auxilios; pero ¡qué auxilios, excelsa Reina! Un amargo silencio cubra esta idea, y el tiempo y el historiador califiquen la conducta militar y política de aquel general. La opinion pública ha dado su fallo, designándolo como el preparador de escenas que debemos olvidar, y V. M. tambien para no renovar su afliccion. Los desastres pasaron, y á ellos sucede un cuadro de mejores coloridos; un cuadro que bosqueja más confianza, y anuncia, con ella y el grito de Isabel II, consuelos positivos de la augusta Gobernadora á una nacion á quien nada se ha dado y tanto merece.

Desde el dia 6 del corriente, en esta capital y casi en toda Cataluña, si bien rumores vagos han motivado medidas de precaucion, no se ha turbado en lo más mínimo la tranquilidad, y á la simple voz de los jefes y personas á quienes está confiada, se van consolidando el órden y la seguridad. El criminal abandono en que se dejaron los puntos de la mayor atencion para concentrar las fuerzas del ejército contra esta capital,

baluarte el más firme de la lealtad española, ha engrosado la faccion momentáneamente con los elementos que impunemente estaban preparados, esperando que algun éxito de combinaciones carlistas en otras provincias proporcionasen un golpe decisivo contra nuestra inocente Reina, contra V. M. y contra el más seguro apoyo de su trono, el triunfo de la libertad. Entusiasmados empero los catalanes por tan sagrados objetos, corren presurosos á las armas, y no puede ponerse en duda el buen éxito.

Esta Junta, desde su instalacion, trabaja cuanto puede para apoyar tan heróico impulso, y sus manifiestos y proclamas anuncian sus intenciones y el fin de sus tareas. La Junta protesta á V. M. y al mundo entero, que los deseos y conatos de ella aspiran á salvar el trono de Isabel II, la libertad y gloria de la nacion española. Tienen sus individuos la íntima conviccion de estar identificados con los sentimientos de V. M., neutralizados acaso por los desacertados consejos; pero los designios de V. M. y los votos de los leales, quedarian eludidos, si no se atendiesen los clamores de la magnánima y condolida nacion, con preferencia á los deseos de personas ocupadas más de su propia elevacion y riqueza, que de las prerogativas del trono, y de los derechos incontestables de los pueblos. No están estos, augusta Gobernadora, en el estado de ignorancia y de criminal indiferencia que suponen algunos para que se contenten con palabras y promesas vanas é ilusorias. Los más atrasados de los españoles se han cansado ya de preguntarse, cuales han sido los abusos que se han corregido; cuales las reformas que se han verificado; cuales las mejoras y ventajas conseguidas.

Concretándose esta Junta á su propio país, dirá que además de los males indicados en su manifiesto, todos los catalanes, así leales como descarriados, se lamentan viendo que, á la sombra de veneradas leyes, se haya querido ejercer el más fiero é insoportable despotismo.

Los principios que ostentó el anterior Ministerio, así como los anuncios públicos de nuevos gravámenes, sin disminucion alguna de los antiguos, infundieron en los ánimos la desconfianza de conseguir en muchos años las garantías y alivios que V. M., guiada por los impulsos propios de su magnánimo corazon, desde luego concediera. El descontento llegó á ser general en Cataluña; y sus autoridades, gobernando despóticamente, lo hicieron pasar á la insurreccion, y de esta á la lucha. El campo quedó por las masas populares, en el que estacionan llenas de confianza en la justicia y en el generoso anhelo de V. M. hácia la prosperidad de los pueblos.

El Gobierno de V. M. conoce ya los males altamente graves que aquejan á los españoles; hállanse desvanecidos con tristes ejemplos los temores que se han aparentado para retardar las reformas y proclamar, á la par de las obligaciones, los derechos de que aquellas dimanan. Debe tambien haberse convencido el Gobierno de S. M. de que los que medran con privilegios y abusos nunca dejarán de ser enemigos de todo poder que de buena fé trate de corregirlos. Mucho es, pues, lo que el Gobierno puede al momento hacer en obsequio de la confianza que V. M. le dispensa, y en cumplimiento de las grandes obligaciones que su elevada posicion le impone, para satisfacer imperiosas y perentorias necesidades, calmar la ansiedad pública, y disminuir el conflicto en que las autoridades locales se hallan.

Aunque sea molesto, permita V. M. recordar que desde el momento que se encargó de la gobernacion suprema de España, movida de su natural bondad, se apresuró á dar á los españoles una prueba positiva de los deseos que la animaban de promover su felicidad, convencida de que el trono de su excelsa hija doña Isabel II debia afianzarse en la base indestructible de la libertad nacional; y de acuerdo con los consejos de Gobierno y de ministros, sancionó V. M. el Estatuto Real, que fué presentado como la piedra fundamental sobre la cual debia levantarse el suntuoso edificio de la regeneracion de España. Este don precioso llenó de júbilo á los españoles, inspirándoles las más justas y lisonjeras esperanzas; pero fuerza es decirlo, señora, muchos meses han discurrido sin haberse realizado. Algun elemento enemigo de la prosperidad de España parece haberse interpuesto entre el trono y el pueblo, desatando el lazo de su union. Los dignos procuradores del reino quisieron estrecharlo, robusteciendo los vínculos sociales por una ley fundamental, y de V. M. depende poner el sello á su propia obra. Uno de sus fundamentos principales es la libertad legal. Ella no asusta sino á los tiranos y á sus secuaces, así como la justicia á los delincuentes. A la sombra de una y otra se comete á veces algun exceso, pero esto no sucediera si se protegiesen y hermanasen la libertad con la justicia.

La libertad es el don más precioso de la naturaleza; propaga la ilustracion; abre los manantiales de la riqueza pública, y eleva á las naciones al más alto grado de poder y grandeza. ¿Y será posible, señora, que la España, esta patria en que brillaron tantos héroes, despues de haber dictado la ley á dos mundos, haya de quedar por más tiempo reducida á la nulidad, y á ser objeto para los extranjeros de una insultante compasion? ¿Será posible que cuando las demás potencias de la cuádruple alianza y otras inferiores están regidas por instituciones libres, la España sola quedase privada de este beneficio?

Dígnese, pues, V. M. completar su obra, llamando extraordinariamente las Córtes para que se ocupen en la formacion de una ley fundamental análoga á las luces y necesidades de la nacion, y que asegure enteramente la libertad de los españoles. Esta medida será

el iris de paz y union para la nacion, y trasmitirá el nombre de Cristina á las edades futuras.

Dios guarde la importante vida de V. M. muchos años. Barcelona 19 de agosto de 1835.—Señora: A. L. R. P. de V. M.—Antonio Gironella, presidente.—Juan de Abascal, vice-presidente.—José Casajemas.—Juan Antonio Llinás.—Mariano Borrell.—José Paladés.—Pedro Figuerola.—José María Planas.—Guillermo Oliver.—Andrés Subirá.—Ignacio Vieta.—José Antonio Llobet.—Francisco Soler, secretario.

Núm. 5.—Pag. 155.

Exposicion de la Junta de Zaragoza.

SEÑORA:

Los que suscriben, individuos que componen la junta provisional instalada en la heróica Zaragoza para salvar á sus moradores de la anarquía que los amenazaba, llegan á los pies del trono de V. M. llenos de confianza, á manifestar las causas de su reunion, las medidas que han dictado y los votos de este pueblo tan leal como valiente. Para desempeñar este programa, fuerza es subir al orígen de los acontecimientos que han tenido lugar en esta ciudad durante los últimos meses, y examinando los progresos y estado actual de la opinion pública, que tanto ha influido en ellos, presentar á V. M. el cuadro fiel de su verdadera índole, y sobre todo, de las consecuencias que son capaces de producir. Los exponentes lo harán, señora, y lo harán con aquella santa libertad que reclaman las circunstancias terribles en que se halla este país, y la situacion de toda la monarquía, y que no es incompatible con el profundo respeto que se merece el trono.

Para que un pueblo religioso hasta la supersticion llegue á clavar el puñal en el seno de los cenobitas, que veinte años há eran objeto casi de su culto, una causa poderosísima ha de haber sobrevenido. Esta causa es indudablemente la conducta del clero, sobre todo el regular, en la sangrienta reaccion de 1823. Entonces fué cuando esta porcion de la sociedad que debiera mirarse como escogida, en atencion á su augusto ministerio, atrajo sobre su desafortunada patria la más inícua de las invasiones extranjeras, concitó la ferocidad de los proletarios contra las clases acomodadas, trató de sofocar las luces, y erigiendo en principio el retroceso del pueblo español á la barbárie de la edad media, creó un gobierno que redujo á sistema la persecucion más feroz hácia todos los hombres de alguna valía. Las destituciones, las cárceles, el destierro, las ignominiosas cadenas y el patíbulo, en fin, fueron durante nueve años el amargo patrimonio de los buenos españoles. Esta ciudad, por su desgracia, experimentó como el pueblo que más la arbitrariedad de un despotismo oriental, mezclada con las violencias de la anarquía más desenfrenada.

V. M. conoce los sucesos de aquel funesto período, que siempre será un vergonzoso lunar para nuestra historia; y los que suscriben, por tanto, no se detendrán en descripciones, que solo contribuyen á reproducir dolorosas reminiscencias. Baste recordar, que cuando en fuerza de los acontecimientos de la Granja, cambió el aspecto político de la nacion, los corazones de los libres, profundamente ulcerados con los pasados padecimientos, sintieron á la par de una inefable alegría, un secreto temor de perder el precioso bien que empezaban á recobrar. El Gobierno de V. M., sin embargo, intentó la fusion de todos los partidos, y el pueblo mismo, es preciso reconocerlo, prescindió de sus agravios y convidó con la paz á sus opresores. Si en aquel momento los hombres del año 23 se hubieran reunido de buena fé en derredor del trono de vuestra augusta hija, la discordia hubiera desaparecido para siempre de nuestro suelo. Pero el bando liberticida, lejos de apreciar la noble conducta de los que poco antes habian sido sus víctimas, alzó la enseña de la traicion en las provincias del Norte, tan luego como el augusto esposo de V. M. exhaló su último suspiro. El príncipe rebelde, cuyo nombre aclamaban aquellas indisciplinadas hordas, vino en breve del extranjero á acaudillarlas, y convertidas en fuerzas regularizadas, marcharon más de una vez á la victoria.

Entre tanto, las conspiraciones contra la libertad y el legítimo trono han pululado sin cesar por do quiera, aun antes de la muerte del señor don Fernando VII. Zaragoza, despues de haber sido testigo de la asonada de los voluntarios realistas en 25 de Marzo de 1833, estuvo expuesta á la catástrofe horrorosa que le preparaban los conspiradores carlistas en la noche del 27 de Febrero de 1834. Todavía está pendiente por su extraordinaria complicacion la causa que se formó acerca del primero de estos dos delitos, y aunque fenecida casi en su totalidad la que se fulminó sobre el segundo, ofreció á los ojos del público el triste desenlace de que, huidos ó indultados los principales reos,

fuesen víctima de su necedad dos infelices, si bien legalmente condenados á la última pena, completamente insignificantes por todas sus circunstancias.

Antes de estallar esta conspiracion, los patriotas zaragozanos conocian ya que reposaban sobre un volcan; designaban como sospechosos á los mismos sugetos que figuraron despues en aquella escena, y pedian eficazmente armas para defender sus personas y sus hogares. Pero en vano: tan justas solicitudes fueron totalmente desoidas, hasta que en principios de Marzo del mismo año 34, una conmocion popular fué el orígen de los primeros cuerpos de la Milicia urbana.

Iguales ó semejantes sucesos produjeron en las demás provincias un descontento, una desconfianza y una agitacion iguales tambien á las que reinaban en Zaragoza. Lo cierto es, que en el momento que V. M., renovando en el Estatuto Real nuestras antiguas y venerandas leyes, se colocó en el seno de la representacion nacional, escuchó los clamores de los procuradores del reino para que cuanto antes se otorgasen á la nacion garantías que completasen la obra de que el Estatuto Real es el cimiento, usando de vuestra misma real palabra. Los procuradores, señora, órganos fieles de sus comitentes, temian volver á la odiosa coyunda del despotismo, y como esto no solo podia verificarse por el triunfo del Pretendiente en el campo de batalla, sino tambien por las maniobras insidiosas de un ministerio retrógado al que no hubiera medios legales de combatir, buscaron en la declaracion de varios derechos un preservativo contra la posibilidad de este segundo caso. Manifestaron tambien incesantemente la necesidad de medidas fuertes y decisivas para exterminar la faccion de Navarra, la cual sin los reveses que sufrió en los muros de Bilbao y en los campos de Mendigorría, quizá hubiera llegado á comprometer sériamente la situacion de la patria; y convencidos de que la causa de todos los infortunios públicos existia en ciertas clases, pidieron enérgicamente reformas, no de aquellas que por concebirse á medias producen todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas que una reforma trae consigo, sino de las que arrancan el mal con sus raices, privando á los que lo causaron de los recursos necesarios para repetirlo.

Estos fueron los votos de las Córtes, solemnemente emitidos en varias peticiones que elevaron al trono de V. M. Motivos que á la junta no es dado conocer ni le corresponde examinar impidieron y han impedido hasta ahora la resolucion de aquellas demandas. Pero la junta, sin dejar de respetarlos, faltaria á los deberes que le imponen la confianza de sus conciudadanos y el honor y lealtad personal de los individuos que la constituyen, si habiéndonos propuesto formar la historia de los hechos, dejase de poner francamente en consideracion de V. M. el efecto que el silencio del Gobierno acerca de las peticiones de Córtes ha producido en la opinion pública de este vecindario. La desconfianza, señora, el temor de un retroceso que tanto afecta á los que sufrieron la tormenta del año 23, han adquirido cada dia mayor incremento, viniendo á parar en un odio encarnizado contra los que entonces fueron perseguidores de los libres, son ahora sus fiscales y trabajan para llegar un dia á ser sus verdugos.

Y como una sola chispa es capaz de originar un horroroso incendio cuando ceba en materia fácilmente combustible, de aquí es que cualquiera causa de disgusto que llegue á ponerse en accion, excita al instante las pasiones que predominan en el pueblo, y viene á rechazar contra aquellos objetos que lo son para él de encono y alarma. El dia 23 de Abril último vió esta capital una prueba tan convincente como terrible de la exactitud de esta asercion. Un simple resentimiento personal y mezquino bastó para comprometer la tranquilidad pública, por medio de un movimiento que, aunque de pocas horas, fué suficiente para derramar la sangre de diez ó doce hombres, algunos de los cuales gozaba del aprecio y hasta de la veneracion de todos los partidos. Se cortó aquel motin, como acaba de decirse, pero se cortó sin que la parte sana de los habitantes ostentase aquella justa indignacion que su honradez debia inspirarle en otras circunstancias, y que hubiera sido suficiente para hacer sentir el peso de su animadversion á los autores de tamaños atentados. Los sucesos del 5 de Julio próximo presentan al ojo filosófico y observador una fisonomía todavía más pronunciada en el sentido que acaba de indicarse. La imprudencia de un oficial de la guarnicion conmovió al pueblo; se incendiaron durante doce ó trece horas varios conventos, y se buscaba á los religiosos con furor para matarlos, como efectivamente se verificó con algunos, sin que los esfuerzos de la autoridad ni la presencia de la fuerza armada fuesen parte para evitar tales desórdenes.

Pues ahora bien, señora: los zaragozanos, los honrados y valientes zaragozanos, cuyo denodado arrojo y sin par constancia hicieron temblar á las huestes del capitan del siglo, ¿serán hoy por ventura, cobardes asesinos, viles incendiarios? No. Ellos son los mismos que hace veinte y siete años conquistaron el tributo de la admiracion del mundo; ellos son herederos de la hidalga bravura y pundonor de los antiguos hijos de Sobrarbe. Pero fuerza es decirlo: el despecho de que se hallan poseidos por las razones que van expuestas, es el que les hace mirar con rostro sereno el exterminio de personas y edificios que respetáran y protegiéran á todo trance, si viesen que una reforma legal ejercia sobre ellos la accion enérgica que la opinion pública apetece. El despecho, pues, contra estos institutos y contra todos los fautores del carlismo, es la verdadera causa de su indiferencia hácia crímenes que realmente detestan en el fondo de su corazon, y de su antipatía cuando se les exige una oposicion

eficaz á ellos; porque son muchos los hombres de bien que por falta de luces no perciben toda la deformidad del crímen, cuando bajo formas políticas aparece disfrazado.

Prueba sea de esta verdad el proceder del pueblo zaragozano en la mañana del dia 6: en efecto, habiendo llegado á saber que los perversos, que en ninguna parte faltan, se habian aprovechado del movimiento del dia y noche anterior para entregarse al pillaje en los conventos acometidos, los mismos hombres que pocas horas antes llegaron hasta desoir llamamientos sagrados, cuando se trataba de impedir la muerte de los frailes y el incendio de los conventos, corrieron espontáneamente á las armas para perseguir el robo; se lanzaron sobre los ladrones, los apresaron y entregaron á la autoridad, pidieron á voces su castigo, y lo presenciaron con muestras de aprobacion al siguiente dia. ¿En qué consiste, pues, una diferencia tan notable de conducta en tan breve espacio de tiempo, sino en que el robo aparecia como era en sí, feo, infame y despojado del color político, que por desgracia barnizaba los demás delitos que realmente lo prepararon?

Vea, pues, V. M. en este hecho el comprobante más acabado de la honradez del pueblo de Zaragoza. Una vez rectificada su opinion, él se unirá á la autoridad, combatirá el desórden y la anarquía con todo el vigor del carácter aragonés. Pero la opinion, señora, no se rectifica con palabras y con exhortaciones; hechos se necesitan, y estos hechos consisten en la satisfaccion de las exigencias verdaderamente populares. Este es el único medio de eliminar á los hombres de bien de los grupos de los agitadores y de las gavillas de los malvados, de aislar á estos, y de reducirlos á sus propias fuerzas, por cierto poco temibles.

Convencidos prácticamente de la certeza de estos principios, los ciudadanos que tienen el honor de componer la oficialidad de la Milicia urbana, que mejor que nadie habian tocado la imposibilidad de contrariar de frente los movimientos de los dias anteriores, explorando de acuerdo y por órden del entonces capitan general don Antonio María Alvarez los deseos de sus subordinados y de la parte sana de la poblacion, hicieron al Ayuntamiento varias indicaciones, con las cuales y los datos que este cuerpo tenia, pidió á V. M. la supresion de todos los conventos de religiosos de esta ciudad, la separacion de varios empleados que inspiraban desconfianza; la actividad de los trabajos de las comisiones nombradas para la reforma del clero y ley de imprenta, y que en los tribunales de esta capital se sustanciasen prontamente las causas sobre delitos políticos, y sobre todo las relativas á la sedicion del 25 de Marzo y demás pendientes sobre la del 27 de febrero que arriba se han mencionado.

Así se consiguió el restablecimiento de la quietud, y que el pueblo esperase tranquilo el otorgamiento de estas súplicas.

Pero, por una parte, el decreto sobre reforma de regulares, primer producto de las tareas de un año de la comision eclesiástica, lejos de calmar la ansiedad pública, exasperó los ánimos por lo insignificante de los resultados que prometia; y por otra, los últimos sucesos de Barcelona y el colorido que se les quiso dar, exaltaron todas las cabezas.

Preparábase en consecuencia en esta ciudad una conflagracion espantosa, que habia de tener principio por un paso tan insignificante como los que habian dado márgen á los alborotos anteriores, cual era la demolicion de un monumento público que afeaba la calle principal del pueblo, monumento que el cuerpo municipal trataba efectivamente de quitar, pero que maliciosamente sin duda se hizo correr la voz de que no se derribaria. Temblaron las personas sensatas y de arraigo á vista del horrendo cuadro de estrago y desolacion que ofrecia á sus ojos un tercer sacudimiento popular, probablemente llevado más adelante que los anteriores. Vuestro Capitan general, en cuya noticia pusieron el proyecto los comandantes de la Milicia urbana, trató de conocerlo á fondo, se informó de los expresados jefes acerca del estado de la poblacion, y dirigióse por fin al Ayuntamiento para que le ilustrase sobre la materia, é indicase las precauciones que serian oportunas para estorbar que el órden público se alterase.

Empero vista la imposibilidad de resistir el movimiento, se creyó conveniente dirigirlo, adoptando de buena fé cuanto tuviese de razonable, y dándole un giro noble y tan ajeno de desórdenes como de complicaciones contrarias á la forma de gobierno existente, que tal vez, abandonado el pueblo á sí mismo, pudieran haberse introducido.

A este fin dispuso la autoridad que formasen todos los cuerpos de la Milicia en la mañana del 9 del que rige, y que despues de arengados oportunamente por sus jefes, eligiesen cinco individuos por compañía desde la clase de oficial hasta la de urbano, ambas inclusive, los cuales á su vez nombrasen un cierto número de electores por cada cuerpo, que reunidos en las Casas consistoriales eligiesen una junta compuesta de nueve vocales, con el objeto de salvar la tranquilidad y hacer valer los deseos del pueblo.

Verificóse la formacion, y despues de realizado el nombramiento de electores, pasó el Capitan general revista á la Milicia, la cual le recibió en órden de parada con toda la regularidad y disciplina que pudiera esperarse de unos veteranos. En seguida se disolvieron las filas, retirándose los urbanos á sus casas con el más profundo silencio, y reunidos los electores, se procedió al nombramiento de la junta.

Convocada ésta por el Ayuntamiento para la mañana del 10, concurrieron sus individuos á las salas con-

sistoriales en union con los del mismo Ayuntamiento, y de comun acuerdo determinaron ofrecer la presidencia al Capitan general, quien la aceptó declarando á la junta auxiliar suya.

Despues de instalada, por primera providencia indispensable para calmar la ansiedad pública, acordó suprimir todos los conventos de religiosos de esta ciudad, declarando sus edificios y bienes propiedad nacional, á cuyo efecto ya tenian el Capitan general y Ayuntamiento tomadas de antemano ciertas medidas. Determinóse á continuacion asociar á la junta ocho individuos nombrados por el Ayuntamiento y mayores contribuyentes, y realizada la eleccion, tomaron los nombrados posesion de sus cargos.

Ocúpase la junta en la actualidad de la separacion de algunos empleados que tenian contra sí la opinion pública, y ha dado además el manifiesto que incluye.

Tales son, señora, las causas que han motivado la reunion de esta junta, y las medidas que se ha visto en la necesidad de adoptar. Felizmente, hasta el dia los que suscriben han conseguido el fin de sus deseos y de sus esfuerzos: la conservacion de la pública tranquilidad. Esta no se ha alterado en lo más mínimo, ni aun por el más leve incidente.

Mas, sin embargo, señora, los exponentes no deben ocultarlo; cualquier ligero acaecimiento podrá trastornar la quietud de Zaragoza, si V. M. no se digna alargar una mano protectora á sus moradores.

La junta, intérprete de la voluntad de la poblacion, cree que el único medio de apaciguar esta efervescencia que existe, y que tan difícil es de contener, es la pronta convocacion de las Córtes.

La nacion, que ve en sus procuradores los centinelas de su libertad, depositará en ellos sus deseos, sus quejas y hasta sus desconfianzas. En el crisol de la representacion nacional se depurarán las verdaderas intenciones de los ministros de V. M., y si como es de esperar, se adopta una marcha decidida en la carrera de los progresos, vuestro Gobierno, robustecido con el apoyo de los buenos, ya no tendrá que temer los ataques de los enemigos, sea cual fuere la máscara con que se cubran. Para que así suceda, es tambien indispensable, á juicio de los que suscriben, que V. M. se digne acceder á las diferentes peticiones que se han hecho por el Estamento de procuradores, y sobre todo, á las que tienen por objeto el establecimiento de una razonable libertad de imprenta, fianza la más segura de la libertad política de las naciones.

Los que suscriben, señora, por sus destinos los unos, por su posicion social los otros, y por sus principios todos, son tan idólatras del órden como de la libertad. Guiados por estos sentimientos, por el amor personal que á V. M. profesan, y por su lealtad al trono de vuestra excelsa hija, han aceptado y cumplido hasta aquí la espinosa mision de conservar la tranquilidad de Zaragoza en las dificilísimas circunstancias en que se encuentra.

Si V. M. se digna proteger sus esfuerzos, aprobando las medidas que acaban de tomar y accediendo á sus respetuosas solicitudes, creen poder conservar á V. M. esta capital y provincia en el mismo estado; mas si por desgracia no sucediese así, los exponentes, señora, deben á V. M. la verdad, y van á decírsela: no se juzgan con fuerzas para evitar ni menos hacer frente á las funestas consecuencias que pueden sobrevenir.

Por tanto:

A V. M. rendidamente suplican, se digne aprobar las medidas que han dictado con respecto á supresion de conventos y separacion de empleados, y convocar cuanto antes las Córtes, accediendo á las peticiones que las mismas tienen hechas sobre libertad de imprenta y otras garantías. Así lo esperan de la notoria justificacion de V. M.—Zaragoza 11 de agosto de 1835. —Felipe Montes.—Alvaro Gomez Becerra.—Pedro de Ayuso.—Joaquin Ortiz de Velazco.—Angel Polo y Monge.—Manuel María Melgares.—Isidro Pargada y Estren. —Pedro Jordan.—Nicolás Navarro Landete.—Juan Romeo.—Miguel Laborda.—Miguel Zabaleta.—Victoriano Lapetra.—Miguel Alejos Buniel.—Manuel Marqués.—Bernardo Segura.—José Veriz.—Anselmo Baquedano, vocal secretario.

Núm. 6.—Pag. 157.

Exposicion de la Junta de Málaga.

SEÑORA:

Los habitantes de esta ciudad y su provincia bendecian el instante en que, jurada vuestra excelsa hija por Reina de España, se encargó V. M. del gobierno de esta gran nacion durante su menor edad. Impulsada en aquellos momentos de la nobleza y generosidad de su alma, se propuso como único norte la felicidad de sus súbditos, prodigando las promesas más halagüeñas, que hicieron renacer en sus corazones la con-

fianza extinguida por los desaciertos del último reinado. V. M. se hizo rodear de hombres cuya reputacion era la mejor garantía de su sinceridad: les otorgó los más ámplios poderes para que llenasen cumplidamente la gloriosa mision de que fueron encargados: era cuanto podia desearse en aquellos momentos: jamás se ha proporcionado á un gabinete ocasion más favorable para asegurar la ventura de los pueblos que les fueron sometidos. Una gran reina los invitaba, los estimulaba á que acometiesen tan gloriosa empresa; unos pueblos sumisos, pacientes, y que salian del despotismo más cruel, oian las resoluciones del Gobierno con sumision y agradecimiento. Recibian una parte de los bienes que les eran debidos con júbilo y entusiasmo, y corrian en tropel á las armas para defender el trono de Isabel, resueltos á sostenerlo á tanta costa como conservaron el de su padre con torrentes de su sangre. Este entusiasmo generoso se interpretó siniestramente, y mientras se redactaron órdenes, reglamentos y despues leyes para sofocarlo y extinguirlo, se publicó el Estatuto Real, código artificioso, y que en ningun modo satisfacia los deseos ni reintegra en sus derechos á la nacion. La imperfecta representacion nacional que á su virtud fué convocada, lo reconoció demasiado, y varios diputados reclamaron inútilmente en la tribuna con elocuencia y ardimento. Las peticiones de los Estamentos, archivadas en las secretarias del despacho, que no han merecido la sancion real, prueban que se desconocian y que jamás se reintegraria á los españoles en sus goces sin conquistarlos de sus enemigos. En el Estamento de procuradores dijo un ministro, que en España no habia vencedores ni vencidos, y que los bienes que se nos acordaban no nos eran debidos sino es á la benignidad del trono. Señora, los derechos de los pueblos son imprescriptibles: este es un principio conocido por los mismos que con tanta tenacidad los usurpan; pero si es necesario conquistarlos, los españoles los ganaron en la guerra de la Independencia, guerra que admiró el mundo, que libertó á la Europa, y que afirmó los tronos vacilantes de sus monarcas. Los conquistó en el año 1820, cuando con las armas en la mano los pidió, se le otorgaron y los sostuvo por espacio de tres años contra todos los esfuerzos de la tiranía. Si sucumbieron en 1823 al poder de la impía coalicion de los mismos reyes á quienes habia salvado, si es necesario emprender de nuevo los combates, prontos estamos á ello. La Península toda se ha convertido en un grande ejército, y todos pereceremos, ó nos serán restituidos.

A este fin, el pueblo, la guarnicion y la Milicia urbana de Málaga, se reunieron el 23 del corriente: de consuno han jurado morir ó ser libres, y los españoles jamás hacen en vano sus juramentos. Identificados en deseos, en opiniones y principios con las demás poblaciones de la Península, hacemos causa comun con ellos. La heróica Barcelona, la inmortal Zaragoza, la fértil y rica Valencia, y en fin, todas las ciudades considerables nos dan ejemplos. Siempre amamos y respetamos á V. M.; siempre somos súbditos fieles de vuestra excelsa hija; en su defensa moriremos con nuestras mujeres y nuestros hijos; pero en cambio declárense nuestros derechos en un código liberal y bien redactado; afírmense con garantías materiales para que no se nos arrebaten de nuevo, y se nos disputen por las mismas personas que otras veces los han proclamado: aléjense de vuestro lado, sepárense de vuestro consejo los que la disuaden del bien y la inclinan á torpes transacciones con el desleal príncipe, que intenta usurpar la corona, restablecer la Inquisicion y todos los horrores del despotismo: reuna V. M. Córtes generales y extraordinarias segun la Constitucion de 1812, suspendida por fuerzas extranjeras; oiga los deseos y la voluntad de la nacion legítimamente representada; separe de los empleos civiles, eclesiásticos y militares á sus enemigos y á los de los pueblos, renunciando á la quimérica idea de la fusion de partidos: castigue á los cobardes y á los traidores, y entonces cuente V. M. con la provincia de Málaga y con sus moradores, sin limitacion ni restriccion alguna.

Todos ellos espontáneamente nos han elevado á la clase de sus órganos y representantes, nombrándonos vocales de una junta directiva provisional. Este honor nos proporciona la satisfaccion de ser intérpretes de sus sentimientos y deseos, que se extienden á volar en masa al Norte á extinguir esas hordas de asesinos, enemigos del trono y de la libertad, y poner despues á sus piés las armas tintas en la sangre de sus tiranos.

Málaga 26 de Agosto de 1835.—A L. R. P. de V. M.—José Santa Cruz.—El Príncipe Pio.—José Lopez García.—José Vergara.—El Conde de Molina.—Manuel de Lanchas.—Juan Kreisler.—Martin Larios.—José Macrohon.—Juan de Cárdenas.—Antonio Verdejo.—José Lopez Orozco.—Antonio de Miguel.—Vicente Sanchez.—Francisco Javier de la Vega.—Domingo Arjona.—Manuel Montemayor.—Manuel Perez.—Francisco de Paula Rubio.—José Lopez Alechaga.—José María Jáudenes.—José María Ruiz Perez.—Antonio María Alvarez.—José María de Sanmillan.

Núm. 7.—Pag. 159.

Memorandum del Embajador de España en París, reclamando del Gobierno francés la cooperacion armada.

La cuestion española, tal como se presenta en el dia, ha dejado de ser, aun para las potencias que no han reconocido á la reina doña Isabel II, una cuestion de sucesion, puesto que en su esencia y consecuencias es puramente monárquica.

La Reina Gobernadora, deseando contraponerse á las ideas absolutistas de los partidarios del Pretendiente, y sobre todo, contrarestar toda faccion revolucionaria que intentase proclamar la impracticable Constitucion de 1812, otorgó el Estatuto Real, fundado sobre las antiguas libertades que gozaban las diferentes coronas de España, reunidas por el enlace de los Reyes Católicos. S. M. la Reina regente, juntó las Córtes bajo la base sancionada, y no rehusó dar su sancion soberana á aquellas leyes que eran favorables á la causa pública, y aun espontáneamente propuso algunas que solo eran consecuencia de sus maternales deseos, acreditados desde el fallecimiento del rey don Fernando.

Entretanto que S. M. dedicaba sus desvelos al bien procomunal del reino, la faccion del Pretendiente, favorecida por la localidad del terreno y rudeza de los habitantes de las provincias sublevadas, se engrosaba en número y acostumbraba á los combates contra las tropas de doña Isabel II. S. M. en aquellas circunstancias mandó toda su fuerza militar contra unos pueblos que combatian, ya por la seduccion de sus jefes, ya por conservar privilegios ominosos al resto de la monarquía, siendo de notar que las provincias sublevadas son las únicas en España que, á pretexto de sus fueros, protestaron en 1713 contra la exclusion de las hembras para reinar en España, ó sea el informe é ilegal auto acordado de Felipe V. ¡A tal punto ciegan las pasiones cuando la ambicion ó los intereses parciales son el móvil de las acciones humanas!

El Gobierno de S. M. C. creyó haber llegado el caso de pedir el entero cumplimiento del tratado de 22 de abril, no porque juzgase que sus reales armas fuesen insuficientes para vencer á los carlistas, sino porque previó que lo desguarnecidas que quedaban las provincias fieles á su soberanía pudiera facilitar á los revolucionarios demócratas el poner en agitacion el reino: S. M. sabia tambien que, hermanados estos y afiliados en sociedades secretas con los que existen en otros paises de Europa, podrian comprometer, no solo la dignidad de su trono, sino tambien la de los soberanos sus aliados, y aun la de los monarcas que no eran signatarios del tratado de la Cuádruple alianza. Razones que no son de este lugar, hicieron que se negase la cooperacion armada, y su negativa fué el grito de alarma ó toque de generala, para que los revolucionarios de España alzasen la bandera de la rebelion.

Constitucion de 1812, federalismo, demagogia, todo ha sido puesto en accion por gentes ambiciosas ó pérfidas, que la presencia de un pueblo obediente y más circunspecto que ellos ha confirmado con su indiferencia la opinion que tenian de él los hombres honrados que deploraban tantas calamidades.

Así, pues, puede repetirse que la cuestion española no es ya cuestion de sucesion, sino cuestion monárquica, que tiene el apoyo de la fuerza numérica de una nacion tan fiel á sus reyes como la española, y el voto de los hombres de bien que tienen que perder, y que por lo tanto, se hallan fraternizados en sentimientos con todos los que se hallan en igual situacion en los demás países de Europa.

La vecindad de la Francia y las antiguas relaciones de ambos países, las contínuas comunicaciones, y las dos veces que sus ejércitos han hecho mansion en España, hacen que los intereses bien entendidos de ambos pueblos, y la conservacion de los dos tronos actuales se hallen muy comprometidos, siempre que las teas de la discordia ó la cuchilla de la anarquía se alzase en cualquiera de los dos países. Bajo este punto de vista parece debe mirar la Francia la actual situacion de la Península, ya que tiene la fortuna de que el cetro de S. M. Luis Felipe ponga á raya las facciones revolucionarias, que al otro lado de los Pirineos alzan la cabeza contra una menoría real, á favor de las pretensiones de la usurpacion, ó quizá de acuerdo con ella.

Al punto que han llegado las cosas, cuando la unidad y el decoro de la corona de Cárlos III se halla desmembrada y ofendida por pretensiones ilegítimas por un príncipe de su sangre, y por las violencias de un partido tan enemigo del trono de doña Isabel II, como de cuantos existen en el universo, para haber

llegado al caso de que una nacion vecina, poderosa y aliada de S. M. C. acuda á sostener la corona en sus sienes, y á facilitar con su auxilio el que las armas de S. M. se hallen libres para correr á los puntos ó provincias donde se profana su augusto nombre y se entroniza la insurreccion.

Tan poderosas razones deben convencer al gobierno de S. M. el Rey de los franceses, de la conveniencia de que una fuerza militar francesa ocupase las Provincias Vascongadas, á fin de que, ahuyentada por este medio la faccion carlista, llegase á desaparecer, y por lo tanto, el ejército español se hallase en estado de combatir la anarquía en las demás provincias de España; pues si en Madrid una guarnicion de tres mil hombres escasos ha podido restablecer el órden en el mes de Agosto pasado, y el gobierno ha tenido tanta fuerza que ha desarmado tres batallones sublevados de la milicia urbana, no puede caber duda en que si hubiera guarnicion en otros puntos no se verian las juntas insurreccionales de algunas provincias mandando descaradamente y disponiendo de los fondos públicos, ni tampoco en las calles y plazas tropeles de asesinos y de incendiarios perpetrando impunemente el robo y el asesinato.

La cuestion que forma la base de este memorandum tiene ya tal importancia, que es para el trono de doña Isabel II cuestion de vida ó de muerte, y no para que suceda á S. M. en la monarquía española este ó el otro príncipe, sino para que el cetro español se vea destrozado por una faccion revolucionaria europea, que ensaya sus fuerzas en España, porque lucha con una menoría real debilitada por pretensiones del que, si considerara los males que causa con ellas á la dignidad real, se apartaria de un camino que, aunque hiciese llegar al logro de sus deseos, no le constituiria un trono más seguro que el de su augusta sobrina que trata de derribar. Si el obstinado príncipe llegase á convencerse, como pudiera probársele, que muchos que toman su nombre quieren destruir su poder despues del triunfo; y si el pueblo español se convenciese igualmente de que muchos de los que proclaman libertad, Constitucion de 1812, derechos del hombre, etc., son agentes de la usurpacion, y que se hallan muy en acuerdo todos ellos para destruir la monarquía, cualquiera que fuera el monarca, pronto se restableceria la paz de la Península; pues don Cárlos renunciaria á su empresa, y el cetro de la reina doña Isabel II, sostenido por la opinion del convencimiento, caeria sobre los revolucionarios demócratas. Empero, la espantosa calamidad que aflige á España ha salvado el Pirineo, y ya que el sangriento jacobinismo no puede alzar los puñales contra los retirados cenobitas, como ha sucedido en España, en las calles de Paris, al frente de una guardia nacional fiel y numerosa, y burlando la diligencia de un gobierno tan ilustrado como justo, ha buscado por abrigo una casucha para amarrar unos viejos cañones de fusil á una mala tabla, y atentar contra la vida de un rey que hace la felicidad de sus pueblos, y de unos príncipes que por sus virtudes presentan tantas esperanzas de ventura á los paises que lleguen á gobernar, ya por los enlaces que contraigan. Mas, á qué punto ha llegado el encono contra la monarquía, puede verse en que el atentado de 28 de julio no es una venganza personal la que armó á un asesino para deshacerse del Rey y de los príncipes, sino que puede decirse que Fieschi era el asesino de la humanidad en masa, pues que tiraba sin discernimiento sobre ella para destruir la monarquía. Ejemplo que quedará consignado en la Historia para probar hasta dónde ha llegado en el siglo XIX el odio contra la dignidad real.

Pues si el 28 de Julio, cuando apenas habia noticias de los asesinatos de Reus, y que se temian algunos otros, se ha visto con tanto escándalo atentar contra la vida de S. M. el Rey de los franceses, ¿qué no podrá esperarse cuando la revolucion anárquica se haya sentado de firme en todas las provincias de España? ¿qué no podrá esperarse cuando los revolucionarios espapañoles se hayan perfeccionado en la perfidia con las lecciones de todos los que acuden á la Península, y con las de los prófugos del proceso de abril, de los cuales se sabe que alguno ha acaudillado los grupos que asesinaron al general Bassa en Barcelona? Las sociedades secretas se hallan minando las sociedades políticas, y con mucha más facilidad siguen su camino en los paises en donde la beneficencia de las leyes protege la libertad individual, y la expresion de la opinion pública interpretada las más veces por las pasiones; pero en España ejerce un imperio más poderoso por las circunstancias en que se halla el país y la índole de su gobierno de tutoria ó regencia. A semejantes daños, solo la Francia se halla en el caso de hacer frente. Una nacion donde el *saludable justo medio* no es un ente quimérico ó teórico, sino un ser que tiene, por decirlo así, existencia física; que debe á la justicia y prevision de su rey, á los intereses públicos, á la industria, á la agricultura, á la ilustracion, á la administracion departamental, á la opulencia de su hacienda, á la disciplina de su ejército y á la perfecta organizacion de la guardia nacional, es á quien corresponde tender un brazo de salvacion al trono de S. M. C. y al poder de su augusta madre; y salvando el trono español, será la Francia la que preservará á todos los demás de Europa de los embates de la democracia anárquica, que quizás aguarda completar su triunfo en Madrid para triunfar en otras partes. No se trata, para conseguir tan sagrado fin, de una expedicion que debiese ocupar toda la Península: bastaria que una fuerza militar, proporcionada al objeto, ocupase las Provincias Vascongadas y Navarra, apoyada en las plazas fronterizas de las mismas, que las tropas de S. M. la reina conservarian ó partirian su guarnicion

con la fuerza auxiliar, de la que un tratado particular podia arreglar el modo y compensaciones.

La causa de la justicia, la causa de la humanidad, la causa de la monarquía reclaman la cooperacion armada de la Francia, y los fusiles carlistas que continuamente hacen fuego sobre el puente de Behobia, y á que ha tenido que contestar repetidas veces el cañon francés, reclaman el que la bandera tricolor aleje de las fronteras francesas el ruido de la guerra, lanzándola al otro lado del Ebro para que las tropas de la Reina acaben con las fuerzas del Pretendiente y puedan enfrenar las pasiones revolucionarias.

Si la Francia desoye la voz de la verdad en esta ocasion; si no se asombra al ver el abismo que se halla abierto á la linde de sus fronteras; en una palabra, si no acude á la defensa del trono de la reina doña Isabel II, la Francia en esta cuestion de *vida ó muerte* para la monarquía, á más de los peligros que la amenazan para en adelante, queda responsable á la posteridad de todas las calamidades que van á caer sobre una nacion vecina y aliada suya, y de todas aquellas que, corriendo el tiempo, trastornaren á la Europa entera, empeñándola en guerras y revoluciones, cuyo fin no verá la generacion presente ni tal vez la venidera.

Contestacion del Ministro de Negocios extranjeros francés al Embajador de España en Paris.

15 de Setiembre de 1835.

El Gobierno del Rey ha tomado en séria consideracion el memorandum presentado por el señor embajador de España, con el objeto de probar la conveniencia y la necesidad de una ocupacion de tropas francesas en las Provincias Vascongadas. El Gobierno no ha hallado en los argumentos en que se funda un motivo suficiente para acceder á lo que ha negado hace tres meses con motivo de una peticion semejante. El tratado de 22 de Abril de 1834, y los artículos adicionales de 18 de Agosto, tienen únicamente por objeto, en lo perteneciente á España, el impedir las tentativas del Pretendiente contra el trono de la reina Isabel. No puede decirse que la cooperacion indirecta acordada con este fin á las tropas de S. M. C. por sus aliados, haya sido ineficaz. En efecto: bien sea que la naturaleza del terreno y la situacion particular de las Provincias Vascongadas hayan permitido al Pretendiente prolongar hasta hoy un estado de guerra, que puede que no ceda sino con la accion del tiempo, secundado por un conjunto de medidas hábiles y prudentes, es hoy dia tambien evidente que este principe aislado de todo apoyo exterior y reducido á sus propios recursos, que se agotan de dia en dia, no está en posicion de intentar ningun golpe decisivo, y que no podrá sin exponerse á una ruina casi segura salir del estrecho círculo en que pelea quince meses hace. Su presencia en España es, sin duda alguna, el orígen de muchos desastres particulares, pero no amenaza de manera alguna la existencia del Gobierno de la Reina. En este estado de cosas, hoy menos que nunca es la ocasion de una determinacion tan grave, tan fecunda para los dos paises en consecuencias casi incalculables, como seria el mandar un ejército francés al territorio español. Esto manifestado, el Gobierno se ceñirá de la manera más indirecta á las estipulaciones convenidas el año último: no seria sino separándose de estas estipulaciones relativas únicamente á don Cárlos, que pudiera hacérsele aplicable á una clase de hechos que los negociadores ciertamente no previeron. No es pues, admisible esta interpretacion: los intereses de la política francesa, los de la nacion española, tan celosa por su independencia, y tan contraria á toda mezcla de extranjeros en sus asuntos interiores, rechazan igualmente un sistema semejante, y el Gobierno francés cree que seria desconocer sus intereses en lo más esencial, el dar á las cláusulas del tratado de 22 de Abril la extension indicada en el memorandum de S. E.

Aprovecho, etc.

Núm. 8.—Pag. 193.

Nota de la fuerza que, segun un cálculo aproximado, reunian las brigadas carlistas de Cataluña en Abril de 1836.

BRIGADAS.	JEFES Y BATALLONES.	INFANTERIA.	CABALLERIA.
De D. Ignacio Burjó.	D. Ignacio Burjó.	400	20
	D. Patricio Zorrilla.	800	40
	D. Miguel Pujol (a) Mallorca.	300	
	D. Jaime Casas.	200	
	D. Pedro Grau.	250	
De Tristany.	D. Benito Tristany.	400	10
	D. N. Prats (a) Grabat de Guisona.	400	
	D. N. Trinxet.	357	8
	Una partida suelta.	60	
	D. Pablo Mañé (a) Degollat.	400	
De Torres.	D. José de Torres.	3300	80
De Rojas.	D. N. Rojas.	3500	30
Del Campo de Tarragona.	D. José Masgoret.	400	
	D. Agustin Cendrós.	300	
	D. José Barris.	300	
De Caballería.	D. Juan Caballería.	200	30
	D. Agustin Dax.	500	
	D. Juan Boquica.	400	
Batallones sueltos.	Batallon de la Junta.	500	
	El de Galceran.	200	
	El de Risvó.	200	
	Total.	13,367	218

Habia fuerza total sobre las armas en Octubre y Noviembre de 1835.	25,000
Fuerza actual.	13,367
Resultan menos en el dia.	11,633

Elorrio 15 de Abril de 1836.

Núm. 9.—Pág. 255.

Parte del acta del Consejo celebrado el 2 de Diciembre de 1836, bajo la presidencia de D. Cárlos.

Asistiendo los Señores
Obispo de Leon.
D. Juan Erro.
D. J. Aznar.

Reunido el Consejo de Estado en la mañana del 2 del actual, bajo la augusta presidencia del Rey nuestro señor, se dió cuenta por el Ministro universal de la venida de un enviado secreto de S. M. siciliana con carta autógrafa de este soberano para el Rey nuestro señor. El objeto de su mision se reduce á manifestar el vivo interés que el rey de Nápoles toma por la causa de su augusto tio el Rey nuestro señor, y el deseo que le anima de que venga en apoyo de sus derechos una espontánea declaracion y protesta de la Reina viuda del señor don Fernando VII, (q. s. g. h.), contra todo lo que ha hecho y la han obligado á hacer contra su augusto tio, en cuyos brazos desea echarse. La Reina viuda así lo pide y pretende en las cartas que ha dirigido con este fin á su augusto hermano el rey de Nápoles, y este soberano, aunque lleno del más vivo interés por su hermana, no quiere que nada se haga en su favor sin el consentimiento de su augusto tio el Rey nuestro señor, cuya cooperacion solicita para libertar á la Reina viuda facilitándole los medios que estén á su alcance para llevarla á su compañía, y que libre allí del yugo de sus opresores, haga la declaracion y protesta que ofrece y desea. El rey de Nápoles cree de la mayor importancia este paso, así por el influjo que esta fuga y declaracion de la Reina viuda ejercerian sobre toda la Europa, como por lo que contribuiria para activar y decidir definitivamente á los soberanos amigos al reconocimiento de S. M. y á la disolucion de la Cuádruple alianza, principalmente si á su fuga acompañase, como la Reina viuda lo cree posible, la de sus hijas las señoras infantas.

Se hizo presente al Consejo por el mismo Ministro universal, que S. M. habia acogido benignamente estos deseos del rey de Nápoles, y consultando los de su generoso corazon y los sentimientos de su religion y de su piedad, habia mandado contestar al enviado secreto de Nápoles, que olvidaba los pesares y disgustos que la Reina viuda le habia causado, para acordarse solamente de su situacion, de su arrepentimiento y de las estrechas relaciones de sangre, respetos domésticos y de amistad que la unen al Rey nuestro señor, y que S. M. estaba dispuesto á favorecer esta evasion (que desde luego se presentaba muy difícil) en cualquiera ocasion favorable que se ofreciere.

El encargado ha manifestado despues, que su soberano esperaba de la piedad del Rey nuestro señor que entraria en la latitud de este olvido y reconciliacion el que se restituyesen á la Reina viuda del señor don Fernando VII y á sus hijas inculpables por su tierna edad los títulos de infantas de Castilla con las prerogativas de tan alta dignidad; pero protestando que esta pretension no entraba en manera alguna con el menor viso ni apariencia de condicion de la negociacion principal, que toda se apoya y está fundada en el sincero interés que S. M. siciliana tiene en el triunfo de la causa del Rey nuestro señor.

Enterado el Consejo, despues de una larga discusion, convino en que se repitiesen al enviado de Nápoles las favorables disposiciones en que el Rey nuestro señor se hallaba de coadyuvar por su parte á las intenciones de su augusta sobrina la Reina viuda, para lo cual daria á los generales que se acercasen ú operasen en las inmediaciones de Madrid las órdenes convenientes para que por su parte auxiliasen cualquiera tentativa de evasion que intentase, acogiéndola con sus hijas y comitiva, y procurasen salvarla, conduciéndola á la presencia del Rey nuestro señor, si lo verificase. Pero como considerase necesario el Consejo el que se enterase á la Reina viuda de estas disposiciones, y el saber asimismo cuáles fuesen los medios que puede tener para la empresa que medita, fué de parecer que el mismo enviado se encargue de buscar una persona de toda confianza que pueda encargarse de esta mision, y de recibir, no solo las instrucciones que le dé, sino tambien de comunicarle las que aquí se tomen para que pueda combinar las demás precauciones que faciliten el proyecto. Que en cuanto á las declaraciones que se solicitan de S. M. para la Reina viuda (y sus hijas), serán consecuencia del cumplimiento que dé la Reina viuda á sus voluntarias ofertas. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Real de Durango 3 de Diciembre de 1836.

Núm. 10.—Pág. 414.

Articulado del Convenio de Vergara.

Artículo 1.° El Capitan general D. Baldomero Espartero recomendará con interés al Gobierno el cumplimiento de su oferta, de comprometerse formalmente á proponer á las Córtes la concesion ó modificacion de los fueros.

Art. 2.° Serán reconocidos los empleos, grados y condecoraciones de los generales, jefes, oficiales y demás individuos dependientes del ejército del Teniente general D. Rafael Maroto, quien presentará las relaciones con expresion de las armas á que pertenecen quedando en libertad de continuar sirviendo, defendiendo la Constitucion de 1837, el trono de Isabel II y la regencia de su augusta madre, ó bien de retirarse á sus casas los que no quieran seguir con las armas en la mano.

Art. 3.° Los que adopten el primer caso de continuar sirviendo, tendrán colocacion en los cuerpos del ejército, ya de efectivos ya de supernumerarios, segun el órden que ocupan en la escala de las inspecciones á cuya arma correspondan.

Art. 4.° Los que prefieran retirarse á sus casas, siendo generales ó brigadieres, obtendrán su cuartel para donde lo pidan, con el sueldo que por reglamento les corresponde: los jefes y oficiales obtendrán licencia ilimitada ó su retiro segun su reglamento. Si alguno de esta clase quisiese licencia temporal, la solicitará por el conducto del inspector de su arma respectiva, y le será concedida, sin exceptuar esta licencia para el extranjero; y en este caso, hecha la solicitud por el conducto del Capitan general D. Baldomero Espartero, este les dará el pasaporte correspondiente, al mismo tiempo que dé curso á las solicitudes recomendando la aprobacion de S. M.

Art. 5.° Los que pidan licencia temporal para el extranjero, como no pueden recibir sus sueldos hasta el regreso, segun reales órdenes, el Capitan general D. Baldomero Espartero les facilitará las cuatro pagas en órden de las facultades que le están conferidas, incluyéndose en este artículo todas las clases desde general hasta subteniente inclusive.

Art. 6.° Los artículos precedentes comprenden á todos los empleados del ejército, haciéndose extensivos á los empleados civiles que se presenten á los doce dias de ratificado este convenio.

Art. 7.° Si las divisiones navarra y alavesa se prestasen en la misma forma que las divisiones castellana, vizcaina y guipuzcoana, disfrutarán de las concesiones que se expresan en los artículos precedentes.

Art. 8.° Se pondrán á disposicion del Capitan general D. Baldomero Espartero los parques de artillería, maestranzas, depósitos de armas, de vestuarios y de víveres que estén bajo la dominacion y arbitrio del Teniente general D. Rafael Maroto.

Art. 9.° Los prisioneros pertenecientes á los cuerpos de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, y los de los cuerpos de la division castellana que se conformen en un todo con los artículos del presente convenio, quedarán en libertad, disfrutando de las ventajas que en el mismo se expresan para los demás. Los que no se convinieren sufrirán la suerte de prisioneros.

Art. 10. El Capitan general D. Baldomero Espartero hará presente al Gobierno para que este lo haga á las Córtes, la consideracion que se merecen las viudas y huérfanos de los que han muerto en la presente guerra, correspondientes á los cuerpos á quienes comprende este convenio.

Baldomero Espartero.—Convengo en nombre de mi brigada.—José Ignacio de Iturbe.—Siguen las firmas de los demás jefes convenidos.

LIBRO SEGUNDO.

DE 1840 Á 1853.

CAPÍTULO PRIMERO.

El pronunciamiento de Setiembre.

SUMARIO.—Sancion de la ley de ayuntamientos.—El Duque de la Victoria dimite todos los mandos.—Desórdenes en Barcelona y agitacion en Madrid.—Cristina es abandonada por los ministros; se traslada á Valencia.—Un ministerio ambigüo y otro moderado.—Explosion del sentimiento público.—Pronunciamiento en Madrid, al que responden todas las provincias.—Ministerio del Duque de la Victoria.—Verdades amargas. Obstinacion de la Reina gobernadora: renuncia la regencia y se embarca para Francia.—Situacion de Prim durante estos acontecimientos.

I.

El mismo dia 5 de Julio de 1840, que las vencidas huestes de Cabrera traspasaron el Pirineo, un hombre exento de ambicion política, D. Juan Van-Halen, capitan general de Cataluña, solicitó y obtuvo de la Reina gobernadora una audiencia, con el sano propósito de manifestarle cual era la verdadera situacion del país, y cuán inminente el peligro de una revolucion, que solo S. M. podia evitar. En aquella conferencia procuró el general demostrar á la Reina la imposibilidad absoluta de que los ministros llevasen á cabo sus planes, contrarios al espíritu y letra de la Constitucion jurada, no teniendo, como no podian tener, apoyo en la parte activa del pueblo, en la Milicia, ni en el Ejército, que durante siete años habian vertido su sangre

y hecho tan enormes sacrificios en defensa de los principios que aquella simbolizaba: que el Ejército no habia combatido solo por Isabel II, sino tambien por la libertad de su patria, y que si el mismo Duque de la Victoria, con todo su prestigio, intentase llevarle contra la Constitucion, las tropas le abandonarian: que engañaban á S. M. los que otra cosa le dijesen, y no querian su bien ni el de la nacion, aunque así lo creyeran, los que tan mal la aconsejaban: recordó, por último, á la Reina las promesas que habia hecho al general Espartero en Esparraguera, de separar á los ministros é inaugurar una política sinceramente constitucional é independiente de las exageraciones de los partidos.

Doña María Cristina, segun expresion del mismo Van-Halen, *habló como un ángel,* conviniendo en todo cuanto aquel le habia manifestado, y asegurándole que jamás permitiria que se atentase contra la Constitucion; pero añadió que, antes de proceder á la formacion de un nuevo ministerio, necesitaba conocer su programa, y que, de todos modos, nada haria hasta que el Duque fuese á Barcelona.

Espartero envió desde Berga el programa que se le pedia, y cuyos puntos capitales eran: "la disolucion de las Córtes, fijando la época de las nuevas elecciones, las cuales debian ser producto de la libre voluntad, sin que los partidos intrigasen para sobreponerse unos á otros, lo cual entorpeceria la marcha del Gobierno, *que debe ser firme, apoyado en la justicia, en la imparcialidad, en la franqueza de sus actos, en el respeto á las leyes, y en la consideracion que se merecen los que han hecho sacrificios positivos por el triunfo de la causa del trono de Isabel II y de la Constitucion.* — Los proyectos de ley presentados y discutidos en las actuales Córtes (añadia), deben quedar anulados, negándose su sancion; lo que, sobre tranquilizar los ánimos que consideran en aquellos infringida la Constitucion, *ha de aumentar la confianza y el amor hácia la augusta Reina gobernadora;* pero debe anunciarse la presentacion de otros proyectos, que estén en armonía con la ley fundamental del Estado; *que propendan al órden; que concilien los intereses respectivos,* y que sofoquen para siempre las miras atrevidas y ambiciosas de los que, por lograr su engrandecimiento, retrasan el bien y la prosperidad nacional."

Son dignas de notarse las siguientes palabras, que encabezaban aquel programa:

"El estado de fermentacion de los pueblos más notables de la monarquía, y la justa ansiedad de los buenos españoles, que forman la mayoría de la nacion, requieren una reforma en el sistema de gobierno de tal naturaleza, que inspire confianza de que la Constitucion de 1837 no será infringida, y de que el trono de Isabel II

será afianzado *bajo la regencia de su augusta madre,* librando á España de una vergonzosa tutela, para que pueda llegar al engrandecimiento de que es digna y á que está llamada.„

Los demás puntos que abrazaba el programa se referian al nombramiento de las primeras autoridades y funcionarios de confianza que contribuyesen á asegurar la paz interior, la prosperidad del crédito y la consideracion de España en el exterior; á la fijacion de la suerte del Ejército, que tanto habia sufrido durante la guerra, de las viudas, retirados y pensionistas, y de los individuos procedentes del convenio de Vergara; al resarcimiento de los perjuicios sufridos en sus personas y bienes por los adictos á la causa constitucional, y últimamente, al arreglo de los fueros de las provincias Vascongadas, poniéndolos en armonía con el régimen general de la nacion; pero, sobre todo, restableciendo desde luego las aduanas en la frontera, segun las habia puesto el Duque de la Victoria, con el arreglo de los aranceles y medidas represivas del fraude y circulacion de los grandes almacenes de contrabando que debian existir en dichas provincias.

Lo esencial de este programa se hallaba contenido en las dos primeras cláusulas; y era tan evidente su necesidad, y tan cierto lo que Van-Halen habia manifestado á la Gobernadora, que ni esta, ni sus ministros tenian confianza en el éxito de sus planes, y únicamente lo esperaban todo de un golpe de audacia. Ceguedad mayor no se ha visto, ni se concibe. Arrazola guardaba ya en su cartera la ley de ayuntamientos, y no osaba enviarla á Barcelona, queriendo llevarla él mismo, y aun proponiéndose hacer que se suspendiera la sancion, á fin de conjurar la tormenta que amenazaba: para poder marchar, pedia la suspension de las sesiones de Córtes; y obtenido el decreto, recibia por dos correos distintos y simultáneos una real órden para que dejase sin efecto aquella medida; porque de tal manera se iban complicando las circunstancias, *con la necesidad de sancionar la nueva ley,* que fuera conveniente y necesario apoyarse en la autoridad de las Córtes. Conformes con Arrazola, creian la Reina y Perez de Castro, en Barcelona, que era indispensable licenciar el Ejército, con cuyo apoyo no contaban, y sobre todo, desprenderse de los francos y movilizados. Veian por do quiera escollos y peligros, sin tener medios para resistir; y sin embargo, cual si la salvacion del trono y del país dependiese de la promulgacion de la ley de ayuntamientos, causa precisamente de los males que al país y al prestigio del trono amenazaban, el presidente del Consejo de Ministros la pedia incesantemente con un ánsia y una impaciencia febril. "Le ha sabido muy mal (á la Rei-

na)—escribia Castro en 11 de Julio,—y á nosotros pésimamente, que no venga en ninguno de los siete correos hoy recibidos la ley de ayuntamientos... Impacientes estamos todos por esa ley... Ya hace dias que estoy repitiendo que venga ó se duplique, por si está detenida en el camino. Por Dios, que venga sin dilacion.„

Por fin llegó á Barcelona el dia 14 la suspirada ley: á las doce de la noche fueron con ella los ministros á Palacio; á la una de la madrugada la sancionó la Reina, é inmediatamente salió un vapor para Valencia, y de este punto para Madrid se expidió un correo extraordinario, portador de la fausta nueva. Se ha dicho que hubo gran valentía en este acto: los hechos demostraron que fué un acto de demencia. La Reina gobernadora acababa de firmar su abdicacion.

El dia antes habia llegado Espartero á Barcelona, donde fué recibido con las más ardientes y merecidas demostraciones de cariño y entusiasmo. El pueblo le llevó en triunfo hasta su alojamiento, y no cesó despues de victorearle con frenesí. Se presentaron á felicitarle muchas comisiones, y entre ellas una del Ayuntamiento: el que llevaba la palabra en nombre de la corporacion municipal dijo entre otras cosas al Duque: "Barcelona espera que V. E. no envainará su espada victoriosa ni se entregará al descanso, hasta haber consolidado de una manera firme y segura la Constitucion del 37, que todos hemos jurado sostener, y que enemigos ocultos y aleves se empeñan en derrocar y destruir.„

La Reina tuvo celos de su invicto caudillo, que al recibir aquellos honores de un pueblo entusiasta, los deponia modestamente en las gradas del trono y en las aras de la patria[1]. El Duque pasó á ver á la Gobernadora, que se le mostró, como siempre, afectuosa, pero reservada: ni una palabra le dijo de lo que habian tratado, siendo así que, al parecer, solo con tal objeto se habia precipitado su venida. Pero el objeto de esta premura era hacer que coincidiese la presencia del Duque en Barcelona con la sancion de la famosa ley, á fin de que el público creyese que aquel la autorizaba con su aprobacion.

A pesar de esta reserva, el dia 14 volvió el Duque á ver á la Reina para aconsejarle que no sancionase la ley: fué oido, pero no escuchado; y sin embargo, se le

[1] Hé aquí lo que contestó el Duque á los barceloneses:

«Compatriotas: Este dia es el más satisfactorio de mi vida: todos los grados, todos los honores, todas las condecoraciones, todos los triunfos son nada en comparacion de este momento. Conciudadanos: *nada he hecho, porque no he cumplido más que mi deber*: al ejército, á ese virtuoso y sufrido ejército lo debeis todo: su constancia ha consolidado la causa nacional; y esa constancia, esos sufrimientos, ese ardor *no han tenido más estímulo ni más blanco que afianzar el trono de Isabel II, la regencia de su augusta madre, la Constitucion y la independencia nacional.*»

encargó de nuevo que conferenciase con sus presuntos colegas de ministerio para sentar las bases de la política que se proponian seguir. Y sin embargo, aquella misma noche que daba sancionada la ley. Al saberlo Espartero, al dia siguiente, hizo lo único que su posicion y su dignidad le permitian: envió á la Reina la dimision motivada de todos los mandos que desempeñaba, rogándole que le diese licencia para retirarse á su casa.

"Un triste desengaño, demasiado sensible á mi corazon (decia el Duque en aquel memorable documento), me ha convencido de que en el dia no puedo ser útil á mi reina ni á mi patria; porque sin duda los hombres que ostentan hipócritamente interés por tan caros objetos han podido más en el ánimo de V. M. que este soldado fiel á sus promesas, á sus juramentos, y á los deberes que su cargo le imponia. La serie de triunfos no interrumpidos con que la suerte y mis constantes desvelos coronaron la grande obra de pacificar esta nacion magnánima y generosa, eran títulos que hicieron esperar que mis indicaciones serian apreciadas, y que nunca podria suceder que la reputacion del general en jefe de los ejércitos reunidos fuese menoscabada, cuando mis principios han pasado por el crisol de las más puras acciones. Y menos debia esperar que llegase este caso, habiendo querido V. M. favorecerme con una ilimitada confianza en todo cuanto pudiera concurrir á salvar el trono constitucional de vuestra excelsa hija...„—Recuerda el uso prudente, que solo en circunstancias críticas habia hecho de aquella confianza, y refiere las conferencias y demás relaciones que últimamente habian mediado entre él y la Gobernadora con motivo de la ley de ayuntamientos, y concluye diciendo:

"Parecia, señora, con tales antecedentes, que de no haber desmerecido de la confianza que V. M. me habia dispensado, y si no requeria algun detenimiento la sancion de esta ley, que era natural que al tratar de dársela hubiese tenido algun conocimiento; pero ¿cuál habrá sido mi sorpresa al verme informado de la precipitacion con que se verificó y fué comunicada por extraordinario á las provincias? La profunda sensacion que esto me ha producido, no es tanto por las consecuencias que me hace temer el espíritu de los pueblos, que ven envuelve la infraccion de la ley fundamental, porque de no tener la suerte de equivocarme, mí conciencia quedará tranquila, sino porque veo un manifiesto desaire y una prueba inequívoca de que V. M. me ha retirado su confianza. Mientras que consideré tenerla, pude llevar con resignacion todas las penalidades y hacer con gusto los mayores sacrificios; pero en el dia, faltando este necesario garante de mi buen comportamiento, y llena-

da la mision por que he peleado por espacio de siete años, no me es posible desempeñar ninguno de los mandos que desempeño, y de que hago formal dimision, rogando á V. M. se digne admitirla, y me dé su real permiso, á fin de retirarme á mi casa, donde pueda descansar de tan prolongadas fatigas, con el consuelo de haber hecho cuanto me corresponde.„

Tan profundo disgusto causó á la Regente la dimision de Espartero, que llamando inmediatamente á los ministros para comunicársela y desahogar su dolor, les declaró que estaba resuelta á renunciar la regencia: difícilmente pudieron aquellos disuadirla de esta resolucion, que les aterraba, y habiendo conseguido calmarla, decidieron en consejo no admitir la dimision del Duque, aunque lo contrario deseaban; pero temian las consecuencias. El Duque se presentó dos dias despues á la Regente, y le reiteró de palabra su renuncia.

II.

"A golpe de Estado, golpe de Nacion,„ habia dicho por aquel tiempo *El Eco del Comercio;* y este consejo adecuado á las circunstancias, y repetido por otros periódicos, estaba en el ánimo de todos los adictos á las instituciones representativas.

Aun ignoraba el público lo que habia pasado; pero circulaban vagos rumores, y ya el 17 de Julio se advertian en Barcelona síntomas de agitacion y alarma, que, tomando cuerpo al dia siguiente, indujeron á los ministros de Estado, Guerra y Marina á poner sus dimisiones en manos de la Reina, aconsejándole que encargase á Espartero el restablecimiento del órden.„ ¡Noble hazaña de los consejeros de la Corona! (exclama aquí un escritor político [1]). ¡Abandonar á su reina en el primer momento del peligro!... ¡Digna accion de caballeros españoles la de huir del lado de una señora al verla afligida y amenazada!„

Nadie amenazaba, sin embargo, á la Reina, sino á sus ministros, cuya dimision era generalmente ignorada, y de quienes se decia que estaban resueltos á realizar sus planes con el apoyo de los generales Leon y O'Donnell. Llegada la noche del 18, estalló el movimiento á los gritos de *¡Viva la Constitucion! ¡Viva el Duque de la Victoria! ¡Viva la libertad! Abajo el Ministerio! ¡Abajo la ley de ayuntamientos!* To-

[1] Rico y Amat. *Historia política, etc.*, citada.

mada la plaza de San Jaime por nacionales y paisanos, se formaron barricadas en las bocacalles, y considerables grupos sin armas recorrieron parte de la ciudad en actitud resuelta.

Espartero, procurando sosegar al pueblo, que le seguia victoreándole, se dirigió á Palacio, donde encontró á la Reina abandonada: extrañando no ver á los ministros, le preguntó por ellos, y entonces manifestó Cristina que les habia admitido la dimision. Ya era tiempo: en aquellos momentos, Perez de Castro y Cleonard se embarcaban en un buque francés, debiendo seguirles el general Sotelo, que estaba oculto en las casas de Xifré.

—"Yo tambien he dimitido, señora, dijo el Duque; y sin embargo, aquí me tiene V. M. para ofrecerle mis servicios, mi espada y mi vida."—Añadió que la nacion no podia estar huérfana de gobierno un solo instante; y como la Reina le instase para que procurase restablecer el órden, contestó lacónicamente que solo habia dos medios: ó el de emplear la fuerza contra el pueblo, lo cual era violento, ó el de acceder á sus demandas, lo cual era justo. Cristina autorizó plenamente á Espartero para obrar, y este y Van-Halen marcharon á pié, rodeados de la muchedumbre, hasta la plaza de San Jaime, donde calmaron los ánimos, asegurando á todos que la Constitucion no peligraba, y rogándoles que se retirasen á sus casas, como lo hicieron, destruyendo las barricadas.

El mismo dia hubo desórdenes en Madrid: grupos de gente mal criada recorrieron las calles insultando á los transeuntes. El periodista Gonzalez Bravo y algunos comandantes de la Milicia, entre ellos Nocedal y Collantes (D. Vicente), intentaron lanzarse á la revolucion mandando tocar generala; pero se opuso el Ayuntamiento, todo él progresista, y la Milicia restableció el órden.

Los moderados de Barcelona, entre los cuales figuraban muchas personas de buena posicion, tuvieron la infeliz idea de ofrecer á la Regente una *ovacion de desagravios* por los ultrajes que suponian habérsele hecho en la tarde y noche del 18. Pretendian hacer un contra-pronunciamiento, y al efecto, el dia 21, á la hora en que las reales personas solian salir á paseo, se presentaron en la plaza de Palacio algunas docenas de individuos, llamando la atencion por lo atildado de sus trajes. Acudieron á la plaza otros grupos no menos numerosos, dispuestos á resistir la manifestacion de los primeros, que al salir la Reina, empezaron á victorearla, arrojando papeles en su coche y gritando: "¡Viva Cristina! ¡Abajo el nuevo ministerio! ¡Nosotros somos el verdadero pueblo de Barcelona!"—A estos gritos contestaron

los otros con vivas á Espartero, á la libertad, á Isabel II; y el *motin de las levitas*, como se llamó á esta imprudente manifestacion, concluyó á palos, resultando algunos heridos.

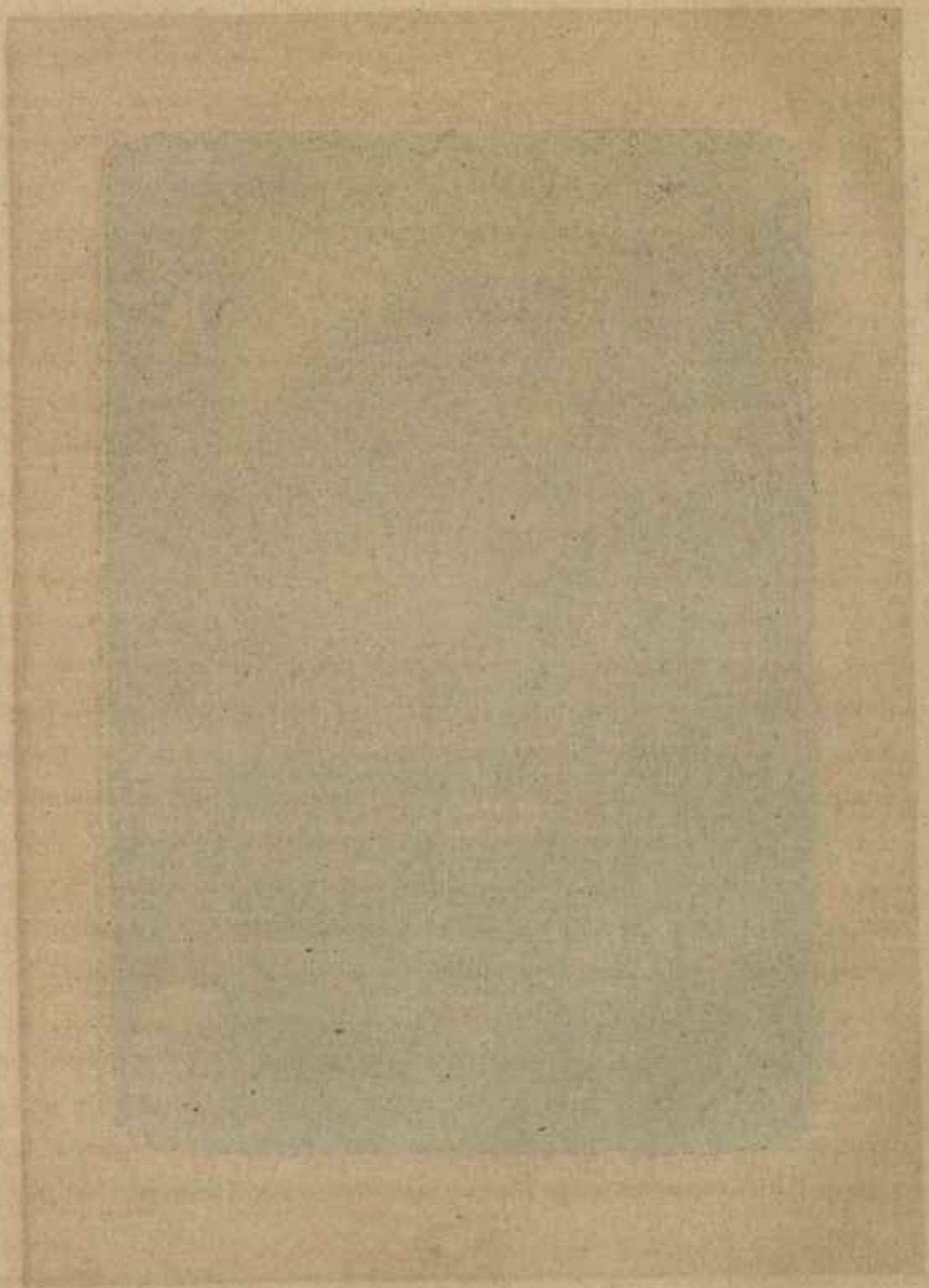
Enconadas así las pasiones de los dos partidos, á la mañana siguiente hubo conflictos, y se cometieron punibles excesos. Insultado en la calle el abogado D. Francisco Balmes, y perseguido por un grupo, se encerró en su casa después de matar á uno de un pistoletazo. Durante horas estuvo defendiéndose como un leon contra la amotinada muchedumbre, hasta que asaltada la casa, pereció aquel valiente, acribillado de balazos. La turba arrastró su cadáver por las calles.

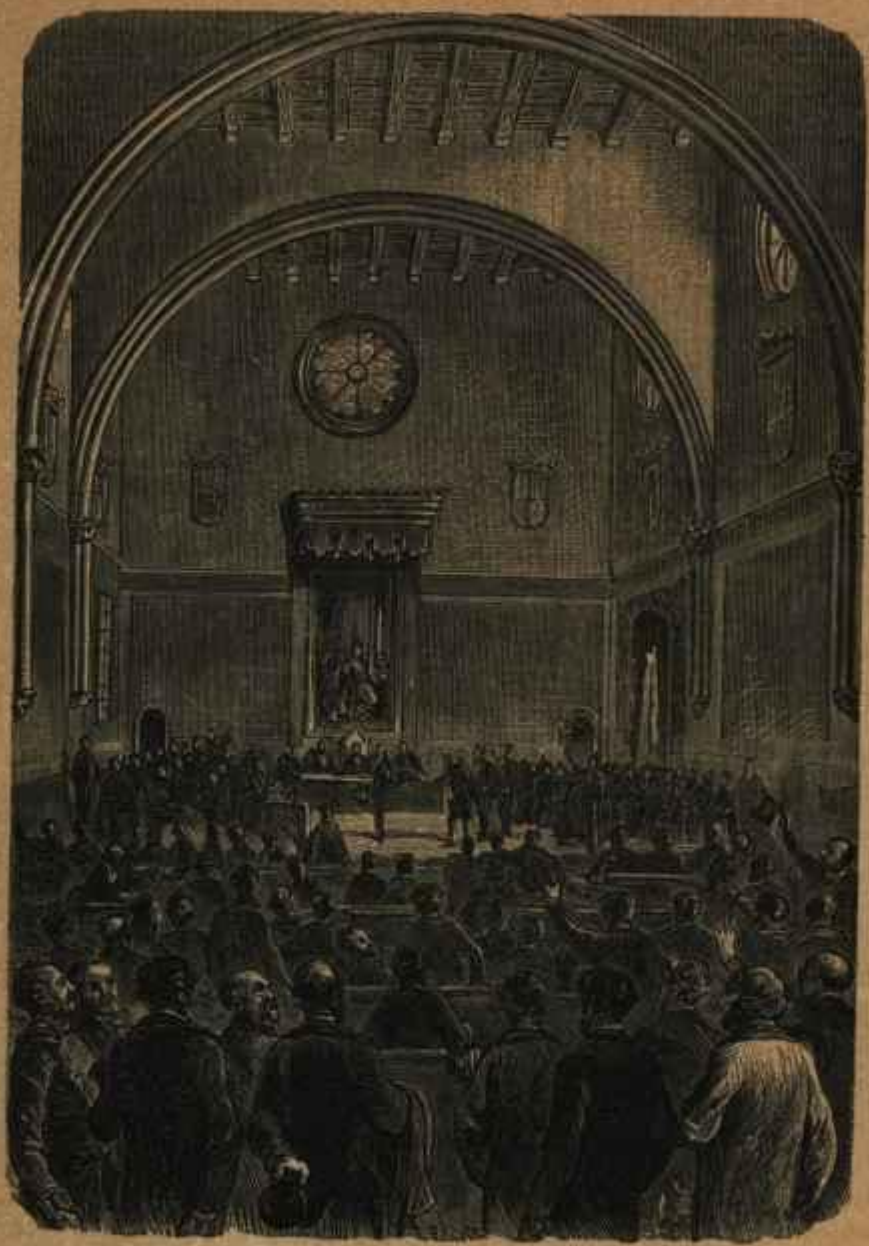
Otro jóven fué asesinado á las cercanías de la Casa de la ciudad. La redaccion del *Guardia nacional*, periódico moderado que atacaba virulentamente á los progresistas, se vió atropellada. Las autoridades nada hacian para conjurar aquel desórden que iba en aumento. Espartero se lanzó á la calle, y con exposicion personal, contuvo á los revoltosos, dictó severas providencias y restableció la tranquilidad.

El general Leon, desde Manresa, cuando supo los acontecimientos de Barcelona, envió un emisario á la Reina Cristina, ofreciéndole su espada, y diciéndole que contaba con diez y ocho generales y jefes de division, cuyas cartas tenia en su poder, por las que se comprometian á defenderla á todo trance. Cristina no se atrevió á aceptar aquel ofrecimiento, del que podian resultar infinitas desgracias á la nacion, encendiendo una nueva guerra civil. Pero aquella señora estaba mal aconsejada, y seguia las inspiraciones de la Francia, cuyo representante en Barcelona tenia empeño en hacer triunfar la política reaccionaria, como se conoció por los partes comunicados al Gobierno francés acerca de los sucesos del 18, en que, faltando á la verdad, se hacian imputaciones calumniosas á Espartero, y nada favorables al decoro del país y á la dignidad de la Reina.

Nombrado ya el nuevo Ministerio, que debia presidir D. Antonio Gonzalez, y habiendo llegado este de Madrid con sus demás colegas [1], el 9 de Agosto presentó á la Regente su programa, cuyas principales bases consistian en *suspender* la promulgacion y ejecucion de la ley de ayuntamientos, para sustituirla por otra *que*

[1] Los nombrados, además de Gonzalez, eran: para Estado, D. Dionisio Cárlos de Onís; Guerra, D. Valentin Ferraz; Hacienda, D. José Ferraz; Gobernacion, D. Vicente Sancho, y Marina, D. Francisco Armero, que estaba en Barcelona.—Sancho no admitió, y le sustituyó despues D. Francisco Cabello. A Gonzalez suplió en Gracia y Justicia D. Agustin Silvela; y por renuncia de D. José Ferraz, entró á poco en Hacienda el Sr. Secades.





El Ayuntamiento de Barcelona ofrece una corona cívica al general Espartero.

diese más fuerza al trono, y en cerrar las Córtes aplazando su disolucion para tiempo oportuno, en que pudiera procederse con calma á nuevas elecciones. "*Supuesto* (decia) *que con la pacificacion general entramos en una era nueva*, parece conveniente que se consulte á la nacion [1]„

La Regente negó su aprobacion á los dos puntos capitales del programa, poniendo á Gonzalez en el caso de tener que retirarse, y con él todo el Ministerio; pero solo admitió la dimision de aquel, y conservó á los demás ministros que, durante el Consejo, se habian mostrado con ella dóciles y complacientes.

A los pocos dias de arreglado bien ó mal el Ministerio, resolvió Cristina trasladarse á Valencia, "donde al menos (dice un escritor citado) podia contar con la leal espada de O'Donnell [2].„ Sin dar noticia de su marcha al Ayuntamiento de Barcelona, que no obstante, al saberla, se presentó en el muelle, se embarcó la Gobernadora con sus hijas en un vapor mercante, marchando á la ciudad del Cid, en la cual se le hizo una acogida glacial, que debiera haberle dado á conocer el descenso de su prestigio.

Los nuevos ministros se veian en una falsa posicion, y dimitieron, siendo nombrado en su reemplazo el ministerio Cortázar, cuya significacion era la misma del que un mes antes presidia Perez de Castro. El 29 de Agosto fué nombrado este Ministerio: el 30 celebraba Barcelona con una gran fiesta cívica el aniversario del Convenio de Vergara, y el Ayuntamiento ofrecia, en nombre de la ciudad agradecida, una magnífica corona de laurel de oro al vencedor de Luchana y de Morella.

[1] Todo este programa respiraba espíritu de órden y justicia; pero partiendo del principio de sostener á todo trance la Constitucion y el trono de Isabel II, bajo la regencia de Cristina. Son notables los párrafos siguientes:

«Sin la estabilidad, es incierta la marcha de los gobiernos é ineficaz el sistema de la administracion pública. *Tiempo es ya de que entremos en la rígida observancia de los principios del régimen representativo*, y que fiando á la libre discusion las cuestiones de interés público, se destierren aquellas tenebrosas conspiraciones que minan perfidamente la fortaleza de los poderes legítimos del Estado.—Para afianzar esta condicion necesaria de todo sistema político, *es forzoso condenar los actos de reacciones funestas, que gastan sin utilidad la fuerza de la autoridad pública.* La prudencia, acompañada de la energía, conducirán los actos del Gobierno, *apartando aquellos extremos peligrosos que extravian la razon*, y que no consultan más que el mezquino interés de ciegas pasiones.»

[2] Rico y Amat.

En cuanto O'Donnell supo los acontecimientos de Barcelona, renunció el mando del Ejército del Centro y de las capitanías generales de Aragon y Valencia, pidiendo su cuartel para Mallorca; pero no se le admitió la renuncia.

«El general O'Donnell, (dice Galiano), aunque leal, valiente y pundonoroso, y como tal, resuelto á sustentar la causa de las leyes y el decoro de la autoridad, se mantenia desviado de la contienda política pendiente, *no siendo entonces de su aprobacion otro sistema de gobierno que el monárquico puro*, y teniendo, por consiguiente, poca inclinacion á uno ú otro de los partidos en que se dividian los constitucionales; de donde resultaba que, si su lealtad libertaba á la Reina de peligros, su tibieza no le infundia aliento en aquellas horas de ahogo.»

El 31 por la noche se supo en Madrid el cambio de ministros, é inmediatamente estalló la revolucion.

III.

Ningun plan existia para resistir al poder, en los momentos de estallar en Madrid el pronunciamiento del 1.° de Setiembre. Quince dias antes se habia hecho público un acuerdo unánime de aquel Ayuntamiento, de rechazar legalmente la ejecucion de la ley municipal, y la mayoría de los cuerpos de la Milicia, no todos, ofrecieron su cooperacion para la resistencia legal acordada; pero á esto se hallaban reducidos los preparativos de un movimiento, que adquirió en horas proporciones colosales, , y hasta se ignoraba si se podria contar siquiera con la aquiescencia del Duque de la Victoria.

Reunido el Ayuntamiento de Madrid á las 12 del dia 1.° de Setiembre, abrió sesion ordinaria, comenzando el despacho de algunos expedientes. Un numeroso público llenaba los salones, y de él partieron voces de impaciencia, gritando:—"¡A lo que importa!„—Diéronse vivas; interpelóse al Municipio, reclamando su iniciativa para salvar las instituciones políticas amenazadas, y su apoyo para asegurar el órden social, las vidas y haciendas de los ciudadanos. Habló Gonzalez Bravo, manifestando que los que allí estaban no eran unos descamisados, sino personas decentes de todas las clases de la sociedad, que querian órden y gobierno, porque hacia dos meses que no habia lo uno ni lo otro; que deseaban acabar con las influencias extrañas, destructoras de la Constitucion y del sosiego público: "medidas queremos, organizacion, fuerza popular; si no sucumbimos, y mañana será tarde.„

A este discurso contestó la multitud con estrepitosos vivas, y pidiendo que se acudiese á las armas. El presidente del Ayuntamiento manifestó que no debian tomarse tales medidas mientras no se perturbase el órden; y el público se lanzó á la calle gritando:—"¡A fuera!„

Inmediatamente comenzaron á formarse grupos, que fueron engrosando por momentos. El Jefe político se presentó al Ayuntamiento, exigiendo la disolucion de la Milicia, única fuerza con que aquel contaba para sostener el órden; se le negó la demanda, é insistiendo en ella, se le puso arrestado.

La Milicia corrió á las armas: el Capitan general quiso oponer á la fuerza popular la del ejército; hubo un choque y corrió alguna sangre; pero las tropas hicieron causa comun con el pueblo, y aquella autoridad tuvo que situarse en el Retiro, mientras se organizaba el movimiento insurreccional, á cuyo frente se puso el Ayuntamiento, convocando á varias personas notables: reemplazó las autoridades militares, de acuerdo con la Diputacion provincial, y unánimes las dos corporaciones nombraron una Junta provisional de gobierno.

Tomadas las providencias necesarias para atender á la defensa de la capital, la Junta participó al general Espartero lo sucedido, esperando que aprobara el pronunciamiento, y aguardó que este se propagara por toda la nacion. Entre tanto mantuvo el órden con energía; denunció el periódico *El Huracan,* que preconizaba la república, y que fué condenado por el Jurado con aplauso general; y el dia 4 dirigió á la Reina gobernadora una exposicion, en la que decia:

"Señora: Cuando la nacion española juró la Constitucion de 1837, formada por las Córtes Constituyentes, y aceptada libre y espontáneamente por V. M., fué con la decidida voluntad de acatar, cumplir y defender contra todo linaje de enemigos, no un vano simulacro, sino la garantía de sus derechos y el fundamento de su futura gloria y prosperidad. Tan enemiga del despotismo como de la licencia, la inmensa mayoría del pueblo español siempre cumplió con respeto las providencias constitucionales de la Corona, y no ha sido por cierto escasa en sellar con torrentes de sangre su lealtad y adhesion al trono de Isabel II, cimentado en la soberanía nacional, y á la augusta persona de V. M.

"Empero, en un pueblo libre, la obediencia tiene sus límites marcados por las leyes; y nada expone tanto la dignidad de la Corona, nada desvirtua tanto su fuerza, su prestigio, su existencia misma, como la ilegítima pretension de hacerse superior á la ley, única y verdadera expresion de la voluntad general. Los pérfidos consejeros de V. M., olvidando estos principios, cuya extricta observancia afirma y robustece el poder, no han vacilado en interpretar alevosamente los clamores de la opinion pública, y abusando de nuestra paciencia y sufrimiento, inclinar el ánimo de V. M. á un sistema de reaccion, imposible de realizarse ya en España, sin desquiciar la máquina del Estado y sumergir á la patria en un abismo de horrores.

"No contentos con haber desmoralizado el país empleando toda clase de medios, la violencia, el soborno, el terror, para reunir en las Córtes una mayoría bastarda, se atrevieron á presentar ese funesto proyecto de Ayuntamientos, cuyo espíritu y

letra barrenan por su base la ley fundamental, que todos, á ejemplo de V. M., hemos jurado.....

"Las Córtes no podian, sin ser perjuras, aceptar tan odioso proyecto, y desde el momento que lo hicieron, se despojaron de su carácter de inviolabilidad....

"Desoidos los votos del Ejército; rechazadas las exposiciones de los Ayuntamientos principales de la Península; ahogados los clamores de la opinion, y cerrada, por último, la puerta á toda esperanza, el pueblo y la Milicia nacional han tomado las armas; y secundados lealmente por la bizarra guarnicion, han jurado de consuno no soltarlas hasta tanto que V. M., penetrada del voto de la inmensa mayoría de los españoles, se digne suspender la promulgacion del ominoso proyecto de ley municipal, disolver las actuales Córtes, que en manera alguna representan á la nacion, y nombrar un ministerio compuesto de hombres decididos, cuyos inmaculados antecedentes inspiren confianza y tranquilicen los ánimos agitados...„

Esta exposicion fué devuelta por el Ministerio de Estado, sin abrir el pliego que la contenia, infiriendo á la Junta un agravio, que la indignó con justicia.

El movimiento iniciado en Madrid cundió rápidamente á casi todas las capitales de provincia y á muchos de los pueblos más importantes. Zaragoza fué una de las primeras en pronunciarse: Barcelona ya lo estaba desde Julio, y aunque permanecía tranquila, su Ayuntamiento contribuyó á mantener el sosiego público diciendo en un documento notable: "Prevalecerá la libertad á despecho de sus implacables adversarios.„

Cristina, que habia rehusado el ofrecimiento de Leon, por no querer encender una nueva guerra civil, oyó en Valencia los consejos de sus allegados; y en 5 de Setiembre dirigió al Duque de la Victoria una real órden, acompañada de una carta autógrafa, para que marchase contra Madrid al frente del ejército. ¿Era esto posible? ¿Debia Espartero sacrificar sus más legítimas glorias, todos sus antecedentes y hasta su nombre, y lo que era más, la felicidad del país, por seguir á la Reina en el camino de perdicion que habia emprendido? Aun cuando obedeciese sus órdenes, ¿habria sofocado un movimiento que arrastraba en masa las simpatías del ejército? Espartero no obedeció un mandato, que hubiera ocasionado su deshonra, y acaso su muerte y la ruina del trono: expuso á la Reina lo que su conciencia le dictaba en interés de ella misma y de la patria, y este rasgo de lealtad y de entereza es lo que fué llamado por sus adversarios "la traicion de un soldado ambicioso [1].„

[1] *Biografía de Martinez de la Rosa*, puesta al frente de sus *Obras*. París: Librería Europea, de Baudry. 1845.

Hé aquí algunos párrafos de la digna contestacion dada por el Duque de la Victoria á la órden de marchar sobre Madrid:

"Con la franqueza y lealtad de un soldado que jamás ha desmentido ser todo de su Reina y de su Patria, he manifestado á V. M., en diferentes ocasiones, cuanto convenia á su mejor servicio y á la prosperidad nacional, combatiendo noblemente á los enemigos, que bajo cualquier forma han maquinado contra el órden establecido. Pero una pandilla, cuyos reprobados fines habia logrado sofocar por mis públicas representaciones y á fuerza de señalados triunfos en los campos de batalla, ha seguido constante en sus trabajos, empleando el maquiavelismo y la falaz intriga para hacerme desmerecer del justo aprecio que V. M. me habia dispensado, consiguiendo envolver á esta nacion magnánima en nuevos desastres, en nuevas sangrientas luchas, cuando la voz de la Paz tenia enagenados de gozo á todos los buenos españoles...

..."Se descubre el motivo que ha impulsado el lamentable y sensible movimiento, que ha puesto en conflicto á V. M. y que afecta mi corazon, aun cuando hace mucho tiempo lo tenia predicho. — Los medios de reprimirlo, creen los ministros que están al lado de V. M. que es hacer uso de la fuerza del ejército,... y al efecto se me elige á mí, que no he perdonado ningun medio para evitar que llegase el dia de tan terrible prueba, que podrá comprometer para siempre el órden social; hacer que corra á torrentes la sangre; malograr el ejército que nos hace respetables; y perder el fruto de las señaladas glorias que han aniquilado á las huestes con que el rebelde Don Cárlos creyó usurpar el trono y levantar cadalsos para sacrificar á los que han defendido y conquistado la libertad.....

"En el dia, yo considero los pronunciamientos hasta ahora demostrados bajo una faz muy diferente. No es una pandilla anarquista que sin fé política procura subvertir el órden. Es el partido liberal, que vejado y temeroso de que se retroceda al despotismo, ha empuñado las armas para no dejarlas sin ver asegurado el trono de vuestra excelsa hija, la regencia de V. M., la Constitucion de 1837 y la independencia nacional [1]. Hombres de fortuna, de representacion y de buenos antecedentes se han empeñado en la demanda; y lo que más debe llamar la atencion es que cuerpos del Ejército se han unido espontáneamente, sin duda porque el grito procla-

[1] La insistencia con que Espartero hablaba siempre en sus documentos de la *independencia nacional* se explica por los manejos de la Francia y de otras potencias, empeñadas en dirigir nuestros negocios; manejos que el Duque no podia ignorar, como que muchas veces habia sido blanco de sus tiros.

mado es el que está impreso en sus corazones... Por otra parte, no tengo noticia de atropellamientos ni crímenes de aquellos con que se marca el desórden de la anarquía.

"Estas consideraciones y otras muchas que omito por no molestar demasiado la atencion de V. M., creo que debieran pesarse antes de llevar á cabo un rompimiento, en que los hijos con los padres, los hermanos con los hermanos, los españoles con españoles, fuesen impelidos á renovar sangrientas luchas por unos mismos principios, despues de haber consentido en abrazarse libres de la ferocidad del comun enemigo que sostuvo la encarnizada lucha de siete años. ¿Y quien asegura que esto llegue á realizarse, *aunque la ciega obediencia conduzca á tan sensible combate al que mande la fuerza?*... ¿No acaba de unirse la guarnicion de Madrid al pueblo madrileño, abandonando á su capitan general? Y si tal sucediese con los cuerpos que yo mandase ó condujese, ¿qué seria de la disciplina, qué del Ejército?

"V. M., como prenda para que recupere su confianza mayor que nunca, me dice que me decida á defender el trono, libertando á mi país de los males que le amenazan... Yo creo, señora, que no peligra el trono de mi Reina, y estoy persuadido de que pueden evitarse los males de mi país, apreciando los consejos que para conjurarlos me pareció deber dar á V. M. *Todavía, señora, puede ser tiempo.* Un franco manifiesto de V. M. á la nacion, ofreciendo que la Constitucion no será alterada; que serán disueltas las actuales Córtes, y que las leyes que acordaron se someterán á la deliberacion de las que nuevamente se convoquen, tranquilizará los ánimos, si al mismo tiempo elige V. M. seis consejeros de la Corona de concepto liberal, puros, justos y sábios. Entonces, no lo dude V. M.; todos los que hasta ahora se han pronunciado disidentes depondrán la actitud hóstil, reconociendo la bondad de la que siempre fué madre de los españoles: no habrá sangre ni desgracias; la paz se verá afianzada; el Ejército, siempre virtuoso, conservará su disciplina, mantendrá el órden y el respeto á las leyes, será un fuerte escudo del trono constitucional, y podrá ser respetada nuestra independencia, principiando la era de prosperidad que necesita esta trabajada nacion en recompensa de sus generosos sacrificios y heróicos esfuerzos...„

No escuchó Cristina los patrióticos consejos de Espartero, y pronto pasó la oportunidad de seguirlos: sin duda creyó que bastaria para dominar la situacion emplear uno de esos paliativos; una de esas concesiones menguadas, que siempre son funestas á los reyes, porque revelan su debilidad sin dar muestras de su buen de-

seo: conservando sus ministros, nombró otros, que no llegaron á tomar posesion de sus cargos, para que propusiesen á las Córtes la modificacion del artículo 45 de la ley municipal; y entre tanto, se fulminaban reales órdenes contra los fautores de la revolucion, "que hacian pesar sobre el pueblo la violenta tiranía de los agitadores y demagogos," añadiendo "que la Reina habia sabido con dolor tan criminales excesos, y que el Gobierno tomaba providencias para hacer que cayera sobre los culpables todo el rigor de la ley."

La Junta de Madrid contestó á estas amenazas prohibiendo, bajo pena capital, á todo funcionario público obedecer al Gobierno de Valencia; declarando que todo ciudadano tenia el deber de denunciar á cuantos mantuvieran con él relaciones de cualquiera especie; nombrando una comision para hacer efectivo el cumplimiento de sus preceptos, y mandando cerrar los ministerios.

Pronto se habló de nombrar asociados á la regencia, y aun de cambiarla, perdida toda confianza en la reina Cristina; pero el Duque de la Victoria, con quien se consultó esta idea, la rechazó, manifestando que de ningun modo debia tratarse de semejante cosa.

Entre tanto se extendia el movimiento insurreccional hasta las puertas de Valencia, y apurada la Regente, resolvió tarde, en 16 de Setiembre, confiar á Espartero el restablecimiento de la tranquilidad, encargándole la formacion de un ministerio que satisfaciese las necesidades y los deseos de los pueblos. Instado el Duque por la Junta provisional de Madrid, aceptó el cargo, pero con la condicion de pasar antes á la capital, á fin de conferenciar con las personas que hubieran de componer el nuevo gabinete, y marchar luego reunidos á Valencia, donde la Reina dispondria lo que fuera de su agrado.

Es preciso consignar, aunque sea someramente, estos detalles, porque de ellos resulta la verdad de la Historia, que el espíritu de partido siempre desfigura, sobre todo, en nuestros tiempos: no de otro modo puede ser juzgada la conducta de los hombres públicos. A Espartero se le acusó de ambicion y deslealtad, cuando nadie fué más leal ni menos ambicioso. A Prim se le ha acusado de ingratitud y de traicion, porque hay quien olvida los antecedentes de muchos acontecimientos necesarios, y quien desconoce los terribles deberes que impone el interés de la patria.

IV.

En dos meses de resistencia impolítica, se habian creado tales complicaciones, que cuando Espartero llegó á Madrid, pudo convencerse de que no era ya factible satisfacer á la revolucion con un cambio de ministerio, ni con las demás medidas por él aconsejadas. La opinion estaba pronunciada resueltamente por una nueva regencia, y hasta se pedia la supresion del Senado.

Los representantes de las juntas de varias provincias, reunidos en Madrid, dirigieron al Duque una exposicion, en 30 de Setiembre, proponiéndole en nombre de aquellas, como la primera y principal medida, "la pronta é inmediata reorganizacion de la regencia, de modo que entrasen á gobernar con S. M. personas que mereciesen la estimacion y la confianza nacional.„ — "En vano (decian) estará la augusta Regente de este reino animada de las mejores intenciones, si en su inexperiencia, si en la falsa idea que se le hace concebir de sus prerogativas, encuentran un campo fácil de explotar los que aspiran á perdernos: en vano propondrá V. E. seis ministros puros, patriotas, capaces, identificados con nuestras leyes, si al querer obrar se encuentran con obstáculos, con repugnancias, con intrigas, que tienden á neutralizar sus más sanas intenciones.„

A pesar de que estas nuevas exigencias no eran hijas de una suspicacia excesiva, sino el fruto de repetidos desengaños, costó mucho convencer á Espartero de la necesidad de reorganizar la regencia, y de ningun modo consintió que se pronunciara su nombre, cuando se hablaba de asociar otras personas á la Gobernadora; pero no podia impedir que se tratase de esta cuestion, considerada ya como capital é ineludible, y todo lo más que alcanzaba su influencia era á conseguir que se resolviese de una manera digna y decorosa.

El Ayuntamiento, la Diputacion provincial y la Junta de Madrid designaron las personas que habian de componer el Ministerio [1], y antes de marchar á Valencia,

[1] Fueron los designados: para Estado, el Alcalde 1.° de Madrid, Don Joaquin M. Ferrer; para Guerra, el mariscal de campo y senador, Don Pedro Chacon; para Gobernacion, el diputado D. Manuel Cortina; para Gracia y Justicia, el ministro del Tribunal supremo de Justicia y senador, D. Alvaro Gomez Becerra; para Hacienda, el cónsul, Don Agustin Gamboa; y para Marina, el oficial mayor cesante del mismo Ministerio, D. Joaquin de Frias.

envió Espartero á la Reina su propuesta, que fué aprobada. Los ministros llegaron á aquella ciudad el 9 de Octubre: inmediatamente se presentaron á la Gobernadora; que les exigió por escrito las bases de su programa para proceder en su vista. Sorprendió á los ministros esta exigencia, despues que en la Real órden por la cual fué nombrado presidente el Duque de la Victoria, se decia: "que S. M. estaba decidida á establecer la paz y la union de todos los ánimos, *no omitiendo medio alguno* para satisfacer las necesidades de los pueblos„: creian que estas palabras bastaban, sin más explicaciones, para que se comprendiese toda la extension de su compromiso, y que el pedirles ahora condiciones escritas y firmadas era darles á conocer que no merecian la plena confianza de S. M. Respetando, sin embargo, sus deseos, formularon el programa, y lo presentaron al dia siguiente; pero resueltos á exponer con entereza todo lo que la gravedad de las circunstancias reclamaba.

"Cada momento que esta situacion se prolonga, decian, relaja más y más los vínculos sociales y nos acerca á una completa disolucion del Estado.... Esta conviccion dolorosa y profunda, que tienen los que V. M. ha nombrado sus consejeros, no para que la adulen y lisonjeen, como deben creerlo, sino para que le digan la verdad, los pone en la precision de hablar con franqueza y con lealtad, y de exponer cuanto en su concepto es necesario para restablecer el órden y la calma perdidos de un modo que no puede verse sin el más íntimo dolor...„

Desarrollando las bases del programa, el Ministerio creia necesario ante todo, que la Reina diese un manifiesto á la Nacion, en el cual haciendo recaer sobre sus consejeros la responsabilidad de lo pasado, ofreciese y asegurase con solemnidad que la Constitucion seria respetada y fielmente cumplida; que se ofreciese igualmente dejar sin ejecucion la ley de Ayuntamientos, debiendo ser modificada y sometida al exámen de las nuevas Córtes; consideraban indispensable la disolucion de las existentes, y la convocacion de otras para despues de renovadas las Diputaciones provinciales, cumplidas en su totalidad hacia ya tiempo, y que ilegalmente subsistian por haber convenido así á las miras de los ministros moderados.

"Esto, señora, (continuaba diciendo el programa), hubiera bastado para crear un gobierno fuerte, y evitar cuanto despues ha ocurrido, si V. M. hubiese apreciado en algo los consejos del presidente del gabinete... Hoy los pueblos se han levantado, como en circunstancias análogas lo han hecho, y especial y señaladamente en 1315, durante la menor edad del rey D. Juan I, en que formaron una hermandad para poner coto á los abusos de sus tutores..., y no se contentan con lo que en otro tiempo:

exigen garantías; no quieren verse de nuevo en la necesidad de dar un paso, cuyos graves riesgos y lamentables consecuencias no se les ocultan.... Hay, señora, quien cree que V. M. no puede seguir gobernando la nacion, cuya confianza, dicen, ha perdido, y por otras causas que deben serle conocidas mediante la publicidad que se les ha dado [1], y piensan en destituciones y nuevos nombramientos de que V. M. debe tener idea tambien. Pero lo que más generalmente se desea es que V. M. se acompañe de hombres prácticos en la ciencia del gobierno, *de talentos acreditados en el Parlamento* [2], para que le ayuden á llevar la pesada carga de la regencia durante la menor edad de vuestra augusta hija: esta es opinion tan generalizada, que hasta en los pueblos más pequeños y que menos parece que se ocupan de las cosas públicas, existe.....

..... Pero seria poco decoroso para V. M., y menguaria el prestigio de que tanto necesita, si la variacion se hiciese á consecuencia de propuesta de uno ó varios diputados; y parece preferible que V. M., tomando la iniciativa, pidiese la co-regencia y la nombrase interinamente, sin perjuicio de lo que determinasen las Córtes, á quienes corresponde la decision y el nombramiento en su caso: á nadie puede ofender pedir auxilio para una obra grande y difícil, pero sí que le obliguen á tomarlo cuando se cree capaz por sí solo de llevarla á cabo...

"Verdades amargas, señora, habremos dicho quizás, pero hemos preferido pasar por el disgusto que esto no puede menos de ocasionarnos, á aumentar el número de los consejeros que han engañado á V. M. y dado lugar á que se haya entibiado el amor que los españoles le profesaban, y que aun es tiempo de hacer revivir, porque afortunadamente no está extinguido."

Aunque digno y respetuoso en la forma, este documento no podia ser más duro en el fondo, sobre todo para oidos poco acostumbrados á escuchar verdades: habia, sin embargo, mas valentía y más lealtad en decirlas que en ocultarlas; pero se dirigian á quien, para creerlas y obrar en consecuencia, necesitaba confesarse culpable, por más que se le diesen todos los medios de salvar su dignidad y su decoro. La rectitud de sus intenciones cegó á los ministros hasta el punto de creer que las bases de su programa serian aceptadas y cumplidas. Más hábil y disimulada que ellos, Cristina oyó en silencio, y al parecer, impasible la lectura de aquel escrito; lo

[1] Acababa de publicarse en Paris un folleto, inspirado por la infanta Doña Luisa Carlota, en el cual se hacian revelaciones intencionadas acerca del casamiento de la reina Cristina con Don Fernando Muñoz.

[2] Estas palabras fueron añadidas á peticion de Espartero, y revelan claramente su desinterés en la cuestion de regencia; pues era como decir: «Nómbrese á quien reuna cualidades que á mí me faltan.»

tomó sin hacer sobre él observacion alguna; recibió á los ministros el juramento de sus cargos, y en seguida los despidió cortesmente, diciendo que al otro dia daria respuesta á todo.

Al retirarse los ministros, admirados de tan extraño proceder, fué detenido Espartero por la reina Cristina, quien le manifestó que habia resuelto renunciar la regencia y ausentarse de España; que hacia ya mucho tiempo lo deseaba, y que los últimos acontecimientos acababan de decidirla.

Con asombro escuchó Espartero esta declaracion, que le ponia, y á sus compañeros, en el más grave compromiso. Así lo manifestó á la Reina, quejándose amargamente de que se le hubiese llamado sin darle conocimiento de tal resolucion; pues á tener noticia de ella, de ningun modo habria aceptado el cargo, que solo su adhesion á la misma Gobernadora, á la Reina y á las instituciones le habia obligado á admitir en aquellas circunstancias. Más de una hora luchó el Duque para disuadir á Cristina de su fatal propósito, sin poder convencerla. — "No te canses, dijo por último aquella señora: mi resolucion es irrevocable: te confio el cuidado de mis hijas, porque sé que eres su mejor defensor, y no puedo dudar de tu lealtad.

Dos dias seguidos pugnaron con tenaz empeño todos los ministros para quebrantar la resolucion de Cristina, que en respuesta á su programa, les presentó un documento autógrafo, en el cual formulaba la renuncia con frases depresivas para la nacion entera, é indignas de la persona que las firmaba. La misma Reina conoció las terribles consecuencias que habria podido producir la publicacion de aquel escrito, cuando al devolvérselo Cortina, le dijo: "Señora: V. M. se ha olvidado de que sus augustas hijas han de quedar en este suelo." Recogió en seguida el papel, y encargó á Cortina que redactase él mismo la renuncia en términos convenientes.

Pero los ministros no querian esto, y estaban resueltos á dimitir antes que consentirlo. Con suma dificultad lograron que Cristina accediese á entrar en discusion sobre los puntos que abrazaba el programa, y por un momento creyeron en la posibilidad de convencerla, arrancándole el decreto de disolucion de las Córtes, aunque fundado solo en *algunas de las causas* alegadas por ellos, y el encargo de redactar un proyecto de manifiesto á la nacion. Escrito este documento con el mayor tacto para contentar al país y salvar la dignidad de la Regente, se lo presentaron; pero lo rechazó insistiendo más que nunca en su resolucion.

Los ministros hicieron dimision: Cristina no se la admitió, diciendo que, al tomarles el juramento del modo que lo hizo, habia sido con el objeto de que la na-

cion no quedase sin gobierno, y que, segun la Constitucion, debian reemplazarla interinamente hasta la reunion de las Córtes.

No quedó más recurso que ver el modo de formular la renuncia; y deseando Cortina encontrar un motivo decoroso en que fundarla, prescindiendo de las causas políticas, insinuó á la Reina lo que públicamente se decia acerca de su casamiento. Cristina negó que fuese verdad [1].

Redactada la renuncia, quisieron los ministros someterla previamente á la aprobacion de la Reina, con quien tuvo Cortina una conferencia: en ella hizo el ministro nuevos esfuerzos para disuadirla de su tenaz empeño, y oyó de los labios de la augusta señora estas palabras inolvidables:

"No te canses; *yo no puedo gobernar en España, porque tengo compromisos con un partido;* por lo mismo que Espartero no podrá tampoco hacerlo."

Esta era la verdad; y colocada Cristina en semejante situacion, comprometida por el partido, cuya jefatura habia aceptado, no podia escudarse ni escudar el trono con los errores de sus ministros, cuya responsabilidad compartia: su renuncia, en este caso, era inevitable y lógica; pero no le quedaba derecho á quejarse de los españoles en general, sino de los hombres de su partido que la abandonaban [2].

Para evitar cualquier siniestra interpretacion, el dia 12 de Octubre por la noche, se reunieron, previamente convocadas, en una de las cámaras del palacio que habitaba la familia real, todas las autoridades, corporaciones y personas notables de la corte y de la ciudad de Valencia; y en presencia de todos leyó la Reina gobernadora con voz firme la renuncia de su cargo, escrita de su mano, y la entregó al Presidente del Consejo de ministros juntamente con un decreto, que leyó este, por el cual se instalaba la Regencia provisional. Se levantó acta, que firmaron los concurrentes, entre los que habia generales y otros personajes

[1] Algunos años despues, en 1856, sostuvo el mismo Cortina, como letrado, que el casamiento de la reina Cristina no se habia celebrado hasta Octubre de 1844, y lo probó con documentos; pero las mismas pruebas alegadas por el ilustre jurisconsulto están en oposicion con los hechos, y demuestran que, ó Cristina se habia casado mucho antes, ó vivia en un estado menos honesto. Cabalmente cuando Cortina daba aquel dictámen, tenia Cristina ya dos hijas casaderas, la mayor de las cuales contrajo matrimonio por entonces y contaba de 18 á 20 años.

[2] «¿Dónde estaba y qué hacia por Cristina (en tal situacion) el partido á quien dió existencia y á quien unió su suerte?—Donde estaban, al estallar la revolucion de Marzo de 1820, los camarilleros que la víspera aconsejaban á Fernando VII la tiranía: donde estaban, al levantarse la nacion contra el Estatuto, los que habian afirmado á Cristina en el propósito de sostener la monarquía sola y pura: donde estaban cuando la Reina gobernadora hubo de jurar la Constitucion del 12, los que le habian aconsejado la resistencia. Los reyes no encuentran nunca en sus conflictos á los que los han acarreado: Cristina dijo en su despecho, que *no habia sido dichosa para hacer caballeros.*»—F. de los Rios. Obra citada.

contrarios al pronunciamiento, sin que nadie hiciese la menor observacion contra lo que luego se llamó usurpacion y violencia; y despues de conversar Cristina con varias personas, se retiró á su cuarto, donde más tarde la encontraron los ministros leyendo un periódico.

La renuncia decia entre otras cosas:

"A las Córtes.—El actual estado de la nacion, y el delicado en que mi salud se encuentra me han hecho decidir á renunciar la Regencia del reino, que durante la menor edad de mi excelsa hija doña Isabel II me fué conferida por las Córtes Constituyentes de la nacion, reunidas en 1836, *á pesar de que mis consejeros, con la honradez y patriotismo que les distingue, me han rogado encarecidamente continuara en ella, cuando menos hasta la reunion de las próximas Córtes*, por creerlo así conveniente al país y á la causa pública; pero *no pudiendo acceder á algunas exigencias de los pueblos*, que mis consejeros mismos creen deber ser consultadas, para calmar los ánimos y terminar la actual situacion, me es absolutamente imposible continuar desempeñándola, y creo obrar como exige el interés de la nacion renunciando á ella."

Decidida la marcha de la Reina viuda, quiso esta efectuarla al dia siguiente, embarcándose en un buque francés, á lo cual se opusieron los ministros, como lo exigia el decoro de la nacion. El 17, á las seis y media de la mañana, salió con su servidumbre por la puerta de Mar, acompañada de los ministros, autoridades y ayuntamiento de Valencia, estando formadas en el camino hasta el Grao las tropas de la guarnicion, que le hicieron los honores corespondientes á su rango; y bajo el nombre de condesa de *Vista Alegre*, entró á bordo del vapor *Mercurio*, que la condujo á Port-Vendres.

Doloroso era, en verdad, ver á aquella ilustre señora, tan querida, tan celebrada poco tiempo antes, alejarse ahora de las playas españolas, humillada en su orgullo de reina, herida en su afecto de madre, bajando de las alturas deslumbradoras del poder supremo para buscar asilo y reposo en tierra extraña; pero no podia decirse que la expulsaban los que tantas veces habian expuesto el pecho á las balas aclamando su nombre en los combates: se desterraba ella misma, movida de propio impulso, por no poder sufrir el clamor público, que la acusaba de ingratitud y de perjurio, y por ser consecuente con los que la habian traido á tal extremo, y que, en su infortunio, solamente le ofrecian, por toda muestra de amor, *un compasivo silencio*. No podia, no, culpar á los ministros salidos de la revolucion que, demasiado condescendientes con ella, demasiado sumisos á su voluntad, consintieron su mar-

cha al extranjero, pudiendo haber tenido presente que las antiguas leyes españolas no permiten á las reinas viudas salir del reino, y les dan por refugio el pacífico asilo de un claustro. Léjos de esto, hicieron cuanto en lo humano cabe para mantenerla en la regencia y restablecer su buen concepto en la opinion; y cuando vieron que era imposible vencer su resistencia, la acataron y la dejaron ir. ¡Ojala no lo hubiesen hecho! Acaso entonces no tendríamos que registrar en nuestra Historia nuevos desastres y más de un trágico sacrificio.

Cristina se mostró grande y magnánima, en el momento de partir, recomendando, con lágrimas en los ojos, que no se persiguiese á los pocos que no la habian abandonado. Si en su destierro voluntario hubiese permanecido completamente retraida de nuestras discordias interiores; si, en su convencimiento de que Espartero no podria gobernar por tener compromisos con un partido, hubiese dejado marchar los acontecimientos, sin mezclarse en ellos ni provocarlos, indudablemente los progresistas en el poder habrian rehabilitado en breve tiempo su memoria, porque los figurantes de este partído han demostrado hasta la saciedad que son ingobernables é incapaces de gobernar; no por falta de talentos, ni de honradez y rectas miras, sino porque suelen carecer del don de acierto, y no saben vivir en paz consigo mismos: la desgracia los une y los enaltece; la fortuna los engríe y los devora. Siendo obra exclusivamente suya la agitacion y el desconcierto en que más tarde se vió sumido el país, y limitándose Cristina á deplorar los males de su patria adoptiva y patria de sus hijas, la reaccion del espíritu público á su favor habria sido pronta y legítima. Desgraciadamente, la imparcial Historia no puede excusarla de haber contribuido á promover aquellos males.

La Regencia provisional comenzó desde luego á ejercer sus funciones con una rectitud y una justicia admirables, haciéndose amar y respetar de todos, porque á todos, y principalmente á los ilustres miembros que la componian, inspiraba la llama del más acendrado patriotismo. España entraba en una nueva era, en la que, sin agitaciones ni trastornos, sin opresion ni debilidad, borrando antiguos ódios y preparando fecundas reformas, debia regenerarse y adquirir prosperidad y grandeza. Tales eran los propósitos; tales las esperanzas, que durante el interregno parlamentario no fueron desmentidas por los hechos.

El Ministerio abandonó á Valencia el dia 20 de Octubre, acompañando á la Reina y á la Infanta, y el 28 hicieron su entrada triunfal en Madrid, en medio de las mayores demostraciones de júbilo y entusiasmo.

La nacion estaba completamente desorganizada, en poder de las juntas, que en cada localidad gobernaban á su capricho, y en algunas cometieron bastantes desaciertos é injusticias. Lo primero que hizo la Regencia provisional fué mandar que continuasen las que habian sido creadas en las capitales de provincia, pero solo con el carácter de auxiliares, entrando desde luego las autoridades en el desempeño de sus funciones. Dueña así de la situacion, pudo obrar con desembarazo: levantó los destierros impuestos por aquellas corporaciones, protegiendo generosamente la libertad de los ministros caidos, que no habian emigrado, y de otros personages políticos, perseguidos por efecto del ardor revolucionario. Proponiéndose cicatrizar heridas, además del indulto, dió una amnistia general para todos los delitos políticos cometidos desde 19 de Julio de 1837, fecha de la última, exceptuando solamente á los titulados generales, jefes y oficiales y otras notabilidades carlistas, que no estuviesen comprendidos en el Convenio de Vergara; facilitó individualmente el regreso á la patria de los generales Córdoba y Narvaez [1], mandando sobreseer el proceso que se les formó en 1838, y previniendo que por ningun motivo se pudiera volver á tratar de aquel asunto: abolió la policía secreta "gérmen de vicios y aun de delitos,, segun Cortina, prohibiendo hacer en adelante ningun gasto con este objeto, y preparando el establecimiento y organizacion de la policía pública para la proteccion y seguridad de los ciudadanos: dictó sérias medidas contra la vagancia, al mismo tiempo que promovia la ejecucion de obras públicas para dar trabajo á los brazos desocupados, abriendo carreteras y construyendo puentes: introdujo mejoras en el servicio de correos y en el desatendido ramo de cárceles y presidios; organizó la administracion, centralizando todas las rentas en el Ministerio de Hacienda, y reparando la anarquía que en las indirectas habian introducido las juntas de algunas provincias: acordó llevar á cabo una estadística de la riqueza, y la capitalizacion de la deuda interior y exterior: estableció el registro civil en las poblaciones de más de 500 vecinos: dió disposiciones acertadas en materia de montes, y favorables al desarrollo de la industria minera: mandó cerrar el tribunal de la Rota, poniendo coto á ciertos abusos introducidos en las cosas eclesiásticas, con usurpacion de atribuciones é infraccion de las leyes del reino, y declaró inamovibles los magistrados y jueces.

El estado de la Hacienda era deplorabilísimo: importaba sobre manera disminuir la pesada carga del ejército, que ascendia á 237,000 infantes y unos 14,000 caballos,

[1] No volvieron á España entonces, porque no quisieron.

y se resolvió reducir á 154,000 los primeros y á 11,000 los segundos, licenciando los cuerpos francos y provisionales, las milicias movilizadas, los voluntarios y los cumplidos de la quinta de 1831. La situacion del país y los recelos de complicaciones que podian sobrevenir del exterior, impidieron hacer mayor reduccion de fuerzas.

Desde luego quedó sin ejecucion la ley de ayuntamientos; se convocaron las Córtes para el 19 de Marzo de 1841, debiendo antes quedar constituidas las nuevas diputaciones provinciales en 1.° de Enero. Pretendian muchos que, juntamente con el Congreso, se renovase el Senado en su totalidad, y en tal sentido se dirigieron centenares de exposiciones al Gobierno; pero envolvia esto una infraccion de la ley fundamental; lo resistió la Regencia, y prevaleció su resolucion de renovar solamente la tercera parte de los senadores: fiel á los principios que proclamaba, y queriendo ceñirse á la más extricta legalidad, circuló instrucciones públicas y *reservadas* á los jefes políticos para que garantizasen la mayor libertad electoral.

En estas y otras patrióticas tareas se ocupaba la Regencia provisional, mientras, dentro y fuera de España, se trabajaba ya para oponer embarazos á su marcha. En cuanto llegó á Francia la reina Cristina, se vió rodeada de absolutistas vergonzantes, dispuestos á encender el ódio en su corazon y en España la negra tea de la discordia. Aquella Señora, que, al desembarcar en Port-Vendres, habia, escrito afectuosamente á Espartero, mostrándose agradecida á las distinciones con que se la habia tratado, reiterándole su aprecio, enviando recuerdos para los ministros y regalos para la Duquesa de la Victoria; aquella misma señora, el 8 de Noviembre, lanzaba desde Marsella un manifiesto á la Nacion, escrito todo de su puño, y plagado de inexactitudes de hecho y de derecho, capaz de perturbar los ánimos en otras circunstancias, remitiéndolo al Duque para que lo hiciese publicar en la *Gaceta de Madrid* y en los boletines oficiales de todas las provincias. Aquel documento era una relacion de méritos, que los españoles no habian olvidado, para fundar en ellos una acusacion de la más negra ingratitud: era el canto de la sirena, que con dulces acentos encubria siniestras intenciones. Entre otras cosas, decia:

"Españoles: Al ausentarme del suelo español en un dia para mí de luto y de amargura, mis ojos arrasados de lágrimas se clavaron en el cielo, para pedir al Dios de las misericordias que derramara sobre vosotros y sobre mis augustas hijas mercedes y bendiciones...

"Sola, desamparada, aquejada del más profundo dolor, mi único consuelo en

este gran infortunio es desahogarme con Dios y con vosotros, con mi padre y con mis hijos...

(Refiere los primeros actos de justicia y de clemencia que, recien llegada á España, le valieron los aplausos y el entusiasmo de los españoles, y dice más adelante):

"Depositaria del poder soberano... de mi libre y espontánea voluntad convoqué á los Próceres de la Nacion y á los Procuradores del Reino.—Yo dí el Estatuto Real, y no lo he quebrantado: si otros le hollaron con sus piés, suya será la responsabilidad ante Dios, que ha hecho santas las leyes.

"Aceptada y jurada por mí la Constitucion de 1837, *he hecho por no quebrantarla el último, el mayor de todos los sacrificios; he dejado el cetro y he desamparado á mis hijas...*

"Servida por ministros responsables, que tenian el apoyo de las Córtes, acepté su dimision, exigida imperiosamente por un motin en Barcelona. Desde entonces comenzó una crísis, que no ha llegado á su término sino con mi renuncia firmada en Valencia... Los insurreccionados exigian de mí que condenara la conducta de unos ministros que me habian servido lealmente [1]; que reconociera como legítima la insurreccion [2]; que anulara ó cuando menos suspendiera la ley de Ayuntamientos, sancionada por mí despues de votada por las Córtes; que pusiera en tela de juicio la unidad de la Regencia.

"Yo no podia aceptar la primera de estas condiciones sin degradarme á mis propios ojos [3]: no podia acceder á la segunda sin reconocer el derecho de la fuerza [4]... no podia aceptar la tercera sin quebrantar la Constitucion [5]... no podia aceptar la cuarta sin aceptar mi ignominia, sin condenarme á mi propia [6], y sin debilitar el

[1] Nada de esto era exacto. Los pronunciados podrian exigir lo que quisiesen. Lo que *oficialmente* se propuso á la Reina fué que, haciendo recaer, como era justo, la responsabilidad de lo pasado sobre sus consejeros, ofreciese que la Constitucion seria respetada y cumplida fielmente.

[2] Tampoco es exacto: los ministros solo indicaron á la Gobernadora, que era necesario aprobar los actos de las Juntas, en cuanto no lo resistieran abiertamente los principios de justicia.

[3] ¿Pues no correspondia la responsabilidad á los ministros, segun la Constitucion? Decir esto era lo mismo que declararse la Reina culpable y responsable de todo lo pasado.

[4] Antes de apelar á la insurreccion, se habian intentado todos los medios legales para evitarla, y se habian cerrado las puertas á la voz del derecho. Triunfantes los pueblos, era necesario ceder; mas no por esto se exigió á la Reina que prejuzgase cuestion alguna.

[5] La Constitucion venia infringida de mucho tiempo atrás, y lo que se pedia era que se suspendiese la ley de Ayuntamientos para ponerla en armonia con la misma ley fundamental.

[6] Esto es verdad: se condenaba á sí propia, porque habiendo asumido la responsabilidad de un partido, declaraba ella

poder *que me habia legado el Rey*, que confirmaron despues las Córtes Constituyentes, y que conservaba Yo como un sagrado depósito, *que habia jurado no entregar en manos de los facciosos* [1].

"Mi constancia en resistir... ha traido sobre esta flaca mujer, que hoy os dirige su voz, un tesoro de tribulaciones tal, que no pueden expresar los vocablos de ninguna lengua humana... Yo he llevado mi infortunio de ciudad en ciudad, recogiendo la befa y el baldon por el camino, porque Dios, por uno de sus decretos, que son para los hombres un arcano, habia permitido que la iniquidad y la ingratitud prevalecieran. Por esto sin duda... se habian acobardado los muchos que me amaban, hasta el punto de no ofrecerme, en testimonio de su amor, sino un compasivo silencio. Algunos hubo que me ofrecieron su espada; pero no acepté su oferta, prefiriendo ser yo sola mártir, á verme condenada un dia á leer un nuevo martirologio de la lealtad española [2]... Por eso se apartaron de pensamiento tan horrible mis ojos maternales, diciéndome á mí propia, que cuando los hijos son ingratos, debe una madre padecer hasta morir; *pero no debe encender la guerra entre sus hijos...*"

¡Cuán glorioso nombre tendria Cristina en la Historia, si sus inspiradores no la hubiesen apartado nunca de tan bellos sentimientos!

La Regencia provisional, decidida á que sus actos pudiesen ser juzgados por la nacion y la Europa entera, no vaciló un instante en publicar el manifiesto de la Reina madre, insertando en el mismo número de la *Gaceta* la refutacion de los cargos que contenia, y rectificando los hechos inexactamente referidos, para que se formase de ellos una idea justa y conveniente. Aquel documento no produjo por entonces los efectos que tal vez aguardaban sus autores.

misma que se habia hecho incompatible con la unidad de la Regencia; pero no es cierto que se le propusiese firmar su ignominia: muy al contrario, se le propusieron medios que, sincerando su conducta, la honraban, y además se le dijo que, «aplazando la resolucion de esta grave cuestion para las próximas Córtes, creian los ministros acallada la exigencia por el momento, y acaso, en el período que hasta entonces transcurriera, variaria ó se modificaria la opinion.»

[1] El primer *faccioso*, en este caso, era el Duque de la Victoria, á pesar de haber resistido con todas sus fuerzas la modificacion de la Regencia.

[2] Cerca estaba el martirologio de Leon, Borso, Montes de Oca, y el de Zurbano y sus hijos y otros mil.

V.

Durante los graves acontecimientos que dejamos referidos en este capítulo, la situacion de D. Juan Prim era bastante precária, como la de otros muchos militares, que habian prodigado su sangre por la Reina y la libertad. Fiel á sus banderas y á sus deberes, permanecia mandando en comision el *Primero provisional de Cataluña*, que, como todos los demás cuerpos de esta clase, estaba destinado á desaparecer á la terminacion de la guerra civil, y al estallar el movimiento de Setiembre, se hallaba de guarnicion en Cardona.

Prim no tomó parte activa en el alzamiento; pero necesariamente habia de simpatizar con él por conformidad de ideas y por conveniencia propia: jóven de veintiseis años, no cumplidos, y elevado á la consideracion de coronel por sus propios méritos, era natural que tuviese ambicion, ó por lo menos, que aspirase á la justa recompensa de sus servicios; y hasta entonces no la habia obtenido: llevaba tres galones y mandaba un cuerpo, sí; pero aun no se le habia reconocido la efectividad del empleo de teniente coronel, ganado en Febrero de aquel año, ni el de 1.er comandante, en que servia, y que le fué igualmente conferido sobre el campo de batalla por las brillantes acciones del 2 y 17 de Abril de 1839. Así consta de las comunicaciones mediadas entre el general Buerens y el capitan general de Cataluña, en 14 y 19 de Octubre de 1840, que hemos consultado.

Triunfando la reaccion política, una vez disueltos los cuerpos francos, no debia esperar Prim otro destino que el de excedente ó de reemplazo, ni confiar mucho en que se le confirmasen los empleos adquiridos á costa de grandes servicios; y esta perspectiva no podia lisonjear al hombre que, en seis años, habia asistido á 34 acciones de guerra y á dos sitios formales, sostenido cuatro combates cuerpo á cuerpo, ganado una bandera al enemigo y derramado su sangre por la boca de ocho heridas. Venciendo el pronunciamiento, aunque se disolviesen los batallones provisionales, Prim tenia un porvenir, porque se atenderia con preferencia, como era justo, á los que más servicios habian prestado por la causa constitucional.

Prescindiendo de los motivos personales, el jóven comandante vió con satisfaccion el triunfo del partido liberal, y el advenimiento al poder del general Espartero,

que gozaba en el Ejército de una inmensa popularidad, aunque deplorando que estos hechos hubiesen ocasionado la caida de la reina Cristina. PRIM no era entonces hombre político: amaba á su patria, y en particular á Cataluña; tenia entusiasmo por las instituciones liberales, pero no lo mostraba con ese ímpetu irreflexivo, propio de los pocos años. Los que en aquel tiempo le conocieron, notaron en él una seriedad precoz, que formaba contraste con la fama de arrojado y audaz que le habian dado sus hazañas militares: veíasele preferir á menudo la sociedad de las personas graves á la de la juventud bulliciosa, escuchando siempre, hablando poco, y no emitiendo su opinion, sino despues de haber formado exacto juicio sobre las cuestiones debatidas. Entonces sus observaciones revelaban una comprension fácil y un entendimiento despejado, sorprendiendo muchas veces á sus interlocutores con destellos de ingenio, expresados con vigorosa y acerada frase.

Aun cuando PRIM no figurase como hombre político, teníasele en el concepto de liberal exaltado, y sus ideas le acercaban al exíguo grupo democrático, que, en Cataluña, no dejaba de contar numerosos adeptos entre las masas; pero la popularidad, que ya gozaba, la debia casi exclusivamente á sus hechos militares. Sin haber salido del antiguo Principado, su nombre era conocido en toda España, y se hablaba de él con ese generoso entusiasmo que siempre inspira el valor personal á los pechos españoles: natural era que sus paisanos se envaneciesen de poseerle y le mirasen como una esperanza de la patria. Ocasion propicia encontraron los catalanes de dar á PRIM la mayor y más honrosa prueba de su aprecio, al procederse á la renovacion de las Córtes, en 1841. En aquellas elecciones libérrimas, la provincia de Tarragona le nombró para representar á la nacion en el Congreso de diputados. Esta recompensa valia por todas las demás con que hasta entonces se habian reconocido sus servicios.

CAPÍTULO II.

Regencia de Espartero. (1841-1842).

SUMARIO.—Córtes de 1841.—Unitarios y trinitarios.—El Duque de la Victoria es elegido regente único.—Prim le da su voto: se confirman sus empleos, y es nombrado Subinspector de carabineros de Andalucía.—Tutela de las reales huérfanas.—Protesta de la Reina madre.—Insurrecciones militares: el 7 de Octubre en Madrid.—Olózaga y Cristina.—La ciudadela de Pamplona y la de Barcelona.—Los limpios caballeros del partido francés.— *La Orden militar Española.*—Cuestiones internacionales.—Division de los progresistas.—Escándalos parlamentarios.—Voto de censura al ministerio Gonzalez.—*Los Inválidos del siglo XVIII.*—Violenta oposicion á Espartero.—Insurreccion incalificable y bombardeo de Barcelona.—Por dónde andaba, qué hacia y cómo se llamaba Prim á fines de 1842.

I.

El 19 de Marzo, aniversario de la promulgacion de la Constitucion de Cádiz, fué el dia señalado para la apertura de las Córtes de 1841, la cual se efectuó con modesta pompa. El Congre o apareció compuesto casi en su totalidad de progresistas más ó menos avanzados, efecto natural de las circunstancias por que acababa de pasar el país; pues aunque el Gobierno habia garantizado la más ámplia libertad electoral hasta por medio de comunicaciones reservadas, dirigidas á los jefes políticos, sin embargo, los moderados en general se habian retraido de acudir á las urnas, ya fuese por temor de una derrota, ó ya por no legitimar con sus actos el pronunciamiento de Setiembre.

Las elecciones para el Senado tambien habian sido favorables al partido progresista; pero no habiéndose renovado más que la tercera parte de los senadores, las fuerzas aparecian equilibradas en aquel cuerpo colegislador. Ya veremos en adelante cuál de los dos hizo más en interés de la libertad, y cuál la puso en peligro.

El Congreso nombró su presidente al ilustre patricio D. Agustin Argüelles, y el Senado al general conde de Almodóvar: ambas personas eran dignas del puesto á

que fueron elevadas, y su eleccion acertadísima; pero habia en ella por parte de muchos el pensamiento de preparar ya desde entónces la solucion de la cuestion de regencia, la más grave que se presentaba en aquella legislatura.

Divididos andaban los pareceres en esta cuestion; pues aunque no era discutible para nadie que la persona del Duque de la Victoria debia ocupar el primer puesto en el gobierno de la nacion, eran muchos los que opinaban que no convenia conferirle la regencia á él solo; y como la Constitucion dejaba al arbitrio de las Córtes el nombramiento de uno, tres ó cinco regentes, de aquí nació la division entre unitarios y trinitarios, ó sea de los que pretendian que la regencia fuese única, y esta conferida á Espartero, y de los que aspiraban á que entrasen á formar parte de ella tres ó más personas.

Razones poderosas militaban á favor de una y otra opinion. "La Regencia triple (dice San Miguel) era la más popular en aquellas circunstancias; contaba con más votos fuera del recinto de los cuerpos colegisladores. Se agrupaban en derredor de esta bandera todos cuantos temian por la conservacion en toda su pureza de los principios constitucionales, cuantos tenian en D. Agustin Argüelles una confianza ilimitada, cuantos preferian el peligro á que podia exponer un conflicto ó mala inteligencia entre los regentes, á verse privados de la cooperacion de una persona que en aquella tempestad política se presentaba como el áncora de sus esperanzas [1]."

De esta misma opinion era la mayoría de los diputados, conforme á los sentimientos de sus respectivas provincias, algunas de las cuales, segun se lee en la *Vida militar* y *política de Espartero*, no solo lo habian publicado paladinamente, sino tambien fijado en las candidaturas como condicion imperiosa á que irremisiblemente habian de sujetarse sus representantes. La prensa progresista, excepto el periódico titulado *La Constitucion*, que era el órgano de las ideas del Gobierno, opinaba tambien por la regencia múltiple; opinion fundada en una suspicacia muy natural, atendida la facilidad con que un solo hombre, rodeado de gran prestigio y jefe de un ejército victorioso, puede abusar de las atribuciones que da el poder monárquico y constituirse en dictador. No se tenian en cuenta las cualidades personales del candidato indicado para ocupar la suprema magistratura; cualidades en que se apoyaban los unitarios para rechazar como quiméricos aquellos temores, y sostenian su opinion, partiendo del principio igualmente racional de que la unidad

[1] Vida de D. Agustin Argüelles.

constituye la fuerza, garantiza la estabilidad y facilita la armonía y el acierto.

Esta division de pareceres existia desgraciadamente en el seno de la misma Regencia provisional: los ministros Gomez Becerra, Ferrer y Frias se inclinaban á la trina: los restantes se habian decidido por la única. Con este motivo, y siendo necesario que el Gobierno fijase claramente su actitud en tan grave asunto, invitó Cortina á sus colegas, excepto Espartero, á una conferencia, en la cual abordó con franqueza la cuestion, manifestando su opinion decididamente favorable á la regencia única; y discutidas las razones que unos y otros alegaban en pró y en contra de sus diversos pareceres, convinieron en presentarse al Duque de la Victoria para conocer con exactitud su opinion en el particular, y exigirle una respuesta categórica respecto á si admitiria ó no el cargo de regente, en el caso de ser nombrado. Dado este paso, la contestacion del Duque fué clara y terminante: dijo "que esperaba el fallo de las Córtes; que seria el primero en obedecerlo, haciendo cuanto de él dependiera para que fuese obedecido, fuera el que fuese; pero persuadido de que, con compañeros, más que útil seria perjudicial su gobierno al país, no admitiria de modo ninguno el puesto en una regencia trina, ni vacilaria en rehusarlo si se le ofreciera."

En vista de esta resolucion, que segun manifestó el Duque, era irrevocable, los ministros trinitarios hicieron el sacrificio de sus opiniones y compromisos, y Gomez Becerra llevó su abnegacion hasta el punto de revelar él mismo en el Senado, que el Gobierno, despues de profundas meditaciones, se hallaba unánimemente decidido en favor de la unidad.

A pesar de esta declaracion, los más ardientes progresistas, coincidiendo con los más retrógados moderados, insistieron en sostener la conveniencia de la regencia múltiple. Figuraban al frente de esta fraccion los diputados D. Joaquin María Lopez y D. Fermin Caballero, y estaban con ellos Mendizábal, Carrasco, Uzal y otros, conocidos por sus ideas avanzadas, con quienes alternaban Gonzalez Bravo, Alonso y Posada Herrera: capitaneaban á los unitarios D. Salustiano Olózaga y D. Manuel Cortina, siendo de su misma opinion los Sres. Sancho, Lujan y Luzuriaga. D. Antonio Gonzalez, que representaba accidentalmente á España en Lóndres, era uno de los más decididos partidarios de la regencia única, habiendo venido apresuradamente á tomar asiento en el Congreso para trabajar en favor de esta solucion; y puesto de acuerdo con Olózaga y algun ministro, provocó una numerosa reunion de diputados y senadores en casa del Conde de Almodóvar, precisamente uno de los candidatos indicados para la regencia trina: en aquella reunion quedó

acordada casi por unanimidad la regencia única del Duque de la Victoria, siendo Olózaga quien más influyó con su elocuencia en esta resolucion, á la cual se adhirieron otros muchos diputados y senadores.

La prensa, entre tanto, se habia apoderado de la cuestion, sosteniendo unos y otros periódicos acaloradamente sus respectivas opiniones, y empleando á veces armas poco leales para hacer prevalecer su dictámen ó sus preferencias. *El Eco del Comercio*, periódico de grande autoridad en el partido progresista, y partidario de la regencia trina, dijo con marcada intencion, que tenia datos para asegurar que el general Espartero no habia manifestado otra opinion ni otro deseo acerca de la cuestion pendiente, que el propósito de retirarse de los negocios públicos, dispuesto siempre á desnudar la espada cuando la patria le llamase á defender su libertad y su independencia; pero tambien sabia que se hallaba dispuesto á obedecer y hacer que se obedeciera la resolucion de las Córtes sobre el número y el personal de los regentes, tomando en todo la parte que aquellas, como representantes de la nacion, le indicasen.

Demasiado impresionable el Duque, y demasiado franco, no queriendo sufrir que se le presentase como un autómata sin opinion ni voluntad propia, en un asunto que consideraba de la mayor trascendencia, resolvió hacer públicos sus sentimientos, y al efecto encargó á su secretario particular el General Linaje la redaccion de un comunicado, desmintiendo en parte los asertos de *El Eco*. "Autorizado por el mismo Duque (decia Linaje en aquel escrito), ratifico el juicio de que su deseo es el de retirarse de los negocios públicos y descansar en el hogar doméstico.... y tambien que, en medio de este deseo, se halla dispuesto á obedecer y hacer que se obedezca la resolucion de las Córtes sobre el número de personas que hayan de componer la regencia; pero no á tomar en ella la parte que le indiquen las mismas, si lo que determinan no fuese conforme á su opinion y á lo que, en su concepto, es necesario para salvar el país en las actuales circunstancias."

No fué oportuna la publicacion de este comunicado, que sirvió para quitar votos al futuro Regente, contribuyendo mucho á este resultado las imprudencias de algunos que se suponian sus más ardientes amigos; pero tampoco puede hoy decirse, como entonces se dijo, que aquella declaracion era una amenaza. Prescindiendo de la oportunidad, Espartero procedia leal y dignamente al hacerla; pues si, en su concepto, la regencia múltiple era un mal, tenia el deber de manifestarlo para que no le elijieran juntamente con otros. Y en suma, ¿qué decia? Que por su parte estaba

dispuesto á obedecer y hacer que se obedeciera la resolucion de las Córtes, salvo no aceptar el cargo de regente, si se le conferia en condiciones que él consideraba inconvenientes para su digno desempeño. Nombrárase á otros, y él los apoyaria; pero siendo una de las personas más indicadas para ocupar aquel puesto, no habia derecho á exigirle el sacrificio de su opinion. Comprometíanle, sin embargo, amigos oficiosos con otras manifestaciones inconvenientes, que tenian todo el aire de amenazas. "Por el bien del país deseamos que la primera votacion de las Córtes haga innecesaria otra segunda; pues sabemos que la guerra civil no concluye en España sino con la regencia única." Esto decia *La Constitucion*, diario considerado como órgano semi-oficial del Gobierno.

"El dia que se nombre regencia de tres, á las dos horas ya no hay regencia," exclamaba en el Senado el general Seoane; y tenia razon, partiendo del principio de que Espartero no aceptaria. Pero gritaban otros en conversaciones particulares: *Ó todo ó nada;* y al mismo tiempo, el Ejército, alarmado á consecuencia de la declaracion de Linaje, dirigia exposiciones al Duque manifestándole su adhesion, y declarando que seria un dia de luto y orfandad, de trastorno y de confusion aquel en que abandonase las riendas del Estado, y se alejase de los que con él habian combatido en los campos de batalla.

Servian estas manifestaciones para dar fuerza á la opinion de los trinitarios, que decian:

"Los diputados, despues de tales amenazas, no pueden, sin cubrirse de baldon y sin humillar la dignidad nacional, dar un voto que se exija con la punta de la espada. Ante la pujanza del pueblo victorioso en el reciente alzamiento; ante el poder legítimo de unas Córtes, expresion fiel del partido dominante, ¿qué vale todo el prestigio de un general, por más que *la fortuna* le haya cubierto de laureles? Los peligros temidos para la libertad al entregar el timon del Estado á un soldado victorioso y con prestigio, nunca más que hoy estarán justificados..... Si inspiran ahora temor sus amenazas, *puesto que revelan su ambicion*, más temible una vez conquistado el poder será para no abandonarle. Y si está escrita en el libro de la Providencia la lucha entre el pueblo y el poder militar, mejor es provocarla hoy, que mil circunstancias nos son favorables, y que pelearemos en el terreno legal, que no hacerlo despues de haber perdido la posicion, y teniendo que ser conspiradores y pasar por rebeldes." [1].

[1] Vida militar y política de Espartero.

Malos precedentes eran estos ; mal juzgaban á Espartero, y en falsa posicion le colocaban desde luego los que más interés tenian en mantener ileso aquel prestigio que les infundia tan prematura desconfianza ; pero nuestros partidos liberales se han perdido siempre por exceso de recelo hácia los hombres de más rectas intenciones, al paso que esa extremada suspicacia no ha impedido nunca que caigan en las redes de sus solapados enemigos.

Con más acierto decian otros partidarios de la regencia trina, hablando de Espartero en el Congreso:

"Colocado en la regencia única, tengamos por seguro que su ascendiente se gastará y se destruirá su prestigio: presentado como un punto único y en posicion tan elevada al choque de todas las pasiones y de todos los intereses, poco á poco se irá desmoronando la sólida base sobre que hoy reposa esa especie de entusiasmo mágico que por él sentimos."

En efecto, no poco á poco, sino rápidamente se cumplió esta profecía, ó por mejor decir, se estaba ya cumpliendo ; y pronto veremos quiénes fueron los que con sus rencillas intestinas, con sus pequeñeces y sus desmedidas ambiciones, contribuyeron á destruir aquel ascendiente, poniendo en peligro la libertad, privándola de su más leal y desinteresado apoyo, y perturbando la paz pública.

Animados y solemnes fueron los debates en ambas Cámaras sobre la cuestion de regencia, discutiéndose con gran lucidez y copia de datos y de citas históricas, y ascendiendo á veintinueve el número de discursos que se pronunciaron en el Congreso, y á doce en el Senado. Reunidos los dos cuerpos el dia 8 de mayo, y hallándose presentes 290 diputados y senadores en el local del Senado, se procedió á la votacion, que dió por resultado 153 votos por la regencia única, y 137 por la múltiple. Procediendo en seguia al nombramiento de regente, obtuvo el Duque de la Victoria 179 votos, contra 103 que se dieron á Argüelles, 5 al Conde de Almodóvar, 3 á Cristina, y 2 votos perdidos.

Prim dió su voto á la regencia única y á Espartero, colocándose así al lado de los menos fogosos, contra lo que pudiera esperarse de su poca edad, y de las ideas que se le atribuian: como militar, no podia obrar de otra manera, sin desprestigiarse ante el Ejército, que idolatraba en el Duque de la Victoria: como diputado, creia interpretar fielmente los deseos del pueblo, que, juzgando por sentimiento, acertaba en no desconfiar del patriotismo y buena fé del elegido.

Apenas constituida la nueva Regencia, vióse que comenzaba con malos auspi-

cios, no por culpa del Regente, sino de los que, habiendo contribuido á colocarle en aquel puesto, tenian el deber de sostenerle. Natural era que los ministros de la Regencia provisional dimitieran sus cargos, y obrando dignamente, así lo hicieron: natural parecia tambien que el nuevo Ministerio se constituyera con las mismas personas, ó con la mayor parte de ellas. "Cada uno de ellos (dice San Miguel) era hombre de mérito en su clase. Ninguno le excedia en compromisos para sostener la nueva situacion creada: como ministros, habia merecido su conducta la aprobacion de la generalidad. ¿Por qué cambiarlos? „

No era Espartero quien los cambiaba; dimitian ellos, porque se les acusaba de haber sido poco progresistas, poco revolucionarios, nada tiranos con los vencidos; y rehusaban continuar en el Gobierno, porque, "en las circunstancias precedentes, decian haber contraido compromisos, y haberse creado animosidades, que podian acaso oponer un obstáculo á la marcha franca y severamente imparcial, que en su concepto debia adoptarse por el nuevo Ministerio.„

Es decir, que el principal obstáculo en que tropezaba el Ministerio-regencia, y que debia salvar el que le sucediese, consistia en los compromisos contraidos y en las animosidades creadas con ocasion del nombramiento de regente. Para alejar esta dificultad, es indudable, que lo más conveniente hubiera sido formar un ministerio de conciliacion, compuesto de las eminencias de las dos fracciones, unitaria y trinitaria, en que se habian dividido las Córtes, procurando escoger los hombres de más fibra y ménos exagerados en sus ideas; porque es de advertir, que los progresistas no solo estaban divididos en cuestiones de conducta, sino tambien en materia de aplicacion de los principios políticos.

A constituir un gobierno fuerte, liberal y conciliador á un mismo tiempo, se dirigieron los primeros esfuerzos del Duque de la Victoria, aconsejado por un hombre de toda su confianza, que si no tenia toda la talla política necesaria, en cambio no carecia de patriotismo y buena voluntad: D. Antonio Gonzalez fué este hombre: por indicacion suya fueron llamados á la presencia del Regente los Sres. D. Salustiano Olózaga, D. Vicente Sancho y D. Manuel Cantero; y reunidos todos empezaron á discurrir sobre la marcha política que deberia seguirse para conciliar los intereses del progreso ya creados y las reformas que en adelante deberian promoverse, con la consolidacion del órden público, y dotando al Gobierno de la energía y fortaleza convenientes. Cediendo unos á otros la palabra, tuvo Gonzalez la desgracia de ser él quien la usase primero, desarrollando un programa con el cual estu-

vieron todos conformes, discrepando Olózaga y Sancho en un solo punto, el de que el ministerio que se nombrára pudiera ó no gobernar con aquellas Córtes. Gonzalez sostenia que no debian ser disueltas; que esta habria de ser la primera declaracion del Ministerio, y demostraba lo inútil que seria la disolucion; porque existiendo en las provincias los mismos elementos que habian traido aquel Congreso, procediendo á nuevas elecciones nada se ganaria, y era seguro que de este modo se aumentaría la division y la exacerbacion de los ánimos. A pesar de estas explicaciones, Olózaga se aferró en la opinion de que el Congreso debia ser disuelto: Sancho se inclinaba al mismo parecer, y á que no debia hacerse declaracion alguna en este punto, lo cual sin duda alguna era lo más prudente; pues, sin soltar prendas, el Ministerio quedaria en libertad de obrar como lo exigieran las circunstancias. La discusion fué larga y enojosa, y la conferencia terminó sin resultado, retirándose los concurrentes á la madrugada.

Lo que sucedió en esta ocasion fué deplorable, por no calificarlo de escandaloso. Las eminencias del partido progresista; los que acababan de elegir á Espartero regente del Reino, le dejaron ocho dias mortales fluctuando á merced de sus pequeñas pasiones, sin que en todo este tiempo pudiese llegar á constituir ministerio; y cuando por culpa de ellos no lo formó á su gusto, le acusaron de parcialidad en la eleccion de personas.

Por dos veces en dos dias sucesivos, despues de aquel en que se tuvo la primera conferencia, fué llamado Gonzalez para que procurase allanar las dificultades que se presentaban, y siempre aconsejó al Regente que se encargase á Olózaga ó Sancho la formacion del Ministerio, manifestando por último, que si él lo habia de formar, seria con la condicion de que entrasen en su composicion los trinitarios, para borrar las divisiones que tanto debilitaban al partido progresista; condicion en que convino el Regente, olvidando lo mal que le habian tratado algunos trinitarios, como Gonzalez Bravo y otros que se consideraban entonces los más ardientes liberales.

Gonzalez llamó á todas las puertas, y todas las encontró cerradas: habló á Landero, Vadillo, D. Ramon Calatrava, Héros, y se convenció de que no podia formar el Ministerio: aconsejó de nuevo que se llamára á Olózaga y Sancho, y así lo hizo el Regente, convocándolos y autorizándoles para formar el gabinete. Sancho conferenció con varios personajes políticos; pero Olózaga se desentendió del encargo, "resentido tal vez, como han dicho escritores progresistas, por rivalidades y ce-

los de ver que no llevaba él en la negociacion la mejor parte, la exclusiva tal vez, que seria la que alimentase y satisfaciese su orgullo.„

Se invitó á Cortina para Gobernacion, y no quiso aceptar. Pasaron así tres dias en negociaciones infructuosas, y á la mañana siguiente se encontró Gonzalez con Olózaga, que entraba con otros amigos en un carruaje á la puerta de su casa, y corrió hácia él llamándole á voces. "Los que acompañaban á Olózaga (dice su biógrafo) exclamaron á una voz:—¡No hacerle caso! —Gonzalez se acercó.—¿A dónde va V.? preguntó lleno de admiracion á Olózaga.—A Aranjuez, contestó este por la ventanilla.—¿A qué?—A comer y á distraerme.—No puede ser.—¡Pues qué ocurre!—Tengo que hablar á V.—Es mala ocasion, dijo Olózaga cerrando el diálogo y la ventanilla, en el instante en que el faeton se ponia en movimiento, y dejando á Gonzalez asombrado de que hubiese hombre capaz de marcharse al campo en los momentos de formarse el Ministerio [1].„

Habia en efecto mucho de asombrarse en esta conducta; porque no solo se hacia un desaire á Gonzalez, sino tambien al Regente, y se desatendian los intereses del país en circunstancias críticas. El Regente supo lo ocurrido, y se llenó de indignacion y justo enojo por el proceder que con él se tenia, viendo que le dejaban aislado y en una posicion cercana al ridículo los mismos qué le habian elevado al poder supremo. A pesar de todo, envió inmediamente un mensajero á Olózaga, con un pliego que contenia estas dos breves y elocuentísimas líneas:

"Es V. un niño: no creí que me dejara V. solo en estas circunstancias: venga V.: la patria lo exige, y se lo pide *Baldomero Espartero*.„

Olózaga concluyó tranquilamente su partida de campo, y despues fué á ver al Regente, á quien dió por toda razon para no aceptar el gobierno, la de que Gonzalez, con autorizacion ó sin ella, habia ofrecido carteras; y que así las cosas, él debia formar el Ministerio.

Gonzalez lo formó, en efecto, con los hombres de buena voluntad que quisieron unírsele; y dados los antecedentes que dejamos expuestos, no hubo razon ninguna para que se lanzasen cargos á Espartero por su mayor ó menor acierto en la eleccion de ministros: no la hubo en decir que el nombramiento de Gonzalez obedecia á una predileccion de amistad; no la hubo tampoco en criticar que la eleccion de los demás no hubiese recaido en personajes de más fama y mérito entre los del mismo

[1] Fernandez de los Rios. *Obra citada.*

partido [1]; tampoco la hubo en suponer que se habia preferido á los unitarios, y que esto parecia una venganza lanzada contra los trinitarios, cuya independencia se castigaba ahora lanzándoles del poder [2]; ni menos para que, sabida la solucion de aquella laboriosa crisis, se irritasen los trinitarios hasta el punto de querer algunos formular desde luego un voto de censura contra el Ministerio. Más juicio y patriotismo que los hombres graves demostraron en aquella ocasion los diputados jóvenes que formaban la mayoría de dicha fraccion, oponiéndose á seguir los consejos apasionados de los que pretendian erigirse en sus jefes, y decidiéndose á dar su apoyo al Gobierno mientras lo mereciese. ¡Cosa singular! Estos hombres, que podian tener motivos de descontento, permanecieron fieles á su compromiso: por el contrario, los que habian creado aquella situacion, es decir, los unitarios, y á su frente Olózaga, hicieron cruda guerra al Ministerio, oponiéndole una mayoría de las mismas Córtes que Gonzalez habia querido respetar, llevado de un espíritu conciliador.

II.

El nuevo Ministerio hizo justicia á los méritos contraidos por PRIM durante las últimas campañas de la guerra civil, revalidándole sus empleos de comandante y teniente coronel con fecha del 28 de Mayo de 1841. Se recordará que estos empleos le habian sido conferidos sobre el campo de batalla en Abril de 1839 y en Febrero de 1840.

Jóven y circunspecto, PRIM no tomó una parte activa en las graves discusiones políticas que se suscitaron durante aquella legislatura; y estando ya para terminar, fué nombrado por el Regente Subinspector de carabineros de Andalucía; cargo que, segun verémos más adelante, solo se le confirió con el objeto de encubrir y al mismo tiempo facilitar el desempeño de una importante mision política. Cuando PRIM llegó á Granada, los entusiastas habitantes de aquella ciudad mostraron vivos deseos de conocer al esclarecido catalan, cuyo nombre habia llegado hasta ellos en alas de la fama. El general Gonzalez Llanos, encargado interinamente de aquella Capitanía general, invitó á PRIM á que le acompañase una noche á su palco en el teatro, y vióse

[1] ALCALÁ GALIANO.

[2] RICO Y AMAT.

luego que lo hacia con el objeto de satisfacer la curiosidad de los granadinos, por las demostraciones que estos hicieron al presentarse en el palco el jóven coronel; quien al saber el motivo de aquel obsequio, manifestó que agradecia en el alma tanta deferencia, pero que no se consideraba acreedor á ella.

Mientras Prim desempeñaba su nuevo cargo, resolvíase en las Córtes una grave cuestion. Al renunciar Cristina la regencia, no habia dicho nada respecto á la tutela de sus hijas; pero esta podia considerarse vacante con arreglo á las leyes. Creíase además inhabilitada á Cristina por haber contraido segundas nupcias; y aunque entonces se negó esta circunstancia, calificándola de injuriosa imputacion y de calumnia, era un hecho que despues no se ha podido desmentir.

Bien conocia Cristina misma su incapacidad, al menos material, para conservar la tutela, y así procuró que las Córtes nombráran cinco personas que ella designó para desempeñar aquel cargo [1], á cuyo fin mantuvo una larga correspondencia con el Regente, que si bien deseaba complacerla, no podia hacerlo sin excederse de sus facultades.

La cuestion fué llevada íntegra á las Córtes; deliberaron sobre ella simultáneamente ambos cuerpos colegisladores; hubo debates acalorados, y por último, reunidas las dos Cámaras el 10 de Julio, declararon vacante la tutela por 203 votos contra 36, confiriéndola por 180 al honrado patricio y presidente de aquel Congreso, D. Agustin Argüelles. No podia hacerse eleccion más acertada: modesto, virtuoso, ajeno á toda ambicion personal, modelo de patriotismo, aquel venerable anciano, que habia comenzado su carrera política en 1808, y sufrido grandes persecuciones por su amor al país, era sin duda el más digno de desempeñar un cargo de tanta gravedad y confianza. Era, sin embargo, altamente significativo que aquel hombre, objeto predilecto del ódio de Fernando VII, que le hizo condenar á presidio y despues á muerte, viniese á ser el tutor de sus hijas por la voluntad de la nacion: así es que algunos alegaron como impedimento para la tutela el ódio que suponian abrigado en el seno de tan insigne patricio, y hubo periódicos moderados que, motejando su modestia, se atrevieron á llamarle por desprecio el *Zapatero Simon*.

Argüelles no habia solicitado ni ambicionaba la tutela; y al dia siguiente de su eleccion, pidió él mismo á las Córtes que declarasen si aquel cargo era compatible con los de diputado y presidente, dando la preferencia á estos en el caso de que se

[1] Eran los designados, D. Manuel José Quintana, D. Vicente Sancho, D. Francisco Cabello, D. Juan Donoso Cortés y D. Manuel Montes de Oca.

declarase la incompatibilidad; y el Congreso resolvió que no la habia, por 131 votos contra 2.

"Apenas Argüelles se hubo hecho cargo de su destino (dice S. Miguel) cuando consideró necesario hacer una reforma radical en las personas que rodeaban á S. M. y A., tanto para dar nuevo rumbo á su direccion harto descuidada, atendida la edad en que se encontraban las huérfanas, como para evitar que S. M. recibiese las inspiraciones, los deseos y los resentimientos de un partido [1]."

El insigne poeta Quintana, ya indicado antes por Espartero y aceptado por Cristina, continuó encargado de la instruccion de las pupilas con el carácter de ayo; pero no ofrecian igual confianza otras personas de la alta servidumbre de Palacio. Sin embargo, Argüelles, á pesar de sus deseos, no introdujo en ella ninguna alteracion hasta que, á consecuencia de una violenta protesta de la reina Cristina contra el nombramiento de tutor, renunciaron simultáneamente sus puestos trece damas, y con ellas la señora Marquesa de Santa Cruz los importantes cargos de aya y camarera mayor. Entonces se nombró aya á la virtuosa Condesa de Espoz y Mina, señora de muy distinguidas prendas de carácter y de un talento poco comun, y camarera mayor á la Marquesa de Bélgida, persona igualmente digna de tan distinguido puesto: designóse para confesor y director religioso de las reales niñas al virtuoso Valdés Busto, Arzobispo electo de Tarragona, y se encomendó con grande acierto la administracion de la Real casa y patrimonio á D. Martin de los Heros, con otras modificaciones de menor importancia; pero respetando al mismo tiempo y conservando en sus puestos á todos los buenos y antiguos servidores de Palacio.

La causa ocasional de estas mudanzas fué, como hemos dicho, la protesta que tuvo por conveniente hacer desde París Doña Maria Cristina de Borbon. La importancia de este documento no consistia tanto en lo que decia, como en el fin á que se encaminaba y en las consecuencias que produjo; por lo cual conviene que nos detengamos á examinarlo.

"El partido moderado (dice Galiano), segun acostumbran los vencidos en tiempos de revueltas y violencias, andaba solícito en buscar medios de recobrar por las armas lo que por ellas habia perdido; y en conjuraciones extendidas por toda España y con estrecha union entre sí, y con las gentes principales de la misma parcialidad residentes en la vecina Francia, preparaba un levantamiento contra el gobierno existente. Para llevarle á efecto, dió motivo y señal una vehemente protesta de la Rei-

[1] *Vida de Argüelles.*

na madre contra el acto de despojarla de la tutela de sus hijas; protesta en que recordaba al regente Espartero pasadas violencias, *teniendo visos de declaraciones de guerra,* con que se pretendia el recobro de pérdidas padecidas en anteriores lides y tratos. Fué recibido este documento por los moderados con alabanzas tan apasionadas, que bien declaraban mirarle como algo más que un escrito.„

Vemos aquí calificada la protesta por un moderado como una declaracion de guerra, y vemos tambien que se preparaba un levantamiento armado contra el gobierno existente, cuyos principales promovedores residian en Francia. Diremos además, que los conspiradores contaban con las simpatías, y aun con la cooperacion del gobierno francés, que pretendia descaradamente mandar en España, imponiendo en ella su política, y se hallaba resentido de que en el arreglo de los aranceles de aduanas, presentado entonces á las Córtes, no se diese al comercio francés la parte del leon, y entre otras cosas, el privilegio de cabotaje en nuestras costas.

El manifiesto-protesta de la reina Cristina, prescindiendo de los fundamentos legales en que pretendia apoyar el derecho de aquella señora á la tutela, era un verdadero atentado contra la soberanía de las Córtes y contra los principios en que se asentaba el trono de Doña Isabel II.

"Atendiendo, decia, entre otras cosas, á que mi ausencia temporal no invalida los derechos que poseo por las leyes civiles y políticas; que el *abandono de mis derechos legítimos* traeria consigo el olvido de mis sagrados deberes, por lo mismo que el encargo de velar por las princesas mis hijas me ha sido confiado, no en utilidad mia, sino en beneficio suyo y el de la nacion,

" Declaro: que la decision de las Córtes es una usurpacion de poder, fundada en la fuerza y en la violencia, y que no puedo consentir semejante usurpacion: que los derechos, privilegios y prerogativas que me pertenecen como Reina madre y como tutora y curadora testamentaria y legítima de la reina Isabel y de la infanta María Luisa Fernanda, mis muy amadas hijas, no pueden perderse ni prescribir; que no renuncio estos mismos derechos, privilegios y prerogativas, sino que subsisten y subsistirán en toda su fuerza y validez, aunque de hecho esté suspenso é impedido para mí su ejercicio por efecto de la violencia.—Por tanto, reconociendo que estoy en obligacion de rechazar públicamente un voto de violencia tan monstruoso por todos los medios que están á mi alcance, he resuelto protestar, como protesto una y mil veces solemnemente ante la nacion y á la faz del mundo, de mi plena y libre voluntad, y por un movimiento espontáneo, contra los decre-

tos..... que han entorpecido en mis manos el ejercicio de la tutela, contra la resolucion de las Córtes, que declaran la vacante de esta, y contra todos los efectos y todas las consecuencias de dichas disposiciones.—Declaro además nulos y falsos los motivos alegados para quitarme la tutela de mis augustas hijas, despedazando así mis entrañas maternales.„

Fué remitida esta protesta, juntamente con una carta, "á D. Baldomero Espartero, duque de la Victoria, „ y no al Regente del reino, desconociendo así la autoridad de la representacion nacional que le habia elegido, y en la cual, á la vuelta de inculpaciones injustas por ser contrarias á la verdad, se le decia con tono imperativo, que mandase publicar dicha protesta inmediatamente en la *Gaceta de Madrid.* " Me faltan palabras decia, para expresar toda la extension del dolor que he experimentado al saber que al fin habia sido despojada arbitrariamente de la tutela, cuyo ejercicio me aseguraban tantos títulos legítimos y sagrados.—Las Córtes, decidiendo así en este asunto, vos y los ministros, sometiéndole á su deliberacion, os habeis arrogado un poder que no os corresponde; habeis desconocido los sentimientos de la naturaleza y roto sus vínculos en cuanto estaba de vuestra parte; habeis trastornado, habeis infringido todas las reglas de la justicia, y me habeis elegido desapiadadamente por víctima, á mí, que por conseguir una prudente conciliacion hice, en vano, todos los sacrificios compatibles con mi dignidad y con mis deberes de madre.„

La Reina Cristina olvidaba que, en el acta de abdicacion firmada en Valencia, habia dicho: " que á pesar de que sus consejeros, con la honradez y patriotismo que les distingue, le habian rogado encarecidamente continuar en la regencia conferida por las Córtes, renunciaba á ella.„ Olvidaba tambien que, en el manifiesto de Marsella, queriendo dar carácter de violencia á lo hecho contra los ruegos de los ministros, habia dicho además: " *He dejado el cetro y he desamparado á mis hijas.*„ Si pues las hijas estaban desemparadas, y desamparadas voluntariamente por su madre, la cuestion de la vacante de la tutela habia sido ya juzgada por ella misma. Por otra parte, ¿no habia dado la Reina madre activos pasos para que, en su ausencia se formase, con aprobacion de las Córtes, un Consejo de tutela? ¿Qué más prueba de que se consideraba legal y materialmente incapacitada para ejercerla por sí misma? Pero ya lo hemos dicho: la protesta respecto á la tutela no era más que la tea destinada por los instigadores de Cristina para encender la guerra civil. Así lo manifestó públicamente el Gobierno, y sin embargo, fué bastante im-

previsor; pues no supo evitar acontecimientos que ya se veian venir, y que costaron el sacrificio de preciosa sangre española.

III.

Las Córtes dieron por terminadas sus tareas el 23 de Agosto de 1841. A pesar de la division que habia, principalmente entre los diputados, casi todos progresistas, no fué infecunda aquella legislatura. Las diferencias entre unitarios y trinitarios no tenian razon de ser desde el momento en que se decidió la cuestion de regencia; y así fué, que por un momento pareció haber renacido la buena armonía entre las opuestas parcialidades que componian la Cámara popular; pero esta armonía era solo convencional y aparente.

Sin embargo, el Gobierno y el Parlamento no dejaron de acometer reformas importantes. Diéronse leyes para igualar la Deuda sin interés desde 1836, con la anterior de la misma clase; para centralizar la Deuda flotante, dedicando á su extincion los productos líquidos de las rentas de la sal y del papel sellado ó tabacos; para que se admitieran en pago de las contribuciones los documentos justificativos de suministros de guerra y recibos de medio diezmo; para la dotacion del culto y clero, á fin de que se cubriese esta atencion con decencia y economía; para la venta de las fincas del clero secular, ley que luego sirvió de arma de partido: se promulgó la de mayorazgos y vinculaciones, declarando válido todo lo hecho con arreglo á ella hasta Octubre de 1823: discutiéronse ámpliamente los presupuestos, haciendo notables economías en los gastos con gran ventaja para la nacion: se dió impulso á la construccion de caminos, y se legisló con el objeto de obtener la pronta terminacion del canal de Castilla: se fijó la suerte de los retirados militares; se mandó formar una junta de generales para la revision de las ordenanzas del ejército, y otra para que revisara las leyes de Indias; se planteó la reforma de beneficencia; se dió nueva organizacion á la Guardia real, suprimiendo en ella los cuerpos de artillería y provinciales y los Guardias de corps; se fundó en el Ferrol un colegio naval militar; se dispuso una exposicion pública de productos de la industria, y se procuró, en fin, avanzar mejorando por el camino de una transformacion pacífica y fecunda.

Entre tanto, la conspiracion del partido moderado llegaba á su término. El proyecto era vasto, y "fué llevado muy adelante (dice Galiano) ignorando el Gobierno hasta su existencia, aunque de la mayor parte del público fuese conocida..... Guardábase tan poco el secreto (añade el mismo, uno de los conjurados), que era maravilla que no diese el Gobierno pasos para alejar el peligro que le amenazaba, de solo él ignorado."

En efecto, motivos no faltaban para que el Gobierno debiese estar muy sobre aviso: el manifiesto de Marsella y la protesta de Paris; la conducta sospechosa de Luis Felipe; los artículos virulentos que publicaba la prensa francesa contra la situacion creada en Setiembre de 1840; los ataques desenfrenados de *El Correo Nacional*, *El Cangrejo*, *El Globo*, y otros diarios moderados de Madrid y provincias; el clamoreo que levantaban con motivo de las últimas leyes relativas al clero, y de los anatemas lanzados por el Papa contra todos los actos del Gobierno español, desde la muerte de Fernando VII; todo esto y otros síntomas, eran motivos más que suficientes para dar á conocer que alguna cosa grave se preparaba tras de agresiones tan significativas.

Notábase, por otra parte, el afan de propagar noticias falsas y alarmantes con tendencia á sobreexcitar la irritibilidad de los ánimos en determinadas provincias. En Cataluña se decia que los intereses de la industria iban á ser sacrificados á las exigencias de Inglaterra en la cuestion algodonera, precisamente cuando el Gobierno estaba dando muestras de poco deferente con el inglés en esta cuestion. A los vascongados se les enviaban hábiles emisarios, para persuadirles que el Gobierno habia faltado á las estipulaciones del convenio de Vergara, y que se proponia abolir por completo los fueros, para imponer á las cuatro provincias un régimen opresor y tiránico. La seduccion en el ejército era tan grande, que no pudo menos de llegar por varios conductos á noticia de los ministros; porque no solo se trabajaba para comprometer á los jefes superiores, sino que se descendia hasta hacer promesas á los soldados para convertirlos en instrumentos de las miras de los conspiradores.

Llegó el momento de obrar, y el general O'Donnell, que, viajando por el extranjero con licencia, se habia puesto al frente de una junta en Paris, regresó á España, y pidió su cuartel para Bilbao. El ministro de la Guerra le manifestó que all habia un centro de maquinaciones, en las cuales podrian comprometerle, y le aconsejó que eligiese su cuartel para cualquier otro punto. O'Donnell eligió á Pamplona.

El 1.° de Octubre decia un periódico de Madrid: " Hace algunos dias que se agita de público en esta corte la noticia de un próximo rompimiento contra el Gobierno, no limitándose á la pretension de un cambio de ministerio, como otras veces sucedia, sino al trastorno de todo el gobierno, inclusa la Regencia;„ y aquel mismo dia levantaba O'Donnell, en Pamplona, el estandarte de la rebelion, invocando el nombre de la reina Cristina y los fueros de Navarra. Prevenidas estaban las autoridades: obró con actividad la civil; pero no desplegó igual celo la militar, y el jefe de la insurreccion pudo entrar á las ocho de la noche en la ciudadela, seguido de varios oficiales; arengó á los de la guarnicion, dispuso entregar un duro á cada soldado, volvió á salir y se dirigió á recorrer los cuarteles, mientras el capitan general, Rivero, se divertia en el teatro.

No encontró O'Donnell en las tropas de la guarnicion de Pamplona la acogida que esperaba; solo pudo atraerse un batallon del regimiento de Extremadura: los sargentos de otro batallon, á quienes intentó seducir, trataron de prenderle; ni acercarse á su cuartel le permitieron los centinelas del de Gerona; y viéndose apurado, á la madrugada se retiró á la ciudadela con sus ayudantes, parte del E. M. del Capitan general y don Nazario Carriquiri, que acababa de llegar de Madrid.

Desacordes las autoridades política y militar, la insurreccion de Pamplona se habria ostentado triunfante por la falta de actividad en combatirla, si la bandera levantada hubiese encontrado prosélitos en el país. Pero en vano dirigió O'Donnell vehementes proclamas al ejército y al pueblo; en vano envió partidas sueltas á muchos puntos para propagar el alzamiento; en vano creyó poder contar con los carlistas, á quienes se procuró soliviantar para que tomasen nuevamente las armas [1]: nadie más que los militares comprometidos respondió al llamamiento.

Como la conspiracion urdida en Paris tenia vastas ramificaciones, el grito dado

[1] Desde los meses de Junio y Julio se habian dado pasos en Francia cerca de los emigrados carlistas, recorriendo varios emisarios los depósitos con el objeto de enganchar oficiales y soldados para encender de nuevo la guerra en España, prevaliéndose para atraerlos del nombre de D. Cárlos y de Cabrera, por lo cual este expidió una circular reservada, á fin de que fuesen rechazadas aquellas sugestiones de los cristinos. Despues de sublevado O'Donnell, el mismo D. Cárlos dirigió á sus partidarios, desde Bourges, una proclama, en la cual les decia: «Un puñado de hombres ambiciosos acaban de levantar una bandera de guerra, aparentando querer combatir contra la usurpacion, siendo así que el nombre que invocan es el de la verdadera usurpadora de mis reales derechos y autoridades. Cerrad los oidos á sus sugestiones y á sus promesas: los hombres que han desarrollado la nueva bandera de desolacion y de sangre se sirvieron de los mismos contra quienes hoy os quieren hacer pelear para arruinaros y para ponernos en la situacion en que nos hallamos. Hoy quieren servirse de vosotros para derribar y reemplazar á aquellos... Dejad á nuestros crueles perseguidores que se disputan nuestros despojos: mantenecos tranquilos y resignados, etc.....»

D. Cárlos y Cabrera prestaron esta vez buen servicio á su pátria.

por O'Donnell en Pamplona fue inmediatamente secundado por otros jefes en varios puntos. El 4 de Octubre se levantó en Vitoria el general Piquero, poniéndose al frente de las tropas, é instalando una junta suprema de gobierno, que debia funcionar hasta la llegada de la reina Cristina, bajo la presidencia de D. Manuel Montes de Oca: Piquero era comandante general de Alava y subinspector de la milicia nacional, cuyas fuerzas cuadruplicó en la prevision del alzamiento que ahora se efectuaba; poseia toda la confianza de Espartero y del Gobierno: faltando á ella, cometia una verdadera traicion premeditada; pero esto no debe estrañarse: muchos obraron como él en aquellas circunstancias, porque en las revueltas políticas parece que los hombres olvidan ó desconocen las nociones más rudimentales del honor.

Montes de Oca dió una alocucion á los vascongados y navarros, en la cual comenzaba titulándose individuo del gobierno provisional que habia de regir á España durante la corta ausencia de la Reina gobernadora: desfigurando la verdad de los hechos, decia entre otras cosas: " Un año hace que la ingratitud más horrible y la sedicion más escandalosa invadieron por la fuerza los régios alcázares, tiraron abajo los escalones del trono, y abrieron el camino por donde habia de entrar á sentarse en él y llevar el timon del Estado el hombre que habia recibido más recompensas de la nacion, más beneficios y mercedes de su reina.—Ese mismo tiempo hace que vuestras santas y patriarcales costumbres, que vuestras venerandas instituciones, que vuestras esclarecidas virtudes é inmarcesibles glorias son la befa y el escarnio del soldado ingrato y de la revolucion ambiciosa.„

Seguia la alocucion evocando el heroismo y la fidelidad de Bilbao, para sublevar aquella poblacion contra el que, por salvarla del furor de los carlistas y en defensa del trono de Isabel, habia inmortalizado su nombre ante los muros de aquella invicta villa, como si los bilbainos pudiesen olvidar estos recuerdos: declaraba que la alianza entre la reina Doña María Cristina y los Vascongados no se romperia jamás, y les prometia en nombre de la misma la conservacion de los fueros en toda su integridad. " Vosotros, decia, los habeis ganado con la sangre de vuestras venas, con el sudor de vuestra frente, con la lealtad de vuestros corazones. El comercio de la invicta Bilbao volverá á floreceer con la restauracion de leyes sabiamente protectoras. „ (Y estas leyes eran el privilegio de librecambio exterior, que los mismos vascongados rechazaron despues como contrario á sus intereses, siendo además orígen de fraudes perjudiciales al resto de los españoles). Continuaba diciendo, que la nacion no reconocia como válidas y legítimas la renuncia hecha

en Valencia, ni la resolucion por la que se declaró vacante la tutela y se nombró nuevo tutor á las augustas menores. " Las Córtes que mandaron este inaudito despojo, proseguia, son radicalmente ilegítimas, y el vicio de su ilegitimidad invalida radicalmente todas sus providencias..... Doña María Cristina de Borbon es la única regente y gobernadora del reino ; la única tutora de las ilustres huérfanas.... Esta es la bandera de los leales ; esa bandera se levanta hoy en todos los ámbitos de la monarquía española.... ella es el símbolo de nuestra santa religion y de nuestra católica monarquía ; con ella triunfarémos nosotros, como triunfaron nuestros padres.„

Esto era querer volver las cosas al ser y estado en que se hallaban á la muerte de Fernando VII ; solo que ahora la bandera de D. Cárlos se levantaba con el nombre de Cristina, por los mismos que antes la habian combatido. ¿ Podian seguirla los pueblos vascongados, y ménos los carlistas ? Algunos de estos, como el cura de Dallo y Ortigosa la siguieron, para ser inmediatamente derrotados por el intrépido Zurbano ; pero los pueblos en general comprendieron que aquel movimiento no era más que una sedicion militar, y desoyeron la voz de los que pretendian sumirlos en un lago de sangre.

Urbiztondo, de acuerdo con la Diputacion guipuzcoana, dieron el grito de rebelion en Vergara, seduciendo á las tropas, proclamando á Cristina gobernadora, é instituyendo en su ausencia un gobierno provisional.

En Bilbao, el coronel de Borbon, La Rocha, ayudante que habia sido de Espartero, que le habia favorecido y tenia en él la más ilimitada confianza, se sublevó, siguiéndole la Milicia nacional, seducida por la cuestion de fueros. El comandante general, Santa Cruz, y el jefe político, Gomez de Laserna, fueron detenidos y enviados con otros al fuerte de Orduña. Constituyóse tambien allí en junta de gobierno la Diputacion local, con asistencia de los señores Mazarredo, Arana, Alcalá Galiano, D. Antonio Escosura, y el Vice-Cónsul francés. Se llamó á las armas á los hombres de 17 á 50 y hasta 60 años ; pero no fué posible, á pesar de todo, infundir al pueblo un entusiasmo que no sentia.

En Castilla la Vieja se agitaba Oribe, coronel del regimiento Reina gobernadora: descubiertos sus planes y exonerado del mando por el general Aleson, marchó á Madrid pretendiendo justificarse, y se quejó del comportamiento que con él se tenia, protestando una y mil veces de su adhesion al Regente, que le creyó y le devolvió el mando ; pero apenas hubo regresado á Valladolid, se sublevó : no le fué sin embargo

propicia la fortuna, y perseguido por las tropas de su mismo regimiento, tuvo que refugiarse en Portugal.

Contaba O'Donnell con refuerzos, que los oficiales de la Guardia real, de guarnicion en Zaragoza, le habian prometido: era locura dar el grito de insurreccion en aquella inmortal ciudad. El general Borso, en inteligencia con dichos oficiales, durante la noche del 5 al 6 de Octubre, hizo salir de Zaragoza el 2.° regimiento de la Guardia, único que quiso seguir, aunque engañado. Con alguna tropa y fuerza de la Milicia nacional, salió inmediatamente en su persecucion el general Ayerbe, le alcanzó, y bastó que arengase á los soldados para que estos abandonasen á sus oficiales. Fujitivo el desgraciado Borso, cayó en poder de unos carabineros, que lo entregaron á los nacionales de Borja y Gallur: conducido á Zaragoza, fué inmediatamente juzgado por un consejo de guerra, sentenciado á muerte y fusilado.

La irritacion de los zaragozanos era inmensa, y dirigieron enérgicas exposiciones al Regente, pidiéndole que cayese sobre los principales fautores de aquella insurreccion, si fuesen habidos, todo el rigor de la ley, sin contemplacion ni misericordia.

El general D. Juan Lara, que mandaba en el campo de San Roque, se habia comprometido á poner respetables fuerzas á disposicion de Narvaez, que con este motivo marchó de Paris á Gibraltar. No era otra la causa porque se confirió á D. Juan Prim la Subinspeccion de carabineros de Andalucía, para cohonestar con este nombramiento el verdadero objeto de la mision que allí llevaba; lo cual prueba que, si el Gobierno ignoraba todos los pormenores de la vasta trama preparada en Paris, siendo tantos los que se conjuraban en su contra, no por eso estaba tan desprevenido como se ha dicho. Prim, disponiendo de una fuerza la más apta para vigilar las costas, y procediendo con gran actividad y cautela, cerró el paso á Narvaez, resuelto á fusilarle, si se apoderaba de su persona; pero no salió aquel de Gibraltar, y quedó sin efecto el movimiento proyectado en el Mediodia de España.

El foco principal de la insurreccion de Octubre se hallaba en Madrid, donde se habia constituido una junta secreta, que funcionaba desde el mes de Julio, siendo los principales comprometidos los generales Leon, Azpiroz y Pezuela, el Duque de Veraguas, los condes de Santa Coloma y de Requena, y otros personajes distinguidos del partido moderado. Agregáronseles despues los generales Concha (D. Manuel), y Norzagaray, secundándoles muchos jefes y oficiales, principalmente de la Guardia real. Formáronse varios planes, pero prevaleció la idea novelesca, aconsejada desde Paris, de apoderarse de la reina Isabel para llevarla á las provincias Vascongadas.

"Absurdo era el rapto de Fernando VII, dispuesto por los progenitores del partido moderado en 1820, dice un escritor progresista [1]; pero el rapto de la jóven Isabel, dispuesto por los sucesores del partido absolutista, era peor que absurdo." Lo peor de todo era el atentado que se meditaba de allanar la real morada, cometiendo un desacato criminal, aunque no sin precedentes en la Historia; y lo era tanto más, cuanto que fácilmente habrian podido apoderarse de la Reina, pues todos los dias paseaba casi sin escolta por fuera de las puertas de Madrid.

Prevenido el Gobierno por los frecuentes avisos que recibia, de que se trataba de perturbar el órden en Madrid, y habiendo estallado ya en el Norte la insurreccion, se dispuso á combatirla acercando algunas fuerzas á la capital, separando algunos generales y jefes de cuerpos y á ochenta y tantos oficiales de la Guardia real, y dictando otras providencias que hicieron vacilar á los conjurados; tanto que algunos se retrajeron temerosos, y otros denunciaron al Regente la insurreccion meditada, participándole que Leon debia ponerse al frente de ella. Quiso el Gobierno dar cuenta al país de lo que pasaba, y el 7 de Octubre apareció en la *Gaceta* un manifiesto, mal pensado y peor escrito, firmado el 6 por el Regente y el ministro de la Gobernacion, Infante, en el cual se denunciaban, en términos vagos, las tramas sediciosas de los conspiradores contra la Constitucion, las leyes y el órden público; se daba noticia de las insurrecciones de Pamplona y Vitoria, y se decia, que "el Gobierno habia tomado todas las medidas convenientes para *prevenir los delitos*, y estaba resuelto á castigar con severidad á sus autores... La ley de los conspiradores (continuaba) será aplicada rigurosamente á todos los que, por un criminal egoismo y por una ambicion interesada, se reunen, conspiran y meditan planes de trastorno."

Bastaba leer este documento para conocer que, si bien el Gobierno sabia que se conspiraba, desconocia completamente los planes de los conjurados y los medios que se proponian emplear para su ejecucion. Precisamente el mismo dia 7 entró de guardia en Palacio Marquesi, uno de los comprometidos en la conspiracion, y Concha, que se hallaba oculto en Madrid, supo aquella mañana por un jefe de Estado mayor las medidas que adoptaban las autoridades; púsose de acuerdo con Leon y resolvieron dar el golpe sin dilacion á las 7 de aquella noche.

Leon, con la Guardia real, debia situarse en el Prado, á donde acudirian otras fuerzas y una seccion de artillería, con el objeto de atacar al edificio de la antigua Inspeccion de milicias, á fin de apoderarse del Regente, que allí residia. Concha era

[1] Fernandez de los Rios.

el encargado de marchar sobre Palacio, á fin de apoderarse de la Reina, para lo cual contaba con el regimiento de la Princesa, que le habia prometido su teniente coronel Nouvilas, y con otros cuerpos que despues le faltaron.

A las 6 de la tarde se dirigió Concha vestido de paisano al cuartel donde se alojaba el regimiento de la Princesa, y saliéndole al encuentro Nouvilas, le manifestó que los comandantes Ravenet y Lersundi se hallaban prontos á seguirle; pero que la mayor parte de la oficialidad desaprobaba el movimiento. A pesar de esto, entró Concha en el cuartel, reunió á los oficiales y les arengó; pero solamente uno, don Manuel Boria, se mostró decidido á secundarle; y habiendo mandado tomar las armas al regimiento, lo hicieron algunas compañías, con las cuales marchó el general hácia Palacio. En el camino trató de sacar de sus respectivos cuarteles la infantería y los cazadores y lanceros de la Guardia; pero, prevenidas ya estas tropas por Linaje, las primeras le recibieron á tiros, y las segundas se negaron á seguirle.

A pesar de estos contratiempos, siguió Concha á Palacio con las compañías de la Princesa, y atropellando la guardia exterior, que no opuso resistencia, entraron todos tumultuosamente en el patio, dando vivas á la Reina, y precipitándose hácia la escalera principal.

Alarmados con esta gritería los diez y ocho alabarderos que, al mando de su valiente jefe D. Domingo Dulce, componian la guardia inmediata á la Reina, corrieron á las armas: el centinela situado en lo alto de la escalera dió el ¡quién vive!, y no habiéndole contestado, hizo fuego. Dulce salió al encuentro de los sublevados, y encarándose con Boria, que mandaba los cazadores de la Princesa, le intimó la retirada poniéndole la espada al pecho. Boria dió la voz de fuego, y avanzó con su gente. Corrió Dulce á ponerse á la cabeza de sus diez y ocho hombres, y parapetándose con colchones y otros muebles en la sala de Armas, opuso á los invasores una heróica resistencia. Extendiéronse aquellos por las galerías que dan frente á los demás salones de Palacio, creyendo poder encontrar fácil acceso por alguno de ellos; pero en todas partes encontraron la oposicion de los valientes alabarderos, que parecian multiplicarse.

Atravesando por medio del fuego, corrió la condesa de Mina á la real cámara, donde halló en la mayor consternacion á sus pupilas: cuéntase que, al verla entrar, la jóven reina Isabel se avalanzó hácia ella, diciendo: "¡Aya mia! Esos que tiran *deben de ser los facciosos*. ¡Que llamen al Duque!"

Dulce, entre tanto, sereno en medio del peligro, dividió su gente; y mientras



El 7 de Octubre de 1841.

una parte de ella rechazaba á los invasores en el interior de Palacio, con la otra hostilizaba desde los balcones á los amotinados que ocupaban la plaza de la Armería. Durante largas horas sostuvo aquel valiente con su escasa fuerza una lucha heróica y desigual, haciendo inútiles los esfuerzos de los acometedores; pero si estos no consiguieron penetrar en las estancias reales, las balas de sus fusiles entraron en el cuarto donde la Reina niña y su hermana se habian acostado rendidas por el sueño: una bala rompió los cristales y dió en la pared; otra quedó en el espesor de una visagra, y á no haberse detenido allí, segun la direccion que llevaba, probablemente habria herido ó muerto á la Infanta.

Por distintas causas, aquella insurreccion quedó aislada y circunscrita al recinto de Palacio: las tropas con que se contaba no respondieron al llamamiento: el general que debia atacar á la casa del Regente faltó á su compromiso; tampoco acudió la artillería; Norzagaray fué preso, despues de haber intentado en vano sacar un regimiento de la Guardia del cuartel del Soldado; y Leon, encontrándose solo, y sin saber qué hacer, corrió entónces con D. Juan de la Pezuela á Palacio, donde ya habian acudido el Duque de S. Cárlos, el Conde de Requena, el brigadier Quiroga y Frias y otros conjurados. Leon llevaba un magnífico traje de húsar, y fué victoreado al entrar en el regio alcázar. Allí estaba el presidente del Consejo de ministros, D. Antonio Gonzalez, encerrado en la secretaría de Estado y sin poder salir. Los demás ministros habian acudido á ponerse al lado del Regente, que se mostró resuelto á montar á caballo, y decidido á morir ó vencer á los revoltosos; pero se lo impidieron aquellos y las demás autoridades que le rodeaban.

D. Manuel Cortina, que era comandante de un batallon de cazadores de la Milicia, en cuanto se extendió la alarma por la capital, mandó tocar generala: como por ensalmo, volaron los milicianos á sus puestos: con ellos marchó Cortina por la calle de la Almudena, despues de haber reforzado la guardia del Principal; ocupó los Consejos, el teatro de Oriente y otros edificios próximos á Palacio, y rompió el fuego contra los insurrectos, estrechándolos hasta el punto de obligarles á pronunciarse en retirada: dispersáronse varios de los jefes, quedando solos en el lugar del peligro Leon, Concha y Pezuela, en los momentos que acudian tropas del Ejército á reforzar la Milicia. Bloqueados por todas partes, decidieron abrirse paso á través de sus enemigos, y poniéndose Concha á la cabeza de los soldados, se dirigieron todos por el Campo del Moro, donde acometidos por la caballería que mandaba Lemery, se dispersaron. Concha se salvó escondiéndose entre unos arbustos, y

regresando por la tarde á Madrid: los brigadieres San Cárlos y Pezuela, y otros oficiales lograron igualmente fugarse. Leon fué apresado por los mismos húsares á quienes habia mandado en otro tiempo: Quiroga y Frias y Requena, fueron sorprendidos en Aravaca entre unas seras de carbon que conducia una carreta, y los nacionales del pueblo los llevaron presos á Madrid, poniéndolos á disposicion del Jefe político: el coronel Fulgosio, el capitan Boria y otros, cayeron prisioneros junto al Pardo.

Al ser registrado Leon, se le encontró una carta dirigida á Espartero, en la cual le decia, entre otras cosas:

"*Habiéndome mandado S. M. la Reina gobernadora del reino, Doña María Cristina de Borbon*, que restablezca su autoridad usurpada y hollada á consecuencia de sucesos, que, por consideracion á V., me abstendré de calificar, y como el honor y el deber *no me permiten permanecer sordo á la voz de la augusta princesa*, en cuyo nombre..... hemos dado fin á la terrible lucha de los seis años,... le noticio que *en obediencia de las órdenes de S. M.*, y para bien del reino, he debido comunicar á todos los jefes de los cuerpos del Ejército, que S. M., hallándose resuelta á recuperar el ejercicio de su autoridad, *me previene llame al Ejército bajo su bandera*..... En consecuencia, las leales provincias Vascongadas, y el reino de Navarra, con todas las tropas que las guarnecen,.... se han declarado en favor del restablecimiento de la legítima autoridad de la Reina... El movimiento del Norte va á ser secundado por el del Mediodía y del Este....

"Como esta situacion va necesariamente á ponerme en pugna con el poder de hecho que V. está ejerciendo, antes que la suerte de las armas decida una contienda, que la justicia y la Providencia tienen ya decretada, habla en mí el recuerdo de que hemos sido amigos y compañeros, y desearia evitar á V. el conflicto en que va á verse, á la Historia *un ejemplo de triste severidad*, y al país el nuevo derramamiento de sangre española.—Consulte V. con su corazon y oiga á su conciencia antes de empeñar una lucha, en la que el derecho no está de parte de la causa á cuya cabeza se halla V. colocado....."

El desgraciado Leon fué sometido al juicio de un consejo de guerra de oficiales generales, y condenado á la pena de muerte por un voto de mayoría. El Tribunal Supremo aprobó por unanimidad la sentencia, y Espartero tuvo que firmarla á su pesar: era Leon su amigo y le queria; pero ante la enormidad del atentado cometido, y en la posicion en que el Regente se hallaba colocado, no

le fué posible salvar á aquel valiente jóven, y así lo dijo con lágrimas en los ojos.

El general D. Diego Leon fué pasado por las armas el dia 15, fuera de la puerta de Toledo, á la edad de 31 años [1]: su muerte fué generalmente sentida, y no podia menos de serlo; pero, ¿quién la causaba?... Espartero, ya lo hemos dicho, lloró por él; pero no podia salvarle sin ser injusto, desde que Borso, con menor delito, habia pagado su rebelion con la vida. Igual suerte sufrieron á los pocos dias el brigadier Quiroga, el coronel Fulgosio, el capitan Boria y el teniente Gobernado.

IV.

Durante estos acontecimientos de triste y doloroso recuerdo, representaba á España en Francia D. Salustiano Olózaga. Ya hemos visto que todos los jefes de la insurreccion invocaban el nombre de la reina Cristina, y se decian revestidos de su autoridad. Acababa de llegar á Paris la noticia de los sucesos de Pamplona, y aun se ignoraba el ataque dado contra el Palacio real de Madrid, cuando recibió Olózaga un paquete de cartas, algunas atrasadas, que escribian á su madre la Reina y la Infanta.

Era el 10 de Octubre, cumpleaños de Doña Isabel II, y con este motivo, el Embajador de España fué en persona á llevar las cartas á la Reina madre, presentándose en el Palacio de Braganza, donde aquella residia. Las antecámaras estaban llenas de personajes moderados, y algunos absolutistas. Gran sensacion produjo la presencia del representante del Gobierno de Madrid en tal sitio, y en dia tan señalado: algunos creyeron si seria torpeza la visita de Olózaga; otros, más avisados, la calificaron de prueba de talento.

Dejemos aquí hablar al biógrafo de aquel personaje.

"Pocos momentos despues de haberse anunciado, el Embajador fué introducido en la habitacion de la Reina madre, y cambiado el saludo correspondiente, se entabló este diálogo: — ¡Buen dia! dijo Olózaga. Traigo seis cartas; he recibido estas

[1] En una biografía de Espartero, se leen estas palabras: «Segun noticias de personas bien informadas, parece que el infortunado conde de Belascoáin, escribió al general Espartero, ofreciéndose á servir como el *último soldado de su escolta*, si le indultaba; y su profundo arrepentimiento surgia de su alma, tan sincero como el instinto de la propia conservacion, como el dulce amor de la vida.»

dos pegadas, y he querido entregarlas intactas.— ¿Por qué no las has separado? — Por respeto al sello real, que es precisamente por donde se hallan unidas.— Estaba ya con cuidado.—Bien tenido, en momentos en que tantos sucesos ocurren.—Dime, dime tú lo que ocurre. — Cosa extraña que me lo pregunte V. M., que debe estar mejor informada que nadie, cuando O'Donnell se dice capitan general y virey de Navarra nombrado por V. M., y Montes de Oca se titula individuo del Gobierno provisional que ha de regir á España en ausencia de V. M.— ¡Dicen que los he nombrado! — Terminantemente.— ¡Que presenten pruebas! — Hablan como si las tuvieran.— ¿Y cómo podria yo nombrarlos? — Bien sé que no por un decreto; pero de otro modo. — Me sorprende lo que me dices.— ¿Trataria V. M. de encender en España la guerra civil? —¡Todo eso no es más que una calúmnia! — ¿Me autoriza V. M. para que lo diga así? — Sí, te autorizo.„

Repetidas veces afirmó Cristina que era falso que hubiese dado ninguna autoridad á O'Donnell ni á otro alguno; que cualquier cosa que hicieran seria por cuenta de ellos, añadiendo: "y si no, que me prueben lo contrario.„

Despidióse Olózaga de la Reina, y dirigiéndose á la embajada, se retiró á su cuarto y dictó á su secretario particular D. Emilio Sancho una comunicacion dando cuenta de su visita al palacio de la calle de Courcelles y de la conversacion que acababa de tener con Doña Maria Cristina: encargó al secretario que sacase copias de aquella comunicacion, dejando el nombre en blanco para dirigirlas á los generales que permanecian fieles á la Regencia en las provincias perturbadas, y le previno que marchase con ellas inmediatamente á España. En cuanto recibió la comunicacion de Olózaga el general D. Francisco de Paula Alcalá, que mandaba en las provincias Vascongadas, se apresuró á darle publicidad para que llegase á noticia de todos, "y supiesen que la augusta señora cuyo nombre se apellidaba para introducir la guerra civil en la nacion, rechazaba y desmèntia como calumnioso el que hubiese dado mision alguna para tan criminal tentativa.„

No contento con esto, nuestro embajador en Paris quiso arrancar á la reina Cristina una manifestacion explícita, por la que rechazase, en los términos que tuviera por conveniente, la participacion que se le atribuia en los acontecimientos de la Península; y con este objeto le dirigió una comunicacion, á la cual no tuvo á bien contestar Doña Maria Cristina; pero sí lo hizo su secretario D. José del Castillo y Ayensa, en términos que obligaron á Olózaga á entablar con él una viva polémica. Olózaga consiguió arrancar la declaracion que deseaba: pero hecha tan torpemente,

que al mismo tiempo venia á ser un testimonio de la complicidad de Cristina en la rebelion de Octubre. En la última de sus comunicaciones decia Castillo:

"La Reina, mi señora, no ha suscitado ni provocado los aciagos acontecimientos que afligen nuevamente á nuestra desgraciada patria.... No: S. M. no ha suscitado ni provocado la guerra civil, y mal pudiera haberse ocupado en suscitarla y provocarla, cuando en un documento público de fecha bien reciente halló consuelo en manifestar al mundo, que habia sido la constante promovedora de la paz. Otras son las causas que han suscitado y provocado la nueva contienda que ha estallado en España."

Enumerando estas causas citaba: " los atentados de Barcelona y Valencia; el vicioso orígen del Gobierno constituido en Madrid; la usurpacion de la autoridad régia; el imprudente y escandaloso empeño del mismo Gobierno *de no guardar cumplidamente la fé jurada en Vergara*, hollando los antiguos y respetables fueros de los nobles vascongados y navarros; el injusto y violento despojo que habia sufrido la Reina madre de *la tutela y curatela de sus hijas*," y otros agravios que suponia cometidos contra la religion y *contra el padre comun de los fieles*. " Todos estos actos de iniquidad, continuaba, de opresion y de delirio político, que han escandalizado al orbe cristiano y han exasperado cruelmente á la nacion, son la principal, la verdadera causa, la causa eficiente del presente alzamiento..... Pero, como si no bastase al implacable encono de la revolucion el haber arrebatado á S. M. de las manos, primero la regencia de la monarquía, y más tarde la tutela de sus excelsas hijas.... intenta alevosamente cubrirla de oprobio. Despues de haberla sumido en el infortunio, la revolucion se esfuerza por arrancar de sus lábios *la inícua condenacion de los que, al resistir la más odiosa tiranía*, invocan con fé su augusto nombre... y exige además que S. M. haga caer la responsabilidad de este nuevo incendio sobre los nobles defensores de las leyes indignamente atropelladas. Su frenesí llega al extremo de inducir á S. M. á que sea indirectamente cómplice de los que tienen *la torpe imprudencia de calumniar, acusándolos de regicidas, á los que se levantaban briosos para sustraer á las augustas desvalidas huérfanas de la más dura servidumbre.*"

Cuando se escribió esta comunicacion, estaba ya vencida la insurreccien de Octubre, habiendo contribuido á ello la publicidad dada al oficio de Olózaga por el general Alcalá; pues la junta suprema reunida en Vitoria se desalentó, y exigió á Montes de Oca el nombramiento del cargo, que, segun decia en su proclama, estaba autorizado para ejercer; y no habiendo podido presentarlo, vióse en esto una confir-

macion de lo asegurado por Cristina, y en lugar de enviarle los tercios que se preparaban, se abandonó por completo la rebelion.

Verdad es que esta difícilmente podia triunfar, no encontrando, como no encontraba simpatías en el país, ni en la generalidad del Ejército. Así lo demuestra una carta dirigida á O'Donnell por el mismo Montes de Oca, en la cual le decia:

"Quince dias mortales me han tenido Vdes. abandonado de todo punto en circunstancias tan azarosas y terribles. Ni un fusil, ni un real, ni una comunicacion he podido conseguir, á pesar de mis esfuerzos. Si hubiese tenido armas, y *sobre todo dinero*, á esta hora contaria la causa de la Reina con un ejército de más de 20,000 hombres, que hubieran hecho inaccesibles las Provincias á todos sus enemigos... Aun podemos encender la guerra si nos facilitan armas y dinero con largueza... Con recursos se arma todo el país; con ellos hay buenos confidentes y diez mil medios de seduccion; con recursos, en fin, se allanarán todas las dificultades y vendrán á nuestras manos todos los elementos indispensables para la guerra..... Dígame V. francamente qué clase de auxilios podemos aguardar del exterior.... „ [1]

Esto no era más que el grito de la desesperacion: mal podia triunfar una causa que, en quince dias, no habia hecho prosélitos, y todo lo esperaba de la seduccion y del dinero.

El desgraciado Montes de Oca se vió solo: abandonado en Vergara por sus compañeros de gobierno, fue preso por los mismos migueletes ó miñones de la escolta que le habian acompañado desde Vitoria, y conducido á esta ciudad, donde quisieron entregarlo al general Aleson, el cual dispuso que lo llevasen al Ayuntamiento: se habian ofrecido diez mil duros al que lo entregase; pero no era este premio lo que movió á los miñones á proceder así contra el titulado regente; pues rehusaron la cantidad de 25,000 duros que este les ofreció por su rescate.

Montes de Oca fué juzgado sumariamente, y al preguntarle sobre el orígen de la mision que le habia conducido á aquel trance, contestó dignamente, que *su honor le prohibia responder:* condenado á muerte, fué fusilado el dia 20 de Octubre por los granaderos del regimiento titulado Reina gobernadora.

O'Donnell, entre tanto, se sostenia en la ciudadela de Pamplona, habiendo conse-

[1] Esta carta fué encontrada entre los papeles de Montes de Oca, juntamente con un oficio dirigido tambien á O'Donnell, que decia: «Excelentísimo Sr.—Este infame pueblo nos ha vendido, y su ayuntamiento (el de Vitoria) ha oficiado á Zurbano diciéndole que no harán resistencia y me entregarán. Se hace pues indispensable abandonarlo, y lo verificamos esta misma noche. Nos dirigimos á Vergara, donde debe V. E. hacerlo tambien, pues mañana estará esto ocupado por seis batallones con 300 caballos que tiene Aleson.=Dios, etc. Vitoria 18 de Octubre de 1841.

guido allegar algunas fuerzas del Ejército; pero no que la poblacion le secundara. Lejos de esto, encontró en ella resistencia, y la trató como enemiga. El dia 5 cañoneó la plaza arrojando sobre ella multitud de proyectiles: el 10, cumpleaños de la Reina, volvió á repetirse el fuego de cañon, de obuses y morteros de la ciudadela, causando gran destruccion de edificios, y más indignacion que espanto en los habitantes de Pamplona, cuyos nacionales contestaron valientemente á los tiros de los sublevados, causándoles pérdidas numerosas. O'Donnell hizo una salida y recorrió el país procurando hacer prosélitos, hasta que sabedor del mal éxito que en todas partes iba teniendo la sublevacion, abandonó su empresa y pasó la frontera. Entonces los demás jefes comprometidos se fugaron de la ciudadela, y esta se entregó el 25, usando los vencedores de generosidad con los vencidos.

Al mismo tiempo entraba Zurbano en Bilbao, donde se ensangrentó fusilando sin formacion de causa varios prisioneros, alguno de ellos inocente, y trató á la ciudad con desusado rigor, exigiendo una contribucion de guerra de seis millones de reales, que no pudo cobrar.

Espartero habia salido de Madrid, acompañado de los ministros de la Guerra y Gobernacion, y llegó el 23 á Vitoria, desde donde dirigió á los vascongados una alocucion, empleando en ella un lenguaje firme y conciliador: su presencia evitó persecuciones y venganzas, á que inclinaba los ánimos el espíritu de partido: se cometió, sin embargo, una falta, declarando aquel país en estado de sitio, de lo cual pudo muy bien haberse prescindido. En Vitoria, expidió el Regente dos decretos notables: uno privando á Cristina de la asignacion señalada por las Córtes á la madre y tutora de la Reina, y otro modificando los fueros vascongados, y poniéndolos en armonía con las instituciones generales de la nacion. De allí pasó á San Sebastian, y despues á Pamplona y Zaragoza, siendo en todas partes bien recibido.

La agitacion producida en todo el país á consecuencia de estos acontecimientos dió orígen á la creacion de juntas de vigilancia en algunas capitales de provincia. A la voz del Gobierno, que decretó su disolucion, cesaron todas menos una: la de Barcelona, que se formó en momentos críticos, contra la voluntad del capitan general, Van-Halen. Habiendo tenido este que marchar á Navarra con las tropas de que pudo disponer, apenas hubo salido, se creó la junta, por acuerdo de la Diputacion provincial y del Ayuntamiento, componiéndola dos diputados, dos concejales, y cuatro individuos de la Milicia nacional, bajo la presidencia del jefe político D. Dionisio Valdés. No puede negarse que aquella junta se hallaba inspirada por los sentimientos

de un exaltado patriotismo; pero sus actos, aunque mereciesen las simpatías de muchos barceloneses, fueron verdaderos atentados contra las leyes y contra todos los respetos sociales. Erigida en poder dictatorial, nombró juntas auxiliares en las cabezas de partido, organizó una policía secreta hasta en el extranjero, separó ayuntamientos, desarmó la Milicia de algunos pueblos, levantó un empréstito, adquirió armas y municiones, y proponiéndose rivalizar en celo con el Gobierno, se atrevió á decirle: "que la oportunidad de cesar dicha junta, no podia marcarla sino la misma conducta del Gobierno. Levante este el cadalso, le decia, para los traidores de todas las categorías; adopte una marcha enérgica y justiciera; entre francamente en la senda de las reformas radicales, y desde entonces cesará la junta:.... mientras no, fuerza será que el país atienda por sí á la salvacion de las libertades públicas, á cada paso comprometidas por la indolencia y las contemplaciones de los ministerios que se han sucedido."

Corrió la voz de que el plan de la insurreccion militar tenia ramificaciones en Cataluña; y segun parece, los conjurados debian apoderarse de la ciudadela de Barcelona, poniéndose á su frente el general D. Manuel Pavía, que á la sazon estaba en Caldas de Mombuy, y que desapareció repentinamente, despues de las ocurrencias de Madrid. Tomóse pié de aquí para declamar contra la ciudadela, verdadero padron de ignominia levantado por órden de Felipe V. para yugo de los catalanes, y cuya historia solamente ofrecia recuerdos de persecucion y de sangre. Aquella fortaleza debia desaparecer; pero no entonces, que habia sido entregada para su custodia en manos de la fuerza ciudadana y de las autoridades populares: sin embargo, se creyó que la ocasion era la más propicia para derribarla, y la Junta de vigilancia, secundando el grito popular, dado por la Milicia, y repetido por la prensa, por las corporaciones, por todos los barceloneses, tomó la iniciativa en este asunto. La ocasion era propicia, sí; pero no podia ser menos oportuna.

Reunida la Junta con las autoridades y los comandantes de la Milicia, se declaró en sesion permanente; y despues de una discusion borrascosa, fué acordado el derribo de la ciudadela, comenzando por la demolicion de su cortina interior: el 22 de Octubre por la mañana se dió principio á la ejecucion del acuerdo con toda solemnidad, al son de himnos patrióticos, y en medio del alborozo general, continuando el derribo en los dias siguientes.

Cuando Van-Halen supo en Candasnos lo que sucedia en Barcelona, dió aviso al Regente y á los ministros que le acompañaban, los cuales miraron con profundo

disgusto los actos de la Junta, considerándolos como abusivos y atentatorios á la autoridad del Gobierno; y el ministro de la Guerra ordenó á Van-Halen que regresase á Barcelona, y tomase las disposiciones convenientes para castigar á los autores de la demolicion de la ciudadela, disolviendo la Junta. Resultó de esto, que al presentarse el Capitan general en actitud hostil cerca de la ciudad, mediaron contestaciones ágrias entre él y la Junta; opúsose esta á su entrada en la plaza, y dirigió una alocucion á los barceloneses haciendo cuestion de vida ó muerte la del derribo de la ciudadela, diciéndoles que se les trataba como enemigos, y se les apellidaba rebelados; por lo cual debian estar dispuestos á repeler la fuerza con la fuerza: tambien se dirigia al Ejército, manifestándole que no iban contra él, y terminaba con este grito: "¡Abajo la ciudadela, ó la muerte!„

En vista del mal aspecto que iban presentando estos acontecimientos, creyó el Regente necesario dirigir su voz á los españoles, y lo hizo desde Zaragoza, el 9 de Noviembre, por medio de una alocucion, no bien meditada, que, juntamente con el Duque, firmó el ministro de la Guerra D. Evaristo San Miguel, y en la cual se leian estos periodos:

"Un puñado de hombres turbulentos, enemigos del sosiego público, arrastró á cometer en Barcelona un acto insigne de violencia, afeado por cuantas circunstancias le acompañaron. Se derribó en desprecio de las leyes una obra pública, propiedad de la nacion: se abusó de la confianza que habia entregado á la Milicia nacional la custodia de unos muros por ella derruidos... se dió el escándalo de decidir por medio de la fuerza bruta lo que estaba pendiente de la deliberacion de las Córtes y el Gobierno... Este acto fué acompañado y seguido de otros de violencia, en que una junta denominada de Seguridad y Vigilancia se hizo dueña de las propiedades, se erigió en árbitra de los destinos de toda una provincia, y usurpó las funciones de los poderes del Estado, cuando el Gobierno velaba más que nunca por el desagravio de las leyes... El Regente faltaria á lo que debe á la nacion, á lo que debe á la justicia, si quedasen impunes acciones violadoras de las leyes; si los principales instigadores y perpetradores quedasen animados para abandonarse á nuevos desenfrenos.„

Aunque tuviese razon el Gobierno en lo que decia, no era prudente ni era político poner en boca del Regente amenazas que no se habian de cumplir, ni calificar con tanta dureza á los promovedores del derribo de la ciudadela: no era cuerdo atribuir este acto eminentemente popular, y generalmente aplaudido por los barceloneses, á un *puñado de hombres turbulentos*, *enemigos del sosiego público*, entre quienes se

contaban el Ayuntamiento, la Diputacion provincial, y la primera autoridad civil de la capital de Cataluña. Cedieron las corporaciones populares; se disolvió la Junta, quedando una comision de derribo, cuyos individuos emigraron luego creyéndose en peligro; entró en Barcelona Van-Halen con aparato hostil; y aunque á nadie molestó, declaró la plaza en estado de sitio, reemplazó el Ayuntamiento y la Diputacion con los que habia el año anterior: desarmó tres batallones de la Milicia que se decian republicanos, y creó una comision militar, ordenando que la ciudadela fuese repuesta en su estado primitivo á costa de los que habian mandado su derribo. Agriaron estas disposiciones los ánimos de los barceloneses, cuyo disgusto procuraron explotar los enemigos del Regente y del sistema constitucional, para concitar contra aquel las iras populares, y enardecer las pasiones políticas; y mientras los progresistas y demócratas acusaban al Gobierno de arbitrariedad por el restablecimiento del estado de sitio, otros reprobaban su lenidad con los vencidos, calificando de movimiento socialista lo acaecido en Barcelona.

Estando convocadas las Córtes para el 26 de Diciembre, despues de haber decretado la supresion de la Guardia real, y un indulto para los que habian tomado parte en la sublevacion de Octubre, volvió el Regente á Madrid, donde fué recibido con arcos de triunfo, y en medio de las más frenéticas demostraciones de entusiasmo.

V.

El Gobierno francés no disimulaba sus tendencias abiertamente hostiles al Regente, ni la proteccion que dispensaba á sus enemigos, á quienes sus periódicos creyeron dispensar un honor llamándoles los *limpios caballeros del partido francés*. Aquellos mismos periódicos decian por entonces: *La tutelle d' Espagne nous appartient;* pretension ridícula, que más de una vez parecieron justificar los moderados. A raiz de los acontecimientos de Octubre, *La Presse* publicó varios artículos difamatorios contra el general Espartero, que fueron traducidos al castellano, formando con ellos un folleto, é introduciéndolo en España. Hasta el diario oficial, *El Monitor*, dió muestras de la parcialidad de aquel Gobierno y de su connivencia con Cristina, no recatándose de hacer visible la participacion de esta señora en las últimas turbulencias.

Nuestro representante en Paris, fundándose en precedentes sentados por el mismo Gobierno francés, pidió verbalmente al ministro de Estado, Mr. Guizot, que se opusiese á la salida de Cristina para España, en el caso de que la intentara. Guizot le contestó negativamente, diciendo que el Gobierno francés podia expulsar del reino á los extranjeros que conspirasen contra la tranquilidad de la Francia ó de las naciones amigas ó aliadas, pero no detenerlos contra su voluntad. Entonces Olózaga formuló su reclamacion por escrito, pidiendo que se mandase á la reina Cristina salir de Francia en el más breve plazo posible, atendiendo á que dirigia desde Paris la rebelion de las provincias fronterizas á Francia, y á que recibia contínuamente emisarios de los jefes sublevados, los cuales viajaban por aquel pais sin presentarse á los agentes del Gobierno español.

La contestacion de Guizot fué terminante, aunque nada conforme con los principios del derecho internacional establecido. "El Gobierno del Rey, decia, reconoce sus deberes para con los gobiernos vecinos, con quienes se halla en paz;... mas tiene tambien otros deberes que llenar; los tiene principalmente para con su propio honor.— La reina Cristina, al salir de España, ha venido á buscar un asilo en Francia, cerca de su más allegado deudo y del amigo más seguro de la Reina su hija: la sobrina del Rey, la madre de la reina Isabel, debia hallar entre nosotros la hospitalidad, y esa hospitalidad le será conservada."

No contestó nuestro representante á este despacho con la entereza debida, recordando como pudiera antecedentes que habrian hecho enmudecer al Gobierno francés. Mediaron, sí, dignas y enérgicas comunicaciones por parte del gabinete español; pero sin que diesen resultado alguno ostensible, ni produjeran el rompimiento de relaciones entre ambos paises; lo cual, dadas las explicaciones convenientes, habria enaltecido á nuestro Gobierno á la faz de Europa, ya que entonces todo el mundo se ocupaba en nuestros asuntos.

Lejos de esto, se guardaron consideraciones indebidas, y el Gobierno francés creyó poder continuar abusando de nuestra condescendencia. Nombrado el conde de Salvandy por Luis Felipe embajador en la corte de España, vino aquel á Madrid en Diciembre, siendo agasajado en el tránsito por disposicion del Gobierno español. El embajador francés tuvo la singular pretension de presentar sus credenciales á la Reina, y no al Regente; y como esto era improcedente y contrario al espíritu de la Constitucion, le fué negado. Mediaron contestaciones; insistió el francés en su intencionado propósito, llegando á decir en una de sus notas: "Con esto queda cerrada

la discusion.„ Sin embargo, no tardó en abrirla él mismo, formulando un cúmulo de quejas ridículas, que demostraban el deseo de buscar querella; y habiéndosele contestado en términos convenientes, pero con la energia debida, retiró el Embajador toda su numerosa legacion, dejando como encargado de los asuntos de la embajada al segundo secretario Duque Gluthsberg.

Comenzaba el año 1842, y los emigrados españoles en Francia conspiraban abiertamente contra el Gobierno español á ciencia y paciencia del francés, que protegia sus maquinaciones. Al frente de los refugiados se hallaba D. Leopoldo O'Donnell, quien desde Orleans, y estando de acuerdo con los de Paris, escribia cartas á Urbiztondo y otras personas, diciéndoles que habia llegado el momento de organizar todos los medios de accion para conseguir el fin que se propusieron en el malogrado ensayo de Octubre, y daba instrucciones para la marcha que se debia seguir: decia que era necesario conocer el verdadero estado de la opinion en las provincias; averiguar la del clero en general, y si este se prestaria á secundar los esfuerzos de los conjuradores para poner en España un gobierno monárquico y fuerte; indagar, con respecto al Ejército, si las tropas recibian sus pagas, y si estaban contentas ó disgustadas con el Gobierno; que los trabajos iban á empezar por el Mediodia de España, y que creia inútil decir que no se descuidara el aumentar los medios de disolucion en el Gobierno, *empleando oportunamente el ardor democrático de los republicanos*. Hablábase en aquellas correspondencias de si entraria ó no un ejército francés en la realizacion de los planes, y de tratos con los carlistas; pero pedian estos demasiado, y creia O'donnell que era inútil acceder á sus exigencias; pues "el dia que se levantara en España la bandera que preparaban, les seguirian los carlistas que habia en los depósitos:„ pero sin duda se equivocaba en esto; si bien parece qne se habia formado una alianza entre los partidarios de D. Cárlos y los de la reina Cristina, basada en el casamiento del hijo de aquel con la Reina de España.

Prosiguiendo estos planes, se formó en Paris una sociedad secreta titulada: *Órden militar española*, cuyo Consejo supremo se constituyó á principios de aquel año bajo la presidencia de O'Donnell, síendo sus miembros los señores Narvaez, D. Fernando de Córdova, D. Juan de la Pezuela, D. Antonio Benavides, y Escosura, que hacia de secretario. Aquel centro comenzó á trabajar con actividad; se proporcionaron ilustrados agentes en Madrid, donde se formó una sucursal de la sociedad de Paris, compuesta de los señores Castro y Orozco, Azpiróz y D. Fernando Fulgosio; buscaron el apoyo de un periódico, y se lo prestó *El Heraldo*, redactado por D. Luis José Sar-

torius y D. José Zaragoza. Reclutando afiliados en el Ejército, fueron muchos los jefes y oficiales que ingresaron en la *Órden militar*, comprometiéndose de los primeros, casi en su mayoría, los del regimiento de Luchana, y la mayor parte de los que estaban de guarnicion en Barcelona.

Esta sociedad fué la que preparó los acontecimientos de 1843, y en ella se procuró comprometer á D. Juan Prim, como veremos más adelante.

Abiertas las Córtes por el Regente en persona, y con asistencia de la Reina y la Infanta, pronto se vió en ellas un espíritu de fuerte oposicion á los ministros, que se manifestó violenta y destemplada en el Congreso; prudente y circunspecta en el Senado. Aparecieron divididos en tres fracciones los diputados progresistas: la de los ministeriales; la de oposicion templada, que dirigian Olózaga y Cortina; y la trinitaria, acaudillada por Lopez y Caballero: además habia dos pequeños grupos, uno moderado, y otro republicano. Sin embargo, en la contestacion al discurso del Regente, la comision, compuesta de progresistas de las tres fracciones, se presentó unánime en dar al Gobierno un voto de censura. Dos cargos se le hacian: el de imprevision en los sucesos de Octubre, y el de inconsecuencia por haber apelado á la declaracion de estados de sitio en varias provincias y especialmente en Barcelona. "Sobre lo inconstitucional de esta medida, decia la comision, que tan funestos recuerdos despierta, hay que lamentar en esta ocasion, no solo las consecuencias legales que haya podido producir, sino su absoluta ineficacia; pues no ha bastado, al menos en Barcelona, ni á reparar prontamente los graves excesos que allí se cometieron, ni á restituir á aquella ciudad industriosa la calma y la seguridad que necesita, y á que por tantos títulos es acreedora."

Razones no faltaban en que apoyar el primer cargo; pues si el Gobierno no tuvo conocimiento de la trama urdida, ¿qué confianza, (decian) podia merecer á la nacion? Y si le tuvo, ¿por qué no hizo imposible su rompimiento? Ya hemos visto que el Gobierno tomó cuantas precauciones le sugirió su celo para contrarestar los planes de los conjurados, y que lo consiguió en parte, á pesar de las defecciones de muchos jefes, en quienes debia tener completa confianza; hemos visto que se apresuró á destituir á algunos, y á separar de sus filas un número considerable de oficiales. Pudo haber hecho más; pero eran ilógicos los progresistas, censurándole porque no hubiese tomado disposiciones preventivas, que estaban en oposicion con los principios de sus doctrinas políticas; y esto prueba que esos principios son inadmisibles cuando evidentemente peligra la seguridad del Estado.

Además, tenia mucha fuerza en aquellas circunstancias lo que dijo Argüelles en defensa del Ministerio:

"Para atribuir este cargo de imprevision al Gobierno, preguntó, ¿han demostrado estos señores que el Gabinete tenia en su mano todos los medios para cortar la conspiracion que se preparaba en una region muy elevada, á donde no llega la autoridad española?... Pues qué, si la causa de todas nuestras desgracias estuviera al alcance del Gobierno español, ¿habian de estar trece millones de habitantes expuestos á las tramas que se fráguan en esa region?„

Más fundado era el cargo referente á los estados de sitio, que el Gobierno mismo habia combatido antes en la oposicion, y reprobado en el poder, siendo además aquella medida una transgresion de facultades, y una infraccion de ley contraria á los principios del partido progresista. El Gobierno se defendió de este cargo, escudándose con la gravedad de las circunstancias, y haciendo notar que los estados de sitio no habian costado ninguna víctima. No era esta, sin embargo, una razon para justificar la legalidad de la medida.

Treinta y cuatro dias duró la discusion del mensaje, y en ella quedó el Ministerio profundamente quebrantado; pues aunque se presentó una enmienda, que dulcificaba los términos de la censura propuesta por la comision, solo fué aprobada por diez votos de mayoría [1].

Otras cuestiones más graves que la de los estados de sitio, por cuanto afectaban á la honra y moralidad del Gobierno, debian presentarse en breve. La fraccion de Lopez, compuesta de unos cincuenta diputados, proponíase derribar al Ministerio para reemplazarle con otro que plantease sus ideas exageradas; pero aquella fraccion no era bastante numerosa para derrotar á la mayoría ministerial, que contaba con unos ochenta diputados: la de Olózaga reunia unos treinta, que en las votaciones, ora se inclinaban del lado de los ministeriales, ora al de la oposicion. Pensóse entonces en formar una coalicion parlamentaria con el objeto de combatir resueltamente al Ministerio; pero no estaban acordes en ideas ni en propósitos ulteriores los olozaguistas y los de Lopez; y para llevar á cabo la coalicion, convinieron en que, obtenida la derrota del Gobierno, quedaria cada cual en libertad para

[1] La enmienda decia: «El Congreso desea que se sostengan con firmeza los principios de legalidad y de justicia, que dan fortaleza á los gobiernos; y siente que la complicacion y gravedad de los sucesos pusieran al nuestro en el conflicto de apelar á medidas excepcionales, confiando que no se repetirá en lo sucesivo esta medida inconstitucional, que tan funestos recuerdos despierta.»

obrar como tuviese por conveniente, sin que aquella pasajera alianza produjese compromisos de ningun género para el porvenir. No sin dificultad fué aceptada esta condicion por muchos de los que componian la fraccion avanzada; pues aspiraban á más que derribar el Ministerio, habiendo dicho Lopez en una reunion habida por aquellos dias, que era necesario trabajar con el fin de derrocar lo Constitucion de 1837, y reemplazarla con otra más democrática; declarando, por alusion á ella, " que estaba cansado ya de hacer pasar al pueblo esta moneda falsa." Coligáronse, sin embargo; pensaron en las personas que habian de reemplazar al Ministerio; hablóse de Cortina y de Olózaga, que se declararon resueltos á no aceptar ningun puesto en el Gobierno; y hechos por ambas fracciones los preparativos del combate, aguardaron la ocasion oportuna para dar la batalla, que no tardó en presentarse.

Al discutirse un proyecto de autorizacion para emitir 160 millones de reales en billetes del Tesoro, aplicando á su extincion é intereses los derechos de las Aduanas del Reino, se entró en averiguaciones acerca de todas las operaciones relativas á la Hacienda, y descubriéndose que el ministro del ramo habia cometido graves faltas, desvocóse la oposicion emprendiendo contra todo el Ministerio una lucha á muerte, y provocando una tempestad parlamentaria.

La posicion del ministro de Hacienda era sumamente falsa: cuando se presentó por primera vez á las Córtes, habia dicho que " estaba resuelto á no celebrar contrato alguno, sin qué precediese una subasta pública;" y se le demostró que pasaban de sesenta los que habia celebrado sin aquel requisito: demostrósele igualmente, que habia tenido preferencias injustas con algunos acreedores del Estado, pagándoles sus créditos con postergacion de otros de igual orígen y naturaleza: pero lo más grave de todo fué la denuncia que se hizo de que, en un contrato, celebrado el año anterior con D. José Salamanca, para el pago de intereses vencidos, se habia puesto la firma del Regente, resultando así una infraccion palmaria de la Constitucion. Aquella firma se habia obtenido creyendo el Regente que la ponia en el decreto para la capitalizacion de los intereses de la Deuda. El Ministro no pudo negar el hecho, y se disculpó diciendo, que aquello habia sido un error, una equivocacion de cancillería.

Entonces fué cuando quedaron allanadas todas las dificultades de la coalicion, y el 28 de Mayo se presentó al Congreso un terrible voto de censura, que despues de varios considerandos [1], terminaba así:

[1] Decian entre otras cosas: « Considerando los diputados que suscriben, que el actual Gabinete, al anunciar su programa

" Pedimos al Congreso se sirva declarar que, en la situacion en que se ha constituido el actual Gabinete, á pesar de los buenos deseos de que debe suponérsele animado, carece del prestigio y fuerza moral necesarios para hacer el bien del país.„

Firmaba esta proposicion, con otros, D. Jacinto Félix Domenech, que la apoyó cumplidamente, contestándole con gran energía el presidente del Consejo; y fué tomada en consideracion por 86 votos contra 76.

Abierta la discusion, la inauguró D. José Posada Herrera, defendiendo al Ministerio y haciendo terribles y fundados cargos á las oposiciones, que dijo se habia unido para hacer imposible el gobierno representativo: le contestó Lopez, y terciaron en el debate Lujan y Cortina, prolongándose aquella hasta el punto de que fuese necesario prorogar la sesion en términos tan desfavorables para los ministros, que Mendizabal tuvo que levantarse á reclamar contra la próroga; pues mientras los diputados y el presidente del Congreso habian tenido la libertad de dejar sus asientos, ir á comer y explayarse, á los ministros no se les daba tregua ni respiro.

Reanudada la discusion, el ministro de la Guerra, San Miguel, acusó á los de la oposicion ante el país, llamándoles enemigos; y tomando luego la palabra Olózaga, dijo con elocuente frase que en aquella ocasion se iba á decidir el porvenir de la nacion acaso para muchos años. No se equivocaba.

El Ministerio fué derrotado por 7 votos á la una de la madrugada, despues de haber sostenido una lucha hercúlea, y sin poder apenas moverse de su asiento durante aquella sesion larga y tempestuosa: teniendo mayoría en el Senado y la confianza del Regente, podia sostenerse en el Gobierno, apelando á la disolucion de las

del 22 de Mayo, proclamó el principio de que los *gobiernos deben obrar con moralidad dentro del círculo legal, de que no deben salir jamás, estableciendo así sobre bases sólidas el edificio del órden público*, pues que de otra manera no puede *haber un gobierno que sea escudo de la libertad y de las instituciones del país*: considerando que ofreció tambien hacer *grandes economías*, rebajando considerablemente el presupuesto: considerando asimismo que los individuos que componen el Gabinete actual aseguraron solemnemente *estar resueltos á no celebrar contrato alguno que no fuese en subasta pública, para no presentar nunca flanco por el que se le pudiese atacar ó debilitar su influjo y su poder*: considerando que por repetidos actos y en ocasiones diferentes ha obrado fuera del círculo legal que habia proclamado como *principio fuerte de gobierno*; que ni se han verificado las ponderadas *grandes economías*, ni guardado la publicidad en negocios que han afectado más ó menos las rentas de la Nacion, sobre las cuales se han tomado caudales á préstamo, faltándose al artículo 74 de la Constitucion: considerando, en fin, que el actual Gabinete carece de la resolucion necesaria para hacer respetar el poder en todos los ángulos de la monarquía, sin faltar á la ley fundamental del Estado; que su marcado carácter es la indecision y falta de energía necesaria para consolidar el órden establecido, cediendo ante las exigencias de unos y de otros, y teniendo la desgracia de no haber podido inspirar al Congreso toda la confianza necesaria para atraerse y conservar una mayoría numerosa, imponente y compacta, etc. etc., Pedimos al Congreso, etc.

Córtes; pero Gonzalez habia prometido no hacerlo, se encontró enredado en las redes que á sí propio se habia tendido, quiso ser consecuente, y dimitió.

Parlamentariamente correspondia el ministerio á los jefes más calificados de la coalicion. Espartero no queria darlo á Lopez y sus amigos, cuyas ideas exageradas le parecian peligrosas: llamó á Olózaga para encargarle la formacion del nuevo gabinete, pensando con razon que, pues aquel hombre público habia venido de Paris, desamparando el cargo de embajador, para derribar al gobierno que allí representaba, preciso era que trajese un pensamiento y contase con medios y recursos para sustituir ventajosamente al ministro dimisionario. Negóse Olózaga á ser gobierno, y díjose públicamente que lo hacia *por coquetear:* algunos creyeron que se reservaba para tiempos mejores, no pareciéndole sólida la interinidad de la Regencia, y prefiriendo ser ministro cuando se declarase la mayoría de la Reina: si esto era así, se cumplieron sus deseos; pero con mala fortuna.

Consultó entonces el Duque á los presidentes de ambas Cámaras, que á su vez procuraron explorar la opinion de los diputados más influyentes de la oposicion; pero no pudieron venir á un acuerdo aceptable, y el Regente llamó al Marqués de Rodil, que mandaba en jefe el ejército reunido en las provincias Vascongadas, y le encargó la formacion del ministerio. Rodil reunió en su casa á varios senadores y diputados, les manifestó el encargo que tenia, pidiéndoles que le ilustrasen, y dándoles á entender que tal vez seria conveniente buscar los nuevos ministros en el Senado, si no era posible encontrarlos en el Congreso. Chocó á todos esta idea; expusieron sus opiniones en términos generales, conformes en que el Gobierno debia buscarse en la mayoría de las Córtes, y se retiraron sin acordar nada. Tres dias despues se publicó el nombramiento del Ministerio, compuesto de personas dignísimas, antiguos liberales, de puras intenciones y de intachable probidad [1]; pero no tan fuertes como era necesario para disciplinar las levantiscas huestes del Congreso, y para hacer frente á las complicaciones que se preparaban.

Los nuevos ministros fueron acogidos friamente por las Córtes; pero sus antecedentes eran buenos, y para declararles la guerra, habia que aguardar sus actos. No fué tan paciente la prensa ni tan considerada con ellos: *Inválidos del siglo XVIII* les llamó *El Eco del Comercio*, periódico de gran autoridad en el partido progresista,

[1] Rodil, ministro de la Guerra y presidente; el Conde de Almodóvar, de Estado; D. Mariano Torres Solanot, Gobernacion; D. Miguel Antonio Zumalacárregui, de Gracia y Justicia; D. Ramon M. Calatrava, de Hacienda; y D. Dionisio Capaz, de Marina.

como si la mision del periodismo fuese desprestigiar á los hombres, por respetables que sean sus virtudes y merecimientos, rebajándolos en el concepto público.

VI.

Cerrada la legislatura á mediados de Julio, los diputados de la oposicion aprovecharon las vacaciones para concertarse, á fin de formar una nueva coalicion, basada en principios bien definidos, y con propósitos formales para el porvenir. Se procuró conciliar las diferencias que separaban á las varias fracciones progresistas, acomodándose los más avanzados á las ideas de los que no lo eran tanto, y conviniendo en nombrar un jefe aceptable á todos, que diese unidad al partido y se comprometiese á formar gobierno cuando llegase la ocasion oportuna, para desarrollar en él los principios adoptados.

D. Salustiano Olózaga, que varias veces habia rehusado el poder con que le brindó el Regente, aceptó ahora con estas condiciones la jefatura de la oposicion; y al reanudar las Córtes sus tareas en 14 de Noviembre, fué elevado á la presidencia del Congreso.

Durante los meses de vacaciones, la prensa moderada por un lado, y la democrática por otro, sostuvieron una vigorosa cruzada contra el Gobierno, dirigiendo sus tiros hasta á la persona del Regente, á quien se atribuyeron, con dañada intencion, propósitos que seguramente no abrigaba; y los diarios progresistas, impresionables y nada cautos, se dejaban llevar por aquellas corrientes perniciosas, manteniendo entre todos una excitacion harto perjudicial á los intereses de la patria. Las publicaciones moderadas echaron á volar la idea de que Espartero meditaba dar un golpe de Estado, proponiéndose proclamar la Constitucion de 1812, con el fin de prorogar por cuatro años la minoridad de la Reina, y perpetuarse en el poder. Los cándidos y suspicaces progresistas creyeron esta fabulosa invencion, y contribuyeron por su parte á difundir la alarma: lo creyeron los periodistas, y lo hicieron creer á muchos diputados y al país; mientras que Espartero contestaba acaloradamente á un personaje que le habló del asunto, señalando á un reloj que habia sobre una mesa de su palacio: "Si como puedo adelantar las horas de ese reloj, pudiera hacer correr los dias, pronto

llegaríamos á aquel en que la Constitucion declara á la Reina mayor de edad [1].„

La prensa avanzada y la retrógrada competian en repugnante desenfreno, abusando de la libertad del pensamiento, y por consiguiente, atropellándola; que no es otra cosa el abuso de los derechos naturales, sino una transgresion del derecho. Con los periódicos sérios, como *La Posdata* y *El Trono*, alternaban otros, como *El Guindilla* y *El Mico*, rivalizando todos, cada cual á su manera, en procacidad, y en furibundos ataques á lo existente. Si *El Papagayo*, periódico barcelonés de ideas absolutistas, estampaba una viñeta, que representaba á Espartero sufriendo garrote vil, *El Republicano* á su vez le combatia llamándole "*el realista de las paralelas*, traidor á todos los partidos, humilde siervo del afamado *tahur* de la sociedad del *Ángel exterminador*... gran maestre de la *sociedad de la templanza* ó de los conservadores, lo que equivale á ser *el primer traidor* á la nacion y á sus derechos [2].„

A estas excitaciones, propias para irritar el sentimiento del ignorante vulgo, añadíanse otras de mayor importancia y transcendencia. Los agitadores tenian puestas las miras en Cataluña, donde existian poderosos motivos de descontento: la quinta para el reemplazo del ejército, que por primera vez se imponia á este país, no acostumbrado á ella; la contribucion de puertas y consumos últimamente restablecida; los insistentes rumores que circularon de que se trataba de imponer á Barcelona un tributo para la reparacion de la Ciudadela, eran otros tantos temas que explotaba la prensa, inflamando las pasiones, violentamente excitadas desde los acontecimientos del año anterior. Unióse á esto la voz generalizada de que se iba á permitir la introduccion de los algodones de fabricacion inglesa, y esta voz no era infundada. Mucho tiempo hacia que Inglaterra, celosa de sus intereses, deseaba aniquilar en España su naciente industria algodonera, cuyo monopolio universal pretende arrogarse aquella nacion por el derecho del más fuerte; y esas pretensiones habian sido formuladas repetidas veces ante los gobiernos liberales de España, invocando principios que Inglaterra no ha observado nunca, sino en los tiempos y en la parte que pueden ser provechosos á su exclusivo predominio industrial. Mendizábal, Arrazola y Cortina, inclinándose en principio á las ideas preconizadas por los ingleses, habian tenido, sin embargo, el patriotismo de no sacrificarles, la industria española; pero la diplomacia inglesa no desistia de su interesado empeño; y á fines de 1841 propuso un proyecto de tratado de comercio al Gobierno español,

[1] J. S. Flores. *Vida de Espartero.*

[2] *El Republicano*, número 16, del Sábado 5 de Noviembre de 1842.

el cual encargó á D. Manuel Marliani el exámen de dicho tratado, y la discusion de sus bases con el ministro inglés Sir Roberto Peel, que entonces era decididamente contrario á lo que por antifrasis se ha llamado libertad comercial. Marliani era precisamente acérrimo partidario de esta libertad, moneda falsa, que los ingleses vendian sagazmente á los demás países.

Tenian, pues, sobrado fundamento los rumores que acerca de los algodones circulaban en Cataluña, y aunque el tratado no llegó á efectuarse, no fué por falta de voluntad en el Gobierno español; pues reanudadas las negociaciones entre el Embajador inglés y el ministerio Rodil, nombróse una comision para que entendiese en el asunto; y uno de sus vocales propuso á Sir Asthon que se admitiese en el tratado la reciprocidad en favor de España, respecto de los derechos exorbitantes que pagaban en Inglaterra nuestros vinos y aguardientes: el inglés desechó esta base; y habiéndosele propuesto una cláusula por la cual se admitirian los algodones pagando un 25 p °/₀ *ad valorem*, imponiendo en Inglaterra 50 p °/₀ á los aguardientes españoles, 40 á los vinos de Jerez, y 30 á los demás vinos, fué tambien rechazada por el Gobierno británico; el cual dió así una prueba palmaria de la poca sinceridad de sus aficiones libre-cambistas. Por esta causa se rompió la negociacion; pero las oposiciones supieron explotar el asunto, así en España como en Francia, para soliviantar los ánimos de los catalanes.

Acababan de abrirse las Córtes, cuando estalló en Barcelona un movimiento popular, extraño é indefinible: comenzó el tumulto el dia 13 de Noviembre por la tarde, en la puerta del Angel, entre los dependientes del resguardo y unos paisanos que intentaban introducir cierta cantidad de vino sin pagar derechos. Reuniéronse inmediatamente numerosos grupos, creció el alboroto, y la guardia de la puerta hubo de intervenir para disiparlos. Algunos nacionales que se hallaban presentes tomaron parte por el pueblo. Estaban reunidos en aquellos momentos los republicanos para tratar de las elecciones de concejales, y con este motivo se les quiso atribuir exclusivamente el orígen de aquel movimiento, fundándose los que así pensaban en un descabellado programa ó plan de revolucion, que pocos dias antes habia publicado en *El Republicano* su director, el famoso Abdon Terradas, en el cual se declaraba guerra á muerte á todos los que se opusieran contra él, debiendo aniquilar cuanto dependiese del sistema existente, como eran las Córtes, el Trono, los ministros, los tribunales, y en una palabra, todos los funcionarios públicos, y se preconizaban otras ideas, más que republicanas, propias del socialismo rojo. Pero Terradas

no estaba entonces en Barcelona: se hallaba en Francia, disponiéndose á penetrar en España, cuando le llamó un rico comerciante de Barcelona, agente de la junta moderada de París, y en presencia del entonces brigadier Mata y Alós, procuró atraérselo, manifestándole que se pusiera de acuerdo con PRIM, que de un momento á otro deberia llegar á Barcelona, y levantase, como este iba á hacerlo, la bandera de mayoría de la Reina. Negóse Terradas, contestando que "no era eso lo que él queria, y que no podia persuadirse de que el coronel PRIM, que habia sustentado siempre en Barcelona ideas casi democráticas, intentase levantar una bandera, en la cual veia escritos entonces los nombres de Cristina, Toreno, Martinez de la Rosa y demás corifeos retrógados, con todas sus exigencias y sus vicios." Insistió su interlocutor, citándole los nombres de Serrano, Lopez, Olózaga, y otros personajes para convencerle de que el movimiento era liberal; le enseñó una carta de PRIM desde Madrid, anunciando que salia para Barcelona, y concluyó por decirle: "Trás de esto podrá venir lo que V. quiere." Pero no pudo convencer á Terradas, y luego verémos lo que habia de verdad en cuanto á la participacion atribuida á PRIM por el agente moderado.

No cabe duda en que el alboroto de la tarde del 13 fue casual; pero existian vastos planes de trastorno, que hizo abortar aquel incidente con el prematuro estallido de los combustibles hacinados en Barcelona. Detrás de los demócratas estaban los moderados atizándoles [1]; pero ni unos ni otros se hallaban dispuestos para la la lucha.

Despues del motin de la puerta del Angel, formáronse grupos por la noche en la plaza de San Jaime, siendo insultados y acometidos algunos soldados que transitaban por las calles. El jefe político, D. Juan Gutierrez, auxiliado de una corta fuerza, dispersó á los revoltosos, y ordenó la prision de los redactores de *El Republicano* y de otros sujetos, que fueron encontrados con armas en la redaccion de dicho periódico. Al dia siguiente reaparecieron numerosos grupos en la plaza de San Jaime, pidiendo la excarcelacion de los presos con actitud amenazadora. Cinco individuos, acompañados de un concejal, se presentaron con esta pretension al Jefe político, que resistiendo á sus exigencias, los mandó arrestar. Creció entonces la confusion, y á las dos de la tarde los tambores de la Milicia comenzaron á recorrer la ciudad tocando generala, sin que se supiese de quien procedió la órden. Grupos desordenados de nacionales y paisanos armados vagaban por las calles, dando gritos inco-

[1] BALAGUER.—*Historia de Cataluña.*

nexos y discordantes: nadie comprendia lo que aquel tumulto significaba, ni lo que se queria; pero todos recelaban de la tropa, que habia tomado las armas, y permanecia inmóvil en la Rambla y en la plaza de Palacio.

Pasóse la noche del 14 al 15 con grande agitacion y en una contínua alarma, oyéndose de vez en cuando algunos tiros disparados al aire: durante ella se fueron organizando los insurrectos, á quienes no faltó direccion para utilizar la artillería de la Milicia, con la que se hicieron fuertes en la plaza de San Jaime, ocupando además los edificios inmediatos, abriendo zanjas y formando barricadas.

El general Zurbano llegó aquella noche procedente de Gerona: durante los dias que precedieron al tumulto, este jefe habia sido presentado con los más negros colores por los periódicos, y en particular por los republicanos, que le odiaban de muerte: la noticia de su llegada aumentó la irritacion de los ánimos.

El dia 15 muy de mañana manifestó el Jefe político al Capitan general que, siendo desobedecida su autoridad y la del Ayuntamiento, era llegado el caso de declarar la ciudad en estado de sitio. Van-Halen mandó publicar la ley marcial, y al mismo tiempo que hacia marchar tres columnas hácia la plaza de San Jaime, donde parecia que estaba concentrada la insurreccion, envió un parlamentario para prevenir á los amotinados que se retirasen, evitándole el disgusto de tener que apelar á la fuerza. El parlamentario quedó detenido; pero se entregó la órden que llevaba al Alcalde, quien la hizo saber al jefe de la guardia de las Casas Consistoriales; y noticiosos de su contenido los sublevados, comenzaron á gritar: "¡Queremos los presos!„

Mientras se andaba en negociaciones para llegar á una avenencia, como lo deseaba el Capitan general, sonaron tiros, seguidos de una descarga cerrada, hácia la calle de la Platería: la columna que avanzaba por aquella parte habia sido acometida de un fuego graneado desde las ventanas de las casas. A poco, las campanas de una iglesia vecina empezaron á tocar á somaten. Las tropas avanzaron por diferentes puntos hácia la plaza de San Jaime, y á la primera voz de fuego, cayó sobre ellas una nube de piedras de abultado tamaño, arrojadas desde las ventanas y azoteas ocupadas por los milicianos. Con gran rapidez ciaculó por toda la ciudad la voz de que el general Zurbano entraba con sus tropas á saco en la Plateria: falsedad insigne, pues Zurbano no se habia movido de la Rambla; pero en aquellos momentos no era posible raciocinar, y nadie puso en duda la validez de la noticia. La insurreccion se hizo imponente y general en breves instantes: por todas partes acudieron

hombres con armas en gran número, que no se sabe de donde salian; multiplicáronse las barricadas, organizándose la defensa en cada calle y cada casa, con el objeto de rechazar á las tropas; y al grito de: "Union contra los saqueadores„ y "muerte á los castellanos„, todos, moderados, republicanos, progresistas y carlistas aparecieron animados de un vértigo comun y de un comun sentimiento: el exterminio de las tropas, á quienes consideraban como enemigas de sus propiedades [1]. La ciudad en peso se levantó irritada contra la tropa, sobre la cual no solo se hacia fuego, sino que desde los balcones, ventanas y terrados se arrojaban macetas, piedras, ladrillos, muebles y hasta agua hirviendo, que las mujeres lanzaban desde algunas casas.

Una de las columnas consiguió apoderarse del convento de la Enseñanza, que servia de cuartel á los milicianos; pero no fué posible ocupar las manzanas de casas contiguas, convertidas en otras tantas fortalezas, ni menos dominar la insurreccion en el resto de la ciudad; y despues de tres horas de mortífero fuego, durante las cuales tuvo la tropa una pérdida de tres á cuatrocientos hombres fuera de combate entre muertos y heridos, se dió la órden de penetrar en la plaza ó morir.

Los insurrectos que habia en ella pidieron una suspension de hostilidades, ofreciendo retirarse á sus casas, si antes lo hacian las tropas á sus cuarteles. Fuese por esto, ó porque el Capitan general hubiese recibido partes del estado cada vez más alarmante de la ciudad, á donde habian llegado muchos nacionales y paisanos de los pueblos vecinos que, atraidos por el somaten, entraron escalando las murallas, es lo cierto, que dió órden á las tropas de replegarse á los fuertes; y al ponerse el sol, el ejército se hallaba encerrado en Atarazanas, la Ciudadela, Monjuich y el cuartel de los Estudios. Barcelona quedó entregada á sí misma, ó por mejor decir, á disposicion de los insurrectos.

Al anochecer del mismo dia apareció una proclama firmada por un desconocido, un tal Juan Manuel Carsy, valenciano, desertor del ejército, despedido de un empleo subalterno, y admitido poco tiempo hacia por compasion en la redaccion de *El Republicano*, de donde tres dias antes del movimiento le habian despedido sus compañeros, por haberle descubierto una correspondencia de Madrid, que le denunciaba como sospechoso de andar en dobles tratos. Este sujeto, de tan recomen-

[1] *Sucesos de Barcelona desde el 13 de noviembre de 1842 hasta 9 de febrero de 1843, en que se levantó el estado de sitio,* por Adriano.

dables antecedentes, manifestaba á los barceloneses, que animado de las más sanas intenciones, convocaba á la Milicia nacional para que por medio de representantes, elegidos uno por cada cuerpo, se formase una junta superior. " Catalanes todos, decia; la hora es llegada de combatir á los tiranos, que bajo el férreo yugo militar intentan esclavizarnos. Con toda la emocion del placer os he visto prestar, exponiendo vuestras vidas, los mayores sacrificios en favor de vuestra nacional independencia..... Una sola sea vuestra divisa: hacer respetar el nombre catalan: union y fraternidad sea vuestro lema, y no os guien, hermanos mios, las seductoras palabras de la refinada ambicion de unos, y la perfidia y maledicencia de otros.„

Carsy logró imponerse, y por su mediacion se constituyó una *Junta popular directiva*, compuesta de personages la mayor parte tan conocidos como él en la ciudad, los cuales le nombraron su presidente. " Cuando en una poblacion de ciento cincuenta mil almas, dice el autor de los *Sucesos de Barcelona*, un sugeto desconocido en el país, natural de otra provincia, sin servicios ó antecedentes que hayan llamado la atencion pública en parte alguna, se arroja á dirigir una sublevacion ya vencedora, ó tiene grandes y poderosas ramificaciones secretas, que le han de garantir una dominacion que no podría asegurar con su solo nombre, hechos y prestigio, ó su firma y voto son con poderes de una direccion y fuerza que no quiere dar la cara.„

Este juicio lo vemos confirmado en un artículo que apareció en una revista española, que se publicaba en Lóndres por aquel tiempo; segun el cual, minuciosas y secretas investigaciones, practicadas con el objeto de descubrir las verdaderas causas de la insurreccion, daban fundados indicios para suponer que la trama tenia ramificaciones muy vastas en varios puntos de la Península, particularmente en Madrid; pero que, afortunadamente para el país, si bien por desgracia de los conjurados, el movimiento fué prematuro, frustrándose enteramente el plan, como sucedio en Octubre del año último. Parece ser que se hallaban generalmente convenidos los cristinos, carlistas y republicanos en no proclamar persona ni principio alguno determinado, sino unirse todos para derribar al Regente y su gobierno, y concertar despues, lo mejor que pudiesen, el sistema que debería adoptarse. Añadia el mismo artículo, que en Madrid se reunió el dia 22 de Noviembre uno de los cónclaves revolucionarios para determinar si seria ó no conveniente y oportuno promover un levantamiento en la capital; mas viendo que solo podian contar con tres

ó cuatrocientos de los guardias nacionales, tuvieron que desistir del intento [1].

Van-Halen se habia retirado con parte de sus tropas á la Ciudadela. Nombrada la junta y envalentonados los insurrectos, intentaron apoderarse de los fuertes, á cuyo fin pusieron sitio al cuartel de Estudios y á las Atarazanas, y atacaron á la Ciudadela. Entonces esta fortaleza y el castillo de Monjuich rompieron el fuego contra la ciudad, arrojando algunas bombas, que aterrorizaron á los habitantes pacíficos. Cesó el fuego de fusileria y se redobló el toque de rebato en las torres de las iglesias. Tambien habia cesado de tronar la artillería de los fuertes: solo á la una de la madrugada del 17 disparó la Ciudadela dos ó tres cañonazos, que no fueron contestados; y al rayar el dia se observó que aquella fortaleza estaba desierta. Van-Halen la habia abandonado, dejando en ella más de cien piezas montadas, cerca de trescientas desmontadas, dos millones y medio de cartuchos, y millares de proyectiles sólidos y huecos; de todo lo cual se apoderaron los sublevados, que enviaron un batallon de la Milicia á guarnecer aquel fuerte. Las guarniciones de los Estudios y de Atarazanas capitularon con el pueblo entregando las armas.

Triunfante la insurreccion, sin que aun supiesen los barceloneses (ni aun lo saben hoy) qué bandera defendian, preciso fué que la Junta proclamase sus principios políticos; y lo efectuó el dia 19 por medio de un manifiesto, en el cual, despues de reconocer que la ansiedad pública estaba clamando y hasta exigiendo de ella una manifestacion franca y sincera del objeto á que se dirigian tantos esfuerzos y sacrificios, decia, que iba á revelar sus sentimientos, los cuales eran: "*Union entre todos los liberales:* ABAJO ESPARTERO Y SU GOBIERNO: *Córtes Constituyentes: en caso de regencia, más de uno: en caso de enlace de la reina Doña Isabel II, con español: justicia y proteccion á la industria nacional.* Este es (continuaba), el lema de la bandera que tremolamos, y en su triunfo está cifrada la salvacion de España... Públicas son por desgracia, para todas las clases del pueblo español, las perfidias del poder, nuestra visible y ruinosa decadencia, los amagos de tiranía, y sobre todo ese descontento universal, ese clamor que resuena en todos los ángulos de la Península contra las tenebrosas maldades de un fatal y abominable desgobierno...„

[1] *La Colmena*, revista redactada por D. Angel de Villalobos: Lóndres, Ackermann y compañía, primer trimestre de 1843. Durante los acontecimientos de Bárcelona, hubo otros movimientos secundarios en Valencia, Gerona y varios puntos más. El mismo Carsy escribió al diputado á Córtes Ametller, suponiéndole á la cabeza de la junta revolucionaria de Gerona, y diciéndole entre otras cosas: « que ya habia visto el programa: que aunque no era lo que se habia pensado, no podia hacerse otra cosa, y que con respecto al asunto de la *niña de Valladolid* todavía no podia explicarse ni decir nada.»—PIRALA. Obra citada

Mal recibido este manifiesto, por lo inconexo y vago, pues no habia en él doctrina republicana, ni progresista, ni moderada, y además por la oscuridad de sus firmantes, produjo desaliento en la ciudad, y comenzó á notarse una emigracion numerosa de todas las clases y de todos los partidos. Temíase con razon un desastre, que aquellos hombres serian incapaces de conjurar; pues Van-Halen permanecia en actitud amenazadora en San Feliu de Llobregat, aguardando las tropas que habian de reunírsele de varios puntos de Cataluña, dispuesto á poner sitio á Barcelona, y tomando providencias para abastecer el castillo de Monjuich.

La Junta popular, deseando atraerse simpatías, nombró otra auxiliar consultiva, compuesta de un crecido número de personas respetables; pero esta junta no llegó á instalarse, porque los más de sus individuos huyeron ó se ocultaron: reemplazó el Ayuntamiento con una comision municipal, cuyos miembros en su gran mayoría eran demócratas, la cual nada hizo; y desconfiando de la adhesion de la Milicia, creóse una especie de guardia pretoriana, compuesta de tres batallones, que tituló, *Tiradores de la patria*, y que el público designó con el nombre de *Patuleas*.

VII.

Ignorábase en Madrid el 18 de noviembre lo que pasaba en Barcelona; tanto, que aquel dia nombró el Congreso tranquilamente una comision para ir á felicitar el siguiente á la Reina por ser dia de su santo; y su presidente, Cortina, en el discurso que dirigió á S. M. le dijo estas palabras: "Los representantes del país se complacen siempre en tributar á la Reina de las Españas el justo y debido homenaje de su respeto y lealtad; pero su satisfaccion es aun más cumplida *al ver acercarse el momento en que, con arreglo á la Constitucion del Estado, debe V. M. encargarse del gobierno de la nacion*, y dedicarse á procurar la paz y bienestar de que por tantos títulos es merecedora. Los pueblos bendecirán la mano á que deban tan señalada merced; y el nombre de V. M., emblema glorioso de libertad, *reconciliacion y ventura*, será objeto de veneracion para los españoles hasta las más remotas generaciones."

Iba envuelto en esta manifestacion el doble pensamiento que abrigaban las oposiciones: el temor de que el Regente quisiera prorogar el plazo de su poder transi-

torio, y el deseo de una ámplia amnistía, que reconciliase con la situacion los partidos que le eran hostiles.

El 18 por la noche, supo el Gobierno los graves sucesos de Barcelona, y el 20 los participó á las Córtes (no habiendo habido sesion el 19 por la festividad del dia), y anunció que el Regente iba á salir á restablecer el órden. Presentóse en el acto la siguiente proposicion:

"Pedimos al Congreso se sirva dirigir un mensaje á S. A. el Regente del reino, ofreciéndole la cooperacion del Congreso de diputados para sostener la Constitucion y las leyes en toda su pureza, en las circunstancias difíciles en que podrá hallarse el país por efecto de los graves acontecimientos de Barcelona." [1]

Puesta á discusion, el diputado Mata propuso que se agregáran estas palabras: "*dentro del círculo legal*," diciendo que consideraba necesaria la adicion de dicha cláusula, para que no quedase duda alguna acerca de lo que al Congreso se pedia, toda vez que se habia hecho costumbre gobernar á los catalanes por medio de los estados de sitio. Manifestó el general Serrano, que no era otro el espíritu de la proposicion, y se levantó Prim á combatirla.

Severísimos cargos hizo al Gobierno el jóven diputado, culpándole de todo lo que habia pasado en Barcelona desde Octubre del año anterior: censuró enérgicamente la conducta de Van-Halen, de quien dijo que no debió haber continuado en Cataluña despues de aquellos acontecimientos; que declarado aquel país en estado de sitio, aunque se levantó en seguida por temor á los clamores de la opinion, se habia seguido mandando arbitraria y despóticamente; que abandonadas las tropas por el Gobierno y privadas de sus haberes y subsistencias, se las habia autorizado para buscar recursos donde quiera que los encontrasen, abriendo la puerta á toda clase de tropelías; que se habian estado preparando combustibles para que ardieran á la menor chispa, y se veia clara la intencion de subyugar al pueblo catalan; "pero sabido es, añadia, que á los pueblos no debe mandárseles con las bayonetas, sino con las leyes y con el prestigio de las autoridades..... Para evitar los conflictos que han sobrevenido; para contener á todos en los límites de su deber; para salvar la libertad y el órden, medidas fuertes pedíamos, pero las queríamos dentro del círculo de la ley, y no lo que allí se ha hecho: ciudadanos han sido separados de sus familias, nada más que porque no piensan lo mismo que el Gobierno. ¿Hay autoridad en nadíe para obrar de esta manera?"

(1) La firmaban Serrano, Adana, Sanchez Silva, Lacorte, Lopez Pinto, Gonzalez Brabo y Matheu.

Tenia razon Prim en mucho de lo que decia; pero no era aquella la ocasion oportuna de hacer cargos y duras recriminaciones al Gobierno ni á las autoridades, que, bien ó mal, habian mandado en Cataluña: era, sí, el momento de prestar mano fuerte al supremo magistrado de la Nacion, para que rodeado de gran prestigio, venciese á todo trance la anarquía que dominaba en Barcelona, restableciendo el imperio de la ley. Esto era lo que cumplia hacer en aquellos momentos, y no ofrecer al Regente una cooperacion menguada, estéril y contraproducente; puesto que en la forma en que se le ofrecia, debilitaba en vez de robustecer su fuerza moral, tan necesaria en aquellas circunstancias, y se le ponia en el duro trance de saltar por encima del voto de las Córtes, ó de abandonar la defensa de las leyes y de la sociedad ultrajadas. Ni el Congreso, ni el Gobierno estuvieron entonces á la altura de su mision: el Congreso aprobando el mensaje, con la enmienda de Mata, dirigido al Regente, ponia en manos de este una caña irrisoria, cuando lo que necesitaba era la investidura de facultades extraordinarias, como lo exigia la gravedad de los acontecimientos. El Gobierno por su parte debió haber reclamado esas mismas facultades, y si no se le concedian, dimitir y dejar al Congreso toda la responsabilidad de las consecuencias.

La actitud de Prim en aquella ocasion se explica perfectamente por su carácter de diputado catalan, resentido y justamente airado por la torpe politica que de muy atrás se venia observando con Cataluña, contra la cual se demostraba una animadversion poco disimulada; una ojeriza de que dió pruebas el general Seoane, aquellos mismos dias, insultando en el Senado á los barceloneses y á los catalanes, juzgando blanda y contemplativa la conducta del Baron de Meer con ellos, diciendo que Cataluña no debia ser gobernada sino con el palo, calificando á su Milicia nacional de una reunion de tunos, y á la insurreccion de obra de cuatro pillos; única cosa en que decia verdad: pero si cuatro pillos eran los causantes de aquel vasto conflicto, no debia desconocerse que la poblacion en masa les habia seguido, siendo esto efecto de la fatal manía de gobernar á Cataluña con el palo. Y esto irritaba á Prim; y esto le colocaba en abierta pugna con el Gobierno, de quien otros muchos se mostraban desconfiados y adversarios con menos fundamento.

Aprobado el mensaje, y nombrada una comision para llevarlo al Regente, no disimuló este el enojo que le causaba la advertencia que se le hacia, mostrándose ofendido del proceder que con él tenia el Congreso; y en su consecuencia, convocó á los presidentes de los dos Cuerpos colegisladores, para manifestarles que deseaba

oir su consejo, en vista de la situacion embarazosa en que ponia al Gobierno la actitud de la Cámara popular. Estaban todos ofuscados, y creyendo hacer lo más conveniente, se acordó la suspension de las sesiones, aplazando para más adelante la disolucion de las Córtes. En virtud de este acuerdo, en la sesion del 22 leyó el ministro de Marina el decreto de suspension con motivo de la marcha del Regente y del presidente del Consejo á Barcelona, efectuada el dia anterior.

Aquel mismo dia partió PRIM de Madrid: habia solicitado pasaporte del Capitan general, que no quiso concedérselo, y se marchó sin él. ¿A dónde iba? Debemos recordar aquí la gran sociedad secreta que, segun dijimos en otro lugar, se habia iniciado en Paris bajo el título de *Orden militar española*. Estaban ya muy adelantados los trabajos de esta confabulacion politico-militar, cuyos individuos, entre otras obligaciones generales, contraian las de "protejerse y ampararse recíprocamente; procurarse unos á otros el posible y conveniente adelanto en su carrera; contribuir á que cada cual obtuviese las recompensas á que se hiciera acreedor; procurar á los que no pudieran continuar en el servicio activo, retiro, destino pasivo, empleo civil, ó cualquier otro medio de subsistencia ó descanso;„ en una palabra, era esto una masonería militar *de socorros mútuos*, encaminada á un fin político.

Desde que PRIM, conocido ya como hombre de accion, de no escasa inteligencia y ganoso de gloria, empezó á figurar en las filas de la oposicion, los corifeos de la *Orden* pusieron empeño en atraérselo, y dieron pasos para comprometerle. Al estallar la insurreccion de Barcelona, recibió PRIM una invitacion de parte del Consejo de Paris, suplicándole una entrevista [1]. En otras circunstancias, acaso PRIM se habria excusado; pero recibia cartas de varias clases de personas, incitándole para que fuese á Cataluña, pintándole con exagerados colores la situacion de aquel pais, y exaltando su patriotismo con la mira de lanzarle á la lucha que se preparaba, y sobreexcitada su imaginacion con los acontecimientos de Barcelona, cuyas tendencias y probabilidades de triunfo no veia claro, aceptó la invitacion, y marchó á Francia como paisano y con el nombre supuesto de *Francisco Oliveras*. Dejémosle seguir su viaje, y volvamos á Barcelona.

Mientras el general Van-Halen reunia fuerzas y esperaba órdenes de Madrid, procuraba aislar la insurreccion en el casco de la ciudad, y reducir á los sublevados guardando contemplaciones, que habian de dar deplorables resultados. Ofició á la

[1] La correspondencia del Consejo supremo de la *Orden militar* era enviada á España por conducto de la estafeta de la Embajada francesa, entregando Zea Bermudez los paquetes en la secretaría del ministerio de Negocios extranjeros en Paris.

Diputacion provincial rogándole que influyera en el restablecimiento del órden; que hiciera poner en libertad á los jefes, oficiales y tropa prisioneros, restituyéndoles las armas. "Esta será (decia) la mejor garantía del deseo de restablecer la paz, y despues un abrazo fraternal pondrá fin á tantas calamidades." Recomendaba á la misma corporacion que por bien de la humanidad contribuyese á que se permitiera la salida de Barcelona á cuantos lo deseasen, y pedia una conferencia para facilitar un feliz desenlace, pues de otro modo estaba decidido á quemar entre las llamas de la ciudad á los enemigos de la Reina, de la Constitucion y del Regente.

Nada pudo resolver por sí la Diputacion, que habiendo sido reunida por la junta de Carsy, solo podia intervenir como mediadora para desviar el golpe con que se amenazaba á la capital del Principado. Cruzáronse muchas comunicaciones oficiales, que á nada condujeron, tomando una parte muy activa en estas mediaciones el cónsul francés, Mr. de Lesseps, que, segun voz pública, obraba con instrucciones secretas de su Gobierno, y aun se creyó fundadamente que no habia sido ajeno el movimiento.

Cansado Van-Halen de esperar una avenencia imposible, ofició terminantemente á la Diputacion el 22 de Noviembre, diciéndole: que si el jueves 24 al amanecer, la ciudad no habia restablecido por sí misma el órden, romperia el fuego para conseguir su sumision.

El Cónsul francés, mostrándose ahora extraño á lo que pasaba en Barcelona, protestó enérgicamente contra el bombardeo, diciendo que necesitaba tiempo para poner en salvo los súbditos de su nacion residentes en la plaza, los cuales ascendian á tres ó cuatro mil, contando para embarcarlos con un solo buque. Rehusó Van-Halen conceder el plazo que solicitaba el Cónsul, declinando toda responsabilidad en los autores de las desgracias que pudieran ocurrir, pues él habia permitido con tiempo la salida á todo el que quisiese evacuar la ciudad.

El 24 por la mañana volvió á intimar el Capitan general á la Diputacion que iba á comenzar el bombardeo inmediatamente, si no se adoptaban medidas de sumision; pero quedó sin efecto la amenaza, porque en seguida se presentaron seis comisionados de aquella corporacion á conferenciar con Van-Halen, y á tratar de un arreglo. Súpose aquel mismo dia la salida del Regente para el campo de Barcelona, y el 26 confirmó esta noticia el mismo Capitan general, por medio de una alocucion, en la cual demostraba que no podia ser más blando y condescendiente. "Despues de doce dias de zozobra, decia; errantes por estos campos vuestras madres, herma-

nas, mujeres é hijas;... ya es tiempo de que sacudais el yugo de unos hombres á quienes nada debe Barcelona, ni la causa constitucional: uníos, pues, contra esa turba de malvados; pues solo de este modo evitareis los inmensos males que os amenazan, no siendo de otro modo posible dañar á ellos, sin causaros pérdidas muy difíciles de reparar.—Mientras he conservado la esperanza de restablecer el órden en esa capital sin causarle más desastres, á costa de mi propia reputacion como militar, he dejado de hacer uso de los sobrados medios que tengo á mi alcance para reducirla por la fuerza á la obediencia. Constantes han sido las promesas de trabajar, por todos los que decian poder hacerlo, para restablecer la calma y el órden; pero siempre han probado los hechos la falsedad de ellas.—S. A. el Regente del reino está próximo á llegar con numerosas fuerzas, y vosotros podreis conseguir la tranquilidad antes de su llegada... En vuestras manos está vuestra salvacion: ó sufrir todos los horrores de un sitio en toda regla, y el castigo que por su obstinacion merecerán los rebeldes, ó deshaceros por vosotros mismos de hombres malvados que, sin nada que perder, quieren medrar á costa de vuestra ruina...„

¿Qué autoridad militar habló nunca en estos términos á una ciudad sublevada? Barcelona debia, en efecto, avergonzarse de estar por tantos dias entregada á una pandilla de miserables; pero Barcelona tambien se habia hecho cómplice en los excesos de aquella pandilla, y eran muchos en ella los culpables.

La nacion entera reprobaba aquel movimiento extraño, tras del cual se creia ver, empujándolo, la mano de los vencidos en Octubre de 1841. Los barceloneses conocian el aislamiento en que se hallaban, y esto produjo una gran confusion en la ciudad, acriminándose unos á otros los diversos partidos que habian concurrido á la lucha armada. Los liberales sensatos, la mayoría honrada de la poblacion, contándose entre ellos gran parte de la Milicia, llegaron á formar un fuerte bando de oposicion contra la Junta popular: pero otra parte, y principalmente las *patuleas*, se declararon en su favor. Era inminente un sangriento conflicto entre ambos bandos, y estaban á punto de venir á las manos en la noche del 27, mientras deliberaba en el Salon de Ciento de las Casas Consistoriales una asamblea tumultuosa, cuando entró de repente una compañía de zapadores de la Milicia con bayoneta calada, y puso fin á la contienda, declarando el jefe que la mandaba, que la Junta quedaba disuelta por acuerdo de la Milicia nacional.

Nombróse interinamente una comision numerosa, que no llegó á funcionar, y en la cual halló medio de introducirse el intrigante Carsy, hasta que en la noche del 29

se consiguió formar otra *Junta de Gobierno*, compuesta de diez personas respetables, cuyos nombres debe consignar la Historia, porque, en circunstancias que á todos aterraban, tomaron á su cargo una mision sublime de conciliacion y de paz: fueron estos: el baron de Maldá, presidente; don Juan de Zafont, abad de San Pablo; don Salvador Arolas; don José Soler y Matas; don José Puig; don José Armenter; don José Torres y Riera; don José Llacayo; don Antonio Giberga, y don Laureano Figuerola, vocal secretario.

Cuando se nombró esta Junta, una salva de artillería acababa de anunciar desde el castillo de Monjuich la llegada del Regente al cuartel general de Esplugas, de donde se trasladó luego á Sarriá.

El primer acto de la nueva Junta fué ordenar el inmediato desarme de las patuleas, facilitando al mismo tiempo la emigracion de los más comprometidos en el alzamiento[1]. Apenas constituida, procuró ponerse en comunicacion con el Capitan general, enviando al efecto una comision para proponerle las bases de un arreglo; las cuales, presentadas de palabra, parece que se reducian á correr un velo sobre los hechos pasados, que la Milicia nacional continuara tal como estaba el dia 14 de Noviembre, y que se tuviera toda la consideracion posible con los oficiales y soldados del ejército que hubieran contribuido á aquellos hechos.

Ni estas bases, ni otras más sencillas que se formularon por escrito, fueron admitidas por Van-Halen, quien manifestó que debia llevarse inmediatamente á efecto la entrega de todas las armas entregadas á la Milicia nacional desde Octubre de 1840, y las que habian sido sacadas de los párques y tomadas de los cuerpos que capitularon; que los promovedores y directores principales de la insurreccion serian castigados con arreglo á las leyes; y que los habitantes de Barcelona, sometiéndose al Gobierno, podrian contar con su clemencia: que no se admitiria más contestacion que la ejecucion, en todas sus partes, de estas condiciones, ó la negativa en el término de 24 horas.

Juzgando desapasionadamente, á la distancia que nos encontramos de aquellos sucesos, dos graves cargos pueden dirigirse á la autoridad militar que mandaba en Barcelona: primero, el de no haber hecho uso de todo el rigor de la fuerza en los pri-

[1] Carsy encontró asilo en el *Meleagre*, buque francés puesto á disposicion del cónsul Lesseps, y á bordo del cual, so pretexto de proteccion, se hallaban detenidas desde el dia 15 las hijas del Capitan general Van-Halen, la señora de Zavala y otras, habiéndose negado el capitan de aquel buque, Mr. Gattier, á entregarlas al comandante del vapor *Isabel II*, don Eusebio Salcedo.—Despues del pronunciamiento de 1843, Mr. de Lesseps recibió del Gobierno provisional la cruz de Cárlos III, y Mr. Gattier la de comendador de Isabel la Católica.

meros dias de aquella insurreccion escandalosa, demostrando una energía con la cual indudablemente se habrian ahorrado muchos males; y segundo, el haberse mostrado duro é inexorable despues de tantas contemplaciones indebidas, y cuando todo podia arreglarse de una manera conciliadora y pacífica sin menoscabo de la ley. Debióse aprovechar la presencia del Regente para enaltecer su prestigio, empleando una templanza que estaba acorde con sus sentimientos, y que podia conciliarse con la severidad de la justicia. Pero no se hizo así; pesaba sobre España una horrible fatalidad, y se habian dispuesto las cosas de manera que pudiese decir con razon *El Journal des Debats*, órgano del Gobierno francés, gozándose en nuestras desgracias: "Si el Regente reprime el movimiento de Barcelona, se acabó su popularidad: si no lo reprime, se acabó su poder."

Tal era, en efecto, la cruel alternativa en que se hallaba el Regente; pero pudo, sin derogar de su poder, atemperando sus condiciones, y haciéndose cargo de la imposibilidad de efectuar en aquellos momentos el desarme total de la Milicia, haber entrado en Barcelona como vencedor y ser recibido con vítores y palmas.

No pudiendo la Junta resolver nada por sí, llamó á su seno á los comandantes de batallon y alcaldes de barrio para enterarles del resultado de sus gestiones, y á fin de saber si se adherian ó no á las condiciones impuestas por el General: eran demasiado duras y no se aceptaron. Resolvióse que otra vez se presentara al cuartel general la misma comision de la Junta, la cual, acompañada del señor Obispo, solicitó una audiencia del Regente que, segun se dice, le fué negada [1]. Solo pudieron hablar los comisionados al ministro de la Guerra, que insistió en las mismas condiciones manifestadas anteriormente.

La comision volvió desconsolada á Barcelona en la tarde del 1.° de Diciembre, y la Junta dió aquel mismo dia un manifiesto á los barceloneses comunicándoles todo lo ocurrido, y diciéndoles que, en el caso de que no se sometiesen á las órdenes del Gobierno, dicha Junta cesaba de hecho, porque no habia podido realizar su cometido. "Barcelona entera, concluia, está interesada, y ella debe decidir de su suerte."

Publicóse este manifiesto el 2 por la mañana; y á las doce del dia, mientras la Junta tomaba providencias para que se reuniesen la Milicia y los barrios á fin de

[1] Esto repiten casi todos los impresos que tenemos á la vista; pero en algunos se dice, que antes habia sido recibida por el Regente la comision, la cual propuso unas bases demasiado ámplias y hasta inconvenientes; pues llegaba hasta á pedir el relevo de las autoridades, y que no se permitiese á Zurbano la entrada en Barcelona. Si este paso se dió, como se cuenta, pudo ser causa de la rigidez con que luego procedió el Regente.

dar contestacion, llegó á la ciudad un parlamentario con nuevas intimaciones y amenazas terribles del Capitan general. Ya entonces la poblacion presentaba un aspecto convulsivo y frenético; reaparecieron algunos jefes de patulea, á quienes se creia ausentes; "viéronse correr de un lado para otro hombres de aspecto siniestro; notóse que en los corros peroraban con calor algunos extranjeros: unos dieron el grito de *¡ Viva Cristina !* y otros proponian enarbolar la bandera francesa en todos los baluartes de la ciudad, y esperar la llegada de doce navíos franceses que se decia estaban para llegar, y la entrada de un ejército que se suponia ya en la frontera... volvió á rasgar los aires el sonido de la campana tocando á somaten; los tambores de la Milicia iban por las calles tocando generala; volvíanse á levantar barricadas en algunos puntos; las mujeres se precipitaban en tropel á las puertas de la ciudad para huir; los alborotadores corrian á las armas, que pródigamente distribuian personas desconocidas á cuantos se presentaban á solicitarlas: gritería, confusion, desórden, clamores debidos al terror ó á la sed de rabia y de venganza, anarquía completa en todas partes, tal era el cuadro que ofrecia la industriosa Barcelona en la tarde del 2 de Diciembre [1]."

La Junta conciliadora hubo de disolverse entre los anárquicos gritos de la muchedumbre irritada: solo tres de sus miembros arrostraron hasta el postrer instante la furia de aquel mar embravecido, y antes de retirarse dirigieron al Capitan general la comunicacion siguiente:

"A esta hora de las dos de la tarde debíamos saber la contestacion definitiva de los comandantes de Milicia y Alcaldes de barrio. La fatal campana de somaten ha alarmado á la ciudad y ha impedido la reunion, huyendo la mayoría de los alcaldes y comandantes, y ni menos ha sido dable leer el oficio de V. E. Cuatro vocales, tres alcaldes y un comandante han sido los únicos que se han reunido anticipadamente. La Junta ha cesado ya, y *Barcelona está en la anarquía. Los que firman no saben si su vida durará dos minutos.* A las dos y cuarto de la tarde del 2 de Diciembre de 1842.—Juan de Zafont, Antonio Giberga, Laureano Figuerola."

Las turbas frenéticas que dominaban la ciudad quisieron eixgir del venerable Abad Zafont y de sus compañeros que les prestasen sus nombres para una resistencia loca; pero se negaron á ello con entereza, y en medio de aquella confusion se formó una Junta provisional de gobierno, compuesta de nueve hombres totalmente desconocidos en Barcelona, excepto su presidente Crispin Gabiria, que tenia por oficio ir vendien-

[1] BALAGUER. Obra citada.

do por las calles, fondas y cafés, objetos de perfumería que llevaba en una cajita. Esta Junta publicó una ridícula proclama, que terminaba con estas palabras: "Catalanes todos: valor y triunfarémos. *Honor catalan, patria y libertad.*„

La amenaza pendiente tantos dias sobre Barcelona se cumplió por fin el dia 3 de Diciembre. Al amanecer avisó Van-Halen á los cónsules que romperia el fuego dentro de seis horas, debiendo entenderse este plazo para no tirar sobre los buques del puerto, pues sobre la plaza tiraria luego que le conviniese. Divulgado este aviso, el terror y la consternacion llegaron á su colmo en la ciudad; y estando cerradas sus puertas, la muchedumbre pacífica de mujeres, ancianos y niños corria por instinto buscando su salvacion en la marina: familias enteras se dirigian al muelle ó á las playas de la mar Vieja para embarcarse; pero allí eran detenidas, insultadas y atropelladas por el populacho armado, que no dejaba pasar á nadie sin despojarle del dinero que llevaba; pues los que se decian defensores de la ciudad, no eran más que verdaderas bandas de foragidos, sin patria ni sentimientos de humanidad, solo dispuestos á aprovechar la ocasion para entregarse al robo y al saqueo.

En medio de aquel espantoso desórden, mientras por todas partes resonaba el indefinible ruido de gritos y lamentos, súplicas y maldiciones, redobles de tambores y toques de clarines, dominado todo por el contínuo martilleo del somaten, sonó la hora fatal de las once y media de la mañana, y en el mismo instante brilló en el castillo una fatídica llamarada, levantóse un globo de humo, retumbó el trueno, y la primera bomba, rodando por el aire, vino á caer y reventó con estrépito en la ciudad.

Roto el fuego, continuó sin interrupcion y con actividad aterradora, viéndose á menudo cuatro y cinco bombas á un tiempo, que rasgaban la atmósfera, llevando por do quiera la desolacion y el espanto. Las familias que no habian podido huir, se refugiaban consternadas en las iglesias, en los sótanos y almacenes abovedados; mientras por las calles circulaban algunas turbas desenfrenadas, cantando y como gozándose en aquella escena de horror y de exterminio.

"A las cinco de la tarde, dice el autor de los *Sucesos*, el fuego continuaba con viveza; eran ya muchos los edificios que ardian, entre ellos la casa del Ayuntamiento: la aproximacion de la noche contribuia á aumentar lo tétrico y lúgubre del cuadro. Muchas partidas de las *patuleyas* habian acudido á la marina, punto que ofrecia más probabilidad de ganancia: veíase alguna cuadrilla corriendo de un punto á otro para tener aseguradas las puertas de la ciudad: daba órdenes como jefe un hombre

con carabina, canana, manta, y ceñida la cabeza con un pañuelo: era un vocal de la Junta.

"En los embarcaderos del muelle no cesaba la pugna entre el dinero y las armas, el llanto y la fiereza. Un padre, seguido de su esposa y numerosos hijos, poniendo á puñados los duros en las manos de los aventureros que dominaban en el anden por el derecho de la fuerza, estorbaba el uso de las homicidas bayonetas; y la familia, tragando mil sustos de muerte, se arrojaba á la lancha; pero á veces, cuando el padre iba á reunírsele, era detenido de nuevo, se le exigia oro que no tenia, y añadíase una escena que no puede pintarse: el padre en el muelle con bayonetas y púñales apuntados al pecho, y la esposa é hijos en el bote amenazados de una descarga, enterneciendo con su llanto y alaridos á las duras piedras, antes que á los desalmados que se reian de las bombas. En toda la playa, desde la linterna al Cementerio, era más vasto el teatro en que campeaban la muerte y la desolacion. Fuertes bandadas de *patuleyas* impedian á cuchilladas la huida por mar á la multitud de familias que querian botar barcas de su propiedad, y á veces las que se arriesgaban, alcanzadas por aquellas, quedaban entre el barco y la tierra, disputando la muerte á las olas."

Habia en la Barceloneta unos sesenta soldados de caballería: un valiente, el segundo comandante supernumerario de Albuera, D. Juan García, se puso al frente de ellos, y corrió á las playas á libertar á los infelices paisanos del yugo de los *patuleas:* les cargó denodado y les obligó á huir, corriendo muchos de ellos hácia el mar, donde se arrojaron tirando los fusiles, y arrastrando en su fuga algunos grupos de familias que, viendo venir sobre sí aquella turba furiosa, se precipitaban igualmente al agua. Los milicianos que habia en la Barceloneta se unieron á la tropa, y contribuyeron á la derrota de la *patulea,* expulsándola de aquel barrio y dejando libre el paso á los que quisieran embarcarse.

Cerró la noche, y con la oscuridad se hizo más horrible el espectáculo del bombardeo. Entonces el castillo, rodeado de vapores, alumbrado por el fuego de su artillería, parecia la morada de los rayos, el infierno escalando los cielos; y con el contínuo estampido del cañon se confundian en la ciudad el frecuente fragor de las bombas que estallaban, los crujidos de las casas, los lamentos de los heridos, los ayes de los moribundos, el estruendo y el incendio.

Por la tarde, la llamada Junta de gobierno habia enviado al Capitan general un oficio en que pedia la suspension de las hostilidades, mientras consultaba al pueblo y á la Milicia para el nombramiento de otra Junta propietaria: pero en Barcelona no habia

ya Milicia ni pueblo, sino una multitud de infelices que gemian, y turbas desordenadas. Contestóse de palabra al conductor del pliego, que el fuego cesaria cuando la ciudad se sometiese.

A las diez de la noche, algunas personas, divagando por las calles, se encontraron y empezaron á concertar los medios de conjurar tanta desdicha; y mientras una comision de vecinos pasó á Sarriá para suplicar que se suspendiera el fuego, otros muchos dentro de la ciudad tomaban medidas para facilitar la entrada de las tropas. "Si lo que se hizo á las diez de la noche, dice Van-Halen en su *Diario razonado* de estos acontecimientos, lo hubiesen hecho desde el momento en que Gabiria me pedia la supension del fuego, este solo habria durado dos ó tres horas: si no sucedió así, no es culpa mia: una vez empezado, no debian dudar que no cesaria hasta conseguir la completa sumision, pues se lo habia dicho muchas veces."

Bajo la promesa de que al dia siguiente se entregaria la ciudad, cesó el bombardeo á las once y media de la noche: durante las doce horas transcurridas, habian caido sobre la ciudad 1014 proyectiles sólidos y huecos de diferentes calibres, y habian sufrido más ó menos daño 462 casas.

Durante la noche del 3 al 4 desapareció la Junta de Gabiria, no sin que antes fuese asaltada por ella ó sus allegados la caja de la Diputacion provincial, de la cual desaparecieron unos 36,000 duros [1]; y no robaron más, porque algunos milicianos acudieron y arrojaron de allí á bayonetazos aquellos foragidos. Al amanecer del 4 se reunieron los vecinos honrados que quedaban en la ciudad, ocuparon las Casas Consistoriales, las puertas de la poblacion y los fuertes, desarmaron á viva fuerza las cuadrillas de *patuleas* que todavia vagaban por las calles, y enarbolando banderas blancas en las torres de las iglesias y en las murallas, anunciaron de este modo que la plaza estaba dispuesta á rendirse. A las tres y media de la tarde entraron las tropas, hallando las calles desiertas y cerradas las puertas y tiendas: los principales culpables habian desaparecido.

Antes de terminar aquel dia se publicaron varios bandos del Capitan general, declarando la ciudad en estado de sitio, y disponiendo el desarme y disolucion de la Milicia, la entrega de todas las armas y el nombramiento de una comision militar permanente.

Otras disposiciones se dictaron en los dias sucesivos: se obligó al Ayuntamiento á facilitar mil trabajadores diarios para la reparacion de la Ciudadela, y se impuso á

[1] Segun se lee en una alocucion de Van-Halen, antes de esto se habian gastado otros 47,000 duros.

la ciudad una contribucion de doce millones, de los cuales no llegaron á cobrarse cuatro, y fueron despues condonados y devueltos.

La comision militar condenó á muerte á trece individuos de las patuleas; otros muchos en número de más de ciento fueron puestos en libertad.

El Regente, sin entrar en Barcelona, salió el 22 de Diciembre para Madrid, habiendo nombrado antes capitan general de Cataluña á Don Antonio Seoane en reemplazo de Van-Halen.

El bombardeo de Barcelona levantó un grito de indignaciòn en todos los pueblos circunvecinos que dan vista á Monjuich y en otros más distantes, siendo terrible la efervescencia en toda la costa de Levante al anochecer del dia 3. A durar el fuego algo más, Cataluña entera, que habia reprobado el alzamiento de Barcelona, se habria levantado contra Espartero, como un solo hombre.

VIII.

El coronel Prim á quien dejamos camino de Francia el dia 22 de Noviembre, llegó á Paris, donde se avistó con los principales corifeos de la *Orden militar española*. Tenia motivos para creer que aquella confabulacion político-militar no era ajena al movimiento de Barcelona, y al acudir á la invitacion que se le habia hecho, esperaba que se le darian órdenes y recursos para apoyar el movimiento, que en su sentir debia tener por lema la proclamacion inmediata de la mayoría de la Reina; pero partiendo de la base, ya aceptada por los progresistas de Madrid, de una sincera reconciliacion de los partidos, para practicar sin sacudimientos ni trastornos el régimen constitucional en toda su pureza.

Era esto una ilusion de jóven, muy disculpable cuando la abrigaban muchos hombres encanecidos en la política; y Prim, á quien por otra parte enardecia el amor á su provincia, sufrió al llegar á Paris un solemne desengaño: conferenció con Narvaez, y pudo convencerse muy pronto de que allí solo habia un foco de conspiradores intransigentes, con tendencias semi-absolutistas, y animados de un ódio implacable á los verdaderos liberales. Conoció en algunos sentimientos más nobles y conciliadores; pero vió claramente que en cuanto á medios y recursos para apoyar un alzamiento general habia entonces muy pocos, estando todo á medio hacer.

Sin detenerse más de dos dias en Paris, corrió PRIM á Perpiñan, más deseoso de contribuir á apagar el fuego que ardia en Barcelona, que de fomentarlo; y ya fuese porque se conociera su intencion, ó ya porque al Gobierno francés le conviniese dar una muestra de neutralidad en los disturbios de España, es lo cierto que, al llegar PRIM á Perpiñan, fué detenido por el Prefecto del departamento, que quiso prenderle y entregarle al procurador del Rey de aquel tribunal civil; pero se interpuso el Cónsul español, quien (segun comunicacion que dirigió al Gobierno), "mirando por el decoro del Congreso español, al que PRIM pertenecia como diputado," se opuso resueltamente á su prision, y le dió pasaporte para Tarragona.

PRIM marchó en efecto de Perpiñan el dia 3 de Diciembre, y al saberlo Rodil por conducto del Cónsul, mandó el dia 7, de órden del Regente, que se detuviese á PRIM en Tarragona ó donde se encontrara, hasta tanto que contestase al grave cargo de haberse ausentado de Madrid sin el correspondiente pasaporte, y de haberse introducido en país extranjero con nombre supuesto. El mismo dia 7 á las cinco de la mañana salia PRIM de Gerona en la diligencia, con direccion á Reus, segun parte del comandante general de aquella provincia.

En Reus permaneció PRIM oculto durante algun tiempo, hasta que, disueltas las Córtes, y habiéndose procedido á nuevas elecciones, volvió á ocupar su puesto en el Congreso.

CAPÍTULO III.

Pronunciamiento de 1843 contra el Regente.

SUMARIO.—Coalicion de la prensa y de los partidos.—Nuevas Córtes.—Ministerio Lopez: su programa y su caida.—Famosas sesiones del Congreso, (19 y 20 de Mayo).—Suspension y disolucion de las Córtes.—Pronunciamientos de Málaga, Granada, Reus y Barcelona.—Proclama PRIM la mayoridad de la Reina.—Junta suprema de Barcelona: se establece en Sabadell.—Su entrada en la ciudad, donde se hace á PRIM una recepcion entusiasta.—Propagacion del alzamiento.—Manifiestos de Espartero.—Su salida de Madrid.—Serrano y Gonzalez Brabo en Barcelona.—Narvaez y otros emigrados en Valencia.—Seoane y Zurbano.—Torrejon de Ardoz.—Embarque del Regente: su protesta.—Decretos del Gobierno provisional y otros documentos.

I.

Mucho decayó el prestigio del Regente á consecuencia del bombardeo de Barcelona, y tanto arredró á los ministros el clamoreo apasionado que contra sus actos levantaban todos los enemigos de la situacion, que no se atrevió á presentarse ante las Córtes, y cometió un nuevo error mandando disolverlas en 3 de Enero de 1843, y convocándolas nuevas para el 3 de Abril.

Fué aquella una época de errores y torpezas, de iniquidades y delirios, que, para honra de los españoles, quisiéramos poder borrar de nuestra Historia; pero los hechos son indelebles, y los extravíos de los pueblos, orígen siempre de calamidades, deben constar como ejemplos terribles y vitandos, de los cuales conviene que no aparten la vista las generaciones que se suceden.

Ya por aquel tiempo se habia formado una coalicion nefanda de los principales periódicos de todos colores y matices, no para defenderse de las arbitrariedades del poder, que esto habria sido legítimo, sino para combatirle y derrocarlo juntos, empleando al efecto las más reprobables armas. La inició *El Heraldo* capciosamente, y acogió la idea y la proclamó *El Eco del Comercio*, cayendo torpemente en la red ten-

dida á su fogosidad por el hábil periódico moderado. Fué el pretexto la tiranía que supusieron trataba de ejercer el Gobierno contra la imprenta, pensando acaso que la merecia, pues nunca fué mayor la libertad de los escritores, ni el desenfreno con que abusaban del precioso don de la inteligencia en la emision del pensamiento escrito. Parodiando á los periodistas franceses, que se aunaron en 1830 contra la arbitrariedad de las Ordenanzas de Julio, reuniéronse en la redaccion de *El Eco* los representantes de doce periódicos, y acordaron publicar un manifiesto titulado, *Declaracion de la prensa independiente,* que firmaban los redactores de *El Eco del comercio, El Heraldo, El Peninsular, El Castellano, La Posdata, El Trono, El Católico, El Corresponsal, La Guindilla, El Español independiente, La Revista de Madrid*, y *la Revista de España y del Extranjero.* A estos se unieron luego otros muchos, tanto de Madrid como de las provincias, formando entre todos aquella coalicion abigarrada y repugnante, en que entraban desde el más furioso republicano, hasta el más intolerante absolutista [1].

La prensa coaligada recurrió, entre otros medios, á la difamacion y á la calumnia, concitando los ánimos contra el Regente, y extraviando la opinion de tal manera, que en breve tiempo la generalidad de los españoles quedó poseida de un vértigo de insensatez y de injusticia.

Los periódicos ministeriales, con su imprudente celo, daban armas á la oposicion. "Esos motines, decia *El Espectador*, que pueden triunfar de la fuerza de una débil mujer, dirigida por consejeros torpes ó pérfidos, serán siempre reprimidos por la enerjía del hombre, que ha consagrado su larga carrera pública á la felicidad y ventura de su patria.„ Otros, como *La Iberia*, enzalsaban al Regente diciendo que á su espada vencedora era debida la rendicion de Barcelona, y pedian sangre, y excitaban á la venganza.

La disolucion de las Córtes fué mal recibida por los amigos y los enemigos del Gobierno; y la lucha electoral, mal traida en aquellos momentos de perturbacion moral, solo sirvió para ahondar las divisiones que destrozaban á los progresistas, preparando el triunfo de los moderados, que redoblaron sus esfuerzos para precipitar la caida del Regente, valiéndose para ello de la imprevision de sus ardorosos contrarios.

Graves faltas habia cometido el ministerio Rodil, debidas principalmente á las cir-

[1] Debe hacerse honrosa escepcion de *El Huracan*, periódico republicano, que á pesar de lo violento de sus escritos contra, Espartero, se opuso fuertemente á la coalicion, y al pronunciamiento de 1843, pronosticando sus consecuencias.

cunstancias creadas por los caudillos de la oposicion progresista; y mientras estos no podian avenirse entre sí, los directores del bando moderado procuraban alejarlos más y más del Gobierno, aislando á la fraccion que le apoyaba, á la cual empezó á llamarse *Ayacucha*, como queriendo denigrarla; y aclamando principios que estaban léjos de su pensamiento, hacian protestas de liberalismo, y enarbolaban la bandera de conciliacion, para atraerse aquellas mismas oposiciones. La comision central de elecciones del partido moderado [1], dió á luz un manifiesto programa, en el cual proclamaba: "la Constitucion de 1837, franca y religiosamente observada; firme resistencia á toda infraccion y á toda modificacion de este código, para que no se privase á los espñoles del derecho que habian adquirido de ver reinar á la augusta é inocente Isabel II á la edad de 14 años; é independencia nacional, repeliendo todo influjo extranjero.

Los desidentes progresistas; los que desde el principio de la Regencia negaron su apoyo al Duque de la Victoria, y con sus contínuos desaciertos habian creado aquella situacion lastimosa; los que hacian cruda guerra á los ministros de sus mismas opiniones, y solo para combatirles se aliaban momentáneamente entre sí, acogieron con aplauso la bandera de conciliacion levantada por sus naturales enemigos, y no hallaron inconveniente en confundirse con ellos. Pero, ¿qué mucho, si la reconciliacion de los partidos era la mayor necesidad y el supremo interés de la patria? El mismo Regente, con la sinceridad y buena fe que siempre fueron las prendas distintivas de su carácter personal, parecia proclamar aquel principio, cuando en un manifiesto dirigido á los españoles, con motivo de las elecciones, y firmado por todos los ministros, decia:

"No pretendo yo, ni de ningun modo me corresponde señalaros la clase, la opinion, el partido á que hayais de acudir para acertar. No, españoles; todos los partidos, todas las opiniones, todas las miras que se comprendan en los límites de la Constitucion, pueden ser útiles al servicio del Estado; en todos se hallan personas de saber, de servicios y de virtudes que merecen este honor, y en quienes podeis depositar debidamente vuestra confianza.„

Grandes ilusiones demostraba el Regente en aquel manifiesto, si creia en la posibilidad de la concordia, y en la concurrencia de todos los partidos á la consolidacion de las instituciones liberales, y al engrandecimiento de la patria; pero no podia ig-

[1] Compuesta de los señores Marqués de Casa-Irujo, Istúriz, Riva Herrera, Pidal, Alvarez Pestaña, Olivan, Carrasco, Rios Rosas, y Sartorius.

norar, ni lo ignoraban sus consejeros, que bajo la bandera de conciliacion, se agitaba la tea de la discordia; pues en aquel mismo documento, increpando á los enemigos de las instituciones, añadia: "Tramas, conspiraciones, amenazas, denuestos, injurias, calumnias, improperios, todo lo apuran para desautorizarme con vosotros y con la Europa, para desviarme de mi noble propósito, y si fuera posible para intimidarme.„ Y como para responder á una de las calumnias de que era objeto, concluia diciendo: "Así, cuando llegue la época que prescribe la ley, en que nuestra Reina Isabel, sentada en el trono de sus mayores, tome en sus juveniles manos las riendas del Gobierno, vosotros le entregareis un reino tranquilo dentro, respetado fuera, defendido por vuestro valor, regado con vuestra sangre, constituido y ordenado por vuestra sabiduría; y nada habrá quedado por hacer á vuestro patriotismo, nada á vuestra lealtad [1].„

A pesar de las francas y leales manifestaciones del Gobierno, la opinion del pais se le manifestó contraria en las elecciones; y antes de reunirse las Córtes, quiso dimitir el Ministerio; pero hubo de resignarse á permanecer en su puesto hasta la apertura de aquellas, que se efectuó el dia prefijado, 3 de Abril, pronunciando el Regente un dircurso breve, pero no tan explícito como lo requerian aquellas circunstancias.

En el Congreso reunia la fraccion ministerial sesenta diputados, cuarenta la de Lopez, treinta y seis la de Olózaga, y unos catorce la de los moderados. Era, pues, un Congreso progresista el que se presentaba en su mayoría hostil al gobierno del Regente, y el que habia de preparar la ruidosa caida de Espartero y el triunfo de los moderados.

Desacordes las dos fracciones de Olózaga y Lopez, trataron de concertarse para la eleccion de presidente del Congreso, y no pudieron avenirse. Indicado para aquel puesto D. Manuel Cortina, que lo rehusaba, fué elegido por considerable mayoría, dándole sus votos los ministeriales, que le consideraban más aceptable que ningun otro, en el concepto de que su eleccion significaba que debia reemplazar al ministerio Rodil, cuya retirada estaba ya decidida.

La eleccion de Cortina produjo una tempestad entre los diputados de oposicion,

[1] Antes de esto decia: «Cien veces lo he dicho y jurado; y otras ciento lo repetiré y juraré: conservar, consolidar la libertad política y civil de nuestra patria, mantener ilesos el trono Constitucional de Isabel II, y *deponer á sus piés la autoridad que ejerzo en su nombre, en el punto mismo que lo dispone la ley fundamental*, tales son mis deberes. Claros, precisos, determinados, no necesitan de explicacion ni de interpretaciones; menos para mí que para nadie, y estad seguros de que los llenaré.»

algunos de los cuales, gritando en el salon de Conferencias y en los pasillos, decian que aquello era una infamia; que los olozaguistas habian hecho alianza con los ministeriales para derrotar á Lopez; y Olózaga, encarándose con Cortina, que habia estado ausente durante la votacion, le dijo con enojo que habia sido nombrado presidente por los votos de los *ayacuchos*, y que no era aquello lo que habian convenido las oposiciones; á lo cual tuvo que contestar Cortina con dignidad, que él no habia contraido compromiso alguno, ni solicitado los votos de nadie, y que obraria como lo tuviese conveniente.

Sentado el principio de que la eleccion de presidente representaba la mayoría política de la Cámara, é insistiendo el Ministerio en retirarse, llamó el Regente á Cortina y al presidente del senado, Gomez Becerra, para manifestarles la situacion en que se encontraba, y encargar al primero la formacion de un ministerio. Cortina dijo, y tenia razon, que como presidente del Congreso, no se consideraba en el caso de aceptar aquel encargo; que, en su concepto, debia esperarse á que se acentuara más la opinion de la verdadera mayoría parlamentaria, lo cual sucederia durante la discusion de la respuesta al discurso de la Corona, y que si en ella resultase derrotado el Gobierno, entonces, sí, estaria pronto á ocupar el puesto que la marcha de la política le señalase: manifestó además, que el modo como habia sido elevado á la presidencia era un obstáculo invencible para que él se considerase representante de la mayoría; y aunque Espartero reconoció el peso de estas razones, viéndose acosado por los ministros, que deseaban retirarse, insistió en su propósito, y Cortina en su negativa.

Entonces llamó el Regente á Olózaga, y por tercera vez se repitieron las escenas de las crísis anteriores, menudeando las conferencias, los cabildeos y negociaciones, y dejando entre todos á Espartero en la soledad de su patriotismo, y en la desesperacion de la impotencia. Olózaga se mostró esta vez deseoso de formar ministerio; pero queria que entrase en la combinacion Cortina, rompiendo con la fraccion Lopez, á lo cual se negó aquel distinguido patricio: pensó luego en un gabinete compuesto de representantes de todas las fracciones progresistas; y consultada la idea con Lopez, rechazó este á los ministeriales, y aun al mismo Olózaga; quien, conociendo que no podria realizar su cometido, reiteró sus instancias á Cortina y otros, pidiéndoles una contestacion definitiva, y negándose todos á ser ministros, resignó el cargo.

No quedaba otro recurso al Regente que acudir á Lopez, cuya fraccion distaba

mucho de representar la mayoría del Congreso; pero tenia gran peso en las deliberaciones, y era de todos temida. Presentóse Lopez á Espartero, resuelto á no admitir proposicion alguna; pero quebrantó fácilmente su resistencia la sinceridad y nobleza de sentimientos de aquel hombre ilustre, á quien apenas conocia. "Me sorprendí agradablemente, dice el mismo Lopez, al encontrar al soldado en la franqueza, y al hijo del pueblo en el ardiente deseo por la felicidad comun. Nuestra conferencia no fué larga; mas en ella, su candor destruyó todas mis prevenciones, conociendo que solo faltaba á aquella voluntad firme un hombre que la secundase, y á aquel corazon sin hiél un guia que le preservara de la intriga cortesana, que tan fácilmente podia abusar de la credulidad ciega adquirida en los campamentos [1]."

No era tan ciega la credulidad de Espartero; ni era Lopez, hombre de grandes ilusiones, el más á propósito para secundar aquella voluntad firme, y servir de guia á aquel corazon sin hiél: lo era tanto ménos, cuanto que, segun él mismo, entraba en el poder bajo la prevencion de que "su nombramiento fué una precision, una exigencia de las circunstancias, más bien que una espontaneidad." No sin fundamento creia Lopez que se le llamaba, no pudiendo pasar por otro punto, despues que los representantes de las fracciones más circunspectas y templadas se negaron ó no pudieron realizar la formacion de un gabinete; pero suponia en el Regente marcada repugnancia y antipatías difíciles de vencer hácia los hombres de sus ideas; por lo cual desconfiaba de que pudiera subsistir el mejor acuerdo con ellos, mayormente, decia, "*conservando la ocasion y el prestigio otras personas interesadas en alimentar la desconfianza y producir el rompimiento* [2]."

Injustas eran estas prevenciones por lo tocante á Espartero, que si bien prefiria ver en el gobierno á los hombres de ideas templadas, cedia en esto únicamente al buen deseo de conciliar todos los extremos, y á la consideracion de que aquellos hombres representaban la mayoría parlamentaria. Si surgió luego la desconfianza, motivos poderosos hubo para ello, y pronto veremos por parte de quien fué provocado el rompimiento.

No sin oponer bastante resistencia, se encargó al fin Lopez de formar el ministerio; y ya fuese por patriotismo ó por consideraciones políticas, hizo esfuerzos para

[1] *Exposicion razonada de los principales sucesos políticos... durante el ministerio de 9 de Mayo de 1843, etc.*, por D. Joaquin María Lopez.

[2] *Id. id.*

que entrasen en él Olózaga y Cortina, que se negaron, aunque ofreció á uno y otro la presidencia del Gabinete. Constituyóse este entonces, dando la cartera de Estado á D. Manuel María Aguilar, la de Hacienda á D. Mateo Miguel Ayllon, la de Gobernacion á D. Fermin Caballero, la de Guerra al general D. Francisco Serrano, y la de Marina á D. Joaquin de Frias, y reservándose D. Joaquin María Lopez la de Gracia y Justicia con la presidencia.

Todas estas personas eran dignísimas y de mucho valor; pero no dejó de causar extrañeza, y así lo manifestó á Lopez el Regente, que de seis ministros, solo tres reuniesen las circunstancias parlamentarias que con tanto empeño se habian querido exigir antes; pero manifestó Lopez que ningun artículo de la Constitucion se oponía á que los ministros fuesen elegidos fuera de los Cuerpos colegisladores, y que los propuestos merecian la aprobacion de los diputados más importantes. Descartada así toda responsabilidad, aceptó Espartero la combinacion, y el ministerio Lopez quedó nombrado el 9 de Mayo.

II.

Los que, ocultos en la sombra, preparaban los grandes trastornos, para los cuales debian servirles de instrumentos eficacísimos los bulliciosos y mal avenidos progresistas, vieron con júbilo el advenimiento del ministerio Lopez; y aunque no parece creible que este fuese á sabiendas cómplice de los cristinos, debemos consignar aquí un hecho muy significativo, que se encuentra referido en la *Historia de Espartero*.

"Algunos meses antes de constituirse el ministerio Lopez, dice el autor de la citada historia, recibió el jefe político de Madrid, D. Alfonso Escalante, carta de una persona caracterizada y fidedigna, que residia á sazon en la capital de Francia, segun la cual, habíase acordado allí entre los principales corifeos emigrados del bando retrógrado que concurrian al palacio de Courcelles, adoptar otro rumbo diverso del de Octubre, para conseguir en España el mismo fin que entonces se intentó con tan mal éxito.—Los nuevos medios, entre otros, consistian en promover la division más profunda en el partido progresista, procurando ganar á algunos de sus jefes con presentarles el negocio bajo cierto aspecto generoso y liberal. Como parte principal de este plan, entraba en los designios de los conjurados del Sena D. Joaquin

María Lopez. Era este el instrumento de que, segun la noticia de Paris, pensaban valerse los moderados para destruir la regencia de Espartero. Al efecto, decíase en la carta, que salian ya dos comisionados de Paris para avistarse y entablar negociaciones por medios indirectos con Lopez; y que tambien se libraban grandes sumas de dinero para tantear por otros todos los resortes posibles.—La fé que merecia el sujeto que daba la noticia, la armonía en que estaba esta con las comunicaciones que de Paris tambien habia recibido el Gobierno, y el afecto sincero que profesaba Escalante á Lopez, con otras consideraciones de interés público, decidiéronle al fin á darle aviso, participándole cuanto ocurria, en una entrevista que tuvieron. Manifestóse Lopez altamente reconocido á este paso noble y amistoso del D. Alfonso, mostrándole por ello el agradecimiento más expresivo y extremo, y convinieron allí mismo los dos en el modo sencillo de prevenir el mal, dándose mútuos avisos de cuanto ocurriera en lo sucesivo. No transcurrieron muchos dias sin que el D. Joaquin buscase, todo azorado, á Escalante, para noticiarle que, en efecto, se le habian presentado ya los dos comisionados que en la carta de Paris se anunciaban, buscándole como abogado, si bien no tardaron en declararle en parte su intento, queriéndole fascinar con las palabras de union de todos los buenos españoles y otras por el estilo; que su nombre iba á ser bendecido y ensalzado en España y en Europa; que habian de erigírsele estátuas, y otras cosas que probaban bien cuánto conocian la desmedida é indiscreta ambicion de popularidad que dominaba á este célebre tribuno...—Dijo Lopez que habia rechazado las sugestiones de los comisionados, y aun á ellos mismos, con la mayor indignacion. Hizo más, empeñose en que habia de publícar tan negra seduccion en el Congreso aquella misma mañana. Opúsose Escalante á este paso, que calificó de imprudente; pero no pudo evitar que el D. Joaquin soltara algunas indicaciones rebozadas en el discurso que pronunció aquel dia: y aun lo hubiera publicado todo, sin las reiteradas instancias del mismo Escalante y de algunos otros diputados amigos, que le suplicaban el silencio. De todo esto, dióse por el Jefe político cuenta circunstanciada al ministro de la Gobernacion.—Despues de esto (añade el mismo autor) no sabemos á quién admirar más, si á Lopez fiándose de los moderados, ó á los progresistas que tal sabian (que no eran pocos), fiándose de los moderados y de Lopez. [1]„

No creemos en la complicidad intencionada de Lopez con los moderados para derribar á Espartero; pero sí que á este fin les sirvió admirablemente.

[1] Florez. Obra citada.

En la sesion del 11 de Mayo, explanó Lopez su programa de gobierno, cuyas bases, convenidas antes y aprobadas por el Regente, se reducian á observar religiosamente los principios y prácticas constitucionales, y á desarrollar el gérmen de bienestar contenido en los mismos principios. Para conseguir estos objetos, se proponia constituir una administracion paternal sin exclusivismo ni predilecciones de ninguna clase; procurar la reconciliacion de todos los ciudadanos; llevar á las Córtes la amnistía más lata respecto á los delitos políticos posteriores á la terminacion de la guerra civil, sin distincion de partidos; respetar la prerogativa electoral; condenar los estados de sitio y toda medida excepcional; observar la ley de imprenta; y por otra parte, trabajar con eficacia para la nivelacion (nunca conseguida) de los ingresos y gastos; fomentar el crédito; facilitar la venta de los bienes nacionales; pagar con exacta proporcion á las existencias á todos los acreedores; presentar los proyectos de leyes orgánicas para completar la obra constitucional; activar la conclusion de los códigos, y consolidar y aumentar las relaciones amistosas con otras naciones, consultando siempre el interés y la dignidad de la española.

Con aplauso y entusiasmo general fué acojido este programa, que si bien no pasaba de ser uno de tantos, respondia á la necesidad siempre sentida en nuestro país de concordia y buen gobierno. Al presentarlo en el Congreso, dijo Lopez: "Se levanta, Señores, una nueva bandera; bandera de justicia, bandera de union, bandera de reformas; bandera en que está escrito el nombre de la patria, el nombre del pueblo, á cuya dicha debemos consagrarnos; y al rededor de esta bandera se agruparán los representantes de ese mismo pueblo, y se agruparán los españoles todos para levantar esta nacion á la alta importancia de que gozó algun dia, y hacerla figurar con esplendor y lustre entre las naciones más libres y felices."

No estaba reservada á España tanta dicha; no podia alcanzarla por culpa de todos, y principalmente de los que en política se dejan arrastrar por las ilusiones, y pretenden conducir la sociedad por los derroteros que señala el arrebatado vuelo de su fantasía.

Una de las grandes ilusiones de aquellos momentos era la de la reconciliacion de los partidos; ilusion inconcebible en los progresistas que, como hemos repetido, estaban hondamente fraccionados, y no podian entenderse entre sí. El primer acto del ministerio Lopez fué la presentacion á las Córtes del proyecto de ley de amnistía, que produjo gran entusiasmo en los diputados, en las tribunas, y despues en el país: era aquel un acto sumamente generoso, pero inoportuno; y aun cuando la

opinion pública lo recibiese con aplauso, tenian razon sobrada los que solo vieron en él un gran favor hecho á los promovedores de la rebelion de Octubre de 1841, que seguramente no habian de agradecerlo, y antes bien estaban dispuestos á devorar la mano que se les tendia. "Semejante proyecto, dijo entonces un escritor, es á todas luces un paso gigantesto hácia la reaccion intentada en Octubre. Esto es decirle á Espartero: *Trae á tus enemigos para que te asesinen.* La amnistía es para España un terrible augurio de inmensos trastornos; porque, en su espíritu y letra, se dice á la nacion: *Abre las puertas, tiende los brazos á los que desean destruir tus sacrosantas leyes.*„

Seguramente, convenia atraer al seno de la patria la multitud de hombres ilustres que estaban en la emigracion, por efecto de las discordias políticas, ó por su propia voluntad: pero era menester que antes aquellos hombres se hallasen preparados á reconocer la generosidad de sus adversarios.

Tras de la cuestion de amnistía, sobrevino la remocion de muchos funcionarios públicos decididamente adictos á la causa de la libertad y á la persona del Regente, y se adoptaron otras disposiciones que probaban, cuando menos, una gran inconsecuencia entre los actos y las ideas antes proclamadas por Lopez. Las prevenciones que tenia este, respecto de algunas personas, fueron sin duda la causa de que se empeñase en exonerar de sus cargos á los generales Zurbano y Linaje, separando al primero de la Comandancia general de la provincia de Gerona, y al segundo de las Inspecciones de Infantería y de Milicias.

Nada hubiera tenido de particular que á Linaje se le separase de una de las dos inspecciones, á lo cual es de presumir que no se hubiese opuesto el Regente; pero esta separacion, como la de Zurbano, se presentaban unidas á otras, como actos de hostilidad al mismo Espartero; el cual, no movido por afecciones personales, segun se ha creido, sino por un sentimiento de justicia y de propio decoro, unido á otras razones poderosas, se opuso resueltamente á firmar los decretos que le proponian sus ministros, mientras no le diesen alguna razon justificativa en que apoyar la separacion de aquellos generales. Obstináronse por el contrario los ministros en su tenaz empeño, hasta el punto de hacerlo cuestion de gabinete; y en efecto, el 17 de Mayo presentaron al Regente su dimision en estos términos alarmantes:

"Alteza serenísima: Cuando los infrascritos tuvieron la honra de encargarse de la direccion de los negocios, pusieron la necesaria y única condicion de gobernar constitucionalmente; esto es, con toda la libertad inherente á la exclusiva respon-

sabilidad de ministros de la Corona: creyeron tambien, que su nombramiento iba acompañado de la ilimitada confianza del jefe del Estado, sin lo cual, la delicadeza y el deber les habrian impedido aceptar tan espinosos cargos. Habiendo visto en el consejo tenido ayer noche bajo la presidencia de V. A., que no pueden realizar tan saludables principios, se creen en la obligacion de resignar sus puestos en manos de V. A., confiados en que será admitida una dimision que se funda en las condiciones esenciales del gobierno representativo.„

Los grandes hombres descienden muchas veces al nivel de los niños. "Todo el fundamento de esta dimision, dice oportunamente un escritor [1], cae por su base al recordar que la causa era la exoneracion de un general (Linaje), que ni habia dado el menor motivo de queja, ni era hostil al Gabinete, y á la que se opuso con justicia el Regente, que no podia autorizar una caprichosa arbitrariedad, con lo cual no amenguaba las atribuciones constitucionales, ni la justa libertad de sus ministros.„

El Regente no admitió la dimision de los ministros; y al dia siguiente se le presentó el de la Gobernacion con muchos decretos de exoneraciones, entre ellas las de Zurbano y Linaje. Preguntó de nuevo Espartero en qué se fundaban, y no habiendo obtenido contestacion del Ministro, le dijo incomodado:—"Usted no me contesta: pues bien, yo le diré de dónde viene ese encarnizamiento contra dos generales tan beneméritos: aquí está la razon.„ Y le presentó dos números de *El Heraldo*, en uno de los cuales se daba cuenta circunstanciada de todo lo ocurrido en el Consejo de ministros, que presidió el Regente, y en el otro se atribuian las exigencias del ministerio Lopez á compromisos con el partido moderado.

Despues de esta escena, el rompimiento era inevitable; y tan cansado estaba Espartero del proceder de los hombres que se decian ardientes patriotas, y de navegar en aquel mar de intrigas y miserias, que por un momento estuvo decidido á presentarse á las Córtes y hacer dejacion de la Regencia: no lo hizo por atender á consideraciones de alto interés público, que le fueron expuestas por multitud de personas; pero más valiera que, á despecho de todos, hubiese llevado á cabo su resolucion, desarmando así de una vez á sus encarnizados detractores, que le llamaban el nuevo Cromwell, y despejando una situacion erizada de peligros, que muy en breve habia de atraer una tempestad sobre su cabeza y gravísimos trastornos sobre el país.

[1] PIRALA. Obra citada.

III.

Admitida la dimision del ministerio Lopez, y no pudiendo contar el Regente con las eminencias del Congreso, en la mañana del 19 de Mayo llamó al presidente del Senado, D. Alvaro Gomez Becerra, y le encargó la formacion de un nuevo gabinete, rogándole que aceptara la presidencia del Consejo. Aquella misma mañana quedó constituido el Ministerio, entrando en Hacienda Mendizábal, en Gobernacion D. Pedro Gomez de la Serna, en Guerra D. Isidro de Hoyos, y en Marina con la interinidad de Estado D. Olegario de los Cuetos.

Antes de saberse este nombramiento, habiendo circulado la noticia de la crísis, y creyéndose que la motivaba el proyecto de amnistia, presentóse en el Congreso una proposicion firmada por 76 diputados, y redactada por D. Salustiano de Olózaga, que decia así:

"Pedimos al Congreso se sirva dirigir á S. A. el Regente del Reino un mensaje, en el que respetuosamente se le manifieste la cordial satisfaccion con que el Congreso ha recibido el proyecto de ley de amnistía, y la esperanza segura que con este motivo cree deber manifestar á S. A., de verle rigiendo los destinos de España hasta el 10 de Octubre de 1844, segun el bien del país exige y conforme en un todo á las condiciones esenciales de un gobierno parlamentario."

Esta intencionada proposicion fué apoyada con gran elocuencia por su primer firmante, que si bien demostró una vez más sus excelentes dotes de orador, probó tambien que el más claro entendimiento puede ser completamente ciego, cuando le ofuscan las ilusiones ó la pasion política. Pero todos estaban ofuscados; todos estaban ciegos; y aquella proposicion, que era un insulto y una consagracion de las calumnias inventadas por la malevolencia contra el mejor de los españoles, fué tomada en consideracion por unanimidad, menos un voto, el de D. Juan Prim, que más obcecado que todos, consideró el mensaje demasiado templado; y fiel intérprete de los sentimientos generales, por más que fuesen extraviados, deseaba que se expresase con energía la reprobacion de la conducta del Regente en sostener á Linaje, anteponiendo las afecciones personales á los altos intereses de la patria.

Votada la proposicion, se acordó que sirviese de mensaje, y se nombró una co-

mision presidida por Olózaga; la cual, sin prévio aviso, se presentó al Regente, hallándole en traje de casa, y faltando así, no solo á las consideraciones debidas á una persona colocada en tan alto puesto y á las prescripciones parlamentarias, sino á las más triviales reglas de urbanidad y cortesía.

Todos obraban con precipitacion en aquellos aciagos momentos: aun estaba reunido el Congreso, cuando se presentó en él un ayudante del Duque de la Victoria, y llamando fuera del salon á su presidente, le entregó una comunicacion de Gomez Becerra, participándole que habia sido nombrado presidente del Consejo, y rogándole que suspendiese las sesiones durante los dias necesarios para la organizacion del nuevo ministerio. Fué prudente Cortina en no consentir que se diese lectura de aquella comunicacion, que habria producido un escándalo por el modo irregular como le habia sido dirigida: dejó pasar las horas de reglamento, y levantó la sesion.

Al dia siguiente sabíase ya el nombramiento de los nuevos ministros, y en el acto de comenzar la sesion en el Congreso, estaban las tribunas llenas de gente y se notaba grande agitacion en el hemiciclo: apenas entró el general Hoyos, dirigiéndose al banco de los ministros, oyéronse los gritos de: "¡Fuera, fuera! Aquí hay un hombre que no debe estar en ese sitio;„ y Hoyos tuvo que salir, porque aun no se habia leido el decreto de su nombramiento. Manifestó el Presidente, que los decretos estaban sobre la mesa y se iban á leer, y tuvo entonces que referir lo que habia pasado el dia anterior, y las razones que habia tenido para no dar cuenta del oficio que recibió, y de la contestacion que habia dado, de que no estaba en sus facultades alzar la sesion, ni tampoco suspenderla mientras no se le comunicase en debida forma la renuncia de los ministros anteriores, y el nombramiento de los nuevos. Estas explicaciones fueron acogidas con aplausos y vivas muestras de aprobacion.

Creyó el señor Becerra que le correspondia hacer uso de la palabra despues del Presidente; pero fué concedida al señor Olózaga, que la reclamó diciendo, que su objeto era el de proponer que se aprobase la conducta de dicho Presidente; pero al hacerlo, halló medio de pronunciar un breve y famoso discurso, que fué como una tea incendiaria arrojada en medio de los hacinados combustibles políticos. "Creo que no debe dudarse de la aprobacion de la conducta del señor Presidente, dijo, cuando consideramos la lijereza sin ejemplo de un oficio de tanta gravedad, comunicado antes de saber la admision de la honrosa dimision de un ministerio, y el nombra-

miento de otro: no quiero ver en esto lo que otros verian, porque quiero desprenderme enteramente de la suspicacia, y no quiero pensar que de intento se falta á las formas constitucionales: lo atribuyo á la turbacion de los ánimos que dirigian ayer los consejos en altas regiones. Y, ¡ay del que se entrega en manos de ánimos turbados y de consejeros trémulos! como lo ha dicho oportunamente un periódico. Y, ¡ay tambien del Regente, que se acoja á semejantes consejos! ¡Dios salve al pais y á la Reina! *(Muestras de profunda sensacion. Aplausos generales.)*—Deseo que los consejos de los nuevos ministros sean prudentes y encaminados á la reconciliacion; pero, señores, un estorbo se ha puesto entre el Regente y el país, y ese estorbo es un hombre, cuya conservacion ha sido causa de la caida de los pasados ministros. Escoja el Regente entre ese hombre y la nacion entera. *(Estrepitosos aplausos)*... Aun cuando se hubiera comunicado la dimision de los pasados ministros y el nombramiento de los actuales, ¿podria el señor Presidente levantar la sesion ayer? No: y por fortuna no lo hizo, ni lo hubiera hecho aunque pudiera; porque no es permitido impedir que en circunstancias críticas se oiga la voz unísona, enérgica, omnipotente del Congreso: ¡porque lo es! *(Gritos en las tribunas.*—¡Y lo será! ¡y lo será?)„

Continuando Olózaga su discurso, habló de peligros de golpes de Estado, de influencias secretas, de medidas que podian adoptarse dentro de la Constitucion y contra su espíritu. "Dentro de la Constitucion, dijo, se puede perder al país: dentro de la Constitucion, se puede entregar la nacion al extranjero;„ y concluyó con estas palabras: "El Congreso se elevó ayer á más altura que asamblea ninguna..... Cualquiera que sea nuestra suerte pública ó privada, nos separaremos tranquilos, y donde quiera que pasemos con nuestra frente erguida, dirán: "Ahí vá un representante celoso, enérgico y digno de ser enviado cien veces á representar la nacion.„ ¡Dios salve al país: Dios salve á la Reina!„

Siguió á este inconveniente discurso un espantoso tumulto; pues aunque algunos otros oradores quisieron hablar, no se les oia: todo era confusion, voces, desórden y gritería en las tribunas; mas á pesar de aquella agitacion, el presidente del Consejo, con inperturbable serenidad, consiguió hacerse oir, y leyó el decreto de suspension de las sesiones hasta el 27 de Mayo. Creció entonces el desórden de una manera indescriptible, y se levantó la sesion en medio de grandes voces de: *¡Fuera los ayacuchos!* y otras, que daban al Congreso un aspecto verdaderamente escandaloso.

"Al salir á la calle los ministros (dice Galiano), fueron blanco de enormes insultos, de palabra y aun de obra. Pero este motin, no menos escandaloso que otros de su clase, tenia de singular no estar compuesto solo de la gente que dirige semejantes tumultos ó que en ellos se mezcla; pues, al contrario, entraban en él no pocas personas de diferente clase y aspecto, varias de ellas bien portadas y vestidas, y cuya vituperable accion desdecia de su traje y modos; siendo evidente que no pocos moderados seguian ahora el ejemplo, dado en casos anteriores por sus adversarios, de hollar las leyes quebrantando la paz pública, no sin olvido de sus doctrinas, ni sin mengua de su decoro [1]."

Atravesando aquel motin llegó el anciano presidente del Consejo al Senado, que presentaba por cierto un singular contraste con el Congreso: allí no habia tumulto: no habia excitaciones á la rebelion, no se atropellaba el principio de autoridad juntamente con la dignidad de la representacion nacional: allí se votaba tranquilamente un mensaje respetuoso al Regente, ofreciéndole el apoyo de la alta Cámara; y para llevar este mensaje se propuso que fuera todo el Senado con su presidente á la cabeza, pensando que, si solo se enviaba una comision, pudiera esta ser insultada en el tránsito por la muchedumbre amotinada; pero no hubo necesidad de acceder á lo propuesto, y la comision cumplió su encargo sin que nadie le faltase al respeto. A su vuelta, se leyó el decreto de suspension, y se retiraron los senadores tranquilos, con la satisfaccion de haber cumplido lealmente su deber.

IV.

La sesion del 20 de Mayo en el Congreso fué el grito de alarma para el pronunciamiento de 1843. La prensa coligada se desencadenó furiosa contra el nuevo Ministerio, y tomando por lema las palabras de Olózaga, que no eran suyas [2], encabezaban los periódicos sus números con este lema: "*Union de todos los españoles.—Guerra abierta y sin trégua á los anglo-ayacuchos.—¡Dios salve al pais y á la Reina!*" Y los republicanos decian: "*¡Sálvese el pueblo soberano!*" La lectura de los periódicos

[1] *Historia de España* citada.

[2] Las pronunció el primero Mirabeau: las repitió otro francés en 1830, cuando se dieron las Ordenanzas de Julio; y acababa de escribirlas *El Corresponsal*, que era el periódico á que aludió el mismo Olózaga.

de aquel tiempo contrista el ánimo ; porque no habia falsedad ni calúmnia que no fuese inventada, acogida ó comentada por ellos, pintando con las más negras tintas las intenciones que se suponian en el Gobierno; diciendo que estaba vendido á los ingleses, que trataba de entregarles las islas Filipinas y tal vez las Antillas por un puñado de oro; que se proponia declarar puertos francos los de Alicante, Cádiz y la Coruña para facilitar la entrada de los algodones, y esto se decia con insigne mala fé para llevar la alarma á Cataluña, donde otros periódicos hacian éco, declarando que, si el Gobierno suprimia impuestos y prometia pagar puntualmente á los acreedores del Estado y á la fuerza pública, "era porque contaba para ello con la *cobranza del precio de sus traiciones, y que ensayaba comprar á los españoles con el importe de la venta de su patria* [1]." No sabiendo qué inventar, llegóse á decir más adelante, que el Gobierno pensaba robar á la Reina de Palacio; y todas estas patrañas eran creidas, á pesar de que *La Gaceta* las desmentia diariamente, denunciando al pais el abuso criminal que hacian muchos, por medio de la prensa, de las garantías constitucionales.

Los diputados de oposicion se dispersaron, marchando la mayor parte de ellos á sus provincias, en todas las cuales habia ya grandes elementos preparados para la insurreccion. Málaga fué la primera que se pronunció el 24 de Mayo, con el apoyo de una parte de la Milicia y de algunos diputados provinciales y concejales. A Málaga, siguió Granada el 26, aprovechándose el momento en que las fuerzas de la Milicia se hallaban formadas en gran parada, con motivo de la fiesta anual que allí se celebra en memoria de la heroina Mariana Pineda, y adhiriéndose al movimiento el Ayuntamiento, la Diputacion provincial y las autoridades militares y de Hacienda [2]. El 27 se pronunció Almería, siendo de notar que en cada una de estas capitales tan cercanas se levantaba una bandera distinta ; pues mientras en Málaga se aclamaba la independencia del gobierno de Espartero, ínterin no se repusiera el ministerio Lopez, dando ejecucion á su programa, en Granada se gritaba reconciliacion, concordia, justicia y libertad, y en Almería se proclamaba la conservacion de la regencia del Duque de la Victoria con el ministerio Lopez.

[1] *El Imparcial* de Barcelona, del 2 de Junio.

[2] Hacia muchos meses que no se pagaba con puntualidad á las escasas fuerzas del Ejército que habia en Granada, llegándose hasta el punto de que las tropas del Regimiento de Astúrias (único que guarnecia la capital, y compuesto de quintos) comian de fiado. Apenas estalló el pronunciamiento, se dieron las pagas, y ademas rancho de carnero y abundante vino á la tropa, y el dinero salió de la Tesorería provincial.

El dia 30 de Mayo estaban ya en Reus los diputados D. Juan Prim y D. Lorenzo Milans del Bosch, los cuales, secundados por la Milicia nacional y por muchas personas importantes de aquella villa, promovieron su alzamiento, dando al público una proclama, que por lo bien que caracteriza los móviles y la índole de aquel alzamiento, debe ir íntegra en este lugar.

Decia así:

"LOS DIPUTADOS Á CORTES QUE FIRMAN, Á SUS COMITENTES.

CONCIUDADANOS.

"Cuando los esfuerzos de los delegados del pueblo bastan en Córtes para defender las libertades pátrias, los intereses públicos, deber suyo es permanecer en aquel terreno, palenque de la legalidad, templo de la sagrada justicia. Pero cuando estos medios llegan á ser insuficientes por bastardas maquinaciones; cuando son ahogadas sus voces por la tiranía de otro poder que representa intereses opuestos, deber suyo es tambien avisar á los que les honraron con su confianza, para que apelando ellos á sus invencibles medios, reconquisten sus hollados derechos, castigando á sus opresores. Llegado este caso, creen los que suscriben deber ponerse á vuestro frente, y dándoos si lo exigís extricta cuenta de su conducta parlamentaria, ofreceros su sangre para que sea la primera en derramarse si debemos combatir.

"La representacion nacional no existe ya. *Estaba en contraposicion con la voluntad de un hombre*, y este hombre la hirió de alevosa muerte. Detrás de tan inaudita medida y de las ruinas de nuestra independencia, de nuestro crédito, de nuestro interés, de nuestra nacionalidad, se levanta, aunque pálida y enlutada, la horrible efigíe de la tiranía! No lo dudeis, españoles, la esclavitud os aguarda, si olvidais lo que sois y lo que á vosotros mismos os debeis.

Inútil será recordaros la historia de lo ocurrido desde que se vió asomar la ambicion del que hoy intenta oprimiros; pero recordad la cuestion del nombramiento de Regencia. Todos debeis tener presentes las intrigas y coacciones que entonces se pusieron en juego, con objeto de lograr que aquella fuese única, y que recayese en el general Espartero. Bien conoció la nacion entonces las miras ambiciosas de aquel soldado de fortuna; pero era nombrado por los diputados del pueblo reunidos en Córtes, y acatóse la voluntad de aquella mayoría. La única mira que se tuvo, aca-

llando los recelos, fué solo la de dar fuerza al nuevo poder ejecutivo, para facilitarle los medios de labrar la ventura del país, pues á ello estaba obligado. Despues ya habeis visto como lo cumplió.

"El nombramiento del primer gabinete de la nueva Alteza por la voluntad del pueblo, fué el programa de su marcha sucesiva. Se enarboló entonces la marchita y derrotada bandera de Ayacucho; pero la solapa con que los traidores lo hicieron y la buena fé de la hidalguía española, nos indujo á no creer tan inícuas tramas, y quedaron en desahogada posicion para minar á sus anchas el terreno que pisaban los leales, para á su tiempo despreciar la Constitucion de la monarquía, autorizar los estados de sitios y las deportaciones, y ser despues testigos indiferentes del bombardeo de las ciudades más ricas y populosas de España.

"Y cuando parecia que el tiempo iba á poner término á tantos desmanes y desafueros; cuando un ministerio reconciliador, que concibió y realizó el milagro de la aceptacion general, vino á satisfacer las exigencias de unos y las esperanzas de todos, el mezquino interés de un hombre se cruzó, y la nacion entera y su porvenir fueron sacrificados á la posicion de ese hombre, exponiendo así este país, al que el Regente lo debe todo, á otra guerra sangrienta tal vez, para que los traidores se gloríen en ver llevar á cabo sus miras, y hacer de esta gran nacion una especie de joya con que pueda engalanar la corona de sus conquistas una de esas naciones que apellidamos amigas y aliadas, sin duda para que el sarcasmo sea más amargo.

"En vano un ministerio anti-parlamentario, é impuesto contra la voluntad de todos y cada uno de los españoles, os hace ofertas de ventura y prosperidad; no lo creais. Acordaos de la boca falaz que os promete tanta mentida dicha: Es la misma que os ofreció terminar la guerra civil en el espacio de seis meses: es aquel que dilapidando el Erario público, acabó con nuestro crédito: es aquel que vendió por maravedís al extranjero, lo que millones costó al país: es aquel que por una suma despreciable, y tal vez no cobrada aun, vendia tambien al extranjero, el inmenso material del arsenal de Cartagena: es el hombre impúdico, que miente por sistema: es el hombre de las contratas onerosas: es el hombre del ágio; y para acabar de una vez, puesto que su nombre encierra la idea de la reprobacion pública, es Mendizábal!

"Ministro de embuste y trampa, ¿dónde creeis que haya podido encontrar los recursos para subvenir á las atenciones del Estado, sin percibir contribuciones, como os ofrece hacerlo en uno de esos decretos de pacotilla que han visto la luz desde el 26 al 29 de este, y que son precursores de otros tan descabellados y anti-constitucio-

nales como estos? ¿Quién sale garante de que esa oferta se realice? ¡Él! ¿Y habrá un español, uno solo que lo crea?

"Y si esto sucede, y si no faltan los recursos cuando los medios de adquirirlos menguan, ¿no adivinais cuál es la mano generosa que los adelanta y el noble fin con que lo hace? ¿No temblais por nuestras Antillas de ambos Océanos? Sí, podrá ser que las atenciones del Estado se cubran; pero será, y tenedlo por cierto, á detrimento de la isla de Cuba ó de Filipinas por ahora, más tarde de ambas..... ¡Ah! creedlo, conciudadanos: el porvenir de nuestra España es negro: á cara descubierta se le prepara la precaria y envilecida existencia de una colonia extranjera, y esto no es un misterio: tres años ha, y nadie lo ignora, que la voluntad extraña rige el país. No, españoles; basta de decepciones, no más envilecimiento. Hora es llegada ya de cortar de raíz los males que nos agobian. Hora es llegada ya de que pongamos los medios de cojer el fruto de tanto afan. Hora es llegada ya de acabar con tanto obstáculo. Hora, en fin, es llegada ya de que, irguiendo la cabeza, nos proclamemos Españoles, y derroquemos para siempre y de una vez tanta falacia, tanta astucia, tanta traicion! Para ello teneis que hacer otro esfuerzo; grande, sí, pero el último. Unánimes levantad brazo y voz contra esta funesta falange de traidores, que á la dicha y prosperidad nacional se oponen. Levantémonos contra esos hombres de maldicion, que ensayados en el Nuevo Mundo, lo entregaron al enemigo, y que ahora completarán su obra si no los atajamos, vendiendo la madre patria al extranjero.

"Levantaos, pues. No aguardeis á mañana. Cuidad que la Constitucion ha sido rasgada por ellos. Tened presente que la inocente Isabel está entre sus manos fratricidas, para quienes nada hay sagrado. Tened presente que el poder ejercido por ellos es incompatible con el reinado de la ley, y acordaos, en fin, que si los que regentan la suerte de los pueblos no son más que sus delegados, subidos y mantenidos en el sólio régio por la voluntad general, llegado es el momento de dar una leccion práctica y dura al que su orígen olvida, haciéndole entender que el pueblo español es incompatible con la tiranía.

"Españoles: ¡VIVA LA CONSTITUCION!„

"Proclamemos desde hoy *la mayoría de la Reina*, áncora de nuestra salvacion.

"Españoles: ¡VIVA LA REINA!—Reus 30 de Mayo de 1843.—JUAN PRIM.—*Lorenzo Milans del Bosch.*„

Eco y resúmen era la anterior proclama de todo cuanto en descrédito del go-

bierno de Espartero venian diciendo, con formas no menos duras, las oposiciones de diversos matices, desde que se organizó la coalicion de la prensa. Injustos eran la mayor parte de los cargos; infundadas y aun calumniosas las más de las acusaciones que se hacian; pero á todo daba crédito la opinion pública bastardeada, y muchos de sus órganos, y el mismo PRIM, autorizando tales falsedades, interpretaban seguramente el sentimiento general, considerándose como los más fieles defensores de los intereses de la patria.

Para sostener y propagar el movimiento insurreccional, formóse en Reus una Junta compuesta de personas respetables, y presidida por don Lorenzo Milans del Bosch. PRIM se encargó exclusivamente del mando militar, y aunque al pronto no pudo disponer de la tropa acantonada en aquella villa, que no quiso pronunciarse, marchó inmediatamente sobre Tarragona con unos mil quinientos nacionales, y se presentó el 31 de Mayo al frente de dicha ciudad, donde no faltaban elementos disponibles para secundar el alzamiento. A su aproximacion formáronse, en efecto, grupos en las calles, y hubo conatos de insurreccion; pero la impidieron las autoridades civil y militar, con su actitud enérgica y resuelta, y PRIM tuvo que retirarse á Reus, no sin haber engrosado su columna con bastantes nacionales y paisanos de Tarragona y de los pueblos de aquella comarca.

La noticia del pronunciamiento de Reus cundió rápidamente y puso en conmocion ó en espectativa á casi todos los pueblos de Cataluña. En Barcelona se supo el dia 31, á la hora de llegar la diligencia de aquel punto; y la Rambla, llena de personas de todas clases y categorías, presentaba un aspecto imponente, no faltando entre la muchedumbre agentes activos que procuraban fomentar la agitacion, haciendo circular profusamente las proclamas de los diputados PRIM y Milans y de la Junta de Málaga. Muchos jóvenes se dispusieron á salir para Reus, y aquella misma tarde se presentaron varias comisiones de ellos al primer alcalde constitucional D. José Maluquer, pidiéndole dinero para la marcha, con amenazas de que estallaria un pronunciamiento en la ciudad, si no se les facilitaba inmediatamente; y como quiera que el Ayuntamiento deseaba evitar á todo trance las consecuencias de una insurreccion dentro de Barcelona, accedió á las demandas de la juventud ardorosa, y procuró calmar la efervescencia de los ánimos por medio de una alocucion muy sensata, en la cual, sin ocultar sus simpatías en favor del alzamiento, recomendaba la moderacion y la cordura. "Tended la vista á vuestro alrededor, decia á los barceloneses, y comprendereis fácilmente el motivo de nuestra conducta y de la que os

conviene tambien guardar en la actual crísis: todavía humean las cenizas de un fuego arrojado por hombres de infausto recuerdo...»

La prensa local apareció al dia siguiente más agresiva que de costumbre. Opinaba *El Constitucional*, que al grito de Málaga y Reus responderian todas las provincias de España con la espontaneidad del rayo. Creia *El Imparcial*, que Barcelona no miraria con indiferencia que otros pueblos le llevaran ventaja en pronunciarse; pero recomendaba, sin embargo, que se observase la línea de conducta aconsejada por el Ayuntamiento. Redoblaban en los dias sucesivos sus insidiosos y apasionados ataques al Gobierno ambos periódicos, encontrando motivos de ágria censura *en la intencion* con que aquel acababa de decretar la supresion del derecho de puertas, y un indulto á favor de los encausados por delitos políticos; y un tercero, poco adicto á las ideas liberales, atizaba el fuego, increpando á los diputados "que no se habian lanzado á la arena con decidida voluntad, como Prim, Milans, Ortega y otros... Un grito como el de Málaga y Reus, añadia, dado por todos, cada uno en su provincia, hubiera hecho en un dia lo que *parece que se va haciendo como á remolque.*»

Y así era la verdad: el pronunciamiento de 1843, aunque inevitable por la excision y el poco juicio de los progresistas; aunque de mucho tiempo preparado con seducciones y compromisos entre las clases militares y civiles; aunque provocado por las excitaciones diarias de la prensa coligada, y decidido en pleno tumulto parlamentario; aunque impulsado, en fin, por muchos diputados que, al ser disueltas las Córtes, corrieron con tal objeto á sus respectivas provincias; aquel pronunciamiento, decimos, se hizo sin espontaneidad y como á remolque, siendo muchas las poblaciones que no lo secundaron, y entre ellas Zaragoza, Cádiz y la capital de España.

Tranquila permanecia Tarragona el dia 3 de Junio, y así continuó hasta el 14, á pesar de lo dispuestos que se hallaban á pronunciarse muchos oficiales de su guarnicion, y no obstante la activa propaganda que se hacia en toda la provincia, recorriendo los pueblos hasta el Ebro varias columnas volantes, mandadas por el capitan de francos D. Juan Martell, Alau, Subirá y otros decididos partidarios. Prim observaba, entre tanto, una política generosa y hábil: ofrecióselo abrirle un paso para entrar en Tarragona á viva fuerza, y contestó á los impacientes que le hacian esta proposicion: «No quiero que por mi causa se derrame sangre: dejadlos, que ellos nos abrirán los brazos.» A los soldados que, cumpliendo con los deberes de la su-

bordinacion, querian retirarse á la capital, les dejaba ir libremente, y aun los auxiliaba con socorros, ganando así sus voluntades.

El comandante general de la provincia, D. Francisco Osorio, acompañado del jefe político, D. Ramon de Keyser, se presentó á las siete de la mañana del dia 4 delante de Reus con unos 2000 hombres, 200 caballos y dos piezas de artillería, é intimó á PRIM la rendicion, amenazándole con romper el fuego, si no se sometia. PRIM le contestó que podia empezar cuando gustase; pero sin duda no inspiraban mucha confianza las tropas á Osorio; pues no llevó á efecto la amenaza, y despues de una conferencia de una hora, durante la cual se pasaron á los pronunciados algunos oficiales y soldados, se retiró con su columna hácia Tarragona.

La Junta de Reus dió cuenta de este hecho en una proclama, diciendo: «El deber, la subordinacion militar fué la única causa que arrastró aquí á vuestros valientes hermanos del ejército... y no creais que su retirada fué cobardía, no; valientes son, son españoles, son libres como nosotros: su corazon nos pertenece, y unidos en breve renovaremos la fraternal alianza que jamás volverá á romperse. Dispuestos estaban á no hacer fuego contra nosotros: vuestra Junta, el digno patriota á quien habeis confiado el mando militar lo sabia tambien...»

Los pueblos de Cataluña en general esperaban el impulso de Barcelona para seguir el movimiento; pero ya hemos visto que en la capital se procuraba evitar un conflicto. Bastó, sin embargo, un accidente casual para poner á la ciudad en conmocion. Hallábase en ella el general Zurbano de paso para Tarragona; y habiéndose presentado en la Rambla el dia 5 de Junio, que era el lunes de Pascua de Pentecostés, se agolparon á su alrededor multitud de curiosos y gente turbulenta, cuyos ademanes y gritos le obligaron á retirarse á su casa. No tardaron en formarse delante de ella numerosos grupos en actitud amenazadora; y aunque Zurbano era hombre de grande arrojo é incapaz de ser intimidado, creyó conveniente dar cuenta de lo que pasaba al capitan general interino, D. José Cortinez y Espinosa, que le envió cuatrocientos infantes y una mitad de caballería, y ofició al Ayuntamiento preguntándole si respondia de la tranquilidad pública.

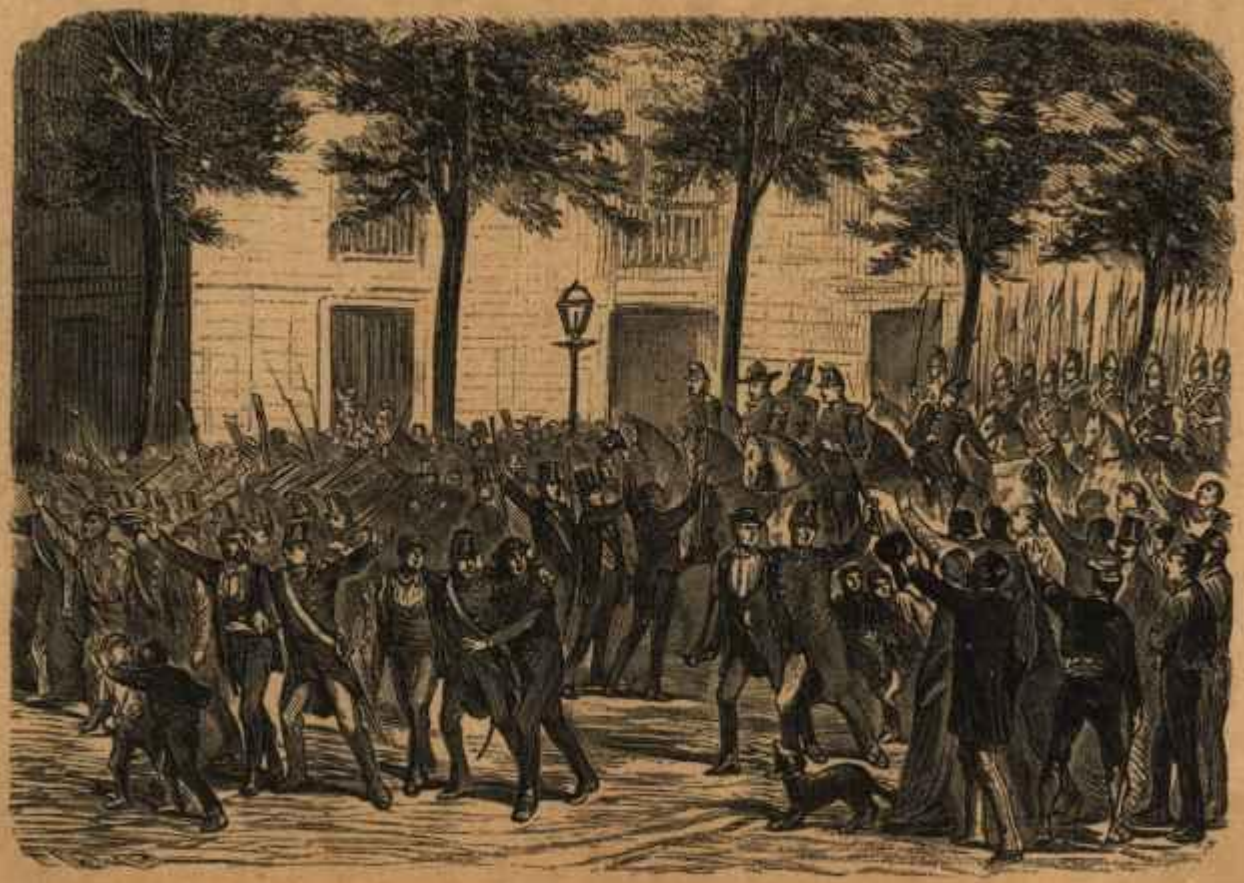
Salió en el acto una comision del Consejo para calmar al pueblo, como en efecto lo consiguió, si bien continuando la Rambla y calles inmediatas cuajadas de infinidad de personas de ambos sexos, atraidas unas por la efervescencia política, y otras por la curiosidad.

Serian las dos de la tarde cuando salió Zurbano de su casa, situada en la calle

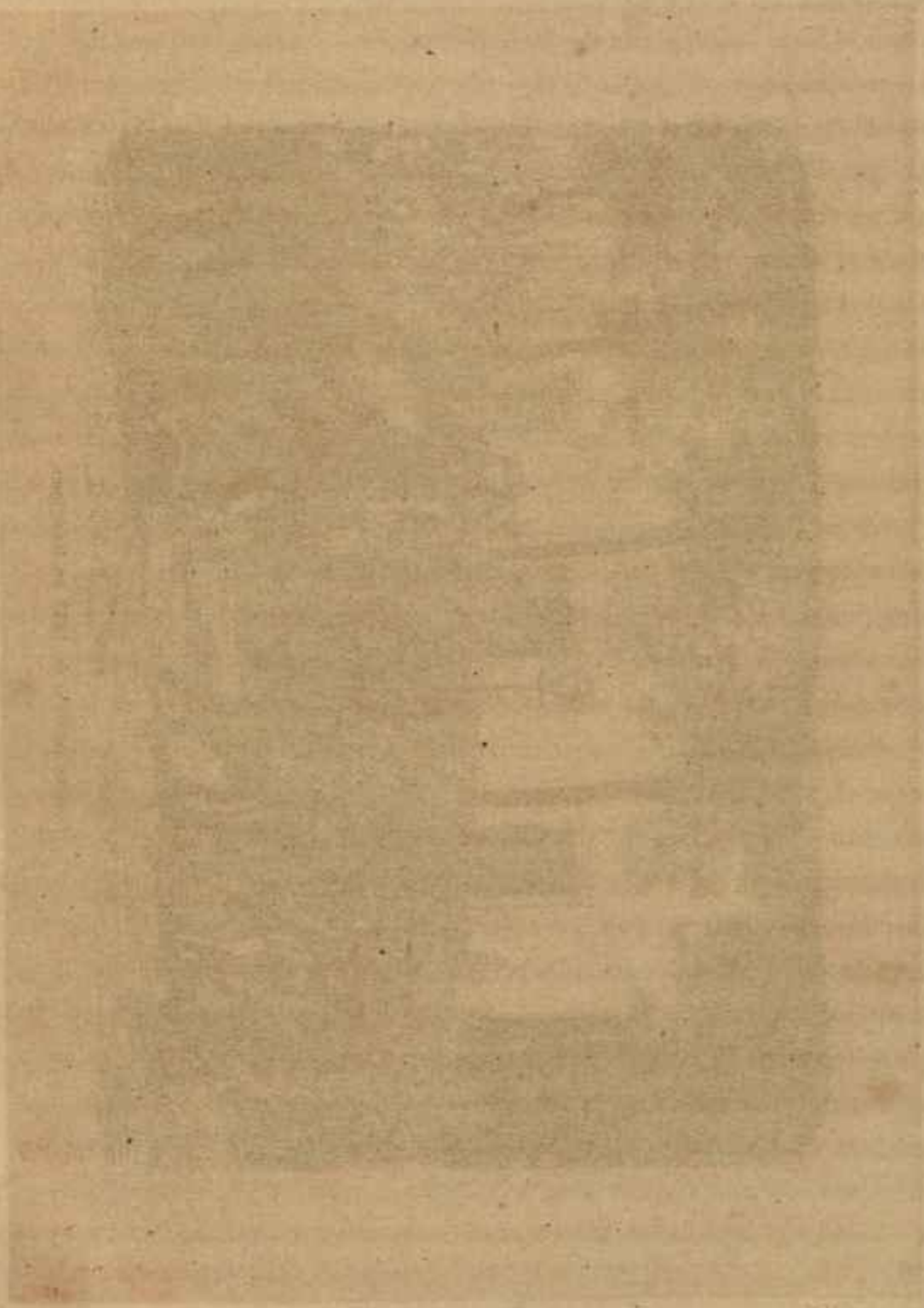
de la Union, rodeado de mozos de Escuadra y con la tropa en columna, dirigiéndose hácia la puerta de Santa Madrona, para ir á reunirse con su division, que estaba en S. Andrés de Palomar. En el tránsito desde su casa á la puerta, le siguió un crecido número de gente victoreando á la Constitucion y á la Reina; vítores que repetia el mismo Zurbano sonriéndose; pero tambien comenzaron á darse vivas al coronel Prim, y á estos gritos se unian otros agresivos y amenazadores. Al llegar frente á la casa de March de Reus, la caballería hizo un movimiento de hileras para seguir detrás de la infantería, y creyendo la muchedumbre que amagaba una carga, hubo un momento de confusion y carreras precipitadas; pero reconocido el error, agrupóse de nuevo el pueblo junto á la columna continuando su victoreo. En aquellos momentos partieron dos tiros de un grupo de paisanos apostados junto á la calle de Monserrat, y otros se arrojaron sobre el caballo de Zurbano, intentando cojer la brida, y obligando al general á desenvainar la espada, con la que hirió á dos levemente: los mozos de la Escuadra prepararon las armas y despejaron la multitud. Sin más accidentes salió Zurbano de Barcelona, en tanto que los amotinados se apoderaban de su equipaje, y con gran algazara lo arrojaban al mar desde la muralla.

Pasado aquel momento pareció calmarse algun tanto la agitacion; pero continuando la efervescencia, á las siete y media de la tarde salió de Atarazanas, una fuerte columna de infantería y caballería para publicar la ley marcial. Iba á leerse el bando frente á Correos, cuando se agrupó un inmenso gentío pidiendo que se suspendiese la publicacion, y victoreando al ejército y su union con el pueblo, á la Constitucion á la Reina y al ministerio Lopez. Hubo entonces un momento sublime: los alcaldes constitucionales Soler y Matas y Santamaría, exhortando al pueblo á la tranquilidad, se lanzaron con sus varas en alto delante del piquete de caballería, diciendo: que antes pasarían los caballos sobre sus cadáveres, que permitir la publicacion del bando. Ante aquella actitud resuelta, vacilaron los jefes que mandaban la fuerza pública, y en un instante se vió á los paisanos abrazados con los sargentos y confundidos con la tropa, que revuelta de este modo con el pueblo, retrocedió hasta Atarazanas.

El primer paso estaba dado: los alcaldes pasaron á conferenciar con el Sarjento mayor de la plaza en Atarazanas, de donde marchó luego un oficial de artilleria á dar conocimiento de lo ocurrido al Capitan general, quien dispuso que se retirasen las tropas á sus cuarteles y quedase sin efecto la publicacion de la ley marcial. Entonces el pueblo se dirigió á la plaza de Palacio dando atronadores vivas y pidiendo ver al general, que se presentó de uniforme en la tribuna, y dirigió á la multitud



Pronunciamiento de 1843 en Barcelona.



un breve discurso recomendando la tranquilidad, y diciendo que él se sacrificaria por la felicidad de la patria.

Repitiéronse las aclamaciones, tirando muchos los sombreros al aire, y se retiró el pueblo á deliberar en la Rambla y en la plaza de la Constitucion, donde permaneció reunido hasta las once y media de la noche; hora en que quedó nombrada una *Comision del pueblo* compuesta de trece vocales y cinco suplentes, para que se entendiese con las autoridades militares, políticas y populares. A las doce de aquella misma noche, la comision pasó á ver al Capitan general, seguida de un inmenso gentío, entre el cual habia algunas señoras; y á pesar de que estaba lloviznando, permaneció la muchedumbre más de una hora en la plaza, esperando con ánsia el resultado de la conferencia. No fué esta del todo satisfactoria, y á invitacion de los alcaldes se retiró el público, dando muestras de desagrado; pero á las nueve de la mañana siguiente, se formaron numerosos grupos y pasaron nuevas comisiones á avistarse con la autoridad militar.

El general Cortinez, que á pesar de la confianza depositada en él por el Gobierno, estaba á ver venir, dió á las comisiones una contestacion favorable; y en consecuencia, las corporaciones populares autorizaron la constitucion de una Junta, la cual quedó instalada á las ocho de la noche de aquel dia con carácter de provisional, y se anunció al público por medio de una breve alocucion [1].

En inteligencia con el Capitan general, y sin duda para poder obrar con desembarazo salvando la capital, el dia siete se trasladó la Junta á la villa de Sabadell, siguiéndola al mismo punto la Diputacion provincial: desde allí expidió la Junta una proclama, en la cual desplegaba el lema de su bandera en estos términos:

Se han agostado en flor las halagüeñas esperanzas que concibió la nacion con la venida al poder del ministerio Lopez.—Las más ricas é influyentes provincias de España han lanzado un grito santo de indignacion; y la de Barcelona, siempre pronta á salvar al País y á su Reina, ha respondido á ese grito santo y salvador.—En la precision de tremolar una bandera que sirva de guia á los diferentes pueblos de que se compone esta provincia y exprese á la vez sus convicciones y deseos á las demás del Reino, esta Junta consagra y adopta como principios salvadores, LA CONSTITUCION

[1] Componian esta Junta D. Antonio Benavent, Alcalde Constitucional; el brigadier D. Vicente de Castro; D. Juan de Zafont, Abad de San Pablo; los diputados provinciales D. José Ricart y D. José Llacayo; D. Miguel Tort, de Molins de Rey; Don Manuel de Senillosa; D. Rafael Degollada; D. Isidoro de Angulo; D. Juan Castells; D. Antonio Grau, de Sabadell; D. Cayetano Almirall, y el síndico D. Fernando Martinez, vocal secretario.

DE 1837, EL TRONO DE ISABEL II Y LA CREACION DE UNA JUNTA CENTRAL que, resultado de la opinion general, forme una sola bandera de las diferentes que ondean enlas diversas provincias que han sacudido el yugo del Gobierno de Madrid.—En consecuencia, esta Junta ha venido en acordar lo siguiente:—1.° La provincia de Barcelona se declara independiente del gobierno actual de la Córte.—2.° La provincia de Barcelona será regida y gobernada provisionalmente por esta Junta suprema en nombre de S. M. doña Isabel II.—3.° Cesará esta Junta luego que se crea salvada la Nacion y la Reina.—¡Habitantes de la provincia de Barcelona! ¡Valientes del ejército, cuya mision primera es defender la pátria! Enlazaos en la mas estrecha y armónica union.—CONSTITUCION DE 1837, ISABEL II Y JUNTA CENTRAL *es el lema de vuestra Junta Suprema de Gobierno.*—Sabadell 8 de Junio de 1843.„

Claramente daba á conocer esta proclama la falta de unidad de pensamiento que habia entre los diferentes pueblos pronunciados: de aquí la aclamacion de una Junta Central, cuyo objeto debia ser encaminar á un fin comun las diversas tendencias y aspiraciones que se manifestaban aun en el seno de cada Junta, como compuestas de elementos distintos y heterogéneos.

Como cediendo á un mismo impulso, pronunciáronse en estos dias muchas poblaciones de Cataluña: Igualada lo hizo el 6, dando entre otros el grito de *Córtes Constituyentes*; grito que fué mal recibido por muchos en Barcelona. Lérida y Mataró se pronunciaron el dia 7, secundando el movimiento en esta última ciudad el gobernador militar y las tropas de su guarnicion. Manresa, Cardona, Cervera, San Andrés de Palomar, Granollers y otros varios pueblos siguieron inmediatamente á Barcelona y los periódicos de esta ciudad del 9, decian que aguardaban con fundamento que Gerona se pronunciára el 10, secundando el ejemplo de aquella capital todas las poblaciones del Ampurdan. En efecto, acaba de presentarse en aquel país el coronel D. Narciso de Ametller dando el grito de insurreccion contra el Regente y sus adictos en los términos mas duros y alarmantes [1].

Al grito de Ametller se levantaron la Bisbal, Torruella de Montgrí, Calonge, La

[1] En su alocucion á los catalanes, fechada en la Bisbal el 9 de junio, decia entre otras cosas: «¡La patria está en peligro!... Despues de los heróicos sacrificios que hemos hecho por el bien de la patria, se nos prepara en recompensa el destierro y la expatriacion, la desnudez y la miseria.—La ley del sable impera... Una pandilla de traidores ayacuchos ha usurpado el poder y para llevar á cabo sus infames proyectos de robo y ambicion, se ha vendido villanamente al extranjero. Sí; catalanes, el pendon de Castilla, admirado por el mundo entero; nuestras barras rojas, honor ilustre de la casa de Aragon; los recuerdos de mil glorias que dan celebridad á los memorables fastos de España; todo, todo se halla postrado á los piés de un *aborrecido pirata.*»

Escala, Berges, Bañolas y Olot, siguiendo el movimiento por todos los pueblos de la costa, y estando ya en la frontera de Francia D. Manuel Carsy, el presidente de la Junta de Noviembre, dispuesto á entrar en Cataluña con algunos centenares de emigrados y favorecido por las autoridades francesas.

Entre tanto habia llegado Zurbano á Tarragona con una fuerte division, y se preparaba á marchar sobre Reus. PRIM hizo entonces un llamamiento á los soldados del ejército, diciéndoles:

"Siempre que la tiranía se ha levantado contra la libertad, habeis sido los primeros en lanzaros á defenderla, y no hay ejemplo de que en esa noble lucha hayais sido nunca vencidos... El pueblo os llama ahora, porque la libertad peligra: aquel en cuyas ingratas manos la confiásteis, la tiene esclava, y no contento con ello, oprime y menoscaba los intereses y tal vez el porvenir de nuestra Reina niña... En todas partes donde hay soldados, la bandera que lleva por lema Libertad y Reina ha triunfado; y triunfa, porque vosotros la apoyais. Venid aquí, pues, y vereis á centenares vuestros oficiales dispuestos á cojer un fusil para defender tan caros objetos. Venid pues, no os detengais, á uniros con el gran número de vuestros compañeros, y añadireis así la más bella hoja de laurel á esa gloriosa corona con que ceñís vuestra victoriosa frente... En nombre de la Patria y de la Reina, de la Constitucion y del Pueblo, os llama vuestro antiguo camarada. Soldados, viva la Constitucion. Viva la Reina [1]."

Al amanecer del dia 11 se presentó Zurbano á las puertas de Reus con fuerzas respetables de las tres armas, circunvaló la villa y le intimó la rendicion, procurando, sin embargo, disuadir á PRIM antes de apelar á medidas violentas. PRIM contestó á Zurbano que estaba resuelto á defenderse; pero que, si deseaba economizar la efusion de sangre, podia dirimirse la contienda entre los dos por medio de un combate personal. No aceptó Zurbano esta proposicion caballeresca; y vista la resolucion de los reusenses, que habian enarbolado bandera negra, mandó romper el fuego de cañon contra la villa, cuyos defensores contestaron bizarramente desde las casas y tapias aspilleradas de las huertas.

La lucha se hizo tenaz y empeñadísima entre sitiados y sitiadores, aclamando unos y otros con febril entusiasmo á la Reina, á la Constitucion y á la libertad: por ambas partes hubo rasgos de gran valor y heroismo, como que unos y otros eran españoles y creian luchar igualmente por el bien de su patria. Un incidente, que

[1] Alocucion del 9 de Junio.

fué mal interpretado despues, desmintió algun tanto la hidalguía propia de leales adversarios: un corto número de tiradores, situados en una casa de los afueras, aprovechando la circunstancia de poder enfilar un corredor abierto de la que ocupaba Zurbano, se propusieron disparar desde allí á mansalva contra el general. Personas mal informadas han dicho que estos tiradores habian sido mandados allí por PRIM con aquel objeto; pero la verdad es que, en cuanto PRIM tuvo noticia del hecho, hizo retirar á los tiradores, los llamó á su presencia y reprobó su accion.

A pesar del valor con que los sitiados defendieron los puestos exteriores, fueron desalojados de ellos por las tropas de Zurbano, con el apoyo de la artillería; y adelantando entonces el tren de batir con una batería de morteros y obuses, recrudecióse el fuego, no cesando desde las 10 de la mañana hasta las 2 de la tarde, y suspendiéndolo entonces, para ver si Reus se entregaba. Pasada una hora, volvió á tronar el cañon, y á poco apareció una bandera blanca en la torre de la iglesia principal, donde antes flotaba la negra. La lucha era insostenible por parte de los defensores de Reus, á pesar de su decision, estimulada por el arrojo de su caudillo; pues eran poco más de dos batallones, sin artillería ni caballería y sin grandes obras de defensa, teniendo que combatir contra fuerzas triples de todas armas, á las órdenes de un general bizarro y entendido. Conociendo su verdadera situacion, y que sus casas iban á ser arruinadas inútilmente por la artillería, los habitantes de Reus suplicaron á PRIM que se retirase, como lo hizo con toda su gente, yendo á situarse en Villaplana, á hora y media de aquella poblacion. Entonces se presentó á Zurbano una comision del Ayuntamiento y personas influyentes, proponiéndole entrar en capitulacion; á lo que accedió aquel general, suscribiendo las condiciones más humanitarias y generosas. De este modo entró en Reus, y enterado PRIM de los términos de la capitulacion, se dirigió con Milans y toda su gente á Prádes, donde dió un manifiesto á los españoles, refiriendo lo ocurrido en Reus, y estimulando á todos para que acudieran á aquellas montañas á defender el pendon de la libertad y de la ley.

V.

La Junta Suprema de la provincia de Barcelona se esforzaba, entre tanto, en estimular el pronunciamiento de las tropas, ofreciendo la rebaja de un año de servicio á los soldados que en el término de diez dias se presentasen á defender los principios proclamados por ella, y las licencias absolutas á todos los procedentes de la quinta de 1836, tan luego como concluyese aquella crísis; y dirigia comunicaciones al Capitan general, excitándole á que se adhiriese al alzamiento. El general Cortinez contestó á estas comunicaciones diciendo, que aguardaba órdenes del Gobierno supremo, siendo su ánimo no hostilizar á la situacion creada en aquellos momentos; y sin embargo, el dia 11 á media noche, participaba á los cónsules extranjeros residentes en Barcelona, que habia dado órden para que, al primer ataque que se hiciese á los puestos militares ó personas, rompieran el fuego con toda especie de proyectiles todos los fuertes de dentro y fuera de la plaza. Los cónsules contestaron á esta comunicacion, que estaban tranquilos respecto á la interpretacion que debia dársele, atendidas las explicaciones que habian mediado entre el mismo general y el cónsul de Francia.

Esta posicion ambigua del general Cortinez era insostenible; y así es que, habiéndose recibido la noticia del pronunciamiento de Valencia, en la noche del 12 se presentó una comision de varios diputados provinciales á dicho Capitan general, rogándole que dispusiera lo conveniente para evitar un conflicto sangriento, y diese un manifiesto al público para calmar la inquietud de los ánimos. Cortinez accedió á los deseos de la comision, y al dia siguiente declaró que, "habiéndose convencido de que los principios proclamados por la Junta Suprema de la provincia eran la expresion del voto unánime de los pueblos, no vacilaba en adherirse á ellos." El Ayuntamiento, que tambien habia intervenido en las negociaciones con el General, publicó una alocucion entusiasta, diciendo, entre otras cosas, que estaba poseido de placer y arrebatado de gozo al ver tan apetecible y feliz desenlace. A las doce de aquel mismo dia 13 reuniéronse en la plaza de Palacio las músicas y comisiones de los regimientos, acompañadas de un inmenso gentío: el general Cortinez salió al balcon

y ratificó de palabra su pronunciamiento, añadiendo que iba á encargar interinamente el mando de Monjuich á un catalan, el coronel Pujol, cuya declaracion fué aclamada con un entusiasmo indecible. Las músicas recorrieron la poblacion, y todo era júbilo y regocijo, viéndose á los soldados asidos de las manos con los paisanos, y ofreciendo la ciudad por todas partes el aspecto de una extraordinaria animacion.

La adhesion de Cortinez era efectivamente un acontecimiento de la mayor importancia; porque allanaba el camino para pronunciarse á muchos militares que lo deseaban, y á los pueblos que temían exponerse á un choque con las fuerzas del ejército. Así es que el Ayuntamiento de Barcelona solemnizó aquel dia con actos religiosos y otras manifestaciones de contento público, haciendo que se cantara un solemne Te-Deum, á cuyo acto fueron invitadas todas las Autoridades civiles, militares y eclesiásticas, con sus empleados, así como tambien los cónsules y cuerpos diplomáticos: hubo salvas y repique general de campanas; se recomendó al vecindario que iluminase por la noche las fachadas de sus casas, y á las empresas de teatros que hiciesen cantar himnos alusivos á los sucesos del dia; y se mandó dar dos reales á cada soldado, tres á los cabos y cuatro á los sargentos pertenecientes á la guarnicion de la plaza.

No fué completa, sin embargo, la satisfaccion de los barceloneses; porque, al presentarse en Monjuich el coronel Pujol, seguido de un inmenso gentío, el coronel D. Bernardo Echalecu, gobernador de aquel fuerte, con una entereza digna del mayor elogio, se negó resueltamente á consentir en su relevo y el de la guarnicion, y reiteró su negativa al dia siguiente, manifestando de oficio al Capitan general, que no podia faltar á sus deberes militares, entregando la fortaleza que el Gobierno de la Nacion le habia confiado; pero que Barcelona podia estar tranquila, en la seguridad de que él no haria uso de las armas, sino en el caso de que se le obligase á repeler cualquier agresion por parte del vecindario ó del mismo general.

Entre tanto, la Junta Suprema, que habia resuelto el dia 12 trasladarse á Manresa, como punto más seguro y céntrico de la provincia, en cuanto supo la adhesion de Cortinez, dispuso regresar á Barcelona, á donde se dirigió por Martorell y Molins de Rey, en cuyo punto se le reunió PRIM con muchos de sus compañeros.

La llegada de PRIM y de la Junta á Barcelona coincidia con la noticia de los pronunciamientos de Tarragona y Gerona, y de otros muchos puntos subalternos, que acababa de efectuarse y daba pábulo al entusiasmo general. El dia 15 de Junio,

desde muy temprano, la capital del Principado se puso en movimiento, y la multitud, no solo de Barcelona, sino de todas las poblaciones inmediatas, impaciente por saludar al jóven héroe de Reus, se agolpó á la carretera, que en breve quedó cubierta por más de cien mil almas, desde la puerta de San Antonio hasta Sans, siendo muchos los que llegaron hasta Molins de Rey. Pocas veces se habrá visto un espectáculo semejante: al presentarse PRIM en las inmediaciones de Sans con la Junta Suprema, acompañada del Capitan general y de todas las autoridades de Barcelona, que habian salido á recibirla, corrió la muchedumbre á su encuentro, y un clamoreo inmenso, atronador, estremeció el aire, disputándose la gente los primeros puestos para ver y aclamar al jóven coronel y á sus valientes compañeros. El gentío era tan numeroso y compacto, que la comitiva invirtió cerca de dos horas en recorrer la corta distancia que media entre Sans y Barcelona; pero aun más difícil era el tránsito por las calles de la capital: obstruidas por un gentío inmenso, imponderable, dice un testigo presencial, trabajosamente se abria paso el bizarro PRIM, con sus compañeros de armas, montados todos en briosos caballos, cubiertos de polvo y tostados sus rostros por el sol, recibiendo por do quiera las pruebas más positivas del aprecio, de la gratitud, del amor en fin que le profesaban los habitantes todos de Barcelona. Los unos, tomando las riendas del caballo que montaba, le hablaban como si hubieran perdido el juicio de contento; otros le alargaban la mano para demostrarle el gozo que los arrebataba; y todos, á cual más, se afanaban por saludarle. Desde los balcones, desde los terrados y las torres que se levantan sobre los edificios, se le dirigian los más entusiasmados vítores. Serian las seis de la tarde cuando PRIM, despues de muchas detenciones, entró en las Casas Consistoriales con la Junta y las demás autoridades, resonando entonces con mayor estrépito los vivas y aclamaciones de la multitud. En la plaza de la Constitucion y en todas sus avenidas no habia un hueco donde pudiera colocarse una persona. El presidente accidental de la Junta, desde un balcon de las Casas Consistoriales, dirigió su voz á la inmensa concurrencia; y terminado su discurso, á peticion del público se presentó PRIM en el mismo lugar, é improvisó una brillante peroracion, llena de fuego y de patriotismo, que entusiasmando á cuantos le escuchaban, fué muchas veces interrumpida con estrepitosos aplausos.

El mismo dia que entró la Junta en Barcelona, comenzó á gobernar como soberana. En el acto dispuso que Cortinez continuase desempeñando su cargo de Capitan general; nombró comandante general de las tropas de la provincia al brigadier

D. Vicente de Castro; gobernador interino de la plaza al coronel del regimiento de América D. Jaime Arbuthnot, y de los fuertes de la Ciudadela y de Atarazanas, á otros dos jefes de su confianza: dispuso que sin pérdida de tiempo se procediese á expedir las licencias absolutas á todos los indivíduos de tropa de la quinta de 1836, y autorizó á PRIM para que organizara una division de cuatro mil hombres, auxiliándole con todo el armamento disponible y los fondos necesarios: ordenó al brigadier Castro que se preparase á salir con seis batallones y la correspondiente artillería y caballería, para oponerse á Zurbano, que se habia retirado hácia Lérida, en el caso de que tratara de hostilizar el pronunciamiento; nombró Jefe político de la provincia á D. Luis de Collantes y Bustamante, en reemplazo de D. Ignacio Llasera y Esteve, y mandó embarcar á los generales Aristizábal, Villalonga y Valdés. Posteriormente decretó la misma Junta una contribucion de cuatro millones para hacer frente á las necesidades del momento, y dictó otras disposiciones enérgicas y rigurosas.

Ocupóse PRIM desde luego en organizar su division, y al efecto hizo un llamamiento á sus paisanos, invitándoles á sentar plaza de voluntarios, y ofreciéndoles el haber de cuatro reales y el pan: dirigió tambien su voz á los oficiales de cuerpos francos, y "teniendo la certeza, les decia, de que no será desoida, espero veros acudir á mi rededor en momentos en que de nuevo la patria reclama aquel valor de que siempre habeis dado muestras, y aquel noble desprendimiento que es vuestro más bello galardon." Invitaba á la vez á los patriotas que, poseyendo caballos, quisieran alistarse para la formacion de un escuadron de caballería, ofreciéndoles el haber correspondiente y el abono del valor del caballo, en caso de inutilizarse por accion de guerra ó por fatiga.

Objeto de la idolatría del pueblo, durante su corta permanencia en Barcelona, fué PRIM obsequiado de mil modos, dándosele varias serenatas por el vecindario y por las tropas, y haciéndole una entusiasta ovacion en el teatro.

Entre tanto el general Seoane, que mandaba en Zaragoza, babia salido en posta para Lérida, donde encontró á Zurbano con catorce batallones, cinco escuadrones y cuatro baterías, con cuyas fuerzas y las procedentes de Aragon se proponia marchar sobre Barcelona. La Junta Suprema, vivamente alarmada, y conociendo la urgencia de aprestar poderosos medios de defensa, expidió el 19 un decreto, mandando que, en el término de veinticuatro horas, se presentáran armados en las diferentes cabezas de distrito, que designaba, todos los solteros y viudos sin hijos de 18 á 40

años. Los que de esta edad no tuviesen armas, deberian tomar las de los nacionales no comprendidos en ella: quedaba interinamente organizada la Milicia de Barcelona y su partido, tal como se hallaba en 1.° de Noviembre del año anterior: todos los que en dicha ciudad tuviesen armas de fuego, de cualquiera clase que fuesen, debian denunciarlas á sus respectivos comandantes. "A pesar de que este llamamiento es de un interés general, concluia diciendo el decreto, y que esta Suprema Junta está persuadida de que todos concurrirán gustosos á defender la patria, honor, interés y el buen nombre catalan, que se trata de empañar; sin embargo, *para evitar la morosidad ó apatía* que puedan presentar algunos, *serán responsables con sus personas y bienes* las Juntas auxiliares y ayuntamientos, tanto de la presentacion de los hombres, como de las armas, puesto que todos deben venir armados con las de la nacion, ó ya sea con las de su propiedad; *imponiendo además pena de la vida* al individuo que trate de eximirse de tan importante servicio.„

El mismo dia que expidió la Junta este decreto, dirigió una circular á las de las demás provincias pronunciadas, inculcándoles la necesidad de organizar un gobierno ó Junta Central, compuesta de dos comisionados especiales de cada una de ellas, á fin de dar impulso y direccion á todos los esfuerzos, y conseguir, por medio de la unidad de accion, el triunfo del alzamiento. Con tal objeto, proponia la reunion de dicha Junta Central en Valencia, y la del ministerio Lopez en la misma ciudad ó en otro punto que se considerase más conveniente.

La situacion de los pronunciados no era muy despejada, y comenzaba á inspirar serios recelos, ya por la divergencia de opiniones que no podia menos de existir entre ellos mismos, ya tambien porque muchos liberales desconfiaban del sesgo que iban tomando los acontecimientos, á medida que la insurreccion se propagaba. En Barcelona particularmente habia muchos adictos á Espartero, que trabajaban para contrarestar el pronunciamiento, entendiéndose con el gobernador de Monjuich, y facilitando las comunicaciones de este con Zurbano por medio de una señora. El entusiasmo del dia 15 parecia haberse entibiado, y las últimas disposiciones de la Junta Suprema demostraban que no habia en el pueblo toda la decision necesaria para acudir á las armas: en efecto, fueron muchos los que desertaron de sus casas para librarse del servicio obligatorio que les imponia la Junta, la cual empleó el rigor, prendiendo algunas familias de los fugitivos. Alarmó además á los liberales consecuentes la entrada de Carsy por Figueras, y la de los emigrados de 1841, algunos de los cuales iban llegando para preparar el camino á los jefes más com-

prometidos. En Barcelona se presentaron dos, enviados por la plana mayor de los conspiradores de Paris, y su presencia produjo tan mal efecto, que obligó á Prim á dar, el mismo dia 19, la siguiente significativa alocucion:

"Catalanes.—Estoy acostumbrado á no soltar mi palabra sin prévia meditacion y firme propósito de cumplirla. He proclamado la union de los españoles todos, cualesquiera que hayan sido sus anteriores opiniones y compromisos políticos. Una excepcion, solo una excepcion me he propuesto, y es la de no admitir por ahora los servicios de los generales comprometidos en Octubre; no porque abrigue con respecto á ellos una desconfianza que sienta mal en pechos hidalgos, sino para quitar á nuestros enemigos este leve pretesto de alucinar. Los bizarros coronel D. Fernando de Córdova y capitan de caballería D. Luis de Zaldívar, han venido en posta desde el extranjero para ofrecer sus espadas en defensa de nuestra causa, que es la suya. Sus servicios pueden sernos muy útiles, y tendré el mayor gusto en partir con ellos los peligros y las glorias de la campaña.

"Tengo datos para no dudar que los enemigos trabajan sin descanso para destruir la union de todos los españoles, y que en sus satánicos conciliábulos, tratan de tomar al pueblo por instrumento de sus aleves proyectos. El pueblo conoce mis principios y mi carácter; sabe que jamás le he engañado, y creo que no he de recibir un desaire cuando con todas las veras de mi corazon le ruego, que rechace la superchería de nuestros enemigos y abra sus brazos fraternales á cuantos vengan á alistarse en nuestras banderas. Terrible seria para mí un desengaño que no puedo esperar; pero en tal caso, no podria menos de retirarme, porque acostumbrado á cumplir lo que prometo, mi carácter no podria consentir que la bandera por mí enarbolada en la heroíca Reus quedase en su menor parte desairada.—Barcelona 19 de Junio de 1843.—Juan Prim.„

El coronel Córdova era uno dé los indivíduos de la Junta directiva de la *Orden militar española*, establecida en Paris, cuya existencia no ignoraba Prim. ¿Procedia este con segundas miras, al reclamar su admision en el pronunciamiento, invocando para ello la union de todos los españoles? Así lo dan á entender algunos; pero nosotros creemos que no, fundándonos en las mismas palabras de la alocucion que hemos transcrito, donde terminantemente se exceptuaban de ser admitidos los servicios de los generales comprometidos en Octubre de 1841. Desconfiaba Prim de estos generales; conocia sus intenciones, y no queria que viniesen á torcer con el peso de su influencia la marcha de la revolucion, antes que esta se hubiese consumado

en el sentido que él se habia propuesto. Deseaba de buena fé la reconciliacion de los partidos bajo la bandera de la libertad, y no tenia inconveniente en acoger á cuantos se adhiriesen á ella, ignorando tal vez la representacion de Córdoba y Zaldívar. De cualquier modo, la presencia de estos sugetos alarmó más á los progresistas barceloneses, cuya actitud hizo que los demás jefes emigrados se dirigiesen á Valencia; y la alocucion de PRIM fué causa de que en Madrid se dispusiese la marcha á Barcelona del general Serrano y de D. Luis Gonzalez Brabo (progresistas caracterizados entonces), á fin de que restableciesen la confianza y encauzáran el movimiento, segun veremos más adelante.

En la tarde del 20 salieron de Barcelona por el camino de Madrid algunos batallones del Ejército, que estaban de guarnicion en dicha plaza, uno de voluntarios al mando de Ametller, un escuadron y una batería rodada. PRIM, nombrado por la Junta Comandante general de las Milicias movilizadas, marchó tambien con su estado mayor en direccion al Bruch, donde se proponia cerrar el paso á Zurbano, que con 7000 infantes, 500 caballos y doce piezas, acababa de llegar á Tárrega, y avanzaba hácia Igualada. El brigadier Castro salió con más fuerzas al amanecer del dia siguiente, y en breve todo el trecho comprendido entre Martorell y las históricas alturas del Bruch presentaba el aspecto de un continuado campamento.

Miéntras mediaban algunas comunicaciones entre Castro y Zurbano, este, desde Igualada, por conducto de la señora de que hemos hecho mencion, envió un pliego al gobernador de Monjuich, ordenándole que tan luego como oyese fuego por la parte del Bruch, lo rompiese desde aquel fuerte contra Barcelona; y separadamente dió cuenta de esta resolucion á la Junta Suprema, y al Ayuntamiento de la ciudad, previniéndoles que, aun cuando la abandonasen las personas comprometidas, y aunque solo quedasen los edificios, no dejaria de efectuarse el bombardeo, si en todo el dia 23 no se retiraban del camino de Barcelona las fuerzas allí situadas por disposicion de la Junta.

Grande alarma causó en Barcelona la amenaza de Zurbano. Los cónsules francés é inglés se apresuraron á visitar el gobernador de Monjuich, y con reiteradas instancias le pidieron que no cometiera el horror de bombardear por segunda vez aquella hermosa ciudad. Echalecu les prometió no hacerlo, sino en el caso de recibir órdenes terminantes para ello, y dando aviso con mucha anticipacion. El Ayuntamiento contestó á Zurbano en términos arrogantes, en que se mezclaba la amenaza con la súplica; y mientras los habitantes huian desbandados, dejando casi desierta la

ciudad por temor á las bombas, la Junta, en sus proclamas, y en una comunicacion ampulosa dirigida á las de otras provincias, parecia desafiar las iras de su contrario. Por una parte, decia á los catalanes: "Vuestra Junta ha agotado todos los medios que á su alcance estaban para evitar la efusion de sangre y el bombardeo de esta ciudad. Los satélites del tirano, sordos á la voz de la razon y de la humanidad, no quieren retroceder en sus planes de dictadura y devastacion. En consecuencia, esta Junta, fuerte por la justicia de vuestra causa, fuerte por la opinion del pais y por el número y patriotismo de sus valientes, ha resuelto que se ataque á las fuerzas rebeldes hasta vencer ó morir.„ Por otra parte, decia en su circular á las demás Juntas: "Esta ciudad, siempre heróica y entusiasta, amenazada por el feroz Zurbano de una destruccion guerrera y espantosa, desprecia ya las bombas y demás proyectiles, é invita á esta Junta por medio de comisiones de propietarios á que se arrolle y aniquile al enemigo, por más que ella tenga que desaparecer del mapa de España. Salgamos al campo y respiremos el aire de la libertad, aunque venga impregnado de las cenizas de nuestros hogares. ¡Sálvese la Nacion y la Reina, y perezca Barcelona!!! exclaman á una sus moradores...„

El único periódico político que, á causa de la gran emigracion, pudo publicarse el dia 24, *La Prosperidad*, hacia coro á las bravatas de la Junta, diciendo que el pueblo de Barcelona estaba decidido á perecer ó triunfar, y que las bombas se miraban como una cosa indiferente. "No hay más que una voluntad (añadia), y vemos hasta un deseo de que se comience el bombardeo con que se amenaza. ¿Cuándo empieza? ¿Por qué no tiran? Esta es la voz de la generalidad... Si está decretada la ruina de Barcelona, que lo digan, nosotros la incendiaremos... los catalanes pueden morir, jamás rendirse...„

Decidida la Junta de Barcelona, en medio del pánico general, á luchar resueltamente hasta salir airosa en su empeño, desplegó gran actividad para proveer á los medios de armamento y defensa, disponiendo la traslacion fuera de la ciudad de los enfermos y acogidos en los asilos de beneficencia, y de los depósitos de líquidos y otras sustancias inflamables; al mismo tiempo que, para alentar á los pronunciados, expedia decretos de gracias, y con fecha 24 de Junio, nombraba mariscal de campo al brigadier Castro, y brigadier de infantería al coronel graduado D. Juan Prim. A los coroneles de los cuerpos se les pedian relaciones de todos los jefes, oficiales y sargentos existentes en sus filas, á fin de proponerlos para el ascenso inmediato; y se procuraba atraer á los individuos de las tropas que obedecian á Zurbano, prometiendo

las licencias absolutas á todos los pertenecientes á las quintas de 1837 y 1838.

Los momentos eran críticos: el Regente del reino acababa de salir de Madrid dirigiéndose á Albacete con el objeto de combatir la sublevacion, y habiendo dejado la capital entregada en manos de la Milicia ciudadana y de las autoridades populares, que estaban resueltas á defender á todo trance al gobierno legítimo. Con este motivo, los partidarios de Espartero en Barcelona se agitaban sin descanso para contrariar el alzamiento, como lo dió entender la Junta, diciendo en 25 de Junio: "Ahora más que nunca se trata de extraviar la opinion pública para preparar una reaccion á favor de los tiranos: se hace circular la voz de la desconfianza, suponiendo que por culpa de los que están al frente del pronunciamiento no ha sido ya derrotado el feroz Zurbano.... Semejante duda perderia nuestra causa: ella solo puede ser difundida por los *reaccionarios*, que se agitan por todas partes para destruir la obra santa del pronunciamiento.—Arrancad la máscara á esos pocos traidores que han quedado entre nosotros, y que están promoviendo la desconfianza y el desaliento....—No os desaliente, catalanes, la salida del Dictador de la villa de Madrid, aunque sea cierta: fuerzas hay en todas partes para contrarestarle y anonadarle: la última hora de su tiránico mando ha sonado. Constancia y union, y el triunfo será nuestro."

La amenaza de bombardeo suspendida sobre Barcelona desapareció de repente. Cuando Zurbano al frente de su division se disponia á forzar las líneas del Bruch, recibió órden del general Seoane, que le mandaba retirarse hácia Lérida; y muy á su pesar tuvo que emprender el movimiento retrógado, durante el cual se le desertaron algunos jefes y oficiales, y parte de las tropas. Castro y Prim avanzaron inmediatamente hasta Cervera. La extraña órden de Seoane, que algunos han criticado, suponiendo que obedeciese á móviles bastardos, era consecuencia de la defeccion de su gente; pues solo en Lérida se le habian separado 192 jefes y oficiales, unos por desercion, y otros con fútiles pretextos.

En Lérida se intentó asesinar á Zurbano por medio del veneno, siendo el autor de este inícuo atentado un italiano aventurero, llamado Luis Pacheroti, que durante la guerra civil habia servido en clase de teniente en uno de los cuerpos francos. Dispuesto á venderse á quien mejor le pagase, cuando acaeció el pronunciamiento de Reus, Pacheroti levantó en Valls una partida contra Prim; y presentándose luego á Zurbano, este acogió sus ofrecimientos de defender la regencia, y le nombró capitan, dándole franca entrada en su casa. Tenia Zurbano muchos enemigos en Cataluña, más que entre los políticos, entre los contrabandistas, á quienes habia perseguido

tenazmente; y así se concibe que hubiese quien, aprovechando las circunstancias, intentase asesinarle; pero el proyecto no fué tan oculto, que no llegase anticipadamente á noticias de Zurbano, quien sospechando del extranjero, hizo que se le vigilase de cerca; y en efecto, se le sorprendió en la cocina de la casa poniendo unos polvos en un puchero. Preso inmediatamente el italiano, declaró que le habian sido entregados tres venenos, ofreciéndole, en recompensa de su crímen, veinte mil duros y el grado de coronel: parece que declaró tambien el nombre de la persona que le habia confiado aquel encargo; pero, aunque así fuese, ¿podia merecer crédito la palabra de aquel malvado despreciable? Cuéntase que Zurbano quiso perdonar al asesino, y enviarlo á quien él habia designado en su declaracion como principal autor, para darle á entender que necesitaba emplear otros medios, si queria vencerle; pero estaba aquel en poder de un tribunal, que le condenó á la pena de muerte. Así, casi con estas mismas palabras, lo refiere D. Eduardo Chao [1], quien pudiendo estar bien enterado, como biógrafo de Zurbano, guardó, sin embargo, un prudente y significativo silencio en cuanto al nombre del instigador de este conato de envenenamiento, absteniéndose de dar crédito á rumores no justificados: y decimos esto, porque la malignidad de los hombres osó por aquel tiempo calumniar á PRIM, acusándole de tan infame atentado, y dió orígen á que otro historiador [2] estampase de oidas y sin pruebas la misma acusacion.

Suponiendo que el aventurero italiano, con el objeto de atenuar la odiosidad de su crímen hubiese declarado contra PRIM, lo cual ignoramos, ni este disponia de veinte mil duros, ni podia ofrecerle el grado de coronel. Por otra parte, no cabia en el carácter de PRIM, naturalmente arrojado y generoso, valerse de medios tan rastreros para destruir á un adversario valiente, contra quien no tenia motivo alguno de ódio, ni aun el más leve resentimiento personal: no estaba tampoco en su carácter la exaltacion política, el apasionamiento ciego, que suele arrastrar los ánimos á los ma-

[1] Hemos buscado con empeño el expediente de la causa formada á Pacheroti sin poder encontrarlo, seguramente porque, habiéndose formado en tiempos de revueltas, puede haber sufrido extravío. Deseábamos descubrir por él siquiera un asomo de verdad, y decirla, aunque fuese contraria al héroe de nuestra historia. Con este mismo objeto hemos escrito á varias personas, y entre ellas al citado Sr. Chao, pidiéndoles noticias y antecedentes que aclarasen el hecho; pero todas las contestaciones se refieren á voces que corrieron por aquel tiempo, y que nadie consideró bastante autorizadas para fundar en ellas el grave cargo que se quiso hacer á PRIM. Esta conformidad de pareceres, y la carencia absoluta de pruebas positivas en que apoyar la acusacion, producen en nuestro ánimo el convencimiento de que el tal rumor debe considerarse como una de las mil patrañas é imposturas que la pasión política hizo inventar en aquella época.

[2] D. JOSÉ SEGUNDO FLORES. *Vida de Espartero*. Este escritor ha desmentido terminantemente la acusacion de que se hizo eco. Véase el documento número 1

yores extravios; pues, al contrario, PRIM, fogoso, y todo corazon en los combates, manteníase frio y sereno aun en medio de las más violentas crísis. PRIM era capaz de asaltar una tronera arrostrando las bayonetas y la metralla, y de contener el ardor de los impacientes, como sucedió cuando le ofrecieron la entrada en Tarragona para obtener por fuerza su pronunciamiento; era capaz de llamar á Zurbano á un combate singular para dirimir la contienda entre los dos y evitar la efusion de sangre; pero quien esto hacia, no se concibe que atentase á la vida de su mayor enemigo por medio del veneno, y valiéndose de un aventurero, de un oscuro asesino. La falsedad de la acusacion, á falta de pruebas directas, parece demostrada en el hecho de que, mientras unos atribuyeron el conato de envenenamiento á PRIM estando en Cervera, otros lo adelantan suponiendo que lo intentó estando en Reus, donde, como hemos visto, impidió y reprobó las asechanzas de algunos tiradores contra el mismo Zurbano.

Con repugnancia hemos tocado este asunto: bien pudiéramos haberlo eludido, como ajeno tal vez á la formalidad de la Historia, si no fuese un deber de quien la escribe procurar en todo el esclarecimiento de la verdad. El arma de la difamacion ha sido empleada con harta frecuencia en el transcurso de nuestras discordias políticas; y de sus tiros ponzoñosos no han escapado las conciencias más puras, las honras más esclarecidas: esta es la única leccion que nos conviene sacar del incidente referido.

VI.

La conspiracion contra Espartero no habria podido menos de triunfar tarde ó temprano, aun cuando este, obrando con más actividad hubiese conseguido sofocar en un principio el alzamiento de Mayo de 1843. Hemos visto que los enemigos del Regente no habian cesado de trabajar con ahinco desde principios de 1841, teniendo por eficaces auxiliares á los progresistas de las Córtes y de la prensa: hemos visto como las excisiones y la indisciplina de los hombres de Parlamento habian hecho imposible la marcha de todo gobierno regular, contribuyendo á producir el descontento público, y poniendo al Regente en la necesidad de decretar dos disoluciones sucesivas de Córtes: hemos visto con cuánto afan se ocupaban los directores de la opinion en bastardearla, inventando peligros imaginarios para causar trastornos y males

positivos: hemos visto, en fin, minada la fidelidad del Ejército, seducida la Milicia nacional y engañado el pueblo con la invocacion de los dulces nombres de reconciliacion, libertad y patria, mientras los hombres más influyentes parecian complacerse en arrastrar por los suelos, con vilipendio y escarnio, la dignidad del magistrado supremo de la nacion. No era posible, no, que el Regente se sostuviera hasta concluir el término legal de su mandato, siendo tantos y tan disolventes los elementos conjurados en su contra; pero es indudable que, si el Gobierno de Madrid hubiese procedido con actividad y decision en los primeros dias del alzamiento, lo habria sofocado por entonces, á pesar de la infidencia de muchos de los funcionarios que estaban al frente de las provincias.

El pronunciamiento de Granada se sostuvo cerca de quince dias á fuerza de mentiras y de dinero, y nunca hubo en aquella ciudad tres mil hombres dispuestos á resistir un ataque formal, si se hubiese intentado con tropas regulares [1]. Lo de Cataluña no habria tenido la importancia que adquirió, á no ser por efecto de la complicidad de Cortinez á los quince dias de pronunciada Reus. El Regente perdió un tiempo precioso, confiado tal vez en la tranquilidad de su conciencia, y cuando se determinó á obrar, lo perdió tambien ocupándose en dirigir manifiestos á la Nacion, alguno de los cuales, por lo difuso y mal concebido, sirvió para empeorar su situacion. Mucho antes debió haber hablado con la claridad que lo hizo en el que lleva la fecha del 19 de Junio, denunciando grandes verdades, que habrian podido tal vez abrir los ojos á muchos ilusos; pero cuando lo dió, era ya inoportuno.

"Españoles, decia: Tres dias han pasado desde que os dirigí mi voz, la voz del jefe del Estado, atento solo á su bien: la de un soldado que ha combatido por su patria; la del que juró consagrarse todo á la conservacion de sus leyes, de su independencia y libertades. Desde entonces el mal cunde cada dia: invocando mentidamente el nombre de estas leyes, se aumenta la audacia de los que enarbolan el estandarte de la rebelion, y se obstinan en abrir un abismo bajo nuestras plantas. ¿Me contentaria hoy con hablaros otra vez, con haceros ver la sinceridad de mis principios, de que ningun hombre de bien duda? Hoy mis deberes son más grandes; hoy me inspira mi conciencia política que no cumpliré con ellos, sino saliendo á combatir en persona á los enemigos de mi patria, á derribar ese sacrílego pendon, bajo el que se

[1] El autor de estas líneas estaba allí; pertenecia al Ejército, y habla como testigo presencial y casi actor. Nada de cuanto se ha escrito acerca de fortificaciones; de miles de hombres decididos; de ataques dados y rechazados en aquella ciudad, es exacto. Si los generales Álvarez ó Van-Halen hubiesen querido entrar en ella, no les habria costado mucho trabajo.

abrigan los enemigos del sosiego público. ¡Ya están conocidos sus designios é intenciones!

"Hombres de la libertad, de la Constitucion y liberales de buena fé, que aspirais á la regeneracion completa de vuestro país, ya habeis visto más claro que la luz del dia, que estos movimientos son todos de reaccion y de venganza; *que se os quiere arrancar el fruto de la gloriosa revolucion de Setiembre de 1840; que se os quiere precipitar en la anarquía para allanar así el camino de la servidumbre.* ¿Y estaria el Regente del reino en la inaccion cuando ruje tan negra tempestad sobre el horizonte político de España? Esto quisieran los enemigos de la patria, los que se complacen en su humillacion, los que le preparan sus cadenas. En dos ocasiones dejé la capital: la actual es más crítica; mayores son los peligros que va á arrostrar este soldado; más crecerá su valor y constancia, crecerán el ánimo, el aliento de los que con justicia me consideran como la bandera de nuestras libertades. Voy á merecer hoy más que nunca tan hermoso título. Sí, valientes liberales; no defraudaré vuestras esperanzas.

"Españoles: hoy os vuelve á prometer el Regente constitucional, que no entregará á la rebelion, á la anarquía las riendas del Estado: hoy os juro del modo más solemne hollar con pié firme cuantos obstáculos se opongan á la libertad, á la grandeza, á la gloria de esta Nacion tan digna de ser feliz y venturosa. En derredor de mí, patriotas todos. Vivan la libertad y la constitucion; viva doña Isabel II, Reina constitucional de las Españas."

Otras alocuciones dirigió el Regente al Ejército y á la Milicia nacional; y el dia 21 por la tarde salió de Madrid á caballo y en traje de campaña, despidiéndose en el Prado de la Milicia ciudadana, á cuyo patriotismo, dijo, dejaba confiada la persona de la Reina, y la conservacion de las leyes y del órden público. De todos recibió Espartero, en aquel acto solemne, las muestras más inequívocas de adhesion y entusiasmo, llegando este al delirio y haciendo derramar lágrimas al pueblo, cuando Espartero se acercó á las banderas de algunos batallones, y las estrechó contra su corazon, diciendo: "Hijos mios: ya que no puedo estrecharos á todos en mis brazos, permitidme al menos abrazar esta bandera que os representa."

La Milicia y el pueblo de Madrid permanecieron fieles al Regente y dispuestos á sostenerle hasta el último momento, aun á costa de su sangre. Pero la marcha de Espartero, y otras disposiciones que simultáneamente se adoptaron, llegaban tarde. La insurreccion se habia hecho poderosa y casi general, y sus gérmenes existian hasta en los regimientos que acompañaban al Regente. Dirigióse este hácia Valencia y se

estacionó en Albacete, confiando en que Zurbano forzaria el paso del Bruch, y que una vez sometida Barcelona, podria Seoane destacar parte de sus fuerzas, con las cuales y las que habian salido de Madrid, se proponia Espartero someter á Valencia, y pasar luego á Andalucía. Pero este plan era ya impracticable por la retirada de Zurbano y la defeccion de los oficiales que mandaba Seoane.

Los directores del movimiento, residentes en Madrid, no se descuidaban, entre tanto; y dispuestos á emplear todos los medios, por reprobables que fuesen, para conseguir el triunfo, propagaban las especies más calumniosas, y aun absurdas, revistiéndolas de carácter oficial. Sirva de muestra una comunicacion dirigida por extraordinario á la Junta provisional de salvacion de Valencia, y publicada por su presidente y jefe político interino, D. Joaquin Armero, en la cual se decia: que, al saberse la noticia del alzamiento de la mayor parte de las provincias de España, la consternacion y el desconcierto se habian apoderado de Buenavista (residencia de Espartero en Madrid). "Pero firmes sus moradores, continuaba aquel escrito, en llevar á cabo su proyecto, meditaron un plan terrible y propio solo de villanos pechos: pretendióse asesinar á los dignos diputados de la coalicion, y hundir el puñal de los traidores en el corazon de los leales madrileños, que victoreaban á la Reina y á la libertad.—Derramóse con este objeto el oro extranjero, se hartó de licores á las turbas, pero en vano. ¡Las mismas autoridades frustraron tan escandaloso atentado! No fué esto, sin embargo, bastante desengaño: intentóse de nuevo, fué frustrado, y fueron entonces llamadas para formar un ministerio las personas que por su conducta en las pasadas Córtes han merecido bien de su patria. Este llamamiento era tardío, y así lo manifestaron los representantes del país. Ciego de cólera entonces el imbécil Gobierno que domina en Madrid, pidió la mediacion de un alto funcionacionario de Inglaterra para casar secretamente á nuestra Reina, pero las proposiciones fueron desechadas. En este estado se ha querido hacer el último esfuerzo. El general Chacon y el jefe político han sido separados: se ha organizado una Junta secreta compuesta de los individuos más desacreditados de la Nacion, para que dirija los destinos desde sus conciliábulos: se han hecho promociones escandalosas que han herido el honor del Ejército, y se ha decretado la salida del Regente para esa provincia.—Semejantes disposiciones han producido un efecto enteramente contrario de lo que se esperaba. Muchas de las personas nombradas por la Junta madrileña han tenido compromisos y se han fugado: la misma Duquesa de la Victoria ha salido huyendo para Francia: entre tanto, el desórden y la desconfianza cunde entre los ti-

ranos. Se han querido buscar tropas, y solo se ha podido encontrar dos batallones de Luchana y uno del Rey, *fuerza que cuenta un crecido número de valientes, prontos á abandonar la causa de los malvados....*„

El pronunciamiento estaba en su apogeo; y sin embargo, puede decirse que, á no mediar la defeccion de las tropas, nunca como entonces habria sido posible producir una reaccion completa. Los progresistas, y con ellos toda la parte más liberal del pueblo español comenzaban á desconfiar de la marcha de los acontecimientos. Desde el principio se habia querido en Madrid, que el general Serrano se pusiese á la cabeza de la revolucion, pero lo rehusó. Cuando llegaron á Barcelona los emigrados Córdoba y Zaldívar, con cuyo motivo publicó PRIM la alocucion que hemos transcrito en otro lugar, coincidiendo esto con las noticias recibidas de Francia, de que los generales Narvaez, Concha y otros, protegidos por poderosas influencias, se aprestaban á venir á España con ánimo de apoderarse de las armas, algunos corifeos progresistas concibieron grandes recelos de que el pronunciamiento contra Espartero viniese á redundar en exclusivo provecho de sus irreconciliables adversarios.

D. Manuel Cortina quiso hacer entonces lo que ya era difícil, por no decir imposible, que el partido progresista dominase la revolucion; y al efecto, aconsejó al general Serrano que marchase á Valencia á ponerse al frente del movimiento.

Las circunstancias impidieron á Serrano ir Valencia, y le decidieron á marchar á Barcelona, efectuándolo en compañía de D. Luis Gonzalez Brabo y con pasaportes franceses, por Bayona y Perpiñan, desde donde penetraron en Cataluña, siendo recibidos en Gerona el dia 26 de Junio con grandes demostraciones de júbilo y entusiasmo. Al momento de su llegada, pasaron una comunicacion á la Junta, diciéndole: que su espada, su nombre y su vida, todo lo ponian á disposicion de la causa del pueblo. Un gentío inmenso se agolpó á las puertas de su habitacion; todas las autoridades y corporaciones acudieron á felicitarles. Serrano arengó al público desde un balcon; tambien lo hizo Gonzalez Brabo, y describiendo á su manera un pequeño alboroto, acaecido en el Prado de Madrid [1] el dia 15, dijo: "Yo he visto lucir espadas que amenazaban la vida de nuestra preciosa Reina, y yo puedo vanagloriarme de haber sido uno de los que han contribuido á salvarla. Desde entonces, y latiendo en mi pecho un corazon español, resolví unirme con los que han dado el grito

[1] Sucedió, que, estando la Reina en el paseo, empezaron algunos á vitorearla, gritando:—¡*Viva la Reina sola!*—Esto era lo mismo que decir: «Abajo Espartero;» por lo cual, y habiendo habido aquel dia una gran revista, muchos nacionales que iban armados y paisanos sin armas se alborotaron, gritando á su vez:—«¡*Viva la Reina constitucional!* ¡Viva Espartero y la libertad!»—Se dieron algunos palos, y esto fué todo.

salvador y pelean en las provincias para rescatar de la esclavitud á nuestra Reina y salvar nuestras libertades.„ Dió varios vivas, y por último, el grito de: *Abajo Espartero,* que fué muchas veces repetido con fuego y frenesí por la muchedumbre que le escuchaba [1].

Los señores Serrano y Gonzalez Brabo entraron en Barcelona á las 11 de la mañana del dia 27, y acompañados de los señores Benavent y Degollada, vocales de la Junta [2], fueron á hospedarse en la fonda de las Cuatro Naciones, á cuya puerta se agolpó el pueblo, apenas divulgada la noticia. El general Serrano y su compañero de viaje salieron al poco rato á un balcon, y pronunciaron sendos discursos, diciendo el primero, que era llegado el momento de levantarse todos los buenos como un solo hombre para combatir bajo la hermosa bandera enarbolada por la Junta Suprema de Barcelona, y derribar al tirano, cuyas miras y tendencias estaban ya al descubierto; que venia con este objeto á ofrecer su espada como general, como subalterno y aun como soldado; y despues de vitorear á Cataluña, á la Reina, á la Constitucion y á la Independencia nacional, concluyó con esta notable frase: "¡Guerra á la usurpacion y á la tiranía!„ Habló en seguida el señor Gonzalez Brabo, y con su fogosa elocuencia de tribuno, dijo: que acababan de llegar de la corte, atravesando mil peligros para combatir al lado de los catalanes y triunfar con ellos; que en momentos de crísis, los hechos debian sustituir á las palabras; y por consiguiente, concluia dando los mismos vivas que el general Serrano, como lo hizo, gritando por último: *¡Abajo el tirano!*

Al dia siguiente de su llegada á Barcelona, publicó Serrano un manifiesto á los españoles, templado en las formas, apasionado y no muy verídico en el fondo, explicando la posicion en que venia á colocarse despues de haber contribuido eficazmente á la elevacion legal del Duque de la Victoria; los motivos que tenia para declarársele contrario, y sus propósitos para en adelante. Historiando los hechos que precedieron á la formacion y á la caida del ministerio Lopez, decia: "Diez dias duró este Ministerio; dias de lucha y agitacion incesante con el Duque de la Victoria..... Los secretarios del despacho que entonces éramos, comprendimos la grande importancia de la situacion en que nos hallábamos; y yo particularmente, como ministro de la Guerra, llegué á penetrar que, en este ramo, el Duque de la Victoria y sus ami-

[1] Relacion hecha por *El Postillon*, de Gerona, del dia 27 de Julio de 1843.

[2] Habiéndose recibido de improviso aquella madrugada la noticia de la venida de dichos señores, no hubo tiempo de reunir la Junta.

gos íntimos tenian planes y apoyaban pretensiones no muy difíciles de presumir; pero que mi deber, como español que ha jurado defender á la Reina, y que ha combatido por la causa de la libertad, me obligaba á contrarestar..... Conocimos que las miras del Duque de la Victoria estaban separadas de las nuestras por un abismo; y volviéndonos á las Córtes, en cuya mayoría nos apoyábamos, seguros de nuestro proceder, sin pronunciar una sola palabra de acusacion, renunciamos el cargo que se nos habia confiado: el Regente aceptó la renuncia, y nos retiramos de la escena pública.„

Hablaba luego de los últimos acontecimientos, y decia, que la destruccion de Reus y la órden de bombardear á Granada le habian convencido de que el hombre que arruina ciudades y enciende la guerra civil para sostener su transitorio mando, merecia ser lanzado del país; que el Duque de la Victoria tenia ejemplos dignos de imitacion, no solo dentro, sino fuera de España, citando á Napoleon y Cárlos X, que prefirieron el destierro y la expatriacion á sostenerse en el poder á costa de la sangre francesa; "y no hace mucho, añadia, que una ilustre señora, á quien sostenia un partido numeroso, dejó la España y las grandezas del solio á que estaba acostumbrada desde que nació, antes que concitar la pelea entre sus gobernados... Arruinar la patria *por mandar quince meses*, es un delito sin ejemplo en los fastos del mando. Arruinar la patria por mandar más allá de los quince meses, que por ley quedan de menor edad á la Reina, es una usurpacion intolerable: de todos modos, levantada la mayor parte de las provincias, y sometida la cuestion á la suerte de las armas, los que tuvimos ánimo bastante para esgrimirlas contra un príncipe de la familia real, con más razon podremos empuñarlas contra un hombre que no es príncipe, ni tiene títulos á nuestra gratitud, ni merece ya la confianza del país.„

El manifiesto concluia con estos párrafos:

"Es preciso que sepa España, que no ha prodigado sus tesoros ni su sangre para que un duque sea regente, sino que el Duque de la Victoria fué regente para utilizar en pró del país los tesoros prodigados y la sangre derramada en mil combates por los españoles: desde el momento en que ese Regente pide nuevos tesoros, quiere otra guerra y desea verter más sangre, ni es regente, ni es nuestro compatriota... La decision que me anima es inflexible; no hay medio de retroceder. La suerte de España consiste en la expulsion de ese hombre, cuyas ambiciosas miras todos conocen ya: preciso es vencer el obstáculo que se opone á la paz, á la concordia, á la libertad de nuestra patria.—Aquellos que ven el porvenir como yo lo descubro,

que vengan á unirse conmigo, que acudan á defender al país, á la Reina y á la Constitucion.—Quédense con ese hombre, que tantas lágrimas hace derramar y tantas convulsiones origina, solamente aquellos que, habiendo contribuido con él á la pérdida de nuestro poder colonial [1], quieren servir de instrumento para que la España sea borrada del catálago de las naciones independientes.„

El mismo dia 28, la Junta de Barcelona, arrogándose un poder soberano y facultades que no tenia, pero fundándose en la necesidad inprescindible de establecer un gobierno central, que uniformase la accion de todas las provincias, decretó la reinstalacion del ministerio Lopez, encargando al general Serrano el despacho de todas las secretarías, mientras no se reuniesen los demás miembros del gabinete. Aquel ministerio debia considerarse como *Gobierno provisional*, hasta que á su constitucion definitiva se adhiriesen todas las juntas provinciales de la Península, representadas por medio de dos comisionados, reunidos en *Junta Central.*

Investido el general Serrano con las facultades de ministro universal, que constituian una verdadera dictadura, inauguró su mando con un abuso de autoridad, con un atentado contra la soberanía de la Nacion y contra las Córtes; pues no de otro modo puede calificarse el decreto de destitucion del Regente, concebido en estos términos:

"En nombre de la Nacion: Siendo incompatible con la felicidad pública la regencia del Duque de la Victoria, el Gobierno provisional, de acuerdo con la Junta suprema de esta provincia, ha venido en resolver lo siguiente:—Artículo 1.° Queda destituido de la regencia del reino, que ejercia durante la menor edad de doña Isabel II, el general D. Baldomero Espartero, duque de la Victoria y de Morella, y conde de Luchana.—Artículo 2.° La Nacion entera, los empleados de todos los ramos, de todas las clases y categorías, quedan relevados de la obediencia que, con arreglo á las leyes, estaban en el caso de prestar al ex-regente.—Barcelona, 29 de Junio de 1843.—El ministro de la Guerra y encargado interinamente de los demás ministerios,—*Francisco Serrano.*„

En la noche del mismo dia que se expidió este decreto, fué obsequiado con una serenata el general Serrano; quien, saliendo al balcon de su alojamiento, dirigió la voz al público, y prometió solemnemente, que *en breve quedaria establecida en Ma-*

[1] Es bien sabido que Espartero, léjos de contribuir á la pérdida de las colonias españolas, vertió su sangre para conservarlas; y es tambien sabido, como hemos anotado en otro lugar, que no asistió á la batalla ni á la capitulacion de Ayacucho, porque á la sazon se hallaba en España.

drid la Junta Central; promesa que no llegó á cumplirse, originándose de esta causa nuevos disturbios y mucho derramamiento de sangre.

Durante su corta permanencia en Barcelona y su viaje para Madrid, expidió el Dictador varios decretos; uno de ellos declarando la nulidad de los grados militares, empleos y condecoraciones dados por el Regente, desde el dia en que alzó Málaga el estandarte de la insurreccion. Confirmó, entre otros, el empleo de brigadier, que la Junta de Barcelona habia concedido á PRIM, á quien, más tarde, se confirió título de Castilla con la denominacion conde de Reus y vizconde del Bruch [1]; confirmó asimismo el empleo de mariscal de campo dado á D. Vicente de Castro, y concedió á la villa de Reus el título de *ciudad*, con el calificativo de *esforzada;* á las banderas de su Milicia la corbata de S. Fernando, y un escudo de distincion á cuantos habian tomado parte en su defensa contra Zurbano. Retiradas ya las tropas de este general camino de Aragon, marchó Serrano de Barcelona con algunos batallones pronunciados, y acompañado de PRIM, que mandaba, entre otras fuerzas, un cuerpo de voluntarios catalanes, se dirigió hácia Madrid.

VII.

El mismo dia 27 de Junio, en que llegaron á Barcelona Serrano y Gonzalez Brabo, desembarcaban en el Grao de Valencia los generales D. Ramon María Narvaez y D. Manuel de la Concha, el brigadier D. Juan de la Pezuela, y otros militares adictos al partido de Cristina [2]. En un vapor fletado públicamente, por el que se pagaron treinta mil francos, y contando con la proteccion decidida de las autoridades francesas, se habian embarcado en Marsella [3]; y al llegar á las aguas de Valencia, dirigieron á su Junta una comunicacion, de la cual extractamos los siguientes párrafos:

[1] Este último título habia sido dado al general Zurbano por el gobierno de Espartero.

[2] Eran los demás, los coroneles D. Manuel Arizcun y D. José Fulgosio; los tenientes coroneles D. Juan Contreras, D. Luis Serrano y D. Joaquin Ravenet; los capitanes D. Juan Ortega, Conde de la Cimera y D. Matías Seco, y el alférez D. José Angulo.

[3] Con fecha 20 de Junio, escribian desde Marsella á *El Espectador* de Madrid: «A toda prisa se está aprestando el vapor francés *Rubis*, de porte de 114 toneladas. Aunque su objeto es secreto, he podido penetrarlo; va á conducir varios emigrados cristinos á la costa de España: entre estos se cuenta el ex-brigadier Pezuela; sus compañeros son pájaros gordos: mi siguiente llevará los nombres de todos ellos. Las autoridades francesas no solo lo toleran, sino que lo protejen. Al mismo tiempo, dos casas de comercio de aquí preparan bastantes fardos de contrabando, para *proteger* las fábricas de Cataluña.»

"Los generales y oficiales que abajo se expresan, hasta hoy emigrados y en tierras extranjeras, no por la ira de sus conciudadanos, no por el voto de los pueblos, *por la tiranía, sí, y el desapiadado encono de un hombre, por la envidia y el estúpido exclusivismo de una pandilla,* pisan ahora en estas playas el primer suelo de la patria. —Sus pechos, cubiertos de cicatrices, *han sido por espacio de siete años el baluarte de la libertad, el escudo de la real huérfana.* Jamás, nunca sus espadas habrian podido desenvainarse contra objetos tan caros.—Esa torpe calúmnia es ya de todos conocida. Nada en Octubre tenian que temer de nosotros la libertad, las leyes, nuestra Reina: queríamos refrenar la ambicion del *soldado de casualidades;* decíamos entonces: *Dios salve al País y á la Reina.* ¿Nos hallamos ahora tan distantes?.... A esta ciudad venimos la primera, porque se ha dicho que el destructor de Barcelona se dirigia á destruir á Valencia; y con la pena de no haber podido entonces contribuir á la salvacion de la una, ahora nos presentamos á la otra, y no sucumbirá mientras nos dure la existencia.—Para eso os ofrecemos nuestros servicios, libres de envidia, ajenos de ambicion, obedientes, sumisos, si fuese necesario, entre los grupos del pueblo, entre las hileras del soldado...."

Poca razon tenian los más de los firmantes de la anterior comunicacion para expresarse en los términos que lo hacian: no era la causa de su emigracion al extranjero la tiranía y el desapiadado encono de un hombre, ni el estúpido exclusivismo de una pandilla, sino su propios actos: los más de ellos habian tomado parte en los acontecimientos de Octubre de 1841; y aquella sedicion, que ahora trataban de presentar como un acto meritorio, fué lo que les obligó á dejar el suelo de la patria: en este caso se hallaban el general Concha, el brigadier Pezuela, los coroneles Arizcun y Fulgosio, el teniente coronel Ravenet, que lo era del regimiento de la Princesa, y fué de los que siguieron á Concha en la noche del 7 de Octubre, y D. Juan Ortega, que, siendo capitan de la guardia que se hallaba de servicio en Palacio, se unió con su tropa á los sublevados. El general Narvaez habia emigrado en 1838, á consecuencia de los sucesos de Sevilla, y continuaba en el extranjero por su voluntad; pues en 1840, no solamente se sobreseyó su causa, sino que el gobierno de Espartero le declaró completamente libre de toda responsabilidad. No podia, pues, decir Narvaez, que la tiranía y el desapiadado encono de un hombre le habian tenido en la emigracion; ni era exacto, aunque peleó como valiente al principio de la guerra civil, que por espacio de siete años hubiese sido su pecho baluarte de la libertad y escudo de la real huérfana: mucho menos pudo decir esto último el coronel Ful-

gosio, que, durante los siete años, habia servido en las filas carlistas, siendo uno de los que firmaron el convenio de Vergara. El teniente coronel Contreras servia en un regimiento de caballería, cuando se sublevó en Vitoria, donde se hallaba de guarnicion; y en fin, más de dos de los firmantes de aquel escrito debian señalados favores al que apellidaban *soldado de casualidades.*

El brigadier Pezuela fué portador del mensaje de los emigrados á la Junta de salvacion de Valencia, la cual aceptó con entusiasmo sus ofrecimientos: nombráronse al instante varias comisiones oficiales, para ir en corporacion á recibir en la playa y obsequiar debidamente á tan distinguidos huéspedes, y se les acompañó casi en triunfo á la ciudad.

El mismo dia fué nombrado Narvaez general en jefe de las tropas de aquel distrito; diéronse mandos activos á los demás jefes y oficiales, y se dispuso que D. Manuel de la Concha marchase á Málaga, para ponerse al frente del movimiento de Andalucía. La Junta valenciana, reforzada con el apoyo de un caudillo valioso, comenzó á ejercer actos de verdadero despotismo: necesitando procurarse recursos momentáneamente, decretó un reparto de millon y medio de reales sobre la propiedad inmueble de la ciudad, cuyas cuotas debian ser satisfechas en el término de veinticuatro horas, bajo apercibimiento de apremio militar, que se expediria al vencimiento de dicho plazo, sin más amonestacion. Sin considerar que atropellaba la ley hecha en Córtes, poniéndose en pugna con los principios que proclamaba, decretó la misma Junta la suspension de la venta de los bienes que habian pertenecido al clero y á los conventos de monjas en aquella provincia, y el nombramiento de una comision que los administrase, destinando sus rentas al sostenimiento del culto y de las religiosas. Otras disposiciones dictó aquella Junta, que alarmaron á muchos, haciéndoles comprender las tendencias retrógradas del pronunciamiento.

Conociendo Narvaez cuánto importaba obrar con actividad en aquellas circunstancias, y viendo la inaccion de Espartero en Albacete, salió de Valencia el 2 de Julio, y reuniendo una pequeña division de 3,600 hombres, marchó á librar á Teruel, amenazada por el brigadier Enna. Las tropas de este, se pasaron á Narvaez, que entró el dia 4 en Teruel, donde dió un manifiesto á los españoles, del cual merecen ser extractados los siguientes períodos:

"…. Al desenvainar mi espada de nuevo (decia), mi ánimo no es defender á un partido; es defenderlos á todos del desprecio con que han sido pisoteados por el Gobierno que va á caer. El que, en las circunstancias actuales, quisiera destrozar la Constitu-

cion del 37 y abatir el pabellon de la patria; el que quisiera hollar el trono de nuestra Reina; el que, volviendo la vista atrás, intentase reacciones de cualquier color que fuesen, destruyendo la bandera de union que se ha proclamado, seria indigno del nombre español, mereceria que todos juntos cayésemos sobre él para anonadarle. —Este es el voto mio y el de mis compañeros, españoles: este es el voto que cumpliré á todo trance. El que nos suponga otras intenciones, quien nos señale como venidos á resucitar otra bandera, ese es un enemigo del alzamiento nacional; un malvado, que trata de dividirnos, para diferir nuestro triunfo.„

Debemos creer en la sinceridad de estas palabras, cuando fueron escritas; pero tambien debemos, ante todo, dejar que hablen los hechos.

Desde Teruel, marchó Narvaez sobre Madrid, poniéndose en combinacion con Azpiroz, que habia salido de Valladolid, y se dirigia tambien hácia la capital. El dia 10 de Julio, estableció Azpiroz su cuartel general en Guadarrama, y adelantando sus avanzadas hasta el Pardo, escribió al Capitan general de Madrid, D. Evaristo San Miguel, pidiéndole que se le abriesen las puertas de la corte, y diciendo que sus deseos eran que todos se abrazasen como hermanos. Contestóle San Miguel negándose á su demanda, y el 13 se recibieron ya proclamas y comunicaciones de Narvaez, invitando á los nacionales de Madrid á unirse "á la santa empresa que la Nacion entera habia tomado á su cargo.„ Habiendo avanzado hasta Fuencarral, reiteró Narvaez sus instancias, dirigiéndose al Ayuntamiento y al Capitan general, que le contestaron con dignidad y entereza: proponian la neutralidad en el terreno de los hechos; pero declaraban que, si la capital era atacada, sus defensores no podrian menos de rechazar toda agresion, mientras no se acercase á ella un gobierno legítimo y reposado.

Entonces fué cuando Narvaez, impaciente por entrar en Madrid, y sin leer lo que firmaba, dirigió á San Miguel una comunicacion famosa, que él mismo quiso negar despues, y que, en efecto, no era obra suya. Decia así:

"Excmo. Sr.:—Recibió esta mañana V. E. una comunicacion mia, y todavía esta noche me halló sin haber tenido contestacion, sin embargo de que eran mis ideas y mis palabras bien templadas y conciliatorias. Ahora me dirijo nuevamente á V. E.; pero es para decirle que, si despues de cuatro horas de recibido este, no se me facilita la entrada en esa capital, la ocuparé por fuerza, *sin que baste á contenerme la sangre que haya de derramarse;* pues en una lucha que yo no he provocado, *cuanta más corra de la vil y traidora*, será más provechosa y saludable á la prosperidad co-

mun de nuestra pátria, y no habrá de pesarme que la Providencia me haya escogido por instrumento de su justicia y de la justicia de los hombres.—Dios, etc. Fuencarral, 15 de Julio de 1843.„

San Miguel no contestó á la anterior comunicacion, y le dió publicidad poniéndola en todas las esquinas de Madrid, acompañada de una breve alocucion. Realmente, aquel oficio no necesitaba comentarios: bastaba él solo para que todos cuantos tenian en algo su dignidad y su honra, se aprestasen denodadamente á combatir á quien se presentaba con tanta arrogancia, y tan sediento se mostraba de derramar su sangre. Así sucedió, en efecto: Narvaez no cumplió su amenaza; pero despertó una indignacion general en los madrileños, que se dispusieron á una defensa obstinada; y vióse á los milicianos de los pueblos acudir presurosos á compartir los peligros con sus compañeros de la capital.

Habia en Madrid muy pocas fuerzas del Ejército; esperábase, sin embargo, la llegada de Seoane y Zurbano, que habian salido de Zaragoza con un respetable cuerpo de ejército, y la de Iriarte, que burlando la vigilancia de Azpiroz y Narvaez, por medio de rápidos y bien combinados movimientos, logró efectivamente penetrar en la capital con 2,400 infantes y 400 caballos.

Al saber Narvaez la aproximacion de Seoane, marchó á situarse en las inmediaciones de Torrejon de Ardoz, dispuesto á disputarle el paso. A las 9 de la mañana del 22 de Julio presentáronse las fuerzas de Seoane ocupando la altura de Torote: la vanguardia, compuesta de 19 compañías de cazadores, hizo un simulacro de fuego, y dando un bayonetazo en el pecho á su jefe, se pasó en masa á los pronunciados. Al ver Seoane esta defeccion, mandó á la artillería romper el fuego contra aquellas tropas; pero tambien la artillería estaba vendida, y disparó por elevacion, siendo por consiguiente nulos sus efectos. El jefe que mandaba la caballería se ofreció entonces á caer él solo sobre los contrarios: aceptado su ofrecimiento, y habiendo recibido las órdenes necesarias, marchó con su fuerza en línea de batalla, y al acercarse donde estaba el general Shelly, jefe de la caballería pronunciada, le abrazó, y mandando dar media vuelta, presentó las lanzas á Seoane.

Mandó entonces Zurbano avanzar la primera division para sostener á la artillería, que habia quedado descubierta; pero no fué obedecido: un grupo de soldados corrió por delante de las filas gritando: *¡Todos somos unos!* Adelántase Narvaez con algunos vocales de la Junta de Valencia, agitando los pañuelos en alto y dando vivas á la union, á la Constitucion y á la Reina: repiten estas voces varios jefes de

las tropas de Seoane; y este general, en medio de un desórden completo, en el que corrió grave peligro su vida, quedó hecho prisionero. Un ejército de más de 12000 infantes, 1500 caballos y 30 piezas de artillería se entregó en masa á otro, cuyas fuerzas numéricas no llegaban á la mitad, y que solo tenia 2 piezas. Esta fué la famosa jornada de Ardoz, que en los partes oficiales se quiso presentar como una gran batalla. Seoane no fué traidor; fué vendido. Zurbano, desesperado en vista de aquella inmensa defeccion, aprovechando el desorden que reinaba en todas las filas, metió espuelas á su caballo, y corrió á todo escape hácia Madrid. Al llegar á una de sus puertas, los nacionales que la custodiaban le conocieron y le vitorearon entusiasmados; pero Zurbano, deteniendo apenas su marcha, les dijo: "Callad, hijos, callad. ¡Hoy es dia de luto: nos han vendido!„ —Y se internó en las calles, sin que se supiese nada más de él, hasta que dos meses despues apareció emigrado en Portugal.

Seoane, ya prisionero, no pudo concluir de dictar el parte al Gobierno de lo sucedido en Adoz: cayó al suelo desmayado, y estuvo enfermo muchos dias; despues de los cuales se le dió pasaporte para Francia, á donde marchó, permaneciendo emigrado hasta 1854.

Perdida toda esperanza de socorro, Madrid capituló, abriendo sus puertas á Narvaez, que entró á las 11 de la noche con el grueso del ejército: por la tarde lo habia efectuado la division Azpiroz, atravesando las principales calles de la capital en medio del mayor silencio. El dia 24 entró en ella igualmente la division catalana, mandada por PRIM y Milans, siendo recibida por sus partidarios con grandes aclamaciones de entusiasmo. Narvaez fué nombrado capitan general, y PRIM gobernador militar de Madrid.

VIII.

Durante los acontecimientos que acabamos de reseñar, el Regente del reino se vió obligado á retirarse de Albacete con el pequeño ejército de 6000 hombres escasos de que disponia. Frustrado el plan de caer sobre Valencia en combinacion con las tropas de Seoane y Zurbano, que debian operar en Cataluña, en cuanto estas marcharon con el propósito de cubrir á Madrid, amenazada por Narvaez, em-

prendió Espartero su movimiento hácia Andalucía; pero con mucha lentitud, estando acaso á la espectativa de lo que pudiera suceder en la capital de España.

Entre tanto, el general Van-Halen, conde de Peracamps, despues de haber permanecido algunos dias ocioso delante de Granada, marchó á Córdoba, donde fué recibido como un libertador; y contando con la plaza de Cádiz, de donde habia de recibir la artillería que necesitaba, y con la fidelidad de la Marina, se propuso caer sobre Sevilla y someterla al gobierno del Regente.

Van-Halen solo disponia de unos 5,000 hombres para tan árdua empresa, teniendo que hacer frente además á las fuerzas levantadas en otras ciudades de Andalucía, y á cuyo frente, venciendo la resistencia de muchos individuos de las Juntas de Málaga y Granada, se habia puesto el general D. Manuel de la Concha, el cual acababa de ocupar el paso de Despeñaperros, y operaba entre las provincias de Córdoba y Jaen.

Perdió Van-Halen mucho tiempo, miéntras esperaba la artillería, que al fin llegó de Cádiz; y cuando ya la Escuadra con que contaba se habia pronunciado, acercó sus tropas á Sevilla el dia 21: envió parlamentarios al Ayuntamiento con proposiciones de paz, y no siendo admitidos, rompió el fuego contra la ciudad, continuándolo el 22 y el 23. En este dia llegó el Regente delante de Sevilla; y reuniéndose entonces un total de cerca de 10,000 hombres, tratóse de activar la sumision de aquella plaza, para ir luego contra Concha, con la esperanza de batirlo y volver sobre Madrid. Pero ya hemos visto que, en aquellos momentos, Madrid habia capitulado, abriendo sus puertas á Narvaez, despues de la famosa jornada de Ardoz.

Durante los dias 25 y 26 de Julio se prosiguió el ataque contra Sevilla, pero debilmente por la escasez de municiones; y en la madrugada del 27, un repique general de campanas anunció á los sitiadores la noticia de la rendicion de Madrid, confirmada en seguida por un oficio que recibió Van-Halen de la Junta de Jaen. Se decidió en consecuencia levantar el bloqueo, lo que se efectuó en la noche inmediata, retirándose el ejército con el mayor órden, y marchando precedido de un gran convoy hácia el Puerto de Santa María. No se trataba ya más que de poner á salvo el honor militar, y de protejer la persona del Regente.

Durante aquella marcha, las tropas, á quienes no era posible ocultar los últimos acontecimientos, se iban quedando rezagadas; y al llegar á Utrera, en la tarde del 28, los jefes de las divisiones y brigadas dieron parte á Van-Halen de que la desércion era general, y que creian imposible continuar hasta el Puerto; y en efecto,

al amanecer del 29 faltaba en muchos regimientos casi la totalidad de su fuerza: á las dos horas de haber salido de Utrera, se quedó Van-Halen sin un soldado de ningun arma, acompañándole solo los generales, jefes y oficiales de E. M., ayudantes de campo y empleados de Hacienda militar. El Regente iba delante con una buena escolta de caballería, á la que se unieron una compañía del regimiento de Luchana y otra del Provincial de Segovia, cuya lealtad fué tan grande, que siguieron al trote de los caballos por espacio de quince leguas, y sin que faltara un solo hombre, hasta llegar al Puerto de Santa María.

En Jerez, Van-Halen, corrió peligro de ser apresado por las fuerzas de Concha, que entraron en aquella poblacion á las doce y media de la noche; á cuya hora, vestido con ropa prestada de paisano, tomó el expresado general un coche, y en compañía del brigadier Lasarte marcho al Puerto, donde encontró al Regente: se embarcaron juntos en el vapor *Bétis*, y salieron para la bahía de Cádiz á las tres y media de la madrugada del 30. Una hora despues llegó el general Concha al Puerto de Santa María, creyendo encontrar todavía en él al Regente; y al saber que se habia embarcado, tomó un vapor y se dirigió á Cádiz con las compañías de cazadores.

A bordo del *Bétis*, formuló Espartero una dignísima protesta contra la violencia que le ponia en el caso de abandonar la regencia del reino antes del término prefijado en la Constitucion. La parte sustancial de esta protesta, que fué certificada por el ministro de la Gobernacion, encargado del despacho del ministerio de Gracia y Justicia, y en tal concepto notario mayor de los reinos, decia así:

"En el dia 30 de Julio de 1843, y hora de las 10 de la mañana, hallándose S. A. S. D. Baldomero Espartero, conde de Luchana, duque de la Victoria y de Morella, Regente del reino en el vapor *Bétis* en la bahía de Cádiz, y á su presencia el mariscal de campo D. Agustin Nogueras, ministro de la Guerra; D. Pedro Gomez de la Serna, ministro de la Gobernacion de la Península; el teniente general D. Antonio Van-Halen, conde de Peracamps; los mariscales de campo D. Francisco Linage, D. Facundo Infante, y D. Francisco Osorio; el brigadier D. Juan Lasarte; D. Salvador Valdés, oficial del ministerio de la Gobernacion de la Península, y los coroneles, D. Ignacio Gurrea, D. Pedro Falcon y D. Ventura Barcaiztegui, dijo: Que el estado de insurreccion en que se hallaban varias poblaciones de la monarquia y la defeccion del Ejército y Armada, le obligaban á salir, sin permiso de las Córtes, del territorio español. antes de llegar el plazo en que con arreglo á la Constitucion

debia cesar en el cargo de regente del reino: que considerando que no podia resignar el depósito de la autoridad real que le fué confiado, sino en la forma que la Constitucion permite, y de ningun modo entregarlo á los que anti-constitucionalmente se erigieron en Gobierno, protestaba de la manera más solemne contra cuanto se hubiera hecho ó se hiciere opuesto á la Constitucion de la monarquía.„

Dióse gran publicidad á esta protesta, y se sacaron de ella copias certificadas, que fueron remitidas con una comunicacion á todos nuestros representantes en el extranjero, diciéndoles: que el Regente, al dejar el territorio español, obligado por una insurreccion militar, no podia menos de considerar ilegítima la mision de los que, constituyéndose por sí mismos en Gobierno de la monarquía, y violando todos los principios de órden público, usurpaban las atribuciones confiadas por la Constitucion al monarca.

El mismo dia 30 de Julio, dirigió Espartero á la Nacion el notable manifiesto siguiente:

"*Manifiesto de D. Baldomero Espartero á la Nacion.*—Acepté el cargo de regente del reino para afianzar la Constitucion y el trono de la Reina, despues que la Providencia, coronando los nobles esfuerzos de los pueblos, los habia salvado del despotismo.—Como primer magistrado, juré la ley fundamental, y jamás la quebranté, ni aun para salvarla: sus enemigos han debido el triunfo á este ciego respeto; pero yo nunca soy perjuro.—Feliz en otras ocasiones, vi restablecido el imperio de las leyes, y aun esperé que en el dia señalado por la Constitucion entregaria á la Reina una monarquía tranquila dentro y respetada fuera. La Nacion me daba pruebas del aprecio que le merecian mis desvelos; y una ovacion continuada aun en las poblaciones mismas en que la insurreccion habia levantado la cabeza, me hacia conocer su voluntad, á pesar del estado de agitacion de algunas capitales, á cuyos muros solos estaba limitada la anarquía. Una insurreccion militar, que hasta carece de pretexto, ha concluido la obra que muy pocos comenzaron, y abandonado de los mismos que tantas veces conduje á la victoria, me veo en la necesidad de marchar á tierra extraña, haciendo los más fervientes votos por la felicidad de mi querida patria: á su justicia recomiendo á los que leales no han abandonado la causa legítima, ni aun en los momentos más críticos: el Estado tendrá siempre en ellos servidores decididos. A bordo del vapor *Bétis* á 30 de Julio de 1843.—*El Duque de la Victoria.*„

Pronunciada Cádiz, tuvo Espartero que dejar el vapor *Bétis* y acojerse á la hos-

pitalidad con que le brindó el almirante del navio inglés *Malabar*, en el cual entró el Regente siendo saludado con 21 cañonazos. El 3 de Agosto zarpó el *Malabar* de las aguas de Cádiz, dirigiéndose á Lisboa, donde el Gobierno portugés, procediendo con insigne ingratitud, no consintió que desembarcase el Duque de la Victoria. Este se trasladó el dia 12 con su séquito á bordo del *Prometheus*, vapor de la marina real inglesa, y despues de tocar en Bayona, llegó el 22 á Lóndres. Durante la primera quincena de su residencia en la capital de Inglaterra, el ilustre proscrito fué visitado por un gran número de personas de alta catagoría, inclusos los ministros de la Corona, quienes le tributaron toda clase de obsequios y convites, siendo el más notable y significativo de todos el de la Municipalidad de Lóndres, que le dió un espléndido banquete en el palacio del *Lord-Mayor* ó *Mansion House*, al que asistieron más de trescientas personas. En él se pronunciaron notables discursos, y hasta se cantó un hímno en demostracion de simpatía hácia Espartero, que se levantó á contestar entre grandes vítores y aplausos, y cuyo brindis fué reproducido el dia siguiente por casi todos los periódicos de la capital. Y no eran solo las clases elevadas quienes así demostraban su consideracion y afecto al que habia sido regente de España; pues, tanto al entrar, como al salir Espartero de *Mansion House*, un inmenso gentío, agolpado á la puerta, le saludó con aclamaciones de aplauso.

Entre tanto, el nuevo Gobierno de Madrid, dejándose llevar de la pasion política, contestaba á la protesta del Regente con el siguiente mal escrito y peor pensado decreto:

"La última prueba de ceguedad y de ambicion que ha dado D. Baldomero Espartero al dejar el territorio español, obliga al Gobierno provisional á que señale al nuevo pretendiente con la marca de la execracion pública, que el voto del país habia lanzado sobre él. No bastando el bombardeo de ricas ciudades, ni la sustraccion de las arcas públicas [1], ni el patente designio de dejar entre nosotros gérmenes de subversion y de desorden, ha terminado el Ex-regente su carrera vergonzosa con una protesta, que si bien es ineficaz y digna de desprecio ante un pueblo heróico, prueba el bárbaro intento de mantener á algunos españoles en la ilusion y el extravío. Celoso el Gobierno de su propia dignidad y de la paz de la na-

[1] No tardó Espartero en hacer desmentir la evidente falsedad de esta acusacion por medio de un comunicado dirigido á la *Gaceta de Madrid*; y aunque más tarde se dispuso la liquidacion de sus haberes, creyendo poder sostener el gravísimo cargo hecho en el decreto de 16 de Agosto, resultó que, léjos de deber nada Espartero á las arcas públicas, se le debian 75,000 duros. Hoy todavía se le debe más de un millon de reales, que nunca ha reclamado.

cion que le ha proclamado, ha venido en decretar lo siguiente:—Artículo único. Se declara á D. Baldomero Espartero y á cuantos han suscrito la protesta de 30 de Julio último, privados de todos sus títulos, grados, empleos, honores y condecoraciones. —Dado en Madrid, á 16 de Agosto de 1843.—*Joaquin María Lopez,* presidente.— *Mateo Miguel Ayllon. —Francisco Serrano.—Joaquin de Frias.—Fermin Caballero.*„

Tal fué la digna coronacion de un movimiento, que execraban ya muchos de los que en él habian tomado parte, y del que pronto habian de arrepentirse los más de los firmantes del anterior incalificable decreto.

CAPÍTULO IV.

Los centralistas.

Sumario.—El *Gobierno provisional* convoca Córtes ordinarias.—Barcelona pide la prometida reunion de la Junta central.—Descontento y efervescencia.—Nombrado Prim gobernador militar de Barcelona, procura conciliar los ánimos.—Insurreccion y lucha.—Heroismo y decision de los centralistas.—Prim los combate y vence en San Andrés de Palomar, Sabadell, Mataró, Gerona y Figueras.—Ataque, defensa y bombardeo de Barcelona.—Su capitulacion, luego que las Córtes declaran á la Reina mayor de edad.

I.

Ya vimos que la Junta Suprema de Barcelona, apremiada por las circunstancias y extralimitándose de sus facultades, nombró un Gobierno provisional de la Nacion, invistiendo al general Serrano con todas las atribuciones del poder ejecutivo; pero con la reserva de que aquel Gobierno no deberia considerarse definitivamente constituido hasta que lo reconociesen todas las Juntas provinciales de la Península, representadas por medio de comisionados reunidos en Junta Central. Era este un mal paso: porque si, en medio de la discordancia y diversidad de los principios proclamados en Junio, se consideró desde luego necesario unificar el voto y las aspiracicnes de los pueblos mediante una Junta ó asamblea general, á la que todos fuesen convocados, por aquí debió empezarse. Obrando como lo hizo, la Junta de Barcelona se arrogó los poderes de la Nacion entera; la cual á su vez, aceptando el nombramiento de aquel Gobierno como un hecho consumado, abdicó su soberanía. Las consecuencias de todo esto fueron las que no podian menos de ser: constituido el Gobierno por el consentimiento tácito de los pueblos, creyó poder obrar independientemente segun sus miras, desentendiéndose por completo del compromiso contraido por uno de sus miembros con la Junta de Barcelona.

En efecto, el Gobierno provisional, apenas establecido en Madrid, no solo proce-

dió como definitivo y soberano, dictando leyes y arrogándose facultades que ni aun á la autoridad real eran concedidas, sino que impelido por las circunstancias, servia de instrumento á la reaccion: multitud de oficiales beneméritos fueron destituidos y reemplazados con carlistas, no ya de los convenidos en Vergara, sino de los que habian emigrado por no reconocer la monarquía constitucional; se confirmó, dándole efecto retroactivo, la anulacion de los empleos concedidos por el Regente desde el 23 de Mayo al 30 de Julio; se faltó á la capitulacion de Madrid, disolviendo su Milicia nacional y nombrando un Ayuntamiento de Real órden: Narvaez, elevado á teniente general y nombrado Capitan general del primer distrito, habia venido á ser casi el árbitro de los destinos de la nacion, cuya capital guarnecia con cerca de 50,000 hombres. Verdad es que Lopez presidia el Ministerio compuesto de las mismas personas que tantas ilusiones habian hecho concebir en Mayo al país; pero ¿donde estaba yá su célebre programa? Lo que se veia despues del sacudimiento que arrojó á Espartero del reino era una dictadura desembozada, y la reaccion absolutista invadiendo por grados las avenidas del trono.

Conservaba entre tanto la Junta de Barcelona la ilusion de que seria convocada la Central, y al efecto habia nombrado por sus representantes en ella á D. Juan de Zafont y á D. Rafael Degollada, oficiando á las de las otras provincias para que eligiesen los suyos respectivos, y aun se propuso constituirla provisionalmente en Barcelona, aprovechando la circunstancia de hallarse en dicha capital varios comisionados de Cádiz, Búrgos y Ceuta; cuando el Gobierno, que creia afirmar la situacion declarando mayor de edad á la Reina, expidió con este objeto un decreto de convocacion de Córtes ordinarias para el 25 de Octubre, mandando renovar el Senado en su totalidad, siendo así que con arreglo á la Constitucion no podia aplicarse esta medida más que á la tercera parte.

El descontento que produjo esta medida se dejó sentir instantáneamente en Barcelona, cuya Junta, para sosegar la agitacion de los ánimos, dió un manifiesto declarando que estaba decidida á no abandonar el programa de Sabadell, y que así lo habia manifestado al Gobierno, instándole para la pronta reunion de la Junta Central. Apoyó esto mismo la Diputacion provincial por medio de una enérgica representacion, en que decia al Gobierno:—"Cuando en 1808 el Capitan del siglo se apoderó traidoramente de nuestras plazas fuertes, los españoles, idólatras de su independencia, formaron desde luego Juntas de provincia, y á ellas debieron sus primeros triunfos sobre las armas invasoras. Reunióse la Central, y de ella renació

la libertad y las leyes que habian desaparecido hasta de nuestros códigos. Estas medidas, que salvaron entónces á la Nacion, la salvarán ahora; las provincias claman por su adopcion, y las provincias no se engañan. ¡Ay de la patria! ¡ay de la libertad, si el voto de los pueblos fuese desoido, si se viesen defraudadas sus esperanzas y realizados sus temores!..... Reúnase, Exmo. Señor, inmediatamente la Central; dilucide y fije ella las grandes cuestiones del momento; y las Juntas provinciales, á quienes es debido el triunfo que celebramos, subsistan entre tanto como garantía de órden y base de la union de todos los buenos españoles. Sin estas medidas, la Diputacion lo repite: ¡Ay de la libertad! ¡Ay de la patria!„

Contestó el Gobierno por medio de un manifiesto á la nacion, eludiendo sus compromisos con la Junta Suprema de Barcelona; la cual, con fecha 6 de Agosto, reiteró su demanda en una nueva exposicion, que entre otras cosas decia:

"Esta Junta opina como V. E., que los grandes acontecimientos deben ser bien explicados, para que nunca la impostura aspire á desfigurar su índole, ni la malicia á eludir sus consecuencias.—Es indudable que los individuos que formaban el Gabinete de 9 de Mayo último fueron llamados á regir el Estado; pero indudable es tambien que esta Junta sola (y no esta y la de Valencia como se asegura en el manifiesto del Gobierno á la nacion), fué la que con su decreto de 28 de Junio constituyó el Ministerio Lopez; y más indudable es todavía que el Ministerio fué declarado *Gobierno provisional*, interin se adherian á su constitucion definitiva todas las Juntas provinciales, *representadas por medio de dos comisionados reunidos en Junta Central.* He aquí, pues, la condicion esencial de la existencia del Ministerio: esta Junta aceptó los servicios que vino á ofrecerle el actual señor ministro de la Guerra: esta Junta, á propuesta del señor ex-diputado, compañero del general Serrano, expidió el citado decreto de 28 de Junio; y esta Junta, en fin, entendió entonces, como entiende ahora, que el Ministerio Lopez será un *Gobierno provisorío*, hasta que en *Junta Central* otra cosa determinen los pueblos. Terminantes están las palabras del decreto; y bien enterado de ellas debió quedar el general Serrano, segun se desprende de su oficio de aceptacion [1] .....—Esta Junta tiene fundados presenti-

[1] Decia así: «*Gobierno provisional de la nacion.=Despacho de la Guerra.*—Excmo. Señor.—Enterado del decreto de V. E. fecha 28 del corriente, debo manifestarle que acepto el difícil cargo que se me confiere mientras duren las circunstancias actuales, y que estoy dispuesto á obrar con el vigor que reclama el peligro en que se hallan, así la Reina, como las instituciones.—Dios guarde á V. E. muchos años. Barcelona 30 de Junio de 1843.—*Francisco Serrano.*—Excma. Junta Suprema provisional de la provincia de Barcelona.»—En 2 de Julio dirigió Serrano una circular á los jefes políticos de todas las provincias, participándoles que quedaba instalado el Gobierno provisional, interin se reunia la Junta Central.—Es muy

mientos de que los pueblos crerán que V. E. ha prescindido tal vez demasiado del carácter provisional de su creacion; que se crea con el exclusivo mandato de salvar la situacion, las instituciones y el trono; que, por último, está resuelto á mandar con inflexible energía y hacer ejecutar rápidamente sus determinaciones. Si la primera de estas hubiese sido, como debia ser, la convocatoria de la Junta Central, esta corporacion daria un voto de gracias al gabinete instalado á consecuencia del triunfo que han alcanzado los pueblos con sus juntas salvadoras. Pero Excmo. Señor, esta Junta haria traicion á sus principios, si no declarase, que el no llamar desde luego á la Junta Central, el haber convocado en su lugar Córtes ordinarias, arrogándose la facultad que solo al Rey concede el artículo 26 de la Constitucion, y el haber disuelto el Senado ordenándose su total renovacion, facultad que ni al Rey da la ley fundamental, son disposiciones que pugnan abiertamente con los deseos expresados por los pueblos y proclamados como base del alzamiento nacional. V. E. se constituye de este modo en Ministerio-rey durante unos tres meses; y V. E. corta un nudo, que solo la Junta Central puede y debe desatar.....„

Razon de sobra tenia la Junta de Barcelona, y sobre todo, revelaba con su actitud una prevision, que justificaron demasiado los acontecimientos sucesivos; pero se olvidaba de que, en las revueltas políticas, nada puede la razon, si no se apoya en la fuerza: para detener en su movimiento abusivo al poder dictorial que ella misma habia creado, y que á su vez se hallaba impelido fatalmente por otro poder superior al suyo, era necesario que la Junta contase con la adhesion explícita de la mayoría de los españoles, antes de lanzarse á una lucha temeraria; pero, si bien es cierto que de Madrid, Zaragoza y algun otro punto se dirigieron representaciones al Gobierno, pidiendo, como Barcelona, la reunion de la Junta Central, no lo es menos que las demás provincias permanecieron silenciosas. En esta situacion, por más justas y convenientes que fueran las pretensiones de los barceloneses, tenian que sucumbir ante la actitud pasiva del mayor número: conociólo así el Gobierno provisional, y teniendo de su parte la fuerza de las bayonetas, no cejó en sus propósitos, y nombró á PRIM gobernador militar de Barcelona, confiando en que, con el prestigio de que el jóven brigadier gozaba entre sus paisanos, se conse-

digno de notarse que, antes de aceptar Serrano el cargo de ministro universal, y por consiguiente, antes de serlo, expidió el decreto de destitucion del Regente, que lleva la fecha del 29 de Junio. Esto solo debió haber abierto los ojos á la Junta Suprema de Barcelona, si es que entonces tenia ojos.

guiria reducirlos á la obediencia, sin necesidad de apelar á medios violentos. Con igual objeto fué nombrado capitan general interino de Cataluña D. Jaime Arbuthnot, que habia figurado en los últimos acontecimientos.

Aceptó PRIM su nuevo cargo, y se dispuso inmediatamente para marchar á Barcelona, llevando consigo el batallon de voluntarios catalanes que le habia seguido á Madrid: no conocia seguramente el verdadero estado de los ánimos en la capital del Principado, ni la gravedad del compromiso que sobre sí tomaba, y cuyo fiel cumplimiento habia de atraerle muchos disgustos, haciéndole blanco de las más graves y apasionadas acusaciones.

Antes que PRIM llegase á Barcelona, estalló en esta el descontento público, empezando por una manifestacion llevada á cabo el 13 de Agosto sin consecuencias desagradables: paseóse por las calles una bandera, seguida de multitud de pueblo, en la cual se veian escritos los lemas de *¡Viva la Junta Central!* y *¡abajo los tiranos!* Bastó la mediacion del Alcalde 1.° constitucional para contener aquel principio de desórden; mas no para calmar la agitacion política que iba creciendo por instantes, y que adquirió mayores proporciones el dia 15, al correr la noticia de que la noche antes habia sido desarmado por sorpresa en la Ciudadela, y de órden del general Arbuthnot, el batallon de francos, llamado de la *Blusa*, cuyo comandante lo era el vocal de la Junta Suprema D. Juan Castells. Inmediatamente se formaron grupos bastante numerosos, que pasearon de nuevo la bandera de *Junta Central*, dando entre otros el grito de: *¡Mueran los moderados!*

Conociendo Arbuthnot que amagaba un serio conflicto, al que no podria hacer frente con las escasas tropas de que disponia, se retiró con ellas á la Ciudadela, y publicó una alocucion tratando de persuadir á los habitantes de la ciudad y su provincia, que acatasen al Gobierno y le ayudasen á mantener el órden público.

En esta situacion, la Junta volvió á tomar el título de *Suprema*, que habia trocado por el de auxiliar; dió nuevamente las armas al batallon de la *Blusa*, acuartelándolo en el fuerte de Atarazanas, abandonado por Arbuthnot, y nombró gobernador del mismo fuerte á D. Francisco Torres y Riera. El 17 por la tarde llegó PRIM á Barcelona, y pudo conocer cuán graves eran las circunstancias, y cuánto habian cambiado los sentimientos del público hácia él desde el mes de Junio hasta entonces: encontró los ánimos vivamente agitados, y fué objeto de demostraciones turbulentas y hostiles; pero no se alteró por esto su serenidad, antes bien persistiendo en sus propósitos conciliadores, procuró y consiguió momentánea-

mente tranquilizar á los demás. Dió al efecto una proclama, y promovió una reunion de varios miembros de la Junta, diputados provinciales, concejales y comandantes de la Milicia, que se celebró bajo su presidencia, y en la cual, despues de largos y animadísimos debates, quedó acordado enviar á Madrid una comision encargada de hacer presente al Gobierno la necesidad de que se reuniese la Junta Central, y los peligros que de lo contrario amenazaban turbar el sosiego público.

No es creible que PRIM tuviese gran confianza en el éxito de las gestiones que iba á practicar la comision: sin embargo, era posible que esta llegase á un amigable acuerdo con el Gobierno, y entre tanto, se lograba restablecer la tranquilidad, y se ganaba tiempo, á fin de preparar una solucion pacífica. Pero los centralistas no se hallaban dispuestos á ceder de sus pretensiones, y las noticias que de Madrid se iban recibiendo eran poco á propósito para calmar su irritacion. El 29 de Agosto, decididos algunos á estorbar las elecciones de diputados á Córtes, pues consintiéndolas se renunciaba de hecho á la reunion de la Central, rasgaron las listas electorales, que habian sido expuestas al público, mostrando así su descontento.

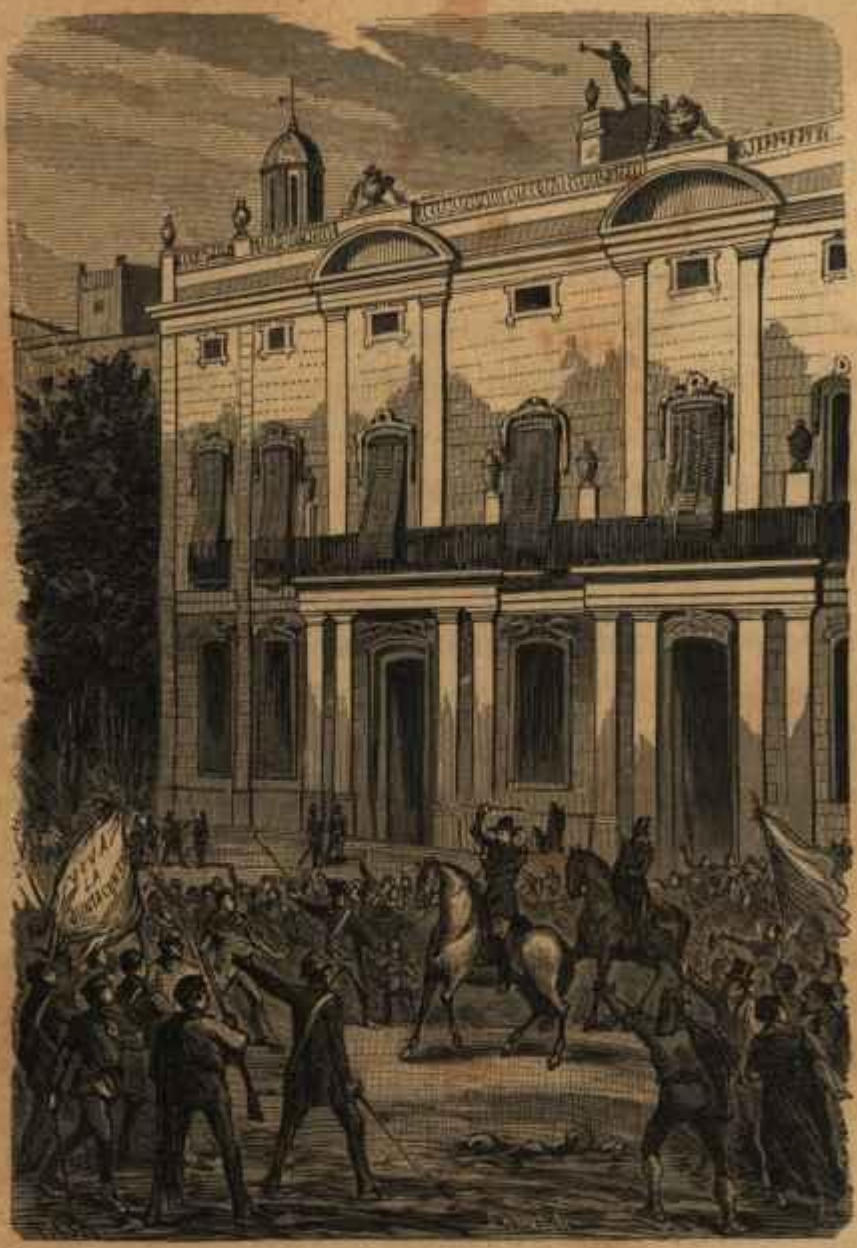
El dia 1.° de Setiembre pudo ya conocerse que los centralistas impacientes no aguardarian hasta el regreso de los comisionados para lanzarse á la lucha. Para celebrar el aniversario del pronunciamiento de Setiembre de 1840, hubo aquel dia muchos banquetes, en los que se pronunciaron calurosos discursos, que contribuyeron en gran manera á fomentar la exaltacion de los ánimos. De poco habian servido los esfuerzos generosos de PRIM para calmar las pasiones, que por un momento habia creido dominar, arengando á las fuerzas ciudadanas en una gran revista que les pasó dias antes en el campo de la Bota: creciendo ahora la agitacion y la alarma consiguiente, se presentó PRIM aquella noche en Atarazanas, procurando atraerse el batallon de la *Blusa*; pero nada consiguió, siendo contestada su alocucion con vivas repetidos á la Junta Central. De Atarazanas marchó PRIM, seguido del ayudante Detenre, hácia la plaza de Palacio, donde su mucha serenidad le salvó de un grave peligro; pues habiendo encontrado apostadas en varias bocas calles, y á las órdenes de Torres, dos compañías de voluntarios, y conociendo por su actitud que se intentaba un golpe de mano contra él, se dirigió resuelto á los que halló más cerca, diciéndoles: "Me esperais á mí? Pues bien, aquí me teneis. Si habeis creido que vertiendo mi sangre ha de salvarse la patria, hacedme fuego." Estas palabras bastaron para desconcertar á unos hombres que no carecian seguramente de valor, pero que por lo mismo sintieron resonar en su pecho la generosa voz del heroismo.

Algunos tiros salieron de entre ellos, causando la muerte de un pobre anciano que atravesaba la plaza; pero ninguno tocó á PRIM, que continuó impasible su camino.

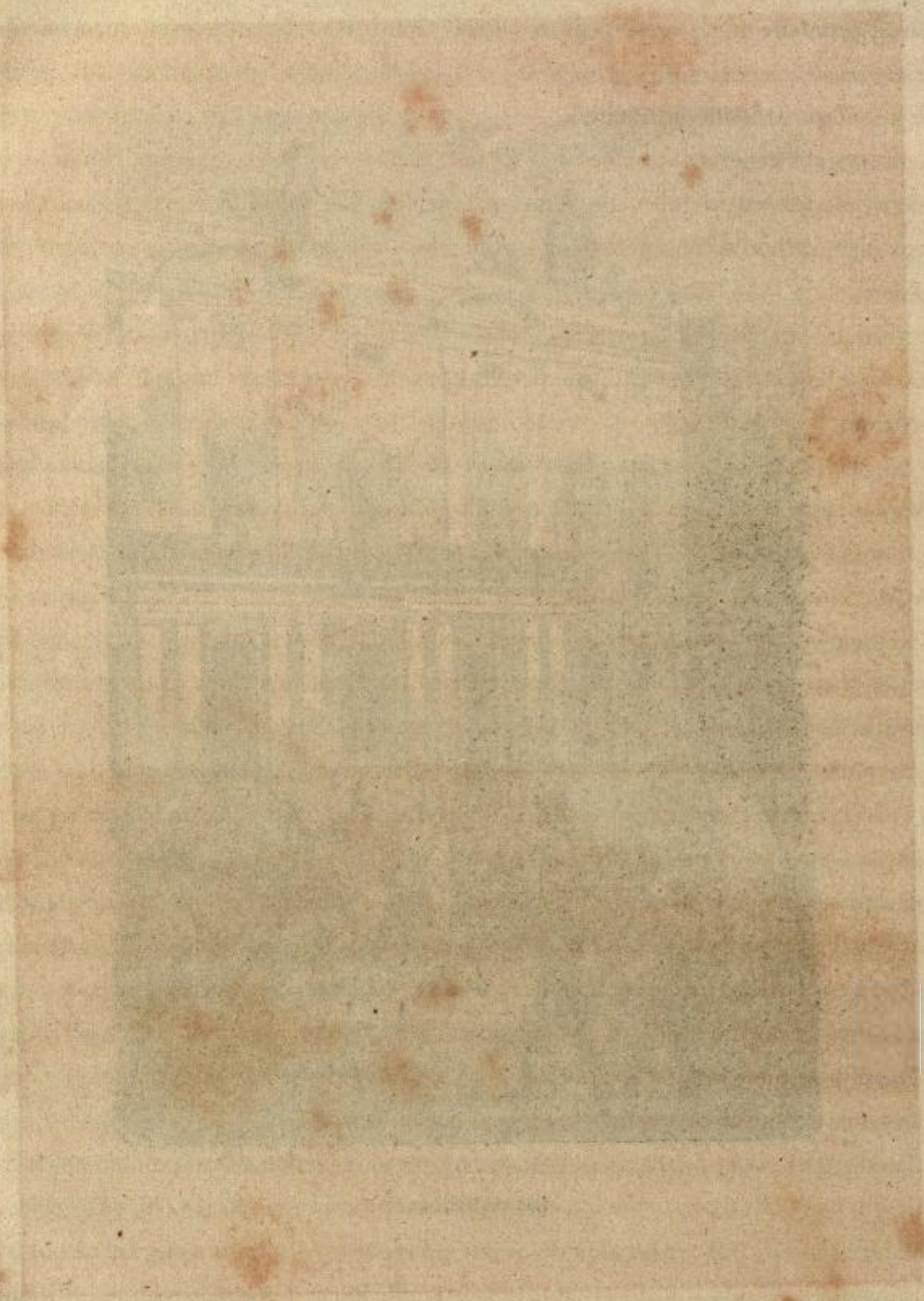
A la una de la madrugada del dia 2 entró en Barcelona el tercer batallon de francos, mandado por D. Francisco Riera, el cual tomó posesion de la plaza de San Jaime y levantó en ella barricadas, artillándolas con algunas piezas que le facilitaron los de Atarazanas. En cuanto fué de dia, los tambores de la Milicia empezaron á recorrer las calles de la ciudad tocando generala; y mientras los batallones se reunian en sus respectivos cuarteles, fijábanse en las esquinas y se repartian con profusion un manifiesto anónimo dirigido *á los liberales de la nacion*, una alocucion del vocal de la Junta de Junio D. Juan Castells, y una proclama del batallon que acababa de entrar en Barcelona, encaminados todos tres escritos á condenar la conducta del Gobierno y á proclamar la Junta Central. El último concluia diciendo: "Ciudadanos todos, contemplad lo que nos preparan los partidarios del Estatuto, y direis horrorizados é impelidos por el más patrio fuego: *¡A las armas, á las armas; derrámese la sangre de los viles, y pondremos Junta Central y libertad para siempre!*„

Levantado el grito de insurreccion, el Capitan general, que lo era interinamente D. Jacobo Gil de Aballe por renuncia de Arbuthnot, el Jefe político y las demás autoridades militares y civiles, excepto el Ayuntamiento, se reunieron á deliberar en la Casa Lonja, escoltados por la compañía de *Guias de Prim*; pero no creyéndose allí seguros, al poco rato se retiraron las primeras autoridades á la Ciudadela, seguidas de las demás que no quisieron secundar el pronunciamiento. La plaza de Palacio presentaba ya un aspecto imponente á aquella hora, que serian las 11 de la mañana. PRIM pasó el último á caballo, acompañado de sus ayudantes, por en medio de aquella multitud, agitada como un mar enbravecido, de la cual salian gritos y voces amenazadoras; y como algunos, aludiendo al jóven brigadier en son de mofa dijesen: "Lo que busca es la faja, „ detúvose PRIM un momento, paseó tranquilo su mirada sobre la muchedumbre, y arrojando el baston de mando, exclamó: "Pues lo quereis, sea. ¡La caja, ó la faja!„ Y metiendo espuelas al caballo, marchó, no á encerrarse en la Ciudadela, como generalmente se ha dicho, sino á situarse en la vecina villa de Gracia.

Justo es decir, que antes de que PRIM exclamase como Cesar: *Alea jacta est*, habia agotado todos los medios de conciliacion; y todavia, retirándose á Gracia, demostraba la repugnancia que sentia de tener que cruzar su acero con el de sus paisanos, y el deseo de conseguir un arreglo pacífico.



Los centralistas.



Abandonada la ciudad por las autoridades, inmediatamente se posesionaron los pronunciados de la Casa Lonja, Puerta de Mar y Palacio, y aquella misma tarde quedó instalada una *comision popular interina*, que al dia siguiente se convirtió en *Junta Suprema provisional de la provincia de Barcelona*, bajo la presidencia del coronel de infantería D. Antonio Baiges.

El Capitan general interino dispuso que bloqueasen el Puerto algunos buques de guerra surtos en el mismo, y para impedir que el alzamiento se extendiera por la provincia, dirigió á los alcaldes de los pueblos cabezas de partido un oficio en que les decia:

"Una nueva sublevacion contra el Gobierno se manifiesta hoy en esta desgraciada ciudad. El tercer batallon franco voluntarios de Cataluña, al mando de D. Francisco Riera, no solamente se ha resistido á ser disuelto con arreglo á lo mandado por la superioridad, sino que ha desobedecido las ordenes del Gobierno de esta plaza y las mias. Furtivamente se ha entrado esta noche por una de las brechas de la muralla [1], y obrando en combinacion con el otro batallon franco, que se hallaba en Atarazanas, y que le ha facilitado artillería, se ha hecho fuerte en la plaza de S. Jaime, enfilando los cañones á las calles que la rodean. Ignoro las pretensiones de esta gente revolucionaria de oficio, aunque se dice que tienen construida una bandera con lema de República.... Hasta ahora el pueblo barcelonés no ha tomado parte en este desacato, ni aun la Milicia nacional se ha reunido por creer que el toque de generala, que se ha dado, no procedia de mi autoridad. Y como quiera que semejantes trastornos no solo afectan á esta capital, sino que influyen en las relaciones industriales y comerciales del resto del Principado, he creido conveniente noticiarlo á V. S. por si considera oportuno reunir la Milicia nacional de ese punto. Si de todo ese partido vienen con ella sobre esta capital, á fin de hacer entrar en la senda de sus deberes á estos descarriados, no dudo que se conseguirá;.... porque si el Ejército se mezclase en estas cuestiones revolucionarias, le presentarian á la nacion entera como tirano y agresor de sus conciudadanos.„

Desmemoriado andaba el señor Gil de Aballe al hablar en estos términos del Ejército, que tan activa parte habia tomado en los últimos acontecimientos, y es muy extraño que se mostrase ignorante de lo que pretendian los pronunciados, cuando tan claramente habian estos desplegado su bandera. Para que ninguna duda quedase acerca de sus pretenciones, la nueva Junta se apresuró á oficiar tambien á los mis-

[1] Se habia empezado á la sazon el derribo de las murallas de Barcelona, decretado por la Junta de Junio.

mos alcaldes de los pueblos, invitándoles á que secundasen el alzamiento, y daba un manifiesto á la Nacion en que decia:

"¡Españoles! Barcelona acaba de lanzar un nuevo grito de indignacion por el peligro en que se halla la libertad; y en su consecuencia, ha vuelto á establecerse la Junta Suprema de Gobierno. Este paso que algunos tacharán tal vez de indiscreto y tal vez de sedicioso, era una necesidad, era un deber; porque deber natural es de todo individuo mirar por su conservacion, y apartar la cadena con que se le quiere aherrojar.... En Junio nos alzamos para derrocar á un poder ambicioso, que se mofaba de las prácticas constitucionales: le derrocamos; mas ¿qué poder le ha sustituido? ¿Qué fruto ha sacado el pueblo de sus esfuerzos y sacrificios?—Ahí está ese Ministerio aclamado con entusiasmo por la nacion, y cuyo programa parecia bajado del cielo para la felicidad de España. Esta Junta le rehabilitó, le creó, le dió una existencia legal en los momentos más críticos; pero le impuso una condicion esencial, y era la de que las provincias reunidas en Junta central le confirmasen en el poder, y le señalasen la marcha política más conforme al voto nacional. El señor Serrano aceptó la condicion, dió su palabra, y la España toda podrá decir si esta palabra ha sido cumplida.....

"Hemos visto que el Ministerio, faltando á su palabra y formal compromiso de Junta Central, ha convocado á Córtes, y Córtes ordinarias, sin estar facultado para ello; ha disuelto el Senado; ha decretado quintas; ha impuesto contribuciones; ha quitado ayuntamientos y puesto otros de Real orden; ha mandado renovar diputaciones provinciales; ha desarmado la Milicia nacional de varios puntos; ha quitado los patriotas de varias provincias, y puesto hombres afrancesados, sin prestigio ni moralidad; ha entregado la inspeccion del Ejército á los reaccionarios de 1841; ha destituido jefes y oficiales entusiastas por la libertad; ha proyectado y va á realizar la enagenacion de los bienes nacionales que quedan, mediante un empréstito de cuatrocientos millones, con el cual se enriquecerán los asentistas, y se sumirá al pais en el descrédito y la miseria; *ha inclinado la balanza á favor de un partido*, haciendo renacer todos los ódios de otras épocas; ha logrado que se separen de su causa lo hombres más probos y resueltos; se ha constituido en instrumento de una camarilla de gitanos políticos sin fé, ni pudor, ni conviccion..... ¿Qué más quereis, que más esperais, españoles? ¿Os abrazásteis para esto en Junio último? ¿Es esta la Constitucion *rígidamente observada*, como dijo el Señor Lopez en su programa?—En tal estado de cosas, en medio de tantos peligros, esta Junta ha vuelto á constituirse

para hacer frente á la crisis y dar la señal á las provincias, para que despierten de su letargo las que todavía no han conocido la traicion de que íbamos á ser miserables víctimas. *¡A las armas*, pues, españoles todos!... *¡A las armas!* y sea la bandera de Junta Central la que nos lleve al combate, la que corone la victoria, y la que asegure para siempre los caros objetos de Constitucion, Isabel, é Independencia nacional.—El presidente, Rafael Degollada.—José Maria Bosch.—Vicente Soler.—José Masanet.—Juan Castells.—Agustin Reverter.—José María Montañá y Romá, vocal secretario.„

En una proclama á los catalanes, decia la misma Junta, que, constituida en calidad de suprema interin llamaba á los vocales de la creada en Junio, se hallaba en el deber advertirles el peligro que corria la libertad; que el último alzamiento habia sido malogrado por la traicion aleve de algunos españoles espúreos, quienes con el pretexto de querer reconciliar todos los partidos políticos, trabajaban solo para entregar la situacion á los enemigos de la prosperidad y de la ley fundamental del Estado; y que no quedaba otro recurso que un nuevo levantamiento, á fin de resolver de una vez para siempre el gran problema de si habian de ser libres ó esclavos, independientes ó sugetos á influencias extranjeras.

Con gran actividad se aprestaron á la lucha los centralistas barceloneses, fortificándose en la Puerta de Mar, Atarazanas y baluarte del Mediodia, donde enarbolaron una bandera negra, siendo nombrado jefe principal de las fuerzas pronunciadas en la plaza el coronel Baiges, presidente ya de la Junta: las tropas, unas tomaron posicion en el muelle en la Barceloneta, mientras otras permanecian en Monjuich y en la Ciudadela.

El mismo dia 3 se rompieron las hostilidades con motivo de la llegada de alguna fuerza procedente de Tarragona, cuyo desembarque intentaron impedir los centralistas ó *jamancios*, como por burla y menosprecio habia empezado á llamárseles; pero protegida por el fuego de la Ciudadela, pudo aquella desembarcar en la playa de la Barceloneta y entrar en dicho fuerte. Al amanecer del 4 rompieron el fuego los centralistas desde el baluarte de Mediodia, Puerta y muralla de Mar contra la Ciudadela y Barceloneta, siendo muy vivo durante todo el dia el tiroteo, acompañado de las descargas de artilleria, y grandes las pérdidas sufridas por ambas partes; pero mayormente por los centralistas, cuyo jefe el coronel Baiges murió de un balazo en el pecho, al recorrer la línea de la muralla de Mar, y en el acto de mandar suspender el fuego, que era de todo punto inútil en aquel momento. [1] La muerte Baiges

[1] El mismo dia que murió Baiges, se expidió una Real órden, firmada por Serrano, y dirigida al Capitan general de Cata-

fué muy sentida por los pronunciados, cuya causa perdia realmente el más decidido, capaz y emprendedor de sus caudillos. Paseado su cadáver con aparato por las principales calles de la ciudad, fué conducido al palacio de la Diputacion, y por espacio de 24 horas permaneció expuesto al público en el salon de San Jorje. Sus amigos, reunidos en torno del féretro, juraron solemnemente vengarle y no dejar las armas de las manos hasta vencer ó morir por la libertad.

II.

Durante los dias 5, 6 y 7 de Setiembre continuaron las hostilidades en Barcelona, sin más interrupcion que las horas de la noche, llegando á trabarse algunos combates entre los centralistas y las tropas que el mando de PRIM se hallaban situadas en Gracia. El Ayuntamiento, representado á la sazon por once de sus individuos, únicos que habian quedado en la ciudad, [1] acudió al Capitan general rogándole que mandara cesar el fuego, con el propósito de ver si, restablecida la calma en los ánimos, podia encontrarse un medio de conciliacion que evitase mayores desgracias. El Capitan general contestó que participaba de los filantrópicos deseos del Municipio; pero que no podia suspender el fuego mientras continuase el de los insurrectos: pretendió además que el vecindario, dirigido por los concejales, desarmase las fuerzas sublevadas y entregase sus jefes á la autoridad militar. Mal podian once concejales hacer nada de esto, y así lo declararon al Sr. Gil de Aballe, quedando por consiguiente sin resultado alguno aquellas gestiones.

Los sublevados por su parte comprendieron que la lucha iba á prolongarse; y dispuestos á sostenerla con toda firmeza, fortificaron la plaza de S. Jaime, las murallas, y principalmente las avenidas de la Ciudadela, abriendo anchos fosos y levantando fuertes baterias, entre las cuales eran las más notables la del Born, y la

luña, en la cual se le decia, que «sabiendo el Gobierno provisional que se hallaba pendiente un desafio entre el brigadier PRIM y el titulado coronel D. Antonio Baiges, mandaba á dicho Capitan general que con prudencia y reserva hiciese salir á Baiges inmediatamente de Barcelona, confiriéndole una comision que le alejase de dicha plaza mientras permaneciera en ella el brigadier PRIM.» Infiérese de esto que, á causa de las circunstancias, habrian mediado cuestiones entre ambos jefes durante los dias anteriores.

[1] Eran los señores D. José Soler y Matas, D. José Santamaria, D. Gabriel Martí, D. Mariano Vallés, D. Jorje Escofet, D. Narciso Ortiz, D. Fidel Llaurat, D. Juan Clarasó, D. José Oriol Ronquillo, D Pedro Norta y D. José Puig.

que bajo el fuego de sus contrarios construyeron en la rampa de la muralla de Mar. La Junta Suprema aumentó el número de sus vocales [1]; nombróse otra de armamento y defensa, y ambas trabajaron con denuedo, así para atender á la organizacion de las fuerzas ciudadanas dentro de Barcelona, como para hacer que el movimiento se propagase á otros puntos de Cataluña, como en efecto sucedió, pronunciándose sucesivamen te Mataró, Gerona, Hostalrich, Olot, y casi todas las poblaciones del Ampurdan.

El castillo de Monjuich permanecia entre tanto mudo y como espectador de la lucha que se sostenia en Barcelona cada vez más encarnizada y mortífera. El Gobernador de aquel fuerte, que lo era el mismo coronel Echalecu que no quiso pronunciarse contra Espartero, naturalmente debia ser afecto por sus ideas liberales á la causa centralista, cuyos mantenedores confiaban en que se declararia en su favor con la guarnicion del castillo; pero aquella guarnicion no se mostraba adicta á la misma causa, y aprovechando esta circunstancia, el Capitan general hizo relevar á Echalecu, nombrando gobernador en su lugar al coronel D. Fernando de Zayas. En cuanto este tomó el mando, el 7 de Setiembre, las batarias de Monjuich comenzaron á disparar con bala rasa contra Atarazanas, cuyo gobernador, Torres y Riera, que más adelante abandonó su puesto, hizo bandera negra de la corbata que llevaba, enarbolándola en señal de reto; y no pudiendo aquel fuerte contestar al fuego del castillo, se vengó haciéndolo incesante contra las tropas de la Barceloneta.

El mismo dia 7 anunció la Junta suprema que el brigadier don Narciso Ametller habia emprendido la marcha para Barcelona desde Lérida, en compañia del comandante Martell, con dos batallones de francos, uno de Zamora y algunas partidas sueltas del Ejército, decididos á sostener la bandera de los sublevados. Así era en efecto; pero Ametller, que mantenia al mismo tiempo correspondencia con los ministros Lopez y Serrano, acaso vacilaba en su resolucion; pues enviando delante á Martell, que entró en Barcelona el dia 9, escribió á Prim desde Igualada, manifestándole que el espíritu de sus tropas le ponia en una situacion muy crítica, por lo cual creia conveniente que tuvieran los dos una entrevista. El 9 por la mañana salió Prim de Gracia en compañia de algunos oficiales, al encuentro de Ametller, que es-

[1] Quedó constituida con las personas siguientes: D. Rafael Degollada, presidente, D. José María Bosch, D. Vicente Soler, D. José Vergés, D. José Masanet, D. Juan Castells, D. Agustin Reverter, D. Tomás María de Quintana, D. Antonio Rius y Rosell, D. Vicente Zulueta, D. Miguel Tort, D. Tomás Fábregas, y D. Ramon María Montañá. Seguian formando parte de ella D. Antonio Benavent y D. José de Queralt, que se hallaban comisionados en Madrid, y se nombró por último al coronel D. Juan Martell, que se acercaba á Barcelona al frente de un batallon de francos.

taba ya en San Feliu de Llobregat, donde se celebró la solicitada conferencia: no es posible saber lo que se trató en ella; pero es de presumir que fué amistosa y encaminada á procurar una avenencia, que terminase la efusion de sangre entre hermanos; pues quedó acordado entre ambos jefes, que al dia siguiente se reunirian en un almuerzo con los de la Junta para llevar á feliz término las negociaciones pacíficas entabladas. Tales habian sido siempre los deseos de PRIM, que (dicho sea de paso) no tenia ningun compromiso contraido á favor de la Junta central, y estando al lado del Gobierno en esta ocasion, cumplia sus deberes como militar y defendia la bandera levantada por él mismo en Reus. Pero ¿qué avenencia podia caber entre los que exigian el cumplimiento de una palabra empeñada, y el Gobierno que faltaba á ella? Para que hubiese transaccion ó avenencia, era necesario que ambas partes cedieran algo de sus pretensiones; y la cuestion se hallaba planteada en tales términos, que no habia medio de ceder en nada sin perderlo todo. Engañábase PRIM creyendo en la posibilidad de un acuerdo; engañábase (y él mismo lo declaró así más tarde) creyendo á los centralistas víctimas de una ofuscacion; porque aun estaba, como otros muchos, en el error de que la concordia de los partidos seria un hecho, próximo á consumarse sobre las bases de la mayoría de la Reina y la fiel observancia de la Constitucion: veia en el Gobierno á hombres de antecedentes progresistas, y en torno de él á los moderados haciendo las mayores protestas de liberalismo; no reparaba en los actos, que estaban en oposicion con las palabras, ó los consideraba efectos necesarios de las circunstancias; y debia pensar que, obrando de buena fé, mejor que una junta central, arreglarian las Córtes todas las cuestiones pendientes, sin necesidad de prolongar el período revolucionario.

Celebrando estaba PRIM su conferencia con Ametller, cuando regresaron á Barcelona los comisionados de los centralistas que habian ido á Madrid: su llegada contribuyó á exaltar más los ánimos, pues venian completamente desahuciados por el Gobierno, sin haber obtenido resultado alguno de su comision. Ignorante de esto, y confiando más que nunca en la terminacion amigable de aquella contienda, regresó PRIM á Gracia, mientras Ametller se dirigia á Sans, y entraba el dia siguiente, 10 de Setiembre, en Barcelona con su columna, excepto el batallon de Zamora, que no quiso seguirle y marchó á reunirse con las tropas que guarnecian la Ciudadela.

Con grande alborozo fué recibido por los barceloneses el brigadier Ametller, quien desde un balcon de las Casas consistoriales pronunció estas palabras: "He venido

resuelto á unirme con vosotros para correr una misma suerte: con tales compañeros no pueden peligrar nuestras instituciones liberales, sean cuales fueren los enemigos que se hayan de vencer. Mi divisa es la libertad: finalmente seremos libres á despecho de los traidores. *Ciudadanos: ¡mueran los Narvaez! ¡mueran los Conchas! ¡mueran los tiranos!* Antes que ser esclavos, nos sepultaremos entre las ruinas de esta ciudad.„

En medio de la agitacion de aquellos momentos, expidió la Junta dos decretos: por el primero nombraba á D. Narciso Ametller mariscal de campo de los ejércitos nacionales, y le conferia la Capitanía general del Ejército y Principado de Cataluña; por el segundo declaraba traidor á la patria al brigadier D. Juan Prim, privándole en consecuencia de todos sus grados, honores, títulos y condecoraciones. Cuando Prim se enteró por los periódicos de este acto imprudente de la Junta, no pudo reprimir un grito de indignacion: reunió inmediatamente á los jefes y oficiales que se hallaban á sus órdenes, y les comunicó lo que ocurria; teniendo la satisfaccion de ver que todos ellos participaban de su justo enojo, y se hallaban decididos á demostrar con obras los sentimientos de adhesion que les animaban hácia su persona. La Junta, declarando á Prim traidor á la patria, se habia creado muchos irreconciliables enemigos.

Ametller no aceptó el empleo de mariscal de campo, que le daba la Junta; pero se puso al frente de las fuerzas centralistas, y decidió marchar á reunirse con una columna que, al mando del coronel D. Francisco Bellera, habia salido de Gerona en direccion á la capital del Principado. Con unos 2000 hombres de los batallones 5.° y 8.° de la Milicia y el franco de Riera, partió Ametller de Barcelona en la noche del 11 al 12, y á las 4 de la madrugada entró en San Andrés de Palomar, donde sorprendió é hizo prisioneros á unos 50 oficiales y alguna tropa con armas y municiones. El Ayuntamiento y la Milicia de aquel pueblo se pronunciaron, y la columna expedicionaria de los centralistas siguió su camino hasta Mataró, en cuyo punto se reunió con las fuerzas de Bellera. El 15 de Setiembre salió Ametller de aquella ciudad con la division reunida, yendo á establecer su cuartel general en Badalona, y dirigiendo antes á la Junta una comunicacion en la que le decia: "Esta marcha ha sido una serie no interrumpida de triunfos y una severa leccion para los que tratan de hacer trizas ese santo código de nuestra ley fundamental. Tordera, Calella, Canet, Arenys de Mar, Vilasar de Baix y Vilasar de Dalt han secundado el movimiento de esa capital, y se aprestan á la defensa de la bandera enarbolada por V. E., porque la

ven la más justa de cuantas han ondeado hasta el dia. Esta ciudad presenta el aspecto más lisonjero; pues la decision de todas las tropas, que asciendan al número de 7000 hombres, es indecible.„

Otras noticias no menos halagüeñas para los centralistas recibia la Junta en aquellos momentos: Sabadell se habia pronunciado el día 12; Figueras el 14; Reus el 15; y ya se sabia que Zaragoza estaba pronta á seguir el movimiento, como lo efectuó el 18. Animada con tales nuevas, además de otras disposiciones importantes, publicó la Junta de Barcelona con fecha del 17 un decreto, declarando que, "en atencion á que el Ministerio habia faltado abiertamente al programa que motivó el alzamiento de Junio, y se hallaba supeditado por una pandilla moderado-carlista, quedaba destituido, declarándose nulos y de ningun valor ni efecto todos los decretos y resoluciones que dictase desde aquella fecha en adelante. Los actos anteriores á este decreto de la Junta quedaban sugetos á revision, necesitando ser revalidados todos los nombramientos, grados y condecoraciones que el Gobierno hubiese concedido.„

Prim permanecia entre tanto en observacion de sus contrarios, y organizando las fuerzas que, procedentes de Aragon y de la parte de Tarragona y Valencia, se hallaban reunidas en los contornos de Barcelona. La marcha de Ametller hácia Mataró, impidiendo la aproximacion á la capital de la columna de Bellera, favoreció mucho á Prim; porque evitando la concentracion á su vista de las fuerzas pronunciadas, le daba tiempo para disponerse á emprender con éxito las operaciones de campaña, como lo hizo en cuanto se presentó el mariscal de campo D. Miguel Araoz á tomar posesion de la Capitanía general de Cataluña, para cuyo cargo acababa de ser nombrado por el Gobierno.

Antes de que Prim inaugurase las operaciones, procuró Araoz atraer á los barceloneses al terreno de la templanza, tratando de tranquilizarlos por medio de una alocucion; pero declarando al mismo tiempo la provincia en estado de guerra.

Desoida la voz del nuevo Capitan general, como no podia menos de suceder, recibió Prim la órden de tomar la ofensiva, dirigiéndose contra San Andrés de Palomar: al efecto se le confió una pequeña columna, compuesta de sus propias tropas y de uno de los batallones recien llegados, con la cual comenzó á establecer una línea de bloqueo, á fin de incomunicar á dicho pueblo é impedir que pudiera ser socorrido por Ametller. En cuanto este tuvo noticia de aquellas maniobras, dispuso que la brigada Martell construyese un puente de carros sobre el Besós, á fin de

acudir al auxilio de los centralistas amenazados: esta operacion se llevó á cabo, pero sin éxito; porque habiendo comenzado á pasar el rio dicha brigada, se vió acometida por los Guias de Prim y una compañía de cazadores de Sória, los cuales, cargando sobre aquellas fuerzas, las cortaron, obligando al grueso de las mismas á repasar el rio, mientras una parte de ellas lograba introducirse en San Andrés.

Despues de esta escaramuza, en la que Prim demostró su acostumbrado arrojo, acudiendo á los puntos de mayor peligro hasta conseguir la retirada de los contrarios, se ocupó durante los dias 20 y 21 en reforzar la línea, y al amanecer del 22 rompió el fuego contra San Andrés. Si vigoroso fué el ataque, no lo fué menos la defensa: los centralistas peleaban como leones, disputando el terreno palmo á palmo y batiéndose durante muchas horas en medio de un nutrido fuego á quema ropa, sin que les arredrasen las repetidas cargas á la bayoneta; pero peleaban contra fuerzas disciplinadas y dirigidas por un jefe acostumbrado á vencer siempre, y desalojados de sus primeras posiciones, viéronse al fin reducidos á un estrecho círculo que abandonaron por último, dejando en poder del vencedor unos 200 prisioneros. Hubo que lamentar en aquella terrible refriega muchas víctimas, contándose entre los muertos el coronel D. Juan Siscle, uno de los ayudantes más queridos de Prim, y entre los heridos de gravedad los comandantes Milans del Bosch y D. Esteban Galofre.

Durante el ataque á San Andrés, el general Araoz mandó dirigir los fuegos de los fuertes contra Barcelona, cuyos defensores se hallaban reducidos á sus propias fuerzas, y casi incomunicados con el exterior por una rigurosa línea de bloqueo.

Con la pérdida de San Andrés comenzó á cundir el descontento entre las fuerzas acaudilladas por Ametller, de quien se separaron algunos jefes, llevándose consigo las tropas que mandaban. Martell con 800 hombres se dirigió al Campo de Tarragona, proponiéndose extender la insurreccion por aquella provincia: Riera con 600 intentó inútilmente romper la línea de bloqueo para introducirse en Barcelona, en la misma noche del 22; pero fué rechazado y puesto en dispersion, de tal manera, que habiendo ordenado Prim una batida en la madrugada del 23, le hizo más de 200 prisioneros: el mismo Riera con varios oficiales y alguna fuerza, que se dirigieron á Sabadell, cayeron todos en poder de las tropas, que entraron con Prim en dicha villa el 24, siendo aquel jefe conducido prisionero á la Ciudadela de Barcelona.

Estas acciones le valieron á Prim el empleo de mariscal de campo, en recom-

pensa de unas victorias alcanzadas con fuerzas muy inferiores á las que acaudillaban sus contrarios, y cuya importancia consideró el Gobierno tan grande, que entusiasmado el general Serrano, ministro de la Guerra, envió á Prim el nombramiento acompañado de su propia faja y de una carta laudatoria.

Mal empezaba la campaña para los centralistas. Aparte de las derrotas mencionadas, tenian que lamentar la que sufrió hácia la parte de Martorell una columna mandada por el secretario de la Junta Sr. Montañá, quien quedó prisionero despues de dispersada su gente. Por otro lado, Reus era sometida á la obediencia del Gobierno por el Comandante general de la provincia de Tarragona; y en cuanto al brigadier Ametller, tuvo por conveniente retirarse con sus mermadas fuerzas hácia Mataró, donde no quiso permanecer, por más que se lo rogaron los centralistas de aquella ciudad, y continuó su marcha en direccion á Gerona.

III.

No desalentaron á los centralistas de Barcelona los primeros reveses que sufrió en el terreno de la fuerza la causa que defendian: mayores golpes eran necesarios para que desistiesen de una empresa, en la que creian ver cifrado el porvenir de las instituciones liberales, por cuyo planteamiento se habia vertido tanta sangre desde los primeros años del siglo. Barcelona quedaba sola, entregada á sus propias fuerzas, pudiendo ser combatida por un ejército numeroso, y bajo la amenaza de los fuertes de la Ciudadela y Monjuich, capaces de convertirla en un monton de ruinas; pero, no obstante, los que en ella tremolaban el estandarte de la libertad se hallaban más que nunca decididos á sostenerlo con heróica fortaleza. Para combatir el desaliento que pudiera cundir entre algunos, la Junta Suprema dictó varias providencias á fin de socorrer á los hijos y á las esposas de los nacionales ó indivíduos de cuerpos francos que habian caido prisioneros, y decretando que serían indemnizados todos los perjuicios sufridos ó que en adelante sufrieran los defensores de la causa centralista: procuró asimismo que no faltase el sustento necesario á los ancianos y achacosos que carecian de él por la falta de trabajo, haciendo repartir diariamente una sopa y cierta cantidad de pan á los pobres de cada barrio.

Un rasgo nobilísimo debe citarse entre los acuerdos tomados en aquellos dias por

la Junta. Habiendo sabido que el general Araoz trataba de embarcar los heridos del Ejército para enviarlos á Tarragona y Valencia, á fin de que pudieran ser curados en aquellos puntos, envió la Junta un oficio al Capitan general, ofreciendo sus hospitales y auxilios curativos, para que no peligrase la vida de aquellos heridos en la travesía por mar, dándole la seguridad de que serian tratados con el mayor esmero, y de que concluida su curacion, podrian volver á sus filas. Araoz no creyó necesario aceptar la generosa oferta de la Junta; pero correspondió á ella contestando que, si por causa del bloqueo, carecian los de la ciudad de algunas de las cosas precisas, permitiria gustoso la entrada, siempre que se le pasase nota.

Honran sobremanera á las autoridades superiores de ambos partidos estas nobles disposiciones, que desgraciadamente no tuvieron ulteriores consecuencias; porque Araoz fué reemplazado en el mando el 25 de Setiembre por el teniente general don Laureano Sanz, á causa, segun se dijo, de no prestarse aquel á seguir las instrucciones del Gobierno, que le prevenia tratase con todo rigor á los pronunciados.

Conociendo Prim entre tanto la necesidad de no dormirse sobre sus laureles, habia marchado en seguimiento de Ametller; y en la mañana del 26 se presentó á las puertas de Mataró, rompiendo inmediatamente el fuego con las compañías de tiradores y cazadores de la brigada de vanguardia, que habiéndose adelantado hácia la poblacion, fueron recibidos con un nutrido tiroteo desde las aspilleras abiertas en muchas casas. La ciudad estaba defendida por tres batallones de Milicia nacional y alguna fuerza del Ejército y de carabineros, que se apoyaban en importantes obras de fortificacion. Obstinada y sangrienta fué la jornada de Mataró: á la energía del ataque, opusieron los centralistas briosa resistencia; mas no por esto pudieron sostenerse mucho tiempo en su primera línea de defensa, que hubieron de abandonar, replegándose al interior, y haciéndose fuertes en las casas y al abrigo de algunas barricadas.

Avanzaron las tropas con el refuerzo de la segunda brigada de la division, que no habia llegado hasta aquel momento, y enardecida entónces la lucha, tomó un carácter formidable: rompióse el fuego de artillería contra una enorme barricada, que obstruia el paso á la entrada de la poblacion, y que, á pesar de la heróica resistencia de sus defensores, fué asaltada en breve tiempo. Replegándose los centralistas, se hicieron fuertes en la Rambla y en un convento, donde durante muchas horas arrostraron impávidos el fuego de fusilería y de metralla; pero tomado aquel por

asalto, se refugiaron en otro convento, donde al cabo se vieron obligados á rendirse á discrecion. Amargos recuerdos conserva Mataró de aquel triste dia, en que muchos de sus hijos cayeron víctimas del plomo fratricida. Tambien las tropas sufrieron considerables pérdidas: las calles y casas que hubieron de ser tomadas á viva fuerza quedaron sembradas de cadáveres. Aunque doloroso, por ser alcanzado contra hermanos, el triunfo de PRIM fué completo; pues se hizo dueño de la ciudad, cayendo en su poder quinientos veinte y cinco prisioneros, entre ellos el Gobernador y presidente de la Junta, D. Ramon Herbella. Por esta victoria fué agraciado PRIM con la gran cruz de S. Fernando.

Asegurada la tranquilidad en Mataró, envió PRIM algunas tropas á someter el castillo de Hostalrich, que continuaba pronunciado: con las restantes marchó á Gerona, donde se hallaba Ametller con fuerzas muy superiores en número á las suyas, y el 29 de Setiembre comenzó á establecer el bloquéo y sitio de aquella plaza, que se prolongó durante cuarenta dias.

Entre tanto, la lucha en Barcelona tomaba proporciones gigantescas. Al correr la noticia de la rendicion de Mataró, en la mañana del 27, apoderóse el pánico de algunos, como el gobernador de Atarazanas, Torres y Riera, y el secretario particular de la Junta Suprema, Sr. Nogués, que desaparecieron aquel dia, abandonando sus puestos. Convocó la Junta inmediatamente á todos los jefes y oficiales que mandaban las fuerzas de la plaza, y reunidos en el salon de San Jorge el 28 al medio dia, les arengó el Sr. Degollada, manifestándoles que la Junta estaba resuelta á morir sepultada entre las ruinas de Barcelona, antes que ceder de su empeño; y habiéndoles preguntado si podia contar con ellos, todos contestaron á una voz: *¡Si, hasta la muerte!* Desenvainando entonces la espada el vice-presidente D. José Maria Bosch y Patzi, dijo con voz enérgica estas ó semejantes palabras:—"¡Bien por los bravos, en cuyas venas arde la libre sangre catalana! Compañeros, todo el que se sienta con valor para dar su vida por la libertad de la patria, cruce su espada con la mia, y juremos aquí todos luchar hasta vencer ó morir por la santa causa que defendemos." El salon de San Jorje presentó en aquellos momentos un espectáculo sublime. Poseidos de patriótico entusiasmo, todos los circunstantes cruzaron sus espadas con la de Bosch, y juraron solemnemente sobre los desnudos aceros defender hasta la muerte la causa centralista. La sesion terminó declarando traidores á la patria á los prófugos Torres y Riera y Nogués; y para solemnizar aquel acto y reanimar el espíritu público, durante aquella tarde y noche recorrieron las calles y

las murallas de la ciudad varias bandas militares tocando himnos patrióticos, seguidas de un inmenso gentío, que vitoreaba sin cesar á la libertad y á la Junta, no sin asombro de los sitiadores, que á la luz de las antorchas veian pasar aquella muchedumbre entusiasmada, cuando creian sumidos en el mayor desaliento á los defensores de la capital, con la pérdida de Mataró.

Sabiendo la Junta que el general Sanz se disponia para atacar á la plaza con todo rigor, contestó á sus intimaciones declarando milicianos nacionales á todos los solteros y viudos sin hijos residentes en Barcelona, de 17 á 40 años de edad; concedió indulto á los penados por delitos leves, formando con ellos una compañía que tituló de Salvaguardias, y pidio á la Junta de armamento y defensa 13 fusiles con sus correspondientes fornituras, para que sus propios individuos pudiesen acudir donde fuese necesario en los momentos de peligro. La Junta de armamento, al enviar los fusiles, contestó á la Suprema con estas palabras: "La actitud belicosa de V. E. para confundirse entre los valientes en las horas del combate y del peligro, corriendo á las barricadas, es la mayor garantía al triunfo de la santa causa de la libertad, y con este paso acaba V. E. de inspirar toda confianza á sus subordinados, convirtiéndose en corporacion héroes: con tal resolucion, el triunfo es de los libres, y la inmortal Barcelona no sucumbirá sino bajo el poder de las ruinas y del incendio, si los enemigos osaran atacar y penetrar en nuestras trincheras, despues de haber disputado valerosamente el terreno palmo á palmo en medio de las llamas."

Se acercaba el momento en que Barcelona iba á sufrir las fatales consecuencias de pasados extravíos, y en que los centralistas debian dar al mundo pruebas inequívocas de su valor y heroismo. Al amanecer el dia primero de Octubre, las baterias de Monjuich, Ciudadela, Fuerte-Pío y el de D. Cárlos, rompieron un vivo fuego contra Atarazanas, los baluartes del Mediodia, de San Pedro y de San Antonio, y demás puntos fortificados por los centralistas, que á su vez contestaron con un horroroso fuego de cañon. Todo aquel dia y los dos siguientes continuó jugando la artillería sin más interrupcion que durante las horas de la noche, cayendo sobre los fuertes y sobre muchos puntos del interior de la ciudad una lluvia de proyectiles sólidos y huecos, y causando los estragos consiguientes en los edificios, aparte de las muchas desgracias personales.

En medio de la agitacion de aquellos tres dias, mostrabánse los centralistas animados del más vivo entusiasmo, desafiando, lejos de temer, las iras de sus contra-

rios. Los que no estaban en los fuertes y baterías arrostrando impávidos la muerte, recorrian las calles á bandadas, cantando alegres canciones populares, alusivas á las circunstancias, é improvisadas en aquellos momentos, [1] ó se complacian en recojer las balas rasas y los cascos de granada como trofeos de gloria.

La Junta dirigió á los barceloneses una alocucion en que les decia: "Los enemigos de la libertad, los factores del despotismo han ostentado hoy un lujo bárbaro con sus fuertes de Monjuich y la Ciudadela, haciendo sin ninguna provocacion más de *mil disparos* de balas rasas, bombas y granadas. Han creido ¡miserables! que por este medio infame iban á introducir el desaliento en vuestras filas, y habíamos de plegar la santa bandera que tenemos enarbolada; pero se equivocan torpemente si tal piensan, porque barrios enteros se han presentado á sus respectivos alcaldes pidiendo armas para hacer frente al enemigo comun, sin contar los muchos ciudadanos que las han reclamado diariamente á esta Junta, no pudiendo reprimir su indignacion. Van muy errados si creen que los bravos que habitan en este recinto no sabrán morir con impavidez; y es inútil que se ponga á prueba vuestro ardimiento cada vez más firme, cada vez más grande, cada vez más patriótico y entu-

[1] He aquí una muestra de las varias canciones, nada literarias, pero sí muy expresivas, que se hicieron más populares. El estribillo de una de ellas decia:

Ay! ay! catalans,
que bombas venen:
Ay! ay! catalans,
que bombas van.

El de otra:

Ay! ay! chim, chim,
Madús á la paella:
Ay! ay! chim, chim,
Viva la Junta, viva la Junta;
Ay! ay! chim, chim,
Viva la Junta y mori en PRIM.

La cancion que gozó de más popularidad fué una de la *paella* (sarten) ó del *chirivit*, que insertó en sus columnas un periódico titulado *El Centralista*, del cual solo se publicaron algunos números, y que empezaba así:

Ay! ay! ay! chirivit!
Madús á la paella!
Ay! ay! ay! chirivit!
En PRIM será freigit.
Cristina, PRIM, Narvaez
y tots los moderats
dintre de la paella
los freigirem plegats.
Ay! ay! ay! etc.

siasta. — Esta Junta se complace, y se da el parabien al mismo tiempo, de que no sean vanas promesas los solemnes juramentos que habeis hecho sobre vuestros aceros de sacrificaros en las aras de la patria, antes que sucumbir á los tiranos.... „

Los concejales que habian permanecido en sus puestos durante aquellas terribles circunstancias, dirigieron con fecha del 4 al Capitan general una enérgica protesta, de la cual extractamos los siguientes párrafos:

" Barcelona, esta magnífica ciudad que los nacionales admiran y los extranjeros codician, ha visto por segunda vez estallar en su seno.... los proyectiles que vomitan las máquinas destructoras, á cuyo manejo no se decidieron enemigos extraños de nuestro suelo en época no muy lejana. — ¿ Cual es Excmo. Señor el fin plausible que ha podido presidir á la devastadora y cruel medida de reducir á escombros una ciudad importante? A la verdad, no lo concebimos; porque si á tan extremos medios se ha lanzado V. E. para reducirla á la obediencia del Gobierno de Madrid, no es posible que á una persona del talento de V. E. no se le hubiese ocurrido, que el bombardeo de 1842 fué el que minó por su base al Gobierno de Espartero.... Conviene que sepa V. E. que, si salpicada de escombros presenta Barcelona, en la parte material, un espectáculo triste y desolador, ofrece en la moral un cuadro bien diferente. La desesperacion y la sed de venganza se ven pintadas en los rostros de estos belicosos moradores. Cada proyectil que cae sobre nuestros hogares engendra nuevos soldados en su recinto...; y la continuacion de este mismo bombardeo electriza y dá nuevos brios á los que empuñan las armas; obliga á los apáticos é indiferentes á tomarlas, y convierte insensiblemente en amigos de la situacion á los que en su principio le eran tal vez contrarios....

"La noble investidura de representantes de este gran pueblo nos autoriza para decir á V. E., con la franqueza de hombres que nada les arredra ante el cumplimiento de sus deberes, que V. E., decretando este terrible bombardeo, cuyos extragos son ya mayores que los que ocasionó el de 1842, sin hacer una intimacion, sin enviar un recado de urbanidad siquiera, ni á las autoridades, ni á los representantes de las naciones extranjeras, ha violado V. E. el derecho de gentes; ha pasado V. E. por encima de todas las leyes divinas y humanas; ha roto V. E. las consideraciones á que obligan la humanidad y otros sagrados vínculos sociales; ha dado V. E. sénsiblemente un paso, despues de mil pruebas de valor y heroismo que forman elogio de V. E., que la Historia calificará indudablemente con los feos dictados de bárbaro y cobarde. — ¿Qué significa, sino barbaridad y cobardía, el hos-

tilizar desde un punto que no puede ser ofendido, á una poblacion entera; derribar los edificios del ausente, y amigo tal vez de la causa que V. E. mismo defiende; atropellar sin distincion al caduco anciano, á la débil mujer, al niño inocente?... Sin ser militares, conocemos que el arte de la guerra presta medios más nobles, menos desastrosos y menos estériles para hacer valer las causas; medios, cuya práctica reclama siempre el interés mismo de la patria. — Oiga V. E. la protesta solemne que cumple á nuestro deber y á nuestro honor dirigir á V. E. en medio del horísono estruendo de los cañones y de los morteros. — Sea cual fuere el resultado de la grande cuestion que se debate, autorizados con el carácter de concejales, de representantes del pueblo barcelonés, hacemos á V. E. responsable ante el tribunal justiciero de Dios y de los hombres, de las desgracias que en todos conceptos se han causado y se causen en adelante á esta ciudad y sus moradores por los reprobados medios que V. E. ha puesto en uso en estos últimos dias. „

Poco caso hizo el general Sanz de la anterior protesta. El fuego continuó más ó menos activo durante muchos dias; y aun cuando los tiros se dirigiesen principalmente contra los fuertes centralistas, es lo cierto que las bombas y otros proyectiles caian con frecuencia hasta en el centro de la ciudad, viéndose por esta causa obligadas las juntas Suprema y de Armamento á abandonar el palacio de la Diputacion, trasladando sus sesiones á unos bajos abovedados de la calle de los Gigantes: el Ayuntamiento hubo tambien de trasladarse á la sacristia de la iglesia del Pino.

En la noche del 6 al 7 de Octubre acometieron los centralistas una empresa temeraria, que revela hasta qué punto llegaba su denuedo y el ardor bélico de que se hallaban poseidos. Concibieron el plan de tomar por asalto la Ciudadela, y con gran reserva lo pusieron en ejecucion, formando un cuerpo de ataque, compuesto de una compañia suelta de voluntarios al mando de D. Juan Muns, la de salvaguardias de la libertad y otra del pueblo de San Martin de Provensals. Dirigia estas fuerzas el vicepresidente de la Junta señor Bosch y Patzi, acompañado de otro vocal de la misma y uno de la de Armamento y defensa. Un cuerpo de reserva se formó en la plaza de Palacio, y las azoteas de las casas más inmediatas á la Ciudadela se coronaron de milicianos, permaneciendo sobre las armas las demás fuerzas que guarnecian la plaza. El plan estaba bien combinado, y habria tenido buen éxito á no impedirlo varias circunstancias que contrariaron los deseos de los centralistas: la noche era clara y serena, y esto impidió que la columna de ataque marchase á dar el proyectado asalto hasta la madrugada: cuando los expedicionarios estuvieron ya en el

foso de la Ciudadela, se apercibieron de que las escalas que llevaban eran cortas para poder trepar á la muralla. Dos horas mortales pasaron aquellos valientes haciendo tentativas en varios puntos para buscar un sitio donde la muralla tuviese menos altura, ejecutando estas operaciones con tanto sigilo y cautela, que durante aquel tiempo nada oyeron los centinelas enemigos. Rayaba el alba, cuando por fin acometieron el asalto por la medialuna de la Cordeleria, contigua á la primera poterna del fuerte; pero al coronar la muralla, vieron que se encontraban en una fortificacion aislada, teniendo que bajar á un segundo foso y acometer un nuevo asalto. Para mayor desgracia, en aquellos momentos se rompió una de las escalas viniendo abajo con estrépito cuantos por ella subian: algunos imprudentes dieron el grito intempestivo de *¡viva la junta central!*; y puesta entonces en alarma la guarnicion de la Ciudadela, empeñóse una lucha horrible entre las tropas y los centralistas, que á pecho descubierto, y encerrados los más en la estrechura de los fosos, hacian esfuerzos inauditos para combatir contra la fusileria y la metralla; pero sacrificaban inútilmente sus vidas, y se retiraron con todo el órden posible, llevándose muchos heridos, entre ellos su jefe Bosch y Patzi, que falleció al dia siguiente.

La Junta publicó una alocucion dando cuenta á los barceloneses del malogro de aquella aventurada empresa, y diciendoles: que se ocupaba en aliviar la suerte de las familias de los desgraciados que habian sido víctimas de su ardimiento, así como en recompensar á los que más se habian distinguido por su valor extremado. " Podeis descansar tranquilos, añadia, en la seguridad de que con una corta pérdida habeis infundido el terror en nuestros enemigos, que os contemplan con admiracion, sin recobrarse todavía del estupor que les ha causado vuestra bravura sin ejemplo, y los vivas que habeis dado á la Junta Central sobre los muros de la misma Ciudadela. „

Con terrible obstinacion continuó aquella lucha durante muchos dias, sin que las fuerzas sitiadoras pudiesen adelantar un paso, y sin que flaquease lo más mínimo la heroica decision de los centralistas barceloneses, que á porfia se disputaban el honor de acudir á los puestos de mayor peligro. Así sucedió en la defensa del baluarte del Mediodia que, convertido en un monton de ruinas por los cañones de Monjuich, de la Ciudadela y fuerte de D. Cárlos, y cien veces cubierto de cadáveres, otras tantas vió reemplazada su guarnicion, manteniendo constantemente levantada una bandera negra y roja, como emblema de sangre y muerte. Irritado el general Sanz con la tenaz resistencia de la plaza, en el último tercio de Octubre comenzó á

hostilizarla con un rigor extraordinario. Los cañones de los fuertes dispararon el dia 20 sobre la infortunada Barcelona trescientos noventa y ocho proyectiles, el 22 mil trescientos cincuenta y uno, el 23 seiscientos cuarenta y cuatro, y el dia 24 dos mil ochocientos treinta. Pareció (dice un historiador imparcial de esta época) que los cañones del Gobierno provisional quisieron celebrar con esta terrible salva los dias de D. Rafael Degollada, presidente de la Junta Suprema, y de D. Rafael Ferrater, de la de Armamento y defensa. Un testigo de estos funestos sucesos apuntó en los de dicho dia 24 de Octubre lo siguiente: "Desde al amanecer han roto "las tropas un vivo fuego de cañon y de fusil en toda la línea. Era espantoso el "efecto de treinta y tantas piezas de artilleria lanzando de contínuo globos de "hierro contra la ciudad y sus baterías, sin más intermision que de doce á una, "hora que seguramente se ha destinado para que descansen los artilleros. El as- "pecto de la ciudad es lúgubre: apenas transita un alma. Ha habido varias des- "gracias en niños y mujeres: se ha pegado fuego á algunas casas, y han sido lasti- "mados muchos edificios."

Durante la mayor parte del dia permanecieron los sitiados sin disparar un tiro, como despreciando el horroroso fuego de los fuertes enemigos; y solo al caer de la tarde arrojaron algunos proyectiles que, cayendo sobre el vecino pueblo de Gracia, pusieron en dispersion á los emigrados de Barcelona que allí se habian refugiado. Con este motivo, el general Sanz envió inmediatamente á la ciudad una comunicacion singular, en la que decia al pueblo barcelonés, que "si en el término de media hora despues de recibido aquel escrito, no cesaba el fuego contra los pueblos indefensos de Gracia, Sans, Clot etc., se vería en la *dolorosa precision* de arrojar bombas sobre la ciudad, baterias y obras," como si hasta entonces no lo hubiese hecho.

Inmediatamente le contestó la Junta, como debia, en los términos más enérgicos, diciéndole entre otras cosas:

"Con impavidez y sangre fria ha visto esta Junta la ridícula amenaza que hace V. E. á éste heróico vecindario, de arrojar bombas en el centro de la poblacion, caso de que no cese el fuego de cañon dirigido desde nuestros fuertes sobre los puntos que ocupan las tropas de su mando. Como si los barceloneses se espantasen de esta medida extrema, se les pretende intimidar con ella, cuando hace dias, y hoy particularmente, han llovido bombas sobre sus derruidos edificios, bombas que han servido y sirven para enardecer los entusiastas corazones de estos libres. Caigan bombas á millares, señor D. Laureano Sanz;... perezcan si así lo quieran los absolu-

tistas que mandan fuera de muros, ancianos mujeres y niños; hundase el firmamento, y desaparezca, si es menester, la rica capital del antiguo Principado, la madre de la industria española : no por eso aflojará nuestra bravura ; no por eso se ahogará el santo grito de Junta Central que lanzan estos valientes, aun en los momentos de despedirse para siempre de su cara patria, cuando están exhalando su postrer aliento. Ejecútese pues, ó más bien, continúe ejecutándose esa atroz medida, que todos los gobiernos del mundo condenan como impolítica, y que se complace en practicar V. E.; y nosotros diremos : *Sálvase la libertad, aunque no quede uno solo para contarlo....*„

Inútil era tanto heroismo, llevado hasta la exageracion ; pues la causa de los centralistas estaba ya perdida, y así lo comprendieron á principios de Noviembre muchos de los que se hallaban en Barcelona al frente de la revolucion. Las noticias que recibian de todas partes eran para ellos desconsoladoras : la generalidad del pais, cansado de los anteriores disturbios, no habia seguido su bandera. En Almería y Granada hubo conatos de pronunciamiento, que fueron inmediatamente sofocados : Zaragoza se habia rendido á las tropas del Gobierno, mandadas por el general D. Manuel de la Concha: la columna del coronel Martell, arrojada del Campo de Tarragona y de Reus, acababa de dispersarse en el Bajo Aragon: muchas poblaciones de Cataluña se habian visto obligadas á reconocer al Gobierno; y Ametller, despues de resistir un largo sitio en Gerona, habia firmado por último en 7 de Noviembre una capitulacion con el general Prim, cuyas condiciones fueron comunicadas á la Junta de Barcelona por medio de dos oficiales, uno de cada parte, á fin de obtener su asentimiento, mientras llegaba el plazo para la ejecucion definitiva de los pactos convenidos.

La presencia de aquellos oficiales en Barcelona fué causa de perturbacion y de agitados debates entre los individuos de la Junta y de otras corporaciones y los jefes de la guarnicion, opinando unos que era llegado el caso de transigir, y oponiéndose otros á esta resolucion ya necesaria ; pues la resistencia iba siendo imposible por la escasez de víveres y principalmente de municiones, habiendo llegado á faltar casi completamente la pólvora. Prevaleció el dictamen de los transaccionistas, y salieron dos comisionados de la ciudad para ir á tratar con el general Sanz. Suspendiéronse las hostilidades mientras se convenia en las bases de una honrosa capitulacion ; pero era tal la tenacidad de los centralistas, sobre todo en la parte del pueblo, que aquellos tratos hubieron de interrumpirse, habiéndose presentado la multitud gritando

en las calles y plazas: *¡ Nada de capitulacion! ¡ Viva la Junta Central! ¡ Mueran los pasteleros!*

En esta situacion, y rotas las negociaciones, en la mañana del 14 volvió á tomar el cañon de Monjuich y de la Ciudadela, circulando la voz de que la ciudad iba á ser bombardeada sin misericordia. Barcelona presentaba un aspecto tétrico y sombrio: los que empuñaban las armas estaban divididos, y la anarquía asomaba ya su faz horrible, habiéndose empezado á cometer algunos robos y otros desmanes. Al amanecer del 15 de Noviembre, despertaron los barceloneses sobresaltados al estruendo de la artilleria de los fuertes, creyendo que era llegado el momento del bombardeo; pero pronto se calmó su ansiedad: los fuertes hacian salva con motivo de haber declarado las Córtes á la Reina mayor de edad. Este acontecimiento fué comunicado por el general Sanz á la Junta de Barcelona en los términos siguientes:

"A la Junta, corporacion ó autoridad que mande dentro de los muros de Barcelona. — Reunidos los Cuerpos colegisladores el dia 8 del actual en el palacio de las Córtes, fué declarada S. M. la Reina Doña Isabel II mayor de edad, para tomar las riendas del gobierno de la nacion, por ciento noventa y tres votos contra diez y seis. — En consecuencia de la anterior declaracion, S. M. la Reina Doña Isabel II ha prestado el juramento ante las Córtes á las dos de la tarde del dia 10, encargándose en el acto de regir y gobernar la nacion española. — En 11 del corriente, por extraordinario, me manda manifestar á las autoridades que gobiernan en Barcelona y á todos sus habitantes, que desea su maternal corazon inaugurar los actos de su poder de una manera suave y benéfica, consolando las familias á quienes aflige la extraviada conducta de los que sostienen todavía las quiméricas ideas que proclamó la anarquía. Que haga saber el advenimiento de S. M. al trono, autorizándome en vista de tan fausto acontecimiento para llamar á la obediencia á los extraviados, haciéndoles las concesiones que confía á mi criterio, sin que por ellas se lastime el prestigio del trono, ni se resienta el decoro debido al Gobierno de S. M. — La Reina, al honrarme con esta autorizacion, me previene indique á V V. las bases del convenio que juzgue razonables para la pronta sumision de esa ciudad; y existiendo anticipadamente en poder de V V. el expresado documento, las reitero con tan lisonjero motivo, esperando solo que V V. se sirvan acusarme el recibo de esté escrito, para elevarlo á conocimiento de S. M. y demás disposiciones consiguientes. — Dios guarde á V V. muchos años. Cuartel general de Gracia, 15 de Noviembre de 1843, á las nueve de la mañana. — Laureano Sanz."

En vista de la anterior comunicacion, la Junta Suprema de Barcelona solo pensó ya en sacar el mejor partido posible de las circunstancias; y aprovechando la oportunidad que se le ofrecia para una transaccion favorable, dió publicidad al oficio del Capitan general, y reanudó con este las negociaciones de paz por medio del Cónsul de Grecia, D. Pedro Oliva, que se hallaba encargado accidentalmente de los demás consulados.

Mientras Oliva gestionaba cerca del general Sanz para llegar al mejor arreglo, la Junta convocó á una reunion á los comisionados de la fuerza armada y á varias corporaciones, y facilmente llevó á los ánimos de todos el convencimiento de que no era posible ni político prolongar por más tiempo la resistencia, escaseando los víveres en la ciudad, faltando toda clase de recursos, y estando el vecindario cansado de tanto padecer, los defensores de la causa centralista divididos en dos parcialidades, y la cuestion que se debatia virtualmente resuelta ya por las Córtes. Prevalecieron por consiguiente los consejos de la prudencia, y se resolvió contestar al Capitan general, manifestándole que se admitiria un acomodamiento, con tal que fuese honroso. Al efecto, se le dirigió con fecha del 17 una comunicacion redactada en términos muy dignos y templados, en la cual se recordaban las causas del alzamiento, diciendo que la bandera proclamada en Barcelona era la misma que abrazó y juró sostener el ministro universal D. Francisco Serrano, y en ella estaba inscrito el lema de union de todos los españoles. "Bajo este concepto, añadia, esta rica capital y sus valientes defensores no pueden ser considerados como rebeldes; y cuando se trata de un acomodamiento, deben mediar los pactos que se hacen á hombres libres, que profesan principios fijos, que los abrazan por conviccion, y los defienden con heroismo.... Los defensores de esta ciudad, sin querer indagar las causas de que la bandera de Junta Central no ondee triunfante en todas las provincias de España, respetarán el hecho, y sin pretender dar la ley á las demás, recibirán y obedecerán al gobierno que el resto de la nacion haya recibido y obedezca.... — El haberse declarado la mayoria de S. M. es un hecho importante para toda la nacion: los defensores de esta capital no entrarán en cuestiones de derecho, y lo recibirán como un hecho consumado, sin acordarse de otra cosa, que la que ha sido declarada mayor de edad ántes del tiempo que prescribe la Constitucion, es la Reina de las Españas, que piensa inaugurar su reinado, segun la comunicacion de V. E., abrigando bajo su manto á todos los españoles. — Los que defienden con tanto valor esta ciudad, podrán sin faltar á su honor prestarse á un tratado razonable, cual conviene á su

dignidad: de otra suerte, estan resueltos á envolverse en las ruinas de la segunda capital de España. Las ámplias facultades con que S. M. ha investido á V. E. allanan el camino de dar cima á la grande obra de reconciliacion. En este concepto, la guarnicion de la plaza, por medio de su fiel órgano la Junta Suprema, que es la única autoridad que actualmente acata y reconoce, propone á V. E. el que cinco comisionados, que nombrará dicha guarnicion, pasen á ese cuartel general para tratar del convenio y de su ejecucion.„

Habiendo accedido el general Sanz á lo propuesto por la Junta, pasaron el 18 los comisionados á entenderse con él, y el mismo dia quedaron ajustadas las bases de la capitulacion; pero los que en Barcelona querian proseguir defendiéndose á todo trance, hallaron medio para que aquellas no fuesen aceptadas. Volvieron los comisionados á la Ciudadela pretendiendo alcanzar una modificacion de las bases; pero Sanz se negó á ello terminantemente, y envió á Barcelona un ultimatum, diciendo que, si antes de las doce de la noche del 19 no quedaba confirmado y ratificado el convenio, romperia las hostilidades al amanecer del 20, y no admitiria ninguna proposicion ni parlamento hasta la total rendicion de la plaza.

Suscitóse entonces una gran pugna entre los que deseaban que se capitulase y los que pretendian llevarlo todo á sangre y fuego, hasta que por último, á las diez de la noche, dos horas antes de la señalada en el ultimatum, pasaron á la Ciudadela los Sres. D. Antonio Rius, D. Tomás Vert, D. Manuel Montoto, D. José Prats y D. Ignacio Costa, los cuales acordaron con el Capitan general un honroso convenio, cuyos principales pactos eran los siguientes: Los defensores de Barcelona declaraban haber reconocido siempre á su Reina constitucional, y le rendian el debido tributo de acatamiento y obediencia.—La Milicia nacional conservaria las armas, quedando toda sujeta á reorganizacion, con arreglo á la ley: la fuerza restante seria disuelta, recibiendo sus individuos las licencias para marcharse á donde más les conviniese.—Los empleados civiles y militares de todas clases y categorías quedaban acogidos á la benignidad de la Reina, recibiendo sus pasaportes, á fin de esperar la resolucion definitiva de S. M., prévia recomendacion y súplica que elevaria en su favor el Capitan general.—Serian respetadas las opiniones políticas, sin exigirse responsabilidad por los hechos de armas acaecidos desde el primero de Setiembre; pero dejando á salvo la accion de los tribunales ordinarios contra los delitos comunes.—No se entablaría procedimiento alguno por causa de infidencia contra los que se acogieren al convenio; y si alguno se hubiere entablado, se sobreseeria libremente.—Los pri-

sioneros quedarian en los depósitos, bajo la proteccion de la Reina, debiendo pasar á Madrid una comision de Milicia nacional á poner en manos de S. M. la peticion del Capitan general en beneficio de los empleados civiles y militares, y en solicitud de la libertad de sus compañeros de armas.—Deberia ser exanimada escrupulosamente la recaudacion é inversion de fondos y de géneros y objetos, que se hubieren hecho desde 1.° de Setiembre, debiendo el Gobierno con la Diputacion provincial señalar los medios de resarcir á los particulares y corporaciones, que tuviesen derecho á indemnizacion.—La Diputacion provincial y el Ayuntamiento serian renovados en su totalidad, con arreglo á las leyes.—El Capitan general expediria en el acto pasaporte á toda persona que desease marcharse al extranjero ó á cualquier otro punto de España.—Todo el que despues de firmado y ratificado el convenio se opusiese directa ó indirectamente á su cumplimiento, alterase el órden público, no respetase la propiedad ó atentase á la seguridad personal, seria declarado fuera de la ley, y entregado á los tribunales competentes.—El convenio debia ser admitido y ratificado inmediatamente, en razon á la celebridad del dia, que lo era el de la Reina.—El último artículo decia así: «Las tropas del Ejército no entran en Barcelona como hostiles: desean estrechar á sus hermanos; y despues de haber defendido á la Constitucion y á su Reina juntos en la lucha de siete años, anhelan vivamente un olvido general de lo pasado.»

Se firmó este convenio el 19 de Noviembre de 1843, á las once de la noche. A pesar de ser sus bases lo más honrosas que pudiera desearse, levantóse un clamoreo contra ellas y contra la Junta, viéndose algunos vocales de la misma obligados á acojerse bajo un pabellon extranjero, para librarse de las iras de los descontentos, despues de haber firmado con sus compañeros una digna manifestacion, en la cual anunciaban su retirada de la escena política, y aconsejaban á todos que se acogiesen á la capitulacion, diciendo estas atrevidas palabras: "Planes maquiavélicos é infernales se preparan contra la rica Barcelona: proyectos de destruccion y de espantoso desórden se han fraguado sin duda por algunos hombres turbulentos, que sin fijarse en la cuestion política, ambicionan algunas horas de mando para satisfacer la hipócrita codicia y cebarse en las fortunas de nuestros compatriotas. Nacionales, muchas pruebas habeis dado de sensatez y cordura en todas épocas; y si algo valen las simpatías que nos unen con vosotros, os rogaremos que permanezcais como hasta aquí unidos y compactos, y marcheis de frente contra los perturbadores, no consintiendo por ningun motivo el robo y el pillaje.»

La Junta Suprema desapareció desde aquel momento; y sus vocales, así como los de la de Armamento y defensa, y otras personas que se creian comprometidas, se embarcaron en un vapor francés, que los condujo á Marsella.

El general Sanz entró en Barcelona con las tropas el 20 de Noviembre: revistó en gran parada dichas fuerzas, juntamente con las que guarnecían la plaza; y desde luego violó la capitulacion, disolviendo el Ayuntamiento y nombrando por sí otro provisional, compuesto en su mayoría de moderados: á los dos dias, tomando pretexto de una insignificante asonada, en que se dieron vivas á la Junta Central, expidió un bando, disponiendo el desarme y la disolucion de la Milicia.

De este modo terminó en Barcelona la insurreccion centralista, sangriento epílogo del movimiento de Junio contra Espartero. Durante los dos meses y medio de aquella heróica lucha, cayeron sobre la ciudad 7,730 balas rasas y 4,387 bombas y granadas, contándose entre los defensores de la misma 335 muertos y 354 heridos. Barcelona, defendiendo esta vez una causa justa, expiaba dolorosamente sus faltas anteriores; y el Gobierno provisional, tratándola tan duramente á hierro y fuego, justificaba el bombardeo de 1842, consentido por Espartero para dominar una insurreccion asquerosa y repugnante, despues de haber llevado las contemplaciones hasta los límites de lo inverosímil.

IV.

Dejamos al general Prim camino de Gerona, cuyo bloqueo estableció el 29 de Setiembre. Durante el largo sitio de aquella ciudad, hubo frecuentes choques parciales sin resultado alguno decisivo. No se concibe, dado el carácter de Prim la lentitud de las operaciones delante de Gerona, sino admitiendo que se propusiese rendirla, evitando todo lo posible la efusion de sangre. Dió, sin embargo, repetidas muestras de aquel valor sereno, que puede llegar á ser censurable en un general, cuando le expone sin necesidad absoluta á caer bajo los tiros del enemigo. A esto se expuso Prim uno de aquellos dias, en el acto de reconocer los fuertes de la plaza desde un punto avanzado: una bala de cañon vino á dar á sus pies y le cubrió de polvo, de tal suerte que sus ayudantes corrieron hácia él creyendo encontrarle muerto; pero fué grande su asombro, cuando le vieron dirigiendo tranquilamente su anteojo á

la plaza, como si nada hubiera sucedido; y aunque le instaron para que se retirase, permaneció allí siendo blanco de la artillería enemiga, y llegando á faltarle por cinco veces el terreno que pisaba.

Cansada por último la paciencia de PRIM, estrechó el sitio, y mandó abrir brecha, tomando sus disposiciones para dar el asalto. Entonces fué cuando los sitiados pidieron capitulacion, la que, segun queda dicho, fué firmada el 7 de Noviembre, y cuyos principales artículos eran: que el brigadier Ametller saldría libremente con la guarnicion de Gerona para Figueras, donde á los cinco dias habria de realizarse la capitulacion definitiva, redactada sobre las bases de la de Zaragoza. Entre tanto, el castillo de Hostalrich debia entregarse inmediatamente á las tropas del Gobierno, y se enviaban á Barcelona los dos oficiales de que se ha hecho mencion en otro lugar, para poner estos pactos en noticia de la Junta Suprema.

En Figueras faltó Ametller á sus compromisos, negándose á entregar el castillo despues determinado el plazo convenido, viéndose PRIM en la necesidad de bloquear aquella fortaleza, cuyos defensores se sostuvieron con una tenacidad incomprensible, cuando ya el movimiento centralista habia sucumbido en todas partes. La conducta de Ametller aparece muy oscura en estos sucesos, pudiéndose presumir que su intervencion en el movimiento centralista no tenia otro objeto que el de servir á las miras del infante D. Francisco, que aspiraba al casamiento inmediato de uno de sus hijos con la Reina. Entraba este casamiento en los planes de los centralistas, y lo apoyaban casi todos los individuos del Gobierno provisional; pero habiendo sustituido á este los moderados, aplazaron el asunto para que lo arreglara Narvaez, y desengañado el Infante, tuvo que desistir de su empeño por entonces. Ametller resistió en el castillo de Figueras mientras no recibió órdenes en contrario del infante D. Francisco. Relevado en Diciembre el general Sanz por el Baron de Meer, marchó este á Figueras, y despues de haber mediado negociaciones entre sitiados y sitiadores, se firmó una capitulacion análoga á la de Barcelona el 10 de Enero de 1844. Ametller y algunos otros ó jefes de los más comprometidos marcharon al extranjero, en virtud de lo estipulado.

Durante el sitio de Figueras ocurrió un incidente, que no puede pasarse en silencio, porque más adelante sirvió de pretexto para lastimar la honra del general PRIM. Habiendo caido prisionero en poder de las tropas sitiadoras D. Juan Balari, vecino de Gerona, que al parecer se ocupaba en la provision de víveres para los sitiados, se le instruyó sumario, y con arreglo á los bandos y disposiciones vigentes, fué conde-

nado á ser pasado por las armas. Compadecido PRIM de aquel desgraciado, por las súplicas que se le dirigieron, mandó suspender la ejecucion de la sentencia; pero siendo muchas las quejas que recibió de los labradores del llano de Gerona contra Balari, con motivo de haber extraido este de sus casas los frutos y ganados, cuya indemnizacion reclamaban, no pudo PRIM dispensarle la gracia completa, y le impuso una multa de dos mil duros, para resarcir en la parte que se pudiera los daños que habia ocasionado. Agradecido debia quedar el Sr. Balari al generoso comportamiento de PRIM; pero no fué así, pues en Diciembre de 1845 elevó una exposicion á la Reina, quejándose de la conducta del Conde de Reus, que á la sazon se hallaba emigrado, y presentando los hechos de tal modo, que hubiera podido formase un mal concepto, así de los motivos por que fué impuesta la multa, como de la inversion dada al dinero.

Habiendo dado publicidad algunos periódicos á la exposicion de Balari, se apresuró á salir en defensa de la honra del general PRIM su amigo y ayudante que habia sido del mismo, D. Antonio Gilly y Ramirez, enviando un comunicado al periódico centralista *El Eco del Comercio*, que lo insertó en su número correspondiente al dia 10 de Enero de 1846 [1]. En aquel escrito se restablecian los hechos presentados con inexactitud por el mencionado Balari, demostrando además por medio de documentos oficiales, cómo habia sido hecha la distribucion de los 2,000 duros entre las personas interesadas en el resarcimiento de daños, cuya relacion nominal vió la luz pública en el *Boletin oficial* de la provincia de Gerona.

La participacion activa que tomó PRIM en los acontecimientos de 1843, dió márgen á que más tarde se le dirigiesen graves acusaciones, juzgando cada cual su conducta bajo el prisma casi siempre engañoso de las pasiones políticas. Muchos fueron los que erraron en aquellas circunstancias: muchos los que despues tuvieron que arrepentirse, y no fué PRIM de los últimos que se hallaron en este caso; lo cual, si bien no justifica las faltas que cometen los hombres públicos, puede sin embargo disculparlas. Para esto, nada nos parece más conducente que la solemne y explícita declaracion hecha por el mismo Conde de Reus, en la sesion celebrada en el Congreso de diputados el dia 21 de Noviembre de 1850. "Esta declaracion, dijo PRIM al concluir su discurso de aquel dia, no importa seguramente á nadie; pero importa mucho á mi honra.....

"Se trata de la acusacion que pesa sobre mí hace muchos años: de que el año

[1] Véase el documento número 2.

43 me vendí al partido moderado no sé por cuántos millones, porque cada uno ha dicho lo que bien le ha parecido, y que por esto levanté entónces la bandera contra el Duque de la Victoria, y que por lo mismo más tarde combatí la Junta Central. Pues bien, señores, declaro en alta voz para ser oido en todo el universo, que cuando me lancé á la lucha en el año 43, no tenia ningun género de compromisos con el partido moderado; ¿lo oís bien? ninguno; que tampoco lo adquirí despues, ni lo tengo ahora. El que se vende deja de pertenecerse á sí mismo, y pertenece en cuerpo y alma al comprador. Pues bien, yo reto á los dignos jefes del partido moderado, aquí presentes, como á los que estén fuera de aquí, para que me reclamen si les pertenezco. Lo que yo hice en el año 43 fué efecto de mi profunda fé política, que creía vulnerada, y de ninguna manera pudo ser el resultado de un trato vil y sucio, pues soy de los hombres que menos valor dan á la riqueza. Una sola vez, en el año 42, encontrándome en París, quise ponerme de acuerdo con algunos de los generales que allí estaban, sin otro objeto que reunir las fuerzas contra el poder que entónces mandaba como enemigo comun: no habiendo sido posible ponernos de acuerdo por razones que no son de este lugar, me retiré sin dejar en pos de mí el menor compromiso, y sin que aquellas conferencias diesen más resultado que el de conocernos. El señor Duque de Valencia se dignará recordar este hecho, y mi leal y buen amigo el Sr. Carriquiri no lo habrá tampoco olvidado.

"Yo bien sé, señores, que las apariencias me han condenado hasta cierto punto, sobre todo, para aquellos hombres que no juzgan más que por los resultados; pero es preciso que esos hombres no pierdan de vista, que las circunstancias son más fuertes que la voluntad de los hombres, y que un conjunto de fatales circunstancias causaron la ruina del partido progresista.

"Si fuese oportuno, yo discurriria sobre esas circunstancias, y se vería como todos hemos cometido errores. En primer lugar los espartistas, luego los que les combatimos, en seguida los centralistas, y yo tambien los cometí; pero errores, señores; y entre el error, hijo de la inexperiencia ó de cualquiera otra causa inocente, y la traicion, hija de la voluntad, hay una distancia inmensa. Creo haber dicho lo bastante para convencer á los hombres de juicio y buena fé de mi lealtad: los estúpidos ó malignos podrán decir lo que quieran, pues me tienen sin cuidado."

Ninguna voz se levantó, dentro ni fuera del Parlamento, para contradecir las declaraciones hechas en este pasaje de un modo tan categórico y terminante.

En efecto, no era posible que nadie se levantase á sostener una acusacion, que

realmente carecia de fundamento. ¿Necesitaban acaso los moderados comprar á sus adversarios para tenerlos á su servicio? ¿Pues qué otra cosa, sino prepararles el triunfo, habian hecho los progresistas desde 1841? Prim no hizo más que seguir á este partido en sus grandes aberraciones: soldado de fila, jóven é inexperto, se lanzó de buena fé á una lucha provocada por otros, colocándose en el puesto á que naturalmente le llamaban sus hábitos, su carrera y su ambicion personal; y si los resultados fueron funestos para los liberales, seguramente no podia caberle á él la mayor responsabilidad, donde habia tantos jefes, que de hábiles políticos se preciaban.

Cuando resonó en el Congreso el alarmante grito de *¡Dios sálve al país y á la Reina!*, el que lo dió desapareció momentáneamente de la escena, y Prim corrió á jugarse la cabeza, proclamando desde luego la mayoria de doña Isabel II, y la union de todos los españoles: tras de esto, Barcelona le recibió en triunfo, y la Junta de esta ciudad le recompensó con largueza. ¿Por qué, tres meses despues, le declaraban traidor los mismos que le habian aclamado héroe? Porque era consecuente en el error de que participaban los principales autores de la caida de Espartero. Combatiendo á los centralistas, Prim estaba al lado de Lopez y del Gobierno provisional, que convocaba las Córtes, á fin de apresurar la declaracion de mayor edad de la Reina, bajo el concepto de que así *se pondria un clavo á la rueda de las revoluciones y de las reacciones*, debiendo servir la Constitucion de 1837 de vínculo indisoluble entre las dos grandes ramas de la familia liberal: estaba con Cortina, que recibia de aquel Gobierno la mision de llevar á Sevilla una corona, en premio de la resistencia hecha por dicha capital á las fuerzas del Regente: estaba con Olózaga, que aceptaba el cargo de ayo de la Reina, y estrechaba la mano á D. Pedro José Pidal en el Liceo de Madrid, con general aplauso de los circunstantes, mientras ambos hacian protestas del más puro constitucionalismo á nombre de sus respectivos partidos: estaba, en fin, bajo su propia bandera, de la cual no podia separarse sin aparecer inconsecuente y apóstata.

Muy pronto hubo de reconocer Prim el error de su partido, siendo uno de los primeros que sufrieron las consecuencias: acaso lo reconoció antes de terminar su campaña contra los centralistas, como no podia menos de suceder en presencia de los graves acontecimientos que sobrevinieron en los últimos meses de 1843, y sobre los cuales vamos á echar una rápida ojeada.

CAPÍTULO V.

Episodios dramáticos.—1844.

SUMARIO.—Un Ministerio que dura nueve dias.—Un gran escándalo.—Gonzalez Brabo al servicio de la reaccion.—¿Ha mentido la Reina?—PRIM se desvia del nuevo Gobierno, y pide licencia para viajar.—Alzamientos en Alicante y Cartagena.—Ordenes sanguinarias: persecuciones.—La vuelta de Cristina.—*El Guirigay* derriba á su autor.—Narvaez en el poder.—Sistema de terror.—Se conspira contra la libertad y contra el Gobierno.—Atentado contra la vida de Narvaez.—PRIM es complicado en este asunto.—Sus defensas, condena é indulto.—Zurbano, sus hijos y deudos fusilados.—Espartero destinado á morir sin formacion de causa.—Proyecto de reforma constitucional.

I.

Progresistas y moderados, en amistoso consorcio, declararon mayor de edad á la reina Doña Isabel II, en Córtes ordinarias, protestando unos y otros de su fidelidad inquebrantable á la ley fundamental, en términos de señalarse por traidores á los que pretendiesen más ni menos que la Constitucion de 1837. Sin embargo, aquel acto era por sí mismo una derogacion del artículo constitucional, que prefijaba la edad de 14 años para la mayoría de la Reina; lo cual solo podian hacer unas Córtes constituyentes. Falsearon aquellos legisladores la misma ley que aclamaban; y como observa oportunamente un distinguido publicista, más desacordados anduvieron todavía "al desconocer que no está al alcance de la autoridad más soberana alterar las leyes de la naturaleza, no habiendo talismanes ni varillas de virtudes capaces de transformar de súbito en mujer á una niña de trece años, como si corriesen parejas lo asombroso de la precocidad y lo gerárquico de la cuna [1]."

En la sesion regia que se celebró el 10 de Noviembre de 1843 en el salon del Senado, la jóven reina doña Isabel II de Borbon prestó el siguiente juramento:

"Juro por Dios y por los Santos Evangelios que guardaré y haré guardar la

[1] D. ANTONIO FERRER DEL RIO.—*Casa de Borbon en España.*

Constitucion de la monarquía española, promulgada en 18 de Junio de 1837; que guardaré y haré guardar las leyes, no mirando en cuanto hiciere, sino al bien y provecho de la nacion.—Si en lo que he jurado ó parte de ello lo contrario hiciere, *no debo ser obedecida: antes aquello en que contraviniere sea nulo y de ningun valor.* Si así, Dios me ayude y sea en mi defensa; y si no, me lo demande [1].„

Aunque no sea lo mismo guardar las leyes, que observarlas y cumplirlas, es indudable que el anterior juramento, atendido su espíritu, ligaba con fuertes lazos á la Reina; consideracion que debieron tener muy presente los que en lo sucesivo fueron sus consejeros responsables.

Confirmados en sus cargos los ministros que componian el Gobierno provisional, creyó Lopez, sin embargo, que su mision estaba terminada; y decididos á retirarse, por indicacion del mismo Lopez, fué llamado á formar un nuevo ministerio el presidente del Congreso, D. Salustiano de Olózaga, que tenazmente lo rehusaba; pero vencida al fin su resistencia, en la noche del 20 de Noviembre se firmó el decreto nombrándole ministro de Estado y presidente del Consejo. Al despedir la Reina á los ministros salientes, dijo á Lopez, que "contaba siempre con su consejo, y que en cualquier negocio grave que le ocurriera, procuraria tomarlo [2].„

Del anterior gabinete, quedaron en el nuevo el general Serrano, que, segun dice el Sr. Alcalá Galiano, "era quien más merecia la confianza de la Reina, agradándole sus modales de caballero,„ y D. Joaquin de Frias, encargados respectivamente de los departamentos de Guerra y de Marina: Olózaga eligió por compañeros á D. Claudio Anton de Luzuriaga en Gracia y Justicia; á D. Jacinto Félix Doménech en Gobernacion, y á D. Manuel Cantero en Hacienda.

Fué muy bien acogido este Ministerio, y se creyó por un momento que el partido progresista habia quedado vencedor en la pasada lucha. Esto se proponia Olózaga, procurando desde luego extinguir la discordia de sus correligionarios políticos, á cuyo fin anunció públicamente en las Córtes, que estaba resuelto á reorganizar la Milicia nacional desarmada, y á utilizar en bien del país los servicios de los hombres leales que habian sucumbido en Julio con la regencia de Espartero. Alarmaron desde luego estas tendencias á los hombres del partido moderado, en cuyas

[1] Las palabras *guardar* y *hacer guardar*, introducidas en esta y semejantes fórmulas de juramento, no son las más propias que debieran usarse. Con ellas, sin faltar á lo jurado, se puede infringir las leyes: basta guardarlas y hacerlas guardar... en un archivo, y aun bajo llave para más seguridad.

[2] Lopez. *Exposicion razonada.*

manos estaba la fuerza; y creció su sobresalto cuando Olózaga, ejerciendo un acto de justa reparacion, decretó en 26 de Noviembre la revalidacion de todos los empleos concedidos por el Regente hasta el dia en que salió del reino.

Estas providencias dieron motivo á las dimisiones de los generales Serrano y Narvaez, ministro de la Guerra el uno, y Capitan general de Castilla la Nueva el otro; lo cual no desagradó á Olózaga, que deseaba deshacerse principalmente del segundo. Serrano estaba disgustado por no haber podido introducir en el gabinete á Don Luis Gonzalez Brabo; pues aunque lo propuso por ministro, parece que Olózaga le manifestó su extrañeza, diciendo que la Europa soltaria una carcajada.

No habian sido aun reemplazados los dimitentes en sus cargos por la dificultad de encontrarles sucesores, cuando Olózaga, en vista de que el Congreso de diputados acababa de elegir á Pidal se presidente, conoció que iba á encontrar en las Cortes una oposicion invencible; y dispuesto á jugar el todo por el todo, llevó á la firma de la Reina el decreto de disolucion en la noche del 28 de Noviembre. Duró muy poco tiempo el despacho, y ya se retiraba Olózaga con el decreto, cuando la Reina salió á la puerta de su cámara llamándole, y le entregó un paquete de dulces para su hija, advirtiéndole con jovialidad infantil, que no se los comiera por el camino. Este rasgo, presenciado por el entonces coronel D. Domingo Dulce, que se hallaba de servicio en Palacio, y el corto tiempo que el ministro estuvo en el despacho de la Reina, demuestran la facilidad con que aquel habia obtenido la firma sin que hubiese necesitado recurrir á ningun medio extraordinario.

Segun refiere Lopez, ya el Gobierno provisional hubo de saber con extrañeza que se habian dado sin su anuencia destinos de alta influencia y categoria en Palacio; entrando á ocupar uno de estos la marquesa de Santa Cruz, que al parecer habia advertido á la Reina tuviese mucho cuidado con lo que le llevase á firmar Olózaga. La marquesa estaba enferma en la noche del 28; pero al dia siguiente pudo asistir á Palacio, y preguntó á la Reina si habia firmado la separacion de Serrano. S. M. contestó negativamente: habló de dos cruces, y despues de una pausa recordó que tambien habia firmado un decreto para que no hubiera Córtes. Al oir esto, la Santa Cruz prorumpió en exclamaciones de asombro y desconsuelo. ¿Cómo era posible que la Reina despidiese á los diputados que la habian declarado mayor de edad? ¡A los diputados que eran la esperanza del pais!

"No habian pasado muchas horas desde que la Santa Cruz pudo ver á la Reina, cuando comenzaron acudir á Palacio, no solo el presidente del Congreso, sino otra

porcion de personajes, cuya concurrencia simultánea no se explicaba; y poco despues empezaron á referirse en las antecámaras ciertos detalles extraordinarios sobre la manera como habia obtenido Olózaga la rúbrica en el decreto de disolucion. Fuése este á Palacio y dijo al Duque de Osuna, que estaba de guardia, que anunciase al Presidente del Consejo de ministros. Oíase rumor de voces en el despacho de la Reina, que cesó con el anuncio: la de Gonzalez Brabo fué la única que se atrevió, en medio de aquella concurrencia, á decir si se le podria hacer esperar. — "Que espere en secretaria,„ fué la contestacion al anuncio. [1]

Retirado el Ministro á la secretaria de Estado, situada en los bajos de Palacio, recibió más tarde un decreto que decia:

"*Por motivos graves á mí reservados*, vengo en exonerar á D. Salustiano de Olózaga de los cargos de presidente del Consejo de ministros, y de ministro de Estado.„

Olózaga contestó reconociendo en S. M. la facultad de separarle, pero no la de disponer de su honra; pidió que se retirara la fórmula y se usara de la regia prerogativa conforme á las prácticas constitucionales, y declaró que en otro caso no saldria del ministerio sino por la fuerza. Redactado entonces el decreto en debida forma, y comunicado al ministro exonerado, se retiró este á su casa, donde le esperaba un amigo para advertirle que se ocultase en sitio seguro, porque sabia que le iban á prender. Olózaga se manifestó dispuesto á todo, menos á ocultarse y á huir: entró en su casa, y momentos despues se presentaba en ella un brigadier con una real órden firmada por Serrano, en la que se le mandaba entregar inmediatamente el decreto de disolucion de las Córtes. Olózaga lo tenia en el bolsillo; pero obrando con prevision y cautela, contestó que lo habia puesto en sitio seguro, del cual no podia sacarlo á tales horas de la madrugada, y que al dia siguiente lo entregaria.

Llegado este dia, se presentó Olózaga en una reunion de más de ochenta diputados progresistas, que habian sido convocados en casa de D. Pascual Madoz, y les puso de manifiesto el decreto de disolucion, rogándoles que examináran bien si en la rúbrica ó en cualquier accidente de él se notaba señal de violencia; y cuando todos lo hubieron reconocido, mandó entrar al oficial, á quien habia dejado dicho que fuese á recoger el documento á casa de Madoz, y se lo entregó acompañado de un hábil oficio, en el que hácia constar que aquel decreto habia sido dado por S. M. *á instancias suyas*, segun se expresaba en el de revocacion, y haciendo observar que si

[1] Fernandez de los Rios. *Vida de Olózaga.*

bien estaba rubricado por la Reina, no tenia firma ni fecha, porque no habia llegado el caso de hacer de él el uso conveniente.

Olózaga se preparaba de este modo á combatir abiertamente contra la negra intriga que en aquellos momentos se fraguaba para perderle; pues ya era voz pública en Madrid que el exonerado ministro habia empleado la violencia para obtener la firma de S. M. en el decreto de disolucion de las Córtes. Por inverosímil que esto fuese, la noticia circulaba de boca en boca y era de mil modos comentada; pero nadie podia creer que se llegase al extremo de hacer á la Reina instrumento de las intrigas de un partido, y delatora de un crímen imaginario. Esto se hizo, sin embargo, con escándalo de la Europa y menosprecio de la institucion del trono. En presencia de los presidentes, vice-presidentes y secretarios de Congreso y del Senado, y con asistencia de los principales representantes de los altos cuerpos del Estado y de la grandeza de España, de las primeras autoridades y personajes de la corte, se levantó un acta, que hoy no se puede leer sin asombro, en la cual aparece que S. M. se dignó hacer la solemne declaracion que sigue:

"En la noche del 28 del mes próximo pasado se me presentó Olózaga, y me propuso firmase el decreto de disolucion de las Córtes. Yo respondí que no queria firmarlo, teniendo para ello, entre otras razones, la de que estas Córtes me habian declarado mayor de edad. Insistió Olózaga. Yo me resistí de nuevo á firmar el citado decreto. Me levanté, dirigiéndome á la puerta que está á la izquierda de mi mesa de despacho: Olózaga se interpuso y echó el cerrojo á esta puerta. Me dirigí á la que está en frente, y tambien Olózaga se interpuso y echó el cerrojo de esta puerta. Me agarró del vestido y me obligó á sentarme. Me agarró la mano hasta obligarme á rubricar. En seguida Olózaga se fué, y yo me retiré á mi aposento." Hecha lectura por mí el infrascrito de la precedente manifestacion (continúa el acta), S. M. se dignó añadir lo siguiente: "Antes de marcharse, Olózaga me preguntó si le daba mi palabra de no decir á nadie lo ocurrido, y yo le respondí que no se lo prometia." Acto contínuo invitó S. M. á que entrasen en su despacho todos los presentes, y examináran el lugar en que sucedió lo que acababa de referirles: así se hizo, en efecto, entrando todos en el real gabinete. En seguida puse la declaracion en las reales manos de S. M., quien asegurando que aquella era su verdadera y libre voluntad, la firmó y rubricó á presencia de los mencionados testigos, despues de haber yo preguntado á los presentes si se habian enterado de su contenido, y habiendo respondido todos que sí estaban enterados; con lo cual se dió por finalizado aquel acto....."

Firmaba este documento, como ministro de Estado y notario mayor de los reinos, D. Luis Gonzalez Brabo, el furibundo exaltado, el incendiario folletinista de *El Guirigay* en 1839, el agitador de las turbas en 1840, el que en su rabia democrática no habia vacilado en esgrimir las armas de la procacidad y el insulto atacando hasta la honra de la reina Cristina. Este era el hombre que la reaccion moderado-absolutista colocaba á la cabeza del Gobierno, y de quien se valia para allanar el camino á su dominacion política. El acto con que este hombre inauguraba su repentina elevacion al poder era sin duda un golpe de audacia inconcebible; pero ese golpe quebrantaba los cimientos del trono en que se asentaba una reina niña é inocente; y cuando, pasados los tiempos y desenvueltos los hechos que el mal engendra siempre con lógica fatalidad, volvemos atrás la vista, diríase que aquel hombre estaba predestinado para causar la ruina de esa misma Reina.

II.

A gravísimos y peligrosos debates dió asunto el acta real de 1.° de Diciembre. Aquel dia se presentó Olózaga en el salon principal del Teatro de Oriente, donde entonces celebraba el Congreso sus sesiones, atravesando sereno el inmenso gentío que rodeaba el edificio, y las dobles guardias que repeliendo, á la muchedumbre, llegaron hasta poner las bayonetas al pecho de los diputados. [1] El público se disputaba el puesto en las tribunas, una de las cuales habia sido ocupada por la mayor parte de la oficialidad del regimiento de S. Fernando, que se distinguia por su entusiasmo narvaista, y por varios oficiales de otros cuerpos. La policia, segun declaró despues el Conde de las Navas, habia invadido el Congreso sin anuencia del Presidente ni de la Comision de gobierno interior. Súpose esto con motivo de haber muerto dentro del edificio un celador de policía, atacado de un accidente.

Al entrar Olózaga en el salon de sesiones, los oficiales colocados en la tribuna sacaron las espadas gritando: *¡Muera! ¡muera!;* mientras en las otras tribunas contes-

[1] De esto se quejó D. Pascual Madoz, diciendo entre otras cosas: «Cuando me he presentado abajo, he encontrado que subian personas sin billetes: no digo á qué clase pertenecian; porque al buen entendedor pocas palabras bastan, y á otras con el billete en la mano, no se les permitia subir; y habiendo yo empezado á subir la escalera con otros tres señores diputados, que no me desmentirán, un centinela me ha hecho marchar atrás á pesar de que le he dicho que era diputado, y poniéndome en el punto que señalo con la mano (*S. S. señaló el costado izquierdo*) el fusil, me hizo retroceder dos escalones. »

taba el público: *¡Viva! ¡viva!*; produciendo esto tal agitacion arriba y abajo, que el Presidente se vió obligado á cubrirse, abandonando su asiento. Restablecida la calma y abierta de nuevo la sesion, formuló el Presidente esta pregunta: "Los ministros que han sido exonerados ó han dado su dimision, ¿pueden ó no continuar asistiendo á las sesiones?„ Más sereno que todos se levantó Olózaga á manifestar que aquella pregunta no decia nada afirmativo ni positivo para que pudiera votarse. "La pregunta, dijo, contiene dos miembros opuestos: sí ó no. ¿Cómo hemos de votar eso, señores? Yo no lo extraño en momentos de esta especie, y yo sin duda hubiera cometido mayores descuidos en el mismo caso.... Dejo aparte la consideracion de si debe ó no reducirse la cuestion á los términos precisos, á los ministros que han sido exonerados, ó á los que han hecho dimision. Porque, señores, debo decir que *ministro exonerado no hay ninguno que tenga la honra de haberlo sido más que yo.*„

Reconocida por el Presidente su torpeza, y presentada por el señor Posada Herrera una proposicion incidental pidiendo que se declarase á los señores Olózaga, Cantero y Luzuriaga sugetos á reeleccion, la combatió tambien Olózaga con fuertísimas razones, encontrando medio de provocar el debate que sus adversarios parecian rehuir. "Yo rogaria al Congreso, dijo, que considerara cómo podria interpretarse una proposicion inusitada para repeler de aquí á los hombres únicos que pueden dar luz, cuando el mismo señor Posada dice que hay que hacer cargos gravísimos. ¡Hay que hacer cargos graves, y no se quiere oir á aquellos á quienes se dirigen!..... No puedo creer que cuando se me han cerrado las puertas á que tocaba con derecho, donde se hubiera desvanecido en un instante cuanto se tramaba, no contra una persona, sino contra principios que se representan con firmeza, se siga el mismo espíritu y se nieguen la defensa y las explicaciones á quienes se hacen tan graves imputaciones..... Ruego á los señores diputados, que se hagan cargo de esta situacion, que podrá parecer á alguno desagradable, y que á mí me parece que me honra sobre cuantas situaciones he tenido en toda mi vida. Espero demostrarlo, y que no haya nadie, por obcecado que se halle, que no lo reconozca así: si creen lo contrario, admitan el debate y su triunfo será mayor, confundiendo aquí las leyes y el fallo competente al hombre que de esta manera se presenta arrogante, satisfecho de sí mismo ante la nacion entera y ante la Europa, á la que se va á sorprender con este caso singular...„

Mientras se discutia sobre la proposicion de Posada, entró en el salon el nuevo ministro de Estado, y despues de anunciarse al Congreso como tal, y como persona

en quien S. M. habia depositado su confianza, dijo que habia leido en el Senado el acta de que queda hecha mencion, y que creia de su deber leerla tambien al Congreso, á fin de que formasen idea cabal de lo ocurrido los señores diputados y el pais todo. Hízolo así, en efecto, añadiendo que estaba decidido á todo trance á mantener la confianza que habia merecido de la Reina, correspondiendo ella con sostener la veracidad de las palabras pronunciadas por S. M.

Singular era el caso, como intencionadamente lo habia calificado Olózaga. ¡Sostener la veracidad de las palabras de una Reina! Luego se trataba de saber si la Reina habia ó no mentido: tal era en términos claros y precisos el problema planteado ante el Congreso español y ante la Europa entera por el primer ministro de Doña Isabel II. Y no sobre otra cosa versaron los importantes debates que presenció el Congreso durante doce dias. Así lo comprendió la mayoría de los diputados, y fué menester todo el empeño y la energía con que Olózaga, celoso de su reputacion y de su honra, provocó repetidas veces á sus adversarios, para que al tercer dia se entrase de lleno en el fondo de aquella espinosa cuestion. Tres proposiciones se presentaron al Congreso: una de los señores Posada, Armero y otros, pidiendo que pasase una comision á manifestar á S. M. los sentimientos de respeto y lealtad de aquel cuerpo deliberante con motivo de la comunicacion hecha de real órden por su secretario del despacho de Estado, del acta en que se referian los acontecimientos ocurridos en Palacio en la noche del 28 de Noviembre; otra del Señor Olózaga que decia: "Pido al Congreso que se sirva acordar que se abra discusion sobre el documento leido por el señor ministro de Estado en la sesion del 1.° de este mes, para que en vista de lo que resulte de la discusion, se pueda preparar la acusacion que pido se entable contra mi persona." La tercera, firmada por los señores Plá y Somoza Saavedra, pedia que el Congreso declarase no haber lugar á deliberar sobre este grave asunto.

Apoyando su proposicion, dijo el señor Plá: "Aquí señores la cuestion viene á expresarse en estos términos: El Congreso de diputados *va á decidir si S. M. ha dicho la verdad en esta declaracion, ó si no ha dicho la verdad;* y yo pregunto: ¿qué diputado, por claras y explícitas que sean las explicaciones que haga el señor Olózaga, qué diputado puede votar con libertad en esta ocasion? Yo, señores, desde ahora anuncio que no votaré de ningun modo..... No sé qué explicaciones dará el señor Olózaga, ni las quiero saber; pero aunque llegase á quedar convencido de que no era exacto lo que en la declaracion de S. M. está estampado, yo me guardaria muy bien de

dar un voto, que explícita ni implícitamente contradijese su veracidad; porque para mí, antes que el señor Olózaga, antes que nadie, es el prestigio del trono.....

"Es claro, añadió luego, que esta es una cuestion de partido. ¿Y quién es la persona á quien se ha lanzado en medio de esos partidos? A la Reina, á la Reina inocente, á una niña de 13 años: á la persona real se la ha colocado entre los partidos, cuando debe estar sobre todos; se la ha puesto entre los combatientes para que los dardos que lance un partido contra otro tengan que tocar en ella, para que tengan que embotarse en el mismo trono. Y qué, señores, ¿es constitucional, es parlamentario, es propio de los diputados de la nacion española entrar en cuestion de esa naturaleza? Perdónenme los que aconsejaron á S. M.; yo creo que han cometido una gran imprudencia, y han hecho un gravísimo daño á ese trono de que se dicen defensores y leales servidores, con haber dado el consejo para que se redactase esa acta, que puede venir á ser objeto de discusion.„

Razon tenia el señor Plá; pero no era ya posible eludir aquella discusion, en la cual, haciendo las salvedades necesarias, entró Olózaga con valentía; y sin faltar nunca al respeto debido al trono, y á la persona que lo ocupaba, defendió sus propios actos de una manera brillantísima, dejó demostrada su inculpabilidad, y refiriendo todo lo ocurrido desde antes de su advenimiento al poder, hizo declaraciones importantes, que eran otros tantos cargos severos para sus acusadores. Empezó diciendo, que si no tuviera que dar explicaciones al Congreso, no solo no tomaria la palabra en contra de la proposicion de mensaje, destinada á manifestar sentimientos de lealtad y adhesion á la Reina, sino que la votaria; pero tenia que dar aquellas explicaciones, y tomándolas desde el momento en que fué nombrado ayo de S. M., dijo que su primer cuidado, y el empeño de todos los dias, habia sido completar la educacion política que le estaba encomendada, "explicando una y mil veces que no hay monarquía constitucional posible, si los reyes oyen siquiera hablar de política á otras personas que á los ministros responsables; si los reyes creen que pueden ceder á los afectos privados y á los consejos de las personas que más estimen, en vez de ceder á los consejos de los hombres que manden el pais, que los interpone entre ellos y los pueblos para hacer conocer la voluntad de estos y regirla con arreglo á ella.„

Refiriendo sus primeros actos como ministro, dijo: "Se habia establecido, no sé cuando, pero debe ser muy reciente, el que personas que no tienen la honra de ser consejeros responsables de la Corona, entrasen á tratar con S. M. de los negocios públicos como tuvieran por conveniente, y yo creí de mi deber recordar como mi-

nistro lo que con otro carácter habia dicho algunas veces; porque un ministerio, cualquiera que sea, no puede consentir que ni la persona más elevada en categoría trate de politica con la Reina; pues entonces no hay estabilidad alguna para los tronos, seguridad para las instituciones, tranquilidad para los pueblos. Pero mostrarse con esta resolucion *contra personas que tenian acceso con S. M. de ese modo*, los señores diputados conocen el fruto que podia producir.„

Insistiendo en este órden de ideas, al explicar el Sr. Olózaga los motivos que tuvo el Ministerio para prepararse anticipadamente con el decreto de disolucion, manifestó que se habia creido poder obrar de esa manera, sin aguardar á que surgiese un conflicto entre las Córtes y el Gobierno, para impedir amaños é intrigas que imposibilitasen la libertad de accion de la Corona en momentos dados, supuesta la existencia de influencias extraministeriales, y la seduccion diaria y contínua en daño del pais y en contra del Ministerio responsable. Pasó luego á exponer con gran mesura cómo se habia obtenido la rúbrica de S. M., y refirió los saludos obsequiosos y las delicadas atenciones que recibió de la Reina despues de haber salido de su gabinete, deteniéndose en las notables circunstancias que acompañaron y siguieron á su despedida. Un ministro que acaba de cometer el gravísimo atentado que se le imputaba, sale tranquilamente del gabinete real atravesando las espaciosas salas de Palacio, sin que nadie sospeche nada de lo sucedido, y sin que la persona violentada se muestre ofendida, y antes al contrario se manifiesta obsequiosa y jovial con su ofensor. Ese ministro se retira á su secretaria, situada en el mismo edificio, y pasa en ella muchas horas de la noche sin que llegue á su oido rumor alguno de la agitacion, del escándalo, de la indignacion que semejante atentado necesariamente hubiera producido. Llega por fin el dia siguiente, y entonces comienza á saberse que existe un decreto de disolucion; pero esta noticia no tiene al principio más importancia que la que le dá su carácter político. Transcurren así las horas, y de repente aquel hecho sencillo se trasforma en un acontecimiento gravísimo, único en la historia. ¿Y quién es la primera persona á quien ese acontecimiento se refiere? No lo es el presidente del Congreso, ni tampoco ninguno de los otros ministros. Al llegar á este punto, el Sr. Olózaga tuvo un arranque feliz. "Piensen los señores diputados, dijo, en las consecuencias que tiene que producir en un pais constitucional, el que un suceso de tanta entidad sea conocido, no se sabe de quién, antes que de las personas á quien legalmente competia. Si un ministro habia faltado, los demás ministros, ¿han faltado por eso? Si un ministro era

capaz de cometer tan extraño atentado, por lo mismo que fuese extraño y que fuese grave, ¿se podia suponer cómplices de él á los demás? Aquí viene la cuestion decisiva; aquí no caben subterfugios; aquí no cabe escudarse con el trono; aquí es menester decir francamente si se quiere el trono constitucional, ó si se quiere de otra manera. (*Agitacion. El Presidente llama al órden*). ¿Dónde está, señores, dónde está el poder de obrar por sí misma la Corona sin intervencion de ningun ministro responsable? ¿Dónde está el orígen de un acto legal? ¿Dónde el principio de cosa tan grave é inusitada? Busquémoslo por las vias constitucionales; busquémoslo, y no lo encontrarémos.„

Llamando luego la atencion de los diputados sobre la declaracion dada por la Reina de una manera muy solemne, y al parecer tambien *muy uniforme*, dijo que comparasen el estilo con el lenguaje sencillo y familiar de la augusta persona, y añadió: "Yo paso, señores, por su decision literaria, para que vean si esas palabras son las que naturalmente se usan, son las que suelen salir de los labios que despues las han proferido. *Las palabras, señores, han sido prestadas: el estilo es ajeno, y quien dá las palabras y el estilo, piénsese si puede dar algo más.*„

Habló luego de su llegada á la puerta de la real cámara, cuando se estaba celebrando la conferencia en que se trataba de su persona, y manifestó su extrañeza de que no se le hubiese recibido en el acto, considerando su presencia en aquel sitio como un aviso providencial para el esclarecimiento de la verdad; y despues de ocuparse del primer decreto de exoneracion fundado en causas *reservadas* á la Reina, cuando eran tantos los que ya conocian esas causas, dijo: "Cambióse despues este decreto, porque se creyó que no debia, que no podia la alta majestad inviolable infamar á ninguno de sus súbditos, porque su poder alcanza á lo que la Constitucion permite; alcanza entre esas prerogativas de la Constitucion, á salvar con una sola palabra la vida de un hombre; pero su poder, dichosamente, no alcanza á perder á otro hombre con su palabra. No, señores, y no habrá enemigos más encarnizados de la Reina, que los que quieran prestarle ese poder... Si hay personas que con cierto gusto recuerdan aquellos siglos de los señores de vida y muerte; y si esas personas saben hacer conciliable eso con la garantia que necesitan los tronos para llenar su mision en los tiempos modernos, *sigan esa senda, que ya recibirán su pago; sigan profesando esas doctrinas y poniéndolas en práctica, que los demás ya sabremos lo que hemos de hacer*. Pero no las seguirán, si son cuerdos; que en el ejemplo en que acaso no reparan por lo humilde de la persona en quien recae, á poco que consideren, verán

la repeticion de estos sucesos en muy diverso sentido, ocurriendo muchas veces.„

Calificó de constitucional el decreto que se le comunicó en la noche del 29 de Noviembre por el general Serrano, *ministro todavia de la Guerra*, á pesar de haber hecho su dimision, por el cual se anulaba el de disolucion diciendo, que S. M. *se habia dignado* expedirlo *á instancias* del ministro de Estado; y encontrando en estas palabras su propia justificacion, exclamó: "Esta es la única decision constitucional, la única decision real admisible; los que quieren oponer á eso otra cosa, olvidan por intereses frívolos, por pasiones del momento, que quitan al trono el escudo único que tiene en estos gobiernos; que comprometen á una augusta persona, y que la hacen jugar un papel indigno de la condicion en que ha nacido, indigno de sus sentimientos elevados, y contrario á sus verdaderos intereses.„

Despues de lamentarse de que no se hubiese accedido á su peticion, reforzada con la súplica de muchos diputados, de que se le permitiese dar explicaciones en presencia de S. M., antes de que se extendiera el acta, sin ocuparse directamente de esta, hizo notar la contradiccion que á su parecer existia entre las primeras palabras y las últimas que se añadieron en dicho documento. Por ellas se hacia constar que despues de un acto de violencia material, el Ministro habia pedido á la Reina que guardara secreto. "Es decir, exclamó, que el violador, que el forzador, que el criminal iba, como si hubiera hecho un gran beneficio, á pedir un favor, el favor más dificil que se puede pedir á una niña, y aun á una mujer. ¿Hay sentido comun en eso? No se vé el aturdimiento de las personas que á la conferencia solemne asistian; no se vé la confusion, no se vé el disgusto porque no cuajaba la opinion, porque no producia los efectos instantáneos que se esperaban el amaño con que desgraciadamente atrajeron el ánimo de S. M ?... Pero hay otra contradiccion aun más grande. Se supone que se cede á la violencia para rubricar el decreto, y en seguida quien cede de esa manera á lo que en breves instantes pasara,... la que de esa manera sucumbe á la fuerza, luego entra dentro de sí misma, luego impone al criminal, y le hace marcharse, sin que arranque lo que más le importa, la palabra del secreto de ese atentado. Hé ahí dos mujeres; hé ahí dos personas diferentes; hé ahí la timidez y la fortaleza: ¿cómo se concilia esto, señores? ¡Niña cándida y tierna que cede á la violencia en el primer instante; niña fuerte y poderosa que impone luego y rechaza la pretension que más importaba al que hubiese cometido tal atentado! ¡Desatentados cortesanos, gentes falaces, á esta condicion reducís, en este espectáculo poneis á la que es objeto de nuestras adoraciones, y á la que vosotros que-

reis solo para instrumento de vuestros intereses, de vuestras ambiciones, de vuestras miserias !.... Me voy deteniendo más de lo que quisiera.... pero no debo abusar de la bondad de los señores diputados, y debo tambien quedarme con todo lo que debe guardarse á prevencion el hombre que ha merecido que se emplee como máquina de guerra para su nombre y su persona lo más alto que hay en las sociedades modernas....»

En la sesion del dia 7 se leyó un proyecto de ley acusando al señor Olózaga como reo de abuso de confianza, de desacato y de coaccion contra la persona de S. M. No seguiremos paso á paso los debates á que dió lugar esta proposicion: solo extractaremos algo de lo que dijeron algunos de los principales oradores, para que se comprenda la falta de prudencia que hubo en suscitar esta cuestion.

«¿Ha pensado el señor ministro de Estado, dijo D. Manuel Cortina, la lámina que iba abrir hablando de violencias al empezar á reinar Doña Isabel II ? ¿Ha olvidado S. S. los funestos recuerdos que eso ha dejado en el país ? Otros señores que me escuchan y que podran haber sido interlocutores en dramas representados entonces, podrán responder mejor que yo á estas preguntas: era lámina que no debia haberse abierto al principio del reinado de la joven y querida Reina que hoy rige los destinos del país..... Pues qué, señores, ¿no habrá mañana pretexto en un partido político cualquiera que se levante, legal ó ilegal, no habrá motivo en cualesquiera descontentos que alcen una bandera de rebelion, para decir que *la Reina está forzada, que la Reina está violentada*, y que lo que manda no es su voluntad, para justificar con eso cualquier exceso que puedan cometer ?... ¿No ha pensado el señor ministro de Estado que, al dar semejante paso, ha hecho descender á la Reina de la altura en que está colocada, y la ha traido á un terreno que su noble y distinguida planta jamás debe hollar ?.....

«S. M. no puede ser considerada en este grave negocio, ni mucho menos si los debates se llevan al terreno judicial, sino como denunciadora de un hecho, ó como testigo de él, y esta sola enunciacion basta para asustar. ¡S. M. convertida en denunciadora! ¡S. M. la Reina convertida en testigo de un hecho propio !.....

«Ante la opinion de los pueblos no hay inviolabilidad; ante ella son todos justiciables; y aunque no hubiese tribunal que declarase á un rey, por faltar á la verdad, sujeto á aquella responsabilidad á que á mí ó á todo particular se nos sujetaria, la opinion de los pueblos se la exigiría. Y, señores, cuando la opinion de los pueblos cree que un rey ha faltado á la verdad, cuando se llega á esa calificacion, de esa

calificacion es fácil que se pase á otras cosas que todos debemos condenar, y que yo deseo y todos deseamos que no se verifiquen, que todos debemos contribuir á alejar, y para las que no hay gran distancia que correr, dado un paso de esa naturaleza.....

« ¿ Y qué consecuencias produciria, señores, que la Reina de España apareciese en un debate de esta especie, bien fuese como denunciadora, bien como testigo ? Señores: ó resultaria un agravio al lustre y al esplendor del trono, si jueces rectos, como se encontrarian en España..... absolviesen de la acusacion que sin más fundamento que ese se intentase; ó si los jueces no eran firmes, si no eran valientes, si no estimaban su reputacion más que su riqueza, honores y posicion, si cedian ante ese ídolo respetable, pero que no debe tener entrada en aquel lugar, porque allí no debe haber más ídolo que la justicia y la ley, ¿ qué resultaria ? Que se cometeria una grande injusticia; que se daria al mundo entero el escándalo de que, sin prueba legal cumplida y cual se requiere, se imponia una pena grave, gravísima, que no puede imponerse á ningun ciudadano español sino en virtud de pruebas acabadas y cumplidas. ¿ Y qué resultaria de esto ? O ignominia para el trono, ó injusticia por parte de los magistrados.....»

El señor Madoz presentó este otro dilema: —" Sale de aquí la acusacion y va al Senado..... Si el Senado *absuelve*, entre un Senado que absuelve y un Congreso que acusa, la disolucion es indudable: si el Senado *condena*, puesto que nosotros acusamos, ¿ cuál es la pena que impondrá ? O no impondrá pena ninguna, ó impondrá la que manda la ley recopilada: ó no impondrá pena ninguna, ó impondrá *la pena de muerte*. ¿ Y admitiremos la doctrina absurda, despótica, no tengo inconveniente en decirlo, de que en gobiernos representativos, el dicho de un rey, que yo respeto y me basta para que sea una verdad,... sirva para una acusacion, sirva para producir una condena, sirva para imponer la pena de muerte al hombre que, subiendo al cadalso, lleva tras de sí el partido á que pertenece ?„

El exministro Lopez citó una serie de inexactitudes cometidas en los diferentes actos oficiales llevados á cabo en aquellos dias, lo cual dijo le autorizaba para suponer que en otras cosas se faltase á la exactitud del mismo modo; y refirió palabras que la Reina le habia dado, no una, sino muchas veces, y que despues no se habian cumplido, para demostrar que otras voluntades torcian la de S. M., sugiriéndole ideas y deseos que no estaban en su cabeza ni en su corazon.

" No se diga que está de por medio la palabra de una reina, que es á la vez una

niña; porque por lo mismo que es niña, falta de la precaucion que dan los años, de la suspicacia que es tan necesaria en los palacios, podrá ofrecer la ocasion cómoda y segura para que, si ella es, como lo es en efecto, incapaz de todo punto de faltar á la verdad, otros falten en su nombre y á su sombra. No volvamos á lo mismo de la palabra de la Reina para embargar la nuestra; porque tributándole yo todo el respeto que debo, diré, sin embargo, que hay otra reina hija del cielo, hermana del tiempo, compañera de la eternidad, único recurso y consuelo del desgraciado, único escudo del inocente, *la Verdad;* y que cuando fijó en ella los ojos, desaparecen enteramente á mi vista todos los demás objetos de la Tierra...—Se confunde la cuestion actual con la cuestion general de *la veracidad de los reyes;* y lo que es peor todavía, se quiere deducir que nuestra reina no ha podido menos de decir la verdad, *porque los reyes son infalibles*, porque no pueden ser engañados, porque cuando ellos hablan es necesario que nosotros sometamos nuestra razon..... Yo no creo por punto general que los reyes sean infalibles, que sean impecables, que no puedan hacer mal; y una prueba de que mi opinion es exacta, es que los pueblos han tenido que darse constituciones para enfrenar el poder de los reyes, y para ponerse á cubierto de sus arbitrariedades.....„

Llegaba á su término este singular debate, cuyo único resultado habia de ser poner de manifiesto un abuso monstruoso, cometido en beneficio de un partido contra otro partido. En vano los acusadores de Olózaga redoblaban sus esfuerzos para confundirle, presentando por delante el trono y escudándose con la Reina, á quien habian comprometido: el acusado, sin faltar á los respetos debidos á tan elevados objetos, dirigia sus tiros á otro punto, mostrándose cada vez más enérgico, hasta convertirse en acusador de sus contrarios. "Se quiere fundar una acusacion en el dicho de una persona, la más augusta y respetable, exclamaba; pero es dicho de una persona sola: ¡y se supone que para averiguar la certeza de ese dicho no ha de poder ser preguntada y repreguntada, no ha de poder responder á las exposiciones que se le dirijan! Se habla de justicia, se dice que se busca la verdad, ¿y se niega ó empieza negando el único medio de averiguarla? Condeno, rechazo con la indignacion que debo, con la que me es permitida en mi posicion, error semejante, y declaro que no estoy dispuesto á pasar por él de ninguna manera. ¿*Se quiere juicio, ó se quiere sacrificio*? ¿Se quiere verdad, ó se quiere intriga? ¿Hay nada más grande que la verdad? ¿Hay nada más respetable que la inocencia?...„

Reveló despues, que "todo lo que en aquellos dias se habia hecho, todo lo que

se preparaba, tenia *dos centros*: uno que residia *en el consejo irresponsable y contínuo al oido de la Reina*, y el otro en el *jefe de las fuerzas* de la capital de la monarquía.„ Y más adelante añade: "Puedo decir, y estoy seguro de que la verdad será palpable á todos, y se sabrá en España y en Europa, que *ha habido una fábrica de decretos*, y no eran los ministerios, y que esto se ha llevado como se podia llevar en los tiempos del más normal despotismo.„ — Por último, pretendiendo algunos obligarle á reconocer la veracidad del hecho, aunque sin los caracteres odiosos de violencia y fuerza, y dando por supuesto que solo pudo haber abuso de confianza, ó exceso de familiaridad, el acusado contestó: — "¿Qué es esto, señores? ¿Es en obsequio del hombre á quien se ha colocado en tal situacion el atenuar los cargos y el debilitar las imputaciones, ó es que al ver descubierto lo que en esto hay, al ver formada la opinion, al ver la contradiccion palpable, al ver que no se puede sostener lo primero que se dijo, se quiere ir retrocediendo poco á poco, para colocarse en mejor posicion?...„

No era posible que se prolongase por más tiempo esta lucha extraordinaria, sin que al asombro y al escándalo sucediesen consecuencias más funestas. El conflicto no tenia solucion digna y decorosa para sus promovedores, ni en el terreno parlamentario, ni en el de la ley. A todo puso fin la desaparicion de Olózaga, que creyéndose plenamente justificado en la opinion de los hombres imparciales, y siendo por otra parte su persona objeto de contínuas asechanzas, decidióse á buscar en tierra extraña la seguridad individual que en su patria le faltaba. Desde que comenzaron aquellos debates habia ido creciendo de dia en dia la animosidad contra Olózaga: grupos de polizontes disfrazados le aguardaban todas las noches á la salida de las sesiones; muchos oficiales del ejército le acechaban con ánimo de cometer en él un atropello; y solo merced á la vigilancia de sus parientes y amigos pudo librarse y escapar de esta persecucion incesante. El último dia le avisaron que no saliese del Congreso, porque estaban tomadas todas sus avenidas. En tan apurada situacion, resolvió salir por donde menos podian esperarle, por la puerta principal, y apoderándose del coche de otro diputado, escapó del peligro. Al dia siguiente, marchaba fugitivo hácia Portugal.

III.

Dueño Gonzalez Brabo de la situacion, comenzó á gobernar á gusto de los que le habian encumbrado, y temiendo á la oposicion de la considerable y vigorosa minoria del Congreso, en 27 de Diciembre suspendió, con ánimo de disolver despues, aquellas mismas Córtes que un mes antes eran tan dignas de consideracion por haber votado la mayoría de la Reina. Sin obstáculo alguno se dió esta vez el decreto, aunque no dejó de infundir recelos esta determinacion en el ánimo de algunos moderados. Eran, sin embargo, infundados tales recelos; pues Gonzalez Brabo, fiel á sus nuevos compromisos, continuó sin vacilacion la marcha iniciada, revocando las reformas liberales hechas desde el pronunciamiento de Setiembre de 1840, restableciendo la famosa ley de Ayuntamientos de aquel año, y otras disposiciones abolidas por los progresistas, separando á estos de los empleos y cargos públicos para colocar á los moderados y absolutistas, particularmente á los convenidos de Vergara, dando á la policia una organizacion especial, y estableciendo, en fin, un despotismo disfrazado con formas constitucionales.

En aquellas circunstancias regresó Prim á Madrid, despues de haber sido disuelta la division de operaciones que mandaba en frente de Figueras; y desde luego pudo conocerse que el jóven Conde de Reus no estaba conforme con la marcha reaccionaria emprendida por el Gobierno. Trató este de alejarle de la capital de la monarquia, y al efecto le nombró gobernador de Ceuta, con fecha 19 de Enero de 1844. Prim rehusó admitir este cargo, fundando su renuncia en motivos de salud; pero bien dió á conocer de este modo su desengaño y su disgusto, y deseando evitar todo contacto con aquella situacion, que no podia menos de tratarle como á contrario, pidió poco despues licencia, que le fué concedida, para viajar por el extranjero.

No podian llevarse adelante los planes de reaccion, sin que esto produjese conmociones y protestas. En efecto, varias provincias manifestaron su descontento de diversos modos: Madrid dió un voto significativo de censura á los que habian tramado la intriga para deshacerse de Olózaga, reeligiéndole diputado á las tres semanas de su caida. De varios puntos se dirigieron exposiciones á la Reina, en las cuales, como en una de Sevilla, se le decia: "No más reacciones; porque, Señora, si la

mano torpe de ministros pérfidos, ingratos y desleales pretendiese el retroceso, aunque pesara al carácter naturalmente templado y pacífico de los hombres del progreso, no podrian dejar de aceptar la lid á que se les provocase, y confundir en ella á sus tiranos, para salvar las instituciones y con ellas el trono augusto de V. M.„

El desarme de la Milicia nacional que, con pretexto de reorganizarla, se iba llevando á cabo en muchas partes, encontró en algunas resistencia, dando esto lugar á que corriese la sangre, como sucedió en Zaragoza, Granada y otras poblaciones. Alicante, por fin, y despues Cartagena dieron el grito de guerra, levantándose en armas contra el Ministerio y aclamando la libertad; pero estos movimientos aislados, sin premeditacion y sin enlace, solo podian servir para robustecer al Gobierno, que, sintiéndose fuerte, al ver que la insurreccion no se propagaba, declaró la nacion en estado excepcional, y abusó de su poder dictando órdenes tan severas y terribles como no se habian visto otras iguales desde los tiempos del absolutismo. Sirva de muestra una de ellas, expedida por el ministerio de la Guerra, que prevenia en nombre de la Reina lo siguiente:

"1.° *Todos* los jefes, oficiales y sargentos, que pertenezcan al Ejército, Milicias provinciales, Milicia nacional, Carabineros ó Armada, que han tomado parte en la rebelion de Alicante, *serán pasados por las armas* donde quiera que puedan ser habidos *con la sola identificacion de las personas.* — 2.° Si invitada la tropa sublevada de todas armas á reunirse bajo las banderas leales, en un corto plazo que queda á la prudencia de V. E. señalar, no se presentase, *será diezmada* cuando pueda ser habida, con arreglo á Ordenanza. — 3.° Todos los paisanos que, como jefes de la rebelion, hayan aparecido en el segundo motin de Alicante, *serán pasados por las armas.*„

Vencida esta insurreccion, fueron fusilados treinta y un hombres en Alicante, y otros muchos en Cartagena; rigor extremado con el que se pretendia arrancar de una vez la raiz de las revoluciones; pero que lejos de ser así, esparcia en abundancia su semilla, viéndose que el nuevo reinado comenzaba como habia concluido el anterior, y que aquellos castigos, más bien que una satisfaccion dada á la vindicta pública, significaban la crueldad y la venganza de un partido. Esto no era más que el preludio de un sistema ordenado de dominacion por la fuerza. El Gobierno aprovechó su triunfo para disolver la Milicia nacional en todo el reino, lo cual pareció bien á los que veian en aquella institucion un instrumento de desórdenes y no una garantía para la libertad; extendió el régimen de rigor á todas las provincias, y so

pretexto de sospechas de complicidad en los últimos desgraciados movimientos, comenzó á perseguir en Madrid á las personas más distinguidas del partido progresista: los individuos de la junta directiva de elecciones de este partido, Madoz, Cortina, Garrido y otros fueron presos y encerrados en calabozos: registráronse sus casas y la de Olózaga en busca de papeles y comprobantes de la supuesta complicidad; y aunque se encontraron cartas desaprobando el movimiento, no se quiso hacer uso de ellas uniéndolas al proceso por más que se pidió. — ¿A qué conducian estas persecuciones y estos desafueros? ¿Eran acaso necesarios para asegurar la tranquilidad pública, mantener el prestigio de la autoridad, y afianzar el imperio de la ley? No; que los perseguidos carecian de toda culpabilidad, siendo además impotentes para perturbar el órden; y por otra parte, la tranquilidad no está segura, ni la autoridad se hace respetar, aunque se haga temer, cuando rompe las leyes y atropella los derechos naturales de los ciudadanos. Ni siquiera el propósito de sostener inalterable á todo trance la paz pública podia justificar semejante comportamiento; porque los mismos hombres que tan arbitrariamente procedian, los mismos que tenian por sistema de gobierno ahogar en sangre los movimientos insurreccionales, poco despues santificaban de real órden el derecho de insurreccion, mandando exhumar y trasladar á la corte los restos mortales del desgraciado Montes de Oca, fusilado en 1841, y disponiendo que los gastos de esta traslacion fuesen sufragados por el Estado.

Gonzalez Brabo era presidente del Consejo de ministros; y el hombre que más habia abusado de la pluma y de la imprenta, hacia enmudecer á la prensa de oposicion: el demócrata por temperamento no tenia empacho en mandar sin Córtes y sin más ley que su capricho: el difamador de la reina Cristina, el redactor de *El Guirigay* era el ministro destinado á *desagraviar* á aquella elevada señora, trayéndola á España y saliendo á recibirla hasta el real sitio de Aranjuez.

"No era ya aquella Cristina cuya presencia entusiasmaba al pueblo; los disgustos la habian demudado completamente; viajaba con suma lentitud, visitando las iglesias y conventos de religiosas, y haciendo parada en los dias festivos. En Madrid fué notable la frialdad con que fué acojida. Las tropas de la guarnicion, lujosamente uniformadas, se hallaban tendidas en la carrera; las músicas entonaban alegres tocatas.... El Ayuntamiento habia adornado la puerta de Atocha, por donde debia verificar su solemne entrada, y á cuyo punto salió á recibirla la corporacion municipal y una matrona que representaba á España, colocada en un magnífico carro

triunfal; tambien la esperaban en el mismo sitio una multitud de soldados y sargentos del Ejército y paisanos con palmas y ramos de olivo. Las bandas de música y los vivas forzados de la tropa y conductores de las palmas y de los ramos, contrastaban notablemente con el silencio sepulcral que observó el pueblo. [1]„

¿Qué extraño es que el pueblo no celebrase la entrada triunfal de la madre de la Reina? Los tiempos habian cambiado mucho, y con ellos los sentimientos de la generalidad. Sucedia esto el 28 de Marzo de 1844, y la poblacion de Madríd, desdeñando los regocijos públicos, salia aquella tarde por la misma puerta de Atocha para acompañar á la postrera morada el cadáver de un hombre insigne, de un español ilustre, grande por su talento y más por sus virtudes, que habiendo sacrificado su vida entera al servicio de la pátria y de la libertad, acababa de fallecer, no dejando ni con qué pagar su sepultura. Era este D. Agustin Argüelles, á quien el pueblo de Madrid demostró el afecto y la veneracion que merecia, siguiendo su féretro espontáneamente, sin aviso ni excitacion alguna, más de cincuenta mil personas. ¡Contraste singular! Mientras por un lado se celebraba con ostentoso aparato oficial una fiesta que infundia tristes presentimientos, por otro iba un entierro que parecia un triunfo: la corte estaba de gala; el pueblo de luto, y como si entre ambas partes existiera un completo desacuerdo, ni el Gobierno tuvo presente, ni nadie pensó en recordar á la Corte, que aquel muerto que llevaban á enterrar habia sido tutor de S. M. la Reina de España. La Casa real no envió al entierro de Argüelles ni aun lo menos que podia enviar; un coche con dos lacayos....

La Reina madre, desde su regreso á la Península, comenzó á ejercer una influencia grande, tal vez demasiada, en la política de la nueva situacion, lo cual no tenia nada de extraño; pues todo lo hecho últimamente y lo demás que se preparaba podia considerarse como una restauracion llevada á cabo en su obsequio y en interés de sus partidarios: lo que sí era de extrañar y sorprendió á todos fué verla departir en público amistosamente con Gonzalez Brabo, "que faltando á la hidalguia castellana (dice su biógrafo), la habia insultado no hacía aun mucho tiempo en lo más sagrado de su honra....„ "Mostrábase placentera con él (añade un escritor moderado), olvidando generosamente los agravios del periodista, y recompensando los servicios del ministro con la gran cruz de la Legion de Honor, obtenida del Rey de los franceses por mediacion suya. [2]„

[1] *Galería militar contemporánea.* Tomo 1. *Biografía de Doña María Cristina de Borbon*

[2] Rico y Amat. *Obra citada.*


Agustin de Argüello



No hubo de ser, sin embargo, muy cordial esta reconciliacion, como tampoco podia ser duradero el predominio de quien habia entrado en el templo de las grandezas, arrastrándose por la escalera falsa, y dejando á la puerta la conciencia. Los que se habian servido de él como instrumento, pasado ya el peligro que no quisieron ó no se atrevieron á arrostrar á la caida de Olózaga, creyeron que era llegada la hora de tomar por sí las riendas del gobierno. El ministerio Gonzalez Brabo, por otra parte, se hallaba ya muy desacreditado hasta en la opinion de sus mismos parciales, á causa de algunas operaciones de crédito, que dieron motivo á cábalas y combinaciones de Bolsa, en cuyos manejos salió bastante malparada la probidad del ministro de Hacienda, Carrasco, y de otros personajes moderados: [1] el de Marina, D. Filiberto Portillo, tambien era fuertemente censurado por su desacierto en el negocio de la construccion de cuatro vapores. Pero todo esto se habria quizá pasado por alto, si los corifeos de la reaccion, menos ingratos con el que habia hecho cuanto era posible por complacerles, no hubiesen decidido su reemplazo.

Cuéntase que una tarde, al entrar la reina Cristina en su régia estancia, encontró sobre una mesa una cajita primorosamente labrada, cuya procedencia era un misterio que nadie supo explicar. Naturalmente curiosa, que al fin era mujer, decidióse S. M. á abrirla, y fué grande su asombro al ver que contenia una coleccion del *Guirigay*. Aunque la ira que cabe en celestiales pechos, de que nos habla Virgilio, estuviese ya extinguida en el de la Reina madre, aquel golpe no podia menos de abrir heridas mal cicatrizadas, y despertar en ella, si no pasados resentimientos, ideas de dignidad y decoro, so pena de aparecer olvidada de sí misma. Fuese ó no cierto el hecho, se refirió públicamente; y poco despues cayó el ministerio Gonzalez Brabo, dejando un solo recuerdo bueno de su paso por el poder; la institucion utilísima de la *Guardia civil*, que en todos tiempos y por mil títulos ha merecido despues el aprecio público, mientras no se ha explotado su admirable disciplina para emplearla como instrumento de tiranía política.

La situacion vino á caer naturalmente en manos del general Narvaez, como hombre de gran vigor y árbitro de la fuerza: nombrósele presidente del Consejo y ministro de la Guerra, y se dió por compañeros á D. Alejandro Mon, en Hacienda; D. Pedro José Pidal, en Gobernacion, y el Marqués de Viluma, en Estado; quedando al frente de los ramos de Gracia y Justicia y de Marina, los señores Mayans y Mazarredo.

[1] Rico y Amat. *Obra citada.*

No cabe desconocer que los antecedentes de Narvaez eran muy liberales, aunque por su carácter ambicioso, dominante y suspicaz pareciese nacido para mandar como déspota. Oficial era de la Guardia Real española, cuando esta se sublevó instigada por Fernando VII, en 7 de Julio de 1822, y peleando contra ella, ganó la cruz que recuerda tan memorable jornada: indefinido permaneció en Loja durante los diez años de la restauracion absolutista, prestándose á coadyuvar á las desgraciadas cuanto nobles empresas de Manzanares y Torrijos: en defensa del trono constitucional combatió con valor hasta 1838, en cuya época le contaban por suyo los exaltados: desde entónces pudo parecer, sin embargo, ambigua su conducta, ya que el espíritu de rivalidad hácia el general Espartero, que se le mostró siempre generoso, no debia ser causa bastante para hacerle abjurar de sus principios, ni menos para retenerle fuera de España, hasta que se presentó en Valencia declarando, que "*el que quisiese destrozar la Constitucion de 1837; el que intentase reacciones de cualquier color que fuesen*, destruyendo la union que se habia proclamado, *seria indigno del nombre español*, y mereceria que todos cayesen sobre él para anonadarle."

¿Por qué fatalidad el hombre que habia sentido y expresado estas enérgicas palabras, arrojaba sobre sí mismo tan terrible anatema? Sin duda resonaban todavía en el fondo de su conciencia, cuando apenas constituido el nuevo gabinete, pretendió Viluma suprimir de una plumada la Constitucion y reemplazarla por *una donacion real:* parece que tambien se esforzaba en promover el enlace de la Reina con el hijo mayor de D. Cárlos; y estos proyectos que coincidieron con el viaje de la Corte á Cataluña, originaron la separacion de aquel ministro.

Pero, si Narvaez no accedió á los planes de Viluma, en cambio desarrollaba otros conducentes á imponer la dominacion exclusiva de su partido, y su voluntad sobre todas las demás. Ya en tiempo del Gobierno provisional, segun refiere Lopez, apenas pasaba dia en que el general Narvaez, entónces capitan general de Madrid, no fuese á buscar á los ministros en el local donde se reunia el Consejo, para entretenerlos con la relacion de peligros y tentativas de conspiraciones, mostrándoles una porcion de avisos y de anónimos, todos dirigidos á advertirle las horrendas tramas puestas en juego y los proyectos de asesinato, así contra su persona, como contra las del Gobierno. En su modo de ver las cosas, era tan indispensable como urgente asegurar á los sospechosos, proceder por aquellos indicios, allanar y reconocer el domicilio, y adoptar otras medidas que estaban en pugna

con la ley fundamental [1]. Tomaron mayor cuerpo estas aprensiones cuando una noche, en Noviembre de 1843, se intentó asesinar á dicho general en medío de la calle; y era consiguiente que, al ocupar Narvaez el poder, se plantease de lleno su sistema: creóse una policía numerosísima, cuyos servicios, efectivos ó fabulosos, se recompensaban con excesiva generosidad; y como era necesario contraer méritos para contentar el lado flaco del jefe, se inventaban delaciones, se perseguia sin justa causa á ciudadanos honrados, haciendo grangería de la iniquidad, y preparando así materiales para verdaderas conjuraciones. Creada una situacion de fuerza, el Ejército merecia la atencion preferente del Estado, y así era en efecto; pero tambien á él alcanzaba el espíritu de exclusivismo, prodigándose las recompensas á los oficiales que más se brindaban á secundar la reaccion, y estableciendo depósitos á los cuales eran destinados los que habian prestado mejores servicios durante la guerra civil: vigilábase particularmente á la clase de sargentos, y se procuraba desconceptuarla y hasta humillarla para quitarle todo prestigio entre los soldados, mientras por otra parte se halagaba á la guarnicion de Madrid, dándole convites y llevando á la Reina á visitar los cuarteles [2].

Proyectábase *reorganizar la monarquía*, y á este fin se disolvieron las suspensas Córtes, y se convocaron nuevas para el 10 de Octubre. Las operaciones electorales, ejecutadas bajo un régimen de opresion, dieron el resultado que se habia previsto: la inmensa mayoría de los diputados elegidos pertenecian por sus opiniones á la parcialidad dominante. Con tales elementos se propuso el Gobierno echar por tierra la Constitucion entonces vigente, so pretexto *de mejorarla*, olvidando los moderados que aquella ley habia merecido su aprobacion, que era el pacto de alianza entre los partidos y entre la Corona y el pueblo; pacto solemnemente jurado por ellos mismos, y recientemente por la Reina, con la fórmula de que *no debia ser obedecida* si en algo faltase á su observancia, y de que *toda contravencion se tuviese por nula.*— El 18 de Octubre se presentó al Congreso el proyecto de reforma constitucional,

[1] Lopez. *Exposicion razonada.*

[2] El imperio del sable se hizo sentir principalmente en las provincias, donde algunos mandarines quisieron prohibir á palos el uso del bigote en los paisanos, y otros exigian de estos el saludo militar. En esta manía dió cierto Capitan general de Granada, sucesor de D. Laureano Sanz. Aconteció un dia que, bajando S. E. por la ancha calle de San Juan de Dios, acompañado de dos ayudantes, se cruzó con él un jóven bien portado, á quien se quiso obligar á que saludase. Cuadróse el jóven, y encarándose con el general, contestó:—«Salúdeme V. primero, y le saludaré.—¡Cómo se entiende! gritó el general. ¿Sabe V. con quien habla? ¡Abajo ese sombrero!—Este sombrero no se baja delante de la Reina, repuso el interpelado. Está V. hablando con el duque de... grande de España de primera clase.—¡Ah! Dispense V.» dijo por último S. E., siguiendo su camino. Desde aquel dia no exigió más el saludo á los paisanos.

cuyas principales bases tenian por objeto : negar á la Nacion el derecho de soberanía ; suprimir el jurado para los delitos de imprenta, sujetándolos á los tribunales ordinarios ; abolir la Milicia nacional, que ya estaba abolida de hecho ; dejar al arbitrio del trono la reunion de las Córtes, borrando el artículo que las facultaba para reunirse por autoridad propia el 1.° de Diciembre, cuando no hubiesen sido convocadas en todo el año; formar un Senado vitalicio con senadores de nombramiento real ; restringir la eleccion popular de los alcaldes y ayuntamientos, y por último, privar á las Córtes de la intervencion necesaria en el casamiento de la Reina. Creyóse generalmente que esto último era el móvil principal á que obedecia la reforma constitucional, y no faltaron hombres en el mismo partido dominante que reconocieran la inconveniencia y la inoportunidad de tales innovaciones, resultando de aquí la division de las falanges moderadas, y la formacion de un tercer partido, que se llamó *puritano*, más importante por la calidad que por el número de las personas que lo compusieron, y á cuya cabeza figuraron los señores Pacheco, Iztúriz y Pastor Diaz.

Con la presentacion á las Córtes del proyecto de reforma constitucional, coincidieron las negociaciones entabladas para reanudar nuestras relaciones con la Corte de Roma, y los pasos dados por el Gobierno para atraerse el apoyo del clero, mediante la devolucion de sus bienes no enajenados. La reaccion se presentó ya desenmascarada, y no cesando las persecuciones contra los hombres del partido proscrito, no quedó á este más alternativa que aceptar su propia deshonra ó prepararse á la insurreccion. Optó por esto último, y se tramaron varias conspiraciones, que mal urdidas ó abortadas, solo condujeron al sacrificio de nuevas víctimas, dando por otra parte materia á las tramas ignominiosas de la policía.

IV.

Once meses hacia, que pasando el general Narvaez en coche por las inmediaciones del ex-convento de los Basilios, siendo entónces capitan general de Madrid, se intentó asesinarle, segun queda dicho en otro lugar, disparándose contra él algunos tiros, cuyas balas hirieron mortalmente á un desdichado comandante que le acompañaba. Formóse á consecuencia de este hecho una causa, en la que se com-

plicó á multitud de personas, algunas de las cuales fueron condenadas á muerte en rebeldía, sin que realmente pueda asegurarse que los tribunales llegasen á descubrir á los verdaderos autores de aquel atentado.

Hallábase PRIM por aquel tiempo ausente en el extranjero, de donde regresó á mediados de Octubre de 1844; y ya parecía que estaba olvidada la tentativa criminal, cometida contra Narvaez, cuando el 27 de aquel mes se presentaron algunos oficiales del regimiento de S. Fernando en casa del Conde de Reus, con órden de prenderle, que dijeron les habia dado su coronel. Considérese cual seria la sorpresa de PRIM, al oir semejante intimacion; pues no se comprende que un coronel tuviese facultades para mandar prender á un general: levantóse indignado y contestó, que solo hecho pedazos saldria de su casa, mientras no se procediese á su prision con arreglo á Ordenanza. Obtenida en consecuencia una órden formal del Gobernador de la Plaza, se sometió PRIM á ella, y fué conducido al cuartel del mencionado regimiento, donde permaneció dos dias, siendo luego trasladado al de Guardias de Corps, en cuya torre quedó encerrado, sin que durante algunas horas se le diese siquiera un taburete para sentarse.

Acusábase al general PRIM de conspirador, sin otro fundamento que la delacion de un comandante, llamado D. Joaquin Alberni, el cual, en un oficio dirigido al general Narvaez, le habia manifestado que se tramaba una conjuracion contra su persona y otras autoridades, con el objeto de trastornar el órden público y cambiar el Gobierno: añadia el delator, que él mismo habia sido invitado por D. Miguel Ferrer y un tal Ventureta, para tomar parte en la ejecucion de aquel plan; que el golpe debia darse en la noche del 24 de Octubre, comenzando por asesinar á Narvaez cuando este se dirigiese al teatro; que al efecto se contaba ya con hombres decididos, y estaban prevenidas las armas en casa de un zapatero llamado Molia; y por último, que se habian ofrecido veinte mil duros como recompensa á los autores de tal hazaña.

Es cosa muy notable que en este escrito, con que se encabezó el proceso, no se hiciese mencion, directa ni indirectamente, del general PRIM, siendo así que en dicho proceso fué considerado como cabeza principal de la conjuracion, y precisamente por efecto de nuevas revelaciones del mismo delator Alberni, quien, agravando cada vez más sus cargos, llegó hasta declarar que él era uno de los que recibian directamente las órdenes del general para transmitirlas á los demás conjurados. Si esto era verdad, ¿cómo no lo dijo desde el principio? ¿cómo lo re-

servó hasta el último extremo, poniéndose en abierta contradiccion consigo mismo?

Nuestra mision no es seguramente la de oscurecer, ni siquiera disculpar las faltas que pudiese haber cometido el general PRIM; pero tampoco debemos consentir que pesen sobre su nombre inculpaciones que no estén bien probadas; y no lo está seguramente el hecho que se le imputó en esta ocasion. Admitirémos de buen grado, que el general PRIM conspirase para promover un alzamiento que derribase al Gobierno; hasta nos inclinamos á creer en la veracidad de este cargo, único en que pudo fundarse la condena que le impuso el Consejo de guerra: conspiraban muchos entónces en igual sentido, y era natural que PRIM buscase por este medio su propia rehabilitacion ante los que tan duramente le acriminaban por haber contribuido al entronizamiento de un poder tiránico. Pero rechazamos desde luego la fea nota de asesino con que se le quiso mancillar, no existiendo acerca de esto pruebas legales, como veremos por el extracto del proceso.

Con actividad extraordinaria se siguieron los trámites de la causa sobre la llamada *conjuracion de los trabucos;* pero con tal precipitacion y tales irregularidades, que no pudo ser fallada en primera vista, y motivó despues una dura repulsa del Tribunal Supremo de Guerra y Marina.

Por resolucion de este tribunal se dispuso que la mencionada causa fuese vista en Consejo de guerra de oficiales generales, el cual se reunió el dia 4 de Noviembre en el salon de esgrima del Colegio militar, establecido en el cuartel de Guardias, donde el general PRIM se hallaba preso.

Componian el Consejo los generales D. Felipe Rivero, presidente, D. José de la Concha, Rute, Conde de Campo-Alange, Marqués de la Concordia y Gallego. Era fiscal de la causa D. Tomás Aznar; y además de este, asistian al acto el Auditor de Guerra y el acusador Alberni. A las once de la mañana de aquel dia se constituyó el tribunal, dándose principio á la vista en presencia de multitud de personas distinguidas, militares de todas graduaciones, abogados del Colegio de la corte, periodistas y muchos diputados.

Hé aquí en extracto lo que resultaba del proceso:

El comandante Alberni, despues de su primera delacion, declara que el general PRIM habia invitado, para cometer el asesinato en la persona del presidente del Consejo de Ministros, al teniente del regimiento de Navarra D. Fermin de Tomás; pero que este no quiso comprometerse á ello.—El oficial citado manifiesta, que el Conde de Reus habia solicitado su cooperacion para seducir á sus compañeros y á la tro-

pa, haciéndole indicaciones sobre el proyecto de asesinato.—En otro oficio, dirigido al Capitan general de Madrid, desde la prision de los Basilios, amplía el comandante Alberni sus anteriores declaraciones, diciendo que el plan revolucionario debia ejecutarse, al mismo tiempo que en la capital, en varias provincias, y principalmente en Barcelona, para donde habia marchado con tal objeto el brigadier Rubin de Celis; que todo lo dirigia el general PRIM, y que él era quien habia facilitado las armas para matar á Narvaez.—Complicadas en este asunto muchas personas, fueron reducidos á prision los ayudantes del general, Ortega y Sanz, y los paisanos D. Manuel Molia, D. Miguel Ferrer, D. Rafael García, D. Calixto Fernandez y D. N. Montenegro.—Registrada la casa de Molia, situada en la calle de la Concepcion Jerónima, se encontraron en un pozo tres trabucos pendientes de una cuerda.—Varios individuos afirman que aquellos trabucos eran del general PRIM, diciendo haberlos visto en la cochera de su casa y haberlos tenido en la suya un maestro sillero para ponerles unas fundas.—Un D. Manuel Huguet, que nunca pudo presentarse á la vista del Conde de Reus, declara haber oido á este quejarse del Gobierno, y decir que era preciso acabar con algunos personajes.—Otro testigo, un licenciado del Ejército, llamado Miguel Feliu, dice que, solicitado por el general PRIM y su ayudante Ortega para tomar parte en la insurreccion y asesinar al general Narvaez, se habia negado á ello, por lo cual le encargaron que guardase el secreto.

En su declaracion, manifiesta el Conde de Reus que, en efecto, tenia unos trabucos, los cuales, durante su permanencia en el extranjero, habian sido entregados por su criado Fábregas al comandante D. Francisco Fort; que respecto á los encontrados en casa de Molia, no podia asegurar que fuesen los suyos, porque todos los trabucos se parecen, ni comprendia, en caso de serlo, cómo hubiesen podido ir á parar allí; que de todos los acusados, solamente conocia á D. Miguel Ferrer, á quien no habia tenido ocasion de hablar desde mucho tiempo atrás: y por último, que al comandante Alberni le conoció en el ejército de Cataluña, donde no habia dejado muy honrosos antecedentes.

Ortega y Sanz negaron haber tenido parte alguna en la presunta conspiracion, añadiendo que ignoraban que su jefe la tuviese. Asimismo negaron los cargos todos los demás acusados.

Sobre tan frágiles bases fundó el Fiscal su acusacion, y concluyó pidiendo la imposicion de la pena capital, no solo al general PRIM, sino á todos los demás sugetos complicados en el proceso; y con una ligereza, que mereció justas censuras de cuan-

tos le oyeron, se atrevió á sentar las siguientes proposiciones:—«El Fiscal entiende que *perderia el tiempo que emplease para persuadir la existencia del hecho*..... tanto más, cuanto que en los procesados ó encausados militarmente *no se necesita recurrir á aquellas pruebas luminosas* de que habla la ley de Partidas, para poderse imponer la última pena; pues basta que haya *ciertos indicios*, que convenzan el ánimo de los vocales del Consejo de la certeza del delito y delincuente, para su imposicion.....»

Dejamos al buen juicio del lector la calificacion que le merezca tan singular doctrina, que fué oportuna y enérgicamente refutada por los defensores de los acusados, al pedir para ellos la absolucion; como lo fué tambien con notables razones por D. Ricardo Schelly, cuya luminosa defensa del general Prim decia de esta manera:

«Don Ricardo Schelly, mariscal de campo de los ejércitos nacionales, etc. etc.. defensor nombrado por el Excmo. Sr. Conde de Reus. —Al presentarse ante el Consejo en desempeño de uno de los deberes más sagrados que pueden cometerse á los hombres, protesta desde luego que pondrá el más riguroso empeño en observar la reverente circunspeccion que exige su encargo. Si por un momento siquiera le fuera posible creer que los razonamientos apasionados influyeran en el ánimo de los jueces á quienes se dirige, á ellos recurriria sin duda ; pero en ningun caso llegaria á cambiarlos por los medios de severa demostracion legal, que á favor de su defendido militan, y deben producir en todos los ánimos el convencimiento de su inculpabilidad. Ocasion insigne se presenta hoy, señores, para que resplandezca la severa magestad de la justicia sobre cuantos defectos y preocupaciones rodean á las humanidades de continuo y acibaran su existencia. Se trata de una causa célebre por la materia gravísima sobre que versa, y por las personas que juegan en ella; y es bien seguro que los ilustres vocales, llamados á dar el voto solemne que debe resolverla, no han de consultar para ello más que el testimonio de su conciencia, basado sobre el firme cimiento de la moralidad y de las leyes. En esta seguridad, y en lo que resulta consignado solemnemente en el proceso, libra el defensor del Conde de Reus la completa esperanza que le anima, y que no se atreveria á fiar en su capacidad y sus fuerzas, agotadas por la emocion y la vigilia, ni mucho menos en sutilezas y argucias miserables. El que suscribe no cree necesario detenerse para encarecer la profunda indignacion que en todos los pechos generosos han causado y causarán siempre ciertos crímenes, cuya enormidad infa-

me es la mengua y baldon de la especie humana; pero al mismo tiempo entiende que ninguna defensa debe ser oida con mayor recogimiento é interés, que la de aquellos que han tenido la desgracia de aparecer por un momento iniciados en semejantes excesos, y sometidos á una acusacion capital. No puede convenir por lo tanto en la doctrina que el fiscal expone en su conclusion, relativamente á las pruebas que para pronunciar una sentencia condenatoria exigen el derecho y la razon comun, y para combatir tan erróneos principios, el defensor acepta desde luego el campo elegido por el mismo fiscal.

D. Felix Colon de Larreátegui, en su obra sobre Juzgados militares, tomo tercero, página 369 de la edicion de 1817, inserta, en efecto, el caso que cita el fiscal como fundamento de su doctrina. Pero existe una diferencia esencial entre lo que el respetable intérprete de las Ordenanzas explica y confirma, con el práctico ejemplar á que se alude, y la consecuencia que de ello deduce el instructor de esta sumaria. Aquel autor, de acuerdo con todos los tratadistas, enseña que se conoce en verdad un género de prueba, consistente en argumentos ó indicios indubitados de los que convencen completamente el ánimo, y á las veces con mayor seguridad que las pruebas instrumentales ó de testigos. Léase el caso de que se trata, cuya larga extension impide insertarlo en este lugar: reflexiónense todas las circunstancias de prueba que allí se aglomeran sobre la justificacion esencial del cuerpo del delito de robo y muerte: adviértase como cada uno de los vehementísimos indicios que allí brotan á cada paso, resulta probado de un modo perfecto; no se pierda de vista la vacilacion y falta de verdad que ofrecen las declaraciones del reo, y se convendrá en la exactitud de los raciocinios que el defensor alega. Por su parte, se limita á reproducir algunas expresiones de Colon en el párrafo que da lugar á la nota citada, que es donde el sabio ordenancista resume lo perteneciente á la intrincada materia de indicios. Se expresa así:

"El derecho que tienen todos los hombres á ser juzgados conforme á equidad, y "á ser creidos inocentes mientras que no se justifique demostrativamente lo contrario, "debilita vehementemente la prueba de los indicios. Es verdad que no deben llamar- "se así aquellos que convencen plenamente el ánimo del juez; porque estos, más "que argumentos, son una verdadera prueba del crímen, y es muy justa y equita- "tiva la Ordenanza, que dispone que, siendo de la clase de indubitados y claros, se "pueda imponer por ellos la pena ordinaria de cualquier delito."

La conclusion fiscal, acusando al general Conde de Reus, encierra todos los car-

gos que se han hecho; y quedarán desvanecidos á juicio del defensor, rebatiendo con arreglo á los autos, ordenanzas y leyes, la acusacion referida.

En ella, se le califica de jefe de la conspiracion, fundándose en lo que dicen Alberni, de Tomás, Feliu y Huguet.

Deben de examinarse estas declaraciones con sumo interés. El comandante don Joaquin Alberni, en el primer parte escrito que está á la cabeza de la sumaria, donde revela el plan criminal, no hace ninguna inculpacion al Conde de Reus, aunque le nombra para expresar que le habia visitado en su casa. En la ratificacion que el mismo Alberni hace, reconociendo el citado primer parte, es cuando dice: "Recuerda que el que era subteniente del regimiento de Navarra, llamado D. Fermin de Tomás, estuvo un dia en casa del general Prim, que fué invitado por este al proyecto de conspiracion, y que se negó." Comparecido el subteniente de Tomás, dice, fólio 7.°, vuelta, que es cierta la cita, que un dia que no recuerda, el que haria como 15 dias, fué á visitar al Conde, y llamándole éste separadamente, le dijo: que estaba decidido á cambiar el actual Gobierno, para cuyo plan estaban convenidos los asesinatos, y que confiando en el declarante, se lo decia para que cooperase con la tropa y oficiales que pudiese catequizar; que contestó el testigo, que no tomaba parte contra el Gobierno y mucho menos para asesinar á jefe alguno; que desde entónces el acusado no le ha vuelto á hablar sobre el particular, pues aunque se han hablado en muchas ocasiones, ha sido siempre de cosas indiferentes. Esto que declara el subteniente de Tomás, como ocurrido respecto á su persona, no lo manifiesta ningun otro testigo ni documento de la causa. Dígnese el Consejo fijar profundamente su consideracion sobre esta circunstancia: porque hay una enorme diferencia entre testigos contestes sobre un mismo hecho y testigos singulares que cada uno depone sobre un hecho diverso; pues estos últimos no pueden sumarse para formar prueba. Examinando ahora la declaracion de este testigo, resulta que no fija el dia en que sucedió lo que expresa, á pesar de ser tan grave, ni indica ningun otro medio de comprobar ni de impugnar directamente lo que dice; porque supone que la conversacion pasó entre el Conde y él, que fué llamado aparte. Veamos lo que contesta, sobre este particular aislado, el general en su confesion. Dice que, en cuanto á D. Fermin de Tomás, á quien recuerda conocer y haberle hablado muy pocas veces, mal podria haberse fiado de él para iniciarle en una conjuracion, cuando tenia entendido que este oficial estaba dado de baja en el cuerpo por su mala conducta; y por consiguiente, que ninguna debia ser tampoco su in-

fluencia en el cuerpo. En efecto, apenas se percibe que sin la menor precaucion ni preparacion, un general proponga á un subteniente, con quien no tiene familiaridad, un proyecto horroroso ante las leyes y ante la moralidad pública, y lo que es más todavía, que le siga hablando despues de semejante escena, sin recordársela siquiera. Medite el Consejo y lea textualmente los documentos referidos, para que forme idea justa del valor de la inculpacion hecha por el subteniente de Tomás; la cual (aun en el caso de no tener tantos puntos de ataque) solo alcanzaria la fuerza de un indicio remoto. Y respecto á la persona del dicho testigo, como el general á quien defiendo ha manifestado que está reputado por de mala conducta en el cuerpo en que sirve, tengo que cumplir con un deber imperioso reclamando de la justicia del Consejo y de cuantas autoridades sean llamadas á conocer en esta causa, que manden informarse al jefe del regimiento de infantería de Navarra, sobre la conducta del oficial expresado, bajo su responsabilidad, acordando tambien que se oigan las justificaciones que respecto á este hecho puedan presentarse. Examine el Consejo asimismo cómo se presenta en la sumaria el comportamiento del subteniente de Tomás, segun su dicho propio. Él expresa, que tuvo noticia de los proyectos infernales, por haberle invitado á tomar parte sobre 15 dias antes de empezar este proceso. De aquí se deduce una de dos cosas: ó que faltó á una obligacion rigorosa que la Ordenanza le imponia en no dar cuenta á las autoridades del proyecto, ó que no dió importancia de delito á las expresiones que atribuye al Conde de Reus. De cualquier modo que sea, siempre debilitará en alto grado la fé y exactitud de su testimonio.

Continuando el órden de la acusacion fiscal, debo ocuparme del segundo parte dado por Alberni desde la prision de los Basilios, despues de haber escrito el primero, es decir, el 26 de octubre próximo pasado. En él expresa, que la conspiracion de que habló en su primer parte, tramada contra la interesante vida del Excmo. Señor ministro de la Guerra, no era más que un principio de un horroroso plan que debia sumergir al reino en el mayor espanto. Manifiesta que debia cometerse aquel atentado contra los generales de otras provincias, contra el general Córdova y contra todos los jefes que no les inspirasen confianza. Que el general Prim estaba á la cabeza, que en su casa se han celebrado las juntas y se han dado las instrucciones; y que él mismo habia procurado las armas de sus mismos criados, con las cuales debian atentar contra la vida del general Narvaez. Segun este segundo parte, son varios los hechos que se atribuyen al general procesado. Examinándolos con sepa-

racion y con arreglo á lo que arroja el proceso, el defensor debe exponer que: respeto á la suposicion de hallarse el general Prim á la cabeza de la conspiracion, de haberse celebrado las juntas en su casa, de haberse recibido los conspiradores y de haberse dado las instrucciones para llevar á cabo tan infernales proyectos, no hay un solo testigo en el sumario que corrobore ni aun remotamente semejantes imputaciones, reduciéndose todo el apoyo de ellos á la imputacion, por cierto harto sospechosa, de Alberni; y digo sospechosa, porque ¿quién no ha de mirarla con desconfianza, al observar que nada dijo de estos particulares en su primer parte, y que en su ratificacion solo indicó muy ligeramente la entrevista del subteniente D. Fermin de Tomás con el general Prim, aguardando un dia á revelar dichos particulares, y dando ocasion á que el pretendido jefe de la conspiracion pudiera haberse sustraido de las pesquisas judiciales? No es fácil dar explicacion satisfactoria á esta demora, y naturalmente se comprende que un nuevo cálculo interesado pudo inducirle á figurar el nuevo delito de conspiracion contra el Estado y contra el Gobierno, cuando antes se habia limitado á descubrir el complot fraguado contra la vida del digno general D. Ramon María Narvaez. Y no extrañará el Consejo que el defensor del general Prim suponga cálculos interesados en Alberni, aun cuando en el proceso aparezca que ningun género de induccion ni oferta le inclinaron á hacer unas y otras revelaciones, (cuyas ofertas nunca creería el defensor, aun cuando Alberni las confesase, por estar bien persuadido de la pureza, rectitud y honradez de las autoridades y funcionarios públicos), sino porque la experiencia desgraciadamente ha acreditado ,que algunos delatores han llegado á preocuparse con la ilusion de obtener premios y remuneraciones de imaginarios planes y proyectos subversivos.

Mas, como quiera que sea, el defensor repetirá siempre, que en la causa no existe testigo ni otro dato alguno que haga verosímiles las suposiciones referidas. Antes al contrario, el no haberse hallado en casa del general Prim correspondencia ni papeles relativos á la conspiracion denunciada, es, á entender del defensor, un argumento fuerte é irrecusable de que no se hallaba aquel á la cabeza de la conspiracion, de que en su casa no se han celebrado las juntas, recibido á los conspiradores ni dado instrucciones para llevar á cabo tan infernales proyectos. Invócase, sin embargo, por el fiscal como apoyo de complicidad directa cuando menos de parte del general Prim en el delito de sedicion, las declaraciones de D. Fermin de Tomás, del soldado licenciado Feliu y del comerciante D. Miguel Huguet. Acerca de la pri-

mera, se ha dado ya la refutacion más completa: en igual caso se halla la de D. Miguel Huguet, limitada á suponer en boca del general Prim palabras que el mismo testigo ha calificado como hijas de un acaloramiento, y á las que él no dió importancia alguna, toda vez que guardó un silencio que de otra manera no hubiera guardado sin peligro de contraer por su ocultacion voluntaria la responsabilidad que impone la Ordenanza á los que, estando iniciados en planes de conjuracion, no los revelan á las autoridades pudiendo hacerlo. Todavía es menos atendible la declaracion del soldado licenciado Feliu; porque, además de obrar contra ella la indeterminacion del dia en que, segun su dicho, se le introdujo á presencia del general, induciéndole á tomar parte en el proyecto, es de todo punto increible (á no suponer una completa demencia en el referido general), que este descendiese hasta el extremo de familiarizarse con persona de tan inferior posicion social respecto á la suya, y de tan cortas luces que no pudiera esperar de ella la reserva y la circunspeccion necesarias; mayormente cuando tan fácil era atraerle por medios indirectos, en la hipótesis de que hubiese dado acogida al pensamiento de un delito, para cuya perpetracion se necesitan ideas y sentimientos opuestos á los que en todas ocasiones y para honra suya ha sabido acreditar y sellar con su sangre el general Prim. Ademas de esto, el Consejo no perderá de vista, que la informacion de abono recibida por la ausencia del testigo Feliu, adolece de un defecto suficiente á dejarla sin eficacia alguna. No se ha acreditado previamente, cual debiera ser, dicha ausencia por la expedicion de pasaporte, ó refrendo del que tuviere, ni se ha procurado averiguar tampoco el punto de su actual residencia ó si ha fallecido; y aun cuando se le supone amigo de los criados del general Prim, tampoco se ha procurado traer prueba alguna acerca de este aserto; prueba tanto más esencial, cuanto que ella podria hacer pasar en cierto modo por verosímiles sus visitas á dichos criados, que son el pretexto fundamental que invocó para sus pretendidas entrevistas con el coronel Ortega y con el expresado general. Pasemos ahora al hecho de haber facilitado el mismo las armas con las cuales debia atentarse contra la vida del Excmo. Sr. Presidente del Consejo de ministros. Este hecho es el que importa analizar con más detenimiento, pues que de él parte el argumento más fuerte que ha utilizado el fiscal para sostener su acusacion; argumento que califica de plenísima prueba de cooperacion al ominoso proyecto con que debia principiarse la revolucion.

Conveniente parece al defensor llamar la atencion del Consejo con especial eficacia sobre algunas inexactitudes cometidas, involuntariamente sin duda, por el fiscal.

Ha dicho, que el general Prim ha reconocido por suyos los trabucos de piston: el defensor cree que no existe este reconocimiento; pues en la declaracion se limitó el general á manifestar, que los que se le presentaron se parecian á los que él tenia ; pero que como no los manejaba, y al mismo tiempo se parecian los trabucos unos á otros, no podia asegurar con certeza que fuesen los suyos. En la confesion, hablándose de dichos trabucos, no hay una sola palabra relativa á su conocimiento; pues al contestar á la reconvencion de haberse hallado los dos trabucos en poder de los asesinos, expresa el general que no podia comprender cómo por las solas palabras de Alberni y el incidente de haber aparecido los trabucos que *aseguran ser del confesante*, aunque él dijo en su primera declaracion que no estaba bastante seguro para afirmar fuesen suyos, podia el fiscal asegurar la complicidad del acusado. Sin ningun esfuerzo comprenderá el Consejo que la palabra *aseguran* está regida por el nombre Alberni, esto es ; que Alberni era el que aseguraba ser los trabucos del confesante, y no que el confesante ser suyos ; siendo este el sentido natural y recto de la oracion, segun todos los principios y reglas gramaticales, debiendo sentirse sobremanera que el señor fiscal haya dado diversa inteligencia al expresado período, cuando el general Prim quiso no dejar la menor duda, añadiendo la frase de que, á pesar de asegurarse por Alberni ser suyos los trabucos, ya habia dicho en su primera declaracion que no estaba bastante seguro para afirmar que fuesen suyos. Inútil empeño, se dirá tal vez, el demostrar que el general Prim no ha reconocido como suyos los trabucos ocupados dentro del pozo de la casa en que vivia Molia; pues, aunque hubiese negado rotundamente la pertenencia, hay tres testigos que la aseguran. Pero ¿qué es lo que han manifestado dichos testigos? Simon Gomez y y Manuel Araguas manifestaron únicamente que, en varias ocasiones, no puntualizadas, habian visto dos trabucos en la cochera del general, que eran los que se les ponia de manifiesto. Don Pascual Rousoudieres, reconociendo dichos trabucos como los mismos que habian estado en su taller para hacerles unas fundas, añade haber sabido que eran del general Prim; pues habiéndolos denunciado al celador, los reclamó el general como suyos : el Consejo advertirá que ninguno de dichos tres testigos expresa la razon de ciencia, tan necesaria en tales casos, para que puede tenerse por bien probada la identificacion de objetos que fácilmente pueden confundirse unos con otros por la completa identidad de formas: ¿cuántos trabucos no existirán enteramente iguales á los de que se trata? ¿Acaso, en la fábrica ó taller donde se construyeron estos, habrán dejado de fabricar otros muchos? ¿Por qué no se les

ha reseñado en la causa? ¿Por qué no se les ha preguntado, ó han dicho los testigos, el motivo que tenian para afirmar sin equivocacion que las referidas armas eran del general PRIM? Si tenian alguna marca especial ú otro distintivo que pudiera hacerlos inequívocos, era preciso haberlo hecho constar, y que los testigos hubiesen apoyado en esta razon sus declaraciones. No se ha hecho así, y de consiguiente, la supuesta identidad se presenta cuando menos como dudosa. En la hipótesis de ser suyos ambos trabucos, se dirigió por el fiscal la última reconvencion al general PRIM, fundada en el tránsito de dichas armas á poder de los asesinos, exigiéndole la explicacion de que cómo estaban en casa de Molia, no siendo este de igual clase al confesante para alternar en familiaridad, y cuando el mismo confesante habia declarado *que no tenia relaciones con el referido Molia.* Aquí es donde el defensor ha creido hallar otra inexactitud de parte del fiscal; pues los trabucos no se encontraron ni en poder de los asesinos, ni en casa de Molia, sino dentro del pozo de la en que este tenia su cuarto habitacion. Pero recibiendo el general PRIM en toda su fuerza la reconvencion, y dando completo asenso á la supuesta circunstancia de haberse hallado los trabucos de su pertenencia en manos de Molia, contestó que para él esta circunstancia era un enigma, no pudiendo explicar el cómo pudo verificarse semejante tránsito, porque no lo comprendia; pues ya habia manifestado en su declaracion y volvia á afirmar entonces, que los trabucos que tenia desaparecieron de su casa antes de la vuelta de su viaje á Francia. Seguramente, para el general PRIM y para todo hombre reflexivo, debe de ser un enigma el tránsito de los indicados trabucos al punto donde se encontraron, en la hipótesis de ser los mismos que tenia el general PRIM, si en efecto el criado entregó los trabucos á Fort. ¿Y puede dudarse ahora, con arreglo al proceso, de la verdad de lo manifestado por el general PRIM? Sin que el ánimo del defensor sea dirigir ningun género de censura al fiscal, fuerza es reconocer que ha dejado un vacío inexcusable en la instruccion de la sumaria; vacío que importa llenar, con tanto más motivo, cuanto que en los procesos militares sujetos al fallo de los consejos de guerra, los fiscales tienen la más estrecha obligacion de examinar á los testigos de descargo ó de exculpacion que citan los sumariados, hallándose en el deber de acumular de oficio en las sumarias todas las pruebas, datos y declaraciones que han de servir de base á la acusacion y á la defensa.

El general PRIM no era ni es de peor condicion que otros procesados; y al explicar el modo y tiempo con que dos trabucos de su pertenencia habian salido de po-

der suyo ó de su casa, expresando en su indagatoria que, cuando vino de Francia, le manifestó su criado Juan Fábregas, que el comandante D. Francisco María Fort se los habia llevado á Francia ó á otro punto, cuando se marchó de esta corte para el extranjero, no deja de ser muy reparable que el general PRIM pasara por alto estas citas tan esenciales para la exculpacion, sin haber conseguido en ninguna parte de las actuaciones la menor diligencia para que Fábregas y Fort evacuasen dichas citas. ¿Tiene por ventura el general PRIM la culpa de semejante omision? Siempre le asistirá derecho para sostener que su criado Fábregas entregó los trabucos á Fort, y que este se los llevó, y será preciso respetar su dicho mientras que Fábregas y Fort no lo contradigan. A la ilustracion del Consejo no podrá ocultarse la inmensa fuerza que encierra este argumento, suficiente en concepto del defensor á dejar pulverizado el cargo de complicidad que se ha querido fundar en el hallazgo de los dos trabucos de piston en el pozo de la casa donde habitaba Molia. Pero, aunque así no fuera, aunque Fábregas y Fort, examinados cual debia haberse hecho, hubiesen negado las citas del general PRIM, todavía así, el cargo careceria de mérito para sostener la imputacion de complicidad. Los testigos Simon Gomez y Manuel Araguas, fólios 38 y 79, aseguran que vieron los trabucos en varias ocasiones y en la cochera de la casa del general. ¿Y quién puede responder de que, sin conocimiento del general, no hubiesen sido enagenados, robados ó extraviados de cualquier manera? Mientras no se destruya la posibilidad de que así haya sucedido, por medio de una prueba decisiva y concluyente de que el Conde entregó los trabucos á sabiendas para el objeto criminal que se le imputa (prueba que no existe), la acusacion aparecerá siempre mal cimentada, sin que quede arbitrio al Consejo para condenarle. El general PRIM ha dicho que respetaba las convicciones del fiscal: su defensor no las respeta menos; pero los deberes que ha contraido al aceptar este cargo, no le permiten pasar en silencio una particularidad demasiado notable para que pueda ocultarse á la penetracion de cuantos examinen ú oigan la lectura del proceso. En la primera reconvencion, dirigida por el fiscal contra la negativa del cargo, se le dijo, que el confesante hizo que de una cómoda ó papelera, sacase un criado suyo los dos trabucos de que se habla y los entregase á los asesinos. En las actas judiciales no hay ni la más ligera indicacion acerca de este hecho, el cual solo podrá explicarlo el que lo ha sentado; no dudando por lo tanto en declarar, que el Consejo apreciará en su sabiduría las muchas y graves reflexiones á que da lugar una reconvencion fundada en opiniones ó datos que el fiscal no manifiesta,

pues hasta ahora no los ha revelado. Por lo tanto, ¿se puede razonar sobre su valor ó demérito? De ninguna manera. Ni en procesos militares, ni en juicio alguno, pueden articularse cargos que no tengan su raiz y exclusivo fundamento en lo que aparezca de las mismas actuaciones y con la rigurosa exactitud de su importancia legal, sin abultar los que sean leves, ni atenuar los que sean graves, ni dar á ninguno de ellos direccion tortuosa, sino recta y franca, como la justicia exige. El defensor está cierto de que el Consejo participará del sentimiento profundo que él experimenta en vista de una circunstancia tan esencialmente contraria á todas las leyes y reglas de enjuiciamiento.

Y ya que de defectos en la sumaria nos estamos ahora ocupando, no será inoportuno fijar la consideracion en otra circunstancia muy notable, que no puede pasarse en silencio. Los testigos Simon Gomez, Manuel Araguas, D. Pascual Rousoulieres, Miguel Feliu y D. Miguel Huguet aparecen examinados sin haber sido citados por persona alguna, y sin haberse hecho constar si se presentaron voluntariamente ó fueron llamados; y es muy sensible para el defensor que se haya padecido esta omision tan importante. Otra no menos grave advertirá el Consejo, y es la absoluta falta de toda confrontacion y careo de los testigos con el general Prim, á presencia del defensor, y en la forma y tiempo que tan importante é inexcusable acto marca el párrafo 1.°, título 6.° del tratado 8.° de las Ordenanzas, cuyo careo, en casos como el presente, es tan esencial, que ni aun por ausencia de los testigos puede excusarse. La razon de reputarse necesarios los careos del acusado con los testigos, está al alcance de todos, y es la de haberse previsto muy sabiamente, que hay más dificultad en sostener una declaracion falsa delante de la misma persona á quien perjudica, que en fraguarla á sus espaldas y emitirla ante un juez y escribano en un momento de extravío, impulsado por el odio ó por otras pasiones abominables.

Tristes y repetidos ejemplares de esta verdad alejan de ella toda duda, habiéndose visto en gran número de procesos la refutacion de los testigos, que aterrados á la presencia de la víctima, y atormentados por los más crueles remordimientos, cesaron de sostener las falsedades que cometieran, y que de otro modo hubieran producido sus lamentables efectos. ¿Y no será permitido al general Prim creer que el delator Alberni y los testigos D. Fermin de Tomás, D. Miguel Huguet y Feliu, puestos en su presencia, y recibiendo cara á cara sus reconvenciones, habrian retractado sus dichos? Pero de todos modos, cuando la ley manda, á todos toca obedecer-

la; y por lo mismo, el fiscal no debió de omitir un acto tan esencial é interesante, como son todos los que establecen las leyes con el carácter de formas tutelares para preservar al inocente contra los tiros de la maldad y de la calumnia. Para concluir con la refutacion de todos los llamados testimonios contra el Conde de Reus, examinará el defensor el que ha creido hallar el fiscal en la contestacion dada por dicho general, al requerimiento que á virtud de exhorto se le hizo, para que manifestase si queria tomar parte en cierta causa formada por el juzgado de primera instancia de Reus, sobre la fijacion de ciertos pasquines en que se habia injuriado al mismo general. En esos pasquines se habian escrito las palabras "muera el general Prim„, calificándosele de enemigo de los que bajo el nombre de jamancios habian ocasionado tantas calamidades en Cataluña; y habiendo contestado al indicado requerimiento, que no queria tomar parte en la causa, por lo que de su persona se decia en los pasquines, pues tenian razon para ello y mucho más, no puede inferirse de esta contestacion otro concepto ni otro sentimiento, que el de desprecio ó lástima que merecian al ánimo noble y generoso del general Prim sus ocultos detractores; y es bien extraño que el fiscal, al hablar de esto en su conclusion, acriminando á mi cliente, expresase que los pasquines eran contra el Gobierno, y no dijese que en ellos se pedia tambien la muerte contra el Conde de Reus y los suyos.

Desvanecidos, pues, todos los argumentos dirigidos en la acusacion contra mi cliente, y demostrada su inculpabilidad de la manera más clara y luminosa, parece que debiera concluir aquí mi discurso; pero en causas tan graves como la de que se trata, pidiéndose por el fiscal la pena capital, nada debe omitirse: así pues, para dejar completamente tranquila la conciencia de los jueces y satisfechos los deseos del acusado, que antepone la conservacion de su honor á la propia existencia, no puede menos el defensor de emitir algunas reflexiones acerca de las pruebas del delito de asesinato. Y no dejará el Consejo de extrañar, que sin embargo de haber indicado Alberni la idea de que los asesinos habian convenido reunirse la noche del 24 en la calle del Leon, únicamente fué encontrado Nicolás de la Barrera Montenegro, sin arma alguna en la calle de Atocha, junto á la plazuela de Matute, habiendo sido presos en sus respectivas casas las otras personas que designaba el referido Alberni. Es de advertir además, que no se concibe, sino atribuyéndolo á una equivocacion, cómo Barrera Montenegro pudo decir en el acto de su prision á Alberni, segun asegura uno de los aprensores: "Los trabucos están des-

cargados, y no los dá el zapatero hasta que V. vaya á recogerlos,„ pues si quiso aludir á los que se encontraron en el pozo de la casa de Molia, estos se hallaban cargados, aunque no se sabe con qué municiones, por no haberse hecho constar en la causa. Tampoco el defensor encuentra razon alguna para explicar el motivo de no haberse registrado el pozo en la noche misma y en el acto de ser apresado Molia, y en su presencia, siendo así, que ya se sabia por Alberni que Molia le habia dicho, que si la justicia iba á su casa, tiraria las armas al pozo. ¿Por qué, pues, se aguardó al dia siguiente á hacer el registro, omitiéndose la formalidad de la asistencia del fiscal y del escribano? El Consejo, en su alta circunspeccion y prudencia estimará en lo que valgan estas observaciones, hechas con el justo fin de que la defensa del general sea tan ámplia como lo exige la gravedad de la acusacion.

Resumidos, pues, en pocas palabras todos los puntos de exculpacion, verá el Consejo que no existe prueba alguna respecto del cuerpo del delito de que es acusado mi cliente, y que aunque así fuera, todavía la posicion del general PRIM seria altamente ventajosa, por aparecer demostrada su inculpabilidad en tan atroces proyectos. Nadie ha presenciado tampoco la pretendida entrevista de D. Fermin de Tomás con el general PRIM; nadie ha presenciado tampoco la que se supone haber tenido con el soldado Feliu; nadie la conversacion con D. Miguel Huguet, sin tener por lo tanto las deposiciones singulares de estos testigos otro apoyo que sus propios dichos, referentes á tres actos diversos y por afirmaciones desunidas. Nadie en fin ha visto que entregase arma alguna para que se perpetrasen y llevasen á cabo los proyectos de que se trata, y téngase en cuenta que el general asegura no conocer á Feliu ni á Huguet, y que estos no han hecho indicacion ninguna para probar que conocian al general, ni que hayan estado en su casa; advirtiendo que los testigos de abono de Feliu no declaran que este fuese amigo de los criados del general, á pesar de haberlo preguntado terminantemente. No se ha acreditado por último, cual debiera ser, la identidad de los trabucos, ni se han evacuado las importantes citas que hizo el Conde acerca de los que de su pertenencia entregó su criado Fábregas al comandante Fort, resultando sobre esto la omision de los careos prevenidos por la Ordenanza entre el general PRIM y unos testigos, cuya identidad no consta, á quienes mi cliente no conoce, y que no obstante se atreven á acriminarle....„

Despues de hacer una reseña de los numerosos servicios prestados por el general PRIM, su defensor concluyó diciendo:

"Pónganse en un lado de la balanza estos servicios y la inculpabilidad del que los prestó, y en el otro la nulidad de los supuestos indicios, y se verá cuan imposible es que un leal sea traidor, y que un valiente autorice jamás el infame y atroz delito de asesinato.—Por tanto, espero de la rectitud del Consejo declare al general Conde de Reus exento de toda pena, reservándole las acciones que por ley le correspondan á su completo desagravio."

Leidas las defensas de los demás acusados, suspendióse la vista, y el Presidente mandó despejar el salon, mientras deliberaba el Consejo. Abierto aquel á las dos horas, agolpóse á su puerta la muchedumbre que habia esperado fuera, creyendo que se llamaria á los acusados ante el Consejo, para llevar á cabo el proceso verbal; pero el Presidente anunció que en atencion á los defectos del sumario, y á lo incompleto de la causa, el tribunal habia resuelto que se abriesen con urgencia nuevas actuaciones, terminadas las cuales se señalaria dia para la nueva vista, dando aviso por medio de los periódicos.

V.

Volvióse á reunir el Consejo de guerra el dia 14 del mismo mes, y leido el proceso tal como fué presentado en la primera vista, dióse conocimiento de las nuevas actuaciones, que no eran en verdad más formales que las anteriores. En ellas aparecian, entre otras de menor importancia, las piezas siguientes: Una exposicion del comandante Alberni, quejándose de que los defensores le hubiesen tratado de calumniador, y pidiendo que se declarase honorífico su comportamiento, toda vez que no se le habia probado la calumnia; un alegato del fiscal, tratando de contestar á los cargos que le habia hecho el Consejo por las irregularidades y faltas de tramitacion que se observaban en el proceso: venia despues una declaracion de Juan Fábregas, criado del general Prim, en la cual decia, que habia entregado los trabucos al comandante Fort, á quien conocia por ser amigo de su amo: el comante Alberni, ampliando su primera declaracion, decia que el general Prim, como jefe de la conspiracion, habia dado sus instrucciones, unas veces á D. Miguel Ferrer y otras á él mismo, para que las transmitiera á los demás conjurados; que en la noche del 24 de Octubre, vió sacar los trabucos de una papelera y entregarlos á

Ferrer, habiendo dado el general además una cantidad de dinero para comprar dos pistolas y un puñal; que á la mañana siguiente reiteró el Conde sus instrucciones, añadiendo que habia perdido en la Bolsa setenta mil duros, y se los habian de pagar los moderados, cuyas cabezas, inclusa la de la Reina Cristina, serian expuestas en las plazuelas; que los encargados de asesinar á Narvaez eran García, Fernandez, Marin y Montenegro; y por último, que PRIM conspiraba ya antes de marcharse al extrangero, habiendo tratado de seducir en aquella época á los oficiales del regimiento de San Fernando, D. Rafael Rico, D. José María Alberni (hermano del delator), D. Leandro Mendez, D. Francisco Clapes y D. N. Gonzalez: — El mismo Alberni, en otra comunicacion dirigida al Capitan general, denunciaba ciertas expresiones que decia haber oido al Conde de Reus, de las cuales podia inferirse que este abrigaba un odio implacable y criminales propósitos contra la Reina madre.—Los oficiales citados declararon que, habiendo ido á casa del general PRIM á solicitar unas certificaciones, se les habia intentado seducir para que concurriesen á derribar al Gobierno.

Nada de particular ofrecian las demás declaraciones, si se exceptua una dada por un tal Martinez, que se hallaba preso como complicado en la causa. Este sujeto, segun se dijo públicamente, habia sido sacado de su calabozo á las altas horas de la noche, bajo la amenaza de que iba á ser puesto en capilla inmediatamente y fusilado. Lamentándose el preso, como era natural, diósele á entender que se le perdonaria la vida, si declaraba todo lo que supiese; y exigiendo aquel garantías, se le entregó un salvo-conducto, con ánimo de quitárselo despues, cuando volviese al calabozo: declaró, por fin, á gusto del Fiscal, y habiendo regresado á la prision, se trató de retirarle el salvo-conducto, pero no fué posible encontrarlo; pues parece que el preso lo habia entregado oportunamente á un centinela, que resultó ser paisano suyo.

En los careos entre el Conde de Reus y Alberni, así como tambien con algunos de los oficiales de San Fernando, reconvino el primero á sus acusadores, sosteniendo que era falso y calumnioso cuanto habian declarado contra él, mientras los segundos se afirmaron en sus respectivas deposiciones; y no viendo que esto condujese á ningun resultado, el general PRIM rehusó tener otros careos, deseando solo que se le presentara el testigo Huguet, lo cual no pudo conseguir.

En el acto de la vista, fué necesario suspenderla durante hora y media, á peticion de los defensores, á fin de que estos pudieran enterarse de las nuevas actua-

ciones, de las cuales no se les habia dado conocimiento, y ampliar en consecuencia sus respectivas defensas. El general Schelly hizo presente al Consejo, que su cliente deseaba comparecer personalmente ante el Tribunal, cuya peticion le fué otorgada.

Noticiosos de lo ocurrido con Martinez, los defensores de los acusados á quienes la declaracion de este interesaba, denunciaron el abuso, apoyando en él su defensas, y recusando á un testigo, cuya declaracion era nula. El Consejo no pudo ménos de tomar en consideracion una cosa tan grave, y queriendo aclarar el hecho, mandó comparecer al declarante, quien habiendo oido una y dos veces la lectura de su declaracion, manifestó resueltamente y con insistencia que él no habia dicho nada de aquello, pues si lo dijo, fue por habérsele exigido con amenazas.

Aun duraba entre los concurrentes al acto la agitacion y el asombro, que no pudo ménos de producir este escandaloso incidente, cuando se presentó en la sala del Consejo el general Prim, vestido de rigurosa etiqueta, llevando en la solapa del frac una placa de brillantes, y bajo el chaleco la banda de la gran cruz de San Fernando: venia custodiado por un piquete de tropa, y precedido de su defensor y del Mayor de la plaza. Tranquilo sin afectacion avanzó el jóven Conde hasta tomar asiento en presencia de sus jueces, siendo el blanco de las miradas del público selecto y numeroso que llenaba el local; y luego que el Presidente le hubo dado su vénia para hablar, se levantó y pronunció un discurso, cuyos principales períodos deben quedar aquí consignados. En ellos, como podrá verse, no campean las bellas formas ni los rasgos de una imaginacion brillante; pero sí la fuerza de raciocinio, brotando espontáneamente de la sencilla exposicion de los hechos; la demostracion fria que parte de una conciencia serena, y los arranques propios de quien siente su honor ultrajado. Hé aquí de qué modo habló el general Prim en su propia defensa:

"Si el delito de que se me acusa, dijo, fuera solo el de conspirador, seguramente no me presentaria ante el Consejo: pero atribuyéndoseme el infamante de asesino, vengo á defender mi honor; mi honor, que heredé puro y sin mancha de mi padre; mi honor, que ha sido la antorcha que ha iluminado siempre los más insignificantes pasos de mi vida.

Despues de lo que mi defensor ha expuesto al Consejo en vindicacion de mi inocencia, poco tendré yo que añadir para persuadir de ella á los señores vocales. Basta solo que yo presente aquí mi frente serena y mi cabeza erguida, para que el Consejo conozca toda la tranquilidad de mi alma. Cuidado, señores, que el hom-

bre no avezado con el crímen, y á quien se le acusa una vez con razon, no le permite su conciencia presentarse con la serenidad que yo lo hago ante mis jueces.

Yo, señores, tengo un nombre, hasta el dia sin mancilla; le he comprado á costa de mi valor, á costa de la sangre que tengo derramada en los campos de batalla, siempre en defensa de mi patria y de mi Reina. Respondan si no los generales á cuyas órdenes he servido.... Digan si no han conocido en mí un militar valiente, subordinado y leal. Apelo á los que me han conocido como hombre político, para que digan si no me han visto siempre tolerante y noble. Respondan todos los sugetos de los diferentes colores políticos, que me han honrado con su amistad, si me han visto jamás alimentar ideas de un exclusivismo insufrible.

Y los hombres que han vivido así ¡seria posible que bajáran á la tumba con el deshonor, con la mancha de una acusacion tan infame como la que pesa sobre mí! No; eso no es posible, y la rectitud de mis jueces me dispensa de recargar más este horroroso cuadro.

Yo suplico al Consejo que me dispense su indulgencia, porque tengo necesidad de hacerle presentes muchas cosas, que creo importantes para mi defensa.

En primer lugar, debo exponer lo mal que se me ha tratado todo el tiempo que llevo preso. El primer paso de mi prision ya fué indigno. Han de saber los señores vocales que se presentaron en mi casa para prenderme una porcion de oficiales del regimiento de San Fernando, sin más autorizacion que la de su coronel. ¡Vean los señores jueces si esto era bastante para prender á un general! Para prender á un general era menester que estuvieran autorizados por una órden de las autoridades principales de la plaza, conforme á la Ordenanza. Dije, pues, terminantemente, que no salia de casa sino hecho pedazos, con tal que no viniera una órden en regla. Salió entonces un oficial, y volvió á poco con una órden del Gobernador de la plaza, á consecuencia de la que se me condujo al cuartel del regimiento de San Fernando. Desde allí me trajeron al cuartel que fué de guardias de Corps, y se me metió en un calabozo, donde no habia ni un taburete en que sentarse; solo habia allí el suelo y las paredes. ¡A los hombres más criminales se les concede siquiera en su prision un ruedo para acostarse! Así estuve hasta que el oficial de guardia me proporcionó algunas de las cosas más necesarias. Despues se me ha tenido incomunicado hasta este instante mismo, privándome así de una defensa que todas las leyes divinas y humanas permiten á los acusados. Entiendo yo, que la incomunicacion es para que los reos no se pongan de acuerdo en sus declaraciones é impidan

de este modo la averiguacion de la verdad; pero despues que estas estaban ya dadas y elevado el proceso á plenario, no puede atribuirse semejante conducta más que á un lujo de crueldad.

Voy ahora á manifestar, ante todas cosas, mis relaciones con Alberni, para que el Consejo vea hasta qué punto ha sido este hombre infame para mí.

Siendo yo oficial de francos en Cataluña, conocí allí á Alberni, que era subalterno del regimiento de Zamora: (*con mucha vehemencia*) si estuviera en este sitio, como supongo que estará, yo suplicaria al Consejo que le hiciera ponerse á mi lado, para que los vocales vieran hasta qué punto está estampada en su frente y en sus ojos la falsedad de su infame delacion... Decia que lo conocí siendo oficial de Zamora, y puedo asegurar al Consejo que, mientras estuve en Cataluña, no le hablé ni una sola vez. Concluida la guerra, fuí elegido diputado á Córtes y vine á Madrid, donde permanecí casi constantemente, hasta que marché á Reus á desplegar la bandera santa de reconciliacion entre todos los partidos, á proclamar la mayoría de la Reina á costa de mil sacrificios, á costa de mi propia sangre. Allí compareció Alberni, y vino hasta mal vestido, porque hacia tiempo que estaba dado de baja por su mala conducta. Y habia sido esta tal, que otros varios oficiales del regimiento de Zamora, que habian respondido á aquel llamamiento y se encontraban á mis órdenes, no querian alternar con él. Pero mi posicion entonces era muy apurada: yo tenia necesidad de hombres, y en el señor Alberni, en quien veia otros defectos, reconocia, sin embargo, el valor: por consiguiente, eché mano de él.

Concluida aquella campaña, en la que me acompañó siempre Alberni, vinieron los centralistas, y en todas las acciones que tuvieron lugar con este motivo, Alberni se batió como lo hacen los hombres de honor. Cuando se me pidieron luego las propuestas de gracias para los que habian tomado parte en la defensa de Reus, propuse á Alberni para que se le habilitase el grado de capitan, como efectivamente se verificó. Más adelante, y en vista de su buen comportamiento, le propuse para el grado de comandante, que es el que en el dia tiene. Cuando el general Sanz pasó á Barcelona y reclamó oficiales, me pidió Alberni una carta de recomendacion para pasar á las órdenes de aquel general; pero yo, que conocia su mala conducta, se la negué. ¡Considere el Consejo si á un hombre á quien negué una mera carta de recomendacion, le confiaria secretos en que no solo cifraba mi existencia, sino el éxito del plan que se proponia!

Y por cierto que no me equivoqué en negarle la recomendacion; porque habien-

do conseguido ir, á pesar de eso, á las órdenes del general Sanz, cuando este puso el bloqueo á Barcelona, tuvo que separar á Alberni; porque, habiendo pasado por el puesto que este ocupaba varias mujeres que salian de la plaza, se portó con ellas de una manera indecorosa é indigna, tratando hasta de violarlas. Esta falta le valió ocho meses de prision.

Algun tiempo despues se presentó en mi casa, no como un militar, sino como un desgraciado que venia á pedirme pan para comer, y ropa para vestir. Me suplicó que hablase en su favor al Inspector del arma: contesté que no le conocia, pero que, aun cuando fuese otra cosa, su conducta no me inspiraba confianza para interesarme por él; mas que, si como particular podia yo serle útil, podria mandarme: ofrecimiento que no tardó en aceptar, porque á los pocos dias me envió una carta pidiéndome dinero para unos pantalones: se lo dí. Al poco tiempo me envió una esquela en que me pedia dinero para pagar á la patrona, porque no tenia un cuarto, y se lo mandé tambien envuelto en el mismo papel de la esquela, que es como acostumbro yo á hacerlo. Y hasta le dispensé alguna vez el honor de sentarle á mi propia mesa.

Así siguió viniendo una porcion de tiempo por mi casa, hasta que supe que estaba preso. ¿Y cree el Consejo que, si yo hubiera tenido algun secreto de conspiracion con Alberni, me habrian encontrado en mi casa tranquilo los señores oficiales que fueron á prenderme? No, señores. Pero en lo que menos pensé nunca, era en que Alberni fuese capaz de hacer una delacion semejante.

Voy á hacerme cargo de los partes que este ha dado.

En el primero no dice más sino que estuvo en mi casa; pero en el segundo, allí es donde se deja caer... Allí dice que en mi casa se conspiraba; que en ella se reunian los conspiradores; que yo habia dado las armas para cometer el asesinato. Es necesario advertir que este segundo parte no está puesto por Alberni, que apenas sabe escribir. A consecuencia de él se me puso preso. ¿Y cómo prueba Alberni lo que dice? Si en mi casa ha habido reuniones, ¿dónde están los conjurados? ¿en dónde los documentos? ¿en dónde las pruebas? Pues qué, ¿basta que un delator acuse á un inocente para condenarle? Yo no entiendo de leyes, no conozco más que las naturales; pero estas me hacen ver que el acusado no tiene que probar que es inocente, sino que el acusador es quien debe probar lo que asegura. ¿Alberni ha dado alguna prueba?

En primer lugar cita á D. Fermin de Tomás, oficial del regimiento de Navarra.

Aseguro que á este sugeto no le he hablado más que dos ó tres veces. Se presentó en mi casa, por haberme conocido cuando sirvió en cuerpos francos; á los pocos dias de esta presentacion me pidió un socorro, que le dí. ¡Conocerá el Consejo, si á un hombre con quien no habia tenido relacion de ninguna especie habria de hacerle confianza semejante á la que se me atribuye! Yo creo que para hacer una revolucion deberian buscarse hombres de influencia, lo mismo en la clase de paisanos que en la de militares. ¿Pero qué influencia habia de tener un oficial que estaba dado de baja por su mala conducta? Además, si yo le revelé el plan, ¿por qué no fué á avisar inmediatamente á las autoridades del peligro que les amenazaba? Se vé, pues, señores, que por las razones que acabo de explicar, el dicho de Tomás no debe tener fuerza alguna.

Pero más rara y de menos fuerza es todavía la declaracion del soldado Feliu.„

El general prueba con los mismos argumentos aducidos antes por su defensor el ningun valor de la declaracion de este testigo, y además con la circunstancia de haber desaparecido cuando se le buscó para la ratificacion, y luego dice:

"Voy á ocuparme del punto principal, que es el de los trabucos.

Dice Alberni que yo dí mis trabucos para cometer el asesinato que se proyectaba. ¿Y cómo prueba esto? Al presentárseme el fiscal para tomarme declaracion, me preguntó si tenia yo unos trabucos; dije que sí, pero que mi criado Fábregas los habia dado á mi amigo Fort mientras estuve ausente en Francia. Lo que entonces debió hacer el encargado de la ley fué evacuar esas citas, si no la de Fort por hallarse ausente, al menos la de mi criado Fábregas que se encontraba en Madrid. ¿Y por qué no se hizo esto? Porque se queria hacerme aparecer como criminal; y por consiguiente, que se admitieran todas las pruebas con que pudiera hacérseme cargo y no las que pudieran manifestar mi inocencia. ¿Dije yo que los trabucos habian desaparecido de mi casa como por encanto? No. Si conocia los trabucos, me dijeron presentándomelos; yo respondí que, no usándolos yo mismo, y pareciéndose todos los trabucos, ni negaba ni decia que fuesen los mismos. ¡Y de eso se quiso inferir por el fiscal que yo habia dado los trabucos para cometer el asesinato! Habiéndome dicho luego que ¿cómo estaban en poder de los asesinos? respondí que no lo comprendia. (*Con fuego.*) ¡No, no lo comprendia en mi corazon, pero lo comprendia mucho en mi cabeza!

Esos, señores, fueron los cargos que se me hicieron en la confesion. ¿Pero cuál seria mi sorpresa, cuando despues de las actuaciones ví que aparecia otra acusa-

cion contra mí, y de la cual no se me habia dicho nada? Y eso, señores, creo que no es justo ; porque al que se le acusa debe decírsele lo que resulte contra él para que conteste. Aparece, pues, un Sr. Huguet, que dice ser comerciante de Barcelona, y que asegura que yo echaba pestes contra el Gobierno. ¿Pero es creible que me desahogase así delante de una persona á quien no conozco? Yo puedo asegurar al Consejo de un modo positivo y evidente, que el D. Manuel Huguet no existe; mucho más, cuando habiendo manifestado yo deseo de conocerle, no se me ha presentado, sabiendo despues que se habia negado al cabo, diciendo, que no le importaba el que se diera ó no crédito á su declaracion. Yo suplico al Consejo que haga presentarse á ese testigo....

De modo que todos los cargos que resultan contra mí son del delator Alberni.

Dice el Fiscal, para probar que yo efectivamente estaba á la cabeza de la conspiracion, que no tiene nada de particular el que así sea, cuando habiéndoseme invitado para que me mostrase parte en la causa formada en un pueblo del partido de Reus, con motivo de unos pasquines, en que se me insultaba, lo mismo que al Gobierno, contesté negándome á ello, y añadiendo *que tenian razon para eso y mucho más.* Señores, he dicho antes que los fiscales son los encargados de la ley, quienes, en vista de los antecedentes que se les presenten, deben buscar la verdad, y no más que la verdad, para presentarla á los jueces que han de fallar; pero jamás he visto buscar delitos fuera del proceso. Lo que yo respondí fué: *que no considerándome ofendido por lo que de mi persona se decia, porque tenian razon para ello y mucho más, no queria tomar parte.* Considere el Consejo si hay una inmensa diferencia del sentido de mis palabras al que ha querido darles el Fiscal.

Yo quisiera decir al Consejo las razones que tuve para dar esta contestacion; pero esta es una pendiente muy resbaladiza, y me precipitaria si me colocase en ella. Diré, solo, que cuando se levantó la bandera de Junta Central, yo la vencí, no solo por medio de las armas, sino por la dulzura y persuasion, haciendo ver á mis paisanos que aquella conducta era contraria á la bandera que habia levantado el ministerio Lopez, de reconciliacion entre los partidos y de Constitucion ; y de consiguiente, que el seguir á la bandera de Junta Central, era un mal terrible. Yo les dí garantías y mi palabra de que el programa de aquel ministerio era una verdad. Yo les dije que conocia á los hombres de todos los partidos, su fé y caballerosidad; y que, vencida la Junta Central, habria verdad, habria legalidad, habria justicia. Mis paisanos me creyeron ; se armaron contra aquella bandera, y los centralistas

fueron vencidos. ¿Y qué ha sucedido despues? lo contrario de lo que yo les prometí. Así es que yo he aparecido ante ellos como un hombre falso y desleal. Esta fué la razon porque yo dí aquella respuesta.

En este estado se vió el proceso, y reconociendo el Consejo las ilegalidades y los vacíos que en él se observaban, pues no se habian evacuado citas, ni practicado otras diligencias indispensables, mandó que se ampliaran estas. Desde entónces fuí puesto otra vez en incomunicacion. Durante ella ha ocurrido un hecho que quiero poner en conocimiento del Consejo. El Fiscal entró un dia en mi calabozo, y no tuvo siquiera la atencion de quitarse el morrion; cosa que la buena educacion exige se haga cuando se entra á ver á un simple oficial, cuanto más á un general. Le dije que podria tener más atencion, y me contestó secamente, que estaba de oficio. No repliqué, porque conocia que la sangre se me iba á encender en las venas, y á la edad de 29 años, cuando esta se enciende, no es fácil calcular hasta donde podrá llevar á un hombre: no pude hacer más que morderme los labios. Creí que se me iba á hacer algun otro cargo, cuando veo que se presenta como acusador tambien un oficial de San Fernando. Me quedé absorto: no sabia lo que me pasaba, y mucho ménos cuando le oí decir, que antes de mi partida á Francia habia pretendido seducirle para derribar al Gobierno. A este oficial le conocí yo tambien en Reus, y afirmo y aseguro al Consejo por lo más sagrado, que mientras estuve en Madrid no hablé nunca con este oficial. Fué, con efecto, á mi casa á buscar una certificacion del tiempo que estuvo á mis órdenes, y mandé que se la extendiera mi secretario, como así lo hizo. Y, señores, ¿por qué habia yo de prevenir á este hombre con tanta anticipacion de los planes de la conspiracion? O tenia confianza en él ó no la tenia: si tenia confianza, no habia para qué hacerlo tan pronto; cuando llegara la ocasion me seguiria: si no la tenia, ¿cómo es posible que yo le fiara el secreto con tanta anticipacion? Mis amigos saben que habia pedido licencia por seis meses, y ellos saben tambien que mi ánimo era pedir próroga por otros seis meses; y otra próroga, sin que fuera mi intencion el volver á España, hasta que, calmados los ánimos y amortiguadas las pasiones políticas, pudieran mis paisanos hacer justicia á las virtudes, que, como militar, me han adornado siempre.

Hay otro oficial de los acusadores que se llama Mendez, cuyo testimonio rechazo, porque no le he visto siquiera.

Otro de los cuatro oficiales es un hermano del Alberni, el delator; este no tiene la menor importancia.

El cuarto de estos oficiales se llama Clapes; y á propósito de este sugeto y de hallarse presente el señor Mayor de plaza, recordará, que cuando este caballero me condujo á la prision que ocupo en el dia, oiria al oficial Rodriguez al apearme del coche en la puerta de este cuartel, que me decia: "Mi general, Clapes acaba de estar conmigo, y me encarga decir á V. que siente mucho este suceso, y que si se le ofrece á V. alguna cosa, puede contar con él." Y un hombre que hace ocho dias me ofrecia sus servicios, ¿cómo es que despues aparece como acusador? Esta es una anomalía que yo no puedo explicar.

Si dejo de manifestar alguna cosa importante para mi defensa, espero que me lo suplirá el Consejo, porque mi cabeza está abrasada.

Creyendo haber dicho lo suficiente para patentizar mi inocencia, no me resta más que llamar la atencion del Consejo sobre la conducta del delator. Creo que el que delata á otro se expone á sufrir la pena del Talion, y si no prueba lo que dice, debe caer sobre él todo el rigor de la ley. Yo no le puedo perdonar los ratos de amargura que me ha dado; no por mí, pues si por mis pocos años no tengo filosofía bastante para soportar con resignacion el infortunio, tengo corazon que suple aquella falta; *(visiblemente conmovido)* pero tengo una madre, tengo hermanos, y al pensar lo que aquella desgraciada padeceria al ver que pedian la cabeza de su hijo, desfallecen mis fuerzas.

Concluyo pidiendo al Consejo, reprenda como merece la conducta del Fiscal, porque ha faltado á un sagrado deber de justicia é imparcialidad en no evacuar las citas que yo hice; porque ha fulminado contra mí cargos que no estaban en el proceso, y porque, para vilipendio y para asombro del mundo civilizado, se ha conducido en esta causa sin más deseo que llevar á cabo una polémica anticipadamente tratada, ni más ley que su sed de sangre."

Con religioso silencio fué escuchada la anterior improvisacion del general Conde de Reus, que en algunos períodos de su discurso consiguió conmover profundamente á su auditorio, no tanto por lo que decia, como por la fuerza de la expresion, que llevaba á los ánimos el convencimiento de su inocencia. El Consejo de guerra permaneció reunido toda aquella noche, hasta dictar el fallo, por el cual fué condenado el general Prim á seis años de prision en un castillo, y á cuatro años los demás acusados. Esta condena, sin embargo, no llegó á cumplirse: conducido Prim al castillo de San Sebastian de Cádiz, para ser de allí enviado á las islas Marianas, se le notició á poco la gracia de indulto que, á peticion de su señora madre, le con-

cedió la Reina. Justo es decir que el mismo general Narvaez, como Presidente del Consejo de Ministros, contribuyó, al ménos con su aquiescencia, á la dispensacion de esta gracia: sin penetrar en el sagrado de las intenciones, la imparcialidad, que es nuestra guia, nos obliga á consignar el hecho.

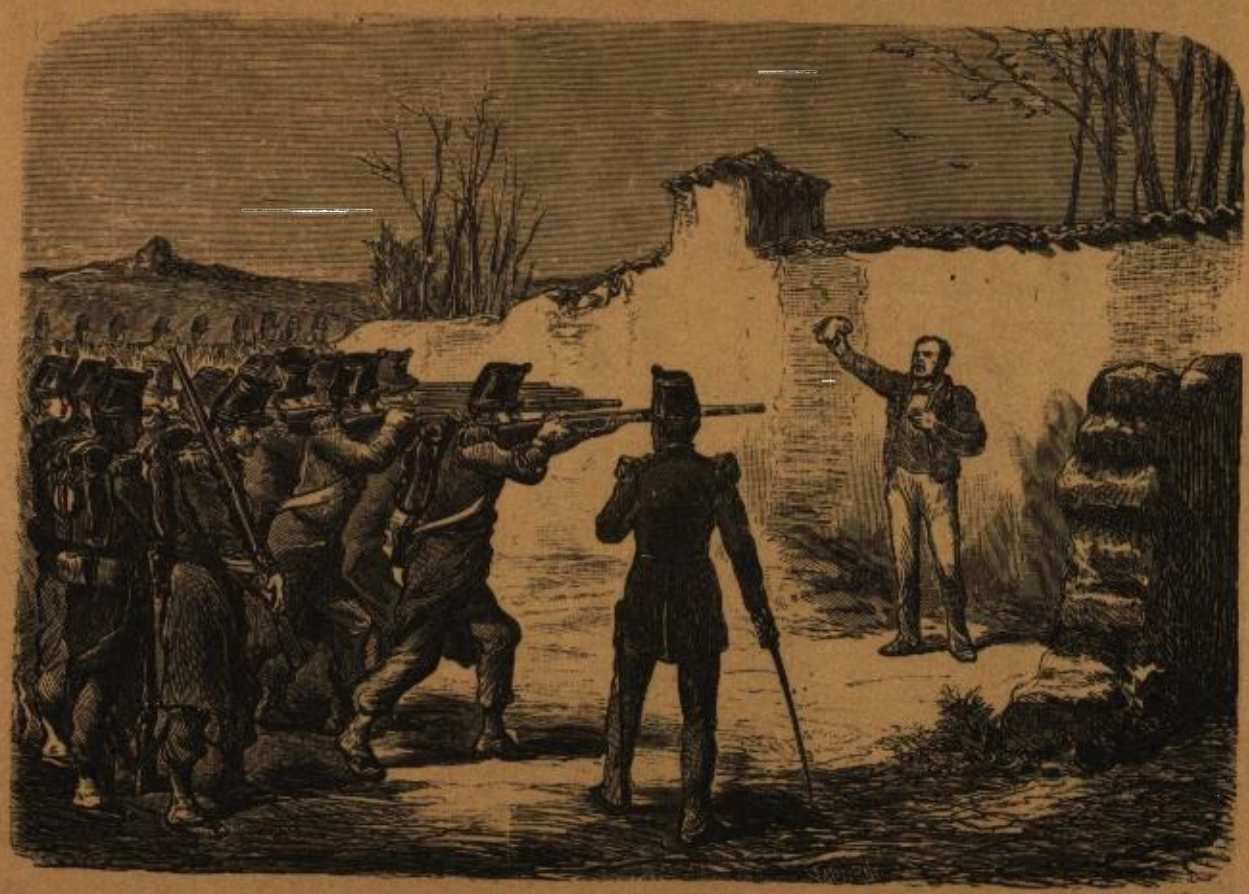
VI.

En las circunstancias por que atravesaba entónces la política española, era en verdad una cosa extraordinaria la generosidad con que fué tratado el general Prim, despues de una condena originada de acusaciones tan graves como lo eran las de conspiracion para perturbar el Estado, y proyectos de asesinato; y esta generosidad parece indicar que no existian méritos suficientes para tratarle con rigor. Precisamente por aquellos dias se empleaba con otros hombres una severidad que demostraba la disposicion de ánimo en que se hallaba el Gobierno, de ser inexorable y hasta cruel con los que de cualquier modo opusiesen obstáculos á su marcha.

El desgraciado Zurbano acababa de levantarse en la Rioja, con un corto número de amigos, que muy pronto fueron dispersos, siendo aprehendidos su hijo Benito y varios de sus compañeros. Juntamente con la noticia, llegó á Madrid una comision de Logroño para solicitar el indulto.

"Anhelaban todos dirigirse á S. M., en cuyo corazon se abrigaba su más grande esperanza: la ocasion era difícil, y desesperando lograr otra, aprovecharon la del regreso de misa del convento de Atocha. Era aquel dia Domingo, y acompañaban á la Reina su señora madre y su hermana. Al ir á apearse del coche al pié de la grande escalinata de Palacio, se arrojaron á sus piés, diciendo todos, cada cual su frase, lo que exclusivamente á nadie permitia decir el dolor:—"¡Señora, perdon para un hijo de Zurbano..... Para un ilustre defensor de V. M. !..... ¡Era niño, y su lanza heria la primera en el combate á vuestros enemigos !.... ¡Todo os lo ha dado; su reposo, su juventud, su sangre !..... ¡Señora, perdon para un jóven de 23 años !....„ Y en medio de este doloroso clamoreo, un cuerpo se desploma al suelo; una voz aguda, desgarradora, que las domina á todas, exclama como última exhalacion de dolor:—"¡Clemencia, Señora, para mi hijo !.....„ Y la infeliz madre cayó á los piés de S. M. accidentada. Todos en derredor de ella, con los ojos anegados





Fusilamiento del general Zurbano.

en llanto, dirigidos á S. M., repitieron como écos de aquel dolor: — "¡ Clemencia, Señora, para esa madre!....." — "¡Se atenderá, se atenderá!" contestó la Reina [1]."

No se atendió, sin embargo, á estos clamores; y dos dias despues de aquel en que ocurrió la escena que acabamos de transcribir, el 25 de Noviembre, fueron puestos en capilla y fusilados Benito Zurbano, su tio Juan Martinez, Juan Arandía y Joaquin Aguilar, criado el uno, y amigo el otro de su padre. A los cinco dias, caian bajo el plomo militar otras tres víctimas, entre ellas, el único hijo que á Zurbano quedaba, llamado Feliciano, el cual, ni siquiera habia tomado parte en su desgraciada empresa. Veinte dias despues, sucumbia Cayo Muro asesinado á orillas del Ebro; y por último, á principios de Enero de 1845, era conducido Zurbano al terreno, húmedo todavía con la sangre de sus hijos y deudos, y presentaba su pecho valerosamente á la muerte, arrojando al aire la gorra y gritando: "Muero por cumplir mis juramentos, ¡Viva la Reina! ¡Viva la Constitucion del 37! ¡Viva la libertad!"

Tanto rigor, tanta crueldad, que la política y la razon condenan, solo pudieron hallar su explicacion en un sentimiento de odio reconcentrado contra todos los que se distinguian por sus tendencias liberales, ó en la creencia de que existiesen vastos planes de trastorno, que fuese necesario sofocar en su orígen por medio de terribles castigos. Habia en efecto mucho de lo uno y de lo otro; y nada prueba tanto la exageracion de los temores que abrigaba el Gobierno, y lo arbitrario de su proceder, como una circular reservada que se expidió por el Ministerio de la Guerra, el 26 de Noviembre, cuando al levantarse Zurbano, hubo algunos insignificantes movimientos en los valles del alto Aragon. Sospechóse, no se sabe por qué noticias equivocadas, que el general Espartero debia venir á secundar el alzamiento, y con este motivo se dijo á las autoridades militares del litoral lo siguiente:

"El Gobierno tiene noticias muy fidedignas y semi-oficiales de que D. Baldomero Espartero, fugado de Lóndres, se encuentra en un buque extranjero con intencion de desembarcar en un punto que pueda verificarlo segun las circunstancias. La Reina (Q. D. G.), á quien he dado cuenta, me manda decir á V. E. que ponga en juego cuantos medios le sugiera su celo y patriotismo, á fin de conseguir la aprehension del expresado ex-general, *conseguido lo cual, debe sufrir la pena de ser pasado por las armas, sin que medie más tiempo entre la captura y la ejecucion, que el*

[1] *Historia de la vida militar y política de Martin Zurbano.* Madrid, imprenta de Madoz y Sagasti, 1846

preciso para identificar la persona. Excuso encarecer á V. E. el relevante servicio que al trono y al país prestará el que tenga la suerte de capturarle. La rebelion no perdona medio para entronizarse, y *la traicion llega hasta el punto de atentar contra la sagrada persona que ocupa el trono*, pues que solo así se comprende que el hombre de quien se trata, se lance á encender la guerra fraticida. La Reina y su Gobierno descansan en la firmeza de sus generales y en la lealtad de las tropas que mandan; pero no por eso recomienda menos á V. E. la actividad, la vigilancia, y el extremado celo que el *estado del pais* reclama de los encargados de conservar la paz y el sosiego público [1].„

¿En qué ley, ó en qué principios de justicia ni de conveniencia pública puede caber una disposicion semejante á esta? ¿Bajo qué régimen, que no fuese el del más feroz y desatentado despotismo, podia permitirse un ministro disponer así de la vida de un hombre, y lo que es más, ponerla en manos de sus delegados, para que fuese sacrificada sin prueba alguna de delito, sin formacion de causa, sin previo aviso siquiera, sin más formalidad ni más tiempo que el preciso para identificar la persona? ¿Y quién dictaba esta órden, y contra quién? Narvaez contra Espartero, á quien debia toda clase de consideraciones, si no por sus eminentes servicios prestados á la Patria y á la Reina, si no por la elevada posicion que habia ocupado, al menos por su comportamiento noble y generoso con él mismo Narvaez cuando estaba emigrado. Espartero, regente del reino, habia dispuesto que se tendiese un velo impenetrable sobre los sucesos de Sevilla en 1838, y sabiendo que Narvaez y otros conspiraban contra él en Paris, le abrió de par en par las puertas de España, y no habría vacilado en abrirle tambien los brazos.

Pero prescindiendo de los sentimientos personales, que es forzoso acallar cuando hablan los deberes de un alto cargo, ¿era legal, era político, era bajo ningun concepto disculpable semejante procedimiento? Habria de suponerse cierta la venida de Espartero á España, y darse por seguro que le traia el propósito de ponerse á la cabeza de una sublevacion, cosas no averiguadas: aun así faltaba el Gobierno á todas las consideraciones sociales, y se faltaba á sí mismo en el acto de dictar

[1] En la misma órden se advertia, que el ex-Regente llevaba dos pasaportes é igual número de disfraces; uno de oficial de la Marina Real Británica, y otro de comerciante de la Martinica, con sombrero de charol, camisa de color, chaqueta azul, pantalon verde oliva, botas y anteojos. Estos detalles no podian ser inventados por el ministro de la Guerra; pero la verdad es que el general Espartero no habia soñado en moverse de Londres, ni mucho menos se concibe que soñase en atentar contra la persona que ocupaba el trono, ni en venir á encender la guerra civil.

una verdadera órden de asesinato; que no de otro modo puede calificarse aquella por la que se manda fusilar á un hombre sin haberle juzgado. Esto, ni aun en los tiempos del absolutismo se habia hecho; porque el decoro mismo y el prestigio de la autoridad exigia que al menos se cubriese la tiranía con el manto de la ley.

CAPÍTULO VI.

De 1845 á 1848.

Sumario.—El general Prim obtiene licencia para viajar por el extranjero.—Tareas legislativas.—El anillo nupcial de la Reina.—Autorizaciones.—Organizacion política y administrativa.—Desavenencias entre los moderados.—Política de camarillas.—Un Ministerio casero.—Seis novios para la niña.—Bodas reales.—Ministerios puritanos.—Amnistía y reparaciones.—Vuelve á España el general Prim, y es nombrado Capitan general de Puerto-Rico.—Su gobierno de la isla.—Otra vez Narvaez.

I.

Indultado el general Prim, fijó por poco tiempo su residencia en Ecija, y habiéndosele concedido el cuartel para Madrid á principios de 1845, se trasladó á la corte, donde no era posible que por entonces permaneciese tranquilo, siendo el blanco de las miradas de los agentes públicos y secretos de un poder receloso, y expuesto á comprometerse en lances arriesgados por efecto de su mismo carácter irritable. Menos libre aun que en Madrid podia encontrarse en el rincon de una provincia, y sobre todo en aquellas á donde naturalmente le arrastraban sus simpatías y sus relaciones de amistad y de familia; pues allí más que en parte alguna seria objeto de una asídua y repugnante vigilancia, debiendo sufrir por otro lado las consecuencias de los odios políticos no extinguidos, y de la fuerte prevencion con que le miraban los demócratas catalanes.

Prim vino á encontrarse, por la fuerza de las circunstancias, en una situacion moral muy aflictiva, siendo rechazado por los dos partidos que se habia propuesto hermanar, y precisamente por haberlo querido. Solo el tiempo, que todo lo restaura, podia curar las heridas recientes: conociéndolo así, y obrando con suma cordura, el Conde de Reus solicitó licencia para viajar por el extranjero, y habiéndola obtenido, marchó á Francia en la primavera de aquel año.

Discutíase á la sazon en las Córtes la reforma constitucional con mucho acalora-

miento, á pesar de ser casi todos moderados los que tomaban parte en aquellos debates: no habia entre ellos identidad de ideas y de tendencias políticas, por más que juntos concurriesen á un mismo fin. La oposicion desplegó sus brios, principalmente al tratarse del artículo por el cual se privaba á las Córtes de su legítima influencia en el matrimonio de la Reina.—"Al llegar á este artículo, dijo un señor diputado, el proyecto de reforma se vá *clareando.*„ En vano el Gobierno, por boca de los ministros Pidal y Mon quiso protestar de que ninguna cuestion de actualidad habia influido en él para presentar la reforma en los términos que lo hacia; la cuestion de *actualidad* estaba sobre el tapete, y quedó patentizada por los propios argumentos del ministro de la Gobernacion.

"Si no se aprueba este artículo, decia Pidal, vendrá aquí el expediente del matrimonio de la Reina; pasará á las secciones para que nombren comision; se nombrará esta y dará su dictámen; habrá enmiendas y adiciones; tendremos discusion; se procederá á la votacion, y resultará que el rey de España lo será por tres ó cuatro votos. ¿Dónde está el príncipe que quiera someterse al resultado de una votacion?„

No era posible decir más claramente que no se querian tantas formalidades al llevar á cabo un asunto del mayor interés para la nacion, pero que en altas regiones era considerado simplemente como asunto de familia.

Buenas cosas se dijeron en aquella discusion. El señor Martinez de la Rosa, abogando en pró de la propuesta reforma, dió razones que desgraciadamente no se tuvieron luego en cuenta: creia justo el elocuente orador que los reyes, al contraer matrimonio, pudiesen seguir el natural impulso de sus afectos é inclinaciones. "Los reyes, por tener esta suprema dignidad, decia, no dejan de ser hombres, y seria la más dura, la más cruel de las tiranías, que hubiesen de renunciar á todos sus afectos para echar sobre sí una coyunda perpétua, indisoluble, pues solo puede romperse con la muerte... Justo es que los reyes tengan alguna parte al contraer unos vínculos que la naturaleza dicta, que apoya la moral, que consagra la religion, y no se entreguen enteramente á la voluntad ajena...„

Tenia, en parte, razon el ilustre poeta; pero no se trataba precisamente de consultar la inclinacion de la Reina, sino de saber á quién iba á quedar sometida su voluntad, y á quién correspondia examinar las condiciones de la persona destinada á compartir el trono. Por esto decia el Sr. Peña Aguayo: "Cuando las leyes civiles exigen garantías para el matrimonio de los súbditos menores, ¿por la ley política no

se exigirá nada para los reyes de España?„—"¡Pues qué! exclamaba el Sr. Pacheco. ¿Ha de necesitarse una ley especial para introducir en el reino un regimiento de tropas extranjeras, y no se ha de necesitar para introducir un príncipe extranjero? Cuando todos los gobiernos de Europa se han creido autorizados para intervenir en este casamiento, ¿sólo á las Córtes de España, partícipes de la soberanía, se les ha de prohibir la intervencion?„—Y el Sr. Roca de Togores concluia: "El anillo nupcial de nuestra Reina se arranca así de las manos de los legisladores, para depositarlo en las manos de algun ministerio.„

Los hechos demostraron despues que ni aun esto se queria, sino dejar la resolucion de tan grave asunto en manos de camarillas palaciegas y de influencias extralegales. El Gobierno fue vencido en los debates de la reforma constitucional por las razones de la inteligente, aunque exígua, minoría; pero triunfó al cabo por el número de votos, y la Constitucion de 1845 recibió en 23 de Mayo la sancion de la Corona.

Las Cortes habian autorizado antes al Gobierno para establecer la organizacion administrativa de España: y á consecuencia de este voto de confianza, se publicaron por decretos las leyes de Ayuntamientos y Diputaciones provinciales; las de Gobiernos políticos y Consejos de provincia; la de organizacion y atribuciones del Consejo real, tomando por modelo el sistema centralizador de Francia, que redujo á la nulidad más completa la existencia de los municipios y de las provincias. Dictáronse asimismo disposiciones represivas de la imprenta, sugetando los delitos que por su medio se cometiesen, á un tribunal compuesto de jueces de primera instancia: se arreglaron todas las diferencias que hasta entonces habian existido entre el Estado y el clero, si bien haciendo á este amplísimas concesiones, sobre todo en lo tocante á intereses materiales, y hasta tal punto llevó sus tendencias reaccionarias nuestro representante en Roma al acordar una convencion con la Corte pontificia, que el Gobierno mismo se vió obligado á desaprobarla.

Importantes reformas hizo en la hacienda D. Alejandro Mon, planteando por primera vez un sistema tributario, que si bien no carecia de defectos, y fué duramente censurado, tenia sin embargo el mérito de simplificar y ordenar el complicadísimo y embrollado sistema que antes existia; y no cabe duda que mejoró considerablemente el estado de las rentas públicas, y la situacion de las clases contribuyentes. Otra mejora digna de aprecio, aunque distase mucho de la perfeccion, fué el plan de estudios, decretado en esta época, por el cual se dió á la instruccion

pública una extension que jamás habia tenido en España, y se creó la carrera del profesorado, por demás precaria hasta entonces.

Pero si bien, á la sombra de una paz impuesta, se introducian estas importantes mejoras, en lo político seguíase una marcha extremadamente rigurosa y arbitraria, que á la larga no podia menos de producir funestos resultados. El general Narvaez, ya nombrado duque de Valencia, llegó á hacerse tan insoportable por su despotismo y petulancia, que muchos moderados se le declararon contrarios, hasta el punto de hostilizarle duramente en algunos de sus periódicos más acreditados: los cortesanos mismos le miraban con aversion, repugnando someterse á su omnipotente influencia. De acuerdo con la reina Cristina, apoyaba Narvaez la candidatura del conde de Trápani, pariente muy cercano de aquella señora, para la mano de la reina Isabel. Esta candidatura, que la opinion pública en general rechazaba por su caracter esencialmente reaccionario, fué combatida por el señor Mon, resultando de aquí la division en el seno del gabinete. Narvaez dimitió intencionalmente, para desembarazarse de la oposicion de sus compañeros, y en su lugar fué nombrado presidente del Consejo y ministro de Estado el Marqués de Miraflores, uno de los hombres más rectos y mejor intencionados del partido conservador [1].

Constituido el nuevo Ministerio en 10 de Febrero de 1846, dió á luz un programa liberal y conciliador de todos los partidos, que halló grata acojida así en las Córtes como en la imprenta; pero á pesar de esto, aquel ministerio no podia ser de larga duracion; porque, segun dice un historiador adicto á la parcialidad política dominante desde 1843, "al lado, ó más bien sobre las régias prerogativas y sobre las prácticas parlamentarias, elevábase otro poder misterioso y avasallador, otra influencia inconstitucional é ilegítima, que se oponia á todo aquello que no fuese conforme á su omnímoda voluntad é interesados planes... Una camarilla poco cuerdo y sobrado presuntuosa, interponíase entre el trono y las Córtes, entre la Reina y el país, pretendiendo monopolizar el poder en perjuicio y en descrédito de las Córtes, del trono, del país y de la Reina [2]."

En vano el Marqués de Miraflores hizo presente á la Reina lo peligroso que es siempre admitir influencias extra-legales, basadas por lo comun en intereses bastardos y de mala ley. La buena fé con que el mismo Marqués, animado de los me-

[1] Asociáronse al Marqués D. Lorenzo Arrazola en Gracia y Justicia; D. Francisco Javier Isturiz en Gobernacion; D. José Peña Aguayo en Hacienda; D. Federico Roncali en Guerra, y D. Juan Bautista Topete en Marina.

[2] Rico y Amat. Obra citada.

jores deseos, queria la fiel observancia de la legalidad y de las prácticas parlamentarias, le hacia objeto de una guerra sorda y tenaz, que se declaró del modo más escandaloso en el seno de las Córtes. El 16 de Marzo, hubo en el Congreso una sesion tumultuosa, en la que el presidente tuvo que cubrirse y necesitó mandar á los porteros que detuvieran arrestado al general Pezuela, que habiendo pronunciado gravísimas palabras, se retiró del salon con ademan amenazador. Los promovedores de aquel tumulto proponíanse derribar al Ministerio por un voto del Parlamento; pero el Congreso contestó á la agresion, ofreciendo al Gobierno su apoyo, y dándole un voto de confianza.

"Los clubistas del régio alcázar, dice el mismo autor antes citado, los monárquicos conspiradores, los egoistas camarilleros, que así abusaban de la estimacion y de la bondad con que eran tratados por su soberana, mostráronse ofendidos y airados con el resultado de la célebre sesion.—A las nueve y media de aquella misma noche, hora señalada para el despacho ordinario, al presentarse en la cámara real los secretarios del despacho de Estado y de la Guerra, S. M., en uso de sus facultades, mandó al presidente del Consejo que en aquella misma noche acordase con sus compañeros el decreto de disolucion de las Córtes, á las que debia comunicarlo al siguiente dia sin falta.—Sorprendido el Marqués de Miraflores de tan extraña cuanto impolítica medida, hizo presente á S. M. que le era imposible adoptarla sin faltar á las prácticas observadas y respetadas en todos los gobiernos representativos, y sin ser ingrato é injusto con unas Córtes que en aquel mismo dia acababan de ofrecerle su apoyo[1]. „

De nada valieron las razones del Marqués. El Ministerio tuvo que dimitir, y aquella misma noche juraba el Duque de Valencia que, vestido de uniforme, estaba esperando en Palacio el momento del estallido ministerial. A los dos dias era decretada la suspension de las Córtes, y se dictaban violentas medidas contra la imprenta, que naturalmente no podia permanecer silenciosa en presencia de tales escándalos.

¿Para qué fué llamado en esta ocasion el general Narvaez? A los diez y ocho dias de su nueva elevacion caía del ministerio, siendo reemplazado por hombres de su misma comunion política, varios de los cuales habian gobernado con él anteriormente. El nuevo ministerio, al que se llamó casamentero, lo componian los

[1] Rico y Amat. Obra citada.

señores Istúriz, Pidal y Mon, juntamente con D. Joaquin Diaz Caneja, D. Laureano Sanz y D. Francisco Armero.

La caida de Narvaez apareció rodeada de un misterio impenetrable á los ojos del público: el duque de Valencia salió desterrado de Madrid. El pais se vió entonces amenazado de una dictadura que alarmó á los hombres de principios. En Galicia se sublevaron algunas tropas; y aquel movimiento, que parecia estar relacionado con la cuestion del matrimonio de la Reina, motivó el fusilamiento de doce jefes y capitanes en el Carral, y la separacion y traslacion de muchos oficiales y sargentos del Ejército, enviados algunos de ellos á Filipinas sin causa justificada.

II.

Habia llegado el momento de efectuar las régias bodas, y la Europa entera, excepto España, pareció tener derecho á intervenir en este asunto; pero particularmente pretendian hacer pesar su influencia en él Inglaterra y Francia. Seis eran los aspirantes á enlazarse con la Reina y con la Infanta: El conde de Montemolin, hijo mayor de D. Cárlos, que á pesar de sus ofertas y concesiones políticas, fué rechazado por todas las fracciones liberales; el de Trápani, á quien apoyaban los Estados Italianos y la reina Cristina, pero cuya candidatura hubo de ser abandonada por igual causa; un príncipe de Coburgo, á quien se inclinaba el Gobierno inglés; dos de la casa de Braganza, que, aunque demasiado niños, eran para algunos los más aceptables en el concepto de facilitar la union de España y Portugal; y por último, el infante D. Enrique de Borbon, que gozaba de las simpatías de los progresistas, y aun tambien se dijo las de su augusta prima Doña Isabel. Ninguno de estos candidatos fué sin embargo el favorecido. Los cálculos de interés de la Reina madre (dice un publicista)[1], combinados con los del anciano Luis Felipe, se superaron á la razon de Estado y á otras consideraciones de interés nacional, viniendo á resultar lo que menos se pensaba, y concertándose las bodas de Doña Isabel II con el infante D. Francisco de Asís, hermano de D. Enrique, y de la infanta Doña Luisa Fernanda con el duque de Montpensier, quinto hijo del Rey de los franceses.

Las regias bodas se celebraron el 10 de Octubre de 1846, habiendo el gabinete

[1] D. Andrés Borrego. *De la organizacion de los partidos de España.*

Istúriz llamado para sancionarlas á las mismas Córtes que existian en tiempo del ministerio Narvaez; despues de lo cual las disolvió, convocando otras por distritos, segun el nuevo sistema de elecciones, que dieron por resultado una mayoría moderada, unos cincuenta diputados progresistas y pocos menos de la fraccion puritana.

Sin causa ostensible política cayó el Ministerio Istúriz en Febrero de 1847, siendo reemplazado por otro, cuya presidencia obtuvo el Marqués de Casa Irujo, y en el cual entraron algunos hombres de valía entre los mismos moderados, como D. Juan Bravo Murillo, D. Alejandro Oliván y D. Mariano Roca de Togores. Alcanzó este ministerio fuerte apoyo en las nuevas Córtes; pero, no obstante, su existencia fué efímera. "La influencia que en los círculos palaciegos ejercia el general Serrano era un estorbo para la marcha política del Gobierno, y á destruirla dirigiéronse todos sus afanes, no obstante la seguridad que los ministros tenian de que aquel paso iba á malquistarles con la Corte.—La resolucion de hacer salir de Madrid al mencionado general fué adoptada; la caida del Ministerio quedó resuelta; el poder de la camarilla sobrepúsose al del Parlamento; la voluntad de Palacio al interés de la política [1]."

En efecto, el gabinete de Febrero deaspareció en Abril sin más motivo que el expresado; cosa en verdad sorprendente para los que no estuviesen iniciados en los misterios de la Corte. La explicacion de este suceso, dijo el Sr. Borrego, la sabe toda España; pero es de tal naturaleza, que no cabe ser comentada. No faltaron, sin embargo, los comentarios, cuando en hora desgraciada y con mal pié subieron al poder los *puritanos*, presidiendo el nuevo ministerio D. Juan Francisco Pacheco, é imponiéndole su voluntad D. José de Salamanca, encargado de dirigir la Hacienda. En hora desgraciada, hemos dicho; porque si aquella fraccion no se hubiese elevado en hombros de influencias extralegales; si no hubiese tenido, por consiguiente, que someterse á las exigencias palaciegas, su dominacion habria sido más grata y provechosa al país, toda vez que propendia visiblemente á desarrollar una política liberal y conciliadora, y á desligar el poder civil del avasallamiento al militarismo.

La mayoría del partido moderado no pudo conformarse con esta marcha política, ni menos con que los puritanos ocupáran los primeros puestos, y declaró una oposicion terrible al ministerio Pacheco: suspendió este las sesiones de Córtes; anun-

[1] Rico y Amat. *Obra citada.*

ció grandes planes rentísticos y aconsejó á la Corona una amplia y generosa amnistía en favor de los emigrados políticos de todos los colores; pero no pudo el gabinete sostenerse mucho tiempo tal como se hallaba constituido, y hubo de sufrir una profunda modificacion en sentido aun más liberal.

Los moderados perdian terreno visiblemente: sus ambiciones y sus condescendencias palaciegas los habian dividido y fraccionado; su alejamiento del poder los exasperaba, reflejándose en la prensa de sus ideas el despecho y la ira de que estaban poseidos: no atacaban solo á los ministros; no se contentaban con censurar agriamente la política y los actos de los puritanos: su osadía y sus desmanes, dice un escritor de la misma parcialidad, llegaban hasta el punto de dirigir sus tiros más ó menos ocultos, más ó menos emponzoñados, á la augusta persona que ocupaba el trono, procurando introducir la disension y la discordia en el seno de la regia familia.

Para poner coto al escandaloso abuso que los moderados hacian de la prensa, tuvo el Gobierno que prohibir la impresion y publicacion de todo escrito en que se tratase de *la vida privada* de la Reina, ó de su matrimonio, ó de su real consorte, imponiendo á los periódicos que infringieran este precepto la pena de supresion y pérdida del depósito; y la recogida y una multa de 60,000 reales al editor ó impresor, si la infraccion se cometia en folleto ú otra forma.

En medio de este rigor contra los desmanes de la prensa, todas las providencias del Ministerio propendian al desenvolvimiento de un régimen francamente liberal. Entre los nuevos ministros se contaban D. Patricio de la Escosura, que se propuso organizar la Administracion de modo que el poder civil adquiriese el debido realce, y el general D. Fernando de Córdoba, inspirador de algunas justas reparaciones en lo militar. Para que el duque de la Victoria, que no tenia de qué ser amnistiado, pudiese decorosamente volver á España, se le nombró senador del reino.

Los carlistas, entre tanto, habian vuelto á levantar pendones de guerra en Cataluña, donde se presentaron los Tristany, Borges y otros jefes, incluso Cabrera: esta circunstancia, unida á la profunda division que existia en el seno del partido moderado, hizo que se considerase oportuna la ocasion de encargar á los progresistas la direccion de los negocios públicos; pero prevalecieron en altas regiones las influencias domésticas sobre las consideraciones políticas, y mediando en ello, segun se dijo, el general Serrano, fué nuevamente llamado al poder el Duque de Valencia, que hacia dias se hallaba en Madrid preparando habilmente su elevacion. El Minis-

terio presidido esta vez por el general Narvaez, compuesto de verdaderas eminencias del partido conservador [1], entró en escena convocando las Cortes, y dando un programa liberal tan lato como pudieran desearlo los más exigentes en aquellas circunstancias.

III.

Durante la primera época de la dominacion moderada, ó sea desde principios de 1845 á mediados del 47, recorrió el general PRIM mucha parte de Francia, Inglaterra, Italia y otros estados de Europa, no desperdiciando la ocasion que el ostracismo le ofrecia para adquirir muchos conocimientos de que más tarde dió muestras, sobre todo en lo relativo á la organizacion política y militar de aquellos paises.

Cuéntase que un dia, por el mes de Agosto de 1846, hallándose PRIM en una quinta situada cerca de Marsella, en compañía de otros emigrados españoles, hubo entre ellos una momentánea alarma, por haberse presentado la policía en dicha quinta, en ocasion de hallarse los más durmiendo tranquilamente la siesta. Como por aquel tiempo se trataba de los matrimonios españoles, que tanto interesaban al Gobierno de Luis Felipe, y se temian movimientos en España contrarios á los planes de la corte francesa, natural era que se vijilase á los emigrados, y particularmente á aquellos que, por sus antecedentes liberales, podian considerarse adictos á las candidaturas portuguesas ó á la del infante D. Enrique. Así se explica la alarma producida por la presencia de la policía en la casa de campo de Marsella.

Una señora corrió á dar aviso á los emigrados de la inesperada visita. Sorprendidos algunos de ellos, entre los cuales habia militares que tenian dadas pruebas de valor y serenidad, exclamaron como buscando un apoyo contra el peligro: "¡Que avisen al general!„—Hízolo así la misma señora, llamando á la puerta del cuarto donde dormia PRIM, quien, sin moverse, preguntó tranquilamente: —"¿Son muchos

[1] Componiase de los Sres. Duque de Sotomayor, ministro de Estado; Arrazola, de Gracia y Justicia; Bertran de Lis, de Hacienda; Bravo Murillo, de Comercio, Instruccion y Obras públicas; D. Luis José Sartorius, de Gobernacion; Roca de Togores, ya Marques de Molins, de Marina; y Narvaez de Guerra, con la presidencia.

los que han venido?—Dos, contestó la señora.—Pues entonces dejadme dormir, repuso el General. Diga V. á los compañeros que no se alarmen, pues no hay motivo para ello.„

En efecto la alarma era infundada, pues los agentes de la autoridad no llevaban otro objeto que el de comprobar el censo de la poblacion. Uno de los emigrados se presentó á ellos vestido de cocinero, con la cara medio tiznada y desplumando una gallina, y contestó á sus preguntas que la casa estaba alquilada por unos capitanes de buques mercantes, los cuales solian parar allí en más ó menos número segun la combinacion de sus viajes, y añadió que aquel dia habia cinco durmiendo la siesta.

Cuando se dió el decreto de amnistía en 1 847, creyó el general PRIM poder regresar á España con seguridad, y lo efectuó yendo á desembarcar en Cadiz; pero viéndose allí objeto de un espionaje incesante, hubo de regresar á Francia, donde le encontramos en Agosto de aquel año. Con fecha 20 del citado mes, el comandante general de Lérida, D. *Francisco Cantillon*, daba parte al Capitan general de Cataluña de haber llegado á los baños de Luchon el general PRIM, procedente del interior de Francia, en compañía del Consul inglés en Barcelona, añadiendo que parecia estar muy enfermo, y que le habia visitado el infante D. Enrique. Prueba este parte la vijilancia especial con que se seguian los pasos del general Conde de Reus, aun en la época en que ya mandaban los puritanos.

Cuando entró en el Ministerio de la Guerra el general Córdoba, puso término á las penalidades que venia sufriendo el general PRIM, nombrándole en Octubre de 1847 Capitan general de Puerto-Rico; por cuyo medio, á la vez que utilizaba sus servicios en interés de la patria, le alejaba de los azares de la política. PRIM aceptó gustoso aquel cargo, y embarcándose á bordo de la corbeta de guerra *Villa de Bilbao*, llegó á Puerto-Rico el 8 de Diciembre del mismo año.

Mandaba entonces en la pequeña Antilla el Conde de Mirasol, á quien no hubo de parecer bien el nombramiento de su sucesor; pues en el acto de desembarcar PRIM en la capital de la isla, no se dignó aquel salir á recibirle: hízolo, en compañía de las demás autoridades, el segundo cabo, general Labastida; y al presentarle las llaves de la ciudad, segun era costumbre hacerlo con todos los nuevos capitanes generales, dijo que tenia el honor de entregárselas "en nombre de S. M. y del general Conde de Mirasol.„

PRIM contestó secamente: —"Las recibo solo en nombre de S. M. la Reina.„

Este incidente no pudo pasar desapercibido á los portoriqueños, y sobre él se hicie-

ron muchos comentarios, nada desfavorables por cierto á la nueva autoridad, cuya entereza de carácter pareció bien á todos. El mismo Conde de Mirasol hubo de reconocer luego que su prevencion contra el de Reus nacia de un concepto equivocado, muy natural en quien cree que no puede haber distincion y verdadero mérito personal sino en la aristocracia de raza. En las visitas de etiqueta que necesariamente hubieron de hacerse uno á otro, aprendieron ambos generales á conocerse y apreciarse segun su respectivo mérito.

Durante el poco tiempo que PRIM gobernó en Puerto-Rico, procuró asegurar el bienestar y la tranquilidad de sus habitantes, procediendo de modo, que, si bien pudo atraerse la animosidad de los malhèchores, y la censura de los interesados en mantener ciertos abusos, mereció en cambio el aplauso y la gratitud de la honrada mayoria de aquellos insulares. Dado el régimen social existente en la colonia, y cuyas condiciones buenas ó malas no es del caso examinar en este momento, era de todo punto necesario que la poblacion negra viviese subordinada á la blanca segun los principios de una disciplina bien entendida; y precisamente habia llegado á tal extremo la relajacion en esta parte, que la gente de color, no solo cometia toda clase de excesos contra las propiedades, sino que se entregaba á ellos segura de la impunidad. A corregir estos males dedicó desde luego sus esfuerzos el Conde de Reus; y al efecto, dictó unas ordenanzas, que tituló *Código negro*, cuya aplicacion produjo excelentes resultados; pero como sus disposiciones propendian, entre otras cosas, á simplificar los procedimientos á fin de obtener la pronta represion de los delitos, fueron mal recibidas por algunos magistrados y curiales, á quienes convenia, por el contrario, eternizar las causas para hacer su negocio.

Era famoso por aquel tiempo en la isla un criminal llamado *El Aguila*, cuyas depredaciones y tropelías alarmaban contínuamente al país. Ladron é incendiario, exigia por medio de cartas cuantiosas sumas á los colonos ricos, bajo la amenaza de pegar fuego á sus cañaverales, si en el término preciso no se le enviaban al punto señalado por él las cantidades exigidas; y era tan fiel cumplidor de sus promesas, que rara vez dejaba de ejecutar lo que decia. En vano los propietarios amenazados tomaban precauciones, armando á sus negros y poniéndolos en acecho para vigilar sus haciendas: cuando menos se pensaba, un siniestro resplandor ó una columna de humo anunciaban los estragos de un incendio, efectos de la venganza del *Aguila*, que, como los genios maléficos é invisibles, no dejaba más señales de su paso que las huellas de la destruccion.

Sin embargo, algunas veces habia caido el *Aguila* en las redes de los tribunales: pero con tan extraña fortuna, que siempre encontraba una malla bastante ancha por donde escaparse. Formábasele la correspondiente sumaria; tomábanse declaraciones; evacuábanse citas é innumerables diligencias; pasaba el tiempo inútilmente sin que llegase nunca el dia del fallo, y el incendiario iba dejando poco á poco todo el fruto de sus rapiñas; hasta que, por último, rompia su prision, para volver con más brios á sus acostumbradas fechorías.

Habiendo sido capturado el *Aguila* en tiempo del general PRIM, quiso este verle, movido del deseo de conocer á tan famoso criminal, y encontró en él un hombre inteligente, de fisonomía simpática y finos modales; tanto que, interesándose por su suerte, y deseando traerle á buena vida y convertirle en miembro útil á la sociedad, le dirigió palabras muy sentidas, y le prometió el perdon de sus delitos en nombre de la Reina, si despues de sufrir durante algun tiempo el castigo correccional que se le impusiera, daba muestras de sincero arrepentimiento. Conmovido al parecer, al oir un lenguaje á que no estaba acostumbrado, manifestóse el *Aguila* sumamente agradecido al General, asegurándole que no intentaria escaparse de su prision, y haciendo propósito de enmendarse y de no volver nunca más á su pasada vida. Tan sinceras parecieron estas protestas, y tan arreglada la conducta observada por aquel criminal durante algunos meses, que nadie dudaba ya de su conversion; cuando un dia desapareció repentinamente de la cárcel.

Indignado el general PRIM en vista de lo mal que habia correspondido el *Aguila* á su generosidad, mandó levantar en todo el pais un somaten, cuyo resultado inmediato fué la captura del incorregible delincuente; y sometido éste al juicio sumarísimo de una comision militar, pagó en breve con la vida sus numerosos crímenes.

Los magistrados de Puerto-Rico llevaron muy á mal estos procedimientos, y en el juicio de residencia que se formó despues al Conde de Reus, trataron de inculparle por la ejecucion del *Aguila*.

Prescindiendo de las formas, los portoriqueños en general aplaudieron aquel acto de justicia expeditiva, que les libraba de una vez para siempre de un verdadero azote

Proponíase el general PRIM desarraigar muchos é inveterados abusos, introduciendo á este fin útiles reformas en todos los ramos de la administracion de la isla; pero no se le dió tiempo para desarrollar sus planes. Durante el corto periodo de su mando en aquella Antilla, tuvo ocasion de prestar un importante servicio al gobier-

no de Dinamarca. La revolucion acaecida en Francia en Febrero de 1848, que costó el trono á Luis Felipe y puso en conmocion casi todos los Estados de la Europa, hizo que se sintiesen sus efectos en las colonias francesas de Guadalupe, la Martinica y otras islas del mar de las Antillas. La posesion danesa de Santa-Cruz estuvo á punto de perderse á consecuencia de una insurreccion de negros, que estalló á principios de Julio de aquel año. En tal conflicto, el gobernador de la citada isla recurrió al Capitan general de Puerto-Rico, solicitando su auxilio: no se hizo este esperar; pues á las seis horas de haber recibido PRIM el oficio de la autoridad danesa, se embarcaba para Santa-Cruz una columna compuesta de cuatro compañías de preferencia, una seccion de artilleria de montaña y una brigada de obreros. Juntamente con estas fuerzas marcharon dos ayudantes del General; y el socorro llegó tan oportunamente que, gracias á él, no sucumbieron las autoridades dinamarquesas, quedando vencida la insurreccion.

La importancia de este servicio fué tanta, que el Gobierno de Dinamarca se apresuró á enviar inmediatamente al Conde de Reus las insignias de la Gran cruz de la órden de Danenbrog; insignias que no pudo este recibir entonces por haber sido relevado del mando de Puerto-Rico, de donde regresó á la Península en el mes de Octubre; pero le fueron entregadas poco despues por el representante de aquel Gobierno en Madrid, con una carta sumamente honorífica, y cuyos términos expresan mejor que pudiéramos hacerlo el alto aprecio en que se tuvo el servicio prestado por este general. Decia así:

«Madrid 5 de Junio de 1849.—Señor Conde.—El Rey mi augusto Soberano, que supo apreciar los prontos auxilios de tropas españolas que V. E. se apresuró á enviar de Puerto-Rico á Santa-Cruz, y que tan poderosamente contribuyeron á sofocar la insurreccion de los negros y á restablecer la tranquilidad de la isla, se dignó, señor General, en Setiembre del año pasado, daros un testimonio de alto agradecimiento, nombrándoos Gran cruz de su órden de Danenbrog, y caballero de la misma al comandante D. Ramon Sanz, vuestro ayudante de campo.—Las insignias se enviaron á Santa-Cruz, para que fuesen entregadas á V. E. con los diplomas correspondientes, por creerse que no habríais dejado la Capitania general de Puerto-Rico, que os habia sido confiada por S. M. la Reina Doña Isabel II; pero al saberse, Señor Conde, que os hallábais de nuevo en Madrid, el Ministro de Negocios extranjeros me las ha mandado á esta capital. Ayer tarde las recibí, y me apresuro á cumplir un encargo tan grato para mí. — Al enviaros la cajita que contiene la Gran cruz y

el Real título, tengo una verdadera satisfaccion, bien convencido de que á vos os sucederá lo mismo; pues la órden de Danenbrog ha sido, desde que se instituyó, el premio del valor, de la lealtad y de los servicios eminentes.— Vuestra valentía y vuestra prevision contribuyeron á que se apagara el fuego de una insurreccion, que podia llegar á ser amenazadora para todas las posesiones cultivadas por la raza negra; y en este concepto, podeis gloriaros, señor General, de haber prestado un servicio á más de una nacion. El que habeis prestado á Dinamarca ha estrechado para siempre los lazos de buena vecindad que constantemente han existido entre Puerto-Rico y las Antillas dinamarquesas; lazos, cuya importancia para nuestros dos paises os habeis hallado en el caso de poder apreciar. — Ya sabeis, señor Conde, cuál era mi conviccion en este punto; sigo ahora en la misma más que nunca, y yo tendria á gran dicha el haber tenido, como vos, ocasion de manifestarlo con pruebas. —Al felicitaros, señor Conde, por lo que por nosotros hicísteis, y de lo cual perpetuará la memoria la insigne distincion que tengo el honor de remitiros, os suplico tengais á bien remitirme vuestro escudo de armas junto con vuestra divisa; pues segun está prevenido en los Estatutos de la órden para todos los caballeros Grandes cruces, deben enviarse á los archivos de la Cancilleria, depositándose luego en la coleccion histórica que se halla en el palacio de Frederiksburgo. —Aprovecho muy gustoso esta ocasion, para reiteraros, señor Conde, las seguridades de mi distinguida consideracion, —*Baron del Asilo.*„

El general Prim contestó á esta carta de una manera digna, diciendo entre otras cosas, que el Rey de Dinamarca recompensaba con usura el servicio que habia tenido la honra de prestar á la isla de Santa-Cruz, mandando allá una expedicion de soldados españoles, que salvaron las vidas, honras y fortunas de los nobles daneses, amenazadas por los negros sublevados; y que S. M. podia contar desde aquel dia con un súbdito más para venerarle, y con un soldado noble y leal para defenderle, si corriendo las vicisitudes de los tiempos, así lo dispusiera por ventura su estrella y su destino.

CAPÍTULO VII.

Campañas parlamentarias.

SUMARIO.—Principales acontecimientos políticos en España durante los años 1848 y 1849.—Córtes de 1850. Influencia ministerial en las elecciones, de las que resulta un Congreso *de familia*.—PRIM, diputado por Vich, contra la voluntad del Gobierno.—Extracto de un discurso pronunciado el 21 de Noviembre.—Moralidad y economías.—Arreglo de la Deuda.—Un *No* célebre, al que sigue una disolucion.—Córtes de 1851. En segundas elecciones sale PRIM elegido por Barcelona.—Un discurso profético á propósito de estados de sitio.—Atentado contra la vida de la Reina.—Proyectos liberticidas.—Nuevas Córtes.—Brillante discurso pronunciado por el Conde de Reus, el 6 de Abril de 1853.

I.

Desde Octubre de 1848 hasta principios de 1850 permaneció el general PRIM completamente alejado de la política activa, ya viajando, ya de cuartel en varios puntos; pero no indiferente á los acontecimientos que se sucedian por aquel tiempo dentro y fuera de España, y sobre los cuales debemos echar una rápida ojeada, siquiera para que se comprenda la actitud en que vino luego á colocarse el Conde de Reus, como representante de la Nacion en el Congreso de diputados.

Cuando estalló en Francia la revolucion de Febrero de 1848, el Duque de Valencia acudió inmediatamente á las Córtes pidiendo autorizacion para suspender, en todo ó en parte, las garantías constitucionales, á fin de poder obrar dictatorialmente. Concedida la autorizacion, y cerrada la legislatura en 22 de Marzo, á los cuatro dias hubo en Madrid un movimiento insurreccional, no á disgusto del Gobierno, que teniendo á su disposicion fuerzas inmensas para sofocarlo en el acto, pudo aparecer como salvador de la sociedad. En esta loca tentativa solo tomó parte un corto número de paisanos, que fácilmente fueron vencidos, muriendo algunos fusilados, sin forma alguna de proceso, y sin recibir los auxilios espirituales, en el rincon de una calle. El 7 de Mayo se insurreccionaron los regimientos de España y de Chi-

clana, que probablemente estaban comprometidos para el primer movimiento; pero así como entonces faltó á los paisanos el apoyo de la tropa, esta vez faltó á los militares la ayuda del pueblo. Los sublevados sucumbieron antes del amanecer, y la saña de los vencedores no admitió espera ; pues se pidió y obtuvo del arzobispo de Toledo la licencia para fusilar aquel mismo dia, por ser Domingo, á varios infelices prisioneros.

Las circunstancias terribles por que á la sazon pasaban casi todas las naciones de Europa, podian justificar lo enérgico de la represion de aquellos movimientos; pero no el abuso que se hizo de las facultades discrecionales de que se hallaba investido el Gobierno. Centenares de hombres fueron presos y deportados á Filipinas con irregularidad censurable, siendo inocentes muchos de ellos, y otros víctimas de ódios particulares.

Atribuyóse complicidad en estas revueltas al embajador inglés en Madrid, Mr. Bulwer; y si el hecho era cierto, el Gobierno procedió con plausible energía expulsando de España á dicho funcionario extranjero.

Como quiera que sea, el general Narvaez obtuvo de las Córtes la aprobacion de sus actos; y habiendo adquirido por ellos cierta celebridad en Europa, consiguió bajo su dominacion el restablecimiento de relaciones entre España, Austria y Prusia, interrumpidas desde la muerte de Fernando VII. Creció más su prestigio cuando, á principios de 1849, logró ver dispersadas las huestes carlistas, que aun se sostenian en las montañas de Cataluña, y expulsado segunda vez á Francia su principal caudillo, D. Ramon Cabrera.

Una expedicion de tropas españolas, á las órdenes del general D. Fernando Fernandez de Córdoba, marchó á Italia para cooperar con las de la República francesa y las del Imperio austriaco al restablecimiento del Papa en Roma. Ya veremos el juicio que formó Prim acerca de esta expedicion, bajo el doble punto de vista militar y político.

Debia creer el Duque de Valencia su posicion asegurada más que nunca en la Corte; y sin embargo, habia en esta influencias más poderosas que la suya. Con general asombro se supo, de la noche á la mañana, que el ministerio Narvaez habia hecho dimision, siendo reemplazado por otro que presidia el Conde de Cleonard, y al que se achacaban propósitos absolutistas. Dos personas que, por su estado, parecia que debieran haber renunciado á todo contacto con el mundo, un religioso y una monja tristemente célebre, habian preparado este cambio repentino, influyendo

en el ánimo del Rey consorte, que á su vez hubo de influir en el de su augusta esposa.

"En las primeras horas de la noche del 18 de Octubre, (dice una relacion impresa de estos sucesos) S. M. la Reina autorizó á dos altos funcionarios de Palacio, para que separadamente pusiesen en conocimiento del Ministro de Marina, y del señor Presidente del Consejo, una comunicacion de S. M. el Rey, en que, con términos muy duros para el Ministerio, se expresaba la necesidad de separar de sus puestos á los que componian aquel, y la de reemplazarlos, con los que S. M. habia ya indicado verbalmente."

Asi nació el célebre *Ministerio Relámpago*, al que se dió este nombre por su brevísima duracion; pues asustada la corte de lo que habia hecho, en vista del escándalo que produjo, á las veinticuatro horas tuvo que deshacerlo ella misma, despidiendo á los señores Cleonard, Manresa, Balboa y demás absolutistas, y reinstalando el gabinete del Duque de Valencia.

El drama que se representó entre bastidores hubo de ser muy serio; pues en la misma noche en que fué separado el *Ministerio Relámpago*, fueron presos el P. Fulgencio y el general Balboa, saliendo á las pocas horas el primero para Archidona, donde habia un convento de religiosos de su órden, y el segundo de cuartel para Ceuta. Prendióse asimismo á cuatro individuos de la servidumbre de S. M., enviándolos desterrados á varios puntos, y por último, se acordó la traslacion de la monja Sor Patrocinio desde Madrid á Talavera, donde debia ser recluida de conformidad con la sentencia de la causa que se le formó años atrás por ciertas supercherías milagreras.

Las influencias teocrático-absolutistas, dominando en Palacio, de concierto á veces, y en oposicion otras con las que pretendian ejercer en los actos del Gobierno la Reina madre y su familia, eran los móviles de la política española en el triste período que vamos reseñando; y en esas dobles influencias, tan contrarias al bien público y al régimen parlamentario, conquistado á costa de rios de sangre, hay que buscar las causas de la revolucion de 1854, que puso á dos dedos de su ruina el trono de Doña Isabel II, y las que más tarde ocasionaron su completo desprestigio. Si los absolutistas trabajaban intencionadamente con este objeto, no es fácil averiguarlo; pero es indudable que miraban con satisfaccion, así el desórden gubernamental, como el descrédito de la Reina y la exaltacion de las iras revolucionarias.

Vuelto al poder el Duque de Valencia procuró gobernar más en armonía con las

prácticas parlamentarias, reconociendo que en ellas debia buscar, no solamente su propia fuerza, sino tambien la fuerza y estabilidad del trono constitucional. Sin embargo, tanto Narvaez, como el ministro de la Gobernacion (Sartorius), que era la principal inteligencia de aquel gabinete, pensaron más en afianzar su dominacion, que en robustecer las instituciones liberales. Al efecto, disolvieron las Cámaras, y convocaron los comicios para unas elecciones generales, ejerciendo gran coaccion en ellas, á fin de proporcionarse una mayoría numerosa y disciplinada. El Congreso de 1850, dice el ya citado señor Rico y Amat, llamado *Congreso de familia*, fué más bien una reunion de amigos, que de hombres públicos: un Congreso del señor Sartorius, más bien que un Congreso nacional.„

El general PRIM fué uno de los pocos diputados de oposicion que consiguieron tomar asiento en aquel Congreso. Al prepararse las elecciones en el mes de Agosto, su nombre apareció en candidatura por varios puntos de las provincias de Barcelona, Tarragona y Gerona: el Gobierno se aprestó á combatirle en todas partes, y desde luego le opuso en el distrito de Granollers un competidor invencible por su posicion oficial, aunque desconocido en aquella comarca, cual era el Conde de San Luis. Además, no faltó quien se acercase al mismo General con ánimo de sondearle, á fin de averiguar dónde contaba con mayores probabilidades de triunfo; pero él, como hábil estratégico, supo distraer la atencion del enemigo, desviándole del punto en que estaba más seguro de alcanzar la victoria.—"Si el Gobierno quiere dejar mi eleccion libre, dijo al que le preguntaba, no dudo que saldré diputado por Tarragona: en cuanto á los demás distritos, no hay que pensar; pues en Figueras no tengo seguridad del éxito, y en Granollers no me considero con fuerzas para luchar contra todo un ministro de la Gobernacion.„

Llegado el momento de las elecciones, vióse claramente que el Conde de Reus podia triunfar en dos distritos, en Tarragona y Vich: en el primero se emplearon para combatirle medios de coaccion é intimidacion: en el segundo, la lucha fué más noble y leal, aunque se pusieron en juego, no solo las armas temporales, sino tambien las espirituales. El obispo de aquella diócesis, D. Luciano Casadevall, el alcalde corregidor, D. Federico Gispert, y otras autoridades hicieron cuanto estuvo de su parte para que PRIM no saliese diputado: hasta se cambió á última hora el candidato ministerial, por no ofrecer el que estaba designado suficientes garantías de éxito, proclamando en su lugar al señor Marqués de la Cuadra, persona de gran significacion é influencia en el pais. Todo fué en vano: PRIM quedó triunfante en la

lucha, siendo elegido por una considerable mayoría de votos. En Tarragona tambien habria vencido probablemente, á juzgar por el resultado de la votacion el primer dia; pero se intimidó á los electores con amenazas, y abandonaron el campo á sus contrarios.

El diputado por Vich iba á emprender su primera campaña parlamentaria ; pues aunque antes hubiese hablado alguna vez en el Congreso, aun no habia tenido ocasion de distinguirse como tribuno: Aprovechó la que le ofrecia la discusion del mensaje en contestacion al discurso de la Corona para ensayarse y probar el temple de sus armas, combatiendo la política del Ministerio; y desempeñó su cometido con valentía, y no sin elocuencia, por más que su diccion, fácil, afluente y enérgica, se resintiese mucho todavía de la falta de práctica del orador. Sin embargo, la rectitud de juicio; los sentimientos de lealtad y españolismo; el lenguaje franco, sencillo y vigoroso á un tiempo; la exposicion clara, ya que no rigurosamente metódica de las ideas; y sobre todo, la intencion y el alcance de algunas declaraciones, valieron en esta ocasion al jóven Conde de Reus, los plácemes de amigos y adversarios.

Para que el lector pueda juzgar por sí mismo, extractamos á continuacion los trozos más notables de aquel discurso, pronunciado el 21 de Noviembre de 1850.

II.

Antes de entrar á combatir al proyecto de contestacion al discurso de la Corona, el general PRIM rechazó un cargo que creyó habérsele dirigido por el Conde de San Luis. Habia dicho este, á propósito de una proposicion firmada por el general Loigorry y otros señores diputados, "que aquellos dignísimos militares no tenian ambiciones impacientes.„ Y como de aquí podia deducirse que otros tenian esas ambiciones, PRIM contestó á la alusion en estos términos:

....."Yo necesito rechazar esa consecuencia, porque ella pudiera filtrar en el ánimo de los señores diputados, en el ánimo del país, y á mí no me acomoda. Por mi parte, y creo que lo mismo dirán los demás señores que firmaron la proposicion, no he tenido jamás ambiciones impacientes: mis ambiciones han sido siempre muy

honrosas, muy nobles, cual las debe tener todo militar; mis ambiciones se han reducido á querer ser general desde el primer dia en que senté plaza de simple soldado; pero la faja que ciño, señores, la saqué de la boca de los cañones enemigos, la saqué del centro de los escuadrones enemigos, combatiendo en favor del trono de la Reina, y la conquisté asaltando las brechas y murallas defendidas por los enemigos de ese trono y de las instituciones. Quede, pues, sentado que yo no tengo ambiciones impacientes.„

En seguida dió principio á su discurso en esta forma:

"No empezaré yo con el *decíamos ayer*, de Fray Luis de Leon, repetido por mi amigo el señor Olózaga, cuando por primera vez habló en este sitio de vuelta de su emigracion; porque en los siete años transcurridos desde que yo salí de aquí para ir á hacer una revolucion, tantas y tales cosas han pasado, señores, que bien puedo empezar diciendo: "decíamos hace siete años;„ y aun empezando así, me quedo corto, porque si bien siete años nada significan en la vida de los partidos y de las naciones, para los hombres que los han pasado en la tortura, entre hierros y en contínua desdicha, son siete eternidades.

Decia, pues, hace siete años el señor Olózaga: "Dios salve al país, Dios salve á la Reina:„ y yo sin decir nada, me fuí á jugar mi cabeza por salvar á la Reina y al país. ¡Y qué poco pensaba entónces el señor Olózaga y con él sus amigos, y yo con ellos, que estas célebres palabras causarian nuestra ruina! El señor Olózaga y sus amigos, todos leales, olvidaron lo que hicieron los cartagineses en España: *entrar vendiendo para salir mandando;* pues de no haberlo olvidado ellos, como no debian, siendo hombres pensadores y de experiencia política, ni hubiéramos pasado la pena negra como la hemos pasado cada uno por su estilo, ni se vieran ellos hoy desterrados de estos bancos, ni yo con mis débiles fuerzas y con mis pocos compañeros, me veria comprometido á sostener una lucha desigual de treinta contra uno.

¡Mucha lanzada nos espera, compañeros, mucho mandoble vamos á recibir de nuestros contrarios en la descomunal batalla que nos toca sostener! ¡Pero no importa! Opongamos hierro al hierro, y no quede golpe sin respuesta.

Al que le revuelquen, que se levante presto, y sin cuidar de sacudirse el polvo, vuelva más brioso á la pelea; que si la lucha es desigual, es más heróica. Yo por mi parte, armado de punta en blanco, estoy en el palenque; mis armas son nobles, y mi escudo de buena ley; con ellas pelearé mientras mis adversarios las

usen del mismo género; pero advierto que si alguno, sea cual fuere, para hacer más profunda la herida, se valiere de armas vedadas, tendré derecho á hacer lo mismo, y heriré por los mismos filos. Mi divisa es la de Bayardo. *Sans peur et sans reproche.* Ardua tarea es la que voy á emprender abordando de frente la importante cuestion del mensaje á la Corona. Pues yo, hombre de armas, no conozco más lenguaje que el que hace vibrar el corazon del soldado en los campos de batalla, y lo conduce entusiasmado á la brecha y á la muerte: el lenguaje que allí se usa es muy distinto del que se usa aquí; pues que allí se habla con el corazon, y aquí se debe hablar con la cabeza. Y para hablar con la cabeza, señores, se necesita ante todo mucha práctica, la práctica que yo no tengo. Bien es verdad que he hablado alguna vez en este sitio, y tambien fuera de aquí en una ocasion solemne, y tan solemne, como que tuve que defender mi honra y mi cabeza; pero hace ya de esto mucho tiempo, y no es extraño que se me haya olvidado lo poco que tuve ocasion de aprender en esta excelente escuela, puesto que tampoco recuerdo aquel hecho más que como el de tener una página de luto en la historia de mi vida. Los señores diputados, pues, se dignarán oirme con indulgencia tal cual yo sepa y pueda explicarme. . . . . .

Si yo no me hubiera declarado en oposicion al Gobierno firmando las enmiendas del señor Pasaron y Lastra y del señor Ortega, comprendo que este mi lenguaje sorprenderia á los señores diputados que me han visto figurar en la lista de la mayoría publicada en el *Diario oficial.* Pero al Gobierno no debe sorprenderle, si recuerda que ha hecho una cruda guerra á mi candidatura en cuantos puntos me presenté candidato, habiendo dado órdenes terminantes á los gobernadores para que á toda costa impidiesen mi eleccion, y estos funcionarios así lo hicieron. Y á fé mia que no sé por qué ese empeño del Gobierno en rechazarme... pues como cada hombre tiene su mision en la tierra, y segun su mision, así está organizado, yo lo estoy para la guerra y no para ser tribuno; por consiguiente poco le puedo embarazar al Gobierno aquí. Yo pretendí que el Gobierno me dejase el campo libre, sin apoyarme ni combatirme; el Gobierno tuvo á bien combatirme; yo defendí mi puesto hasta quemar mi último cartucho, y vencí. Quede, pues, sentado, porque esto me importa á mí mucho, que yo soy diputado por mis propias fuerzas; más, que lo soy contra la voluntad del Gobierno, y por lo tanto que estoy en absoluta y completa libertad para atacar la política interior del Gobierno, que desde luego califico de intolerante y exclusiva, y por consiguiente peligrosa; que lo estoy asimismo para ata-

car su política exterior, que califico de arrogante y débil, y por consiguiente poco honrosa; como en libertad estoy igualmente para atacar su administracion cuando y como á mí me pareciere. Y tengo más empeño en que quede sentado aquí que soy diputado por mis propias fuerzas, por lo que el señor Conde de San Luis, contestando al señor Pasaron y Lastra hace unos dias, decia; que los pocos diputados progresistas que nos sentábamos en estos bancos, con cortas excepciones, no nos sentaríamos si el Gobierno no hubiese querido; palabras que exaltaron la honrosa susceptibilidad de mi amigo el señor Madoz, y produjeron su retirada de estos escaños. . . . . .

En Figueras fuí combatido por el gobernador de Gerona, quien ofreció el maná del cielo á los que votasen el candidato del Gobierno, y las plagas de Sodoma á los que votasen al Conde de Reus.....

En Granollers tenia tal seguridad el Gobierno de que yo no podia ser vencido, que tuve la honra de que el mismo señor Conde de San Luis se presentase por candidato. Mas yo lo supe con tiempo y batí en retirada, porque yo soy modesto, y no me creí con fuerzas para luchar con S. S. En Tarragona fuí tambien combatido muy réciamente, pues habiendo visto aquel gobernador que el primer dia de eleccion tuve yo más votos de los que él creia, tomó la sencilla providencia de desterrar á tres de mis amigos, sucediendo lo que no podia dejar de suceder; pues habiendo corrido la voz entre los electores de que se desterraba á los que votaban por mí, no tuve un voto más. . . . . .

Y cuando acabamos de ver que en Reus, en Logroño, que en Jeréz, en Valdepeñas, Algeciras, y otros puntos se han adulterado las listas electorales hasta el punto de hacer imposible la lucha electoral; cuando en Caldas de Reyes se falsea la votacion en el acto del escrutinio; cuando en Noya y Tarragona se destierra, y cuando en Gracia y Palencia se encarcela, ¿se puede decir, señores, que se establece la política de tolerancia, union y verdadera libertad? . . . . .

He dicho que en varios puntos para falsear las elecciones hubo prisiones y destierros, y voy á probarlo, porque soy yo más amigo de hechos que de palabras.

En Palencia, señores, para inutilizar al candidato de la oposicion, al señor marqués de Albaida, se tomó por pretexto una carta escrita al señor presidente del Consejo de ministros, y se le condenó á cuatro años de prision, se le borró de la lista de los ciudadanos como si hubiera cometido algun crímen de lesa magestad. Yo respeto al tribunal que calificó de injuria grave la carta en cuestion; pero no

veo tal injuria. La carta es dura, es algo petulante, es descortés, si se quiere, pero hasta hoy no habíamos visto que una descortesía se castigase como un crímen. Yo no conozco el Código penal, soy completamente lego en materia de legislacion civil; pero hay una ley superior á todas las leyes escritas en los libros, señores; la ley de la razon y la del sentimiento, leyes escritas en la cabeza y en el corazon de todos los hombres. En este terreno soy ya competente, como lo soy tambien en las leyes del honor, y ninguna me dice que la carta del señor marqués de Albaida encierra un crímen. Y cuidado que no soy yo solo quien lo dice.

Esa cuestion estuvo sobre el tapete en los círculos de Madrid por espacio de algunos dias, y pude oir á hombres de mucha valía de todos matices, otros tambien jurisconsultos de gran fama, y todos estaban de acuerdo en que la carta del señor marqués de Albaida es dura, es descortés, pero no injuriosa. El señor marqués de Albaida debió quedar sin respuesta del señor presidente del Consejo, pero de ninguna manera debió ser tratado como criminal. Porque despues de esto, señores, el señor marqués de Albaida es un grande de España y escribió al grande de España, duque de Valencia; y si bien S. S. se merece mucho, muchísimo respeto, no es una persona sagrada á quien por el mero hecho de escribirle se cometa un desacato. Hasta hace poco, los guardadores de la ley se habian mantenido todos á la altura de su sagrado ministerio; hasta hace poco, la magistratura toda habia sido insensible al espíritu de partido; hasta hace poco, los españoles podian contar con la proteccion de las leyes: mas hoy desgraciadamente no es así para con algunos miembros de la magistratura. ¡Y ay de nosotros, señores, y ay del pais el dia que, generalizándose ese disolvente sistema, se haga de las leyes un instrumento para adular al poder, un arma para satisfacer venganzas y pasiones! (*Aprobacion en las tribunas.*). . . . . .

En Gracia hubo tambien prisiones. En el momento de las elecciones se prendió á los señores Prats y Bany y otro señor que en este momento no recuerdo, ricos propietarios y distinguidos caballeros del pueblo de Gracia, con el carácter de teniente de alcalde el primero; y basta para probar la sinrazon de la medida, el que fueron puestos en libertad al otro dia de las elecciones. ¿Por qué fueron presos aquellos señores? Porque manifestaron que trabajaban en favor de la candidatura del señor Doménech. Es decir, que el español que use de su derecho constitucional será tratado como un bandido; es decir, que el que tenga otras amistades que las del Gobierno, otras afecciones, otra voluntad, será criminal, y como tal será tratado;

es decir, que ya los españoles no tenemos derecho de querer ni de pensar, sino que uncidos á vuestro carro hemos de tascar el freno y aguantar el látigo. ¡Vive Dios que la sangre se rebela á tanto ultraje! porque ultraje es la prision de los hombres.

No se diga que no; la cárcel se ha hecho para los criminales y no para los hombres de bien. Para estos es injuria mayor que la de un bofeton recibido, con la diferencia que un bofeton se venga con sangre del que le dió, y una cárcel no hay medio de vengarla, ni reparacion posible.

No paró aquí todavía el desman de aquel gobernador, sino que iracundo por la derrota sufrida, descargó su ira contra el comité industrial y Junta de fábricas, disolviendo el primero y modificando la segunda; y cuidado que aquella corporacion no se componia de hombres de cualquier modo, ni exclusivamente eran hombres de una opinion política; y la mayor parte no solo no eran progresistas, sino moderados y muy moderados, pero de buena ley... Tolerancia y libertad, señores, cuando en Vich... Pero no hablaré de lo que pasó en Vich, porque habiendo sido elegido por aquel distrito, no quiero recordar que ha habido vencedores y vencidos; esto en primer lugar, y en segundo, porque trazando el cuadro de aquel combate, que fué recio, tendria que aparecer la venerable figura de aquel obispo, y yo respeto algo más, á aquel pastor de los fieles, que el Gobierno que le enfangó en el cieno de las miserables pasiones de la tierra; mas, sin embargo, me permitirá su ilustrísima que desde aquí le recuerde unas palabras del Evangelio, y le cite unos textos de los concilios: "Sed ministros de paz, dijo Jesucristo á sus discípulos; templad los rencores de los hombres, y amadlos á todos con igual cariño; sed modestos; sed piadosos, y por último, renunciad á los bienes de la tierra, pues vuestro reino es este mi reino de los cielos." . . . . . .

¡Tolerancia y libertad! cuando la prensa está hoy más oprimida que nunca, pues no pasa dia sin que se recoja un periódico de la oposicion, y dias hay que se recogen todos, y esto por los artículos más insignificantes. Yo recuerdo que *La Nacion* fué recogida una vez por haber copiado la fé de bautismo de un hijo del señor ministro de Obras públicas, que se queria que fuera diputado sin tener la edad. ¡Tolerancia! cuando se ha recogido un periódico por analizar templadamente los discursos de los señores diputados; cuando se ha recogido, por discurrir, y no sin templanza, sobre el discurso de la Corona; cuando se han recogido tambien periódicos, porque han hecho el extracto de las sesiones de Córtes; y últimamente, cuando no se les ha dejado hablar ni una sola palabra de elecciones, desde que ellas

concluyeron, siendo ese un acto tan importante en los gobiernos representativos... ¿No previene la ley que á las veinticuatro horas de recogido un artículo sea denunciado? Creo que sí. Pues entonces, ¿por qué no se denuncia? Porque no hay qué denunciar; y si no hay qué denunciar, ¿por qué se recoge? Porque así le place al gobierno de S. M., y está todo dicho. Al menos, ¿por qué no teneis el valor de vuestras opiniones? Si la prensa os molesta, destruid la prensa; y si os incomoda el Parlamento, destruid tambien el Parlamento; pero hacedlo francamente y con valentía, y aceptad las consecuencias para el porvenir, porque si nada teneis que temer de los hombres, hay una Providencia, y la Providencia es justa, señores, y tan justa, que para ella no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

Lo peor de todo ello es que esa tirantez, ese exclusivismo es de todo punto innecesario. Que mientras el Gobierno estuvo amenazado por las conspiraciones, y que mientras su existencia se vió en peligro por las facciones armadas y la actitud hostil de los partidos, el Gobierno lo hiciese todo, absolutamente todo, incluso al archivar la Constitucion del Estado, para salvar su nave, estaba en su derecho. Entónces pudo ser exclusivo, como debió rechazar las armas con las armas.

Este es mi principio de gobierno, porque yo soy tambien hombre de gobierno y de buen gobierno; y digo esto para desvanecer la idea vertida por algunos de que yo no sirvo más que para asaltar una brecha ó una muralla.

Entonces, repito, pudo ser el Gobierno exclusivo; pero cuando vosotros mismos proclamais que sois fuertes, porque contais con la lealtad del valiente ejército; porque teneis bien montada la administracion, y ella os da recursos bastantes para cubrir todas las atenciones y aun para fomentar la marina y levantar edificios públicos; y sobre todo, cuando teneis, segun decís, la simpatía del país; en una palabra, cuando habeis muerto la revolucion, y por consiguiente habeis afianzado la paz, y con ella vuestra existencia moral, ¿qué razon hay para no entrar en todas las condiciones del sistema representativo? ¿Por qué cerrais la puerta del Parlamento á vuestros adversarios de distinto matiz? ¿Quién impugnará las leyes que vosotros mismos presenteis, faltando de aquí Cortina, Olózaga, Lujan, San Miguel, Sagasti, Escosura, La Serna, etc., etc., y otros caudillos del partido progresista; y de los conservadores, Gonzalez Bravo, Rios Rosas, Benavides, Moron, Nocedal, Pacheco, Fernandez San Roman y otros varios?

Porque los que estamos hoy aquí disidentes del Gobierno, imposible es que podamos estar cuestionando eternamente; los unos, porque no tendrán pulmones para

tanto, y los otros porque no tenemos medios ni recursos para sostener todas las discusiones; lo que quiere decir, que las leyes pasarán aquí como por mera fórmula; lo que quiere decir, que presentareis á la sancion de la Corona decretos y no leyes; lo que quiere decir, en una palabra, que gobernareis con decretos disfrazados de leyes. ¿Es eso lo que quereis? Pues si es eso lo que quereis, ya lo habeis conseguido. Pero ¿á dónde vais á parar con semejante sistema? Yo os lo diré. *Al descrédito completo de las instituciones representativas; y por consiguiente, al descrédito tambien del trono constitucional de la Reina.* ¿Puede vivir una institucion sin crédito? No, y mil veces no. El descrédito mata las instituciones. Comprendo que, si pudiéseis restaurar el trono de Isabel II, tal cual se lo legó su augusto padre, batiérais en brecha lo que salvó y afianzó este trono en la guerra de los siete años, y á costa de tanta sangre y tantos sacrificios, la libertad: pero sabiendo que esto no es posible, y que de serlo, tampoco fuérais vosotros los ministros de una reina absoluta, porque cada sistema tiene sus hombres, como cada planeta sus satélites; sabiendo esto y á dónde vais á parar, digo: A la conservacion del mando y nada más; y como decia Luis XV de Francia: "*Aprés moi le deluge.*„

Y cuidado, señores, que al hablar del descrédito en que puede caer el trono constitucional de nuestra Reina, no permito que nadie interprete malamente mis palabras, ni dé tortura á mis intenciones; pues no hay un español más resuelto que yo á dar la vida por su Reina cuando quiera y como quiera, como no hay quien me aventaje ni una sola línea en desearle inmensa gloria y sin igual grandeza. Colon y Hernan Cortés conquistaron á la primera Isabel un nuevo mundo en Occidente; y *yo, teniendo el cuerpo acribillado con ocho balazos, recibidos peleando como bueno por la Reina constitucional, recibiera gustoso otros veinticinco, y gustoso daria mi existencia para conquistar á Isabel II el cetro del universo.* Véase, pues, como se puede amar entrañablemente á la Reina, y combatir á sus ministros; véase, pues, como la peregrina idea vertida por algunos agentes del poder en las últimas elecciones, de que el que votaba contra el candidato del Gobierno seria enemigo de la Reina, es una idea, más que absurda, sacrílega, en razon á que la Reina está muy elevada para que puedan alcanzarle las miserias, los rencores y la ponzoña de los partidos. Creo haber dicho lo bastante, señores, para probar que la política interior del Gobierno es intolerante y exclusiva; y voy á ocuparme ahora de la política exterior que, como han oido los señores diputados, he calificado de arrogante y débil, y por consiguiente, poco honrosa para el país.

La época á que voy á referirme no es remota, y todos los señores diputados recordarán las causas que produjeron la suspension de las buenas relaciones entre el Gobierno español y el de la Gran Bretaña; y no seré yo ciertamente quien censure la arrogante medida de entonces, si el Gobierno creyó que así cumplia á la altivez española; pues yo, altivo español cual el primero, no consentiré jamás que los extranjeros vengan á mezclarse en nuestros negocios, como tampoco aprobaré que nosotros vayamos á mezclarnos en las demás naciones. Y no se crea por esto que yo pretenda que nos encerremos en un círculo de hierro, como los habitantes del Celeste imperio, rechazando cuanto venga del extranjero, sea bueno ó sea malo, sin más razon que la de ser extranjero; y mal pudiera yo pensar así, yo que he recorrido casi todas las naciones de Europa, y he tenido lugar de admirar lo mucho que hay que admirar en ellas, principalmente en esa misma Inglaterra de que me ocupo, en donde empezando por la máquina gubernamental, y concluyendo por la máquina de hacer fósforos, todo está á la perfeccion. Y ¿de dónde nace tanta perfeccion? De la solidez de las leyes. Y las leyes son allí tan sólidas, señores, porque todo el mundo las respeta, desde el Rey hasta el último *polisemen*, desde el lord mair hasta el último obrero de una fábrica de cerveza. . . . .

La máquina gubernamental francesa no tiene nada que admirar; pues está poco más ó ménos mal que la nuestra, si no está peor; y no porque en Francia no haya mucho patriotismo, como lo hay en España; y no porque no haya allí como aquí muchos deseos de solidez y espíritu de órden; no es eso, sino porque la Constitucion francesa, como la que rige en España, *están escritas sobre papel de goma elástica*, para que los ministros puedan darle la forma que más les acomode, y porque los ministros son intolerantes y exclusivos; y de ahí los motines, de ahí las revoluciones, porque no se respeta la ley: venga el respeto de arriba, y las masas la respetarán tambien: esto es indudable, como indudable es tambien que cuando los gobiernos son los primeros en hacer trizas las leyes, los pueblos más tarde ó más temprano se desbordan, y una vez desbordados, tardan mucho en entrar en su cauce natural, y aun despues de entrados, dejan siempre en pos de sí trazos terribles, trazos de fuego y sangre; y como yo no quiero esos desbordes para mi país, porque ha pasado para mí la época en que las revolucioncs halagaban mi espíritu belicoso, por eso combato al Gobierno, para que entre en la ley, y desaparezca toda sombra de peligro y de desborde.

Si la historia vale algo, señores, ahí tenemos la historia de Francia, y no me

remontaré á la Francia de Mazarino, en tiempo de la Fronda, ni á la de Necker, en 93, ni á la de Polignac en 30; bástame la de Guizot, en el 48: el exclusivismo y tirantez de aquel gobierno trajo la revolucion; y una revolucion que en su principio no tenia otras tendencias que la de conquistar algunos grados más de latitud en el sistema electoral, dió por resultado la caida del trono de Luis Felipe, y que se proclamára la República. Consideren, pues, los señores diputados, cuántos males han venido á la Francia por el exclusivismo de aquel Gobierno. Por de pronto conocemos la sangre derramada de los franceses, las fortunas arruinadas, y el quebranto que el cañon de Febrero produjo en todos los tronos de Europa; y sabe Dios á dónde irá á parar la bola que está rodando todavía: podrá ser que pare á los piés de Luis Napoleon; pero podrá ser tambien que pretenda salvar los Alpes y los Pirineos, y que dé una vuelta por Europa; y para entónces quisiera yo que los hombres amantes de la monarquía constitucional estuvieran compactos para defender á fuego y bayoneta, hasta perder la vida, el trono y la Reina, como á fuego y bayoneta los defendimos contra las pretensiones del absolutismo. . . . . .

¿Tuvo, pues, razon el Gobierno para entregar sus pasaportes al Embajador inglés? Quiero creer que sí. Pues si entónces tuvo razon, ¿por qué admite despues la nota de lord Palmerston, en la que se dice que, á no encontrarse el señor Bulwer desempeñando una mision importante en el continente americano, nadie mejor que el señor Bulwer representaria los intereses de la Gran Bretaña en la córte de Madrid? En mucho tengo yo la amistad de Inglaterra, señores; pero jamás hubiera yo mendigado esa amistad, si para ello tenia que humillarme hasta el punto de sentar que el señor Bulwer era el ministro más á propósito para representar los intereses de Inglaterra en España, cuando pocos meses ántes se decia lo contrario, y cuando se habia supuesto que la disciplinada guarnicion del pueblo de Madrid le miraba con ódio, y podia atentar hasta contra su vida; pero el Gobierno estimó la cuestion de otro modo que yo la estimo, y por eso estoy en mi derecho al decir que su política con la Gran Bretaña fué y ha sido tan arrogante al principio, como débil al fin, y por consiguiente, poco honrosa para nuestro país, si es posible, sin embargo, señores, que el desacierto del Gobierno pueda mancillar la honra de trece millones de altivos y nobles castellanos.

Dice el proyecto de contestacion al discurso de la Corona, que en el exterior se mantienen inalterables las relaciones con las potencias amigas. Esto dice tambien la comision, copiando lo que ha dicho el Gobierno; y la comision y el Gobierno,

¿creen que esto es así? La comision lo dice para copiar al Gobierno, y el Gobierno lo dice porque así le ha convenido, como ha dicho otras muchas cosas que no han sido del todo exactas; y cuidado, señores, que aquí la inexactitud es algo más reprensible, pues que el Gobierno la ha hecho salir de los augustos labios de S. M., y la majestad, señores, no debe pronunciar jamás más que palabras irrecusables como las del Evangelio. Si estamos en buenas relaciones con todas las naciones, ¿por qué se ha retirado nuestro Embajador en Nápoles? El por qué todos lo sabemos: por el casamiento del Conde de Montemolin con una princesa de aquella corte. Y cuando un embajador se retira á consecuencia de un hecho que haya podido lastimar los intereses ó el honor del país que representa, y que al retirarse protesta, ¿continúan sin embargo las buenas relaciones? El sentido comun dice que no; porque si no, inútil fuera la protesta y más inútil fuera el retirarse. Bien es verdad que aquí se nos presenta la anomalía de que se haya retirado el Embajador español en Nápoles, y no se hayan entregado sus pasaportes al Embajador napolitano en Madrid; por eso digo yo que la política del Gobierno en sus relaciones exteriores ha sido débil, porque una de dos: ó no retirar al Duque de Rivas de Nápoles, ó entregar sus pasaportes al Príncipe de Carini, que está aquí.

Esto es lógico: es decir, esta es mi lógica y la lógica del buen sentido; ahora no sé cual será la lógica del Gobierno.

"Vuelve ya la voz de España á ser escuchada en los consejos europeos; y una expedicion de tropas aguerridas concurre con las de otras potencias católicas á la grande obra de restablecer la autoridad temporal de la Santa Sede. A tan oportuna determinacion se debe además la justa nombradía que el Ejército español se ha granjeado en Italia, por su noble comportamiento y severa disciplina; y que al regresar á la patria, le acompañen las bendiciones del Jefe de la Iglesia y la admiracion y gratitud de aquellos habitantes."

Mucho hay que decir en este párrafo, á pesar de haber dicho el señor Marqués de Pidal, que la expedicion de Roma está ya juzgada. Si se juzgó cuando salió, conveniente será que la juzguemos á su vuelta; pero es este un terreno tan delicado, que casi no me atrevo á entrar en él, y es al mismo tiempo tan importante tratándose de examinar la conducta del Gobierno en sus relaciones exteriores, que me es indispensable entrar en él. Entraré, pues, pero muy despacio, y como quien entrando en un campo sembrado de espinas, teme á cada paso lastimarse. *Empiezo por hacer abstraccion absoluta del Jefe de la Iglesia, del príncipe espiritual, pues so-*

lo á Dios omnipotente y justiciero corresponde pedirle cuenta de sus actos; pero yo de mi cuenta me permitiré, y esto con la mayor reverencia y humildad, recordar á Su Santidad, que las últimas palabras de nuestro Señor Jesucristo, expirando en la Cruz, fueron de amor y perdon; y lastimándome, como católico que soy, añadiré: que las balas republicanas que abrieron la brecha en los muros de la Ciudad Santa, abrieron otra brecha aun más ancha en los dogmas de la santa fé católica romana. Y si no apareciera que hay algo de sacrilegio en comparar las cosas de la Tierra con las de allá arriba, diera aquí aplicacion á las célebres palabras del señor Olózaga, y dijera: *Dios salve á Su Santidad, Dios salve á la fé católica.* Desde que se anunció que una expedicion española debia salir de la Península para ir á los Estados Pontificios á restablecer la autoridad temporal del Papa, la condené desde luego, y sentí mucho no ser diputado entónces para haberla condenado desde estos bancos; pues como he dicho ya una vez, como me repugna el que los extranjeros vengan á meterse en nuestros asuntos, condeno tambien que nosotros vayamos á meternos en los asuntos de las demás naciones.

Por este principio de no intervencion, condené la expedicion, y la condené tambien, porque siendo muy pocos los soldados españoles que marchaban protegiendo el pabellon de Castilla, en comparacion de los ejércitos francés y austriaco que allí estaban, temí que el pabellon de Castilla no pudiera ondear tan alto como el tricolor y el de las águilas negras. ¿Y á qué fueron los españoles á los Estados Pontificios? A restaurar la autoridad temporal del Papa, nos dice el mensaje. ¿Y por qué habia caido esa autoridad? Por la misma razon, señores, que cayeron las autoridades absolutistas de los reyes Jorge I de Inglaterra, Luis XVI de Francia, Fernando VII de España, Cárlos Alberto del Piamonte y Miguel I de Portugal: porque así lo reclamaban las luces del siglo, y porque los hombres, una vez que han conocido sus derechos, quieren ser tratados como hombres y no como viles esclavos. Pues si estas grandes naciones se han emancipado del poder absoluto que las ahogaba, ¿con qué derecho fueron los españoles y franceses á combatir la emancipacion de los romanos? Con el mismo derecho con que los cosacos fueron á combatir la libertad de la Francia; que los franceses vinieron á combatir la libertad de la España, y los españoles han ido hace poco á Portugal; si no á combatir la libertad, á una cosa muy parecida, por el derecho de la fuerza. Y cuidado, señores, que es muy peligroso dejarse ir por ese camino; porque una vez establecido el principio, si mañana ú otro dia quieren venir los franceses á imponernos su pabellon tricolor ó

rojo, ni tendreis siquiera el derecho de quejaros, porque *el que á hierro mata, á hierro muere.*

Que los imperiales fueran á sostener la autoridad temporal del Papa, se comprende; porque como ellos han tenido siempre una inmensa influencia en los Estados Pontificios, les convenia el sostenerla; y como esa influencia no podian tenerla sino con el príncipe absoluto, fueron á sostener al príncipe *absoluto*. Pero lo que no se comprende es que el Gobierno constitucional de España haya mandado sus soldados á combatir la Constitucion de Roma; y lo que menos se comprende todavía, es que la República francesa haya mandado sus batallones á fusilar la República romana. ¿Y qué han salido ganando la España y la Francia de todo eso? Las bendiciones de la Iglesia, nos dice el mensaje: cierto, y yo añado, que un sin fin de indulgencias y rosarios, y tambien la maldicion del pueblo italiano. ¿Y qué más hemos ganado? Que el conde de Montemolin se haya casado con la hermana del rey de Nápoles, y no hemos ganado ni aun la conclusion del concordato.

En cuanto á que el Ejército español dejó allí un buen nombre por su buen comportamiento y disciplina, eso no lo dudo, porque los soldados españoles hacen siempre honor á sus banderas, y con el caudillo que los mandaba, no podia dejar de ser así. Pero mucho me temo, señores, qne este recuerdo esté á estas horas muy borrado por las lágrimas y la sangre que los romanos han derramado en las mazmorras de la Inquisicion que los soldados españoles ayudaron á restaurar...„

Pasó luego á ocuparse de la parte del mensaje que trataba del estado del Ejército, y asiéndose á una frase en que decia: "La nacion aprovecha el servicio de todos sus hijos,„ exclamó:

"Ojalá fuera verdad, señores! ¡ojalá!!! Pero ya que no es, que sea; pues cuando la munificencia de nuestra Reina ha alcanzado á los que por espacio de siete años combatieron su gloria y sus derechos á la corona de España; cuando por espacio de siete años los mismos hombres arrasaron los pueblos, y degollaron á los más fieles servidores del trono, del que han alcanzado conmiseracion, que yo no rechazo por cierto, justo es que esta misma generosidad de nuestra Reina, tan grande y tan magnánima, alcance á los que, habiendo sido leales durante la guerra de siete años, y lo habian sido antes y despues, tuvieron la desdicha de tomar una parte más ó menos activa en los últimos acontecimientos políticos en sentido liberal; justo es, digo, que alcance á ellos tambien esa grande conmiseracion de nuestra Reina....„

En el resto de su discurso, el general Prim demostró la superioridad de sus conocimientos militares, criticando con mucho acierto el estado en que se hallaba el Ejército español, brillante en porte y disciplina, sí; pero mal armado: hizo notar además la insuficiencia del material de artillería é ingenieros; que á la caballería le faltaba lo mejor, buenos caballos; y que las plazas fuertes se hallaban desmanteladas, y necesitaban, sobre todo las marítimas, ser armadas con más cañones y de más calibre que los que tenian, llamando la atencion del ministro de la Guerra en este punto hacia la superioridad del armamento empleado en la Marina inglesa y francesa, con el cual podian ser hostilizadas impunemente nuestras plazas.

Al concluir, hizo Prim la declaracion que hemos reproducido en otro lugar, referente á los móviles de su comportamiento político en 1843, rechazando los cargos que se le habian dirigido, y retando á los jefes del partido moderado á que dijesen si en algun tiempo habia contraido con ellos compromiso alguno. Esta franca y enérgica declaracion satisfizo en general á los progresistas, así de Madrid, como de provincias, que se apresuraron á felicitar su antiguo amigo y á estrechar generosamente su mano. En Cataluña, que era donde más deseaba el jóven diputado ver borradas las huellas de los pasados acontecimientos, no le fué tan fácil conseguirlo; pero no dejó de captarse nuevas simpatías entre los hombres desapasionados é imparciales.

III.

De corta duracion fueron las Córtes de 1850, en las cuales aun se presentaron ocasiones al Conde de Reus para desarrollar sus dotes naturales de orador parlamentario. Por este tiempo levantó la bandera de *Moralidad y economías* D. Juan Bravo Murillo, después de haberse separado del gabinete Narvaez-Sartorius, de que formaba parte. Apoyado por la Reina madre, aquel distinguido hacendista se declaró en abierta oposicion á sus antiguos colegas, y á principios de 1851 subió al poder llevándose consigo una fraccion del partido moderado. La caida del duque de Valencia fué antiparlamentaria, como la de todos los ministerios que se venian sucediendo desde la declaracion de mayor edad de la Reina. La opinion pública,

sin embargo, fué favorable á este cambio, y el país creyó encontrar alivio á sus dolencias en el solo hecho de ver sustituida la espada por la toga.

El Sr. Bravo Murillo, hombre de indisputable talento, y el mejor ministro de Hacienda que ha tenido España, hizo concebir las más lisonjeras esperanzas á cuantos se interesaban por el bien público; y seguramente las habria realizado, si la corte no le hubiera elegido para ejecutor de sus funestos planes reaccionarios. A él se debia ya una ley de contabilidad general para la administracion de la Hacienda; y al presentarse ahora, en 16 de Enero, á los Cuerpos colegisladores, hizo su programa ofreciendo economías en los gastos, el planteamiento del arreglo de la Deuda, varias reformas administrativas y el fomento de las obras públicas: nada dijo acerca de su pensamiento político; pero los hechos se encargaron de irlo revelando. La mayoría moderada del Congreso, á cuyo frente estaban los exministros Mon, Pidal y Sartorius, combatió desde luego al nuevo gabinete, primero embozadamente, despues de una manera ruda y destemplada.

Con motivo de la cuestion de arreglo de la Deuda, que el Ministerio y sus amigos querian precipitar, el 5 de Abril hubo en las Córtes un tumulto espantoso. Allí no se discutia, se denostaba y se injuriaba, saliendo de todos los bancos las exclamaciones más irritantes, y pronunciándose las palabras *juego de Bolsa y agiotaje.* Acusábase al Gobierno de querer ahogar las revelaciones y sorprender los votos. Firme aquel en su puesto, y decidido á terminar el asunto, pidió que se prorogase la sesion, y entónces llegó á su colmo el escándalo de aquella escena; pues al votar nominalmente, y mientras todos los ministros decian *sí*, se levantó el de Fomento, D. Santiago Fernandez Negrete, y pronunció un *no* tan rotundo, que alborotó á la Cámara y á las tribunas.

A los dos dias eran disueltas aquellas Córtes, y convocadas otras para el 7 de Junio.

"Con los partidos debilitados, sin la prensa libre, las elecciones no podian dejar de ser lo que fueron: una nueva burla del gobierno representativo, un nuevo ejemplo de la deplorable ficcion que se daba al pueblo bajo el nombre de libertad [1]."

Todos los medios parecieron lícitos esta vez al Ministerio, para reunir una mayoría que votase sin réplica el arreglo de la Deuda. El general Prim contaba como segura su eleccion por varios distritos, y particularmente por el de Vich. No pudiendo vencerle, se apeló á un ardid poco noble para ponerle fuera de combate. Ofre-

[1] Borrego. *Obra citada.*

ciósele de nuevo la Capitanía general de Puerto-Rico, y se le rogó con vivas y reiteradas instancias, que aceptára este cargo. Resistíase á dar su asentimiento el Conde de Reus; pero tanto se le pidió, y de tal modo se supo conmover las fibras de su patriotismo, que al cabo consintió en ello, y escribió á sus amigos que no le propusieran para diputado. Hechas las elecciones, conoció PRIM que aquel ofrecimiento y aquellas instancias no habian sido más que un lazo tendido á su buena fé; pues se le participó que, segun el resultado del juicio de residencia relativo al tiempo de su mando en la pequeña Antilla, no podia, hasta pasados cuatro años, volver á ejercerlo en las posesiones de Ultramar.

Por tal intriga se vió privado el Conde de Reus de ocupar un asiento en el Congreso durante la primera legislatura de 1851, que fué de breve duracion; pues como no se querian aquellas Córtes para otra cosa que para sancionar el arreglo de la Deuda, en cuanto estuvo hecho, se cerraron, habiendo permanecido abiertas solo dos meses. Durante este tiempo hubo que proceder á segundas elecciones en el distrito tercero de Barcelona, cuya representacion acababa de renunciar don Jacinto Felix Doménech, optando por el de Mataró, donde tambien habia sido elegido diputado. Los amigos de PRIM aprovecharon esta ocasion para proponerle al cuerpo electoral; y venciendo graves dificultades y no pocas resistencias, suscitadas por los antiguos centralistas, convocaron una reunion general de electores, cuya mayoría le proclamó candidato.

La Junta directiva de elecciones del partido progresista en Barcelona apareció dividida, oponiéndose un respetable número de sus miembros á la candidatura del Conde de Reus; por manera que el triunfo de este se presentaba muy dudoso, teniendo que luchar, no solo contra los moderados y los adictos al Gobierno, sino tambien contra la fraccion más batalladora del partido avanzado. Sin embargo, el elemento industrial, prescindiendo de opiniones políticas, y no queriendo ver en PRIM más que al acérrimo defensor de los intereses económicos del país, se le declaró favorable; y puede asegurarse que este apoyo contrabalanceó el peso de todas las oposiciones. Cuán formidables fuesen estas, se desprende de los términos en que la mayoría de la citada Junta directiva dió á conocer su candidatura, dirigiéndose á los electores del tercer distrito de Barcelona, por medio de la siguiente alocucion:

"Háse acordado que el jóven general don JUAN PRIM sea vuestro candidato. No hay quien no le conozca en España y fuera de ella. Es catalan, soldado de probada

bravura, y orador animoso y distinguido. La prensa progresista de Madrid le llama con interés al Congreso; los hombres más notables de nuestra comunion política, en el mismo punto residentes, le recomiendan al efecto con empeño; justa y públicamente se le califica de adalid aventajado en el campo y en la tribuna; un crecido número de electores ha reclamado por escrito su candidatura, y multitud de fabricantes, haciendo abstraccion de opiniones políticas opuestas, han solicitado por medio de una atenta comunicacion que sea propuesto para diputado, no queriendo ver en él más que al activo y resuelto defensor de la industria del país. Las simpatías en favor de ese bizarro militar y selecto tribuno, no pueden ser más expresivas ni más elevadas en su objeto: tal vez no las haya excitado ni reunido nadie con tanta anticipacion ni menos de esa manera. No olvideis los aplausos generales que mereciera por su valiente y patriótica conducta en el Parlamento. *Desde aquel momento, el trabajado partido á que pertenecemos, se reorganiza,* y desde aquel momento marcha gloriosamente á su destino. Ayer, puede decirse, corrimos entusiasmados y unidos á las urnas electorales, sin que uno siquiera de nosotros dejase de mostrarse digno de su causa: no hubo más que un pensamiento: mañana y siempre debe suceder lo mismo. *Solo á nuestros enemigos es dado combatirnos, ó á los que no siéndolo, malamente comprenden los intereses públicos* y las nobles y generosas palabras de nuestra Junta Central de elecciones, compuesta de los hombres más importantes del progreso. Conviene repetirlas: son estas: *Olvido, reconciliacion y concordia.* En nuestras filas, bien lo sabemos, no se halla tan solo un partidario que tenga valor para colocarse fuera de ellas, ni que por ligereza, error ó imprevision haya de lamentar faltas delicadas ó tristes extravíos: ejemplos mil nuestro envidiable y honroso comportamiento justifican. De este modo vencimos y de este modo venceremos siempre.—Barcelona 15 de Julio de 1851.—*El presidente, Mariano Borrell.—Mariano Pons y Tárrech.—Antonio Riberá.—Olegario Vilageliu.—José Fontseré.—Gaspar Rosés.—Severo Modolell.—Magin Soler y Espalter.—Gil Bech.—Ramon Planas.—Pedro Vehils.*„

Bien sabian los firmantes del anterior documento, que en Barcelona no eran por todos escuchadas las palabras *olvido, reconciliacion y concordia,* por más que, no solo las hubiese proclamado la Junta Central de elecciones, sino tambien el Duque de la Victoria. Prim les contestó con una carta-programa notabilísima, que decia así:

"*Señores de la Junta de elecciones del partido progresista de Barcelona.*

"Muy señores mios y apreciables amigos: La distinguida honra que se sirven us-

tedes dispensarme en la alocucion del 15 del actual, me satisface y envanece en alto grado. En ella se me declara el candidato del partido progresista para la eleccion que el tercer distrito de esta ciudad deberá verificar en reemplazo del Sr. Doménech; y si bien dicha declaracion no ha sido el resultado de la voluntad unánime del comité, como yo hubiera deseado, y á cuyo fin puse todos los medios que estuvieron á mi alcance, proclamado por la mayoría, me creo en el deber de decir cuatro palabras relativas á la conducta que seguiré en el Parlamento, dado el caso que, así como he merecido la confianza de la mayoría de este comité, llegue á merecer la de los electores del tercer distrito.

"Mi pasado todos lo conocen; y tanto por ser de todos conocido, como por pertenecer á la historia desde que el invicto Duque de la Victoria tendió un tupido velo á lo que fué, no debo ocuparme aquí de lo que he sido y de lo que he hecho, puesto que ni á mí ni á nadie le está permitido el volver la vista atrás. Ocuparéme, pues, de mi conducta en el porvenir, y para hacerlo con precision y claridad diré: "que los principios políticos y económicos que esa Junta popular consignara en su manifiesto de 3 de Mayo último, son incontestablemente mis principios [1]." Y luego añadiré, que, siendo progresista, lo soy, no de los que se han estacionado, creidos

[1] Los principios consignados en el manifiesto que aquí se cita eran bastante elásticos, y seguramente cabian dentro de ellos todas las opiniones honradas sin distincion de matices políticos, excepto en la parte que se referia á la desamortizacion eclesiástica. Hé aquí sus principales párrafos:

«El partido progresista es el defensor constante de ideas salvadoras, el firme adalid de importantes principios de regeneracion vital; es el que adora postrado la moralidad y baja la cabeza y dobla la rodilla ante la divinidad de la justicia: este partido es imperecedero, eterno como su sagrada causa. Nosotros abogamos por los intereses de todos sin distincion de matices políticos, por los intereses morales, intelectuales é industriales, y por estos intereses abogamos y abogaremos siempre, cual á nosotros cumple: con resolucion y valentía.

«Nosotros condenamos el despilfarro y lo anatematizamos sin miramiento alguno á las personas; nosotros lanzamos á la execracion pública los miserables y espúreos hijos que esplotan su madre pátria y se levantan con improvisadas fortunas, insultando la miseria general. Nosotro sostendremos hasta fatigarnos, hasta donde alcancen nuestras fuerzas, las indispensables economías que en otro tiempo tocásteis realizadas por los hombres de nuestro partido. Una ligera comparacion de lo que antes satisfaciais con lo que satisfaceis ahora es la mejor prueba de semejante verdad.

«Nosotros promovímos la desamortizacion civil y eclesiástica, que aun bastardeada por los moderados, ha producido resultados tan fecundos para la riqueza del país; y solo nuestra comunion política, llevándola á sus últimas consecuencias, es la que puede dotarlo de los perfeccionados medios de comunicacion que la industria necesita. Nosotros, en fin, clamaremos sin cesar por la realizacion de los buenos principios de la ciencia administrativa en los diferentes ramos que constituyen la gobernacion general del Estado....»

Firmaban este manifiesto. El presidente, Mariano Borrell.—Mariano Pons y Tárrech.—Pablo Pélachs.—Antonio Rovira y Trias.—Paciano Masadas.—Antonio Ribera.—Macario Codoñet.—Pascual Gessa.—Joaquin Albert de Alvarez.—Benigno Armendáriz.—Gaspar Rosés.—José Ballester.—Domingo Ferrando.—Gil Bech.—José Fontseré.—Olegario Vilageliu.—Magin Soler y Espalter.—Severo Modolell.—Laureano Figuerola.—Agustin Aymar.

de buena fué que no pueden ir más adelante sin precipitarse. *Yo marcho impávido con la confianza de salvar el precipicio que á muchos amedrenta*, y en mi marcha constante y atrevida, que será más ó ménos rápida, segun ella sea impulsada por los acontecimientos, *me prometo alcanzar á muchos que hoy pretenden marchar delante de mí, y luego de alcanzados, hasta me prometo dejarlos atrás;* no porque les falte voluntad y ánimo para seguirme, sino porque habrian agotado sus fuerzas en la fogosidad de su primera carrera. Y no se crea que este mi lenguaje es hijo del deseo de inspirar confianza á los que puedan nombrarme diputado; no, no es esto, y espero que no me hagais tal injusticia. Mis sentimientos de hoy me los legó mi padre, y este lenguaje franco y leal es nacido de mi amor profundo por la libertad; es nacido de la conviccion íntima de que solamente cobijadas por el árbol santo de la Libretad pueden ser ilustradas y felices las naciones.

"Mis principios económicos son tambien muy conocidos. Impulso al comercio y levantar las trabas que tiene hoy su agente principal, la marina, que por desgracia no son pocas. Desarrollar la agricultura dotando las provincias de puentes, caminos y canales, y en primera línea defender á palmos y á pulgadas la tan combatida industria catalana, cuna de la Industria Nacional, y sin la cual no hay riqueza posible en las naciones. Los que pretenden de buena fé que la competencia desarrolla las industrias, en mi concepto deliran. Yo admitiré la competencia, cuando nuestra industria esté al nivel de las extranjeras y cuando con ventaja podamos competir. Con la prohibicion han llegado las naciones cultas y previsoras al estado de prosperidad y riqueza en que las vemos: este es mi sistema. Y digo que defenderé la industria catalana como la he siempre defendido, no para adquirme en estos momentos las simpatías de los fabricantes, pues hace mucho tiempo que me honro con ellas. La defenderé, porque como vosotros estimo la prosperidad y engrandecimiento de esta noble tierra; porque tengo aquí mi familia, mis afecciones, mis amigos; y últimamente, porque nací entre vosotros, porque hablo vuestra lengua y porque late en mi pecho la sangre de los Berenguers y Rocaforts.

"Estos son, pues, mis principios políticos y económicos; si ellos satisfacen á los electores del tercer distrito de este gran pueblo, seré su diputado, y cual el primero, sostendré en el Parlamento no solo sus intereses materiales, sino que defenderé tambien su honra y sus derechos. Queda de VV., señores, con la más distinguida consideracion su afectísimo servidor y amigo, Q. B. S. M. — Juan Prim. — Barcelona 18 de Julio de 1851."

Apénas vió la luz pública la carta precedente, cuando salieron á la palestra los adversarios del Conde de Reus, combatiendo su candidatura por medio de la prensa periódica, en comunicados y hojas sueltas, repitiendo, para rebajarle en la opinion, todos los cargos que se le habian lanzado desde 1843; acusándole de inconsecuente y tornadizo; avivando, en fin, contra él los odios y resentimientos aun no extinguidos en los pechos de los antiguos centralistas. Inmediatamente aparecieron otros impresos en defensa del general PRIM, cuyos parciales atacaban á su vez al candidato ministerial, don Francisco Lujan, brigadier de Artillería, y sugeto de muy recomendables prendas, á quien apoyaban decididamente las autoridades y la oficialidad de su arma en el departamento de Barcelona. Trabóse de este modo una polémica ardiente y apasionada, que adquiriendo de dia en dia un carácter personalísimo, exacerbaba las pasiones en los dos bandos contendientes. Pocas veces se ha presenciado una lucha electoral tan animada como aquella; y como cada parcialidad ponia en juego cuantos medios estaban á su alcance para batir á su contraria, hubo incidentes desagradables, que pudieran haber tenido las más funestas consecuencias.

Por fin se atravesó aquel período de agitacion peligrosa, y se procedió á la eleccion en medio de un movimiento extraordinario, é inspirando tal interés el resultado de la votacion, que los partes de las secciones á los respectivos comités electorales se cruzaban por minutos. La candidatura de don JUAN PRIM salió triunfante de las urnas por más de cien votos de mayoría, que con razon se atribuyeron á los industriales.

IV.

Abiertas las Córtes en Noviembre, el Conde de Reus dirigió una interpelacion al Gobierno acerca del estado de sitio en que se hallaba Cataluña desde el año 1843. Era su ánimo provocar sobre esta cuestion un ámplio debate político, á fin de que, pudiendo tomar parte en él los señores Doménech, Madoz y otros diputados catalanes, fuese tratada con toda la latitud que merecia su importancia; pero el Gobierno, despues de haber aplazado la contestacion por algunos dias, se negó al fin á darla. Entonces se presentó la siguiente proposicion:

"Pedimos al Congreso se digne resolver que el Gobierno ponga sobre la mesa las comunicaciones de las autoridades de Cataluña relativas á los fusilamientos y deportaciones sin formacion de causa, así como las Reales órdenes que el Gobierno ha comunicado á las mismas autoridades, autorizándolas para que continúe allí indefinidamente el estado excepcional.—Palacio del Congreso, 25 de Noviembre de 1851.—Juan Prim.—J. F. Doménech.—P. Madoz.—Estanislao Figueras.—Juan Vilaregut.—Maluquer.—Jaime Nadal."

Concedida la palabra al Conde de Reus para apoyar esta proposicion, comenzó haciendo brevemente la historia de la misma, para pedir al Gobierno, al Presidente y á la mayoría del Congreso, que le dejasen *revolverse con libertad*, ya que estaba solo; pues de otro modo no podia cumplir con la mision que habia echado sobre sus hombros.

"De todos modos, dijo, ya estoy en el palenque, y pienso no salir del todo mal, porque la razon está de mi parte, y gran compañera es la razon. En guardia, pues, Sres. Ministros, en guardia y cubrirse bien, porque mis armas son de buen temple, y pienso blandirlas con vigor, si bien con el vigor digno de este sitio, y que permiten las leyes de este género de combates. La cuestion del estado de sitio, señores, es una cuestion que importa mucho al gran país que represento, y no extrañarán los Sres. Diputados que la traiga hoy al Parlamento, á pesar de haber sido tratada por otro Sr. Diputado por Barcelona en la legislatura anterior.

"El enfermo que siente un dolor que le consume y le mata, no se satisface con un solo pronóstico del médico, séale favorable ó adverso, sino que mientras sufre, se queja y gime, y no cesa de pedir un lenitivo que le devuelva el reposo, ó un veneno que le acabe una existencia de agonía y de tormento.

"Este es, pues, el estado desesperado del principado de Cataluña. Cuando en la época á que me he referido se trató aquí esta cuestion, no me sentaba yo en estos bancos; á haber estado, yo hubiera tomado parte en el debate, y como lo voy á hacer hoy, la hubiera colocado en su verdadero terreno; y como lo voy á hacer hoy, hubiera estrechado al Gobierno en la absoluta disyuntiva de declarar si han de estar los catalanes eternamente mandados como país conquistado, y cuándo se piensa volverles las garantías constitucionales á que son acreedores como todas las provincias de España, puesto que, como todas, las han conquistado á fuerza de tantos pueblos abrasados, á fuerza de tanta sangre derramada."

Con gran vigor atacó Prim el absurdo y opresor sistema que, desde ocho años

atrás, se hallaba establecido en Cataluña; sistema que habia de concluir por enagenar al Gobierno de Madrid, fuese el que fuese, todas las voluntades de los catalanes. Conociéndolo así, razon tenia el valiente diputado por el tercer distrito de Barcelona cuando exclamaba:—"¿Y para qué tanta opresion? ¿Cuál es la causa? La causa es vuestra pequeñez, Ministros de la Corona; la causa es el raquítico conocimiento que teneis en la ciencia de gobernar. Cataluña es un país vigoroso. Cataluña es un país robusto. Los catalanes son altivos, belicosos y de esforzado corazon; pues palo y hierro á los catalanes, decís vosotros, olvidando que al caballo fogoso y de pura sangre no se le puede domar con el látigo y la espuela, porque indudablemente se dispara y arroja al ginete por el aire. Y si se le quiere enfrenar con mano dura, tampoco se logra el objeto; pues entónces, cuando otra cosa no puede, se levanta de manos, se deja caer de espaldas, y rebienta bajo el peso de su cuerpo al ginete que imprudentemente le castiga. Lo que doma al caballo fogoso son las caricias y la mano suave del ginete."

Apostrofaba luego á todos los hombres del partido moderado, echándoles en cara su falta de tacto; y despues de describir el aparato marcial constantemente desplegado en Barcelona, se revolvia contra aquellos diciendo:

"Yo quisiera que me dijese el Gobierno, qué es lo que ha pasado en Cataluña despues de los acontecimientos de la Junta central. Yo no sé que haya ocurrido absolutamente nada importante; porque la última campaña de Cabrera en Cataluña no creo que sea la causa del estado de sitio permanente, puesto que regía antes y rige despues de aquellos sucesos. ¿O será que se les guarde rencor por el mismo movimiento centralista? Si esto fuera así, ciertamente que mi suposicion honraria poco al Gobierno; porque, en primer lugar, debíais haber sido más generosos con aquellos valientes, *que despues de todo no hicieron más que exigir el cumplimiento de una palabra que se les habia dado en dias de peligro, por un poder que vosotros habíais reconocido.*

"Además debísteis ser generosos, porque conquistásteis el poder entonces por medio de la rebelion, y como dijo el general Narvaez siendo Presidente del Consejo, por medio de la habilidad ó de la maña:

Fingirse amigos para ser señores.

"Esta fué vuestra habilidad, y ciertamente no os la envidio. Debísteis ser tambien generosos; porque, cuando un partido como el moderado se ha echado á cons-

pirar una y dos veces para sublevarse luego, como lo habeis hecho vosotros, no tiene derecho para castigar, con el rencor que vosotros lo haceis, las conspiraciones y sublevaciones de los demás partidos. Ni podeis tampoco llamarlos desleales y traidores como lo haceis tan á menudo; pues si deslealtad y traicion hay en sublevarse, indudablemente desleales y traidores habeis sido vosotros...„

"Enhorabuena que respondais con fuego y hierro al fuego y hierro de vuestros contrarios cuando os atacan; pero despues del combate, que no os quede la saña, y que esta saña no os dure años y años; pues la opresion tirante suele durar un tiempo dado, pero no puede ser eterna. Cuando el partido vencedor maltrata como vosotros lo haceis á los vencidos, un dia los vencidos pueden ser vencedores, y entonces cualquiera que sea el trato que os dén, no tendreis derecho para quejaros.....„

El tiro era certero y apuntaba á dos blancos. De este modo, á la vez que increpaba á los moderados por el abuso que hacian de su victoria, PRIM se colocaba en buen lugar con los vencidos; y ninguna voz podia ser más autorizada que la suya para defenderlos. No bastaban, sin embargo, las generalidades para combatir el régimen odioso que se seguia en Cataluña; y concretando los hechos, que eran la consecuencia ó el efecto de aquel régimen, refirió con vehemencia lo que habia pasado allí *desde el año de maldicion*, como calificó al de 1843. "Allí, dijo, no ha habido seguridad para nadie. Los hombres han sido arrebatados de sus familias para ser á las pocas horas degollados. Sí, degollados, bajo el miserable pretexto de que habian querido huir..... Eso es asesinarlos. Y sepa el Congreso que no han sido uno, dos ni diez, sino que son *ciento cuarenta y tres* los asesinados de esa manera.....

"Ciento cuarenta y tres son los catalanes arcabuceados como perros sin sentencia legal, sin formacion de causa siquiera, sin haberles dado tiempo de disponer de sus haciendas, sin tener tiempo para preparar sus almas. Y sea dicho de paso; esto último deberia ser algo importante para vosotros los hombres del Concordato; de ese Concordato que en mi concepto es digno de los tiempos de Torquemada; de ese Concordato que escarnece las luces del siglo; de ese Concordato que quiere entregar la educacion de la juventud española, como la expansion de la filosofía, al fanatismo de la teocracia; de ese Concordato, en fin, que quiere imponernos los conventos de frailes.....

"Son tambien muchos centenares los que, juzgados por la misma legislacion, han sido conducidos unos á Filipinas, otros á las islas Canarias, otros á las provincias

del interior, y un número crecido, ochenta y uno fueron conducidos el año 49 al presidio de la Carraca. ¿Y de qué manera se les prendia? Llegaban á su casa: ¿cómo se llama V.? les preguntaban. — Fulano de tal. — Venga V. con nosotros. — Y desde allí mismo se les embarcaba, y al presidio de la Carraca. Y ha habido caso en que, habiendo ido á prender al padre, no hallándole, prendieron al hijo, y se le envió á presidio... Allí han estado esos infelices sufriendo el castigo de los más indignos criminales, sin haberles tomado la más insignificante declaracion...„

"¿Creerán los señores Diputados que se ha llevado la barbarie hasta el punto de perseguir y encausar y despojar de sus bienes á una madre desdichada, porque dió hospitalidad á un hijo perseguido? Pues eso ha sucedido con la madre de Beliarda. Este hombre mandaba una partida centralista, y habiéndose visto perseguido en todas direcciones, su gente se dispersó y él fué á buscar un asilo en casa de su madre. Pues esta pobre mujer, despues de haber visto matar á su hijo en su propia casa, por no haberse querido rendir, fué perseguida y encausada, y tuvo que huir abandonando á sus hijas; y huida anda hoy, y en Madrid está arrastrando una existencia de miseria y de desdicha; pues, como he dicho, se le arrebataron los pocos bienes que tenia para vivir ella y sus hijas.„

De la relacion de estos hechos descendió el general Prim á otros más concretos aun, para demostrar el comportamiento despótico y brutal de algunos agentes del Gobierno, encargados de la exaccion de las contribuciones. Citando pueblos y nombres propios, habló de un carpintero, falto de salud, que siendo insolvente, habia sido echado de su casa y puesto en la calle con toda su familia, clavándole la puerta; de una viuda, con seis hijos, de un miliciano nacional, muerto en campaña, la cual, no habiendo querido salir de su casa, fué dejada dentro, clavándole tambien la puerta, lo cual ocasionó su muerte, á pesar de los socorros que algunos vecinos echaban á aquella infeliz por las ventanas: refirió embargos y ventas de bienes por valor de 10,000 reales á menos precio, para hacerse pago de poco más de 100 reales, y apremios de un duro diario, para cobrar una pension de cuatro pesetas anuales.

Exaltándose por grados con el relato de estas tropelías, el Conde de Reus dirigió severos cargos al Gobierno, y con frases elocuentes recordó al Congreso los sacrificios que habian hecho los catalanes, para sostener la causa de doña Isabel II durante la guerra civil. — "Hace pocos dias que he venido de Cataluña, decia con acento conmovido: por primera vez despues de once años he visitado aquellos pue-

blos y aquellos campos en donde tantas veces sonó el clarin y silbó la bala ; y al contemplar algunos de aquellos pueblos en ruinas todavía ; al contemplar con religioso recogimiento los osarios de tantos como allí perecieron como buenos, un sentimiento de dolor se apoderaba de mi alma, y á cada paso repetia maquinalmente : ¡ Y para qué tanto sacrificio ! ¡ Para qué tanta víctima inmolada !!!...„

Esto le condujo á recordar los grandes servicios prestados en aquella época y en otras por la Milicia nacional, de cuya institucion se declaró partidario , aunque pensasen de otro modo muchos de sus amigos políticos ; pero manifestando al mismo tiempo, que no queria una milicia ciudadana costosa, con bandas de música y bellos uniformes; pues en su concepto bastaba para organizarla un fusil y una canana por plaza , de cuyos pertrechos estaban llenos los parques.

"Tampoco quiero yo que la Milicia nacional se moleste haciendo ejercicios, ni en revistas ni paradas , continuó : el miliciano tiene bastante con saber cargar y hacer fuego, y con saber hacerse matar con valentía el dia en que haya un Gobierno que destroce la ley, como el actual. Ahora mismo , señores , hace muy pocos dias , si hubiese habido Milicia nacional , habria llegado el caso de morder el cartucho y hacerse matar...„

Estas palabras produjeron un tumulto en la mayor parte de los bancos , y voces llamando al órden al orador, que contestaba : —¡Estoy en mi derecho !—¡ Nó, nó ! gritaban á la derecha.—¡ Sí, sí ! á la izquierda. Y varios diputados á un tiempo pedian la palabra, negándola el Presidente.

"El Conde de Reus : ¿ Pues no tengo derecho para decir que el Gobierno ha infringido la Constitucion ? *(Ruido.)*

"El Sr. Arquesino : Pido que se sostenga al orador en su derecho.

"El Sr. Presidente : Señor Conde , está S. S. sosteniendo una opinion sumamente peligrosa , y le ruego que abandone ese camino, y entre á tratar de otra materia.

"El Sr. Conde de Reus : Por abandonado ; pero creo que el verdadero peligro está en que los gobiernos destrocen las leyes.

«El Sr. Presidente : Nunca puede ser provechoso proclamar aquí doctrinas peligrosas.

"El Sr. Conde de Reus : Como no puede serlo que se destruyan poco á poco todos los artículos de la Constitucion.....„

Terminado este ruidoso incidente , despues de otras contestaciones , el general Prim continuó así :

"Diré entonces al Gobierno de S. M., que si no marchase con los ojos vendados, indudablemente veria el daño que hace á la institucion que pregona adorar; porque cuando los pueblos ven que las instituciones que les rigen no son del todo verdad, se cansan, se fatigan, y como decia muy bien mi amigo el Sr. Madoz hace pocos dias, pierden la fé; y yo añado que cuando pierden la fé en las antiguas instituciones, desean instituciones nuevas, que se puede ganar en ellas, pero que tambien se puede perder. Una prueba de lo á que conduce la falta de fé, nos la dió el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, siendo Ministro de Hacienda del Gabinete presidido por el Duque de Valencia.

"A S. S. le faltó entonces la fé, y el resultado fué la muerte de aquel Gabinete. Verdad es que murió para que S. S. lo reemplazara y con más fé que nunca; pero el país ¿ha ganado en el cambio? Resueltamente no: los abusos electorales han sido los mismos esta vez en las elecciones dirigidas por el Sr. Bertran de Lis, que lo fueron en la eleccion dirigida por el señor conde de San Luis; la prensa la veo más oprimida; al pueblo lo veo más estrujado; las tan proclamadas economías no las hemos conocido; la rebaja de las contribuciones á los pueblos, tampoco las hemos visto; los partidos políticos los vemos hoy más destrozados y virulentos que estaban entonces; de modo que todo presenta el cuadro más triste y desconsolador que ha presentado nunca...

"¡Y yo que creia tan de buena fé en la falta de fé del Sr. Presidente del Consejo de Ministros; yo que creia que el lenguaje misterioso que S. S. usó en aquellas sesiones, encerraba causas importantes! ¡Yo que lo alabé, aplaudí y sostuve tan de buena fé, creyendo que él vendria á ser la panacea de todos nuestros males! ¡Bravo chasco me llevé! Y á fé que no ha habido ministerio de muchos años á esta parte que haya tenido ocasion más oportuna que la que ha tenido el Gabinete actual para *haber formado un gran partido nacional, que salvase lo que irremediablemente se perderá*, si antes de mucho no abandonais ese puesto. Y ya podeis encarcelar, destruir, deportar y matar; inútil todo, inútil; las ideas no se extinguen con los encarcelamientos, las deportaciones, ni con la misma muerte; porque todos sabemos que cada gota de sangre que se nos haga derramar, ha de producir un vengador, como sabemos que la solucion del drama ha de ser indudablemente vuestra ruina, ha de ser la gloria de los mártires y la regeneracion de los buenos principios. *Pero á vosotros, ¿qué os importa que se pierda lo que deberíais salvar, no digo á costa de vuestro mando y de vuestras fortunas, sino tambien á costa de vuestras vidas?* Si algo

os importara, ya hace tiempo que habríais resignado el poder en manos de hombres de otras ideas, únicos que pueden salvar lo que vosotros vais á perder.

"Tal vez os echareis la cuenta de que para capitular siempre tendreis tiempo; tambien lo creyó así Mr. Guizot, y su fatal creencia le costó el trono á Luis Felipe y á su dinastía. Acordaos que, cuando la duquesa de Orleans presentó al conde de París para que la Cámara le proclamára, le dijeron: *C' est trop tard*, y proclamaron la república. Aprended.

"Pero vosotros no aprendeis nada, porque de nada sirve la historia para vosotros; y no aprendeis, porque estais resueltos á hacer lo que Sanson en el templo de los filisteos: si hemos de perecer, que perezca todo con nosotros. Pero no, no lo hareis; eso tendria algo de grande: lo que hareis, sí, será dejar que se hunda el templo, y procurar salvaros vosotros.

"Ya que he empezado mi profesion de fé, si el Sr. Presidente me lo permite, la concluiré en cuatro palabras. He dicho que queria Milicia nacional; ahora digo que quiero que la libertad de imprenta sea una verdad, pero verdad completa: un freno para los escritores que se atrevan á descorrer el velo de la vida privada; pero en política, como en religion, que cada uno diga lo que le acomode. (*Rumores. Ruido.*) La verdad, señores, no es más que una... y contra un periódico que atacase los buenos principios políticos y sociales, se levantarian diez que los defenderian, y el periódico de los errores concluiria por no tener quien lo leyese, y moriria por consuncion: así como de dos combatientes de igual destreza, el más fuerte vence al más débil, creo que en la discusion como en la polémica vence el que tiene más razon. El sufragio electoral es la base de los sistemas liberales; si él está restringido es fácil que se corrompa; y como una vez corrompido queda falseado el sistema, quiero que tenga voto todo español que á los veinte años de edad sepa escribir el nombre del candidato á quien quiera honrar con su confianza...„

Volviendo á ocuparse del estado de sitio, el Conde de Reus terminó su discurso, del cual solo hemos presentado algunos rasgos, con esta brillante peroracion: "En Barcelona estaba yo cuando se debatió aquí la cuestion del estado de sitio, y sé el efecto que produjo allí la contestacion rutinaria que el Ministerio dió al Diputado catalan señor Figueras. Y digo rutinaria, porque ni una sola razon alegó el señor Ministro de la Gobernacion que justificára, ni aun en sombra, la necesidad del sistema opresor que se sigue en Cataluña.

"Allí hubiese yo querido ver entonces al Sr. Bertran de Lis: si allí hubiese estado,

es bien seguro que hoy retirára el insultante sarcasmo que dirigió á los catalanes, diciendo que la mayoría de ellos queria el estado de sitio. ¿Ha podido creer S. S. que los catalanes tienen la condicion del perro que lame la mano que le castiga? Si tal ha creido S. S., se equivoca; la condicion de los catalanes es la del tigre que despedaza al que le maltrata. Si allí hubiese estado S. S., hubiera podido ver los semblantes de los barceloneses contraidos por una convulsion de ira; hubiera oido el ronquido que salia de sus pechos, ronquido, señores, que hoy sale sordo y ahogado como el del leon encadenado, pero que podrá ser rujido de terror y espanto, si un dia rompe las cadenas y se ve libre por su propio esfuerzo. ¿Hasta cuándo hemos de morder el freno, decian unos? ¿Hasta cuándo hemos de ser tratados como esclavos, decian otros? ¿Somos ó no somos españoles? decian todos. Pues asimismo preciso yo la cuestion, Ministros de Isabel II. ¿Los catalanes son ó no son españoles? ¿Son nuestros colonos ó son nuestros esclavos? Sepamos lo que son; dad el lenitivo ó la muerte, pero que cese la agonía. El horizonte amenaza grandes tempestades; es muy posible que ántes de mucho se abra una lucha de gigantes; dos banderas flotarán por los aires; cada una tendrá sus partidarios, y para entonces es preciso que los catalanes sepan á cuál de las dos banderas deberán prestar su robusto brazo. ¿Son los catalanes españoles? Pues devolvedles las garantías que les habeis arrebatado, garantías que son suyas, que tienen derecho á usar de ellas, porque las han conquistado con su sangre; igualadlos á los demás españoles: si no los quereis como españoles, levantad de allá vuestros reales, dejadlos, que para nada os necesitan; pero si siendo españoles los quereis esclavos, si quereis continuar la política de Felipe V., de ominosa memoria, sea en buen hora, y sea por completo: amarradles á la mesa el cuchillo como lo hizo aquel rey; encerradlos en un círculo de bronce; y si esto no basta, sea Cataluña talada y destruida, y sembrada de sal como la ciudad maldita; porque así y sólo así doblareis nuestra cerviz; porque así, solamente así vencereis nuestra altivez; así y solamente así domareis nuestra fiereza.„

El ministro de la Gobernacion (Bertran de Lis) contestó con habilidad al anterior discurso, descartando de él todo lo que no tenia relacion con el estado de sitio de Cataluña, y rehuyendo entrar en el fondo de esta cuestion. Tachó de exageradas y peligrosas las doctrinas expuestas por el Conde de Reus, de quien dijo con verdad, que habia querido aprovechar aquella coyuntura para manifestar cuales eran sus opiniones particulares, y declaró que uno de los principios constantes del Gobierno en cuyo nombre hablaba, consistia en *no conceder nada, absolutamente nada*

que se presentase con el carácter de exigencia política. Pero esto no era contestar á la disyuntiva presentada por el general Prim. ¿Los catalanes tenian ó nó derecho á disfrutar de las garantías constitucionales, como los demás españoles? No se trataba de hacer concesiones políticas, sino de restablecer en Cataluña el imperio de la ley comun. El Ministro salió del paso diciendo que esta era una cuestion de muchísima gravedad, y que los catalanes se hallaban contentos con el estado de sitio; probándolo su conducta leal y tranquila en medio de los grandes acontecimientos que agitaban la Europa.

El Conde de Reus, aunque luchando con la intolerancia del Vice-presidente del Congreso (Nocedal), rectificó en términos vigorosos, y concluyó retirando su proposicion, que, segun dijo, no habia sido más que un ardid para poder hablar.

V.

Poco tiempo estuvieron abiertas las Córtes: el golpe de Estado del 2 de Diciembre en Francia, sirvió de pretexto al Gobierno español para cerrar la legislatura en 7 de Enero de 1852. Los presupuestos del Estado y otras leyes que debian ser objeto de acuerdos legislativos se publicaron por medio de Reales decretos; dictáronse medidas severísimas contra la imprenta, y en una palabra, se entró á gobernar como si no existiese el régimen constitucional.

El 2 de Febrero de aquel año se cometió un crímen inaudito. La Reina habia dado á luz una princesa, y en el momento en que salia de la capilla de Palacio para ir á presentar el fruto de sus entrañas á la Vírgen de Atocha, fué acometida por un hombre que, puñal en mano, la hirió aunque no de gravedad. Aquel hombre era un sacerdote de sesenta y tres años de edad, y se llamaba don Martin Merino: sin que opusiese la menor resistencia, sin que intentase huir, fué preso en el acto, y conducido á la cárcel, donde permaneció cinco dias mostrando una serenidad pasmosa: conversaba tranquilamente con las personas que iban á visitarle, y en sus contestaciones revelaba inteligencia y agudeza, bastante instruccion y no comun criterio. Los que tuvieron ocasion de hablarle, no podian decir si era un endurecido criminal ó un loco; un hombre de bien ó un fanático; un sábio ó un energúmeno. Con firmeza confesó su delito, declarando que solo él lo habia meditado y que no



Atentado del Cura Merino contra la Reina Isabel.

tenia cómplices; y condenado á muerte en garrote vil, marchó al patíbulo atravesando una inmensa concurrencia, más sereno, más impasible que todos cuantos presenciaron su suplicio. El Gobierno mandó quemar el cadáver y aventar las cenizas del regicida.

El proceso formado á Merino podria dar acaso alguna luz para conocer las causas que le impulsaron á cometer el crímen; pero aquel proceso ha quedado oculto. Indudablemente la exaltacion política fué el móvil de tan audaz atentado; y si hemos de creer una de las versiones que por entónces corrieron como más acreditadas, el golpe no iba dirigido á la reina Isabel, sino á Doña Maria Cristina, siendo efecto de la impresion que en el ánimo de Merino produjeron los planes de restauracion absolutista atribuidos á la Corte y especialmente á dicha señora.

Díjose que se trataba de dar un golpe de Estado el mismo dia 2 de Febrero, proclamando absoluta á Doña Isabel II cuando volviese de Atocha; que una gran parte de la guarnicion de Madrid, tendida en la carrera, debia dar el grito; pero habia otra parte que no estaba conforme, y ántes bien dispuesta á contrariarlo. Si esto era verdad, hallándose toda la poblacion en las calles, podia dar lugar á un conflicto horroroso. Fuese ó no cierto, á tal idea se exaltó la imaginacion impresionable de Merino, quien corrió á Palacio, decidido á matar y morir, impidiendo que se llevase á cabo el plan supuesto. Apostado junto á la puerta de la Real capilla, aguardó que saliese la Reina madre; pero esta se habia dirigido á tomar el coche por la escalera principal. Entónces fué cuando Merino, viendo defraudado su intento, asestó la puñalada á Doña Isabel, y por eso exclamó:—"¡Ya es bastante!„ palabras á las cuales se atribuyó un siniestro sentido; pero que solo significaban: "He conseguido mi objeto.„

Las circunstancias políticas del pais por aquel tiempo, los esfuerzos que se venian haciendo para acabar de una vez con las libertades públicas, y el carácter excepcional de Merino prestan muchos grados de verosimilitud á este relato, sobre todo teniendo en cuenta las ideas del regicida, expresadas en un opúsculo manuscrito, encontrado entre sus papeles y titulado *La Conciencia*, que fué unido al proceso, y publicó algunos años despues el abogado defensor del reo. En aquel escrito, redactado en 1850, se encuentran pasages como estos:

"¡Mengua eterna para los que hacen brillar la cabeza y algun otro miembro con perjuicio del corazon! Débil, postrada y sin recursos se hallaba la nacion, cuando en este estado se fraguó la más vil y complicada de las conspiraciones, tomando

por pretexto una amnistía hipócrita por parte de los que aparentaban no aceptarla, y nécia por parte de los que la otorgaban. Los que no la pedian ni admitian, entraron como conquistadores, y los que la concedieron quedaron vencidos y objeto del general ludíbrio... El Gobierno de España desde 1843 es acaso el más inmoral, el más violento y vicioso de cuantos han sido llamados gobiernos en el mundo... El poder real, las Córtes, el Senado, el Ejército, las leyes, todo fué reducido á esbirros de leyes y magistratura: todo fué hollado. La representacion nacional se transformó en representacion personal; la Constitucion debia ser perjurada; la magestad real fué llevada á los cuarteles, y al Congreso para hacerla jurar y perjurar en pocos dias. ¿Por qué no haberla hecho jurar y perjurar en el mismo acto? Esta honra destinaron los moderados al trono de Castilla...

"Desde la jornada de Ardoz, la España quedó de hecho sin gobierno, porque la persona del Rey quedó impotente por naturaleza... Los jefes de aquel tumulto, entre los que descollaba el general Narvaez, blasonaban de afeccion poco desinteresada por la Real persona, y se apresuraron á declararla mayor de edad; delaracion contraria á la naturaleza en que se estrellan los humanos esfuerzos. Desde entonces la mayor parte de los actos del Gobierno son lecciones eficaces de anarquía y socialismo. Porque ¿cómo no se han de asociar los hombres contra un mando puramente militar, que proclamando hipócritamente el órden, disolvió la union que existia entre el monarca y el pueblo, intercalando entre ellos los cañones y las bayonetas? ¿Cómo habia de ser considerada y respetada como reina de España una niña, que el general Narvaez llevaba á los cuarteles como una cantinera?...

"El general Narvaez es la persona más influyente de los consejos reales por concesion y canonizacion del partido moderado y del Ejército: en su tiempo, y chocando con la miseria pública, se emprende la ampliacion de Palacio, se hacen jardines que envidiaria la misma Semíramis, y menudean los teatros en Palacio y sus alrededores; todo para dar prestigio á la Real persona: y no se advierte que esto no da realce á las virtuosas y útiles ocupaciones de los monarcas; que esto es una irrision, ó mejor dicho, una comparacion permanente entre la pobreza del pueblo y el lujo del monarca; una leccion eficasísima que prepara la república y el socialismo contra tan chocante é inhumana inmoralidad.

"Los lazos sociales están de hecho disueltos en España desde que manda el general Narvaez y sus satélites; es decir, la gente armada contra los indefensos, las clases consumidoras contra las productoras, los empleados que están para el servicio

de los contribuyentes contra los que les dan la subsistencia, los representantes contra los propietarios: en una palabra, todo, absolutamente todo ha quedado á merced del sable. ¡Loor al sable! esto es lo que, en el lenguaje de los moderados, da prestigio al trono; la subversion de todos los principios, la inmoralidad por excelencia...„

El que esto escribia en 1850 no pensaba ni remotamente cometer el atentado que dos años despues le habia de dar una triste celebridad: en todo aquel discurso no hay una palabra que revele aversion á la persona de la Reina ni á la institucion de la monarquía. Por el contrario, se leen frases como estas: "El pueblo español no necesita más historia que la de cuarenta años á esta parte para presentar al mundo un sublime modelo de lealtad para con sus reyes, luchando, dando y conservando dos veces el cetro, ya contra el poderoso del siglo, ya sobrenadando de sus disensiones domésticas. Solo el abuso y la inmoralidad de los malos consejeros han sido capaces de causar una leve oscilacion en su constante respeto por sus reyes.„

El regicida Merino prestó al Trono un inmenso servicio, que no supieron utilizar los consejeros, contra quienes bramaba su ira silenciosa. La indignacion fué general cuando se cometió el atentado, y al salir en público la Reina, ya convalecida á las dos semanas, las aclamaciones y los vivas demostraron que la generosidad española habia unido todas las voluntades en un comun concierto, viéndose á los progresistas, acordes con sus adversarios y con la muchedumbre, dar pruebas inequívocas de la lealtad de sus sentimientos.

Ocasion era aquella de poner término á las discordias políticas, echando las bases de una libertad ordenada y duradera sobre la cordial alianza del Trono con el pueblo; pero la Corte y el Gobierno procedieron como si no tuviesen otra mision que la de romper tales vínculos; pues á nada menos tiraron que á restablecer el *despotismo ilustrado* de los tiempos de Zea-Bermudez. Casi todo aquel año permanecieron cerradas las Córtes, dictándose entre tanto medidas tan severas contra la prensa, que de sus resultas dejaron de publicarse muchos periódicos; legislando por reales órdenes y decretos sobre Aranceles de Aduanas, sobre concesiones de ferro-carriles y otras materias, que daban pábulo á la murmuracion, por ser muy extendida la creencia de que se infringian las leyes para facilitar grandes negocios en que se interesaban elevados personajes. Preparábase al mismo tiempo una reforma constitucional, que fué calificada de golpe de Estado; y para darle forma legal, fuero n

por fin convocadas las Córtes á principios de Diciembre. Apenas reunidas, manifestó el Congreso su hostilidad al pensamiento, aun no conocido, del Gobierno, elevando á la presidencia á D. Francisco Martinez de la Rosa, que aunque de ideas templadas, simbolizaba el liberalismo, en oposicion al candidato ministerial D. Santiago de Tejada.

Sin pasar adelante, fueron disueltas las Córtes al dia siguiente (2 de Diciembre), convocando otras para el 1.° de Marzo de 1853, las cuales debian votar por autorizacion nueve proyectos de ley de la mayor gravedad y transcendencia, que al mismo tiempo aparecieron en la *Gaceta*, para que cada cual los estudiase á sus solas; pero con prohibicion absoluta de que los discutiese la prensa. Estos proyectos comprendian la reforma de la Constitucion, que, entre otras cosas, suprimia los debates públicos de los cuerpos legisladores; un nuevo sistema de elecciones; nueva organizacion del Senado; reglamentos de ambas Cámaras; leyes de seguridad personal y de la propiedad, de órden público, y de grandezas y títulos restableciendo los mayorazgos. El gobierno representativo quedaba anulado de hecho. En el preámbulo de estos proyectos manifestaban los ministros que la Reina obraba con *libérrima voluntad*, y que ellos poseian su *omnímoda confianza*: sin embargo, á los once dias desaparecieron de la escena, siendo reemplazados por otro ministerio, que presidió Don Federico Roncali, conde de Alcoy.

Progresistas y moderados se apresuraron á formar juntas ó comités electorales, dando cada cual un manifiesto en que sustancialmente estaban todos de acuerdo; pues condenando unos y otros la reforma de Bravo Murillo, venian á proclamar el principio indiscutible de que el trono de Doña Isabel II no tenia razon de sobrevivir á la libertad española. Disueltos fueron los comités por la fuerza, y prohibida la circulacion de los manifiestos. No se permitió al duque de Valencia tener reuniones en su casa, y receloso el Gobierno de aquel potentado, le envió á Viena con una comision muy inferior á su categoría. Por el mismo tiempo se daba al general Prim una de esas licencias para viajar por el extranjero, que tienen todo el carácter de un destierro político.

Parecia estar en el apogeo de su omnipotencia el ministerio Bravo Murillo, cuando cayó como por arte de magía, y le sucedió el de Roncali, que (segun dice un escritor progresista [1]) hizo gran daño al trono, sosteniendo el principio de que *el rey reina y gobierna*, y estableciendo así delante del país la responsabilidad de la corona: sin

[1] F. de los Rios.—*Obra citada.*

renunciar á la malhadada reforma, Roncali no tuvo ánimo para sostenerla íntegra; la modificó, y puso empeño en minar el comité moderado, haciendo que se separasen de él no pocos de sus individuos.

Las elecciones fueron una lucha á muerte entre los delegados del Gobierno y el cuerpo electoral. Propuesto Prim para diputado por Barcelona, estando en Paris, pidió su pasaporte para venir á España, y la legacion española no se creyó facultada para entregárselo, sin consultar primero al Gobierno, que tardó catorce dias en contestar por el telégrafo, y que no dió su permiso, hasta despues que aquel hubo sido elegido, señalándole entonces la ruta por donde habia de dirigirse á Madrid, sin desviarse hácia ningun otro punto.

Dudaban muchos que las Córtes llegáran á reunirse, y si una vez reunidas, durarian abiertas algun tiempo ; y atendidos los antecedentes, tuvo razon Olózaga para decir entónces con suma agudeza, que para expresar lo instantáneo de una cosa, ya no se debia usar la frase *en un abrir y cerrar de ojos*, sino *en un abrir y cerrar de Córtes.*—Abriéronse por fin, y desde las primeras sesiones trabóse una lucha terrible entre los mismos moderados, sin que los progresistas se descuidasen de dirigir severos y justos cargos al Gobierno. Mon y Pidal atacaban la reforma constitucional, haciendo alarde de liberalismo; y el ministro de la Gobernacion, Benavides, llamaba *Magdalenas parlamentarias* á los que aparecian arrepentidos de su marcha retrógada en el poder. Los enormes abusos cometidos en las últimas elecciones, la presion ejercida con la prensa, las infracciones de ley, los atropellos contra personas notables eran otros tantos objetos de acaloradísimos debates en ambas cámaras. Al Senado acudió el Duque de Valencia para que se le permitiera venir á tomar asiento en aquel cuerpo, y solo por cuatro votos de mayoría fué desechado el dictámen favorable á esta peticion, siendo destituido el presidente del Tribunal Supremo de Justicia, don Lorenzo Arrazola, por haber votado en contra del Gabinete. "Hemos hecho la guerra á cinco ministerios seguidos, decia don José de la Concha, y la harémos á cincuenta.„

En un mismo dia (6 de Abril), pronunciaban elocuentísimos discursos dos generales de ideas diferentes y opuestas, atacando al Gobierno; don Juan Prim en el Congreso, y don Manuel de la Concha en el Senado. Discutíase acaloradamente en este cuerpo acerca de las concesiones de ferro-carriles, atribuidas á influencias extralegales, y á propósito de esto dijo el general Concha:— "Se observa que se ha faltado á la ley en las concesiones hechas al señor Salamanca, y la razon es que el se-

ñor Salamanca está asociado á un hombre poderoso, que ejerce una influencia fatal y desmedida sobre el Ministerio actual, como la ha ejercido sobre el anterior.„

El tiro era certero, y pasaba rozando el trono.

En el Congreso se trataba del acta de la eleccion de Vigo, desechada por la mayoría de la comision de actas: era una de las más súcias que se habian presentado; y el general Prim pidió la palabra para combatirla en nombre de aquella mayoría. Presentábasele ocasion de combatir la política general del Gobierno, haciendo de paso la historia de las últimas elecciones. Su discurso fué uno de los más notables que se pronunciaron en aquella breve legislatura: descartando de él, la parte que se referia al acta de Vigo, debemos reproducir aquí todo lo demás, no solo porque dá completa idea de las opiniones del orador en la época que vamos reseñando, sino tambien porque encierra una viva pintura de la situacion política que á la sazon atravesaba España.

VI.

Despues de un breve exordio, dijo el Conde de Reus:

"Señores, triste cosa es tenerse que levantar aquí siempre denunciando los mismos abusos, los mismos desmanes, las mismas violencias. ¿Y por qué es eso? Por la sencilla razon de que estos abusos, estos desmanes y estas violencias, no solo han quedado siempre impunes, sino que á veces los hemos visto recompensados como actos meritorios, como servicios eminentes prestados al país. A tal gobernador que supo ganar las elecciones de su provincia, y las ganó, porque fué tal vez más impúdico que los demás, se le recompensa trasladándole á otra provincia mejor, de mayor categoría, como ha sucedido ahora á los gobernadores de Zaragoza y de Huesca: al pequeño empleado, al de segundo órden que más ha hostigado á los electores; al perceptor de contribuciones que más les ha apremiado; al juez que más rebusca ha hecho de causas criminales; al alcalde de montera que más ha abusado de su autoridad; al cura que ha predicado en cierto sentido; al fiscal de imprenta que ha recogido más periódicos; á todos estos instrumentos de la arbitrariedad, cansados estamos de verles recompensados con distinciones y cruces... ¡Cruces á esas gentes, señores! ¡Como si las cruces y honores ennoblecieran por sí solos! Lo que

ennoblece y honra á los ciudadanos son los servicios hechos al país con la pluma ó con la espada, ora dando impulso á las ciencias, ora á las artes y á la industria; porque el que manchado está, por más cruces que le pongan, manchado se queda.

"Decia, que por haber quedado siempre impunes los abusos de los gobiernos y sus agentes, se han repetido, y lo que es peor, se repetirán, y se repetirán hasta tanto que el sistema representativo sea una verdad; y este no lo será tampoco hasta que sea una verdad la responsabilidad ministerial. El rey reina y no gobierna, y por consiguiente no le alcanza responsabilidad alguna; convenido: y en derecho así es, así debe ser, y no puede ser otra cosa.

"Estos dias se ha puesto en tela de juicio este principio, que para mí es inconcuso; se ha hecho más, pues se ha negado desde el momento que se ha sentado el contraprincipio de que el rey reina y gobierna. Eso, señores, estaria bien en tiempo de los reyes absolutos, cuando disponian de la autoridad suprema; en aquellos tiempos perfectamente definidos por Luis XIV con las palabras *l' Etat c' est moi*; y así era, porque el pueblo no valia nada, no era nada, ni podia nada; y el rey lo valia todo, lo podia todo, lo era todo.

"Pero desde el momento en que los pueblos tuvieron fuerza y valor para hacer transigir á los reyes; desde el momento en que los pueblos conquistaron sus derechos, y concretándome á nuestra España, desde que tuvo fuerza y valor para escribir en su Constitucion un artículo que dice: "que los decretos del Rey no tendrán fuerza ni valor ninguno, ni serán obedecidos por los funcionarios públicos sin que estén refrendados por los ministros;„ desde entonces, digo, el rey perdió la autoridad de gobernar. Si el momento fuera oportuno, yo entraria de lleno en esta cuestion, entraria á velas desplegadas, y entraria á sostener mi tésis con tal riqueza y abundancia de argumentos, que probaria de un modo más claro que la luz del dia que el rey reina y no gobierna. Pero como el momento no es oportuno, basta lo dicho, y sirva esto de contestacion á lo que se ha dicho en otro lugar sobre esa heregía constitucional.. . . . . .

"La responsabilidad de los ministros, de que habla un artículo constitucional, es una letra muerta, pues todavía no hemos visto exigirle la responsabilidad á ningun ministro. No será, señores, porque hayan faltado ocasiones; porque desde que hay sistema representativo en España casi todos los ministros, con muy pocas excepciones, han gobernado como bien les ha parecido, han gobernado sin respeto á las leyes, y algunos de ellos han gobernado sin respeto á nadie ni á nada, sin más ley

que su voluntad y su capricho, y á impulso de su capricho les hemos visto cometer las más grandes atrocidades.

«¿Y qué les sucedió á los ministros que tal hicieron? Absolutamente nada. Dejaron de ser ministros por causas más ó menos dignas, más ó menos nobles, más ó menos constitucionales, y se retiraron á sus casas á disfrutar de la vida privada, y á disfrutar tambien de las economías que tuvieron lugar de hacer en los pocos meses que fueron ministros; razon por la cual, como hemos dicho antes, los abusos se han repetido y se repetirán. . . . . .

"Pues si todos los ministros han hecho y harán lo mismo, ¿es que el mal no tiene cura? Sí, la tiene: señores, que la responsabilidad ministerial sea una verdad, y no una letra muerta como es ahora, y entonces los abusos serán menos. Yo bien sé que, á pesar de las leyes que castigan y enfrenan los delitos comunes, no por esto dejan de cometerse delitos todos los dias; pero ¿qué seria de la sociedad sin esas leyes? La sociedad seria un caos, y un caos espantoso.

"Pues si las leyes son necesarias, si son indispensables, pues que ellas enfrenan á los delincuentes, convendremos en que cuando la ley de responsabilidad ministerial sea una verdad, y no una mentira como ahora, los abusos y los desmanes que se cometan por los gobiernos serán mucho menos; porque para un ministro que tenga cara de mármol y no le importe sentarse en el banquillo de los acusados como infractor de las leyes, habrá veinte, habrá ciento que, como hombres delicados y de pundonor, no querrán exponerse á sufrir una pena que podria ser hasta infamatoria.

"El mal es grave, Sres. Diputados; y tan grave, que si no acudimos pronto á su remedio, debe, por sí solo, matar el sistema representativo sin necesidad de que lo mate el Gobierno con reformas. No temo yo la reforma, no; lo que yo temo es la continuacion de ese disolvente sistema, la continuacion de ese sistema anárquico-gubernamental, de ese sistema que tiene todos los inconvenientes del régimen constitucional sin ninguna de sus grandes ventajas. Y al decir que no temo la reforma no me refiero á la que han presentado los actuales ministros: eso no es reforma, eso no es más que explorar el terreno: aludo á la reforma radical del Sr. Bravo Murillo; y no la temo, porque si viene al Parlamento, tengo la creencia de que el Parlamento la rechazará; y si viene por la fuerza, sangre, vida y corazon hay en España todavía, y sabremos rechazarla con la fuerza.

"La base, el orígen del sistema representativo ¿cuál es? La facultad que tienen los

pueblos de nombrar á aquellas personas que más identificadas están con su pensamiento político, con sus intereses materiales, para venir aquí á formar un poder del Estado. Si el ciudadano vota libremente, en este caso la representacion es una verdad ; cuanto de ella emane debe ser acatado y respetado como la emision de la opinion pública, de la opinion que vota ; bien entendido que no es precisamente la que yo quisiera ver figurar, pero que es la única autorizada por las leyes y sobre la cual se debe operar, dejando para dias más serenos y más afortunados el discurrir sobre esta facultad y ensanchar el círculo de este derecho político entre los españoles, porque la época no está para esto ; y podremos darnos por muy satisfechos, si resistiendo al espantoso retroceso que se ha operado y se opera en el mundo político, podemos aquí, en nuestra España, conservar lo que tenemos. Pero si la representacion es una verdad cuando el ciudadano emite libremente su voto, desaparece, (y díganme entonces lo que queda), cuando á esos mismos ciudadanos se les ha coartado la facultad de nombrar á aquellas personas que les inspiran más confianza. La mision de los Gobiernos es, en mi entender, y es un entender diametralmente opuesto al Sr. Ministro de la gobernacion, en momentos de lucha electoral es, repito, ó debia ser tan solo la de conservar el órden, tomando una posicion completamente neutral ; porque yo no admito, no se puede admitir el abuso que existe ahora en todos los paises en que hay sistema constitucional, de que el Gobierno presente los candidatos; porque desde el momento en que una autoridad llama á un número de electores para hablarles en favor de este candidato ó en contra del otro, desde aquel momento cesa la libertad electoral. Si todos los electores fuesen hombres independientes por carácter y por posicion, como lo han sido, por ejemplo, los de Barcelona, de poco ó nada serviria la influencia del Gobierno ; pero no todos los hombres tienen el temple de los Borrells, los Xifrés y los Pélachs, que habiendo sido llamados por el Gobernador de Barcelona para que abandonasen mi candidatura, tuvieron la entereza de contestarle que no habria poder humano que les hiciese desistir de ella, porque yo pensaba como ellos. Pero de esto me ocuparé en otro momento, y entonces tendré el gusto de decir cuatro palabras acerca de aquella autoridad, por haberse permitido decir algo que nunca pudo decir.

"Pues si, como digo, todos los electores no pueden ser independientes por carácter, claro está que la parte que toma el Gobierno en las elecciones debe falsearlas ; porque si las primeras autoridades se contentáran con llamar á los elecctores influyentes y recomendarles tal ó cual canditado, todavía el mal seria menor; pero saben los

Sres. Diputados que se hace más que esto; porque desde el momento que los gobernadores civiles dan la señal, los demás subalternos salen á campaña. Y ¡ ay del elector que tenga café, taberna ó tienda! ¡Ay del desgraciado payés que no tiene nadie que le defienda!

"Al que tiene un café se le amenaza con no dejarle sacar las mesas á la calle; esto al parecer no significa nada, pero causa su ruina: al tabernero se le conmina con cerrar su establecimiento á las siete de la noche, sin perjuicio de las visitas domiciliarias para perseguir vagos, lo cual aleja de su casa á mil honrados artesanos, y tambien causa su ruina: al de la tienda se le dice que no se le permitirá cargar y descargar sus géneros, con lo cual no tiene más remedio que cerrar la tienda: al cochero se le multará porque ha corrido por las calles: al empresario de bailes se le niega la licencia para darlos, etc., etc., etc.; todo lo que necesariamente ha de dar un resultado favorable á los candidatos del Gobierno, porque los pobres artesanos no pueden exponerse á los martillazos de las autoridades, que pueden llegar hasta á hacerles perder el pan que deben á sus hijos.

"Pues si estas pequeñeces influyen tanto en la eleccion, ¿qué será de los medios puestos en juego en las últimas elecciones? ¿Qué resultados darán? El que se vé; que el Gobierno cuenta con 250 diputados de mayoría. Cuidado, señores, que en los tiempos del Sr. conde de San Luis, allá en sus buenos tiempos, cuando su S. S. como gran elector hacia diputados, se cometieron abusos y desmanes de marca mayor, y el actual Sr. Ministro de la Gobernacion no los habrá olvidado ciertamente, por más que se haya S. S. mostrado generoso en permitir que estén abiertas estas puertas al que entonces se las cerró á S. S. . . . . .

"En las elecciones dirigidas por el noble Don Manuel Bertran de Lis tambien fueron solemnes los vicios; tambien estuvieron llenas de desmanes y de abusos, y hoy el Sr. Bertran de Lis está desterrado de estos bancos: ¿quién lo habia de decir? ¡El que ayer tenia tanto poder, cubierto con el manto ministerial, hoy no puede nada por sí mismo! ¡El que ayer disponia de 200 ó 300 distritos, hoy no encuentra uno que le nombre por su diputado!

¡Lo que va de ayer á hoy;
que ayer maravilla fuí
y hoy sombra mia no soy!

"Pues si abusos hubo en las dos elecciones que he citado, ¿qué diremos de las

que han pasado dirigidas por el no menos grande elector Sr. Benavides? En ellas los excesos, los abusos, las violencias, las coacciones, los ultrajes y prisiones han sido comunes, como vamos á verlo. Pero antes permítame el Congreso una pregunta: ¿por qué se disuelven los Parlamentos? Porque están en desacuerdo con el poder ejecutivo. ¿Y qué objeto tienen las nuevas elecciones? El de consultar al país sobre la conducta de ese mismo Gobierno; es decir, que el pueblo por medio de sus representantes debe reunirse en un gran jurado para condenar ó absolver al Gobierno por su marcha; es decir, que los diputados deben ser los jueces ante los cuales se presentarán los ministros á rendir cuentas.

"Pues siendo así, ¿será justo, será razonable, será lógico, y hasta será delicado que influyan esos mismos ministros? ¿Por qué en los paises donde el jurado decide sobre toda clase de delitos no se permite que el acusado nombre ninguno de sus jueces? Porque seria regular que nombrase á sus amigos y parientes que le absolviesen. Pues por esa misma razon los gobiernos no debian influir en las elecciones; y esto es para mí tan claro como la luz del dia. Cuando los gobiernos sean justos, cuando sus actos lleven el sello de la probidad, del españolismo y del honor, el pueblo los absolverá; nada es más justo que la voz del pueblo. Entonces, sin necesidad de coaccion, de abusos, de intrigas de ningun género, el Gobierno tendrá mayoría y tal vez hasta unanimidad; pero cuando son como el pasado y el presente, imposible es que la opinion pública esté por ellos. A pesar de esa impopularidad, el Gobierno actual tiene mayoría en el Parlamento. Ya lo veo. ¿Pero de dónde sale esa mayoría? ¿Acaso de la libre y espontánea voluntad de los pueblos? De seguro que el Sr. Ministro que tenga la bondad de contestarme me va á decir que sí. . . . .

"La señal de la coaccion fué dada por la circular del Sr. Llorente, Ministro de Hacienda, dirigida á los gobernadores civiles, y desde entonces los agentes de las provincias se decidieron á atacar de frente la libertad electoral. En primer lugar, y como hasta medida preventiva, se añadió un filete de fuego á la mordaza de hierro que tenia ya la prensa, para que no contara lo que viera, para que no publicara lo que oyera.

Y cosa singular, señores, es lo que estamos viendo: que precisamente aquellos hombres que más deben á la prensa son los que peor la tratan. Pero yo quisiera saber: ¿qué seríais vosotros los que os sentais en ese banco? ¿qué seríais vosotros, que habeis salido de la nada, si no hubiérais encontrado en vuestro camino á la prensa para daros á conocer y haceros salir de esa misma nada? Seríais lo que fueron

vuestros padres sin duda, hombres honrados, pero modestos, y que jamás hubiérais salido de vuestra esfera, ni dádoos á conocer, ni mucho menos llegado á ser consejeros de la Corona. Pues si lo que sois se lo debeis á la prensa, ¿por qué, ingratos, insultais á vuestra madre, la matais, y la devorais como el dios de la mitología devoraba á sus propios hijos? Pensais como hombres de Estado que la prensa puede perjudicar al país por lo que diga, sin tener en cuenta que sin la fulgente luz que la prensa ha derramado sobre el mundo, el mundo estaria en tinieblas.

"Recorred las páginas del célebre publicista Bonald, y encontrareis una verdad constante: "Un Estado, dice, puede ser agitado por lo que la prensa diga; pero ese mismo Estado puede morir por lo que la prensa calle: para el primer mal hay remedio en las leyes; para el segundo ninguno: de consiguiente; la muerte." Dejad, pues, de perseguir la prensa; quitad esa argolla que la está ahogando; porque si muere, morirá tambien la tribuna; y una vez muerta la prensa y la tribuna, morireis vosotros; porque sois demasiado ilustrados para pretender que podeis sobrevivir al régimen constitucional. Otro dia os dije en este mismo sitio y repetiré hoy: cada sistema tiene sus hombres, como cada planeta tiene sus satélites; y vosotros no podeis ser satélites de aquel planeta, porque os habeis mecido en humilde cuna, y porque habeis crecido con el bautismo de la revolucion.

"Tomada, pues, como digo, esa medida preventiva, se abrió el arsenal inagotable de las elecciones, y se inundó á las provincias de estos funcionarios tan innecesarios como costosos; digo innecesarios para ayudar á la marcha de la buena administracion, pero muy necesarios para que sean el instrumento, el agente de los abusos, de las coacciones y de las violencias que han de traer aquí diputados ministeriales; y tal abuso se hace ya del nombramiento de estos corregidores, que los pueblos los consideran como una calamidad, pues semejantes á las aves de mal agüero, no se les vé aparecer en el horizonte sino en los dias precursores de las grandes tormentas.

"En este estado la cosa, el Gobierno rompió el fuego contra el comité central establecido en Madrid, y el comité quedó disuelto, siéndolo tambien el de Barcelona y otros puntos. Aquí, una razon que se dió para disolverlo, fué que el comité se componia de más de veinte personas, y el de Barcelona se disolvió justamente por no componerse de esas veinte personas. Verdad es, señores, que lo mismo aquí que en Barcelona, que en todas partes, segun el sentir del Gobierno, los comités podian turbar el órden público. ¡Orden público! Terribles palabras, que debieran estar es-

critas, y escritas están con letras de sangre y fuego en las páginas de todas las naciones; terribles palabras que debiendo ser sagradas, pues que significan la paz, el órden y la proteccion á todos, han sido el pretesto bajo el que se han cometido las más monstruosas iniquidades, las más espantosas venganzas y hasta las más negras traiciones. ¿Pero qué delito has cometido, pueblo desgraciado, para haber sido oprimido y maltratado por los grandes de la Tierra desde que nacíste? Con la particularidad de que, exceptuando los siglos de hierro en que los condes y barones se declararon dueños de honras, vidas y haciendas por la razon de sus mazas y por la ley de sus espadas; que exceptuando los siglos de la fé, puesto que en nombre de la fé eran los ciudadanos conducidos á centenares á la hoguera, en todas las demás edades la opresion, la tiranía y vasallaje de los pueblos, se ha operado en nombre del órden público. Y el mal viene de muy léjos, señores: el rey de Judea, para evitar que Jesucristo un dia trastornara el órden público, puesto que nacia con la mision de emancipar el género humano, ordenó el degüello de los Inocentes: treinta y tres años despues, el mismo Jesucristo fué crucificado por haber atentado á lo que entonces como ahora se llamaba el órden público: en los dias corrompidos de la antigua Roma, en los reinados de Tiberio, de Neron y de Galva, ya el mundo fué testigo de iniquidades y crueldades sin cuento cometidas en nombre del órden público: en nuestros dias hemos visto la Polonia despedazada, sus tierras perdidas, su libertad perdida, todo en nombre del órden público: *el órden reina en Varsobia:* la Hungría ha visto atacados sus pueblos, azotadas sus mujeres, perdidas completamente sus libertades en nombre del órden público: al Austria, á todos los Estados de la Confederacion germánica les ha sido arrebatada su libertad en nombre del órden público, y en nombre del órden público ahora mismo están agonizando las libertades del reino de Prusia: los cadalsos levantados en Nápoles, las cárceles y presidios llenos de sus más ilustres ciudadanos: y la opresion salvaje que ejercen los austríacos en Lombardía; las libertades perdidas en Toscana; la reaccion allí operada hasta el punto de hacer morir á personas porque no son católicos-apostólicos-romanos; la invasion de Portugal y de Roma por las naciones aliadas; la inquisicion restablecida en los Estados de la Iglesia; todo esto, señores, se ha hecho á pretexto del órden público: por fin, en nombre de este mismo órden público no hace muchos años que hemos visto en nuestra España violencias, ultrajes, prisiones, deportaciones y toda clase de iniquidades.

¿Y qué es lo que ha pasado, señores, en las últimas elecciones sino ultrajes,

insultos, venganzas y prisiones? Mucho se ha dicho en el Congreso por todos los señores diputados que han hablado de elecciones; pero si el Congreso me lo permite yo añadiré algo más, y por esta vez me es preciso rogar la indulgencia del señor Presidente para que me permita hacer una incursion sobre lo que ha pasado en Barcelona; pues si bien sus actas pasaron desapercibidas porque vinieron sin protesta alguna, la autoridad civil no guardó la circunspeccion que debió haber guardado; y tratando yo de probar que la coaccion ha sido general para deducir luego consecuencias, creo no será inoportuno que el señor Presidente me permita decir algo de lo que allí pasó, y lo reclamo tanto más imparcialmente, cuánto que, á pesar de todo, han sido nombrados en Barcelona cuatro candidatos de la oposicion.

"En primer lugar se me permitirá dirigir un cargo al Gobierno de S. M. por no haberme permitido ir á Barcelona á dirigir mi eleccion. Creo que tenia derecho á ir, y que el Gobierno no tenia el derecho de impedírmelo; por consiguiente deduzco la consecuencia que he dicho, á saber: que me lo impidió por el derecho de la fuerza y del abuso: nada más. Con fecha 12 de Enero mandé mi pasaporte á la legacion española en París, donde me encontraba, para que lo visara, á fin de poder ir á Barcelona; la legacion me contestó lo que vá á oir el Congreso:

"Las órdenes que habia para dar á V. su pasaporte eran en el concepto de diputado y suponiendo que iba V. á tomar asiento en el Congreso. La situacion distinta en que se encuentra V. ahora, hace suponer al marqués que puede tener todavía aplicacion la disposicion anterior, y antes de refrendar su pasaporte debe consultarlo por el telégrafo al Gobierno."

"Creia yo que la contestacion no tardaria en llegar á Paris más que tres ó cuatro dias; pero desde luego calculé lo que iba á suceder, que la contestacion no llegaria á tiempo para que yo pudiese ir desde París á Barcelona, y así fué. La contestacion llegó á mis manos el 29 á las once de la noche: es decir, señores, que una contestacion que no debia tardar más que tres ó cuatro dias á lo sumo, tardó la friolera de diez y siete dias, que pudo muy bien ir, como me observa el señor Madoz, de Madrid á Paris por una carreta. Recibida la contestacion el 29, no tuve siquiera el tiempo material necesario para llegar á Barcelona; y el señor Llorente me permitirá le diga que en esto no anduvo nada generoso, pues S. S. debió recordar el reto que tenia pendiente conmigo de si yo podría ser ó no nombrado diputado contra la voluntad de S. S. si un dia llegaba á ser ministro: S. S. no lo recordó sin duda, y no es extraño que se le olvidara, porque hace de esto mucho tiempo: yo le hago al

señor Llorente la justicia de creer que si hubiese recordado este hecho me hubiera dado todas las facilidades para que yo fuese á Barcelona á fin de que la lucha fuese más igual, y por consiguiente más leal; pero en fin, de todos modos yo vencí, como he tenido la satisfaccion de vencer á todos los gobiernos que me han combatido, y yo creo que venceré mientras catalanes haya en Cataluña: podrá ser tambien que las listas electorales de Barcelona se compongan de personas extrañas á aquel país, como acaba de suceder últimamente, que habiendo eliminado trescientos y tantos electores de un solo distrito se han metido cincuenta personas extrañas á él, empleados, lo que en Cataluña se llaman castellanos, que así se llama en el país á todos los que no son catalanes: de consiguiente, siguiendo ese sistema, no será extraño llegue el dia en que yo tampoco pueda salir diputado por Barcelona.

"Elegido diputado, es decir, diputado electo, volví á mandar el pasaporte á la legacion, y entonces se me contestó lo que vá á oir el Congreso:

"Segun la órden que nos ha sido trasmitida por el telégrafo no puede refrendársele á V. el pasaporte sino con la condicion precisa de que se traslade V. á Madrid directamente por Bayona, Irun, Tolosa, Vitoria, y Búrgos."

"Ahora bien, yo pregunto al Gobierno si fué al general ó al Diputado á quien se le marcó la ruta como pudo haberse marcado á un presidario. Yo, señores, contesté á la legacion que estaba conforme en seguir el itinerario del Gobierno, y que si esto no le bastaba me resignaria á ir á pié entre los guardias civiles y con la soga á la garganta. Tal fué la impresion que me hizo la órden del Gobierno marcándome la ruta. Me resigné, señores; me resigné á la ley de los vencidos tal cual la comprende el Gobierno: un dia seré yo poder tambien, algun dia ha de llegar mi turno, y veremos entonces si los que hoy se sientan ahí son tan resignados como nosotros, si es que los pongo á prueba como á mí me han puesto, que probablemente no los pondré, porque seré más generoso que vosotros. ¿A quién, pues, se marcó la ruta, al general ó al diputado? ¿Por qué no se respetó la dignidad del general, por qué no se respetó la libertad del diputado? Y es tanto más extraño esto en un Ministerio donde hay tres generales; pero, señores, abandono esta cuestion, porque para tratarla á fondo tendria que lastimar á esos mismos generales, y siendo una cuestion personal no quiero devolverles agravio por agravio. ¿Pero *qué tiene de particular despues de todo que á mí me hayan tratado así, si al que fué vuestra bandera, al hombre que adorásteis de rodillas como vuestro ídolo* [1]*; si al que declarásteis vuestro hombre necesario por*

[1] Narvaez.

espacio de cinco ó seis años, lo habeis tratado como no se puede tratar á un cabo de escuadra?

"Yo recuerdo, señores, que el Sr. conde de San Luis, quejándose un dia de lo que S. S. llamaba la ingratitud de un Sr. Diputado que habia abandonado al Gobierno para pasarse á las filas de la oposicion, tan indignado estaba S. S. que pedia un manto negro para, imitando al filósofo de la antigüedad, cubrirse la cabeza con él, á fin de no ver semejantes cosas. *Hora es esta, Sr. Conde, de volver á sacar el manto: cúbrase bien S. S., y cubra con él á los Ministros, y cubra tambien á todos sus amigos; ¡cubríos todos, pero no para no ver, sino para no ser vistos!*

"El gobernador de Barcelona, señores, no trató de seducir á sus electores con aquellas palabras halagüeñas que citó aquí el señor marqués de Valdegamas, y que recordarán todos los Sres. Diputados: "Elector, serás diputado; Diputado, serás gran cruz; Gran cruz, serás marqués; Marqués, serás embajador; y cuando esteis ahí podréis renegar del sistema que os ha elevado; y cuando esteis ahí podreis renegar del sistema que servís y del que cobrais más dinero en un año que hubiérais visto en toda vuestra vida siendo sacristan, ó monaguillo, ó cura párroco de vuestra aldea.„ Nada de esto dijo aquel gobernador; pero en cambio entró á ultrajar á personas que en todos tiempos han valido, valen y valdrán más que él; porque en todos tiempos fueron leales á la bandera que una vez juraron. Si el gobernador Lasala en cuanto llegó á Barcelona se hubiera aconsejado de personas identificadas con el Trono constitucional de nuestra Reina, mejor le hubiera ido; porque no se hubiera visto expuesto á tan espantosa derrota como la que allí sufrió, ni se viera hoy expuesto á los golpes de mi hacha. Pero el general Lasala se aconsejó de sus antiguos amigos los de la junta de Berga, y por eso salió tan mal librado.

"En una reunion que tuvo recomendó que se presentá ran *candidatos dignos, que no mordieran el cartucho haciendo un discurso;* de lo que deduciria S. S. que los que mordian el cartucho no eran dignos (me parece que la alusion venia al corazon): tuvo la osadía de añadir, que Barcelona no habia estado nunca bien representada; suposicion que yo rechazo en nombre de los que han tenido el honor de representar á la ciudad de los Condes, pues todos segun su leal saber y entender la han representado con dignidad y nobleza, todos la han representado con voluntad generosa, todos la han representado con abnegacion patriótica. Los diputados por Barcelona tampoco han venido aquí en ningun tiempo á agenciar su diputacion, vendiendo sus opiniones por empleos, fajas, títulos y honores, porque entre los hijos de aquella tierra altiva se desconocen estas artes indignas de hacer fortuna.

"El principal empeño de aquella autoridad fué combatirme á mí, y para ello hizo hasta tonterías, que es lo peor que se puede hacer; pues tontería fué llamar á mis amigos para decidirles á que abandonasen mi bandera.

"Díjoles, en primer lugar, que yo no vendria á tomar asiento al Congreso; ya lo ha visto: díjoles que yo era aristócrata, y para convencerles, les llamó la atencion sobre la corona que tengo en mis armas: díjoles que pronto pretenderia ser grande de España, y otras sandeces por el estilo. ¡Pobres hombres! Yo no pretendo ser. Yo soy buen soldado, buen español, buen liberal, y siempre noble y cumplido caballero. Sea el Sr. Lasala otro tanto, si es posible, que yo lo dudo, y podrá darse por muy satisfecho; y hablo en este tono, señores, un poco rudo contra el Sr. Lasala, en primer lugar, porque es un general como yo, y luego porque es tambien diputado; y si no está aquí es porque no ha querido exponerse á la embestida que yo necesariamente le habia de dar; pero algun dia vendrá y podrá contestarme como le acomode.

"Pero basta ya de mi persona, y ruego al Congreso que perdone los momentos que he estado hablando de mí; pues si lo he hecho ha sido con objeto de alegar una razon más en prueba de la parte coercitiva que ha tomado el Gobierno en las últimas elecciones, porque yo supongo que lo que ha hecho el Sr. Lasala no lo habrá hecho de su cuenta; tampoco digo esto por aminorar los cargos que le hago. Y el Gobierno no debe extrañar que haga yo semejante suposicion, porque debe calcular que tengo noticia de cierta carta que se escribió amenazando á los fabricantes de Barcelona para el caso de que allí se nombrasen diputados de oposicion: amenazas que se han cumplido en parte, y que quiera Dios que no causen la ruina de mi país.

"El Sr. Ministro de Hacienda ha de saber algo de esto; pero como S. S. está en un error, cúmpleme á mí desvanecerle..... El Sr. Llorente se extraña de todo; á cada instante dice: *no sé;* pues todo eso que yo he dicho, todo debe saberlo S. S..... ¿No sabe nada de eso tampoco? Hablo de una carta que se escribió á los fabricantes de Barcelona; advierto que no digo que la escribiera el Sr. Llorente, porque S. S. es muy ducho para cometer esos errores, amenazando para el caso que allí se nombráran diputados de oposicion; pero como S. S., repito, está en un error, yo le voy á sacar de él. El Sr. Llorente cree que los que han hecho la eleccion en Barcelona exclusivamente son los fabricantes, y que por lo tanto ellos son los únicos responsables de que hayan venido aquí cuatro diputados de la oposicion; ahí está el error

de S. S. Los fabricantes han ayudado, es verdad, pero no han podido hacer otra cosa; porque tambien á los fabricantes se ha quitado el voto, porque son hombres independientes, porque no se les puede conducir á las urnas electorales como se conduce á los payeses, no porque á los payeses les falte independencia, sino porque no pueden resistir á la presion que se ejerce con ellos en momentos de elecciones. ¿Sabe el Sr. Llorente cuántos electores fabricantes hay en Barcelona? Pues hay 50 en los cuatro distritos. ¿Sabe S. S. cuántos debiera haber porque pagan las contribuciones que la ley requiere para conceder el derecho electoral? Debiera haber 1,000: ahí tiene el Sr. Llorente cómo los fabricantes de Barcelona no han podido hacer la eleccion exclusivamente, pero han ayudado; y han ayudado, porque son hombres de principios, porque son hombres de convicciones, porque son hombres que quieren que se mantengan ilesas las libertades patrias; *porque sin estas, más tarde, ó más temprano, el trono de Doña Isabel II irá rodando por el suelo.*

"Quien nos ha mandado aquí es el pueblo eminentemente liberal de Barcelona, que no tiene confianza en vosotros, porque os ve marchar en una pendiente rápida que no os dejará parar cuando querais, y que os conducirá al abismo. Pero advierta el Sr. Llorente que al indicar yo que los fabricantes no han hecho la eleccion por sí solos, no trato de pedir gracia á S. S. para ellos; ni ellos la piden, ni yo tampoco: ¡por qué ni para qué! S. S. podrá tratarlos como guste; si los trata bien, les hará justicia y quedarán siempre reconocidos; si los trata mal, ellos y yo diremos que lo ha hecho S. S. por venganza, y S. S. no querrá que ni ellos ni yo tal digamos.

"Acerca del candidato del cuarto distrito de aquella ciudad, mi digno amigo el Sr. Vilaregut, tambien tengo que decir algo, porque tambien el señor Lasala quiso impedir su eleccion.

"Los muchos amigos que el Sr. Vilaregut tiene en aquel distrito, pretendian que su eleccion hubiera sido por unanimidad; y así hubiera sido, porque no habia en Barcelona quien quisiera ser candidato del Gobierno; así hubiera sido á no ser por la peregrina ocurrencia que tuvo el Sr. Lasala de presentar un candidato contra su voluntad; táctica nueva, que yo recomiendo á los aficionados al escamoteo electoral: ese candidato fué D. Juan Güell, persona querida en Barcelona; y por lo tanto, muchas personas que no sabian que el Sr. Güell no queria salir diputado, le dieron sus votos, porque no fué fácil disuadirles de su error, porque el gobernador llamó á los editores de los periódicos y les prohibió de la manera más terminante que publicáran ninguna declaracion del Sr. Güell diciendo que no queria ser diputado;

ahí ven los Sres. diputados hasta qué punto está allí oprimida la imprenta; y así sucedió, porque quiso el Sr. Güell publicar que no queria ser diputado y no le fué posible; lo quiso hacer por medio de una hoja volante y fué recogida, y por eso, á su pesar, tuvo una porcion de votos.

"Para concluir el capítulo de Barcelona, señores, diré solamente á los Sres. diputados que allí se han hecho las elecciones bajo la presion del estado de sitio: ¿es eso regular? ¿Es eso constitucional? Y no se diga que la presion no habrá sido mucha, cuando á pesar de ella han salido cuatro diputados de la oposicion; porque eso depende del carácter bravío de aquellas gentes, que no se asustan por las amenazas; que no les impone el látigo ni les amendrentan los hierros. ¿Saben los Sres. diputados desde cuándo está Barcelona en estado de sitio? Señores, desde 1843, año de ominosa memoria, año de traicion, año de deslealtad. En Barcelona hay presion, señores, presion que sofoca, que irrita, que desespera, porque nada hay más irritante que la injusticia. Para que los Sres. Diputados puedan juzgar de lo que allí pasa, les voy á leer los últimos bandos que se han publicado por aquella autoridad, bandos dignos solamente de los tiempos de Torquemada y de Calomarde. El primero de esos bandos se refiere al uso de armas prohibidas. Un Código penal rige en todo el reino, y en él están marcadas las penas á que se hacen acreedores los que usan armas prohibidas.

"Pero allí no basta, señores: el gobernador legisla, y legislando levanta nuevas cárceles y forja nuevos dogales; pues para un delito que el Código penal castiga con un simple arresto ó con algunos ducados de multa, allí se imponen meses de prision y meses de presidio. Pero ¿qué ha pasado en Barcelona? ¿Qué peligro amenazaba? ¿Habrian llegado á sus puertas los húngaros de Kossuth ó los romanos de Mazzini? El art. 1.° del segundo bando dice así: "Los casinos, círculos y demás reuniones de esta clase no podrán estar abiertos despues de las doce de la noche, ni bajo ningun pretesto permanecerá en su local concurrente alguno pasada dicha hora.„

"Yo pregunto á los Sres. diputados: ¿Hay alguna ley que marque á los españoles la hora en que han de entrar en sus casas? ¿Hay alguna ley que marque la hora en que se hayan de cerrar los casinos y demás establecimientos de este género? ¿Pasa eso en alguna parte? ¿Tienen noticia los Sres. diputados de que en sus provincias suceda eso? En ninguna parte sucede. Pero los catalanes son de peor condicion que los demás españoles; sin duda los catalanes son caribes, son hotentotes, y necesitan palos, palos y siempre palos.

"En el tercer bando, y concluyo, se instituyen los esbirros secretos, que instituyó el Consejo de los Diez en la antigua Venecia, que durante tanto tiempo llenó de terror y espanto á aquella ciudad; aquellos esbirros señores, que hasta al mismo tirano de Pádua tenian aterrorrizado, pues decia con espanto: "No sé si el criado que me sirve es un espía: no sé si el amigo que me visita es un espía: no sé si mi confesor es un espía: no sé si hasta la mujer que dice que me ama es un espía.„ Pues esta es la institucion creada por el general Lasala.

"Habrá un número de vigilantes que no vestirán uniforme, y que se harán conocer cuando sea necesario por una autorizacion que les firmaré y por una medalla de laton que llevarán.„ Es decir, que esos hombres embozados podrán penetrar en todas partes con intenciones siniestras; y si son descubiertos antes de perpetrar el crímen, bastará, señores, que enseñen la medalla del Sr. Lasala, que llevarán incrustada en el mango de su puñal, para que se les deje el paso libre. En los cafés, en los teatros, en los paseos, en todas partes habrá de esos enemigos de Dios y de los hombres, puesto que se emplean en el vil oficio del espionaje, en el ejército infame de la delacion. Esos agentes harán ahora cuanto hacian los familiares de la Inquisicion; penetrarán en las familias, se enterarán de los más hondos secretos, se enterarán tambien de las conversaciones que se tienen en los momentos espansivos de la amistad, y á cada instante estará uno expuesto á que su mismo criado le ponga la mano encima y le haga preso en nombre de la autoridad, que como he dicho, llevarán escrito en el mango de su puñal.

"Así es como se ve Barcelona; tal es la presion que allí se ejerce: ¿pero qué os ha hecho Barcelona para que la oprimais y maltrateis? Señores, no solo no ha hecho nada, sino que Barcelona fué la que levantó la losa que cubria vuestras cenizas en el año 43. Barcelona fué la que os dió la mano y os ayudó á levantar; Barcelona fué la que os volvió al mundo: yo recuerdo ahora unas palabras que entonces (ya hace años de esto) me dirigió el actual Presidente del Consejo de Ministros, palabras benévolas, por la parte que habia yo tomado en aquellos acontecimientos, y palabras que expresaban la conviccion de que, sin el pronunciamiento de Barcelona, los esfuerzos de los valientes de Reus habrian sido estériles, porque Cataluña no se habria pronunciado, y no habiéndose pronunciado Cataluña, tampoco habria triunfado la bandera que entonces se levantó. Ved hasta qué punto sois ingratos con Barcelona. Sufre y calla, desdichada patria mia; pero no te rindas, no rindas esa cerviz que hace tu fuerza y tu gloria; muerde los hierros en silencio, y espera,

porque ó no hay Dios en los cielos, ó ha de llegar el dia de la reparacion, el dia de la justicia.„

El orador pasó á ocuparse del acta de Vigo, demostrando hasta la evidencia la nulidad de la eleccion hecha en aquel distrito, y poniendo de relieve los abusos, los atropellos, los verdaderos atentados contra la libertad y la seguridad individual cometidos allí por los agentes ministeriales, continuando luego su discurso en estos términos:

"Despues de lo que he dicho creerán los Sres. diputados que mientras tales coacciones, tales abusos y violencias se cometan en los momentos de la lucha electoral será, si no imposible, muy difícil que los partidos legales puedan luchar con el Gobierno.

"Pero si con eso no es más que muy difícil, los señores diputados convendrán conmigo en que mientras el Gobierno se arrogue la arbitraria facultad de confeccionar las listas electorales, entonces, más que difícil, será imposible que podamos luchar con el Gobierno. ¿Por qué ha sido vencido nuestro amigo el Sr. Olózaga en Zaragoza? Porque en la última rectificacion que hubo se eliminaron á centenares los electores que habian de votar por el señor Olózaga, y se incluyó al mismo tiempo hasta el último cura y sacristan; pues no quedó uno que no estuviese en las listas, y á otros infinitos que no eran ni podian ser electores. Un dia de estos se hablará aquí de esta cuestion, y ya se verá si tengo ó no razon; y solo así es como se explica por qué en las pasadas elecciones fuese diputado el Sr. Olózaga por un número inmenso, y ahora lo sea otro por el mismo. Y el Sr. Pacheco ¿no está fuera de aquí por lo mismo?..... ¿Y por qué no están aquí los Sres. Laserna, Sanchez Silva y tantos otros? Por las listas, y nada más que por las listas electorales. Y qué, señores, ¿no es escandaloso lo que pasa en Madrid? El Sr. Cordero, uno de los mayores propietarios de Madrid, y que paga 4,000 duros de contribucion, no es elector, al mismo tiempo que lo son los enterradores de su barrio, como es así. ¿Y por qué no son electores los señores senadores Collado, Ferrer y tantos otros? Porque son hombres independientes y no se les quiere; porque se quiere formar un cuerpo electoral oficial, al que se le pueda mandar como á los salvaguardias ó á un cuerpo del ejército; porque llegará dia en que los gobernadores civiles no tendrán más que dar una voz para que el colegio electoral vaya en peso á votar al candidato que le designe el mismo gobernador.

"Y eso que ha pasado en Madrid, ha pasado en todas partes, y yo podria leer

una lista de Barcelona que pasa de 700; pero no se asusten los Sres. diputados, que solo citaré algunos nombres como muestra, aun cuando pudiera leerlos todos, lo que no haré por no molestar al Congreso. Y me dirá el Congreso: ¿por qué fueron eliminados? ¿Acaso faltaron sus fortunas y dejaron de pagar las contribuciones? No. ¿Dejaron de ser vecinos de Barcelona? No. ¿Tenian acaso menos edad en 52 que la que habian tenido en 50? Ciertamente que no. Pues entonces, ¿por qué fueron eliminados? Si el Sr. Llorente me lo pudiera decir, me haria un grande obsequio; pero no me conteste que pudieron reclamar, porque esta contestacion no la admito. Pero si S. S. me da una contestacion satisfactoria para el porvenir, ya que no quiera admitir actos de una administracion que no le pertenece, la agradeceré; por lo menos sírvase darme su palabra de admitir un proyecto de ley electoral muy sencillo que yo le propondré. *(El Sr. Llorente*: Me guardaré muy bien). Pues ya que dice S. S. que se guardará muy bien, yo le diré las consecuencias de ello, y eso que no sabe cual es mi proyecto, solo que sin duda no lo admite porque va de estos bancos. Se nos dice luego que la oposicion es sistemática, que solo se hace la oposicion por sistema; pero ¿qué ha de suceder si tambien por sistema se combate lo que dicen los que se sientan en estos bancos? Y nada más claro de que esto es así, que sin saber lo que se va á decir, ya se combate porque nace de estos bancos. Pues yo le digo al señor Llorente que tengo el convencimiento de que mi pensamiento lo admitiria, no solo la minoría, sino la generalidad, y sobre todo el país, porque cortaria de raiz los vicios; pero S. S. no lo admite, porque va de estos bancos, sin saber nada, sin saber lo que es. ¿Qué justicia podremos esperar que nos haga en el porvenir el Sr. Llorente? Pues el proyecto de ley se reduce á lo siguiente: "Todo ciudadano español que pague en Madrid 600 rs. de contribucion directa y 400 en las provincias, deberá estar incluido en las listas electorales. Al que no lo esté se le exime del pago de toda contribucion.„ Y para que el Estado no pierda lo que le correspondiese por los electores que fuesen excluidos de la lista por la arbitrariedad de las autoridades, habria un artículo que dispusiese que el gobernador pagase todo lo que á ellos les correspondia. Y ahora que el Congreso conoce cuál es el fondo de mi proyecto de ley, yo le suplico á S. S. que conteste si ó no: si lo admite, me daré por satisfecho para el porvenir, y creo que se darian tambien por satisfechos los compañeros de oposicion; lo estarian tambien los de la oposicion moderada, y de seguro todo el país: pero si S. S. no lo admite, entonces la consecuencia que de ello se deducirá es precisa, es lógica, es absoluta, y no puede

ser otra: la consecuencia es que se quiere que continúen los abusos, los desmanes, las tropelías; que se quiere, en una palabra, que en la próxima rectificacion se complete la obra, que ya viene de atrás, de formar un cuerpo electoral que se pueda mover unánime al compás del Ministerio. Y en este caso, señores, yo desde aquí lo declaro como lo han declarado ya varios Sres. diputados; como lo han declarado mis amigos los Sres. Madoz, Lujan, el Sr. Pidal y otros varios, que en las próximas elecciones renunció generosamente á ser diputado, porque es muy penoso, señores, el trabajo que damos á nuestros amigos. Los Sres. Diputados de la mayoría no lo saben, pero nosotros lo sabemos muy bien; y yo por mi parte ni quiero ni debo acarrear más compromisos á los mios: mucho han trabajado, bastante se lo agradezco; pero esperaré á mejores tiempos, á otros dias en que habrá más libertad, porque los Ministros actuales no son eternos ahí, su existencia en el poder no será muy duradera, y vendrán otros que atiendan nuestras quejas.

"Se dice: ¿porqué no han reclamado esos electores? Esto es, señores, un absurdo. ¿Se puede concebir siquiera que un elector que está ayer en las listas, que tiene hoy las mismas condiciones, que paga lo mismo que ayer, y se le borre de las listas, tenga que reclamar? ¿Por qué se le ha quitado? Todavía se podria comprender que reclame el que por primera vez tenga que ponerse en la lista, aun cuando no debiera ser así, porque como dijo muy bien el señor Madoz, siguiendo el texto de la ley, los gobernadores deberian formar las listas electorales por las listas de los contribuyentes. Pero admitiendo esto, no se puede admitir lo que se hace, que es arbitrariamente borrar al que se quiere y poner al que convenga, como se verá por algunos nombres que citaré de mi provincia. Ya he dicho que la confeccion de las listas electorales es obra que viene de muy atrás; porque en el año de 1850, estando en Barcelona de gobernador civil el justificado señor Arteta, de una plumada borró de la lista 1,500 electores: fueron 300 los que reclamaron luego, y de los 300 solo se concedió la inclusion para cubrir el expediente sin duda á 30. Se dice: y los otros ¿por qué no reclamaron? Señores, porque no todos los electores están en el caso de perder tiempo y dinero y sostener un litigio para reclamar el ser incluido en las listas electorales: ¿y por qué han de reclamar si tienen derecho para estar en ellas? Y volveré á mi razon financiera: he expuesto que no hay necesidad de presentar documentos al gobernador civil para pagar las cuotas que les corresponden; lo mismo debiera ser para las listas electorales.

"En aquella rectificacion no se tocó más que á los progresistas, pero en la si-

guiente á los progresistas y moderados, y se vió lo que ya hemos dicho: que en un solo distrito se eliminaron trescientos setenta y tantos que todos tenian las condiciones de la ley, y se incluyeron cincuenta empleados, de los cuales las nueve décimas partes no tenian ninguna. Aquí tengo sus nombres, y no los citaré, porque no es culpa suya, sino de las autoridades que los incluyeron. Pero ¿saben los señores diputados cuántos son los electores que debia haber en Barcelona y los que hay? Pues los que hay solo son dos mil y tantos, me parece 2,500 ó 600, y los que debia haber en Barcelona son 10,000. Pero se ha dejado esto, al hacer las listas, de una manera, que es, más que un cuerpo, un armazon ó un esqueleto el cuerpo electoral. Pero aquí se vá á ver la insigne mala fé; y cuidado que suelto esta expresion atrevida y no la retiro: la insigne mala fé de las autoridades al eliminar á esos hombres. Tenemos á D. Gil Bec comprendido en las listas en 1850, y sin saber por qué se le borra de la lista, dando por razon el que no paga la contribucion. Acude el interesado al gobernador y le presenta el documento justificativo de que paga. Si se le hubiera dicho: se te borra de la lista por las tres condiciones, las tres hubiera presentado porque las tres tenia; pero diciéndole que se le borraba por no pagar la contribucion, se contentó con presentar el documento que probaba que sí la pagaba; pero el gobernador, en vez de mandar á la Diputacion ó Consejo provincial el expediente completo, mandó solo este documento; y allí dijeron, como no podia menos de suceder: "Este sugeto no puede ser admitido, porque no justifica el domicilio."

"Pues cuando estas cosas pasan, ¿qué se puede decir de las autoridades que así obran que no sea una verdad? Ahí están á docenas, á centenares las personas eliminadas en Barcelona; ahí están multitud de fabricantes excluidos; las familias de los Vilaregut, los Muntadas, los Montells, que tienen 15 ó 20 millones de capital y pagan 15 ó 20,000 reales de contribucion al año, y se les ha eliminado porque no pagan.

"Ahora bien, señores, probada como queda la ilegalidad de esas exclusiones de las listas, y que creo que la exclusion ha sido en todas partes, ¿qué conclusion sacaremos? Para mí no hay otra que la que sacó el señor Negrete: que todas las actas debian de haberse anulado; todas, porque ellas no son el resultado de todos los que tienen derecho á votar. ¿Puede negar el Gobierno que ni la mitad, ni un tercio, ni el tercio siquiera de los verdaderos electores existe en las listas electorales? Nó, no puede negarlo; y si lo negase, yo diria como el señor Madoz: Vengan aquí las listas de contribuyentes de las cuarenta y nueve provincias, y lo veremos."

"Pues si es verdad que las listas se han falseado, razon y mucha razon tenia el señor Negrete en decir que el Congreso debia haberse anulado por sí mismo: si este acto seria un acto sin ejemplo, como dijo el señor ministro de la Gobernacion, seria un acto grande, sublime; un acto de moralidad constitucional, que quedaria escrito en letras de oro en las páginas de nuestra historia, y que serviria de noble ejemplo á las generaciones venideras. Pero en vano me canso; sé que estoy predicando en el desierto; demasiado convencido estoy de que los hombres en esta época no comprenden siquiera un acto semejante de grandeza: lo que aquí se quiere es que sigan los abusos, que se perpetúen los desmanes; y no se enfade el señor Llorente, es una expresion genérica, no me refiero al Gobierno, no, á los señores diputados; pero ya que S. S. se enfada, diré que todos los dias se está trabajando para que el régimen constitucional se desmorone, para que se desquicie, para que se venga abajo por sí mismo y establecer luego el antiguo régimen. Esto es, señores, lo que se quiere hace mucho tiempo; y si no se quisiera, habria más respeto á la prensa, á ese poder sin el cual no es posible el sistema representativo; habria más respeto á la Constitucion y á las leyes; no habria ministros que se atrevieran á faltar á las unas y á hacer pedazos la otra. Pues si eso es lo que se quiere, si se quiere establecer el antíguo régimen, ¡el antiguo régimen!... yo preguntaré: ¿con quién lo vais á establecer? ¿Con doña Isabel II? ¿Ha olvidado el Gobierno los raudales de sangre y de oro que costó al pueblo liberal el defender el trono constitucional de doña Isabel II? Pues si el Gobierno lo ha olvidado, el pueblo no lo olvida ni lo puede olvidar. ¿Cómo olvidar aquellos dias de delirante entusiasmo, aquellos dias en que el labrador abandonó el arado, el artesano sus talleres, el estudiante sus libros para correr á empuñar las armas y engrosar los batallones que debian sostener la sangrienta lucha? Y aquellos batallones, ¿qué se hicieron? ¿Qué se hicieron los valientes que los componian? Los batallones desaparecieron por el fuego y hierro de las falanges enemigas. ¡Y los huesos de los que los componian esparcidos están por los campos de batalla, y humean todavía las charcas de su sangre! Y si habeis olvidado la lucha ¿habeis olvidado tambien el por qué de aquella lucha? *Aquella lucha se sostuvo, no por un nombre, sino por un nombre y una cosa: entónces se luchó, no para sostener á doña Isabel de Borbon contra don Cárlos de Borbon: se lidió para sostener á doña Isabel II constitucional contra Cárlos V, representante del absolutismo, de la Inquisicion y de los frailes.* Si hubiese triunfado entónces, si el pueblo liberal no hubiese tomado parte en la lucha en favor de doña Isabel II constitucional, lo que hubiera sucedido lo han

dicho varios señores oradores con la elocuencia que les distingue, y últimamente lo dijo tambien el señor Marqués de Pidal; pero yo lo diré ahora con la rudeza del soldado: si el pueblo liberal no hubiera tomado parte en la lucha á favor de doña Isabel II constitucional, Cárlos V hubiera plantado su estandarte en el alcázar de cien reyes; Cárlos V hubiera empuñado el cetro de Castilla; Cárlos V se sentaria hoy en el sólio que ocupa la reina doña Isabel II. Si esta es la historia de los hechos; historia que no se puede negar; si á la lanza de la libertad se debe el sostén del trono de doña Isabel II, ¿por qué no respetais la libertad? Respetadla, pues, si no por gratitud, al menos por precaucion, porque el partido carlista no está muerto, no; y no sólo no está muerto, sino que es numeroso, y se compone de hombres bravos que levantarán de nuevo la bandera á la primera ocasion que les presente la fortuna; y si para entónces habeis ahogado el espíritu público, y si entónces el pueblo liberal de España se mostrase indiferente, podria suceder lo que no sucedió en aquella larga lucha... y lo que no es posible que suceda mientras el trono de doña Isabel II esté sostenido por el robusto brazo del partido liberal.

"Esta, señores, es la apreciacion que yo hago; esta es la apreciacion que vosotros deberíais hacer tambien de la situacion política del país; pero si quereis desconocer estas verdades, decidlo, y de una vez acabemos con la farsa y la comedia; tened el valor de vuestras opiniones; enarbolad valientes vuestra bandera; los hijos de la libertad enarbolarán la suya, y resolvamos en una gran batalla si la España de Padilla ha de ser libre ó esclava; porque el que crea que se ha de hacer aquí impunemente lo que se ha hecho en otra parte, se engaña torpemente: aquí estamos muy preparados y muy dispuestos á pelear en nombre de la sacrosanta libertad, y como nuestra divisa el dia del combate será *vencer ó morir*, venceremos. ¡Y ay de los enemigos de la libertad en aquel tremendo dia! No olvideis la profecia."

VII.

En el discurso, cuya parte política más importante acabamos de transcribir, apareció ya el orador parlamentario formado. En las anteriores legislaturas, el Conde de Reus se habia mostrado, como siempre, vehemente y vigoroso, intencionado y expresivo á veces; pero tambien incorrecto y desaliñado, incoherente y declamador.

Ahora ya su dialéctica es ordenada y razonadora; su argumentacion sólida, lógica y contundente; su energía motivada y oportuna: se mueve con naturalidad y desembarazo; quizá no convence, pero arrastra y fascina; y revelando un gran conocimiento de la situacion, de los hombres y de las cosas, tiene arranques felices en los que se eleva sobre el nivel de los oradores vulgares, y excede en prevision á la generalidad de los hombres políticos.

El general PRIM poseia esta última cualidad en grado eminente: su ojo certero leia en el porvenir, y todas sus predicciones se han cumplido; pero ni fueron escuchadas en 1853 por los que tenian el deber y la necesidad de atenderlas, ni posteriormente las consideró la pasion política sino como bravatas y amenazas violentas, cuando en realidad eran ardientes protestas de patriotismo y de lealtad al trono constitucional.

Tres dias despues de aquel en que PRIM retaba á los amigos de la reaccion á que levantaran descaradamente su bandera, se cerraron las Córtes; y el Ministerio que así demostraba su debilidad ante las censuras de la opinion pública, y su influencia en los consejos de la Corona, era despedido por esta á los cuatro dias de obtener el decreto de suspension. Al Conde de Alcoy sucedió el general D. Francisco Lersundi al frente de otro Ministerio, que quiso dar muestras de tolerancia; pero resolvió algunas cuestiones con arbitrariedad notoria [1], y no pudo resolver la de concesiones de ferro-carriles. Cayó este Ministerio en Setiembre, como cayeron todos durante el reinado de doña Isabel II, sin causa justificada, ó por lo menos suficiente ante la opinion del país; y subió al poder la fraccion llamada *polaca*, ocupando el Conde de San Luis la presidencia con la cartera de Gobernacion.

El nuevo gabinete retiró el proyecto de reforma constitucional; abrió las puertas de España al Duque de Valencia; y contando con la docilidad del Congreso, reunió las Córtes en Noviembre, y presentó á aquel cuerpo un proyecto de ley sobre ferro-carriles, distinto del que se hallaba pendiente de discusion por iniciativa del Senado: ciento cinco senadores contra sesenta y nueve, derrotaron en esta cuestion al

[1] Entre otras disposiciones caprichosas, fué notable el decreto de 4 de Mayo, por el cual, el ministro de Hacienda, don Manuel Bermudez de Castro, borró de una plumada 408 artículos del Arancel de Aduanas, fundándose en que ninguno de ellos producia 2000 reales al Tesoro. El autor de estas líneas combatió semejante botaratada en la prensa, y demostró al Ministro que uno solo de aquellos artículos suprimidos (el *chocolate*) ocasionaria al Tesoro una pérdida de más de veinte millones, por los conceptos de azúcar, cacao y canela, sin contar la ruina de centenares de industriales y la consiguiente baja en la contribucion directa: demostróle asimismo otros perjuicios considerables en unos cuarenta artículos. El Ministro volvió sobre su acuerdo á los doce dias; pero lo hizo tan torpemente, que mereció las censuras de amigos y adversarios. A poco se retiró del Ministerio.

Gobierno, que suspendió las sesiones, y destituyó á varios funcionarios públicos que habian votado contra él.

Formóse por este tiempo una coalicion semejante á la de 1843, en la que entraron la prensa y los comités moderados y progresistas: habia llegado el momento de conspirar; y quien conspiraba eran los hombres del partido conservador, los desengañados, despues de haber contribuido con sus ambiciones, sus veleidades y sus condescendencias cortesanas á crear aquella situacion anómala y vergonzosa. La revolucion llamaba ya á las puertas de Palacio, y en Palacio la oian, pero la despreciaban. Las profecías del general PRIM iban á cumplirse; pero el general PRIM no estaba en España: se habia marchado á Paris, desde donde pidió permiso para irse á estudiar la guerra de Oriente, que entónces comenzaba.

La revolucion venia, y por cierto, con carácter antidinástico. Las causas de esto se hallan indicadas por un escritor moderado, á quien recurrimos en prueba de imparcialidad. Hablando de la situacion política de España, á la caida del Ministerio Roncali, ha dicho D. Andrés Borrego lo siguiente:

"En vez de haberse mejorado en el concepto de que la responsabilidad de los ministros cubriera á la Corona, lastimosamente puesta en descubierto desde los últimos tiempos del Ministerio Bravo Murillo, se habia notablemente empeorado, y de todas partes y por todos lados se señalaba á Palacio como el foco, el centro y el causante del desgobierno que generalmente se lamentaba... Cuando las peripecias de temor y sobresalto á que dieron lugar los rumores del golpe de Estado, hicieron que se señalasen como móviles de los planes reaccionarios á diferentes personas, que por distintos conceptos se creia ejercian influjo en el ánimo de la Reina, fué cuando vino á quedar fatalmente puesto de manifiesto el interior de Palacio. Este privilegio (el de hacer y deshacer gabinetes,) que antes se creyó reservado al influjo hábil, las más veces recatado y nada ostensible, de la Reina madre, se creia ahora haber descendido mucho más abajo; y la *conservacion ó la sustitucion de los ministros mirábase ya como cosa peculiar de círculos alegres y clandestinos*, cuyos familiares y concurrentes de ningun concepto ni posicion gozaban en la sociedad... Se creia que los ministros y los actos de ellos emanados estaban influidos, unas veces por la Reina madre y su marido, otras por los amigos del régio consorte, otras *por influencias menos legítimas*, y hasta por la de particulares desprovistos de toda representacion política. Llegada la hora de que dejase su puesto el gabinete Lersundi, no le vimos caer ante ninguna dificultad política grave. Desavenencias de índole

privada con individuos de la camarilla fueron la verdadera causa de que desapareciese, como habian desaparecido sus predecesores [1].„

Tal era nuestra situacion política cuando subió al poder el Ministerio presidido por el Conde de San Luis. La oposicion terrible que este encontró, y los ataques más ó ménos desembozados, más ó ménos públicos que se dirigian al corazon mismo de la corte, ocasionaron resistencias temerarias por parte del Gobierno, que solo tenia el apoyo de Palacio y de un limitado número de amigos: atrevióse por fin á disolver las Córtes y á desterrar á varios generales y periodistas de nota, enviándoles á las islas Canarias y á las Baleares. Una tentativa de insurreccion en Zaragoza fué ahogada en sangre; pero nada de esto podia ya detener la revolucion.

Al destierro de los periodistas respondió, con notable dignidad y energía, una manifestacion suscrita por crecido número de escritores, acaudillados por el anciano y respetabilísimo don Manuel José Quintana, los cuales se brindaban á sustituir á aquellos en la prensa. Otros ménos valientes, aunque más agresivos, por medio de publicaciones clandestinas, y encubiertos bajo el velo del anónimo, dirigian entre tanto ponzoñosos y acerados dardos á la Córte, sin perdonar á la persona que ocupaba el trono: entre aquellas publicaciones, adquirió cierta celebridad *El Murciélago* periódico nocturno y desvergonzado, cuyos números, á favor de las tinieblas, volaban sin dificultad desde la ignorada imprenta hasta la alcoba real.

Inútilmente pretendia el Gobierno ahogar la voz del descontento, mientras sus causas y su espíritu subsistian: si en un punto era acallada, resonaba en otro, revistiendo todas las formas. En el Ateneo de Madrid se habia dado á conocer por su talento incisivo y fácil elocuencia un jóven moderado, que más tarde ocupó un lugar distinguido en la política. Sus discursos históricos, salpicados de agudísimos epígramas contra los prohombres de la situacion, fueron muy celebrados, atrayendo cada dia mayor concurrencia de oyentes, hasta que se le cerraron las puertas de la cátedra para evitar que refiriese las liviandades de doña Mariana de Austria.

Los elementos conjurados proseguian sus trabajos en secreto, entrando en sus combinaciones varios militares de alta graduacion, entre ellos el general don Leopoldo O' Donnell, que andaba por Madrid de boardilla en boardilla, burlando las pesquisas de la policía. La disolucion á que habia llegado el partido conservador imposibilitaba la formacion de un ministerio que satisfaciese á sus diversas frac-

[1] *De la organizacion de los partidos en España.*

ciones, discordes en todo, ménos en su odio á lo existente; y continuando en Palacio las influencias ocultas y los círculos alegres, llegó á pensarse en un cambio radical, y tomó consistencia la idea, mucho antes iniciada por algunos, y despues abandonada por irrealizable, de llevar á cabo la union ibérica. De esto se ocuparon entónces varios periódicos españoles y portugueses; y tanto influyeron sus trabajos en la opinion, que el Gobierno prohibió á la prensa tratar más de este asunto.

La desafeccion á doña Isabel II y á su familia, dada á conocer en estos planes, se hizo patente por la conducta que observaron los periódicos unidos en ocasion de haber dado á luz la Reina una infanta. Todos ellos, inclusos *El Diario Español* y *La Epoca*, diarios conservadores, se abstuvieron, prévio acuerdo, de felicitar al trono por aquel suceso, limitándose á copiar el parte oficial de la *Gaceta*.

No estaba léjos el alzamiento de la caballería en el Campo de Guardias, á que siguieron la batalla de Vicálvaro y las jornadas de Julio. Pero antes de continuar la relacion de estos graves acontecimientos, debemos apartar la vista de España, para seguir al general PRIM en su aprovechada excursion á Oriente.

DOCUMENTOS.

Núm. 1.—Pág. 612.

Al Excmo. Sr. Teniente general D. Juan Prim, *Conde de Reus.*

Madrid.

Paris 26 de Octubre de 1858.

Muy Sr. mio: varios amigos de V., que lo son tambien mios, celosos del buen nombre y del honor de entrambos, se han dirigido á mí hace pocos dias llamándome la atencion sobre un incidente del cual estaba yo completamente ageno y olvidado, porque data él ya de más de doce años, y casi todo este período de tiempo lo he pasado en el extranjero.

Dícenme que en las épocas de elecciones, y siempre que se revuelven en España los humores y las pasiones propias de la política militante, algunos adversarios de V. sacan á plaza, en su daño, la cita de un pasaje que se halla en la historia de la Regencia del general Espartero, que yo escribí en Madrid por los años de 1844—46, pasaje relativo á la supuesta tentativa de envenenamiento contra un general tan desventurado en su muerte trágica, como habia él sido valeroso, honrado y buen patricio durante su vida.

La fecha nada importa. Los puntos de honra y de justicia no prescriben jamás; y yo reconozco á V. igual derecho, á esta mi reparacion espontánea y justa, á los doce años de inferido el agravio, si agravio existe, que al dia siguiente de su publicacion. Ni de otro modo pudiera yo avenirme tampoco con mi propia conciencia y con los sagrados deberes que me impone el sentimiento de mi honor, el cual no debe mantenerse á expensas del honor ajeno.

En vano he buscado estos dias en París un ejemplar de la obra, que siento mucho no tener á la vista, para recordar lo que es imposible que mi frágil memoria retenga, al cabo de tanto tiempo. Trátase sin duda de un rumor cuya existencia consigné yo en las páginas de esa historia; pero consignar la existencia del hecho al cual aquel se refiere, no es dar crédito al rumor mismo.

Si tal es el sentido del pasaje á que aluden las personas que desde una provincia de España me consultan acerca de este delicado asunto; si en ese pasaje existe una sombra, una penumbra siquiera de recelo ó de sospecha, que pueda mancillar en lo más mínimo el buen nombre, la reputacion y el honor del general Prim, yo repudio sin vacilar esa página, ó esas páginas, porque tal es mi deber, porque mi conciencia así lo exije, porque lo reclama igualmente el interés mismo de la historia, y finalmente, porque es un tributo de justicia, una deuda sagrada para con el general Prim.

Es verdad que este ha callado durante doce años, y que calla aun, en medio de esa atronante vocería que sin cesar se hace oir por todas partes en los tiempos

turbulentos que alcanzamos. Pero este silencio, cuyo heroismo guerrero trae á mi mente el

«Est non parva prudentia silere in tempore malo»

del más grandioso poema que ha producido la civilizacion católica, es un timbre glorioso, un título más á la justificacion, á la satisfaccion plena y completa, cual la recibe por la presente carta, para cuya publicidad le autorizo, y si necesario fuese, se lo ruego.

No, el general Prim no ha podido ser nunca un envenenador. Su conducta desde 1843 acá, su conducta anterior durante su vida entera, son el mejor garante y la más elocuente respuesta á ese cargo tremendo, inventado por las pasiones de sus émulos. Militar pundonoroso, honrado, leal, valiente, avezado al pomo de la espada, ¿cómo pudiera él jamás recurrir al pomo del veneno? Hay en esto una incompatibilidad evidente y manifiesta.

Si pues ese rumor existió entonces, ese rumor fué una calumnia. Si mi historia le dió acogida en sus páginas, por alguno de esos infinitos informes que de todas partes recibia yo en aquel tiempo, es porque toda historia contemporánea tiene que pagar naturalmente ese tributo á las circunstancias del momento, á las pasiones que están en ebullicion. No será este, por desgracia, el único error que contenga esa historia, escrita á la raiz misma de los sucesos que ella refiere, publicada por entregas segun que se iba redactando, y bajo las condiciones materiales propias de una empresa menos literaria que mercantil.

Harto feliz me contemplaré yo, aunque al cabo contenga ella algo útil y provechoso para mi país, sin que llegue á justificar el proverbio francés que dice:

«*Le temps n' approuve pas ce que l' on fait sans lui.*»

«Luz de la verdad y maestra de la vida» llamó un varon eminente de la antigüedad á la historia; y la mia faltaria á esta necesaria condicion, si la oscurecieran lunares como el que me propongo borrar en ella por la presente carta.

Permítame V., pues, la satisfaccion que me cabe al ofrecerle esta, que, poniendo su honor en el lugar que de derecho le corresponde, y llevando la tranquilidad á su corazon, dejará al mio descargado de una responsabilidad que le inquieta.

Desde que en mis primeros años adquirí una educacion semi-clásica, educacion que han osado criticarme en ese país personas que creen más ventajoso el no tener ninguna, siempre he observado como regla invariable de mi conducta moral la única fórmula que encierran los famosos edictos del Pretor romano, que tan poderosamente contribuyeron á la fundacion del Cristianismo:

«Honeste vivere;
«Alterum non lædere;
«Suum cuique tribuere.»

Solo el que sea incapaz de comprender este sucinto código, será capaz de rehusar su aprobacion á esta mi carta. Por eso la escribo con tanto aplomo, con tanta seguridad de conciencia.

Sírvase V. aceptarla como una prueba de sinceridad y afecto, con el cual me ofrezco á sus órdenes.

Afectísimo y S. S. Q. B. S. M.—José Segundo Florez.

Núm. 2.—Pág. 664.

Comunicado inserto en el periódico centralista El Eco el Comercio, *del 10 de Enero de 1846.*

«Señores redactores del *Eco del Comercio:*—Para rectificar algunas inexactitudes en que incurre D. Juan Balari, vecino de Gerona, y para que sea conocida del público la verdad de ciertos hechos que cita dicho señor en la exposicion que eleva á S. M. y que Vds. insertan en su número 1034, correspondiente al dia 6 del actual, creo que, como ayudante que fuí del Excelentísimo Sr. Conde de Reus en la época á que se refiere aquel escrito, debo exigir de Vds., en nombre de la justicia, se sirvan dar cabida en su periódico á la siguiente manifestacion:—Dice el Sr. D. Juan Balari que, sin formacion de causa, y añade luego, que con solo haberle recibido una declaracion, se le exigió por órden del Excmo. Sr. General conde de Reus, la cantidad de 40,000 rs. amenazándole, en caso de negativa, con que seria pasado por las armas, á cuyo efecto fué puesto en capilla en la villa de Figueras. El que suscribe puede firmar con toda seguridad, que

el Sr. D. Juan Balari *fué hecho prisionero por las tropas de la division; que con arreglo á los bandos publicados se le instruyó sumario por el fiscal, D. Alejo Asensio, y en consecuencia, condenado á muerte, en virtud de las disposiciones vigentes.* A las pocas horas antes de cumplirse la terrible ejecucion, *movido á compasion* el general D. Juan Prim, *por las súplicas que se le dirigieron,* mandó suspender el castigo; *y si no pudo concederle su corazon generoso la gracia por completo,* debido fué *á las quejas que los labradores del llano de Gerona produjeron contra D. Juan Balari, con motivo de haber este extraido violentamente de sus casas los frutos y bueyes de labranza, cuya indemnizacion reclamaban.* Justificado completamente el despojo, y usando el Excmo. Sr. General de las ámplias facultades de que se hallaba revestido, parecióle justo resarcir en la parte que se pudiera los perjuicios que se habian ocasionado, y por esta razon impuso á Balari la multa de dos mil duros, que hizo efectiva este interesado. —Tengo ocasion de acompañar á Vds. el adjunto *Boletin oficial* en que se publicó la distribucion de la cantidad exigida, y ruego á Vds. me dispensen tambien la bondad de insertarla.—Ultimamente, D. Juan Balari hace objeto de reclamacion el cumplimiento de la capitulacion de Gerona, en la cual se considera comprendido. La delicadeza del Excmo. Sr. General D. Juan Prim, y su honor jamás desmentido, le colocan fuera de tiro de semejante inculpacion. En un hecho tan grave, no puede padecer la bien adquirida reputacion del Sr. Conde de Reus, y mucho ménos habiéndose hecho público, como se hizo, *que no fué el general la parte contratante que anuló su compromiso.*— Queda de Vds., señores redactores, su S. S. Q. B. S. M. —Antonio Gilly y Ramirez.

Junta de Resarcimiento.—Excmo. Sr.—Hecha la distribucion de caudales destinados al resarcimiento en el modo prevenido por V. E., y debiéndose entender que cesa esta Junta en su cometido desde que fué convenida la capitulacion del castillo de S. Fernando, tengo el honor de remitir á V. E. los adjuntos expedientes, con el objeto de que se sirva darles el curso que mejor corresponda.—Al márgen quedan detalladas las cantidades repartidas, consignándose los objetos y personas á quienes y por qué concepto han sido entregadas, mediante los correspondientes recibos que lo justifican, los cuales quedan archivados para los efectos convenientes.—Dios guarde á V. E. muchos años. Figueras 15 de enero de 1844.—El brigadier jefe de E. M. presidente, *Leoncio de Rubin.*—Al Excmo. Sr. Conde de Reus.»

Distribucion de los 40,000 rs. exigidos á D. Juan Balari, y destinados por el Excmo. Sr. Conde de Reus al resarcimiento.

Cantidades resarcidas.			Reales vellon
José Sala,	de Agullana,	En parte del ganado lanar que le quitaron los sublevados del castillo de San Fernando.	1400
Silvestre Madern,	de id.	por idem	1600
Estéban Lleonsi,	de id.	por idem	1000
Bernardo Era,	de id.	por idem	900
Isidoro Oliveras,	de Capmany,	por idem	1210
Jaime Tornafort,	de id.	por idem	360
Baudilio Oliveras,	de id.	por idem	404
Francisco Guardiola,	de id.	por idem	1140
Pablo Serra,	de id.	por idem	397
José Llorá,	de id.	por idem	236
María Trabó,	de id.	por idem	170
José Salellas,	de id.	por idem	240
José Clós,	de id.	por idem	178
Martin Ricart,	de id.	por idem	85
Jaime Vila,	de la Junquera,	por idem	1180
Jaime Bolló,	de id.	por idem	250
Pedro Baserba,	de id.	por idem	1600
Francisco Torrent,	de id.	por idem	700
Juan Quera,	de id.	por idem	900
Agustin Perxés,	de id.	por idem	900
Juan Suñé,	de id.	por idem	250
Juan Salabert,	de id.	por idem	099

Narciso Massot,	de Fornells,	Por el ganado vacuno que le quitaron los sublevados de Gerona.	1540
Juan Turon,	de id.	por idem	920
Vicente Estéban,	de id.	por idem	1220
Juan Parella,	de id.	por idem	620
Juan Ferrando,	de id.	por idem	660
Agustin Busquets,	de id.	por idem	1220
Estéban Ferrando,	de id.	por idem	740
Miguel Felip,	de id.	por idem	740
Juan Friola,	de Palau Sacosta,	por idem y gallinas	640
Narciso Figueras,	de id.	por idem	640
José Prunell,	de id.	por idem	640
José Figueras.	de id.	por idem	800
José Ollé,	de id.	por idem y judías	1000
Flores Figueras,	de id.	por idem	1220
Antonio Ramis,	de id.	por idem	900
Antonio Corbó,	de id.	por idem	900
Juan Vila,	de id.	por idem	960
José Solá,	de id.	por idem	800
Juan Salellas,	de id.	por idem	1220
Juan Esteba,	de id.	por idem	800
Jaime Roure,	de id.	por idem	930
Vidal Brugada,	de Santa Eugenia,	por idem	2860
Doña Narcisa Constantí,	de Perellada,	por un cerdo y trigo	820
Narciso Garrigolas,	de San Daniel.	por la cebada	40
Narcisa Fita,	de id.	por trigo	340
Narcisa Mula,	de id.	por idem	300
Benito Poate,	de id.	por las habas	80
Estéban Serra,	de id.	por idem	44
Narciso Oriol,	de id.	por trigo	100
José Turró,	de id.	por idem	100
Pedro Gelada,	de id.	por la cebada	80
Tomás Vives,	de id.	por idem	40
Gerónimo Llinás.		por idem	86
		Total.	40,000

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

INTRODUCCION.—Reseña histórica de 1814 á 1833. . . . . pág. 5

LIBRO PRIMERO.

LA GUERRA CIVIL Y LOS PARTIDOS.

Páginas.

CAPITULO PRIMERO. — **Cataluña en 1834.**
Sumaro.—Estado generaldel pais.—Los carlistas en Cataluña.—Prontas y acertadas providencias del general Llauder.—Desaparicion y reaparicion de las partidas.—Los tiradores de Isabel II y elvoluntario PRIM —Planes y desatres de los carlistas.—El infante D. Sebastian en Barcelona.—Romagosa, Caragol y sus compañeros.—PRIM entra en fuego.—Llauder ministro de la guerra.—Batida y dispersion delos carlistas. . 97

CAP. II.—**Los seis primeros meses de 1835.**
Sumario. — Nuestro propósito. — La corte y los partidos. — El teniente Cardero y el ministro de la guerra.—PRIM pelea, llora y se impacienta.—Una herida y una charretera.—El tratado de Elliot, sus antecedentes y consecuencias.—Auge de los carlistas.—Fermentacion revolucionaria.—Cambio de ministerio.—Muerte de Zumalacárregui. . 113

CAP. III. — **Estalla la revolucion.**
Sumario. — Las facciones en Cataluña. — Quema de los conventos y otros excesos: Zaragoza, Reus, Barcelona.—Lo que quiere el pueblo. — Propágase el movimiento y se organiza la revolucion.—Providencias

Páginas.

del Gobierno: errores gravísimos.—Situacion desairada de PRIM: acciones en que toma parte. 136

CAP. IV. — **Período de transicion.**
Sumario. — Mendizábal en el poder.— Mina en Cataluña. — Hechos de armas de PRIM: San Celoni, Arbucias.—Horrores de la guerra: el 4 de Enero de 1836; la madre de Cabrera.—PRIM en San Hilario, y en Villamajor.—Las Córtes y los partidos.—Los polichinelas políticos.—Historia de un curandero y de una modista.—Cómo se barrena el principio de autoridad, y como viene la revolucion. 168

CAP. V. — **La guerra de los partidos.**
Sumario. — Consecuencias de un mal paso. — La revolucion responde á la reaccion. — El llamado *motin* de la Granja. — Ministerio de Calatrava. — Espartero sucede á Córdoba.—Espedíciones y esperanzas de los carlistas.—Córtes constituyentes.—Los *jovellanistas* y el brigadier Narvaez.—«La moderacion es un verdadero suicidio político:» máxima de los moderados.—La guerra en Cataluña y en el Norte.—Luchana.—Muerte del general Mina.. 204

Pág.

CAP. VI.—**Primeros seis meses de 1837.**

Sumario. — Bullangas en Barcelona. — Recrudecimiento de la guerra en Cataluña. — Varias hazañas de PRIM.— El Baron de Meer.—Planes de campaña en el Norte y triunfos de Espartero. — Expedicion de D. Cárlos.—Constitucion de 1837. . . 234

CAP. VII.—**Anarquía militar.**

Sumario. — Triunfos de Urbiztondo en Cataluña. — PRIM se distingue en San Miguel de Taradell, en San Feliu de Saserra y en Capsa-Costa.—Derrota de la expedicion *real* en Chiva.—Desastre de los cristinos en la Herrera, y ferocidad inaudita de los facciosos.—Expedicion de Zaratiegui.—Espartero en Madrid. — Motines militares.—Desagravio de la reina Cristina.— D. Cárlos á las puertas de Madrid. — De regreso á las Provincias, le derrota Espartero. . . . 265

CAP. VIII.—**Paz, órden y justicia.**

Sumario. — Alocuciones. — Los carlistas pintados por ellos mismos.—Severidad de Espartero. — Ojeada política: nuevas Córtes: los moderados en el poder. — Operaciones en Cataluña.—PRIM pelea en Dorri; concurre á levantar el sitio de Puigcerdá.— Opinion de Urbiztondo acerca de los carlistas catalanes. 296

CAP. IX.—**1838.—Desgobierno.**

Sumario. — Vario aspecto de la guerra. — Nuevas correrías de los carlistas. —Repetidos triunfos de los liberales en el Norte de España.—Pujanza de Cabrera.—Benicarló, Morella, Gandesa.—El 5 de Marzo en Zaragoza.— Los defensores de Gerri.—PRIM asiste á la toma de Ripoll, á las acciones de San Quirse de Besora, y al sitio y toma de Solsona.—Espartero derrota al Conde de Negri; Pardiñas, á Don Basilio García.—Situacion apuradísima del ejército y del país. —Inepcia del Gobierno. 320

Pág.

CAP. X.—**Continúa el desgobierno.**

Sumario. — Intrigas y miserias de los partidos. — Caida del ministerio Ofalia.— Desastres de las armas liberales.—Ferocidad de Cabrera: motines; represalias.—Proyecto de formar un ejército de reserva.—¿Conspira el Gobierno?—Conatos de trastornos en Madrid; sublevacion en Sevilla.—Continuan las operaciones en Cataluña: PRIM en Torregasa y Bergús; en la expedicion al Valle de Aran, y acciones de Sort, Rialp y Tírvia.—Otro ministerio moderado. . . 349

CAP. XI.—**1839.— Preliminares de paz.**

Sumario. — Aspecto general de la guerra al comenzar el año 1839. — Operaciones en Cataluña: PRIM se distingue en el sitio y toma de Ager, y en las acciones de Biosca y Casa de Estany.—Vandalismo del Conde de España; incendios; destruccion de Ripoll.—Relevo del Baron de Meer.—Desconcierto y anarquía entre los carlistas del Norte: fusilamientos en Estella: energía de Maroto.—Plan de Espartero: Sus repetidos triunfos.—Leon en Navarra: O'Donnell contra Cabrera.—Convenio de Vergara, y expulsion de D. Cárlos á Francia. . . . 379

CAP. XII.— **Fin de una guerra, y principio de otra.**

Sumario.— Breve ojeada política. — Incendio de Moyá. — Horrible asesinato del Conde de España. — Acciones de Biosca y Casa-Llovera, en las que gana PRIM el grado de coronel.—Intrigas de los partidos.— Manifiesto de Espartero desde el Más de las Matas. — Dimision del general Valdés, á quien reemplaza D. Antonio Van-Halen.— Vuelve PRIM á distinguirse en los campos de Peracamps.—Córtes moderadas: tendencias reaccionarias: importantes debates.— Brillante y decisiva campaña de Espartero en el Maestrazgo.—Ultimas operaciones en Cataluña y conclusion de la guerra civil. . 419

DOCUMENTOS.

Proyecto de Constitucion. 470
Convenio para el cange de prisioneros propuesto por lord Elliot. 472
Proclama á los catalanes, al Ejército y á la Milicia de Cataluña, en Agosto de 1835. . . 473
Exposicion de la Junta de Barcelona. . . 474
Exposicion de la Junta de Zaragoza. . . 476
Exposicion de la Junta de Málaga. . . . 479
Memorandum del Embajador de España en Paris, reclamando del Gobierno francés la cooperacion armada. 481
Nota de las fuerzas carlistas en Cataluña, en Abril de 1836. 484
Parte del acta del Consejo celebrado el 2 de Diciembre de 1836, bajo la presidencia de D Cárlos. 485
Artículado del Convenio de Vergara. . . 486

LIBRO SEGUNDO.

DE 1840 Á 1853.

Pág.

CAP. I.—**El pronunciamiento de Setiembre.**

Sumario. — Sancion de la ley de Ayuntamientos.—El Duque de la Victoria dimite todos los mandos.—Desórdenes en Barcelona y agitacion en Madrid.—Cristina es abandonada por los ministros; se traslada á Valencia.—Un ministerio ambigüo y otro moderado.—Explosion del sentimiento público.—Pronunciamiento en Madrid, al que responden todas las provincias.—Ministerio del Duque de la Victoria.—Verdades amargas.—Obstinacion de la Reina gobernadora: renuncia la regencia y se embarca para Francia.—Situacion de PRIM durante estos acontecimientos. 487

CAP. II.—**Regencia de Espartero. (1841-1842.)**

Sumario. — Córtes de 1841. —Unitarios y Trinitarios. — El Duque de la Victoria es elegido regente único. — PRIM le dá su voto: se confirman sus empleos, y es nombrado Subinspector de carabineros de Andalucía.—Tutela de las reales huérfanas.—Protesta de la Reina madre.—Insurrecciones militares: el 7 de Octubre en Madrid.—Olózaga y Cristina.—La ciudadela de Pamplona y la de Barcelona.—Los limpios caballeros del partido francés.—*La órden militar española.*— Cuestiones internacionales. — Division de los progresistas.—Escándalos parlamentarios.—Voto de censura al ministerio Gonzalez.—*Los inválidos del siglo* XVIII.—Violenta oposicion á Espartero.—Insurreccion incalificable y bombardeo de Barcelona.—Por dónde andaba, qué hacia y cómo se llamaba PRIM á fines de 1842. 515

CAP. III.—**Pronunciamiento de 1843 contra el Regente.**

Sumario. —Coalicion de la prensa y de los partidos. — Nuevas Córtes. — Ministerio Lopez: Su programa y su caida. — Famosas sesiones del Congreso, (19 y 20 de Mayo).—Suspension y disolucion de las Córtes.—Pronunciamientos de Málaga, Granada, Reus y Barcelona.—Proclama PRIM la mayoridad de la Reina.—Junta Suprema de Barcelona: se establece en Sabadell. — Su entrada en la ciudad, donde se hace á PRIM una recepcion entusiasta.—Propagacion del alzamiento.—Manifiesto de Espartero.—Su salida de Madrid.—Serrano y Gonzalez Brabo en Barcelona.—Narvaez y otros emigrados en Valencia.—Seoane y Zurbano.—Torrejon de Ardoz.—Embarque del Regente: su protesta.—Decretos del Gobierno provisional y otros documentos. 576

CAP. IV.—**Los centralistas.**

Sumario.—El Gobierno provisional convoca Córtes ordinarias. — Barcelona pide la prometida reunion de la Junta central. — Descontento y efervescencia. — Nombrado PRIM gobernador militar de Barcelona, procura conciliar los ánimos.—Insurreccion y lucha.—Heroismo y decision de los centralistas.—PRIM los combate y vence en San Andrés de Palomar, Sabadell, Mataró, Gerona y Figueras.—Ataque, defensa y bombardeo de Barcelona.—Su capitulacion, luego que las Córtes declaran á la Reina mayor de edad. 632

CAP. V.—**Episodios dramáticos.—1844.**

Sumario. — Un ministerio que dura nueve dias. — Un gran escándalo. — Gonzalez Brabo al servicio de la reaccion. — ¿Ha mentido la Reina?—PRIM se desvia del nuevo Gobierno, y pide licencia para viajar.—Alzamientos de Alicante y Cartagena.—Ordenes sanguinarias: persecuciones.—La vuelta de Cristina.—*El Guirigay* derriba á su autor.—Narvaez en el poder.—Sistema de terror.—Se conspira contra la libertad y contra el Gobierno.—Atentado contra la vida de Narvaez.—PRIM es complicado en este asunto.—Sus defensas, condena é indulto.—Zurbano, sus hijos y deudos fusilados.—Espartero es destinado á morir sin formacion de causa.—Proyecto de reforma constitucional. 667

CAP. VI.—**De 1845 á 1848.**

Sumario. — El general PRIM obtiene licencia para viajar por el extranjero. — Tareas legislativas.—El anillo nupcial de la

Pág.

Reina.—Autorizaciones.—Organizacion política y administrativa.—Desavenencias entre los moderados.—Política de camarillas. —Un ministerio casero.—Seis novios para la niña.—Bodas reales.—Ministerios puritanos.— Amnistía y reparaciones.—Vuelve á España el general PRIM, y es nombrado capitan general de Puerto-Rico.—Su gobierno de la isla.—Otra vez Narvaez. . . 720

CAP. VII. — **Campañas parlamentarias.**

Sumario. —Principales acontecimientos políticos en España durante los años 1848 y 1849. — Córtes de 1850. — Influencia ministerial en las elecciones, de las que resulta un congreso de *familia.*—PRIM, diputado por Vich, contra la voluntad del Gobierno.—Extracto de un discurro pronunciado el 21 de Noviembre.—Moralidad y economías.—Arreglo de la Deuda.—Un NO célebre, al que sigue una disolucion.—Córtes de 1851.—En segundas elecciones sale PRIM elegido por Barcelona.—Un discurso profético á propósito de estados de sitio.—Atentado contra la vida de la Reina.—Proyectos liberticidas.—Nuevas Córtes.—Brillante discurso pronunciado por el Conde de Reus, el 6 de Abril de 1853. 734

DOCUMENTOS.

Carta de D. José Segundo Florez al Excmo. Señor Teniente general D. Juan Prim. . . 797

Comunicado al periódico centralista *El Eco del Comercio*, en 10 de Enero de 1846. . . 798

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.